

Confidencias

de Margarita
M. R. N.º 1028

LA HISTORIA SE REPITE

• MI TIA IRENE

• UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial

• MUJER FATAL

• SINFONIA DE
JUVENTUD,
novela

• JENNY RAHDEN,
amor histórico

• COMO DEJAR DE
SENTIRSE SOLA
Y PERDER LA
TIMIDEZ,
artículo

• EL MOLDE DE
"MARGARITA"

• EL MILAGRO
QUE SALVO UN
AMOR



En seguida me trans-
formé en la secreta-
ria de Esteban.



Traje confeccionado en género liso con guarda estampada. Género de algodón tomado de la amplia y maravillosa colección que Manufacturas Hirmas nos ofrecen para la presente temporada primavera-verano.



Algodones **HIRMAS**

La mujer que me abrió la puerta era alta, maciza y de aspecto enérgico. Tenía más o menos sesenta años, y su voz era chillona.

—¿Don Jorge? —me preguntó—. Yo me llamo Ana. Soy amiga de su tía. Haga el favor de entrar. La casa está aún un poco desordenada, porque acabamos de llegar. Le ruego nos disculpe. Es una casa acogedora, ¿no le parece? Tiene que hablarnos un poquito fuerte, porque somos algo sordas. La tía no lo es tanto, porque tiene audífono. Yo no tengo, pues no me son de ninguna utilidad. Deje su sombrero encima de la mesa.

Mi tía Irene, a quien veía por primera vez, era totalmente distinta a su amiga, la señorita Ana. Era una mujer baja y de aspecto rollizo. Usaba un vestido sumamente sencillo, y se sentó con gran cuidado en el sofá. En una mesita a su lado, tocaba la radio una música muy suave. "Si es sorda, ¿cómo puede oír una música tan baja?", pensé. En ese momento vi que tenía puesto el audífono. Me preguntó cómo estaba yo. Impresionado con su tono diplomático, le contesté en igual forma, hasta que la señorita Ana nos pidió que habláramos más fuerte. Sólo cuando la señorita Ana se fué a la cocina a preparar el té, sucedió el curioso incidente. En cuanto se cerró la puerta tras su amiga, se alteraron las tranquilas facciones de mi tía Irene y la noté inquieta.

—Jorge, no quiero que me dejes —murmuró—. No sé lo que ella quiere, ni sé por qué lo hace. —Sus ojos se ensombrecieron—. Tengo miedo... —me dijo después—. Por favor no te vayas, no vuelvas al colegio. Por favor quédate aquí esta noche; por favor... Dejé de hablar, porque la señorita Ana estaba de vuelta. "Por amor al cielo, ¿es todo esto una broma? —pensé—. ¿O está medio trastornada mi tía?". Mientras tomábamos el té incómodamente sentados escuchando el murmullo de la radio, decidí que no podía tomar en serio las palabras de mi tía. Sabía que había habido casos en que personas habían asesinado a sus amigas con quienes vivían por apoderarse del dinero de éstas. Sin embargo, aparentemente mi tía Irene no parecía un ser normal. No; no podía ser, era ridículo. Tomamos el té y conversamos hasta que me levanté para irme. No insistieron en que me quedara y traté de no mirar a mi tía Irene para que no lo hiciera con los ojos. "Delirio de persecución", me dije mientras volvía a casa. Pero, cuando recuerdo todo esto, me asalta la duda de si le creí entonces a mi tía Irene.

Como me era imposible llegar al colegio esa noche, me quedé en el hotel del pueblo pensando volver en la mañana siguiente. Pero, sólo lo conseguí hacer cuarenta y ocho horas más tarde. —Me tuve que quedar allá —le expliqué a mi tutor.

A mi vuelta me fui directamente donde él, pues mi tía Irene se había asfixiado esa noche con su almohada, y la casa estaba atestada de policías que pretendían identificar el cadáver. Tuve la suerte de poder salir ligero de allí.

—Mi querido Jorge —me dijo mi tutor—. No tienes necesidad de disculparte. Sin querer ser poco comprensivo,



—Tengo miedo... —me dijo después—. Por favor, no te vayas, no vuelvas al colegio.

MI TIA IRENE

vo, te diré que todo lo que me has contado es bastante más interesante que tus opiniones respecto al "Mercader de Venecia". Naturalmente que siento mucho la desgracia de tu tía.

—Gracias, señor —le interrumpí—. Le confesaré que yo no estoy precisamente amargado por el asunto, excepto, por supuesto, por haber olvidado deliberadamente que me pidió ayuda. Eso ya no es tan divertido. Al fin y al cabo, no la conocía y tampoco era exactamente tía mía. Era sólo hermana de mi padrastro, y por eso no me afecta mayormente la desgracia.

—Según entiendo, ella era la única pariente que tenía.

—Sí, señor —le contesté.

—Entonces, naturalmente que te habrá recordado en su testamento.

—No lo creo, señor. Cuando vivía mi padrastro, se pelearon violentamente. Ella jamás me había escrito y sólo lo hizo el otro día, para pedirme que la fuera a ver. Por eso no espero heredar nada.

—Todo esto es muy curioso. Déjame pensar un poco. Según entiendo, se fué a provincia hace cuarenta años y se quedó viviendo allá hasta el mes pasado. ¿Por qué se fué?

—Parece que estaba escasa de dinero, señor y, como por orgullo quería ocultar su situación precaria, prefirió vivir entre extraños.

—Comprendo. En ese caso, tu herencia...

—El seguro de vida, señor. Tenía tomado uno con una prima muy elevada. Lo dividiremos en mitades con su amiga, la señorita Ana —Medité un momento, y después dije—. ¿Cree usted

que se ha cometido un asesinato? ¿Un ladrón, o... la señorita Ana?

—Ninguno de los dos —respondió con prontitud mi tutor—. ¿Tienes alguna fotografía de tu tía?

—No.

—Entonces nos confiaremos en Pedro, quien ha estado trabajando durante años en la misma ciudad en que vivió tu tía. Puedes dar por seguro de que él nos mandará datos de las dos mujeres.

Me levanté.

—El telégrafo es rápido. Si vuelves en unas horas más, te tendré noticias. En realidad, a media tarde habían llegado noticias. El telegrama decía: "Señora Irene un poco sorda. Señorita Ana oye perfectamente bien".

—¿Qué significa esto, señor? —pregunté sorprendido.

—Tendremos que confirmar estos datos con fotografías —me respondió mi tutor—. A pesar de que ya avisé a la policía, basándome en los datos que me has dado, estoy seguro del resultado final.

—No comprendo —respondí.

—Mira, Jorge, seguramente ya te has dado cuenta de que la persona que tú creíste ser la señorita Ana era, en realidad, tu tía, y la que supusiste tu tía era la señorita Ana.

—Sigo sin comprender —volví a insistir.

—No hay mucha dificultad para saber el motivo —continuó mi tutor, sin hacer caso a mi interrupción—. Ella no tiene más dinero que su seguro de vida. ¿Qué hace, entonces? Viaja con la

(Continúa en la pág. 6)

Visita de Imp. y B...

5 ENE 1954

Deposito legal

Lapiz Labial

4 en 1

Barbara Lee

Use colores combinados,
COLOR SOBRE COLOR,
como los grandes artistas...!



...y sus labios resplandecerán
lentos de encantadora belleza...!

Barbara Lee

Sensacional combinación
PRIMAVERAL;

Rubine con Red Stop.

Labios.. subyugantes,
vibrantes de ternura y
juventud.

El lapiz labial de las cuatro Armonias

PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR: Gentry
cha una trampa y le averigua a Nora como se pu
contacto con el supuesto Shayne. La muchacha le e
de que lo hizo Bates, su abogado y que ella no tie
idea de las cartas que se intercambiaron. Gentry
al abogado por teléfono y le ordena que esté al día sig
te en Miami, para explicar su papel dentro de todo
oscuro asunto. Luego habla Shayne y el abogado se
ga a darle ninguna explicación, pues supone que la p
está de acuerdo con el asesino, para encubrir el crim



CAPITULO IV

Shayne hizo una mueca.

—¡Está bien, Will. No hay nada más que hacer ahora
hasta no ver los documentos de evidencia que va a traer
Bates.

Gentry cogió su vaso, bebió su aguado whisky y se volvió
a acomodar en su silla. Sacó de su bolsillo otro cigarrillo
lo encendió y lanzó al techo una bocanada de humo.
Shayne se volvió hacia Nora y le dijo:

—Asistiremos a una magnífica función. Por muy bueno
que sea el plan ideado entre usted y su abogado, se les
vendrá abajo. Más vale que confiese a tiempo. Si no mató
a su marido, es mejor que largue la verdad y así podre
mos descubrir quién lo hizo.

—¿Yo? ¿Matar a Ralph? —Había estado reclinada hacia
atrás, con la cabeza descansando cómodamente contra la
silla y los ojos semicerrados. Levantó los hombros y mur
muró llorosa: —¡Estoy tan cansada y tan confundida!
¿Puedo marcharme, por favor?

Will Gentry puso sus enormes manos sobre el brazo
de su sillón y levantó pesadamente el cuerpo.

—Creo que hemos hecho todo cuanto podíamos hacer. To
davía tenemos que llenar la fórmula de identificar a su
marido. Si usted sube conmigo a los altos, señora Carrol,
terminaremos pronto con el asunto.

—¿Es necesario? —preguntó Nora ocultando su rostro en
el enorme pañuelo que le había prestado Shayne y se ex
presó con voz temblorosa.

—Usted dijo que el cuerpo ya había sido identificado por
el personal del hotel.

—Con todas las suplantaciones que ya hemos visto, no
podemos estar seguros de que el hombre registrado aquí
como Ralph Carrol sea su marido —respondió el policía—.
Usted es la única que puede hacer una identificación defi
nitiva y pueda esclarecer una serie de cosas.

Nora Carrol se quitó el pañuelo de su cara y se puso de
pie. Le brillaban los ojos y sólo pudo agregar, esperanza
da:

—Entonces, ¿piensa usted que después de todo pueda no
ser Ralph?

—Eso queda por ver. Vamos a averiguarlo —contestó Gen
try, tomándole el brazo y conduciéndola hacia la puerta.
Luego se dirigió a Shayne: —Espérame, Shayne. Tenemos
muchas cosas que conversar.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Volveré dentro de cinco minutos.

El teléfono comenzó a sonar en el momento en que Gentry
y Nora Carrol alcanzaban la puerta. El inspector se detu
vo, se dio vuelta y escuchó mientras contestaba Shayne.
Al escuchar una voz de hombre alterada y vibrante, Shay
ne presionó el fono contra su oído, esperando que Gentry
no se impusiera de lo que le decían.

—¿Shayne? —le dijo el hombre—. ¡Me siento feliz de en
contrarlo! ¿Sabe lo de Carrol?

Shayne levantó sus cejas hacia Gentry y luego respondió
por el teléfono:

—Por caridad, amorcito, ¿por qué no te acuestas y duer
mes? ¿No sabes qué hora es?...!

Gentry titubeó un instante, en seguida abrió la puerta y
salió con Nora. Shayne esperó escuchar los pasos del ins
pector desliziándose por el corredor, con un oído y con el
otro escuchó la voz lastimera que le venía por el alam
bre telefónico.

—¿Qué sucede? —dijo el hombre—. ¿Lo he despertado?
Habla Ludlow. ¿No sabe lo que le sucedió a Carrol?

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Shayne, curioso, m'en
tras escuchaba desvanecerse los pasos.

—Ha muerto. Estaba muerto cuando llegué allí, Shayne.
Mire, ignoro lo que ha sucedido y si yo estoy comprometi
do en algo. Si hay alguna posibilidad de que me metan
en este enredo, quiero decir todo cuanto sé. No di mi nom
bre cuando llamé a la policía. No sé que intervención pue

UNA NOCHE MISTERIOSA

POR BRETT HALLIDAY

da tener usted en el asunto, pero conozco su reputación y sé que me dará un buen consejo. ¿Puede mantenerme aparte de todo esto? ¿O debo llamar de nuevo a la policía para decirle que me trastorné al principio y que no supe lo que hacía?

Shayne escuchó un hondo suspiro ya que Ludlow no había tenido tiempo ni para respirar durante su larga y rápida explicación. Luego le preguntó, cortante:

—¿Cómo consiguió el número de mi teléfono?

—En informaciones. Al principio no pensé en eso. Sabía que usted no podía estar en su oficina. Por eso no lo llamé antes que a la policía. ¿Qué podemos hacer?

Shayne pensó con rapidez.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Ludlow. —Hubo un silencio y luego un ruido. La comunicación se había cortado.

Shayne golpeó el teléfono y se sentó tratando de recordar si conocía a alguien llamado Ludlow. En ese momento sonó de nuevo el teléfono.

Cogió el fono y escuchó la voz del empleado que reemplazaba en el hotel al de planta.

—Contesta el señor Shayne.

—He estado tratando de comunicarme con usted —dijo una voz ronca y plañidera. —Parecía la consecuencia del sueño y de bastante alcohol—. Acabo de saber, por la radio, el asunto de Ralph Carrol. No mencionaron el nombre de Nora. ¿Cree usted que tiene ella alguna participación?

—¿Quién habla? —interrogó Shayne.

—Usted no me conoce, pero es muy importante que lo vea inmediatamente, señor Shayne. Si la policía aún no se ha inmiscuido en el asunto es preciso salvaguardar a Nora. Le pagaré diez mil dólares si olvida lo ocurrido esta noche.

—Es una suma tentadora. ¿Quién me la ofrece?

—No tiene importancia. Tengo la suma en dinero. Lo único que necesito es asegurarme de que usted no mencionará a Nora a la policía.

—Creo que es mejor conservar este asunto. ¿Dónde está usted?

—No vaya tan de prisa —objetó la voz—. ¿Cómo puedo asegurarme de que no está usted ya en contacto con la policía?

—Eso es bien difícil que lo sepa. Pero si no me marchó al instante de aquí pronto estaré en contacto con ella. —Miró su reloj pulsera. Gentry dijo que volvería en cinco minutos. Ya se le habían ido cuatro. Sólo le quedaba uno—. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—No le tengo mucha confianza, pues he sabido algunas de sus tretas... Si está dispuesto a callar a cambio de diez mil dólares, salga en cuanto cuelgue el fono y siga hacia el norte, por el Boulevard Biscayne. Mi reloj marca las tres veintidós. Llegará a la calle 69 alrededor de las cuatro. Colóquese en la estación de bencina que hay en la vereda sur de la esquina y espéreme. Si procede con corrección y no hay policías cerca, recibirá el dinero.

—Estaré allí a las cuatro, solo, y dentro de un Hudson negro. —Aseguró Shayne. Colgó el fono y se acercó a la puerta que había dejado abierta Gentry. Escuchó durante un segundo y, al no sentir voces, cerró la puerta suavemente y se precipitó de nuevo al teléfono.

Pidió el número de Lucy Hamilton y cuando la voz adormilada le contestó, le dijo con rapidez:

—Escucha, mi ángel, y no me hagas preguntas. Vístete inmediatamente. Ponte un traje sastre claro, si es que tienes. Usa una bufanda amarilla alrededor del cuello. Nada de sombrero. Llama a un taxi mientras te vistes. Anda al Hotel Commodore y pide una llave que te dejaré en la recepción. Te has olvidado del número de tu cuarto, puesto que te inscribiste sólo ayer en la tarde. Tú eres la mujer de Ralph Carrol, o Nora Carrol de Wilmington, Delaware. Si insisten en que te llevaste la llave cuando saliste, más o menos a la una, di que la perdiste o lo que se te ocurra. Pero obtén la llave de la pieza de la señora Carrol y métete en ella. Busca una carta enviada a esta dama por Michael Shayne, en la cual le indica el plano de mi depar-



No tuvo respuesta y, luego de esperar unos segundos, metió la llave y la dio vuelta.



tamento. Debe ser fácil. Entonces, obra rápido y luego vuelve a tu cama. Te veré mañana en la oficina. ¿Comprendido?

—Así me parece —respondió Lucy—. ¿Ha sucedido algo malo, Michael?

—Sí. Creo que no te demorarás más de diez minutos en ir y volver. Buena suerte.

Shayne colgó el fono y apretó las mandíbulas. Corrió hacia la puerta, cogió su sombrero de la percha y voló por el corredor hacia la escalera que desembocaba con la puerta de escape, lo cual le permitía no pasar por el hall del hotel.

Lucy Hamilton colgó el fono y cortó la comunicación con un dedo, en seguida marcó de memoria el número del paradero de taxis que ocupaba siempre. Dió su dirección y rogó que le enviaran uno en seguida.

Se quitó la camisa de dormir, la dejó encima de la cama y fué al baño, donde se echó agua en la cara y se la secó mientras buscaba el vestido dentro del closet.

Un sastre claro, le había dicho Michael. Encontró uno color beige. Se embutió la ropa interior y luego el vestido. Las

(Continúa en la pag. 7)

Para el cutis que se siente "molesto" con un maquillaje pesado

Una base leve y fina
le da aspecto más terso

¡Qué suavemente natural se verá su cutis con la deliciosa base para polvos de Crema Pond's "V"!

Haga así: Extienda una fina capa de Crema Pond's "V" antes de maquillarse. Verá cómo se desvanece instantáneamente en la piel, haciendo que los polvos se adhieran en forma pareja.

Su cutis lucirá mejor...
horas y horas.



Máscara "1 Minuto"

Aplique abundante Crema Pond's "V" sobre todo el rostro (excepto sobre los ojos).

Déjela sólo ¡1 Minuto!, y quítela con una toallita.

¡La piel queda fresca y lista para un maquillaje conveniente!



Mrs. Cornelius Vanderbilt Jr.

"Encuentro que la Crema Pond's "V" es ideal como base de polvos. Los polvos se mantienen,"

dice la encantadora Mrs. Vanderbilt,
muy popular en la Sociedad norteamericana.

MI TIA IRENE

(Continuación de
la pág. 3)



señorita Ana a una ciudad donde no son conocidas y comete un asesinato para poder heredar la mitad del seguro.

En seguida hizo una pausa y encendió un cigarrillo.

—Te llamaron para que fueras de visita para disipar las sospechas que, de otra manera, se habrían suscitado. Entonces hicieron el cambio. Como convenció tu tía a la señorita Ana para que la suplantara, tal vez nunca te lo dirá. Pero, a juzgar por tu descripción, la señorita Ana no era una mujer suave y dominada totalmente por tu tía. "No sé lo que quiere ni por qué lo hace". Pobre mujer, tenía sus sospechas.

—¿Cómo lo supo, señor?

—Por la radio, Jorge. Estaba tocando despacio, según te recuerdas. Además, tu "tía Irene" tenía puesto su audífono. Tú comenzaste a hablarle en voz baja. Si era en realidad sorda, el aparato que tenía en su oído tenía que haberle ampliado considerablemente el sonido. Y, en ese caso, igual cosa habría sucedido con la radio. Como te digo, si era verdaderamente sorda, y si el aparato para oír funcionaba, la radio que tú suponías suave tenía que haberle molestado terriblemente. ¿Concibes a alguien en estas circunstancias hablando en voz baja, casi con un murmullo? ¿Le hablas con naturalidad a la gente en voz baja cuando tienes la radio puesta fuerte?

"La respuesta es entonces obvia: la mujer con quien hablaste no era sorda. Cuando me di cuenta del truco que te habían hecho, no me costó mucho comprender por qué lo hicieron. Mi tutor lanzó un hondo suspiro.

—Sí; lo siento, Jorge: a tu tía Irene la van a condenar.



¿Hacia qué lado fueron?

medias y los zapatos le demoraron otro minuto. Frenéticamente buscó una chalina en el cajón y encontró una color canario con dibujos pequeños. Se la amarró alrededor del cuello, cuidando que sus puntas quedaran sueltas, se pasó la peinetita por el pelo, sacó de su cartera tres dólares y se los echó al bolsillo de la chaqueta. Cogió el rouge y la polvera y salió de su departamento. Todo esto le tomó menos de cinco minutos y, aunque estaba ya sin aliento, tuvo fuerzas para bajar por la escalera. Dos minutos más para llegar hasta el Comodore y le quedarían tres para cumplir el encargo que le había hecho Shayne en un plazo de diez minutos. El taxi en ese momento llegaba. Lucy se metió dentro y dijo:

—Hotel Comodore. Por favor, apúrese. El automóvil arrancó con violencia, tirándola contra el respaldo del asiento. Poniéndose de nuevo derecha, abrió la polvera, se empolvó y trató de pintarse los labios con el pequeño espejo.

No tenía tiempo para hacerse preguntas, o para averiguar por qué la habían sacado a esa hora de su cama para que se introdujera ilegalmente al dormitorio de una mujer y buscara una carta, firmada por su empleador.

Para decir verdad, estas cosas eran corrientes y ella estaba acostumbrada a tales órdenes y las aceptaba sin dilación. Muchos años al servicio del detective le habían enseñado a conocer los matices de su voz y, las perentorias órdenes que recién le había dado demostraban que el trabajo era de suma urgencia.

Más tarde tendría tiempo para hacerle preguntas. Ahora, se concentró preocupada sólo en arreglarse la cara. Después pensaría la forma que tendría que usar para entrar en un hotel desconocido y convencer al nochero de que su nombre era Nora Carrol, que había olvidado su llave y el número de su habitación.

El taxi entró en el Boulevard Biscayne y chirreando se detuvo frente a la puerta del hotel. El taxímetro marcaba treinta centavos. Lucy puso un billete en la mano del chófer y, sin esperar el vuelto, se precipitó hacia la puerta giratoria y entró en el hall vacío. Detuvo el paso y se encaminó derecho a informaciones.

Un hombre delgado trató de disimular un bostezo al ver aparecer a la muchacha. Lucy enarbolando la mejor de sus sonrisas se acercó al escritorio y miró al empleado con cara contrita.

—Parece que he dejado mi llave o me he olvidado pedirla. ¿Quedaría, por casualidad, encima del escritorio? No consigo recordar...

—Veremos, señora. ¿Cuál es su número?

—Eso es lo más terrible. —La confusión que sentía Lucy al decir esto era auténtica—. Sólo me registré ayer. Vengo de Wilmington. Me sentí muy emocionada al estar en Miami por primera vez que no pensé en nada. Mi nombre es Carrol —agregó Lucy, como información, ya que suponía que el empleado la había reconocido.

El nochero consultó el archivo y le preguntó:

—¿La señora de Ralph Carrol?

—Por cierto —respondió con prontitud Lucy.

—Pieza 360 —le informó y después de una breve búsqueda sacó una llave atada a un círculo de cuero—. La llave extra está aquí, por eso me imaginé que al salir dejó la suya dentro del departamento. —Se la pasó.

Lucy hubiera querido arrebatarla y correr escalera arriba, sin embargo le hizo una sonrisa y murmuró, con gracia:

—¡Qué distraída soy! Pero estaba tan emocionada. —Le dio las gracias mientras cogía la llave y trató de contenerse cuando le decía el piso al ascensorista—. Tercero, por favor—. Luego lanzó un suspiro de alivio.

En el tercer piso vió, con alegría, que las luces aún estaban encendidas y que una pequeña flecha indicaba la dirección de los números. Encontró el 360 en el rincón del corredor y mientras le latía con fuerzas el corazón, golpeó la puerta.

Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 5)



No tuvo respuesta y, luego de esperar unos segundos, metió la llave y la dio vuelta. La abrió suavemente y se deslizó dentro de la pieza oscura. Palpando las paredes encontró el interruptor y de pronto se encendió una luz en el techo.

Al volverse a cerrar la puerta, escuchó un movimiento a su espalda. De pronto una frazada cayó sobre su cabeza oscureciendo la luz y envolviéndole el cuerpo.

Instintivamente, luchó con pánico salvaje, pero unos brazos fuertes y poderosos le impidieron todo movimiento. Luego fué tomada en brazos y arrojada encima de la cama. El peso de un hombre la mantenía inmovilizada.

Tenía los pies libres y comenzó a agitarlos con violencia, mientras algo le apretaba la cintura. Parecía un cinturón poderoso, que le aprisionaba los brazos por encima de la frazada. La dejaron allí, pataleando y forzando por liberarse.

Consiguió soltarse una mano y con ello desató la amarra y le quedó la otra libre. Se dio vueltas y tratando de buscar un poco de oxígeno. Se cayó de la cama y por fin consiguió desasirse de la frazada y mirar a su alrededor.

Estaba sola. La luz estaba aún prendida y la puerta cerrada. La banda que la había aprisionado encima de la frazada, era un cinturón de cuero rojo, con una enorme hebilla de plata. Con manos temblorosas lo lanzó lejos y con el pie tiró la frazada encima de la cama.

Aún temblando, con la impresión y con la respiración entrecortada, se puso de pie y se encaminó hacia una enorme cómoda, que tenía un espejo encima. Sentía las rodillas débiles y se movía con dificultad. El cajón de arriba tenía artículos de tocador. Estaba en eso cuando sintió una llave en la cerradura de la puerta de afuera.

Lucy buscó con la mirada un sitio donde esconderse, pero, antes de que pudiera moverse, se abrió la puerta y una mujer parecida a ella la miró con ojos sorprendidos. Detrás había un joven policía, media cabeza más grande que la recién llegada, quien la miraba con interrogadora curiosidad. Lucy Hamilton recurrió a toda la presencia de ánimo que había aprendido siendo secretaria de Michael Shayne y usó su táctica favorita de atacar antes de que la atacaran.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Y qué está haciendo en mi pieza? ¡Oficial, corra detrás de un hombre que me acaba de atacar, aquí, en mi propio departamento! No se quede ahí mano sobre mano.

—¿Un hombre? —murmuró Nora Carrol—. ¿En mi pieza? No veo a ninguno. —Se volvió al oficial—. ¿Qué quiere decir? Esta es mi pieza. ¿Qué está haciendo en ella?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo —respondió el policía. Apartó a Nora y se fué derecho hacia Lucy—. ¿Cómo es el cuento de que la atacó un hombre?

—Tal como lo he explicado —contestó Lucy con vehemencia—. Acababa de entrar en mi pieza, hace más o menos tres minutos, y en cuanto prendí la luz salió un hombre de detrás de la puerta y me echó una frazada encima de la cabeza. ¿Vé el cinturón con que me amarró? Después me botó sobre la cama y me apretó el nudo con fuerza sobre los brazos. Estuve mucho tiempo luchando. ¡Usted tal vez lo pesque en el corredor!

(Continúa en la pág. 9)

Su Majestad el Gato

CUANDO LAS MUCHACHAS de hoy nos preguntan cuál es la mejor escuela de entrenamiento matrimonial y dónde se aprende cómo hay que tratar a un hombre, siempre les aconsejamos que tengan un gato en casa. Porque los gatos y los maridos tienen muchas cosas en común.

- Ellos llegan a la comida cuando a "ellos" les place.
- Ellos acostumbran salir de noche sin mayores explicaciones.
- Son cariñosos cuando "ellos" desean serlo.
- Acostumbran rehuir nuestros mimos con sus afiladas garras (gatos), y con refunfuños (maridos), cuando no están dispuestos a...

Podríamos seguir aún enumerando un sinnúmero de cualidades co-

munes. Pero lo maravilloso que hay entre ellos, en los maridos y los gatos, es que a pesar de todo los queremos.

Dicen que hay mujeres que sólo se sienten bien dentro de un clima de sumisión y lealtad perruna. Estas prefieren tener un perro. Pero otras, en cambio, tienen rasguños en las manos y salen en bata en las noches de lluvia para atraer a la casa al gato prófugo. Ellas le sirven a todas horas del día y de la noche su plato favorito —al gato— y cuando, por fin se instala sobre sus rodillas a runrunear suavemente, sus ojos resplandecen de felicidad, a pesar de sentir calambres en las piernas. Con ese tipo de mujer un hombre se puede casar seguro de ser siempre feliz.



crema **HINDS** *para su cutis!*



Bríndele a su cutis una fuente de juvenil belleza. Todas las noches, antes de acostarse, límpielo con Crema HINDS y así lo mantendrá siempre fresco y suave. HINDS, enriquecida con lanolina, es una crema que, por ser líquida, protege *mejor* el cutis.



Mc CANIN-ERICKSON



¡Y tenga siempre a mano

Crema HINDS para sus manos!

Las manos ajadas por los quehaceres domésticos adquieren suavidad y distinción después de una fricción con Crema HINDS.

crema **HINDS**

de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA





Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 7)

El policía miró el pelo desordenado de Lucy, el cinturón y la frazada.

—No le haga caso, oficial. Esta pieza es mía. —La voz de Nora era llorosa—. ¿Qué le pasa a la gente en esta ciudad? ¿Son locos?

—Lucy miró alrededor de la pieza, notando una hermosa maleta abierta que había a los pies de la cama y cuyo contenido estaba desparramado por el suelo.

—Sin duda hay aquí un error, oficial —dijo Lucy con voz desmayada—. Estas no son mis cosas. —Miró al suelo y vio la llave que había caído durante la lucha—. Pero el empleado me dio esta cuando le pedí la mía. Yo había olvidado el número de mi pieza y supuse que me había entregado la correcta. Luego, cuando fui atacada, apenas abrí la puerta... —Se sonrió confundida—. Estaba tan asustada que no noté la diferencia. En este momento me acababa de soltar el pelo e iba a llamar a la policía.

Miró de nuevo a Nora, como si por primera vez, mientras se le iluminaban los ojos.

—Estamos vestidas exactamente igual —exclamó—. Eso debe haber confundido al empleado, tomándose a mí por usted, y entregándome su llave. Probablemente el que me atacó cometió el mismo error—. Dió un par de pasos hacia adelante y continuó: Bueno, usted sabrá mejor que yo quien es el autor de esta broma. Bajaré a informaciones y reclamaré mi llave.

El joven oficial le bloqueó el camino.

—Espere un instante. Aquí hay algo extraño. Ella esta

Hargrave dijo: "Las mujeres son la poesía del mundo, igual que las estrellas son la poesía del cielo. Claras, radiantes de luz, son los planetas terrestres que guían el destino de los hombres con su espléndida luz."

vestida igual que usted, señora Carrol, y tienen más o menos la misma talla. Pero, ¿qué significa el ataque de que fui víctima?

—No entiendo ni una palabra —gritó Nora indignada—. No podía haber aquí un hombre. Tampoco creo en el error del empleado del hotel. Sólo me inscribí ayer y no recuerdo haberlo visto antes. Además, si le dió mi llave, me habría dicho algo cuando entré.

—Eso es cierto. Así lo habría hecho. —El policía estaba consciente de la responsabilidad que involucraba su uniforme.

—Tal vez sea como usted dice —respondió Nora—. Podemos ir juntas a informaciones y averiguar con el empleado.

—Muy bien —murmuró Lucy con dignidad, tratando de ingeniarle el modo de salir de esa pieza y de ese hotel sin ser atrapada por el oficial.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, él cerró la puerta y dijo:

—Usted espere aquí, señorita —luego dirigiéndose a Nora—. Y, si usted me perdona, cumpliré las instrucciones de mi jefe quien me ordenó revisar este departamento.

Nora titubeó, mordiendo el labio.

—Si es su deber, hágalo, pero dése prisa y déjeme sola. —Habla con voz cansada, mientras se ponía un diminuto pañuelo sobre los ojos. En seguida se tiró sobre la cama sollozando.

Lucy observó al oficial que hacía una búsqueda muy superficial por la pieza. Se sintió feliz cuando vio que no encontraba nada.

Antes de terminar se detuvo junto a la cama.

—Ahora la dejaremos sola —le dijo a la acongojada viuda—. Cierre por dentro su puerta con llave y así estará resguardada.

Ella sacudió vigorosamente la cabeza y no dijo nada. En seguida, el oficial se dirigió hacia Lucy, la tomó de un brazo y le explicó:

—Espero que haya habido el error, que usted dice, señorita, pero cuando se trata de un asesinato, yo no puedo dejar pasar nada.

(CONTINUARA)

Cómo Identificar al "Incasable"



- 1.—¿Tuvo relaciones tirantes con la familia de ella antes del matrimonio?
- 2.—Al hablar de sus padres, ¿se refiere con más frecuencia a su madre?
- 3.—¿Parece ser más apegado a la madre?
- 4.—Antes del matrimonio, ¿le parecía difícil o desagradable dejar su casa por un período moderado?
- 5.—¿Parece tener un resentimiento contra su padre?
- 6.—¿Manifiesta mucha confianza en el consejo de sus padres?
- 7.—¿Es considerado por su madre como un niño especialmente atento y cumplidor?
- 8.—¿Formula a menudo observaciones menospreciativas hacia el sexo opuesto?
- 9.—¿Manifiesta una actitud poco sincera hacia el sexo opuesto?
- 10.—¿Parece preocuparse más de lo que es corriente de los deseos y las necesidades personales?
- 11.—¿Exige más atenciones de lo normal de las personas?
- 12.—¿Demuestra repentinas explosiones de mal genio o se queja de males imaginarios?
- 13.—¿Parece insensible a los sentimientos ajenos?
- 14.—¿Procura echar siempre la culpa a los demás de las dificultades?
- 15.—Antes del matrimonio, ¿se asociaba exclusivamente con miembros de su mismo sexo?
- 16.—¿Da la impresión de que la posición personal es más importante o necesaria para él que cualquier otra cosa?
- 17.—¿Parece estar particularmente preocupado por el éxito económico?
- 18.—¿Pasa por momentos de autoindulgencia impulsiva, seguidos por períodos de autonegación o autocastigo?
- 19.—¿Parece repeler el contacto físico?
- 20.—¿Indica de alguna manera que el matrimonio es un compromiso con ideales y normas personales?

LO QUE SIGNIFICA EL PUNTAJE:

El puntaje (excluyendo las preguntas 1, 19 y 20):

1 ó 2 respuestas afirmativas: Bueno.

3 a 5 respuestas afirmativas: Regular.

Más de cinco respuestas afirmativas: Muy malo.

Si responden afirmativamente a las preguntas 1, 19 y 20, son definitivamente indeseables y no están capacitados para el matrimonio.

Sintonía de juventud

POR ELICK MOLL



Finalmente, el golpe llegó, tal como ella lo suponía... Se deslizó fuera de la cama. La perilla se estaba moviendo.

CAPITULO X

Laura encontró en su dormitorio un libro de poesías y leyó hasta después de medianoche, luego lo dejó a un lado y se estiró en la cama, alcanzando la pared con los dedos del pie. Miró la luz tratando de recordar lo que había leído. No pudo recordar ni una línea. Su cerebro era un borrón de imágenes revueltas.

Escuchó el ruido de una risa, incorpórea y triste. El motor de un automóvil rompió el silencio y luego se perdió en la distancia. Más tarde creyó oír el lamento de un niño que lloraba. Pero eso debió haber sido sólo la orquestación de su propia y perturbada fantasía. No podía saber ahora qué era real, qué era lo que pensaba o qué era lo que sentía. Sólo sabía que esperaba el momento en que Dutra golpearía en su puerta, pero que esto lo esperaba con ansia o con pavor, ya lo había olvidado hacía tiempo.

Finalmente llegó, tal como ello lo suponía. Y con él llegaron también las imágenes de los dos niños y el rostro finamente dibujado de su madre. No eran ni siquiera disimulados esos breves y pequeños golpes. Ella podría perdonarle eso, perdonarle todo, menos la certidumbre, la falta de duda, la falta de piedad que había en ellos. Era el llamado de un rey que podía elegir, por razones de estado, ser discreto, pero jamás avergonzarse, jamás estar inseguro, perturbado o cobarde. Le roi a commandé.

Se deslizó fuera de la cama y fué hacia la puerta, con el corazón latiendo fuertemente. La asedió un desagradable recuerdo de Martín, del Martín de hacía mucho tiempo, la noche en que por acariciarla torpemente le rompió el vestido. Con una repentina mezcla de piedad recordó la febril desesperación de sus manos, y el deseo ciego y despiadado en sus ojos desnudos. Si hubiera sucedido ahora, cinco años

más tarde, ella no le habría negado nada. Le habría estirado los brazos, como se hace a un niño.

Miró hacia abajo. La perilla se estaba moviendo. Afirmó todo su cuerpo contra la puerta, y le echó llave. Luego se apoyó en ella, desmayada con la sensación de haber perdido algo. Durante un momento indeterminado, permaneció ahí escuchando el eco de los pasos que se perdían en el hall, como el eco de un olvidado sueño de gloria, de una esperanza perdida.

La luna había bajado, si es que había habido luna, pero aun había suficiente luz como para que encontrara el sendero que llevaba al lago. Bajó a la playa y escuchó un instante. El silencio era diferente en este sitio, era mucho más angélico y bordeado por nuevos sonidos; el roce de pluma de una marea minúscula, el golpe suave de un bote contra el muelle.

Había una luz que parpadeaba cerca de la caseta, pero casi no se notaba. La había traído aquí el deseo de limpieza, de quietud, de aprecio violento.

Dejó caer las zapatillas y la camisa de dormir en el mueble y se metió al agua. El agua se sentía caliente después de la primera impresión. Nadó fuertemente, perdiéndose en el ritmo del *crawl*, hundiéndose, emergiendo, respirando... Después de un momento se detuvo y escuchó de nuevo. El coro de los insectos se había transformado en un desmayado quejido. A lo lejos, podía escucharse un grillo. Se dio vuelta y miró hacia el embarcadero. Había desaparecido. El farol de la luz parecía ahora estar colgado sobre el agua, más bien oscureciendo que alumbrando la orilla. Salíó de nuevo a la superficie, nadando hasta cansarse y luego se puso de espalda respirando fuerte. Por primera

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Laura Mason asiste esa noche a una fiesta en casa de Dutra y allí comprende que éste es un hombre magnífico, pues sabe repartirse entre los invitados y tener una palabra o un gesto agradable para cada uno. Ella se siente triste en medio de esa atmósfera y sale al jardín, adonde la sigue Dutra, para decirle que es demasiado niña y que por estar cansada toma las cosas demasiado a pecho. Ella se desprende de este hombre que ya comienza a desilusionarla y corre a los altos. En el descanso de la escalera escucha un piano y descubre a Erica, la hija de Philip, quien está estudiando sus lecciones antes de irse a dormir. La niña la trata con dureza, como si comprendiera que entre ella y su padre existiera una amistad especial.

vez se puso a pensar en lo que estaba haciendo. Sentía los brazos pesados como plomo. Debía descansar antes de pensar en volver. Miró el pequeño punto de luz, pero había desaparecido, y se encontró a la deriva en medio de la oscuridad. Luchó con un pánico súbito. Tenía que quedarse inmóvil, haciendo el mínimo de movimientos, hasta recobrar las fuerzas.

Pero entonces escuchó un ruido; como el de una enorme aleta cortando el agua. Era la más loca fantasía, pero todos sus temores reprimidos se transformaron en dedos que le oprimían el cerebro. Se echó hacia atrás convulsivamente, peleando ahora contra la sofocante oscuridad. No podía ver nada, absolutamente nada. Pero podía oír, tiritando de miedo, el ruido que ahora era claro, acercándose. La sangre se le agolpó en los oídos en una oleada de pavor como el rugido de una marejada.

Exhaló el aire como en un sollozo y tragó una bocanada de agua. Al instante siguiente, la cosa estaba sobre ella; el punto de luz que había visto antes era ahora, de pronto, una enorme boca color naranja, que se dirigía hacia ella ennegreciéndola. Un miedo más espantoso que la muerte la sobrecogió, y el relámpago de luz que iluminó su cara fué durante un momento sólo parte del alarido de la pesadilla. Entonces, habló la voz asustada de un muchacho, una mano se estiró hacia ella y la volvió a la cordura; dejó de luchar y se dejó llevar.

De vuelta al embarcadero, Eric la ayudó a salir del bote y a vestirse. La ansiedad había roto su reserva, y Laura vio que ella se había equivocado y que la resistencia y el resentimiento de antes eran sólo timidez.

—¿Está bien? —le preguntó—. Lo siento muchísimo. No quise asustarla.

—No es culpa suya. —Laura sonrió—. Debo haber estado nadando dormida.

El devolvió agradecido su sonrisa. Tenía una boca suave y vulnerable, como la niña. Ahí no había nada de Philip. Ambos eran hijos de su madre.

—La vi entrar —le explicó—. Yo estaba pescando lejos del embarcadero.

—Creo que yo también lo vi. Usted apagó su linterna. —Sí. No quería despertar a toda la casa, pero pensé que era mejor seguirla por si me necesitaba. Estaba usted muy afuera.

—Me imagino que sí. Y comenzaba a sentirme confundida. —Por primera vez pensó cuán cerca había estado del límite. ¿Había pensado morir? Era difícil decirlo. Ella deseaba ponerle un fin a ese intolerable conflicto, y se había encaminado hacia la muerte, esperando como una mujer ser cogida.

—Creo que me habría visto en una gran dificultad si usted no hubiera venido.

En ese momento, tuvo una rápida y fuerte sensación de que algo predestinado y casi místico había en el hecho de que el hijo de Philip fuera quien hubiera venido a salvarla.

—Yo comprendo cómo es eso —le dijo—. En la oscuridad se pierde el sentido de la dirección y de la distancia. Hasta que no se acostumbra.

—¿Usted se ha acostumbrado? —le preguntó Laura, con un arranque de ternura.

—Conozco este lago con los ojos cerrados.

—¿También en la oscuridad?

—Pesco mucho de noche. En la noche es cuando es mejor.

—Sí, la noche es el momento mejor para los pescadores, los amantes y los fantasmas —, pensó Laura. Cuán a menudo debía venir él aquí a considerar las formas de la realeza.

—A usted no le interesan mucho las fiestas de fin de semana —agregó Laura.

—Son muy buenas. ¿Tiene frío?

—No. ¿Nos podemos sentar y conversar un momento?

—Por cierto. Si usted quiere.

—¿Me diría usted algo francamente? ¿No le gustan mucho los músicos, no es cierto?

En la oscuridad, ella no podía ver el cambio de color que hubo en su cara, pero adivinó que había enrojecido.

—No es que no me gusten. Yo... es que yo no tengo mucho en común con ellos.

(Sigue a la vuelta)

Margarita Sabelotodo



Para que el piso quede parejo cuando se le quiere cubrir de linóleo, se rellenarán todas las hendeduras con masilla del color de la madera, colocando luego el linóleo.

Para sacar las manchas sobre muebles pulidos, se hace una mezcla de aceite de comer y vinagre, la que se frota suavemente sobre la parte manchada; si ésta resiste al tratamiento, se limpiará con agua apenas tibia, sacando lustre después de bien seca, con un poco de aceite o parafina.

Para que los pepinos para ensalada tengan mejor sabor, se dejarán en agua por una hora antes de pelarlos.

Para que se laven bien los guantes de gamuza o cabritilla, es preciso tenerlos puestos. Se sumergen las manos en un jaboncillo hecho con un jabón no alcalino. Después de agitar las manos un buen rato dentro del jabón, se hace lo mismo en el agua de enjuague tibia. En seguida se presionan cuidadosamente los guantes en una toalla y después se estiran. Conviene dejarlos secar entre dos toallas. Después se vuelven a estirar entre el pulgar y el índice.

Para limpiar los naipes, nada más indicado que los polvos de almidón. Se frotan sus dos lados con los polvos y luego se pulen con un paño limpio. Las cartas así no solamente quedarán completamente limpias, sino que además se deslizarán con facilidad, lo que es muy útil cuando se reparten.

Para conservar los bulbos de jacintos de un año para otro, se cortarán las flores una vez que se marchiten, dejando los tallos y la parte verde del bulbo. Se depositan éstos en un canasto que se guardará durante un mes en un cuarto claro y fresco, con las puertas y ventanas abiertas para que penetre el aire y el sol. Cuando ya pasen las heladas nocturnas, se plantan los bulbos en el jardín, cubriendo sus raíces con tierra. En esta forma brotarán. Cuando se marchite lo verde, se desentierra el bulbo y se conserva en un lugar seco y oscuro para replantarlo a comienzos del otoño.

Para coser fácilmente las telas finas, tales como el crepe Georgette, el crepe de China, etc., es mejor hacerlo a máquina, cubriendo las costuras con una tira de papel de seda y pespuntando encima. Después se saca con facilidad el papel y la costura queda bien estirada y sin arrugas.

Para sacar las manchas de sangre de la ropa, se frota éstas con un jabón duro y húmedo. Se deja que penetre bien el jabón en el sitio manchado y luego se enjuaga con agua fría.

Para quitarle a un pincel la pintura endurecida, se hace hervir durante tres minutos en vinagre. Se retira y se lava cuidadosamente con agua caliente y jabonosa. Se enjuaga luego a fondo.

Para que las escobas queden como nuevas después de un tiempo de uso, se colocan en agua hirviendo durante un rato, dejándolas luego secarse colgadas de un clavo, sin que toquen el suelo.

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

"Yo sé por qué", pensó ella.

—¿Usted ha huido de la música, porque la música es su padre y teme y desconfía de él? Y yo corrí hacia la música y me aferré a ella, porque la música era mi padre y yo lo amaba; igual que uno ama todo lo bueno y hermoso en este mundo. Pero, por otra parte, ambos estamos fuera del camino y nos buscamos complicaciones, sólo que yo voy más lejos que usted y puedo decirle una o dos cosas... Excepto que usted no me las aceptaría ahora. No las creería.

Igual como ella se dió cuenta con una súbita comprensión, no habría creído a Martín si le hubiera dicho claramente lo que sabía todo el tiempo; que seguía siendo una niña chica, siempre sentada en las rodillas de su padre, encerrada dentro de la visión de su dorada imagen. "Es por eso, pensó, yo me he enojado tan a menudo con él, porque no quería crearle. Por eso es que él está "esperando", porque sabe que hay algunas lecciones que no se pueden enseñar, sino que se deben aprender. Hay cierta sabiduría de sí mismo, que se debe ganar difícilmente, rompiéndose la nariz, poniéndose en ridículo, revolcándose en la tristeza." Sí, Martín lo había sabido. Y ahora ella lo sabía. Y ahora era demasiado tarde.

—Su madre me dijo que había terminado un año en el Instituto Tecnológico —le dijo ella.

—Sí —lanzó una pequeña carcajada—. Divertido si se pone a pensar en eso. Yo un ingeniero. Debe ser muy divertido para papá.

—Usted debe haberlo discutido con él...

Le dió una extraña mirada.

—¿Ha discutido usted alguna vez con mi padre?

Le tocó entonces el turno a ella de enrojecer en la oscuridad.

—Mi padre es un hombre muy ocupado —continuó diciendo el muchacho, sin amargura. Era triste pensar que a los dieciséis años estaba ya más allá de la tristeza—. Pero sé lo que siente respecto al Instituto. Los músicos y los artistas, son los únicos con quienes puede congeniar.

La ternura que sentía por él la estaba haciendo sufrir.

—Estoy segura de que está orgulloso de usted —le comentó superficialmente.

—No lo está —respondió simplemente el muchacho—. Está desilusionado.

Levantó la vista hacia ella y le dijo de repente: Pero tiene derecho a estarlo, me imagino. La gente no comprende a los artistas. No todo es gloria para ellos. Están siempre en tensión. Tienen que conseguir mantenerse a su nivel. No pueden nunca decaer, ni un minuto. Bueno... me imagino que papá tiene derecho a esperar mucho más... del mundo, de sus hijos, de la gente.

"No, eso no es verdad", pensó Laura, con repentina violencia—. "Eso es lo que yo pensé, pero no es cierto. Un artista no tiene más derechos que cualquier otro ser. Lo que tiene, son más responsabilidades. Y si ignora eso y elige vivir como un ambicioso, como un niño prodigio, su vida se transforma en algo intolerable".

¿Pero cómo podría decirle esto a ese muchacho, que había pagado tributo a los derechos de su padre con timidez, soledad, e introversión?

El había traspasado ya el punto en el cual podía refugiarse, en el odio, como su hermana. Laura pensó que podía decirle que él no necesitaba al menos incluirla a ella en su valiente esfuerzo de comprender y olvidar; que su salvación como la suya, no yacía en la comprensión, sino en volverle la espalda a su padre, que no era precisamente un padre. Ella habría querido

Sinfonía de Juventud

(Viene de la vuelta)



poder decirle: ándate. Ahora mismo. No puedes conseguir amor y comprensión de una máquina para hacer salchichas, a menos que quieras terminar siendo tú mismo un embutido. Lo que le dijo fué:
—¿Le gustaría tomarse un chocolate? Se lo haré si usted me indica dónde está la cocina.

Se vistió y empacó sus cosas, mientras amanecía. La tragedia se había ido. Se había perdido en algún punto de la noche, y brillaba allí como una joya negra, para adornar su nueva madurez. (O para usarla en el escenario del concierto, como le habría dicho Martín, algo sarcástico.)

Ahora, mientras llevaba abajo su maleta, caminando en la punta de los pies, a la luz del amanecer, comenzaba a ser comedia.

Era aún comedia, cuando Philip salió

Los hombres son criaturas muy raras; la mitad censura lo que ellos practican, la otra mitad practica lo que ellos censuran; el resto siempre dice y hace lo que debe.— Benjamín Franklin.

del living y la asustó hasta el punto de dejar caer la maleta.

—¿Te vas? —le dijo. No parecía sorprendido. Se veía fresco e inmaculado como siempre, con pantalones azules y una brillante camisa blanca.

Pero por primera vez ella vió que era un hombre cincuentón, su color cobrizo subrayado con un toque de palidez y de morado bajo los ojos.

—Está cansado", pensó Laura, y en la casi impersonal emoción que incluía su inquietud (éstas son sus vacaciones; él necesita estar descansado; él necesita descansar para el invierno pesado que tiene por delante), se dió cuenta de cuán lejano del amor de mujer era lo que había sentido por él.

—No hay trenes a esta hora —le comentó Philip—. ¿Por qué no esperas a tomar desayuno?

—Preferiría irme inmediatamente, Philip.

Recriminación, rabia, orgullo, todo se había ido. Ella sólo quería irse, sin explicaciones, sin una palabra.

—¿Y qué le diré a Eames?

—Por favor, discúlpeme con él.

Dutra sonrió con ironía.

—Tienes al menos los modales de una gran artista. ¿Y qué le diré a Elsa?

—Algo discurrirá usted, estoy segura. Esta no puede ser una situación enteramente nueva para usted. —Se le deslizó esto en forma espontánea.

Le llevaría algún tiempo, aparentemente, para que todos estos ecos de guerra murieran en su corazón y en su mente.

El asintió resignado.

—Muy bien. Te llevaré a la estación. Ella lo siguió hasta afuera, corriendo un poco para mantener el paso con sus señoriales zancadas, sintiéndose algo confusa, tal como la temprana ma-

fiaba que la circundaba: "Ouvrte la Nuit", se dijo a sí mismo Dutra. Y luego, dirigiéndose a Laura:

—Estuvo nadando, según creo, a las tres de la mañana.

Ella sintió que no necesitaba contestarle. En la puerta del garage, Dutra se volvió a Laura, con un repentino y brillante buen humor.

—¿Puedes decirme, Laura, por qué es mi destino estar rodeado de muchachos que nunca me perdonarán por ser como soy?

—Creo que Eric lo ha perdonado —le respondió—. En todo caso, trata de hacerlo.

—Esa es generosidad suya. —Una sarcónica burla brillaba en su expresión.

—Erica, mi hija, no está tan emancipada. Todavía tiene pesadillas, parece respecto a su padre el lobo grande y malo. Estuvo despierta toda la noche. Inconsolable. A las cuatro de la mañana, la luz de Erica aun estaba encendida, y cuando yo entré, porque no podía dormir, la encontré conversando con su madre... Ha decidido marcharse. Quiere volver a la universidad y tomar un curso de verano, en vez de quedarse aquí con nosotros. Había en eso algo cómico, la extravagancia de todo el conjunto, y ella tuvo que esbozar una sonrisa.

—Lo siento, Philip —murmuró.
—No hay nada de que lamentarse. Eric

Después de terminada la misa, el sacerdote anunció: "Si entre las personas presentes hay algunas que deseen casarse, les ruego hablar conmigo después de cantar el himno: "Almas erradas que sueñan con el paraíso".

es un muchacho joven, debe vivir su propia vida y encontrar su camino. Pero Elsa está triste. Ella siempre se culpa a sí misma por todo cuanto sucede con los niños.

—¿A quién culpa usted, Philip? —Laura se odió por haber dicho semejante cosa.

Pero era necesario decirlo, aunque por un momento ella se transformara en una profesora de escuela.

Philip se encogió de hombros expresivamente.

—¿A quién culpo? Culpo al destino, que no me hizo don X, un violinista, o un fagot de orquesta. —La alegría había huido de su cara.

—¿Por qué le echaste llave a tu puerta anoche, Laura? ¿En mis narices? Ella lo miró directamente a la cara, sintiendo frío en la punta de los dedos, pero manteniéndose muy erguida.

—Porque ya no lo quiero, Philip.

—Así es. Ya no me quieres. —Golpeó sus manos de pronto, con ese gesto loco de exasperación que ella antes había odiado tanto—. Gott, las expresiones que tienen ustedes los norteamericanos. Es un lenguaje para viejos y empleadas domésticas.

De pronto, le cogió las muñecas en forma salvaje.

—¿Y qué te hace pensar que yo te quiero a ti? ¿Aquí en mi casa, con mi mujer y mis hijos? ¿Me tomas por un muchacho de escuela, por un hambriento sexual? Tú, pequeña estúpida. Abruptamente la soltó, como si lanzara un libro o una pieza que le molestara.

—Golpeé para pedirte si querías ir a conversar con Erica —dijo simplemente—. Elsa era impotente para tranquilizarla. Por fin, vino la institutriz. Pa-

rece que una de las cosas que perturbaba a la niña era que había sido ruda contigo en la tarde. La institutriz pensó que si ella podía pedirte disculpas, se tranquilizaría y podría dormir. Pero tú, parece, estabas ocupada alimentando alguna extraña fantasía. Muchas cosas le parecieron a Laura posibles durante las últimas y apretadas horas, incluyendo un asesinato y un suicidio. Pero esta posibilidad, jamás se le hubiera ocurrido: morir en esta humillación que le apretaba la boca del estómago. Y respecto a esto no había nada que hacer, ya que no había un camino recto y claro hacia la verdad, ningún molde para la villanía, ninguna receta para el honor, ninguna forma de embotellar la luz de la luna, ninguna manera de encarcelar entre los brazos una puesta de sol, la imposibilidad de deletrear locura, para que le traigan un relámpago de orgullo a su pecho.

Dutra se puso entonces la mano sobre los ojos, los fuertes y hermosos dedos espaciados como en una pieza de escultura contra sus sienes finas. Sin duda, estaba consciente del efecto que daba, cuán dramáticamente estaba expresando su profundo cansancio, que nadie podía realmente comprender o compartir, porque iba pareado con la grandeza y la gloria, en el otro lado de la moneda. La pose estaba ahí, pero la realidad también estaba ahí.

Entonces, dejó caer su mano, decisión agregada a su cansancio.

—Laura, *mein liebe*, no debes malentender lo que te digo. Me he preocupado mucho de ti. ¿Si sólo fueras un poco más crecida, más..., cómo podría decirlo..., comprensiva? ¿Sofisticada? ¿Menos..., norteamericana? Bueno, habría podido ser hermoso, alguna vez... Pero es como lo temí siempre. Tú no puedes realmente entender la situación. Por eso no es posible. —Su voz se hizo más suave—. No sólo por comodidad, Laura, porque es verdad que no puedo tener escenas en mi vida. Ya tengo demasiadas con la orquesta. Pero te he querido mucho, Laura.

—Se sonrió débilmente—. A menudo estoy solo. Y siempre vivo con la certidumbre de que un día necesitaré frescura y juventud..., y entonces, ya no las tendré jamás.

Era increíble, la dignidad y la inesta-

bilidad tan perfectamente balanceadas en su declaración: el gran hombre y el niño pequeño juntos. ¿Era éste el hombre majestuoso que ella había elegido para que hiciera el papel de padre resucitado?

Cuán ciega es la necesidad. Las manos tanteantes de la niñez que persisten en nosotros tanto tiempo, se alargan con un grito en la oscuridad. La necesidad de este hombre era más grande que la suya. Pobre Philip, en verdad. A veces los grandes dones van juntos con las grandes humildades, y entonces hay un gran hombre en el mundo, un Einstein, un Bach. Para Philip Dutra, el talento y el encanto habían sido moldeados en una sola pieza. Nunca podría separarlos, nunca podría darse el lujo de hacer el tonto, de fracasar en agradar en una audición... o a una mujer. El se sentaba eternamente en una fiesta en la que nunca se saciaba, nunca se podría saciar. Y así, ella debía estar para siempre agradecida de él por el papel que había representado en su educación, por lo que había aprendido a través de la pena que le había causado. ¿Y se la había causado? Sólo podía sentir pena por él, en todo caso...

Era demasiado para ella todo esto de una vez, y comenzó a llorar.

—Ach, ahora lágrimas —le dijo con un gesto característico, imperioso, impaciente.

Sí; lágrimas. Había derramado muchas por su causa, pero éstas eran diferentes. Una vez sus lágrimas habían deseado pertenecer a él. Ahora sólo decían: ya no eres el dueño de mi corazón; estás destronado y yo te veo tal como eres, un hombre solitario, de edad, con el fantasma de tu paternidad encima de los sonrientes niños, adoradores de la música, que podías haber tenido si hubieras sido un don X en tu orquesta.

—Bueno —dijo Philip, ahora tolerante—. Llorar si es necesario. Pero ahorra algo de tu tristeza para la música. Esperaré la próxima vez que toques para mí, escuchar un poco de comprensión, un poco más de pasión. —Ella lo miró—. Es por eso que debemos vivir.

—Se veía solitario y orgulloso y extraordinariamente magnífico—. De otra manera, moriremos.

(CONTINUARA)



—Comprendes: cada hombre tiene su lado flaco, y éste es el mío.



3 NOVEDADES ZIG-ZAG

USTED PUEDE TOCAR GUITARRA:

Esta obra ha tenido un éxito extraordinario en Chile y en toda Hispanoamérica por su excelente metodología, basada en una enseñanza exclusivamente de oído, con signos, números y dibujos por medio de los cuales el interesado puede captar fácilmente el dominio de dicho instrumento.

La aplicación en nuestro álbum se ha hecho en forma sencilla y detallada, dando margen para que los niños, al igual que los adultos, hagan su aprendizaje con suma facilidad.

PRECIO \$ 180.—

EL NIÑO:

Este libro va dedicado especialmente a las madres. En él se plantean y resuelven, con un criterio a la vez práctico y científico, problemas que constituyen verdaderos conflictos domésticos.

Las distintas cuestiones de esta naturaleza que se presentan a lo largo de toda el período de la infancia, se encuentran tratadas en esta obra en forma práctica y con adecuados ejemplos.

PRECIO \$ 180.—

SELECCIONES ELLERY QUEEN DE CRIMEN Y MISTERIO N.º 8:

Para los amantes del género policial, que han acogido con extraordinario entusiasmo estas selecciones de los mejores autores del mundo entero, presentamos ahora nuestro N.º 8 de Selecciones Ellery Queen de Crimen y Misterio, del cual recomendamos muy especialmente las historias de Rafael Sabatini: EL ESPIA; de Patrick Quentin: LA MUJER DE HIELO; y de Margery Sharp: LA SECUENCIA GANADORA.

PRECIO \$ 30.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D SANTIAGO DE CHILE

CANDO tenía yo veinticuatro años, dejé mi segura aunque aburrida profesión de profesora de piano en el pueblo donde había nacido, y gasté casi todos mis ahorros comprándome la ropa con que siempre había soñado, e instalando un pequeño departamento en la ciudad. En seguida me transformé en la secretaria de Esteban. Más tarde decidí buscar el amor, y lo encontré.

Esteban era maravilloso, maravilloso. Aunque era casado y tenía una hija, eso no me importaba.

Las cosas fueron sucediendo lentamente. Una o dos tardes que tuvimos que trabajar fuera del horario, nos deparraron conversaciones fáciles y simpáticas, unas cuantas tazas de café, y luego algunas comidas y paseos en automóvil.

—Me gustaría que fuéramos a visitar la nueva casa que acabo de terminar —solía decirme.

Siempre me sorprendía lo bellas que eran las casas que planeaba y construía. Y fué dentro de una de éstas que me besó por primera vez.

Estábamos junto a la ventana, desde donde podíamos ver una maravillosa puesta de sol.

—¡Es divina! —comenté—. Y tú eres maravilloso al saber proporcionarme a la gente casas tan lindas como ésta.

—Tú te mereces tener un hogar así —me replicó tomándome en sus brazos—. Cristina, de ahora en adelante, tu cara será mi mejor inspiración, y la tendré en la memoria cada vez que dibuje.

Esas palabras impresionantes y mágicas se prolongaron durante un período de fascinación. Un día en que me remordía la conciencia, le dije:

—¿Y qué dice tu mujer de todo esto?

—A ella no le importa. —La sonrisa huyó de sus labios—. Jamás le ha importado. Tú no comprendes, pero algunas mujeres no son esposas. Mientras yo provea la casa y el dinero...

Yo tenía la visión de una mujer delgada y fría. ¿Y la niña? No quería pensar en la hija de Esteban. Si lo hubiera hecho, no habría podido seguir entre sus adorables brazos.

De vuelta a la oficina lo escuché telefonear:

—¿Aló, Lucía? No iré a comer a casa. Estoy muy ocupado en la oficina. No te importa, ¿verdad? Dale con un beso las buenas noches a Patricia, de mi parte.

Cuando colgó el fono, me dijo: —No te pongas tan seria, mi amor. Ya te expliqué que a ella no le importaba.

—Esteban, tal vez no debemos seguir viéndonos —aventuré a explicar.

El se levantó. Sus manos presionaron mis hombros.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó con voz dura.

—¡Oh, no! —Me asusté y sentí temor de perderlo a causa de mi recelo—. Sólo que... a mí me importa tanto, ¿por qué a ella no?

Me rozó el pelo con sus labios.

—Ya te lo dije. Algunas mujeres nacieron para amar; otras no. Y algunas veces los hombres se equivocan al juzgar. ¿Serías capaz de negarme algo con que he soñado toda mi vida, sólo por no haber sabido elegir?

No me pude resistir. Mis brazos lo apretaron más y más, tratando de retenerlo muy junto a mi ser.

Después de esa escena, la conmiseración que había sentido por la mujer de Esteban se borró de mi mente. Mi amor fué evolucionando y pasó del aspecto romántico y soñador de la juventud, a la pasión urgente de mujer madura. Ya no me satisfacían los paseos en automóvil, las risas y las alegrías. Necesitaba más que unas cuantas palabras de amor murmuradas al oído y unos besos que jamás podía gozar a mi antojo. Todo lo que al principio tenía tanto significado para mí, había sido desplazado por un vehemente deseo de estar a solas con Esteban.

Un día vino Patricia a la oficina. En ese entonces tenía once años. Era muchachita delgada, morena e inteligente. Se le veían las piernas muy tostadas bajo su vestido azul. Cuando supo que Esteban había salido, se me acercó con timidez.

—Perdí mi cartera y mi libro en el micro de vuelta de la clase de música, y no tengo dinero para volver a casa. ¿Me lo podría usted prestar y pedírselo luego a papá?

—Claro que sí. Y puedo llamar a la compañía para averiguar si han devuelto tus cosas. ¿Cómo se llama el libro? —La vida de Edward Grieg. Es un músico noruego. Me gusta leer la vida de los músicos cuyas obras aprendo a tocar.

—A mí también. ¿Qué estás aprendiendo? La cara de la niña se iluminó:

LA
SE

—¿Sabe usted música? —me preguntó ansiosa, y cuando asentí, se acercó con menos timidez—. ¿Quiere que algún día le toque?

—Por cierto.

—Le voy a decir a mamá que la venga a ver para que la convide a casa. Así podremos tocar juntas.

Comprendí que no podía soportar una nueva entrevista con la chica, ni menos con su madre. Buscaría trabajo en otra parte.

Esteban, para gran sorpresa mía, accedió.

—Creo que así trabajaré mejor, y, cuando te vea... —me besó la mejilla—. ¡Jamás pensé que me enloquecerías en esta forma! Me separaré de ella y conseguiré la nulidad, mi amor. Tengo que hacer que me comprenda.

Pero Lucía no le dio la libertad. No le quiso escuchar sus razonamientos, ni quiso tampoco comprender. Pálida y angustiada le escuché a Esteban el relato de la entrevista. —Ahí tienes una mujer. No me quiere, nunca me ha querido, y, sin embargo, no acepta que otra disfrute la felicidad que ella desprecia.

—¿Es por Patricia? —pregunté quedamente.

—Patricia es una de sus disculpas. Incluso ha vuelto a la niña en mi contra. Eso lo veo en sus ojos.

No pude desechar la visión de esa carita dulce y confiada. Alcancé la cabeza de mi amado, y la atraje hacia mí.

—¡No se lo permitas, mi amor! Es espantoso y vil entrometerse en el amor de una niña. Hazla ver razones. Déjame a mí hacerla comprender.

Se echó hacia atrás bruscamente.

—No digas tonterías —gritó.

Me quedé unos instantes inmóvil, y luego hablé con voz baja y asustada:

—¿Ya no me quieres?

—No digas tonterías —repitió, gritando aún más fuerte—.

Cristina, si no te quisiera, me iría, dándote un portazo. Ojalá fuera capaz de hacerlo. No fué mi intención meterme en este lío. —Se dio vuelta y me tomó entre sus brazos—.

Yo no sabía que Lucía fuera así. ¿Y por qué no había de serlo? Niños con tanto talento y tan encantadores como Patricia no podían existir si no había guiándolos una mano cariñosa.

En una oportunidad le comenté eso a Esteban.

—¡Creo que Lucía debe haber sido una mujer maravillosa!

—¡Por supuesto que era una mujer buena! —me dijo, impaciente—. ¡Pero no te pongas tú igual!

—¿Qué me quieres decir con eso? —le pregunté espantada.

—Esto... —me respondió, haciéndome callar con un beso—. No te olvides del amor.

—¡Oh Esteban! —Pasé mis brazos alrededor de su cuello, como siempre, incapaz de resistirme a sus encantos.

Después de nuestro matrimonio, me aferré con fiebre a mi triunfo. Lo tengo, gritaba mi corazón. Es mío. Nadie ahora me lo puede quitar. No permitiré que suceda nada. He luchado por esto. He rezado por esto. Tengo derecho a ser feliz.

En la mañana de mi cumpleaños, desperté en la serena belleza de la casa que me había comprado Esteban, y disfruté de los agradables ruidos que hay en el amanecer. A poca distancia, Esteban se bañaba, y, en algún rincón del



jardín, podía percibir la voz de Patricia cantando alegremente.

Esteban abrió la puerta y entró al dormitorio a medio vestir, fresco y radiante.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor! —exclamó, sentándose a mi lado. Se inclinó para tomarme entre sus brazos. Sus labios rozaron mi oído, pasaron por mi mejilla, y se encontraron con los míos. Sus brazos me apretaron, y mi pulso se aceleró al percibir los latidos de su corazón.

—¿Aun me quieres un poco? —me preguntó con dulzura.

—Sabes muy bien que te adoro.

—Así me gusta. Amame siempre en esta forma.

—¿Y tú también me querrás siempre?

—Eres tan hermosa ahora como el primer día que te besé.

—miró su reloj y dijo—: Es mejor que te levantes. Patricia debe estar hace horas esperándote.

Esteban terminó de vestirse y salió. De pronto escuché su risa y la de Patricia en el jardín. Me acerqué a la ventana y escuché lo que le decía la niña.

—¿Crees que le gustarán?

(Continúa en la pág. 17)

HISTORIA REPITE

¡Mi amor, ayúdame! Necesito tu ayuda. Nunca me escuchas cuando digo cosas como éstas.

Esos meses fueron de penas y lágrimas, riñas y reconciliaciones, más peleas e interminables desagrados. Luego, repentinamente, en medio de esta vida tormentosa, Lucía murió. Aun cuando estábamos planeando pasar por alto su negativa y su desacuerdo, terminó todo de una manera trágica. Falleció instantáneamente, en un accidente de tránsito.

Nos causó mucha impresión, puesto que ninguno de los dos habíamos deseado una tal solución. Y, sin embargo, todo estaba protegiendo la decencia de nuestro amor, y el camino que se nos abría era claro y derecho.

Por cierto, dejamos pasar el intervalo clásico de espera. Antes no habríamos podido seguir aguardando, pero ahora deseábamos que todo fuera propio y correcto, debido a las circunstancias. Esteban empezó a sacarme a sitios concurridos y a presentarme a sus amigos. Después de eso, comencé a sentirme segura y apta para compartir su vida.

Me llevó a su casa, para que conociera mejor a Patricia, y la niña no me mostró la hostilidad que yo había supuesto. Su carita pálida y demacrada se iluminó al verme.

—¡Oh, usted es mi amiga música! —exclamó, sin hacer otra pregunta.

Esteban, con gran inteligencia, nos dejó solas varias veces, y de este modo, nuestra amistad floreció simple y dulcemente, junto al piano.

Patricia tenía gran agilidad en las manos, una percepción sensible y una verdadera pasión por la música buena. Escuchaba extasiada mientras yo tocaba, y así se desataron mis manos y mi corazón se sintió libre del intolerable peso del dolor.

Una tarde me dijo la pequeña:

—Mamá te habría querido mucho, Cristina. Ella tocaba el violín. Solía decir que nadie podía ser desdichado si tenía música dentro del corazón.

*El "Chic" no depende de
su cartera ...*

Con un *mínimo* de desembolso, usted
adquiere un *máximo* de elegancia.

Una blusa, una pollera o cualquier
prenda hecha con telas CAUPOLICAN,
la harán lucirse en todas partes.

*Su figura se destacará fresca y elegante
con la armonía de colores
y diseños que ofrecen*

TEJIDOS

Caupolican

TEJIDOS

Caupolican

M. R.





La Historia se Repite

(Continuación de la pág. 15)

—Estoy seguro. Patricia, tú quieres mucho a Cristina, ¿no es cierto? Me di cuenta de que esperaba la respuesta de la niña con ansias. Su contestación fué exactamente como yo la esperaba. La dijo sin titubear.

—Por supuesto que sí —Y después de una inesperada pausa, añadió—: Era lo único que me podía ayudar después de lo de mamá. Fué una suerte que la conocieras.

—Sí. Percibí un dejo de rudeza en la voz de Esteban, el mismo que dejaba escuchar cuando se encontraba en una situación difícil. Me asomé a la ventana.

—Hola, ¿qué están haciendo ahí?

Patricia me miró radiante y alegre.

—¿Puedo subir, Cristina?

—En diez minutos más. Me voy a dar una ducha rápida —le respondí, sonriendo.

Cuando estaba debajo de la ducha, la sonrisa se borró de mis labios. "No se lo hagas saber", me había pedido Esteban. "Ella cree que me casé contigo sólo por ayudarla. Déjala que crea en ti, mi amor".

Mi corazón había dado un vuelco debido a esa inconsciente censura; sin embargo, la toleré, pues era para mejor. Los niños son sensibles, y un daño inconsciente les puede hacer un mal irreparable. Patricia era un tesoro que había conquistado después de meses de completa obscuridad. A menudo me maravillaba, con humildad, del amor que sentía por mí.

Me dirigí a mi dormitorio, abrí el closet y eché una rápida mirada sobre mis vestidos de mañana. ¿El amarillo? A Esteban le encanta el azul. Lo saqué del colgador.

En ese momento escuché los primeros acordes del piano, que tocaba la melodía del "Happy Birthday to you". Era Patricia quien cantaba con su voz suave y hermosa.

Mientras me pasaba la peineta frente al espejo, seguí escuchando. La palidez de mi rostro pareció acentuarse. Me comencé a invadir el miedo. ¿Una impresión podía envejecer a una mujer de la noche a la mañana? El año que acababa de pasar había sido lleno de afecto y de dulzura. Tenía que apegarme al siguiente, y no dejarlo escapar. Pero luego recordé lo de anoche, y...

Mientras esperábamos esa tarde a Esteban, Patricia se me acercó de sorpresa, y me rodeó con sus brazos.

—Cristina, ¿no es maravilloso que nos queramos tanto? Pude haber tenido una madrastra espantosa.

Yo reí.

—Y tú podías haber sido una hijastra insoportable!

La risa se desvaneció en su carita fresca.

—No teniendo la madre que tuve. Era maravillosa, a pesar de que sabía... Se detuvo de pronto.

Un extraño hielo se apoderó de mi corazón.

—Estoy segura de que debe haber sido encantadora —dije rápidamente—. Me habría gustado tanto conocerla.

—Era muy buena y tú también lo eres al permitirme hablar de ella. No todo el mundo lo habría tolerado.

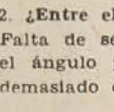
(Continúa en la pág. 20)

¡El humo se va..., pero tu carácter queda!

HOY día, casi todas las mujeres fuman. Pero es seguro que casi ninguna piensa que el gesto inconsciente con que lleva el cigarrillo a sus labios, revela su carácter, como podría hacerlo una confesión. Como lo dice el proverbio: "No hay humo sin fuego".



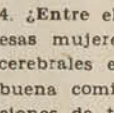
1. ¿Sostienes el cigarrillo entre el índice y el dedo del medio? Espíritu distinguido, que busca la compañía de gente inteligente, amante de lo bello, de la música y de los libros. Instintivo desdén por todo lo bajo y vulgar. Por otro lado, carácter autoritario, que podrá causarte disturbios conyugales si tu marido está dotado del mismo gusto por la autoridad. Si aún no te has casado, escoge un marido con carácter conciliatorio. En caso contrario, llegarán a lanzarse el humo por la nariz, y los platos por la cabeza.



2. ¿Entre el pulgar y el índice? Cierta tendencia a la melancolía. Falta de seguridad en sí misma, viendo siempre las cosas desde el ángulo peor. Corazón apasionado, pero hermético, que espera demasiado del amor. Sensibilidad exagerada.



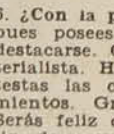
3. ¿Entre el pulgar, el índice y el dedo medio? Naturaleza extremadamente generosa. Gusto por el derroche, que puede llevarte a la ruina. En amor, renovados impulsos que te hacen decir cada vez: "¡Ahora sí que estoy enamorada de veras!" Vives de ilusiones.



4. ¿Entre el pulgar, el índice, el dedo medio y el anular? Eres de esas mujeres que prefieren un buen bifeec a las especulaciones cerebrales elevadas y las discusiones filosóficas. El buen vino, la buena comida, un interior confortable, son las más caras aspiraciones de tu naturaleza. Carácter amable, bondad que atrae buenas amistades. Nada de celosa en amor. Sinceridad y lealtad.



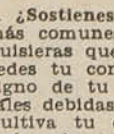
5. ¿Fumas con la punta del cigarrillo hacia arriba? Signo de un orgullo que a veces llega hasta la ostentación. Necesitas destacarte, que se hable de ti —sobre todo que te alaben—, gustas de las toilettes vistosas, las situaciones lucrativas. Tratas de llamar la atención a cualquier precio, aun de un pequeño escándalo. La vida te favorece a menudo. Eres inteligente, y si no fuera por ese excesivo orgullo, llegarías a triunfar.



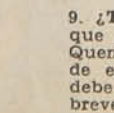
6. ¿Con la punta del cigarrillo hacia abajo? Modestia injustificada, pues posees cualidades del corazón y del espíritu que merecen destacarse. Gustas de la realidad, pero de ningún modo eres materialista. Honestidad a toda prueba. Amante de la sencillez, detestas las complicaciones, sobre todo las referentes a los sentimientos. Gran sinceridad en el amor, que exige reciprocidad. Serás feliz con un hombre leal y bueno, satisfecho de su suerte, sin desmesuradas ambiciones.



7. ¿Sostienes horizontalmente tu cigarrillo? Espíritu perfectamente equilibrado, ni demasiado espiritualista ni demasiado materialista. Sentido de la medida, de la armonía, inteligencia positiva, que sabe apreciar las cosas claras y lógicas. Corazón admirablemente equilibrado, sin duda apasionado, aunque sin excesos de molestas consecuencias. En una palabra, jamás cometerías un crimen pasional... Si no esperas lo imposible, gozarás de todas las dichas de la vida.



8. ¿Sostienes el cigarrillo por su extremo? Sufres de los defectos más comunes de la humanidad: hipocresía, mentira, falsedad. Tú quisieras que todas las personas fuesen hechas a tu imagen. Concedes tu confianza a quien no la merece. Tendencia al ensueño, signo de tu necesidad de evasión. Algunas decepciones sentimentales debidas a las erróneas opiniones que te formas de los demás. Cultiva tu clarividencia. Si encuentras tu alma hermana (¿por qué no?...), conocerás una felicidad envidiable, digna de Tristán e Isolda (a excepción de la muerte prematura...).



9. ¿Tomas el cigarrillo muy cerca del fuego? Naturaleza intrépida, que gusta desafiar el peligro, la aventura, las sensaciones fuertes. Quemas tu vida, eres aficionada a los cambios, sientes necesidad de exaltaciones renovadas sin cesar. Quien se enamora de ti, no debe contar con tu fidelidad. Tus amores son apasionados, pero breves...

Jenny de Rahden

Después de varios rechazos consecutivos consigue que la contrate Salomonski, director del circo del mismo nombre, quien le promete 300 rublos al mes. Esto significa para Jenny y para su padre la existencia asegurada... Desgraciadamente, la esposa de Salomonski es también amazona.

Esa mujer madura, horriblemente celosa de la belleza de Jenny y de su extraordinario éxito frente al público, le pone a la joven miles de dificultades, de las cuales la más grave es que Salomonski se niegue a pagarle el salario prometido.



—Usted no sabe montar a caballo, —le dice a Jenny con mala fe—. La voy a conservar, pero sin sueldo.

Jenny y su padre se vuelven a encontrar en una situación trágica. Para vivir, tendrá que vender los caballos.

Pero el redactor jefe del diario de Dwinsk (Letonia), informado del mal proceder de Salomonski, defiende a la joven prisionera y publica una serie de artículos contra el abuso del director.

Salomonski se desembaraza de Jenny y la hace contratar por un colega al cual recomienda.

De este modo, Jenny Weiss se transforma en la estrella del circo Ciniselli, en San Petersburgo.

Al día siguiente, el barón de Rahden viene a los bastidores del circo a saber de Jenny Weiss. ¿Se resintió la joven amazona con la caída? No.

Una conversación se entabla entre la joven amazona y el oficial de caballería en disponibilidad. Rahden le confiesa a Jenny el inmenso amor que le ha inspirado. El barón es tierno, espiritual, elocuente. Despierta pronto la curiosidad, luego la simpatía y en seguida la emoción de Jenny Weiss. Ella le permite volver a verla.

Desde ese momento, en cada representación está presente

Rahden en los camarines cuando la gran amazona está de cansando y en la sala mientras está ejecutando su número. Muy pronto será conquistado el corazón de Jenny.

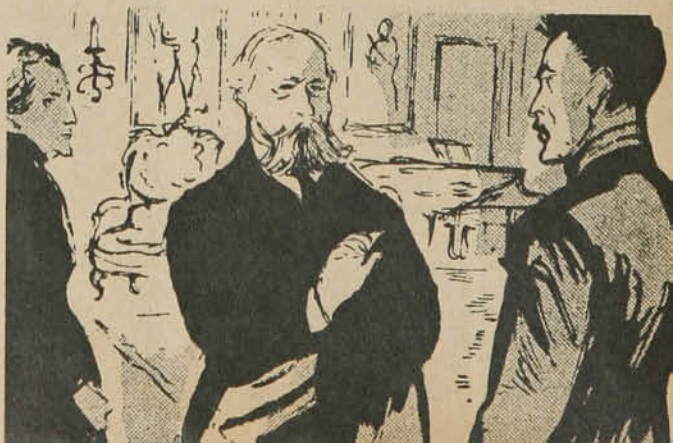
Y cuando una tarde, después de estrecharla entre sus brazos el barón Rahden le propone con fogosidad que sea su esposa, Jenny acepta. Un largo beso une sus labios y sella el pacto. Pero es preciso obtener el consentimiento de los padres. Para el señor Weiss esto no es difícil. El anciano siempre había soñado con que su hija se casara con un hombre rico. Rahden



es ciertamente el hombre que habría elegido para Jenny. Pero, a pesar de todo, Rahden tiene un título y esperanzas, lo cual lo transforma en un partido difícil de rechazar. Y, el señor Weiss da sin dificultad su consentimiento.

Oscar Wladimir de Rahden va a Estonia para anunciar su matrimonio a sus padres.

Cuando el viejo barón y la baronesa de Rahden saben que su



OSCAR WLADIMIR DE RAHDEN, DE ESTONIA, SE ENAMORA PERDIDAMENTE DE LA HERMOSA AMAZONA DEL CIRCO CINISELLI, DE SAN PETERSBURGO, LLAMADA JENNY WEISS. LA MUCHACHA HA SIDO HASTA AHORA MUY DESGRACIADA, PUES PERDIO A SU MA-

DRE AL NACER, Y SU CARRERA LE HA COSTADO GRANDES SACRIFICIOS. ADEMÁS TIENE QUE SOSTENER A SU PADRE INVALIDO, QUIEN DESPUÉS DE UN DESASTRE FINANCIERO, PRETENDIO SUICIDARSE.



hijo se quiere casar con una amazona de circo, se espantan. ¡No! Jamás aceptarán tal locura. Si Oscar Wladimir se casa con esa "saltimbanqui" no podrá volver a contar con el apoyo económico de sus padres y será desheredado. —¡Tanto peor! —exclama el joven—. Amo a Jenny. Sea del gusto de ustedes o no, ella será mi mujer. Algunos días más tarde se llevó a cabo en la iglesia de Santa Catalina de San Petersburgo un pintoresco matrimonio. Payasos, saltimbanquis, domadores y fenómenos asistieron a



la unión de Oscar Wladimir de Rahden y de Jenny Weiss. Los acompañaron en alegre cortejo de vuelta al circo Ciniselli, donde, por primera vez, la amazona de alta escuela haría su número bajo su nuevo nombre de baronesa de Rahden. La luna de miel fué corta. A pesar de amar a su mujer, el barón de Rahden, cansado de verse sin dinero, se dedica a jugar y a beber. ¡Cuántas veces el señor Weiss preguntó inquieto a



Jenny por su marido que no llegaba! Y después se ponía a buscar al barón en todas las tabernas de la ciudad. Cuando terminaba por encontrarlo apestando a coñac y a ajenjo, Rahden estaba totalmente borracho. El señor Weiss lo llevaba a la casa como podía. Rahden entonces se vengaba con su mujer, a quien insultaba groseramente y hasta a veces llegaba a pegarle. Ese hermoso barón báltico era un bruto y un sinvergüenza. En 1891, la baronesa de Rahden, acosada por su padre y por su marido, que viven a sus expensas, llega a París, donde consigue un brillante contrato con el Nuevo Circo.



Un espectador, Camilo Blanc (hermano del gran propietario y criador de caballos de carrera, Edmond Blanc), se permite criticar la forma de montar de Jenny. Rahden le envía sus padrinos. El asunto termina por arreglarse. El mismo año, en Turín, en el circo Mariani un espectador, el conde Maffei que le había enviado a Jenny cartas de amor que siempre habían quedado sin respuesta, silbó a la amazona en el momento en que entraba en la pista. El barón de Rahden reta a duelo al conde y se batan a sable a la mañana siguiente. Se hieren mutuamente. Un día después hubo otro duelo, esta vez entre Rahden y uno de los testigos del conde Maffei. El barón de Rahden se reserva el derecho de conducirse indignamente con su mujer, pero no tolera que los otros le falten el respeto a la baronesa. El rubio teniente de Castenkjold, un dragón danés, no deja de mirar a Jenny de Rahden, ya que todas las tardes en el circo Busch, en Copenhague, está instalado en la misma silla y aplaude a la hermosa amazona con delirante entusiasmo. Pero esta vehemencia para admirarla inquieta al barón de Rahden y decide vigilar al teniente.

(CONTINUARA)

¡Una doble prueba para una doble conquista...!



Embellese
y enamora...
La doble
prueba de:

Don Juan

M. R.



—Entonces habría tenido que ser ciega —repliqué, mirando fijamente los ojos de la niña. Y luego, con bastante dificultad, le pregunté: ¿Qué quisiste decir, Patricia, cuando hace un momento dijiste que tu mamá era maravillosa a pesar de que sabía...? Una extraña expresión ensombreció su carita.

—No te lo puedo decir.

Casi se me detuvo el corazón.

—¿Por qué no puedes? ¿Es algo respecto a tu papá?

—¿Tú lo sabías? —murmuró—. ¿Sobre esa mujer?

Durante unos momentos luché por mantenerme tranquila.

—Dime lo que sabes.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—En una ocasión escuché una conversación que mamá tenía con una amiga. La amiga le decía: “¿Por qué no lo dejas que se vaya, Lucía? Esa mujer y otras como ellas, te están matando”.

—¿Y qué le respondió tu mamá? —inquirí ansiosamente.

—“Nada podrá matarme mientras luché por darle a Patricia la seguridad que necesita. Algún día Esteban cambiará”.

—En otra ocasión mamá me dijo: “Pase lo que pasare, recuerda siempre que Esteban ha sido muy buen padre contigo, y que te adora”.

Durante un instante la voz de la muchachita vaciló, y luego, sus ojos se posaron en los míos.

—¡Cristina, imagina que en lugar tuyo hubiera venido esa terrible mujer! ¡No la habría podido soportar! ¡No habría podido vivir en la misma casa con ella!

De nuevo mis palabras salieron con dificultad de mis labios.

—¡Tal vez no era mala, Patricia!

—Creo que lo era —respondió la niña, con convicción. Luego surgió de nuevo la cariñosa y alegre muchachita de siempre—. ¿Comprendes ahora por qué me siento tan dichosa con que papá se haya casado contigo? Y papá está bien ahora, porque te ama. Por eso creo que mamá se habría sentido feliz.

Eso había sucedido anoche, sólo anoche...

En seguida me fui a mi pieza y me senté en la orilla de la cama, reteniendo con dificultad las lágrimas que me anudaban la garganta. ¡Oh, Esteban!, lloraba mi corazón. ¡Vuelve a casa! ¡Ven pronto a mis brazos! Esto era algo que no podía enfrentar sola. En ese momento sonó el teléfono. Lo contesté y escuché su voz clara y agradable.

—¿Aló, Cristina? No iré a comer a casa. Estoy muy ocupado en la oficina.

Ama a tu marido como a un amigo y témele como a un enemigo.

No te importa, ¿verdad? Dale con un beso las buenas noches a Patricia, de mi parte.

Sólo hubo una pequeña pausa.

—Sí, mi amor —le contesté quedamente.

Después que colgué el fono, me quedé inmóvil, como si me hubiera convertido en una piedra. No era nada..., nada. Sólo que de nuevo escuchaba esas palabras, las mismas palabras y la misma entonación que usó cuando habló con Lucía..., pero esta vez no podía ser lo mismo. Traté de tranquilizarme y mis labios siguieron repitiendo una y otra vez lo mismo: nada..., nada...

Y hoy era mi cumpleaños y yo esta-

La Historia se Repite

(Continuación de la pág. 17)



ba frente al espejo con la peineta inmóvil entre mi mano. Todavía se oían los últimos acordes de la canción que me había tocado Patricia, y, dentro de unos instantes subiría a mi pieza.

Suspiré temblando al recordar mi inevitable descubrimiento. ¿Por qué había supuesto que podría triunfar reteniendo, haciéndolo enteramente mío, siendo que otras mujeres buenas y cariñosas ya habían fracasado? ¿Estaba Esteban diciéndole a otra mujer, al año de haberse casado conmigo: “A mi mujer no le importa. Algunas veces los hombres nos equivocamos al juzgar”? ¿Había alguien mirándolo con adoración mientras pensaba que yo era fría e intratable?

Cerré un momento los ojos. No podía soportar esto. Este era el final de todo.

De pronto conseguí controlarme. No; éste no era el final. El final era sólo para las mujeres débiles. Este era mi castigo por mi incontrolado amor de juventud. El que yo no hubiera deseado herir a nadie, no tenía importancia. Ahora tenía que enfrentar mi castigo.

Debía luchar con todas mis fuerzas para conservar la felicidad de esa muchachita joven y encantadora. Patricia era aún una niña confiada e inocente, pero iba a crecer y podía escuchar rumores. Rumores que podían destruir de la noche a la mañana lo que había tomado tantos años construir. Rumores que podían llegar hasta las raíces mismas del problema que ya no compartía con Esteban.

Ella jamás debía saber nada respecto a mí..., ni respecto a las futuras mujeres. De alguna manera tenía que encontrar el valor suficiente como para defender la seguridad que necesitaba una muchachita de esta edad. Tenía que hacerle comprender cómo era una amor inteligente y comprensivo, para que si le llegaba la oportunidad, fuera lo suficientemente fuerte como para enfrentarlo.

Más que éso, debía estar siempre junto a Esteban, para, como Lucía, tratar de mantener la unión de nuestro hogar. No debía tener sospechas, ni hacer reclamos. Sólo creer en Esteban, creer en la parte buena y no en

la débil de su carácter. Comprender que momentos así se me iban a presentar a menudo. Cada vez traerían consigo un terrible dolor, y yo rezaría para que pasaran pronto. La puerta se abrió, impulsada por Patricia.

—¡Por favor, apúrate, Cristina! Tenemos sorpresas para ti. —Voló a mis brazos y al cerrarlos en torno a su cuerpecito, mis labios se movieron para rezar en silencio. Cuando hablé, lo hice con voz clara y alegre.

—¡Gracias, mi linda! ¡Tengo verdadera curiosidad por verlas! Descendimos la escalera de la mano. Abajo estaba Esteban, esperándome.

¿TE SIENTES SOLA a menudo? ¿Tienes pocas relaciones y seguramente no cuentas con amistades? ¿La forma de llenar las tardes y los días de feriado constituye un problema para ti? ¿Te sucede con frecuencia que sientas una especie de dolor y vacío interno? ¿Has llegado a la conclusión de que eres esencialmente diferente, que no gustas, no te desean, no te necesitan, y, que, hasta tal vez, te huyan? En resumen, ¿te sientes como un espectador que contempla pasar el desfile de la vida?

¡Ten cuidado! ¡Estás en peligro! Estás al borde de caer en una soledad o en una timidez anormal, o, todavía peor, en ambos.

Estar sola no es lo mismo que sentirse sola, aunque es efectivo que hay que desconfiar del deseo de buscar la soledad si éste se presenta con mucha frecuencia, y sobre todo, si una se nota con tendencia a la timidez. Si, después de un día que te deja cansada y agotada, cierras la puerta de tu dormitorio y te vas a dar una vuelta al parque sola y notas que tu cabeza deja de dar vueltas con los mismos problemas, que la tensión desaparece, y que una deliciosa sensación de descanso te invade, significa esto que conoces las ventajas que proporciona la soledad constructiva, y que este tipo de soledad te es beneficioso.

Pero, si por otro lado te apresuras a regresar a casa al salir del trabajo, cómo si te persiguieran sabuesos policiales, y evitas a las personas que conoces, temerosa de verte envuelta en una conversación o en una invitación, las cosas no andan tan bien...; este tipo de comportamiento no te favorece en lo más mínimo, porque indica que te estás preocupando de ti misma cada día más, que te estás alejando de la realidad, y que, tarde o temprano, si no le pones atajo al mal, te vas a transformar en un espíritu solitario, triste, y digno de compasión.

Consideradas por separado, tanto la timidez como la soledad, son actitudes desesperantes; pero la cosa es mil veces peor, y se puede llegar a transformar la vida en un infierno, cuando uno de estos tipos de comportamiento conduce al otro, o cuando se dan en estado de combinación. Claro es que existen aquéllos que no se sienten todo



Cómo dejar de sentirse sola y perder la timidez

el tiempo, sino de vez en cuando, y esto depende, claro está, de las circunstancias.

Un amigo nos confiaba:

"Siempre que hago viajes de negocios me siento solo, y esta sensación me acompaña aunque me encuentre atendiendo un asunto de minas en algún campamento minero, o que esté alojado en algún lujoso hotel de una gran capital. Siempre es igual, y me pregunto cómo lo haría el almirante Byrd cuando se encontraba completamente aislado en las soledades antárticas...; no sé cómo era capaz de resistirlo".

La soledad puede asaltarte en cualquier parte, y puede hacerse sentir aunque vivas en compañía dentro de la misma casa. Aunque los reflectores y avisos luminosos proyecten su resplandor a través de tu ventana, y miles de personas caminen por las calles donde circulas. Pero los casos más destructivos son los de tipo crónico. Este tipo de soledad a menudo ataca a los ancianos, a los enfermos, a los inválidos. También a las mujeres que han quedado viudas; las solteras, que no se conforman nunca con el hecho de que nadie las haya amado; a los ricos, que sospechan que cualquier persona que se les acerque, lo hace nada más que por el interés de su dinero. Y las cosas no quedan allí no más, porque si no se logra vencer la soledad y dirigir la vida en alguna dirección, las cosas pueden complicarse con el aditamento negativo de la timidez. La soledad y la timidez están emparentadas, y casi podría decirse que las personas que se sienten solas casi siempre son tímidas. La soledad es una forma de estar desligada de las cosas. Involucra un alejamiento de las amistades, de los seres amados y de las actividades diarias que ocupan a toda la gente. Si sucede que una persona se encuentra desprovista de contactos humanos, comienza a adquirir una exagerada conciencia de sí misma, y al bus-

car explicaciones para sus estados, se pone demasiado introspectiva. Esta persona observa a los demás con atención, lo que dicen y hacen como una pauta general, y pronto llega a la conclusión de que es inferior a los otros. Pronto encuentra razón a los otros en evitarla, y piensa que si estuviera en el lugar de ellos haría lo mismo. Por último, le parece que ha descubierto la verdadera causa por la cual no le aceptan ni le buscan, y poco a poco comienza a meterse más y más en su propia concha, se aísla del mundo exterior y hace lo posible por ponerle buena cara al mal tiempo. Donde antes

sólo existía la soledad, ahora hay además timidez que refuerza los muros de su prisión. El círculo vicioso se ha completado.

Pero, tanto la soledad como la timidez pueden ser curadas, y aún más, pueden ser prevenidas.

Desconfía de ti misma, si siempre necesitas estar desplegando actividad: si tienes que ir al cine, de visita, al centro a mirar vitrinas o a espectáculos deportivos, o si te sientes impulsada a buscar compañía. Son éstos los síntomas de que puedes ser víctima a corto plazo de la soledad.

La próxima vez que te sientas impulsada a partir en busca de alguna de estas cosas, trata de quedarte tranquila leyendo, o decídate a contestar esa carta que has estado postergando, a ordenar tu pieza, o a arreglar esa ropa que tienes ahí tirada y que lo necesitas. Y si ninguno de estos programas te seduce, opta por sintonizar la radio y escucha algún programa entretenido. Hay tantas actividades a las que puedes recurrir para poner atajo a ese impulso de huir de casa.

Hay tan poca gente que sabe gozar de su hogar, sea ésta una mansión de veinte habitaciones o un departamentito de un ambiente. Lo que pasa es que nunca se quedan el suficiente tiempo para acostumbrarse y aprender a aprovecharlo. Tu hogar debe reflejar tu personalidad. Debes tener a mano tus libros favoritos para que te refresquen, estimulen y entretengan. Tus cuadros preferidos, paisajes, grupos familiares, o copias de los grandes maestros deben ocupar lugares destacados en las paredes de tu casa, y te servirán para estimular la imaginación, despertar asociaciones y pensamientos e inspirarte con su belleza. El arreglo de los muebles, el diseño del papel de pared o el

(Continúa en la pág. 30)



*EL ENCANTO
DE UNA BLUSA*



El Molde de "Margarita"

El molde que ofrecemos en este número es para confeccionar una linda blusa tipo camisero, ideal para los días de calor. Está compuesto de tres piezas: el delantero, la espalda y el cuello. Corresponde a la talla 46. Materiales: 1,95 x 0,80 m. Pedirlo enviando \$ 10.— en estampillas de correo.



NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes, que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y la dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

EL EXCESO DE AGUA PUEDE SER PELIGROSO

Todos sabemos que el agua es el más inofensivo de todos los líquidos. Particularmente en los climas cálidos, muchos de nosotros bebemos lo que parece tremendas cantidades, sin incurrir en efectos posteriores indeseables. Pero informan los médicos que bajo ciertas circunstancias el agua excesiva puede causar la muerte. Los experimentos realizados con animales han demostrado que cuando a éstos se les da agua en exceso, por medio de un tubo que va directamente al estómago, esos animales desarrollan lo que ha venido a conocerse por "intoxicación de agua". La víctima se vuelve intranquila, es atacada por convulsiones, entra en un estado comatoso y, finalmente, muere. La experiencia médica demuestra que lo mismo puede ocurrir con seres humanos gravemente enfermos, sometidos a la alimentación por medio de un tubo, a menos que se observen precauciones adecuadas. Sin embargo, la posibilidad de la intoxicación de agua, aún en personas enfermas, es despreciable. Pues, según parece, el agua es una excepción de la regla general de que el apetito aumenta con lo que alimenta. Los científicos indican que cualquier cosa que sea lo que siente una persona con agua en exceso, no puede ser sed.

EL HIPO Y LA CIENCIA

Muchos de nosotros hemos sufrido el malestar que acompaña al hipo prolongado. Pero, por lo general, el hipo no persiste hasta el punto de que haya necesidad de llamar a un médico. No obstante, de vez en cuando, los médicos se encuentran con casos que resultan ser excepciones de esa regla: el hipo continúa día tras día, sin cesar. Estas llamadas "excepciones" han hecho que los médicos dediquen considerable tiempo e investigación al estudio de los factores causantes del hipo. Pero, a pesar de los muchos experimentos y ensayos, aún los científicos conocen muy poco al respecto. Los estudios han demostrado que muchos de los remedios empleados por nuestros padres y abuelos todavía dan buenos resultados. Entre estos remedios, uno de los más populares ha sido siempre el de contener la respiración mientras se bebe un vaso de agua. En el curso de sus investigaciones, los científicos también han descubierto que, por alguna extraña razón, el hipo persistente es mucho menos común a la mujer que al hombre. Aún no se ha ofrecido una explicación satisfactoria. Mientras más llegamos a conocer este fenómeno natural, al parecer sencillo, menos inclinados estamos a creer que lo es realmente.

LOS RONQUIDOS Y LA CIENCIA

Aunque unos cuantos médicos de aquí y de allá han dedicado noches sin dormir, tratando de hallarle curación a los ronquidos, éstos representan un mal que ha sido objeto de poca atención de parte de la profesión médica en general. No obstante, un estudio realizado recientemente, señala que el roncar no debe tomarse a la ligera. De acuerdo con el autor del estudio, el roncar ha resultado en asesinato, divorcio y aún en la derrota de un ejército, y eso, sin mencionar el sueño perturbado de millones de víctimas. Las causas de los ronquidos son tan variadas como el repertorio de sonidos del que ronca. El fumar demasiado, las reacciones alérgicas, los defectos de la estructura de la nariz y garganta y las infecciones, son cosas capaces de producir esos desagradables ruidos humanos. En algunos casos en que se conoce la causa, unas sencillas medidas médicas pueden curar al roncador. Pero para la mayoría de los que sufren a causa de los ronquidos, tanto los roncadores como sus infortunadas esposas, la ciencia médica no tiene sino un solo remedio: un par de buenos tapones de algodón para los oídos.

MANDRAGORA PARA LAS VERRUGAS

La planta venenosa llamada mandrágora tenía un puesto importante entre las supersticiones de siglos pasados. La ahorquillada raíz de la mandrágora gozaba de la reputación de parecerse a un ser humano, y se suponía que la planta chillaba en tonos altos cuando sus raíces eran arrancadas de la tierra. Tales supersticiones ya están casi olvidadas, pero la planta no ha sido objeto del olvido. Pues la podofilina, una sustancia resinosa que se extrae de la mandrágora, aún la prescriben los médicos como purgante, tal como la empleaban los indios del Hemisferio Occidental mucho antes de que Colón la descubriera. Y recientemente, un médico ha informado que la podofilina es también muy útil en el tratamiento de las dolorosas verrugas que salen en las plantas de los pies. Primero, las verrugas plantares se rebajan, dice el médico, y después se aplica la droga a lo que de ellas queda. Por lo regular, diez tratamientos o menos acaban con el problema.

LEI por segunda vez la carta de Jaime:

Sólo tú puedes hacerme este servicio —me escribía mi primo—. Tú eres la única que puede encargarse de Mariana. ¿Te imaginas los gritos de mi señora madre, si osara llevarle a una provinciana, a una campesina, diciéndole que tenía la intención de casarme con ella? Te ruego, pues, tomes a Mariana bajo tu protección. Estoy obligado a regresar a mi base, y ya no obtendré permiso antes de tres o cuatro meses. Por favor, transfórmala en una señorita de ciudad, cómprale vestidos. Tú siempre te vestías tan bien. Y, sobre todo, llévala al teatro, a exposiciones, a conciertos. ¡Qué daría yo por ser testigo de su admiración ante todas las bellezas que tú vas a revelar! Verdaderamente, te envidio. Asistirás al florecimiento de esta niña de 17 años, a quien la naturaleza ha dotado con todas sus gracias y que se sentirá en su elemento, en el reino del arte y de la música. Es admirable que una niña que se ha criado y crecido en el campo, pueda ser tan fina e intuitiva...

La carta continuaba en ese mismo tono durante cuatro páginas. Todas estas declamaciones líricas podían resumirse en pocas palabras: mi primo, el teniente aviador Jaime de Tourville, se había enamorado de una provinciana, mejor dicho, una campesina, y quería casarse con ella. Me pedía que la puliera antes de presentarla a su familia, que conocía imbuída de prejuicios aristocráticos. Nadie más indicada que yo para prestarle ese favor: huérfana e independiente, a la edad de 22 años, dueña de una gran fortuna, vivía en un elegante departamento con mi antigua criada Felicia, sin tener que dar cuentas a nadie de mis actos. Después de haberme educado brillantemente, concurría a clases en el Bellas Artes, pero mis estudios no me impedían frecuentar muchas relaciones y pasear todo lo que quería. Además, Jaime había sido el compañero de mi adolescencia. Siempre había yo creído que algún día nos unirían lazos más estrechos. En lo más secreto de mi corazón, esperaba que llegaríamos a casarnos. Es verdad que desde hacía algún tiempo, él se demostraba menos cariñoso, pero yo no me había inquietado demasiado. Su carta mataba de un golpe todas mis esperanzas. No me quedaba más que tratar de formarle una mujer que fuera digna de él. Y después de enjugar algunas lágrimas de despecho, que no me fué posible retener, me senté ante mi escritorio, aceptando su pedido.

— * —

OCHO días después, me dirigí a la estación, a buscar a Mariana. No pronuncié una sola palabra en todo el trayecto. Cuando llegamos a casa, la hice entrar a mi dormitorio y quitarse su abrigo y sombrero provincianos. Jaime no había mentido: esta hija de campesinos era una obra maestra de la naturaleza. Su rostro, bajo la corona de sus trenzas color trigo maduro, era de un óvalo perfecto; su boca parecía un botón de rosa y sus ojos hacían pensar en las puras aguas de un lago. Su cuerpo, menudo, era de proporciones perfectas. Una ninfa de los bosques, una Tanagra, una estatuita de Saxe. De pronto me vi en el espejo junto a ella. El contraste me consternó. Mis cabellos rojizos caían en lacias gudejas sobre mis hombros. Mi cara se veía opaca y sin maquillaje, con los labios incoloros. Mi sweater café no me sentaba, ni tampoco mi falda sin gracia. ¿Desde cuándo había engordado tanto? Comprendí, de golpe, la razón por la cual Jaime, que, antes me dedicaba todos sus momentos desocupados, este año prefiriera pasar sus vacaciones en otra parte. Educar a Mariana, era como pensar en Jaime, de modo que me dedicué con ardor a mi tarea. No obstante, quince días fueron suficientes para convencerme de que ese cuerpo maravilloso carecía de alma. Pese a mis discretos consejos y a todos mis esfuerzos, Mariana continuaba siendo torpe y sin elegancia, como el primer día. Le faltaba en absoluto el tacto innato y la fineza espontánea. No sabía llevar los sencillos pero bien cortados trajes que yo le escogía. Sus primeros contactos con la belleza fueron una decepción. No salía de su apatía, sino para admirar estasiada precisamente lo más vulgar y feo. Expresaba opiniones que a una persona inteligente y de espíritu, causaban escalofríos. El buen teatro la dejaba fría. En los conciertos se quedaba dormida. No había forma de hacerla reaccionar ante el arte ni la belleza. Después de quince días, hasta empezó a demostrar aburrimiento y cansancio ante los espectáculos a donde la llevaba. En una palabra, me cansé, y hasta la compadecí. Comprendí claramente que Mariana no sería jamás una planta de conservatorio, como pretendiera Jaime, sino una hermosa flor silvestre.

QUE SALVO UN AMOR

Si eres bonita, no descuides tu belleza bajo el pretexto de que te aman. Como la Julieta de este cuento, puedes perder un cariño y verte pospuesta por otra.

Entonces, una idea maliciosa (por no decir, diabólica) empezó vagamente a apoderarse de mí. Cambiando de táctica, una noche la llevé al cine, a una película de aventuras, y al entrar compré un gran paquete de caramelos. Asistí a una verdadera transformación de Mariana. Allí sí que se demostró tal cual era: gozó lo indecible y saboreó golosamente los dulces. En vista del resultado, mis planes, vagos al principio, fueron madurando y organizándose. Decidí no invitarla nunca más a conciertos ni exposiciones, ni teatro clásico. No seguiría dándole discretas lecciones de buenos modales, sin preocuparme de vestirla a mi gusto. Dejaría que ella escogiera su ropa y sus diversiones. En cambio, yo comencé a controlarme, preocupándome en serio de mi silueta, de mi arreglo, de mi peinado y de mi maquillaje. Los institutos de belleza y las costureras acapararon todo mi tiempo. Estaba resuelta a que Jaime recibiera una sorpresa cuando viniera a vernos. Ensimismadas en nuestros preparativos, casi no nos dimos cuenta cuando llegó, por fin, el día en que mi querido primo anunció que llegaría. Aconsejé a Mariana que para esperarle, se comprara un traje a su gusto, en tanto que yo también preparaba mis cosas para el acontecimiento. Por la noche, la llamé y me puse junto a ella ante el espejo, que reflejó nuestras dos siluetas el día de su llegada. Esta vez la imagen fué muy diferente. Mi plan diabólico se me apareció entonces en todo su horror. Había destruido una belleza, puesto una mano sacrílega sobre una obra de arte de la naturaleza. ¿Dónde estaba la ninfa de los bosques? La ociosidad, el aire de la gran ciudad, la encerrada atmósfera de las salas de cine, el exceso de golosinas, la alimentación demasiado rica, habían dado cuenta del fino talle y de la fresca y resplandeciente belleza de Mariana. Este criatura gorda, de tez opaca, semejava la caricatura de la que llegó a la ciudad. Una permanente demasiado crespa, reemplazaba la magnífica corona de sus trenzas doradas. Para hacer resaltar su belleza, había buscado un traje de taffetas color rosa y un collar vistoso y ordinario. A su lado, yo, con los cabellos brillantes, bien cuidados y anudados sobre la nuca, con la tez cálida y mate, delgada y fina, gracias a un régimen estricto, llevaba un traje negro de esa sabiduría sencillez, cuyo secreto posee París, y un maravilloso clip de brillantes. No cabía duda, ¡Jaime se llevaría una gran sorpresa! El día de su llegada, clavado en el umbral de la puerta, nos miró a ambas. Consternado ante esa vulgar y gruesa criatura, no pudo dejar de exclamar:

—¡Qué linda estás, Julieta!

La comida fué un suplicio: Mariana no dejó de hablar, contándole las películas que había visto y que la habían maravillado. El vino y el champaña enrojecieron su tez. Después de comer, como yo intenté discretamente retirarme, Jaime me retuvo, pidiéndome que me quedara.

— * —

NO me sorprendió en absoluto (lo esperaba) que Jaime entrara, una semana después, a mi dormitorio y, encendiendo un cigarrillo, sin atreverse a mirarme, dijera: —Todo ha sido inútil, Julieta, pero estoy comprometido. —No es posible que destruyas toda tu vida, Jaime. Es seguro de que tu madre no te dejará comer esta locura. Después de una larga discusión, logré persuadirle que enviara a Mariana a su casa al campo, invocando la oposición de su familia. Poco a poco, se habituaba a la idea



Su pelo, ahora sin permanente, hacía su ondulación natural.

(Continúa en la pág. 27)

PILOTONIC *presenta su nuevo*

M. R.

PILOTONIC ^{M. R.} HAIR OIL (Aceite para el cabello)



*Fija y
da brillo al pelo.
Facilita y conserva
el peinado. Protege,
suaviza y lubrica
el pelo dándole sedosidad.*

Uselo con el ATOMIZADOR PILOTONIC
En venta en todas las farmacias
y perfumerías del país.

Pídalo en los tonos:

AZULADO

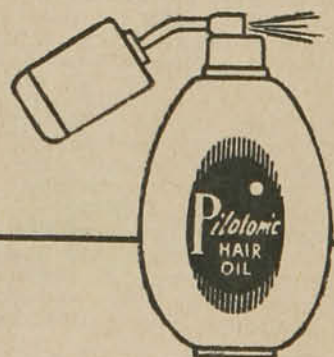
para cabelleras
negras y blancas

DORADO

para cabelleras
rubias y castañas

CRISTALINO

sin color
ni perfume



CLARIN



El Milagro que Salvó un Amor

(Continuación de la pág. 25)

de una ruptura. Ya me encargaría yo de informarla y prepararle el ánimo. Mariana aceptó la decisión con pasividad, como aceptaba los conciertos, las tragedias clásicas y las visitas a museos y exposiciones de arte. La instalé en el tren, y..., confieso que sentí deseos de pedirle perdón.

Jaime volvió a partir. Me escribía todas las semanas. Pronto, el nombre de Mariana no figuraba para nada en sus cartas. Yo también hubiera querido borrarla de mi mente. Pero, su recuerdo me obsesionaba y despertaba en mi conciencia un sordo remordimiento. A veces, me serenaba pensando que, después de todo, lo que había hecho era mostrarle a Jaime la verdadera y vulgar Mariana, y no la que él, en su entusiasmo, creyera conocer. Le había salvado de una unión desastrosa, evitándole a mi primo, al amigo de infancia, al hombre que yo siempre amara, la desdicha de un matrimonio fracasado. Pero, ¿y Mariana? ¿Me había yo preocupado de leer en su alma ingenua y silvestre? ¿Quería ella a Jaime? Después de acostumbrarse al ocio y al lujo, ¿no sufriría ahora en el campo? ¿Había yo destruido su vida, como su belleza? Todas las noches me torturaban estas reflexiones.

Por fin, una mañana, recibí una carta de Jaime, en la que me pedía perdón anticipadamente, por lo que se atrevía a declararme: había estado ciego, y a la única que siempre había amado era a mí. Jamás se consolaría si yo no aceptara ser su mujer.

Entonces no pude retenerme. Antes de responder a Jaime, tenía que saber si yo merecía ser dichosa. Me puse un abrigo de viaje y subiendo a mi auto, me dirigí por el ancho camino que llevaba al pueblecito donde vivía Mariana. Después de algunas horas de viaje llegué a la granja. Todo dormía bajo el sol de verano. Un gato y unas gallinas vagaban ante la puerta de la casa. Un perro se puso a ladrar furiosamente a la intrusa. Bajé del coche y di la vuelta en torno a la casa, sin ver a nadie. Unas risas me guiaron de pronto por la arboleda. Allí, bajo un cerezo, cargado de frutas maduras, pude ver a Mariana. Pero ésta era otra Mariana, que no tenía nada en común con una ninfa de los bosques ni una ciudadana vulgar y amanerada. El alre puro, los trabajos de la casa, la habían transformado. Su cabello, ahora sin permanente, lucía su ondulación natural. Se veía floreciente, y una alegre ternura iluminaba su rostro. Por fin, se veía que un alma habitaba dentro de ese cuerpo de líneas puras. Al verme, su alegría se borró por unos instantes, como llevada por el viento.

—¿Viene usted a buscarme? —me preguntó, como atemorizada.

—¿Quién es, Mariana? —oí entonces una voz que interrogaba en el cerezo.

Y un robusto muchacho surgió de entre las frondosas ramas. Respiraba fuerza y franqueza.

—Mariana no se irá con usted, señorita —me interpelló con rudeza—. La visita a la ciudad no le hizo ningún bien. Regresó amarilla como un limón, y tan fea, que daba lástima. Además, después de la cosecha vamos a casarnos —agregó más suavemente, como avergonzado de su violencia.

—No venía a buscarte; Mariana —le dije, tranquilizándola—. Sólo deseaba saber si estabas bien y eras dichosa. —¡Ah!, sí —se apresuró a responder—. ¿Quiere que le diga una cosa? Siempre pensé que Jaime debía casarse con usted. Yo no soy mujer para él. Estoy convencida de eso. Ahora soy muy feliz. ¡Tan feliz, que quisiera que todo el mundo lo fuera!

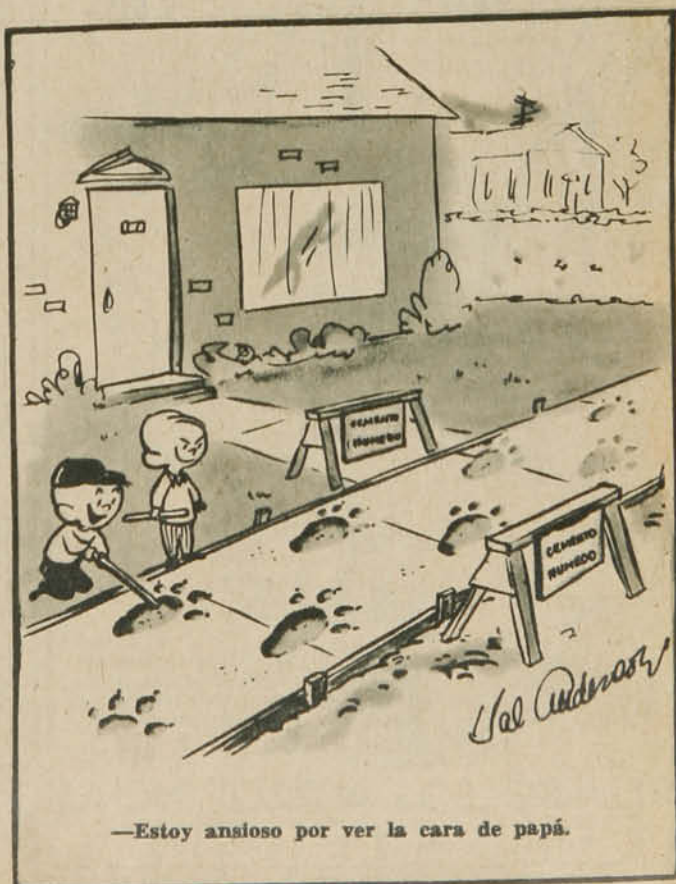
— * —

LOS buenos deseos de Mariana se realizaron plenamente. La primera vez que Jaime obtuvo un permiso, se apresuró en verme. Cuando llegó a mi departamento, en sus ojos brillaba una llama de ventura. En cuanto a mí, veía cumplirse el sueño de mi vida. Es verdad que tuve que usar para ello de un astuto plan. Sin embargo, ahora ya sé que no hay que dormirse sobre los laureles, pues en ese caso, sólo un milagro puede salvar un amor.

Tus Labios

- Yo no sé lo que siento, que al mirarte
- tiemblo y dudo pensando en que te quiero;
- pues no sé si es que vivo para amarte
- o si es por adorarte que me muero.
-
- Tu boca es una flor y es una herida,
- y no sé si en tus labios de escarlata
- bebo una esencia que me da la vida
- o un pérfido veneno que me mata.
-
- Tus labios pecadores y benditos.
- me sugieren ternuras y delitos;
- y mientras te acaricio se me antoja
-
- que son tus besos suaves y crueles
- porque tienes la boca dulce y roja.
- así como las sangres y las mieles.

Felipe Sassone (peruano)



—Estoy ansioso por ver la cara de papá.

Calzados Ducal

AL. B. O'HIGGINS 2955

Art. 325.—Suavizan el andar, sin perforados, en gamuza negra, combinados con charol, reno café y tabaco; con perforados en cuero negro, café, azul, rojo y habano.

\$ 425.-

Art. 841.—Novedad "Ducal", en fino nubuck blanco, \$ 655.—, y en gamuza negra y charol negro, \$ 635.—; cuero negro, café, azul, beige y habano; tacos alto y medio.

\$ 598.-

Art. 0825.—En nubuck blanco, \$ 655.—. Gamuza negra y plomo, y charol negro; tacos alto y medio.

\$ 635.-

Art. 890.—Nuevo modelo "Ducal", en fino nubuck blanco, \$ 655.—. Gamuza negra y charol negro, cuero azul y beige; tacos alto y medio.

\$ 635.-

Art. 892.—Gran novedad en fino nubuck blanco, \$ 675.—; gamuza negra, charol negro, cuero beige y combinados en gamuza negra con charol; en tacos alto y medio.

\$ 655.-

Art. 445.—Precioso modelo, en pulsera cruzada, en gamuza negra y charol negro; cuero negro, café, azul, verde y blanco.

\$ 498.-

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
CASILLA 4729 — SANTIAGO

ca- sualidad hizo que me invitaran una tarde a una de las famosas reuniones que daba a sus amigos íntimos Rebeca, la actriz de teatro que hacía entonces furor. Era una mujer realmente excepcional. Su sencillez corría a parejas con su admirable belleza. Y esta visita, además, me proporcionó la alegría de descubrir el verdadero fondo de una mujer que siempre acostumbraba disimular bajo la máscara del teatro. Nos entretuvo contándonos sabrosas anécdotas del mundo que existe tras los bastidores.

—¡Si un periodista pudiera escuchar tus secretos, se haría rico! —exclamó una de las asistentes.

—¡Y hay uno entre nosotros! —respondió Rebeca, señalándome con un mohín gracioso y encantador.

La muchacha que había hecho el comentario se volvió hacia mí entre sorprendida y molesta.

—¡Espléndido, entonces usted va a tener la oportunidad de poder escribir historias sobre la vida privada de las actrices y de sus aventuras!... Porque no me va a negar usted que las novelas de amor más extraordinarias se encuentran entre esa gente.

La palabra novela me hizo dar un brinco.

—Usted sabe que hay periodistas de periodistas, como también hay actrices de actrices, y las cosas que diga Rebeca serán para mí sagradas.

—Gracias a Dios ella no necesita de ese tipo de publicidad. Pero estoy segura de que a los periodistas les encantaría poder inmiscuirse en sus informaciones, y si no lo hacen es porque no se atreven a tocar su nombre. Además, no son tan imaginativos ni tan mentirosos como para inventar una fábula respecto a una mujer cuya vida es transparente como un cristal.

Rebeca murmuró sonriendo:

—Sí; mi vida es clara y sencilla... Una sola vez estuve a punto de tener una aventura, pero... me dominé a tiempo. Gracias a ese momento de lucidez, he sido una esposa y una madre feliz.

Una suave sonrisa deshizo la expresión grave que había tenido minutos antes y que era tal vez motivada por algún recuerdo desagradable. Y como nos vio interesados por sus palabras, al fin se decidió a entregarnos espontáneamente su secreto.

Así comenzó Rebeca su historia:

—Hace ya muchos años, cuando yo tenía sólo diecinueve años, iba de ciudad en ciudad, formando parte de una compañía cuyo director era el hombre más avaro y explotador que haya jamás existido. Se trataba de una especie de *music-hall*, en donde representaba con seis compañeras más un emotivo cuadro, en el cual poníamos el mismo fuego y sinceridad que se necesitarían para actuar en obras como "Fedra" o "Electra". Este cuadro se llamaba, ¡no se rían, por favor!, "La Devoradora de Corazones".

"Ni más ni menos. ¡Y la devoradora de corazones... era yo! Era lo que ahora el cine llama toda una vampiresa..."

"En realidad, yo era entonces únicamente una pobre mujer desgraciada, que se había casado con un hombre sin escrúpulos, quien la había abandonado con un hijo y muchas deudas... Es necesario que les diga que me casé sin tener ninguna experiencia de la vida, y que tuve que pagar bien caro unos pocos días de felicidad. Al poco tiempo me vi sola, sin dinero y con un niño pequeño al que tenía que llevar a todas partes conmigo, porque no podía pagarle a una persona para que lo cuidara.

Muy pronto me vi en la miseria más espantosa.

"Como no tenía dinero para comprarme un vestido, tuve que confeccionármelo yo misma. El resultado fue una hechura medio suntuosa, medio gitana, de la que quedé muy contenta por su originalidad y que les encantó a mis admiradores. Entonces, con mis cabellos negros esparcidos sobre los hombros, los ojos agrandados por el lápiz y la tez pálida por las privaciones, era la encarnación perfecta de la mujer fatal.

"Recibía a menudo cartas de mis ardientes admiradores, las que leía a mis compañeras, muriéndolas de la risa. Otros, más audaces, me esperaban a la salida del teatro. Y había muchos que trataban de entrar en mi camarín durante los entre actos. Me sabía librar de ellos con la desenvoltura de una mujer inaccesible... Después me volvía sola y de prisa a mi pobre hotel.

"Una tarde, en una ciudad más o menos grande, en la cual ya llevábamos dos días seguidos de representación, el

FATAL

director de la compañía fué a mi camarín y me presentó a un señor de aspecto agradable, que, además, era todo un personaje, fuera de ser dueño de uno de los establecimientos comerciales más importantes de la ciudad.

"—¡Por fin conozco a la famosa y encantadora devoradora de corazones! —me dijo, después de besarme la mano.

"—En efecto, todas las tardes devora docenas —insinuó maliciosamente el director.

"No había alcanzado a decir una palabra cuando ya mi visitante me invitaba a comer con él esa noche después de la función.

"—Voy a encargar un reservado en el mejor restaurante.

"—Pero, señor...

"—No, no acepto disculpas. Vendré a buscarla en cuanto termine su trabajo.

"Y antes de marcharse añadió:

"—¡Daría una fortuna por pasar con usted algunas horas!

"¡Una fortuna! Y mucha falta que a mí me hacía: mi pequeño Miguel había caído enfermo la noche antes, quejándose de un agudo dolor de estómago y con una fiebre altísima. No podía llevarlo al hospital, porque la compañía se iba al día siguiente. La sola idea de dejarlo solo y en manos extrañas me enloquecía. Si hubiera podido quedarme unos días más para cuidarlo...

"Pero eso me significaba rescindir el contrato y pagar la multa consecuente, para la cual no tenía dinero. Todo lo poco que ganaba se lo llevaban los acreedores de mi marido. ¿Qué podía hacer para cuidar a mi hijo y, tal vez, para salvarle la vida? No me quedaba otro recurso que... aceptar la proposición que me hacía el individuo.

"Apenas cayó el telón, mi "notable" señor golpeó la puerta de mi camarín y exclamó, con la más amable de sus sonrisas:

"—¡Qué despampanante belleza! ¡Qué gracia de movimientos! ¡Qué personalidad! Ser desgraciado por culpa suya debe ser la máxima felicidad. ¡Me la llevo!

"Y entonces, decidida a todo, le repliqué:

"—Hago siempre mis caprichos. Y son muy caros...

"—¡Pídame lo que quiera, pero venga! Vaya con ese vestido tan sugestivo. Tengo mi coche en la puerta.

"En efecto, un soberbio automóvil nos esperaba. La suerte estaba echada. Con gran decisión subí...

Quién hubiera podido imaginar que bajo el lujo deslumbrante de la mujer fatal, que con tanta desenvoltura representaba "La devoradora de corazones", se ocultaba el corazón desgarrado de una mujer.

"Mi enamorado parecía un poco confundido. Tal vez se preguntaba si podía ya tomarse algunas libertades conmigo. Yo conservaba un aire indiferente, sin concederle ni una mirada ni una sola palabra, lo que, por otra parte, me servía para disimular mi turbación.

"—¡Porque, a decir verdad, no lograba aún serenarme!

"Llegamos al restaurante. El maitre se nos acercó y nos acompañó hasta un lujoso reservado. Lo que más me llamó la atención fué que dentro de éste había un inmenso y precioso sofá. En ese momento me sentí horrorosamente asustada. Me esforcé por disimular mi miedo, y nos quedamos unos instantes observándonos en silencio. Yo lo miraba con un poco de insolencia —era mi papel—, y él parecía querer decirme algo; pero, en el fondo, estaba tan intimidado como yo.



...en dónde representaba con seis compañeras más un emotivo cuadro, en el cual poníamos el mismo fuego y sinceridad...

"Bruscamente interrumpió este enojoso silencio diciendo:

"—¡Qué calor!

"—Efectivamente. ¿Y qué espera usted para ordenar que traigan champafia?

"...Por último los mozos colocaron los cubiertos. Yo les espiaba las caras para ver qué impresión les hacía; pero ellos cumplían su deber sin ver nada más. Al parecer, ellos me tomaban por una simple... ¡Qué lejos estaban de poder imaginar que en el otro extremo de esa misma ciudad, mi pequeño Miguel tiraba de fiebre en la cama de un infimo hotel.

"Para recobrar las fuerzas concentré los pensamientos en mi pequeño hijo. ¿Me habría llamado? ¿Estaría dormido? ¿Habría cumplido la camarera su promesa de ir a verlo de cuando en cuando? ¡Ojalá no haya tenido miedo y esté demasiado inquieto con mi ausencia! ¿Podría aún conseguir que esa misma noche me lo admitieran en un hospital? ¿Conseguiría sacarle bastante dinero a ese hombre?

"Estaba sumida en estas angustias preocupaciones, cuando sentí una mano ardiente sobre mi hombro desnudo. Mi compañero se había cansado con mi prolongado silencio.

"—¿Qué? —le pregunté con altanería.

"—¿En qué piensa, belleza cruel?

"—En mis otros amigos —le respondí imperturbable.

"—¿Se ha suicidado alguno por usted?

"—Cuatro.

"Ante mis palabras, mi nuevo enamorado se inquietó, pero luego, sobreponiéndose, trató de sonreír. La entrada en ese momento de un camarero le impidió contestar.

"Al sentarnos a la mesa me sentí de nuevo inquieta, pues mi enamorado se instaló cerca, muy cerca de mí. Entonces sentí vergüenza y un miedo atroz que me impedía articular una sola palabra. Y cuando me pasó el brazo por la

(Continúa en la pág. 31)



Una colonia
fresca como
brisa marina

COLONIA
CANOE

Dana

M. R.

color de la pintura siempre resultan en una combinación que puede ser armoniosa o disonante; depende muchas veces de factores como éste, el que resulte un ambiente que te invite a permanecer en casa o que te predisponga a salir corriendo.

Aunque casi no hay necesidad de extenderse sobre el hecho de que la gente tímida y solitaria debe aprovechar todas las oportunidades que se le presenten para conocer gente, hacer amigos, visitarlos y convidarlos, es efectivo que mucha de esta gente solitaria exagera y cae en el error de dar una importancia mayor de la que en realidad tiene a la gente con relación a sus propias vidas.

Una conocida nuestra, que adoptó la actitud equivocada al hacer esfuerzos desesperados por adherirse a todos los clubes donde se la aceptaba, nos hizo esta confidencia:

"Corría tanto de un lugar para otro, que nunca alcanzaba a conocer bien a nadie, y, por lo mismo, nadie me conocía bien a mí tampoco. Desde entonces me he puesto más exclusivista y he dejado esta desesperada búsqueda de contactos sociales...; ahora me siento mucho más satisfecha y cómoda que antes".

Y tenía razón en el diagnóstico, que se hizo a sí misma. Podría haber añadido que lo fundamental no es conocer gente, sino tratar de conocer los tipos de gente que nos interesan en forma auténtica.

Si llegas a conocer unas cuantas personalidades con quienes te sientas cómoda, y tengas intereses en común, porque son más o menos de tu misma edad, tienen puntos de vista similares, o participan y disfrutan de las mismas actividades, juegos o diversiones, nunca te sentirás solitaria ni tímida.

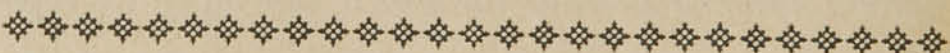
Sin embargo, el antídoto más efectivo contra la soledad está dentro de ti misma. ¿Recurres a tus condiciones innatas para combatir los estados depresivos? La actividad puede ayudarte, pero ten cuidado de no recurrir a ella como quien busca una válvula de escape. Las actividades de creación exigen el desarrollo de tus condiciones innatas y sirven para mantenerte adaptada y feliz donde el resto de las cosas han fallado. Si le das a un niño un libro para pintar y lápices de colores, o tijeras y revistas para que re-

Cómo dejar de sentirse sola y...

(Continuación de
la pág. 21)



corte, no te pedirá que venga "alguien a jugar con él". Con los adultos sucede de igual cosa, y aquí no hay excepciones. Todos sienten la necesidad de encontrar formas de expresiones concretas. ¿Cómo puedes asegurar que sirvas para dibujar, modelar o escribir si nunca has hecho ningún esfuerzo en ese sentido? Y si no te atrae el arte trata de interesarte por otras cosas como las labores domésticas y manuales, por la jardinería, el bordado, el tejido, etc. Existen miles de formas que se prestan a que una imaginación prolífica encuentre su medio de expresión. Otra de las formas de prevenirse contra la soledad es buscar el amor de una persona del sexo opuesto y retribuirlo. No hay mejor forma de encontrar calor y afecto que ésta. Lo que se encuentran bien adaptados en su vida amorosa no son tímidos ni solitarios, aun cuando la persona a quien aman no esté con ellos. Este tipo de comunión espiritual debe ser buscado y por suerte hoy en día ya no se piensa que una mujer que toma la iniciativa en primera instancia es "osada". No debes tampoco sentirte inhibida cuando sientas el impulso de iniciar una conversación con una persona de sexo opuesto a quien no has sido presentada formalmente. A lo mejor la persona a quien te diriges puede también estar luchando contra la soledad y la timidez, al igual que tú. No; no eres ni diferente, ni inferior ni indeseable. Tampoco la gente te rehuye. Tus problemas pueden ser encontrados y solucionados fácilmente. Lo fundamental es que no das a los demás la oportunidad de descubrir cómo eres en realidad, y tienes muchas condiciones personales a las que la gente responderá si le das ocasión de hacerlo.



Serán felices las nacidas en enero, porque...

...las nacidas en este primer mes del año aumentarán sus probabilidades de éxito si llevan siempre sobre sí un accesorio blanco, además de lo que se considera como lencería, y si utilizan como perfume el ámbar.

No es que dudemos de que existen espíritus fuertes, pero creemos que todos los seres humanos poseen en mayor o menor grado sus pequeñas supersticiones. Si quisiéramos contar el número de aquellos que "tocan madera" para impedir la mala suerte, no terminariamos nunca. A pesar de que esos espíritus fuertes, de buena gana no quisieran hacerlo, sienten cierta desconfianza ante aquellas cosas reputadas como de mala suerte. Y cuando un ser querido les hace un pequeño regalo, de los que "según se dice traen buena suerte", lo reciben con placer, no sabríamos decir si por lo que representan como recuerdo o por la feliz influencia que pudieran traerles.

Por lo que pudiera suceder, es necesario conocer el valor especial de cada uno de estos amuletos, armonizándolos con las indicaciones de la influencia astral de la persona que los lleva. Por lo tanto, es de gran utilidad conocer el mes de nacimiento, para escoger tanto la esencia o perfume como la piedra que les sea más favorable. Por eso aconsejamos a las nacidas en enero como perfume el ámbar, y como piedra preferida, el ónix.





MUJER FATAL

(Continuación de la pág. 29)

cintura, no pude resistir más, y, arrancándome bruscamente de este lazo, me quedé inmóvil, sintiendo la cara afiebrada. Mi compañero me miró estupefacto.

"Esta resultó una escena triste y ridícula. Vencida por los nervios, estallé en sollozos, mientras ocultaba la cara entre mis manos. Cuando al fin conseguí hablar, le dije con voz entrecortada:

"—Perdóneme, señor; pero prefiero decirle la verdad. No soy lo que usted cree. Soy sólo una pobre muchacha a quien abandonó su marido. Tengo un hijo y ahora está muy enfermo. No tengo dinero para cuidarlo... y por eso he tratado de conseguirlo de usted. Pero, ya lo ve, no puedo... ¡Por favor, deje que me vaya!

"Mi fracasado seductor me miró sin decir nada.

"—¡Vamos, Rebeca, cálmese! —murmuró por fin.

"—Créame, si la vida de mi hijo no estuviera en peligro, le juro que jamás habría aceptado su invitación.

"—Bueno, si usted consiente en dejar de ser una de esas niñas tercas y melindrosas, yo le daría de muy buena voluntad todo el dinero que necesita para cuidar a su hijo. "Hicé con la cabeza un signo negativo. El solo pensamiento de entregarme a ese hombre me era odioso.

"—Mi hotel está al otro extremo de la ciudad —le dije, esperando que al menos me fuera a dejar en su coche. Pero ni siquiera se le pasó por la cabeza hacerlo.

"—Claro que no la puedo retener a la fuerza...

"Lo miré con tal desprecio, que bajó la cabeza. Me fui dando un tremendo portazo.

"Con el mismo vestido con que había representado en el teatro tenía ahora que cruzar a pie toda la ciudad. Eran las dos de la madrugada y se había puesto a llover. Pero la idea de que iba a reunirme con mi pequeño Miguel y que podría besarlo sin enrojecer de vergüenza, me daba valor. Mientras caminaba de prisa, revivía en mi imaginación todos los detalles de esa horrible noche.

"¡Qué granuja!, me decía. Todos los hombres son iguales. Dejarme sola a esa hora.

"No obstante, poco a poco fui recobrando la calma, pensando en la carita de mi niño enfermo. De nuevo me volvió a asaltar un miedo horrible. ¿Qué podía hacer, Dios mío? ¿Cómo podría salvarlo!

"La lluvia me envolvía, mientras el viento me punzaba los hombros desnudos.

"De pronto escuché detrás de mí un ruido de risas y de voces. Sin duda eran algunos trasnochadores que volvían tarde a sus casas, y por eso no les presté casi atención. Pero, de manera inesperada, se lanzaron sobre mí, saliendo en tropel de una de las calles laterales.

"En un instante me rodearon, ensordeciéndome con sus gritos desaforados.

"—¡Qué jovencita más linda!

"—¡Es una gitana que nos envía el diablo!

"—Un beso, celestial criatura. Reclínate sobre mi corazón.

"Y, al rodearme, me tendían los brazos.

"Yo me defendí lo mejor que pude.

"—Déjenme, déjenme tranquila, por favor...

"—No tengas miedo. Te vamos a acompañar —dijo el que parecía ser el capitán de la pandilla.

"—Podrías tener malos encuentros y...

"—¡Ah! Ya la reconozco... —gritó de pronto uno de ellos—. Es "La Devoradora de Corazones" del Teatro Casino.

"—¿Cómo? —preguntó otro, fingiendo indignación.

"—¿De modo que tú devoras el corazón de nuestros desgraciados hermanos? Vamos a vengarnos raptándote.

"Haciendo un supremo esfuerzo y aprovechando su estado de embriaguez, logré escapar corriendo, con gran sorpresa de mis asaltantes. Sin embargo, se lanzaron en mi persecución, con la pesadez propia de los borrachos y emitendo unos gritos que me hacían temer lo peor. Yo seguía corriendo; pero ellos, furiosos, estaban ya por darme alcance, pues me sentía desfallecida, cuando, de pronto, reconocí que había llegado a la calle donde estaba ubicado mi hotel. Aceleré lo más que pude la carrera, hasta que por fin llegué a la puerta, que logré abrir con gran dificultad, dado el estado de nerviosidad en que me encontraba.

"Apenas acababa de cerrarla cuando llegaron mis perseguidores, siempre riendo y gritando como locos. Con el corazón latiendo desenfrenado, subí la escalera débilmente iluminada, llegando por fin a mi pequeña pieza.

"Miguel estaba atravesado en la cama. En ese momento se retorció, llorando de dolor... Entonces sentí que mi corazón se desgarraba al pensar que se me iba a morir

(Sigue a la vuelta)

Las campanas y la Historia



La Campana de la Libertad es uno de los muchos de estos monumentos que existen en el mundo, cada uno con su especial significado para su gente.

Las campanas desempeñan un papel muy significativo en la historia. Cada centuria ha dado una famosa. La campana que en 1950 se colgó en Berlín será indudablemente el eslabón que unirá el siglo XX con la Campana de la Libertad de 1776.

Muchas personas no saben que la Campana de la Libertad fué primero moldeada en Inglaterra, país contra el cual, 23 años después, resonó con desafío. Como tenía un defecto, tuvo que ser vuelta a vaciar en Filadelfia antes de ser colgada en su sitio destinado en State House. Muchos creen, sin embargo, que cuando repiqueteó con la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos en 1776, esa inscripción ya estaba hecha: "... y proclama libertad a través de todo el país".

La campana de China, famosa por ser la más grande del mundo, está colgada en un monasterio budista cerca de Cantón. Enteramente repujada, por dentro y por fuera, tiene 84.000 caracteres chinos de media pulgada de tamaño, y que sirven para recordar a la posteridad uno de los cuentos más clásicos en ese país. Pesa sobre 65 toneladas.

Las campanas de iglesia fueron primero introducidas en Italia por el arzobispo Nola, el año 400 después de Cristo. Francia empezó a servirse de ellas una centuria más tarde, pero no fué hasta el año 680 que el abad de Wearmouth las llevó de Italia a Inglaterra. En el siglo IV, sin embargo, las campanas tañeron por toda Europa.

Oraciones en latín se inscribieron en todas estas campanas medievales. Después de la Reforma, sin embargo, varios países comenzaron a usar su propio idioma, dándoles los nombres del donante o para honrar a los grandes hombres.

Poetas y escritores, en su mayoría en los textos escolares, hicieron viejos amigos de muchas campanas a incontables millones. La preferida de todos, tal vez, es esa vieja Campana de Atri, la cual, por allá por el año 1200, fué colgada muy baja en la plaza de Italia para que así los más bajos y los más débiles pudieran tocarla en su ayuda. Esto cayó en desuso hasta el día, muchos años después, en que un hambriento caballo de guerra mordisqueó la viña que crecía alrededor de la deshilachada hilera, y la mohosa campana lanzó un grito que trajo a toda la villa corriendo. Avergonzados entonces, los ciudadanos restauraron la campana a su uso exacto y cotidiano.

Muchas de las grandes campanas fueron fundidas por colecta pública, igual que la Campana de la Libertad. Ellas han llegado a ser una parte íntima en la vida de los que escuchan su llamada. Comparada con algunas de las campanas de los monasterios del mundo, ésta de 1950 es pequeña, pues sólo pesa 10 toneladas. Pero será suficientemente grande como para vencer las rencillas entre Europa y Asia de los agresores y dar esperanza a los millones de nuevos oprimidos.

Recuerde que



M. R.
es el mejor hilo de
coser.

en carretillas de 200 yardas,
de 6 hebras, en blanco y ne-
gro; y SUPER-SHEEN, en ca-
rretillas de 100 yardas y en
300 colores firmes.

mi hijo. Todo me daba vueltas, y caí de rodillas, suplicante, al borde de su lecho.

"—Miguel, mi niño querido. Tu mamita está a tu lado...
"No me respondió. No me veía ni me oía. De fuera me llegaba el rumor de voces y de risas. De pronto escuché un ruido extraño en la pared, como si alguien trepara por los tubos de desagüe.

"Instantáneamente comprendí todo. Al encender la luz de mi pieza, mis perseguidores se dieron cuenta de cuál era. En ese momento asomó una cara por el marco de la ventana. Parecía ser el jefe de la banda. Me miró muy satisfecho con su hazaña y envalentonado por los gritos de sus camaradas de abajo.

"—¿Qué ves, Gastón? —le gritaban.

"—¿Se está desnudando?

"Era como para volverse loca. Corrí a la ventana y, abriéndola de par en par, le dije:

"—Mi hijo se está muriendo... ¿No podría dejarme ya en paz?

"Su cara demostró gran asombro. Entonces, aprovechando su confusión, lo empujé con todas mis fuerzas fuera de la ventana. Lanzó un juramento y, a pesar de estar firmemente sujeto, cayó en el vacío...

"Me asomé con el corazón henchido de loca alegría para mirarlo caer. Por un milagro cayó encima de un montón de basuras que se habían apilado a esa hora de la mañana, y vi cómo se levantaba y se sacudía. No se hizo el menor daño. En el fondo, esto era una suerte y una complicación menos.

"Cerré la ventana y corrí a la cama de Miguel, quien seguía gimiendo y retorciéndose de dolor. Entonces caí a su lado sollozando. Era mi hijo y no lo podía salvar...

"De pronto oí unos pasos en la escalera. De nuevo pensé con rabia que podía ser uno de mis perseguidores. Y decidí que esta vez me las pagaría bien caro. Me precipité hacia la puerta y la abrí: era el odioso borracho. Había conseguido, no sé cómo, abrir la puerta de afuera del hotel y subía hacia mi cuarto tropezando en cada escalón, con la esperanza de poder sorprenderme de nuevo...

"Cuando la luz de mi pieza le iluminó la cara, retrocedió deslumbrado.

"—¡Salga de aquí inmediatamente! —le grité.

"Se volvió hacia mí. Su rostro había cambiado por completo. En ese momento tenía una expresión serena, llena de autoridad y hasta... de nobleza.

"—No tenga miedo, señora —murmuró dulcemente—. Olvide lo que pasó. No vengo a hacerle daño.

Se oían los gritos de triunfo que lanzaban sus camaradas desde la calle. El que había subido se dirigió a la ventana y desde allí les ordenó:

"—Basta ya de bromas. Tiene a su pequeño enfermo. —Y sin ocuparse más de ellos ni de mí, se volvió hacia la cama en donde mi hijo se consumía de fiebre y de dolor.

Con cara preocupada me preguntó: —¿Desde cuándo está así?

"—¿Y a usted qué le importa?

"—Soy médico.

"Asombrada, vi que se arrodillaba junto a su cama y con gran suavidad le palpaba al niño el vientre.

"En silencio fueron entrando uno a uno sus compañeros de farra. No podría explicar lo que sentí en ese momento: una dulzura indescriptible se iba apoderando lentamente de mi corazón.

"Terminado el examen del enfermito, Gastón dijo:

"—Hay que operarlo de urgencia. Yo no respondo por su vida. Se trata de una apendicitis aguda, que tal vez ya esté complicada con peritonitis.

"—¿Qué lástima que no esté el profesor!

"El joven médico se volvió hacia mí y sus ojos se hundieron en los míos hasta el fondo de mi alma.

"—Pero tú, Gastón, tú también puedes... —comentó uno de sus compañeros.

"—El profesor tiene mucha confianza en ti —agregó otro.

"El médico volvió a aproximarse al lecho e inclinó la cabeza.

"—¿Se lo va a llevar? —le pregunté desesperada.

"—Es preciso. ¿Usted no querrá que se muera? Soy cirujano y me lo llevaré al hospital donde trabajo.

"—Pero a estas horas el hospital estará cerrado...

"—Para nosotros siempre hay posibilidad a cualquier hora.

Hoy no tenemos turno y hemos bebido como imbéciles.

¡Vamos, no hay tiempo que perder! Ramón, trae al enfermito envuelto en una manta... —se detuvo—. No llore, señora. Vamos a salvar a su hijito; tenga confianza en nosotros.

"—Es todo cuanto tengo en el mundo —sollocé.

"—Lo comprendemos. Venga usted también con nosotros. Se le dejará entrar en el hospital... Pero antes cúbrase un poco. Así... Ahora, vamos.

"Su voz era varonil y segura. Era la de un hombre con sangre fría y responsabilidad, no la de un borrachín vulgar.

"Algunos días más tarde Miguel estaba fuera de peligro.

Pero yo había perdido mi contrato, estaba sola, llena de deudas y sin dinero.

Rebeca se detuvo un instante y luego continuó diciendo:

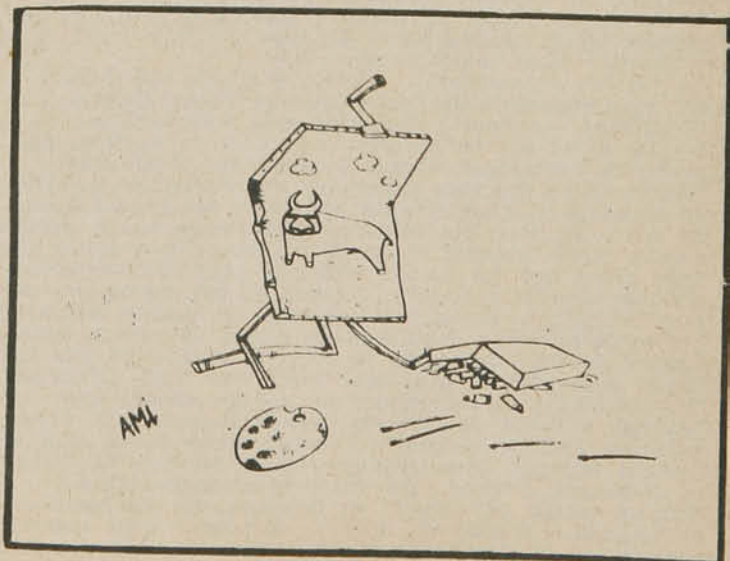
—Les aseguro que jamás hay que desesperarse. Dios viene siempre en ayuda de los que lo necesitan. Y en el instante en que se cree que se ha perdido todo, gracias a El nos salvamos.

En ese momento entró en el salón un caballero de fisonomía distinguida. Rebeca le sonrió con ternura y volviéndose hacia nosotros nos dijo:

—Les presento a mi marido, a mi querido Gastón, y al mejor médico del mundo.

MUJER FATAL

(Viene de
la vuelta)



CONFIESO que siempre he tenido verdadera debilidad por los uniformes del circo, especialmente cuando visten un torso atlético. Los galones negros sobre el fondo rojo de una chaqueta, atraían poderosamente mis miradas. Pero, ahora que he amado a un hombre que usaba esos galones, no puedo verlos ni sobre el pecho de una linda mujer, sin experimentar deseos de llorar.

He aquí mi historia. Es muy sencilla. Hace diez años, una amiga de colegio, Raquel, se fué con un circo siguiendo al hombre que amaba. En realidad, en el fondo, yo sentí admiración por ella. Pero mi familia no opinaba lo mismo y comentó escandalizada el hecho, ya que se trataba de una muchacha de muy buena familia y situación. Aunque Raquel era una niña inteligente y fina, cuando entra el amor de nada vale la inteligencia. De vez en cuando yo pensaba en ella, recordándola con cariño y simpatía. Habría dado no sé qué por volver a verla, pero pasaron los años y no volví a saber de Raquel.

Una noche, cuando ya estaban por terminar mis vacaciones en casa de una tía que me pidió se la cuidara mientras ella pasaba una temporada en unas termas, sentí de súbito tocar el tambor que anunciaba un circo. Uno de esos modestos circos de provincia. Al escucharlo, como un relámpago, surgió el recuerdo de Raquel y el imperioso deseo de volver a verla. Ya no fui dueña de mí misma, una impaciencia frenética se apoderó de mí, y en vez de quedarme leyendo tranquilamente en la biblioteca de mi tía, salí decidida al circo. A poco andar pude ver su gran carpa instalada en la plaza. Sus carteles anunciaban un variado espectáculo de acróbatas, payasos, prestidigitadores, y un domador, cuatro leones y dos tigres de Bengala. Se oían los rugidos de las fieras en sus jaulas. Empecé a dar la vuelta en torno al circo y de pronto vi a una mujer con falda corta y botas de equitación, que se afanaba delante de una cocinilla. Su cabellera era negra y crespa, su nuca blanca, su talle fino. Sin duda se trataba de la mujer del domador. Al sentir mis pasos se dio vuelta y me costó trabajo retener un grito. Era Raquel ¡Nos abrazamos, con la intensidad del placer que se experimenta en tales circunstancias.

Un cuarto de hora más tarde, ya sabíamos todo; yo, de su vida y ella de la mía. Raquel se había casado con un domador. Un muchacho estupendo que conocía bien su oficio y al cual ella sólo reprochaba una cosa: su belleza. La misma belleza que la sedujo a ella, también impresionaba el corazón de todas las mujeres. Hasta este punto de sus confidencias, Raquel se mostró alegre. Luego al tocar este capítulo, su fisonomía se alteró por completo. No era difícil el diagnóstico; Raquel, morena, de rasgos perfectos y con unos hermosos ojos sombríos, bella como una noche estival, estaba celosa. Me tomó la mano, e inclinándola la cabeza me dijo:

—¡Ojalá que jamás me dé cuenta de nada, pues, te lo juro, Gabriela, que lo mato! Confieso que esa vez sus exagerados sentimientos me hicieron reír. Encontraba ridículo su romanticismo. Pero, después de haber recorrido tantas rutas y vivido durante diez años en un circo, tal vez ella conocía mejor que yo las realidades del corazón.

—Te ríes porque no le conoces. Cuando lo veas cambiarás de opinión. Raquel cometió una grave falta al decirme estas palabras, pues despertaron mis deseos de conocer a su marido.

—Bien —le respondí—. Ya te daré mi juicio cuando termine la función. Estaré en primera fila.

El marido de Raquel se llamaba Domingo. ¿Español? Tal vez. Poseía una tez ligeramente olivácea, y el cabello negro.



EL VENENO DE SUS OJOS

*Un drama
de celos feroz
y sangriento, dentro
de una jaula de fieras.*

Joven aún, alto, atlético, de talle fino, con su chaqueta roja adornada de galones negros (que tanto me impresionaban), llevaba unos pantalones blancos ajustados y botas negras. Era muy buen mozo, además de elegante. Pero fuera de su encanto y de su elegancia, poseía algo viril y seductor que transformaba su sonrisa en la más poderosa de las trampas. Presentaba un número curioso: dos leones y dos leonas. En tanto que les hacía trabajar, una pareja de tigres permanecía inmóvil, vigilada por Raquel. La tigresa tenía un aire terriblemente traidor; de vez en cuando, estiraba hacia Domingo, que le volvía la espalda, un hocico perverso que Raquel castigaba con su látigo, lo que provocaba una furiosa patada de la fiera. Por su parte, el domador, ocupado con sus leones, no le prestaba atención. Solamente cuando ya los leones estaban en sus taburetes, se volvía hacia los tigres tendidos en el suelo, rugiendo de cólera. Súbitamente la hembra intentó acercársele y le desgarró el blanco pantalón. Un hilo de sangre corrió a lo largo de la pantorrilla de Domingo, pero él pareció no darse cuenta de ello. Se aproximó más a las fieras, con su mirada en los ojos de la tigresa, cuyas patas golpeaban el suelo, la obligó a enderezarse ante él y a poner su hocico contra su mejilla. Estallaron los aplausos. Cuando Domingo se volvió a saludar, me hice notar por mi entusiasmo. Tuve la impresión de que se fijaba particularmente en mi persona.

El circo daría tres funciones. Me presentaron a Domingo la misma noche del estreno. En realidad era un hombre seductor en todo el sentido de la palabra. Hablaba poco, pero sus miradas acariciaban. ¿Puedo decir que me enamoré de él en esa

primera entrevista? No. Creo que aún antes. Desde que apareció en la jaula comencé a temblar de emoción. Me desesperaba la idea de que Raquel y Domingo harían pronto sus maletas para irse a otra parte y ya no lo volvería a ver. La segunda representación tuvo tanto éxito como la anterior, lo que afirmó aun más mis sentimientos. La víspera me había defendido, pero el segundo día, me abandoné. Pasé la noche dándome vueltas en mi lecho, pensando en Domingo. A la mañana siguiente, mientras escribía tranquilamente mi correspondencia, aunque con el alma algo triste, golpearon en la puerta de calle; me levanté. En casa no había nadie. Mi tía sólo me había dejado a una vieja criada algo sorda. Pensando que, seguramente, no oiría y con un vago presentimiento dentro de mi corazón, fui yo misma a ver la puerta. ¡Era Domingo! Entramos. Durante algunos minutos casi no pudimos hablar. Por fin —aún le veo ante mí—, con la mirada extasiada me dijo: —Perdón, pero no puedo callarlo: ¡te adoro!

Sonreí. Realmente esperaba que lo dijera. Aun más, me habría sentido decepcionada si así no hubiera ocurrido. No respondí, porque me sentía deslizar por una vertiginosa pendiente.

—¡Te adoro! —repitió esta vez con voz más firme.

Traté de rechazarle, pues pretendía abrazarme. Quise representar el papel de la mujer razonable. Además, ¿sabía el acaso si yo quería a otro? ¿No tenía él a su mujer?

—Sí; echaré de menos a Raquel y a mi trabajo. Pero nada de todo esto cuenta ya

(Sigue a la vuelta)

para mí, estando a tu lado. Cuando te vi por primera vez antenoché, sentí claramente que me eras indispensable, que lo eras todo en mi vida. ¿Quieres que te diga? Supongamos que me dices que no. Eres libre de hacerlo, por supuesto, pero estoy seguro de que yo no podría continuar trabajando con mis fieras.

—No exageres —contesté, pero estaba cierta de que tenía razón y hablaba más por delicadeza y para obligarle a mantener su promesa.

—El oficio es duro —continuó Domingo—, muy duro. El público no se da cuenta. Hay que tener todo el tiempo a las fieras bajo la vista. Es una verdadera prueba de magnetismo. Sobre todo al final, cuando me pongo frente a los tigres. Si en ese momento ellos vieran una debilidad, una desesperación, que mi mirada tuviera una expresión ansiosa, insegura, se darían cuenta de que el amo ya no es dueño de sí mismo, y se aprovecharían para echarse sobre mí. Un segundo de descuido es suficiente para que se termine un domador.

Me había tomado en sus brazos.

—¿Deseas mi muerte? —preguntó. Yo no deseaba su muerte. Me eché en sus brazos sollozando y él murmuró muy cerca de mis labios:

—Esta noche será mi última representación, por lo menos aquí. La última y la más bella. ¿Me quieres?

—Te quiero —dije muy bajo—, pero... Me cerró la boca con un beso.

Se apretujaba la multitud. Domingo era un gran artista. Como el torero, el verdadero domador es aquel que no se impone a tiros de revólver ni a latigazos, sino simplemente gracias a la voluntad que emana de su mirada y de su fisonomía. La gente sentía al artista y acudía en masa a aclamar el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta. Seguía el impulso de los espectadores, cuando sentí una ma-

no que tocaba mi hombro y, volviéndome, vi a Raquel.

—Una palabra, me dijo.

La seguí, bastante molesta con su gesto y temiendo que conociera la visita de su marido a mi casa, pero decidida a desempeñar la parte que me correspondía. Me llevó al rincón donde la encontré la primera vez.

—¿Sabes tú, Gabriela, lo que es tener metido a un hombre dentro de la piel y de la sangre?

Y como yo callé...

—¿Crees tú que no es nada haber hecho lo que hice, haberlo abandonado todo: padres, familia, el mundo en que vivía, para seguir a un hombre por las calles y los caminos, para gustar con él la miseria, para arriesgar con él la vida cada noche? No, no, Gabriela. Lo reflexioné mucho antes de hacer lo que hice hace diez años. Era muy joven entonces, pero no me pesa. ¿Comprendes ahora que esté decidida a no perder jamás lo que he conquistado? Me he jurado conservar al hombre por quien todo lo sacrificué. Y es a ti a la que ahora le toca decir si lo he perdido. Lo quiero. Conozco todas sus miradas, sus menores guiños, las mil tonalidades de sus sentimientos. Sé que cuando él muera, moriré. Le protejo dentro de la jaula de las fieras. Tengo miedo de que se vaya, pues su partida sería para mí una muerte más cruel que la otra, y ese día ya no me quedaría más que morir. Dime, Gabriela, ¿se irá?

Raquel estaba pálida como una muerta, y hablaba a media voz. En su mano derecha apretaba con fuerza el látigo. Yo pensaba que me fustigaría.

—¿No quieres responderme? Tu silencio me dice más que todas las palabras.

—¿Cuándo partirán? Tú también te dejaste seducir por él. El veneno de sus ojos, también tú lo absorbiste. No eres la primera. Ha habido otras. Pero yo me he interpuesto, y mi presencia ha sido suficiente para hacerlas huir. A veces he tenido que recurrir a medios terribles. Las he dado de latigazos. Pero a ti... Tengo debilidad por mi antigua compañera de colegio y, además, sé bien que aunque te pegara, tú no renunciarías a su amor, si es que lo amas. Respóndeme: ¿Lo quieres?

En torno de nosotros se cerraba la noche. Escuchamos el rugido de las fieras y el ruido de la gente que entraba al circo y luego los primeros acordes de la música...

Cuánto habría dado porque esta entrevista hubiera ocurrido después de la representación. Entonces habría dicho la verdad. Pero decirle ahora: Sí, le quiero, esta es la última noche que lo verás, que correrás el riesgo de morir con él o por él. Ya sólo te queda la soledad. No, no era posible.

—Es idea tuya, contesté hipócritamente. Raquel alzó los hombros.

—¡Mientes! Esta mañana fué a verte. Ustedes se pusieron de acuerdo. ¿Quieres que te lo diga? Es como si viera la escena ¡Como si lo viera besándose!

Se escuchó una voz.

—¡Señora Raquel!

—Voy —respondió. Y volviéndose a mí, me dijo apresuradamente: Tienes tu entrada. Anda a sentarte. Ya viene nuestro número. Yo te miraré. Domingo también lo hará. Tú te levantarás sin un gesto, sin una mirada y te irás. Lo que querrá decir

El veneno de sus ojos

(Viene de la vuelta)



que, aunque hayas deseado quitarme a Domingo, renuncias a él. Pobre de ti si quedas...

Dos minutos después estaba en mi asiento. No me di cuenta del número que terminaba. Miré mi programa: Domingo y sus fieras. Entró, saludó, me buscó con la mirada y cuando me hubo descubierto se iluminó su fisonomía. Raquel estaba detrás de él. Ella a su vez me miró la gaceta, con una mirada interrogadora que, en el espacio de un segundo, se hizo amenazante y que significaba claramente: ¡Vete! ¡Vete!

Miré a Domingo con su roja chaqueta adornada de galones negros. De golpe todo se borró para mí. Ya no vi a Raquel, a nadie. Nada más que a Domingo, que de espaldas a los tigres, hacía trabajar sus leones.

Liviano, rápido, felino como sus fieras, las dominaba sosteniendo en su mano el látigo que jamás usaba.

Evolucionaba entre los cuatro animales, yendo, viniendo, dando vueltas, haciéndolos saltar y acostarse, siempre obediente. El público anhelante seguía sus evoluciones con una pasión difícilmente contenida, que se tradujo en frenéticos aplausos cuando los leones se sentaron pacíficos en sus taburetes, en tanto que Domingo saludaba sonriente.

¿Y yo? El juego me había cautivado a tal punto, que ni siquiera recordaba mi conversación con Raquel, ni sus amenazas, ni el peligro. Sólo veía la hermosa cabeza morena del hombre con chaqueta roja y galones negros, y en ese momento, transportada por la admiración, por el entusiasmo y tal vez por el amor, con la garganta seca y la mirada brillante, me puse a aplaudir furiosamente, gritando con los demás: ¡Domingo, Domingo!

Y, de súbito, en una fracción de segundo se escuchó un grito terrible, un grito de hombre y de la muchedumbre... Los dos tigres estaban sobre él. Ya no se veía más que una mancha roja y blanca sobre el suelo. Un hombre despedazado, en tanto que dos enormes formas amarillas con rayas negras se encarnizaban sobre él... Sonaron tiros de revólver. Entreví a Raquel, inmóvil, con la espalda pegada a los barrotes de la jaula. Los ojos agrandados por el horror, mientras que el ayudante maniobraba con su pica para alejar a las bestias. Las mujeres se tapaban los ojos...

Partí sin esperar el regreso de mi tía, sin decir una palabra, como una ladrona en el último tren de la noche. Si, sé muy bien lo que todo el mundo diría si lo supiera: "Debería haber partido antes". La verdad es que cuando se está tan enamorada como yo lo estaba, se nubla la vista, se pierde la cabeza, no se sabe lo que se hace. Y después, la vida entera es poca para pagarlo...

SU CUTIS

cúidelo con esmero

La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.

Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.

crema macker

crema macker

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones, Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 245.— Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 15,60. Semestral: U.S.\$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 7 de enero de 1954 - N.º 1028.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Belleza
y suerte



OLIVOL

Labrie



EL JABON DE LAS LLAVECITAS DE ORO Y DE LA CALIDAD DE ORO

Nutritol

el rey de los alimentos
porque reúne
elementos nutritivos,
calcificadores y de
fácil asimilación.



Confidencias

de Margarita
M. R.

N.º 1029

\$
10
MONEDA CHILENA

AMOR A PRIMERA VISTA

UNA NOCHE
MISTERIOSA,

novela policial

LA CIUDAD ME
HABIA DESLUM-
BRADO

SINFONIA DE
JUVENTUD,

Novela

JENNY RAHDEN,

amor histórico

¿POR QUE NO
TE HAS
CASADO?,

artículo

EL MOLDE DE
"MARGARITA"

EL IDEAL DE
UN SOLDADO



Era un muchacho tranquilo, le gustaba sentarse a escuchar la radio o bien pasaba las tardes dibujando con una concentración inusitada para su edad.

Sensacional nueva fórmula!

...que reúne en un polvo facial

Mágicos colores...

*Adherencia
perfecta...*

*Suavidad
de pluma!*

ATKINSONS
Polvo Facial
"PLUMA"

¡Pruébalo hoy! Su fórmula moderna fué creada por

Atkinsons especialmente para su cutis extrasensible... y le dará la seguridad de ser más hermosa, más atrayente, envuelta en un halo de seductor perfume...

Mirage

"tout Paris"



Al adquirirlo, elija "su" tono en el novedoso muestrario de colores.



HAY en el mundo centenares de mujeres solteras de más de treinta años, que, seguramente, sueñan con casarse. Algunas de ellas alternan casi exclusivamente con compañeras. Otras están a menudo en contacto con representantes del sexo fuerte, pero, ¿por qué no se casan?

Casi todas las solteras tienen su disculpa. ¡Las circunstancias! Todas ellas creen que ha habido muy buenas razones por las cuales no se han casado. Se convencen de que nunca conocen hombres que les convienen o, si éstos valen la pena, no los atraen lo suficiente. Otras aseguran no haber logrado enamorarse y, por último, están las que suponen que el tener que ayudar a sus parientes económicamente, es un impedimento para contraer matrimonio. Además de éstas, existen las que se han enamorado de hombres casados.

Todas estas razones parecen muy lógicas, pero expertos en el campo de las relaciones humanas dicen que estas explicaciones no son tan válidas como parecen. Afirman estos entendidos que los que simulan ser obstáculos externos para contraer matrimonio, son razones inconscientemente creadas, y explican que el verdadero motivo por el cual estas mujeres no se han casado, es lisa y llanamente el miedo.

Aseguran que es difícil encontrar una mujer que realmente no ha podido casarse, y si esto sucede se debe, por lo general, a su comportamiento inconsciente, que la hace desmerecer frente a los hombres. Detrás de este comportamiento inconsciente hay una sensación de deficiencia. Una mujer se puede sentir desmejorada en su apariencia, en su intelecto o en su escalafón social, aunque se sienta segura en otros campos. Esta sensación de deficiencia, aún frente a sus muchas virtudes, puede convertirse en un obstáculo insalvable para casarse.

Una mujer que sufre de un exagerado complejo de inferioridad, no importa cómo éste se manifieste, está condenada a quedarse solterona. Siempre está inconscientemente a la defensiva para el caso de un posible ataque. Rechaza a los hombres, aunque esté completamente segura de haber encontrado "su ideal".

Comenzaremos por las mujeres que se encuentran poco atractivas —que son muchas—, y que mucha gente las considera interesantes. A este respecto, cómo una mujer se vea es menos importante a lo que "ella cree que se ve". ¿Qué pasa cuando una mujer con este complejo de inferioridad conoce a un hombre? Se prepara de antemano para fallar. Al concentrarse ella solamente en su incapacidad, comienzan a actuar sus complejos. Supone que no interesa a su acompañante. Se posesiona de esta suposición sin enfrentar la realidad ni pensar que su pareja tal vez la ha escogido entre muchas mujeres y que la ha estado atendiendo durante varios meses.

Pero no todas las solteras se creen poco atractivas. En realidad, las que se sienten físicamente bien, tienen centenares de otros complejos en donde escoger, y, según los entendidos, los eligen. Aunque una mujer crea que no ha de fallar, su comportamiento la traiciona, haciéndola rechazar a cualquier hombre.

Hay muchas formas de rechazar a un hombre y muchas para disimular este rechazo. Existen mujeres que suponen que los sentimientos que tiene un hombre hacia ellas no pueden ser sinceros, y por eso, automáticamente, les responden con frialdad, dureza y agresividad. Les demuestran abiertamente que no

creen en la sinceridad de sus demostraciones. La famosa frase: "Estoy segura de que le dices lo mismo a todas las mujeres", la tienen a flor de labios, y la enarbolan en cualquier momento. Decir esto es prácticamente lo mismo que decir: "Estoy segura de que en realidad no puedes estar interesado por mí". Esta es una de las maneras más infalibles para mantener a distancia a la mayoría de los hombres. Estas mujeres rechazan a los hombres porque se consideran inferiores bajo todos los aspectos y porque no aceptan ser consideradas "poca cosa". Por lo general, ellas los rechazan en forma tan inconsciente, que parece que fueran los hombres los que emprenden la retirada, y esto las descorazona. La mujer que en realidad no se da cuenta de por qué un hombre que la ha estado atendiendo durante un tiempo deja de hacerle, no tiene ni idea de que ha sido ella quien lo ha impulsado a esto. Otras mujeres aseguran que su interés en un hombre fué tan grande, que ellas le hacían la corte. ¿Puede llamarse a esto haberlos rechazado?, se preguntan. La contestación es: sí, pues

una mujer con estos complejos no está diciendo: "Amame porque valgo", sino: "No valgo nada, pero ámame, por favor, aunque sea un poquito". Sin duda esa mujer rechaza al hombre, puesto que se rechaza a sí misma. Aunque es él quien la deja, es ella la culpable.

La mujer que asegura que no puede enamorarse lo suficiente como para casarse, aunque así lo desee, pertenece a otro grupo. Esta es la mujer que puede mantener relaciones con un hombre hasta que las intenciones de su enamorado se vuelvan serias. Al hacerle el hombre una proposición de matrimonio, éste se pone en plan de crítica. Cuanto más trata de satisfacerla, más irrazonable se vuelve ella. Buscará pleitos por motivos de escasa importancia. Las cualidades que antes encontraba encantadoras en ese hombre, ahora le son odiosas. Incluso llega a acusarlo de haber cambiado, siendo que no es el hombre el que ha cambiado, sino la mujer, de miedo a tener que enfrentar el matrimonio. En

(Continúa en la pág. 6)



Liberada por... Etiquet

un desodorante
moderno
en tubos



Refresca la piel,
suprime
las molestias
derivadas del calor
y contribuye
a que su presencia
sea grata
en todas partes.

ETIQUET penetra fácilmente y desaparece en el acto. Su envase moderno evita que se seque y permita usar sólo lo necesario para cada vez. No daña ni mancha la ropa.

Libérese Ud. también, use...

Etiquet



Mc Graw-Hill

S IEMPRE sentía una sensación extraña al volver a casa, pero, en esta ocasión, fué mucho más honroso pues hacía tiempo que no venía a pasar unos días en mi hogar. De pie en el andén, me preguntaba que me había incitado a venir a pasar una semana en campo.

La estación era pequeña y limpia, y yo era la única pasajera que había descendido del tren y, con mi elegante vestido, mis cabellos rubios sobre los hombros, y un pequeño sombrero de viaje, parecía una flor de invierno puesta en el medio de un prado. Lo comprendía muy bien y por eso hice un gesto de desprecio al contemplar ese quieto lugar. En ese momento divisé a Juan.

En el primer instante me fué difícil reconocerlo, porque ahora se veía más alto y más fornido. Pero, cuando salió de la sombra y vi el rayo de sol que caía sobre su pelo, olvidé todas las brillantes frases que había pensado decirle si alguna vez volvía a verlo. Sólo pude observar que estaba convertido en un hombre serio y sensato, que su sonrisa tenía un dejo de amargura.

—Juan, no sabía que estabas en casa.
—¡Qué sorpresa, Polin!

Siempre me había llamado así, desde que tenía seis años, desde esa época me molestaba tal apodo. La súbita impresión que me invadió al oír el sobrenombre, me devolvió mi aspecto mundano.

—Y encantadora —murmuré, extendiéndole mi mano blanca de uñas bien cuidadas. El la cogió, pero, en vez de estrechármela, se acercó y me dió un beso en la mejilla.

—Jamás nos dábamos la mano —observó—. ¿Por qué hemos de hacerlo ahora?

Me tomó del brazo y con la otra mano alzó la maleta. Me guió fuera de la estación, hasta el viejo automóvil de su padre.

Yo había pensado tomar un taxi. Mi sombrero y mi peinado no resistirían el viento.

—No me imaginaba que me vendrías a esperar —le observé.

—Tú bien sabes que soy bastante educado. El tío Rodolfo estaba ocupado en los potreros y la tía Berta envasando conservas. Como el auto estaba desocupado, resolví venir a encontrarte.

Siempre había llamado a sus padres tío Rodolfo y tía Berta, y al oírle recordé los viejos tiempos en que la casa estaba llena con todos los niños de la vecindad. Sin quererlo, sentí nostalgia de los juegos sobre las parvas, y por las tardes que pasábamos bebiendo chocolate caliente en el corredor, mientras la luna comenzaba a asomarse y las carretas cargadas regresaban de la era.

Juan abrió la puerta del auto y se instaló frente al volante. Yo suspiré y me quité el sombrero, resignada a que el viento me deshiciere el peinado. El motor vibró.

—Y ahora, cuéntamelo todo —me dijo.

—No tengo nada que contarte.

El se volvió, y durante unos instantes me miró a los ojos.

—Dime, Polin, ¿cómo es el gran mundo?

Sentí un estremecimiento.

—Probablemente tú lo conoces mucho mejor que yo, puesto que has viajado mucho. Y, a propósito, ¿cómo te fué?

—Exactamente como era de suponerlo. A veces bien, y a veces mal. Es mejor quedarse en casa.

—¿Aquí? —pregunté, espantada.

—¿Y en qué otra parte? Este es mi hogar —hizo una pausa y luego continuó—. Claro está que nunca estuvimos de acuerdo en eso.

—No —admití, y durante unos minutos nos quedamos en silencio.

Y entretanto recordaba la tarde anterior a la partida de Juan, cuando él me había pedido que fuera su mujer. Quería que yo lo esperara en la pequeña aldea en donde había vivido toda su vida, y no comprendía que yo deseara algo distinto.

—Tal vez me equivoqué, siempre creí que me amabas.

—Te quiero, Juan, pero...

—Pero no lo suficiente... —me había interrumpido Juan, bruscamente.

Recordé cómo la luna brillaba esa noche sobre la cúpula de la iglesia, y cómo al mirar el rostro pálido y entristecido de Juan, había deseado echarme en sus brazos y decirle, con toda sinceridad: "Te quiero, Juan, y quiero casarme contigo". Pero, en ese momento, el niño de mi hermana se había puesto a llorar, rompiendo todo el hechizo.

—Tú te vas, Juan, y tal vez no vuelvas en varios años. Si me caso ahora contigo, me sucedería lo mismo que a Graciela, y seguiría viviendo con mis padres, como lo he hecho siempre. Y, tal vez... —entonces me había sonrojado—, tal vez tendría un hijo a quien cuidar. Volverías

LA CIUDAD

después de un tiempo, compraríamos un pedazo de tierra y seguiríamos la monótona existencia de los campesinos. Tú saldrías a trabajar en las mañanas, y volverías a la caída del sol y yo jamás conocería el mundo.

El auto se sacudió al tomar una curva y el movimiento hizo que inconscientemente me afirmara en el brazo de Juan. Me volví a poner derecha y lo vi sonreírse en forma nueva y desconocida.

—Tal vez tenías razón —me comentó—. Ahora has conseguido todo lo que ambicionabas, ¿no es cierto?

—Aún no lo tengo todo, pero lo tendré —le respondí, con rabia.

—¿Y eso te hace feliz?

—Claro que sí —respondí, con vehemencia.

Llegamos a la casa en donde todo estaba como de costumbre, como siempre había estado, y como siempre estaría: la vieja casona desteñida, Tito, mi sobrino, que había crecido algunos centímetros, mi hermana Graciela, con un vestido confeccionado por ella misma. Mi madre vino a recibirme, sonriendo, mientras se secaba las manos en el delantal, y mi padre descansaba luciendo un aspecto sucio, debido al día de trabajo. Graciela suspiró:

—¿Cómo quisiera verme como tú! Estás muy elegante, ¿no es cierto, Juan?

—Ya lo creo —asintió éste.

—Mi padre me miró fijamente.

—Delgada como un ánima —me reprochó, sin enojo.

De pronto Juan interrumpió las demostraciones de cariño.

—Me voy —dijo.

—¿Volverás a comer? —le preguntó mi madre.

—Sí, volveré —respondió Juan, mientras acariciaba a Tito. Sonrió a Graciela y luego fijó sus ojos azules en mí: al hacerlo, desapareció su sonrisa—. Si no te opones —agregó.

—¿Por qué voy a oponerme? Me alegro de haberte visto.

El grupo quedó sumido en un extraño silencio, todos parecían pensar en Juan y en las ilusiones que se habían forjado de que algún día se casaría conmigo. Mi amigo de infancia sonrió con tristeza y a grandes zancadas se alejó hacia el campo.

—Mi madre me llevó a mi dormitorio, y se puso a contemplarme, mientras ordenaba mi ropa. Y entonces me dijo lo que yo esperaba:

—Háblame de Jaime, hijita. Estamos ansiosos de conocerlo.



—Pero, mi vida, supongo que no creerás que voy a esperar hasta que termines y luego te arregles.

ME HABIA DESLUMBRADO

Caminé por la pieza y me puse a escobillarme el pelo frente al espejo. Mi anillo de compromiso brillaba a la luz del sol. Mi madre siguió insistiendo:

—¿Por qué no vino contigo? ¿Cómo es? ¿Joven y buen mozo? En tus cartas solamente lo nombras.

Me senté, y, mirando el anillo, le respondí.

—Es muy buen mozo, pero no muy joven. Tiene casi cuarenta años.

—¿Cuarenta años!... ¡Oh!, pero... —la expresión de curiosidad de mi madre se trocó en una profunda preocupación. Me miró fijamente—. ¿Estás segura de que lo quieres?

—Si sigues soñando historias de amor con Juan como príncipe, puedes dejar de hacerlo. No siempre nos casamos con el novio de la infancia.

—Tienes razón —suspiró mi madre, poniéndose de pie—. Bueno, lo único que importa es que seas feliz.

Me acerqué y la rodeé con mis brazos.

—Por cierto que soy feliz, mamacita. Cuando lo conozcas comprenderás por qué. Prometió venir a verme. Hice un esfuerzo por alejar el recuerdo de la sonrisa burlesca que esbozó Jaime cuando le pedí que viniera a casa.

—¿A conocer a tu familia? ¿No te parece una costumbre un poco anticuada?"

Pero yo quería que viniera, tal vez para mostrarlo con orgullo, como lo hacía con su anillo. No era crueldad, pues Juan ya me había olvidado y, seguramente...

Me acerqué a la ventana, y, al mirar el campo, recordé cómo había tratado de explicarle a Juan mis ansias de conocer gente y de vivir una vida elegante...

El no me había comprendido. Quería una respuesta inmediata, exigía que yo lo esperara aquí y que no volviese a él si mi experimento en la ciudad fracasaba. Nos habíamos dicho cosas amargas, y por fin él, encarándome, me había dicho:

—Esto no puede ser, Polin. Si me amaras, te casarías inmediatamente conmigo. Jamás volveré a pedirte, ni ahora ni nunca.

Yo, como toda mi familia, daba por hecho mi matrimonio con Juan, y el haberlo perdido me produjo gran tristeza. Pero, sabía que si cedía, lo lamentaría toda la vida, el no haber realizado mis sueños.

—Ahora no puede ser, Juan —le dije.

(Continúa en la pág. 7)

Juventud y Gracia...

con una pollera

Peter Pan

La última moda sugiere
polleras amplias, livianas.
Telas "Peter Pan" de
Caupolicán han sido
creadas para que usted se
vea encantadoramente
elegante.

Tonos y
diseños exclusivos.
Telas "Peter Pan" de

TEJIDOS

Caupolicán

M. R.

¿ Por qué no te has Casado ?

(Continuación de
la pág. 3)

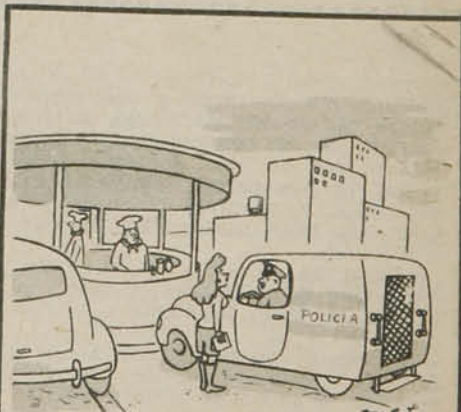
estos casos, o es la mujer la que corrompe las relaciones, o pone al hombre en una situación, que las corta él, pero él sigue creyendo que le gustaría casarse cuando encuentre realmente "su idea". La mujer que ha mantenido relaciones con un hombre casado, se ha protegido contra el matrimonio, hasta el punto de descartar por completo a los otros seres humanos. Rechaza todas las oportunidades de una posible amistad con otro hombre, porque esto le impediría dedicarse totalmente a su hombre. Está completamente segura de que desea casarse, pero siempre que sea, por cierto, con el hombre con el cual no puede hacerlo. Se ha comprobado que en estos casos, si el hombre queda libre por viudez y separación, la mujer inmediatamente pierde su interés y trata de cortar el vínculo.

Es más difícil generalizar el caso de las mujeres que tienen que sacrificarse por tener que ayudar a alguien económicamente. Pero aún en éstas, el obstáculo para el matrimonio no es tan lógico como parece.

Hemos estado enumerando varios tipos de mujeres con complejos conscientes. ¿Hay algún factor idéntico en todos los casos? Creemos que sí: el factor miedo. Miedo de depender de un hombre, miedo de ser explotada, miedo de tener hijos. Alguno de estos temores las mujeres los ponen inconscientemente en palabras. Por ejemplo, una mujer al hablar del matrimonio y de su deseo de casarse, dice que se sentiría mal teniendo que aceptar que su marido le pagara sus gastos y, más aún, sus vestidos. O agrega que le gustaría gozar de la seguridad del matrimonio, siempre y cuando no tuviera que perder su libertad o tener que preocuparse de la casa y de los hijos, pues destruiría totalmente su personalidad. Pero, ¿por qué temen esto esas mujeres, siendo que millones de otras se casan?

Porque tras estos temores, la mujer soltera tiene especialmente miedo de una cosa: de su calidad de mujer. El doctor Teodoro Reik, eminente psicoanalista, y uno de los alumnos más distinguidos de Freud, sostiene que el principal motivo de por qué no se

(Continúa en la pág. 25)



—Un hamburgués, un chocolate
y cuatro raciones de pan y agua.

La Ciudad me había deslumbrado

(Continuación de la pág. 5)



El se dió vuelta y se alejó de mí, sin volver la cabeza. No lo había vuelto a ver hasta esa tarde. Y ahora, tantas cosas nos separaban, que era mejor olvidar el pasado. Me aleje de la ventana y coloqué el retrato de Jaime encima de mi velador.

Horas más tarde, me preguntó mi padre:

—¿Quién es ese señor con quien piensas casarte?

Mi padre era el único en la casa que parecía comprenderme.

—Es mi jefe. Antes lo conocía sólo de vista, pero después me destinaron para trabajar bajo sus órdenes. Tiene cuarenta años, y es viudo.

—¿No es demasiado viejo para ti?

—Eso no tiene importancia. Sus años lo hacen más interesante.

—Tu eres dueña de tu vida, y sabrás qué hacer con ella —agregó mi padre, poniéndose de pie—. Siempre pensé que tu hombre de lujo y de vida de ciudad se te pasaría, pero, tal vez, me equivoqué. —Me acarició la mejilla—. Espero que seas muy feliz.

Juan volvió a la hora de comida. Yo me había puesto un par de pantalones y una blusa, pero toda la tenida era tan magnífica que, a pesar de su sencillez, los vestidos de los demás se veían viejos y deslucidos. Además, me había escobillado largamente el pelo y tenía las manos bien cuidadas.

—Comes poco para no engordar —observó Juan, cuando rechacé el tercer plato.

Juan siempre conseguía enojarme, lo había hecho desde que éramos niños y ahora me producía una rabia espantosa.

—Trabajo demasiado para no engordar —protesté.

—Y bailas demasiado —añadió mi padre—. Demasiados cigarrillos y muchas traspachadas.

—Yo encuentro que Paulina se ve muy bien —dijo Graciela—. ¡Me quisiera su figura! Pero, hablemos de Jaime. ¿Vendrá a verte?

—Tratará de hacerlo —respondí. Alcé la vista y me en-

Para conseguir un servicio rápido, nada mejor que sentarse dos a una mesa para cuatro. El mozo te atenderá ligero para zafarse pronto de ti.

contré con los ojos de Juan, quien levantaba una ceja, en actitud burlona.

—Pero, ¿cómo es? —insistió mi hermana—. Cuéntanos...

—Por cierto —me alentó Juan.

Mirándolo, con gesto desafiante, le respondí:

—Es muy buen mozo, moreno y distinguido. Un magnífico conversador y un amigo entretenido.

—¿Dónde vive? Quiero decir, ¿dónde vivirán ustedes?

—Tiene un departamento y una preciosa casa en los alrededores. Me imagino que ocuparemos los dos.

Mi familia pareció impresionarse con tanta prueba de opulencia, pero no así Juan. Una vez terminada la comida me siguió al jardín. Sólo advertí su presencia cuando escuché su voz burlona.

—Así es que no pudiste ganarlo sola, y te casas por dinero.

Yo me volví, furiosa.

—¿Cómo te atreves a decir tal cosa?

—¡Un hombre de cuarenta años, viudo, distinguido! —continuó diciendo, con sarcasmo—. ¡Bah! Lo he visto en los diarios y no me gusta. Su mujer era muy bonita.

¿Crees poder resistir la comparación?

—Me caso con Jaime porque lo amo, y cuando necesite tu opinión te la pediré —le dije, empuñando furiosamente las manos.

—Tendrás que oírlo, aunque no lo quieras. —Juan estiró una mano y me cogió la muñeca—. No trates de convencirme de que amas a ese hombre. Te gustan las cosas que representa, la vida que lleva. ¿No crees que algún día te cansarás de todo eso? Y, ¿parte de su lujosa existencia y dinero, qué más tiene? —preguntó, belicoso.

—Muchas cosas que tú no tienes —le respondí, histérica—. Buenos modales, una educación refinada. Además, no es un tonto vanidoso como lo eres tú.

(Continúa en la pág. 10)

PREPARE CADA NOCHE



¡Un límpido amanecer
para su cutis!



Esta noche y todas las noches, usted puede hacer algo bien sencillo y muy importante para su belleza:

antes de acostarse, aplique sobre su cutis un algodoncito embebido en

Crema HINDS, de miel y almendras. La crema HINDS, por ser líquida, penetra

mejor en la piel, eliminando todo rastro de cosméticos y polvos, y deja el cutis pleno de suavidad y frescura.



crema

HINDS

de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA

ACEITE "LA REINA"

en su **NUEVO** envase

Calidad garantizada
Pureza absoluta
Contenido exacto
Sabor uniforme



Distribuidores exclusivos:

Ibáñez y Cía.



FABRICA NACIONAL DE ACEITES, S. A.

FERNANDO y yo queríamos a nuestro hijo Jorge con un amor exagerado. Creo que comprenderán porque cuando les cuente que habíamos planeado tener, por lo menos, cinco niños y después supieron que Jorge sería el único que podríamos tener. Fue siempre una criatura débil y siempre tuve que ocuparme demasiado por su salud. Pasaba a menudo enfermo, no se recuperaba con facilidad, y, a medida que crecía, sufría de un resfriado tras otro. Me desvelaba pensando en una posible neumonía y en un ciento de enfermedades y mantenía una constante vigilancia sobre él. Me imagino que lo regalaba demasiado, pero es comprensible cuando se tiene un hijo único. Tenía especial cuidado de que no se expusiera al frío durante el invierno. Cuando tuvo edad para ir al colegio, le impuse la obligación de llevarlo personalmente por la mañana e ir a buscarlo por la tarde. Lo hacía de mala gana, pues deseaba que fuera como los demás niños que jugaban al aire libre, chapoteaban en el agua y se divertían en grande. Le expliqué lo más suavemente que pude el porqué no podía correr y jugar como los otros muchachos de su edad. En octubre, cuando cumplió los ocho años, nos sobrevino la tragedia. Habíamos pasado un invierno muy crudo, con grandes lluvias, temporales y mucho frío. Ese año cuide a Jorge con más interés del acostumbrado, ya que habíamos pasado casi toda la temporada resfriado. En realidad, no quería que fuera al colegio por las mañanas, pero tan poco deseaba que fracasara por falta de asistencia, que había faltado bastante y se quejaba de ir más atrasado que sus compañeros. Le pedí consejo a Fernando, quién después de pensarlo un momento me dijo: —Creo que estará perfectamente, mi amor. Su preocupación por faltar a clase puede ser peor para él que el mismo tiempo. Por eso vestí a Jorge bien abrigado y lo fui a dejar al colegio. La madre de su profesora había sufrido un ataque, por lo cual la maestra se vio obligada a abandonar el curso, debiendo ser sustituida por otra señora. La reemplazante me sabía que Jorge debía esperar dentro del edificio hasta que yo fuera por él. ¿Fue éste otro de los extraños caprichos del destino? No lo sé, pero sucedió así: Sólo me había alejado dos cuerdas de la casa para ir a buscarlo cuando descubrí que llevaba un neumático reventado. Pasó media hora antes de conseguir remediar el inconveniente. Apenas me acerqué al colegio vi a Jorge. Estaba sin bufanda y jugaba con un grupo de muchachos a la interperie y sobre el suelo húmedo por la reciente lluvia. Me asusté porque si siquiera tenía abrochada la chaqueta. Su cara estaba roja por el frío y cuando lo apuré para que se subiera al auto, tenía la voz tan ronca que escasamente se la podía oír. Lo acosté apenas llegamos a casa y llamé al médico que lo atendía desde pequeño. Era un hombre encantador y un profesional brillante. Sé que hizo lo humanamente posible pero no fue suficiente. Jorge contrajo una pulmonía y veinticuatro horas más tarde nos abandonaba para siempre. Si alguno de ustedes ha perdido un hijo, comprenderá la intolerable angustia que sentimos Fernando y yo al acompañarlo a la pequeña iglesia en donde velaron los restos de nuestro adorado hijo y en donde le dijimos adiós para siempre entregándolo a la muerte. Si alguna de ustedes ha experimentado esta clase de pérdida y ha sufrido la espantosa conciencia de saber que jamás podrá tener otro hijo, comprenderá el dolor de nuestras almas. Traté de ser fuerte, de comprender qué cosas así también le sucedían a otras personas. Me dije que esa terrible angustia y soledad se aminoraría con el tiempo y llegaría a acostumbrarme. El tiempo sabe sanar las heridas y podría curar este espantoso dolor. Pero, pasaron los meses y mi pena siguió tan punzante como los primeros días. Fernando fue quien sugirió que adoptáramos un niño para que tomara el lugar de Jorge. Sumergida en un mar de tristeza y de angustia levanté la vista sorprendida y esperanzada. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Ahora comprendo que había estado tan atontada que me había sido imposible pensar en forma coherente. Los días del invierno habían quedado atrás, dando paso a una primavera un tanto nebulosa. El día en que Fernando y yo fuimos al orfanato, el primer rayo de sol se abrió paso entre las nubes para brillar con fuerza, iluminando nuestro camino. Me volví a mi marido mientras subíamos las gradas de ese frío edificio y él debe haber adivinado la oración que había en mis ojos. —Todo resultará bien, mi amor —me animó. Una hora más tarde me inclinaba a mirar los ojos oscuros de un muchachito de siete años, llamado Samuel, y entonces supe que Fernando tenía razón. Me di cuenta de que Samuel era el niño que yo quería. No para reemplazar a Jorge, puesto que ningún muchacho, por muy maravilloso que fuera, podría tomar el lugar de mi adorado hijo. Pero Fernando y yo teníamos amor para ofrecerle, amor

Amor a primera vista

cariño, además de la seguridad de un hogar perfecto. Recé en silencio para que Samuel nos quisiera.

Algunas de ustedes estarán probablemente al tanto del largo y monótono proceso de adopción. Sin embargo, las demoras y las indagaciones son muy necesarias. No es siempre fácil de comprender estas cosas cuando se desea un hijo con tanta vehemencia. De acuerdo con una disposición reciente, el niño debía ser llevado de inmediato a su nuevo hogar, en donde se quedaría dos meses, como período de prueba. Durante este lapso, se ponía a los padres adoptivos bajo un estricto control y un representante del orfanato estaba autorizado para visitar la casa cuantas veces lo deseara. Este empleado debía interrogar al niño respecto a si quería quedarse a vivir allí o no.

Ese arreglo me parecía a mí bastante acertado. Yo confiaba en que si Samuel se venía a vivir con nosotros, decidiría quedarse para siempre.

La directora de la institución nos dejó a solas con el niño durante largo rato. Samuel era un muchachito bastante tímido y sus respuestas demasiado educadas me punzaban el corazón.

—¿Te gustaría irte a vivir con nosotros un tiempo? —le dijo mi marido.

Volvió sus tímidos ojos hacia mí.

—¿A usted le gustaría?

—Me encantaría —le respondí desde el fondo de mi corazón.

Baió los ojos y se miró sus bien lustrados zapatos.

—Yo..., yo me asusto en la obscuridad. Los muchachos dicen que soy un cobarde. Tal vez lo sea...

Le sonreí, frenando el ardiente deseo que tenía de asirlo entre mis brazos.

—Yo también me asusto en la obscuridad, Samuel. Tal vez si estamos juntos ya no nos dé miedo.

Me estudió durante un instante.

—Quizá no —decidió con seriedad—. ¿Puedo llevar mi pelota de fútbol?

Luego que nos pusimos todos de acuerdo una mujer trajo el equipaje del niño.

—Espero que les guste el muchacho —comentó.

—Espero que nosotros le gustemos a él —replicó Fernando con énfasis.

Se encogió de hombros sin que cambiara la expresión de su rostro.

—Recuerda tus buenos modales —le recomendó al huérfano.

Mi corazón latía de felicidad, mientras Fernando y yo bajábamos la escalera llevando con nosotros al niño. Di una última mirada al helado edificio de ladrillos rojos y deseé con toda el alma que no tuviéramos que volver nunca más a él.

¡Qué maravilloso me pareció nuestro hogar esa noche!

Después de una excelente comida con abundante leche para el niño, Samuel se mostraba menos ceremonioso. Aun antes de llevarlo de mala gana al dormitorio de Jorge para que se acostara, me había dado cuenta de que ya lo adoraba. —Debe querernos y tiene que desear quedarse para siempre con nosotros —le dije con desesperación a mi marido mientras volvíamos al living.

—No te preocupes demasiado, Mónica. Le gustaremos al muchacho..., en especial le gustará tú. ¿Quién puede no quererte?

Sin embargo, me paseé a lo largo del living con gran impaciencia e inquietud.

—¿Qué te pasa?

Fernando estaba de pie y tenía entre sus manos su pipa aun apagada. Se veía preocupado.

—Es que yo... —murmuré de pronto—. ¡Fernando, sé que me vas a decir que me estoy torturando en vano, pero a veces..., en las noches, cuando no puedo conciliar el sueño..., me pregunto si Jorge..., si lo que sucedió no fué por culpa mía.

—¡Mónica! —gritó Fernando con voz extraña.

Retrocedí evitando sus brazos.

—Tienes que dejarme terminar. Tú sabes que yo regalé a Jorge. Lo cuidaba, me preocupaba de él...

—Claro que sí; eras una madre excelente.

—¡Tal vez fui demasiado buena! ¡Demasiado cuidadosa!

¿Acaso no comprendes, Fernando, que si le hubiera dado más libertad..., si lo hubiera dejado jugar al aire libre como los demás niños, quizá entonces no se habría?... Las lágrimas ahogaron mis palabras y no pude continuar.

Fernando me acarició tiernamente.

—Prométeme que nunca más pensarás en eso. ¿No ves que te estás atormentando inútilmente por algo que nadie podría remediar? Por cierto que te preocupabas de la salud de Jorge. Era un niño delicado y el doctor nos aconsejó que no lo expusiéramos al frío. Es absurdo que te culpes de lo sucedido..., no debes hacerlo!

Me obligó a mirarlo.

—¡Prométeme que nunca más te culparás!

Suspiré muy hondo.

—Te lo prometo.

Pero, mucho después que él se había dormido, yo continué tendida a su lado en la obscuridad. "Tenao que ser diferente con Samuel, me dije con fervor. No debo regalárselo demasiado. Lo dejaré llevar la vida de cualquier muchacho normal. No debo mimarlo".

Durante los días que siguieron, me observé constantemente para asegurarme de que no le prestaba demasiada atención. Era un muchacho tranquilo, le gustaba sentarse a escuchar radio, o bien pasaba las tardes dibujando con una concentración inusitada para su edad.

(Continúa en la pág. 12)



PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones



Cambie

DE COLOR SU VESTIDO

CON ANILINAS SUIZAS

MONTBLANC

30 colores de moda.

Sin trabajo, en 1/2 hora

su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD.
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

LA FLORIDA

La especialidad de la casa en: hermosas batas, lindas mananitas, preciosas combinaciones, primorosas blusas, zapatillas, trajes de baño y todo lo delicado y fino para un regalo femenino.

OFERTA ESPECIAL PARA LAS NOVIAS

Un hermoso juego de seis piezas, compuesto de: camisa de noche, combinación, calzón, bata acolchada, mañanito, zapatillas de raso, todo en

\$ 6.500.-



REEMBOLSOS A PROVINCIAS

ENVIANDO EL 25% DE SU VALOR.

COMPANIA 1078 (ENTRE AHUMADA Y BANDERA, AL LADO DEL CINE PLAZA) - CASILLA 9695 - FONO 84332 - STGO.

La Ciudad me había deslumbrado

(Continuación de la pag. 7)



Eché a correr hacia la casa y me encerré en mi pieza. Sentía vergüenza por mi arranque de mal humor. Hundí la cabeza en la almohada, y rompí a llorar.

Al día siguiente, cuando estaba leyendo en la salita, entró Juan. Se sentó en el brazo de mi sillón y me miró.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Que me perdones... No era mi intención molestarte Polin.

Parte de mi rabia se desvaneció, y le respondí:

—No está bien hablar de algo que no se conoce.

—Ya lo sé, Polin. Debes culpar sólo a mis naturales celos.

El corazón me dio un vuelco, que no dejó de sorprenderme. Sentí que me sonrojaba.

—¿Celoso? ¿Tú? —le pregunté, con dificultad.

—Podría estarlo —me respondió, sonriendo—. Pero, olvídemoslo, Polin. —Se acercó y me tendió la mano—. Es mejor que comencemos a hacer las paces. ¿Me perdonas?

—Por cierto.

—Entonces, vamos a remar. Te prometo no volver a molestarte.

Una semana maravillosa siguió al pacto de amistad. Juan estaba conmigo la mayor parte del día. Jugamos tenis, salimos a caballo, nadamos y remamos en el lago. Yo ayudaba a mi padre en el campo, y a mi madre en la casa. El sol había tostado mi cara y mis cabellos caían desordenados, como Juan siempre los había querido.

—¿Paulina, por qué no te olvidas de la ciudad y te quedas aquí? —me dijo un día mi padre.

—No puedo, papá. Me voy a casar con Jaime.

—Me había olvidado de eso. Me gustaría tanto tenerte de nuevo en casa —agregó, suspirando.

En la noche del sábado, fuimos con Graciela al baile del pueblo, y nos acompañó nuestro primo Gerardo y Juan. Al volver por la larga avenida, Juan me cogió del brazo, igual como lo hacía antes.

—Polin, ya está por terminar la semana, ¿no podrías quedarte un tiempo más? Ya eres otra, has engordado...

—¡Oh, no, Juan! —exclamé, asustada—. A Jaime le gustan las mujeres delgadas, elegantes y bonitas. Además, no puedo quedarme, Jaime vendrá a buscarme mañana en la tarde.

—En ese caso... —me repuso Juan, soltándome el brazo—. De todos modos, ha sido una semana maravillosa.

—Sí, maravillosa. Gracias por haber sido tan comprensivo conmigo, Juan.

—No tienes que agradecerme —me dijo, con brusquedad. Pareció que iba a decir algo más, y sentí miedo. Más en ese momento Graciela nos habló y se perdió la ocasión.

Al día siguiente, después de almuerzo, toda mi familia estaba sumida en la más deliciosa de las somnolencias. Yo usaba unos pantalones viejísimos y tenía el pelo amarrado con una cinta. Llegó Juan, en el momento en que pensaba dedicarme a componerme para esperar a Jaime.

—¿Tiene todo el trigo bajo techo? —preguntó Juan, dirigiéndose a mi padre.

—No, falta un potrero. Lo recogeremos mañana.

—Mejor sería hacerlo hoy: mire el cielo.

Ambos se acercaron a la ventana. Yo sólo escuchaba el murmullo de sus voces.

—Tienes razón —afirmó papá—. Paulina, Graciela, necesitamos la ayuda de ustedes. Va a llover y ese trigo se perderá si no lo recogemos hoy.

—¡Lluvia! —dijimos al unísono las dos con Graciela.

—Se acerca una tempestad. Se huele en el aire —insistió papá, mirándonos fijamente—. ¿Me he equivocado alguna vez?

—Pero, yo no puedo —comenté, débilmente—. Jaime vendrá pronto a buscarme, y debo estar lista.

—Escucha: en ese potrero tengo mi mejor trigo, y no se puede perder. Si eres mi hija vendrás a ayudarme. Y si Jaime vale algo comprenderá y sabrá esperarte.

—Pero, papá...

—¡Olvídalo! —exclamó Juan—. Tú no tienes que preocuparte de cosas aburridas como el trigo y el alimento del pueblo. Tu peinado es mucho más importante.

—Tú... tú... —le grité con deseos de irme encima. Después, reaccionando, me limité a murmurar: Iré con ustedes.

—Gracias, hija. Vamos...

Dos horas más tarde, desde lo alto de la carreta divisé un elegante automóvil negro, que lentamente se acercaba a la casa. Yo estaba sucia y cansada, mi trabajo de cargadora había sido muy pesado, y tenía los pantalones cubiertos de paja.

Una gavilla me encontró desprevenida, y me hizo caer

sobre la paja. Al levantarme, vi que Jaime había venido, acompañado de Pedro y Rosario, quien también estaba enamorada de mi novio. Los tres se bajaron del auto, y me miraron, asombrados. Los ojos de Jaime chispeaban de ira:

—¡Eres tú!

—¡Hola, Jaime!

—¡Me cuesta creer lo que veo! ¿Qué es esto? ¿Por qué no estás lista? Alguien, supongo que sería tu madre, me dijo que te encontrabas aquí, pero...

Bajé de la carreta, me limpié las manos en los pantalones y me solté el pelo.

—Estamos guardando el trigo —le expliqué—. Papá dice que va a llover. —Me volví para presentarlo, pero él, Juan y Graciela seguían trabajando, inmutables.

—Pero, linda, creía que estarías lista. Ya sabes que no me gusta esperar —insistió mi novio.

—¿Has vuelto a la naturaleza? ¿Esta es la sangre campesina a la que tú te refieres? —preguntó Rosario, con desdén.

Me sonrojé. Sin tomar en cuenta a Rosario, me dirigí a Jaime:

—Lo siento, pero debemos recoger todo este trigo antes que llueva. —Miré hacia atrás—. No es mucho lo que queda, y no nos demoraremos más de una hora.

Jaime rió en forma desagradable.

—Pero, mi vida, supongo que no creerás que voy a esperar hasta que termines, y luego te arregles. Sólo eso tomará mucho tiempo.

—Usted también podría ayudarnos —comentó Juan, poniéndose a mi lado.

Jaime dió un brinco como si lo hubieran clavado con un alfiler.

—No, gracias. Ven, Paulina, vamos a casa de Lucía, que da una fiesta junto al río. Nos espera.

Juan me miró, sonriendo.

—Sí, anda. Deja el trigo, que vale menos que una fiesta.

—¿Y usted, quién es? —preguntó Jaime.

Yo cogí del brazo a Juan y le imploré, sin hablar, que

La resistencia de una mujer no es prueba de virtud; mucho más probable es que sea la prueba de su experiencia. Si hablamos sinceramente, debemos confesar que nuestro primer impulso es ceder; sólo resistimos después de reflexionar.

NINON DE LENCLOS.

guardara silencio. El sentirlo tan fuerte, me dió valor.

—¡Trata de comprender, Jaime! Quiero ayudar a mi padre en este trabajo. Es muy importante.

—Lo único que sé es que dijiste que estarías lista, y no lo estás. Vengo a buscarte, y te encuentro atareada con unos miseros atados de trigo.

—Gavillas —corrigió Juan.

Yo miraba a Jaime, como si nunca lo hubiese visto antes. Descubrí que sus ojos tenían una expresión egoísta, y que su boca era cruel. Miré a Rosario, a Pedro, al brillante automóvil, luego volví los ojos hacia mi padre y mi hermana. Dije lentamente:

—Es mejor que no me esperes, Jaime. No iré.

—¡No vendrás!

—La tierra la llama —sonrió Rosario. Puso su enguantada mano en el brazo de Jaime, y se dirigió a mí—. Esto realmente te sienta, Paulina. Te ves radiante.

—Paulina, si no puedo contar contigo... —protestó Jaime. —Nunca podrás hacerlo —le grité, pasándole el anillo de compromiso, que él cogió, sorprendido.

—¿Con esto insinúas que deshaces nuestro compromiso?

—Inesperado, ¿eh? —preguntó Juan.

—Sí, y que también dejo mi trabajo en la oficina. —Dicho esto me alejé del grupo y me trepé a la carreta, y desde allí lo miré. "Un tonto con camisa verde y cara mofletuda", pensé. Me incliné entonces hacia Juan, y le grité: ¡Vamos!

Terminamos por fin, cuando la luna comenzaba a aparecer, tras el campanario de la iglesia. Yo la miraba, soñadora, mientras las carretas desaparecían por el galpón. De pronto me volví hacia mi padre y Juan.

—Papá, ¿y la tormenta? ¡Miren el cielo!

Estaba tachonado de estrellas y no tenía ni una nube. Mi padre me miró, mientras encendía su pipa.

—Quizás esta vez nos equivocamos, Juan.

—Sí, así es.

—Pero el tiempo es tan caprichoso. Como las mujeres...

—dijo mi padre, entrando a casa, seguido de Graciela.

Yo miré a Juan.

—¡Quiere decir que esto lo planearon ustedes! Par de... Par de...

Pero no pude continuar, porque Juan me cogió en sus brazos, y, mientras me besaba, todas las preocupaciones y todos los cansancios se borraron. Ya no tendría que guardar las apariencias, en medio de ese mundo elegante al cual pertenecía Jaime.



Tiene larga experiencia, pero... tez de aprendiz.

A pesar de su trabajo en el taller, guarda un aspecto juvenil en su cutis.

Para la mujer que trabaja, el maquillaje no es problema si inicia la doble prueba de Don Juan.

Cada caja de polvos Don Juan contiene un folleto que explica la doble prueba de Don Juan.

Es cuestión de algunos meses de perseverancia, ya que el extracto de lanolina que contiene Don Juan suaviza el cutis a fuerza de aplicarse.



Don Juan

M. R.

ayuda a
su felicidad.

Cremas de belleza - Polvos faciales - Lápiz labial
Cake make up.



Consejos PARA LAS Madres MODERNAS

1. ¿Es conveniente para la guagua y su madre estar en la misma habitación en la clínica?

Los médicos opinan favorablemente y son decididamente entusiastas de tener a la guagua y su madre en la misma habitación. Igualmente están de acuerdo en que es de gran importancia que la madre bañe ella misma a su guagua. Entonces la joven madre aprende rápidamente que el TALCO BabyLee con hexaclorofeno suaviza y calma la tierna piel de su guagua luego del baño diario.



3. ¿Debe dejarse a la guagua sujetar sola su mamadera?

Los médicos dicen que la guagua necesita el calor y la seguridad de estar sujeta en los brazos de su madre durante la alimentación y es precisamente en el momento de la alimentación cuando debe sentirse lo más confortable posible. En el cambio de pañales anterior a la mamadera, la madre la calmará con la aplicación del suave y satinado TALCO BABY LEE y unas gotas de LOCION COLONIA BABY LEE refrescarán su guagua acompañándola en el descanso con el delicado y perdurable aroma de la FLOR DE MANZANO.



Baby Lee
para su guagua
hexaclorofeno g-11



2. ¿Que temperatura debe tener el ambiente hogareño de su guagua?

Las guaguas sanas son felices durante todo el día en una temperatura de 20 a 22 grados. Demasiado calor o ambiente muy seco, pueden dañar su delicada piel y producirle malestares. La diaria lubricación con ACEITE BabyLee que contiene hexaclorofeno es especialmente importante, ya que limpia, calma y protege la piel, evitando COCEDURAS IRRITACIONES Y SARPULLIDOS.



Amor a Primera Vista

(Continuación de la pág. 9)



Me alegré de que lloviera constantemente durante esos primeros tres días. En mi subconsciente, tenía horror a un momento en que el niño me pidiera permiso para salir a afuera.

Hacia poco se había venido a vivir una familia nueva a la casa del lado. Tenían un hijo, Gonzalo, un muchacho fornido, bastante alto para su edad, agresivo y peleador. Yo lo observaba cómo discutía con los otros niños. Invariablemente mandaba, por lo menos, a uno de vuelta a su casa con la nariz sangrando. A Gonzalo le encantaba boxear. Yo sabía que en cuanto viera a Samuel le buscaría pelea. Esto me preocupaba y le tenía miedo al primer encuentro.

Pensé que estaba obrando de nuevo en forma torpe y por eso traté de olvidar el asunto. Samuel parecía más y más encariñado con nosotros. Esperaba con ansias la hora en que Fernando volvía de la oficina y la comida era siempre un momento muy agradable. Mi marido adoraba a Samuel. Mi corazón desbordaba gratitud por la suerte de haberlo escogido. Nunca jamás dudé de que estuviera contento con nosotros o que el orfanato no nos diera el permiso para adoptarlo legalmente.

Al quinto día de la llegada del niño a nuestro hogar, sucedió lo inevitable. La lluvia cesó y el sol brilló sobre nuestra casa. Samuel me preguntó si podía salir a jugar afuera. —Claro que sí —le repliqué, tratando de disimular mi terror.

Apenas había llegado a la vereda, cuando apareció por la ventana la cara de Gonzalo. A los dos minutos estaba junto a Samuel.

Los seguí ansiosa con la mirada hasta que, como lo temí, Gonzalo se lo llevó al patio de atrás.

Corrí a la cocina para no perderlos de vista. Desde allí observé que sucedía lo previsto. Aparentemente y sin haber sido provocado Gonzalo retrocedió unos pasos y le lanzó una tremenda bofetada en la cara a Samuel. El niño se tambaleó y cayó al suelo. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, estaba de nuevo de pie y atacaba con furia al otro muchacho. Eso era, precisamente, lo que Gonzalo deseaba. Su rostro ostentaba una sonrisa mientras se abalanzaba de nuevo sobre Samuel. Oí gritar a mi niño mientras caía de bruces al suelo.

Me quedé allí, de pie en la cocina, sintiendo un nudo en la garganta, mientras mis manos se aferraban con desesperación del marco de la ventana. Quería salir corriendo a mandar a Gonzalo a su casa y tomar en brazos a Samuel. Pero algo me decía que no debía hacerlo. Era un asunto entre muchachos y tenían que arreglarlo entre ellos. Pensé en Jorge. Lo había mimado en exceso y no quería hacer lo mismo con Samuel.

Lo observé mientras se levantaba y se balanceaba titubeante. Escuché la risa de Gonzalo. Se acercó de nuevo a Samuel y otra vez su puño golpeó la cara del niño. Un quejido se escapó de mis labios al verlo caer al suelo por tercera vez.

Se quedó allí unos instantes pero volvió a levantarse. De pronto, y con gran sorpresa mía, volvió su cabecita hacia la ventana donde yo estaba y me miró. Durante unos segundos, que me parecieron una eternidad, sus ojitos oscuros no se apartaron de los míos.

Con el corazón golpeando dentro de mi pecho me retiré de la ventana. Me temblaban las manos. Me moví a ciegas por la cocina y luego me dirigí al living. Una vez allí, me enterré en un sillón y cerré los ojos tratando de olvidar el reproche que había en su mirada. ¿Acaso creía que yo lo había abandonado cuando más me necesitaba? ¿Quería quedarse con nosotros después de esto?

Estaba sentada aún en el mismo sillón cuando oí abrirse la puerta y atrás escuché sus tímidos pasos a través del hall. Con mucha calma subió la escalera y sentí que cerraba la puerta de su dormitorio.

Sonó el timbre. Me dirigí a la puerta y medio sonámbulo la abrí. Contuve la respiración. Frente a mí estaba la inspectora del orfanato.

Sus labios se entreabrieron para esbozar una escuálida sonrisa.

—Me imagino que no me esperaba —dijo con frialdad—. Jamás avisamos de antemano nuestras visitas. Creemos que si se les informa a los niños de nuestra inspección, se pierde el propósito de nuestro sistema.

Entró escudriñando por todos los rincones.

—¿Dónde está Samuel?

—En el segundo piso. —Mi voz era apenas un murmullo. —"¡Dígame, no debe verlo ahora! ¡Ahora que tal vez me odia!"

La mirada dura de la inspectora se clavó en la mía.
 —¿Arriba? ¿En un día tan bonito como éste?
 —Está... está durmiendo siesta —tartamudeé—. ¿No podría volver más tarde? Me imagino que no querrá despertarlo.
 —No puedo perder el tiempo —me interrumpió—. Despertarse no le hará daño.
 —Pero...
 La mujer ya se había encaminado hacia la escalera.
 —¿Cuál es su pieza?
 —La primera puerta —le respondí desesperada—. Yo la llevaré.
 —Lo siento —dijo negando con la cabeza—. Insisto en hablar con el niño a solas. Es nuestro reglamento, usted lo sabe.
 Me quedé como petrificada mientras los gruesos zapatos de la mujer sonaban duramente sobre los peldaños. La oí golpear la puerta del dormitorio de Samuel y luego desaparecer tras ella.
 ¿Cómo puedo describir la desesperación y el suspenso que partían mi corazón mientras esperaba? Me di cuenta entonces con cuánta desesperación necesitaba a ese niño y cuán triste me sentiría si él decidiera volver al orfanato. Sería casi como volver a perder a nuestro hijo. ¿Cómo podría soportar el golpe?
 Me paseé cual fiera a lo largo del living. ¿Por qué, Dios mío, por qué no eligió otro día para venir? ¿Por qué no le negué el permiso a Samuel para salir a jugar afuera? ¿Por qué no interferí en la pelea y no mandé a Gonzalo a su casa? Miles de preguntas se agolpaban en mi mente. ¿Estaba segura de haber obrado bien!
 Y, así pasaron esos interminables momentos. Me paseaba y esperaba... esperaba. De pronto me encaminé hacia la escalera tratando de poder captar algo de lo que sucedía arriba. Pero no oía nada.
 Finalmente, cuando la espera se me hacía ya insoportable, se abrió la puerta de la pieza de Samuel. Se oyeron los pasos de la mujer. La miré y me pareció que se me detenía el corazón. Traía consigo el bulto que había traído el niño el día que se vino con nosotros.
 No podía articular ni una palabra. Simplemente me quedé

Lo mejor que podemos dar a nuestro enemigo es perdón; a un rival, tolerancia; a un amigo, el corazón; a nuestro hijo, un buen ejemplo; a un padre, deferencia; a nuestra madre, una conducta que la haga sentirse orgullosa de nosotros; a nosotros mismos, respeto; a todos los hombres, caridad.

ARTHUR JAMES BALFOUR.

allí, mientras ella descendía la escalera. Ni siquiera me atrevía a preguntarle el resultado de la entrevista con el niño.
 La mujer se dirigió sin inmutarse hacia la puerta.
 —Samuel parece estar bastante contento aquí.
 Sentí que mi frente se inundaba de una traspiración fría. Me acerqué a ella.
 —La ropa... usted se lleva la ropa...
 Ella asintió.
 —Es un ejemplo de generosidad que le enseñamos en el orfanato —explicó triunfante—. Ya que Samuel parece estar bien seguro de querer quedarse, decidí mandar algunas de sus cosas para los niños menos afortunados que él...
 —Comprendo...
 —Parece que todo va a resultar maravillosamente —continuó la mujer—. Comenzaremos a preparar los certificados necesarios. Hasta luego, señora.
 Se fué. Yo corrí hacia el segundo piso y entré al dormitorio de Samuel.
 Estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la casa del lado.
 —¿Le dijiste a esa señora que te gustaba vivir aquí? —le pregunté con voz suave. ¿Y que deseabas quedarte? Se dio vuelta. Noté que se había lavado cuidadosamente la cara.
 —Sí, mamá. Me preguntó si me quería quedar y yo le contesté que sí.
 —¿Entonces te gustamos?—. De mis labios brotó un gran suspiro de alivio.
 Posó en mi sus ojos oscuros. Una pequeña sonrisa asomó en sus labios, iluminando su carita triste.
 —Sí, los quiero mucho. Y, además, no podría irme sin haberle dejado antes el ojo en tinta al muchacho de la casa del lado.
 En ese instante pude contestarle. Mi corazón cantaba y mi mente alzaba una oración de gratitud por haberme hecho fuerte y haber resistido mientras Gonzalo le pegaba a Samuel. Por haber sido lo suficientemente fuerte como para no interferir en la pelea. Y también por haberme dado un hijo

Calzados

Ducal

M.R.

AL. B. O'HIGGINS 2955



Art. 325.—Suavizan el andar, sin perforados, en gamuza negra, combinados con charol, reno café y tabaco; con perforados en cuero negro, café, azul, rojo y habano.

\$ 425.-

Art. 0825.—En nubuck blanco, \$ 655.—. Gamuza negra y plomo, y charol negro; tacos alto y medio.



\$ 635.-

Art. 890.—Nuevo modelo "Ducal", en fino nubuck blanco, \$ 655.—. Gamuza negra y charol negro, cuero azul y beige; tacos alto y medio.

\$ 635.-

Art. 892.—Gran novedad en fino nubuck blanco, \$ 675.—; gamuza negra, charol negro, cuero beige y combinados en gamuza negra con charol; en tacos alto y medio.

\$ 655.-



Art. 445.—Precioso modelo, en pulsera cruzada, en gamuza negra y charol negro; cuero negro, café, azul, verde y blanco.

\$ 498.-

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
CASILLA 4729 — SANTIAGO



La mejor arma:
la sonrisa



Sí. Únicamente la sonrisa
hace ganar más batallas
que los más sólidos
argumentos.

Un hombre o una mujer que
sonríe se sabe que tiene la
mitad de la victoria
asegurada.

Pero, para sonreír
ampliamente, hay que tener
dientes limpios y
hermosos.

Y ello se consigue con el
cepillo de dientes y...
CON FORHAN'S, el
famoso dentífrico para
cuidar los dientes y las
encías.



CAPITULO V

Lucy se estremeció.

—¿Un asesinato?

—El marido de esta señora. Ella se sintió aniquilada cuando tuvo que reconocer el cadáver.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Lucy maquinalmente.

Se trataba de un crimen, y Michael tenía algo que ver en él. ¡Si sólo le hubiera dicho algo respecto a lo ocurrido! Pero no lo hizo, y ella tuvo que ingeniárselas sola.

No tenía idea de las consecuencias que pudieran resultar si la policía se daba cuenta de las verdaderas razones que tuvo para introducirse en el dormitorio de la señora Carrol. Sabrían, por supuesto, que Michael la había enviado.

Se sentía desesperada mientras bajaba el ascensor. De nuevo se enfrentaría con el empleado de la recepción, y él contaría su historia. Ella sabía que el policía que la llevaba del brazo insistiría en llevarla frente a Will Gentry para que explicara su presencia en la pieza, y eso sería extremadamente perjudicial para Michael Shayne.

No había en el mundo manera de evitar el arresto. Pero si ella conseguía que no la identificaran, por lo menos durante un tiempo, mientras era arrestada por algún delito que no tuviera nada que ver con el asesinato, podría darle a Mike una ayuda preciosa. Cuando el ascensor llegó al primer piso y salieron, Lucy cogió al oficial del brazo, se lo llevó a un lado y le dijo con voz plañidera:

—Pues bien, le diré la verdad. Traté de engañarlo, pero usted es demasiado inteligente para dejarse atrapar.

El joven oficial pareció contento con el cumplido. Miró de nuevo el pelo revuelto de Lucy y admitió.

—Al principio creía que la habían atacado, como usted lo aseguró. Pero eso es de que el empleado la había confundido con la señora Carrol sólo porque vestían más o menos igual y porque usted se parece lejanamente a ella. Bueno, no me olió a verdad. Si perteneciera a la policía comprendería que es imposible creer cuentos así. —De pronto le preguntó con voz autoritaria:—¿Qué estaba haciendo allá arriba?

—Debía echar un vistazo... —repuso Lucy, tratando, desesperadamente, de inventar un pretexto. Se pasó la mano por el pelo y continuó:—Bueno, fué idea de mi amigo, en verdad. El lo planea todo, y hemos trabajado durante meses sin que nos hayan descubierto.

—¿Ladrones de hoteles, eh?

Lucy bajó la cabeza e hizo un gesto de culpabilidad.

—¿Cómo trabaja? —le preguntó el oficial, con los ojos brillantes.

—Igual que esta noche. Esperamos hasta que llegue a un hotel una persona que se parezca a uno de nosotros lo

—Después de haberme pedido otra copa por la que me había derramado, me preguntó si había oído la noticia relativa al crimen —continuó explicando el muchacho.

UNA

suficiente como para que nos sea fácil conseguir la llave de la pieza, y... Lucy Hamilton se lanzó en una historia de pequeños robos y actividades criminales, alternándola con suspiros ruegos y sollozos. Culpó a su cómplice de no haberla ayudado esa noche. Eso la había inducido a que no volvería a cometer jamás un acto así y que en cambio comenzaría una vida decente.

—Le juro que en lo sucesivo jamás me dedicaré a estas actividades. Jamás las haré de nuevo. Le juro, oficial, que jamás volveré a reincidir —terminó diciendo, mientras apretaba con fuerza el brazo del policía y lo miraba con ojos implorantes—. Déjeme marcharme por esta vez, ¿quiere?

El sacudió la cabeza y apartó la vista de los ojos suplicantes de la muchacha.

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Una vez terminado el interrogatorio, Gentry sale con Nora para que ésta reconozca el cadáver de su marido. Cuando están ya en la puerta suena el teléfono y Shayne disimula para evitar la intromisión del policía. Es un individuo llamado Ludlow, quien le pide protección y le informa que encontró el cadáver de Carrol y avisó a la policía. De pronto corta la comunicación. Luego lo llama otro señor, que no le da su nombre, y le dice que si va solo a una cita le pagará diez mil dólares. Inmediatamente Shayne telefonea a Lucy Hamilton, su secretaria, le ordena se levante, se vista en cierta forma y vaya al hotel donde se hospeda la señora Carrol, y rescate una carta dirigida por él a la viuda. Al llegar Lucy al departamento de Nora, es atacada por un hombre, quien la amarra y desaparece. Trata de librarse de sus amarras, cuando aparece Nora Carrol acompañada de un joven policía.



NOCHE MISTERIOSA

POR BRETT HALLIDAY

cha. Era evidente que el oficial había creído su historia y que estaba compadecido.

Lucy se apresuró en tratar de sacar ventaja.

—¿No comprende lo que significa haber sido cómplice justamente esta noche, oficial? Precisamente en la noche en que había decidido poner fin a toda mi vida anterior. ¡Un par de minutos más y todo habría sido diferente para mí! ¡Por favor, déjeme libre por esta vez!

—Lo siento, señorita —le respondió con dureza el policía—. Eso tendrá que explicárselo al juez. Tendremos que descubrir a su cómplice y la necesitamos a usted como testigo. La policía trabaja día y noche para librar a la comunidad del crimen —continuó diciendo, con orgullo y determinación—. Vamos a informaciones, en donde hablaremos con el empleado. —La cogió firmemente del brazo.

En informaciones el empleado la miró con interés y confirmó la historia que ella había hecho respecto a la forma cómo se había apoderado de la llave del departamento 360. Luego la llevaron hasta el automóvil de la policía, que estaba estacionado en la esquina.

Ahora su única esperanza era que el inspector Gentry estuviera ocupado en alguna parte, por lo menos durante un par de horas, y fuera interrogada por algún otro policía que no reconociera en ella a la secretaria de Michael Shayne.

Su esperanza duró poco. Un reportero

del "Herald" rondaba por las oficinas policiales cuando entraba Lucy Hamilton. Este miró a los recién llegados sin mayor interés. Después sus ojos se abrieron desmesuradamente y comenzó a estudiar más detenidamente a Lucy.

Era un hombre bajo, gordo y calvo, quien mientras el oficial conducía a Lucy hasta el escritorio, exclamó:

—¿Qué significa esto? Usted es Lucy Hamilton, la secretaria de Michael Shayne. ¿no es así?

—Por el demonio que no. ¿Quién es éste? —Lo miró con ojos desafiantes—. No soy secretaria de nadie.

El reportero se echó a reír.

—Bueno, hermana. Pero así es como la llaman... ¿De qué se trata, Hagen?

—le preguntó al joven oficial.

Hagen se notaba fuertemente impresionado. Estudió a Lucy con cara de sorpresa.

—¿Usted dice que es la secretaria de Shayne? —inquirió, incrédulo.

—Ciertamente. Es Lucy Hamilton. ¿A quién creía traer detenida? —comentó el reportero—. ¿Qué historia es ésta?

—Yo... —comenzó a decir el policía, y luego se volvió hacia el sargento de guardia—. ¿Está el inspector en su oficina? —le preguntó.

—Sí. Está esperando su informe.

—Vea que esta dama se quede aquí mientras yo hablo con el inspector —ordenó nerviosamente el policía—. Ignoro qué significa todo este embrollo. Lucy se encogió de hombros y se sentó en el banco de madera que había frente al escritorio. Era evidente que el

sargento de guardia jamás la había visto antes, y por eso intentó continuar haciendo su papel hasta que fuera llamada a la oficina del inspector. Con el rabo del ojo estudió al reportero. Estaba segura de que ésta era su profesión, aunque no podía recordar su nombre. Debía ser el reportero del "Herald" que durante años había seguido la carrera de Shayne. Su jefe lo detestaba y prefería darle el relato de sus hazañas a su íntimo amigo Timothy Rourke, del "News". Lucy tomó su decisión.

—Bud, ¿tiene un cigarrillo que me con-

vide? —le preguntó con voz áspera. El reportero se rió en forma poco moderada, se puso de pie y le alcanzó una cajetilla.

—¿Le gustaría un Camel, señorita Hamilton?

—Creo que sí, si es que no tiene nada mejor —le replicó la muchacha. Se puso uno entre los labios, y cuando éste se inclinó para encenderse, lo miró a la cara y le dijo:— ¿Podría dejar de nombrar a Michael?

El reportero acercó el fósforo al cigarrillo, y mientras ella aspiraba, le respondió:

—Temo que no. Por lo que he oído, Gentry está dispuesto a aclarar inmediatamente las cosas. ¿Quiere usted hacer una declaración respecto al asesinato de Ralph Carroll?

—No puedo, pero Michael le dará noticias si consigue ubicarlo y decirle que yo estoy aquí.

(Sigue a la vuelta)

DISTRIBUIDORA CHILE

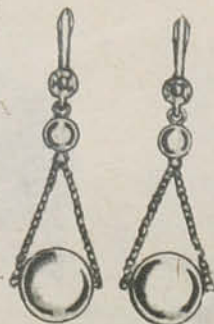
Casilla 10091 - Santiago

LE OFRECE
REGALOS PRACTICOS
PARA NAVIDAD



ART. 27
Placa grande con
piedras.

\$ 120.-



ART. 17
Aros con perla y ca-
denita dorada.

\$ 240.-

ART. 25
Collar tejido con
perlas blancas.

\$ 380.-



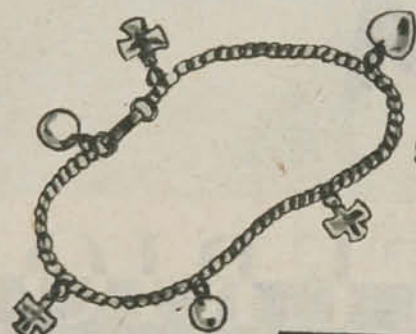
ART. 179
Aros de fantasía.

\$ 200.-



ART. 39
Prendedor, canasto
con piedras.

\$ 60.-



ART. 35
Pulseras para seño-
ritas.

\$ 100.-



ART. 530
Aros dorados, color
oro.

\$ 30.-



ART. 5064
Llaveros.

\$ 50.-



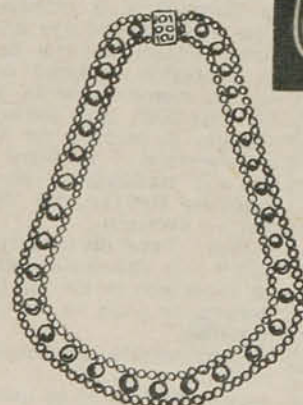
ART. 545
Aros con perlas.

\$ 65.-



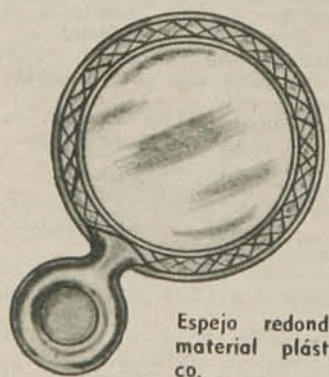
Art. 19.—Aros
camafeo, con
perlas.

\$ 280.-



Art. 24.—Collar
tejido, de perlas
blancas.

\$ 400.-



Espejo redondo,
material plásti-
co.

\$ 25.-

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y
PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y
MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.



Una Noche Misteriosa

En ese momento llegó Hagen.
—Venga conmigo, señorita Hamilton.
El inspector la necesita. —La tomó
del brazo y la levantó del banco. Cuan-
do el reportero trató de seguirlos, aque-
se dió vuelta y le dijo: El ins-
pector la quiere ver a solas.

—¡Ah! ¿Y de qué se le acusa? —pre-
guntó el hombre, pero Hagen no le
respondió. Condujo a Lucy hasta una
puerta que había en el corredor y la
introdujo en la oficina del jefe.
El inspector fumaba su eterno cigarro
negro.

—Buenos días, inspector. —La voz de
Lucy sonaba seria.

—¿Qué demonio de juego están ha-
ciendo entre usted y Mike, Lucy? —le
preguntó con voz de trueno.
Ella levantó los hombros y se limitó
a responder:

—Quiero consultarme con mi abogado.
—Usted va a decirme clara y franca-
mente qué hacía en el dormitorio de
la señora Carrol. ¿Qué significa ese
cuento de que fué atacada por un
hombre?

—Quiero ver a mi abogado —insistió
la muchacha.

Gentry golpeó la mesa con su puño.
se sacó el cigarro de la boca, la miró
y le dijo lentamente:

—Si no quiere hablar, Lucy, clara y
rápidamente, la voy a fichar como
simple ladrona de hoteles, tal como 'a
ha acusado Hagen.

Lucy apretó los labios y guardó silen-
cio.

El inspector lanzó un escupo y se pu-
so de pie.

—Hagen, ponga al final de la confe-
sión de la señorita Hamilton, ladrona
de hoteles. Yo me voy a casa a dor-
mir un par de horas.

Michael Shayne salió del hotel por
la puerta del lado y observó la larga
línea de garages que había en la par-
ta trasera del edificio. La pálida luz
de la luna le permitió abrir el suyo
y sacar su sedán negro sin tener que
dar las luces.

Tomó por el callejón que conducía a
la calle, situada al otro lado del ho-
tel, evitando así pasar por la entrada,
en donde con seguridad estarían esta-
cionados los automóviles de la policía.
Se deslizó por la calle y viró hacia
la derecha antes de encender los faro-
les. En seguida manejó hacia Flaegler
y llegó al Viscayne Boulevard, por don-
de torció hacia el norte y aceleró para
llegar a las cuatro en punto a su cita
en calle 79.

Mientras descansaba detrás del volan-
te, Shayne se puso a pensar en los
eventos sucedidos en las últimas ho-
ras. Comenzó por recordar los ruidos
que escuchó en el living de su departa-
mento. Todo sucedió con tanta ra-
pidez de ahí para adelante, que, au-
mentado por el climax que había pro-
ducido Gentry al llevar anunciando
el asesinato de Ralph Carrol, no había
tenido tiempo de pensar ni de figu-
rarse nada.

Ahora, su reacción era una rabia ve-
hemente contra alguien, contra alguien
que en Miami se hacía pasar por Mi-
chael Shayne y que actuaba en una
acción judicial de divorcio. El tipo de
cosas que jamás le habían interesado,
a pesar de que se le ofreciera una su-
ma astronómica. Sacudió la cabeza,

molesto, y se dijo que nada ganaría con seguir pensando en esto. Obligándose a descartar por el momento el recuerdo de las entrevistas con Nora Carrol y Gentry, resolvió meditar en los llamados telefónicos que siguieron a la partida de la viuda y del inspector. Primero, un hombre llamado Ludlow, quien pretendía que él le reconociera la voz y supiera de qué le estaba hablando.

Ludlow le había dicho: "Cuando llegué estaba muerto... No di mi nombre cuando llamé a la policía, porque no sabía cuál era su posición en el asunto, pero conozco muy bien su reputación... si ellos lo comprometen, y luego usted me nombra, se meterá en un pantano. Espere un minuto... La policía ya ha..."

Luego se sintió el chasquido del teléfono y después nada.

"Eso estaba muy claro —pensó Shayne, áspicamente—, o estaría si él estuviera mezclado en un asunto como la señora Carrol y el abogado de Wilmington. Shayne se ubicó en el lugar de Ludlow.

Ludlow había descubierto el cuerpo de Carrol, llamado a la policía, y ahora sentía pánico. El deseaba asegurarse de que estaba a salvo. Estaba seguro de que Michael Shayne habría arreglado el escenario de reconciliación. Obtuvo el número del departamento de Shayne en informaciones. Eso era lógico. Cualquiera que quisiera encontrarlo, a las tres y media de la mañana, lo podía obtener de esa manera. Pero Ludlow repentinamente llegó a la conclusión de que la voz de Michael Shayne no sonaba bien. Y había colgado el teléfono. El esperaba que le respondiera otra voz, pero al principio había estado tan excitado y temeroso, que no había reconocido su error.

Luego, pensó y se preguntó cuánto sería de cierto en la historia relatada por Nora Carrol.

Luego encaminó sus pensamientos hacia su futuro inmediato, que se realizaría cuando se encontrara en la calle 79 con el hombre que lo llamó después. Este le dijo:

"Usted no conocería mi nombre..., pero es muy importante. Debemos mantener a Nora fuera de esto... diez mil dólares por olvidar todo lo pasado durante la noche... si usted está en la esquina y sin policías, le daré el dinero."

¡Diez mil dólares! Una bonita suma, como se lo había dicho Shayne por teléfono. Pero, ¿por qué se lo ofrecía? Eso no se lo había explicado muy claramente. ¿Era este hombre otro de los que creían que él había arreglado la manera de que la señora Carrol entrara en el dormitorio de su marido?



—Pensé que ibas a volver muy cansada y te ahorré un trabajo. Ya comí.

¿O sabía la verdad y le ofrecía dinero a Shayne para que no dijera nada de lo sucedido?

Casi no había tránsito en el boulevard y los negocios donde vendían refrescos y las bombas de bencina estaban oscuros.

La bomba señalada en la esquina sur-oriente de la calle 79 parecía estar desierta cuando Shayne la alcanzó. No había ningún automóvil ni ningún signo de que su citante lo esperara. Shayne se detuvo frente a la bomba y cortó el motor. Miró su reloj y vio que faltaban tres minutos para las cuatro. Sacó un cigarrillo, y se agachó para presionar el encendedor del automóvil.

El silencio de la noche fué roto a su derecha. Levantó la cabeza y vio materializarse la figura de un hombre en la desmayada luz de la luna, y que salía de entre la oscuridad que envolvía la bomba de bencina.

El hombre se encaminó hacia el automóvil de Shayne. Aún inclinado hacia adelante, con el cigarrillo apagado entre sus labios y sus dedos en el encendedor, esperando a que se calentara para sacarlo, Shayne observó al hombre que se le acercaba.

Era de estatura mediana y usaba un sombrero que le ensombrecía la cara. Se detuvo junto a la ventana abierta de mano derecha y preguntó con cautela:

—¿Shayne?

El encendedor saltó hacia adelante. Shayne se enderezó, teniendo en su mano el pequeño disco rojo. Esa voz era áspera, pero no tenía ese tono somnoliento o apagado por el alcohol que él había oído por el teléfono.

—¿Me esperaba? —dijo Shayne.

El hombre abrió la puerta y se deslizó dentro del automóvil.

—Sí. ¿Es usted el detective privado? He oído hablar mucho de su persona.

Shayne se agachó para reponer en su sitio el encendedor. Desde esta posición más baja observó las facciones veladas por el sombrero. Su compañero era joven y su cara delgada tenía un tino común, y usaba bigote rubio. Se echó hacia atrás y murmuró:

—¿Qué me dice de los diez mil?

El hombre se rió nerviosamente.

—No sabría qué decirle. A mí sólo me han encargado de juntarme con usted, ¿comprende? —Cerró la puerta del automóvil y comentó con voz cautelosa: Camine derecho hasta darme cuenta de que no viene acompañado de policías.

Shayne aspiró una gran bocanada de humo.

—¿Con eso quiere decir que no fué usted quien me telefoneó?

—Claro que no. Yo estaba sentado en el bar, ¿comprende? Ese hombre estaba a mi lado y me preguntó si quería ganarme cincuenta dólares fácilmente. Bueno, sin tener un centavo en el bolsillo, le respondí: "por cierto".

—Hizo una pausa y sacó la cabeza fuera de la ventanilla—. Quiero estar seguro de que nadie nos sigue —murmuró, nervioso—. Es mejor que siga manejando hacia el río. Entonces lo llevaré a donde él, ¿comprende?

Shayne hizo andar el motor y se internó hacia el este de la calle 79.

—¿Cómo es el hombre que habla con usted?

—No sé —repuso vagamente—. De edad mediana, me imagino. De hombros anchos y anteojos con montura de carey. —Ustedes estaban sentados en el bar —lo interrumpió Shayne—. ¿Cuándo fué eso?

—Creo que hace una media hora. Yo estaba sentado ahí, matando el tiempo

(Continúa en la pág. 24)

TALCO COLONIA

Petrizzio



**BORATADO
ANTISEPTICO
SUAVIZANTE
PERFUMADO**

BETTER

Petrizzio

**CREMA Y
LIQUIDO**



- Desodorante, antisudoral; blanco, suave, delicadamente perfumada.
- Neutraliza el olor producido por la transpiración.
- No irrita la piel.
- No daña ni mancha la ropa de nylon, seda, lana o algodón.

Jenny de Rahden



Y una tarde lo sorprende conversando con su mujer. ¿En una conversación galante? Sí. Castenkjold es tan obsequioso y galante que Jenny se siente atraído por él. Qué abismo existe entre ese joven danés (nieto del Mariscal de Castenkjold, comandante en jefe de las tropas de Dinamarca durante la guerra de 1864) y el borracho y violento de Rahden. Cerca de Castenkjold, Jenny recobra su alma juvenil. Con el hermoso teniente de dragones, ella se abandona a las delicias de un idilio tierno y encantador.

A la mañana siguiente, Rahden y Castenkjold se encuentran en el campo del honor. El arma elegida es el sable. Duelo furioso y lleno de rabia. Castenkjold recibe una pequeña estocada, pero hiere a de Rahden en la cabeza y lo deja fuera de combate. Los adversarios se reconcilian sobre el terreno.

Y, en recuerdo de éste encuentro, se cambian los sables. El teniente de Castenkjold desaparece de la vida de Jenny, y, además, el circo bien pronto abandona Copenhague.



Agosto de 1892. Jenny de Rahden es estrella de un circo en Barcelona. Un día, ¿qué ven aparecer?, los Rahden y el señor Weiss? Al teniente de Castenkjold en persona. ¡Pero en qué estado!

El brillante teniente de dragones es solo un civil miserablemente vestido.

Cuenta que ha dejado el ejército para irse al Egipto, después a Montecarlo, en donde se arruinó completamente. Y que ha venido a Barcelona en busca de una ocupación cualquiera. El Barón de Rahden le abre los brazos, lo lleva a los bares y



restaurantes, y, finalmente, le consigue un empleo como mozo de cuadra en el circo.

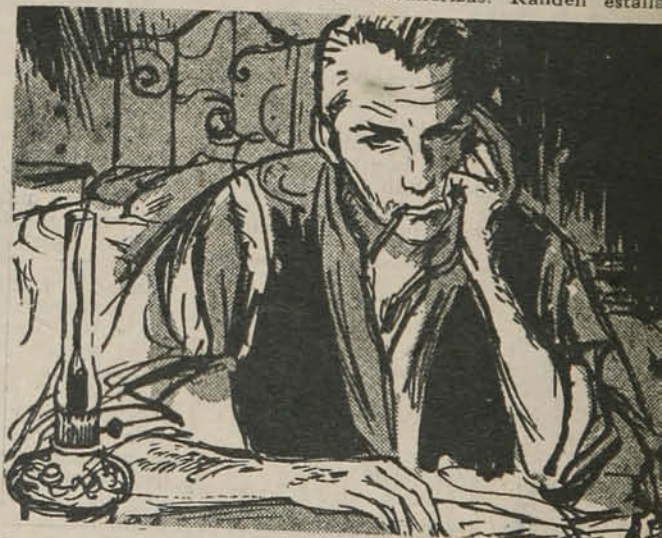
En verdad, de todo lo que ha contado Castenkjold, sólo ha una cosa cierta: que ha dejado el ejército.

Jenny no ha cesado de experimentar un amor tierno por él. Si ha venido a Barcelona, es sólo porque está seguro de poder volver a encontrar a la hermosa amazona, a quien no ha dejado de querer. Si se deja dar un empleo infimo en el circo, para tener oportunidad de acercarse a Jenny.

Ahora, todos los días la amazona se desliza en las caballerizas, mientras está de turno Castenkjold. Y el coloquio amoroso iniciado en Copenhague e interrumpido por De Rahden sigue su curso.

A pesar de las demostraciones de amistad que le dispensa Castenkjold, el Barón de Rahden no está seguro de que el teniente danés haya renunciado a cortejar a Jenny.

Un tarde, sorprende a Castenkjold demasiado cerca de la baronesa en la penumbra de las caballerizas. Rahden estalla



insulta a Castenkjold y lo amenaza de hacerlo despedir del circo.

El 11 de septiembre, De Castenkjold, al verse de nuevo separado de la mujer que ama, le escribe a Rahden:

"Lo que me resulta terriblemente penoso es estar obligado a partir hoy, sin haber alcanzado a golpearlo con mi bastón. Pero usted ha sido muy prudente y no me ha dado una ocasión. Usted sabe muy bien que, en electo, nadie se bate a duelo con un ser tan despreciable como lo es usted. Pero lo seguiré donde vaya y mi bastón estará siempre a sus órdenes. Contaré en todas partes historias, más o menos, infames, respecto a su persona y le haré la vida lo más desagradable."

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Atraído por la fama de Jenny, Oscar Wladimir de Rahden la va a ver al circo. Ella pierde el control de su caballo a causa de la mirada del joven admirador. De allí se entabla una amistad y luego un amor. El padre de Jenny le da el consentimiento para casarse con el noble; en cambio, la familia de Oscar Wladimir lo deshereda. A pesar de todo, se casa la joven y enamorada pareja. Cansado Rahden, con la falta de dinero, se da a la bebida y comienza a maltratar a su mujer, quien, desesperada, se va a París y se contrata con el Nuevo Circo. En Copenhague, el barón de Rahden se bate dos veces a duelo por salvar a su mujer. Sin embargo, su actitud hacia ella continúa igualmente indigna. Como nota que el teniente de Castenkjold mira a la baronesa y la aplaude demasiado, decide vigilarlo de cerca.



dable y dura que pueda. Ahora, haga lo que quiera, pero yo probaré siempre con documentos lo que le afirmo en ésta. Espero haya comprendido. Me firmo: Castenkjold."

El mismo día, el joven danés abandona Barcelona.

El 11 de octubre de 1893, en Clermont-Ferrand, donde Jenny forma parte del Circo Brésilien, el señor de Castenkjold reaparece súbitamente. Solicita al director del circo, señor Pierantoni, un empleo como jinete.

Aconsejado por De Rahden, el señor Pierantoni despide a Castenkjold. Pero éste viene entonces todos los días al circo, como espectador. Rahden se consume de rabia. Amenaza al señor Pierantoni con que si Castenkjold pisa el circo, no dejará que Jenny haga su número. Rahden hace aún más: va a ver al comisario de policía y señala a Castenkjold como un oficial danés despedido del ejército, por deudas de juego y como espía alemán.



Jenny, sin importarle nada, va a ver a Castenkjold a su casa. —¡Ten cuidado, mi amor, mi marido es capaz de matarte! —le dice desesperada—. Ayer le dijo a Pierantoni: "Si el danés me pega, le dispararé con mi revólver".

La tarde del 24 de agosto de 1893, después de haber de nuevo insistido ante el director Pierantoni para que se prohíba la entrada al circo a Castenkjold, el Barón de Rahden bebe cuatro ajenos puros e incontables vasos de coñac, después de lo cual aparece en el circo Brésilien. Se acerca la hora en que debe entrar Jenny.

Ella aparece, cerca de sus caballos, que el palafrenero Starck tiene por las bridas. Jenny se siente agonizar. Ha visto en el circo a Castenkjold. ¿Qué va a pasar si lo descubre Rahden? En ese momento, se acerca Rahden a Jenny, comienza a hablarle, cuando, de pronto, surge Castenkjold:

—¿Quieres que te detenga? —le grita el barón—. Me has hecho despedir del circo. ¡Te trataré como te mereces!



Y diciendo esto, le da un terrible bastonazo a De Rahden. El barón saca un revólver de su bolsillo, apunta sobre Castenkjold y dispara. El joven danés le replica con otro bastonazo. Pero De Rahden presiona aún el gatillo de su arma. Se escuchan dos disparos. Esta vez hiere a Castenkjold. Jenny, petrificada y pálida de emoción, no puede hacer ni un gesto. Se acerca entonces el director del circo:

—¿Qué ha hecho, desgraciado? —le grita a Rahden.

—Nada, solamente he muerto a un hombre —le responde el barón, con sangre fría.

Lo rodean, lo desarman y lo sujetan.

—¡Déjenme, quiero ir al bar a beberme un ajeno!

A pesar de su indignación, es puesto en las manos de los policías que acaban de llegar.



Durante ese tiempo, Jenny recobra su aplomo y se precipita sobre Castenkjold, agonizante. Lo acaricia, le sostiene la cabeza. El herido tiene los ojos vidriosos. No reconoce a Jenny y murmura en su delirio:

—¡Jenny!

(CONTINUARA)

Tuve miedo de no conocer



CUANDO se es joven, se supone que la juventud durará siempre. Por lo menos así pensaban todas las muchachas de mi pueblo, excepto yo, pues había crecido en un ambiente diferente al de ellas. Mis padres regentaban una casa de salud y reposo para personas de edad, y ahí nací y me crié. El piso superior de la casa era nuestro departamento particular. Yo podía levantarme por las mañanas, mirar los prados que circundaban nuestra casa y soñar que era la heredera de una cuantiosa fortuna, pero, al abrir la puerta y descender al piso bajo, llegaba a mis narices el inconfundible olor de la comida para los pensionistas y sus voces cascadas. Generalmente teníamos treinta huéspedes, como los llamaba mi madre. Sabía en lo más profundo de mí ser que mi padre los consideraba sólo un pobre rebaño de almas que esperaban pacientemente que el Hacedor las convocara a su seno. Ambos eran cariñosos con los ancianos y los trataban como a niños regalones, regañándolos y mimándolos. La nuestra era una casa en la cual sólo regían la ancianidad, los sueños rotos y los recuerdos... También reinaba la tristeza, a pesar de que mis padres no parecían notarlo. Los más jóvenes de nuestros pensionistas eran Javier, un paralítico de cuarenta y cinco años, y Coralía, una mujer de treinta, un tanto retardada mental, que sólo representaba veinte años. Todo el resto eran ancianos. En la comarca se decía que la gente venía a morir a nuestra casa. Sin embargo, los extraños no conocían las rencillas secretas y los celos que se desarrollaban en medio de esta gente. Ni siquiera mis padres sabían las historias que yo había escuchado durante todos esos años. Historias de matrimonios, de nacimientos en medio de furiosas tormentas, de amores que habían durado sólo un glorioso fin de semana, de aventuras que habían sido sacrificadas en aras del de-

ber. Todas ellas historias de dolor y desaliento.

"Tenía el cabello más rojo que he visto en mi vida, Elena. Debía ir a Europa y deseaba que lo fuera, pero ahí estaba Juan, insistiendo para que me casara con él. La noche antes de despedirnos caminamos por un prado que olía a tierra húmeda y pinos. Luego la luna se cubrió de nubes y tuve miedo, y huí, Elena. Me debí quedar a su lado para conocer el amor, aunque hubiese sido sólo una noche...", me confió la vieja señora Marta, sentada frente a la ventana, mirando en sus recuerdos.

El pasado no es algo que existe en los libros de historia. Es sólo un paso atrás en el tiempo. Un paso adelante, y también sería anciana y me sentaría frente a una ventana a recordar la juventud es un tesoro que se debe usar y gozar antes de que sea demasiado tarde. Me prometí en esa ocasión que viviría plenamente mi vida y nunca retrocedería ante nada cuando el amor llegara hacia mí.

A los diecisiete años empecé a salir con Rafael. En ese entonces pensaba: "Un paso más y tendré treinta y cinco años; otro, y tendré cincuenta". Durante la cena incliné la cabeza junto con el resto de los asistentes a la c-

*Elena vivía entre gente
madura. Siempre se ha-
blaba a su alrededor de
las cosas que pudieron
hacer y no hicieron; de*

*los amores que no se atrevieron a te-
ner. Al escuchar estas conversaciones,
la joven se prometió no permitir que
el amor pasara a su lado sin gozarse
de él cuando y como viniera.*

mida, mientras mi padre rezaba dando gracias al Señor. Me pareció que los ancianos me atraían hacia ellos, como si desearan que formara parte de su vejez. Después empezaron a comer para prolongar sus vidas, que ya habían terminado. "Pero no la mía —pensé, horrorizada—; no la mía".

Rafael era presidente del equipo de fútbol de la universidad, un estudiante distinguido y único hijo del banquero de la localidad. Tenía auto propio, un convertible muy hermoso, un hogar perfecto, y, sobre todo, lo que más necesitaba yo: una innata alegría y vivacidad. La noche del día que se recibió, fuimos a pasear al río, y había algo especial en la luna, en el aire y en su manera de colocar su brazo alrededor de mis hombros, pues al día siguiente partía al extranjero a perfeccionar sus estudios.

el AMOR

Tuve miedo. Nuestros besos nos habían preparado para esta noche especial, única, y ahora tenía miedo. Pero no debía sentirlo. Las ancianas se lamentaban de las cosas que no hicieron, de los besos que no dieron o que guardaron para otorgarlos a un hombre soñado que nunca llegó a sus vidas. Las cosas que hicieron las hacían sonreír misteriosamente, al recordarlas. Era como si las barreras no contaran, por lo menos en el último juicio que hacemos de nuestra vida. Estas barreras estaban hechas de miedos y temores que circundan a la persona, sin dejarla expandir sus sentimientos.

Los dedos de Rafael acariciaban mi brazo desnudo. Descansé la cabeza en su pecho mientras conducía el automóvil hacia un sitio solitario. Luego me atrajo a sus brazos y murmuró en mi oído:

—Elena, estoy loco por ti, pero me olvidarás.

—No te olvidaré —le repliqué. No deseaba hablar. En mi hogar lo único que hacía era escuchar hablar todo el día del pasado, para llenar el vacío del presente. Era ésta una hora que no volvería jamás. Rafael se iba al igual que el hombre que había caminado una noche lejana con Marta por un prado que olía a tierra húmeda y pinos, pero esta hora era nuestra, podíamos gozarla o desperdiciarla...

"Esto es lo que las ancianas se sientan a recordar", pensé. Por un instante me sentí como si fuera un extraño que contemplaba a una pareja haciéndose el amor cerca del río. Luego, cuando Rafael me besó nuevamente, me acerqué más aún hacia él. El agua ennegrecida por la noche nos arrullaba, y el tiempo no transcurría, era sólo un espacio que se abría ante nosotros...

Cerca de las once de la noche, Rafael me condujo hacia mi casa. Frente a la puerta, me besó con solemnidad.

—Escribeme, te estaré esperando —le dije.

—Sí..., si necesitas que vuelva, lo haré de inmediato. ¿Me prometes que tendrás confianza en mí?

Parecía entre avergonzado y orgulloso. Luego se marchó y subí las escaleras que conducían a mi dormitorio. Me desvestí y recordé las palabras de Rafael: "Si necesitas que vuelva...", pero no iba a necesitar que volviera. Había peligro, pero siempre lo hay en toda aventura.

Sin embargo, no pude evitar cierta intranquilidad al respecto. Rafael me escribía todos los días, y todas las cartas terminaban así: "Si me necesitas, estaré a tu lado de inmediato." Era la única manera que hacía alusión a esa hora maravillosa, y esto lo encontraba bastante irritante. "Volvería para casarse conmigo —pensaba—, pero sería una boda impuesta, obligada. El solo pensamiento de ello me desagradaba.

Experimenté un inmenso alivio al saber que no había motivo de preocupación. Una vez más esa hora volvía a ser una gloriosa aventura. Mis cartas a Rafael eran amistosas y continuas, pero en ellas no había una sola palabra de amor. Me decía que tal vez no sabía escribir cosas bellas para un hombre enamorado, pero que me amaba.

Una tarde pregunté a Marta:

—Usted amaba a su marido, ¿no es cierto?

Adulada, se tornó meditativa, reconstituyendo el pasado: —Le di cinco hijos. Dos nacieron muertos, dos murieron de fiebres. El último se perdió en el mar. Juan era un buen hombre y cumplí con mi deber para con él, pero los tiempos eran difíciles...

—Tal vez los tiempos también habrían sido difíciles si se hubiera casado con el otro... —sugerí.

—Tenía una hermosa residencia en la ciudad, me habría dado una vida agradable y apacible, como me prometió, pero no lo esperé...

—¿Volvió? —le pregunté, pero se había quedado dormida. Al salir de la casa me pregunté por qué le había hecho esas averiguaciones y qué trataba de dilucidar en mi alma.

Durante un tiempo salí con otros muchachos de la localidad, pero siempre existía una gran diferencia. Iba al teatro y a bailar, pero jamás de noche al río. Aún a veces les daba un beso ligero de despedida. La verdad era que esa noche de amor brillaba en mi recuerdo y no quería estropear su memoria. Este amor se me había presentado y no lo había apartado de mí, pero no deseaba repetir la experiencia, por lo menos por el presente...

(CONTINUARA)



ella usa
PILOTONIC
CREME SHAMPOO
A BASE DE COLESTEROL

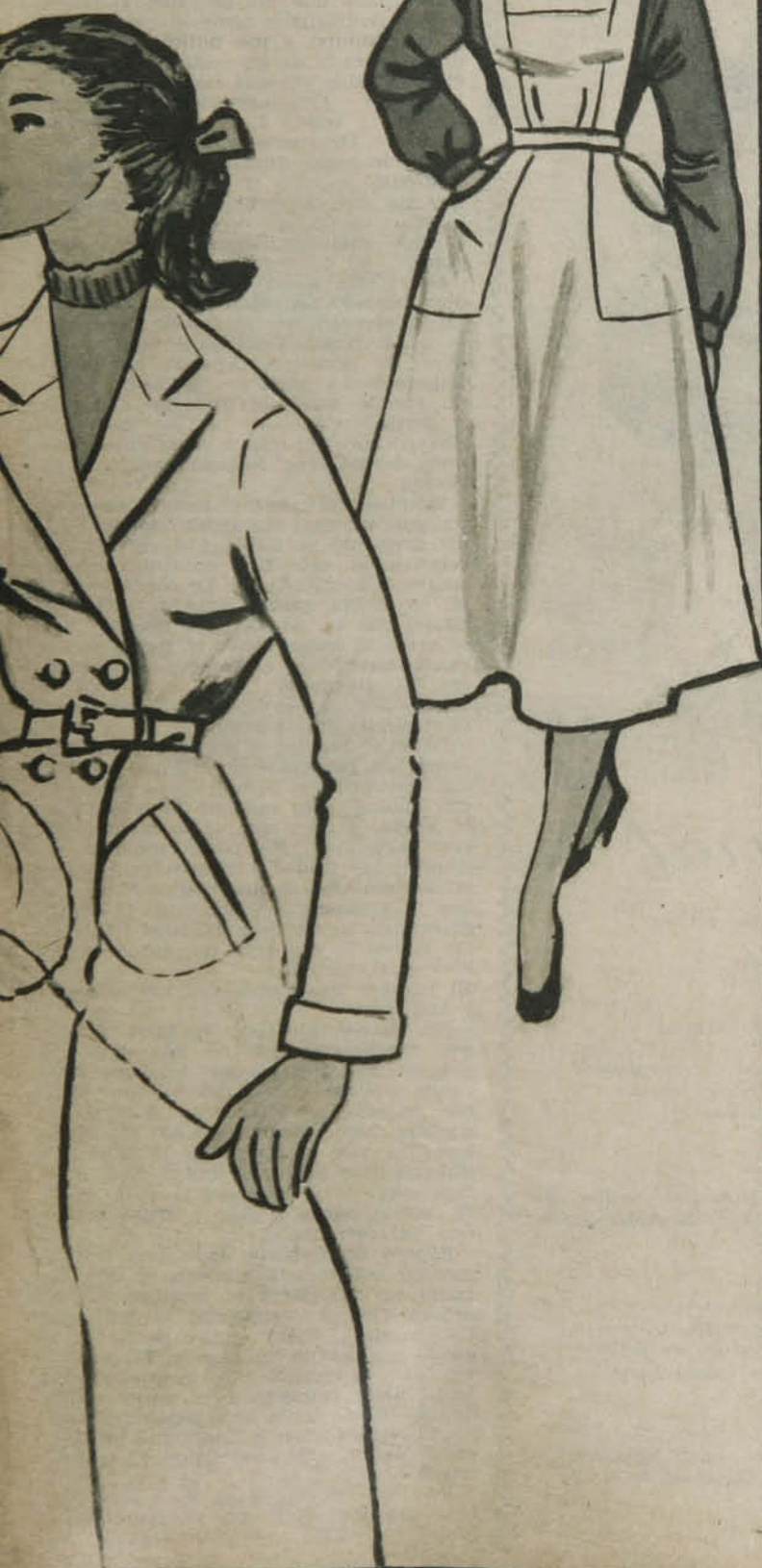
- es práctico
- es económico
- es mejor





PA

L TRABAJO



El molde de la Semana

El molde que presentamos esta semana es un precioso delantal para la casa. Se puede confeccionar en cretona, vichy o cualquier tipo de algodón lavable. Sirve para talla 40 y 42. Damos el delantero, la espalda y el bolsillo. Materiales: 2,65 x 0,80. m. Pedirlo enviando \$ 15.— en estampillas de correo.

— ❖ —

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo escuela no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

¡Una encantadora mujer dentro de usted puede ayudarla a triunfar!

Muchas mujeres pasan gran parte de su vida amargadas por un funesto sentimiento de desconfianza en sí mismas.

Pero usted —y toda mujer— dispone de un maravilloso poder interior que puede ayudarla a ocupar el puesto que le corresponde en la vida.

Este poder nace y se desarrolla de la relación entre el Ser Interior y Exterior.

Cuando usted tiene confianza en su propia belleza, efectivamente esa belleza se muestra a los demás.

He ahí la importancia que tiene una diaria ayuda a su encanto natural...



La Princesa Murat

adorable figura de la aristocracia francesa declara:
"La Crema Pond's "C" es todo un tratamiento de belleza
sencillo y eficaz. Estoy encantada con su uso".



EXIJA EL POTE GIGANTE
ES MAS ECONOMICO.

Tratamiento facial "Interior-Exterior"

Dé a su rostro este cuidado con Cremas Pond's "C" todas las noches al acostarse y, también, cada vez que cambie de maquillaje.
Proceda de esta manera:

Para limpiar:

Aplíquese en el rostro, con movimiento circular, abundante Crema Pond's "C". Quítela luego con una toallita absorbente.

Para "Enjuagar":

Aplíquese en el rostro otra capa de Cremas Pond's "C", del mismo modo. Quítela. Esto elimina hasta el último vestigio de polvo, maquillaje o impurezas. La tez queda suave, tersa.

Estímulo de frescura:

Dé a su cutis un baño con abundante agua fría. Este "tónico" estimulará la circulación y dará a su rostro una radiante belleza.



Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pag. 17)

con mi último trago, para luego ir a mi casa, en donde me espera una mujer, y no me había dado mayor cuenta de su presencia, hasta que puse de pie, hizo un movimiento tan brusco, que me derramó el trago. Yo me volví para armarle pelea, pero él se disculpó y me pidió otro. Pude darme cuenta de que estaba muy nervioso a causa de una noticia que daba la radio. —De nuevo interrumpió su historia y volvió a mirar por la ventanilla—. Dé vuelta a la derecha y camine despacio durante unas cuadras —ordenó.

Shayne dió la vuelta y manejó despacio.

—¿Qué decía la transmisión? —preguntó.

—Se refería a un crimen. Un individuo llamado Carrol había sido encontrado muerto en un hotel. Creo que lo apuñalaron. Deténgase aquí —ordenó de pronto—. Apague las luces. Esperaremos algunos minutos, y si no sucede nada, le diré hacia dónde se dirija.

Shayne cortó el motor y las luces después de haberse colocado junto a la vereda.

—Después de haberme pedido otra copa por la que me había derramado me preguntó si había oído la noticia relativa al crimen —continuó explicando el muchacho—. Le contesté que no le había puesto mucha atención hasta que no se dijo el nombre del muerto. El quiso saber si había escuchado mencionar el nombre de la mujer del asesinado.

Volvió a mirar a la calle desierta que se extendía junto a ellos.

—Le dije que no, y eso me preocupó ahora un poco —le confió con angustia al detective—. Porque no escuché con cuidado. No escuché mencionar a la viuda, y creo que él lo hacía sólo por curiosidad. No pensé más en el asunto. Me limité a responderle "no", en la forma como uno responde en un bar. Y entonces me preguntó si había escuchado su nombre, Michael Shayne. De nuevo le dije que no, entonces se dirigió al teléfono.

El hombre miró otra vez hacia atrás y continuó:

—Me parece que todo va bien. Tengo que asegurarme que no nos sigue la policía. Eso fué lo que más me encargó cuando volvió del teléfono. No me pagaría los cincuenta dólares si sucedía algo. Vuelva ahora al Boulevard y vire al norte por la calle 79. Shayne hizo partir el motor, hizo una vuelta en U y, regresando a la calle 79, volvió hacia el este y cruzó la línea del ferrocarril.

—Espero no haberle dado una información equivocada respecto a que la radio no mencionó el nombre de la señora Carrol —continuó el hombre, titubeando—. Estoy seguro de que era eso lo que más le interesaba. Tengo razón, ¿no es cierto? Juraría que no dijeron nada respecto a la mujer. Sólo que la policía tenía una pista anónima y que encontraron al individuo muerto en su cama. ¿Escuchó usted la transmisión?

—No. Pero estoy seguro de que usted tuvo razón al decir que no mencionaron a la mujer. —Shayne trataba de

alentarlo. Llegó a la intersección de la calle 79 y de nuevo se internó por el Boulevard—. ¿Cuánto tiempo va a durar este juego?

—Ya casi nada. Tranquílcese y le explicaré. ¿Se le va realmente a pagar? ¿Eso me quiso preguntar cuando se refirió a los diez mil? ¿Por qué estaba tan preocupado el hombre porque usted no viene acompañado de policías? ¿Es él el asesino? Santo cielo, si pienso en eso, le devuelvo lisa y llanamente sus cincuenta dólares. Pero usted está habituado a estas cosas. ¿No es cierto? ¿A jugar con los criminales? ¿O fué la mujer la que asesinó y él quiere protegerla?

—No lo sé —dijo Shayne, ausente—. ¿Falta todavía mucho?

El muchacho miraba con inquietud hacia adelante.

—Creo que en la próxima esquina. Sí, así es. Doble a su derecha y siga hacia la bahía. Aquí fué donde me ordenó que lo trajera.

Shayne hizo lo que le decía, pasó frente a una hilera de pequeñas casas y luego entró por un solitario pedazo de calle que terminaba en la bahía.

La luna se sumergía en el horizonte y las primeras luces del alba iluminaban el cielo. Los faroles de su coche hicieron recortarse la silueta de otro automóvil detenido al final de la calle. Sus parachoques delanteros tocaban el cable de acero que había tendido sobre el camino.

Shayne manejó y se colocó al lado derecho del automóvil y miró con curiosidad el asiento delantero. Parecía estar vacío.

Mientras se inclinaba ligeramente para apagar las luces y el motor, sintió que su pasajero cambiaba de posición. Se volvió para mirar cuando sintió que una bomba estallaba sobre su cabeza.

(CONTINUARA)

¿Por qué no te has Casado?

(Continuación de la pag. 6)



casan algunas mujeres, es porque no se gustan a sí mismas. Las razones, que no son atrayentes, que tienen a alguien que depende de ellas, que no se pueden enamorar, etc., son solamente los síntomas y el resultado de no evaluarse como mujer.

Trás todas las circunstancias de una mujer soltera, sin contar su físico, sus habilidades, etc., existe la inconsciente convicción de que su sexo es inferior.

A pesar de todo lo que ella pueda valer, tiene el convencimiento de que es "sólo una mujer", y espera ser considerada como tal por el sexo masculino. De tal modo, rechaza antes de ser rechazada. Aún en el caso de que un hombre le rinda un tributo sincero, piensa que está equivocado respecto a ella. Está segura de que algún día "se dará cuenta", y, cuando esto suceda, se retirará. La mujer soltera está totalmente incapacitada para considerarse un ser humano completo, con defectos y virtudes. No puede darse el lujo de ser falible, porque esto sería confirmar su miedo por la inferioridad de su sexo. No se avalúa como persona y falla al calificar sus características como mujer. Y como es imposible amar sin tener amor por sí misma, está imposibilitada para establecer una relación fructífera y adulta con un hombre.



Señor, no rabie, el Lubricante Doméstico Shell es ideal para lubricar bisagras, ventiladores, máquinas de escribir, escopetas...

Use
**Lubricante doméstico
SHELL**

**La resolana
perjudica sus ojos**



Protéjalos con
anteojos de
CALIDAD adquiridos en una
OPTICA

HAMMERSLEY

SANTIAGO - VALPARAISO
ATENCION PERSONAL
EN PROVINCIAS

Esta pena Tuya...

Esta pena tuya, tan tuya y tan mía, nos va deshojando poco a poco el alma. Es como un espejo que recién se triza o como una rama caída en el agua.

Por un rato, apenas, se llena de risa tu boca y me olvido que la vida es mala. Y luego, de nuevo, la pena se pinta dolorosamente sobre nuestras caras.

Esta pena tuya, tan tuya y tan mía, sin que lo queramos, nace día a día para acompañarnos en nuestro camino.

Y sin que queramos, también, día a día, esta pena tuya, tan tuya y tan mía, irá, lentamente, matando el cariño.

Benjamín Morgado.



Mi mamá tomó Vitamaltina!

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DÉBILES Y VIGORIZA A LOS SANOS



EL DEAL

ERA un pueblecito muy pequeño y por eso decidí quedarme allí.

De pie en el andén, con el equipaje a mi lado, contemplé alejarse el tren. Tenía un aspecto solemne y el rostro tan tostado por el sol que era difícil distinguir la línea donde me nacía el pelo.

A primera vista, el pueblo parecía deserto.

Más allá del cerro se distinguía el humo de algunas chimeneas. Al otro lado del camino había un edificio blanco, de un piso, y en cuya puerta había un letrero: Pulpería.

Frente a la puerta de la bodega estaba detenido un camión y al primer ser viviente que vi fué a un anciano que había sentado frente al volante. Después apareció un muchacho con un paquete debajo del brazo, subió a su bicicleta y se alejó pedaleando bajo el tibio sol de la mañana.

Casi en el mismo instante una joven lo siguió. Era delgada y hermosa, llevaba puestos unos pantalones viejos y un pañuelo en la cabeza. Usando sus manos como altoparlante, gritó:

—¡Rubén! ¡Rubénnnnn!

El muchacho miró hacia atrás, frenó y volvió a la tienda.

—¿Podrías ayudarme a cargar el maíz para las gallinas? —le preguntó, sonriendo la mujer.

—Por cierto —asintió el chico.

Pero el anciano asomó la cabeza por la ventanilla del camión y gritó:

—No, hijito, no puedes hacer fuerza después de haberte operado de apendicitis. Las gallinas no se morirán de hambre porque no comen un día.

—Pero no sabemos cuando volverá don José —protestó la mujer—. Y las gallinas tienen que comer, don Nicolás, o dejarán de poner.

El chico hacía zigzags en su bicicleta sin saber a quien obedecer.

Otra muchacha se acercó a la primera. Era más joven y sus cabellos rubios caían sobre sus hombros. Llevaba una blusa listada y una falda de algodón amarrada a la cintura. Era más suave que su compañera y sus grandes ojos azules miraban con dulzura.

—Yo puedo ayudarte a cargar, María —dijo.

La mayor miró al chico.

—Ya puedes irte, Rubén. Sonia y yo cargaremos el maíz. —Cogidas de la mano desaparecieron por la puerta de la bodega.

Entonces crucé el camino y me asomé por la puerta.

—¿Puedo ayudar? —pregunté.

Las muchachas se volvieron asustadas y botaron el saco. Sonia se sentó sobre él y me quedó mirando. Era la criatura más hermosa que había visto en mi vida.

—Me pareció oír una voz —murmuró María—. La de un hombre ofreciendo ayuda.

—¿Es este el saco? —averigué sonriendo.

—Este y tres más —me respondió María.

Y, seguido siempre por las miradas sorprendidas de las muchachas, acarree todo el maíz al camión.

—Muchas gracias —musitó el anciano—. Me alegro que estuviera cerca, yo ya no sirvo para estos trabajos, mi corazón está muy débil. Sólo sirvo para

criar aves y tengo las mejores gallinas en mi chacra.

Echó a andar el motor y se alejó gurguloso, mientras yo lo despedía con la mano.

Al volverme vi a las muchachas junto a la puerta.

—Se ha ido muy agradecido —objetó María. En ese instante se escuchó una campanilla—. ¡El teléfono! —exclamó desapareciendo.

Un momento después se volvió a la puerta, me miró y suspiró:

—¡Qué hombre! Y tú, Sonia, que tienes el corazón libre y que eres joven. Anda, yo me las arreglaré sola, no preocupes por nada.

Así me quedé solo, con la hermosa Sonia frente a la brillante mañana de Todo parecía nuevo, limpio y cálido. Después de un minuto de silencio, con t'midez:

—Supongo que usted se preguntará cómo llegué aquí.

—Sí —admitió Sonia—. Pero no justo preguntárselo. Podría haber un secreto de disciplina militar. ¿Verdad, más, habría sido poco cortés, ¿verdad?

—No sé —respondí—. Creo que me da lo que usted haga puede resultar descortés. Lo único que tengo de raro es el uniforme, estoy con licencia y no fué casualidad que llegara a la ciudad. Lo planeé.

—¿Planeó... qué?

—Pasar estos días en un lugar así, una chica como usted. ¿Es posible? Por lo que oí a su compañera... pero sé que tal vez usted no tenga inconveniente...

—No lo comprendo bien.

Suspiré profundamente. Con una mirada abarqué el camino y los campos que lo rodeaban.

—Me queda una semana de licencia. Quiero pasarla en un lugar como éste, viviendo como lo haría un hombre solo y criado aquí y que nunca ha estado fuera. Quiero dormir en una cama amplia. Quiero que una mujer grande y con delantal me sirva el desayuno y me llene varias veces la tartera. Me gustaría que conversara y se riera mientras yo coma y quiero comer mucho.

"No quiero que se comporte conmigo como si fuera un desconocido, no quiero sentirme un extraño. Quiero pensar que estoy en mi hogar."

"Quiero ayudar como lo haría cualquier hombre útil... Quiero que la gente me saludé al pasar, quiero comer a horas y sentarme a conversar en los jardines. Quiero asistir a las reuniones de la iglesia y quiero bailar con usted. ¿Es mucho pedir?"

—No —me respondió Sonia—. Pero ¿no tiene usted un hogar para volver en sus licencias?

—La verdad es que no lo tengo —murmuré, sacudiendo la cabeza.

—Es extraño...

—Sí... y, tal vez, pido demasiado. No es demasiado. En verdad es un poco que asusta. María y yo nos preocuparemos de usted. Venga.

Todos hicieron su parte y yo encontré una cama amplia y buena pensión en una casa más allá del cerro.

Mi cuarto era pequeño y en los rincones había cañas de pescar, además de zapatos viejos en el armario. Un lavatorio antiguo y un jarro de agua en el peñador y, a su lado, colga-

N SOLDADO

una toalla áspera. A las seis y media de la mañana Rosa gritaba:

—¡Ricardo, hoy hay jamón con huevos! Y Rosa sabía cocinar. Era gorda y alegre y tenía un alma maternal. Cada mañana me recibía con una sonrisa.

—Hoy hará calor —me decía—. ¿Has visto mis dalias? Pronto abrirán.

Y en la cocina, que olía a tocino y a flores, yo comía todo lo que me presentaban y escuchaba complacido la charla de la mujer.

Jamás me hacía preguntas, pero yo me daba cuenta de que podía contar con ella en caso que necesitara algo.

Por ella sabía el programa del único teatro y así también supe que el viernes habría reunión en la iglesia y que ella enviaría una torta de manzanas. Y el sábado habría baile en el pueblo.

Rosa me contó, también, respecto a la familia que había administrado la Pulpería durante cinco generaciones. Don José era amigo de todos en la región y este verano María y Sonia le ayudarían. Sonia trabajaba con su padre en el campo, pero, como ya habían cosechado el trigo, don José insistió que él la necesitaba. Era una familia buena y Sonia era la chica más hermosa del pueblo.

Le sonreí a Rosa. Lentamente me puse de pie, abrí la puerta y salí. En la reja me detuve a acariciar la cabeza del perro.

—Yo tenía un cachorrito parecido a ti —le dije—. Pero lo perdí.

Lentamente tomé el camino, silbando al perro. La gente me sonreía y me saludaba.

—Buenos días, Ricardo.

El sol era tibio y agradable y la alfalfa recién cortada embalsamaba el aire con su dulce perfume. El tren de la mañana se alejaba.

Pronto me encontré frente a la Pulpería. María estaba en la puerta.

—¡Hola, Ricardo! Veo que tienes un perro.

Entré y allí estaba Sonia. Otro día luminoso comenzaba, como todos los pasados en ese mismo lugar.

Era maravilloso ver a Sonia como el primer día: joven y pura, graciosa y suave. Pero, ahora sabía mucho más de ella.

—¡Hola, Sonia!

—¡Hola, Ricardo!

—¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¡Lindo día!

Siempre eran hermosas las mañanas y maravillosas las tardes. Y esa sería aún mejor.

—Lindo día, Sonia —asentí y comencé a cantar.

María habló desde el almacén:

—Dicen que hoy llegarán plátanos. Si tuviese uno le compendría un poema y luego me lo comería.

—¡Pronto los tendremos —grité—. Están desembarcando una carga. Ya siento el aroma...

—¡Soñador! —me respondió María—. Lo que hueles son las salchichas fritas que estoy preparando para la reunión de esta tarde en la iglesia.

—Me gustan las salchichas. ¿Y a ti, Sonia?

—A mí también.

Su timidez era encantadora.

—¿Vendrás a comer salchichas conmigo esta tarde, Sonia?

—Por cierto.



—¿No sólo por que lo prometiste?

—No.

—Ya no piensas en la promesa, ¿verdad, Sonia?

—No.

—Te dejó libre de ese compromiso y de todos.

—Gracias.

—Y ahora, ¿quieres ir conmigo esta tarde a la reunión en la iglesia, Sonia?

—Me encantaría.

—Así me gusta. Quisiera no haberte dicho esas cosas el primer día. Pero si no, ¿habría tenido esta oportunidad?

—No sé y ya no importa.

—Tienes razón. Imagina que soy un hombre a quien has conocido toda la vida. ¿Quieres?

—Muy bien.

—Y siempre he sido simpático, ¿eh?

—Sí, Ricardo, siempre.

—Tal vez algo alocado. ¿Recuerdas cuando te hice caer de la bicicleta? Íbamos muy ligero, y tú eras muy pequeña. ¡Qué vergüenza! ¿Tienes aún la cicatriz?

—No me he fijado.

—Veamos.

Cogi su barbilla y separé sus cabellos. Ella me miraba sonriendo, mientras yo buscaba con toda seriedad la cicatriz imaginaria. Pero no existía.

—Ya se borró —afirmé, soltando los cabellos rubios—. Me alegro, porque jamás quise herirte, Sonia. Sólo quiero hacerte feliz.

—Siempre me has hecho feliz, Ricardo. La primera noche había sido lunes y yo la había acompañado a su casa. La segunda fué martes y fuimos al cine. El miércoles yo fui a tomar el té a su hogar y conversé con su padre. Luego salí a coger moras con Sonia hasta que oscureció y entonces nos sentamos en las gradas del jardín. El jueves salimos a caminar y descubrimos un sendero medio borrado por las flores y bordeado de árboles. La luna apareció cuando Sonia estaba sentada sobre el pasto y yo tendido a su lado.

El viernes en la tarde Sonia adornó sus cabellos con una cinta y juntos bajamos al pueblo. En la reunión de la iglesia nos recibieron alegremente. En las mesas llenas de gente se servían

(Sigue a la vuelta)



SPIRIT OF VERBENA y AGUA DE LAVANDA

Dos colonias frescas
como el rocío y sugestivas
como un amanecer
en el campo.

Dana

M. R.

platos de salchichas, tortas caseras, sandwiches y pasteles. Nos sentamos muy juntos: nos sentíamos felices y teníamos buen apetito. —Esto es divino —decía yo—. Jamás había asistido a estas reuniones. —¿No? —me preguntó sorprendida Sonia—. Yo no sé a cuántas he venido. —Yo también —murmuré sonriendo—. Recuerda que todo cuanto has hecho tú lo he hecho también yo. Cuando terminamos de comer y dejamos nuestros asientos, le pregunté: —¿Tienes algo que hacer? Puedo ayudarte. —Esta noche no. La próxima tarde era sábado y había baile en el pueblo. Era el último día que nos veríamos, pero ninguno de los dos comentamos la desesperada tristeza que nos invadía. A las seis me dejé a Sonia en su hogar y volví a casa a arreglarme para volver a buscarla. —¿Vas a salir? —me preguntó Rosa—. Pórtese bien. En su cajón hay camisas limpias y cuando vuelva encontrará leche y galletas en la cocina. Tal vez no lo oiga entrar, pero recuerde que esta es su casa, Ricardo. No la vería de nuevo, pues después del baile iría a tomar el tren. Pero no quería hablar de eso. Subí el cerro hasta la casa de Sonia, pero ella no estaba lista y me recibió su padre. Minutos después escuché los pasos de la muchacha en la escalera. Con su traje blanco y una flor en los cabellos, parecía una niña. Parecía

El Ideal de un Soldado



brazo en el respaldo del banco sin carla y sin mirarla. —Escucha: mi madre murió cuando yo era muy pequeño. Vivíamos en un pueblecito, tal vez como éste, pero lo recuerdo. Tampoco me acuerdo de ella. Papá se casó de nuevo y se fue a Europa. A mí me dejó en casa de una hermana casada, que tenía dos hijos. —Tía Leticia es una buena mujer, hizo lo que pudo por nosotros. No sé si me quería, pero sé que yo no la quería a ella. Le hace el bien a mucha gente, pero a medias. Su casa es limpia y ordenada y nos hacía lavarnos, dormir, ir a misa y a la escuela. —Después me envió a la universidad, pero yo me escapé y entré al ejército. A tía Leticia esto le disgustó y ella me debía haberle pedido permiso, pero yo ya estaba cansado de vivir bajo sus órdenes. —Había pasado mi niñez y parte de mi juventud lavándome, haciendo tareas, cortando el pasto del jardín y escuchándole a mi padre por insinuaciones de ella. Cuando terminé mis estudios volví a casa de tía Leticia, pero no pude soportarlo. La casa era la misma y no

Un hombre que pasaba por un pequeño poblado vió círculos de tiro al blanco en todos los alrededores. Los tiros habían dado justo en el centro. Quiso conocer al tirador, y resultó ser el idiota del pueblo. "Esto es formidable —dijo—. ¿Cómo lo puede hacer?". "Muy sencillo —fué la respuesta—. Tiro primero y dibujo los círculos después."

una novia. Parecía una imagen de ensueño, con ojos brillantes. —Estoy lista —dijo. —Vamos. Mientras recorriamos la calle oscura, el eco lejano de la orquesta llegaba hasta nosotros; luego oímos la voz del cantante y las notas de los violines. —Jamás he aprendido a bailar —confesé al entrar. —Es muy fácil —me aseguró Sonia. Y así era. Pronto nos vimos rodeados por las parejas y nos dejamos llevar por la melodía. Yo tenía a Sonia en mis brazos, ligera, risueña, con los ojos entrecerrados. La miré. Jamás había notado cuán largas y sedosas eran sus pestañas. Ella abrió los ojos. Eran azules como el mar. —¿Te gustó? —Maravilloso —respondí—. Pero salgamos de aquí. Sonia me cogió la mano. Todas las mujeres llevaban a sus compañeros de la mano hasta los asientos. Pero nosotros no nos quedamos allí. Dejamos atrás el bullicio y tomamos un caminito que cruzaba el jardín hasta un banco oculto entre los árboles. Durante unos instantes guardamos silencio. —¿Quieres que te hable de mí, Sonia? —Sí. —Has sido muy comprensiva al no preguntarme nada estos días. —No quería saber nada que tú no quisieras contarme. —Sonia, eres maravillosa. —Afirmé el

nificaba nada para mí. ¿Comprendes Sonia? —Sí, Ricardo. —Yo pensaba: ¿Tengo algo por qué luchar? ¿Un ideal por el cual batallar? No. Creo que estaba neurasténico. —No lo recuerdes, Ricardo. —Debo hacerlo, quiero contártelo todo. Volví al pueblo y me emborraché. No sé cuanto tomé, pero mi falta de costumbre me hizo perder la cabeza. Cuando volví en mí estaba tendido en una cama, en un cuarto desconocido. El sol entraba por la ventana y junto a mi cama estaba sentado el capellán. —Era un buen hombre. Me sonrió y me dijo que me levantara, que tenía que decirme algo. —¿Qué, Ricardo? —me preguntó Sonia apoyando su mejilla en mi brazo. —Me dijo que me había sacado del baile la noche anterior. Que por eso me había llevado al hotel. Luego me preguntó: "¿Por qué lo hiciste, Ricardo?". Le respondí que no sabía. Pero él insistió: "Sí, lo sabes. Nos seguiremos viendo, pues quisiera ayudarte." —Entonces le conté que había vuelto donde mi tía, pero que los recuerdos me habían llenado de amargura. Le dije que nada me importaba. —Me hizo muchas preguntas y cuando terminó se quedó pensando. Y luego me dijo: "¿Qué, Ricardo?" —Creo que sé lo que necesitas: volver al hogar. —¡Dios mío! —exclamé yo. —No lo que tú crees —sonrió él—. No

a la casa de tu tía, sino a un verdadero hogar. Tienes aún ocho días de licencia...

—Pero, yo no tengo hogar, señor —le respondí.

Entonces movió la cabeza.

—Cualquier pueblecito del campo será tu hogar, Ricardo. El que más te guste, desde la ventanilla del tren. Pasa allí una semana. Debes vivir como si hubieses nacido y crecido en ese pueblo. Busca una cama amplia, una mujer de delantal que te sirva el desayuno. Hazte útil en lo que puedas. Coge moras en los campos, anda a las reuniones de la iglesia, busca a una muchacha...

—Oh, Ricardo, eso dijiste... —murmuró suavemente Sonia.

—Eso dije. Y fué este pueblo. Y fuiste tú. El capellán también me dijo: "Cuando vuelvas, Ricardo, sabrás por qué luchar, por qué trabajar..." Y así ha sido, esto es maravilloso. Soy muy

afortunado, por primera vez me siento satisfecho. Ya sé por qué luchar... ¿Crees que si me vengo a vivir aquí me aceptarán?

—Y si no, se las verán conmigo —me aseguró Sonia.

—Tú y yo y nuestros hijos —dije quedamente— Cuando tenga trabajo, ¿te casarás conmigo, Sonia?

—Me casaría contigo, ahora —afirmó ella desafiante.

—Estoy seguro de que sí. Pero no podrá ser todavía... hasta que yo tenga trabajo... Hasta que haya vivido algún tiempo en casa de Rosa y me hayas conocido bien. Entonces nos casaremos, Sonia, si aún lo quieres... Dulcemente, sin un dejo del anterior desafío, en voz baja, humilde y paciente, Sonia murmuró:

—Querré, Ricardo.

Y entonces la besé por primera vez.



¡Y...

tendrás

que creerlo!



Tres moscas se comen un caballo con la misma rapidez de un león. Esta afirmación es natural que les sorprenda. Ella la ha hecho el célebre naturalista sueco Linneo. No es que la mosca tenga un apetito fenomenal, sino que también hay que contar con su descendencia. En cada postura la mosca da alrededor de 320 huevos. Como pronto llegan a adultas las moscas, en seis meses, descontando las muertas, la familia debe tener teóricamente 335.923 millares de individuos. ¡Con tres moscas no es preciso esperar seis meses para ver desaparecer un caballo!

Alrededor de dos mil millones y medio de seres humanos pueblan nuestro planeta, y de ellos se puede decir que aproximadamente 700 millones viven aún en chozas o en cavernas. Siempre en forma aproximada, damos aquí otras cifras curiosas. Se estiman en 250 millones los hombres que viven desnudos. Los que se contentan con un simple cinturón representan 700 millones. Por último, 250 millones no tienen un domicilio fijo.




**LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea**

EL JABON NIVEA mundialmente famoso es el único elaborado con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sobria y deliciosa fragancia, su osmbrosa suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.

Jabón NIVEA

Para Salones de Belleza:

SECADORES.
MAQUINAS.
EQUIPOS.
LIQUIDOS.
TINTURAS.

Productos Wella (Kolestón), y todo lo que necesita el profesional.

**OFERTAS
SOLO A PROFESIONALES**

Despachamos a provincias

FEDERICO SCHNELL

ROSA EGUIGUREN 823 (por San Antonio, detrás de Almacenes Paris) — FONO 65784
SANTIAGO

Era Ester goteó la puerta de mi casa y me preguntó si podía pasar.

Con desagrado aparté la taza de café y las tostadas que tenía frente a mí, intactas. No deseaba visitas, sólo quería estar a solas con mi angustia. ¿A qué vendría? ¿Cómo se atrevía a hacerlo? ¿No había manifestado claramente a todos los habitantes del pueblo que no deseaba muestras de simpatía ni frases de consuelo?

Para
**MEJORES NEGOCIOS
MEJORES MAQUINAS
y para CALIDAD...**



**MAQUINAS para
PERMANENTES y
ACCESORIOS**

**UNICAMENTE EN SANTIAGO
FABRICA Y SALON DE VENTAS:
CHILOE 1253 — FONO 52322
SOLICITE LISTA DE PRECIOS**

COMO ELLA

Luzca usted también,
cabellos sedosos,
brillantes, dóciles a
cualquier peinado.
Lavándolos una vez
por semana, con



M
Champú
IVI
ANZANOL

Me habían dejado sola durante una semana, que semejó una pesadilla, y la cual pasé suplicando al cielo la muerte. Comprendía que esto significaba una debilidad de espíritu, pero, ¿para qué iba a vivir ahora que Mario había muerto?

Hasta el momento que conocí a mi marido no había creído posible enamorarme a primera vista. Pero así me sucedió.

Estuvimos casados siete meses. Mario tenía veintinueve años. Era de mediana estatura, con voz profunda y penetrantes ojos grises. Y sus manos sensibles podían extraer la música más melódica aún del viejo órgano de nuestra iglesia! Al acariciarme, ellas me hacían sentirme como si fuera una de esas melodías destinadas a hacerlo un día famoso.

La música era la vida para Mario. El me había alentado a cantar los domingos en misa. Ahora no lo volvería a hacer jamás. Así se lo anuncié a nuestro querido párroco después del funeral de mi esposo.

—¡Pero, Laura! esperaba que usted reemplazara a Mario los domingos! — exclamó, atónito.

¡Reemplazar a Mario! ¿Pensaría la gente que podría seguir viviendo igual que antes? ¿Como si mi marido estuviera a mi lado? Mi corazón y mi vida estaban destrozados para siempre, ya nada podría volver a ser lo mismo; ¡nada! Había conocido la verdadera felicidad y la había perdido.

Durante mis veintiocho años no había gozado de muchos momentos de felicidad. Mis padres murieron cuando era muy niña. Hasta que Mario llegó a! pueblo donde vivía, nada me había proporcionado una verdadera ale-

gría. ¿Comprenden lo que es eso? El me dió fe en mí misma y en la vida, y su sincero amor me rodeó de ternuras. Nunca hubo entre nosotros una discusión; en nuestro hogar todo era felicidad; hasta las cortinas de las ventanas, de alegres colores, testimonian la dicha de nuestra unión.

—Por favor, váyase. Usted es bondadoso y perdonará mis ansias de soledad.

El párroco pareció comprender mis seos, pues durante una semana no vino a verme. Permanecí sola, deseaba, y descubrí que la desesperación que embargaba mi alma era superior a mi resistencia. Empecé a odiar la vida por la manera cruel y traicionera como me había herido.

Sólo unos pocos meses de felicidad, hijos, ni marido, nada más que el hondo vacío, y ahora... la señorita Ester.

Era ésta una mujercita pequeña y pueril, de alrededor de setenta años, de inmediato que se había colocado una chaqueta gris y masculina sobre su vestido floreado de percal, y su rostro estaba más macilento que costumbre. Pero en su mirada brillaba una extraña ansiedad que contrarrestaba con su apariencia general.

A pesar de mi deseo, le sonreí.

—Sé que no desea ver a nadie, Laura. Pero he venido por Lily —me dijo con voz temblorosa.

—¿Lily?

—Mi nieta.

—¡Oh! —exclamé, y recordé de pronto una niñita de grandes ojos color violeta en un rostro delgado. Tendría cuatro años de edad y era parálisis.

—¿Está mejor? —le pregunté.

Gracias a él, una esposa inconsolable aprendió que no es la muerte lo que importa sino la manera cómo la contemplamos; que no cuenta la separación, sino nuestro modo de reaccionar ante ella.

Y todo esto duró sólo unos pocos meses. No podía aceptar la muerte de mi esposo como un hecho cierto, y por eso me encerré en mi casa, ahora solitaria, demasiado dolorida para razonar.

—La muerte no es el fin. La Providencia quiso llevarse... —me dijo nuestro párroco.

—¿Era demasiado joven para morir! —le interrumpí. —¡Era talentoso! La muerte no tiene nada de bello ni de misericordioso.

—Laura, no se torture, un día aprenderá a enfrentarla sin desesperación. —Me ha arrebatado todo cuanto hacía mi vida digna de ser vivida —repliqué con voz entrecortada.

—No todo, Laura. Mario no era sólo un cuerpo físico. Una parte de él aún está a su lado amándola: su alma.

No pude contener una carcajada. ¿Qué

—Más o menos lo mismo, gracias. Hoy es su cumpleaños.

Me levanté y me dirigí a una cómoda en busca de algún dinero.

—Cómprele algo bonito y, por favor, déjeme sola...

La mujercita no se movió.

—No deseo molestarla, Laura, pero Lily no tendrá otro cumpleaños. No pueden operar nuevamente, y sólo si quedan tres o cuatro meses de vida —su voz tembló de nuevo.

—¿Por qué no consulta otro médico? Lo siento mucho, pero yo estoy también tan desolada...

—Le vamos a dar una fiesta para celebrar su cumpleaños, con torta, velas y helados. Deseaba, Laura, que fuera a casa y cantara para Lily.

La miré, incrédula, y habría reído si no me encontrara tan próxima a las lágrimas. ¡Cantar! ¡Cielos, cantar! Le repliqué:

—No podría, aunque me ofreciera un millón de pesos. ¿No sabe usted que sólo la semana pasada mi... que Mario...?

La mujercita continuó hablando como si no la hubiera interrumpido.

—Lily escucha todos los días la radio

EL CORAJE DE UNA NIÑA

y algunas veces nos cuenta que su madre tenía hermosa voz y que va a conocerla algún día. Siempre se pregunta cómo serán las personas que cantan por la radio.

—La podría llevar a ver...

—No hay tiempo para ello, y Lily lo sabe.

Sentí que me daban náuseas.

—¿Le ha dicho que se va a morir?

—Lily lo sabe. Por eso esta tarde vamos a tener una verdadera fiesta de despedida.

—¿No siente temor ante la muerte?

—No; goza de estar a mi lado todo el tiempo que puede.

—Y usted, ¿no se irá a sentir muy sola cuando se haya ido?

—Naturalmente, pero sólo Lily y yo sabemos que la línea divisoria no es tan ancha. Bueno, si cambia de idea, vaya a vernos.

La contemplé mientras se alejaba por el sendero, luego subí a lavarme la cara. Al peinarme me pareció escuchar la voz de Mario, que me repetía: "¡Tan hermoso, Laura!".

Nadie me respondió, sólo el crujido de mi vestido negro de tafetán al caer al suelo. A las niñas pequeñas les gustan los vestidos alegres y vaporosos. ¡El traje largo, de encaje azul, favorito de Mario! Podía colocarme también el collar de perlas que me había regalado en mi luna de miel.

Esa tarde golpeé a la puerta de la casa de la señora Ester. Cesó un bullicio de risas y se oyó la exclamación de la abuela de Lily al verme.

Miré en derredor y vi a las niñas ahí reunidas, iluminadas por el pálido sol de la tarde que se reflejaba en el violeta de los ojos de Lily. Dirigiéndome a ellos, dije:

—He venido a cantar por ser el cumpleaños de Lily.

Cuando los bracitos de la pequeña se tendieron hacia mí, caí de rodillas a su lado y ocluté en su cuerpecito mis lágrimas. Pero al alzarme nuevamente sonreía con alegría, feliz de haberme colocado perfume tras la oreja, de haber maquillado mi rostro y puesto el vestido largo de encaje azul, porque ésa era la imagen que Lily tenía en su corazón.

Canté sin acompañamiento las canciones populares que me pidieron. Pronto todos me acompañaban.

—Es más hermoso que todos los pro-

gramas de radio —dijo Lily, y agregó, dirigiéndose a su abuela—: Ahora lo sé, abuelita.

No le pregunté qué era lo que sabía, porque dentro de mi corazón una puerta se había abierto y yo también ahora comprendía. No es la muerte lo que importa, sino cómo la contemplamos. No es la separación lo que cuenta, sino nuestro modo de reaccionar ante ella. Al alejarme, llevaba conmigo esos momentos maravillosos. Ahora podía seguir viviendo, como Mario deseaba seguramente que lo hiciera. Plenamente, rodeada de gente, y hasta el fin de mis días.





3

EXITOS

ZIG-ZAG DE AUTORES CHILENOS:

NAUFRAGIO Y OTROS CUENTOS:

Este libro, que encierra varios cuentos del escritor nacional Juan Marin, conocido como "el gran novelista del mar", nos permite apreciar sus extraordinarios dotes de narrador y la sobriedad de sus escenas que le han valido tanto renombre.

"NAUFRAGIO", el primero de los cuentos, no es sólo una historia de aventura y suspense, sino que encierra una profunda psicología humana. El naufragio en sí no es lo más fundamental de este relato. Lo importante es la exposición de los sentimientos que se desencadenan en los personajes, hombres civilizados que al verse frente a la muerte se olvidan de que lo son y sienten resurgir en ellos sus instintos más cavernarios. Contra esto se rebela el alma del protagonista, y en la expresión de las pasiones más violentas encontramos el verdadero mérito de este escritor.

PRECIO

\$ 200.—

POESIA NUEVA DE CHILE:

Este "Poesía Nueva de Chile", que ha antologado con aguda visión crítica Victor Castro —poeta también, nacido en 1920—, además de historiar el movimiento poético chileno de nuestros días, posee el alto mérito de reunir en un solo haz la mejor producción de la generación más reciente de autores, desde Omar Cáceres hasta las voces más nuevas de este país de poetas. Así destilan por sus páginas los nacidos en 1928 y 1929, vale decir, la manifestación más fresca de nuestra gran poesía.

Por eso en esta obra los lectores encontrarán un eco de la realidad de nuestra vida cotidiana, que hoy los poetas desentrañan, profundizan y hacen canto y luz.

PRECIO

\$ 270.—

PENA DE MUERTE:

El tema de esta obra, por su naturaleza, provocará, sin duda, escándalo. El protagonista es un ser equivocado, informe, blando y débil. Y, sin embargo, poderoso. Sus dudas, sus vacilaciones, su escondida homosexualidad, su oscilación entre lo religioso y lo pagano, dan a este extravagante esteto llegado a El Horcón hondos característicos humanos.

Obra llena de una profunda y amplia experiencia de la vida, escrita en estilo transparente, preciosista a ratos, austero en otros, suscitará en quien se interne en ella una enriquecedora conmovión interior. La literatura no debe sólo intentar "entretener"; la auténtica obra de arte es aquella que nos redescubre el mundo, que nos sorprende en nuestra intimidad recondita. Tal cometido estamos seguros que cumplirá PENA DE MUERTE.

PRECIO

\$ 200.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D SANTIAGO DE CHILE

Nunca se está más a tono con el infinito que cuando busca armonía en la discordanza; y Laura ahora la gran buena suerte de haber caído con un resfriado, el cual le permitía quedarse en su departamento sofocándose, estornudando y respirando con dificultad practicando piano, diez a doce horas diarias, en un queño frenesí de devoción y rededicación, roto sólo ordenar por teléfono algunas cosas al almacén o a la tica.

Bertels vino a verla. Le trajo algunos caramelos, para las cartas de Berlioz, que pensó podrían entretenerla interesaba por ella y estaba igualmente curioso, y si no hubiera estado obligada a pronunciar cada palabra sobre la barrera de su nariz bloqueada, habría estado puesta a satisfacer su curiosidad con unas pocas declaraciones directas. Pero como esto era así, Laura dejaba el hiciera la mayor parte de la conversación, que versaba en particular, sobre la música; y en general, sobre maestro.

—¿Has visto a Martin? —le preguntó Laura un día improviso.

—El otro día estuve en su estudio —le respondió Bertels.

—¿Está bien?

—¿El? —roncó Bertels—. A veces pienso que es el único hombre sano que queda en el mundo.

Ella esperó que le dijera algo más, pero Bertels no lo hizo.

No había razones para que lo hiciera, no había, además, motivos para que Martin preguntara por ella, ni para que se interesara más por ella. Ella se había apartado del camino matando el interés que le inspiraba, pisoteándolo.

Sin embargo, podía haber preguntado por mí, pensó Laura, irrazonable. Podía haberme muerto o suicidado cualquier cosa...

—Si lo ves de nuevo, dale mis saludos.

Aparentemente, Bertels cumplió tarde su petición.

Martin no llamó sino muchos días después. Cuando ella escuchó su voz en el teléfono, se quedó sin aliento, sin duda, por la sorpresa.

—Según entiendo, estás resfriada —le dijo—. ¿Por qué no me habías llamado?

—¡Oh, no es nada! Ahora me siento mejor. —Se sentó mejor, y de pronto, en un mundo mejor—. En verdad, estaba pensando salir esta noche —le comentó con ansiedad—. Hay un concierto en el estadio.

—¿No tienes fiebre?

—¿Qué? ¡Oh! ¡Oh, no! Estoy segura de que no tengo resfriado casi me ha desaparecido, te lo aseguro.

—Tienes la voz algo gangosa. Pero no creo que te haya dañado salir, aunque es mejor que te acuestes temprano.

—Si fueras verdaderamente mi amigo, vendrías a verme pensó Laura y se sonrojó.

—Van a tocar algo de Hindemith —le dijo, con esperanza.

—Lo sé. "Mathis der Maler". Lo he oído un par de veces.

—¡Oh! —"Eso es", se dijo. "Soy muy joven como para conocerlo".

—Si crees que necesitas un tónico, házmelo saber. Te lo mandaré uno.

—Gracias, Martin.

—No tienes nada que agradecerme.

—Adiós —murmuró ella, tentadoramente.

—Adiós.

Escuchó el click del fono, sin énfasis ni suavidad, sólo el click clásico. Tomar dos al acostarse, click. Andate a dormir, click. Laura miró al fono con una sensación de vacío. El realmente se había aburrido con ella.

Más tarde, decidió no ir al concierto. Lo sentía, pero su espalda se resistió sólo al pensar en los asientos del estadio. En cambio, haría una caminata larga. Nadie aún había considerado las posibles combinaciones de calles que uno puede barajar en Manhattan, con el propósito de caminar. Habría, tal vez, millones. Pero, por curiosa coincidencia, Laura esa tarde se encaminó hacia el estudio de Martin.

Al aproximarse a la rambla de piedra que iba hacia la casa, su corazón comenzó a golpear en la garganta, y su resolución se tambaleó. Por supuesto, que podía solicitar algunas pastillas para dormir. Pero en estos momentos, el subterfugio era demasiado forzado, y la franqueza parecía igualmente imposible.

Estaba allí aún sin resolverse, cuando vino a sus oídos el sonido de un violín, que contrastaba suave y tenue contra el barítono del tránsito, y que llegaba hasta los más re-

Sinfonía



RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Laura va a casa de Dutra, y allí se da cuenta de que ese hombre magnífico está amargando a su familia y prohibiéndole hacer las cosas que ellos quieren. Su pequeña hija tiene pesadillas y debe estudiar piano a disgusto. En la noche viene Philip a golpear a su dormitorio, y ella, aterrada, sale de la casa y se va a nadar al lago. Allí se pierde en la noche, y en medio de su terrible pavor escucha que algo se acerca. Es Eric, el hijo de Philip, quien viene a buscarla. Sostiene una conversación con el muchacho, y éste le cuenta a medias palabras que no ama especialmente la música, y que quiere seguir una carrera técnica. Laura, desesperada, al ver tanta desgracia e incompreensión, huye de la casa del maestro a la mañana siguiente. Dutra la sorprende y la lleva hasta el tren. Durante el camino la hace comprender que él jamás ha pensado sacrificar nada por ella, pues su arte es en su vida todo.

de juventud

POR ELICK MOLL

cónditos lugares de su mente. Por cierto que estaba soñando. Ahora nadie podía estar tocando una sonata de Tartini, en esa calle y a esa hora; y no ciertamente esa preciosa sonata de Tartini. Era solamente un signo, un inconvertible signo de los dioses. Subió corriendo la escalera y tocó el timbre. Alcanzó a ponerse nerviosa, antes de que se abriera la puerta. La soberbia armonía que sonaba en su cabeza se detuvo. Entonces vio a Martin frente a ella, en mangas de camisa y con el pelo revuelto...

—¡Laura!
—Hola, Martin —murmuró Laura, débilmente—. ¿Estás... ocupado?

—Siempre estoy ocupado. Las manos ociosas son armas para el diablo. Entra. —Y como ella titubeara, la tomó del brazo—. Entra. Está muy bien. Estoy desocupado. Yo vivo aquí.

Ella lo siguió al living. Sin los pacientes, éste se veía amplio, raído y, al mismo tiempo, agradable.

—Pensé que habías ido al concierto.

—Cambié... de idea. —Laura miró a su alrededor, frenética. Un atril con música entró en su campo visual, después un piano vertical y sobre éste un violín con su arco—. ¡Eras tú! —gritó Laura—. Tú tocabas Tartini.

—Sí. Yo también doy conciertos... Para las ratas.

—¿Por qué no me habías dicho que tocabas el violín?

—Creo que tengo dos pasiones... ¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Qué sucedió con el concierto?

—Dios mío! —se dijo Laura, sintiéndose un poquito confundida, bajo su mirada fija y acerada. El no la iba a ayudar nunca.

—¿Qué te dijo Bertels? —preguntó Laura.

—Me dijo que estabas resfriada.

—¿Te contó que todo había terminado entre Philip y yo? Hubo un silencio. Martin cogió una pipa, la encendió y dejó que se extinguiera el fósforo.

—Demasiado rápido el final, aún para un actor.

—No seas cruel, Martin. Todo fué un gran error, desde el comienzo. Sé que traté de decírmelo. Pero... bueno, supongo que todo llega a través de la experiencia.

—Sí —respondió Martin—. Experiencia. Echala a una cotelera, sacúdela a brisa. V. ¿qué saldrá? ¿Algo fantástico? ¿O tal vez el facsímil de la vida? En todo caso, esté

donde esté, ustedes los artistas la encuentran de una importancia atroz.

—No hay razón para que estés amargado, Martin.

—¿No hay?

—No. He estado esperando para decirte algo. Es un tanto embarazoso, especialmente estando tú con ese ánimo.

—No estoy en un ánimo especial —respondió, enfáticamente Martin—. No tengo estados de ánimo. Para un médico, éstos son una pérdida de tiempo. No hay nadie cerca para que lllore o aplauda.

—Muy bien, Martin. Siento haberte molestado. —Laura se encaminó hacia la puerta, luchando contra las lágrimas.

—No me molestas. Ven cuando quieras.

—No, no me voy a ir ni voy a llorar —se dijo Laura. Se dio vuelta y lo miró.

—Lo que quería decirte era... no precisamente que eso había terminado. Es... que jamás comenzó.

Un rápido resplandor iluminó los ojos de Martin, y se apagó de nuevo.

—Eso es interesante —comentó sin cambiar en lo más mínimo el tono de su voz—. ¿Cómo sucedió?

—No lo sé. Es decir, no sé cómo explicarlo exactamente. Creo que soy una persona normal, de hecho...

—¡Eso dices tú!

—Bueno, pues, yo soy una persona muy egoísta. No me había dado cuenta cómo sería eso, porque su mujer y sus dos hijos eran abstracciones antes de conocerlos, y aún así, me dificultaban lo suficiente para aceptar la situación. Dios sabe que es cierto. Pero ya viéndolos en su casa, como personas: la pequeña niña me conmovió más que nadie. Tiene nueve años, y toca malamente el piano y tiene pesadillas. Y el muchacho, que es realmente brillante. Acaba de terminar un año de ingeniería, en el Instituto Tecnológico, y tiene sólo dieciséis años, pero está perdido, Martin. Todos están perdidos. Y yo no quiero perderme con ellos. Creo que fué eso lo que sucedió. Suspiró con rabia.

—En todo caso, todo ha terminado —añadió Laura.

—Quieres decir que mientras lo veas en el Instituto, o en casa de los Bentley, o en algún sitio, sin su mujer y sus hijos... o en el escenario, siendo un dios...

(Sigue a la vuelta)

—No, Martin. Todo terminó. Estoy segura de que Philip es, en realidad, una persona muy notable; pero lo divertido es, ahora que todo pasó, que, como persona, no es el tipo de hombre del cual me enamoraría.

—¿No? ¿Cuál tipo es éste? ¿Lo tienes como un cuadro enmarcado en tu mente?

—Sí —respondió Laura, un poco desesperada—. Siempre ha estado allí, Martin. Se parece a ti.

Se puso muy roja, pero lo siguió mirando de frente.

—No bromees —rogó Martin, manteniendo su voz despreocupada y clínica—. Sin embargo, ella notó que se había puesto un poco pálido, y por eso se sonrió pensando que ahora todo saldría bien—. ¿Qué tengo que hacer ahora?

¿Seguirte en el retrato hasta que te arranques con otro par de directores de orquesta, unos pocos pianistas, tal vez uno o dos compositores, y, finalmente, decidas que soy realmente yo el Gran Cara de Piedra?

—Siempre aprendo algo —pensó Laura feliz—. No importa lo poco razonable que sea un hombre, pues se puede ser infinitamente paciente con él, hasta estar segura de que has sido tú la poco razonable.

—Tú dijiste algo alguna vez, Martin, respecto a que Philip no era mi padre. ¿Te acuerdas exactamente qué fue?

—Lo que dije, o no dije, pero que quise decir, era que tú no podías resucitar a tu padre —respondió secamente Martin—. Ni en Dutra ni en nadie. Entre más lo trates, menos lo conseguirás. Tu padre se ha ido. Todo lo que puedes tener ahora es un marido o un amante.

—Creo que así es. O algo por el estilo —asintió ella. Se quedó mirándolo en silencio, con el mismo gran interrogante en sus cándidos ojos que diez años antes había sorprendido a su tío James.

—No hablemos más de eso —respondió rudamente Martin—. ¿Qué edad tienes...? dos años? ¿Cuánto tiempo vas a seguir tendiendo tu confiada y pequeña mano para que alguien te ayude a cruzar la calle? ¿Cuántas veces quieres que te atropellen?

—No te enfades conmigo, Martin. Tenemos que averiguar si realmente nos queremos; no...

—Bueno, ¿cómo esperas averiguarlo? No existen detectives para eso.

Laura miró el violín.

—Podemos tocar sonatas juntos —sugirió Laura—. Hasta que estemos seguros.

Martin casi estalla, pero vio un resplandor sonriente en los ojos de la muchacha.



*P*ara que sus bordados queden perfectos, use los hilos



"Mouliné" y "Perlé"
ANCLA

COLORES FIRMES

—Ya te dije antes, trenzas de oro, no olfateo como conejitos. Trata de desligarte del pasado. Todo cuanto puedo ofrecerte yo, es futuro. Y tampoco mucho...

—Martin, deja de ser tan... seco. Por favor, abrázame. El la cogió entre sus brazos, y sus labios se juntaron. Él lo sintió temblar y apretó los brazos alrededor, escuchando decir a su corazón: sí, sí, sí, sí.

—¿Y tu carrera? —le preguntó de pronto Martin.

—¿No te puedo tener a ti y una carrera? Tú ya tienes una.

—Muy bien. Yo no soy egoísta. Pero, mira, tienes que estar segura —le dijo con un resurgimiento de tirantez—. Te lo digo seriamente, Laura. Mantuve una especie de consultorio gratis para ti por un tiempo largo. Pero estoy aburrido de esto.

—Yo también —respondió ella—. Ahora voy a cuidar ti. Ya verás.

—¿Sí? Ese acto merece verse desde primera fila. Laura notó que deliberadamente él trataba de frenar propia alegría. Alguna vez, más tarde, tal vez mañana, la mañana, tendría otra idea. Y si la conservaba, la expresaría. Tal vez. Su actitud misma parecía, como el resto de su persona, terriblemente encantada.

—¿Cuándo comiste por última vez? —preguntó Martin.

—No me acuerdo. Sólo sé que estoy muerta de hambre.

—Espléndido. Deja ir a lavarme y saldremos.

—¿Puedo entrar a mirarte mientras te afeitas?

Martin sacudió desesperadamente la cabeza.

—Has perdido quince años en alguna parte. Va a ser bastante trabajoso encontrarlos...

—Sí, Martin. Muy costoso. Pero tú eres el hombre indicado para hacerlo.

—Así lo espero. Ya tengo cierta práctica para seguirte, tú bien lo sabes. Eso toma algo de tiempo.

—No tienes para qué hacerlo. No te rías, por favor. Pasaré dos días a la semana en algún hospital. No sé qué haré...

La cogió y la sostuvo contra él, tal vez porque no deseaba que se diera cuenta de que tenía los ojos húmedos.

—¿Ven! —le dijo de pronto y la tomó de la mano—. Puedo des mirarme mientras me afeito.

Ella atravesó con él el living. "Voy a cambiar el aspecto de esta pieza, sin importarme lo que opine", pensó Laura.

Era una idea encantadoramente mundana, como comer queso y pan negro sentada sobre una nube. En su mente escuchó también algo como el chirrido de una inmensa puerta de roble. Si miraba para atrás, el puente levadizo estaría levantado y el foso estaría ensortijado con las brumas de la tarde, como un tul. La imagen se heló en su mente como la página de un libro. No exactamente un libro de hadas, sino uno parecido...

Había una vez una muchachita que no quería crecer. Y así fue cómo se enamoró de un poderoso rey, suficientemente viejo y magnífico, como para ser su padre. El quería que ella fuera a vivir a su castillo, donde vivían todas sus otras muchachas, donde los grandes y los famosos iban a rendirle homenaje, y las fuentes murmuraban día y noche para su placer, y cientos de músicos y orquestas cantaban y atronaban sus estados de ánimo. Pero un día, cuando ella fue a visitarlo, encontró a otra muchachita allí con un semblante muy desgraciado, y repentinamente el lugar pareció lleno de gritos, de ecos y de siniestras miradas ocultas. Entonces ella huyó, y se casó con un urólogo, que tocaba un violín rechinante en sus momentos de ocio, y que vivía en una de esas maravillosas calles locas de Nueva York, donde una bomba, una perfumería, una pastelería y siete psicoanalistas vivían dichosos, juntos, en la misma cuadra. Porque, niñita querida, no hay sustituto para el amor, y la mejor música para ti es la que haces tú misma; y, en todo caso, los castillos encantados son sitios terriblemente áridos y fríos.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 245.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 14 de enero de 1954 - N.º 1029.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa, y por lo tanto no puede contratarlas".

La media nylon

12 Denier

sin costura

es una exclusividad

de



Laban

Unica firma en Chile
que posee las maquinarias adecuadas
para fabricarlas.

El aceite que
"Reina"
en su
hogar

CALIDAD GARANTIZADA.
PUREZA ABSOLUTA.
CONTENIDO EXACTO.
SABOR UNIFORME.



**FABRICA NACIONAL
DE ACEITES, S. A.**

Distribuidores exclusivos:
IBANEZ Y CIA.



Confidencias

de Margarita

M. R.

N.º 1030



¿AMOR O CAPRICHOS?

MI COMPANERO
DE VIAJE

UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial

LA SOMBRA DEL
PASADO

TUVE MIEDO DE
NO CONOCER EL
AMOR,
novela

JENNY DE
RAHDEN,
amor histórico

LOS NERVIOS
PUEDEN ARRUI-
NAR UN MATRI-
MONIO,
artículo

EL MOLDE DE
LA SEMANA

LA INCOMPREN-
SION ES UN
PECADO.



Todas las noches Percy me llevaba a una de las fiestas que daban en casas de sus múltiples amigos y siempre nos recibían con grandes demostraciones de simpatía.

LANAS



SEDAS



Sedylan

La dama elegante viste
con Sedas y Lanas

Sedylan



INCOMPRESION

ES UN
PECADO

CUANDO mi mujer me abandonó y regresó al puesto que desempeñaba de soltera, intenté consolarme diciéndome que era ella la culpable del fracaso de nuestro matrimonio y que, tal vez, encontraría en mi existencia otra compañera más apta para la vida de campo, que era la única que yo podía ofrecer a una esposa. Pero después de transcurrido cierto tiempo, comprobé que me era imposible persistir en este engaño. Sabía, en lo más íntimo de mi ser, que Lola no pudo evitar el fracaso de nuestra unión, a pesar de todos los esfuerzos que hizo para lograrlo. Decidí buscar el olvido en mi trabajo, y me dediqué a las labores del campo,

excluyendo toda otra actividad. Por las tardes estaba tan fatigado, que sólo ansiaba regresar a mi hogar y tenderme a dormir; pero en las noches despertaba angustiado, y el peso de mi culpa roía mi espíritu. Para evitar este sufrimiento, decidí salir a trabajar en el tractor de noche; pero todo fué inútil. Llegó un momento en que se desmoronó mi orgullo, y me dirigí a la ciudad a ver a Lola y rogarle su perdón.

La esperé a la salida de la oficina. Cuando la vi acercarse sonriente, comprendí que no iba a poder proferir ninguna de las palabras que tenía preparadas para la ocasión.

Al verme, la sonrisa abandonó su rostro; pero, recobrándose, me dijo con voz natural:

—¡Hola, Samuel, qué gusto de verte! —Iba pasando, y se me ocurrió que podría llevarte a casa —mentí.

Me respondí con una frase de agradecimiento. En su mirada noté una expresión de intensa curiosidad. Tal vez habría notado la forma cómo galantemente había descendido a abrirle la puerta del automóvil, cosa muy impropia en mí, quien, después de la ceremonia de nuestro matrimonio, había olvidado por completo las cortesías debidas a toda mujer.

En ese instante desfilaron por mi mente las preguntas que me había repetido hasta el cansancio: ¿No es prueba de amor suficiente el que un hombre decida casarse con una mujer? ¿El que jamás mire a otra con interés? ¿El que trabaje día y noche sólo para ella?

Ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra. Al llegar a la puerta del edificio de departamentos donde residía, se volvió hacia mí. Tal vez comprendió el tormento que experimentaba, pues me dijo:

—¿Te agradaría llevarme al campo, Samuel? No he vuelto desde... es decir, me gustaría contemplar mi hogar.

¿Significaría ello que...? ¿Oh, Lola, Lola, mi amor! Lo único que pude decir en voz alta fué:

—Naturalmente, si así lo deseas...

Durante el trayecto no comenté la belleza del paisaje que nos circundaba, pero casi se podía palpar la admiración de su mirada. Lola estaba distinta, más tranquila, más reservada, menos espontánea. Y, paradójicamente, yo, el culpable de su actitud, deseaba desesperadamente volver a sentir a mi lado a la Lola de temperamento cáldo.

Al llegar a nuestra hacienda, Lola tampoco pronunció una sola palabra; pero en su rostro brilló la antigua alegría que yo conocía, tan característica en ella.

El perro, al verla, se abalanzó, ladrando lleno de contento. Mi mujer no pretendió, como siempre lo había hecho, que se atemorizaba al verlo, sino que, por el contrario, acarició suavemente la cabeza del animal y apoyó la mejilla contra su húmedo pelaje.

Al llegar a la puerta de la casa, Lola se detuvo y miró a su alrededor. Luego se volvió y pareció escuchar algo en la lejanía. Comprendí que oía el murmullo del arroyo, y me felicité, como siempre lo había hecho, por haber seguido sus consejos de edificar nuestro hogar en este hermoso paraje.

Luego penetró en el vestíbulo, y de allí fué al comedor, donde acarició suavemente la pulida superficie de los muebles. En lugar de éstos pude ver la pequeña mesita que deseaba tanto colocar bajo la ventana y la expresión anhelante de su rostro en esa ocasión, cuando me dijo suplicante: "¡Qué hermosa se vería con un jarrón de cinias al centro!"

En ese momento las manos de Lola recorrieron el aparato de calefacción a gas, y recordé lo ofendido que me había sentido, porque no apreciaba el lujo que significaba en el campo poseer esta comodidad. Ella siempre había anhelado una chimenea con gruesos leños, para sentarse junto a ellos en las tardes de invierno.

Mi esposa apartaba con manos trémulas los visillos de tul de una de las ventanas y se inclinaba hacia adelante mirando arrobada el paisaje que desde ahí se ofrecía a nuestra vista. Recordé la tarde que discutimos sobre la conveniencia de no colocar esos visillos. Lola se había mostrado contraria a ellos. Me dijo en esa oportunidad:

"¿Para qué impedir con tules que se vea el paisaje?" Para convencerme, trajo una pieza de cretona de alegres colores que había comprado y la colocó a ambos costados de la ventana.

Sin embargo, yo insistí en el tul, pues la gente podía pensar que no me encontraba en situación económica como para afrontar ese gasto. Además, aproveché la oportunidad para regañarla por invertir dinero en cosas superfluas, como era esa cretona. Pero Lola la empleó para hacer fundas a unas sillas de la cocina, por las que nunca le dirigí una frase de alabanza.

Me aproximé a la ventana y contemplé el paisaje por sobre el hombro de mi mujer. Si me atreviera a tocarla, sentiría la suavidad de sus hombros, la calidez de su piel, el brillo de su mirada y el olor de su pelo, dulce como la fragancia de primavera.

Mi corazón se contrajo de dolor al tenerla tan próxima y a la vez tan lejana. Ansiaba poder decirle que nuestra separación me había hecho comprender el valor de las cosas pequeñas, que volviera a mí y me perdonara; pero no me atrevía a murmurar una sola palabra. Y de pronto comprendí que en el amor no se necesitaban las palabras.

Lola se dio vuelta y me contempló.

(Continúa en la pág. 6)



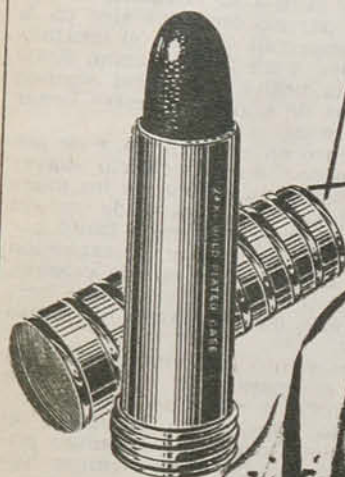
Al llegar a nuestra hacienda, Lola tampoco pronunció una sola palabra, pero en su rostro brilló la antigua alegría que yo conocía, tan característica en ella.

Había cometido un error y debía sufrir para expiarlo...

Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO
24 K.



Cada estuche
con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

OR QUE terminan tantos matrimonios en una paración? Porque ambos, marido y mujer, prueban ser neuróticos y, por lo tanto, incapaces de darse sus defectos. Continuamente pone uno vicio al otro.

Tolerable. Todos los neuróticos tienen una cosa en común: la inmadurez emocional. Esto se explica por la conducta infantil de una mujer o un marido. Cerba los nervios de su compañero más allá de lo tolerable.

Las personas que se encuentran en tales condiciones hacen cosas así: a) Se sienten mártires, sufren en su desgracia y no hacen nada para mejorar una situación que se hace más y más insoportable. Algo extraño les sucede. La mujer o el marido tienen una crisis nerviosa y van donde el médico, quejándose de enfermedades, sin saber que estas son disfrazadas expresiones de una desgracia yugal.

b) Ellos mantienen intacto su matrimonio, pero viven mundos separados. Sus relaciones matrimoniales se hacen poco frecuentes. El marido busca una salida a sus frustraciones domésticas a través de galanteos, que él oculta, o la mujer trata de justificar su infidelidad apoyándose en que ella no es apreciada y amada en el hogar.

c) Ellos persiguen la separación, sólo para descubrir después que esa no era la solución. Lo más probable es que

Los NERVIOS

sean desgraciados en su segundo matrimonio, porque están ciegos al hecho de que la causa básica de sus dificultades yace dentro de ellos mismos.

Un hombre de edad mediana pidió consejo porque se sentía "irritable y nervioso". Durante la primera entrevista parpadeaba con frecuencia y retorció sus músculos faciales. "Mis ojos me molestan mucho" —se quejó—. "Cuando leo se afecta mi garganta. Los músculos de mi cara se ponen tensos. Debo tener malos los nervios. Cuando me siento así, me pongo irritable y encuentro malo todo lo que hace mi mujer".

Esta historia revela la causa del problema. Su mujer, después del nacimiento de su segundo hijo, comenzó a manifestar aversión por su marido. Admitió el hecho de que se había vuelto fría, y cumplía sus deberes matrimoniales sólo como un deber. El marido se desinteresó cada día más hasta llegar a no tomarla en cuenta. Su impotencia era la reacción a la frialdad de su mujer.

En esta situación, la desgracia iba en aumento. Peleaban frecuentemente por trivialidades y perdieron el romanticismo que los unía. El síntoma de los ojos probaba ser la expresión de su inhabilidad de ver la solución a su problema matrimonial.

CRISIS DE LA EDAD MEDIANA

Una pareja buscaba consejo por sus frecuentes desavenencias. La mujer se quejaba de que su marido no la amaba como antes. El se pasaba más tiempo en el club, se preocupaba menos de los niños y a ella la excluía de sus funciones sociales.

El marido alegaba que había notado un cambio definitivo en su mujer, se lamentaba constantemente de no sentirse bien, criticaba todo cuanto él hacía y lo acusaba de no quererla. El la había hecho examinar por muchos médicos, los cuales le dijeron que se acercaba a la edad crítica y que eso involucraba cierto cambio en su personalidad. Las mujeres en la edad mediana a menudo desarrollan una condición que se caracteriza por una inestabilidad emocional, frecuentes estallidos de llantos, cansancio injustificado, insatisfacción por todo, estados de depresión y una sensación de desaliento como si hubieran perdido el amor de sus maridos. Estos síntomas de desgracia traen una sensación de piedad hacia sus personas, una pérdida de la confianza en sí mismas, por las frustraciones en las relaciones con sus esposos y su inhabilidad para ajustarse bien a sus cambios glandulares.

Los hombres también pasan por una edad crítica similar. Algunos se ponen gruñones, serios y se quejan de diversas enfermedades. Incapaces de reconocer la fuente de sus trastornos, ponen nerviosos a los demás.

CUATRO TIPOS DE ESPOSAS

Los varios tipos de esposas neuróticas se pueden reconocer estudiando los rasgos personales comunes de cada tipo. Estas mujeres se resumen en cuatro grupos:

1. La esposa antimasculina.

Esta describe el inmenso grupo de las mujeres que subconscientemente tienen satisfacción, protestando contra todo lo que el hombre hace o dice. Un matrimonio con una mujer de este tipo se transforma en una constante lucha por la supremacía. El exceso de agresividad es su mayor falta.

Obcecadas por una urgencia de dominio por el hombre, son congénitamente argumentistas. De un modo u otro siguen una carrera, y la profesión de sus maridos ocupa un papel secundario en sus vidas.

Mirando las relaciones físicas con su marido, ellas llenan sus obligaciones maritales más bien como un deber que como un agrado. La frialdad es común en este tipo de esposas. Fisiológica y emocionalmente, estas mujeres son esposas-virgenes.

2. La esposa emocionalmente inestable.

Este tipo está dotado de una salud (hipocondríaca) mala. Ella va de un médico al otro, buscando la curación de sus muchos males. Sus conflictos mentales se han convertido en síntomas físicos, pero nadie las puede convencer de que su salud es magnífica.

Las esposas de este grupo pueden sufrir miedos mórbidos, indigestiones nerviosas, estados de pánico, jaquecas, debilidad, vahidos y una serie de otros síntomas. Se rien ruidosamente,

lloran con facilidad y se desmayan a su antojo. Pertenecen al tipo "insoportable".

3. Las esposas que solicitan atención.

A este tipo pertenecen las enamoradas de sí mismas. Si son bonitas, pasan todo el tiempo mirándose al espejo. Se transforman en una autoridad en todo lo concerniente a su pelo, a sus uñas, a su cara, a su silueta y a sus vestidos. Si no son de naturaleza atrayente, se compensan dedicando la mayor parte de su tiempo en cuidar su apariencia.

4. La esposa esclava de su familia.

Las esposas que pertenecen a este grupo corren a la casa de su "mamá" cuando su marido se pone desconsiderado y abusador. Ellas nunca se han podido desprender de sus padres. Tienen un complejo familiar y constantemente consultan a sus padres, sacando como resultado que sus maridos se transformen en unos adictos a la aspirina a causa de los dolores de cabeza que les producen sus suegras.

A causa de su incompetencia doméstica, este tipo de esposas llegan a ser un peligro en el hogar. Echadas a perder por sus padres, siguen siendo regalonas de sus maridos, ya que estos sienten pena por ellas. Siempre quieren ser sólo "una niña". Crecer y madurar emocionalmente significa para ellas un esfuerzo titánico.

en arruinar un matrimonio



CUATRO TIPOS DE MARIDOS

La experiencia nos enseña que hay también cuatro tipos de maridos. Ellos pueden agruparse en dos grandes categorías: a) el grupo masculino agresivo; b) el grupo afeminado y pasivo. Y dentro de estos dos grupos, hay clases buenas y malas.

1. El grupo masculino agresivo.

Tiene una personalidad equilibrada, y es capaz de desenvolverse solo frente a cualquier cosa. Dice que las cosas deben hacerse a una hora precisa. No intimida a su mujer o la hace sentirse que la domina, y su dinamismo y actividad le irradian una sensación de confianza.

No hay egoísmo detrás de sus planes. Está hasta dispuesto y acata mas que produce controversias familiares. Recuerda galantear las dotes culinarias de su mujer, y la alaba en presencia de sus amigos; se acuerda de los cumpleaños y aniversarios. Hace alegre la vida del hogar y permite que su mujer se sienta que es la inspiración de sus éxitos. Prueba que se aviene con ella físicamente. Además, tiene un sentido del humor y puede apreciar el punto de vista femenino respecto a cualquier cosa.

Ustedes nos pueden sujetar, diciéndonos que estamos describiendo al "marido perfecto" —un hombre mito, que no existe—. Este tipo no es una maravilla sin fallas. Es real y humano; adora la aventura y es temerario. Puede saborear una broma, puede gustar del licor, admirar la belleza, pero prefiere no perturbar su matrimonio, ni con el alcohol ni con las aventuras galantes.

Un buen marido, sin embargo, no necesita tener todas estas cualidades. Pero si posee o se esfuerza por tener, por lo menos, el cincuenta por ciento de ellas, el éxito de su matrimonio está muy asegurado, estipulando, por supuesto, que su esposa, además, sea una persona fina y adorable.

El individuo malo de este grupo agresivo es el egocentrista. Es egoísta y

(Continúa en la pág. 7)

Demasiado inteligente para amar

Por Rodrigo García

Una densa neblina empañaba la noche y apenas se podía ver a algunos metros a la distancia. Las olas del mar reventaban matemáticamente, repitiéndose con cruel sistematicidad: iban y venían iracundas, arrastrándose en la playa, como queriendo llevar mar adentro un trozo de tierra, desgarrándola con sus manos de infinitos dedos encrispados. Margarita estaba apoyada en la balaustrada de la rambla. Tenía la mirada fija en el mar mientras la neblina la cubría con un hálito de misterio. La respiración de Margarita era agitada, y su pecho se convulsionaba inquieto y atormentado. Estaba inmóvil, con las manos rígidas. A lo lejos se oía el atronador llamado del faro, que advertía del peligro a los barcos surtos en la bahía. La noche estaba triste, misteriosa... Margarita lanzó de pronto un suspiro y, descomándose, se dejó caer y comenzó a sollozar. Sus hombros se convulsionaban desconsoladamente. El mar seguía impertérrito, atrastrando y llevándose sus olas. Margarita era una muchacha tierna, sencilla y profundamente humana. Demasiado inteligente para ser completamente feliz, no pudo emprender el camino del amor sin sufrir desilusiones. Los hombres —los hombres que Margarita había conocido— huían de su lado apenas descubrieron que la muchacha era demasiado inteligente para soportar y tolerar sus propias debilidades.

Margarita trató por todos los medios de ser menos intelectual, de hablar cosas triviales, de sentir como los demás, de alegrarse con cosas simples... pero aún así, a pesar de su esfuerzo, siempre surgían una palabra, un gesto, una actitud, que evidenciaban su inteligencia, su cultura y su capacidad. Y entonces, los hombres que la cortejaban comprendían que eran inferiores y —muy discretamente— desaparecían de su lado.

Pero un día Margarita conoció a un escritor. Un hombre de cuarenta años, íntegro, culto y sensible. Vivía para los demás, pues su misión era comprender, analizar las vidas de los otros, y luego entregárselas refaccionadas, como debieran ser.

Margarita y Pablo se comprendieron y se gustaron. La muchacha no cabía en sí de gozo: le parecía imposible que por fin alcanzaría la dicha de amar y ser amada. Pablo, por su parte, se sentía trastornado: él creía que el amor era algo inalcanzable, algo que sólo vivía entre los versos de los poetas, y entre las notas de los músicos.

Margarita y Pablo vivieron una verdadera aventura de novela. A su lado surgía y se movía el mundo, pero ellos apenas lo oían: estaban viviendo el uno para el otro, el uno dentro del mundo del otro. Parecían ser un solo todo, una sola cosa los dos.

—¿Hay algo más hermoso que sentirse multiplicado en otro ser? —preguntaba ella.

Y él le respondía:

—La belleza del amor es fecunda, porque aumenta las ganas de vivir, porque impulsa a hacer tantas cosas.

Así pasaron quince, veinte, treinta días..., hablando, paseando, amándose como nunca antes dos personas lo hubiesen hecho... Hasta que llegó el día fatal. Desde hacía un buen tiempo (tal vez dos o tres días), Margarita comenzó a notar que las manos de Pablo ya no la acariciaban con el mismo calor de antes; que sus besos eran ardientes, pero no apasionados... Algo andaba mal, sin duda, pero ella no quiso preguntarle nada. Fue él quien se lo dijo:

—Estoy inquieto. Perdóname; nunca debí acercarme a ti... Soy un tipo difícil. Ya lo ves: debería estar dichoso, transportado de alegría...; y algo me preocupa: es el amor encontrado, Margarita. Como escritor, estaba acostumbrado a buscar infatigablemente el amor, porque el amor era el motor de mis novelas... Ahora que ya lo he encontrado, ¿tendré que dejar de ser escritor?

—Puedes escribir a mi lado..., ¿no es lo mismo que antes?

—No; porque ya sé cómo es el amor... y lo más hermoso para el poeta es que para él, el amor no tiene forma, ni nombre, ni contenido... Es el ansia de soñar, de no encontrar nunca lo que busca...

Y Pablo, al día siguiente, ya no volvió más. Sólo una nota, muy breve, quedó de él:

“Adiós, Margarita..., me voy, porque a tu lado ya no volveré a soñar más. Margarita: eres una muchacha sin igual. Perdóname, Pablo”.

Desde ese instante, Margarita volvía, día a día, a instalarse en la rambla, a observar el mar cuyas olas la tranquilizaban. El agua la obsesionaba: la vida ya no tenía interés para ella y Margarita sólo buscaba la muerte. El mar, la niebla..., nadie la veía: necesitaba un impulso, nada más y todo habría de terminar. La muchacha, desvanecida en el suelo, comenzó a despertarse lentamente... La neblina se disipaba y ya se anunciaba la aurora. Margarita sintió frío: a lo lejos comenzaba a verse la silueta de un bote de pescadores que se iba acercando lentamente. Adentro iban un hombre, su mujer y un pequeño que lloraba: era la vida, la esperanza. Sin saber por qué, Margarita se sintió fortalecida, un suave calor comenzó a entibiar sus entumecidas venas... sacudió su cabellera, como tratando de despertar definitivamente y se incorporó: nunca más volvería a pensar en la muerte. La vida, con todo, era hermosa... y sola, o acompañada, la viviría tan intensamente como pudiera. Con paso arrogante, decidido, franco y lleno de vitalidad, Margarita se encaminó resuelta a la ciudad. Algún día volvería Pablo... y si no fuera él, otro llegaría a transmitirle el mensaje de amor que necesitaba.

La incom- prensión es un...

(Continuación de
la pág. 3)



Estaba tan cerca, la sentía tan mía. Sin embargo, una barrera se interponía entre ambos, una barrera que yo había erigido, una puerta que había cerrado por mi propia voluntad. Al principio de nuestra unión, Lola trató de darme a entender que dos seres que se aman deben comprenderse y admitirse tal cual son. Pero yo, ciego por mi propia suficiencia, creí que mi mu-



jer debía actuar y pensar según mis ideas y quise abolir por completo su personalidad. Ahora me daba cuenta de que el modo de ser peculiar de Lola era demasiado hermoso para abdicar a él. Ya no deseaba que cambiara, sino que me dejara participar de su vida. Siguió recorriendo las habitaciones de este hogar que mi egoísmo no permitió que compartiéramos del todo. Para ella éste debía ser sólo un sitio donde vivió cierto tiempo, pero al que no le permití dar nada de sí. El día que retiró sus pocas pertenencias, nada quedó para recordarme su presencia. ¿Qué había dicho en esa oportunidad? “Este no es un hogar, Samuel; es tan sólo una casa. Tu casa. Y no puedo hacer nada para remediarlo. Tú no me amas, por lo menos no de la manera que yo necesito ser amada.”

En ese instante no sabía cuánto la quería. Tampoco sabía lo que era despertar por las noches y llorar hasta el

(Continúa en la pág. 10)



Los Nervios pueden arruinar un...

(Continuación de la pag. 5)



exigente. Su mujer tiene que avenirse a todos sus planes. Se casa por conveniencia, para llenar su urgencia de instintos masculinos. Quiere amedrentar a su mujer; desahoga sus arranques de rabia y piensa que las actividades femeninas se reducen a la cocina y al dormitorio. No muchos maridos son tan poco afortunados como para tener todas estas pésimas cualidades, pero si un hombre tiene un gran porcentaje de ellas, es el momento de enmendar su personalidad antes de transformarse en un neurótico insoportable.

2. El grupo afeminado y pasivo.

Al individuo bueno de este grupo se le podría llamar del tipo filosófico. Esta clase de marido es también el "ideal", pues tiene una filosofía comprensiva. Piensa que un hombre que discute con una mujer es un idiota. Ha aprendido por experiencia que el halago saca más dividendos que la crítica, por eso se mantiene modestamente en su sitio. Este tipo de marido, generalmente, se aviene con cualquier clase de mujer, tanto con la agresiva como con la sumisa. Se queja poco, hace de su matrimonio una eterna luna de miel y trata a su mujer como una novia eterna. Su matrimonio puede ser o no ser un éxito. No todas las mujeres respetan este tipo apacible de hombre. A menos que su suavidad esté mezclada con un cierto porcentaje de firmeza, una mujer inteligente puede resentirse por su pasividad masculina y ser atraída por un "verdadero hombre" que la domine, mientras le hace el amor. O, simplemente, lo deje porque es poco atractivo y aburrido. El niño mal educado de este tipo femenino puede terminar mal. Nunca será capaz de desprenderse de las faldas de su madre. Generalmente, es tímido y tiene miedo a las responsabilidades. Es extremadamente sensible y se inclina a la murria cuando se siente herido en sus sentimientos. Cuando está enfermo en cama, pide muchas atenciones y un cuidado "maternal". Para hacer el amor es torpe o incapaz. También es indulgente con su esposa o va al otro extremo y se transforma en un desinteresado por el amor.

Hay dos ocasiones en las cuales es preciso mantener cerrada la boca: cuando se nada y cuando se está enojado.

REGLAS PARA LA FELICIDAD

¿Qué podemos hacer con las esposas y los maridos descritos anteriormente? Mientras se escriba un libro respecto a cómo evitar los roces que existen en el matrimonio, hay unas pocas reglas generalmente aplicables a las mujeres y a los hombres que desean mantener incólume su matrimonio. Primero, evitar conversaciones desagradables. Se necesitan dos personas para sentar un argumento. Si discutes tus puntos de vista manteniendo controladas tus emociones, puedes no discutirlos. Generalmente, tienen, además, poca importancia. Por lo menos, espera hasta adquirir serenidad, o trata de hablar sin ser abusadora y personalista. Segundo, trata de comprender la psicología del otro sexo. Hay características en ambos que pueden ser llevadas sin dificultad desde el principio. Por ejemplo, muchos hombres quieren sentirse importantes. Muchas mujeres cometen el error fatal de achicar a sus maridos, en vez de hacerlos sentirse que son la persona más importante de la familia. Las mujeres normales no desean dominar al hombre. Muchas de ellas prefieren mirar a sus maridos como sus protectores. Hay cosas comunes en las mujeres que el marido se niega a apreciar. La mujer quiere sentirse segura. Ella quiere ser tratada como una novia y ser, de cuando en vez, galanteada. La seguridad material no le basta. Necesita ser amada y sentirse responsable del éxito de sus maridos. Tercero, si hay alguna incompatibilidad actual de sexo, hay que hacer algo. Los matrimonios que no se preocupan de la parte física, son los que constantemente pelean. Cuarto, el matrimonio es un asunto de lado y lado. Sugiere cooperación y no una guerra por la supremacía. No se pue-

(Continúa en la pag. 11)



HISTORIA DE UN TRAJE DE NOCHE:

Victoria Wolff, la célebre escritora alemana, relata, en esta obra, llena de colorido y emoción, la historia a la vez simple, humana y conmovedora, de la vida de tres mujeres desconocidas entre sí, cuyos destinos están extrañamente enlazados por un traje de noche, hermoso y sutil como ellas mismas.

PRECIO \$ 140.—

EL ASESINATO EN EL MOLINO

E. C. R. Lorac crea en esta obra el pueblo de Milham in the Moor, un villorrio de Devon semejante a cualquier otro pueblecito inglés en los cuales suceden a menudo horribles crímenes. En esas soledades, en medio del páramo, Milham ha alimentado una fusión de democracia y feudalismo. El Jefe-Inspector MacDonald se ve obligado a investigar no sólo un crimen, sino una cultura. Es asesinada una religiosa paranoica; la revelación de su extraño carácter nos brinda sorpresa tras sorpresa. Todos en el pueblo decían que era "una santa". Pero ¿lo era, realmente? En las páginas de este libro encontrarán la respuesta a más de un enigma cautivador.

PRECIO \$ 130.—

LA FLOR DE LA HIGUERA:

Con esta nueva obra de Blest Gana, Zig-Zag integra su colección de Obras Completas de este recordado escritor nacional. Una vez más el autor nos habla de los campos, las pasiones y el pueblo que tan bien conoció, y de una época novelesca y llena de tradiciones. Esta obra gustará al público por lo fuerte de su trama, sus personajes bien delineados y el sabor criollo que emana de ella, tan característico del autor de DURANTE LA RECONQUISTA, LA ARITMETICA EN EL AMOR, y tantas otras obras famosas.

PRECIO \$ 120.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casilla 84 D Santiago de Chile

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

U... de septiembre nos reunimos todas las muchachas del pueblo en una fiesta. Me preguntaron por Rafael y rei, tratando de que creyeran que no había existido nada entre nosotros. Al verlas a todas me sentía más vieja y más experimentada. Betty se casaba el próximo mes, pero yo no la envidiaba. En mis sueños, Rafael era aún el viajero que había partido. No me podía detener a pensar en el amor que pude darle y que no le di. Días después vino a vernos el párroco de nuestra iglesia con un joven alto y buen mozo.

—Elena, te presento a Oscar. Estudia filosofía y teología en la Universidad. Al darle la mano, experimenté una curiosa sensación de atracción hacia él. —Desearía ayudar a sus padres en esta hermosa labor —me dijo con una encantadora sonrisa.

—Sería maravilloso —le repliqué. Cualquiera cosa que hubiera sugerido la habría encontrado igualmente estupenda.

En ese instante Coralía, que había estado contemplando extasiada al recién llegado, le preguntó con su voccilla infantil:

—¿Es usted casado?

—¿Casado? No...

—Siempre se comportaran así —le expliqué al visitante, mientras le enseñaba los hermosos prados de nuestra casa de reposo. Todo estaba esa tarde tan tranquilo, sereno, ordenado... como un cementerio. Me pregunté si Oscar pensaría lo mismo. Pero no, él se parecía a mi padre y encontraba ese lugar tan triste, un bálsamo y una bendición.

—Sus padres son personas excelentes. Comprenden perfectamente que trabajan con el alma de sus huéspedes y no sólo con sus cuerpos.

—Usted habla como un sacerdote... aunque bastante joven, por cierto.

—Tengo veintidós años —me murmuró sonriendo nuevamente, con esa sonrisa que le hacía brillar los ojos.

Oscar venía a nuestra casa todos los domingos. Cuando escuchaba el ruido

CAPITULO

II

de su viejo automóvil, sentía la misma emoción dentro de mí que experimenté la primera vez que lo conocí.

Una tarde que estábamos en el jardín, vi que papá me hacía señas desde la casa.

—Elena, ¿puedes venir un momento?

—Al llegar a su oficina me tomó de las manos—. Mi niña, el padre de tu novio me acaba de llamar por teléfono. Rafael está muy enfermo; poliomielitis. Debes ser valiente, hijita, sé que ambos se querían.

Su rostro sólo denotaba amor y muy lejos de él estaba la sospecha. "No sabe cuánto nos amábamos", pensé y sentí más pena por papá, que por Rafael.

—¿Está muy mal? ¿Qué dice su padre?

—El y su mujer irán en avión a verlo. No saben nada fuera de que está en el hospital.

Semanas más tarde lo trajeron a su hogar en un avión particular. De inmediato me llamaron para que fuera a verlo. Su padre me dijo:

—Ha preguntado constantemente por usted, Elena.

—Iré inmediatamente. ¿Cómo está?

—Bien, quedará muy bien.

Las cinco cartas que había recibido de él desde el hospital denotaban alegría y confianza, de modo que no estaba preparada para ver esa figura delgada y sin vida que yacía en un diván. Sólo sus ojos parecían subsistir aún y clamaban hacia mí.

—¡Elena! —su voz era tan esquelética como su cuerpo y tan falsamente alentadora como sus cartas.

—¡He vuelto, Elena!

Me senté a su lado y atraje sus manos a mis mejillas. Sentí que sus padres abandonaban el cuarto, y no supe qué hacer ni qué decir.

Su voz era una sombra que surgía de la negrura de un pasado que ahora deseaba olvidar.

—He vuelto... por ti.

—Si. No hables mucho.

—Deseo hacerlo. No he podido olvidar... tú sabes a qué me refiero. Una niña como tú... hubiera querido contra todo el mundo que ambos... —se interrumpió, pues, en ese instante entraban nuevamente sus padres en la pieza.

—Bueno, Elena, ya ves que nuestro muchacho está mucho mejor. Siempre dije que lo que necesitaba era ver a su chica —dijo alegremente el padre de Rafael.

—Me voy a volver una madre estricta y los separaré... hasta mañana —sonrió a su vez la mamá.

Mientras ambos me contemplaban, me incliné y besé a Rafael en la mejilla. Al separar los dedos de la mano que me atraía hacia él, me pregunté cómo podían tener tanta fuerza si estaba tan débil.

—Hasta mañana —me susurró y yo asentí.

Mantuve una sonrisa en el rostro mientras su madre me acompañaba hasta la puerta. Experimentaba un deseo incontrolable de escapar de allí, pero en el vestíbulo me rodeó con sus brazos.

—Tome una taza de té antes de irse, se lo ruego.

Nos sentamos en la biblioteca.

—Elena querida, le voy a hablar de al-

Tuve miedo

go muy delicado. Quiero que piense que soy su madre.

No podía ser cierto lo que pasaba por mi mente, no podía... ¡Se lo habría contado! Pero sí...

—Rafael siempre me ha contado todo, desde que era un niño pequeño he sido una madre muy afortunada, pues siempre he contado con la confianza de mi hijo. Sabía que algo lo preocupaba, fuera de su enfermedad. Esperé que depositara en mí su confianza, como siempre lo había hecho. Yo y mi marido deseamos que sepas que no condenamos tu acción. Si existe una falta, está en el hecho de que ambos no nos dimos cuenta de que nuestro hijo se había transformado en un hombre. No hay nada más hermoso que el amor de la juventud —terminó diciendo mientras se enjugaba una lágrima.

—Creo que es mejor que me vaya. Gracias por el té... y por todo —le respondí con prisa.

—Mi hijita querida —exclamó, dándome un beso.

De alguna manera conseguí desprenderme y salir a respirar aire fresco.

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Elena vive en una enorme casa, que sus padres dedican a pensión de reposo para enfermos y ancianos. La muchacha tiene miedo a la vejez y se siente atraída por el ambiente opresivo que reina en su hogar. No quiere dejar pasar el amor y por eso acepta a Rafael, a quien cree amar y con el cual tiene una aventura junto al río. El muchacho parte y le jura volver en cuanto ella lo llame. Entretanto, Elena sale con otros amigos, aunque, en realidad, su corazón todavía no ha encontrado el verdadero amor.

"...Debí haber permanecido a su lado..., caminábamos por un prado que olía a tierra húmeda y pinos..., una noche digna de añorarse..." Los recuerdos suelen ser cosas intangibles y pálidas, como la niebla que se alza de los ríos. Deseé tener unos padres que me escucharan y me comprendieran.

"Hay una gran diferencia entre el amor y lo que los jóvenes piensan que es una aventura", estas palabras de mi padre hicieron presa de mi mente. No, no les podría contar nada, pues no me comprenderían.

Iba a ver a Rafael todas las tardes. Los domingos permanecía en casa para poder hablar unas palabras con Oscar. Nos sentábamos en la terraza y él me preguntaba:

—¿Cómo está Rafael?

—Bien, muchas gracias —respondía y luego tenía que irme de su lado, muy a mi pesar.

Mis padres se mostraban comprensivos, aunque sin comprender nada. "Pobre muchacho, pasarán meses antes de que pueda caminar de nuevo. Debes acompañarlo lo más posible" —me solía decir mi madre. Ambos creían que yo deseaba pasar a su lado todo el día, sin darse cuenta que me sentía encadenada por las circunstancias y que, poco a poco, esta cadena se iba estrechando en torno de mí. Una tarde vi

...de modo que no estaba preparada para ver esa figura delgada y sin vida que yacía en un diván.



de no conocer el AMOR

no el padre de Rafael a ver a papá. No me atreví a preguntarle el motivo de esta visita.

Mi novio mejoraba rápidamente. Su padre decía que me lo debía a mí. En su pieza tenía una radio, libros, flores, discos y a mí todas las tardes..., es decir, lo rodeaban de todo cuanto deseaba tener.

Rafael siempre había sido inquieto y alegre, ahora se había convertido en un muchacho tranquilo y pálido, que se tornaba triste cuando me alejaba de su vista. "Cambiará", pensaba yo, suponiendo que todo se debía a su enfermedad. Pero no era eso. A medida que curaba hablaba más y más de nuestro futuro. Soñaba con reintegrarse a la Universidad, pero, según decía, no sin mí. Ahora podía sentarse en una silla de ruedas y se veía extremadamente delgado bajo la frazada con que su madre lo había cubierto. Permanecí en el suelo escogiendo discos e intentando mantener la conversación que versaba sobre temas generales. En ese instante me di vuelta y vi que su padre estaba a mi lado.

—¿Conversaciones secretas, jóvenes?

—Sólo estoy tratando de hacerle comprender a Elena mis puntos de vista, papá. Dime, ¿cómo se le declara uno a la mujer que quiere como esposa?

—¡Estos muchachos! —rió el caballero—. Sentimentales, a pesar de... —se tornó rojo por la sugerencia. "A pesar de los automóviles estacionados en un camino solitario y de un amor que no espera el matrimonio", pensé. En ese momento, su madre entró e inclinándose hacia mí me dijo:

—Elena, lo que estos hombres están tratando de decirte es que ya tenemos todo planeado. Una hermosa boda en la iglesia. Tú y Rafael pueden usar nuestra cabaña que tenemos junto al lago. Después se irán a vivir junto a la universidad. —Su marido la interrumpió:

—Lo conversé con tu padre. Entre los dos los ayudaremos económicamente, al principio.

—Y no olvides que voy a tener un trabajo por medio día —comentó Rafael. Las mejillas las tenía sonrosadas y los

ojos brillantes. Parecía un pequeñuelo gozando con una diablura.

Su madre me abrazó. —Deseamos dar una pequeña comida familiar para sorprenderte, pero de todos modos tendremos la comida. Llamaré a tu madre en la tarde..., o no, mejor voy contigo en auto y converso con ella.

—Estará encantada —susurré. Sentía los músculos paralizados de terror. La trampa se había cerrado sobre mí. Todo estaba arreglado, ya no podía hacer nada para evitarlo. Su madre arreglaría el matrimonio religioso y Rafael estaría sano para abril próximo. En ese instante la señora nos explicaba que debíamos tener paciencia y esperar esa fecha, aunque comprendía que la juventud era vehementemente en cuestiones de amor. ¡Paciencia!

"Papá no permitirá que esto suceda, me dije frenéticamente. Mi padre no desearía que me casara con un muchacho al cual no amo." Después recordé su moral estricta y me sentí estremecer.

(CONTINUARA)



Si Ud. tiene un cutis seco ¡cuidado!

El cutis seco necesita ser atendido especialmente. Muchas mujeres presentan un aspecto de vejez prematura y no atinan a explicarse la causa, que bien puede ser el cutis seco. Si usted tiene cutis seco, ¡protéjalo a tiempo! Creada especialmente para combatir el cutis seco, la crema Pond's "S" contiene lanolina, el ingrediente más similar a los aceites naturales de la piel y está homogeneizada. Contiene también un emulsionante especial de acción suavizante.

Al acostarse: Limpie bien el cutis con Crema Pond's "C" y aplique luego abundante Crema Pond's "S" sobre la cara y cuello. Déjela, si es posible, toda la noche.

Durante el día: Extienda una fina capa sobre el rostro y disfrute de los beneficios del aire y del sol, sin preocuparse por su cutis seco. La Crema Pond's "S" conservará su cutis fresco y adorable.

Si la piel de las mejillas suele "agrietarse", por la noche aplique con la yema de los dedos bastante Crema Pond's "S", desde las mejillas hacia arriba y hacia las orejas. En el día aplique una fina capa de esta riquísima crema antes de salir a la intemperie.

Alrededor de los ojos aparecen las temidas "patas de gallo". Suavice cada noche con Crema Pond's "S". Comience desde el ángulo exterior de los ojos y dando unos golpecitos debajo de los ojos hacia la nariz. La lanolina ayuda a devolver su elasticidad a la piel reseca.



La incom- prensión es un...

(Continuación de
la pág. 6)



alba por la pérdida de un cariño. No sabía lo que era contemplar los parajes amados por la mujer querida, ni ver la luna y pensar en esa noche en que ella me había despertado para que la contemplara. Nada de eso había comprendido hasta que la perdí. Experimenté una especie de alivio cuando Lola me dijo, con voz un tanto trémula:

—Es preferible que regresemos. Cerré tras nosotros la puerta de nuestro hogar. En ese instante Lola murmuraba:

—Ha sido un error el haber vuelto... tan pronto.

No le pregunté el significado de sus palabras, porque lo sabía. Pertenecía a ese tipo de mujer que ha nacido para ser esposa y madre y que cuando aman a un hombre, lo aman sólo a él y para siempre. Ahora pretendía arrancar de sí sus ideas y creencias y volver a mí convertida en la clase de mujer que me agradaba en el pasado. Cuando la Lola de ayer hubiera muerto, cuando su espíritu selecto accediera a doblegarse, volvería al hogar a complacer al marido que había elegido para toda su vida. Y recorrería este hogar angustiada, sin volver a experimentar jamás la felicidad...

Tenía que hacer algo para impedírselo... y pronto.

Al día siguiente arranqué de las ventanas las cortinas de tul... y así hice lo mismo con todo cuanto nos había separado. Un mes más tarde todo estaba listo para su llegada. La casa entera era un reflejo de lo que Lola quería; hasta la chimenea tenía los gruesos leños con que había soñado. Una noche de luna llena fui a buscarla. La escogí a propósito para que el sendero que conducía a nuestro hogar pareciera de plata. Lo único que ansiaba era que comprendiera la intensidad de mi amor y me perdonara.

Esta historia que ustedes han leído la escribí esa misma noche, cuando la luna declinaba en el horizonte, el fuego se consumía en la chimenea y las flores doblaban sus corolas para el reposo. Luego la puse en manos de mi esposa, para que comprendiera mejor mi arrepentimiento y mi dolor... Ahora en adelante nada nos separará. Nuestro hogar se compondrá de Lola, mi verdadera esposa, nuestros hijos y yo.



—¡Que va a decir mamá cuando vea que te afeitas con la hoja con que ella descose sus vestidos!

Los Nervios pueden arruinar un...

(Continuación de la pág. 7)



de modelar a la otra persona conforme al modo personal de pensar respecto a todo. A pesar del hecho de estar unidos, cada uno es un individuo libre y precisa conservar sus derechos como persona.

Quinto, hay que quejarse lo menos posible. El término medio de la gente odia a los caracteres mal dispuestos, a los que corren todo el día tras los médicos, y los que abrumen sus hogares con las molestias que han pasado en el empleo. Las personas normales resuelven sus problemas en silencio y remedian las situaciones lo mejor posible. Es mejor hacer algo que quejarse y no hacer nada. Finalmente, para ser feliz, es preciso encontrar la relación que existe entre uno y la gente. La felicidad personal no depende de los demás. Hay que cultivar los intereses ajenos para estimular la vida matrimonial.

La gente desgraciada en su matrimonio es generalmente floja. Siempre tienen una excusa para ser infelices. Siempre están diciendo: "Mi vida cambiaría si me casara con otro".

Siempre nos debemos salvaguardar de coartadas de esta especie. Muchos de los maridos y de las esposas neuróticas



Educación es lo que queda después que olvidamos todo lo que nos han enseñado.

suponen que están condenados a ser desgraciados porque su compañero no quiere cambiar. Es preciso que cambien ellos antes de esperar que cambien los otros. Si se quiere mejorar la situación matrimonial, es preciso preguntarse si se ha hecho lo posible para que el matrimonio sea un éxito. Si aún así no ha dado resultado, es muy justificado buscar a otra persona para que nos ayude.

Hoy en día más del 20% de los matrimonios fracasan. Muchos de estos quebrantamientos pueden prevenirse enseñando a las partes a ser capaces de enfrentar sus dificultades en forma realista y tratando de hacer las concesiones necesarias.

Sobre todo, deben querer aceptar sus responsabilidades en una unión incompatible. Un matrimonio desgraciado es casi un problema unilateral. Si dos personas se transforman en nerviosas, lo que necesitan es comprenderse mutuamente y salvaguardar su cariño, puesto que su matrimonio no tiene para qué romperse, sino más bien buscar la forma de restaurarlo definitivamente.

M a d r e

En vano fué pedir al Infinito
un mendrugo de bien para mi pena,
y apenas tú, la Unica, la Buena,
podrás saber las ansias de mi grito.

Por el horror del arenal maldito
donde crece la duda que envenena,
dale toda tu gracia nazarena
a mi llagado corazón contrito.

Tú, que sabes mis hondas soledades
y que en mis espantosas tempestades
acallas con tus besos mi reproche,
llena de amor mi amargo desamparo,
y álzate luminosa como un faro
para las lobregueces de mi noche.

Baudilio MONTOYA. Colombiano.



LOCION FILTRO SOLAR

FACILITA EL BRONCEADO Y EVITA LAS QUEMADURAS SOLARES

La LOCION FILTRO SOLAR es un producto científico que aplicado sobre la piel, actúa como un filtro para los rayos solares. Detiene los nocivos, que producen quemaduras, y deja paso libre a los beneficiosos para la salud, que son los que producen un bronceado del cutis, agradable y natural.



NO ENGRASA POR
NO SER ACEITOSA

ES UNA CREACION

Dana MR.

Póngase al sol...

pero antes póngase

crema **Hinds**



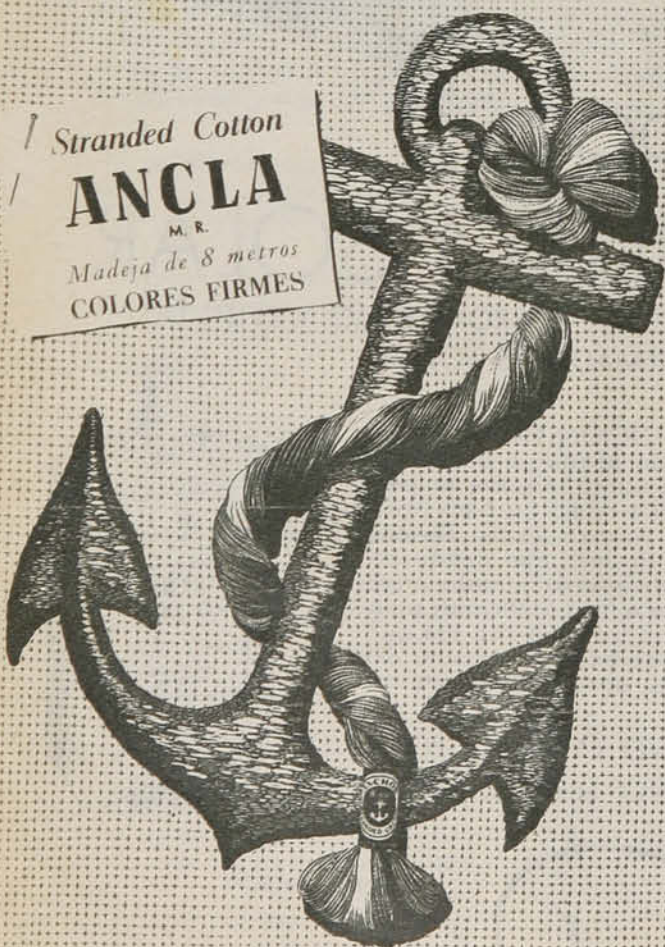
La CREMA HINDS, con suavizante lanolina, impide que se reseque la piel, protegiéndola contra el sol y procurándole un bronceado uniforme. Usela también después del baño para la elasticidad y frescura del cutis.

• Recuerde entonces: póngase al sol, pero antes... y después... póngase CREMA HINDS.



crema **Hinds**
de miel y almendras
CON LANOLINA

AL CAN-REIDON



NA mañana mi jefe me llamó para comunicarme algo que a él le parecía era la oportunidad de mi vida.

—Señorita, acabo de cerrar un trato con una de nuestras oficinas en Inglaterra. Durante dos meses haremos un intercambio de secretarías. Esto servirá para que se estrechen más las relaciones entre las distintas filiales de la compañía y, además, para que tanto usted como las otras señoritas perfeccionen sus respectivos conocimientos de inglés y de castellano. Un viajeito a Europa no es cosa de despreciar. Usted me parece la persona indicada para aprovecharlo, ya que, siendo sola, no tendrá complicaciones de orden familiar. De manera que, a arreglar rápidamente su pasaporte, y la próxima semana a viajar...

Me espantó el discurso sin respirar. Abrí la boca para protestar, ya que no tenía ningún interés de viajar en ese momento. En seguida, medité mejor las cosas y pensé que tal vez sería la única oportunidad que se me presentaría en la vida para conocer Inglaterra. Lo único que me afligía era pensar que quizá mi jefe quería separarme de su hijo Alvaro, con quien tenía una amistad que comenzaba a tornarse seria.

Había conocido a Alvaro hacía justo dos meses. Nos encontramos una tarde durante la proyección de una película. Entre paréntesis, la firma donde trabajo se dedica a distribuirlos. Ni por un momento se me pasó por la mente que ese muchacho menudo, fino y de apariencia discreta pudiera tener algo que ver con mi jefe, que es un hombre gordo y un tanto vulgar. En la discusión que siguió a la película, yo di una opinión adversa, y se me fueron encima todos los empleados. La única persona que me apoyó fué Alvaro. De allí salió una conversación que tomó un giro interesante. En vista de que teníamos las mismas ideas, se entusiasmó y me acompañó hasta mi casa. Después de un momento de titubeo, se ruborizó y me dijo:

—Señorita, ¿me deja llevarla hasta su casa en mi auto? Así podríamos continuar la conversación ya iniciada. ¡Qué auto! Un convertible maravilloso, color verde nilo, tapizado por dentro con cuero. Sin duda, me había topado con "un hijito de su papá", que trataría de aprovecharse de su impresionante coche para hacerme la corte. A mí siempre me habían desagradado los "niños bien". Sin embargo, como la invitación me la había hecho en forma tan agradable y mi simpático compañero se veía tan auténticamente entusiasmado con mis ideas inconformistas, la acepté sin dilación.

¡Qué paseo tan delicioso! Pero con razón había desconfiado. Al llegar al Parque Forestal detuvo el auto y me abrió la puerta. Me sorprendí.

—Usted me ofreció llevarme hasta la casa...

El muchacho enrojeció, al tiempo que me tendía la mano para ayudarme a bajar del auto. Me respondió con un piropo:

—Estoy convencido de que esas piernas tan lindas tienen unos deseos locos de caminar. ¿Quién soy yo para negarles tal placer?

Tengo que confesar que estoy bastante orgullosa de mis piernas y que el cumplido no dejó de halagar mi vanidad. Pero las cosas no pasaron de aquí y la verdad es que no me dió motivos para alarmarme. Mi acompañante me tomó del brazo para caminar por el parque, y comenzamos a hablar acaloradamente respecto a la película...

—Estamos hechos para cambiar ideas. Nos impresionan las mismas cosas.

Cuando me dejó en mi casa, una hora más tarde, habíamos pasado revista a todas las películas buenas que se habían exhibido en el último tiempo. De aquí nació la costumbre de avisarnos los estrenos de los teatros y cines y la rutina de ir juntos. Alvaro no me había dicho su apellido, y no se me pasó por la mente que el hecho de que se llamara igual que mi jefe fuera sino una simple coincidencia. Un día, sin embargo, lo encontré muy instalado en su escritorio.

—Alvaro, te presento a la señorita Valeria, mi secretaria —le dijo mi jefe.

—Tarde lo haces, pues Valeria y yo somos viejos amigos. Y sin más explicaciones, haciéndome un guiño, partió, dejando estupefacto a su padre. No le contesté, pues estaba tanto o más sorprendida que mi jefe. Además me sentía furiosa.

Cuando nos encontramos al día siguiente, en la puerta de un teatro de barrio, para ver una película vieja que se nos había escapado, le reproché el que me hubiera ocultado su verdadera identidad.

—¡Tonterías! —me replicó—. Créeme que me tiene sin cuidado la vida comercial de mi padre, como a él no le preocupa mi afición por el cine y la pintura.

Por mi parte, decidí mantener una absoluta independen-

¿AMO

cía entre estos dos aspectos de mi vida. En las horas de oficina me dedicaba a hacer concienzudamente mi trabajo, sin siquiera pensar que le estaba escribiendo cartas al padre de Alvaro, y cuando estaba con él, olvidaba mi papel de secretaria. Paulatinamente nuestra amistad comenzó a hacerse más íntima. Cuando se oscurecía la sala de proyecciones, Alvaro pasaba su brazo por mi hombro y me mantenía abrazada durante toda la película. Además, me contaba su participación en la firma, como si yo ya formara parte de su vida. Sin duda esto era a sus ojos algo totalmente natural, y por eso cuando me sentaba a su lado en la oscuridad esperaba anhelante que su mano buscara la mía.

Hasta el momento en que mi jefe me anunció el viaje, no nos habíamos dado un beso con Alvaro. Sin embargo, alarmado su padre por las frecuentes visitas de su hijo a la oficina, nos jugó la mala pasada de enviarme a Inglaterra. Cuando lo supe, mi amigo se indignó:

—Papá hace muy mal en meterse en nuestros asuntos. Sin este pie forzado, me hubiera demorado más tiempo en decirte que quiero casarme contigo. ¿Qué me dices, Valeria querida?

Hice lo posible por disimular mi tristeza.

—Escúchame, Alvaro. Creo más razonable que esperes mi regreso para recibir una respuesta definitiva. Tu padre tiene razón: esta separación nos servirá para reflexionar y darnos cuenta de si en realidad nos queremos.

—Por mi parte, no necesito tiempo para reflexionar. Estoy completamente decidido; pero si tú tienes alguna duda, bueno, es cosa tuya. Después de todo, somos dos personas diferentes... —agregó, soltándose con rabia.

A pesar de esta pequeña molestia, nuestra despedida fue tierna.

Dos días después estaba en Inglaterra. En el aeropuerto me esperaba una muchacha de grandes ojos azules, quien en forma desenvuelta se dirigió a mí con estas palabras: —¿Es usted la señorita sudamericana a quien vengo a recibir?

muy distinto al mío. Además, a la hora de almuerzo yo comía en un restaurante que tenía la oficina para sus empleados. Dos de cada tres veces me encontraba allí con él, y cuando esto sucedía, me pedía respetuosamente permiso para sentarse a mi lado.

—¿Por qué no nos vamos a un lugar más conversador. Siempre estaba ruborizado y silencioso, a pesar de que trataba de llamar la atención. Yo, en cambio, no podía permanecer insensible a ellas ni a él. Me emocionaba sólo con ver su cara de mármol tallado y sus ojos color violeta. Cualquier mujer se habría sentido feliz de poder salir con un hombre tan extraordinariamente bello. Como si esto fuera poco, mis vestidos que en Chile lucían tan modestos aquí parecieron cobrar una elegancia inusitada. Nancy se extasiaba con ellos y a Percy le parecían maravillosos. Cada vez que me veía con uno que no conocía, me comentaba:

—¡Estás gloriosa, Valery!

—Desde que estás aquí siento que estoy viviendo —me dijo un día. Se sonrió, mostrando unos dientes maravillosos.

No creo que exista una muchacha que no hubiera perdido la cabeza con tantos homenajes.

A cada momento mi admirador pasaba por mi oficina, como otrora lo había hecho Alvaro.

—¿Es cierto que vas a necesitar hoy a miss Valery? —le preguntó un día a su padre, muy a pesar mío.

—Parece que te olvidas de que yo estoy haciendo un aprendizaje y que, además, estoy reemplazando a la secretaria de tu padre —le dije, enojada.

—Ese no es problema. Abandona al gerente y te colocas al servicio de su subalterno inmediato.

Estas réplicas rápidas y oportunas, sumadas al hecho de que Percy ahora actuaba con espontánea naturalidad, eran las primeras pruebas de que mi amigo comenzaba a emanciparse. Ya me tomaba del brazo y me levantaba en peso, depositándose como si fuera una pluma dentro de su automóvil abierto.

—Esto es algo muy frecuente. No te escandalices, pues siempre lo hacen los muchachos cuando salen con las chicas en automóvil.

Pero en la noche, cuando me volvía a encontrar a solas en mi pieza, me arrepentía de haberle concedido tantas libertades. Me asaltaba el recuerdo de mi cuasi novio, y decidía escribirle. Sin embargo, se me caía la lapicera de las ma-

(Continúa en la pág. 15)

O CAPRICHOS?

Cuando se albergan en un corazón noble el amor capricho y el amor verdadero, ¿no este último el que por fin triunfa?

Era Nancy Jones, la hija del gerente para quien yo iba a trabajar. Su pequeño auto inglés, que ella manejaba, nos condujo al precioso chalet que tenía su padre en las afueras de Londres. Conoció al señor Jones, quien me pareció un hombre encantador; a su mujer, que era un tanto estirada y ceremoniosa, y a su hijo Percy, que era el prototipo del atleta. El muchacho era tímido y se sonrojaba por todo; en cambio, su hermana parecía no tener inhibiciones.

Me dieron una habitación muy agradable. Al día siguiente Percy me llevó hasta la oficina. Todo se desarrolló muy bien. A las dos horas estaba al corriente del trabajo que tendría que desempeñar. Cada uno a su turno, padre e hijo, me dictaban cartas en castellano o en inglés, según la dirección del destinatario. Desde el comienzo cometí muy pocas faltas, de manera que mis jefes provisionales me felicitaron, encantados de que supiera bastante de mi oficio y que tuviera algunas ideas propias que sugerir. El hijo me invitó después a tomar el té a un sitio cerca de la oficina.

Mientras comíamos, mi compañero estaba callado; pero me devoraba con los ojos. Reconozco que le devolví la mano en la misma forma, nada más que por darle en el gusto, a pesar de que tengo que confesar que era un muchacho realmente buen mozo. El recuerdo de Alvaro no desaparecía de mi mente. Sin embargo, en cuanto a físico no se podían hacer comparaciones entre mi enamorado y este Apolo rubio, de perfil perfecto, proporciones atléticas y piel tostada por el sol. Para ser breve, diré que lo encontraba fantástico de pies a cabeza.

A pesar de su natural reserva, acabó por comprender mis reacciones. Los días siguientes tuve que irme y volverme sola de la oficina, puesto que los jefes tenían un horario





Todos admiran **CUTEX**

*Manos
Distinguidas*



El esmalte de uñas con el maravilloso ingrediente **ENAMELON**

Lo son sin duda cuando sus uñas han sido esmaltadas con Cutex. Porque Cutex y sólo Cutex tiene el sorprendente y maravilloso ingrediente "enamelón". "Enamelón" consigue que el esmalte dure más en las uñas, en su bello esplendor, sin agrietarse, desprenderse o descolorarse. Vea Ud. misma lo bonitas que se ven sus manos con Cutex. Preciosos matices, muy de moda.

CUTEX

El esmalte para uñas
más popular del mundo.



AHORA - Lápiz Labial Cutex - suave, perdurable. Presta a sus labios exquisita emoción, atractivo inolvidable. En matices que combinan armoniosamente con el esmalte Cutex para las uñas.

¡HICIERON TEMBLAR A LOS HOMBRES!

*Mujeres que se anticiparon
al feminismo.*

"Las mujeres son o mejores o peores que los hombres".

LA BRUYERE.

BUSCANDO argumentos irrefutables para apoyar su tesis, ciertos apologistas del feminismo han profundizado la historia para demostrar que ha habido mujeres que han reinado sobre los hombres y los han hecho temblar.

Sin remontarnos a cierta Eva, que manejó a su marido Adán por la nariz, poniéndose ella los pantalones en ese primer hogar, acuden a la memoria muchos otros nombres célebres. Pueden citarse soberanas como Isabel de Inglaterra, la gran Catalina de Rusia, María Teresa de Austria y la reina Victoria.

Sin necesidad de buscar en la antigüedad, y citar a la reina Mekeda, más conocida por su nombre árabe de Balkis, reina de Sabá, demos una rápida vuelta en el horizonte de la historia: en el siglo VIII, en Europa Central, la princesa Libouche, de Bohemia, fundadora de la dinastía de los Prjemyslides, tuvo por compañera a una extraña mujer, intrépida y ambiciosa. Llamábase Vlasta, y a la muerte de su protectora en 735, declaró simplemente la guerra a... ¡los hombres! Renovando los tiempos de las Amazonas, Vlasta y sus compañeras, todas notables jinetes, devastaron las regiones de Bohemia y de Moravia. Vlasta, ante las reacciones masculinas, fundó la ciudad fortificada de Vidovle y creó un estado de mujeres, instituyendo un código civil que consagraba oficialmente la inferioridad masculina. Pero los hombres no se dieron por vencidos, y entonces se desencadenó la guerra. Vlasta obtuvo ciertos triunfos al principio, pero, finalmente, derrotada en 743, fué capturada y condenada a muerte. La leyenda cuenta que fué conducida a Praga, desnuda y cubierta de cadenas, y expuesta en la plaza de la ciudad, antes de ser estrangulada.



LA EMPERATRIZ TSOU-HI

En China, otra mujer dió también mucho que hablar. Tsou-Hi, de la familia manchú de Ye-Ho-Ha-Ta, más conocida bajo el título de emperatriz regente de China, no nació para reinar. El emperador Hien-Toung no tuvo hijos de su mujer legítima, por lo que tomó otra mujer: Tsou-Hi. La joven y bella manchú no tardó en darle sucesión. A la muerte de Hien-Foung, su hijo subió al trono de Pekín y reinó bajo el nombre de Toung-Tchi. Como hijo bien educado y respetuoso, nombró a su madre emperatriz regente, y la bella Tsou-Hi se aprovechó para aconsejarle en sus labores políticas y un poco más. En el hecho, es sabido que la emperatriz Tsou-Hi gobernó China desde 1861 a 1875, en lugar de su hijo. Cuando murió Toung-Tchi, dejó un hijo pequeño, Kuoang-Si. La emperatriz regente, que ya le había tomado gusto al poder, asumió nuevamente la regencia durante la larga minoría de edad de su nieto. Pero cuando éste fué mayor y tuvo que reinar, ella permaneció siempre en el escenario. La guerra chino-japonesa hizo que cayera en desgracia, pero una vez que se obtuvo la paz, la emperatriz regente volvió a aparecer. Esta vez se apoderó por completo del poder, haciendo a un lado a su nieto, mediante un golpe de Estado. En 1894, la China entera celebró su jubileo con grandes fiestas y bullicio. En ocasión de sus sesenta años, Tsou-Hi introdujo una innovación sin precedentes en la etiqueta china. Autorizó a los diplomáticos extranjeros para penetrar en la sala del trono del palacio imperial de Pekín. Su reinado terminó apaciblemente, y a los setenta y cinco años entregó su alma a Confucio. Estas diversas mujeres, célebres en diferentes sentidos, no esperaron el feminismo para imponerse y demostrar, por la variedad de sus actividades, que, como lo dijera el misógeno de La Bruyère: "Las mujeres son o mejores o peores que nosotros".

¿Amor o Capricho?

(Continuación de la pag. 13)



nos y me quedaba asombrada recordando la silueta de mi "boy", que ahora me trataba como si yo fuera un artículo de su uso personal. Como Nancy nos sorprendió varias veces paseando juntos, se hizo totalmente a un lado. Todas las noches Percy me llevaba a una de las fiestas que daban en casas de sus múltiples amigos, y siempre nos recibían con grandes demostraciones de simpatía. El se las arreglaba para quedarse solo conmigo en algún saloncito alejado o en medio de un jardín perfumado.

Se acercaba ya la fecha de mi partida: faltaban sólo quince días. Esa tarde estábamos en una recepción que daban los vecinos. Al bailar noté que me estrechaba con más fuerza de la acostumbrada, me miraba como embelesado y parecía nervioso. Después de algunos bailes, me llevó a la terraza. El jardín estaba desierto y, aunque la luna iluminaba tenuemente el prado, mi amigo me condujo hasta un banco que había en un rincón muy oscuro. Comprendí que había caído en su trampa y que no podría ahora rechazar sus besos. Pensé en Alvaro y decidí rechazarlo; pero luego recordé que en el mes y medio que llevaba en Inglaterra no había recibido ni una carta suya. Claro está que yo tampoco le había escrito a él; pero esto no impedía que si tanto me amaba me hubiera enviado siquiera algunas líneas. En seguida, el pasado y el futuro se borraron de mi mente: sólo quedó el presente maravilloso... Yo era joven y bonita y estaba en los

brazos de un muchacho maravilloso y que parecía amarme. El beso que se prolongó sobre mis labios fué de una ternura tal, que a mi también me pareció que lo quería. Esa tarde y las que siguieron Percy tal vez creyó que efectivamente la "muchachita sudamericana" estaba rendida a sus pies, puesto que yo respondía en forma apasionada a sus caricias. Si se hubiera tratado de un latino, de uno de los nuestros, seguramente nuestro idilio habría pasado más allá de unos

TENTACION.



simples besos y a mi me hubiera tocado pasar momentos desagradables; pero, felizmente, Percy se conformaba con ceñirse a las normas del "flirt inglés", y no tuve que rechazarlo, porque nunca se propuso.

Cuando partí de vuelta, estaba decidida a casarme con él. Por lo menos eso le di a entender a Nancy cuando fué a mi pieza a ayudarme a arreglar las

maletas. La muchacha se mostró un tanto sorprendida, aunque satisfecha. —Te prefiero mil veces a ti a esa escocesa.

—¿A qué escocesa, Nancy?

—No me digas que Percy no te lo ha contado. Es que en realidad no debe importarle nada. Lo cierto es que en las vacaciones de Pascua fuimos a Escocia, a la casa de unos antiguos amigos de mi familia, y Percy se puso de novio con la hija de los dueños de casa, que es una amiga de la infancia. Pero se nota que te quiere mil veces más a ti.

—Sí; creo que me ama sinceramente —le respondí, dándole un beso.

No podía tocarle este tema a Percy, puesto que era traicionar a Nancy. Además, el asunto no me preocupaba: estaba completamente segura de los sentimientos de Percy. Los había visto nacer, crecer y agigantarse. Yo era la dueña de su corazón.

Mi amor por el inglés me obligaba a romper mis relaciones con Alvaro en cuanto llegara. Por eso, el día antes de partir le mandé una carta cariñosa, aunque explícita. Al redactar las últimas líneas, sentía un nudo en la garganta. Me asaltaba de nuevo el recuerdo de esos días maravillosos en que Alvaro y yo discutíamos apasionadamente y cambiábamos impresiones de cualquier cosa. Por el contrario, como Percy no poseía una inteligencia brillante, no existían posibilidades de poder hilvanar con él conversación alguna. Pero luego iría a buscarme y nos iríamos a vivir a Inglaterra. No me asustaba el hecho de dejar mi patria, puesto que no tenía familia y poseía muy pocos amigos.

Al llegar de vuelta, respiré. Me parecía que despertaba de un sueño agradable, pero que sólo había sido un sueño. Al

(Continúa en la pag. 17)

El camino

LA religión siempre encuentra un camino. Esta es la historia de tres soldados de la última guerra mundial: un católico, un protestante y un judío.

Avanzaban hacia la línea de fuego, cuando el fragmento de una bomba tocó al soldado protestante y lo mató de inmediato. Sus dos compañeros fueron a una capilla que había en los alrededores y le pidieron al sacerdote que lo enterrara. Este les respondió que lo acogería gustoso, pero que no lo podía enterrar dentro del cementerio, pues sólo se podían dejar allí los que profesaban la fe católica. Sin embargo, les prometió enterrarlo al otro lado de la reja, lo más cerca posible del cementerio.

Semanas más tarde, los dos soldados pasaron por el lugar donde quedaría para siempre su amigo.

El sacerdote los llevó al cementerio y, para sorpresa de éstos, les mostró una sepultura dentro del recinto. Preguntaron entonces sorprendidos los soldados si ésa era en verdad la tumba de su compañero. El cura, sonriendo, les contestó: —Sí, ésta es su tumba. No me era permitido mover su cuerpo, pero nada me impedía correr la reja.



SU CUTIS

cuidelo con esmero



La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.



Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.

crema macker

PILOTONIC HAIR OIL

M. R.

(Aceite para el cabello)



con el
ATOMIZADOR
Pilotonic

M. R.

ya no me ensucio
las manos

*Aplíquese el
Pilotonic Hair Oil
con el atomizador
y luego péinese.*

*El nuevo aceite fija
y da un brillo
excepcional, revelando la belleza
de su cabellera.*

Uselo con el ATOMIZADOR PILOTONIC. En venta en
todas las farmacias y perfumerías del país.

Pídalo en los tonos:

AZULADO

para cabelleras
negras y blancas

DORADO

para cabelleras
rubias y castañas

CRISTALINO

sin color
ni perfume



CLARIN

¿Amor o Capricho?

(Continuación de la pág. 15)



día siguiente me fui derecho a la oficina.

Me sorprendió que todo estuviera revuelto y que mis compañeros, en lugar de hacerme una recepción cordial y de interesarse por lo que había conocido, me miraran con ojos de espanto. Me dirigí a la oficina de mi jefe, golpeé y entré. Al verme, se levantó del sillón y me dijo tristemente:

—Total que su viaje resultó para peor. —No comprendo lo que insinúa. Con mi viaje y gracias a mis conocimientos del manejo de la oficina, contribuí a solucionar varios problemas graves. Además, cumplí sus instrucciones, y los jefes de allá quedaron muy complacidos con mi trabajo.

—¿Qué me importan los negocios! Mi hijo es lo único que me preocupa.

—¿Su hijo? ¿Y qué le ha pasado a su hijo? —balbuceé, sintiendo una angustia infinita.

—Ayer trató de suicidarse.

Me desplomé en un sillón y escuché, como si viniera de lejos, la voz de mi jefe contándome lo que había sucedido entre él y Alvaro durante mi ausencia.

COMIENZOS...

...una camisa colgada de un cordel fue el comienzo del gran globo que se llamó zepelín.

...una tela de araña tejida en la esquina de un patio, entre dos paredes, fue lo que dió la idea para construir los puentes colgantes.

...una tetera hirviendo sugirió las locomotoras a vapor.

...una lámpara colgando de una torre dió nacimiento al péndulo.

...una manzana que cayó de un árbol fue la base del descubrimiento de la fuerza de gravedad.

Si no te crees capaz de hacer mucho, y lo poco que haces no tiene mucho valor, piensa en estas cosas.

No habían cesado de discutir y de pelear con respecto a mi persona. El padre le aseguraba que todo no podía pasar de ser un entusiasmo juvenil y que, además, yo seguramente no estaba enamorada de él, lo que se comprobaba por el hecho de que no le hubiera escrito ni una carta en todo ese tiempo. Alvaro había tratado de ofrecerle débiles excusas para justificarme. Hasta el fin había creído en mí, y hasta había amenazado a su padre con irse si no consentía en nuestro matrimonio. Entonces, un solo día antes de mi arribo, había llegado mi nefasta carta, mi carta explícita... Alvaro había ido donde su padre y le había dicho:

—Tenías razón. No soy más que un pobre imbécil.

Felizmente el nocho del edificio de departamentos donde vivía Alvaro sintió a medianoche un fuerte olor a gas. Llamó inmediatamente al hospital y se llevaron a Alvaro. Por el momento los médicos trataban desesperadamente de arrebatárselo a la muerte.

Antes de que terminara me precipité fuera de la oficina. Con nitidez engeguecedora comprendí mis verdaderos sentimientos. Amaba a Alvaro y jamás había dejado de amarlo. Lo de Percy sólo había sido un fugaz deslumbramiento, causado por su físico maravilloso y por el aparente abandono de Alvaro. En mi locura, había roto los lazos que me unían a mi amado, a este ser maravilloso, todo sensibilidad y delicadeza. El no me había escrito para que yo no me sintiera presionada.

En los momentos en que yo le debía una respuesta, él había querido dejarme completamente libre para que decidiera a mi antojo. Claro es que jamás pensó que yo iba a rechazarlo, y con esa ilusión no le asustaba nada. Hasta había aceptado llevar una existencia modesta por mí, ya que su padre lo echaba de la oficina si insistía en casarse contra su gusto. Mi carta lo había destruido.

En el hospital no querían dejar que pasara a verlo, porque su estado era aún muy grave.

—¡Tengo que verlo, es absolutamente indispensable que lo vea! —gemí lastimeramente.

En ese momento apareció el médico. Sin darme cuenta, me aferré a él y le conté mi angustiada historia.

—Señorita, llega usted muy a tiempo —me dijo—. Físicamente, el enfermo está fuera de peligro, ya que está desintoxicado. Pero en cuanto a su estado moral, el peligro subsiste, y la medicina no puede hacer nada para curarlo. Creo que convendría que usted lo viera. En realidad, su vida está en sus manos.

Abrí lentamente la puerta y vi el semblante pálido y demacrado de Alvaro reposando sobre la almohada. Me arrojé a su lado.

—Alvaro adorado, es a ti a quien adoro. Mi carta fue un error. No la tomes en cuenta. Es a ti a quien quiero con toda el alma. ¿Quieres perdonarme?

¡Pagar los Vidrios Rotos!



Esta expresión es muy antigua, data de 1476. Pero, mientras haya quién rompa vidrios, seguirá de moda.

He aquí su historia: El rey de Portugal, Alfonso V, fue a París en el año 1476 a solicitar una alianza contra Fernando, hijo del rey de Aragón, conquistador de Castilla.

Su majestad se alojaba en el suntuoso palacio de Laurent Herbelet, quien, aunque no era precisamente un gran señor, pertenecía a cierta aristocracia: la del dinero. Laurent Herbelet era un almacenero inmensamente rico.

La víspera de la llegada del augusto viajero, el almacenero llamó a un vidriero ambulante para que le colocara los vidrios que le faltaban en la planta baja de su mansión. Al pasar, un sujeto tropezó con la frágil carga, quebrándola en mil pedazos.

—¡Maldición! —gritó Laurent Herbelet—. Tú tendrás la culpa de que la residencia donde se alojará mañana el rey de Portugal no tenga vidrios en las ventanas.

El sujeto se excusó como mejor pudo y se dispuso a seguir su camino. Pero el vidriero, sujetándolo por el cuello de su chaqueta, se lo impidió, diciéndole: —¡Un momento, caballero! ¡No se apure tanto! Arréglenos primero nuestras cuentas. Págueme ante todo los vidrios rotos.

Y así tuvo que hacerlo el confundido señor, pagando una suma bastante alta en esos tiempos, de quince soles por vidrio.

El incidente pasó a la historia. Y, desde entonces, es común oír decir: "¡El que quiebra paga!", o "¡Tendrá que pagar los vidrios rotos!"

Abrió los ojos. Se colorearon sus mejillas y me miró con una expresión de incrédula felicidad. Me incliné sobre sus labios entreabiertos y los besé con ternura. Después de este beso se borraron de mi mente los recuerdos del inglés. ¡Esto era amor! Lo demás había sido un capricho, un entusiasmo pasajero... Estaba aún de rodillas cuando se abrió la puerta y entró mi jefe. Tomó entre sus manos las mías y las de Alvaro, diciendo:

—Hijos míos, qué susto me han hecho pasar.

Todos sonreímos felices. No hubo necesidad de explicaciones ni de conversar nada. En forma tácita, nos poníamos de acuerdo para el futuro. El episodio de Inglaterra jamás se volvió a mencionar. Fue una tontería que pudo haber tenido fatales consecuencias; pero que, felizmente, pasó sin herir mayormente a nadie. No; ni siquiera a Percy, ya que a los pocos días de llegar recibí una carta de Nancy redactada en estos términos:

...me parece que debo, que tengo la obligación de decirte lo que sucede. Percy ha reanudado su noviazgo con la escocesa. Creo que todavía no debe haberte escrito; está tan avergonzado, que supongo no lo hará hasta dentro de un cierto tiempo. Dice que se volvió loco con tu belleza, que todo fue un error...

En verdad, todo había sido, como decía Nancy: "a mistake", una equivocación o un error, total, lo mismo.



Una tarde, De Rahden sorprende a su mujer conversando con Castenkjold. Lo reta a duelo y el joven hiere al barón. Se reconcilian en el campo del honor. El circo en donde trabaja la baronesa, va a Barcelona y allí encuentran al danés, pobre y arruinado, después de haberse retirado del ejército. De Rahden le consigue un empleo en el circo, pero como ve que sigue cortejando a su mujer, lo hace despedir y consigue que le prohiban la entrada como espectador. Antes de irse, Castenkjold le escribe a su rival, amenazando pegarle con un bastón donde lo encuentre. Mas tarde, en Clermont-Ferrand, se vuelven a encontrar los enamorados, y el marido vuelve a amenazar al joven. Este está demasiado enamorado como para hacer caso a las amenazas. Un día en que llega el barón borracho, tiene un encuentro con el danés, y como éste le pega con el bastón, cumpliendo su promesa, De Rahden le dispara dos tiros y lo hiere de muerte. En su delirio, a pesar de estar a su lado su amada, no la reconoce y sólo murmura: Jenny.



Con ese número Jenny triunfó en el Apolo de Berlín, en Budapest, en Hamburgo, en Leipzig, en Munich, en Kiel, en Königsberg, en Dantzig, en Wiesbaden, en Praga, en Londres y en Italia.

El Barón de Rahden y el señor Weiss escoltaban siempre a Jenny. La salud del barón se había alterado. Se quejaba del pecho.

—Simple reumatismo, —decían los médicos.

Pero De Rahden se sentía gravemente enfermo. Y ahora se mostraba afectuoso con su mujer.

—Abandona el circo, vende tus caballos, deja a "Czardas", que las luces de las pistas han puesto ciego, y vámonos a vivir a Rusia. Al verte tan hermosa, mis padres comprenderán y me perdonarán.

A pesar de que le dolía dejar en plena gloria la pista, Jenny había terminado por ceder. Sí, se iría a Rusia y allí llevarían una vida tranquila y solitaria. Sin duda, eso le traería felicidad.



El proceso contra el Barón de Rahden se alegó en la Corte de Riom el 4 de diciembre de 1893.

"Asunto esencialmente parisiense, el marido es ruso, la mujer es alemana, el supuesto amigo era danés y la dama trabajaba en un circo dirigido por un italiano", escribió el cronista judicial Albert Bataille.

Después de apasionantes alegatos el Barón de Rahden es absuelto.



El drama de Clermont-Ferrand y el proceso del Barón de Rahden le han dado gran notoriedad a Jenny.

Por eso su nombre comienza a figurar en los afiches parisienses. Jenny firma entonces un contrato con el Folies-Bergère.

Un número de alta escuela sobre una escena de dimensiones pequeñas, era un esfuerzo sobrehumano en esa época. Jenny de Rahden lo efectuaba todas las tardes con gran éxito. Se lanzaba al galope montando su caballo húngaro "Czardas". El caballo se detenía junto al proscenio haciendo una genuflexión. Jenny en seguida lo hacía caminar con paso español y después se lanzaba en un galope circular que arrancaba frenéticos aplausos. Luego disponían barreras al centro, las cuales la amazona saltaba una después de la otra y, al terminar, de un salto se bajaba del caballo.

El número terminaba con un ejercicio de gran efecto: "Czardas" encabritado caminaba sobre sus patas traseras, mientras Jenny echada sobre su espalda tocaba con su nuca la grupa del animal.

La pista se estremecía con los aplausos.



Un día de 1898, el Barón de Rahden sufre un grave ataque de angina.

—Me muero —le dice a Jenny, con voz débil—. Andate a Rusia a vivir junto a los míos... No te caigas del caballo, no te caigas del caballo...

Después de estas palabras muere.

Jenny de Rahden



Jenny se encuentra sola con su padre. A pesar de los terribles defectos del barón ella se sentía apegada a su marido. Y su muerte la deja totalmente desamparada. También cae a su turno enferma. Depresión nerviosa, que exige cuidados largos y minuciosos.

Sana por fin en 1898 y vuelve a efectuar su número: Madrid, Barcelona, Málaga.

El 5 de enero de 1899 se embarca para Niza, donde la espera el circo de la calle Pastorelli con un soberbio contrato, del cual ella necesita, puesto que sus recursos son pocos... Llega a la ciudad de las flores. Su nombre se ve por todas partes en enormes caracteres. Es la estrella de quien todo el mundo habla y a quien toda la ciudad espera.



Una mañana, en su pieza del hotel en Niza, Jenny es despertada por una camarera quien le abre las cortinas. La joven abre los ojos. Una enorme oscuridad la rodea.

—¿Qué hace, por qué me despierta a medianoche? —pregunta sorprendida.

—Perdón señora, son más de las nueve y el sol inunda su pieza.

—Estoy ciega —grita Jenny de Rahden—. ¡Envejecida y ciega!



—¡Clamores horribles, gritos locos!... prosigue explicando Jenny en sus memorias. Espasmos cardíacos; sobreexcitación nerviosa! Mi padre y mi director llegan. Vacilan de tocarme, mientras yo me siento llena de energía y de vida...

Pero hay que volver a la realidad. De la noche a la mañana, la Baronesa de Rahden ha perdido la vista.

¿Es preciso que también pierda sus medios de existencia? Con la gran costumbre que tiene de ejecutar su número de alta escuela, ¿no lo podría hacer maquinalmente y sin ver? Su caballo "Czardas" es ciego desde hace un año, y eso no le impide galopar, dar vueltas y saltar como si tuviera buenos sus ojos.

Después de un dramático conciliábulo entre el director del circo, el señor Weiss y Jenny, llegan al acuerdo de guardar silencio respecto al accidente sufrido por la amazona, quien ejecutará su número esa misma tarde, como si nada hubiera sucedido...



A la hora de costumbre, Jenny de Rahden entra a la pista montando su caballo "Czardas". El circo de la calle Pastorelli, uno de los más grandes de Europa, está repleto. Aclaman a la amazona, que luce hermosa como nunca. Ella se lanza.

"Repentinamente, sentí con gran horror que "Czardas" se me resistía, —escribe en sus memorias—. ¿Se daba cuenta de mi impotencia, o bien mi mano no tenía la seguridad de siempre? Temblando de miedo comenzó a retroceder. Se entabló una verdadera lucha entre mi caballo y yo. Recurrí a la fusta".

"¡Entonces el caballo se encabritó y se lanzó con ímpetu hacia adelante!

"¡Un caballo ciego con un jinete ciego entregados al destino! Tenía la sensación confusa de que nos precipitábamos hacia el vacío. Los millares de gritos de horror del público resonaban en mis oídos. La tierra se abría a mis pies. Un golpe sordo. Perdí el conocimiento..."

En su carrera loca, "Czardas" se fué a estrellar contra una columna.



Cuando se levantó a Jenny tenía el cráneo quebrado. Estuvo siete días en estado de coma. Sin embargo, la salvaron. Se retiró a su pequeño departamento de la calle Beaujolais. Allí dictó sus memorias, que se publicaron bajo el título: "La Historia de la Amazona". El libro comenzaba con estas palabras:

"Haber alcanzado los triunfos más extraordinarios para caer súbitamente en la más profunda de las miserias que puede agobiar a un ser humano, tal ha sido mi premio". Y después, nadie volvió a hablar nunca de Jenny de Rahden...

NUGGET

Blanco

(Líquido)



● Para Zapatos

● Cinturones

● Carteras



Famoso porque es

NUGGET

M R

Para la belleza
de sus ojos

Solamente...

Maybelline

IMPORTADO



Oscurce las pestañas, haciéndolas aparecer más largas y sedosas.

EL MEJOR DEL MUNDO

Agentes exclusivos para Chile: Rabié Hnos. y Cía.

Yo vi en el instante en que subía al tren. Era alto, con una figura maravillosa y caminaba con soltura como si para él un viaje en tren no fuera más difícil que ir a comprar cigarrillos. Al darse vuelta, sus ojos se encontraron con los míos y, durante un instante, sentí que se me paralizaba el corazón. Fué como si ya nos conociéramos, aunque yo no lo había visto en mi vida. No habría podido dejar de reconocerlo si lo hubiera encontrado antes. Era mucho más buen mozo que cualquiera de mis amigos. Sus ojos oscuros sostuvieron mi mirada mientras yo sentía una extraña sensación... Todo sucedió en cuestión de segundos y, de pronto, él se sentó frente a mí. El tren se puso en marcha. Fijé la vista en el asiento del frente y traté de parecer digna y reposada. Pero las ruedas del tren daban vueltas más y más ligero, como repitiendo sin cesar: *Algo interesante va a suceder. Algo interesante va a suceder...*

No esperaba llegar a conocerlo. No abrigaba ni la más remota esperanza. Durante unos instantes, lo único que me importaba era estar sentada en el mismo tren y frente al hombre más fascinador del mundo. Ustedes comprenden lo que son estas cosas. Presentía que algo iba a suceder. Mi respiración era lenta y mi sangre golpeaba insistentemente en mis oídos. Mis dedos crispados sostenían la cartera.

El tren corría a una velocidad vertiginosa y yo debía cambiarme de tren para tomar el ramal que me llevaría a casa de mi tía. El carro en que iba me pareció vulgar cuando subí a él, pero ahora lo veía diferente. Era un lugar romántico en el cual hasta una ventana polvorienta podía reflejar su cabeza oscura y la anchura de sus hombros. Sabía que tarde o temprano nos teníamos que dirigir la palabra. Sin embargo, esto sucedió tan de pronto y en forma tan natural. El tren se detuvo en medio del campo a causa de un desperfecto y allí estuvimos cerca de tres horas. La gente comenzó a conversar sin conocerse... y él me habló a mí.

Se inclinó y me pasó una revista.

—¿Qué le parece leer para pasar el rato?

Sonrió, pero su sonrisa no era la de un conquistador barato. Era una sonrisa acogedora y amistosa.

—No, gracias —le respondí, también, sonriendo.

—¡Magnífico! Yo también prefiero conversar.

Tuve que volver a reírme y eso nos abrió el camino para conocernos mejor. El iba al Sur a vender unas maquinarias. Yo le conté que me dirigía a pasar las vacaciones a donde una tía. No le quise decir que todavía estaba en el colegio, pues deseaba que creyera que era mucho mayor. Después de todo, pronto cumpliría diecisiete años y con mi tenida de viaje representaba bastante edad.

Su nombre era Rodolfo. Inconscientemente comenzamos a llamarnos por el nombre como si nos hubiéramos conocido toda la vida. Me relató incidentes que le sucedieron en los sitios que había frecuentado. Era amistoso y natural. Estaba seguro de que en el fondo yo le gustaba y comprendí eso por la forma cómo me miraba.

Me convidó a almorzar en el carro comedor, lo que me pareció maravilloso. Yo siempre llevaba un par de sandwiches para comérmelos a esa hora. Mientras caminaba a lo largo del tren me imaginaba que iba a una cita. Rodolfo me seguía. Todos podían ver que yo iba con él. Me tomaba del brazo cada vez que pasábamos de un carro al otro. El comedor olía en forma exquisita. Rodolfo me sonrió con ternura a través de la mesa.

—¡Nunca había almorzado con una muchacha tan linda!

¿Qué edad tienes, Francisca?

—Dieciocho, ¿por qué?

En ese momento se acercó el mozo y Rodolfo pidió el almuerzo para los dos. Era como ser la protagonista de una película y estar rodeada de extras vestidos lujosamente.

—Apuesto a que tienes todas las tardes comprometidas.

—me dijo sonriendo con malicia.

Me reí. Claro que salía mucho, pero no deseaba jactarme de eso.

—Lo suficiente —repliqué.

—¿Algún muchacho en especial?

Nequé con la cabeza, dirigiéndole una coqueta mirada por debajo de las pestañas. Eso lo había aprendido a mi hermana Luisa. Es una gran ayuda tener una hermana mayor, sobre todo una tan encantadora y linda como la mía. Debe haber dado resultado, porque Rodolfo me consideró aún con más interés, de la manera como lo hacen los hombres cuando una actúa medio misteriosa.

—¿No me vas a contar nada?

Recordé entonces algo que había dicho una vez Patricio, mi cuñado.

—Tal vez, sólo me dejo querer...

Eso fué un gran éxito. Rodolfo me sonrió lleno de admiración.

—¡Sabes desenvolverte maravillosamente!

Eso era importante. Me di cuenta por la manera cómo lo dijo.

Tal vez un hombre de la edad de Rodolfo no cotizaba a las

COMPAÑERO DE VIAJE

A los dieciséis años, me sentía bonita y popular, pero aún me quedaba mucho por aprender.

muchachas que no sabían desenvolverse... Bueno, yo sabía, ¿no es cierto?

Volví a pensar el asunto al llegar al asiento. El tren había reanudado su marcha y alguien había ocupado el sitio de mi compañero. Era imposible reclamárselo, pues dormía pacíficamente. Rodolfo se acomodó más adelante, no sin antes decirme:

—Te veré más rato. Recuerda que tenemos una cita. Con el retraso forzoso del tren ya no alcanzaba a tomar el ramal que me llevaría a casa de mi tía. Quizá Rodolfo me invitara al cine, pensé feliz y llena de esperanzas. El decía que yo era bonita, que era encantadora y me lo había comentado. También me había dicho que sabía desenvolverse. Parecía creer que yo era una muchacha de éxitos..., incluso hasta sofisticada.

Yo nunca me avergonzaba ni era tímida frente a los muchachos como les sucedía a algunas de mis amigas. Quizá sea porque formo parte de un grupo muy grande y porque me he criado rodeada de gente. He jugado y he ido al cine con muchachos desde pequeña.

Cuando fui creciendo y los amigos insistían en salir a solas conmigo, tampoco me preocupé. Eran los mismos que había conocido siempre. Si me gustaba uno dejaba que me besara y si no se lo impedía. Era yo quien decidía.

Por supuesto que la primera vez que Luisa me dejó asistir a una de sus fiestas me sentí muy chica para su grupo de amigos. Sin embargo, todos demostraban notar mi presencia. Y bailar con Patricio y sus amigos era diferente que bailar con los míos, salvo que eran bailes más tranquilos y rítmicos.

—Eres una maravilla, Francisca —me dijo Luisa poco antes de casarse—. Vas a ser una chica muy popular, pues eres muy atractiva con ese pelo rubio y esos ojos que tienes. Supe que habías salido con uno de los amigos de Patricio:

—Dos veces me invitó a bailar —le repliqué—. No parecía importarle que yo estuviera aún en el colegio.

—Estás creciendo rápidamente —confesó mi hermana.

Al fin y al cabo, antes ya había salido con muchachos grandes. Sabía bastante del amor y de los hombres.

Jamás se me ocurrió que aceptarle una cita a uno que conociera en un tren podía ser diferente. Si me gustaba el muchacho, no había inconveniente, ¿verdad?

Rodolfo se puso de pie junto a mi asiento cuando llegamos a la estación, en que debíamos bajarnos. Sacó mi maleta de la parrilla y cogió también la suya. Se la pasó a un cargador y luego me dió la mano al bajar. Yo me sentía encantada.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —me preguntó—. Ojalá sea bastante.

—Ni siquiera sé —le respondí, riendo nerviosamente—. Perdí la combinación a causa de la demora. Tendré que averiguar.

Fuimos a Informaciones.

—Ya perdió el último tren —me informó el hombre que había en la ventanilla—. Tendrá que esperar hasta mañana. El primero sale a las ocho.

—¡Mañana en la mañana! —murmuré. Rodolfo me tomó firmemente del brazo y me llevó hacia la calle. Me sonrió. Sus ojos brillaban en forma extraña.

—¿No es maravilloso? Tenemos por delante toda la tarde para recorrer la ciudad.

—¡Pero no sé dónde quedarme! —protesté.

—Te tomaré una pieza en un buen hotel —me tranquilizó—. Yo conozco esta ciudad. Despreocúpate, déjalo por mi cuenta. ¡Nos vamos a divertir, pequeña!

¡Era tan romántico! Tenía toda una tarde para pasarla con Rodolfo. Lugares desconocidos a donde ir. ¡Rodolfo y yo divirtiendonos! ¡Era una gran aventura!

Le envié un telegrama a mi tía explicándole el motivo de mi atraso. Dejamos las maletas en la custodia de la estación y partimos. Con la luz del crepúsculo la ciudad parecía encantada. Jamás me había sucedido algo tan maravilloso.

Caminamos un rato por las concurridas calles, donde las vitrinas de las tiendas aún encendidas lucían vestidos y fantasías. Pasamos por un florista y Rodolfo me compró un precioso ramo de rosas.

—¿Te gustan los mariscos? —me preguntó.

Entonces me llevó a un estupendo restaurante. Era una

(Continúa en la pág. 27)

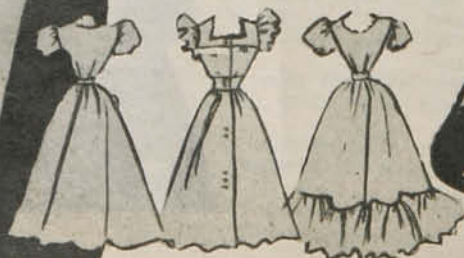


Salimos de nuevo a la obscuridad de la calle casi desierta, y caminamos con los brazos enlazados. Rodolfo entonces me guio hacia un rincón.



Este práctico vestido para jardín se puede hacer en vichy, cretona o percala floreada. Va adornado con una tela lisa del color del fondo. Talla 42. Los moldes de la blusa son cuatro: delantero, espalda, manga y cuello. La falda es una tira recta de 75 centímetros de largo por 2,40 de ancho. La primera raya floreada es de 23 cm., la primera lisa, es de 6 cm., la segunda floreada es de 6 cm., la segunda lisa es de 9 cm., la tercera floreada es de 9 cm., la tercera raya lisa es de 12 cm. y la cuarta raya floreada es de 10 cm. Materiales: 2,80 x 0,90 m.; adorno: 1,20 x 0,90 m. Solicitarlo, enviando \$ 10.— en estampillas de Correo.

Se ruega a las lectoras que solicitan el molde, que manden un sobre estampillado tamaño corriente, con su nombre y dirección, para su más pronto despacho. Los pedidos que no vengan con este requisito no serán atendidos.



PARA



Calzados

Ducal

M.R.

AL. B. O'HIGGINS 2955

Art. 070.—Gran novedad, en reno negro, tabaco y verde; cuero beige, y con perforados, en cuero blanco; del 33 al 39.

\$ 485.-



\$ 455.-



Art. 325.—Suavizan el andar, sin perforados, en gamuza negra; tabaco y café; con perforados en cuero blanco, rojo, azul, café, negro y habano.

Art. 443.—Gran novedad, en pulsera cruzada; en gamuza negra y azul; cuero blanco, beige, verde y azul.

\$ 545.-



Art. 891.—En fino nubuck blanco y en gamuza negra; en tacos medio y alto.

\$ 695.-



Art. 596.—Modelo combinado en nubuck blanco con cuero café, azul y charol negro, \$ 675.—Gamuza negra con charol negro; tacos alto y medio.

\$ 655.-



Art. 867.—Modelo elegante, en fino nubuck blanco, \$ 695.—; en gamuza negra y charol negro; cuero beige; en tacos alto y medio.

\$ 655.-



REEMBOLSOS A PROVINCIAS
CASILLA 4729 — SANTIAGO

El sol matinal, en un cielo sin nubes, atravesaba parabrisas y la ventana del auto. El cuerpo de Michael Shayne yacía encogido en el asiento delatoro; su pierna derecha doblada debajo de cuerpo y su pie izquierdo sobre el freno. Lentamente recobró la conciencia. Trató de esrar su entumecida pierna derecha. El movimiento lo hizo sentir un dolor agudo en la cabeza. Abrió los ojos y la luz brillante del sol hirió sus nervios como un puñal.

Cerró rápidamente sus ojos, y se quedó tendido largo rato tratando de recordar lo que había pasado. Al principio su mente se mantuvo vacía, y, por fin, la memoria retornó a su cabeza adolorida.

Recordó sus idas y venidas con el joven desconocido. Luego, el coche vacío que había en la solitaria callejuela. Un hombre que deseaba pagarle mil dólares para que el nombre de Nora Carroll no apareciera en el asesinato, había desaparecido. Rememoró la descripción que el joven le había hecho del individuo que le telefonó: grande, de hombros anchos y con anteojos. Y, finalmente, se acordó de la explosión.

Pensó en qué hora sería, pero tuvo miedo de abrir los ojos. Los incidentes de la noche flotaban en su cerebro en confusa secuencia. De pronto, se sintió dominado de una rabia incontenible. Rabia consigo mismo por haber sido tan estúpido y rabia contra el hombre que le había disparado. Lentamente se enderezó. La cabeza le dolía violentamente. Poniendo los brazos sobre el volante, descansó un momento con los ojos cerrados.

Después de un rato los abrió y apretando las mandíbulas para dominar el dolor, se miró en el espejo del automóvil. Sintió náuseas. Tenía la sien derecha, terriblemente adolorida. El pelo le ocultaba una herida redonda entre el oído y la sien. Había sangrado considerablemente, y un círculo de sangre le rodeaba la lesión. Con cuidado volvió la cabeza, y vio que los cojines también estaban manchados de rojo.

Reinaba un pesado silencio en la desolada bahía. Con sus ojos adoloridos vio que el sol estaba alto, y que sus rayos iluminaban la superficie del agua. El otro automóvil había desaparecido y su reloj marcaba las 9.18, lo que quería decir que había estado sin conocimiento más o menos cinco horas.

Salió del coche, y con gran esfuerzo consiguió mantenerse derecho. Con paso vacilante se dirigió a la playa. Sacó del bolsillo un pañuelo y lo empapó en el agua salada. Después se limpió la herida y las manchas de sangre que tenía al lado derecho de la cara. Se sacó la chaqueta y vio que tenía el cuello también manchado de rojo. Se la puso en el brazo izquierdo y regresó, oprimiéndose la herida con su pañuelo mojado.

Antes de entrar examinó el automóvil y descubrió un agujero cerca del parabrisas, o sea, casi encima del volante. Por las características del impacto, comprendió que el arma había sido disparada dentro del coche. Ahora lo veía todo claramente. El muchacho, el supuesto inocente que lo había esperado frente a la bomba de gasolina y que le había relatado su encuentro con el desconocido, quien lo contrató por cincuenta dólares, había sacado el revólver mientras Shayne se colocaba junto al automóvil vacío, y le había disparado cuando había mirado hacia su izquierda, suponiendo que el peligro venía de esa dirección.

Había sido un treta bien ideada. Si él no hubiera dado vuelta la cabeza hacia la izquierda, bajándola ligeramente, ahora, probablemente, estaría tendido sobre el asiento delantero con el cráneo despedazado. Pero el proyectil apenas le había rasmillado el hueso, aun cuando el impacto le había hecho perder el conocimiento. Comenzó a maldecir su estupidez, convencido ahora de que no existía otro hombre en el asunto.

Entró en el automóvil, abrió el compartimiento para guantes y sacó de allí una pequeña botella con algo de coñac. La destapó y bebió avidamente. El calor del licor le despejó la mente. Hizo partir el motor y se encaminó hacia el boulevard.

Se detuvo frente al primer restaurante que encontró. Al entrar le llamó la atención el alto de diarios de la mañana que había sobre una mesa. Encima había una edición especial del "Herald", en cuya primera página se leía un título escrito con letras enormes:

LA SECRETARIA DE MICHAEL SHAYNE HA SIDO ARRESTADA

Shayne cogió el diario, y con él debajo del brazo, se encaminó al mesón.

Estaba extendiendo el diario cuando se le acercó una muchacha rubia y de ojos azules.

—Una taza de café, para empezar —ordenó, lacónico. Shayne.

—Inmediatamente —le respondió la muchacha.

A pesar de que había aire acondicionado en el establecimiento, el detective sentía que le corrían gotas de sudor

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Lucy Hamilton, secretaria de Shayne, es sorprendida en el departamento de la señora Carrol por el oficial de policía Hagen. La muchacha, para no traicionar a Mike, dice ser ladrona de hoteles, y se niega a hacer otra declaración. Mientras tanto, Shayne se desliza cautelosamente fuera del hotel, saca su coche y va a la dirección que le ha indicado un individuo por teléfono. Al llegar a la bomba de gasolina aparece un hombre joven, quien le explica que le han pagado cincuenta dólares para que confirme que Shayne ha venido sin policías. Después de dar varias vueltas en el coche, el hombre le muestra una calle que va hacia la bahía, y donde hay un automóvil detenido. Al llegar junto a éste, Shayne ve que está vacío. En el momento en que se agacha para apagar las luces del auto, siente que una bomba estalla sobre su cabeza.

CAPITULO VI

UNA NOCHE MISTERIOSA

POR

BRETT HALLIDAY



Shayne dio vuelta al escritorio, la tomó en sus brazos y la abrazó fuertemente.

por la frente, las cuales se deslizaban luego por sus mejillas.

"La pequeña Lucy Hamilton, que desde hace mucho tiempo actúa como secretaria particular y confidente del detective privado Michael Shayne, fué tomada presa esta mañana por orden del Inspector Jefe de Policía Will Gentry. La señorita Hamilton ha sido acusada de ladrona vulgar. El oficial que la arrestó fué el patrullero Mark Hanna Hagen, y ahora él está comisionado por el inspector Gentry para conseguir de ella una declaración completa.

"Según una entrevista exclusiva, concedida por este oficial a un representante de nuestro diario, sabemos que descubrió a la detenida robando en el dormitorio de un hotel alquilado esa misma tarde por otra persona.

"La señorita Hamilton asegura que se trata de una simple equivocación —nos expuso el oficial Hagen—. Ella estaba alojada en ese mismo hotel y el empleado le dio equivocada la llave. También inventó la historia de un supuesto ataque de que fué víctima al llegar al dormitorio, lo que le impidió que advirtiera su error hasta ser sorprendida.

El artículo decía después que, debido a la hora y al hecho

de que no había visto a nadie rondando por el hotel, Hagen no había creído en la veracidad de la historia inventada por la señorita Hamilton.

"La señorita Hamilton confesó llorando una larga carrera como ladrona de hoteles, ayudada por un cómplice, cuyo nombre no ha querido revelar."

A Shayne le dolía la cabeza terriblemente mientras se le dilataban de rabia las ventanillas de la nariz. Fué interrumpido por la muchacha, que le puso por delante una taza con café y un azucarero.

—Tres huevos fritos con tocino y tostadas con mantequilla —ordenó Shayne con voz cortante. Comenzó a sorber el café mientras seguía leyendo la versión que daba el "Herald" respecto al arresto de Lucy.

El párrafo siguiente se refería al "modus operandi" revelado por la confesión de Lucy. No conociendo Hagen a la señorita Hamilton, ni suponiendo la bomba que explotaría a causa de su arresto, y creyendo que se trataba de un

hecho ruinario, la condujo al Cuartel General, en donde ella se registró como Jane Doe, negándose a dar el nombre de su cómplice.

"Sin embargo, en el Cuartel General, ella tuvo la mala suerte de ser reconocida por un hábil reportero del "Herald", quien manifestó que la detenida era nada menos que Lucy Hamilton, secretaria del conocido detective Michael Shayne.

"Tan pronto como fué establecida su identidad, la señorita Hamilton fué llevada ante el inspector Willy Gentry para ser interrogada. Se supone que ella se negó a implicar a su patrón denunciándolo como su cómplice.

"Cuando se le interrogó respecto a este punto, el inspector Gentry no quiso dar informaciones a la prensa, declarando sólo que la señorita Hamilton se había acogido a sus derechos constitucionales, y que no se allanaba a dar mayores datos sin el consejo de su abogado.

Shayne dobló el diario en cuatro y se lo echó al bolsillo, se puso de pie y se encaminó hacia el teléfono, en donde marcó un número.

Quando oyó que le respondía la voz de un hombre, exclamó:

—¿Has leído la edición especial del "Herald"?

—¡Mike! —respondió la voz—. Por cierto que sí. ¿Qué demonios significa todo esto?

—¿Qué medidas has tomado?

—Ninguna todavía. Casi he echado a perder el teléfono tratando de ubicarte.

—¡Grandísimo tonto! —gritó furioso Shayne—. Anda inmediatamente a rescatar a la señorita Hamilton.

—Por cierto, Mike —la voz sonaba preocupada—. ¿Qué ha sucedido?

—¿Qué diablos te importa? —le interrumpió Shayne irriado—. Sácala de la cárcel. La necesito en la oficina.

—Perfecto. ¿Dónde estarás tú?

—En mi oficina. La espero dentro de media hora.

Colgó el fono. El artículo del "Herald" lo había puesto enfermo, sintiéndose responsable por lo que le había sucedido a Lucy. Ahora que ya había descargado parte de su culpa sobre los hombros de su abogado, sentía agradecimiento por su secretaria, quien con tanta energía se había negado a envolverlo en el asunto.

"¡Qué gran mujer!", murmuró mientras volvía a la mesa donde lo esperaba el desayuno.

El dolor de su cabeza se había transformado en un monótono palpitir y el aroma del tocino y de los huevos, le recordó que tenía hambre. Pidió otra taza de café y atacó con delicia su desayuno.

La historia del "Herald" no lo preocupaba. Desde hacía mucho tiempo este diario no perdía la ocasión de hostilizarlo, sin resultado alguno.

Lo importante ahora era que Lucy, evidentemente, no había logrado apoderarse de la carta que creía estaba en la pieza de la señora Carrol. Entonces tenía que descartar eso. Luego, ¿qué le quedaba?

Sin embargo, había tenido suerte de que ni Gentry ni el oficial Hagen le dijeran al reportero del "Herald" el nombre de la mujer que ocupaba el departamento en el hotel Commodore. Si hubieran relacionado el arresto de Lucy con el asesinato de Carrol, o si hubieran sabido por Nora Carrol que Michael Shayne la había inducido a meterse

(Continúa en la pág. 31)

Su Majestad...

Paulette I.

*ASIMET exhibio ante el pais el sorprendente
adelanto de la Industria Metalurgica chilena...
FENSA, apporto alli todo su sorprendente
esfuerzo tecnico y tambien triunfo en ella
con la mas alta nota de distincion
femenina, obteniendo su gentil
embajadora el cetro y la corona...
... Porque siempre en
FENSA estan unidas la
BELLEZA y CALIDAD...*



publicidad
interamericana



Elena Salgado

Virreina.

Otro aporte de Fensa
al Concurso de Belleza Asimet.



ENLOZADOS

FENSA

S.A.



Mi compañero de Viaje

(Continuación de la pág. 21)



pieza inmensa adornada con redes de pescadores, además de conchas y pescados rarísimos. Comimos langosta con una salsa rara, acompañada de tostadas con mantequilla.

Luego salimos de nuevo a caminar y Rodolfo me contó de las muchachas que conocía en las diversas ciudades. Durante un instante sentí pena pensando que tal vez eran más bonitas que yo. Pero, como adivinando, me miró y me dijo:

—Prefiero estar contigo a la compañía de cualquier otra muchacha del mundo. Esta noche es nuestra, Francisca.

—¿En verdad, prefieres estar conmigo? —me arriesgué a preguntarle.

—¿Tú qué crees? —fué su respuesta mientras me tomaba la mano—. Me gustaste desde el primer momento.

Más tarde fuimos a bailar a un lugar a media luz. La música parecía provenir misteriosamente desde el fondo del salón. ¡Bailar con Rodolfo era el cielo!

—Eres mi muchacha —me bulbuceó al oído—. Mi muchacha...

Esas palabras me emocionaron. Me acercó más hacia su cuerpo. Sus brazos eran fuertes y podía sentir los latidos de su corazón.

—Eres tan adorable —añadió en un murmullo—. Tan suave...

—Tiene que haber sido el destino el que nos juntó en forma

—¿Le gusta esta pintura? —preguntó Picasso—. Aún no la he firmado porque quise saber su opinión antes.

Rodin tomó la pintura, volviéndola en todas direcciones, y muy seriamente le respondió:

—Yo le aconsejo que la firme. Por lo menos así podremos saber cómo tomarla.

tan romántica", pensé sintiéndome feliz. Esa mañana no lo conocía. Y ahora... estaba locamente enamorada de él.

Cuando cesaba la música me costaba desprenderme de sus brazos. Caminábamos hacia la mesa de la mano. La emoción nos embargaba. Era como una llama prendida a la paja. Nos tocábamos y surgía otra llamarada.

Salimos de nuevo a la obscuridad de la calle casi desierta y caminamos con los brazos enlazados. Rodolfo entonces me guió hacia un rincón.

Allí me besó y mi corazón comenzó a latir más a prisa. Estaba embriagada y ciega por el fuego de la pasión que me unía más a él. Conque así es el amor..., pensaba. Entonces, quería estar enamorada.

Rodolfo balbuceó algunas palabras que difícilmente logré captar por sobre los fuertes latidos de mi corazón.

—...loco por ti, mi amor... Francisca adorada, tú sientes lo mismo, ¿verdad? —Y me besó de nuevo en la boca.

—Yo siento..., siento, Rodolfo..., ¿estamos enamorados?

—le pregunté soñadora, abrazándolo fuertemente.

—Es algo curioso, pequeña. Bésame otra vez.

Y luego me dió vuelta y seguimos caminando cogidos de la mano.

—Ven, allí hay un taxi. ¡Esa sí que es suerte! ¡Ven, mi amor! —me ordenó dulcemente.

—¿Un taxi? —le seguí como en un sueño.

—Tenemos que ir a buscar tu maleta y encontrar una pieza —me explicó.

—¡Oh, sí, tengo que conseguir una pieza! —le contesté, recordando—. Debe ser sumamente tarde. —Me había olvidado totalmente de la hora y del lugar donde podía pasar la noche. Para mí parecía que en el mundo sólo existía Rodolfo, y lo único que me importaba, era estar a su lado. Nos subimos. Los brazos de mi amado me rodearon. Los edificios pasaban como sombras junto al taxi. En la estación retiró mi maleta y al volver le dijo al chófer una dirección.

—Tú eres mi muchacha —volvió a decirme.

—Me está diciendo que me ama —pensé feliz.

Cuando me besaba no podía pensar en nada más. Nos bajamos del taxi y caminé junto a Rodolfo sumida en un sueño de dicha irreal. Esperé, mientras él se dirigía al escritorio de recepción del hotel.

Era un establecimiento pequenísimo y la pintura estaba bastante descuidada. Seguramente, Rodolfo me había traído

a ese hotel para que yo no gastara demasiado. Me consideré afortunada, puesto que no tenía mucho dinero.

—Ven —me ordenó, al volver a mi lado.

—Yo creía que los hoteles tenían siempre ascensor —comenté.

—Este no.

—No tienes para qué llevarme la maleta.

—¿Y por qué no? —me preguntó riendo.

—Me va a ir a dejar a la puerta de mi dormitorio —pensé.

Me pregunté si él se hospedaría también en el mismo hotel.

Quizá podríamos encontrarnos a la hora del desayuno.

Juntos caminamos por un pasadizo largo, lleno de puertas a ambos lados. Rodolfo se detuvo frente a una y la abrió.

Encendió la luz y entramos.

—Bueno, ya estamos instalados —exclamó Rodolfo, dejando su sombrero sobre una silla. Era una habitación pequeña y sucia, pero no le dediqué mucha atención, porque en ese momento, mi enamorado venía hacia mí.

Me besó apasionadamente en la boca y luego me abrazó con tal violencia, que me asustó. Sin embargo, deseaba que siguiera haciéndolo, cosa que también me atemorizaba.

—Espera... Rodolfo —protesté.

Me soltó y se quedó mirándome. ¿Por qué parecía algo diferente? Era de pronto como un extraño.

Lo miré incierta. Se alejó entonces de mi lado. "Se va a ir", pensé aliviada. Sin embargo, no era ésa su intención.

Se sacó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla.

Luego se acercó de nuevo a mí.

—¡Andate! —le rogué—. Estoy cansada, quiero dormir.

—¿Acaso ahora me tienes vergüenza? —me preguntó con voz dura.

¡No podía creerlo! Parecía no querer irse de mi habitación.

Retrocedí alejándome hasta que mis manos tocaron la pared.

—¡Andate! —grité con violencia, mientras trataba de volver a besarme—. ¡Andate!

No me hizo caso. Estaba frente a mí, tomándome de las manos. Luego, sin que me diera cuenta, me tenía otra vez aprisionada entre sus brazos. Quiso besarme, pero yo le di vuelta la cara.

—¿Qué te pasa? —demandó indignado—. Hace un momento sentíamos lo mismo el uno por el otro. ¿Qué pretendes ahora?

—Jamás quise..., nunca pensé... —tartamudeé aterrorizada.

—No te dejaré escapar —comunicó decidido.

Su cara horrible estaba cerca de la mía. ¿Cómo pude pensar que lo amaba? ¿Cómo podía ser éste individuo el mismo muchacho encantador de hacía sólo unas horas?

Finalmente, logré escaparme de sus brazos, cogí mi maleta y salí corriendo de la pieza. Una vez en el corredor, seguí corriendo, mientras la maleta azotaba mis piernas. Bajé la escalera y llegué al hall, mirando hacia atrás por miedo de verlo aparecer.

El hombre del escritorio me dijo algo, pero yo estaba demasiado asustada para contestarle. Salí a la calle.

Escuché pasos a mi lado y me volví aterrada. Eran dos personas, un hombre y una mujer. Antes de darme cuenta de lo que decía, le pregunté a la mujer cómo podía llegar a la estación.

Quedaba bastante lejos, pero seguí paso a paso sus instrucciones. Caminé sin detenerme. Me acuerdo que había un sofá en el toilette de mujeres. Allí me tendí sin dejar de tiritar. Tampoco podía controlar las lágrimas.

La cuidadora era una mujer de pelo blanco vestida de azul. No me habló, pero me trajo un vaso de agua y una manta para los pies. Entonces comprendí que ya no corría peligro.

¿Cómo pude haber sido tan torpe y haber confiado tan ciegamente en Rodolfo? Sólo porque tenía seguridad en los muchachos de mi pueblo. ¡Y yo que pensé que me había enamorado!

Tendida en el sofá, mirando hacia el techo, me sentí demasiado cansada para explicarme lo sucedido. Sin embargo, estaba segura de una cosa: jamás me volvería a pasar algo semejante. Una debe saber lo que hace, vaya donde fuere. Una debe saber cuidarse sola y no pretender que la cuide un hombre. Por lo menos, hasta no ser lo suficientemente adulta, como para saber reconocer al hombre que puede hacerle.

El ruido de los trenes y el movimiento de gente en la estación me hizo sentirme muy sola. Bueno, estaba en verdad sola, pero estaba segura. Mañana me iría a casa de mi tía. Solo que..., nada sería igual. Si ésta era una forma de crecer, había elegido la manera más difícil.

La mujer del vestido azul se me acercó.

—¿Perdió el tren? —me preguntó.

—Sí, y ahora estoy esperando el preciso.

Quizá el amor sea como los trenes. No se puede saltar a cualquiera, sin saber cuál es su ruta, ni a dónde conduce.

No se puede salir tampoco con cualquier hombre e ir con él a cualquier parte. Hay que saber elegir el preciso.



DISTRIBUIDORA CHILE

Casilla 10091 - Santiago

LE OFRECE
REGALOS PRACTICOS
PARA NAVIDAD



ART. 27
Placa grande con
piedras.

\$ 120.-



ART. 179
Aros de fantasía.

\$ 200.-



ART. 530
Aros dorados, color
oro.

\$ 30.-



Art. 19.—Aros
camafeo, con
perlas.

\$ 280.-



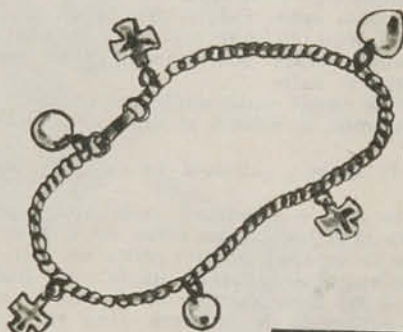
ART. 17
Aros con perla y ca-
denita dorada.

\$ 240.-



ART. 39
Prendedor, canasto
con piedras.

\$ 60.-



ART. 35
Pulseras para seño-
ritas.

\$ 100.-

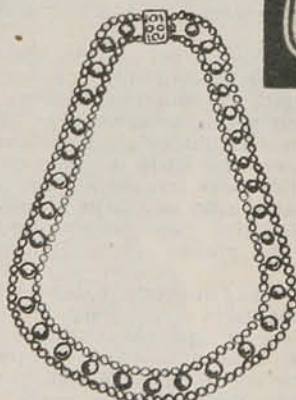


ART. 5064
Llaveros.

\$ 50.-

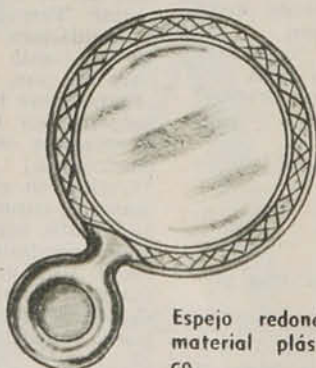
ART. 545
Aros con perlas.

\$ 65.-



Art. 24.—Collar
tejido, de perlas
blancas.

\$ 400.-



Espejo redondo
material plásti-
co.

\$ 25.-

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y
PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y
MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.

N O podía rechazar los re-
cos que me asaltaban por
das partes. Cada metro de
reno, cada árbol, cada pie-
evocaban en mi alma
venturosos vividos en la
nitud de un amor feliz.
El camino de San Lu-
Pronto vería aparecer el
me árbol que nos cobijaba cuando
viamos de la escuela. Entre esos
macizos floridos se divisaba el
un pequeño pedacito de mar reful-
do al sol. En seguida vendría la qu-
ta de los Alerces, donde iba a ba-
con Sebastián, cuando aún me llan-
ba Nica, y no señora Verónica Gio-
ni. Me latía el corazón furiosame-
dentro del pecho, hasta hacerme m-
¡Después de cuarenta años era ridí-
lo emocionarse ante las imágenes
un amor de los dieciocho! ¿Cómo
recordar el cuello desnudo, los bra-
y el rostro tostado de Sebastián po-
trastornarme como una adolescen-
¿Qué edad tendría ya? Unos cuare-
y cinco años. No obstante, era indu-
ble que su recuerdo me hacía estrem-
cer.

Apareció la quinta y volví rápidame-
te la cabeza. Las lágrimas me cegaba-
Valia más detenerme, bajar del coc-

—Es a ti a quien amo. Ella me ha
redado para conseguir que me case.
Perdóname, Nica. ¡Tú bien sabes
en el fondo, tú eres mi único amor!



y serenarme. Frené y dejé el auto
borde del camino. Allí, bajo el cielo
un azul maravilloso, se erguían los
muros cubiertos de enredaderas de
quinta. Me parecía escuchar aún
melancólico tango que preferíamos
que ba'ábamos muy juntos antes de
a pasearnos entre las rocas y descar-
sar en algún escondido rincón en
balsamado de pinos. "¡Torturas de
recuerdo! Han pasado veinte años,
aún oigo el sonido de su voz", pensé
enjuguando una lágrima. Soy una res-
petable madre de familia, gozo de un
considerable fortuna, vivo rodeado de
cariño de los míos... ¿Por qué no bo-
rrar de mi memoria el terrible desva-
río que pudo fatalizar toda mi existen-

c'a? ¿Por qué el pasado persiste en extender su sombra sobre mi actual dicha?

¡Sebastián!... ¡Y la espléndida Marta, la muchacha más rica del pueblo, tan hermosa con su rostro altivo y sus sombríos cabellos! ¿Cesarían algún día de torturarme esos nombres?

No podía olvidar. Cuán orgullosa me sentía yo, la hija de la costurera de la familia de Marta, de que Sebastián me distinguiera con su amor. No sólo era el propietario de un rico olivar, que extendía sus terrenos fuera del pueblo, sino que, además, Marta, la altiva, la más rica de los contornos, se había enamorado de él, lo invitaba a menudo a su casa, lo sentaba a su lado en las fiestas y era amiga de su hermana. Los domingos se las arreglaba siempre para ser ella quien le ofreciera el agua bendita en la misa, para así tener ocasión de rozar su mano con uno de sus dedos. La hermana de Sebastián había sido compañera de colegio de Marta, y esta amistad le servía de enlace con el muchacho. Desgraciadamente para ella, y felizmente para mí, Sebastián no parecía dispuesto a ceder a las múltiples insinuaciones de la hermosa Marta. Prefería vivir a su

Una falta que resurge de la noche del pasado para herir el corazón de una mujer y el amor de una niña.

gresaba, le escribí para prevenirle que nuestro amor nos daría un hijo y que tendría que apresurar su decisión. Esperé anhelante su respuesta, sin desconfiar de su cariño, hasta que un día me contó mi amiga Lucía algo que me dejó muy extrañada:

—El padre de Sebastián ha venido a pedir la mano de Marta para su hijo. Parece que la boda se celebrará a comienzos del otoño. —Al notar mi estupor, agregó: ¿No lo sabías? ¡Así es la vida, se baila con una y se casa con otra!

Esta frase me persiguió durante mucho tiempo. ¿Era, entonces, yo, de esas con los cuales se divierten los muchachos y luego se casan con otra? Si Marta era de las preferidas, ¿en qué categoría estaba considerada yo? "No entre las que se olvidan", decidí enérgicamente.

Como supe que Marta iría a la ciudad para hacer algunas compras, me las arreglé para encontrarla en el camino cuando se dirigía a la estación. La abordé con voz tranquila:

—Buenas tardes, Marta. ¿Me permite acompañarla unos momentos?

—¡Nica, no tengas miedo, soy yo... Sebastián!

La rabia y el odio me hicieron temblar. Quise escaparme por el bosque. De un salto me alcanzó Sebastián y me detuvo. Muy junto a mí comenzó a convencerme, pero lo rechacé indignada.

—¡Andate! ¡Te odio!

—Nica, mi adorada Nica, te suplico... He venido expresamente a estar contigo. Lucía me contó todo. Te estaba espiando. Quería verte. Quería explicarte. Escúchame...

—¡Quitate, cobarde, infame. Anda a buscar a tu Marta. ¡Te odio!

—Es a ti a quien amo. Ella me ha enredado para conseguir que me case... Perdóname, Nica. ¡Tú sabes que, en el fondo, para mí, tú eres mi único amor!

Su voz cálida, su presencia y sus explicaciones llenas de amor, estuvieron a punto de hacerme ceder. Pero, de pronto, me vino una inspiración.

—Ya que dices quererte, partamos juntos. He encontrado un trabajo. Vamos y nos casamos allá.

Se hizo un silencio. Un silencio cruel



LA SOMBRA DEL PASADO

—Con mucho gusto —me respondió, arqueando ligeramente las cejas—. Acompáñame hasta que llegue el tren. Debo regresar a las siete, después de comprar lo necesario para mi traje de novia. Sueño con que sea de tul blanco...

Le corté la frase, cogéndola con fuerza del brazo. Mi fisonomía debe haber sido en ese momento inquietante. Muy bajo, pero con firmeza, le expliqué lo que me sucedía.

Se puso tan pálida que pensé que se iba a desmayar.

—Sí, Verónica, a pesar de todo me casaré con él.

Permanecimos largo rato una frente a la otra, sin hablar una palabra. Finalmente le volví la espalda y me alejé. Pocos días después de esta escena, abandoné mi casa a medianoche, y mientras mi madre dormía, me llevé solamente una pequeña maleta con un poco de ropa. Le dejé una carta a Lucía, rogándole que cuidara a mi madre. Me iría a la casa del primo de mi amiga, quien trabajaba con su mujer un negocio, y a los cuales, según Lucía, yo podría ayudar. Caminé bordeando un pequeño bosque a la salida del pueblo. Repentinamente surgió ante mí una sombra. Con el corazón anhelante esperé asustada.

y mortal. Lo miré y bajó la cabeza confundido, mientras murmuraba:

—No tengo dinero, Nica. Si te sigo, mi padre me desheredará.

¡El monstruo, sólo pensaba en el dinero! ¡En tanto que yo sólo me preocupaba de su amor!

Me erguí enfurecida. Esta vez todo había terminado entre nosotros. Le lancé a la cara toda su cobardía. Le dije cosas muy duras. El bajó de nuevo la cabeza, humillado; pero sin lograr reaccionar ante mis injurias. Se quedó como un muñeco golpeado, destrozado y hecho trizas. Tomé mi maleta y huí a prisas. Después de esta dolorosa y lamentable escena, creía que mi amor por él había muerto para siempre.

En casa del primo de Lucía me recibieron con infinita bondad. Esa buena gente se mostró comprensiva y me trató con delicadeza. Pronto pasé a ser persona de la familia. Luego fui madre de una criatura a quien bauticé con el nombre de Consuelo. Tenía mis ojos azules y el pelo oscuro de su padre.

Se deslizaban los días en medio de una venturosa paz. En cierta ocasión, Mirella, la mujer de Mario, me pre-

(Continúa en la pag. 32)

¿A sus niños les gustan los cuentos?

Es natural . . . , están en la edad de la fantasía y de los mundos maravillosos . . .

¡Hágales felices! Elija para sus nuevos vestidos algunos de los bellísimos diseños de "Disneytex", exclusivos de Caupolicán. ¡Todos los personajes de Walt Disney . . . , sus cuentos más aplaudidos . . . , sus leyendas más simpáticas!

"Disneytex" dará a sus niños más alegría que un libro de cuentos . . .

¡Los tejidos de "Disneytex" son lavables!



Disneytex
M. R.
por

Caupolicán

M

Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 25)



dentro de su casa mientras asesinaban a su marido, la historia relatada en el "Herald" habría sido completamente distinta.

Shayne se enjugó el sudor al pensar en esto. Por supuesto, que al final todo se sabría. Mucho dependía de Bates y de lo que trajera o no trajera de Wilmington en calidad de prueba.

Mientras tanto, era preciso coger por otro ángulo la investigación. Un enorme reloj, que había detrás de la caja, le dijo que eran ya las diez. Se tomó las últimas gotas de su café, dejó dos billetes de a un dólar sobre la mesa y salió.

Ocho minutos más tarde colocaba su automóvil cerca de su oficina, ubicada en Flagler Street.

Dos individuos macizos esperaban en el corredor frente a la puerta de su oficina, y ambos se sintieron vivamente incómodos al verlo aparecer. Controlando su rabia, les dijo Shayne:

—Buenos días, muchachos. ¿Vienen ustedes a detenerme por desvalijar hoteles al amanecer? —Reconoció a uno de los hombres, a Len Sturgis.

Sturgis, echándose atrás el sombrero, dijo:

—Nada de eso, Shayne. ¿Va a abrir ahora su oficina?

—Por cierto. Siento haberme retrasado. —Sacó la llave y abrió la puerta de su oficina. En seguida les preguntó: ¿Me esperan hace mucho rato?

—No tanto —respondió Sturgis.

Trataron de seguirlo dentro, pero Shayne les bloqueó la puerta.

—Sólo pueden entrar los clientes.

—Tenemos orden de allanamiento —explicó Sturgis—. Preferimos esperar en vez de echarle abajo la puerta.

Shayne titubeó, apretando fuertemente los labios.

—Muy bien —respondió, dando un paso hacia atrás—. Les

—Saque su maldita mano de mi teléfono. —Toda la rabia que había acumulado durante la mañana, surgió en la voz de Shayne.

—Déjelo hablar —ordenó el otro, mientras el teléfono seguía sonando.

El hombre dio un paso atrás. Shayne cogió el fono y ladró:

—Aló —pero lo único que escuchó fué un zumbido. Colgó furiosamente el fono y se volvió al detective—. Otra vez que se meta en mis cosas, le daré un buen pretexto para que me encierren en la misma celda de mi secretaria.

—Escúcheme, Shayne —comenzó a decir el hombre beligerante, pero Sturgis lo detuvo en seco.

—Basta ya, Gen. Una orden de allanamiento nos autoriza para buscar por todas partes. Siga registrando los archivos.

Shayne, antes de dirigirse a su escritorio, dió el teléfono para que sonara en su pieza.

Len Sturgis estaba frente a los archivos metálicos y había sacado todas sus bandejas.

—No se preocupe por Gene —dijo—. ¿Qué tiene usted que ver con el asesinato de Carrol, Mike?

—No tengo nada que ver —respondió Shayne con amargura—. Usted me podría informar al respecto.

—Nosotros no sabemos nada —le aseguró Sturgis—. El hombre fué encontrado muerto anoche en su cama, teniendo ambas puertas cerradas con llave. No había recibido visitas. No se han encontrado huellas de impresiones digitales. Lo único que sé es que el inspector está muy preocupado por haber encontrado a Lucy Hamilton hurgando en el dormitorio de la señora Carrol.

Shayne se tomó otro trago, y, esquivando los ojos de Sturgis, preguntó:

—¿Cómo sabe que era la pieza de la señora Carrol? El diario no lo dice.

—Así es. Pero estaba allí cuando Gentry la mandó dejar con Mark Hagen a su hotel. Le oí cuando le decía a Hagen que buscara una carta suya que podía haber en la pieza de la viuda. Por eso es fácil imaginarse que, cuando Hagen encontró a su secretaria, supiera lo que andaba buscando. ¿Le importaría si me sirviera un trago, Mike?

—Hágalo —respondió Shayne ausente.

Entonces a Gentry también se le había ocurrido lo mismo. Nora Carrol había tenido una breve vacilación antes de declarar haber destruido la carta de Michael Shayne. Es cierto que Gentry estaba en el oficio el mismo tiempo o quizás más que él. No era sorprendente que el inspector hubiera pensado en la posibilidad de que ella hubiera mentado al afirmar haber roto la carta.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz familiar de Timothy Rourke.

—¡Ola, Gene! ¿Has tomado el puesto de la señorita Hamilton?

Luego Shayne escuchó unos pasos por el corredor. Echó atrás la silla y se levantó justo en el momento en que entraba Lucy Hamilton a la sala de espera. Llevaba un traje sastre delgado y una bufanda amarilla, y se veía

(Continúa en la pág. 33)



Ahora muchos maridos prefieren llevar a sus mujeres a una boîte en vez del cine. Ese es el único sitio que está aún abierto cuando ellas están listas.

agradezco la deferencia al no haber entrado. Muéstrenme la orden.

Sturgis, el detective de mayor grado, desdobló un documento que sacó de su bolsillo y se lo alargó a Shayne. Este lo leyó cuidadosamente, siempre bloqueando con su cuerpo la entrada a la oficina.

—Está bien. Entren, están en su casa. —Les dió vuelta la espalda, cruzó la sala de espera y entró en su oficina privada, en donde tiró de una de las bandejas metálicas de su archivo.

—Un momento —dijo Sturgis desde el umbral—. Usted sabe que le está prohibido destruir la evidencia.

—¿La evidencia de qué? —preguntó Shayne.

—De lo que buscamos. Su archivo de Ralph Carrol. Shayne sacó la mano en la cual sujetaba una botella de coñac.

—Todo este archivo tiene historias viejas, incluyendo el coñac. ¿No les importa si destruyo un poco de esta evidencia líquida? —Se fué a su escritorio y se sentó—. Examinen los archivos. Si encuentran algo sobre el caso Carrol, me gustaría verlo yo también.

—¿Dónde guarda su última correspondencia? No trate de esconder nada.

Shayne echó coñac en el vaso y bebió un sorbo.

—Eso se lo tendrán que preguntar a Lucy. No tengo idea dónde guarda las cosas.

—Usted sabe que hoy no va a venir por su oficina —respondió pacientemente Sturgis.

—Está bien. Primero, la encierran acusándola de robo, y luego vienen llorando porque no los puede ayudar a encontrar mis papeles privados. ¡Váyanse al diablo! —Se echó atrás y encendió un cigarrillo.

En ese momento apareció el compañero de Sturgis y dijo: —Len, en la sala de espera hay un archivo que dice "Correspondencia en Curso". Tampoco hay nada sobre Carrol. El teléfono del escritorio de Lucy comenzó a sonar. Shayne se levantó y se precipitó a la pieza del lado. El otro detective se volvió hacia el teléfono, pero la enorme mano del detective lo detuvo por el hombro.



—Todos sus problemas provienen de su demasiado dinero. Yo puedo ayudarla...

La sombra del pasado

(Continuación de la pág. 29)



sentó a un amigo de ellos. Era un muchacho alegre y trabajador. Iniciamos una camaradería bastante agradable. Era inteligente, leía mucho y empezó a entusiasmarme por conocer buenos libros. Después me invitó al cine y me devolvió las ganas de vivir. Una tarde, lo noté preocupado. Como le pregunté la causa, me dijo:

—Escúchame, Verónica...; lo he pensado mucho. Adoro a tu pequeña y creo que sería un buen padre para ella. ¿Quieres ser mi mujer? Te quiero mucho. Ya te habrás dado cuenta de eso, y te juro que jamás tendrás que arrepentirte por haber aceptado mi cariño. En realidad, nunca lo he lamentado. Rafael ha sido para mí el marido más amante y cariñoso, además del padre más completo para Consuelo. Pronto sus negocios crecieron, y más tarde con el dinero que le dejó su padre, compró una industria que no tardó en ser próspera y aumentar su capital. Cuando nació Nicolás, nuestro segundo hijo, nos pudimos comprar un bonito automóvil, y, gracias a nuestro esfuerzo y trabajo, llegamos a ser ricos.

Lucía me escribía siempre, informándome de lo que ocurría en San Lucas. Mi madre, después de estar enojada conmigo mucho tiempo, terminó por perdonarme y alcanzó a conocer a mis hijos antes de morir. En lo que respecta a Marta, supe que llevaba una vida de esclava. Después del nacimiento de Claudio, su primer hijo, dió a Sebastián cuatro hijos más. Ahora estaba arruinada; su marido llevaba una vida licenciosa y tuvo que vender el olivar y los viñedos de Marta. No sé si fueron estas noticias las que hicieron nacer en mi mente la idea obsesionada de rescatar la hermosa propiedad de mi pueblo, esa vieja casa medieval ornada con un campanario, y que domina a todo San Lucas. Rafael estudió las posibilidades de realizar mis deseos y llegamos a ser dueños de la bellísima mansión. ¡Qué venganza para la hija de la humilde costurera de la orgullosa Marta! Decidimos que pasaríamos allí nuestras vacaciones. Aún no comprendo por qué comencé a retrasar la partida. Me sentía presa de un inexplicable miedo. Sabía que cada rincón, que cada árbol despertaría en mi alma los dolorosos recuerdos de mi amor lejano. Un vago temor me hacía retroceder ante las imágenes de mi juventud. Mis dos hijos, Consuelo y Nicolás, hacía meses que se encontraban instalados en San Lucas con su padre, y yo, pretextando terminar de cerrar la casa, continuaba sin decidirme a partir.

Sacudiendo la cabeza, suspiré y volví a coger el volante. "Vamos, ya no eres la ingenua Nica, que una noche de luna se vió sola, habiendo perdido su amor. Actualmente eres la rica y respetable señora G'ovani. El pasado ha muerto para siempre. Sus sombras ya

no tienen por qué atormentarte", me dije animándome. Partí al fin, prohibiéndome emocionarme ante la fuente, la plaza del mercado y la vieja iglesia. Sin embargo, me extrañó el silencio que había en el pueblo y lo solas que estaban sus calles. Abordé a una mujer, y ella me dijo:

—Todos se han ido a la playa. La tormenta sigue desde ayer, y hay un barco que aún no ha entrado al puerto. Llevaba a bordo algunos turistas que visitaban la costa. Los muchachos se han ido mar adentro para tratar de encontrarlo.

Inquieta, apoyé el pie en el acelerador, deseosa de llegar pronto a casa. Aunque me imaginaba que mis hijos no habrían tenido la mala idea de salir a navegar por el mar, sentí deseos de verlos. Al llegar, divisé la silueta familiar de mi marido parado en el balcón. Su voz resonó algo inquieta:

—¿Eres tú, mi vida? ¡Gracias a Dios! Al verlo, todos los malos pensamientos y las locas quimeras que me habían dominado durante el viaje, desaparecieron como por encanto. Sin embar-

Al entrar, hallé a Nicolás estudiando. ¿Qué ocurría? ¿Qué había pasado en casa mientras yo estaba lejos?

Por decir algo, que dis'para todas esas misteriosas sombras que creía percibir, dije:

—Parece que hay un bote que no ha regresado y que está en peligro. Una mujer me lo contó en la plaza del pueblo.

Un pesado silencio siguió a mis palabras.

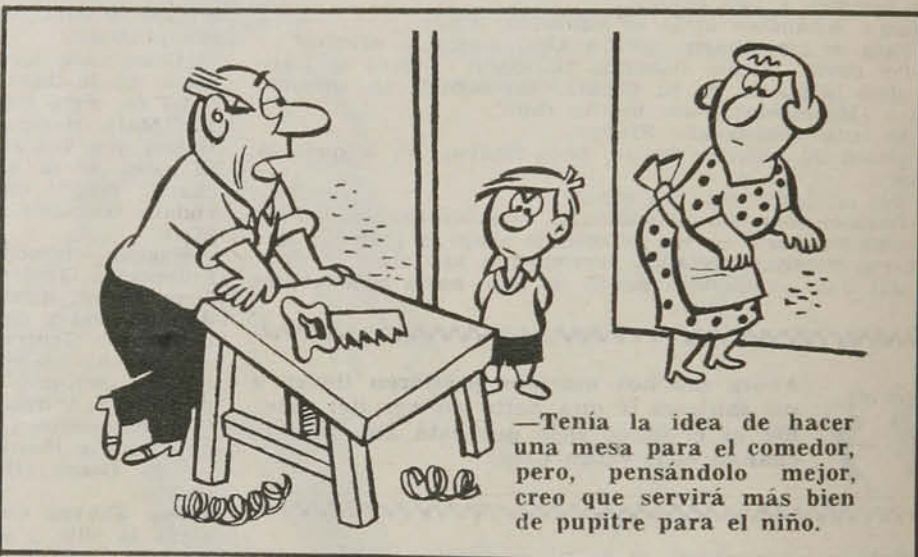
—Mientras arreglas tu dormitorio, te acompañará Consuelo —murmuró mi marido.

Comprendí, entonces, que mi hija tenía que contarme algo y por eso me apresuré a subir. En cuanto cerré la puerta, Consuelo se echó a llorar en mis brazos. Asustada ante la apasionada naturaleza de la niña, la calmé, preguntándole:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lloras así?

—¡Mamacita querida, soy tan desgraciada! Tengo miedo; está en peligro. Tal vez no vuelva jamás.

—¡Cálmate! ¿A quién te refieres? ¿De quién me hablas!



—Tenía la idea de hacer una mesa para el comedor, pero, pensándolo mejor, creo que servirá más bien de pupitre para el niño.

go, me pareció notar preocupado a Rafael.

—Estoy feliz de que estés aquí. Los muchachos te echan mucho de menos. Creo que Consuelo desea conversar contigo.

Sin saber por qué, sentí una opresión dentro del pecho. Siempre había temido que Rafael supiera lo de Sebastián. Quería vivir en el pueblo donde se deslizó mi niñez; pero, al mismo tiempo, sentía miedo. Deseaba confrontar el pasado con el presente: poner a mi marido junto a las sombras atormentadoras del pasado. Con una delicadeza exquisita, Rafael, jamás me había interrogado respecto al padre de Consuelo. Sabía que era alguien del pueblo, pero nada más. Yo también suponía que no tenía para qué herirlo con mayores confidencias.

Mi hija salió corriendo a abrazarme. Me pareció que estaba inquieta y cómo crispada por alguna preocupación.

Jamás olvidaré la escena. Bajo la luz púrpura de la lámpara, sobre el fondo ocre de las murallas, en medio del dormitorio, mi hija mostraba el mismo rostro doloroso de mi juventud atormentada. Su alma sufría un desgarrador tormento que yo ya había conocido a los dieciocho años.

—¡Claudio...; lo quiero! ¡Nos adoramos!... Es hijo de la señora Marta, y Lucía me ha contado que se parece a su madre cuando era joven, y que ella era la muchacha más linda del pueblo.

—¡Marta! ¿De qué Marta hablas? —la interrogué espantada.

—Tú la conoces. Se casó con un hombre malo, y... por eso papá se opone a que nos queramos. El padre de Claudio arruinó a su madre, y él se ha puesto ahora a trabajar con ahínco. Arrendaba su barco a los turistas. Ahora está en peligro, en medio de la tormenta.

(Continúa en la pág. 34)

¿OPINAN USTEDES LO MISMO?

El hombre es un animal domesticado.

PLATON.

El hombre es el único animal que hace daño a su pareja.

ARIOSTO.

El hombre es el más cruel enemigo del hombre.

J. G. FICHTE.

El hombre es un dios en ruinas.

EMERSON.

Los hombres llegan a ser viejos, pero nunca llegan a ser buenos.

OSCAR WILDE.

El hombre es una sombra y un sueño.

PINDARO.



Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 31)



elegante y agradable, a pesar de su noche en la cárcel. Shayne dio vuelta al escritorio, la tomó en sus brazos y la abrazó fuertemente.

Timothy Rourke entró con paso lento. El reportero del "Daily News" tenía una sonrisa cínica y una cara cadavérica. Se detuvo en el umbral, tomó una pose melodramática y declamó:

—¡Mi reino por una filmadora! Si pudiera tomar una instantánea de esta escena, la publicaría con el siguiente título: ¡Todo se ha perdonado! Y tal vez yo también consiga una edición especial.

Rourke era un viejo amigo. Shayne le hizo una mueca por encima de la cabeza de Lucy, luego levantó la barbilla de la muchacha con su mano y la miró a la cara.

—¿Fué terrible, mi ángel?

—No tanto. —Lucy sonreía y tenía los ojos luminosos—. No me preocupé por estar en la cárcel. Realmente, no. Después de todo, Michael, esta no es la primera vez. ¿Te acuerdas de Nueva Orleans?

Shayne asintió sombrío. Recordaba lo de Nueva Orleans. Habían sido arrestados juntos. Entonces fué cuando conoció a Lucy Hamilton. Ella no lo conocía; sin embargo, confió desde el primer momento en él.

Shayne sacó los brazos del talle de Lucy, y dijo:

—Sturgis aquí, y su compañero, allá fuera, tienen una orden de allanamiento, mi ángel. Ellos están buscando en el archivo el caso Carrol. ¿Puedes ayudarlos para que lo encuentren?

Lucy echó atrás la cabeza y miró a Sturgis con sorpresa.

—¿Carrol? ¿Quién es Carrol?

—Ralph Carrol —repuso Sturgis—. El muchacho que asesinaron anoche en el departamento inmediatamente arriba del de Mike.

—Ustedes están perdiendo el tiempo —le dijo Lucy—. No tenemos ningún archivo de Carrol.

—Ya ve usted —murmuró Shayne, encogiendo de hombros—. ¿Se da cuenta, Sturgis? —Golpeó el hombro de su secretaria y agregó:— De todos modos, muéstrales los archivos y todo lo que quieran ver. —En seguida, se volvió a Rourke, quien, sentado en el extremo de la pieza, balanceaba su perna hacia arriba y hacia abajo—. ¿Tú y Lucy vinieron juntos?

—Casi. Ella se había detenido un instante en el corredor. Para empolvarse la nariz, me imagino.

—¿Dónde la encontraste?

—He estado vagando por aquí, esperándote para contarte que estaba detenida. ¿Dónde demonios estabas metido, Mike? ¿Y, qué te sucedió en la cabeza? Nadie ha podido encontrar ni un pelo tuyo desde que saliste a las cuatro de la mañana del hotel. Hasta Will Gentry ha perdido las esperanzas.

—Gentry bien puede volar en un cometa —respondió cortante Shayne, pasando por alto el comentario respecto a su herida. Miró a Lucy y a Sturgis ocupados en los archivos, y luego preguntó en voz baja a Rourke:— ¿Qué sabes de todo esto?

—Sólo lo que he leído en el "Herald", y cositas que he pescado por aquí y por allá. —Rourke estiró sus dedos huesudos y se quedó contemplándose—. El rumor que flota respecto a ti en el caso Carrol es que estás metido hasta el cuello. He sabido algunas cosas, incluso, que Carrol había demandado a su mujer pidiéndole el divorcio, y diciendo que tú eras su cómplice.

—Eso lo puedes negar rotundamente —respondió Shayne, cortante.

—¿Cómo explicas tantas circunstancias, Mike? ¿Puedes también negar que la señora Carrol estaba anoche en tu departamento mientras asesinaban a su marido?

—¿Eso dicen? —preguntó Shayne, haciendo una seña a su amigo para que bajara su voz.

—Y muchas cosas más —aseguró Rourke—. Nadie parece saber nada en concreto, y Gentry se niega a hacer declaraciones. Necesito tener base para combatir la edición especial del "Herald".

—Te la daré tan pronto como la consiga —le prometió Shayne. Hizo una pausa y escuchó unos pasos pesados en la sala de espera.

—¿Han encontrado algo, Benton? —rugió Will Gentry.

—No mucho, señor —replicó el detective Gene Benton—. Shayne se ha negado a ayudarnos.

El inspector se dirigió a la puerta de la oficina. Tenía la cara pálida, se veía cansado y su terno estaba tan arrugado como si hubiera dormido con él.

—¿Dónde diablos has estado, Mike? —preguntó.

—Por ahí... —respondió el interpelado.

—Te hiciste humo en un momento. Sabías que iba a volver a tu departamento y cuando lo hice ya habías volado.

—Alguien tiene que resolver los casos por ti —respondió Shayne, encogiendo de hombros.

—Muy bien. ¿Con que lo resolviste? ¡Magnífico! —Gentry se volvió a Sturgis, y dijo:— ¿Han terminado el registro?

—No hemos encontrado nada, inspector.

—Yo tampoco esperaba que encontrasen nada —comentó Gentry con aspereza.

—Sólo los mandaste para que me molestaran, ¿no es cierto?

—¿Para qué mandaste a Lucy a la pieza de la señora Carrol anoche? —indagó Gentry con voz cansada.

Comprensión es lo que siempre ofrece una muchacha a otra a cambio de detalles.

—Por la misma razón que tú la mandaste dejar con Hagen, me imagino. La manera cómo actuó anoche la señora Carrol me hizo pensar que tenía la carta que decía estar firmada por mí. Yo necesitaba esa carta.

—¿Para qué? —atónó Gentry.

—Tengo curiosidad de ver la firma. ¡Maldita sea, Will! No trates de suponer tonterías! Si estuviera mintiendo y tratando de ocultar mi actuación en el asunto, no sacaría nada con hacer desaparecer esa carta. El abogado de Wilmington asegura tener otras firmadas igual. Si tuviera que destruir la suya, tendría que hacer lo mismo con las otras.

—Eso mismo es lo que he estado pensando durante los últimos quince minutos —repuso el inspector—. Acabo de recibir un llamado de Bates, desde Wilmington. Su oficina ha sido asaltada y le han robado toda su correspondencia. Por eso me he preguntado dónde estabas metido entre las cuatro y las nueve de esta mañana. —Clavó sus ojos color ágata en Shayne, mientras sacaba un cigarro de su bolsillo.

(CONTINUARA)

Un moderno
método
francés

EXTRAER LOS
vellos
en seguida



Los vellos de los brazos, de las piernas, de la nuca, se pueden extraer con sus bulbos más pronto y sin dolor gracias a un sistema francés introducido en Chile por Kara Vislovna. No es un depilatorio cáustico maloliente. Es distinto. Es más agradable. Es tan rápido que todos los vellos, por largos y tupidos que fueren, quedan extraídos en menos de media hora.

Pida usted informes o una demostración sin compromiso

Kara Vislovna

PHILLIPS 16 — PISO 3.º — SANTIAGO
EN VALPARAISO: CONDELL 1443 — 4.º PISO

Si usted vive en provincias, solicite su "Ficha de Belleza". Es un estudio de sus condiciones estéticas y las indicaciones necesarias para tratar cualquier defecto de belleza en su casa. Envíe \$ 100.—, en estampillas de correo a Casilla 9321, Depto. C., Santiago, exponiendo sus problemas detalladamente, e indique su edad.

La sombra del pasado

(Continuación de la pág. 32)



menta. Aún no ha entrado al puerto. ¡Dios mío! ¡Si supieras cuánto sufro! Nos queremos tanto, y hemos pasado momentos tan d'chosos juntos. Bailábamos en la quinta de San Lucas. Nicolás nos vió y se lo contó a papá. Los dos se enojaron conmigo, y me prohibieron que siguiera viendo a Claudio. ¡Ayúdame, mamá! ¡Defiéndeme! ¿No es cierto que volverá sano y salvo? Contéstame, mamá. ¿Por qué te quedas en silencio?

Me sentí desfallecer. No tenía fuerzas para hablar. Ni siquiera me sentía capaz de representar una comedia, demostrándole a mi hija tristeza e interés por su tragedia. Creí volverme loca, todo giraba a mi alrededor: imágenes diversas, recuerdos del pasado, mi encuentro con Marta camino a la estación, mi partida a medianoche, la escena con Sebastián junto al bosque iluminado por la luz de la luna... Cerré los ojos y escuché vagamente gritar a mi hija, mientras yo caía sin sentido. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, traté de reponerme y de controlar mis emociones. Lo único que salió de mi angustiada garganta fué:

—¡Vete! ¡Andate! ¡Déjame sola!

Consuelo me miró con ojos aterrorizados. Parecía desconocer a su madre, a su madre que siempre era cariñosa y comprensiva. Sin embargo, obedeció y salió llorando, sin decir ni una palabra. Cuando me encontré sola hice un gran esfuerzo para reponerme y pensar claro. Me parecía que estaba al borde de un abismo y que, de la noche del pasado, surgía algo monstruoso a acecharme y a no dejarme seguir viviendo. Algo informe amenazaba mi dicha, mi existencia misma. Mil tumultuosos pensamientos se apoderaban de mi mente. Sentía que el cerebro me iba a estallar. Consuelo estaba locamente enamorada de su medio hermano. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo separarlos, sin revelar la verdad?

No bajé a comer. Después de largas horas de agudo tormento, sin llegar a resolver el dilema, llorando sobre ese fatal pasado que ahora amenazaba mi hogar, escuché una extraordinaria animación dentro de la casa. De la calle también surgían voces alteradas y llenas de una insólita agitación. Me acerqué a la ventana y vi algunas luces que corrían de aquí para allá, como fuegos locos, a lo largo de la playa. Comprendí que eran antorchas llevadas por los pescadores. Me asaltó el presentimiento de una desgracia. Echándome un chal sobre los hombros, bajé cautelosamente. La casa estaba vacía. Seguramente habían salido los tres, creyéndome dormida. La calle estaba negra de gente. En un grupo, dos hombres sostenían a una mujer envejecida y que, medio enloquecida, daba gritos de dolor.

—¡Pobre Marta, esta desgracia ha colmado su cadena de miserias! —decía una mujer.

En ese momento, vi correr entre los macizos de arbustos las antorchas de un grupo de pescadores.

—Fueron a buscar al señor cura... Yo lo vi... Lo dejaron en la playa... ¡Virgen Santísima! ¡Todo lo que queda del buen Claudio! Los turistas se salvaron, y sólo murió el hijo de Marta. ¡Qué desgracia! Con un marido como el suyo, perder a su hijo mayor, a su preferido y a su esperanza...

Apoiada en la muralla, creí desmayarme de nuevo. Trastornada por encontrados y espantosos sentimientos, sentía despertarse en el fondo de mí misma una especie de consuelo... Esforzándome por reprimirlo, me dije que era una maldad abrigarlo. En ese momento se acercó mi hijo Nicolás. Sus ojos estaban iluminados de una luz sombría.

—Mamá, no llores más —me dijo con voz sorda, aunque con una entereza digna de un hombre maduro y no del muchacho que era—. Ya no debes temer nada. Consuelo sufrirá horriblemente, pero como es su primer amor se consolará pronto. Jamás sabrá nada...

Murmuré muy bajo y con los labios resecos:

El pololeo



¿Se opone tu madre a que pololees? Dile que los psicoanalistas afirman que pololear ayuda a que las niñas tengan confianza en sí mismas. Que te da una sensación de seguridad el contar con un muchacho del que puedes disponer, y que es agradable no tener que preocuparte de buscar un compañero para las fiestas. Esto te da tiempo para pensar en tus deberes y en tus estudios.

Desde luego que es peligroso pololear si lo tomas muy en serio. Es bueno acordarse que unos cuantos programas con un muchacho no le dan a una niña ningún derecho sobre él, ya que el pololeo de hoy puede transformarse mañana sólo en una amistad.

Si estás pololeando y tienes una amiga que no tiene un muchacho de fijo con quien salir, dile a tu pololo que traiga un amigo. Salir en parejas es entretenido. Salir de a tres, es un problema, porque siempre hay algo en la mejor amiga de la polola que los muchachos encuentran irresistiblemente interesante. Seguramente es la tentación de lo prohibido.

También hay que pensar en la familia y recapacitar. Puede que a ellos les parezca muy bien que pololees, pero lo más probable es que no quieran oír hablar de eso todo el día. Si principias todas tus conversaciones con: "Mi pololo dice...", tu padre tal vez se fastidie, porque, después de todo, él no pololea con tu muchacho.

Además, es bueno recordar a la familia de "El". Pueda que su madre te quiera, pero también puedes cansarla si llamas a su hijo cinco veces en una hora y tienes el teléfono constantemente ocupado, o sea, hasta poder hablar con él. De todas maneras, es mejor dejar que tu pololo haga los llamados telefónicos.

Es probable que a tus padres no les importe que pololees, siempre que no descuides tus estudios y tus deberes dentro del hogar. En caso contrario, es seguro que habrá discusiones desagradables respecto a "ese muchacho" que te absorbe todo el tiempo. Si el pololear enseña a una muchacha a conocer y comprender los gustos de su pololo y a respetarlos como propios, a no tener estados de ánimo desagradables y a decir "lo siento" cuando ha cometido un error, se está entrenando para poder mantener relaciones cordiales con un hombre cuando ya sea una mujer adulta.

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones, Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 245.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 21 de enero de 1954 - N.º 1030.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Consagrados en Chile

3 productos

Barbara Lee

M.R.

UNA VERDADERA JOYA

LAPIZ LABIAL DE LUJO
enchapado en oro 24 k.



Baby Lee

HEXACLOROFENO GEL
ACEITE - TALCO - LOCION



REVOLUCIONARIO LAPIZ LABIAL

COLORES COMBINADOS

COLOR SOBRE COLOR



Barbara Lee

M.R.

Mensajera de Belleza

¡Frescos! ¡Agradables! ¡Nutritivos!



Para sus picnics y paseos,
lleve siempre un paquete de
Fideos LUCCHETTI
y un tarrito de su salsa pre-
ferida.

Basta calentar agua para
preparar, en pocos minu-
tos, un guiso económico,
agradable y muy sencillo.



3 SALSAS
DIFERENTES
PARA TODOS
LOS GUSTOS

CON CALLAMPAS,
CON CARNE,
CON PESCADO.

Confidencias

de Margarita

M. R.

N.º 1031



CIEGA DE AMOR



EL RECUERDO
DE LUCIA

UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial

¡JUSTICIA!

TUVE MIEDO DE
NO CONOCER EL
AMOR,

novela

SARA
BERNHARDT,
amor célebre

¿PARA QUE
QUIERES
CONSEGUIR
UN HOMBRE?,

artículo

EL MOLDE DE
LA SEMANA

LA FELICIDAD
ESTA EN TODAS
PARTES

*Pero los muchachos de mi edad
me aburrían y acariciaba en todo
momento el recuerdo de su beso.*



*Evite los inconvenientes
de los viejos maquillajes*



NADA de esponjas húmedas



NADA de dedos engrasados



NADA de polvos sueltos

¡NUEVO!
polvo con base
¡todo en uno!



¡Viene en 6 cautivantes tonos!: Angel Rubio - Angel Rosado - Angel Moreno - Angel Bronceado - Angel Gitano - Angel Nacarado.

CADA CAJA CON SU CISNE

Angel Face

DE POND'S

★ Por primera vez en Chile. Sensacional maquillaje en seco: "Angel Face", una extraordinaria creación Pond's que las mujeres "se arrebatan" en los Estados Unidos.

★ Se usa como un polvo corriente, pero no necesita base, y dura más tiempo. Un finísimo ingrediente le da perfecta adherencia.

"Angel Face" es un maquillaje exquisito..., perfecto..., que puede aplicarse en cualquier momento, dondequiera que esté", dice Mrs. Robert Bacon Whitney, adorable belleza de la sociedad norteamericana.

★ En un mínimo de tiempo, en cualquier lugar, ¡hasta en la obscuridad de un cine!, podrá hacerse un maquillaje completo..., divino...

★ No necesita agua. No empolva la cartera ni la ropa. No reseca el cutis ni se agruma, no forma parches ni sombras...

¿C

OMO pudieron los jueces creer que yo había intentado matar a mi niño querido? ¿Cómo pudieron creer que yo era capaz de apretar mis manos en torno de su frágil cuello, cuando mis manos no hacían otra cosa que cuidarle, acariciarle, y acunarlo? El jurado se componía de hombres, incapaces de descubrir la verdad sobre el rostro de una madre. No supieron comprender la verdad, ni aún en la desesperación de mi pobre corazón desgarrado. Hace varias semanas que estoy encerrada en esta prisión. Para mí ya no existen ni los días ni las noches. Tan sólo me permite vivir la esperanza de volver a encontrar a mi hijito, la esperanza de recobrarlo, de estrecharlo en mis bra-

artificiales. Los músicos tocaban endiablados aires, que despertaban al más apático. La juventud se divertía a más y mejor, como también algunas parejas de más edad, dichosas de despertar, por una noche, los recuerdos de sus veinte años. Yo observaba con brillantes y extasiados ojos el animado espectáculo, cuando noté que un oficial fijaba sonriendo sus ojos en mí. Nos miramos largo tiempo: yo, inmóvil, sintiendo latir apresuradamente mi corazón dentro del pecho; y él, sin dejar de sonreír. Después de unos instantes, avanzó y, acercándose, me pi-

dió que bailaríamos. Enlazó mi tallo y bailamos toda la noche, casi sin hablar y transportados a un cielo de dicha. Era como si nuestros pies no tocaran la tierra, como si bailaríamos sobre las nubes... La ruda tela de su uniforme raspaba la blanca piel de mi mentón, pero por nada del mundo hubiera retirado mi rostro. Ese pequeño dolor formaba parte de mi amor, como los ojos de Francisco, y su boca, y sus brazos, tiernamente apretados en torno a mi cuerpo, y las luces de colores que estallaban en millares de chispas sobre la placita del pueblo... Cuando terminó la fiesta, nos fuimos caminando hacia la granja de mi abuela. Francisco, muy junto a mí, y con

(Sigue a la vuelta)

En su afán de hacer justicia a veces los hombres se engañan y permanecen sordos ante la inocencia.

¡Justicia!

zos. Hasta el día de la horrible tragedia, yo no conocía el odio, pero ahora que las pérfidas maquinaciones de Adriana lograron arrancarme a mi hijo y acusarme de tan horrendo crimen, que Dios me absuelva de que en mi alma sólo haya sentimientos de odio y de violencia contra tan perversa criatura. ¡Aun la oigo gritar: "Diré que intentaste matar a tu hijo! ¡Que te sorprendí en el momento en que querías cometer tu crimen! ¡Nadie te creará tus protestas de inocencia! Te condenarán, y así pagarás tu infamia, y yo me vengaré por haberme quitado al hombre que amaba. Hace tiempo que preparaba y esperaba este momento. He trabajado con toda paciencia, sin descuidar un solo detalle que pudiera perderte, llegado el momento. Todo el vecindario cree, porque yo les he repetido una y otra vez que eres una madre desnaturalizada. Todos declararán en tu contra. Nadie te escuchará. Nadie te creará".

¡No! No era posible que tanta infamia tuviera éxito. Que triunfara la maldad. Tendría que descubrirse toda esa perversa trama y comprender y escuchar mis gritos de inocencia. Tampoco era cierto que yo le hubiera quitado a Francisco. ¡Mentira!... ¡Mentira! Yo ni siquiera sabía de la existencia de Adriana, ni que ella lo amaba. Nuestro idilio fué puro, sincero y dichoso. Una historia color rosa, que yo jamás imaginaba que terminaría en una prisión...

Mi vida se deslizaba en un pueblecito lejano, junto a mi abuela que me adoraba. Hija de padres separados, ninguno de ellos quiso hacerse cargo de mí. Mi padre quería hacer fortuna en otro país y yo era un estorbo para sus proyectos. Mi madre me descuidaba, y la única que se ocupaba de mí era una criada. En el sentido material de la existencia, nada me faltaba, pero carecía de todo lo relacionado con el corazón. Sólo guardo de esos recuerdos de mi triste infancia. Mi abuelita me quería mucho, pero era ya muy vieja cuando me fui a vivir con ella. Tan sólo le interesaba su granja, que era su orgullo, y la muerte, que cerraría sus cansados ojos...

En esa época fué mi encuentro milagroso con Francisco, y la transformación de mi vida. Una noche de fiesta, se bailaba en la plaza del pueblo, bajo las luces multicolores de los fuegos





**Mi mamá tomó
Vitamaltina!**

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DÉBILES Y VIGORIZA A LOS SANOS



¡Justicia!



su brazo en mi cintura, me contó que terminaba un período de entrenamiento en el regimiento que acampaba en el pueblo, antes de partir para el oriente.

—Casémonos, Malú, antes de irme. Será muy dura esta separación en plena luna de miel, pero serás mi mujer, podré pensar en ti, sabiendo que eres mía. Mostraré a mis compañeros de armas tu retrato, con orgullo, diciéndoles: "¡Es mi mujercita!" ¿Comprendes, Malú? No debemos esperar. Aprovechemos estos últimos días para amarnos, antes de partir por un tiempo tan largo.

Al pronunciar estas palabras su voz temblaba de emoción. Para mí, ya nada existía fuera de él. Me habló que tenía sus padres en una ciudad lejana, pero que sus relaciones con ellos no eran muy felices, debido a ciertos desacuerdos, de los cuales no me dió más detalles.

Mi abuela, que me dejaba hacer todo lo que yo quería, no puso inconvenientes a esta precipitada unión. Puesto que nos amábamos, todo lo demás carecía de importancia.

En la pequeña iglesia de San Martín, enclavada en la cumbre de una colina, un sábado lleno de sol, nos casamos sin cortejo ni música. El amor de nuestros corazones reemplazaba el canto del órgano y las iluminaciones de los grandes matrimonios. Cuando Francisco deslizó en mi dedo el anillo de oro, símbolo de fidelidad conyugal, la emoción llenó de lágrimas mis ojos, y en ese dichoso momento comprendí que le hacía entrega de mi vida entera.

Habiendo obtenido Francisco un permiso, vivimos seis meses en la casa de mi abuela: seis meses de una felicidad total y maravillosa, sin una sola nube que viniese a turbarla. Pero, de todos modos, llegó la desgarradora hora de la separación, la hora de los adioses que, para los que se aman, es semejante a la de la muerte. Es imposible describir la desesperación del último beso, del último abrazo, de esas palabras insignificantes y terribles a la vez, que se pronuncian maquinalmente, con la garganta apretada y la voz temblorosa. Con gran ruido de ruedas, de vapor y de frenos, partió la negra y terrible locomotora, como un animal del infierno. Regresé sola y desesperada a casa, después de permanecer largos minutos como clavada en el andén, retorciendo mi pañuelo empapado en lágrimas entre mis desesperados dedos.

La primera carta que escribí a Francisco fué desbordante de amor y de la inmensa felicidad que colmaba mi corazón — pese al dolor de nuestra separación —, por la certeza de que nuestra pasión se haría realidad en el hijo que esperaba anhelante, y que en todo momento me recordaría al padre bien amado y ausente.

Cuando lo tuve por primera vez en mis brazos, empecé a hablarle de ese papá que llegaría en tres meses más, con su hermoso uniforme, con galones ganados en actos heroicos. Por supuesto que mi pequeño Miguel nada entendía, ni sabía, indiferente a todo lo que no fuera su sueño y su alimento. Muy poco después del nacimiento de mi niño, recibí inesperadamente la terrible noticia de la muerte del hombre que yo esperaba con tanta impaciencia y amor. ¡Esa vida que mi car-

ne diera a mi hijo, la había tomado el destino! Si no hubiera sido por Miguel, estoy segura de que no habría sido capaz de resistir ese rudo y cruel golpe. Pero mi hijito adorado me dió las fuerzas necesarias para ser fuerte y vivir para él. En vez de cantos de cuna, yo le murmuraba todo el tiempo recuerdos de su padre: lo hacía dormir hablándole de mi amor segado por la muerte. Al escuchar esas tristes letanías de mis labios, mi pobre abuelita sollozaba, corriendo las lágrimas por sus arrugadas mejillas. Recibí una carta de la madre de Francisco, en la que me pedía que le confiara a ella mi hijo, ahora que él había muerto, ya que a ella le sería más fácil, gracias a su fortuna, criarlo y educarlo. Un movimiento de rebeldía surgió en mi corazón contra esa mujer que osaba reclamarme a mi hijo. Le respondí secamente que jamás confiaría a nadie el cuidado de Miguel. Sin embargo, la suerte, que todavía no había agotado los dolores que tan injustamente me reservaba, me asestó un nuevo golpe: una noche, mi abuelita se quedó dormida para siempre, en medio de su sueño. Apenas volví del cementerio, donde fui a dejarla, un notario llegó a casa a notificarme que la granja, enteramente hipotecada, se iba a vender y que, por lo tanto, ya que yo no poseía nada a mi nombre,



debía dejar la casa. ¡Cuántas miserias y pesares, a una edad en que otras muchachas no saben más que gozar de la vida! ¡Yo tenía solamente veinte años! ¿A dónde ir? ¿Encontraría trabajo? ¿Qué podía hacer con un niño en los brazos?

Entonces me vino a la mente la proposición hecha por mi suegra, pensando que no me quedaba otro camino, y que tenía que sacrificarme por la felicidad de mi hijito. Le escribí, exponiéndole mi penosa situación. Su respuesta fué laconica: "La esperamos a usted y a nuestro nietecito". La última frase me hirió amargamente. No decía "su hijito", sino "nuestro nietecito". No obstante, tomé la firme resolución de no demostrar mi disgusto a causa de Miguelito, para que nada le faltara y pudiera crecer dichoso en el hogar donde naciera su padre. Nada podía imaginar yo en esos momentos del plan maquiavélico que se tramaba en mi contra y que arrancaría a mi hijo de mis brazos.

Al llegar, la madre de mi pobre Francisco me miró larga y duramente. Era una mujer alta y seca, de rasgos angulosos, labios delgados y ojos huidizos. En lugar de expresar alguna palabra acogedora, se limitó a saludarme brevemente y a quitarme de los brazos al niño, llevándolo a su dormitorio.

rio, donde había una cuna junto a su cama.

—¿Aquí dormiré? —pregunté algo tímidamente.

—No. Su cuarto está arriba. He pensado que usted dormiría mejor sin Miguel. Yo me ocuparé de él. ¡Ahora me toca a mí!

—Miguel dormirá a mi lado —dije, asustada, pero lista para defender mis derechos maternales.

—Sepa que en mi casa yo hago lo que me place —replicó ásperamente, fulminándome con la mirada.

—Entonces no me quedará en su casa privada de mi hijo. ¡Entréñemelo!

—¿A dónde irá usted? ¿Está loca? ¿No hizo ya suficiente mal trastornando la cabeza de mi pobre Francisco? Si no se hubiese casado con usted, no lamentaríamos hoy día su muerte.

Calló unos instantes. Enseguida, como arrepentida de sus duras e injustas palabras, adoptando otro tono, agregó:

—Bien. Lleve la cuna a su cuarto. Aunque usted es demasiado joven para ser madre experimentada. La ayudaré con mis consejos.

Más tarde, ese mismo día, conocí a Adriana. Entró en mi dormitorio sin golpear ni pedir permiso. Altiva, desdenosa, con un cigarrillo entre los dedos, me miró con los ojos entrecerrados, con irónica mirada. Vestía un elegante sastre gris.

—¿Y por esta tonta, recién salida del colegio, Francisco me dejó plantada? ¡Pobre muchacho! ¡En realidad parece que había perdido la razón! Es mejor que usted sepa, desde un principio, la verdad: estábamos de novios. Pero de repente dejé de saber de él. Luego supimos de su matrimonio. Y por fin, he llegado a conocer a la que se atrevió a arrebatármelo.

Su mirada brillaba de cólera celosa. Un amargo rictus afeaba su boca.

—Las cosas no son como usted cree —logré murmurar, tratando de explicar los acontecimientos—. Francisco jamás me habló de usted. Yo ni siquiera sabía de su existencia.

—¡Ah! ¿Y usted cree que su silencio cambia algo su abandono? ¿No le habló nunca de mí? ¡Ya se lo voy a creer! Con toda seguridad se reirían juntos

a costa mía. Es mejor que lo confiese.

—¡Calle! —repliqué—. Francisco ha muerto. Yo le amaba. Nos amábamos. No injurie nuestro amor con esas sórdidas historias que usted me echa en cara injustamente.

—¡Sórdidas historias, porque le revelo el cobarde abandono de un hombre que todo me lo debía! Su educación la pagué yo. Sus trajes, sus camisas, sus cuentas, yo las pagaba. ¡Y todavía tengo la generosidad de recibirla a usted bajo mi techo! ¡Yo estoy en mi casa! ¡Guarde las distancias, y sepa respetarme, si no desea que la eche de aquí!

Mordiéndome los labios hasta sacar sangre, pensé: "Para que a mi hijito nada le falte, para que no sufra, debo callar y no responder a esta mujer loca y mala. ¡Dios mío! ¿Por qué vine a refugiarme en este antro de perversidad, entre toda esta gente infame que se ha encarnizado en contra mía?"

Me quedé, sin embargo, temiendo lo desconocido, por miedo a la miseria y sus consecuencias para mi hijo, dispuesta a los peores sacrificios y sufrimientos, con tal de que a él no le faltara lo necesario.

Un libro entero sería insuficiente para relatar el martirio a que fui condenada desde ese desventurado día. Todos me odiaban. Todos me herían y me despreciaban. Mi suegro, mi suegra y Adriana hacían lo imposible para cansarme y hacer que me fuera, dejándoles al niño. Yo tenía que lavar, aplanchar, hacer muchas veces la comida y limpiar la vajilla. A la criada le decían, en mi presencia: "Descansa: estás muy fatigada. Malú te reemplazará. Es muy natural que se gane su comida y su alojamiento, que por generosidad le damos".

Pero, la más encarnizada, la más fanática, la más mala era, sin duda, Adriana, hija de una amiga de la infancia de mi suegra, quien la había confiado a sus cuidados desde la edad de diez años, por hallarse ella minada por un cáncer al pulmón que, finalmente, acabó con su vida. Adriana vivió desde entonces como hija adopti-

(Continúa en la pág. 8)

Canción de la vida profunda

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la dicha nos sonría...
La vida es clara, undivaga y abierta como el mar.

Hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles
como en abril el campo que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos
como la extraña oscura de obscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos
—niñez en el crepúsculo, laguna de zafir—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos hace estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres
como en las noches lúgubres el canto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar...

Mas, hay también, ¡oh Tierra!, un día..., un día..., un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos inexorables.
¡Un día en que nadie nos puede detener!

PORFIRIO BARBA JACOB (colombiano)

Un maquillaje que perdura

SI usted tiene cutis seco, aplique crema líquida de Dana y luego Danamask, el polvo maquillador de moda.

Danamask envuelve su rostro en una fina capa invisible.

Usted sale con la seguridad de tener un maquillaje armonioso que perdura...



Danamask
M.R.
POLVO MAQUILLADOR

Liberada por Etiquet

un desodorante
moderno
en tubos



Refresca la piel, suprime las molestias derivadas del calor y contribuye a que su presencia sea grata en todas partes.

ETIQUET penetra fácilmente y desaparece en el acto. Su envase moderno evita que se seque y permita usar sólo lo necesario para cada vez. No daña ni mancha la ropa.

Libérese Ud. también, use...



CAPITULO III

RESPECTO a la comprensión que podría darme mi madre, era mejor no pensar. Podía entender las pasiones que sentía Coralia, pero no las mías. "El ambiente en que has vivido, tu inteligencia, tu bondad... me hacen imposible el creer que haya sucedido algo así con un hombre al que ni siquiera amas". Así me hablaría, como si sólo las hijas de hogares deshechos cometieran errores de esa naturaleza.

La atmósfera del cuarto me oprimía. Cuando por fin pude despedirme me sentía casi sin fuerzas. Comprendía que esta comedia no podía continuar indefinidamente. Rafael se había explayado en sus planes para nuestro futuro: la boda, nuestra luna de miel en la cabaña del lago, nuestra vida junto a la universidad y en lo precioso que era nuestro amor. Ese amor puro que nada tiene que ver con el deseo. Sin embargo, nuestra unión había tenido un mal cimientito, pero no se lo podía, por ahora, recordar... Rafael dijo, cuando me despedí de él:

—Mi vida, mañana vendrá el joyero para que escojas tu anillo.

—Una de las emociones más grandes de la vida de una mujer es escoger su anillo de compromiso —exclamó su madre con voz conmovida. Después me recomendó que manejara con cuidado, pues no quería que a su nueva hija le sucediera algo malo.

Le aseguré que así lo haría y me escabullí. Me dirigí en el viejo automóvil de papá a la farmacia, para llevarle un remedio a Ana. El farmacéutico, como viejo amigo de la familia, me dijo al verme entrar:

—Pronto sonarán las campanas anunciando una boda, ya que el novio volvió a casa. He oído decir que Rafael está muy bien. Bueno, el amor es el mejor remedio, superior a cualquier otro descubierto por la medicina.

Volví al auto y permanecí un rato con la mente vacía. No tenía objeto regresar a casa, pretendiendo que las cosas

Tuve miedo de

se arreglarían solas. Me había portado como el avestruz, que esconde la cabeza para no ver lo que sucede a su alrededor. Los padres de Rafael pronto irían a mi casa para hablar con los míos y tendría que simular que me sentía en el séptimo cielo. Mañana tendría mi anillo de compromiso, el anuncio del matrimonio en el diario, partes, flores... Sentí que las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Por una noche que no había significado nada, ahora tenía que casarme con Rafael.

En ese instante pasó a mi lado el automóvil de Oscar. Este no me vió. Contemplé su perfil, varonil, noble y hermoso y volví a romper a llorar. Podría haber tenido una oportunidad de casarme con él y ahora mi futuro se limitaba a una casa cerca de la universidad y a un marido que no amaba.

En ese instante escuché a dos chicos pelear en la vereda. Uno le decía al otro:

—¡Si no quiero, no lo hago, pera eso vivimos en un país libre!

¡Un país libre! ¿Qué me estaba sucediendo? Si no quería, podía no casarme, ¡sencillamente! No me podían empujar hasta el altar.

¡Nadie, ni siquiera los padres de Rafael, podían ser capaces de eso!

Decidí volver a casa de mi novio y confesarle que no me iba a casar con él, porque no lo amaba. Yo no era Coralia, que se moría por todos los hombres. Nadie iba a defenderme y la determinación tenía que tomarla sola. Y la escena sería desagradable.

Sin embargo, no me imaginaba lo desagradable que sería. Al principio creyeron que no hablaba en serio.

—Estás nerviosa ante la idea del matrimonio, mi linda. Quédate a comer y lo discutimos —me dijo bondadosamente la madre de Rafael.

—¡No me quedará a comer! —les grité—. He venido a decirles que no me casaré con Rafael. No fué idea mía hacerlo... ni tampoco de él. Fueron ustedes los que nos han obligado, han hecho planes y ni siquiera nos han consultado nuestra opinión.

—Creímos que lo amabas y teníamos motivos para ello —me replicó severa la madre—. Por cierto que no podemos

obligarte, ni me imagino de dónde habrás sacado una idea tan ridícula.

—Mamá, papá, por favor, váyanse y déjenme hablar a solas con Elena —suplicó mi novio—. Siempre hemos estado rodeados de tanta gente. Ella no tiene la culpa de sentirse ahora desorientada.

—¡No estoy desorientada! —exclamé—. Sólo que no quiero casarme, ¿me comprenden?

—En otras circunstancias habría estado feliz de que mi hijo le hubiera dado su nombre —replicó el padre algo enfurecido.

Estas palabras fueron para mí como el golpe de gracia. Miré sus rostros, el de Rafael surcado por las lágrimas, el de su madre, dolorido y el de su padre, lleno de enojo. —Lo siento —murmuré con voz apagada y salí corriendo de la casa.

Nadie me llamó para que volviera. Nadie dijo, como en otras ocasiones, que no debía manejar en la obscuridad. Yo ahora era sólo una mujer que había tratado de aprovecharme de su hijo. Tal vez también dirían que Dios se había opuesto a la boda.

La frase del padre de Rafael había destruido toda la belleza del matrimonio, los azahares y el repicar de las campanas. "Si te hubieras sentido comprometida, habrías estado feliz de casarte. Como así no sucedió, no te quieres crear obligaciones. Quieres seguir saliendo con otros muchachos y seguir tu misma vida..."

Me sentí contenta cuando vi brillar a la distancia las luces de mi hogar. "Todo ha terminado, Rafael me odará, pero todo ha terminado y ahora soy libre", pensé con alivio.

Entonces no sabía que lo peor aún no había sucedido. No sabía que el orgullo herido de un hombre se puede transformar en un arma temible.

Cuando me llamó Cristián para convidarme a salir, le acepté encantada, pensando poder pasar con él un momento agradable.

Llegó a buscarme a las ocho de la noche y no se bajó del auto. Mi madre me dijo:

no conocer el AMOR

—¿Estás segura de que actúas bien al salir con otros muchachos?

Pensé que tal vez habían olvidado mi pelea con Rafael.

Esa era la explicación que yo les había dado. Que había peleado con Rafael y roto mi compromiso. Ana había estado enferma toda la semana y eso no le dejó tiempo a mamá para hacerme muchas preguntas.

RESUMEN DEL CAPITULO

ANTERIOR: El novio de Elena contrae una poliomielitis y tiene que volver a su pueblo. Ella va a verlo y se conduce en forma abregada y maternal hacia ese hombre que quiere a toda costa darle su nombre. Sin embargo, la muchacha se siente acorralada, pues se da cuenta de que en realidad no lo quiere y que su corazón pertenece a Oscar, un muchacho bueno, que estudia filosofía en la Universidad. Los padres de Rafael la tratan como a una hija y por eso Elena siente que le va a ser imposible escapar de una boda que le es terriblemente odiosa. Quiso conocer el amor y ahora comienza a pagar las consecuencias.



Por una noche, que no había significado nada, ahora tenía que casarme con Rafael...

—No deseo que sigan hablando de Rafael. No me casaré con él por ningún motivo.

—Haces bien en no casarte con un inválido —me interrumpió Marta.

—No está inválido y le agradecería que no se mezclara en mis asuntos —le repliqué furiosa.

Ante mis palabras empezó a llorar y para consolarla mi madre me hizo señas para que me fuera. Derecho me encaminé hacia dónde me esperaba Cristián.

Era una hermosa noche estrellada y yo me sentía muy alegre. De nuevo podía salir con otros muchachos. Tener citas que pronto podría olvidar y que no me traerían consecuencias funestas.

—¿Dónde vamos? —pregunté a mi amigo, sentándome a su lado. Esperaba que me invitara al cine o a casa de algún amigo común. Todo menos lo que me propuso.

—Vamos a comer y luego a bailar.

No quise parecer ingenua, pero sabía que papá se enfurecería si sabía que yo había estado en un club nocturno.

—Pues, pero no nos quedemos hasta muy tarde, por mi padre...

—Tu padre no tiene por qué saber las cosas que hace su hija. Vamos a pasar un rato agradable.

Hay citas de citas. Esas que terminan en una amistosa despedida y las otras en que la música y el baile son un anuncio de algo que vendrá después. En estas últimas, el muchacho tiene mucha prisa por llevar de vuelta a su compañera. Y esa fué la clase de cita que tuve esa noche. Cristián bailó todo el tiempo demasiado afectuoso y me invitaba a beber whisky tras whisky. Después de un tiem-

(Continúa en la pág. 12)

DISTRIBUIDORA CHILE

Casilla 10091 - Santiago

LE OFRECE
REGALOS PRACTICOS
PARA NAVIDAD



ART. 27
Placa grande con
piedras.

\$ 120.-



ART. 179
Aros de fantasía.
\$ 200.-



ART. 530
Aros dorados, color
oro.
\$ 30.-



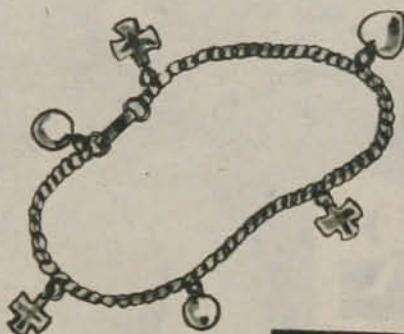
Art. 19.—Aros
camafeo, con
perlas.
\$ 280.-



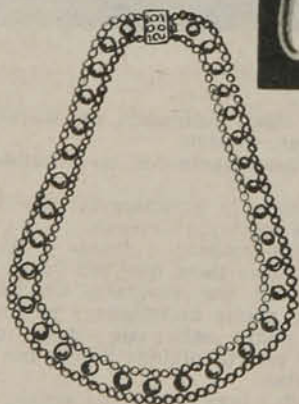
ART. 17
Aros con perla y ca-
denita dorada.
\$ 240.-



ART. 39
Prendedor, canasto
con piedras.
\$ 60.-



ART. 35
Pulseras para seño-
ritas.
\$ 100.-



Art. 24.—Collar
tejido, de perlas
blancas.
\$ 400.-

ART. 25
Collar tejido con
perlas blancas.
\$ 380.-



ART. 5064
Llaveros.
\$ 50.-

ART. 545
Aros con perlas.
\$ 65.-



Espejo redondo
material plásti-
co.
\$ 25.-

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y
PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y
MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.

¡Justicia!

(Continuación de
la pág. 5)



va de la familia, creciendo al lado de Francisco, compartiendo sus juegos y sus estudios. Su padre, reputado industrial, instalado fuera del país, le otorgaba una cuantiosa pensión, la cual, sumada a la fortuna heredada de su madre, hacían de Adriana un brillante partido. Así las cosas, los padres de Francisco, como buenos burgueses interesados que eran, decidieron asegurar, mediante la unión de su hijo con Adriana, la atrayente fortuna de ésta.

—El señor Francisco no quería este matrimonio. La señorita Adriana no le gustaba. En cambio, ella estaba loca por él —me contó cierta vez la criada, bajo la influencia de unos vasos de vino, que la habían puesto locuaz. ¡De modo que Francisco, para huir de los planes familiares y del amor de Adriana, se había enrolado para irse al oriente, donde encontró la muerte! Después de meses en los cuales agotaron todos los recursos que la maldad puede sugerir a un ruin corazón para martirizarme y decidirme a abandonar el campo, dejando a mi hijo entre sus garras, y en vista de su fracaso, parece que decidieron poner en práctica su diabólico plan. Yo ya había podido comprobar con sorpresa e inquietud, unas manichas rojas y amoratadas en el cuerpecito de Miguelito. Pedí que se llamara a un médico, pero mi suegra se opuso resueltamente, burlándose de mi inexperiencia y alegando que no era nada de importancia y que pasaría luego.

—Seguramente se deben al mal cuidado y a falta de higiene. El médico se reiría de su ignorancia. ¡Hasta una analfabeta sería mejor madre que usted!

—¿Cómo se atreve a decir que soy una mala madre? —repliqué, ofendida.

—¡Claro que lo es! Y así se lo cuento a todo el mundo que lo quiere oír —fué su cruel respuesta.

Toda esta escena se desarrolló a gritos, con aguda voz y con las ventanas abiertas. Era una trampa que me tendía, y que yo ni siquiera sospechaba, no creyendo que a tanto llegara su perversidad e infamia. Sólo descubrí el diabólico complot el día de mi condena.

Una tarde, mientras yo estaba ocupada abajo en los quehaceres de la casa, desempeñando mi papel de verdadera Cenicienta, escuché súbitamente el llanto de mi hijito primero, y enseguida, sus gritos desesperados. A toda prisa subí y encontré en mi dormitorio a Adriana, sorprendiéndola en los momentos que apretaba con sus dedos el cuello de mi niño, que se defendía, retorciéndose. Aterrorizada, grité: "¡Déjelo, suéltelo!", mientras le enterraba las uñas en su muñeca. El dolor la hizo soltar su presa y aproveché ese instante para tomar a Miguelito en mis brazos, trastornada por las marcas que la fiera dejó en su cuello y hombros. Adriana, lanzándose a la cara todos los improperios que ya conté al comienzo de este relato, se precipitó a la puerta, gritando:

—¡Socorro! ¡Vengan! Malú quiere matar a su hijo. Yo se lo he impedido ¡Rápido, telefonen a la comisaría! Inmediatamente llegaron mi suegra, mi suegro y dos vecinas que estaban de visita... oportunamente, y que sirvieron de testigos en mi contra. El es-

tupor me impidió realizar el menor movimiento: aterrada como un animal acorralado por las fieras, me encontró la policía, cuando acudí al llamado que hicieron. De nada valieron mis lágrimas, ni mis indignadas protestas de inocencia. Todos declararon en contra mía, diciendo haberme sorprendido en el momento de intentar estrangular a mi hijo, y contando que era una madre desnaturalizada. Yo estaba sola contra esa persecución encarnizada, tramada para perderme, enteramente sola, joven y viuda. Me detuvieron bajo la acusación de esa demoníaca familia. "Yo había golpeado a mi hijito. Su cuerpecito presentaba las marcas rojas de mi brutalidad, y, finalmente, había intentado estrangularle". Grité mi inocencia, me arrodillé, lloré amargas lágrimas. Todo fué inútil. Me quitaron a mi hijo, y mis gritos y suplicas se interpretaron como signos de desequilibrio mental. Fui condenada a tres años de reclusión y a la pérdida de mis derechos maternos.

Al cabo de seis meses de prisión, caí gravemente enferma, minada por la pena y el doble pesar de la muerte de Francisco y la obsesión de mi hijo, que era mi única razón de vivir. Me transportaron a la enfermería. Al médico que me cuidaba, le conté mi tragedia. Me escuchó un poco escéptico, diciéndome: "¿Qué puedo hacer yo, hija mía! Tenga paciencia, ¡La verdad termina siempre por triunfar!"

Estas palabras, no sé por qué, infundieron en mi alma una ligera esperanza y me devolvieron la energía perdida. ¡Quise sanar! El recuerdo de Miguel me sostenía y ayudaba. Me parecía verle en todo momento estirando sus bracitos a su mamá adorada. Un día, después de almorzar en mi cama de enferma, pero ya algo más restablecida, entró en mi cuarto el director. Con voz aparentemente fría, pero que, sin embargo, revelaba su emoción, me anunció una visita. Me dijo:

—Usted tal vez no la espera. Es una visita que le causará una inmensa alegría.

—¿Una visita? —interrogué, sorprendida—. ¿Miguel? —dije con voz esperanzada. Pensé que alguien habría implorado clemencia para mí. Tal vez el doctor... Y me traían a mi hijito querido. Ansiosamente fijé la mirada en la puerta. Se abrió lentamente... ¡Y entró Francisco!

Mi garganta no pudo proferir el desesperado grito de mi corazón, ni aún el nombre de aquel que yo lloraba muerto. No pude decir una sola palabra. La sorpresa me tenía como petrificada. Ni siquiera pude tender los brazos a Francisco que, arrodillado

junto a mi lecho, apoyó su cabeza en mi pecho, con el semblante cubierto de lágrimas.

—¡Malú, Malú! ¡Por fin te encuentro! ¡Amor mío, mujercita querida! —balbuceaba, cubriéndome de besos, riendo y llorando a un tiempo. Finalmente se levantó. Vestía uniforme de capitán de ejército y lucía en su pecho tres condecoraciones. Noté que le habían amputado una mano.

—¡Francisco, Francisco! —pude por fin gritar, trastornada al ver ese muñón apenas cicatrizado, sobre el cual caía la manga de su chaqueta.

—¡Oh! no es nada, Malú —replicó negligentemente—. Pronto me pondrán una mano mecánica. Sin embargo, esta herida fué la causa de que me creyeran muerto. Entre un montón de cadáveres mutilados, cuya identificación es siempre difícil, encontraron mi placa de identidad, rodeando mi puño seccionado por un obús. En realidad lo que ocurrió es que yo estaba prisionero. Pero, el mes último logré huir y reunirme con mi grupo. Entonces supe mi muerte oficial. Inmediatamente mandé un telegrama a casa de tu abuelita, ignorando su fallecimiento, tu partida y el drama que has vivido. Fui repatriado en el primer barco que se pudo. Puedes figurarte mi dolor al llegar a tu pueblo y no poder conseguir noticias tuyas. Me dirigí entonces donde mis padres. Cuando mi madre me vió, creí que se caería muerta de estupor, de terror.

—¿Dónde está Malú? —investigué, afiebradamente.

"Batañdo los ojos como abrumada, murmuró:

—¡Presal! —Enseguida, bajo la acción de los remordimientos y sollozando, me contó la verdad—. Perdonanos, Francisco. Odiábamos a tu mujer. ¡Quería-

El buen criterio se adquiere por experiencia, y la experiencia se adquiere por el mal criterio.

mos quedarnos con el niño! —agregó, con el rostro entre las manos.

—Son ustedes unos monstruos —les grité, fuera de mí—. No tuvieron piedad de su juventud ni de su abandono. ¡Se atrevieron a arrancar de sus brazos a nuestro hijo!

"Precipitadamente busqué por la casa a Miguel. Le encontré en su camita. Se te parece, Malú. Tiene tus ojos azules. ¡Oh, mi pobre amor! ¡Cuánto has padecido! Pero ahora, con la confesión de los culpables, quedarás en libertad. En ese momento se abrió la puerta. Una enfermera traía, con precaución, a Miguel en sus brazos.

—Este será su mejor remedio —me dijo, consoladora, con lágrimas en sus ojos, mirando mi semblante transfigurado por el milagroso retorno de Francisco y la llegada de mi hijito. Estreché a mi niño apasionadamente entre mis brazos, tantos meses ávidos de su tibio cuerpecito. Le cubrí de besos y caricias, y enseguida se lo entregué a su padre.

Cerrando los ojos, extenuada por las emociones, por mi dicha milagrosamente renacida, me pareció ver nuevamente las luces y la alegría de la noche de fiesta en que conocí a Francisco, en la plaza de mi pueblo.

Esa fiesta interrumpida, continuaría ahora, después de tan dramático intermedio.

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID





PREPARE CADA NOCHE

*¡Un límpido amanecer
para su cutis!*



Esta noche y todas
las noches, usted
puede hacer algo bien
sencillo y muy importante
para su belleza:

antes de acostarse, aplique
sobre su cutis un algodoncito
embebido en

Crema HINDS, de miel y
almendras. La crema HINDS,
por ser líquida, penetra
mejor en la piel,
eliminando todo rastro
de cosméticos y polvos, y deja
el cutis pleno
de suavidad y frescura.



crema
HINDS

de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA

STA es la historia de lo que sucedió entre Gonzalo y yo: es la historia de cómo se puede crecer al lado de un muchacho, sin siquiera verlo. Es la historia de mi ceguera y de mi estupidez: pero es también la historia de mi amor.

Vivíamos en un fundo en el sur, y la verdad es que del mundo que se extendía más allá de los dos o tres pequeños pueblos vecinos, no tenía mucha idea. Mis sueños e ilusiones los tejía alrededor del largo sendero que comunica nuestro fundo con el de los Prado. En los tiempos en que mi abuelo se dedicaba a la engorda de animales, este sendero servía para conducir ganado, pero hasta donde alcanzan mis recuerdos, no le conocí más utilidad que la de unir nuestros campos con los de los Prado, y su categoría no pasaba de la de un angosto camino bordeado de árboles, cuyos troncos estaban cubiertos por enredaderas salvajes: rosas, copihues, etc. El hecho de que el camino fuera tan hermoso estimulaba mi imaginación, y me hacía pensar que el fundo de los Prado, hacia dónde conducía, era un lugar muy especial. Desde pequeña tenía la sensación de que todo lo relacionado con el sendero tenía una relación íntima y secreta conmigo.

Gonzalo Prado era hijo único, y, como tal, algo tímido. Tenía unos seis años más que yo, pero a pesar de la diferencia de edades, habíamos jugado siempre juntos. Un día, cuando yo tenía como catorce años, me tomó en sus brazos y me besó. Desde entonces, me sentí incómoda cuando estaba con él, aunque es justo reconocer que verlo también me hacía feliz. Que me hubiera besado significaba que yo tenía algo especial, y siempre pensaba que quizás me besaría nuevamente la próxima vez que lo viera. Pero no hubo próxima vez, porque Gonzalo se fué a Santiago y no volví a verlo en cuatro años. Esos años pasaron sin que nada me sucediera en definitiva: los pasé ayudando a mi familia en el fundo, y saliendo de vez en cuando con algunos muchachos. Pero los muchachos de mi edad me aburrían, y acariciaba en todo momento el recuerdo de su beso.

Pero había algo más que ese beso único, y era que Gonzalo me había enseñado mucho de lo que conocía y amaba. Gracias a él aprendí a pescar en la laguna, a jugar mis juegos de niña, a hacer cuevas en la parva de paja, y dónde encontrar las más hermosas flores y frutas silvestres. Sí, Gonzalo me había enseñado casi todas las cosas que recordaba con cariño, y cuando se fué a Santiago me pareció que había dejado de asimilar otras nuevas. Papá y mamá estaban preocupados por mi desidia y falta de interés por todo, y comenzaron a tonificarme. Nunca se les ocurrió que la causa de mi estado pudiera atribuirse a Gonzalo. Parece que a nadie se le ocurrió pensar que yo pudiera estar enamorada de él. Era tan diferente de los otros muchachos, y bueno, la gente no comprendía lo que sentíamos el uno por el otro.

Un día, poco después de cumplidos mis dieciocho años, mamá dijo a la hora de almuerzo:

—Esta mañana me encontré con Mabel Prado y me contó que Gonzalo llega esta tarde. Viene a pasar una temporada aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que respirar fuerte para que me llegara el aire a los pulmones. No pude seguir probando bocado.

—¿Está decidido a quedarse en el fundo y ayudar, como le corresponde a todo buen hijo? —preguntó mi padre.

—No sé —le contestó mamá—. Y probablemente lo que Gonzalo piense hacer no lo sabrá nadie. ¿No recuerdas lo reservado que era desde chiquito? No se le podía sacar más de dos palabras seguidas.

Quise decirles a gritos que no era cierto, que Gonzalo y yo habíamos durante horas enteras cuando salíamos de caza o pesca, a caminar, o, sencillamente, cuando nos tendíamos de espaldas en un potrero y mirábamos pasar las nubes. Pero no dije nada. Me levanté de la mesa y fui a sentarme en el porch, tratando de acostumbrarme a la idea de que al final del sendero estaba nuevamente Gonzalo. Después de un rato, me puse de pie y me dirigí a la alameda. Cuando iba a medio camino, divisé a Gonzalo, que venía hacia mí. Llevaba unos pantalones deportivos y una polera. Estaba tal como yo lo recordaba. Su cara tal vez algo más severa con los años. Al verme, sonrió.

—¡Qué tal, Rebeca! —me dijo.

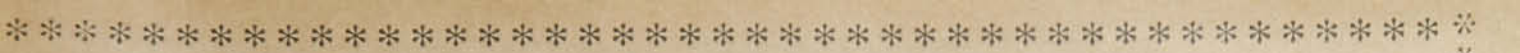
—¡Qué tal, Gonzalo! —respondí.

Se paró con las manos en las caderas y comenzó a examinarme de alto abajo con mucha seriedad:

—Has crecido, Rebeca. Pero, si ya tienes dieciocho años, ¿cierto? La última vez que te vi eras una niña, y ahora estás convertida en una mujer.

Era la primera vez que alguien me llamaba mujer, y experimenté un calorillo interno de satisfacción. También me sentí confundida y tuve que mirar hacia otro lado para que no notara mi turbación.

—¿Estás muy grande para ir a buscar moras? —preguntó.



CIEGA



de amor

bromeando. Sacudí la cabeza, y comenzamos a caminar por los potreros, como solíamos hacerlo, como si esos últimos cuatro años no hubieran existido.

Después de comer hasta quedar hartos, caminamos hasta la laguna para sacarnos de la cara el jugo de las moras. Nos sentamos a la sombra de un sauce llorón; el aire estaba fresco y quieto. Todo resultaba fácil y cómodo entre nosotros, tal como había sido siempre, aunque también existía algo diferente. Ahora éramos personas grandes, y quizás ahí estuviera la diferencia. No era algo que pudiera precisar con exactitud, pero la diferencia existía. Y saber que Gonzalo había estado en Santiago, lo hacía todavía más interesante y misterioso ante mis ojos.

—Pensar que has estado viviendo en Santiago —dije, finalmente.

—Sí —murmuré.

—¿Cómo es? ¿Y cómo te fué? —le pregunté—. Cuéntame hasta con los detalles más pequeños.

—Eso es demasiado pedir —me respondió, sonriendo—. Primera etapa: en Valdivia tomé el avión que me llevó a Santiago.

—¿En avión! —suspiré—. Ay, Gonzalo. ¿Volaste de veras? ¿Cómo es?

—Bastante extraordinario —me contestó—. Miras por la ventanilla y ves el mundo totalmente diferente de cómo se te ha aparecido hasta entonces.

—¿Y cómo se ve? —le pregunté casi sin respiración.

—Bueno, los bosques y potreros forman un diseño de cuadrados de diferentes colores, como en un tablero de ajedrez. Y de pronto, por el medio de esto, ves un río, que parece un alambre plateado reflejando el sol.

—Gonzalo, yo nunca he visto nada que se parezca a eso. Y Santiago, ¿cómo es?

—Tiene edificios altos, que si los miras mucho rato, te hacen doler el cuello. Y hay parques tan grandes como el fundo, llenos de caminitos, bancos, lagunas y jardines. Hay trolebuses, teatros y luces... tantas luces, que se te haría difícil imaginarte.

Miré hacia arriba, y vi un pedazo de cielo entre las ramas del sauce, y allá arriba en el cielo, como en un castillo, en una nube de ensueño, me pareció ver Santiago.

—Algún día lo veré todo —murmuré.

—Me gustaría mostrártelo, Rebeca —le oí decir.

Volvi mis ojos a Gonzalo, y lo vi inclinado hacia mí, con sus ojos oscuros y acariciadores.

—Quiero llevarte conmigo a Santiago. Volvi para verte, para buscarte —me dijo.

Y me tomó en sus brazos, y me besó tal como lo había hecho cuatro años antes. Pero esta vez las cosas fueron distintas: me sentí arrastrada hasta el borde de un torrente, y me aferré de Gonzalo con todas mis fuerzas.

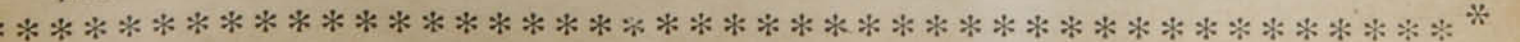
Mi familia se opuso a mi matrimonio con Gonzalo, lo que en realidad no me sorprendió. Mamá y papá estaban viejos, cansados, y, habituados a su manera de ver las cosas, no podían mirar ni comprender a Gonzalo en su justa medida. Ni siquiera traté de explicarles. Después de todo, yo ya tenía dieciocho años y podía vivir mi propia vida como quisiera.

Los padres de Gonzalo se portaron maravillosamente. Quisieron dar una gran fiesta de bodas, pero nosotros les explicamos que pensábamos casarnos en Santiago. Creo que comprendieron que nuestros planes se debían a la actitud de mi familia, aún cuando tuvieron el buen tino de no mencionarlo. Sin embargo, insistieron tanto respecto a la fiesta, que aunque ni a Gonzalo ni a mí nos interesaba mucho, no nos quedó más que acceder.

Los días se sucedieron entre frenéticos preparativos por parte de la familia Prado. El padre de Gonzalo trajo grandes rollos de papel crepé de diferentes colores y se dedicó a decorar el techo del salón. Se demoró tres días, y los resultados fueron de franco buen gusto. La señora Prado, por su lado, pasaba horas y horas en la cocina, preparando tortas y pasteles, y asando pavos y gallinas para los sandwiches. Iba a resultar una fiesta maravillosa.

Finalmente, llegó la tarde esperada, y mi familia, la de Gonzalo y nosotros dos, nos alineamos a la entrada de la casa para recibir a los invitados. Nadie sabía con exactitud lo que debía hacerse, pero el señor Prado dijo que todos los parientes debían sumarse a la fila de recepción al lado de la puerta. Cuando lo explicó, tuve la extraña sensación de que con esto casi obligaba a los asistentes a pronunciarse si estaban a favor o en contra de nuestro matrimonio. No fué ni alegre ni bonito, como esperaba que resultara, sino, más bien, como un juicio acerca de las opiniones de la gente. Lo único que deseaba era que todo acabara de una vez e iniciáramos el viaje a Santiago. Cuando llegó el primer auto con los invitados, nos preci-

(Continúa en la pág. 16)





Tuve miedo de no conocer el amor



(Continuación de la pág. 7)

po me di cuenta de que ya no éramos Cristián y Elena, los amigos de siempre, los muchachos que habíamos ido juntos al colegio, sino que era un hombre tratando de seducir a una mujer si es que ésta se lo permitía y se dejaba llevar a un lugar solitario.

Sentí vergüenza atroz al darme cuenta de la situación. Rafael les había contado a sus amigos nuestro amor. Seguramente lo había hecho para salvar su orgullo. Me parecía estarlo oyendo decir: "¿Elena?, es una muchacha encantadora, pero no pensaba casarme con ella, ustedes se imaginarán por qué..."

Cerca de las doce salimos del salón de baile. Cristián me dijo:

—Aún es temprano. ¿Qué te parecería ir un rato al lago?
—¿A tomar un baño nocturno? —le pregunté con voz áspera.

—No, precisamente. Tengo la llave de la cabaña de unos amigos. Te dije que podríamos pasar un rato juntos. De pronto sentí que me abrazaba y que sus labios se apretaban a los míos.

Me deshice del abrazo y repliqué cortante:

—Lo s'ento, Cristián, pero te ruego que me lleves inmediatamente a mi casa.

¿Por qué me disculpaba? Era él quien debía hacerlo. Me llevó a casa y ni siquiera se despidió de mí. Había gastado mucho dinero y no había sacado nada.

No lo odio por eso, puesto que era yo quien tenía la culpa. —Buenas noches y gracias por todo —le dije y cerré la puerta.

Comprendí que no había medio de borrar los comentarios ni de enmendar una reputación. Lo único que me quedaba era seguir viviendo y tratando de ser feliz a mi medida. Lo intenté. Cada vez que pasaba por la calle principal del pueblo erguía la cabeza y me sugestionaba con la idea de que a todas las muchachas se les comentaba. Rafael tampoco conocía demasiada gente. Entonces, ¿cómo podían saber...?

¿Cómo podía saberlo todo el mundo? Eran sólo mi imaginación y mi culpa lo que me hacían suponerlo.

Una tarde me encontré con una amiga que estaba por casarse pronto. Al verme me dijo:

—Mira qué anillo tan maravilloso. ¿Recibiste la invitación? Mi traje de novia estará listo la próxima semana. Es todo de encaje blanco...

—Debe ser lindísimo —le respondí. ¿Por qué me miraría en esa forma? ¿Por qué había pronunciado así la palabra blanco? En ese momento decía algo respecto a lo triste que era romper un compromiso.

—Rafael y yo decidimos que éramos demasiado jóvenes...

—¿Jóvenes para qué? —me preguntó con malicia. Me separé de ella sintiendo el cuello adolorido con el esfuerzo de mantener mi cabeza erguida. ¡Y yo que había creído que se necesitaba coraje para pasar una noche con un hombre junto al lago! El valor se necesita para afrontar las consecuencias.

Me dirigí a la confitería de Roberto, sitio donde se reunía la juventud del pueblo. Su dueño me saludó efusivamente. Siempre parecía vivir a una dieta de chocolates con crema. Era un hombre gordo, pálido y enfermizo, que tenía fama de tratar de conquistar a todas las mujeres que estuvieran dispuestas a soportar sus bromas y sus chistes de mal gusto. En ese momento me contemplaba como una futura presa.

—Elena, ¿cómo lo está pasando?

—Muy bien. Déme medio kilo de esos chocolates... Pensé que jamás iba a terminar de pesarlos. Me paré en un pie y luego en el otro, ansiosa por huir de la tienda. Los sacaba y los echaba al cartucho, sin dejar de hablar un momento.

—Los negocios van bien y el mío especialmente. Todos los muchachos les compran dulces a sus novias. Como siempre, yo les digo que no hay nada mejor para conseguir el amor de una mujer que una caja de chocolates. Eso vence la resistencia femenina —me comentó, cuando por fin me pasaba el paquete. Al hacerlo sus dedos tocaron los míos.

—Anótelo a la cuenta de papá.

—Usted tiene toda la tienda a su disposición. ¿Quiere que le regale una linda caja de chocolates? Puede escoger la que le guste. Tómela, se la doy. —Sus dedos no soltaban el paquete y sus ojillos de cerdo me recorrían de la cabeza a los pies.

—Gracias, pero no quiero que me regale nada.

Cerca de él...

¿Cuál es la Verdadera Usted?

¿La alegre y risueña usted...
o la encantadora y atrayente usted?

Michel

Michel refleja sus caprichos más íntimos con Cyclamen, el más radiante y festivo color conocido, y con el inolvidable y seductor Vin Rosé. Ambos provistos de la comprobada base indeleble Michel..., que protege a la vez que embellece

AMAPOLA ● VIN ROSE ● FIESTA ●
RASPBERRY ● MARIPOSA ● CYCLAMEN ● VIVID ● MIAMI ● VIN BRULE.

Agentes exclusivos para Chile

Rabié Hnos. y Cía.

—¿Teme engordar? ¡Qué tontería! A los hombres nos gustan las mujeres gorditas... Volví llorando a mi casa. ¿Por qué me habían herido tanto las palabras de un hombre tan sin importancia? Bien podía no volver a verlo, bastaba con no entrar más a su negocio.

Nuestra casa parecía ser el único sitio decente del pueblo. Mi madre ayudaba a la cocinera a hacer un queque de frambuesas y papá inspeccionaba el horno para asegurarse si podían caber todos los dulces.

La semana próxima iba a efectuarse una kermesse a beneficio de nuestra casa de reposo y ambos se dedicaban a los preparativos. Mi madre sugirió que se podría invitar a la familia de Rafael y mi padre pensó seriamente en esta absurda proposición.

—No sé. Su padre se ha mostrado muy reservado últimamente. Elena, ¿puedes venir un minuto a mi oficina? Quiero conversar contigo.

Nos sentamos uno frente al otro. Ambos parecíamos algo confundidos. Por último me dijo:

—Tu madre me contó que peleaste con Rafael. Su padre me había dicho que pensaban casarse en abril.

—Esos planes los hicieron ellos y no yo. Tú comprendes, papá, Rafael está enfermo y los enfermos sueñan imposibles. Su padre tomó en serio sus desvarios.

—Sí, sí, naturalmente. Son como los desvarios de Ana, que piensa que su hijo va a volver, siendo que murió hace treinta años.

—Eso es todo papá. —Me levanté y antes de irme le agradecí—. El padre de Rafael me dijo que entre él y tú nos costearían la vida al principio. Eso tampoco me parecía propio, mucho más siendo que ambos somos tan jóvenes. Rafael no comprendió mi punto de vista y por eso peleamos. Sin embargo, me imagino que ahora piensa que yo tenía la razón.

HAZLE A UNA PERSONA LA SIGUIENTE PREGUNTA:



—Tengo un cubo de madera que pesa exactamente 4 kilos. Lo divido con un serrucho en cuatro pedazos perfectamente iguales, ¿cuánto pesará cada uno de ellos?

Nueve, de diez, te contestarán:

—Un kilo, naturalmente.

Entonces tú les podrás decir que están equivocados, puesto que existe una pequeña trampa: no hay que olvidar el peso que equivale al aserrín que se pierde al cortar con serrucho.

—Me alegro de que me lo hayas explicado. Quiero que seas feliz, Elena. Tú madre y yo nos casamos muy jóvenes, yo todavía era un estudiante. Ella es una mujer admirable. Si ustedes sintieran esa clase de amor, yo no tendría ningún inconveniente en ayudarlos.

—Comprendo —le respondí. Como en un niño se podían leer los pensamientos en los ojos de mi padre. "No lo sabe —me dije—. Tal vez el padre de Rafael le ha dicho alguna indirecta, pero él no la ha comprendido".

El hecho de que no supiera nada de lo que había sucedido en mi vida era una de las pocas alegrías que había conocido durante esos últimos meses. La ciudad entera podía murmurar, los muchachos eran libres de decir lo que quisieran. Todo lo podía soportar, siempre que papá, mamá y Oscar no lo supieran.

Oscar... no tenía derecho a amarlo ni siquiera en silencio. Era como mi padre, bueno, recto e idealista. Merecía una esposa con un pasado intachable.

Y esa noche, durante la hora de comer, escuché la voz de mi padre diciendo:

—Dios mío, te agradecemos tus bondades y la cosecha que nos has dado, gracias a la tierra buena y a las lluvias. Tu bondad ha hecho que el sol brille sobre los campos aún húmedos. Lo que damos en humildad y fe tú nos lo devuelves con abundancia.

La voz de mi padre, murmurando esta plegaria, la larga mesa del comedor, sobre la cual se apoyaban todas las manos entrelazadas, treinta cabezas bajas, en señal de gratitud, y treinta cuerpos cansados, que revivían un instante por la gracia de Dios, calmaban mi espíritu. Dije un apagado "amén" y contemplé los rostros serenos de todos esos pobres seres.

(CONTINUARA)

NUGGET

blanco

(Líquido)



● Para Zapatos

● Cinturones

● Carteras

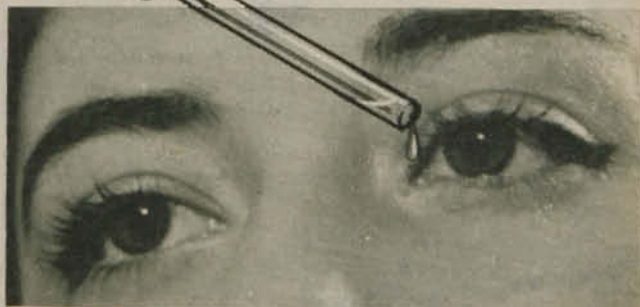


Famoso porque es

NUGGET

M R

Mejor cuidado de los ojos...



Después de que sus ojos hayan estado expuestos al polvo, al humo, aplíquese el Murine.

Use usted el Murine para aliviar la sensación de cansancio de los ojos que trabajan mucho.

Murine

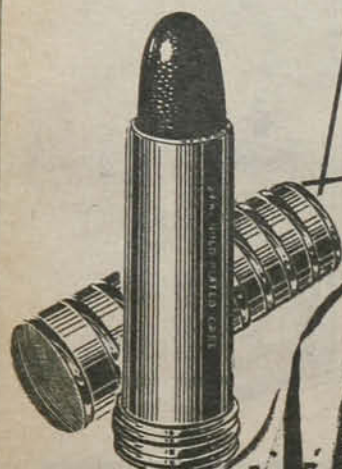
AA P



Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO

EN ORO

24 K.



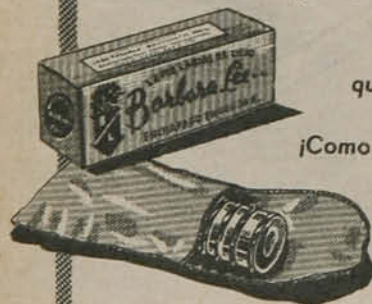
Cada estuche

con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

U N misterioso claro de luna bañaba el jardín. Los árboles susurraban su melodía vespertina, acompañando el "sólo" de un pájaro nocturno. Acostada, yo escuchaba como en éxtasis...

Y fué entonces cuando me puse a pensar en Lucía. En su pasión por las aves, a las que siempre arrojaba migas en el jardín. Con tales pensamientos en mi mente, trataba de conciliar el sueño, sin conseguirlo. A mi lado dormía mi marido. Me incorporé y contemplé su obscura cabeza sobre la almohada y, de pronto, me asaltó una cólera súbita, un especie de odio, que ya había experimentado en otras ocasiones. Este sentimiento me poseía bastante seguido, aún queriéndolo como lo quería...

¿Cómo era posible que pudiera dormir tan tranquilo? ¿No le desvelaban los recuerdos? ¿Por qué Carlos jamás hablaba de Lucía? ¿Tan superficiales habían sido sus sentimientos? Yo no podía conformarme con ello. No podía comprender que ella hubiera muerto y desaparecido para siempre... Era la más encantadora y más graciosa personita que jamás conociera. Cuando tenía doce años llegó a vivir a mi casa, después que un accidente de auto costó la vida a sus padres. Yo entonces tenía trece y me constituí en su hermanita mayor. Nos aveníamos a las mil maravillas y nunca

EL RECUERDO DE LUCÍA

nos separábamos. Salíamos todo el tiempo juntas, jugábamos, estudiábamos, nos reíamos y hacíamos toda clase de proyectos...

Lucía era una muñequita frágil, de rizos rubios y ojos pardos. Era muy bonita. Yo era una cabeza más alta que ella: delgada, con el pelo liso y negro y de tez quemada por el sol. Lucía me llamaba "Injun", nombre indio, pues decía que parecía una muchacha exótica, diferente a las demás. Sólo ella me llamaba en esa forma, para los otros yo era sencillamente Carmen. Cuando ya fuimos mayores, Lucía me peinó con los cabellos hacia atrás y me puso una rosa sobre la oreja. Desde entonces, la muchacha desgarbada que yo era, gracias al estímulo y cuidados de mi amigueta, se transformó en una persona cuidada, que empezaba a tomarle gusto a la vida.

Dónde estaba Lucía siempre había gente, ruido y alegría. Yo me sentía arrastrada hacia ese torbellino y me cogía el placer de vivir. Sin su compañía, estoy cierta de que mi juventud hubiera sido menos radiante. A la edad en que las muchachas comienzan a salir acompañadas y a aceptar invitaciones de muchachos, nosotras andábamos juntas. Muchas veces yo iba con algún amigo de un admirador de Lucía, porque ella no quería que me quedara sola en la casa. No era que a mí no me invitaran, pues no me faltaban los paseos, las fiestas y los amigos. Pero, con Lucía, el caso era diferente: casi siempre, todos se le declaraban y hasta algunos terminaban por proponerle matrimonio. Aunque esto me apenaba un poco, comprendía muy bien que así sucediera. No era extraño que los muchachos desearan casarse con Lucía, pues era una compañera modelo: viva, encantadora y buenísima. Una mujercita como para hacer feliz a cualquier hombre.

Además, ella deseaba ardientemente casarse. Tener un hogar, hijos, una casita muy limpia, ordenada y linda, donde vivir con el hombre amado. Deseaba una casita ta-



pizada de enredaderas, un hogar tranquilo y acogedor. Por mi parte, no compartía en absoluto sus gustos. Mi corazón ansiaba paisajes distintos: quería escalar montañas, viajar, viajar mucho. También me hubiera gustado ser actriz, bailarina o algo por el estilo. Nada hogareño, como Lucía.

En esa mágica noche de luna, todos estos recuerdos acudían tumultuosamente a mi cerebro, impidiéndome dormir. No podía olvidar a Lucía. Ya ella no era nada. Nada más que un recuerdo en mi corazón.

A los diecisiete años, Lucía se enamoró de Alberto, un muchacho que vivía en nuestra misma calle. Había crecido con nosotros y era un chico agradable, tranquilo y digno de confianza.

Yo frecuentaba unos cursos en la Universidad, en tanto que Lucía se quedaba en la casa, preparando su ajuar. Muy prolija, cosía y bordaba a las mil maravillas. En ese entonces, Alberto tuvo que hacer inesperadamente un viaje, enrolándose en un petrolero, de esos que surcan los mares del mundo. No es que fuera un aventurero, sino que deseaba ganar dinero, hacer fortuna lo más rápidamente posible, lo cual no se podía conseguir fácilmente quedándose en la ciudad. Prometió a Lucía regresar en cuanto pudiera. Siempre me he preguntado lo que hubiera pasado si Lucía hubiera esperado a Alberto. ¿Estaba escrito que fuera de otra manera? ¿Su ilusión se habría transformado en realidad si Carlos no se hubiera presentado en su vida? ¿Quizá! Carlos no debiera haberse casado con ella. Y ahora, ya no se acordaba de nada...

Cada cual tiene su punto débil. El de Lucía probablemente consistía en que su sueño de la casita cubierta de yedras era más fuerte que su amor por un hombre. Alberto era un hombre, el hombre que le convenía, pero Carlos fue el más fuerte: materializó sus deseos.

Lucía era generosa y acogedora con todo el mundo. Encontraba su dicha en la alegría de los demás y sufría con todas sus penas. Carlos estaba triste y necesitaba una amistad, y esto fue lo que atrajo a Lucía. En esa época, Alberto no era para ella más que un gran paquete de cartas, poco apasionadas, exactamente como lo era él: tranquilo y sin exageraciones. Sin embargo, siempre he creído que Lucía suspiraba por Alberto, en tanto demostraba sus sentimientos a Carlos, su nuevo amigo. Escribió a Alberto, comunicándole su cambio y su determinación de casarse con Carlos. Pero esa carta Alberto no la recibió nunca; por lo tanto, el golpe fue muy rudo para él cuando volvió, como si ella le hubiera escrito. Pienso que en su corazón, Lucía siempre se sentía ligada a Alberto, aún el día en que se encontró ante el altar al lado de Carlos.

Me incorporé y contemplé su oscura cabeza sobre la almohada...

El novio de Lucía era alto, tostado y aristocrático. Mis padres no lo soportaban. Yo tampoco. Recuerdo que cierto día que esperaba a Lucía abajo, lo encontré más seductor que nunca. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, experimenté como una conmoción. Me tenía prisionera con su mirada. Cuando bajó Lucía, nos tomó a ambas del brazo y así corrimos hacia el auto. Sentada a su lado, nuevamente me sentí molesta. Ibamos a buscar a un amigo suyo, para ir los cuatro al cine. Con las mejillas ardiendo, yo pensaba que él no tenía derecho a mirarme de esa manera. Esa mirada pertenecía a Lucía. Mamá tenía toda la razón. Carlos no le convenía a mi amiga. Más tarde, en nuestro dormitorio, traté de explicarle a mi "hermanita". Pero, ¿qué podía decirle? ¿Qué no era serio? ¿Qué tenía aires de conquistador? Preferí contarle lo que se decía en todas partes de Carlos. Lucía sonrió:

—Sí, sé que es atento con todas las muchachas que van a su garage. (Carlos tenía una estación de servicio.) Pero, debes aprender a conocerlo. Su madre murió joven y su padre poco se ocupó de él, de modo que jamás ha conocido un hogar acogedor. Yo creo que, efectivamente, posee una doble personalidad. Le gusta pololear, pero, por otra parte, ansía tener un amor y desea vivamente vivir en "su hogar", es decir, persigue lo que jamás ha tenido. ¿Comprendes, Injun?

Calló un momento y prosiguió:

"Le hace falta ayuda, Injun... Alberto es independiente y tiene seguridad en sí mismo. —Hacia mucho tiempo que no oía pronunciar su nombre—. En cambio, Carlos necesita de mí..."

—¿Lo quieres?

—Creo que sí. ¡Cuando me besa me parece estar en el cielo y cuando no está a mi lado me siento sola y abandonada! Pienso que esto es amor.

Hubiera llorado al ver la luz que iluminaba su mirada al confiarme su fe en Carlos. Pocos días después fuimos a bailar con el mismo amigo que nos acompañó al cine. Recuerdo esa noche en todos sus detalles. Yo llevaba un vestido blanco y me había puesto una flor en los cabellos. Ni una sola vez miré a Carlos, pero sentía que él me seguía con los ojos.

—No has bailado ni una sola vez con Injun —dijo de pronto Lucía a su novio.

—No me he atrevido a pedirselo —respondió éste.

—¡Vamos, no seas ridículo! ¡Anda, Injun, baila con Carlos!

¿Qué podía yo objetar? Nos dirigimos hacia la pista de baile y Carlos enlazó mi cintura. Bailé torpemente, pero él hizo como si no se diera cuenta. Bailamos en silencio. De pronto, murmuró en mi oído:

(Continúa en la pag. 24)



"En el umbral del éxito"

O

"CUANDO A UNA NOVIA SE LE OCURR SER ARTISTA"

Por Tales.

Primer Acto.

ESCENA EN EL LIVING DE LA CASA DE POROTA. LA MUCHACHA SE HA PUESTO A HACER EJERCICIOS. CAMINA CON DIFICULTAD, PONIENDOSE VARIOS LIBROS SOBRE LA CABEZA. CARLOS, SU NOVIO, OBSERVA EN SILENCIO.

CARLOS: (CON PRECAUCION). ¿Qué estás haciendo?

POROTA: Estoy aprendiendo a caminar.

CARLOS: ¿Y para qué quieres aprender a caminar?

POROTA: (SUFICIENTE, POSERA). Es que... se me había olvidado decirte, pero entré en una Academia de Teatro.

CARLOS: (IMPRESIONADO). ¿Una Academia de... de Teatro? Pero... ¿por qué?

POROTA: (HIRIENTE). Ya me imaginaba que te íbas a sorprender... En realidad, para comprenderme es necesario tener sensibilidad, talento, espiritualidad...

CARLOS: Pero... ¿cuándo descubriste que servías para el teatro?

POROTA: El día que te dije que había ido al dentista y que me había hecho tanto daño en las encías.

CARLOS: (DESCONCERTADO)... Porota... perdóname; pero no veo la relación entre una cosa y otra.

POROTA: (SIBILINAMENTE). Aquél día, querido, cuando, por consolar mi dolor, me compraste esta pulsera tan hermosa... aquel día, digo, no había ido al dentista, ni tenía dolor alguno...

CARLOS: (ASOMBRADO). Sin embargo... sin embargo llegabas a estar pálida de sufrimiento...

POROTA: (SATISFECHA DE SU HAZANA). ¿Ves tú qué buena actriz soy?... Te mentí... (SE RIE DESPIADADAMENTE DE SU NOVIO.)

Segundo Acto.

LA ESCENA REPRESENTA UNA SALA DE ENSAYOS. UN GRUPO DE AFICIONADOS ESTA PREPARANDO UN ESTRENO. POROTA, EN MEDIO DE ELLOS, TRATA DE LLAMAR LA ATENCION. CARLOS ESTA SENTADO EN UNA BUTACA, TIMIDO Y SILENCIOSO. EL DIRECTOR HACE LAS INDICACIONES DEL CASO.

DIRECTOR: Porota, hazme el favor de no hablar tanto y escúchame las indicaciones. Tienes que pararte así, en forma descuidada... ¿De cuándo acá estás caminando con ese garbo tan sofisticado y ridículo?

EL DIRECTOR IMITO LA MANERA DE CAMINAR DE POROTA, Y TODO EL MUNDO SE LARGO A REIR A CARCAJADAS. CARLOS, MIENTRAS TANTO, SE HUNDIA CADA VEZ MAS EN LA SILLA.

POROTA: Lo malo es que uno se mete con gente que no tiene distinción.

DIRECTOR: (CASI FUERA DE SI). Basta ya... y manos a la obra... Empezar tu recitado, Porota...

POROTA: (LEVANTA GROTESCAMENTE SUS BRAZOS Y SE PONE A HABLAR. ES EVIDENTE QUE NO TIENE NINGUNA CONDICION ARTISTICA):

—Padre, qué pena me das viéndote allí... allí... allí...

DIRECTOR: (APUNTANDO). Qué pena me das viéndote allí, sentado frente al mar, mirando los botes partir...

POROTA: (COMIENZA DE NUEVO). —Padre, qué pena me das viéndote allí, sentado frente a los botes, mirando al mar partir...

DIRECTOR: (ENFURECIDO). ¡No, no y no!... ¡Miles de veces no!... El teatro hay que tomarlo en serio... No me gustan las chiquillas "siúticas" que creen que el arte escénico es una vitrina donde pueden lucir su vanidad y sus torpezas... ((REPRENDIENDOLA CON MAS DUREZA))

¿Por qué no te has aprendido los parlamentos? ¡Contesta! ¿O te sientes mal?

POROTA EMPALIDECE DE RABIA Y DE IMPRESION. SE SIENTE PERDIDA. EN ESE INSTANTE SE LEVANTA CARLOS Y, SACANDO FUERZAS DE FLÁQUEZAS, SE ACERCA AL DIRECTOR.

En efecto, la señorita Porota está enferma...

CARLOS: (MOLESTO). Y usted, ¿quién es?

DIRECTOR: (SIN TITUBEAR SIQUERA). Soy el médico de la señorita... Le advertí que si seguía estudiando tanto, sería víctima de un fuerte "surmenage"...

DIRECTOR: Estudia, ¿qué?

CARLOS: Anoche, justamente, estaba estudiando la obra que ustedes ensayan... Volví del hospital como a las cuatro de la madrugada y vi luz en su habitación... La llamé y, como me lo temía, estaba repasando los parlamentos... Como médico, le ordené que descansara. Parece que no me hizo caso. (A POROTA, MUY AMABLE). ¿Cómo se siente, señorita Porota?

POROTA: (CON UN TONO QUE DESTROZA EL CORAZON). Mal, doctor... muy mal... tengo la vista nublada...

DIRECTOR: (IMPRESIONADO). Porota... Porota, perdóname... No dije más que barbaridades... ¿Por qué no me dijiste antes?... Perdóname... Nunca más... (EL DIRECTOR, SINCERAMENTE EMOCIONADO, SE PONE A LLORAR). Esto sí que se llama amor al teatro...

LA ESCENA: EN UN PARQUE, CARLOS Y POROTA, ABRAZADOS, MIRAN LA LUNA.

POROTA: (AMABLE). ¿Y cómo se te ocurrió hacerte pasar por médico?

CARLOS: No sé... ¿Lo hice bien?

POROTA: Estupendo... Hasta yo estaba convencida de mi grave enfermedad. Hablaste como un actor.

CARLOS: Si soy tan bueno para simular, ¿quieres que siga las clases de teatro contigo?

POROTA: (COMPENSIVA) (AVERGONZADA). Perdóname, Carlos... nunca más me meteré en lo que no debo... Tenías razón cuando me dijiste que el teatro era algo muy serio.

CARLOS: ¿Me volverás a mentir?

POROTA: Nunca más... ¡Te lo juro!

TELON

Ciega de amor

(Continuación de la pág. 11)



pitamos a nuestros puestos en la entrada y esperamos, muy derechos, la llegada de los huéspedes. Gonzalo, que estaba a mi lado, me dijo al oído: —La próxima estación es Santiago. Le respondí con una sonrisa, y me di cuenta de que a su lado las fuerzas me alcanzarían para terminar la velada.

A eso de las seis, la gente comenzó a llegar seriamente. Me dolía la mano, y se me había congelado la sonrisa en la cara. Los invitados incluían a mis compañeros de colegio, al grupo de parejas jóvenes que correspondían a las amistades de Gonzalo, y, por último, a la gente mayor, amigos de nuestros padres. Llegaban por docenas y caminaban a lo largo de la fila de recepción con caras y frases de clisé. Cuando llegaba el turno de decirme algo a mí, me deseaban felicidad, pero había algo en la forma como todos me lo decían, que me daba la impresión de que ninguno tenía esperanzas de que la alcanzara jamás. Las mujeres, sobre todo, me tomaban las manos y asumían la actitud de la persona que da las últimas instrucciones al empresario de las pompas fúnebres.

—Mi linda, espero que encuentres la felicidad. Eres una niña tan encantadora y bonita. Mis mejores deseos para ti; créeme que te deseo todo lo mejor del mundo.

Y los hombres eran todavía peores. No por su actitud conmigo, sino por las cosas que le decían a Gonzalo. Todos se vestían de su sonrisa más franca, y le decían unas cuantas frases equivalentes a ésta:

—Quién se iba a imaginar que este sujeto se iba a conquistar a la niña más linda de la región. ¡Nadie! Es demasiado para ti.

Se suponía que todo esto era en broma, pero resultaba igualmente atroz. Llegaban más y más invitados. Muchos de ellos no eran más que conocidos accidentales que habían aceptado venir por curiosidad. La habitación estaba congestionada de gente, y hacía un calor que ahogaba. A algunos se les había pasado la mano con el ponche. Mis padres y los de Gonzalo se sentaron y miraban solemnemente, con ojos de desaprobación, el desarrollo de la fiesta.

¿Cómo deseaba que todo concluyera! Pero era algo más que fatiga lo que me tenía en ese estado de terrible tensión: era miedo. No sabía por qué lo sentía, ni podía desprenderme de él. Tenía un nudo en el estómago que no me dejaba comer, reír ni divertirme.

"Hoy debiera ser el día más feliz de mi vida, y estoy procediendo como si fuera una tortura. ¡Tengo que salir de este estado!", me dije mil veces. Pero no hubo fuerza capaz de sustraerme, y pasé el resto de la noche sólo deseando que terminara de una vez, para quedar a solas con Gonzalo.

Esa cosa espantosa, desconocida, que temía y presentía, sucedió como a las diez de la noche. Estaba parada junto a una ventana, tratando de respirar una bocanada de aire fresco, cuando vi a Luis, que se encontraba un poco bebido, fijar su vista en Gonzalo y avanzar entre la gente hacia él. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, pues

sabía lo que iba a pasar a continuación. Pero aún sabiendo, no pude hacer ni un movimiento para detenerlo. Estaba temblando, casi enferma, pero era tan incapaz de distraer a Luis de su objetivo, como de alterar el curso de las estrellas.

La gente abrió paso a Luis, que avanzaba sonriente y tambaleándose hacia Gonzalo. Cuando llegó a su lado, se detuvo, lo miró fijamente, como si esto le significara un gran esfuerzo, y le dijo con voz gruesa, que apenas se entendía:

—Quiero desearte suerte. —Hizo una pausa, luego estiró una mano e hizo girar a Gonzalo, tirándole violentamente del brazo. Con la otra mano, comenzó a tocarle la espalda, entre los omóplatos, en el lugar mismo donde tiene la joroba.

—No sigas —gritó una voz. La habitación volvió a quedar en silencio, pero nuevamente se escuchó la misma voz:

—¡No sigas! —Y esta vez acompañada por un sollozo semiahogado. Todos me miraron, y en ese momento me di cuenta que la voz había sido la mía. Se me abrió paso a medida que avanzaba, ebria de emoción. Luis me miraba con ojos de sorpresa.

—Yo... este, solamente...; es que da suerte tocarle la joroba a un curquito. —Su espalda no tiene nada de particular. ¡Es tan derecha como la tuya! —le grité. Retrocedió, pero yo lo perseguí, golpeándole la cara una y otra vez. No hizo ningún esfuerzo por defenderse. Vi cómo le aparecían more-

—¿Que yo no te quiero? ¿Pero qué estás diciendo?

—Que no me quieres tal como soy. —No digas eso. Te adoro, tanto, tanto, Gonzalo...

Sacudió su cabeza y comenzó a hablar en tono bajo. Me obligué a dejarlo proseguir sin interrumpirle.

—Recién le dijiste a gritos a Luis que mi espalda no tiene nada de anormal. Y eso no es cierto, por más que tú hayas tratado de engañarte a ti misma diciendo que lo es. Hemos crecido juntos, Rebeca, y nunca hemos mencionado mi espalda. Jamás lo hubiéramos hecho si Luis no hubiera llamado la atención sobre ella.

"No puedo cambiar mi apariencia, Rebeca, y si no eres capaz de aceptarla, quiere decir que no estás enamorada de mí. A lo mejor en esto hay parte de culpa mía; debiera haber traído el tema hace ya mucho tiempo. Nunca me atrevía. Siempre esperaba que tú me ayudarás a hacerlo, y eso no sucedió nunca.

Hizo una pausa breve. Yo permanecí muda. Entonces él continuó, calmadamente:

—Rebeca, no me explico por qué suceden estas cosas. A lo mejor otros hombres llevan esto en otra forma, pero yo debo afrontarlo. Soy deforme, jorobado..., pero sólo en lo exterior, de manera que no importa, a menos que la gente haga que importe. Espero que comprendas lo que te estoy diciendo, Rebeca. Espero que comprendas por qué no podemos casarnos.

Se dió media vuelta y comenzó a alejarse por el camino, hasta que el ruido de sus pasos se extinguió por completo. Una inmensa nube oscureció la luna y dejó sin luz al mundo. Me dirigí tambaleante a casa.

El pueblo más cercano al fundo es Los Lagos: queda en la línea del longitudinal. Hay un sólo tren de pasajeros, que se detiene todos los días, y pasa a las cinco de la tarde. Papá me llevó a la estación, sacudiendo la cabeza durante todo el trayecto, en señal de desaprobación, y, obedeciendo a mis deseos, me depositó en la estación e inició el regreso inmediatamente.

La estación estaba desierta. Un poco más allá de donde estaba parada había un carro para llevar maletas que entorpecía en cierta forma la vista. Me acerqué, pensando que me había fallado la intuición y que Gonzalo no estaba esperando el tren. Al cambiar de posición, lo divisé a lo lejos, en el otro extremo de la estación, de espaldas a mí.

Caminé rápidamente haciendo votos porque no me viera antes de encontrarme a su lado, temerosa de la distancia que había entre nosotros. Cuando estaba a unos pocos metros, se dió vuelta y me miró, pero no dijo nada. Me detuve a su lado y traté de hablar, pero no logré emitir ni un sonido. Luego logré balbucear:

—Te quiero. Te adoro, tal como eres. Por favor, llévame contigo.

Las lágrimas me cegaron en ese momento y no pude darme cuenta de si traté de contestar algo, pero sentí sus brazos, que me rodeaban, haciendo sentirme segura y protegida.

Los rieles vibraron y se sintió el ruido del expreso que se acercaba. El estruendo se hizo ensordecedor. El tren se detenía a medida que entraba en la estación. Nos subimos, encontramos un asiento vacío y nos hundimos en él. El tren reinició su marcha lentamente, luego comenzó a aumentar velocidad, hasta que incluso el paisaje no lograba distinguirse claramente. No quedaba más mundo que Gonzalo y yo. Era todo lo que pedía y había soñado: estar juntos.



¿Quiere Ud.
conservar
su bella
dentadura?

Aún la dentadura más sana,
está expuesta a muchas
enfermedades.

No descuide ningún síntoma.

Consulte a su dentista y...,
use **FORHANS** para la
limpieza de sus dientes y
masaje a las encías.

El dentífrico Forhan's está
hecho especialmente para
el cuidado de los dientes
y las encías, según la fórmula
del famoso odontólogo,
doctor R. J. Forhan.



El matrimonio se compone de
dos bandos: el del marido y
el de la mujer y la suegra.

tones en la cara y cómo le corría un hilillo de sangre de la nariz. Finalmente, alguien me tomó de los hombros y me separó. Me solté y corrí hacia el jardín. Unas nubecillas se escurrieron sobre la luna, proyectando sus sombras sobre la tierra. Me encaminé hacia el sendero que llevaba a mi casa. Mis pasos sonaban extraños y fuertes en la tranquilidad de la noche. Finalmente, llegué a la pirca que otrora servía para sacar los animales del potrero. Me detuve, y apoyándome sobre ella contemplé el paisaje.

—Dios mío —balbuceé—, ¿por qué había de pasar esto? ¿Por qué no podíamos haber partido sin que esto tuviera que suceder?

Unos pasos se acercaban lentamente hacia mí. Sabía que era Gonzalo. Observé cómo se acercaba su silueta. Luego se apoyó en la pirca, a mi lado. Algo parecía separarnos. No sabía si habían sido mis palabras, o si Gonzalo se había desilusionado con mi falta de control al atacar a Luis. Fuera lo que fuese, sabía que esto terminaría cuando encontráramos palabras para explicarnos. Pero era difícil romper el hielo, y permanecimos un largo rato parados en silencio, con la vista fija en la obscuridad. Finalmente, dijo:

—No podemos casarnos, Rebeca.
—¿Que no podemos casarnos? —repetí, sin comprender.
—Tú no me quieres —dijo.



Hace 31 años Murió SARA BERNHARDT



*Que durante toda
su vida tuvo
veinte años.*

HACE treinta y un años se extinguió Sara Bernhardt. La nueva fué como el fragor de un trueno, que se oyó el 26 de marzo de 1923. Millones de hombres y de mujeres del mundo entero supieron entonces que su pérdida irremediable afectaba el patrimonio del arte y de la civilización. Lo que lloraban ese día, no era solamente a la actriz única que había dado vida y fuego a las mejores obras maestras de su tiempo. También sentían a la mujer extraordinaria, al ser indomable que supo conservar hasta el fin su alma de veinte años.

Sara Bernhardt fué, en efecto, el prototipo del corazón juvenil que nada tiene que ver con la edad del cuerpo ni con las arrugas del rostro. Es así como podemos leer en el libro de Lysiane Bernhardt: "Sara Bernhardt, mi abuela, cuando murió, a la edad de setenta y nueve años, hacía ya muchos años que llegaba al proscenio en una silla de ruedas. Le habían amputado una pierna, y poco después tuvo que sufrir una operación en los riñones durante una jira por los Estados Unidos. Pero en sus ojos admirables y profundos, se leía siempre la misma inteligencia, la misma fe. El secreto de su genio era su entusiasmo." Pocas mujeres han suscitado en vida tantas leyendas. La gloria era su elemento natural. Interpretó piezas tan famosas como "Ruy Blas", "Hernani", "Fedra", "La Dama de las Camelias", "Frou-Frou", "El Aguilucho", y recibió en su salón, sentando a su alrededor, o a sus pies, a los hombres más ricos y más famosos de su época: Victor Hugo, Alejandro Dumas hijo, Pasteur, Richpin, Renán, Gounod, Gambetta, Lesseps, Oscar Wilde... Sus aventuras y sus excentricidades sorprendieron a la crónica. En el curso de sus jiras, conoció a millonarios y a asesinos, se rodeó de emigrantes famélicos y desayunó suntuosamente en su "coche privado". Recibía en su camarín, con una fusta en la mano, o vestida con una piel de pantera, y se decía que dormía en un ataúd... Sin embargo, Sara Bernhardt era una mujer en el sentido más humano de la palabra. La que sus hijos-nietos llamaron Great (grande), sintió durante su vida la llama del amor y del sufrimiento. Y tal vez ése fué su destino, que la permitió, a la vez hermosa y atormentada, desafiar los asaltos del tiempo y de la vejez. Para las mujeres de hoy, su ejemplo está lleno de virtudes, pues demostró que la juventud es un milagro del corazón.

Desde pequeña Sara Bernhardt manifestó rasgos de carácter, que se abrían después bajo el sol de su genio. Poseía una extrema exigencia sentimental, una necesidad extrema de que la gente se ocupara de ella a cualquier precio, y una gran timidez, que ella dominó después con su contacto con el pueblo, y que pocas personas sospecharon. La madre Santa Sofía, que la cuidaba en el convento de Grand-Champ, fué una de las raras personas que profundizó esta alma extraña y mística. Hija de Mauricio Bernhardt y de Judith Van Hard, Sara más o menos a los diez años manifestó a la madre Santa Sofía que quería ser bautizada, e incitó a su madre y a sus dos hermanas para que abrazaran la religión católica.

La señora Bernhardt prefería a Juana, su hija menor, a las dos otras, y Sara la inquietaba un poco. Cuando tuvo quince años, la sacaron del convento y la llevaron frente a un consejo de familia. Lysiane Bernhardt, que recogió de boca de su abuela el relato de la reunión, nos la describe con mu-



Alejandro Dumas y Sara Bernhardt en un palco.

cha verba en su libro. Vestida con una falda azul celeste, con vuelos, y un coselete de terciopelo negro, Sara apareció en el salón verde y amarillo y se colocó frente a su tío Félix Faure, el duque de Morny, un general, un notario y algunos otros personajes. Su padre había muerto y su madre quería que se transformara en modista. Furiosa, Sara declaró que ella deseaba ser monja. Pero el duque de Morny intervino y aconsejó que entrara al Conservatorio. Le dio para esa misma tarde un palco para el teatro. Iria con su madre, y las acompañaría Alejandro Dumas...

Daban "Britannicus". Muy pronto todas las miradas se volvieron hacia esa muchachita temblorosa, que sollozaba, y cuyos cabellos rubios caían sobre la balastrada de terciopelo de un palco. "¡Vamos! —dijo la señora Bernhardt—, Sara nos está poniendo en ridículo." Pero Alejandro Dumas murmuró: "Cálmese. Morny tiene toda la razón. Esta pequeña será una actriz maravillosa." Y se puso a explicarle la pieza. En el coche que las esperaba afuera, Sara se durmió, vencida por la emoción. Y Alejandro Dumas, inclinado sobre ella, le dijo quedamente: "¡Buenas noches, pequeña estrella!"

El 1.º de septiembre de 1862, a la edad de dieciocho años, Sara Bernhardt hizo su debut en el teatro, con "Ifigenia". El miedo y los nervios le impidieron dar bastante de sí. Frustrada, cayó enferma, y un médico célebre afirmó que tal vez no llegaría a los veintidós años. Pero, después de su partida, Sara le pidió al duque de Morny

una caja de esquelos. El color le era indiferente, pero debía llevar su divisa grabada arriba: "A pesar de todo". Esta divisa la conservó durante toda su vida.

Pasaron seis años antes que el nombre de Sara Bernhardt llegara a ser otra cosa, para los oídos de la familia, que el de una muchachita excéntrica, testaruda y orgullosa. Mientras tanto, ella había intentado suicidarse. Una tarde, desesperada por no tener éxito, fué a buscar una botella de láudano de la pieza de su madre. Movidó por un presentimiento, Alejandro Dumas había venido a verla y la persuadió a que viajara.

En Bruselas, durante un baile de máscaras, Sara, transformada en Isabel de Inglaterra, conoció a un joven disfrazado de Hamlet. El la fué a dejar y le regaló una rosa cuyo tallo estaba envuelto con un pañuelo anudado. Una vez sola, Sara desplegó el pañuelo y descubrió que en un extremo tenía una pequeña L bordada. Al día siguiente, vestida con un traje color coral, aros de amatista, entró en la suntuosa mansión del príncipe L...

En su biblioteca, cubierta con pieles de osos blancos y de panteiras, hizo sentar a la muchacha, junto a altas ánforas llenas de lises y de rosas.

Aún en contra de su familia, el Príncipe L... siguió a Sara a París. Una tarde, ella le anunció que iba a ser madre, y el joven entonces desapareció. Este hijo, Mauricio, fué una de las grandes pasiones de su vida.

Después del primer éxito de Sara Bernhardt en "Kean", Alejandro Dumas hijo se hizo anunciar en su departamento de la calle Roma. Lo esperaba un espectáculo extraño: objetos heterogéneos (que no cesaban de aumentar en el curso de los años), sillas cubiertas con sedas de colores vivos; en el suelo, tapices de pieles, sobre los cuales retozaban los parientes de Sara: gatos, pumas, loros. El conjunto, bañado de un olor a ámbar y jazmín, esencias que la artista echaba a manos llenas.

—¡Este es un circo! —gritó el célebre escritor. Una risa fresca le respondió. Sara entraba más bella que nunca, con un vestido blanco. Renegando, Dumas le entregó el manuscrito.

una caja de esquelos. El color le era indiferente, pero debía llevar su divisa grabada arriba: "A pesar de todo". Esta divisa la conservó durante toda su vida.

Pasaron seis años antes que el nombre de Sara Bernhardt llegara a ser otra cosa, para los oídos de la familia, que el de una muchachita excéntrica, testaruda y orgullosa. Mientras tanto, ella había intentado suicidarse. Una tarde, desesperada por no tener éxito, fué a buscar una botella de láudano de la pieza de su madre. Movidó por un presentimiento, Alejandro Dumas había venido a verla y la persuadió a que viajara.

En Bruselas, durante un baile de máscaras, Sara, transformada en Isabel de Inglaterra, conoció a un joven disfrazado de Hamlet. El la fué a dejar y le regaló una rosa cuyo tallo estaba envuelto con un pañuelo anudado. Una vez sola, Sara desplegó el pañuelo y descubrió que en un extremo tenía una pequeña L bordada. Al día siguiente, vestida con un traje color coral, aros de amatista, entró en la suntuosa mansión del príncipe L...

En su biblioteca, cubierta con pieles de osos blancos y de panteiras, hizo sentar a la muchacha, junto a altas ánforas llenas de lises y de rosas.

Aún en contra de su familia, el Príncipe L... siguió a Sara a París. Una tarde, ella le anunció que iba a ser madre, y el joven entonces desapareció. Este hijo, Mauricio, fué una de las grandes pasiones de su vida.

Después del primer éxito de Sara Bernhardt en "Kean", Alejandro Dumas hijo se hizo anunciar en su departamento de la calle Roma. Lo esperaba un espectáculo extraño: objetos heterogéneos (que no cesaban de aumentar en el curso de los años), sillas cubiertas con sedas de colores vivos; en el suelo, tapices de pieles, sobre los cuales retozaban los parientes de Sara: gatos, pumas, loros. El conjunto, bañado de un olor a ámbar y jazmín, esencias que la artista echaba a manos llenas.

—¡Este es un circo! —gritó el célebre escritor. Una risa fresca le respondió. Sara entraba más bella que nunca, con un vestido blanco. Renegando, Dumas le entregó el manuscrito.

crito. Era "La Dama de las Camélias". Pero la actriz se vió obligada a relegerlo a un cajón. La guerra de 1870 se acababa de declarar, y ella se consagró a los heridos. Cuando supo que Francia estaba vencida, tuvo un vómito de sangre. Sin embargo, ésta no era su primera hemoptisis.

Refugiada en Saint-Germain durante los disturbios de La Comuna, Sara Bernhardt volvió a su departamento de la calle Roma en mayo de 1871. Se sentía ociosa y triste. El Odeón, donde representaba, estaba cerrado.

De pronto tocaron a su puerta. Era Chilly, el director del Odeón.

—La victoria de Alemania me envenena lentamente —le dijo ella—. Estoy enferma, me he enflequecido de miedo. Voy a partir con mi hijo...

—¡Lástima! —le respondió Chilly—. Abriremos el teatro dentro de un mes, con "Jean-Marie", y después daremos "Ruy Blas", de un tal Victor Hugo. Yo había pensado en ti para el papel de Reina de España...

Súbitamente transformada, Sara se le echó al cuello.

—Mañana estaré en tu oficina. Pocos días después fué a visitar a Victor Hugo, Sara, una joven actriz de veintiocho años. Le chocó extraordinariamente verlo tomarse un enorme



Dumas hijo le entrega su manuscrito a Sara.

vaso de vino tinto, acompañado de un pedazo de pan. Sin embargo, ese hombre la intimidó en tal forma, que desde el comienzo lo llamó "maestro". Y él se tituló a sí mismo "su valet".

El 26 de enero de 1882, lo más selecto de París se reunía en el Odeón para ver "Ruy Blas". Este fué para Sara el triunfo y el renombre. Su fisonomía, su lirismo, sus cabellos, su prestancia, dejaron sorprendidos al público. Entre los diplomáticos extranjeros, los príncipes, los escritores y los artistas que pasaron esa noche por su camarín, se encontraba el Príncipe de Gales, futuro Eduardo VII de Inglaterra. Mientras Sara encontraba algunas palabras en inglés para decirle, el príncipe comentó en voz baja:

—¡Mire, viene él!

Los curiosos se dieron vuelta y vieron avanzar a un hombre de edad con una pequeña barba blanca y que se dirigía hacia la artista: ¡Victor Hugo!

Todos se empinaron para verlo mejor. Pero el gran poeta sólo susurró dos palabras:

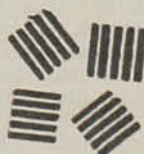
—¡Gracias! ¡Gracias!



El príncipe L... y Sara.

(CONTINUARA)

¿VE, UD. PUNTOS NEGROS
QUE SE MUEVEN?



CONSULTE A
SU MEDICO
OCULISTA

FONCK 0215

OPTICAS

HAMMERSLEY

SANTIAGO - VALPARAISO

ATENCION PERSONAL
EN PROVINCIAS



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea



EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado

con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA,
que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis
una extraordinaria tersura. Su sabrosa y deliciosa
fragancia, su asombrosa suavidad y su admira-
ble espuma blanca pura... le encantarán cada
vez más.



Jabón
NIVEA

CAPITULO

VII

POR

BRETT HALLIDAY

UNA

SHAYNE caminó alrededor del escritorio, levantó la barba, pensativo, se sentó de nuevo en la silla y se inclinó apoyando los codos.

—Siéntate, Will, y déjame pensar —ordenó al policía—. ¿Dices que al abogado de Wilmington le saquearon anoche la oficina y le robaron los archivos en donde yo aparezo?

—Así es. Según él, fué lo único que se llevaron. Tus cartas y las copias de las que él te envió. —Acercó su silla y se ubicó frente a Shayne. Luego, dirigiéndose a Sturgis dijo cortante: —Usted y Benton pueden retirarse. Aquí no van a encontrar nada. Sturgis y su acompañante abandonaron la pieza.

—Entonces Bates alega que han desaparecido las evidencias —murmuró Mike distraído.

—Para provecho tuyo. ¿Conque te diste la molestia de volar a Washington y robar los archivos? —preguntó el policía.

—¡Te lo juro por Dios, Will, no puedo imaginar que me hables en serio! Desde el principio, cuando esa mujer vino a mi pieza, empezó a funcionar una combinación entre ella y su abogado de Wilmington. ¿No me preguntas qué clase de maquinación? —continuó furioso—. No pretendo ni siquiera imaginarme qué pensaban ganar con toda esa historia.

—La desgracia es que Bates no parece ser un abogado cualquiera. He averiguado y la policía de Wilmington me dió excelentes informaciones tuyas. Es uno de los profesionales mejor reputado en la ciudad. Además, hay pruebas de que su oficina fué desvalijada muy temprano esta mañana, alrededor de las seis y media o siete. De modo que podrías aclarar mucho las cosas probando que no has ido allá a cometer tal hazaña. Quiero que me digas dónde estuviste entre las cuatro y las nueve.

—No te va a gustar.

—Seguramente no. No me digas que estuviste con una dama cuyo nombre no puedes divulgar porque su marido es muy celoso. Gentry apretó el cigarrillo entre sus labios y encendió un fósforo.

—No. —Shayne volvió la cabeza para guiñarle el ojo a Lucy Hamilton, quien, a pesar de estar ocupada, arreglando los archivos, escuchaba ansiosamente. —Ojalá hubiera sido así. Estuve dete-

nido todo el tiempo cerca de la bahía, al Norte de la calle Setenta y Nueve. —Encantador —gruñó Gentry—. Esa es una disculpa muy de caballero. Shayne puso un dedo cerca de su herida.

—Una bala me hizo esto. Del 45, me imagino, a juzgar por el hueco que efectuó en la parte superior del coche. ¿Arreglaría las cosas si consiguiera un certificado médico probando que una herida como ésta me pudo haber dejado inconsciente durante cinco horas? Lucy Hamilton se le acercó.

—¡Michael! ¡Pensé que habías peleado con alguien y de ahí venía esa herida! ¿Qué ha pasado? ¿Quién es ese abogado de Wilmington y quién es esa mujer que tú dices estuvo anoche en tu departamento? ¿Quién te baleó? Y, ¿por qué, Michael? —Examinó ansiosamente la herida. —Voy a traer vendas.

—Siéntate mientras le explico a Will —le dijo—. El resto te lo contaré más tarde.

Timothy Rourke saltó a buscar una silla para Lucy. Ella se sentó en la orilla y el reportero volvió a tomar su antigua posición.

—Me llamaron por teléfono justo cuando tú dejabas mi departamento con la señora Carrol —le recordó Shayne al inspector—. El hombre parecía estar borracho o asustado, o ambas cosas juntas y quería saber si nosotros podíamos mantener el nombre de la viuda alejado de la investigación policial respecto al asesinato de su marido. Me imaginé que sacaría mucho más si lo veía y le acepté una cita. Tenía que apurarme para llegar a la hora. Llamé a Lucy y le pedí que fuera al Comodoro y buscara la mentada carta mía antes de que llegara la señora Carrol. Hizo una pausa y volviéndose a Lucy, sugirió:

—Tú puedes terminar, ángel mío. ¿Qué significan todos esos cuentos que publica el "Herald"?

Lucy Hamilton se puso roja.

—No es cuento. Sucedió tal cual se lo dije al oficial Hagen. Justo cuando abrí la puerta y encendí la luz. Alguien evidentemente había registrado la pieza. Las cosas de la maleta estaban desparramadas. Como yo no sabía de qué se trataba quise mantenerme a salvo. —Miró al inspector, pero sus ojos protuberantes estaban semicultos por el humo de su cigarro.

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Después de estar cinco horas inconsciente, Michael Shayne recobra el sentido y ve que tiene una herida en la sien, producida por una pistola disparada dentro del automóvil. Entonces comprende que el individuo que lo acompañó la noche anterior le disparó en el momento en que él se inclinaba a cortar el motor del coche. En seguida de limpiar la herida, se va a tomar desayuno. En el restaurante encuentra que el "Herald" ha sacado una edición especial, y en ella informa del encarcelamiento de Lucy Hamilton como ladrona de hoteles. Shayne llama a su abogado y le ordena hacer dejar en libertad a su secretaria. Al llegar a su oficina se encuentra con dos hombres que lo esperan con una orden de allanamiento. El detective los deja entrar, y los individuos no encuentran nada relativo a Carroll en sus archivos. Al poco rato llega Lucy y Timothy Rourke, reportero del "Daily News", e íntimo amigo del detective. Pocos instantes más tarde aparece Gentry y lo informa de que la oficina de Bates ha sido desvalijada esa mañana y que se han robado su archivo de cartas.

NOCHE MISTERIOSA

Shayne le hizo un gesto a Lucy y dijo:

—Te portaste magnífica, ángel mío. Y cuando aclaremos todo este asunto, Tim te convertirá en la "Heroína, por un día" en las noticias de su diario. Rourke le levantó para felicitarla.

—Y lo celebraremos. Sólo tú y yo —le dijo a la muchacha.

Gentry lo interrumpió con un gruñido, y Shayne continuó:

—El hombre del teléfono no quiso darme su nombre, pero me ofreció diez mil dólares si le aseguraba que no aparecería para nada el nombre de la señora Carrol en la investigación. No puedes condenarme por haber salido a verlo, Will.

—¿Y ahora pretenderás asegurarme que estuviste sentado en tu coche mientras te hacían la puntería? —aulló Gentry.

—Precisamente —concedió con desgano Shayne. Se echó atrás en su silla y contó exactamente lo que le había sucedido: —Eran las nueve cuando desperté. Me demoré en limpiarme y secarme la sangre de la cara con el agua de la bahía y examinar el automóvil para ver de dónde había sido disparada la bala. Después me dirigí hacia el centro de la ciudad. Me detuve a tomar desayuno y vi la edición especial del "Herald". Esa fue la primera noticia que tuve de Lucy. De ahí llamé a mi abogado, en seguida me vine a la oficina y encontré a dos individuos esperándome en la puerta con una orden de allanamiento.

—¿En nombre de Cristo, Shayne, supones que te voy a creer toda esa historia? —preguntó Gentry con voz sorprendida.

—Mira la evidencia, el agujero que hay en mi automóvil. Llama a un médico para que me examine la cabeza, y pre-

gúntale qué otra cosa fuera de una bala puede hacer esto. Analiza la sangre que hay en el cojín en donde estuve tendido cinco horas. ¿O supones que yo conseguí una pistola arrebatada el gatillo y me disparé en la cabeza?

—No me sorprendería —dijo Gentry, mirando su cigarro, cuidadosamente—. Ese individuo que dices que encontraste en la calle Setenta y Nueve, supongo que no sería el mismo que atacó a Lucy en el Commodore.

—Por cierto que no —respondió secamente Shayne—. No pudo haber sido. Yo salí tan pronto como hablé con Lucy. Mientras ella se vestía y llegaba al Commodore, yo debía estar ya a medio camino. El me estaba esperando en la bomba de bencina, después de haber dejado su auto cerca de la bahía, y de allí tuvo que apurarse para venir a mi encuentro.

—Eso significa que hay dos hombres que nadie puede probar dónde están —aulló Gentry—. Más otro que estuvo en Willington y saqueó la oficina del abogado para robarse las cartas comprometedoras y que, según tú, no existen. ¿Te imaginas que te voy a creer todo esto, Mike?

—No, pero trata de hacerlo.

—Estoy tratando.

—Sigue haciéndolo —rogó Shayne—. Después te será fácil. Una vez que te convenzas de que te estoy diciendo la verdad, encontrarás el buen camino.

—Pero no puedes probar nada de lo que dices, Mike.

(Continúa en la pág. 29)

El teléfono del escritorio de Shayne comenzó a sonar. Mientras el detective tomaba el fono, Gentry se echó hacia adelante.

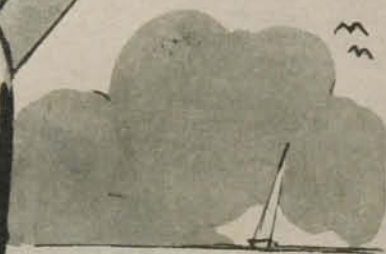


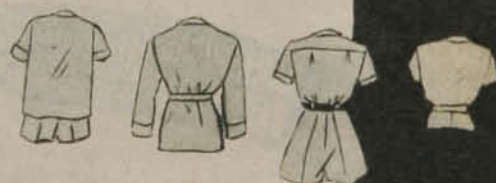
El molde de la semana

El molde que ofrecemos esta semana es una camisa deportiva para hombre de talla 48. Está compuesto de tres piezas: delantero, mitad de la espalda, y cuello con bebederos. Materiales: 2,20 x 0,90 m.

Pedirlo enviando \$ 15.— en estampillas de correo.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes, que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.





Tenidas
deportivas



Si supiera como ella el secreto



Usted también
sería más...

**Dueña de sí
Atractiva
Encantadora**

El secreto está en Odo-Ro-No. El baño soluciona el problema temporalmente. Odo-Ro-No protege por largo tiempo.

- Odo-Ro-No impide, sin peligro, la transpiración y sus emanaciones durante 24 horas.
- Odo-Ro-No se mantiene cremoso en el envase, no se seca ni se hace arenoso.
- Odo-Ro-No, más que ninguna otra crema desodorante, no daña la ropa.



- Odo-Ro-No no irrita la piel más delicada.

Crema
ODO-RO-NO M.R.
El desodorante sin par

69

PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones



Cambie

DE COLOR SU VESTIDO
CON ANILINAS SUIZAS
MONTBLANC

30 colores de moda.
Sin trabajo; en 1/2 hora
su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD,
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

El recuerdo de Lucía

(Continuación de la pág. 15)



—¡Injun! ¿Nunca te has enamorado?
—No —respondí con voz helada.
—¡Creo que yo estoy tremendamente enamorado! —me comentó con voz ronca.
—¡Sí?
—No me intimides. —Su voz parecía emocionada—. No puedo más. Lo supe desde la primera vez que te vi.
—¡Por amor de Dios, cállate! —lo increpé desesperada—. ¡Tú sabes que Lucía tiene fe en ti!
Puso una cara dura, como si lo hubiera golpeado.
¿Qué esperaba de mí? ¿Que coqueteara con él, como lo hacían la mayoría de las muchachas? Si tal era su intención, más le valía no seguir alimentándola.
—Tienes razón —dijo cortante.
Continuamos bailando, pero la expresión de su rostro era insondable. Yo, todo el tiempo pensaba en Lucía. Carlos mataría toda su felicidad. Su personalidad era demasiado poderosa para ella.
Esa noche, en tanto cepillaba sus cabellos antes de acostarnos, me preguntó:
—¿Por qué no te gusta Carlos? ¡El te quiere mucho, Injun!
Un silencio doloroso nos separó. Sin embargo, yo no podía contarle lo que ocurrió en la pista de baile.
Se casaron a fines del verano. Alberto llegó justo a tiempo para servirles de padrino. Abrazó a la novia deseándole felicidad. La ceremonia fué muy sencilla. Petrificada, esperé el beso de circunstancias del novio a la novia. Carlos no besó a Lucía. Varias veces, esa tarde, noté su mirada fija en mí.
Vivieron en un departamento, sin pretensiones y Carlos continuó trabajando duramente en el garage. Por su parte, Lucía hacía lo inhumano para que su casa fuera lo más coqueta posible, valiéndose de toda clase de ingeniosidades. Pintaba, arreglaba, cosía infatigablemente... Sin embargo, estaba muy lejos de ser la casita tapizada de yedras con la cual soñó Lucía. Pronto esperaba un hijo. Carlos no ocultó su desagrado ante la noticia, pues sus medios hacían difícil la situación, lo cual fué también penoso para mi amiga, ya que no pudo preparar el amoroso ajuar que ella imaginaba.
Cuando fui una vez a visitarla, quedé alarmada viendo a Lucía. No era la misma. Le averigüé si estaría contenta con el nacimiento del niño.
—Ahora sí —me respondió—. Al principio, me sentía tan enferma y contábamos con tan poco dinero, que me sentía amargada. ¡Ojalá sea una niña!
El niño vino al mundo prematuramente. Una noche de luna magnífica, Carlos llegó a mi casa, por primera vez desde hacía mucho tiempo. Venía a comunicarme la desgracia. Esa vez sentí lástima de él y le escuché con simpatía. La angustia hacía que sus ojos se vieran vidriosos y su voz temblara al murmurar:
—¡Dios mío, Dios mío! —Y me relató que Lucía estaba en el hospital y el niño sólo había vivido unos minutos. Por el momento, Lucía dormía y a él no le habían permitido

—Dos ventas más
y podremos comprar
azúcar.



J. Whiting

quedarse a su lado. Todo había ocurrido en forma tan inesperada, sin haber tenido tiempo de avisarme. Pero, ahora, como de todos modos él no podía permanecer junto a Lucía, había venido personalmente a contármelo en vez de hacerlo por teléfono. Sabía que, por su parte, no le sería posible conciliar el sueño. Su cuerpo temblaba como una hoja al viento y pensé que se calmaría conversando unos minutos conmigo. Mis padres dormían y no los desperté. Silenciosamente, preparé café y nos pusimos a hablar de Lucía, de la vida y de mil otras cosas. La recordé con ternura, reconociendo todo lo que había sufrido desde su matrimonio. Esa noche no odié a Carlos. Era como mi hermano.

Al día siguiente fui a ver a Lucía. Se veía muy débil y frágil. Sus manos, de una blancura transparente, reposaban sobre las sábanas. Yo le había llevado chocolates y libros. Traté de sonreírle. En tales momentos no se encuentran las palabras adecuadas.

—¡Es como un sueño, como un espantoso sueño! —murmuré, como un soplo.

—No pienses más —le dije temblorosa.

—No puedo pensar ni hablar de otra cosa —replicó y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

En ese momento oí una voz que decía: “¿Era, niñita?” Y otra respondía: “¡No, fué un niño! ¡Pero murió!” Parecía que comentaban una cosa muy sin importancia.

—Linda... —empecé a decirle, con voz ronca de emoción—. No llores más, te hace mal.

—Creo que Dios me ha castigado —declaró Lucía desesperada—. Porque al principio no deseaba a mi hijo... Cuando la enfermera vió llorar a Lucía, de inmediato me pidió que terminara mi visita. Al irme, volví una vez más la vista y fueron sus manos de cera lo que contemplé por última vez.

Afuera llovía. Una fría y triste llovizna bajo la cual caminé hasta llegar a casa. Por la tarde regresé al hospital: me informaron que Lucía había muerto... La fulminante noticia me dejó petrificada. De mi apretada garganta no salía un sonido. No podía hablar ni interrogar a Carlos, que entraba conmigo en el hall. Por fin, después de un largo silencio, él comenzó a desahogarse:

—Se le declaró una terrible infección. ¡Fue imposible salvarla! —Su voz se quebró en amargos sollozos y se apartó apresuradamente de mi lado para irse.

Después llegó el doctor. Era el especialista de más nombre de la ciudad, y atendió a Lucía por pedido mío. A Carlos no le habría sido posible pagarlo. Me habló en términos científicos, sin amortiguar en nada mi dolor.

Pensé que debía ir dónde Carlos y consolarlo. Pero, ¿dónde y cómo? Me fui y atravesé calles y calles, como ciega, sin ver ni fijarme en nada de lo que ocurría a mi alrededor. Lucía había muerto. Todo había terminado...

El verano siguiente volví al pueblo. Ya había terminado mi curso en la Universidad. Mi madre me informó de todos los rumores y cuentos que corrían por cuenta de Carlos. Actualmente era dueño de su garage y de la estación de servicio. Sus negocios marchaban viento en popa. Tenía un magnífico automóvil y siempre se le veía acompañado de alguna muchacha. Todas se interesaban mucho por él. Y, en tanto que mi madre me contaba todas estas noticias, sentía nuevamente hacia Carlos el mismo odio que había experimentado antes.

Una tarde que regresaba a casa después de un paseo, bruscamente se detuvo un coche junto a la vereda. En el volante reconocí a Carlos.

—¿Me acompañas, Injun?

Sin responderle, subí. Ya nadie me llamaba Injun... Carlos era el mismo, no había cambiado mucho, aunque unas arrugas profundas en su boca le habían parecer mucho más viejo de lo que era. Daba una impresión de calma y de seguridad.

—Oí decir que estabas aquí —me dijo.

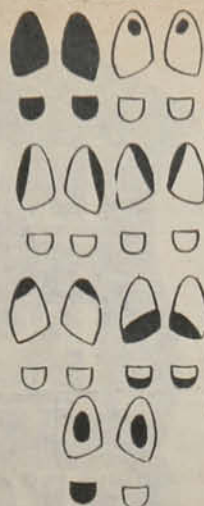
No le contesté. Siempre creía odiarlo... ¿Para qué hablar? Pensativa, miré por la ventanilla. Después de muchos silencios de parte mía y de evasivas suyas, bruscamente murmuró:

—Tengo algo que decirte, Injun... Tú sabes que siempre te he querido. No he podido olvidarte. ¿Quieres casarte conmigo?

Era la primera vez que se me acercaba tan íntimamente, desde esa lejana noche en que bailamos juntos. Nuevamente experimenté igual emoción, aunque ahora era más fuerte y más intensa...

Me casé con Carlos y al año tuve un hijo. A menudo, con el corazón dolorido, pienso en Lucía. Poseo la casita blanca tapizada de yedras con que ella soñó. El dormitorio de mi niño es hermoso y el pequeño sano y lindo. Vivimos muy cómodamente y no tengo que contar el dinero antes de gastarlo. Mi marido lee su diario todas las noches, instalado en un sillón que hay cerca de una lámpara. Ya no tiene que trabajar tan rudamente como cuando estaba ca-

(Continúa en la pág. 28)



¡Dime como andas y te diré quien eres!

TODOS nuestros gestos tienen una íntima relación con nuestro modo de ser y, aunque parezca extraño, hasta la manera de pisar y de gastar más o menos un lado que otro de la suela del zapato revela nuestro carácter.

¿EL DESGASTE DE TUS ZAPATOS ES IGUAL DESDE EL TALÓN A LA PUNTA DE LA SUELA?

Amiga: eres el deber personificado y gozas de una salud excelente. Esposa irrepachable, eres, además, una dueña de casa perfecta. Madre atenta,

amante del orden y de la comodidad de un hogar bien equilibrado.

Amigo: diriges a la perfección tus negocios y tu patrón tiene en ti un empleado serio y cumplidor. A tu lado, tu esposa cuenta con un buen apoyo material y moral.

Muchacha: sabes limitar muy bien tus ensueños y dar preferencia a una prudente realidad. La vida no te dará decepciones, porque la aceptas con resignación y valentía.

¿GASTAS PRIMERO EL BORDE EXTERIOR DE TUS ZAPATOS?

Amiga: tu encanto está formado de fantasía y vivacidad, a veces desconcertante... En medio de un grupo, siempre te destacas pero, a veces, por falta de gusto.

Amigo: te desempeñas bien en todos los asuntos que exigen diplomacia y siempre logras encontrar una solución hasta en los problemas insolubles.

Para ti, muchacha, la vida no es enigma. Aceptas las cosas con despreocupación. Tus pesares son de duración corta. ¿No eres ligeramente inconstante?

EL DESGASTE DEL BORDE INTERIOR indica que tienes mal carácter. Vigila tu salud y recuerda que toda mujer tiene el deber de ser coqueta. No seas tan severa con tu marido ni con tus hijos. Todos poseemos defectos y la gente perfecta sería aburrida, si existiera...

Amigo, si no abandonas tus eternos y profundos pensamientos, vas a estrellarte cualquier día contra un poste. ¡Piensa un poco en tus corbatas! Un consejo: ¡Quédate soltero!

Y tú, muchacha, no dejes pasar tu juventud sin verla. Eres estudiosa y te preocupas mucho de tu trabajo. Excelente empleada para los jefes. Esfuerzate por sonreír, cuida tu aspecto, interésate por lo que te rodea y trata de ser más comunicativa.

AMIGO, ¿GASTAS MAS EL LADO DE AFUERA DE TUS TACOS Y LA PUNTA DE TUS SUELAS?

Eres escéptico y no tratas de luchar contra la suerte. Tu hogar sufrirá y jamás tendrás bastante autoridad frente a tus hijos.

En cuanto a ti, amiga, sufres de cierta negligencia. Lo que hay que hacer hoy, también puede hacerse mañana. Eres una esposa agradable para el hombre que sepa soportar sólo las preocupaciones materiales. Tus hijos te consideran como una amiga.

A ti se te pasará la oportunidad, muchacha, si no tienes cuidado. Sin embargo, debes estar atenta, pues sola no sabrás luchar contra la adversidad.

¿GASTAS MAS EL MEDIO DE LAS SUELAS Y MAS RAPIDAMENTE UN TACO QUE EL OTRO?

Posees una voluntad de fierro, amigo y haces todo con método. Triunfarás en las pruebas más difíciles. Tú posees un coraje indomable, además de una gran habilidad para manejar tus asuntos. Sin embargo, amiga, de vez en cuando te conviene recordar que es tu marido quien “lleva los pantalones”.

Muchacha: corres el riesgo de permanecer soltera, porque la gran seguridad en ti misma, tu espíritu demasiado fuerte y tu carácter indomable, asustarán al más valiente de los hombres.



Señor,
la Nafta Shell
para
Encendedores
enciende
al instante,
no deja olor
y arde
sin humo...

Use **NAFTA SHELL**
para Encendedores

51 Unit Brand PUBLICITY

COMO ELLA

Luzca usted también,
cabellos sedosos,
brillantes, dóciles a
cualquier peinado.
Lavándolos una vez
por semana, con



Champu IVIANZANOL

LA FELICIDAD ESTA EN TODAS PARTES

HACIA tanto tiempo que me sentía solitaria! Con tristeza contemplaba bailar a las parejas. El amor no se ha hecho para las mujeres tan poco atractivas como yo.

— * —

Sentada junto a la pared del salón, contemplaba las parejas que pasaban bailando a mi lado, sin que nadie me invitara a hacerlo. Aunque estaba acostumbrada a este papel ingrato, no perdía las esperanzas de que alguno de los asistentes descubriera lo bien que bailaba... y que tampoco era una mala compañía.

Pero el tiempo transcurría, y el desaliento y la desesperanza se apoderaban de mí, al ver que nadie me dirigía la palabra, y ni siquiera se daban cuenta de mi presencia. Sentía deseos de llorar. Sin embargo, era preferible estar allí, entre gente de mi edad, escuchando música agradable, a permanecer solitaria en mi habitación.

Si hubiera sido una fiesta ofrecida por alguna de mis amigas, me habría sentido terriblemente avergonzada, pero, felizmente, sólo se trataba de los bailes organizados por los universitarios.

La pista estaba rodeada por dos hileras de sillas, para la gente madura que deseara contemplar a los bailarines. Sentada en la segunda de estas filas de sillas, me sentía resguardada de las miradas indiscretas. Al principio traté de aparecer entretenida y alegre, pero en mi interior anidaba otros sentimientos que me hacían sentirme cada momento más nerviosa. En realidad, en las reuniones sociales jamás me encontraba segura de mí misma, y eso, sin duda, se debía al hecho de que asistía a muy pocas de ellas, pues raras veces me invitaban. A ésta, me había convidado sola. Ana, una amiga me había contado que estos bailes, que se repetían todos los jueves, eran muy alegres, y esa tarde me sedujo la perspectiva de no ir sola al cine.

Miré en derredor y comprobé que, por lo menos, había dos mujeres para cada hombre. En esas circunstancias, las probabilidades que tenía de bailar, eran casi nulas. A excepción de Ana, que al pasar me saludaba con la mano, no creo que nadie se fijara en mi persona... fuera de ese hombre extraño que estaba sentado cerca de mí, y que hacía rato me contemplaba con insistencia.

Su mirada fija tras los lentes de mol-

dura oscura, me hizo sentir incómodo. Hubiera deseado que se fuera, pero proseguía ahí, sin dejar de mirarme. De soslayo le dirigí una ojeada y comprobé que era muy mal parecido, especialmente sus enormes orejas afeaban su conjunto. Además, era un poco mayor que el resto de los asistentes masculinos.

Intenté ignorarlo, fingiendo que me sentía muy entusiasmada con la música y la alegría general, pero esta actitud tenía que terminar. Me levanté y me dirigí hacia la terraza. Al ver que me iba, se levantó a su vez y vino hacia mí.

"¡Oh, no! —pensé—. ¡Que no se aproxime! Tal vez no esté en realidad mirándome, pueda ser que vaya a convidar a bailar a alguna otra. ¡Si me lo pidiera a mí? ¿Sería mi destino ese hombre tan horrible?"

Bueno, no bailaría con él, decidí. Era el hombre más antipático de la reunión, y si me veían bailando con tan extraño personaje, ya nadie me invitaría. Frenéticamente intenté encontrar alguna excusa para el caso que me dirigiera la palabra.

Cuando se detuvo frente a mí pude comprobar que era tan desagradable como había supuesto. Con un tono de voz tan poco grata como su persona me dijo:

—¿Baleemos?

—Lo siento —me excusé—. Recién se me ha corrido un punto en la media y voy a arreglarla.

Era una excusa pobre, pero mucho peor era bailar a disgusto. Rápidamente me abrí camino hacia el tocador de señoras. Una vez dentro me detuve a considerar si rompería mis medias, para justificar la huida, pero decidí que por ese hombre no valía la pena arruinar un par recién comprado.

Dejé transcurrir varios minutos, y luego salí de nuevo al salón de baile y tomé asiento lejos del lugar donde antes había estado. No volví a ver al hombre. El baile continuaba y, aun cuando nadie me volvió a invitar, me divertí hasta el final.

De vuelta a casa, no había caminado más de una cuadra, cuando me di cuen-

A medida que pasaba el tiempo, me sentía más sola, pues si no volvía Benjamín, no sabría qué hacer con mi existencia. La desesperación comenzó a torturar mi alma...

ta de que alguien iba a mi lado: era el hombre de los anteojos y de las orejas largas. La manera cómo le colgaba el sombrero de la cabeza, era un tanto ridícula.

—¿Puedo acompañarla? —me preguntó, en voz baja—. Voy por el mismo camino.

—Yo doblo en esta esquina —le menté.

Esta vez no podía interpretar equivocadamente mi actitud, debía darse cuenta de que no deseaba su compañía. ¡De todos los seres del mundo, éste, precisamente, tenía que interesarse por mí! ¿Por qué sería? Durante todo el trayecto a mi hogar, me hice la misma pregunta. ¿Por qué tendría que ser justamente él? Y, ¿por qué me había comportado en forma tan cruel? Después de todo, era un ser humano, a pesar de no poseer encantos físicos y tal vez a causa de ello, se sentía solitario.

No asistí el jueves siguiente al baile de costumbre, pero dos semanas más tarde, decidí ir a escuchar música una vez más y a rodearme de gente joven. Tan pronto como entré al salón lo vi. Estaba apoyado en un pilar cerca de la orquesta. De inmediato me esca-

bullí para que no me viera. Un rato más tarde, me dirigí a la terraza, donde varias parejas conversaban alegremente. Por milésima vez me pregunté por qué nadie me invitaba a bailar, y cuando un hombre lo hacía, era por educación y no por otra cosa. Dentro de dos años cumpliría treinta, no tenía ni una personalidad magnética ni un rostro hermoso; tenía buena figura, pero era demasiado modesta y me sentía desesperadamente sola. Sabía en lo más íntimo de mí ser que debía tener confianza en mí misma para triunfar en la vida. No era precisamente poco atractiva, sino sencilla y hogareña, me agradaba tanto ver bailar a la juventud, y no experimentaba envidia, a pesar de lo abandonada que me sentía. Mis pensamientos se vieron de pronto interrumpidos por la aparición de la señora del rector, acompañada del hombre cuya presencia intentaba evitar.

—Quiero presentarle al señor... —me dijo la señora. Los ojos del hombre expresaban deseos de conocerme y ansiedad por conversar conmigo.

—Me llamo Estela —repliqué, en forma lacónica.

(Continúa en la pág. 32)



Reina en tu hogar



Panqueque con licor

Se baten tres huevos enteros con dos cucharadas de azúcar molienda y raspadura de limón. Se le ponen dos cucharadas de harina y una cucharada de licor marrasquino, se le añade media taza de leche. Se coloca el batido en la sartén formando los panqueques y se sirven rellenos con mermelada o manjar blanco.

Rico consomé al curry:

Se frie arroz en aceite y cuando empieza a tomar color se cuece en un buen caldo de carne ya colado, se pone en una fuente una cucharada de polvos curry, disueltos en un poco de agua, y se vacía el caldo encima, se revuelve bien y se sirve muy caliente en tazas.

Queques minuta:

Tres cucharaditas de manteguilla se baten con un cuarto de kilo de azúcar, se le ponen tres huevos, uno por uno, y tres cucharaditas de harina, se ponen al horno en moldecitos untados con manteguilla, hasta que se doren bien.

Bocaditos finos de sesos:

Se prepara un seso grande y después de quitarle la piel se cuece en agua con sal, se escurre y se corta en pedacitos. Se hace una mezcla con 200 gramos de harina, dos yemas y leche, dejando una preparación blanda, se mezcla bien y se agregan los sesos, se frien por cucharadas en aceite caliente.

Croquetas de sagú:

Se cuece el sagú en leche con azúcar y ralladura de limón o naranja y canela. Estando cocido se saca, se extiende sobre un mármol y se deja enfriar, se corta en cuadraditos, se pasan por huevo batido y se frien. Se sirven con una leche de crema dulce o con miel de palma.

Budín filita:

Se baten tres claras como para merengue y se le ponen después las yemas una por una. Se le agrega una cuchara de postre de harina y media taza de natas, a la que se le habrá exprimido toda la leche. Se endulza con azúcar al paladar y se le pone canela en polvo. Se vacía en un molde, untado con manteguilla y se cuece en horno regular.



Ella usa
PILOTONIC
 CREME SHAMPOO
 A BASE DE COLESTEROL

- es práctico
- es económico
- es mejor



El recuerdo de Lucía

(Continuación de la pág. 25)



sado con Lucía. Pero, siempre pienso que ella prefería la casa de sus sueños a su marido; en cambio yo, quiero más a mi marido que a mi casa. Sin embargo, muchas veces creo que odio a Carlos: porque ha olvidado por completo a Lucía y a su niño.

Y estos eran mis pensamientos en esa noche de luna, mientras permanecía insomne junto a Carlos, que dormía profundamente. A la mañana siguiente se fué a trabajar, como de costumbre. Precisamente, antes de su partida, recordé de pronto algo que debía decirle con urgencia. Atravesé rápidamente el jardín y me acerqué al auto. Ya estaba allí mi marido. En el asiento del lado pude ver un enorme ramo de rosas. Lo miré estupefacta. Una extraña expresión cubrió su rostro.

—No debes ponerte celosa...

—¿Celosa?

—Comprendo que es raro —se excusó—. Pero, de vez en cuando, voy al cementerio a dejar un ramo de flores sobre su tumba. ¡Injun! Tú ignoras cuánto debo vencerme, en muchas ocasiones. Lucía era tan bondadosa. Y yo no supe hacerla feliz. La herí muchas veces.

—¿Celosa? —pude articular por fin—. Escucha...

Pero él continuó como si no me hubiera oído.

—¡No debes estarlo! Esto no nos concierne a ninguno de los dos. Sólo deseo testimoniarle mi pesar y probarle que su recuerdo está siempre vivo dentro de mí. Hubiera querido ahorrarte esta molestia, pues te amé desde el día que te conocí... Pero, amar a Lucía era como una oración, algo más fuerte que yo. ¿Puedes comprender lo que te estoy diciendo?

—Creo que sí... —le respondí con dulzura.

Las lágrimas ahogaban mi voz.

¿TIENES LA EDAD QUE PRETENDES TENER!

Felizmente ha pasado ya la época de las "monaditas", de las infantiles risitas sofocadas y las pestañas de tamaños inverosímiles.

Pero en tanto que estos signos de inmadurez se encuentran sólo en la memoria del abuelo, hay otros indicios que revelan una niñez prolongada. Los síntomas de hoy en día pueden ser más sutiles tal vez, pero también son más serios, por lo que son más difíciles de reconocer.

Naturalmente que no hay relación entre edad y madurez, pero una vez que se traspasan los 20 años, podemos esperar que aparezcan signos de sabiduría creciente y estabilidad emocional. Sométete a este test contestando "sí" o "no", y verás si estás actuando de acuerdo con tu edad.

1. Cuando sabes que estás equivocada, ¿admites abiertamente tu error?
2. ¿Has tenido que lidiar con menos oportunidades que las otras?
3. ¿Te aporta alguna satisfacción el deshacer un compromiso con un hombre para salir con otro?
4. ¿Te desfinancia la tentación de la nueva moda?
5. ¿Te las arreglas para hacerle saber a tus admiradores lo popular que eres?
6. ¿Tienes la costumbre de usar las lágrimas en el momento preciso para conseguir lo que deseas?
7. ¿Entretienes a tus amigos detallándoles la cita que tuviste ayer?
8. ¿Te escudas a menudo en enfermedades para hacerle el quite a las obligaciones?
9. Cuando algo anda mal, ¿encuentras una buena razón para justificarte?
10. ¿Le cuentas aún todo a tu madre?

Todas "no", excepto la pregunta N.º 1.

8 o más: Si tienes más de 21 años, estás actuando de acuerdo con tu edad; si eres menor que eso, eres más madura que la mayoría de tus amigas. Menos de 5: Eres infantil y probablemente así lo deseas, pero ninguna mujer adulta puede encontrar felicidad actuando como niña pequeña.

Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 21)



—Y tú no puedes tampoco negar nada. —Me atengo a las declaraciones de la señora Carrol y de Bates —le recordó Gentry—. Y están en contradicción con lo que tú dices.

—Bien. Analicemos esas declaraciones. Comencemos por la historia de Bates. Asegura que le contesté su primera carta, pidiéndole quinientos dólares en billetes antes de hacerme cargo del asunto. Tú sabes perfectamente bien que en esa forma yo no trabajo. Cuando me hago cargo de un caso, primero lo investigo y después cobro.

—¡Espera un minuto! —Shayne levantó el brazo para detener las protestas de Gentry. —Eso no es todo. Según la sugerencia de Bates, conseguí la llave de la pieza de Carrol para que su mujer la usara para detener una querrela por divorcio. Aunque no crees una palabra de lo que te he dicho, tú sabes muy bien que yo no tomo asuntos de ese tipo, ni aunque me ofrezcan el dinero por adelantado.

La cara de Gentry permaneció impasible. Movió su pesado cuerpo y se acomodó en la silla.

—Pero con la promesa de diez mil... —comenzó.

¿El llevar sombrero tiene influencia sobre la calvicie?



Los hombres se han preocupado mucho de la caída de sus cabellos. Se ha pretendido que el llevar sombrero provoca a menudo la calvicie.

No obstante, se encuentran menos calvos en Inglaterra, donde siempre se usa sombrero, que en Alemania, en donde está casi derogado. Sin embargo, todas las observaciones que se han hecho a este respecto aseguran que no hay relación entre el sombrero y la calvicie. Buena noticia para los adoradores del "sin sombrero", y mala para los comerciantes.

—Y si me hubiera inmiscuído en un asunto de esa clase, jamás habría mandado al muchacho a mi propio hotel —cortó Shayne, completamente absorbido en sus propios pensamientos y sin oír la interrupción del inspector.

—Eso facilitaba tu trabajo, según me explicó Bates por teléfono —puntualizó Gentry con un suspiro.

—Sería el peor de los detectives si no fuera capaz de conseguir el duplicado de una llave en cualquier hotel de la ciudad —se defendió Shayne.

—Entonces, ¿quién demonios le dio a la señora Carrol anoche la llave de tu departamento? —explotó Gentry.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. —Su cabeza comenzaba a sufrir las consecuencias de la herida y su voz se hacía cada vez más débil. —Tenemos que saber mucho más respecto a Ralph Carrol y a su mujer, antes de comenzar a imaginar cómo es el asunto por dentro.

—Estoy recopilando un expediente completo respecto a ellos —le explicó el inspector con un rugido—. Según mis primeras investigaciones, él parece haber sido un conocido hombre de ne-

gocios. Y, ya te dije, que la policía de Wilmington me ponderó mucho la reputación de Bates. —¡Maldita sea, Mike! ¿Estás tratando de construir una hipótesis suponiendo que alguien se ha hecho pasar por tí en este asunto? —Si no es así, quiere decir que Bates miente —dijo Shayne, calmada y pensativamente—. Lo cual considero muy posible. No comprendo cómo alguien puede suplantar a Bates. Hay una posibilidad de haberlo hecho, pero, por supuesto, después de haber establecido el primer contacto. Pero aún no sabemos qué dirección o número de teléfono le dieron a Bates para tratar con un hombre, que se llamó a sí mismo Michael Shayne, por algún motivo especial.

Se detuvo un momento y luego prosiguió:

—Pero Bates alega que me escribió desde el principio directamente a mí. Lucy tendría archivada esa carta si hubiera legado. —Miró a Lucy, y luego observó que los profundos ojos de Timothy Rourke ardían de curiosidad. Después se volvió a Gentry. —Si la correspondencia de Bates llegó a esta oficina, hay sólo una cosa que tú puedes pensar y qué tendría yo que aceptar, Will, y es que Lucy haya decidido también dedicarse a ser detective. Sabiendo que yo no tomo casos de divorcio, ella contestó la carta y dió mi nombre y la dirección de su departamento. Pero no creo que Lucy vaya a hacer una cosa así por quinientos dólares.

—¡Michael! ¡No podrás creer eso ni por un momento!

—Por supuesto que no —le aseguró Shayne a Lucy—. Si hubieras procedido así, estoy cierto de que no le habrías dado a la dama la llave de mi departamento para que entrara después de medianoche. Como te digo, Will, no hay una explicación física del enredo. Según mi opinión, el prestigioso abogado de Wilmington es un vulgar mentiroso.

—Tal vez —murmuró Gentry, después de un corto silencio.

El teléfono del escritorio de Shayne comenzó a sonar. Mientras el detective tomaba el fono, Gentry se echó hacia adelante.

—Debe ser para mí —dijo—. Estoy esperando un llamado importante y déjame orden en mi oficina de que me lo dierran para acá.

Shayne tenía el fono en su oído y colocó la palma de su mano en él mientras Gentry hablaba. Pidió silencio, quitó la mano y dijo:

—¿Sí? —Después de oír un momento, continuó—. Eso está bien. Dígame despacio mientras yo tomo nota.

Lucy se levantó y le trajo un lápiz y un papel. Se quedó cerca del escritorio observando y escuchando mientras fruncía el ceño a medida que Shayne escribía algunos apuntes.

—Sí, ya lo anoté —le dijo—. Muchas gracias por su cooperación. Si sé algo después me pondré en contacto con usted. —Colgó el fono y le pasó a Lucy el papel. —Es sobre el caso Mitchell, Lucy. Era un señor Levine, gerente general de Argus Trucking Company.

—Dice que Mitchell sacó un camión sin autorización ayer, a las diez de la mañana.

Lucy tomó notas taquigráficas de lo que le decía su jefe. Su expresión denotaba un completo desconcierto. Tenía la espalda vuelta a Gentry, y al levantar la vista se encontró con los ojos curiosos de Timothy Rourke. Se advertía una ligera mueca en los labios delgados del periodista.

—Eso aclara la cuestión de Mitchell

(Continúa en la pág. 34)

SAL Y PIMIENTA

Después de examinar a un hombre de mediana edad, le recomendé que no trabajara mucho y que descansara.

—Fume y beba con moderación —le advertí.

—¿Me ayudará eso? —me averiguó el paciente.

—¿Ayudará? —exclamé yo.

—No he fumado ni bebido un trago en toda mi vida —me respondió él.

Enriquito, de seis años, fué a visitar a su mamá y a su nueva hermanita a la clínica. Deambulaba por la pieza, aburrido, hasta que salió al corredor y comenzó a hablar con una señora de edad que se había quebrado una cadera. En tono confidencial, le preguntó cuánto tiempo había que estaba en el hospital.

—Seis semanas —le contestó la señora.

—¿Puedo ver su bebé? —volvió a preguntar Enriquito.

—No tengo ningún bebé —le respondió la señora.

—Usted es muy lenta —comentó el niño; mi mamá ha estado aquí dos días y ya tiene uno.

La mamá estaba ausente en la mesa a la hora de comida, así es que Juanita, de siete años, se sentó en su silla, pretendiendo ocupar su lugar. El papá observaba los aires maternos de la chica, cuando su hermanito, notando dónde ésta se había sentado, le dijo:

—¿Así que tú eres la mamá esta noche? Bueno, si es así, dime ¿cuánto es seis por nueve?

Sin dudar, la chica le contestó: —Estoy muy ocupada, preguntale a tu padre.

Un viejo montañés y su hijo estaban sentados frente al fuego fumando sus pipas y estirando sus piernas. Después de un largo silencio, el padre dijo:

—Hijo, sal y ve si está lloviendo.

El hijo, sin moverse, contestó: —Padre, ¿no es mejor que llamemos al perro y vemos si está mojado?

Una amiga se quedó con el niño de cuatro años cuando la madre se fué al hospital a tener su hijo. En el momento oportuno, la amiga le explicó al pequeño que tenía un hermanito sano y hermoso. Unos segundos después, dijo él:

—Llévame a conocer a mi hermanito.

En los hospitales no pueden entrar niños —le explicó la amiga.

Luego de pensar un momento, el niño preguntó:

—¿Y entonces cómo pudo entrar mi hermanito?

Veranee

en su propia casa

Tan elegante como si fuera a salir . . . , tan cómoda como siempre quisiera estar.

Escoja hoy mismo la tela Caupolicán que más le plazca . . . Caupolicán ofrece

diseños exclusivos en colores que no se destiñen . . . ¡Usted, sin moverse de su casa, se sentirá en pleno veraneo!

TEJIDOS

Caupolicán

M. R.



¿A SI es que deseas conseguir un hombre? ¿Y por qué? ¿Será porque supones que has conocido al ser que consideras apto para ser el padre de tus hijos y el compañero de tu vida? Si las cosas son así, está bien, y atrapalo, siempre que él esté dispuesto a dejarse atrapar, pero si necesitas un hombre para los fines que vienen a continuación, la verdad es que lo que requieres no es exactamente un hombre, sino más bien crecer y madurar. Y si ya tienes al hombre, y tratas de forzarlo a hacer uno de estos papeles, ¡ten cuidado! ¡No puedes esperar que un marido actual o futuro se desempeñe en ninguno de estos papeles; te desilusionaría, sin tener en ello culpa. He aquí una lista de las cosas que no es ningún hombre verdaderamente hombre.

Un hombre no es un elixir mágico. La creencia de que un hombre sirve para curar todos los males que afectan a las muchachas, con sus típicos problemas femeninos, debiera relegarse al baúl de las cosas viejas, junto con una serie de prejuicios victorianos. Sin embargo, y por desgracia, la idea está bastante difundida en nuestros días.

¿Se trata de una muchacha floja, descuidada o indiferente, o de una que tiene cabeza de pájaro? Ayudada y estimulada por su familia, que con razón está interesada en desprenderse de ella a la brevedad posible, alarga su anular al primer hombre que se le presenta, con la firme convicción de que se va a reformar en cuanto el cura pronuncie las consabidas palabras que consagran la unión. ¡Qué desilusión! Luego de pasada la luna de miel, ambas partes descubren que han caído de las brasas al fuego. Una vez que se sienta segura bajo el sagrado vínculo, la muchacha floja se pone más floja, la tonta más tonta, y la hipcondríaca débil sucumbe por completo. El marido descubre que lo que ha recibido en el altar no es una mujer, sino una cosa inútil, y la mujer llega a las cortes del divorcio, o se muere con el firme convencimiento de que su compañero la ha desilusionado porque decididamente no era el tónico que le había prescrito el destino.

El hombre no es un roble: A pesar de todas las declaraciones de los poetas, que afirman que el hombre está llamado a soportar el peso de una enredadera parásita en la misma forma que lo hace el "roble", no hay nada de efectivo en el asunto. Si persistes en tratar a un hombre como si así lo fuera, a la larga o echará raíces en un solo punto, o se le ahuecará el interior, mientras la enredadera parásita le cubre el cuerpo entero y termina por ahogarlo. Si te inclinas por un amor vegetariano, límitate a seguir un régimen alimenticio a base de espinacas.

El hombre no es una máquina de fabricar billetes. De vez en cuando, pero para ser justas, muy de vez en cuando, uno se topa con sujetos que al menor estímulo salen con: parece que tú estás convencida de que yo soy una máquina de fabricar billetes. Lo cierto es que lo más frecuente es encontrarse con mujeres que efectivamente creen que sus maridos son unas especies de casas de moneda ambulantes, y como estribillo, tiene la siguiente frase: "Cárguelo a su cuenta, por favor."

Lo cierto es que los hombres, por constitución natural, quieren hacer la felicidad de sus mujercitas, y, por increíble que parezca, tratan de lograr lo que ellas persiguen en la vida. De ahí que la aventura matrimonial se

convierta, en muchos casos, en una tentativa desesperada por conseguir dinero... y el pobre marido se arruina física y moralmente para satisfacer las necesidades de su cara mitad.

El hombre no es un paño de lágrimas. La naturaleza nunca tuvo la intención de crear al hombre para que fuera una especie de límite entre el muro de las lamentaciones y un psiquiatra. Con seguridad que tu hombre tiene tantos problemas como tú. El compañerismo y el desahogo del alma son una cosa, y los lamentos y las quejas son otra muy diferente.

¿Que el día te ha resultado un verdadero martirio? ¿Los vecinos son intrusos, las empleadas insolentes, y no te ha cundido el trabajo? ¿Te pescó la racha del mal ánimo? Bueno, todos éstos son problemas exclusivamente tuyos, y no tienes para qué utilizar su hombro para desahogar estas pequeñas desgracias. Si lo reservas para las grandes penas, verás que se conserva mejor el amor.

El hombre no es una bestia de carga.

Hay más de una manera de convertir a un hombre en esto. Una de las formas más divulgadas de hacerlo es pidiéndole que mueva los muebles o cuelgue una cortina a la llegada de la oficina, tras un día de trabajo inten-

so, en circunstancias que muy bien podrías haberlo dejado para otra ocasión, o hacerlo tú misma con un poquito de esfuerzo y otro poquito de buena voluntad. Puedes conseguir destruirle la paciencia y la moral si insistes en hacerle encargos de última hora... que te compre el postre, que traiga el café, etc., siendo que tú deberías preocuparte de estas cosas. No hay ningún

¿Para qué descas conseguir un hombre?



inconveniente en que tu marido te haga unas compras de vez en cuando, pero no lo molestes con encargos a diario. Fácilmente puedes convertir a un hombre de buena voluntad en el niño de los mandados y, con seguridad, no es esto lo que deseas que sea tu marido.

Un hombre tampoco es una pantalla para ocultar defectos: No caigas en el error de esperar que tu marido compense todos tus defectos e incapacidades. Casi todas las mujeres son capaces de agrandarse en la adversidad y vencer por sí solas las dificultades, pero se encargan de mantener el hecho a cubierto. Con frecuencia no sólo se lo ocultan a sus maridos, sino que tratan de esconderse ante ellas mismas, lo que constituye, sin lugar a dudas, una gran lástima.

"No entiendo nada de política. Tendré que preguntárselo a Carlos", no es una frase que halague la vanidad de ningún hombre realmente varonil. "Me es imposible lograr que me hagan caso estos niños..." pero espérense a que llegue el papá"; con esto no se puede esperar que el papá esté ardiendo en deseos de llegar a casa, después de un día de trabajo. Sin embargo, hay cientos de mujeres que parecen enorgullecerse del hecho que no puedan tomar decisiones por sí solas, apoyar una causa propia o lograr algo que desean. Se casan para tener un hombre a su lado que les pueda solucionar todos estos pequeños detalles de la vida cotidiana, sin darse cuenta de que a los hombres no puede seducirlos el sumar a sus propios problemas y decisiones los miles de otros que este tipo de actitud los obliga, y que muy bien podrían ser resueltos por las mujeres.

El hombre no es un compañero de pugilato: La costumbre de andar a puñetes y luego besos, parece darse con la misma frecuencia en miembros de ambos sexos. Las mujeres que tienen resentimientos de tipo inconsciente contra todo lo que sea masculino, son presa fácil de este hábito. La típica mujer gruñona, que deliberada-

(Continúa en la pág. 34)

TRES EXITOS ZIG-ZAG

La acogida prestada por el público a estas tres obras de connotados escritores nacionales, nos obliga a presentar la quinta, cuarta y segunda reedición de ellas, respectivamente.



ON PANTA

Por Mariano Latorre

La obra más genuinamente criolla del jefe indiscutido de la escuela criollista, permite apreciar las cualidades que han hecho de su autor uno de los "cinco grandes" de las letras nacionales.

En este libro palpita la tierra chilena, con su colorido y sabor denso y pastoso.

El Loco Estero

por Alberto Blest Gana

Dentro de las obras de Blest Gana, EL LOCO ESTERO ocupa un lugar aparte por la frescura de su estilo y la profunda humanidad de los caracteres de sus personajes. Es la más sencilla de las obras de este autor y, al mismo tiempo, la más vivida y la que mejor refleja las inquietudes de amor del adolescente, los tormentos de los celos en el marido engañado y en la mujer infiel, a la cual, a su vez, abandona su ama...



COIRON

por Daniel Belmar

Este autor, que se reveló como novelista con su obra ROBLE HUACHO, nos presenta ahora una obra narrativa de mayor envergadura, seguramente la más lograda y definitiva de las suyas. Por su fuerza descriptiva, la realidad vivaz de los personajes y su estilo ágil, recio y claro, esta novela reúne méritos extraordinarios.



La felicidad está en todas partes

(Continuación de la pág. 27)



—Estela, le presento a Benjamin —rió, nos hizo una venia y se alejó de nuestro lado. El hombre se quedó mirándome, sin decir nada. Ensayé una sonrisa, pero me sentía incómoda con la situación que se había creado.

—Le pedí que nos presentara —dijo por último mi compañero—. Pensé que así tendría la oportunidad de conversar con usted y nuestra amistad sería más formal.

¿Le puedo traer un refresco?

—No, gracias, debo retirarme, pues es demasiado tarde. Había decidido irme al momento.

—¿Puedo acompañarla hasta su casa? —insistió.

—Prefiero caminar sola —le repliqué, cortante—. Buenas noches.

Lamenté tener que comportarme ruda con él, pero así tal vez comprendería que no deseaba su compañía.

En el trayecto, esperaba a cada momento que apareciera a mi lado. ¿Qué me haría obrar tan cruelmente? Una vez más me había arruinado la noche, pues, aunque no estaba muy entretenida, me habría divertido más sin él. Sin embargo, tenía el íntimo convencimiento de que mi rencor era porque ese hombre era semejante a mí, y porque a nadie le agradaba su cara. Era un ser destenido y muy poco seductor.

Cuando llegué a mi hogar, aún me remordía la conciencia. Tal vez había herido sus sentimientos. Después de todo, no me había causado ningún daño su presencia, y parecía tan solitario. El hecho de que le hubiera pedido a la señora del rector que nos presentara, me agradaba, pero, ¿por qué me había elegido a mí? ¿Le atraería mi falta absoluta de encantos? ¿Qué otra cosa podría ser? Gradualmente iba cambiando mi actitud hacia el hombre, sentía que había sido despiadada con alguien que no lo merecía, y cuyo único pecado era demostrar interés por mi persona.

Durante toda la semana el recuerdo de ese joven me hizo sentirme culpable. Había insultado deliberadamente a un ser que sólo había sido gentil conmigo, y debía excusarme. El próximo jueves fui al baile y le pregunté a la señora del rector por Benjamin.

—¡Creía que usted lo sabía! El martes lo operaron de apendicitis. Estuvo muy enfermo. ¡Pobrecito, es tan solo! Sus palabras me causaron gran desasosiego. ¿Y si se moría? Me sentiría toda la vida con un peso en la conciencia, por haberlo hecho sufrir sus últimos días. Tenía que encontrar un medio de pedirle perdón por mi estúpido comportamiento.

Compré una postal y en ella escribí: "La joven que bailará con usted la próxima vez que lo vea", firmé con mi nombre y puse mi dirección. Tres días más tarde recibí una carta de él, en que me decía que lo había hecho feliz mi tarjeta, que estaba mejor de salud y que esperaba bailar conmigo muy pronto. Agregaba que estaba seguro de que no era errada la primera impresión que le había hecho mi persona, que yo tenía que ser una muchacha bondadosa y sencilla, como se lo imaginaba.

Le respondí con una nota breve y cortés, y en el próximo correo recibí otra carta suya. Esta era admirable, llena de humor y de interés.

Tres semanas después, nos encontramos en el baile semanal. Esta vez nos dimos la mano como viejos amigos.

—¿Cómo se siente? —le pregunté.

—Espléndidamente —me respondió, sonriendo, y, por primera vez, me di cuenta de que tenía unos dientes muy hermosos—. ¿Quiere un refresco? ¿Nos sentamos? ¿O prefiere bailar? —todas estas preguntas las formuló casi una encima de la otra.

Minutos más tarde, nos encontrábamos en la pista de baile, y allí descubrimos lo bien que lo hacíamos. Bailamos tres piezas seguidas. Después, Benjamin se sintió cansado y nos fuimos a sentar. De pronto, con gran sorpresa mía, un muchacho alto y buen mozo se acercó a invitarme a bailar. Le acepté con la aprobación de Benjamin. En ese momento comprendí de que nadie se había reído de mí al verme bailar con ese hombre que encontraba tan ridículo. Por sobre el hombro de mi compañero, nuestras miradas se encontraban y nos sonreíamos. Al volver a mi asiento, Benjamin me sugirió que fuéramos a la terraza, donde estuvimos conversando hasta que terminó la fiesta.

En la puerta de mi casa me preguntó cortésmente si lo podría acompañar a pasear por el parque el domingo en la tarde. Yo acepté, encantada. Nos dimos la mano, se puso el sombrero, y con asombro vi que no se veía ridículo con él, como había supuesto antes.

El domingo tuvimos oportunidad de conocernos más íntimamente. Benjamin me contó que no tenía más familia que un hermano casado, con quien vivía, y que, por lo

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D SANTIAGO DE CHILE

demás, era un ser espantosamente solo. Terminamos la tarde comiendo en un delicioso restaurante italiano. Como a ambos nos pareció que el tiempo se había volado demasiado pronto, concertamos otro encuentro para el jueves. Toda la semana estuve soñando con la cita y para lucir mejor me compré un vestido nuevo y un precioso sombrero. Ante mi asombro, Benjamín también venía con sombrero nuevo, lo cual nos hizo reír de buena gana. Durante los dos meses siguientes, nos vimos dos veces por semana, conocimos otras parejas y nos divertimos mucho. Ya me comenzaba a preguntar qué sentía por él. Cuando estaba a su lado, todo me parecía alegre, había vuelto a tomar interés por la vida y por mi apariencia, ya que a Benjamín le agradaba verme bien vestida y me aprobaba, con la mirada, cada vez que venía con algo bonito. Mis amistades comenzaron a percibir este cambio en mi apariencia y a congratularme por ello. Personalmente, estaba convencida de que el atractivo que ahora irradiaba mi persona, era el reflejo de mi felicidad interior. El día que Benjamín cumplió treinta y dos años, le regalé una pipa y una corbata. El siempre me traía flores o chocolates cuando venía a verme. Pero cuán importante era nuestra mutua compañía, sólo lo pudimos aquilatar un día que estábamos invitados a un paseo campestre. Al ir a tomar el micro que nos llevaría al lugar de reunión, me caí y me lastimé una rodilla. Inmediatamente Benjamín llamó un taxi y me llevó a mi casa, me subió en brazos hasta mi dormitorio, me colocó amorosamente en una silla y me preparó compresas frías para ponerme en la herida. Me sentía afligida por haber arruinado nuestro paseo.

—No te preocupes, Estela. Es mucho más agradable pasar un día en el hogar. Voy a traer mi discorola y discos. Haremos aquí nuestro picnic.

Diez minutos después de su partida, me sentía impaciente por su regreso. Entonces me di cuenta de cuánto lo necesitaba y lo que significaba para mí su compañía. Y, ¿qué lugar ocuparía yo en su vida? ¿Sería también un sitio importante? ¿Cómo podía estar segura? Jamás nadie se había enamorado de mí. A medida que pasaba el tiempo, me sentía más sola, pues si no volvía Benjamín no sabría qué

La muchacha moderna usa la misma ropa que su abuela, aunque no toda al mismo tiempo.

hacer de mi existencia. La desesperación comenzó a torturar mi alma... elevé una plegaria al cielo pidiendo su retorno.

De pronto desapareció mi angustia. Jamás me había sentido tan dichosa al ver volver a alguien.

Colocó algunos discos y me pasó un vaso de helados que me había traído, luego se dirigió a la cocina a preparar nuevas compresas para mi rodilla.

—¿Crees que podrás ir a trabajar mañana? —me preguntó, solícito.

—Espero que sí —le dije, temerosa de tener que quedarme sola en mi pieza.

—No te preocupes. Si te sientes mal, te vendré a cuidar. Después te mandaré las cuentas por mis honorarios profesionales.

Sus palabras de pronto se volvieron temblorosas, y sus ojos revelaron lo que escondía su alma.

—Estela, dos accidentes nos han unido: primero, mi apendicitis, y luego, tu rodilla. Quiero decirte cuánto te quiero, pero no encuentro las palabras. ¿Me aceptas como marido? ¿Permites que te cuide y proteja durante toda la vida?

La sorpresa y la alegría me dejaron sin habla...

—Te amo con toda el alma, Estela. Nos pertenecemos, somos el uno para el otro. Me sentía perdido hasta el día que recibí tu tarjeta de saludo, y, desde ese momento, sólo he deseado trabajar y triunfar para ofrecerte todo cuanto poseo. Eres la persona más maravillosa que existe, la más buena, la más honrada. ¿Te casarías conmigo, Estela? Por favor... dime que sí.

—¡Mi amor! —exclamé, llena de dicha—. Desde que te fuiste, estoy esperándote pletórica de amor por ti, temiendo que no me amarás como yo a ti. Trataré de hacerte feliz, muy feliz y para toda la vida...

Benjamín me estrechó en sus brazos y me besó, primero con ternura y luego con pasión.

Momentos después, se inclinó para examinarme la rodilla enferma. Al tocarme el lugar donde me había golpeado, lancé un grito de dolor. La impresión de miedo que había en el rostro de mi amado, me hizo reír, le cogí la mano y él me la besó. ¿Cómo podía sentir un dolor físico si amaba y era correspondida? El sufrimiento se desvaneció como por encanto, y lo olvidé completamente. El amor había tocado a mi puerta, y sólo quería saborear la felicidad que me ofrecía.

¿Se más lista que él!



¿Sabías...

...que el invento de la plancha para planchar se remonta a la antigüedad, si hemos de creer a las pinturas y esculturas de la época, que exhiben trajes admirablemente lisos y sin una arruga? Se sabe, además, que los trajes plisados ya se conocían durante las Cruzadas... Las antiguas planchas eran huecas, lo cual permitía introducirles carbones encendidos, para mantenerlas calientes.

...que el juego del dominó fué inventado en el siglo VI por unos monjes que deseaban distraerse sin infringir la ley del silencio, impuesta por los reglamentos de monasterio?

...que el uso del tenedor no es tan antiguo como podría creerse? El inglés Thomas Coryate, que visitó París en 1688, afirma que los tenedores eran entonces, casi desconocidos. Se comía en un plato y con los dedos...

...que los idiomas que se hablan en el mundo son numerosos? ¿Cuántos creen ustedes que son? Novecientos, a los cuales hay que agregar mil quinientos dialectos...

...que el azúcar de betarraga, al principio, hubo que imponerla valiéndose de subterfugios? Por orden secreta de Napoleón, empezó a venderse bajo el nombre de "azúcar refinada de las colonias". En esta forma, el público se acostumbró a ella y aumentó su consumo.



Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 29)



—dijo con brusquedad—. Me imagino que me informarás cuando tengas noticias más detalladas de Wilmington, Will. Aún pienso que Bates vendrá y nosotros entonces le podremos hacer preguntas respecto a esas cartas y llamados telefónicos que él sostiene haber tenido conmigo.

Gentry tenía los ojos semicerrados y su mirada era inescrutable. Al final dijo:

—Ya —con cansancio y se puso de pie—. Te mandaré al médico para que te examine la cabeza y a los muchachos para que vean tu coche. Si las evidencias externas coinciden con tu historia podremos seguir indagando juntos.

—Por cierto. Mi coche está estacionado a la vuelta de la esquina. Puedes tratar de encontrar impresiones digitales, aunque dudo que las consigas. Después de dejarme inconsciente tuvo bastante tiempo para limpiar todo.

—Shayne se levantó para acompañar al inspector hasta la puerta.

—¿Vamos, Tim? —preguntó Gentry a Timothy.

El reportero sacudió perezosamente la cabeza.

—Quiero hacerle algunas preguntas a Mike. Te mostraré lo escrito antes de mandarlo a las prensas.

Gentry se movió pesadamente. Shayne le abrió la puerta hacia la sala de espera. Mientras el inspector salía, dijo:

—Este es un caso difícil. Will. Estaré siempre en contacto contigo.

—Viceversa —repuso Gentry en voz baja—. No te preocupes hasta que no aclares las cosas conmigo, Mike. —Cogió la perilla de la puerta y salió dando un portazo.

Shayne se quedó un momento escuchando el ruido de sus pisadas que se encaminaban hacia el ascensor y luego se cogió el lóbulo de la oreja. Después volvió a su oficina.

Rourke se paseaba, con las ventanillas de su nariz abiertas, y sus ojos grisáceos brillando en sus profundas cuencas. Se detuvo, se puso frente al detective y le dijo:

—¿Cuál es el caso Mitchell, Mike?

—¡Ese! —Shayne se sentó frente a su escritorio, observó a Lucy que miraba por encima de su cuaderno de notas con ojos interrogantes. Dió un hondo suspiro y exclamó:

—Se lo voy a explicar a los dos. Voy a necesitar toda la ayuda que puedan darme de ahora en adelante.

—¿Hice algún gesto cuando me dijiste que tomara las notas? Jamás había oído mentar a ningún Mitchell, pero traté de conservar la calma.

—Tú eres perfecta, ángel mío —le aseguró el detective—. El llamado era para Gentry, de un empleado del aeropuerto que había estado vigilando los vuelos a Wilmington por orden de Will. El dió el número de mi teléfono y el hombre me confundió con Gentry cuando contesté. —Se sirvió un vaso de coñac y se lo bebió de un trago. —Las listas de pasajeros comprueban que Michael Shayne compró un pasaje de ida y vuelta a Wilmington, en el avión de las cuatro veinte de esta mañana y volvió volando más o menos a las nueve diez. Cuando Will compruebe esto, el infierno tendrá que ayudarme. Después de un momento de desagradable silencio, Rourke se volvió a su viejo amigo y le preguntó:

—¿Entonces tu historia del atentado fué sólo un invento?

—No, nada de eso. Pero ahora sabemos que existe un individuo que se presenta aquí, en Miami, como Michael Shayne. Es indudable que voló a Wilmington con el expreso propósito de robar los archivos con la correspondencia de Bates.

—Entonces él debe haber sido quién me echó la frazada en la cabeza en el departamento de la señora Carrol, anoche —explicó Lucy, nerviosa.

—Probablemente —la interrumpió Shayne—. Podemos suponer que estaba buscando la misma carta que esperaba que tú encontraras. Trataba de destruir todas las evidencias después de saber el asesinato de Carrol, temeroso que una investigación policial lo descubriera como un impostor.

—Pero tú casi le probaste a Gentry que eso era algo físicamente imposible —protestó Rourke.

—Yo sólo le señalé lo improbable que era —replicó molesto Shayne—. Pero eso elimina la teoría de que Bates mintiera. ¿No fué Sherlock Holmes el que dijo que después de haber eliminado lo imposible, lo que quedaba era la verdad, por muy improbable que fuera?

—Esa es una información muy preciosa para Gentry —murmuró Rourke sacudiendo la cabeza.

—¿Qué diablos puedo hacer? —preguntó Shayne, furioso—. Tú ves cómo trabaja la mente de Will. Con esta nueva prueba sólo le queda arrestarme. Ahora no puedo darme el lujo de irme a la cárcel. Tal vez me queden pocas horas para encontrar al asesino de Carrol, al que me dejó sin conocimiento tendido dentro de mi auto esta mañana y al que se hace pasar por Michael Shayne.

La cara cadavérica de Rourke se ensombreció.

—La tarea es difícil. Parece que nadie ha visto al impostor. Las cartas que habrían arrojado una luz han desaparecido. ¿Por quién piensas comenzar?

—Por el asesino de Ralph Carrol. —La voz de Shayne era cortante y decidida.

—Al final, todo tiene que converger en eso. ¿Conoces a alguien en Wilmington que pueda ayudarme si voy allá? El reportero pensó un momento y luego dijo:

—En el A. P., trabaja Ed Smith. Lo hace desde hace muchos años. ¿Quieres que lo llame?

—Claro. —El teléfono sonó mientras hablaba. Le hizo una seña a Lucy para que recibiera el llamado.

—Disculpate con quién sea. Creo que es mejor que vengas conmigo, ángel mío. Llama al aeropuerto y averigua de los aviones. Pero no reserves los pasajes a mi nombre.

Lucy colocó su silla junto al escritorio, cogió el fono y habló con voz suave:

—La oficina de Michael Shayne.

—Tú quédate aquí, Tim —le dijo Shayne al reportero—. Ten el ojo aten-

¿Para qué deseas...

(Continuación de la pág. 31)



mente provoca a su marido y luego lo reta por no tener dignidad si éste le pide disculpas por las cosas que ella le ha reprochado, pertenece a este grupo. Les gusta dominar, pero a la vez desean ser dominadas, y por eso no se salen nunca del círculo vicioso ya indicado.

Otro espécimen típico que cae dentro de esta clasificación de personas poco maduras, es la muchacha a quien le han dicho que "Quien te quiere, te aporrea". Esta clase de persona trata de poner cuantos inconvenientes puede para que las cosas no se faciliten. Cree que el matrimonio es un tira y afloja, en el cual hay que soportar mucho con resignación, para luego devolver la mano con mayor fuerza. Estas mujeres son incapaces de mantener ninguna amistad matrimonial dentro de un plano pacífico. Si eres de la opinión que la emoción equivale al escándalo y la calma al aburrimiento, cómprate unos guantes de box y entrénate en un gimnasio...; obtendrás los mismos resultados que persigues, sin herir los sentimientos de tu cónyuge.

Todo esto es refiere a las cosas que un hombre no es. Ahora, un resumen de lo que el hombre es. El hombre es un ser humano, una combinación de fuerza y debilidad, una especie de Peñón de Gibraltar, que puede aullar a gritos si le da dolor de muelas. Es una fortaleza que necesita ser reforzada, y un proveedor a quien a veces hay que proveer. El hombre es en un 40% un ser humano, y en una 60% una personalidad. Un hombre es un hombre... un ser por quien bien vale la pena molestarse y tratarse como a tal.



to y averigua todo lo que haga Will. Se dió vuelta mientras Lucy decía por el teléfono:

—Espere un momento, señor Margrave. Creo que al señor Shayne le interesará. —Se inclinó hacia adelante y murmuró:

—¿Te interesaría investigar respecto al asesino de Carrol? Un señor Margrave tiene ansias de ponerte al corriente.

(CONTINUARA)

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones, Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 245.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15.60, Semestral: \$ 7.80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3.40, Semestral: U.S.\$ 1.70, Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0.20, Semestral: U.S.\$ 0.10. Año XX - 28 de enero de 1954 - N.º 1031.

"El señor Roberto Castellblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Fábrica Chilena de Sederías

VIÑA DEL MAR



DE FAMA
INDISCUTIBLE



EXIJA LA MARCA EN EL ORILLO DE LA TELA

*Para lucir
la belleza de un
cutis juvenil...*

*...Siga
este
consejo...*

Después de preparar su cutis, de preferencia con Crema del Harem o Leche del Harem, aplique un ligero toque con los livianísimos POLVOS del HAREM. Su fineza incomparable produce una suave película que cubre las pequeñas imperfecciones de la tez, sin que aparezca con aspecto de "máscara". Le da un cutis natural, sin brillos antiestéticos, por muchas horas. Y sólo en los POLVOS del HAREM Ud. puede encontrar el tono que le conviene con su perfume favorito!



Polvos del Harem

Confidencias

de Margarita

N.º 1032

M. R.



LO QUE SIEMPRE DESEE

• NECESITO
TIEMPO

• UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial

• MI ADORABLE
MUJERCITA

• TUVE MIEDO DE
NO CONOCER EL
AMOR,
novela

• SARA
BERNHARDT,
amor célebre.

• ¿TIENES
ALGUNA
FOBIA?,
artículo.

• EL MOLDE DE
LA SEMANA

• EN UNA PLAYA
MEMORABLE



-No voy a trabajar esta
tarde —me dijo—. ¿Qué
me parecería llevar algu-
nos sandwiches e ir en
bicicleta al campo?

*Evite los
inconvenientes
de los viejos
maquillajes.*



NADA de esponjas húmedas



NADA de dedos engrasados



NADA de polvos sueltos

Angel Face

DE POND'S

POLVO CON BASE...¡TODO EN UNO!

¡Las mujeres se lo arrebatan en los E.E.U.U.!

El más moderno y práctico
de los maquillajes...
¡Llega para quedarse!

"Angel Face", el producto
Pond's, es polvo con base al mismo
tiempo. Basta una pequeña
aplicación de "Angel Face" y las
leves imperfecciones de la piel
desaparecen bajo un discreto velo
de suave colorido que se adhiere
al rostro.



"Es el más práctico y agradable
maquillaje en el envase
más apropiado para llevar
a todas partes", ha dicho
Antonia Drexel Earle.

"Angel Face" de Pond's...
en el cómodo envase celeste
y dorado, cada uno con su cisne.
Elija entre los 6 delicados
y bellos matices "Angel Face".

**CADA CAJA
CON SU
CISNE**



Angel Rubio
Angel Rosado
Angel Moreno
Angel Bronceado
Angel Gitano
Angel Nacarado

Revista de la Imp. S. M. S.
FEB 1954
Depósito Legal

MI ADORABLE MUJERCITA

MI mujer puso sus brazos a mi alrededor esa mañana, cuando bajé a tomar desayuno, y hay varias cosas que preferiría tener a mi alrededor antes que los brazos de mi mujer. Son unos brazos espléndidos, suaves y blancos. Así es todo el resto de mi esposa, pero eso, con seguridad, no es asunto de ustedes.

—¡Te tengo dos noticias maravillosas! —exclamó—. Carlitos ha sido invitado a una fiesta.

Carlitos, debo explicar, es nuestro hijo de cuatro años. Es un muchachito encantador y amigable y, por lo general, el hecho de que haya sido invitado a una fiesta no tiene nada de extraordinario. Pero estábamos en este pueblo hacía sólo cinco días. Hasta el lunes pasado habíamos vivido en la capital, donde yo trabajaba en una gran compañía de seguros. Luego fui trasladado al norte, a la sucursal más grande de la compañía. Tenía a mi cargo examinar todas las pólizas nuevas. Encontramos una casita bastante simpática, a corta distancia de mi oficina. Mi esposa estaba encantada. Nunca le había gustado la capital y siempre había ansiado vivir en un pueblo chico, donde podría ser tomada más en cuenta en lo que se refería a la comunidad.

—¡Estoy tan feliz! —murmuró—. Estaba preocupada por las amistades que podría tener Carlitos en este pueblo. Ahora todo marchará bien.

—Magnífico, Lucía. ¡Magnífico! —la apremié.

—Pero eso no es todo —añadió con una sonrisa triunfante—. ¿Sabes a casa de quién va Carlitos?

—No —repliqué con sinceridad.

—A la casa de la señora Rosa.

—¿Es eso bueno?

—Bueno, resulta que la señora Rosa es íntima amiga de la señora Alicia.

—¿Y quién puede ser ella?

—Es sólo la cabeza de la vida social del pueblo. La mujer más prominente de la comunidad, la mejor dueña de casa y la Ciudadana N.º 1.

—¡Magnífico para ella! —exclamé sin entusiasmo.

—No parece comprender, Leopoldo. Esta es una gran oportunidad para nosotros. El hecho de que Carlitos vaya a la fiesta me dará la oportunidad de conocer a la señora Rosa. Y por intermedio de ella, si sé desenvolverse, podré ser presentada a la señora Alicia. Y cuando se la conoce, ya no hay para qué preocuparse de nada en este pueblo.

—Me alegra sobremanera oír esto —le comuniqué bostezando—. ¿Qué hay para el desayuno?

—¿Te importaría mucho hacértelo tú



Ella es mi esposa para bien y para mal y, a pesar de todo, creo ser afortunado al tenerla cerca.

mismo, mi amor? Tengo que llevar a Carlitos al centro.

Esta idea no me llenó de contento. Cada vez que Lucía iba al centro, una considerable cantidad de dinero cambiaba de bolsillo, y yo estaba ya equilibrándome para no caer en el precipicio de la bancarrota. Como todos mis conciudadanos, yo encuentro que 1953 ha sido un año temible. Entre los impuestos y la inflación se deslizaba un día de pago y el otro. Había explicado a Lucía, por lo menos, un millón de veces, los hechos económicos de 1953... impuestos, el alto costo de la vida y la desvalorización de la moneda. Le había hecho notar que éste era un año en que todos debíamos medirnos, comprar lo necesario y disminuir los gastos. Por convincentes que fueran mis argumentos y por duro mi tono, Lucía continuó totalmente inmutable.

—¿Para qué vas a llevar al niño al centro? —le pregunté algo nervioso.

—Para comprarle ropa nueva —fué su dolorosa respuesta.

—¿Acaso no le compraste el mes pasado?

—Sí, overoles, mamelucos y ropa de casa, ropa de juego.

—¿Acaso ahora tiene un empleo?

—No bromees, Leopoldo. Esto es serio. Carlitos va a una fiesta esta tarde... una fiesta bastante importante. No querrás que vaya como un pillo, ¿no es así?

—Quizá deberíamos comprarle un smoking —dije con una vaga sonrisa.

—¡Leopoldo, no te puedo meter en la cabeza que ésta es una ocasión de suma importancia! —exclamó exasperada.

—¿Y yo no te puedo meter en la cabeza que éste es el año 1954?

—No me importa qué año sea. Esta es nuestra oportunidad para conocer a las personas importantes de este pueblo. No la voy a arruinar mandando a Carlitos a la fiesta vestido como un pordiosero.

—¡Lucía, por el amor de Dios! —le rogué—. Nadie nos va a apuntar con el dedo porque Carlitos va a una fiesta con pantalones de lino. ¡Es mil no-

(Sigue a la vuelta)

Para la mujer que desea
una base diáfana,
libre de grasa, liviana...

Cuando usted emplea esta base diáfana,
su tez puede adquirir un aspecto más suave,
más claro, más delicado

Aplíquese una leve capa de Crema Pond's "V" antes de
empolvarse. Verá cómo la crema se desvanece
uniformemente en su cutis. Sólo queda un velo invisible para
proteger su tez y asentar el maquillaje.
¡Nada de huellas aceitosas o brillantes! Los polvos se adhieren
en forma pareja, y sin formar grumos... ¡por más tiempo!



La máscara "1 minuto"

PARA LA OCASION ESPECIAL

Antes de salir, aplique abundante Crema Pond's
"V" sobre su cara, excepto en los ojos.
Déjela nadá más que 1 minuto y quítela luego
con una toallita. ¡La piel queda lista para un
maquillaje natural!



Maria
Isabel
Fernández

Juvenil figura de la
sociedad chilena,
se destaca por
la tersura de su cutis.
"Las Cremas
Pond's me ayudan
a mantener
la suavidad de
mi cutis", dice ella.



EXIJA EL POTE GIGANTE.
ES MAS ECONOMICO.

Mi
Adorable
Mujercita

(Viene de la vuelta)



vecientos cincuenta y cuatro! La gente
ya no se da la vida de antes. Todos
comprenden eso, excepto tú —añadió
amargamente.

La discusión continuó durante largo
rato, y luego, como de costumbre, me
di por vencido. Lucía siempre me aven-
tajaba en estas discusiones: el dinero
que solicitaba no era jamás para ella.
Si ella fuera una mujer que gustara
de las pieles y de las joyas, con toda
razón podría portarme avaro. ¿Pero
qué se hace cuando la mujer sólo piensa
en la familia? Todos sus sueños, sus
esperanzas y sus deseos son para nos-
otros, para todos nosotros juntos...
nunca sólo para ella. ¿Cómo, sin tener
un corazón de piedra, se le puede ne-
gar algo a una mujer así?

Así es que me di por vencido. Pero no
del todo:

—Lucía, yo llevaré al niño al centro
—le comuniqué.

—¿Tú?

—Sí, mi querida esposa. Tú no eres
de las que buscan liquidaciones. Yo, sí.
Será mejor para mí bolsillo.

—Bueno... está bien —accedió, sin
ganas—. Pero, ¿estás seguro de saber
comprarle cosas bonitas?

—Déjalo por mi cuenta —la tranquilicé.

Y me hizo una lista de las cosas que
Carlitos necesitaba.

Encontré al niño y lo subí al automó-
vil, haciéndolo partir con rapidez.

Le eché una mirada fúgax a la lista
de mi mujer. "Un chaleco de lana, un
par de pantalones de franela gris. Una
camisa blanca con cuello duro, una
corbata escocesa, un abrigo azul marino
con botones dorados y un sombrero
marinero", leí en voz alta.

—¿No me vas a comprar un traje de
cowboy?

—No.

—¡Cáspita!

—Lo siento, muchacho.

—¿Para qué quiere mi mamá que yo
tenga todas esas leseras?

—Porque te quiere mucho.

El muchachito se quedó pensativo.

Había tres tiendas en el pueblo que
vendían ropas de niños. Llevé a Carli-
tos a la primera y pedí una lista de
precios por los artículos citados en la
lista de Lucía. Me sentí desvanecer
cuando el dependiente me dió los pre-
cios. Llevé al niño a la segunda, pero
no había diferencia alguna. La tercera
era igualmente cara.

Estaba de pie en la vereda, mientras
negros pensamientos recorría mi mente.
cuando vi algo que me interesó sobre-
manera. Vi una tienda que hasta hoy
había estado vacía. Sin embargo, ahora
estaba muy bien arreglada y en la ven-
tana había un letrero que decía:

B A Z A R

Ropa usada de niños, en magníficas
condiciones y a precios increíbles.
¡Visitenos!

Bajo circunstancias corrientes, no se
me habría ocurrido vestir a Carlitos
con ropa de segunda mano. Pero mil
novecientos cincuenta y cuatro no eran

(Continúa en la pág. 7)

HASTA las personas menos nerviosas tienen a veces reacciones inesperadas frente a los seres y los objetos más inofensivos. Se cita el caso de un general de reconocida valentía, que casi se desmayó por haber encontrado una araña en su cama.

Del mismo orden es el miedo a los ratones, animales absolutamente incapaces de hacernos daño, y a las culebras, que, aunque recuerdan a las serpientes, están desprovistas de veneno. Cuando estos miedos son tan obsesivos, que la vista del objeto detestado nos provoca una reacción histérica, o que hasta en su ausencia nos parece verlo por todas partes..., entonces el simple miedo se ha transformado en "fobia".

Puede haber fobia de muchas cosas. Una de las más corrientes es el miedo a las enfermedades y a los microbios. Conocemos personas que se lavan las manos diez veces al día, absorben diez remedios diarios, no salen en períodos de gripes más que con un pañuelo en la boca... y que, invariablemente, atrapan la infección más rápidamente que los otros...

Las fobias más frecuentes son: el miedo al fuego, a la oscuridad, a los sitios encerrados o, por el contrario, a los abiertos. Pero pueden existir una infinidad de otras fobias más o menos originales y sorprendentes. Se cita, por ejemplo, una dama que prefiere morir antes de tocar un paraguas. Y un señor que de mirar un grifo le da un síncope. Cada uno puede tener sus propias fobias, que le son particulares.

FOBIA EXAGERACION

Hacemos notar que la mayor parte de las fobias son simplemente la exageración de un miedo absolutamente normal en sí.

Es perfectamente razonable y legítimo que le temas al fuego y es lógico que tomes todas las precauciones necesarias para defenderte de él. Pero, si habiendo tomado todas las medidas, te levantas diez veces en la noche para asegurarte de que el gas está bien cerrado y que no queda nada en la



¿TIENES ALGUNA FOBIA?

chimenea... no dudes, ¡tienes una fobia!

Si evitas el atravesar una plaza de Santiago en diagonal y sigues sabiamente las indicaciones del tránsito, el carabinero tal vez te felicitará. Pero si, en la plaza de un pueblo, sigues junto a la pared de sus cuatro calles a fin de no hacerlo por el medio, es probable que la fobia al vacío sea su causa.

Igualmente: si duermes con la ventana abierta, si te gusta ventilar tu departamento, en esto no hay más que un sentido de la higiene. Pero si, en pleno invierno, abres las ventanas de la oficina que compartes con otros compañeros bajo el pretexto de que "tienes una sensación de ahogo cuando todo está cerrado", tus vecinos con razón te reprocharán tu fobia...

¿Temas al dolor y te niegas a sufrirlo inútilmente? Nada más sensato. Pero si este miedo al dolor te impide ir donde el dentista cuando tienes los

dientes cariados, dejas de ser razonable y caes en el campo de las fobias. Ciertas fobias son provocadas por la supervivencia injustificada de un miedo que sucedió en el pasado. Así, el miedo a lo negro, fué muy explicable en nuestros antepasados de la edad de piedra, porque la oscuridad estaba poblada de enemigos, pero es muy poco lógico en nuestras ciudades civilizadas.

COMO NACEN LAS FOBIAS:

¿Cómo nacen en una persona las fobias? La mayor parte de las veces es posible encontrar su origen. Así, el dictador Mussolini, que antes de ser dictador, pasó muchos años en la cárcel, sufría de "Claustrofobia" (miedo a las piezas cerradas), que remontaba a su período de cautiverio. Otras personas tienen la fobia del fuego después de haber asistido a un incendio espectacular, etc.

Los psicoanalistas encuentran a menudo en la primera infancia el origen de la fobia. El objeto al que se tiene horror se encuentra asociado con un suceso trágico o desagradable acaecido en la infancia: después se olvida el suceso y la asociación de ideas, pero el terror queda. Así, una mujer atacada de agorafobia (horror a los espacios descubiertos), es probable que de niña haya sufrido con su familia un accidente automovilístico atravesando un puente. Ella ha olvidado las condiciones del accidente, pero le ha quedado el miedo a los espacios abiertos.

Por último, hay niños que manifiestan fobias que no se explican y que parecen haber llegado al mundo con ellas. Ciertos psicoanalistas suponen que éstas se deben a accidentes en la vida intrauterina: es evidente que esta explicación es algo sorprendente. En to-

(Sigue a la vuelta)



VIVATONE
*limpia
 refresca*



CREMA INVISIBLE
*excelente
 base de polvos*

Dagelle
 M. R.
 Cremas y Lociones
 West Coast
 DUBLIN

do caso, parece imposible probarlo o negarlo. Un hecho curioso: muchas fobias parecen ser hereditarias. Una mujer que tiene miedo a las arañas, por ejemplo, dirá que su madre y su abuela también las tenían. Pero hay que tener en cuenta que el ejemplo influye en los niños. La madre no tuvo cuidado de ocultar su miedo a su hija, y ésta instintivamente lo ha compartido.

LA OBSESION DEL MIEDO:

Desde el punto de vista médico, las fobias forman parte de la gran familia que se agrupa bajo el nombre general de obsesiones. Las fobias son "miedos obsesionantes": el objeto en el cual no se quiere pensar se impone, y todo lo que lo puede evocar, aún de lejos, hace surgir su imagen. Existen obsesiones de otros tipos: una de las más comunes es la obsesión-impulsión que lleva a una persona a decir palabras y a hacer ciertos gestos absolutamente contrarios con su carácter o con su educación. El caso más célebre es el de un pobre predicador que, durante su sermón, se sentía irresistiblemente impulsado a decir palabras soeces. Temiendo sucumbir a esta obsesión, consultó a un psiquiatra, quien terminó por curarlo. A veces la obsesión es más peligrosa. Hay quienes no pueden ver un cuchillo sin sentir deseos de matar. Las fobias son, pues, formas de obsesión. La persona que tiene la fobia de los ratones no se limita a desmayarse cuando ve uno; se imagina que están en todas partes. Igualmente, quien siente claustrofobia se ve prisionero en sus pesadillas.

ES PRECISO REACCIONAR:

Las fobias no siempre son peligrosas: sin embargo, es preciso esforzarse por luchar contra ellas por diferentes razones. En primer lugar, son desagradables: falsean el razonamiento, impiden ver lo justo y no dejan obrar razonablemente. Una fobia, además, es algo ridículo. Antes de llegar a esto es preferible tratar de dominarlas.

Tienes alguna fobia?



SE PUEDEN CURAR LAS FOBIAS

No se puede curar una fobia violentando la personalidad. Si crees que un bien a la persona que les tiene miedo a los ratones echándole uno de estos animalitos en la cama, bajo pretexto de producirle un "shock", es muy equivocada. Sólo te expondrás a producirle un shock, pero un shock peligroso, y con él aumentarás su fobia. Sólo la persona que sufre de fobia puede, si tiene suficiente fuerza de voluntad, curarse por acostumbramiento. ¿Teme a los espacios descubiertos?, pues que poco a poco se aventure a pasar por la plaza que la intranquila. Cada día recordará que ya llegó hasta ahí y que hoy debe avanzar un poco más. Debe recordarse si una cosa: la curación es larga y depende sólo de ella. Su voluntad y su perseverancia son los únicos factores de éxito.

¿RECONOCES LA TUYA?

- ¿Reconoces de entre todos éstos a uno de tus terrores?
- Claustrofobia: miedo a los sitios cerrados.
- Agorafobia: miedo a los sitios descubiertos.
- Nictafobia: miedo a las tinieblas.
- Miofobia: miedo a los ratones.
- Aerofobia: miedo a las alturas.
- Pirofobia: miedo al fuego.
- Tafefobia: miedo a ser enterrado vivo.
- Algofofia: miedo al dolor.
- Patofobia: miedo a las enfermedades.
- Misofobia: miedo al polvo.
- Triscaidecafobia: miedo al número 13.



—Perdoname el atraso...; me imaginé lo sola que te habrás sentido.



Mi Adorable Mujercita

(Continuación de la pag. 4)

circunstancias corrientes. Llevé al niño de la mano.

La tienda no tenía nada de lujosa y había ropas en grandes montones. Detrás del mostrador había damas de cierto comité caritativo para atender al público. Una de ellas se me acercó. Era alta, hermosa y magníficamente bien vestida. Parecía tener unos cuarenta años.

—¿Le puedo servir en algo, señor? — se ofreció, con voz agradable.

—Las ropas que venden... ¿están en buenas condiciones? ¿De dónde provienen?

Ella sonrió.

—Sí; están perfectamente buenas. Son donadas por miembros del Comité, cosas que les han quedado chicas a sus propios hijos. Nadie donó nada que no estuviera en perfectas condiciones. Eso era bastante tranquilizador. Le lei la lista hecha por mi señora.

—¿Cree usted poder encontrar éstas cosas para mi hijo?

Examinó al niño de alto a bajo.

—Estoy positivamente segura de ello — me informo—. Tenga la bondad de esperarme un minuto.

Se dirigió a un montón de ropa y comenzó a hurgar. A los pocos segundos volvió al lugar donde yo me encontraba.

—Aquí tiene una chaqueta, un par de pantalones, corbata, abrigo, sombrero... Examiné las vestimentas.

—Al menos se ven bien — dije como pensando en voz alta.

—Yo puedo responderle personalmente por estos artículos — dijo, sonriendo—. Pertenecían a mi hijo.

—¡Magnífico! — exclamé, devolviéndole la sonrisa. Y, en realidad, lo era, porque aparentemente esta mujer compraba de lo mejor—. ¿Cuánto le debo? Sumó rápidamente.

—Dos mil cien pesos.

Senti que mi sonrisa se agrandaba. Esa cantidad era la tercera parte de lo que me habrían costado en las otras tiendas. Había hecho un trabajo magnífico. La ropa estaba perfecta y el precio estaba mejor aún. Tarareando alegremente, hice un cheque y se lo pasé.

—¡Oh, usted es el señor Gatica! — exclamó, mirando la firma del cheque—. Acaban de llegar al pueblo, ¿no es así?

—Sí, claro, señora.

—Yo soy Alicia Medina.

Bien, bien, pensé. Así es que ésta es la dama de sociedad por la cual Lucía estaba haciendo tantos elaborados planes para conocerla. Cómo le agradaría

saber que yo ya había conocido a la gran dama.

—¿Cómo está, señora?

—¿Están bien instalados ya?

Qué mujer más agradablemente servicial, pensé.

—Sí; muchas gracias.

—Me alegro. Creo que les gustará el pueblecito. La gente es toda muy simpática.

—Así me estoy dando cuenta — le repliqué de todo corazón.

—Bueno, debo volver a mi clientela. He tenido mucho gusto en conocerlo, señor Gatica.

—El placer ha sido mío — le aseguré, cogiendo mis ropas de segunda mano y mi hijo de primera para dirigirme a casa.

—¡Mira! — exclamé con orgullo, esparciendo la ropa frente a Lucía—. Compré todo por dos mil cien pesos.

Di un paso atrás en espera de sus felicitaciones, pero no llegaron.

Lucía se apartó de la ropa como si yo le hubiera traído un nido de serpientes.

—¡Son de segunda mano! — murmuró horrorizada.

—¿Y qué importa? Están en perfectas condiciones. Las compré en un bazar de una institución de no sé qué y no venden nada que no esté perfecto. Y piensa en ello, Lucía. ¡Por sólo dos mil cien pesos!

De nuevo esperé que hiciera algún comentario apropiado respecto a mi astucia, pero ella continuó mirando la ropa como si fuera algo obscuro.

—De segunda mano — repitió por fin—. Jamás pensé que llegaría el día en que tendría que vestir a mi hijo con ropa usada.

—Bueno, el día ha llegado — repliqué con algo más que irritación—. Estamos en mil novecientos cincuenta y cuatro. Todo el mundo está ahora haciendo cosas que jamás soñaron hacer. Y eso

añadi aguijoneándole el tórax con mi índice — te incluye a ti.

Se mordió los labios. Repentinamente las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—¡Mi niño! — lloró—. ¡Mi niño vestido con ropa de segunda mano!

La cogí de los hombros.

—¡Por el amor al cielo, Lucía! ¿No tratarás de comprenderme? ¿Qué quieres que haga para hacerte entender que estamos en mil novecientos cincuenta y cuatro?

Pero hizo caso omiso de mi pregunta.

—De segunda mano — repetía una y otra vez—. Segunda mano, segunda mano.

Segunda mano...

—¡Escúchame! — le ordené manteniendo mi voz calmada con gran dificultad—. Esta ropa no tiene nada de malo. Resulta que pertenecía al hijo de tu señora Alicia. ¿No es eso la recomendación suficiente?

—¿Cómo lo sabes? — balbuceó mi mujer, palideciendo.

(Continúa en la pag. 10)



¿dijo "piernas bellas"

o "piernas con vellos?"

¿Eran sus palabras un cumplido, o una observación mordaz?

Si usted tiene alguna duda, será mejor que no siga exhibiendo un cutis cubierto de vellos.

Los procedimientos de Kara Vislovna dan aspecto pulcro a la piel. Sus técnicas pueden extraer esos vellos rápidamente, en las piernas, brazos, rostro o espalda.

Informes detallados están a su disposición sin gasto ni compromiso, visitando el Instituto.

Kara Vislovna

Phillips N.º 16, piso 3.º, Santiago.

En Valparaíso: Condell 1443, 4.º piso.

Las señoras y señoritas radicadas en provincias pueden pedir informes por carta.

FICHA DE BELLEZA

Si usted reside en provincias, puede también cultivar su hermosura. Escribanos solicitando su "Ficha de Belleza". Es un estudio del cutis con las instrucciones para que usted pueda embellecer el rostro en su casa. Para obtener su "Ficha de Belleza" envíe cien pesos en estampillas de correo e indique en su carta la edad de usted, el color de la tez, ojos y cabellos y describa su cutis y los defectos que desea corregir.

Dirija su carta a Kara Vislovna, departamento C, Casilla 9321. Santiago.



Sir Arthur Conan Doyle, el famoso escritor de novelas policiales, hizo una vez un viaje a París. El chófer que lo llevó hasta su hotel recibió la propina y se inclinó, diciendo:

—Gracias, señor Conan Doyle.

—¿Cómo sabe mi nombre? — le preguntó Sir Arthur, intrigado.

—Bueno, vi en los diarios que usted llegaba a París, que venía por tren, y el corte de su ropa comprueba que es usted inglés. La mancha de tinta de su dedo me dice que es escritor, y sus ojos están

siempre alertos y miran con curiosidad. Así... junté todas estas observaciones y comprendí quién era.

—¡Admirable, admirable! — dijo el novelista—. ¿Y lo dedujo por algo más?

—Bueno, también existía el hecho de que su nombre va escrito en su equipaje — admitió finalmente el chófer.



LA LUNA ERA MI TIERRA

ENRIQUE ARAYA

El éxito sin precedentes de esta obra de Enrique Araya obliga a Zig-Zag a presentar su quinta edición, que seguramente encontrará en el público una acogida tan entusiasta como las cuatro anteriores.



OJOS ACUSADORES

HENRY BORDEAUX

A los amantes del género policial, Zig-Zag presenta esta obra del célebre autor francés Henry Bordeaux, que nos brinda un nuevo aspecto de su carrera literaria, en el cual también hace gala de su magistral técnica de escritor.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

TODOS los viernes nos juntábamos para almorzar en el club. Me sentaba a la mesa que ocupábamos siempre y comenzaba a esperar. A veces llegaba hasta con media hora de atraso.

Por último lo veía acercarse sonriendo; con ese gesto infantil, con sus ojos de mirada ingenua y con ese encanto que me había sabido conquistar. Una vez instalado a mi lado, pedía los tragos.

Hacia tres años que Miguel me había traído al club.

—Juana y yo no podemos seguir viviendo juntos —comenzó—. No nos avenimos. Nuestro matrimonio fué un error desde el comienzo, y hasta ella se da cuenta ahora de nuestra equivocación.

Lo que me decía era verdad. Al ver la expresión de sus ojos comprendí que el rompimiento con su mujer estaba cercano.

—Se necesita tiempo para estas cosas —prosiguió—, asunto no será cosa de un día.

Esto era lógico. Tenían una hijita y, además, Miguel quería ser justo en cuanto a la renta que le asignaría a su mujer, aunque no estaba dispuesto a que lo extorsionaran. Si, tal vez, tenía un poco de tiempo.

De pronto me acordé de Federico. Este no se atrasaba nunca. Sin embargo, Federico no me podría traer a un club de la categoría de este. Tampoco jamás sería el presidente de una firma importante, como lo era Miguel. Federico sería siempre el artista que tiene que luchar para conseguir unos centavos y, aun así, no gana lo suficiente.

Tomé un trago de agua y pensé en mi cumpleaños, que había sido la semana pasada. Recordé que tenía treinta años que era soltera, interesante, gracias a mi tipo triguero. Era de esas mujeres que los hombres se dan vuelta para mirar dos veces. "Tienes 'un no sé qué' que eclipsa a las mujeres más bellas", me había comentado un día Miguel. De súbito me sentí más vieja que Matusalén. Tenía todo y no tenía nada.

A Miguel se le notaba cabizbajo. No sé por qué me alegraba por eso.

—Tomémonos el trago y luego hablaremos —me dijo. Sentí un nudo en la garganta. Después de haber estado meses esperando escuchar esta noticia, me sorprendí de no sentir deseos de llorar de alegría o de reír de contentamiento. Lo único que logré comentar fué:

—No sé qué decirte...

Miguel puso su mano sobre la mía, su mano con la argolla de matrimonio.

—Creía que esto no sucedería nunca, y ahora que es una realidad, no lo puedo creer.

Miguel sonrió y volvió a ser el mismo.

—Y, sin embargo, es verdad —murmuró impaciente—. Tienes que creerlo, puesto que tenemos millones de cosas de qué preocuparnos...

Se necesita

Mientras el mozo volvía a llenarnos los vasos, escuché a Miguel haciendo los planes para nuestra luna de miel. Iríamos a Francia, y a la vuelta nos compraríamos una casita. El ya la tenía vista. Me compraría la ropa en las tiendas más elegantes, o sea, donde Juana se compraba la suya. Quería que tuviera la próxima semana un vestido muy lujoso, pues conocería a lo más conspicuo de su clientela.

Le escuché todo lo que me decía, maravillándome de lo dinámico que era y de la seguridad que tenía en sí mismo. Mientras lo oía, mi mente parecía ser arrastrada por una corriente poderosa. "Es lo que tanto he esperado", me repetía interiormente.

Miguel miró su reloj y me dijo que tenía que volver a la oficina. Mientras tomaba mi cartera y mis guantes le expliqué que iría inmediatamente a comprarme el vestido y que mañana iría a elegir los muebles. Sin embargo, primero debía contárselo a Federico. Miguel me miró asombrado.

—¿Por qué a Federico? —me preguntó.

—Porque fué él quien me acompañó mientras tú no me

llamabas ni me ibas a ver. Si no hubiera sido por él, te habría hecho escenas y habría corrido en tu busca. Lo aprecio y le estoy agradecida.

Miguel comprendió. Siempre comprendía: era una de las cosas que más gustaban en mi amor.

Esa tarde salí temprano de la oficina y me fui a comprar el vestido. Miguel me había advertido que no me fijara en el precio. Primero llamé por teléfono a Federico y como no estaba, le dejé dicho que por favor viniera a verme.

Encontré el vestido que buscaba en una tienda lujosísima. Era de faya negra, adornado con encaje francés. El precio era fabuloso, pero cuando me miré en el espejo y vi lo bien que me sentaba, le pedí a la vendedora que me lo envolviera. De pronto, descubrí otro gris que estaba en realización. Era de mi talla. Lo saqué del colgador y le expliqué a la muchacha que me atendía que prefería llevar éste. Aunque no me contestó nada, me miró con ojos sorprendidos.

Mientras me sacaba el vestido negro me sentía terriblemente torpe. ¿Qué me pasaba? Hasta ayer me habría encantado comprar un vestido en una tienda tan elegante y ahora, que lo podía hacer, me decidía por uno barato y de la misma calidad de los que había usado siempre. Me imaginé que esto se debía a que ya no era una niña y por eso prefería continuar con mis viejas costumbres.

De vuelta a mi casa decidí contarle a Miguel el incidente del vestido. Nos reíamos juntos. Luego me asaltó la duda, tal vez a mi novio no le parecería bien.



—A propósito, ¿cuándo nos casamos? —me preguntó Miguel, con voz distraída.
—Cuando quieras. Quizá mañana...
—le respondí.

Tiempo

El teléfono sonaba cuando entré a mi casa: era Miguel. —¿Dónde has estado? —me preguntó—. Hace horas que te estoy llamando.

Le relaté lo del vestido, pero decididamente Miguel no estaba de buen humor. Me preguntó si le había dicho a Federico lo nuestro y yo le respondí que le había telefoneado, pero que no estaba. También le dije que vendría esa tarde a verme.

—Cuéntaselo de una vez por todas, pues yo ya se lo he comunicado a todos mis amigos —me rogó—. Además, no quiero que siga visitándote igual que antes.

Hubiera preferido que su actitud no fuera tan dictatorial. No sé por qué pensé que deberíamos esperar aún un tiempo. No apresurarnos.

—No me apresures —le respondí, y sentí unos terribles deseos de reírme. "No me apresures...", era realmente divertido. Había aprendido a esperar y ahora que era preciso hacer las cosas de prisa no podía olvidar mi costumbre de vivir aguardando.

—Se lo diré ahora mismo a Federico —le prometí.

Cuando llegó mi amigo le pregunté si conocía a Miguel y, sin esperar su respuesta, le conté que se divorciaba. —Si lo conozco. Sé que está hace mucho tiempo tramitando su divorcio.

Yo le quise decir que para eso se necesitaba tiempo, pero algo en su expresión me retuvo de hacerlo.

Mientras encendía su cigarrillo, estudié su terno bien planchado, sus ojos azules y sus modales desenvueltos. Jamás había sorpresas en la forma de actuar de Federico, pero tampoco decepciones.

Pensé en las palabras que debía decir a continuación, pero no las encontré. Federico fumaba calmadamente y sin mirarme. Al observarlo comprendí que ese sillón estaba gastado a causa de las muchas y largas tardes que él lo había ocupado, las infinitas tardes en que Miguel no se había acordado de mí. En muchas de esas ocasiones sentí que era preferible estar de novia con mi amigo, me gustaban su comprensión y su optimismo para reírse de sus preocupaciones y de las mías. Rememoré que con Miguel siempre había tratado de ser perfecta, en cambio con Federico actuaba tal como era. Miguel me podía subir al cielo, pero cuando me dejaba caer, era Federico quien me tendía los brazos para recogerme. Miguel era el hombre de mundo, el triunfador: Federico era el que yo necesitaba, igual que él necesitaba de mí; era el que sabía aquilatar lo que yo valía.

Pensé largamente en todo esto.

"Siempre me aprisionarán estos pensamientos", me dije. "No, soy libre", sentí que me respondía una voz interior. Decidí que era mejor no decirle esa tarde a Federico que me casaría con Miguel. Esto me tomaría tiempo, más tiempo del que suponía Miguel, más tiempo del que podía disponer ahora y nunca.



COLORES ATRACTIVOS

d & r



con
ACEITE BRONCEADOR
Dagelle

M. R.

Publ. Co. Inc.

Mi Adorable Mujercita

(Continuación de
la pág. 7)



—Porque la misma señora Alicia me atendió en el bazar y me lo dijo. Mi esposa se había inclinado sobre la mesa emitiendo sollozos desgarradores.

—¡Lucía! ¿Qué te pasa?

—¡Arruinados! —sollozó—. ¡Completamente arruinados!

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Debemos marcharnos de este pueblo... de inmediato!

—¿Te importaría mucho decirme a qué se debe este escándalo?

—Te diré —declaró, mirándome con los ojos bañados de lágrimas—. Gracias a ti, estamos liquidados. No te fué suficiente comprar ropa de segunda mano; tenía que ser la de la señora Medina.

—¡Tonterías! La señora fué sumamente amable. No veo por qué crees que nos va a mirar en menos por el hecho de haber comprado ropa usada a Carlitos.

—¡Oh, no! Nos va a adorar por ello! Lo mismo hará el resto del pueblo cuando ella les cuente. Quizá se junten todos y hagan un beneficio para nosotros.

—¡Lucía, estás muy equivocada! En primer lugar, no es descrédito comprar ropa usada en estos tiempos. Recuerda, estamos en...

—¡Si vuelves a mencionar el mil novecientos cincuenta y cuatro te degüello! —exclamó, cogiendo el cuchillo del pan.

—En segundo lugar —continué, escondiéndome detrás del aparador—, estás errada respecto a esa dama. No nos mirará en menos y no lo divulgará. Es una persona agradable y encantadora. Pero mi mujer no me estaba escuchando.

—¡Arruinados! —repetía mientras se paseaba por el living como una leona enjaulada—. ¡No tendremos amigos! No habrá fiesta para Carlitos.

—¡Espera un minuto! ¿Estás insinuando que el niño no asistirá a la fiesta de esta tarde? —inquirí con algo de indignación.

—¡Por supuesto que no irá!

—¡Esto es demasiado! Carlitos irá a la fiesta. Yo lo llevaré.

Me di media vuelta y salí de la habitación.

Pasé el resto de la mañana evadiendo a Lucía. No deseaba encontrarme con su mirada funesta. Además, no estaba muy seguro de poder retener mis impulsos de estrangularla.

A las cuatro de la tarde, llevé a Carlitos a la fiesta. Luego volví a casa y seguí evitando el encontrarme con ella, hasta la hora de ir a buscar al niño.

—¿Ves? —le dije a mi mujer cuando volví—. Nadie lo apedreó.

No me contestó, sino que tomó al niño en sus brazos, besándolo con lágrimas en los ojos ante la sorprendida cara del muchachito.

—¡Mi niño! ¡Mi pobre niño! —balbuceó.

—¡Tonterías! —exclamé yo y pasé otra hora huyendo de ella. Pero me fué imposible continuar. Repentinamente me invadió un ardiente deseo de tomarla en mis brazos. Puedo sentirme homicida hacia mi mujer, pero jamás indiferente.

—¡Lucía! —exclamé, acercándola a mí—. Seamos amigos, ¿quieres? ¡Por favor, Lucía, por favor!... Ella recibió mis súplicas con extraordinaria frialdad.

Sin darme por vencido, continué.

—Te quiero, mi amor. No me gusta pelear contigo. ¿Qué te parece una reconciliación grande y gorda? Hagamos una cosa, salgamos a celebrar esta noche. ¿Qué tal te parecería ir a esa posada nueva a la que va todo el mundo? Vamos a comer allá y luego podemos bailar hasta el amanecer.

—No nos podemos dar ese lujo. Estamos en mil novecientos cincuenta y cuatro, ¿recuerdas? —dijo sarcásticamente.

—Sí; pero ésta es una ocasión especial. Me costó bastante convencerla, pero finalmente logré sacarla de la casa. Fuimos a la posada, pero Lucía no estaba cordial desde ningún punto de vista. Al menos nos hablabamos, y yo estaba agradecido de ello.

La posada era una típica taberna de piedra, con una hermosa chimenea,



—Muéstrale a tu papito el sitio exacto donde lo encontraste...

y con vigas rusticas. Cuando llegamos estaba casi copada. Era obvio que todo el pueblo se dejaba caer allí el sábado por la noche.

Nos llevaron a una mesa y de inmediato nos pasaron el menú.

—Alguien te está haciendo señas —me dijo de pronto, Lucía.

Miré en la dirección indicada y vi a Alicia sentada con un grupo cerca de nosotros. Le contesté con una caballerosa venia.

—¿Quién es? —inquirió mi esposa.

—La señora Alicia. Vamos, vamos, Lucía...

Mi mujer, pálida como la muerte, estaba en ese instante cogiendo su cartera y sus guantes.

—Nos vamos de aquí inmediatamente —comunicó.

—Ya te dije, Lucía. Es una mujer encantadora y amable. ¡Mira! —le dije, con una sonrisa triunfante—. Viene en dirección nuestra a saludarnos.

Lucía se dio vuelta, emitiendo un quejido frenético, se levantó de la mesa y salió disparada del comedor. La señora Alicia, a pocos pasos de distancia de nuestra mesa, observó muy impresionada la huida de Lucía.

Yo me levanté, poniéndome rojo a causa del mal comportamiento de mi mujer. ¿Qué le diría a esta señora?

—Buenas noches —fué lo único que discurrí.

—¿Cómo le va? —me dijo, extendiéndome la mano mientras me dirigía una mirada inquisitiva—. ¿No es su esposa la que arrancó para afuera?

—Este... sí. Me imaginé que era ella.
—¡Qué extraordinario! —dijo la mujer.
Sentí como el color rojo de mi cara se tornaba de pronto en un morado intenso.
—Tenía que hacer una llamada telefónica urgente —dijo disculpándola—. El niño está enfermo. Paperas.
—Oh, no sabe cuánto lo siento. Tenía tan buen aspecto en la tarde.
—Bueno, usted sabe cómo es la escarlata. Ataca de repente.
—Creí que había dicho paperas.
—Esas también. Tiene ambas —le dije mientras el color de mi rostro se acentuaba aún más.
—Ya veo —añadió la señora, después de unos minutos de silencio—. Dígale a su señora que sentí mucho no haberla conocido. Trataré de volver dentro de un rato.
—¡Magnífico! —exclamé y me desplomé en la silla para esperar el regreso de mi desahogada esposa.
Pasaron quince minutos antes de que hiciera su aparición.
—¡Tu actuación fué magnífica! —le dije, indignado.
—¡Cállate, hombre de ropas usadas! Llévame a casa.
—No, no nos iremos a casa. Nos quedaremos aquí —dijo con voz dura.
—¡Por ningún motivo! En ningún caso me quedaré en esta mesa... Si insistes en quedarte, nos cambiaremos de lugar, donde nadie nos pueda ver. ¡Ven! —me ordenó.
Se levantó y se dirigió a un rincón, sentándose a una mesa totalmente oculta por un poste. Sin más remedio, y bastante enojado, la seguí. Se produjo un silencio hostil. Luego de infructuosa búsqueda, el mozo logró ubicarnos y nos trajo la comida. Comimos también en silencio. Más tarde, el mozo nos retiró los platos. Yo crucé los brazos y Lucía cruzó los de ella. Los minutos se seguían con inacostumbrada calma. Yo di primero mi brazo a torcer.
—Lucía, mi amor, estás muy equivocada. La señora Alicia desea ser amigable con nosotros. ¿Por qué crees que vino a nuestra mesa?
—Quizá tenga algunas sábanas y toa-

llas viejas de las que desea deshacerse. Enojados y sin hablarnos, nos sentamos allí mientras las horas pasaban. Por el espacio que había entre el poste y un perchero lleno de abrigos, podíamos divisar a las personas bailando y riendo, pero nadie nos veía en nuestro retiro. Llegaron las doce de la noche, luego la una y las dos de la madrugada. Y luego llegó la gran dama.
—¡Por fin los encuentro! —exclamó sonriente.
Yo me puse de pie bastante confundido. Lucía se hundió en su silla, terriblemente incómoda.
—Me alegro tanto de haberlos encontrado antes de irme —dijo.
Estaba lista para marcharse: de guantes, cartera y sus hombros estaban cubiertos por una estola de visón.
—Señora Medina —tartamudeé—. Le presento a mi mujer.
—¿Cómo está usted? —dijo, extendiéndole amigablemente la mano a Lucía. Mi mujer estiró una mano temblorosa, estrechó la de la dama y balbuceó algo inaudible.
—¿Por qué no se sienta con nosotros? —le ofrecí una silla.
—Gracias, lo haré por unos minutitos. Vine sólo para ofrecerle mi ayuda, señora Lucía. Sé las dificultades que se presentan al cambiarse de localidad. Dígame, ¿encontró una buena carnicería?
—Voy a la del lado de la panadería —dijo mi esposa.
—Es demasiado cara —comunicó—. Yo voy a la que está en la esquina de la plaza. Es tan buena como la otra y los precios son mucho más razonables. Veamos, ¿tiene lavandera? Creo que la mía tiene un día libre. ¿Quiere que le hable de usted?
—Se lo agradecería enormemente —contestó mi señora.
—No hay por qué. Ahora bien, hay una tintorería magnífica al lado de la iglesia. Es la mejor del pueblo. Para limpiado en seco también se la recomiendo. Dejan todo maravillosamente bien, incluso las pieles.
Sonrió acariciando su estola de visón.
—Dudo que puedan limpiar ésta. Este

(Continúa en la pág. 34)



Un negocio, un triunfo profesional, un "sí" decisivo en la marcha de su vida dependen, antes que nada, de una simple sonrisa. Y ella, a su vez, depende de cómo sonría y cómo se ven sus dientes. Con una hermosa dentadura, el éxito está asegurado. Y, para ello, déles a sus dientes el brillo y la lozanía que FORHAN'S, con la ayuda del cepillo, es capaz de conseguir. El dentífrico Forhan's, para cuidar los dientes y las encías.



La Edad de la Luz

Creo en el individualismo, creo en que todo individuo tiene derecho a los sacramentos del sol, del aire y del agua. Que tiene derecho a amar la belleza. El derecho de vivir y el derecho de morir.

Yo diría que las leyes actuales, tanto morales como jurídicas, relacionadas con el suicidio y la eutanasia son ya arcaicas y que necesitan una revisión. El individuo tiene tanto derecho a morir —siempre que no perjudique a otro individuo— como el que tiene a nacer, a casarse o a salir de vacaciones.

En un mundo iluminado del futuro habrá cámaras letales públicas y éstas serán voluntarias y obligatorias, tal como ahora hay baños públicos y bibliotecas. El individuo tendrá la libertad de morir, y, aún más, se le enseñará que uno de sus deberes es morir.

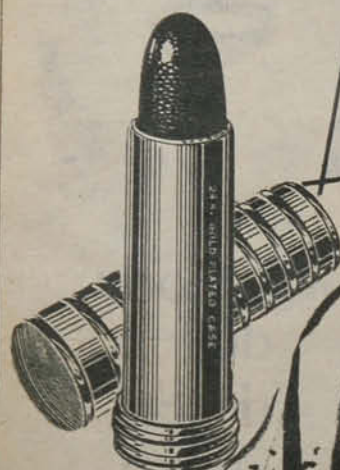
Entonces se le restituirá a la Muerte su perdida belleza.

HAVELOCK ELLIS.

Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO
24 K.



Cada estuche
con su bolsita
de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

EN las vacaciones, en aquella pequeña playa en la que no había vuelto a poner mis pies hacía mucho tiempo, vine a sentarme en un banco colocado estratégicamente frente al mar. Caía la tarde. "Aquí tué donde rompí mi noviazgo con Bernardo", pensé tristemente. ¡Hacia ya de esto veinte años! ¡Dios mío, qué joven era yo entonces! Tenía justamente diecinueve años y hacía un año que lo amaba, con ese amor apasionado de la juventud. Un amor pleno, absoluto. ¡Habían pasado veinte años! Y ahora, sentada en aquel banco, me preguntaba: "¿Cómo era posible que hubiéramos roto nuestro compromiso amándonos como nos amábamos? Cerré los ojos y traté de revivir en mi mente ese día fatal.

Había salido a encontrar a Bernardo y, en el camino, me acordé que esa tarde no nos íbamos a ver. Gentilmente se había excusado por no poder estar conmigo hasta las cinco, pues tenía algunas diligencias que hacer. De pronto experimenté que los celos se apoderaban de mí. ¿Y si me hubiera mentido?... Resolví entonces llegar hasta su hotel. ¿A qué me expondría? Sin duda a no encontrarlo... Mientras subía las escaleras, me dije: "Tal vez le dé una agradable sorpresa"

El azar de unas vacaciones... veinte años después: la misma playa de entonces. Pero el corazón tiene veinte años más y siente la nostalgia del tiempo perdido.

Su puerta estaba entreabierta.

—¿Estás ahí, Bernardo?

No tuve respuesta. Entré. Vi que había una cajetilla junto a su libro aún abierto. Un cigarrillo se consumía en el cenicero. Sin duda, iba a volver. Pero, ¿por qué me había dicho que tenía algo tan importante que hacer? ¿Y si yo a mi vez le hacía una jugada escondiéndome en su pieza? Había visto una comedia en donde una mujer se ocultaba en la pieza de su novio para satisfacer su curiosidad de verlo cuando él se creía solo. "Lo veré tal como es", me dije. ¿No tiene derecho una muchacha que está próxima a casarse a tomar sus precauciones? Así no me resultará un desconocido.

De pronto escuché voces en el corredor. Era él. Estaba por echarme en sus brazos, olvidando mi plan, cuando una segunda voz hirió mis oídos. Venía con una mujer. Corrí y me oculté detrás de una cortina.

—Entra, —dijo Bernardo.

—¿Te molesta que haya venido? —preguntó la voz de mujer.

—Me incomodaría si Loreto pensara visitarme, pero no lo hará.

—Necesitaba hablar contigo por última vez —replicó ella. Reconocí la mujer que estaba con Bernardo: era Rosalía, la viuda de un banquero. Una mujer muy hermosa. A pesar de ser diez años mayor que Bernardo la edad no había hecho estragos en su fisonomía. Tenía ese aspecto maduro, que indica la experiencia en el amor y que gusta tanto a los hombres. El óvalo de su cara era perfecto. Sus cabellos negros hacían resaltar su tez pálida, sus ojos almendrados brillaban en su piel marmórea. Con mis pocos años y, a pesar del fuego que embellece a la juventud, ¿cómo me podía comparar con esa belleza serena y pura?

Ella cogió mi fotografía que estaba colocada sobre el escritorio de Bernardo.

—Es linda —comentó.

Mi novio esbozó una sonrisa queriendo decir sí, la sonrisa un poco fatua del hombre que se siente amado y que consiente en serlo.

—Es bonita, fina y distinguida —continuó la mujer—. Con todo, mi amor (y lo llamaba mi amor), bien podías haber esperado un poco para casarte. ¿No era agradable tu vida a mi lado? ¿No te hacía yo feliz?

—Al fin y al cabo hay que casarse... —anunció Bernardo siempre sonriendo.

—Yo opino lo mismo, ¿pero no es mejor hacerlo lo más

tarde posible? Sí, sí... —repitió al ver que una sombra de enojo oscurecía el semblante de mi novio—. Sí, me doy cuenta de que te fijas en mi edad. En los diez años que tengo más que tú. Ustedes, los jóvenes, se imaginan que una mujer de treinta y cinco años es ya una vieja. "Pronto tendrá cuarenta... y luego"... ¿No sabes qué una mujer ya no tan joven tiene sus ventajas? Te hubiera dejado tranquilo y en libertad de hacer lo que quisieras. Ya sé que me hubieras engañado, pero habrías vuelto a mí arrepentido esa misma tarde. No te perdería y, en unos años más, no te hubiera pedido mucho...

—La decisión está hecha —le interrumpió bruscamente Bernardo.

—Sí, —repitió ella con voz temblorosa—. No puedo volver a conquistarte.

Se quedaron en silencio. Parecía que ambos recordaban los momentos felices que pasaron juntos. De cuando en cuando, Bernardo miraba el reloj.

—¿A qué hora te verás con ella?

—A las cinco.

—Son las cuatro y media. Tienes aún tiempo.

Siguieron hablando del matrimonio, de su edad, de mí, de la ceremonia, de mi familia. La voz de Bernardo era desesperantemente fría.

ta y lanzó un grito. Titubeé. Sin duda, lo más sencillo habría sido decirle con ironía:

—Una de las dos está de más, señora.

Ella se habría visto obligada a irse sin decir una palabra. Y nosotros habríamos tenido después una escena, tal vez desagradable y triste. Y luego, ¿qué? Terminaría por comprender que un hombre que tiene durante cinco años una amiga, tiene derecho a despedirse de ella antes de casarse. Después de todo, no era aún su mujer. Entonces vi dibujarse una sonrisa de triunfo en los labios de esa mujer. Sin duda, ella pensaba que me iba a poner furiosa y por eso me limité a decirle a mi novio:

—Adiós, todo ha terminado entre nosotros.

Mi prometido avanzó hacia mí.

—Loreto.

—¡No!

Estiré las manos para apartarlo. Después, volviéndole la espalda, salí cerrando la puerta.

Un cuarto de hora más tarde estaba echada en traje de baño sobre la arena, no lejos del banco en donde habitualmente teníamos nuestros coloquios amorosos. Sabía que Bernardo vendría, a pesar de la escena que acabábamos

(Continúa en la pág. 15)

n una playa memorable

Me daba cuenta de que no podía hablarle de lo que me amaba, ni cantar los respectos a mi persona. Precisaba tener un poco de piedad. Yo me irritaba al ver que esa mujer hablaba de mí con aparente simpatía y con un recóndito desdén.

La conversación siguió así durante un rato: mundana, insustancial. De pronto vi lágrimas en los ojos de Rosalía. Miraba apasionadamente a Bernardo y parecía tener el corazón desgarrado.

—Vamos, Rosalía, no tienes para qué llorar. Me prometiste ser razonable.

—¡Sí!, te lo prometí... Tú sabes que sólo ansío tu dicha. Te lo prometí y voy a cumplirlo. Me iré y no volveré jamás. Me entristece lo que pierdo: la felicidad, la única felicidad que he tenido en mi vida.

Y se echó en los brazos de Bernardo.

—¡Mi vida! Dejame venir a verte... dejame estar contigo hasta que te cases. Después... Después, te juro que desapareceré de tu vida. Pero hasta entonces, no puedes negármelo, mi amor.

En mi rincón yo sufría de una tristeza tan grande como la suya. Rosalía había anudado sus brazos sobre el cuello de Bernardo y lo besaba. Y él, inclinado sobre ella, acariciaba suavemente sus cabellos. Después, le levantó la cabeza y le besó tiernamente los ojos. ¿Piedad? Tal vez, pero a los veinte años no se piensa en eso. La juventud es despiadada. Me preguntaba si no debía salir de mi escondite y presentarme ante su vista. Pero, tenía miedo que las fuerzas me abandonaran.

—Bésame una vez más, Bernardo —le imploró la mujer desesperada.

Mi novio se inclinó y le dio un beso. Ambos tenían cerrados los ojos y el beso se hacía cada vez más largo.

Tuve entonces tiempo de descorrer las cortinas y de caminar hasta donde estaban.

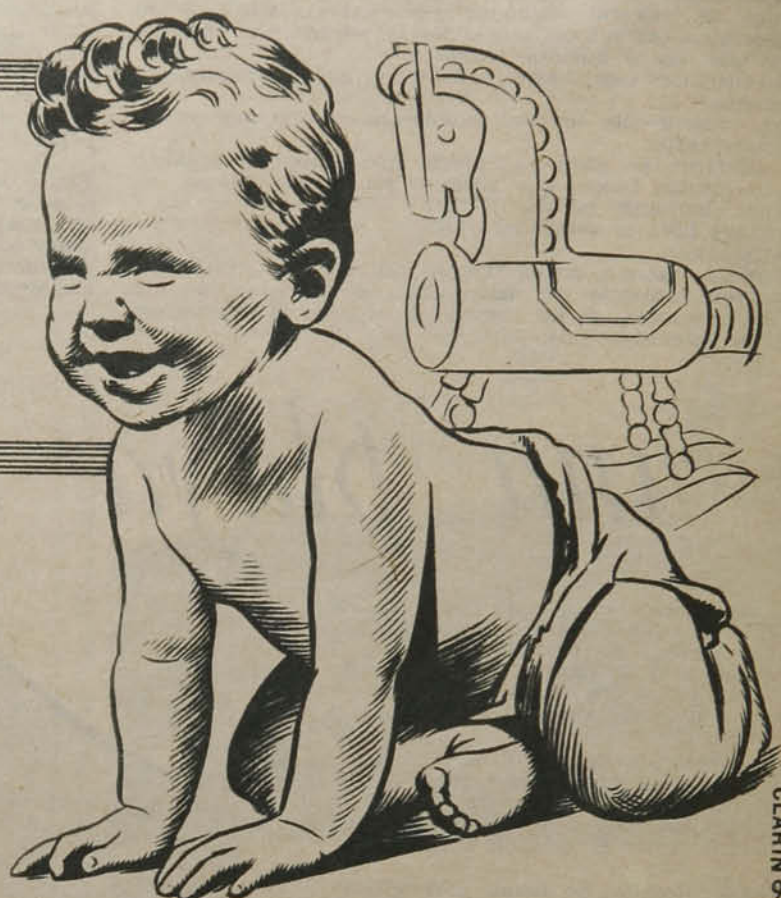
Por fin se desprendieron y fué Bernardo quien primero me vió. Rosalía, al observar su turbación, se dió vuel-



Por eso atisbaba su llegada bajo un sol abrasador.

PROCUREMOS UN MUNDO SIN INSECTOS DAÑINOS

*Prevenga la salud
de sus niños,
eliminando las moscas
e insectos dañinos*



CLARIN 6

*Mata
moscas e
insectos
dañinos*



*Vacíe una cajita de
tabletas Vulcasán en el
atomizador Vulcan-O, co-
nectelo a la corriente
eléctrica y descanse...
Las polillas e insectos
dañinos desaparecerán.*

VULCAN-©

el atomizador eléctrico

gasifica los comprimidos de

VULCASAN

impregnando todas las superficies
con microcristales que asegurarán
su efecto residual prolongado.

*eficaz
económico
fácil de usar*

Usándolo una vez, mata por tres semanas...

Pídalo en farmacias, mercerías, almacenes, casas de artículos eléctricos, etc.

DISTRIBUIDOR PARA CHILE Y PERU: Eduardo Gildemeister
Para pedidos en Chile: Distribuidora Shyf Ltda.
S a z i é 2935 - Teléfono 93511 - Santiago

En una playa memorable

(Continuación de la pág. 13)



de tener. Pero en ese instante estaba aun bajo la impresión de los recuerdos desagradables. ¿Cómo iba a sentarme allí a esperarlo para luego, enternecida, aceptar que sus labios que recién habían besado a otra mujer tocaran los míos? ¡No! Ante la sola idea me sentí estremecer. Y, sin embargo, mi alma ansiaba recobrar su cariño. Por eso atisbaba su llegada bajo el sol abrasador.

Lo vi venir con aspecto triste. De pronto sentí miedo. No de él, sino de mí, de mi debilidad, de mi cobardía. "Si lo dejo hablar, me rogará y me voy a enternecer y terminaré por perdonarlo", me dije, pero, de pronto, pensé que esa mujer volvería a verlo al día siguiente.

Si me casaba siempre tendría la duda si la seguiría viendo. No, eso no era posible. Me escabullí corriendo, mientras apretaba los dientes para no llorar a gritos.

Caminé durante horas con la mente vacía y volví al banco al caer la noche. Esperaba encontrar a Bernardo triste y pensativo y suponía que entonces vendría el perdón. Pero no, el banco estaba desierto bajo la luz de la luna. Y la carta que recibí al día siguiente, aunque tierna y dolorosa, no consiguió hacerme volver.

¡De esto hacía veinte años!

Veinte años en que, sin habernos visto, cada uno sabía

De pronto se puso de perfil, y, entonces, mientras me latía el corazón, reconocí que era Bernardo.

Tener veinte años más era algo serio; ese hombre ya no era mi Bernardo de entonces, y, sin embargo... Conservaba su mismo aspecto, su misma forma de inclinar la cabeza hacia el hombro izquierdo. ¡Era él, él, él!... Avanzó lentamente hacia el mar, hacia ese mar que tanto amaba. ¿Qué sentí entonces? No lo sé. Me levanté y lo seguí.

¿Me reconocería? En todo caso, no parecía preocuparse de mí. Tocó con los pies el agua y se quedó un instante inmóvil, luego avanzó a grandes zancadas. Caminé golpeando el agua con sus piernas, yo lo seguí a algunos metros de distancia. De pronto el agua le llegó a la cintura y entonces se echó a nadar. Lo seguí. La marea subía lentamente, pero eso no me asustaba; el agua estaba tibia y yo nadaba con alegría. Pero en seguida me sentí llevada por la corriente. Esto me facilitaba mucho para nadar, pero me alejaba de la playa. ¿Hacia dónde iba Bernardo? Entonces comprendí; no se había desvestido en la playa sino en medio de las rocas. Después había venido por el pequeño sendero junto a la costa, para luego volver nadando al puerto. Había que nadar para esto unos quinientos metros y quinientos metros es algo realmente serio. ¿Sería capaz de hacerlos? Pero, si volvía a la playa perdería para siempre la ocasión de volver a ver a Bernardo. Continué, nadando furiosamente, mientras él lo hacía sin esfuerzo. Sólo estábamos los dos en el agua. El puerto me parecía sumamente lejos y no me atrevía a mirar hacia atrás. Me sentía agotada y próxima a desfallecer. La corriente me arrastraba hacia la izquierda. Al fin, no pudiendo resistir más, grité:

—¡Bernardo!

Yo que sólo alcanzaba a divisar su nuca, de pronto le vi

Serán felices las nacidas en febrero, porque...

No olvidarán que para la elección de talismanes destinados a anular la mala suerte, conviene tener en cuenta siempre que los signos del Zodíaco se hallan entre el 21 de un mes y el 21 del otro y no de primero a primero. Tomando en cuenta esta consideración esencial, diremos que las nacidas entre el 21 de enero y el 21 de febrero serán dichosas usando como piedra de talismán el zafiro, que les asegurará más calma y serenidad, de las que muchas veces necesitarán. Su influencia será aún más favorable si se les monta en oro. Se recomienda particularmente no olvidar llevarle cuando deben hacer algún cambio.

Los seres nacidos en este período de-

ben evitar el uso de colores demasiado violentos. Les serán particularmente favorecedores las telas de tonos neutros, grises o beige. Si la naturaleza les ha dado el cabello rojizo, podrán tener amistad o amor con personas que tengan también ese mismo color. En cambio, si poseen pelo de otro tono, deben desconfiar de toda criatura colorina que trate con insistencia de introducirse en su vida íntima, pues le aportaría pesares y preocupaciones... a menos que puedan procurarse un pedacito de piel de elefante, que harán bien en llevar siempre consigo y que les protegerá de todo maleficio. Las piedras favorables para las nacidas en febrero, además del zafiro



son: el ágata, la amatista, el berilo azul, el diamante negro, el granate oscuro, la perla negra y la turquesa. Las gemas que dan buena suerte a los niños nacidos en este mes son la amatista y la perla.

lo que el otro había hecho. El mundo es un pañuelo. A veces se comprenden tarde las cosas. Yo me casé mal y pronto recobré mi libertad, pero él fue aún más desgraciado que yo. Lo mío fue a causa de incompatibilidad de caracteres; a él su mujer lo había hecho sufrir. No Rosalía, sino su esposa. Su hermosa amiga siguió viéndolo durante diez años más. Pasada la cuarentena perdió la partida que ganó la otra, la que se casó con Bernardo y lo arruinó antes de morir.

La casualidad de mi veraneo me llevó nuevamente al escenario de mis primeros amores. ¡Después de veinte años! Casi no reconocí mi playa de antaño. Todo había cambiado mucho entonces: donde antes había refugios, ahora se alzaban magníficos hoteles. Sin embargo, aún quedaban algunas cosas: el pequeño embarcadero, el restaurante para marineros en donde se comía bien y se bebía cerveza. En la tarde estuve en la playa donde nos bañábamos con Bernardo y en donde se encontraba el banco testigo de nuestro amor. Era una playa preciosa, cuya arena fina caía en pendiente sobre el mar. La tarde declinaba. Me senté contra el mar y de pronto vi venir a un hombre en traje de baño. Era alto, delgado y atrayente. Al principio no lo miré con detenimiento. Tendría tal vez cuarenta y cinco años y, a pesar de su pelo blanco, su fisonomía era joven...

la cara y me pareció que lo hacía por última vez. Cesé de nadar con la vista fija en él y me dejé llevar por la corriente...

El resto lo supe más tarde, cuando Bernardo me lo quiso contar. En dos palabras me explicó que había venido a auxiliarme, sin saber quién era yo y sólo pensando que se trataba de salvarle la vida a una desconocida.

—Cuando saqué con mis manos tu cabeza, me pareció que eras una persona para mí conocida, y mi sorpresa en ese instante fue tan grande que no pude recordar tu nombre. Luego miré la playa y entonces supe que eras tú. Tuve que luchar contra la corriente que tenía en mi contra. Sentí miedo, pero me alentó mi propia resolución: si iba a morir lo haría llevándote en mis brazos.

Eso fue lo que me contó en ese día memorable. Creí en sus palabras. Es natural que tuviera fe en un hombre que después de veinte años era capaz de volver a jurarme su amor después de haberme salvado la vida.

—¡Loreto! —me dijo quedamente.

—Sí, Bernardo, soy yo.

Y en esa tarde volví a recuperar mi alma de veinte años, a pesar de que sentía en mi corazón una terrible amargura por el tiempo perdido...



Cualidades del

ACEITE "LA REINA"

Calidad garantizada

Pureza absoluta

Contenido exacto

Sabor uniforme



Distribuidores exclusivos:

Ibáñez y Cía.



FABRICA NACIONAL DE ACEITES, S. A.

sería un sueño he

CUANDO aún no cumplía los doce años, experimenté por primera vez el desaliento que sufre toda mujer al saber que el destino no le ha otorgado el don de la hermosura. En efecto, en esa ocasión, mi abuela me contempló con detención y me dijo:

—Nora, no creo que vayas a ser hermosa, pero ello no debe acongojarte. Si en la vida no encuentras un hombre que te quiera por esposa y te ofrezca un hogar, piensa que si no has conocido el amor, tampoco has debido sufrir las penas y las desilusiones que siempre lo acompañan.

Estas palabras encerraban una verdad demasiado cruda y pesimista para mis años. Sin embargo, a pesar de no comprender del todo su alcance, me hirieron profundamente. Su cabal significado lo vine a comprender sólo ocho años después, una tarde de verano en la cual el hombre que amaba me confesó que no iba a casarse conmigo.

En medio del dolor y la incredulidad que experimentaba ante sus palabras, me dije que desde ese momento no pretendería ser en la vida otra cosa que la solterona que mi abuela había predicho que sería tanto tiempo atrás.

Durante los años transcurridos desde ese día aún doloroso en el recuerdo, me había convertido en una joven agradable y agraciada. No poseía, es cierto, la belleza deslumbrante de mi prima Ema, que daba siempre la impresión de haber cobrado vida desde la portada de una revista. La mía era, por el contrario, una hermosura más clásica y sencilla, que, si bien era más difícil de apreciar, el efecto que producía era más duradero. Esbelta, de hermoso cabello castaño y grandes ojos almendrados, no perdía la esperanza de que algún día un hombre se diera cuenta de que tras el esplendor de la belleza de mi prima y un tanto opacada por éste, marchaba una muchacha que poseía un encanto más real y eterno.

Sin embargo, este hechizo de Ema jamás nos había separado, pues no me molestaba ni me causaba la menor envidia. Por el contrario, éramos muy unidas, ya que desde el momento en que comprendí que los hombres la preferían, me dije que no la debía culpar a ella de influir en forma negativa en mi vida, porque el destino nos había reunido y deseaba que cada cual lograra su felicidad con las virtudes y cualidades particulares que para ello nos otorgaba. Hasta en nuestras madres se podía apreciar en qué forma influía en sus puntos de vista con respecto a nosotras la belleza de mi prima. En efecto, decidieron ambas que las dos estudiáramos pedagogía, yo para ganarme dignamente la vida, y Ema, para "que se entretuviera en algo; hasta el momento de casarse".

Y así fué cómo el destino me condujo hacia Alberto...

Ema y yo vivíamos juntas y separadas. Juntas, por ser muy buenas amigas y estudiar en el mismo establecimiento, y separadas, por el género de vida que ambas nos veíamos obligadas a llevar. Mientras yo estudiaba, Ema salía con muchachos; mientras ésta iba a pasar fuera los fines de semana, yo efectuaba investigaciones en la biblioteca de la universidad, y cuando mi prima asistía a bailes, yo permanecía hasta altas horas de la madrugada preparando los exámenes.

Sin embargo, de alguna manera, Ema logró recibir su título conjuntamente conmigo y fuimos a ejercer nuestra profesión a la misma ciudad pequeña de provincia.

Tan pronto como llegamos, hicimos relaciones con la gente del pueblo y Ema conquistó al soltero más codiciado de la localidad: Jaime, hijo del dueño del diario más importante del pueblo, donde desempeñaba el cargo de director.

El tiempo fué transcurriendo lleno de monotonía para mí, hasta el día en que escuché por vez primera hablar de Alberto. Una tarde me reuní con un grupo de amigas entre las cuales estaba Ema, y una de éstas, siguiendo con la conversación que mi llegada había interrumpido, dijo:

—Alberto es un muchacho encantador, pero casarse con él sería hacerlo también con su mamá, y esa perspectiva no seduce a nadie.

—No te inquietes —replicó otra—, en esa familia no sonarán campanas de boda hasta que la señora se muera, pero como nadie fuera de Alberto cree en sus enfermedades, para ese entonces será muy viejo.

—¡No creas, cada vez que Alberto sale dos veces seguidas con una misma muchacha, a la señora le da un ataque

realidad, porque él era...

LO QUE SIEMPRE DESEE

al corazón; puede ser que no resista uno de ellos —intercedió mi prima.

Alberto trabajaba en la sección propaganda del diario de que era director Jaime, y una tarde, Ema me rogó que accediera a salir con él para poder formar un cuarteto.

—¡Con ese hijo de su mamá! —exclamé riendo—. Bueno, si no puede conseguir invitaciones por mí misma, no tengo derecho a quejarme de los muchachos que tú me consigues. Pero Alberto no resultó ser en absoluto el personaje que yo me había imaginado. Por el contrario, era inteligente y

de mucha personalidad, y si en realidad el querer a su madre lo en-contraban un defecto, no pude menos que admirarle más aún por ello. En un momento dado de la fiesta, me contempló y me dijo:

—Nora, eres la muchacha más hermosa que he conocido.

Lo miré sonriendo e iba a contestarle con una ironía, cuando en su mirada pude ver que en realidad sentía lo que me había manifestado. Era el primer cumplido que recibía en mi vida, de un hombre, fuera de mi padre y ante él sentí un escalofrío de felicidad.

Cuando dieron las once de la noche, me confesó que debía retirarse, debido a que su madre estaba enferma y no se atrevía a dejarla sola más tiempo. No lo pude censurar por ello, tal vez la señora estaba en realidad enferma y todo hijo debía, como él, saber asumir sus responsabilidades.

Desde ese día, Alberto y yo fuimos juntos a todas partes. Una tarde me comunicó que su madre deseaba conocerme y me invitaba a tomar té. Una vez frente a frente, me contempló con mirada escrutadora y lo que vió pareció tranquilizarla. Intenté luchar porque las ideas preconcebidas respecto a ella que tenía no influyeran en mi juicio, pero no pude menos que comprender que la tranquilidad con que me contemplaba se debía al hecho de que me juzgaba demasiado insignificante como para constituir un peligro serio para la vida de su hijo.

Sentada en una silla de ruedas, con un chal colocado en la espalda y un tejido a crochet en las manos, no me prestó mayor atención y se dedicó a ingerir los manjares que tenía, seguramente, preparados para mí.

Me dije que, en realidad, tenía razón de sentirse segura de que no le iba a arrebatar a su hijo. Hasta ese momento, a pesar de salir continuamente juntos, Alberto y yo éramos como hermanos. Jamás una palabra de amor se había cruzado entre nosotros, ni me había demostrado que experimentaba por mí algo más que una sincera amistad. Por lo menos, fué así hasta esa gloriosa mañana de primavera en que me invitó a un picnic a la montaña que quedaba cerca del pueblo.

—No voy a trabajar en la tarde —me dijo—. ¿qué te parecería llevar algunos sandwiches e ir en bicicleta al campo?

Ese fué un día maravilloso, el más perfecto de mi vida. La primavera reverdecía alrededor nuestro y todas las flores parecían esparcir su aroma y su color. Bajo un grupo de manzanos, decidimos extender nuestras provisiones y nos recostamos contra el tronco de los árboles. Alberto era otra persona, el aire y la libertad le habían convertido en un ser diferente, en su rostro vibraba

la vida, su mirada brillaba y se percibía un cambio sutil en su manera de contemplar las cosas que le rodeaban, especialmente a mí, pues parecía verme por primera vez tal cual era. Sin decirme nada, me atrajo a sus brazos y recosté la cabeza en su hombro. Así, tiernamente enlazados, empezó a narrarme, con cierta nostalgia, su juventud y su niñez.

—Siempre venía a este lugar con mi padre. A ambos nos gustaba andar a caballo y creo que experimentaba un placer especial en alejarse de la ciudad, del bullicio y de la gente que le rodeaba y liberarse, tan sólo con mi compañía, de sus inquietudes. Después de su muerte, seguí viniendo acompañado de "Príncipe", el perro que me había regalado antes de su muerte y a quien le gustaba retozar entre la maleza...

Se detuvo como si el recordar aquello le produjera dolor.

—¿Sí, Alberto?

—A mi madre no le gustaba el perro, poco después que mi padre murió lo mandó a la Sociedad Protectora de Animales... —su voz se tornó vacilante, quebrada por el dolor del recuerdo.

En ese instante creí comprender la personalidad de la madre del hombre que tenía a mi lado. Hay seres cuyo excesivo amor hacia las personas queridas no les permite discernir dónde está el límite de dominio en sus vidas, y creyendo hacerles un bien y protegerlos contra todo dolor y aspe-

reza que la vida les pueda enfrentar, sólo logran opacar la verdadera personalidad de éstos y aún, en ciertos casos, destruir completamente sus vidas. Para resistir éstos caracteres, es preciso ser fuerte y tener demasiada confianza en sí mismo, pero eso es difícil cuando el ser contra quien se ha de luchar es la propia madre y se sabe que sus acciones, aunque equivocadas, son sólo el fruto de un intenso amor que ha degenerado en egoísmo.

No pude continuar mis lucubraciones, pues, en ese momento, Alberto se inclinó y me besó apasionadamente en los labios.

¿Cómo es posible explicar la sensación que se experimenta



(Continúa en la pág. 20)

los días a la noche a su "pequeña corte". Allí se juntaban sus amigos, escritores jóvenes, artistas, pero también personajes célebres como el mariscal de Canrobert. Sara, tendida sobre su diván, con un vestido blanco adornado con plumas de avestruz parecía una verdadera reina, pues si ganaba mucho dinero, también lo derrochaba a manos llenas. Un día su regalón (que ella llamaba Hamlet) la siguió al teatro. Este animal insoponible entró en la escena e hizo reír al público. Ese día Sara tuvo una discusión con



VICTOR HUGO AVANZA HACIA SARA

Chilly y aprovechó para pedirle un aumento. Como se negó, ella renunció y entró a la Comedia Francesa, tal como lo había presentido. Ese fué el comienzo de dificultades y desagrados. Se desencadenaron rivalidades y detracciones. La aclamaban en el templo y la destruían al lado afuera. Pero Sara era la amante y la víctima del público. Ella lo amó siempre como una droga.

Cuando Sara había alcanzado los treinta y cuatro años, llevaba sobre sus delgados hombros la creación y la interpretación de una treintena de papeles. Su pasión por vivir rápido y en forma intensa no había disminuido. Ella era como una campesina que mostraba sus defectos y sus cualidades con franqueza. Entonces vivía en la calle Fortuny con su hijo de catorce años.

Ese mismo año (1878) tuvo lugar la Exposición Universal. Sara se encontró con un aeronauta y le pidió que la dejara subir a su globo. La ascensión tuvo lugar al día siguiente, ante la multitud y Perrin, administrador de la Comedia Francesa, quien casualmente estaba presente, desaprobó la locura. Después le llamó la atención por pasarse las noches esculpiendo, pintando y escribiendo en vez de descansar y, por último, le desaprobó la subida al globo. Le pidió una multa de mil francos. Sara rehusó pagarlos y partió. Pero como tenía que ir a Londres a representar con un grupo de actores, los dirigentes de los teatros ingleses amenazaron con anular los contratos si Sara Bernhardt no estaba entre ellos. Perrin se vió obligado a ceder y la actriz exigió ser socia de la Comedia Francesa.

Inglaterra le reservaba un recibimiento entusiasta. Representó "Fedra", "El extranjero", "Hernani" y, como dijo Dumas, "le daba al público un pedazo de su persona". Pero a su vuelta a París, los odios se desencadenaron. Ella envió su dimisión a Perrin. La misma tarde anunció su decisión a sus numerosos amigos de la calle Fortuny. Vestía un traje largo de muselina blanca enteramente plisado, la cintura aprisionada con un cinturón de cuero tachonado con turquesas, los cabellos sujetos en un torsal y una pequeña chasquilla sobre la frente. "Pretende verse delgada con esa tenida, pero sólo va a conseguir destrozarse los riñones", pensaron sus amigos. Ella había decidido volver a Inglaterra con un grupo formado por ocho actores. El éxito le sonrió al principio. Pero pronto no se le perdonó por haber comprado un leopardo al zoológico, por pasearse con un oso tirado con una cadena por haberse hecho regalar seis camaleones, tres perros y un nuevo mono y por no recibir menos de sesenta canastillos de flores al día. Después ella recibió una carta de su abogado: estaba condenada a pagar 100.000 francos a la Comedia Francesa. A su vuelta a París, los acreedores y los usureros comenzaron a golpear su puerta.

Ante la hostilidad de todos, Sara se echó a la cama y esperó los acontecimientos "que no tardarían en llegar" y que la sacarian adelante. Su esperanza no estaba vencida. Un gran empresario inglés se presentó en la calle Fortuny y le propuso una jira por América.

Al llegar a Nueva York, la gran actriz fué asaltada por los curiosos y los periodistas, y el cónsul de Francia la fué a saludar. Las banderas norteamericanas y francesas flameaban al viento. La Marsellesa retumbaba. En el hotel los reporteros acosaron en tal forma a Sara que ella quiso despedirlos. Pero su empresario intervino y los hizo entrar. Entonces, furiosa, se tendió en el suelo, con la cabeza hundida en la alfombra y los brazos en cruz. Por último se

HACE 3 SARA B QUE DUR VIDA TUV

decidió que se sentara en un sillón mientras su empresa respondía las preguntas. Se quedó dormida. Cuando despertó vió que un dibujante terminaba un croquis que ella le arrebató. Representaba un esqueleto coronado de serpientes. Sin decir una palabra, la actriz destruyó el papel, pero el dibujante recogió los pedazos. Al día siguiente, la mayor parte de los diarios reproducían el esqueleto y la peluca de serpientes.

Pero el contacto con el público disipó todos los malos entendidos. Se esperaba encontrar un especie de monstruo. Encontraron, en cambio a una mujer, más mujer que toda



SARA SUBE AL GLOBO

cuánto habían imaginado: carne trémula, voz melodiosa, miradas maliciosas y, al mismo tiempo, limpias. Sara Bernhardt se reconocía a sí misma que esta gracia y esta femineidad plena era la que ganaba siempre la partida. Y una tarde, que representaba "La dama de las camelias", recordó a Bruselas y vió en un palco a un joven rubio que se parecía al Príncipe L... No, no era él, pero esta visión reabrió en su corazón una herida secreta que ella quería disimular...

A su vuelta a Francia, Victorien Sardou propuso a Sara



SARA DESEMBARCA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Bernhardt que representara un drama en cuatro actos: "Fedra". Como faltaba el primer actor, Sardou insinuó contratar a un joven griego de veintiséis años, "hermoso como un dios y perfecto como un hombre de mundo". Delgado y elegante, usaba una barba negra y brillante, los cabellos negros muy escobillados. Su mirada era ardiente. Se llamaba Jacques Damala. Llegó a mediodía a la calle Fortuny y se quedó hasta las seis. Sara lo llevó en su jira por Europa

OS MURIO NHARDT

E TODA SU INTE AÑOS

En Bélgica y en Dinamarca, en el momento de saludar al público, ella retuvo la mano de Jacques entre las suyas. Deseaba compartir su triunfo con el joven actor. Bien pronto, él dejó de ser para Sara sólo un miembro de la compañía. Como él se mantenía algo reservado, ella decidió para retenerlo definitivamente proponerle matrimonio. Justamente esa tarde, Damala interpretaba Hamlet. Desde los bastidores, Sara haciendo de Ofelia y vestida con una larga túnica verde pálido, miraba a ese joven con capa negra. Esta visión le recordó al Príncipe L... su grande y primer amor. Supuso entonces que se volvería a abrir su



EL MATRIMONIO DE SARA

herida, pero no, estaba ya cicatrizada. Sólo el amor cura el amor. Le envió un fugaz beso a este nuevo Hamlet. El 4 de abril de 1882, en la iglesia de San Andrés de Londres, María Enriqueta Sara Bernhardt se casó con Jacques Damala. Abandonaron la parroquia más o menos a las 11 de la mañana y entraron en un coche. Al mediodía, ella anunció la noticia a las personalidades y a los periodistas reunidos en el Hotel Ritz. Pero más que la opinión pública, Sara temía la decepción de su hijo. Cuando, de vuelta a París ella le habló, él la detuvo con un gesto.



SARA Y EDMOND ROSTAND (EL AGUILUCHO)

—Sé, mamá, que te has casado con el señor Sara Bernhardt. —fué su único comentario.

Un año más tarde, Sara y su marido tuvieron un gran éxito en "La dama de las camelias", mientras Mauricio era nombrado, por su madre, director del teatro Ambigu. Sólo tenía dieciocho años. Pero bien pronto la desgracia volvería a ensañarse en la gran actriz.

Jacques que jamás estuvo muy enamorado de Sara, se

prendaba de todas las mujeres que cruzaban su camino. Mauricio Bernhardt, demasiado joven, fracasó en la dirección del Ambigu. Para compensar el déficit, su madre volvió a representar "La dama de las camelias", esta vez sin su marido. Todo París acudió para emocionarse ante las desgracias de la romántica tuberculosa. Pero las entradas no eran suficientes y ella debió, una vez más, vender sus alhajas, sus platerías, su par de alazanes.



SARA ACTUA PARA EL EJERCITO

Una tarde, en el teatro, Sara buscó con los ojos la cara fina de Jacques. El le había prometido venir... Ella se equivoca, pierde la memoria y el público se da cuenta. Entonces la indomable artista comprende que debe sacrificar su amor para no inmolarse. Decide así separarse de Jacques. Poco a poco, Sara recobró sus energías e hizo numerosas giras por el extranjero, mientras su hijo se casa y se bate a menudo a duelo para defender la reputación de su madre. Durante un viaje en barco, ella se cae en el puente contra una placa de cobre y siente un dolor espantoso en la rodilla. Sin embargo, la lesión no era muy grande y sólo de cuando en cuando siente el dolor de esta caída.

De nuevo vuelve a su querida casa de París y allí conoce luego a un joven poeta de veintisiete años, Edmond Rostand, que ella llama "mi poeta". Cinco años más tarde, el 15 de marzo de 1900, estrena "El Aguilucho". Fué un éxito inmenso. El uniforme blanco del joven príncipe imperial es paseado por Europa, África y América. Durante una gira por Alemania, Sara siente despertar el dolor de su rodilla. Llama a un especialista. Este le diagnostica una tuberculosis ósea. Sin embargo, sigue representando hasta 1911. Luego, en 1915, tienen que amputarle la pierna.

Sara Bernhardt se niega a usar una pierna articulada. Desde 1915 hasta 1923, se la ve tanto en los bastidores como en la ciudad, pasearse en una silla de ruedas. Durante la guerra decide dar su concurso al Teatro del Ejército. En 1918 se embarca de nuevo a América. Trata de comunicar su fe en la victoria al público y bien pronto ve con satisfacción entrar en la guerra a los Estados Unidos. Una agravación de su enfermedad la obliga a sufrir una operación quirúrgica. La mañana del 11 de noviembre de 1918, desembarca en Burdeos.

A su vuelta vive en su casa de la calle Pereira, que habita desde hace varios años. Allí Sara sufre diversas enfermedades, pero hace sin cesar nuevos proyectos. "Jamás detenerse para así no morir", dice. Acepta la vejez, pero se niega a ser "vieja". Quiere representar hasta el fin y rehusa ayuda.

Un día, un amigo le anuncia que el Príncipe L... ha muerto. —¡Oh, pobre Enrique! —exclama. Pero llora especialmente a "su poeta", Edmond Rostand, que acaba de morir de gripe. En cuanto a su segundo marido, que había muerto en 1880, Sara trató de cuidarlo a pesar de estar separada de él.

A los sesenta y seis años se mantiene aún joven: su voz, sus gestos, su mirada y sus cabellos de colegiala testaruda que se tenía a veces. Al rodar su primera película, cuyas tomas tuvieron lugar en su propio departamento, decae de pronto. Algunos días más tarde, está a las puertas de la muerte. Los reporteros esperan en la puerta del departamento de la calle Pereira.

—A los reporteros que tanto me han atormentado en la vida, bien los puedo ahora contrariar un poco haciéndolos esperar —dijo.

El 26 de marzo, a las ocho de la noche, se apagó dulcemente. La gran Sara Bernhardt vivirá más hermosa que nunca en la memoria de los hombres.





DIEZ MANERAS DE PERDER A UN HOMBRE

¿Estuviste anoche despierta pensando en tu última salida? ¿Estuviste preguntándote, aún mientras estabas con él, si no parecía un poco más serio y menos dedicado a ti ahora que antes?

Si es así, piensa muy bien lo que haces, pues es muy fácil para un

hombre terminar una amistad y tú puedes hacer muy poco para evitarlo. Los solteros de hoy no sólo viven tan cómodamente como los casados, sino que se les atiende más, reciben invitaciones con más frecuencia, especialmente si no tienen una polola fija.

Todo lo que una muchacha puede ofrecerle, y que no encontrará en otra parte, es su amor, su compañerismo y su comprensión. Con todo esto es casi seguro que lo puedes retener. A continuación te damos diez reglas que te servirán para saber qué debes hacer si quieres conservar a tu amado:

1.—No lo empujes al matrimonio. Si tu pololo siente que tú lo miras como marido, huirá lejos. Cuando piense en casarse contigo, él te lo propondrá, puesto que al hombre le gusta tomar la iniciativa. Frente a extraños no des la impresión de que sabes mucho de él, de sus gustos, de sus costumbres...

No digas con voz posesiva: "Juan no puede soportar esto o lo otro", o fanfarronees con lo bien que le va en su trabajo. El uso del "nosotros" suele insinuar una amistad que tal vez el hombre no desea tener.

2.—No hables mucho. Hay muchachas que se preocupan demasiado de cuanto hacen y dicen cuando su pololo está presente, pero cuando están solas con sus amigas no dejan de farsantear respecto a la devoción que le demuestra, al dinero que tiene... Esto parece natural; sin embargo, si llega a oídos del muchacho, se pondrá, con razón, furioso.

3.—No trates de cambiarlo. Lo que el hombre más teme del matrimonio es la posibilidad de ser gobernado por las faldas. Casi todos los seres del sexo fuerte han estado dominados por mujeres desde que nacieron; y esto se prolongó hasta que terminaron el colegio. Al hombre no le interesa estar casado con una profesora que lo enseñe y lo aconseje; lo que necesita es una compañera amante y comprensiva.

4.—Nunca tomes la iniciativa en hacerle el amor. Por naturaleza, al hombre le gusta conquistar y no ser conquistado. 5.—No lo hagas sentirse muy conspicuo. Si un hombre está con una chica que atrae las miradas de los demás muchachos, es seguro de que no se sentirá a su gusto. Tampoco estará cómodo si la muchacha usa demasiado maquillaje o vestidos llamativos. Se molestará si su compañera se queja del servicio del restaurante o de las butacas del cine.

6.—No seas suficiente. Casi nunca un hombre se casa con una mujer que sea más educada, más inteligente o con más posibilidades de triunfar en la vida que él.

7.—No seas dominante. A los hombres no les gusta ser dirigidos ni en sus asuntos personales ni en sus diversiones.

8.—No hagas escenas. Siendo ambos seres humanos, tendrán discusiones y peleas, aunque no sea verdad eso de que "quien le quiere te aporrea". Las palabras duras no se olvidan y cuantos más recuerdos desagradables tengan ambos, más posibilidades hay de que la amistad termine. Aunque estés muriéndote de rabia, disimúlalo. No hay nada que moleste más a un hombre que los rencores salgan a relucir una y cien veces.

9.—No te conviertas en una obligación moral. Si ves que se te está retirando tu novio, a pesar de todo lo que haces por retenerlo, no trates de apelar a su honor ni de recordarle todo lo que has hecho por él. Tal vez tendrás razones de más para hacer esto, pero no sacarás nada en limpio. Si te apegas a esta tabla de salvación, el hombre volverá, pero terminará por odiarte.

10.—No te enojas por lo que te decimos. Cuando se está nerviosa o desesperada es cuando se hacen todas las cosas contra las que queremos prevenirte. Recuerda que un hombre tiene las mismas necesidades que tú, aunque no lo parezca. El también necesita un hogar, amor y alguien que sea suyo. Si eres controlada, sincera y paciente, el hombre que te gusta no te abandonará jamás.

LO QUE

SIEMPRE DESEE

(Continuación de la pág. 17)



cuando se conoce por primera vez el amor? ¿Ese éxtasis medio dulce, medio amargo? ¿Esa sabiduría que infunde a la vez seguridad y temor? La pasión y el cariño no permiten articular palabra, nunca me habla creído capaz de experimentar una emoción tan intensa, y comprendí que lo mismo acontecía a Alberto, pues, cuando finalmente se apartó de mí, me murmuró en forma entrecortada:

—¡Nora, querida, te amo tanto!

En ese instante, sentí que las frías tenazas del miedo hacían presa de mí ser, ¿y la madre de Alberto? ¿Se opondría a nuestro amor? Le confesé mis dudas a este respecto y él rió alegremente y con un beso selló mis labios.

—Tengo más de veintiún años y soy libre de casarme con la mujer que escoja, ¿comprendes, mi amor? Por otra parte mi madre te encontró encantadora, así me lo hizo saber el otro día.

Creí que todo sería perfecto, que nunca en la vida la congoja iba a pesar nuevamente sobre mi corazón, pero cuando le conté a Ema la feliz noticia, sentí que el mismo temor que había experimentado yo en un principio ahora asaltaba a mi prima.

—Nora, ¿y la madre de Alberto? ¿No se opondrá? Cuando venía hacia acá vi al doctor Sánchez que se dirigía a su casa, es de esperar que no esté enferma.

Deseché mis temores, tanto porque Ema no viera que dudaba del amor que me profesaba Alberto, como por convenirme a mí misma de que nada malo podría opacar mi naciente felicidad. Cuando Alberto me llamó por teléfono para comunicarme que no podría salir conmigo como habíamos planeado porque su madre había tenido un nuevo ataque, no pude dejar de preguntarle:

—Alberto, ¿fue ocasionado por la noticia que le diste respecto a nosotros?

Le sentí vacilar...

El insomnio es una enfermedad contagiosa transmitida de las guaguas a los padres.

—No sé, Nora, le conté mi decisión y luego le dió el ataque... puede haber sido ocasionado por ello...

Al día siguiente, Alberto me fué a buscar a la salida del colegio. Tan pronto como lo vi, comprendí lo desesperado y afligido que se encontraba.

—Nora, temo que no podamos casarnos todavía. Mi madre está muy enferma; en cuanto le comuniqué la noticia de mi amor por ti, desfalleció y el doctor dice que tendrá que permanecer en cama por bastante tiempo. Intenté persuadirme, que, a pesar de este inconveniente, podríamos llevar adelante nuestros planes, pero cuando le comuniqué mis intenciones al médico, me aseguró que ello ocasionaría la muerte de mi madre.

En cierto modo, yo esperaba esta noticia; todo había sido demasiado bello para ser realidad, algo debía surgir que entorpeciera esta felicidad sin límites, que hasta ese instante había experimentado.

Alberto seguía hablándome.

—No podríamos empezar nuestra vida en común con un peso así en nuestras conciencias. Si mi madre llegara a morir, nunca nos lo perdonaríamos. En cambio, si esperamos y dejamos de vernos por un tiempo, puede mejorarse y ya nada nos separará. ¿No te importará esperarme?

—No —repliqué en forma lacónica.

Dejé de ver a Alberto durante un mes. En una ciudad pequeña como la nuestra no era esto cosa fácil, pero logramos alcanzar nuestro propósito de no estar juntos, ni de que nadie nos viera reunidos. Así llegarían noticias a la madre de Alberto de que habíamos dejado de vernos y tal vez se recobraría de su enfermedad.

Pero, una tarde nos encontramos por casualidad en un sendero campestre y nada pudo evitar que cayésemos uno en brazos del otro.

—¡Oh Alberto! ¿Qué vamos a hacer? Te amo tanto, que no puedo vivir separada de ti —exclamé.

—Nora, esto es demasiado, esta noche voy a decirle a mi madre que a pesar de todo, voy a casarme contigo. Es de esperar que se muestre comprensiva.



EDUCACION

Tres franceses discutían respecto al significado de la palabra "educación". El primero habló:

—Si llegas a tu casa y encuentras a tu mujer en brazos de otro hombre y le dices, "perdóñenme", eso es educación.

—No, no, esa explicación no es la correcta —replicó el otro, que era algo mayor que el primero—. Educación es si llegas a tu casa y encuentras a tu mujer en brazos de otro hombre, y le dices calmadamente: "Excúsenme, prosigan". Esa es "educación".

El tercer francés, era más viejo y más sabio, y por eso sacudió la cabeza, desaprobando.

—No, hijos míos, ninguno de ustedes ha comprendido el significado correcto. Si llegas a tu casa y encuentras a tu mujer en brazos de otro hombre, y le dices tranquilamente: "Excúsenme, prosigan", y el otro prosigue, es el bien educado.

Al día siguiente no tuve noticias de Alberto hasta la noche. Cuando sentí la bocina de su automóvil, bajé corriendo las escaleras, ansiosa por conocer el resultado de su decisión, pero me detuve atemorizada ante él. Sus ojos me miraban sin verme y su rostro tenía una palidez mortal.

—¿Qué sucede? —pregunté alarmada, inclinándome sobre él. Al no recibir contestación, le sacudí violentamente para que reaccionara y me diera una explicación de su extraña conducta.

—No puedo casarme contigo —dijo con voz sin inflexión. En un instante, pasaron por mi mente todos los comentarios que había oído acerca de él, lo unido que era con su madre, cómo había dedicado su vida a protegerla y hacer su felicidad, y recordé, asimismo, que esa tarde del picnic había sido para Alberto, como una escapatoria del presidio. En esa oportunidad había desafiado a su madre, había intentado actuar como un ser humano libre de sus actos, y había sido castigado por esta rebelión, según el método con el cual la madre sabía que obtendría más éxito. Había empleado para ello su arma más eficaz... su salud y su vida. Le había hecho saber que otra desobediencia más sería pagada con... su muerte.

Este era el fin de mis esperanzas. Lo abandoné, me dirigí hacia mi dormitorio y ahí permanecí contemplando la nada, ni siquiera podía llorar, pues sentía un gran vacío interior. Aún permanecía en esa actitud cuando penetró a mi habitación Ema. De inmediato puse comprobar que se sentía terriblemente excitada por algo.

—¿Qué pasa? ¿Te ha regalado Jaime el anillo? —le pregunté.

Me contempló en silencio y luego me tendió una mano. Miré el brillante perfecto que la adornaba.

—¡Dios mío, Ema, es precioso! ¡Cuánto me alegro!

—Nora... Alberto...

—No temas hablar de ello, ha terminado todo entre nosotros, recién me ha dicho que no se podrá casar conmigo..., tal vez sea lo mejor para su "mamá".

—Nora, estás equivocada, no es esa la razón de la resolución de Alberto. Jaime nunca me perdonaría si supiera que te lo he dicho, pero no puedo menos de hacerlo. El único motivo por qué Alberto rompió su compromiso contigo es debido al hecho de que hoy día por la mañana el doctor que atiende a su madre, le dijo que él estaba muy enfermo y no desea casarse contigo en ese estado.

No comprendí las palabras de Ema. De pronto ellas parecieron abrirse camino en mi mente y empecé a temblar y a llorar al mismo tiempo. Todo el rencor que había sentido

hacia el hombre que amaba se había desvanecido y una inmensa piedad y amor ocupaban ahora su lugar.

Ema siguió contándome todo cuanto Jaime le había dicho. Según la opinión del doctor Sánchez, la enfermedad de Alberto era muy delicada y necesitaba de un clima especial y completo reposo. Sólo así tendría una posibilidad de reponerse del todo.

Al escuchar esto, me puse en pie, llena de terror; pero Ema seguía hablándome.

—Jaime teme —decía en esos instantes— que Alberto no resista una situación como la que se le ha creado. Ha sido siempre un muchacho tan sano, que la sola idea de estar enfermo de gravedad puede tener serias consecuencias para él. Le escuchó decir algo acerca de arreglar todos sus asuntos, lo cual parece indicar que no se siente seguro de sí mismo ni de su fortaleza para resistir los embates de una enfermedad prolongada.

Toda la noche, la terrible idea dió vueltas en mi mente. Alberto estaba enfermo de gravedad, y lo sabía y temía por ello. Tenía que ir hacia él y decirle que a mí no me importaba su enfermedad, que mi amor por él era el mismo, pero comprendía de antemano que Alberto no iba a querer escucharme, pues creería que me dirigía a él impulsada por la piedad. ¿No habría una esperanza de que un buen especialista le curase por completo? Por lo menos, debía ir a ver a un doctor como Ellwoth, quien me podría dar un consejo de amigo sobre la situación que enfrentaba.

Al día siguiente, después que le hube expuesto detalladamente la enfermedad de Alberto y los temores que me asaltaban, vi en su rostro ciertas señas de perplejidad.

—No lo comprendo, hace dos meses lo examiné como médico de su oficina y estaba perfectamente sano —me dijo.

—¿Quiere decir que no está enfermo?

—Estaba sano hace dos meses.

—Entonces el doctor Sánchez debe haber cometido una equivocación..., iré a decírselo de inmediato a Alberto...

—No se apresure —me detuvo el doctor Ellwoth—. Siéntese. Dije que estaba completamente sano hace dos meses, actualmente puede estar enfermo, no se puede llegar a conclusiones apresuradas en esta clase de materias ni puedo acusar al doctor Sánchez de haber emitido un diagnóstico equivocado. Si Alberto desea venir para que lo examine, podré darle mi opinión; de otra manera, le ruego no tome ninguna determinación.

—Pero tengo que ayudarlo. Le amo, no puedo dejar que

SU CUTIS

cuidelo con esmero

La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.



Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.

crema macker

(Continúa en la página 24)



El Molde de la Semana

El molde que ofrecemos esta semana es un precioso vestido de novia. La chaqueta consta de siete piezas. La falda es en forma. Materiales: 5,60 x 0,90 m. de crêpe satén blanco; 0,30 m. de crêpe georgette del mismo color. Pedirlo enviando \$ 15 en estampillas de correo.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes, que manden un sobre estampillado tamaño corriente para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

Para el día feliz



La vista y las películas tridimensionales?

Y

A SEA para bien o para mal, la gente de hoy en día está exponiendo sus ojos a las cosas más extrañas dentro de la historia de la raza, y, en verdad, a nosotros nos interesa determinar los efectos que estas cosas poco comunes hacen en nuestro mecanismo visual. Las películas tridimensionales que se exhiben actualmente, han hecho que el público pregunte, preocupado: "¿No me harán daño a la vista?"

Para contestar a estas preguntas debemos decir que no son nuestros ojos los que nos hacen ver. Los ojos son órganos especiales que reaccionan con la luz y transmiten sus reacciones al cerebro, donde, en realidad, se lleva a efecto el ver. Cuando miramos un objeto, cada uno de nuestros ojos capta el cuerpo de éste y lo envía al cerebro, donde se unen las dos imágenes para verse solamente una.

El hecho de que nuestros ojos estén separados, impide que ambos obtengan un cuadro idéntico del objeto que miran, igual que cuando un fotógrafo mueve su cámara para fotografiar un diferente aspecto del tema. A pesar del hecho de que las diferencias entre los objetos captados por los ojos es ínfima, estas disparidades las usa el cerebro para aquilatar los cambios en la distancia. Al acercarse o alejarse un objeto, cambia la captación del cerebro. Como en la tercera dimensión.

La diferencia entre dos películas es un problema que los productores han resuelto inteligentemente. La tarea era presentar una película diferente al ojo izquierdo y al derecho de todos los espectadores, y lo lograron proyectando una película compuesta de dos tomas, con una diferencia mínima. Los anteojos especiales permiten al espectador ver con el ojo derecho sólo una de estas tomas, y con el izquierdo la otra.

Sin estos anteojos, en la pantalla solamente se vería un borrón. Cada ojo está recibiendo una visión distinta, que el cerebro funde en una sola. Este principio es idéntico al de los telescopios antiguos.

Estas películas, vistas sin los anteojos especiales, no tendrían una verdadera perspectiva tridimensional si cada ojo viera lo mismo. El ancho de la pantalla, sin embargo, abastece nuestra periferia o margen visual, y, unido con sonidos estereofónicos, induce a una falsa apreciación de la profundidad, con lo cual el espectador tiene la sensación de estar actuando dentro del área de la escena.

Para la respuesta a la pregunta de si estas películas son dañinas a la vista, por tener una protección técnica, es interesante observar que la incomodidad que siente el espectador se debe a que se encuentra bajo circunstancias distintas. La habilidad del cerebro para unir correctamente las imágenes y la habilidad de la musculatura ocular para mantener perfecta la posición de los ojos, determina si el individuo siente o no síntomas anormales.

Las películas en tercera dimensión, y el uso de anteojos especiales, no causan en sí ningún trastorno, y en muchos casos pueden agrandar el campo visual y ayudar a desarrollarse las vistas insuficientes. Las pantallas de proyección anchas también son tan inofensivas como cualquiera de las corrientes, y son hasta más cómodas para el mecanismo visual. Un campo de iluminación más amplio, amplía el área iluminada de la retina del ojo y ayuda a quitar la irradiación causada por tener la vista fija en un solo punto con luz sobre un fondo oscuro.

La simple vista de cintas tridimensionales en pantallas de proyección amplias, no tienen por qué dañar la vista, pero la inhabilidad para apreciarlas indica que el individuo necesita una atención médica. Felizmente, tenemos bastante tiempo por delante antes de tener que preocuparnos por las películas en cuarta dimensión.



LO QUE

SIEMPRE DESEE

(Continuación de la pág. 21)



destruya nuestras vidas y nuestro futuro. Por otra parte debe estar sufriendo grandes tormentos mentales creyendo se enfermo de gravedad...

Me despedí del médico con el firme convencimiento de que Alberto no estaba enfermo y de que, debido a alguna terrible confusión del doctor Sánchez, se había originado esta lamentable equivocación.

Al día siguiente, tratando de hallarle una solución a este problema, recordé lo adicto que era el doctor Sánchez a la madre de Alberto y cómo se comentaba en el pueblo que por ella sería capaz de cualquier sacrificio.

Una pálida esperanza empezó a tomar forma en mi cerebro, pero la rechacé por imposible. Luego me dije que tal vez esa sería la solución, la única solución posible de esta situación tan equívoca, y me dirigí donde el doctor Ellworth para preguntarle su opinión al respecto.

Este me aconsejó que esperara a ver si los acontecimientos me daban la razón, pues en estos asuntos había que emplear mucha delicadeza y tacto, pero yo le argumenté que Alberto era un ser humano, y en su beneficio debíamos averiguar lo más pronto posible la verdad.

Esa noche sonó la campanilla del teléfono y la madre de Alberto, con voz trémula de temor, me rogó que la fuera a ver de inmediato. Tan pronto como llegué a su casa, me preguntó anhelante:

—Nora, por favor, confíeseme dónde está mi hijo. Permanecí contemplándola muda de estupor. Luego traté de dominar unos irresistibles deseos de reirme histéricamente.

—Si usted no sabe dónde está su hijo, quiere decir que, por fin, se ha escapado de su dominio —logré articular por último—. Me alegro mucho de ello, pero no me ha confiado su paradero, y si lo hubiera hecho, no se lo diría.

—Vamos esta noche a divertirnos —le dijo una mujer a su marido.

—¡Magnífico! —replicó encantado su cara mitad—. Pero, si llegas tú primero a casa, déjame encendida la luz del living.

Sus ojos me contemplaron escrutadoramente, como tratando de asegurarse de la verdad de mis palabras, luego, con un gesto de desamparo, se cubrió la vista con las manos.

—Tengo tanto temor, Nora; hace dos días que no sé nada de él. Me dejó una nota diciéndome que se marchaba por unos negocios, pero usted sabe que no está bien de salud...

—Alberto no está enfermo, señora, y usted lo sabe perfectamente. Es un muchacho normal y sano, que sólo desea hacer lo que todo hombre de su edad anhela, casarse y formar un hogar con la mujer que quiere, pero usted no se lo permite. Es un prisionero de su terrible egoísmo, y ése es su único error.

—Está equivocada, Nora; hace un mes que está muy enfermo... El doctor Sánchez le dijo...

—El doctor Sánchez le habrá dicho cualquier cosa que usted le haya solicitado, porque es gran amigo suyo y la ayudará hasta la muerte suya..., o la de Alberto.

—Nora, usted está expresándose mal de uno de los mejores médicos del pueblo. Si desea, vamos a su oficina para que se convenza por sí misma de que no la he engañado. Al llegar a la oficina del doctor Sánchez, escuchamos una acalorada discusión en su interior. De pronto se abrió la puerta y vimos aparecer a Alberto con el semblante desencajado por una intensa emoción.

Al ver a su hijo, la madre de Alberto reaccionó de inmediato, y le dijo:

—Me has dado un susto tremendo huyendo en esa forma de la casa, pero analizaremos tu comportamiento más adelante. Por ahora, lo principal es dejar en claro una duda que tiene Nora acerca del doctor Sánchez.

Aún indignada, me dirigí al médico con estas palabras:

—Usted ha mentido, doctor, y estoy segura de que lo ha hecho por ayudar a la madre de Alberto. Pero ha sido un acto muy cruel el decirle que estaba gravemente enfermo para poder evitar así que contrajera matrimonio conmigo.

—¿Gravemente enfermo?... —preguntó atónita la madre de

Alberto—. Pero si no fué eso, querido amigo, lo que le pedí que dijera a mi hijo... —se detuvo bruscamente, pero ya habíamos escuchado todos sus acusadoras palabras. El silencio se hizo pesado en la habitación, hasta que el médico reaccionó y dijo, dirigiéndose a ella: —Sara, yo también me he equivocado con usted. No me dijo que sus intenciones eran impedir el matrimonio de estos muchachos, sino que me rogó evitara que continuara llevando Alberto una agitada vida nocturna. Como sé que es débil, accedí a ello en su propio beneficio, y, como conozco a la juventud, creí que el único medio de lograrlo era hacerle temer seriamente por su salud, pero estoy muy arrepentido de ello, lo mismo que del hecho de haberla ayudado a usted en sus designios... La madre se dirigió suplicante a su hijo: —Perdóname, creía que era por tu bien. Por otra parte, yo estoy enferma, te necesito más que Nora... El doctor la interrumpió.

Y Para Amarte Así...



Nunca ya un amor tal incendiará mi vida; para quererte así, me declaro vencida. Cual racimo exprimido en un vaso de arcilla, así en la suya ruin mi alma pura y semilla dejó su jugo dulce... ¿Qué podré darte ya de cándido, de nuevo, de virginal?... Está mi corazón marchito, marchito... Vé a buscar una novia ingenua en el arte de amar. El no era digno, es cierto, pero entonces la vida no me había enseñado que puede ser fingida la exaltación más loca de amor, mentira vil la querella más dulce y el beso más gentil... Hoy lo sé todo. Acaso yo también he fingido, y mis ojos, mi boca, mi sonrisa han mentido. Alguna vez quién sabe si una lágrima ardiente me hizo, siendo culpable, pasar por inocente. Sé el registro total de mi voz porque pueda ser, a mi voluntad, amable, dulce o queda... Tú eres muy grande y noble, y él era infame y [necio; a ti te admiro tanto como a él le desprecio, pero no hay dos amores iguales en la vida, ¡y para amarte así, me declaro vencida!

MARIA MONVEL.

(Chilena.)

—Usted sabe perfectamente, Sara, que nunca ha estado enferma de nada en su vida... no continúe atrayendo a Alberto a su lado con esos métodos. El amor del hijo por su madre es siempre una fuente inagotable de gozo para ambos, pero el egoísmo destruye éste y la vida de los seres contra los cuales se ejerce.

Alberto se volvió hacia mí:

—Mi amor, ayúdame a conducir a mi madre a nuestro hogar. Al llegar a la puerta, la señora se volvió hacia los dos y nos rogó:

—Hijos míos, por favor, perdonenme.

—Muy bien, madre, pero recuerda que Nora y yo no deseamos que nadie interfiera en nuestra felicidad —replicó Alberto.

Ha transcurrido un año desde ese día y los tres vivimos muy felices. Hemos desterrado de nuestra memoria todo recuerdo del pasado y todo rencor, pues la madre de mi marido, con sus palabras y acciones, nos demuestra a cada momento que ha cambiado y que considera que tiene ahora dos hijos, en vez de uno.



Sensacional nueva fórmula!

...que reúne en un polvo facial

Mágicos colores...

Adherencia
perfecta...

Suavidad
de pluma!



ATKINSONS
Polvo Facial
"PLUMA"



¡Pruébelo hoy!

Su fórmula moderna
fué creada por Atkinsons
especialmente para

su cutis extrasensible...
y le dará la seguridad de
ser más hermosa, más

atrayente, envuelta en un halo de
seductor perfume...

Mirage

"tout Paris"

Al adquirirlo, elija
"su" tono en el
novedoso muestrario
de colores.



PREPARE CADA NOCHE

*¡Un límpido amanecer
para su cutis!*



crema
HINDS

de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA

UNA NOCHE

SHAYNE escuchó atentamente durante un momento y luego dijo:

—Comprendo perfectamente, señor Margrave, tengo el agrado de decirle que estoy en condiciones de emprender la tarea. Primero me gustaría que me diera amplias informaciones respecto a Carrol.

Volvió a hacer una pausa y luego continuó: "El Roney Plaza. Estaré allá, dentro de media hora."

Colgó el fono y se dirigió a Lucy y a Rourke.

—Parece que ya no necesitaremos el pasaje para Wilmington. El señor Margrave es el socio de Ralph Carrol. Sucesos de que pasa las vacaciones en esta playa y está muy descontento con la forma como la policía ha investigado el crimen. Las cejas del reportero se unieron denotando una profunda concentración.

—¡Margrave! —murmuró. Después se irguió—. Esperen un minuto. Ahora lo recuerdo. Apareció una entrevista de él en el "Herald", hace algunos días. Se hacía mención a los grandes consorcios y a los perniciosos métodos que empleaban para aniquilar a los pequeños competidores. Me parece que su firma enfrenta un pleito que le han entablado por un pretendido robo de patentes, o algo por el estilo. Shayne pensó un momento antes de decir:

—Eso me da una buena base. Por lo menos un punto de partida.

—¿Sabe Margrave que tú tienes especial interés en tomar este caso? —preguntó Rourke.

—No lo creo. No había pensado en eso. ¿Cuánta gente ha tenido contacto conmigo en este asunto, creyendo que soy el otro, el seudo Mike Shayne, el que trabaja por cuenta de Carrol? ¿Qué opinas, Tim? ¿Ha sido mencionado mi nombre públicamente en relación con este caso? No he leído el diario desde el arresto de Lucy.

—No creo que haya sido mencionado tu nombre en la relación que hizo el "Herald" del caso Carrol. Sólo escribí un pequeño párrafo respecto al muerto.

—Entonces posiblemente no he figurado en los otros diarios. —Se detuvo y golpeó con sus dedos el escritorio, mientras sus ojos miraban pensativos—. Los dos llamados telefónicos vinieron de personas que sabían que Mike Shayne iba a introducir a Nora Carrol en el dormitorio de su ma-



—¿Tal vez prefiera mi desayuno, señor Shayne? — Volvió lentamente la cabeza. Ella estaba enrollada en un diván, tapizado en seda color rosa que había contra la pared.

MISTERIOSA

POR BRETT HALLIDAY

rido. ¿Has oído el nombre de Ludlow mencionado en conexión con Carrol?

Rourke sacudió su cabeza.

—¿Quién es ese?

Shayne le relató con lujo de detalles el llamado que recibió en el momento en que salía Gentry en compañía de Nora.

—El hombre que me llamó sabía lo de Carrol. No tengo ni la menor idea quién es Ludlow o como descubrió el cadáver. —Se puso de pie y con el movimiento le dolió terriblemente la herida. Se tomó con la mano la sien y continuó: —¿Tienes tu automóvil cerca, Tim?

—Está en frente a la zona de estacionamiento prohibido. —¿Podrías prestármelo para ir a dar una vuelta por la playa? Si saco el mío antes de que Gentry lo haya registrado, pensará que estoy escondiendo algo.

—También va a mandar a un médico para que te examine la herida —dijo Lucy con voz inquieta—. ¿No es mejor que esperes aquí hasta que te hagan una curación?

—En realidad no necesito que me la examinen. Prefiero ir a averiguar qué sabe Margrave. ¿Dónde tienes las llaves, Tim?

—Yo te llevaré —insinuó Rourke—. Te esperaré mientras tú visitas a Margrave. Luego lo entrevistaré. Será el principio de mi historia.

Media hora después el detective y su amigo entraban en el lujoso hotel Roney Plaza. Rourke le entregó las llaves de su coche a Shayne, mientras se dirigían a los ascensores. —Usa tranquilamente mi coche. Tal vez tengas infinitud de partes a dónde ir. Yo tomaré un taxi para volver a mi oficina.

—Te lo iré a dejar en cuanto lo desocupe —le respondió Mike, guardándose las llaves.

—Estaré por aquí cerca. —Rourke levantó su delgada mano en despedida, mientras el detective tomaba el ascensor. Luego se echó sobre un sillón que había cerca de estos.

Shayne encontró el departamento de Margrave y allí tocó el timbre. Inmediatamente oyó que le decían: "Entre".

Un amplio hall desembocaba en un espacioso living, lujosamente amoblado y que tenía unas inmensas ventanas que miraban al mar.

Las cortinas estaban descorridas y el sol de la mañana iluminaba la pieza. Shayne miró a la luz a un hombre sentado cerca de una mesa con ruedas, que había junto a la ventana.

Era alto y tenía pelo negro, que parecía no haber sido peinado en varios días. Tenía unas cejas negras y pobladas, la cara cuadrada, la nariz ancha y una mandíbula agresiva. Usaba un pantalón de pijama color cereza y su torso desnudo relumbraba a la luz del sol, mientras devoraba un desayuno compuesto de huevos, jamón y panqueques.

—¿El señor Margrave? —preguntó Shayne.

El interpelado hizo un gesto afirmativo, siguió mascando lentamente y luego dijo:

—Usted es Shayne, ¿no es cierto? Acérquese, por favor, una silla.

—Ya tomé desayuno, gracias. —Los pies de Shayne se hundían en la alfombra, mientras acercaba una silla a la mesa. Se sentó frente al hombre, quién se preparaba un inmenso bocado de jamón y huevo.

Mike se disponía a sacar un cigarrillo de su bolsillo cuando escuchó a su izquierda una voz de mujer.

—¿Tal vez prefiera mi desayuno, señor Shayne?

Volvió lentamente la cabeza. Ella estaba enrollada en un diván tapizado en seda color rosa que había contra la pared. Era joven y extraordinariamente hermosa y sus cabellos eran tan negros que tenían tonos azules por los reflejos del sol. Por contraste, su cara era extrañamente blanca y revivía sólo gracias al rojo de sus labios. Usaba una camisa de nylon blanca debajo de su bata de seda, sujeta fuertemente con un cinturón, que marcaba su fina cintura. Tenía los pies desnudos y un par de zapatillas blancas yacían sobre la alfombra.

Tendida sobre cojines de diversos colores, su brazo derecho descansaba sobre el diván y sostenía en su mano izquierda un vaso con whisky. En una mesa a su lado había una botella y un balde lleno de cubos de hielo. Mientras Shayne la miraba sorprendido, ella levantó perezosamente el vaso hasta sus labios y devolvió su mirada con marcada curiosidad.

—Tonterías, Ana. —La voz áspera de Margrave se amortiguó gracias a la comida que tenía en la boca—. Te he dicho mil veces que ninguna persona decente bebe antes de almuerzo. Tomas demasiado y eso no me gusta.

Shayne cambió de sitio su silla y buscó un ángulo desde el cual los pudiera abarcar a ambos. Vió un gesto de rebelión en la cara de la muchacha, que, cuando desapareció, dejó sus facciones tan albas como antes.

Margrave bebió un sorbo de café y dijo:

—Mi hija cree que es moderno y elegante tomar whisky al desayuno y seguir haciendo lo mismo durante todo el día. Ella no puede admitir que un hombre no puede atender sus negocios en ese estado. Explíquesele usted.

—Al contrario, creo que es una magnífica idea —respondió Shayne pensativo. Cogió un vaso con agua que había en la mesa de Margrave, vació ésta en el balde del hielo y se dirigió a la muchacha.

—¿Me lo llena, señorita Margrave?

Una luz endiablada cruzó por los ojos de la muchacha.

—Todo el que desafía a mi padre y toma whisky al desayuno conmigo, tiene que llamarme Ana. —Dejó su vaso y cogió el balde—. ¿Hielo, señor Sayne?

—Dos cubos son suficientes —respondió el detective.

Dándole la espalda a Margrave, miró con interés y placer el cuerpo sinuoso de la muchacha, mientras ella echaba hielo y whisky en el vaso. "Tiene menos de veinte años y sus piernas son largas y esbeltas", pensó Shayne.

—Necesitará tener la cabeza despejada para abordar este asunto, Shayne —dijo Margrave, aclarándose la garganta—. No pienso pagar caro para no obtener nada.

(Continúa en la pág. 29)



CAPITULO

VIII

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR: El inspector Gentry supone que fué Shayne quien desvalijó el estudio del abogado Bates, para robar las cartas comprometedoras. El detective hace todo lo posible por convencerlo de lo contrario, pero el policía insiste en mandarle un médico para que le examine la herida que tiene en la cabeza y a un experto para que compruebe las manchas de sangre de su automóvil. En medio de la entrevista suena el teléfono y contesta Mike. Es un llamado para Gentry, en el cual le avisan que Michael Shayne voló a Wilmington esa mañana. El detective hace una comedia y engaña al policía, asegurándole que el llamado es de un supuesto cliente. Le da órdenes a Lucy Hamilton, su secretaria, para que tome pasajes para volar a esa ciudad. En ese instante vuelve a sonar el teléfono y el llamado resulta ser de un sujeto llamado Margrave, quien se interesa por darle datos a Mike respecto al asesinato de Ralph Carrol.



No desentone...
...siga el
compás de la moda

Las Telas CAUPOLICAN han sido creadas
para destacar su elegancia. La más
completa y variada colección de telas
para satisfacer los más finos gustos.

Las Telas CAUPOLICAN... harán
de usted una mujer inolvidable.



TEJIDOS

Caupolican

M. R.

Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 27)



vacillante, Ana volvió a tomar algo de lo poco que le quedaba en el vaso. Shayne sin volver la cabeza, respondió:

—Así es. Pero usted aún no me ha contratado. Ahora soy sólo un invitado. Y no necesita precipitar las cosas. El destello malevoló volvió a iluminar los ojos de la muchacha, mientras volvía a tomar otro poco de whisky. Miró la herida de Shayne.

—Tal vez necesite uno doble —dijo.

—¿Debería haber visto al otro! —le respondió el detective, haciendo una mueca y se dio vuelta hacia la mesa, con su vaso medio lleno—. Siempre me gusta saber claramente algunas cosas desde el principio —se dirigió a Margrave—. Cobro por mi trabajo si tiene éxito y los medios como lo consigo es cosa exclusivamente mía. Se hundió en la silla, bebió un trago del licor y preguntó con indiferencia: ¿Quiere que hablemos de la muerte de su socio? ¿O debo tomarme este trago y olvidar el asunto?

Margrave abrió la boca para contestarle, la volvió a cerrar lentamente, apartó su vista de los ojos suspicaces de Shayne y atacó de nuevo sus panqueques. Los roció abundantemente con miel, los dobló y se los echó a la boca. Después de mascarlos concienzudamente y de beber un sorbo de café, agregó:

—Quiero aclarar el asesinato de Ralph Carrol y contratarlo a usted. Pero, pienso y esto lo aprendí hace muchos años, que si se toma alcohol en la mañana, se está mal el resto de la tarde —terminó diciendo a la defensiva.

—A algunos les sucede así —concedió Shayne. —Dejó el va-

Los pecados son como las luces de los automóviles: las de los otros siempre nos parecen más fuertes que las nuestras.

so y encendió un cigarrillo—. ¿Por qué me llamó, señor Margrave? ¿Qué le hizo suponer que yo haría más que la policía?

—¡La policía! —rugió Margrave—. ¡Son unos idiotas! ¿Qué han conseguido? ¡Nada! Y nada conseguirán. —Apuntó hacia el detective con su tenedor—. Usted es diferente. Por lo menos, he oído hablar de usted. Dicen que cuando usted toma un caso lo sigue hasta el infierno, sin detenerse en nada.

—¿Detenerse? —preguntó Shayne—. ¿Se está deteniendo ahora la policía?

—Sus jefes sí. Por el incontrolable poder del dinero. Negocios importantes. Mi socio fué asesinado, Shayne, porque se atrevió a conducirse como un hombre y desafiar al Vulcan Chemical Corporation, de Delaware. Este es un delito de lesa majestad en los Estados Unidos.

—Espere un minuto —interrumpió Shayne—. ¿Sugiere, usted, que la policía de Miami recibe órdenes de Vulcan?

—Por supuesto que no directamente. Pero no nos engañemos! Ha sido atacado el poderío del monopolio. Cuando Ralph Carrol no pudo ser comprado ni atemorizado, fue eliminado para que sirviera de lección a los individuos que tengan la integridad o el valor de enfrentarse con intereses poco claros.

—Es mejor que me cuente la historia completa —murmuró Shayne, instalándose cómodo.

—Lo haré. —Margrave titubeó, con el tenedor listo para atacar el último de los panqueques. De pronto, lo puso sobre el plato y echó éste a un lado—. Es de conocimiento general y cosa fácil de ser comprobada. Carrol era un genio como químico. Fué contratado por Vulcan cuando se recibió hace seis años y fué colocado con un sueldo de esclavo, para que colaborara en sus laboratorios con cientos de otros muchachos jóvenes y brillantes, todos debían encontrar nuevas formas de enriquecer a la empresa. El trabajó tenazmente, en miserables condiciones, durante más de cinco años. Desarrolló varios sistemas, con los cuales hizo ganar millones a la compañía.

—Hace un año Ralph Carrol pasó revista a su situación. No se sentía amargado. Había aceptado un empleo en Vulcan, dándose cuenta de que debía poner su cerebro y sus capacidades a su servicio, a cambio del salario que le pagaban. Pero, ¿era ese un buen negocio? ¿Qué le ofrecía el futuro a un hombre como Ralph Carrol?

El monólogo siguió monótono y sin una pausa. Shayne

pensó que este discurso había sido repetido varias veces por Margrave.

—Un sueldo siempre igual! Unos pocos miles de dólares que le daban cada año a cambio de sus ideas que valían millones! Al final de años de leales servicios y luego de haberle dado todo a la compañía, una pensión miserable. Lo suficiente como para mantener juntos el alma y el cuerpo hasta la muerte.

—Eso era lo que veía Ralph Carrol para su futuro y como estaba en la plenitud de su vida, debía tomar una determinación. No tenía capital, sólo poseía confianza en su genio y capacidad.

—Para acortar la historia, le diré que renunció a su empleo y vino a pedirme un consejo. Formamos una sociedad y yo le instalé un laboratorio propio. Y, en seis meses, gracias a su iniciativa y alentado por la convicción de que recibiría un excelente beneficio por cada uno de sus descubrimientos, justificó la fe que yo tenía en él, perfeccionando un plástico nuevo, que sin duda, revolucionaría la industria. Algo que vale millones. —Margrave continuó hablando impasible—. Una vez que lo obtuviéramos en gran escala, todos los otros plásticos quedarían fuera de uso. Usted puede comprender el golpe que sufrió una firma como la Vulcan con tal descubrimiento. Fácilmente observará que no podían retroceder ante nada con tal de eliminar el nuevo procedimiento o conseguir controlarlo.

—¿Hasta el asesinato? —preguntó dudoso Shayne.

Margrave encogió sus hombros desnudos.

—No seamos ingenuos, Shayne. ¿Qué significa la vida de un hombre a una corporación? Un hombre que se interpone entre ellos y una ganancia de millones de dólares. Usted no es un niño. Me imagino que habrá investigado muchos crímenes cometidos por unos pocos cientos de dólares. —Pero, ¿la muerte de Carrol detenía la elaboración del plástico? —preguntó Shayne—. Ciertamente que usted me va a decir que el secreto de su fabricación murió con él y que usted no puede seguir produciéndolo.

—No, no voy a decirle eso, Shayne. Lo estamos produciendo en cantidad limitada, pero podemos seguir haciéndolo. El plan es mucho más ingenioso que eso. Tan pronto como Vulcan supo del descubrimiento de Ralph, le entabló un pleito a fin de conseguir que la justicia declarara que le pertenecía. Este alegato se sigue en la Corte de Delaware.

—¿Con qué base?

—La compañía fundamenta su querrela en el hecho de que Ralph hizo el descubrimiento en sus laboratorios y mientras estaba allí empleado. Estaba trabajando conforme a un acuerdo que estipulaba que cualquier descubrimiento hecho por él pertenecía a la corporación. Alega que Ralph se dio cuenta del enorme valor de su descubrimiento y guardó silencio. En vez de decirselo a sus jefes, indicó en su libro de anotaciones que el experimento había fracasado, renunciando y llevándose el secreto para su enriquecimiento personal.

—Me imagino que si llegan a probarle eso, ganarán el pleito —comentó Shayne.

—Por cierto, pero si lo pueden probar. Lo cual no les será posible, por supuesto. No hay en todo eso ni una palabra de cierto. Ralph Carrol era un hombre honrado. Cuando salió de Vulcan no se llevó consigo más que su propio genio. El proceso se desarrolló enteramente en nuestro laboratorio. Esto lo podemos probar sin una sombra de duda, a pesar de los informes falsos que la compañía ha conseguido de antiguos compañeros de Ralph y que han tenido que mentir para conservar sus empleos.

Shayne cogió su trago, que ahora se había mezclado completamente con el hielo.

—Dígame exactamente en qué forma beneficiaba a Vulcan la muerte de Ralph.

—Desaparecido Ralph, y con ello imposibilitado de declarar en su defensa, ellos conseguirán más del cincuenta por ciento de probabilidades de ganar el pleito entablado contra nosotros —dijo Margrave con amargura—. El testimonio falso que ellos presentaron ante la Corte queda sin contestación. Ralph Carrol era la única persona que sabía exactamente en qué se ocuparon esos meses que ellos alegan se dedicaron a desarrollar el descubrimiento, el único que puede deshacer los testimonios falsos y probar la verdad. Y ahora esa amenaza ha sido eliminada con un simple asesinato. ¿Cuál otro pudo haber sido el motivo? ¿Quién más podía conseguir criminales para semejante tarea? Shayne bebió un tercio de su whisky con agua y dejó el vaso sobre la mesa.

—¿No tiene otra prueba que presentar?

—Por cierto que no. Creo que esa la tiene que descubrir usted. Buscar al hombre o a los hombres que enterraron el puñal en el corazón de Ralph. Usted encontrará a Vulcan detrás de ellos. Una vez que tenga al verdadero criminal, creo que no le será difícil saber cuanto dinero le pagaron.

—Comprendo —murmuró Shayne—. Y ahora, como dato informativo, ¿qué me dice de la vida privada de Carrol? ¿No existe en ella un motivo de asesinato?

(CONTINUARA)

¿TE HAS PREGUNTADO ALGUNA VEZ?

...qué causa el "cototo" que aparece después que nos hemos golpeado la cabeza? Cuando se hieren los tejidos, el plasma —líquido que forma parte de la sangre— corre a prestar ayuda. Al acumularse en el sitio dañado, levanta el "cototo".

...por qué la cinta azul es comúnmente usada como símbolo de primer premio? Porque la cinta azul es parte de la Orden de la Jarretera, la orden más alta de caballería inglesa. Durante un baile en la corte de Inglaterra, en el Siglo XIV, a una dama se le cayó una liga azul. El rey Eduardo III, poniéndola en su propia pierna, cortó la risa de los cortesanos murmurando las palabras que serían el lema de la Orden: "Honi soit qui mal y pense!" (caiga vergüenza sobre el que piense mal). De acuerdo con los filósofos, hemos destacado la banda azul de la Orden de la Jarretera para indicar perfección en cualquier campo.



...si es dañino tomar agua con hielo durante las comidas? De acuerdo con los fisiólogos, no. El agua con hielo puede retardar la digestión uno o dos minutos y no hay evidencia de que cause perjuicio al canal alimenticio.

...si dos silbidos son emitidos al mismo tiempo sonarán el doble más fuerte que si se emiten uno a uno? No, la diferencia sería de sólo tres decibel, de acuerdo con los expertos en sonidos. Un sonido, por ejemplo, puede producir 75 decibel de sonido cuando es emitido. Dos producirían solamente 78 decibel.



...por qué las gallinas tienen carne blanca y carne oscura? Porque, caminan mucho y prácticamente no vuelan. Todos los músculos contienen mioglobina, la cual es un pigmento como la hemoglobina roja, que contiene la sangre. Cuanta más mioglobina haya, más oscura es la carne. La mioglobina guarda el oxígeno para el uso de los músculos en los momentos de actividad prolongada como es el volar. Cuanto más activo es el animal, más mioglobina necesita y ésta es proveída por la naturaleza. Como las gallinas usan mas sus musculos para caminar que los musculos para volar, sus patas y muslos son oscuros y sus alas y pechuga blancas. Las gaviotas que usan mucho todos sus musculos son de carne oscura. El músculo humano también es oscuro.

...cómo pueden calcular los detectives cuánto tiempo ha estado muerto un cadáver? Los tipos novelescos, por lo general, dan una mirada y pueden decirlo, pero a los detectives científicos les cuesta más trabajo. Toman la temperatura del cadáver, restan ésta de 36.5°, que es la normal y, después de multiplicar el resultado por 1.5 horas, que es aproximadamente el tiempo que necesita la temperatura para bajar un grado. Con la autopsia, por supuesto, el tiempo se puede precisar con más exactitud, pero a veces los detectives no esperan.



...qué hace que el corazón palpite? La respuesta fué descubierta hace sólo cincuenta años por dos científicos ingleses, en una masa de tejidos localizados en la aurícula derecha del corazón, llamada "el marca paso". Más o menos cada segundo el marca paso produce un impulso electro-químico que se propaga por un intrincado tejido de fibras nerviosas en las paredes del corazón, haciendo que los músculos de éste se contraigan.

...crecerá indefinidamente el pelo si no se corta? Estudios hechos en el Instituto Mellon, muestran que cada cabello tiene una vida de aproximadamente cinco años, después de los cuales cae, y si se tiene suerte, crece otro en su lugar. Ya que el pelo crece alrededor de media pulgada al mes, lo más largo que se puede llegar a tener es de treinta pulgadas. Algunas mujeres son excepcionales, entre las que se puede contar la mezzo-soprano Blanche Thebon, del Metropolitan Opera de Nueva York.

A las seis de la tarde vino Oscar a convidarme para que fuéramos al Mes de María en la iglesia del pueblo.

—Después podemos pasar a comernos un sandwich, —me dijo.

—Me encantaría —le repliqué y subí a cepillarme el pelo y a pintarme la boca. Pensé que, a pesar de unas cuantas miradas y de algunos comentarios de la gente, podría pasar una tarde agradable.

Oscar y yo entramos juntos por la nave central de la iglesia, entre gente que había conocido toda una vida. Una amiga de mi madre nos saludó y nos hizo señas para que nos sentáramos a su lado. Le presenté a Oscar. Hasta ese momento todo marchaba bien.

De pronto se hizo un silencio en la iglesia y se escuchó chirriar de una silla de ruedas que se deslizaba por el pasillo central. Me volví y vi a Rafael en su silla de inválido, empujado por su padre. Con ojos anhelantes buscaba a alguien entre la multitud. Se detuvo frente a mí un instante que me pareció un siglo, y luego su padre empujó la silla hacia adelante.

Pude sentir que todos los ojos se volvían para mirarme. "¿Lo esperó su novia? No, tuvo miedo de casarse con un inválido. Y eso que... bueno, sólo son murmuraciones, pero dicen..."

No pude escuchar el sermón del sacerdote y canté sin saber lo que hacía.

Al término de la ceremonia nuestro párroco anunció que el diez de diciembre se efectuaría la kermesse a beneficio de la casa de reposo de mis padres. Dijo que esperaba mucho de la generosidad de sus feligreses y que la dirección de las ventas y entretenimientos estaría a cargo mío.

El párroco alzó su mano para darnos la bendición y esto fué un verdadero alivio para mí. Me abrí camino hacia el exterior, olvidando completamente que Oscar venía siguiéndome, pues sólo deseaba abandonar la iglesia.

Sin saber cómo me encontré en su automóvil y comencé a sollozar. Oscar no me insistió en que nos detuviéramos a comer algo. Cuando se detuvo frente a mi casa me atravesó a mirarlo.

—Lo siento. Creía que podría soportarlo, pero es imposible. Toda la ciudad se ríe de mí y me odia.

—¿Estás segura de lo que dices? A mí, por el contrario, me pareció que todos se mostraban comprensivos. El propio párroco me ha dicho que vaya contigo a verlo.

—El no sabe lo que sucede fuera de su iglesia. Es como todos los sacerdotes.

—¿Qué te hace creer que los sacerdotes se ocupan sólo del alma de sus feligreses? ¿Quién se preocupa de que los niños pobres tengan zapatos para asistir al colegio? Tu padre me ha hablado mucho respecto a nuestro párroco. Creo que es un hombre muy comprensivo.

—Sí, es muy bueno, pero eso no es motivo para que sus feligreses también lo sean, ¿no es cierto? Eso no nos libera de ser un grupo de chismosos, comentadores y embusteros.

—No hables así —me replicó Oscar y se quedó en silencio. Luego, agregó como hablando consigo mismo: —En nuestro curso de filosofía aprendemos que a veces las personas que se sienten culpables de algo desean descargar esta culpa en

Tuve miedo

los demás. Así, el hombre que se lleva un objeto sin pagarlo, se justifica diciendo que las tiendas ganan demasiado dinero. A la mujer que coquetea con alguien que no es su marido, le gusta comentar el último escándalo. Eso se llama protección culpable.

—No continúes. Soy yo la calumniadora y la chismosa.

—No he dicho eso, Elena. No te vayas, conversemos un rato —me dijo al ver que intentaba bajarme del auto.

—No acostumbro a quedarme con un hombre en el automóvil —le grité y corrí en dirección a mi casa.

El aire puro me hizo comprender la magnitud de mi ac-

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR

Elena, desesperada, resuelve deshacer su matrimonio con Rafael, pues no se siente capaz de unirse a un hombre que no ama. Su familia cree que se trata sólo de una pelea y no le hacen mayores comentarios. La muchacha sale con un amigo de su infancia y se da cuenta de que su ex novio ha hablado de ella con los muchachos del pueblo. Por último, Elena encuentra, en su hogar, un poco de paz y apoyo gracias a la bondad de sus padres.

ción. "Ahora ha comprendido", me dije. Subí corriendo a mi pieza y cerré la puerta con llave. Una vez en mi cama, me di cuenta de que Oscar había adivinado lo que había pasado esa noche en el lago tan claramente como si le hubieran contado sus detalles.

—Adiós, Oscar —murmuré sollozando. Me acerqué a la ventana y le envié un beso diciendo: Por favor, llegue hasta él. Este es el beso que nunca le podré dar.

Los días pasaron lentamente. Varias veces fui al pueblo para comprar lo necesario para decorar nuestros jardines. Una tarde me dirigí a casa de mi amiga que se casaba, y contemplé su hermoso ajuar pensando que yo podía haber tenido uno similar. Ahora era inútil pensar en ello, había arruinado para siempre mi vida.

Mis amigas se mostraban comprensivas. No mencionaban a Rafael ni nuestra fracasada boda, pero el modo como evitaban deliberadamente hablar del tópico me resultaba una ofensa.

El diez de diciembre llegó y todo estaba listo en nuestra casa para recibir a los invitados. Me era imposible huir de la fiesta. Como hija del director debía atender a la gente, soportar sus miradas de curiosidad o desprecio, teniendo a Oscar a mi lado. Mi comentario respecto a que yo, no me quedaba con un muchacho en el automóvil había arruinado para siempre nuestra amistad. Una muchacha correcta supone que su compañero se comportará dignamente, y como yo no lo era, se lo había gritado a Oscar cuando él sólo había intentado darme un buen consejo. Ahora me despreciaría. Permanecimos casi todo el tiempo juntos atendiendo a la gente. En un momento, se me acercó y me dijo.

—Elena, quiero decirte que...

Un grito lo interrumpió. Coralia peleaba con Leticia, otra de nuestras asiladas.

—¡Leticia! —grité corriendo hacia ella.

Cuando volví nos reímos del incidente, pero el momento había pasado y no me dijo lo que estuvo a punto de decirme. ¿Qué sería?

Fuera lo que fuere ya había pasado la oportunidad. En ese instante llegaron los padres de Rafael y se dirigieron a saludar a mi madre. En sus rostros se veía que sólo habían venido porque lo consideraban su deber. Escuché que la señora explicaba que Rafael no los había acompañado, pues no se sentía del todo bien. Pensé que no se quedarían mucho rato, sólo el tiempo suficiente como para hacer acto de presencia.

La tarde se deslizaba monótona. Vi a papá recorrer el patio con el rostro ceñudo y luego dirigirse donde estaba Coralia. Por algún motivo desconocido para mí la estaba enviando a su cama. Al dirigirse a su dormitorio pasó a mi lado llorando por las palabras que le había dicho mi padre. Pronto me olvidé de ella y me dediqué a mis quehaceres. En ese momento mamá se me acercó y me dijo que parecía estar dormida.

—Estoy cansada. He vendido cuanto he podido, creo que voy a ir a acostarme.

—Son sólo las nueve y media y me puedes ayudar mucho —me replicó.

Preferí ayudar a papá, quien me mandó a acostar a Mar-



de no conocer el AMOR

CAPITULO

IV

ta. En el dormitorio le recomendé que no hiciera ruido para que no despertara a Coralia.

—Coralia no está aquí. La vi salirse por la ventana.

Me dirigí a comprobar lo que me decía y vi sorprendida que tenía razón. No me detuve a ayudar a desvestir a Marta. Bajé apresuradamente la escalera y me dirigí donde estaba mi madre:

—Coralia se ha escapado.

—¿Hace cuánto rato? —me preguntó asustada.

—No lo sé. Al principio creí que Marta me estaba mintiendo y no le hice caso.

Mamá llamó a mi padre y ambos decidieron buscarla antes de que oscureciera. A pesar de que los tres habíamos conversado en voz baja, la noticia se esparció y todos los asistentes nos rodearon para hacernos preguntas u ofrecernos ayuda. Alguien dijo:

—Coralia está demente, no debían tenerla aquí.

El padre de Rafael aprovechó para mostrarse de acuerdo: —No, no debería estar aquí, es una gran responsabilidad para ustedes.

—A ella le gusta la casa y se siente feliz con nosotros —le explicó mi padre.

Decidimos ir a buscarla en todos los automóviles que había. Oscar me pidió fuera en el suyo.

Partimos hacia el pueblo buscando su figura delicada en

cada sombra del camino. Las luces parecían luciérnagas que brillaban a lo lejos. De pronto fui yo quien rompí el silencio:

—Tal vez se ha detenido en algún restaurante.

—Es una buena idea, Elena, y tal vez a los otros no se le ha ocurrido. —Detuvo el automóvil frente a un restaurante que había junto al camino. Nadie le supo dar noticias de Coralia.

—Hay otros lugares más abajo —le sugerí.

Llegamos al pueblo y atravesamos su calle principal. La pastelería de Eduardo estaba iluminada. Mientras entraba en la tienda tuve un súbito presentimiento y me volví diciendo:

—Por favor Oscar, no me sigas...

A mi espalda se apilaban las figuras de dulces y los chocolates en sus cajas verdes, rojas y amarillas. El espectáculo de esta vitrina bien podía haber atraído la mente infantil de Coralia.

—A Coralia le encantan los dulces. Tal vez... —vacilé al ver la tienda vacía y cerrada la puerta que conducía a la casa de Eduardo.

—Podemos preguntar si está aquí. Tenía algún dinero, ¿no es cierto?

(Sigue a la vuelta)



Don Juan
M. R.



Tuve miedo
de no
conocer...



—El producto de algunas ventas de la tarde.
Nos detuvimos al escuchar una voz que desde el interior nos gritaba:
—¡Esperen un momento!
Luego se escuchó la risita juvenil de Coralia. Entonces abrí la puerta. Coralia estaba sentada en un diván. Su pelo rubio le cubría los hombros como un chal. El rostro de Eduardo se veía muy pálido bajo la luz difusa de la lámpara.
—No comprendo con qué derecho entran en mi casa. Creo poder recibir una visita.
Me dió miedo que la hubiera atraído con los dulces y que algo malo le pudiera suceder a la muchacha. Mis pensamientos los interrumpió la voz de Eduardo, que gritaba:
—¿Quién es usted para llamarme la atención respecto a algo? Ha pasado tardes encantadoras con Rafael, ¿no es cierto? Por lo menos, he oído que...

La conciencia es un caos de quimeras, anhelos y tentativas al horno de los sueños, la guarida de las ideas que nos avergüenzan, el campo de batalla de las pasiones.

VICTOR HUGO.

En ese momento, Oscar le lanzó una bofetada. Eduardo cayó contra la muralla, demostrando gran sorpresa.
—Usted... yo...
No hizo ningún movimiento para defenderse. Quedó frotándose la mandíbula y murmurando incoherencias.
—Le di su merecido —le dijo Oscar. Luego, volviéndose a mí, me murmuró sin mirarme—: Háblale, Elena. Llévenmosla de aquí.
—Tenemos dulces en la casa, linda, y allá podrás comer todos los que quieras.
Se inclinó sobre mi hombro. Era una vez más la niña buscando amparo y protección.
Atravesé la puerta que Oscar cortésmente me mantenía abierta. Ahora estaba definitivamente perdida toda esperanza de dicha entre nosotros, y de ello no podía culpar a nadie, ni siquiera a Eduardo.
No nos dirigimos la palabra en el camino de regreso. Dejamos a Coralia en brazos de mi madre. Yo también hubiera deseado cobijarme en ellos para que me consolara y me dijera que no me seguirían castigando, que ya había expiado mi culpa.
Papá fué al teléfono para anunciar que Coralia había sido encontrada. El

MUSCOIL
FINO ACEITE
Bronceador



CONTRA LAS QUEMADURAS DEL AIRE Y DEL SOL

BETTER
Petrizzio

CREMA Y
LIQUIDO



- Desodorante, antisudoral; blanca suave, delicadamente perfumada.
- Neutraliza el olor producido por la transpiración.
- No irrita la piel.
- No daña ni mancha la ropa de nylon, seda, lana o algodón.

LA NIÑA QUE NO SUPO EL NOMBRE DEL AMOR

Por Rodrigo García

párroco y media docena de señores más estaban tomando café caliente. Alguien dijo que los padres de Rafael se habían ido sin ofrecer su ayuda. En ese momento no me importaba nada. Ahora podían decir lo que quisieran, porque ya Oscar había sabido todo de boca del hombre más despreciable del pueblo. Lo único que ansiaba era dormir días y días. Empecé a subir tristemente la escalera. Me sentía cansada, como si de pronto tuviera cien años.

Iba a medio camino cuando escuché que alguien me decía:

—Elena...

—Voy a acostarme.

—Es aún temprano, Elena. Podemos ir a dar un paseo. —La voz era cariñosa y comprensiva.

Lo miré y vi reflejadas en los ojos de Oscar toda la simpatía y la piedad que sentía por mí. En ellos no había ni amor ni respeto, sólo una gran comprensión...

Salimos al prado. A lo lejos titilaban las estrellas.

—En la tarde traté de decirle algo, Elena. Tal vez ahora pueda.

—¿Sí? —Mi corazón latía violentamente.

—Lo que quería decirte era que de ahora en adelante no podré venir a visitarte muy seguido, porque formo

Los médicos son los más felices de los hombres: los éxitos que puedan tener, son proclamados por el mundo entero, mientras que sus errores los cubre la tierra.

FRANCIS QUARLES.

parte del equipo de fútbol. Quisiera que tú fueras a verme jugar todos los partidos.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. No me consolaba ni me decía que no me castigarían más, sino que me daba oportunidad de comenzar una nueva vida. Aún tenía por delante varios años antes de recibirse, y yo debía completar mi curso de enfermería. Años en los cuales debía enterrar de mí existencia un recuerdo ingrato. No podía escapar de él, sólo podía reponerme de sus consecuencias. Cuando así lo hiciera, podría mirar nuevamente al futuro.

—No sé qué decirte, Oscar... —murmuré, y, luego, como Coralía, me refugié en sus brazos, sollozando.

—¿Para qué dices nada? —me replicó, sonriendo.

Las palabras, en verdad, no dicen nada; en cambio sus brazos eran cálidos y tiernos. No denotaban amor, pero sí amistad y amparo. Nunca nada me había parecido tan hermoso. Me enjugué las lágrimas y volví a contemplar mi hogar. En seguida caminamos de la mano, en silencio, con los ojos fijos en las estrellas y los pasos ligeros sobre la tierra húmeda.

Margarita era una muchacha extraña: no le gustaba permanecer al lado de los demás, prefiriendo refugiarse en su íntima soledad. Sola caminaba cerro arriba, sola permanecía frente al lago mirando a lo lejos cómo el sol se iba perdiendo hasta que ya no quedaban más que rojos destellos en el cielo. Margarita soñaba con su soledad en aquellos instantes puros en que, sin oír nada más que la sinfonía de la naturaleza, ella podía entregarse a sus meditaciones. Margarita gozaba sintiendo el cálido viento refrescarle, abrazarle la frente. Era como sentir la delicada fragancia de un durazno maduro y jugoso, que se derramara por su boca sedienta de emociones. Era como beber el sol entre los dedos, como sentir la mano cariñosa de la luna que le cerrara tranquilamente los ojos.

Margarita era una muchacha que buscaba la soledad, para encontrar la compañía de sus imágenes, de sus sueños... A veces se sobresaltaba cuando —sin quererlo— comenzaba a imaginar que alguien la vendría a buscar. Era un joven alto, de tez tostada, de largos y finos dedos; de amplia frente... y de una mirada que la trastornaba. Y así permanecía con él, soñando que no se hablaban, imaginando que apenas se miraban. Pero el día siguiente, cuando Margarita quería volver a soñar otra vez con su joven galán del día anterior, la vista se le nublaba y —por más esfuerzos que hacía— no volvía a encontrarlo nunca más en el mundo de sus fantasías.

Margarita, de tanto mirar el lago azul, de tanto beber el color del sol... comenzó a sentir nostalgia de alguien, de una persona que a su lado experimentara sus mismas emociones, que vibrara ante los mismos estímulos que a ella le impresionaban.

Y desde el instante en que descubrió que estaba viviendo muy sola, comenzó a ir a la orilla del lago no para buscar el sol, ni la belleza del agua, sino para esperar a su amado, a aquel a quien su corazón ya estaba amando. Pero el muchacho fuerte, robusto, sano y hermoso no llegaba. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Qué distraía su camino? ¿Qué impedía su paso? ¿Por qué no avanzaba como el viento, como el aire? ¿Por qué no aparecía suavemente como la luz de la mañana? ¿Por qué no estaba en el lugar del sol para que ella pudiera verlo a cualquiera hora, y en cualquier parte...? Y entonces, el desencanto fué haciendo fácil presa en el corazón angustiado de Margarita, la niña que soñaba con fantasías. Ella no veía a nadie a su alrededor... su amado había de venir bajando las montañas, emergiendo del lago... no podía ser de otro modo; cabalgando en una nube, bogando en una ola... aparecer por entre la espuma... Ella no se lo imaginaba como cualquiera de los seres vivos: tenía otra estatura, parecía otra cosa, como venida del cielo.

Muchos jóvenes se acercaron a Margarita, le hablaron, le hicieron oír la voz de su aliento; acercaron sus labios y sus mejillas apasionadas... pero Margarita permanecía inmóvil, esperando siempre que —de un momento a otro— habría de bajar de las montañas aquel otro ser, inverosímil en su belleza, que le tenía aprisionada en sus recuerdos.

Margarita fué perdiendo el color, y ya no brincaba de alegría cada vez que el sol se hundía en el lago, acostándose boca arriba y manchando de grana el cielo. Ya no le agradaba el canto de los pájaros; ni el rumor de las olas... Margarita estaba muerta... Esperaba, esperaba inútilmente que su sueño se hiciera realidad; o que su realidad se transformara en sueño.

Un día Margarita sintió que la vida, que las pulsaciones, que el calor huían de su cuerpo y que ella quería vivir... pero que todo parecía imposible. Los párpados apenas se abrían, y sus manos encrispadas no podían sostener nada. Sintió que su cabeza se prolongaba, se prolongaba hacia el infinito y que un fuerte dolor oprimía su corazón. Respiraba con dificultad y apenas podía mover los labios... Fué en ese instante supremo cuando —desesperada— creyó oír que alguien la llamaba por su nombre:

—Margarita!... Margarita!...

Era la voz de un muchacho joven, de fuertes pulmones que gritaba a más no poder, mientras la montaña devolvía en eco, el mismo angustioso llamado:

—Margaritaaaa!

Margarita comprendió; ahí estaba él... él, a quien ella había esperado inútilmente días y noches; noches y días, inmóvil, con la vista pegada a la roca, horadando la montaña para desenterrar a su amado... Trató de incorporarse de la cama, pero apenas se inclinó un poco un desvanecimiento le aplastó de nuevo. Quién sabe cuánto tiempo estuvo allí, sin conocimiento... Los angustiosos gritos del muchacho que la llamaba y, ante la terrible perspectiva de no hallarlo más, hicieron posible un milagro: Margarita se incorporó, bajó el suelo... y casi arrastrando los pies, saltó a la playa... allí se desplomó; el sol, al verla, palideció... y hasta las hojas de los árboles se oscurecieron... un fuerte viento golpeaba las sienes de Margarita, pero la niña ensoñada avanzó a pesar de las dificultades, hasta que llegó a la ribera de la playa... A lo lejos, bien lejos... vio la lancha de su amado que gritaba:

—Margarita!... Margarita!... —con una voz que apenas se oía...

La muchacha trató de alzar el brazo, de gritar algo, en fin, de incorporarse... pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: cayó desplomada, mientras su joven amado seguía llamándola sin que ella pudiera responder...

Margarita hundió su rostro en la arena, y de allí ya no se levantó más.

Al día siguiente los pescadores que le encontraron desfallecida, dijeron que Margarita había muerto de desesperación. Sus manos aparecían encrispadas, hundidas en la arena, mientras en sus ojos se leía un gran asombro, una gran desilusión.

Margarita había muerto porque no sabía cómo responder al grito de su amado. Margarita había muerto, porque no conocía el nombre del amor.

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

viejo animal no sobrevivirá otra limpia-
da —añadió.

—¿Viejo? —inquirió Lucía, impresio-
nada—. Esa estola se vé como recién
comprada.

—Le diré un secreto —dijo la señora
Alicia, inclinándose hacia mi esposa—.
La compré en una peletería de esas que
venden cosas de segunda mano. Es ex-
traordinario lo nuevas que las hacen
parecer, ¿verdad?

—¿De segunda mano? —repitió Lucía,
con incredulidad.

—Claro que sí. Ahora veamos, las ver-
duras debe comprarlas en el mercado,
y para conservas vaya al almacén de
don Tulio, y... ¡oh!, la lista es dema-
siado larga. ¿Por qué no va a almorzar
a mi casa el lunes y hablaremos de to-
das estas cosas?

—¿Qué? —preguntó Lucía. Parecía
estar soñando. Oh, sí. Muchas gracias,
estaré encantada de ir.

—¡Magnífico! Ahora debo irme. Buenas
noches.

—¿Qué te había dicho? —le pregunté
una vez que la señora se hubo marcha-
do—. Una mujer encantadora y amable.
¿Te das cuenta ahora de lo equivocada
que estabas?

Lucía asintió quedamente.

—Su visión es de segunda mano —dijo
con variados tonos de sorpresa.

Y de pronto, muy agradecido, me di
cuenta de que la clave para mi pro-
blema económico estaba en mis manos.
La visita de la señora Medina hizo
ver a Lucía que no estábamos social-
mente arruinados y sirvió para ter-

Mi
Adorable
Mujercita



—Sí. Creo que comprendo —fué su res-
puesta.

—¡Loado sea Dios! —exclamé con de-
voción y sentí como si una enorme
piedra hubiera sido retirada de mis
hombros.

—Lo siento, Leopoldo —dijo Lucía con-
trita—. He sido una necia. Te juro que
desde ahora en adelante seré buena.
—Esa es mi niña —murmuré emocio-
nado—. ¡Esa es mi niña adorable!

Tengo el orgullo de notificarles que
Lucía ha sido fiel a su palabra. No
ha gastado ni un centavo innecesaria-
mente desde esa noche en la posada.
Todo lo que ahora gasta es para los
requisitos esenciales de un hogar. Eso,
por supuesto, es lo suficiente para man-
tenerme sin un diez todo el tiempo...
pero, ¿quién no está en las mismas con-
diciones? Me complace el que no se
gaste en frivolidades.

No, eso no es verídico. Hubo un gasto
innecesario; pero fué mío, no de Lucía.
Ella no sabe nada al respecto. Sucedió

Un campesino muy ignorante fué a ver al médico, quien,
después de examinarlo, le dijo que tuviera cuidado con
lo que comiera; que no lo hiciera más que cuando tu-
viera apetito. Días después se encontró el facultativo con
el hombre y le preguntó cómo se sentía.

—¡Ahora me siento muy bien! —le respondió—. Esperé un día, el apetito no
vino; esperé dos días, el apetito no vino; esperé tres días, y como tampoco vino
el apetito, y yo sentía tanta hambre, comí sin esperar.



minar la dramática prueba que necesi-
taba para convencer a Lucía de que
estábamos en mil novecientos cincuenta
y cuatro.

—¿Ves? La señora Alicia no se aver-
güenza de comprar cosas de segunda
mano. Toda la gente está haciendo co-
sas que jamás pensaron hacer, incluso
la millonaria dama de sociedad que
acaba de estar con nosotros. Todo el
país está economizando, los ricos y los
pobres al igual. Todos tenemos que ha-
cerlo en estos tiempos. ¿Comprendes
eso ahora, Lucía?

Miré a sus ojos esperanzado y por pri-
mera vez vi en su mirada la compren-
sión.

el lunes después del encuentro con
Alicia Medina. Compré una docena de
rosas y se las envié a una dama en-
cantadoramente comprensiva, porque
descubrí que había dicho una mentira
encantadoramente comprensiva. Me
refiero a la señora Alicia.

Mi trabajo, ustedes recordarán, consiste
en revisar todas las pólizas nuevas. El
lunes al que me refiero una póliza lle-
gó a mis manos.

El seguro había sido tomado una se-
mana atrás. Estaba extendido a nom-
bre de Alicia Medina, por la cantidad
de cien mil pesos, asegurando una esto-
la de visión.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla
84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 245.— Recargo por vía
certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual:
U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Se-
mestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 4 de febrero de 1954 - N.º 1032

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y
por lo tanto no puede contratarlas".



Traje y estola confeccionados en género de algodón HIRMAS. Palmeras, negritos e islas; exótico diseño creado especialmente para usted.



Algodones **HIRMAS**





Nutritol

el rey de los alimentos, porque reúne elementos nutritivos, calcificadores y de fácil asimilación.

Confidencias

de Margarita

M. R.

N.º 1033

\$
10
MONEDA CHILENA

CITAS PELIGROSAS

UNA
EXPERIENCIA
CRUEL

UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial.

EL CORAZON NO
SE ENGANA

EL EMBRUJO DE
EGIPTO,
novela.

¿ES EL AMOR
TODO?,
artículo.

EL MOLDE DE
LA SEMANA

AMOR SIN
HISTORIA

Esa tarde en la
playa viviría con-
migo para siem-
pre. Fué un día
especial, porque
sucedió algo es-
pecial: Jorge y yo
nos enamoramos.



Una "Sabrosa" fiesta en su cocina



Calidad garantizada

Pureza absoluta

Contenido exacto

Sabor uniforme

FABRICA NACIONAL DE ACEITES, S. A.

Distribuidores exclusivos:



NUESTRAS madres jamás aprendieron a nadar. Esto no las privó, sin embargo, de llevar a sus hijos a la playa y, cuando nuestros padres insistían en que debían hacerlo para el caso de que pudiera presentarse una emergencia, nuestras madres respondían que en caso de peligro, su amor maternal instantáneamente les revelaría rudimentos de natación.

En otras palabras —para ellas—, el amor era todo.

Antaño la respuesta a la pregunta ¿es el amor todo? era más simple. Si se le hacía a una mujer, ésta era sí, y si a un hombre, era no, porque el amor era todo para la mujer, mientras que para el hombre era algo aparte. Ahora la respuesta es complicada, por el hecho de que los límites que separan el mundo de ambos sexos se están juntando.

¿Hay, en realidad, esa verdadera mística del amor, que antes se suponía que existía? La muchacha pre-freudiana, con sus crinolinillas, con su libro de oraciones y su guardapelo colgado al cuello, no tenía que decidir y, por lo tanto, no tenía problemas. Para ella había mística o no había nada. Entonces la hermosa niña no hablaba del amor de casada hasta no contraer matrimonio, y tenía poco dónde leer al respecto.

Nosotras podemos elegir y por eso tenemos problemas. Aunque nuestras elecciones son más limitadas de lo que una puede pensar a primera vista. La verdad está en el aire. Las perspectivas del corazón han sido filmadas y fotografiadas. Es difícil ser primitiva en el campo amoroso. Por eso ahora, sea o no el amor todo, no podemos ignorarlo como en 1854.

Pero presentimos que 1854 y 1954 pueden estar fácilmente de acuerdo sobre una definición del amor que cualquiera otra fecha con 1924, y que ambas pueden asentir sin dificultad en que el amor, si se le define en forma exacta, es todo. La "señorita Crinolina" y la "señorita Slacks" concordarían en que amor es ese placer de estar juntos, creando así un mundo nuevo. El mundo antiguo, ya muy usado, muy conocido y monótono, desaparece y es reemplazado por uno nuevo, que tiene toda la frescura del Edén, para una Eva recién despertada. Es un placer vivir en tal mundo.

Para nuestras dos muchachas, a pesar de enfrentar el matrimonio con un siglo de diferencia, el amor debe ser todo. El amor es alegría. El amor es también fe. Tiene que serlo. El amor es aun una cosa arriesgada: la seguridad social que garantiza es insignificante y los beneficios que trae en la vejez —aunque considerables cuando se realizan—, no se pueden gozar por adelantado. Una parte del goce del amor es su fe: el poder ver en el ser amado algo que nadie pudo ver y que posiblemente no existía hasta que no lo descubrió la fe.

Hay un deseo vehemente, tal vez irrazonable, en la mayoría de las mujeres, de que el amor debería ser todo. Como mujeres que somos, nos identificamos con nuestro amor. Si ese amor no es todo, tampoco lo seremos nosotras. Tendremos que medirnos a nosotras mismas con la vara del amor. ¿Hemos amado real y sinceramente? ¿No?, pues ninguna otra cosa nos reconcilia con nuestra vida. Hemos fracasado en lo que es principalmente la vida, la función de amar.

Nuestras horas más felices de recordar serán esas en que el amor se expresó con acciones de amor. El amor es un sentimiento, pero está encerrado y frustrado hasta que no encuentra su

Visita de Imp. y Bib.
9 FEB 1954
Depósito Legal



¿Es el amor todo?

forma de expresión. El amor es un sentimiento, pero el amor como sentimiento no es todo. Y desde que no es todo, el matrimonio es la combinación más satisfactoria para que dos seres humanos expresen la potencialidad de su amor. El matrimonio proporciona a la expresión del amor más grados y garantiza —más que cualquier otro estado— la exclusión de esos elementos que perturban el crecimiento del amor. Cada muchacha, la de 1954, tanto como la de 1854, sentirá al enfrentar el matrimonio lo siguiente: "Si mi matrimonio va bien, todo lo demás puede ir mal y no importa mucho". El amor es un mundo dentro de un mundo, tanto un escape del mundo externo, como una cima desde donde éste se puede ver mejor.

Esta convicción respecto al matrimonio —y al amor—, que parecería ayudar a asegurar su éxito, puede ser un albur. El mundo del amor está amenazado si se esperan de él cosas imposibles. Una relación personal, no importa cuán amorosa sea, no puede hacerse cargo de reuniones sociales, obras de iglesia, ni aún de juego de tenis. En este sentido, el amor no es todo. Todos tenemos un hondo sentido de posesión. Todos queremos ser parte de la boda. Pero hasta nuestro propio matrimonio no nos dará carta vitalicia de miembros de una colectividad —ni aún en la raza humana—. Tenemos que probar una y otra vez nuestro humanismo. Mucha gente, hoy en día, está buscando en las relaciones personales, particularmente en las relaciones con el amor erótico, respuestas que no pueden encontrarse ahí, y que

si las encuentran son equivocadas e insatisfactorias y, como resultado, dicen que el amor no es todo.

El amor no es todo para dar felicidad al poeta que no está escribiendo poesía, para el ciudadano del mundo que sufre de la claustrofobia, de una herencia insular, para el santo que está buscando a Dios, para el aventurero que no está cortejando el peligro, para el pensador que no está pensando. En este sentido el amor no es todo para 1954, ni lo era para 1854.

En 1920, por razones pobres, se pensaba que el amor era menos que suficiente. Había un espíritu errado que inclinaba a las muchachas a creer que amar totalmente, es decir hacer al marido el centro de sus vidas, no sólo sería un signo de debilidad de su parte, sino que una gran tontería, desde que la estabilidad del matrimonio se sostenía en la arrogancia femenina y en mantener una posición dominante.

Un marido era una persona ideal si se le podía dejar o tomar. "Qué estúpida, dejar que el marido llegue a ser tan importante", nos decía una joven casada, al observar el dolor de una viuda reciente. "Yo pretendo tener tantos intereses que apenas llevo a darme cuenta de la presencia de mi marido". En vida o muerte, quería decir. Y nos parecía, entonces, Dios nos perdone, que su intención era razonable.

De modo que nos estábamos alejando en una práctica tan loca como pagana.

No íbamos a exponer nada en el amor o en la vida, no nos arriesgábamos a

(Continúa en la pag. 34)



Mi mamá tomó Vitamaltina!

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DÉBILES Y VIGORIZA A LOS SANOS



M

E senté en una de las sillas del jardín de la casa de Jorge, con la vista fijé en la casa del frente, la de Teresa. Eran más o menos las diez de la noche y la pálida luz de la luna iluminaba el tan conocido jardín, en forma imponente. Pero no era la hora, ni la obscuridad, ni la posibilidad de que la madre de Jorge me viera allí, lo que me producía ese desagradable cosquilleo en la boca del estómago. Era el anticipo de mi próximo encuentro con Jorge.

Yo jamás había entrado a esta casa o a este jardín, sin embargo, me eran familiar, ya que durante mis dieciséis años de vida, habré pasado por aquí, más de un millón de veces. Si me fuera de la ciudad, mañana y nunca volvería a ver esta casa, sé que la recordaría siempre.

Pero era Jorge quién se iba mañana. Se iba a la universidad. ¡Oh! Con qué rapidez pasa el tiempo. El pensar en ello hizo brotar lágrimas de mis ojos y que las luces de la calle parecieran media docena de lunas nebulosas.

Yo sabía que Jorge no me iba a llamar para despedirse, ni que iba a ir a mi casa para comunicármelo personalmente. Es ésa la razón por la cual estaba en este jardín oscuro, sin ser invitada, esperando a que llegara. Pero antes de decirle adiós, le formularía la pregunta que quemaba mi corazón.

Hasta esta mañana, sólo había sido una puntada vibrante y dolorosa. Cuatro de nosotras habíamos estado jugando tenis en el estadio. Mientras Eugenia y Virginia completaban un set, yo estaba sentada en un banco con Teresa.

—Voy a salir con tu antiguo pololo, Luisa — me dijo, sin saber y sin querer herirme. Pero la noticia taladró lo más profundo de mi ser. Se habría producido un silencio si Eugenia no se hubiera acercado a nosotras en ese momento en pos de la pelota.

—¿Con Jorge? — le preguntó a Teresa. — ¿Cómo así?

—¿Qué quieres decir con eso? — preguntó Teresa. — Porque yo le gusto, por eso...

—Yo no tenía la menor idea de que lo conocías — explicó Eugenia. — Encontró la pelota y se dirigió a la cancha.

—Pero todos nos conocemos, ¿verdad? — me preguntó Teresa. — Tú y Jorge no fueron presentados formalmente, ¿no es así Luisa? ¡Dios mío! Se puede decir que todos crecimos juntos, en el mismo vecindario. Es tiempo que Jorge reaccione y comience a invitar a alguna de nosotras a salir.

Mi corazón latía desahogado de indignación por esa última frase. *Alguna de nosotras*. ¡Yo no era una del montón en lo referente a Jorge! Yo era especial para él. Tenía que ser, tenía...

—¿Luisa! — exclamó Teresa, aguijoneándome con una ramita. — ¿Dónde estás? ¿Nuevamente soñando despierta?

Luché porque mi voz sonara calmada. —No, estoy contigo. ¿Qué fué?

—Dije que tú y Jorge no fueron presentados formalmente, ¿no es así? — repetí con voz monótona. — Dime cómo quebraste el hielo con él. ¿O es acaso algo que no deseas recordar?

Pero sé que estuviste loca por él durante mucho tiempo, y siempre me he preguntado cómo llegaron a juntarse.

—Nada especial — comenté quedamente. — Simplemente me llamó por teléfono un día; eso fué todo. Era una mañana como ésta, claro que fué en enero, el veintitrés de enero. Yo no reconocí su voz por el teléfono. Jamás se me había ocurrido que me podría llamar. Yo estaba segura de que era Roberto. Y, cuando dijo:

—Estás hablando con Jorge...

CITA

Ahi me detuve; mi corazón desbordaba al rememorar ese instante maravilloso. No supe cómo logré contestarle. Mi corazón había tomado un tinte rojo y el pulso se me aceleró por la incredulidad de su invitación a la playa.

—¿Y entonces qué le dijiste?

—¿Hmm?

—¡Oh, estás soñando despierta! — exclamó mi amiga, poniéndose de pie. — Ven, vamos a jugar.

Ahora, tratando de tragarme las lágrimas, volví a esa gloriosa tarde de veintitrés de enero. Viviría conmigo para siempre. Fué un día especial porque algo especial sucedió: Jorge y yo nos enamoramos.

Mi madre me ayudó a arreglarme. Yo estaba totalmente torpe esa mañana, imposibilitada siquiera de peinar mi pelo rubio y largo. Ella colocó el traje de baño, la toalla y la gorra dentro de mi bolsa de playa en el momento en que Jorge estacionaba el automóvil de su madre frente a la puerta de mi casa.

Era un sedán negro y largo y en el asiento de adelante había suficiente espacio para otra pareja, pero íbamos solos. Yo estaba terriblemente feliz de ello, pero también algo tímida. No supe qué decir en el camino de ida. Aún no podía creerlo. Sólo cuando llegamos a la playa, ya habíamos entrado en confianza. El ponerme el traje de baño en las cabinas me tomó unos segundos.

Mi traje era sencillo, y de dos piezas. Pero me hacía ver muy bien.

Cuando puse los pies en la tibia arena, no vi a Jorge. Me sentí muy incómoda. Yo sabía que estaba en algún lado, mirándome. Y luego lo vi esperándome en la balsa. Me lancé al agua.

Cuando llegué a la balsa y afirmé los brazos en ella, me sonrió con alegría.

—La reservé para nosotros. Podemos usarla cuánto deseemos — comunicó.

Nosotros. Siempre había sido una palabra agradable, pero ahora sonaba en mis oídos como una música maravillosa. Me ayudó a subirme y nos tendimos, uno al lado del otro, a recibir los penetrantes rayos del sol.

No había mucha gente bañándose. Comentamos sobre eso. Hablamos del sereno azul-verdoso del mar y de la pureza de la arena blanquísima. Luego guardamos silencio durante un rato.

De pronto, Jorge tomó mis manos entre las suyas. La sostuvo como si las estuviera estudiando y mi corazón apenas latía. Luego sus ojos se encontraron con los míos. *Sus ojos han captado el color del mar*, pensé, pero no dije nada.

No podía haber hablado. Era irreal: no podía ser cierto. Era tanto mejor que mis millares de sueños con él.

Después de un par de minutos comenzamos a hablar nuevamente.

No puedo decir con exactitud cómo pasó la tarde. Hay fragmentos vívidos en mi memoria, tal como ese instante en que nuestras miradas se juntaron sobre nuestras manos enlazadas. Como el momento en que estábamos sentados en la arena y Jorge dibujó un corazón, poniendo sus iniciales dentro de él. Yo esperé. Me imagino que él

PELIGROSAS

Una historia del primer... amor de una muchacha alocada y de un muchacho con suficiente cabeza como para notarlo.

aguardaba a que yo pusiera las mías pero no lo hice. Inesperadamente, me tomó en sus brazos, borrando el corazón. Eso decidió el resto del tiempo que pasaríamos juntos. Jorge y yo éramos el uno para el otro, tal como yo lo había soñado un millón de veces.

Finalmente, nos vestimos y tomamos un refresco en el restaurante de la playa. Jorge me obligó a llamar a mi madre para decirle que estaba perfectamente y que estaría de vuelta en un par de horas más.

Era un gesto muy suyo. Yo había salido antes con muchachos, pero jamás me habían sugerido algo similar. Claro que Jorge era más que un muchacho. ¡Tenía diez y ocho años!

Dió vuelta el auto hacia la playa, de manera que podíamos ver la luna y el mar y, a la vez, quedábamos ocultos detrás de un gran árbol. Yo no podía emitir palabra y él tampoco habló. Estábamos como en las nubes a consecuencia de lo maravilloso que acababa de nacer entre nosotros.

Yo quité la vista del mar y la posé en mi compañero. Jorge me estaba observando con una sonrisa en los labios. La sonrisa desapareció cuando nuestras miradas se cruzaron. Y luego me acercó a él.

Nuestro primer beso fué como el reflejo de la luna en el agua. Suave, casi un poco frío, y nuestros labios temblaron al separarse. Y yo pensé: ¡Después de todos estos meses! ¡Vivir en un sueño! No me dejen despertar jamás.

—¡Luisa! —murmuró con sus labios en mi cabello. Levantó mi cara hacia la suya y nuestros labios se juntaron nuevamente en un beso maravilloso e interminable.

Fué distinto a todo lo que yo había conocido, aunque me habían besado antes. No había comparación entre los besos de los otros y los de Jorge. No había nada aterrador en el amor de Jorge: era tan maravilloso, tan caballero... ¿Qué podía haber de malo en todo esto? Y, además, ¿no me había dicho que me amaba? Casi lo había dicho.

Fué después de casi dos horas cuando me llevé a casa. Nos costó separarnos en la puerta de mi casa, aunque ya habíamos quedado de acuerdo para salir al día siguiente. Aún cuando nuestros cuerpos se separaron, nuestras manos se negaron a hacerlo. El sonrió y dijo: —Es mejor que entres para que tu madre te deje salir conmigo nuevamente.

—Claro que sí —respondí y me di vuelta bruscamente.

No caminé por la escalera. Volé. Volé hacia mi dormitorio como en las nubes y me costó mucho conciliar el sueño, de pura felicidad. Cuando estaba comenzando a aclarar, logré dejar los recuerdos a un lado para cerrar los ojos. ¡Y no había escrito ni una sola palabra en mi diario!

¡Eso era pavoroso! Hasta esa noche, mi diario había sido lo más importante en mi vida. Desde los catorce años, cuando me enamoré de Jorge, solía correr desde el colegio a casa para llegar a escribir. Mi diario lo venía nombrando desde entonces.

El estaba en sexto año, yo en cuarto. Su primera hora de clases estaba cerca de mi casillero y yo solía esperar allí para verlo pasar por el corredor y entrar a clases. ¡Siempre que lo veía, mi corazón comenzaba a hacer locuras y mis ojos se posaban en él, desafiándolo a qué me mirara! La mayoría de las veces entraba a la clase sin verme, pero cuando llegaba a mirar en dirección mía, cuando sus ojos por casualidad se detenían en los míos por una fracción de segundo, todo el mundo parecía detenerse. No habría estudio para mí ese día, no hasta después de haber llegado a casa y haber escrito todo el incidente en mi diario.

Mi amor fué constante durante exactamente diez y ocho meses. Y ahora era el veintitrés de enero y mis sueños se habían vuelto realidad.

Al día siguiente fuimos a una reunión del coro del colegio, las que se llevaban a efecto en la casa del director, en las afueras de la ciudad, al aire libre. Había un telón para dar cine y todos llevaron mantas para sentarse en el suelo bajo los árboles. Nosotros también llevamos una y Jorge eligió un lugar cerca de la muralla del jardín. Conversamos y nos reímos hasta que se oscureció lo suficiente para que el coro comenzara a cantar. Lo primero que cantaron fué, por supuesto, la canción nacional. Nos pusimos de pie, uno

al lado del otro, y observamos la bandera flameando. Jamás había cantado con más gusto y con más sentimiento. El estar enamorada hace ser más patriótica, más agradecida, más de todo lo bueno que jamás se ha sido.

Cuando nos sentamos nuestras manos se juntaron e instantáneamente me recorrió una especie de electricidad. Recuerdo haberme preguntado si duraría para siempre esa deliciosa emoción que aportaba su contacto.

Tal como era, era ya demasiado para nosotros. No podíamos apartarnos uno del otro. Estábamos ocultos de los transeúntes que pasaban por la callecita del lado y frente a nosotros, el confuso grupo se movía rítmicamente al son de las canciones que nos llegaban como en un sueño. Canciones dulces y nostálgicas, para agudizar el hermoso dolor del amor no enteramente satisfecho.

Jorge y yo estábamos absortos en la música, pero a la vez solos, envueltos en la red del amor. Y durante dos horas avivamos el fuego con nuestros besos. Creo que los dos nos sentimos algo aliviados cuando el grupo se levantó y pasó por nuestro lado. Nos separamos y nos pusimos también de pie y Jorge dobló la manta. No hablamos hasta llegar al automóvil.

—¿Te gustaría pasar a alguna parte en el camino a comer algo? —me preguntó.

—No tengo hambre —repliqué, aunque deseaba parar. Deseaba quedarme a su lado para siempre.

Hablamos poco en el camino de regreso, pero Jorge encendió la radio del auto. Era agradable estar juntos, oyendo música, en vez de conversar. Cuando detuvo el auto frente a mi casa yo me lancé ansiosa a sus brazos sin pensar si debía o no hacerlo. Era inconcebible entrar sin el beso de buenas noches. Jorge me besó una vez y luego me retiró de su lado juguetonamente.

—¡Tú! —murmuró en tono acusativo.

—¿Qué pasa conmigo? —inquirí con aire coqueto.

Sonrió y movió la cabeza.

—No sé, pero hay algo —fué su respuesta.

Estando ya en la puerta de mi casa, me convidó a salir para el domingo. Me maravillé por la facilidad de mi respuesta. Una vez adentro, me afirmé en la puerta y me pregunté cómo podía estar tomando esto tan a la ligera. Mis más locos sueños eran ya una realidad y yo actuaba tal como si las estrellas se cayeran del cielo todas las noches del año.



Jorge me llamó el domingo en la tarde para decirme que pasaban una película magnífica en el teatro al aire libre y que si me agradaría asistir. Le contesté que sí. Sólo había estado allí una vez y con mi familia.

Estaba recién inaugurado, pero ya te-

(Sigue a la vuelta)





Citas Peligrosas

(Viene de la vuelta)

nia fama del mal comportamiento de la juventud. El que Jorge y yo fuéramos a usar ese lugar para hacernos el amor no pasó por mi mente. Eso no era aplicable a nosotros.

Pero esa tarde, mientras yo me estaba arreglando, entró mi madre a mi habitación y se sentó en el borde de mi cama. Yo sabía que había ido especialmente para hablarme de madre a hija. Lo adiviné por la mirada solemne y preocupada de sus hermosos ojos. No dijo nada hasta que me puse mis pantalones de gabardina verde.

—Luisa... —su voz era de reproche.

—¿Qué tiene de malo?

—Pantalones. ¿Acaso no vas a salir con Jorge, linda?

Había un ceño entre sus ojos.

—Por supuesto. Vamos a ir al teatro al aire libre. Para ello no hay para qué vestirse elegante —le expliqué mientras me colocaba una blusa.

—¿No se bajarán del automóvil? ¿No pasarán a tomarse un refresco? —preguntó.

—Probablemente pasaremos a alguna parte. ¡No seas anticuada, mamá! La juventud ya no se preocupa de esas cosas.

—Ya me estoy dando cuenta de eso —dijo como pensando en voz alta—. La última vez que te invitó Jorge fueron fuera de la ciudad a un coro, la vez anterior fueron a la playa. ¿Nunca te convida a bailar o a salir con un grupo?

—¿Qué grupo? —le pregunté, imposibilitada de responder a su otra pregunta—. Jorge no conoce a mis amigos. Sus amigos son casi todos mayores. No viven por estos lados.

—¿No pueden hacerse de nuevas amistades? —insistió—. Por qué no pueden ustedes dos...

—¡Dale tiempo, mamá! —protesté enojada. Y mientras me escabillaba el pelo, añadí:

—Después de todo, recién estamos empezando a conocernos.

Mi madre se levantó y se paró a mi lado. Puso su brazo alrededor de mi cintura y me miró a los ojos, reflejados en el espejo.

—Luisa, sólo te lo digo por tu bien. Yo sé lo que Jorge significa para ti. No me gustaría que pasara algo de lo que más tarde te pudieras arrepentir. Eso es todo.

Le sonreí sumisamente.

—Está bien, mamá.

—Yo no me preocupo por ti. Tú eres una buena muchacha y confío en ti.

—Honradamente, mamá, no hay nada de qué preocuparse —le aseguré—. Pero te prometo que la próxima vez que Jorge me invite, le diré que convida a otra pareja. ¿Te hace eso feliz?

—También lo hará feliz a él, mi linda. Lo pasamos magníficamente bien en el teatro. Primero dieron agregados y Jorge compró popcorn. La novedad de estar a solas y de poder comentar y reír a gusto era agradabilísima. Después de un rato, Jorge me tomó en sus brazos y fué igual a nuestra estada en el coro del colegio.

No, no fué exactamente lo mismo. Hubo una diferencia, pero en ese momento no me detuve a pensar si esa diferencia era buena o mala. Hablamos jugado con fuego anteriormente, pero no nos habíamos preocupado, porque

¡Y... tendrás que creerlo!

● LA FAMOSA Torre de Londres, no es una torre, sino una fortaleza que tiene la forma de un pentágono irregular. A su vez, encierra varias torres: la TORRE BLANCA, que data de Guillermo el Conquistador; la TORRE SANGRIENTA, donde fueron degollados los hijos de Eduardo; la TORRE DE WARKEFIELD, en la cual pereció el asesino de Enrique VI, y la TORRE DE LA CAMPANA, donde estuvo prisionera Isabel.

● LA BATALLA DE WATERLOO, no se libró en Waterloo. Más aún, esta localidad queda bastante lejos del sitio del combate y no desempeñó papel alguno en la acción. En ciertos países, esta batalla se designa con el nombre de la batalla de LA BELLA ALIANZA; pero aparte de esto, se habla siempre de Waterloo y jamás de los lugares mismos del combate: Plancenoit, La-Haie-Sainte, Papelotte, Mont-Saint-Jean, Hougomont.

● LA GAITA no es un instrumento de música escocés, aunque sea el instrumento de música nacional de ese país. Fué empleado por los griegos de la antigüedad y por los romanos (utricularium). El famoso emperador Nerón, que siempre imaginamos con una lira en sus manos, también gustaba tocarla. Era además uno de los instrumentos de música militar que acompañaban la marcha de las legiones romanas. Los escoceses deben este instrumento a la invasión de las Islas Británicas por los soldados de Roma.

● A AQUELLOS que se quejan del mal tiempo, del frío o del viento, conviene citarles la isla de Jan Mayen, pequeño territorio polar del Ártico. Llamada la "Isla del Diablo" por los navegantes, se halla dominada por un volcán de más de 2.000 metros de altura, casi continuamente rodeado de nubes. Las radios de la Estación Meteorológica viven en una perpetua bruma. Tomando en cuenta los breves momentos de claridad, se llega a un término medio de dos días claros por año. El viento es tan violento que los mástiles y campamentos de la estación deben sostenerse con cadenas y cables de acero. Durante ciertos huracanes, la velocidad del viento sobrepasa los 450 kilómetros por hora. Se han debido colocar cables entre los campamentos para permitir que algunos hombres de la posta puedan avanzar arrastrándose a gatas.



era algo totalmente nuevo. Sus besos habían sido emocionantes y sólo deseábamos más y más. Pero ahora había algo que estábamos reteniendo, algo nuevo y extraño. Nuestros labios juntos sugerían una mayor intimidad y aunque supimos comportarnos, le robó a nuestro amor esa dulzura que antes poseyera. Esto no era dulce. Era algo más serio.

De pronto me separé de él y me enderecé mi blusa.

—No soy sólo yo. Somos nosotros —le dije a Jorge, riendo.

Me sentí confundida y desarreglada. Deseaba encontrar un toilette para poder escobillarme el pelo y arreglarme la pintura de los labios y aparecer otra vez fresca y ordenada. Dolorosamente me di cuenta de que deseaba comenzar la tarde de nuevo.

Me sentí lo más lejos posible de Jorge al salir del teatro. Yo también mantuve la vista en el camino. Quizá si hubiera usado un vestido en lugar de los pantalones me sentiría más fresca, pensé. Entramos en una posada y después de pedir un refresco nos afirmamos en el respaldo del automóvil y Jorge comenzó a hablar. El auto estaba iluminado por las luces de la posada. Jorge me parecía más buen mozo que nunca y, a la vez, más inalcanzable. No podía comprenderlo. Era algo que yo sentía, y que llenaba mi corazón de una extraña congoja.

—Creo haber perdido mucho al haberme adelantado dos años en nacer —comunicó quedamente—. Nuestro vecindario está lleno de muchachas y muchachos de tu edad. Tienes suerte, Luisa. No tienes que preocuparte por

El hombre es un ser maravillosamente vano, voluble y vacilante.

MONTAIGNE.

amistades. Eugenia y Teresa viven en tu misma calle. Virginia, Roberto y Carlos, a dos cuadras de tu casa. Yo siempre debía caminar cuadras de cuadras para ver a alguien después del colegio. No los podía convidar a mi casa porque mi mamá quedó muy afectada después de la muerte de mi padre, así es que he tenido que respetar su añorado silencio. A veces me he sentido muy solo.

—Pero ahora no lo estás, ¿verdad? —inquirí, apenada por él. Traté de tomarme la mano, pero de pronto la suya no estaba a mi alcance.

—No, ahora no lo estoy —sonrió—. Y dentro de poco me irá a la Universidad. Con ansias espero ese día.

—Yo no —declaré. Me sentí herida por el hecho de que él deseara irse pronto de mi lado.

—Bueno, falta mucho tiempo para que tú te vayas —me contestó.

Había cambiado el sentido de mi frase. Yo no quería hablar de la universidad. Me sorprendió el que Jorge supiera los nombres de mis amistades y volvi ansiosa a ese tema.

—¿Cómo sabías que Eugenia, Teresa, Virginia y Carlos y los otros son amigos míos? Ellos no deben tener idea que tú los conoces. Hasta yo me sorprendí que me conocieras.

—¿Por qué? —Llegaron los refrescos y Jorge me pasó el mío. Estaba muy helado y se me estremeció el cuerpo entero—. En la primavera, cuando las ventanas estaban abiertas, te veía pasar por fuera de mi casa. Yo sabía los nombres de ustedes. También sé varias otras cosas.

—¿Como cuales? —Estaba intrigada. Eso cambiaba las cosas. El hecho de

que Jorge supiera algo de mí hacía parecer todo más natural. No era cosa que las estrellas se estuvieran cayendo. —Cosas como que Virginia es campeona local de tenis, y que Teresa ha tenido que cuidar de su padre y de sus hermanos desde que murió su madre cuando ella tenía sólo diez años. Y que Roberto es el pololo de Luisa. —¡Eso no es cierto! —grité indignada, volviéndome hacia él—. ¿De dónde sacaste eso?

—Cálmate, Luisa —sus ojos brillaban picarescamente—. Ya no recuerdo dónde oí todas esas cosas. Pero no me preocupé por Roberto cuando te invité a salir.

—¡No es mi pololo! —Yo aún estaba indignada—. Es un amigo, sí, pero no de la manera que tú crees. Yo nunca he amado a Roberto. No... no podría haberlo amado. No es posible, porque desde hace dieciocho meses estoy... —Está bien... —exclamó Jorge, riendo—. Los rumores exageraron los hechos. Pero, como dije, no me preocupé. Sólo te envidio por tener amigos.

Tocó la bocina y un mozo vino a retirar los vasos. Agradeció la propina de Jorge, lo que me recordó su diferencia de edad con Roberto. Roberto nunca daba propina. Me imaginé que no podía, con la pequeña mesada que recibía de su padre.

Jorge estacionó el automóvil frente a mi casa y nos quedamos allí unos instantes. Ahora me era más difícil entregarme a sus brazos. Finalmente, Jorge me tomó casi con brusquedad, murmuró mi nombre y sus labios presionaron violentamente los míos.

Yo lo amaba. Todo lo que él hacía es-

El hombre es simplemente un animal más perfecto que los demás: razona mejor.

NAPOLEON.

taba correcto a mi modo de ver. Pero no disfruté de esos besos, pues no duraron mucho.

Cuando me soltó, tartamudeó un poco al decir:

—Es mejor que te entres para que te dejen salir.

—Muy bien —le respondí decidida. Estaba un poco extrañada, pero me di vuelta para sonreírle mientras me bajaba del automóvil.

El no contestó mi sonrisa. Su mirada era grave. Mi corazón dio un vuelco al darme cuenta de que algo marchaba mal. No sabía qué decir o pensar al respecto, así es que preferí entrar a casa. Al abrir la puerta me di vuelta para ver partir el auto.

Algo dentro de mí deseaba llorar. No quise darme por aludida, porque no quería admitir que algo estaba mal. Subí a mi dormitorio y me desvestí en la obscuridad. Al acostarme, me di cuenta de que Jorge no me había hablado de verme de nuevo. Alarmada, pensé que todo había terminado.

Ahora no lloraría. No podía hacerlo porque era demasiado prematuro. Era sólo una loca idea que había pasado cual relámpago por mi mente. Dentro de la próxima semana me llamaría para invitarme. Esos besos... ¿acaso no decían que yo significaba algo para él? ¡No habían metido! ¡Sus ojos tampoco me habían engañado! ¡Mis manos entre las suyas! Eso también era real. Era sólo mi imaginación la que me estaba atormentando.

Con esta idea me tendí en la cama y cerré los ojos, pero el sueño tardó mucho en llegar. Fragmentos de recuerdos me asaltaban y me confundían. Mamá, diciéndome: "¿Pantalones?



Margarita Sabelotodo

LES ENSEÑA COMO HACER DESAPARECER LAS MANCHAS OCASIONADAS POR REMEDIOS.

A pesar de que tengamos toda clase de cuidados para dar los remedios a nuestros enfermos, algunas gotas suelen manchar las sábanas... Es preciso, entonces, sacarlas inmediatamente para que no dejen ninguna huella.

MANCHAS DE MERCURIO CROMO

Si el género lo permite, echarlo en agua de cubas. Si es de lana, remojar la mancha en vinagre blanco o en alcohol de 90° disuelto en tres veces su volumen de agua. Si la tela es delicada, no existe manera de quitar la mancha.

MANCHAS DE TINTURA DE YODO

Estas manchas desaparecen con agua de cubas, cuando el género es de hilo o de algodón blanco. Para esto se enjuagan muy bien, después del baño de agua de cuba.

Lavar las manchas hechas sobre lana con bisulfito de sodio. Enjuagar con agua ligeramente ácida, o sea, con unas gotas de jugo de limón. Enjuagar con agua limpia.

Frotar las manchas de tintura de yodo de las manos con agua oxigenada (3 cucharadas) y amoniaco (1 cucharada), preparando esta mezcla en el momento mismo en que se va a emplear.

MANCHAS DE NITRATO DE PLATA

Lavar la mancha con agua salada y luego con una solución de hiposulfito de sodio al 20%.

MANCHAS DE JARABE

Lavarlas en agua tibia y luego en agua fría.

¿Acaso no te vas a bajar del auto? ¿Nunca sales en grupos? Y la desconocida voz de Jorge: "Estoy ansioso de irme a la universidad..." Sin embargo, no podía creer que todo hubiera terminado. No podía.

Por unos días, no me aventuré a salir de la casa. Tenía que estar allí cuando llamara Jorge. Trabajé en el jardín con mamá, comencé a tejerme un sweater y leí muchas revistas. Cuando me llamó una amiga, recibí una respuesta cortante por no haber sido Jorge. Una vez me telefoneó Roberto y creía que era Jorge y mi corazón se elevó al cielo en una silenciosa plegaria, sólo para desmoronarse más de lo que hasta ese momento estaba.

Los ojos de mi madre me observaban con solemnidad. No me gustaba mirarla. Su cara reflejaba la derrota que yo me negaba a admitir. Hasta mi padre me trataba con más ternura.

Pero cuando estaba a solas, todo dentro de mí parecía llenarse de tristeza. Mi amor por Jorge había comenzado en esa base. En ese entonces había habido un algo de esperanzas, aunque vaga y deliciosa. Sólo sentí lástima de que fuera un amor secreto. Ahora se había expresado. Mis besos le habían dicho lo mucho que lo amaba. El ser rechazada ahora, el que hubiera terminado tal como empezó... era algo demasiado difícil de soportar.

La segunda semana comprendí que era algo que debía tolerar porque no había forma de elegir. El dolor empeoró a medida que me comencé a cerciorar de que todo había terminado. Y aún no sabía el motivo. ¿Por qué había terminado? ¿Qué había dicho yo de malo? ¿Qué había hecho? Tiene que haber habido algo...

No podía culpar a Jorge. Jamás lo culpé. Mi idolo podía haber bajado un poco de su pedestal, pero aún era irremprochable. No podía haberme invitado a salir sólo para besarme. Yo le había gustado sinceramente desde la primera vez que lo hizo.

Confiaba en eso. Yo tenía la culpa de lo sucedido. Los días se acercaban más y más a la fecha que yo tenía marcada con tinta roja en mi calendario. ¡El día en que Jorge debía marcharse a la universidad! En una semana más comenzarían nuevamente mis clases. Me alegraba de ello, ansiosa de aminorar mi dolor con la rutina del colegio.

Durante la tercera semana no permanecí en mi casa, como lo había hecho anteriormente. Ahora sabía que no iba a haber ningún llamado telefónico. Pero no me alegró ver a las muchachas. Las visitaba sólo por caminar un poco y por pasar frente a la casa de Jorge.

Y luego, esta mañana, Virginia me llamó para convidarme a jugar tenis. Yo sabía que no me iba a divertir. Divertirse... eso era algo como mis sueños. Había gozado de ambos y ahora sólo me quedaban los recuerdos. Pero también sabía que mi madre se iba a alegrar al verme volver a mis antiguas actividades.

Y se alegró; me sonrió con cariño cuando me vió salir de la casa con la raqueta.

Al partir hacia la casa de Virginia, me hice una pequeña promesa: trataría de olvidar a Jorge y de volver a ser la de antes. Tenía que hacerlo tarde o temprano, ¿no es así? La vida tenía que continuar su curso. Yo prácticamente tenía toda mi vida por delante. A veces había que pensar en el futuro.

El maquillaje a la moda

En España, Francia y Estados Unidos... el maquillaje en boga se llama Danamask. Las damas que tienen el cutis seco aplican Danamask sobre una fina capa de crema líquida Dana. Danamask es un polvo maquillador que perdura...

Danamask
POLVO MAQUILLADOR M. R.



CAPÍTULO I

ANTEAYER contesté quince avisos del "Times", dieciocho del "Daily Telegraph", cuatro del "Women and Beauty"; ayer, veintidós de diversos periódicos. Hoy no puedo escribir ni siquiera una carta vulgar, porque mi máquina se echó a perder. Necesita una cinta nueva, y eso me costará cuatro chelines. No los tengo, ni poseo una joya que vender. Y mis vestidos nuevos los tiene la señora Green retenidos hasta que le cancele el alojamiento y la comida. ¿Qué puedo hacer para ganar algo de dinero? No me siento tan desesperada como para arrojarme al río. Ni siquiera se me ha ocurrido tal idea. El Tánisis es tan sucio y yo soy tan joven. A los veintiún años no se abandonan fácilmente las esperanzas. Lo que no puedo comprender es la poca imaginación que tienen los hombres. Si consigo una entrevista con alguno de ellos, me dicen: "Desgraciadamente, señorita, usted es extranjera y habla un inglés con acento. Además, sus recomendaciones no son satisfactorias." ¡Como si las recomendaciones significaran algo después de la guerra! Lo importante es cómo uno reacciona frente al peligro. Y eso no se estipula en las recomendaciones: se ve en el rostro de la persona. Los hombres con quienes una se entrevista, le miran tanto las piernas como las recomendaciones. ¿Qué injustas e innecesarias son las recomendaciones! Recuerdo cómo, antes de la guerra, mi padre había aprobado sólo a los estudiantes que tuvieran su fe política y dejado fracasar a los otros; no porque lo quisiera; sino porque tenía que hacerlo. Tal vez debí haberme quedado en París, como lo hizo Stasia. Los franceses tienen más imaginación. En ningún país han logrado más éxito las mujeres en sus carreras como en la tierra de la Pompadour y de la Maintenon. Pero aquí, en Inglaterra, aún gobierna el espíritu de la Reina Victoria. Tengo cinco chelines, o sea, alrededor de dos rublos. Mi madre acostumbraba darle al cochero dos rublos de propina cuando la llevaba del teatro a su casa por las noches. Yo necesitaré hoy un chelín para locomoción y tres para la cinta y la leche. Si me puedo mantener con esto, amaneceré mañana poseyendo la inmensa fortuna de tres chelines y nueve peniques. Me gustaría cambiar los dos libros que tengo de la biblioteca, pero eso me costaría un chelín, y no puedo hacerlo. Mi terapéutica literaria está surtiendo efecto. Las biografías de Hellen Keller y del explorador Schliemann me han servido de gran inspiración. Hellen Keller, ciega y muda, con voluntad y perseverancia, aprendió a leer y a escribir y, finalmente, obtuvo el título de doctor en filosofía. Heinrich Schliemann a los diecinueve años aún vendía pescados, pero a pesar de su pobreza y mala salud, aprendió doce idiomas y viajó por todo el mundo. Creía en la leyenda de Homero, que lo indujo a buscar el oro y Priamo; y encontrarlo. Yo no soy ciega ni muda. Hablo cuatro idiomas y vivo en una ciudad cosmopolita. Puedo depender más de estas ventajas que de los cinco cheli-

nes. Recibí cinco contestaciones a las cartas que escribí. Tres de ellas bajo el disfraz de asuntos comerciales, que rían una muchacha para que efectuara trabajos dudosos durante la noche. Al abandonar el tercer empleador, me pregunté cuándo tendría que llegar eso. ¿Tal vez la próxima semana? Una semana es demasiado tiempo. El cuarto empleo me habría podido servir si yo hubiera hablado español e italiano. Por cuatro idiomas yo quiero decir inglés, alemán, francés y ruso. Pero el empleador no tomaba en cuenta el inglés, ya que se daba por descontado en una persona educada. Para él, hablar cuatro idiomas quería decir: francés, inglés, italiano y español. Cuando le mencioné el ruso, se limitó a apretar los labios y a encogerse de hombros. El hombre era un abusador. Sacaba exorbitantes beneficios gracias al cambio inflacionista que había entrado en Alemania y Austria. No se impresionó con que yo estuviera estudiando árabe, dado mi interés por Egipto. Creía que había pocas ventajas comerciales con enamorarse ahora del Egipto. Y si había, el Servicio de Inteligencia y la Oficina de Extranjería se preocuparían de ellas. Pero esta breve entrevista tuvo un resultado. Estudiaría italiano. Schliemann aconseja un método sencillo: barato para estudiar idiomas, y que sólo cuesta un esfuerzo de memoria.

Por Victoria Wolf

EL EMBRUJO

Yo estudiaría italiano memorizando "La Divina Comedia". Al fin de un año sabría alrededor de cien páginas de ella. Aprender un idioma nuevo es sólo cuestión de energía y de tiempo... no de inteligencia. Esta tarde investigaría el número cinco. La dirección era Hove, cerca de Brighton, en el Old Church Road. Escuchaba un poco romántico. La letra es grande y clara. El sobre grueso y típicamente inglés. Si no estuviera terriblemente hambrienta, me expandiría respecto a la variedad de sobres de los diversos países. ¿Por qué los norteamericanos los usan largos y delgados y los alemanes cuadrados y anchos? Pero ahora, lo único importante es un vaso de leche y una buena tajada de pan. Siempre es duro no tener dinero. Lo era hasta en París, donde vivíamos prácticamente con nada. Pero ahí bebíamos champaña barato, en la botella, si no teníamos vasos. Aquí en Londres, tal cosa no sería comprendida ni aprobada. Aquí, estar sin dinero no es molesto, es una desgracia. Y aquí estoy, en este imperio presuntuoso, sola, con los bolsillos vacíos y dos maletas confiscadas. Los altos e imponentes palacios de Regent Street me hacen sentirme tímida e insignificante. ¿Quién paga por todo eso? ¿Y cómo podría entrar a uno de esos lujosos edificios y trabajar en ellos? Tengo que trabajar; si no, algo vital de mi persona se hará pedazos. Tengo que comer, si no, me desharé físicamente. En primer lugar, necesito un par de medias nuevas. Mi actual posesión se limita a cuatro medias sueltas, pero que no hermanan. Durante mucho

tiempo, me he divertido todas las mañanas con un juego: ¿cuál va con cuál? Ni el color ni la calidad tenían importancia, por eso, una elección a ciegas resultaba satisfactoria. Esto me producía una diversión que no tienen las personas que disponen de un par de medias para ponerse todos los días. A pesar de eso, quería vestirme durante un tiempo sin tener que practicar un juego, ya que la moda predice un acortamiento en las faldas. Por eso, me dirigí a Harrod. No tenía que ir ahí a buscar medias, la tienda de la esquina me servía para esto igual. Especialmente, mientras no pudiera comprar nada, en ninguna parte. Pero el que una cosa sirva, nunca ha sido mi principal anhelo. Mi padre siempre decía: "La gente se divide en dos grupos: la que pregunta: ¿cuánto me costará?, y la que dice: ¿qué me significa? Si pertenezco a uno de los dos grupos, ciertamente no es al que pregunta el precio.

Ir a comprar a Harrod me ayudaba en mis momentos de depresión. En Harrod caminaba entre un mundo de ensueños. Ese día me probé unos cascos tropicales, miré arpones para pescar y estudié los últimos modelos de los más lujosos yates. Una tienda como Harrod es tan importante para un hombre que se estima como lo es el Museo Británico.

En el departamento de libros encontré un nuevo texto de árabe. A pesar de

—Vamos a excavar cosas egipcias y no árabes, jovencita. Y usted tendrá que aprender a descifrar jeroglíficos. Son unos puzzles muy hermosos.



E EGIPTO

Lawrence, Arabia no parece ser muy conocida. El libro, empastado en cuero café, costaba sólo tres chelines. Pero, aún así, era demasiado caro para mí. También había un inmenso libro sobre El-Amarna. Contenía fascinantes grabados del palacio de Aknaton y hermosas fotografías de Amenofis y Nefertitis. Cuando miro un friso de una tumba egipcia, me salta el corazón. Yo o mis antepasados debemos tener alguna relación con el Egipto. Si no es así, creo en la reencarnación: a mi edad, uno realmente no sabe en qué cree. Pero, creo en Egipto. Egipto es mi obsesión. No sé por qué, pero sé que lo es. Tengo una meta definida, pero no sé cómo alcanzarla.

Rondé tanto rato junto al libro, que un vendedor vino a preguntarme qué se me ofrecía. Es muy galante que un empleado quiera ayudarla, aunque a mí no me podía ayudar para realizar mi sueño. Le pregunté si sabía algo más respecto a El-Amarna, a quien lo excavaba en ese momento, y dónde se exhibían los objetos allí descubiertos. El no lo sabía, y sólo me aconsejó que comprara el libro. A pesar de que me alegré de que pensara que yo era una persona adinerada, le pregunté dónde podía conseguirlo prestado. Su amabilidad no se empapó, ni aún ante esta pregunta. Al contrario, me aconsejó que enviara una carta a la librería de la tienda para que pusiera el libro en circulación. Me trajo un formulario, lo llenamos juntos y nos separamos como buenos amigos. De alguna manera, las cosas se estaban resolviendo. Tenían que resolverse.

Una hora antes de morir, mi padre

murmuró su aforismo favorito: "Adelante con alegría". Yo lo había parafraseado con "Adelante con curiosidad". Nuestro impulso es igual, y tal vez lo sea su efecto. El era más poeta e idealista. Y yo soy más joven y realista, porque crecí durante la guerra. Por la tarde, cuando quise ir a Hove, estaba lloviendo. Ir a Hove no es igual que ir a comprar pasajes a la Victoria Station. Significa pararse en la calle y esperar hasta que un automóvil me lleve. Por eso tuve que postergar mis planes.

La lluvia es cara. La empapa entera, los zapatos, la ropa, y le da un aspecto descuidado y sucio. Eso cuesta más de lo que se puede reponer con dinero, porque destruye la esencial buena impresión, que es lo que da éxito a una entrevista.

Por eso me quedé en mi alojamiento sin pagar y sin calefacción, esperando que pasara la lluvia y pretendiendo que lo hacía porque prefería estudiar. A la mañana siguiente llovía aún con más fuerzas. Una densa neblina se interponía entre las casas. El mundo estaba cubierto con un manto gris. Las sirenas sonaban constantemente y en forma desagradable. Era peligroso salir. No se podían distinguir las casas de las personas hasta no estrellarse con ellas.

Medité si debía ir a Hove, a pesar de que no tenía mucha dilación. Mi libro de entradas me aconsejaba que sí, y podía adelantarse algún competidor. No podía jugar a ser una señora. Y el mal tiempo no es una disculpa.

"Al mal tiempo, buena cara", solía decir mi padre. Así, me puse mi impermeable y me interné por la niebla. Ahí

una es totalmente ciega. Las luces de las linternas no sirven de mucho.

—Cada vez que escuchaba la bocina de un automóvil, gritaba con todas mis fuerzas: ¿Me lleva, por favor? Finalmente, conseguí un voluntario. Tenía una voz cordial, y su mano, cuando me ayudó a subir, estaba mojada con la lluvia. No sé mucho respecto a este viaje. La niebla huele a humo. Como mi chófer iba a Brighton y no a Hove, me dejó a medio camino. Me quedé en una esquina y llamé, esperé y volví a llamar. De pronto comencé a sentir un miedo extraño. De súbito no comprendí por qué estaba en la acera, sola, en medio de la lluvia, esperando. Algo en mi corazón se mantenía rígido. Se escuchó una bocina, hubo un ruido, y luego, me sentí extrañamente cómoda y libre.

Más tarde, mucho más tarde, desperté en una pieza blanca. Una niña de blanco estaba sentada a mi lado y yo sentía el olor de la niebla mezclado con otros terriblemente desagradables. Los tenía en la boca, quería escupirlos, pero esto me dolía.

—Bueno —dijo una voz. Me hubiera gustado saber qué significaba todo esto, pero me dolía hablar y tenía curiosidad. Esto me sorprendió más que la pieza blanca.

Y luego me volví a dormir. Después, cuando me esforcé por abrir los ojos, estos se abrieron desmesuradamente. Había un hombre sentado junto a mi cama: un hombre que no parecía sonreír a menudo. Me miró cortante.

—¿Quién es usted —le pregunté lo más

(Sigue a la vuelta)

Todos Admiran CUTEX

DURA MAS... LUCE MAS



El esmalte de uñas con el maravilloso ingrediente ENAMELON

Cutex, el esmalte de uñas que se conoce y se aprecia en todo el mundo, dura más, bellísimo, en las uñas, sin que se descolore, agriete o desprenda, porque tiene el maravilloso ingrediente "enamelon," que es exclusivo de Cutex. Use Cutex, el más económico, porque dura más, el que más luce por sus exquisitos matices.

CUTEX

M.R.

El esmalte para uñas
más popular del mundo.

EXQUISITA COMBINACION - si se usa el lápiz labial Cutex - fino, suave, perdurable en los labios - que viene en los mismos tonos del esmalte para uñas Cutex.



El embrujo de Egipto



fuertemente que pude, aunque haciendo débiles y lastimeros sonidos.

—Mi nombre es Conway. Usted se echó contra mi coche e la niebla. Yo iba manejando despacio, pero la rueda de lantera derecha la alcanzó antes de que pudiera frenar. No tiene lesiones internas, sólo un par de costillas quebradas.

—¡Sólo!

—El doctor me asegura que estará bien antes de dos semanas.

¡Conque este hombre creía en los médicos! Y creía que yo podía costearme dos semanas de enfermedad. ¡Cuán ingenuos pueden ser los hombres!

No había nada que responder. Sentía la venda que envolvía la parte superior de mi cuerpo. Algo en mí se negaba a creer la aventura, porque era demasiado terrorífica. Tal vez no era real. Cuando mi padre murió, yo deseé durante mucho tiempo que no fuera verdad, que se hallara sólo en un trance que los médicos no reconocían como tal.

—Me alegro de que no se queje —dijo el desconocido.

—Siempre me guardo mis desilusiones. Lo que no puedo soportar a solas es la felicidad.

—Tendrá que ejercitar su voluntad y cooperar con los médicos si quiere sanar pronto. Una constitución fuerte y un espíritu dispuesto son grandes ayudas. Yo me encargaré de la parte financiera.

Mi corazón se habría puesto a saltar si no se lo hubiera impedido el yeso. Me limité a asentir.

—Volveré de nuevo mañana —replicó.

Lo observé encaminarse hacia la puerta. Era alto, delgado y erguido. Tenía una cara enérgica, una frente amplia, el pelo castaño peinado hacia atrás y los ojos café grisáceos. No era del todo desagradable estar en cama, bien cuidada, sabiendo que se tiene pagado el alojamiento durante dos semanas. Eso valía las dos costillas rotas.

Hoy de nuevo volvió el desconocido.

Tenía una forma muy peculiar de hablar y de abarcar todo con la mirada. Nada se le escapaba. Se sentó a los pies de mi cama en silencio, lo cual lo hacía divinamente. Para mí, es algo imposible. Uno debe aprender a callarse igual como debe aprender a hablar. Una persona que sabe permanecer en silencio puede guardar el secreto de su personalidad todo el tiempo que quiera. El hablador la revela de inmediato.

—¿Tiene algún deseo especial? —me preguntó después de una espera eterna—. Me gustaría serle útil.

A pesar de que muy pocas personas me habían hecho esta pregunta, respondí que no quería nada por el momento. Lo que deseaba no se podía comprar en las tiendas.

—Una muchacha joven tiene que desear algo. Usted no parece de las que no tienen ninguno. Díganme.

Entonces le expresé mi interés por tener el texto en árabe y el libro respecto a El-Amarna. Mi petición pareció asombrarlo.

—¿Por qué le interesan esos libros?

—¿Sabe alguien por qué le interesa algo?

—Yo he estado en El-Amarna. Conozco Egipto.

—¡Conoce Egipto! ¡Qué feliz debe ser usted!

—¡Hummm..., feliz! —repitió. Su mirada era una mezcla de burla, sorpresa y bondad.

—Hoy tendrá los libros. Se los mandaré. Tengo que salir fuera unos días, pero en cuanto vuelva vendré a verla.

—Magnífico —le respondí, porque en realidad lo pensaba así.

Qué persona tan extraña era. No parecía calzar en ninguna categoría especial ni sentirse bien en ninguna parte. No lo podía visualizar en ninguna profesión. No podía pertenecer a una oficina comercial ni al escritorio de un profesor. La mejor suposición sería que fuera un escritor; la peor..., nada. ¿Pero, qué es nada? Mi imaginación no se estira tanto como para incluir la nada.

Llegaron los libros, y con ellos, un ramo de rosas. Como él, estas eran altas y delgadas, pero tenían más color. Amarillo oro, manchadas con toques rojos, como si las hubieran besado suavemente. Mientras contemplaba su belleza, no me sentía en Brighton, en ese cuarto blanco que olía a remedio, vinagre y cera. Estaba en la costa de Aknaton, en El-Amarna.

Estaba entre las mujeres más bellas de Egipto, Nefertitis y su marido Amenofis. Estaba con ellos mientras se dirigían de la corte de Tebas a El-Amarna, cuando proclamaban al dios sol Aton, el todopoderoso. Escuchaba sus familiares disputas y sus argumentos políticos. Los ayuda-

¿POR QUE SE DEBE TENER UN PERRO?

Si necesitas buenas razones, aquí te damos siete que te convencerán.

Enrique no quería tener perro, pero por fin cedió ante las súplicas de su mujer y le compró un cachorro. Pocos días después, cuando Enrique volvió cansado a su casa después de una jornada de trabajo, se encontró con que lo salió a recibir un perro de ojos fieles que le movía la cola. Si ahora le preguntamos a Enrique si le gusta su perro, estaría horas hablándonos de él.

Hay siete motivos por los cuales se debe tener un perro:



1.-EL PERRO ES COMO EL TUBO DE ESCAPE PARA LOS AFECTOS.

Muchas de nosotras no decimos a los que nos rodean las palabras de cariño que les concedemos sin darnos cuenta a nuestro perro. Mira a cualquier familia que tenga un perro y verás que el que recibe más muestras de amor es éste. Puedes ayudar a tu salud mental haciendo del perro un tubo de escape para tus afectos.

2.-EL PERRO SATISFACE LAS NECESIDADES PERSONALES DE TODOS LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA.

La hija que se ha peleado con su amiga, encontrará consuelo en su perro. Un niño que no recibe afecto de su padre le atención de parte de su madre por estar siempre demasiado ocupada, el perro le demostrará su cariño. Una esposa que esté sola durante una tarde, sobrellevará su abandono porque tiene un perro echado a sus pies. Un marido sabe que en la casa siempre habrá alguien que apruebe todo cuanto diga o haga.

3.-EL PERRO SATISFACE EL DESEO HUMANO DE DOMINAR.

Si tu jefe te mandonea todo el día, puedes llegar a tu hogar y mandar a tu vez a tu perro. Satisface éste el deseo que tiene todo el mundo de dominar y, lo que es más importante, salva a que sea la víctima otro miembro de la familia.

4.-TE AYUDA A HACER AMIGOS.

Si sales a caminar por el barrio durante varias semanas, te harás de muchos conocidos que pueden llegar a ser tus amigos. Si quieres conocer a esa linda rubia, puedes sacar a pasear a tu perro mientras ella riega su jardín. Primero le sonreírás al perro y después a ti. En esa forma se pondrán en contacto. Los niños se fijarán primero en tu perro y luego te notarán a ti. Cuando te vean sin él, te preguntarán si está enfermo.

5.-POR TU PERRO SABRAS LO QUE SIENTEN LOS VECINOS RESPECTO A TI.

Si ellos se encariñan con tu perro, es signo de que te tienen simpatías. Si lo echan fuera de su jardín, tendrás que tratar de modificar tu actitud para así congratularlos con ellos. Los perros no atraen malas voluntades y hacen lo posible por ganarse simpatías.

6.-EL PERRO FOMENTA EN LA FAMILIA LOS BUENOS SENTIMIENTOS.

Cuando las relaciones entre el marido y la mujer se ponen tirantes, el perro es una buena excusa para reiniciar la conversación. Cuando el padre y el hijo se han peleado, el padre acaricia al perro de su hijo y con esto demuestra querer olvidar el incidente.

7.-EL PERRO OFRECE COMPANÍA.

Tu perro no discutirá contigo, no objetará nada de lo que digas, puedes recitarle poesías, cantarle y hacer lo que tú quieras, seguro de que le gustará. En resumen, como el perfecto compañero, estará feliz con todo lo tuyo.

Si tú o alguien de tu familia desea tener un perro, consigue uno. Puedes estar seguro de que no te arrepentirás.



—Mamá, ¿adivina qué había adentro del cojín?

ba a seleccionar sus joyas funerarias y a planear el asesinato de los siervos, y a preparar sus entierros porque sabían demasiado de sus asuntos.

Cuando estuve demasiado cansada como para seguir leyendo, me volví para contemplar mis rosas. Cuando se está sana y activa, se tiene tiempo para observar las rosas. La hermana Patricia las trataba a todas igual, pero ellas reaccionaban en forma diferente. Una estaba mustia desde el principio, y dejaba caer indiferente su cabeza. Dos eran delicadas y estaban totalmente abiertas, como si fueran mujeres mimadas. Dos eran orgullosas y audaces, y la última estaba vieja y ajada, pero rehusaba con terquedad deshojarse.

Los días pasaban monótonos. Las enfermeras y criadas también eran monótonas; tranquilas, frías, objetivas: inglesas. Me gustaban por su discreción y porque yo soy diferente.

—¡Costillas quebradas! —gruñó el médico ayudante—. Nosotros no hacemos tanto alboroto por una cosa así. Y eso ayuda a sanar. —Y ayudaba, a pesar de que yo hubiera preferido un poco más de amistosa solicitud que de tanta eficiencia.

Sentía la soledad de las largas horas de las tardes, y me hubiera gustado tener a alguien que viniera a conversar conmigo. Pensaba a menudo en mi padre y lo echaba de menos, lo extrañaba más que cualquier otra cosa del pasado: hogar, seguridad, compañerismo. Lo necesitaba tanto como padre y como hombre. Tal vez fué un acto bondadoso de la Providencia el salvarlo del quebrantamiento de sus ideales. El era un hombre de la época de la preguerra, y desde su juventud siempre había creído en la inamovilidad de los principios humanos y de los costumbres. En la universidad enseñaba el más alto concepto de la vida: el Humanismo, el Arte, la Paz. Sus creencias y sus enseñanzas eran los cimientos de su ser: la médula de sus pensamientos y acciones. Si esto se hubiera derrumbado antes de su muerte, habría sido un hombre deshecho.

Yo y mi generación hemos perdido menos. Yo cambié mi hogar por una cama que no he pagado en una casa de pensión; los asados sabrosos por la leche y el pan. Esto puede ser una privación, pero no es una tragedia. Mis sentimientos no están hecho pedazos, aunque un automóvil me haya atropellado en la niebla. No he perdido mis ilusiones, porque tengo pocas que perder.

Y ahora, tendida aquí, siento nostalgia de él. ¿Cuánto tiempo hay que buscar antes de encontrar dónde echar de nuevo sus raíces?

El desconocido ha vuelto. Me escuchó recitar unas cuantas palabras en árabe y le dió un poco de risa que yo pensara que El-Amarna fuera tan hermoso. No me hizo ninguna pregunta respecto a la semana pasada, pues estaba seguro de que había estado bien y atendida. Las preguntas no formaban parte de su conversación. Escuchaba con atención y en silencio. Cuando ya estaba por irse, me preguntó bruscamente:

—¿Qué va a hacer cuando sane?

—Buscar trabajo.

—¿Dónde?

(Sigue a la vuelta)

Para la belleza
de sus ojos

Solamente...

Maybelline
IMPORTADO

Oscurece las pestañas, haciéndolas aparecer más largas y sedosas.

EL MEJOR DEL MUNDO

Agentes exclusivos para Chile: Rabié Hnos. y Cía.

Póngase

pero antes póngase

crema **Hinds**



La CREMA HINDS, con suavizante lanolina, impide que se reseque la piel, protegiéndola contra el sol y procurándole un bronceado uniforme. Usela también después del baño para la elasticidad y frescura del cutis.

• Recuerde entonces: póngase al sol, pero antes... y después... póngase CREMA HINDS.



crema **Hinds**
de miel y almendras
CON LANOLINA



al sol...

El embrujo de Egipto



Me encogí de hombros y me alegré de no sentir ya dolor en las costillas, pero como no le hice ninguna sugerencia, se levantó, incapaz de ofrecerme nada por el momento.

—Pronto volveré a verla —dijo.
¿Qué hay que hacer para conseguir ese control? Debe ser un inglés bien nacido.

Me sacaron el yeso y me lo sustituyeron por un vendaje. Me dijeron que en dos días más me darían de alta.

Había llegado la primavera. Los días de neblina pasaron completamente, mientras yo estaba en el hospital, y parecía ahora imposible creer que jamás existieron. El mundo se veía tranquilo y pacífico. El invierno había sido conquistado y renacía la esperanza.

Un accidente en la niebla... ése fué un mal sueño. A veces no podía creer que la vida y sus vulgaridades fueran ciertas... sólo mis sueños me parecían reales.

Había flores en los jardines de la ciudad. La guerra había terminado hacía tres años, y el mundo de nuevo se familiarizaba con la paz.

La primavera es la estación en que se renuevan la vida y los anhelos, y no siempre es fácil andar sola en medio de esta resurrección de vida y energía. Pero yo me sentía capaz de hacerlo, contagiada con la general esperanza. Mi padre siempre decía: "¿Qué ventajas tiene el optimismo si sólo se aplica cuando las cosas van bien?" Pasado mañana reasumiré mis persecuciones. Algo tendría que suceder.

Hoy el médico me preguntó de dónde era, qué esperaba hacer, además del interrogatorio de rutina que se hace al partir. Yo le relaté, lo más brevemente posible, que en 1917,

Durante la guerra, el Ministro del Interior de Bulgaria anunció que para economizar papel no se publicarían los nombres de los oficiales prisioneros. Este procedimiento sería reemplazado por la lista de los oficiales que no habían sido arrestados.

en los primeros días de la Revolución, volé a Moscú con Stasia y mis padres, y que no sabía si mi hermano estaba vivo, y que me gustaba Inglaterra. Hablé muy a pesar de esta parte de mi vida.

No puedo soportar que me compadezcan. De las cosas importantes que han pasado en la vida, prefiero no hablar. ¿Para qué estar siempre reviviéndolo?

El médico quería saber más. No parecía pertenecer a ese tipo de doctores que consideran al paciente como un trozo de carne que hay que tratar en forma mecánica. Para él, el paciente era un pedazo de la sabiduría divina. Sin embargo, su reserva de inglés dominaba su interés.

—Usted debería estar agradecida de que este accidente terminara en forma tan afortunada —dijo—. Debe sentirse contenta. Si supiera cuánta miseria llega aquí todos los días y lo poco que podemos hacer los médicos, debería estar satisfecha con su suerte.

—Estaría contenta si fuera modesta. Pero no soy modesta. Las personas resignadas no tienen ideales. Me resguardo más de las personas resignadas que de las enfermedades contagiosas. Le estoy muy agradecida, pero quiero seguir mi camino. Espero que mis costillas no me lo impidan.

—Las profecías no se avienen con la profesión de médico, pero esto le puedo asegurar: sus costillas no serán obstáculo para su futuro.

Lamenté haber conocido al médico la tarde de mi partida, pues era algo más que un simple delantal blanco.

—Si alguna vez necesita un consejo —no sólo un consejo médico—, venga a verme. Puede confiar en mí.

Las palabras cariñosas eran tan raras de encontrar como los corazones bondadosos. Me alegré de que se fuera luego, porque los sentimientos poco comunes hacían que se me inundaran los ojos de lágrimas.

Me dejó con un ejemplar del "Times". Me lancé sobre los anuncios donde ofrecían empleos y comprendí que debía preocuparme rápidamente de mi futuro.

En la Sección Viajes y Deportes me detuve ante un anuncio: "Nuevas concesiones son otorgadas por fin a Lord Eversham. Conway está autorizado para efectuar otras excavaciones. El trabajo en Egipto se continuará este verano".

¿Conway? ¿Sería mi señor Conway? "Conozco Egipto", me había dicho. ¿Por qué no podían otros Conway conocer

(Continúa en la pág. 15)

S

E bien que cuando una se pone a escribir algo, generalmente es para contar una historia, un acontecimiento importante que le haya sucedido, y

que, en cierta forma, haya cambiado el curso normal de la existencia. Pensando así, me sobrecoge cierta emoción al comenzar este relato, ya que sólo puedo contar mi felicidad. Y lo peor es que no se trata de una felicidad con mayúscula, sino de una dicha tranquila, sin amores románticos ni palpitantes aventuras. No hay en ella un tema que pueda servir para realizar un cuento o una novela de amor.

Mi nombre es Ximena, y, como todas las muchachas, viví hasta la edad de veintidós años (ahora tengo veintisiete) una existencia tranquila. No por eso era monótona y aburrida, al contrario: tengo dos hermanos, dos y tres años mayores que yo, y formábamos una familia perfectamente dichosa. Papá, a la cabeza de una firma de importaciones y exportaciones, mamá en casa, mis hermanos en la universidad y yo en la oficina, todos trabajábamos valientemente. Noche a noche nos reuníamos en torno de la mesa familiar con un placer que ninguno trataba de disimular. Se conversaba de los pequeños acontecimientos del día, se comentaban las noticias, y, a veces nos refamós de lo que sucedía en el barrio. Sin embargo, eran raras las comidas que terminaban para papá, Rogelio y Enrique, sin la discusión apasionada de sus lecturas. En realidad, era un trío de fanáticos por los libros. Yo participaba sólo de lejos en estas charlas: no siempre estaba al tanto de la última novedad, o del tema de moda, ni jamás seguí un curso de filosofía o algo por el estilo. Además, mi intervención siempre se veía interrumpida, pues debía ayudar a mamá a lavar los platos. Recuerdo que experimentaba un terrible resentimiento y un recóndito despecho por no poder participar en tales conversaciones, lo cual no impedía estar orgullosa de los tres y admirarlos abiertamente. En mi interior comparaba la variedad y extensión de los conocimientos de mis hermanos con la falta absoluta de inquietud intelectual de que daba prueba la mayoría de la gente joven que diariamente conoecía en mi oficina. En esa época tenía yo veinte años, y el ambiente en que vivía, como también mis estudios, me habían proporcionado un buen acopio literario y musical. Además, era muy aficionada al balle, a los paseos con mis compañeros, a las largas excursiones en bicicleta, a la natación y al tenis. En una palabra, amaba la vida. Es cierto que jamás había estado enamorada, salvo, naturalmente, a los dieciséis años, de Gregory Peck, como todas las muchachas soñadoras. Mis amigas se casaban unas después de las otras, y yo no las envidiaba. Pero cuando Rosita, mi mejor amiga, contrajo matrimonio, no pude evitar de volver de la iglesia algo soñadora al recordar su tierna sonrisa y la cálida mirada que le dio a su flamante marido cuando salían del brazo. Eso significaba que yo pensaba en el matrimonio, no en forma obsesiva, sino que lo aceptaba como una eventualidad. Muy a menudo me sorprendía pensando y construyendo mi vida futura, junto a mi marido (al cual no lograba ponerle un rostro) y rodeada de dos hijos, que, invariablemente, eran los niños más lindos del mundo. En esa misma época, la firma en donde yo trabajaba tomó a Rodolfo, mu-

chacho de más o menos veinticinco años, y a quien no conocía. Yo trabajaba precisamente en la misma oficina en que debía hacerlo él.

—Es el "nuevo" —me dijo una de mis compañeras—. Nada de extraordinario, ¿no es cierto?

—Todavía me escucho decir: "¡Parece esta carta a máquina!"

Pocos días después, al pasar frente a su escritorio, me llamó:

—Señorita, ¿quiere, por favor, pasarme esta carta a máquina?

—Con mucho gusto —fué mi respuesta. Eso fué todo. Pero así, de carta en carta, y de palabra en palabra, nos fuimos conociendo mejor. Y, al cabo de algunos días, yo ya no podía comprender cómo había podido encontrar simplón a Rodolfo. Sólo hablamos cambiado algunas frases sueltas, sin entablar una verdadera conversación, pero este intercambio fugaz de palabras y cortesías, las banalidades diarias, el ajeteo de la oficina, por donde corrían como una filigrana raras inflexiones personales, hizo nacer entre nosotros una franca simpatía. Rodolfo logró despertar mi curiosidad y destacarse entre el montón de empleados. Noté que trabajaba con entusiasmo y con rara discreción, que no era mediocre, y se veía que llegaría a ser algo.

—Volví a ver "El Muelle de las Brujas" —me dijo cierto día.

Y entonces, a propósito del cine, nos pusimos a conversar largamente, y pronto llegamos a hablar de literatura. Al escucharme, se quedó mirándome sorprendido, y luego, bruscamente, y con irónica sonrisa, me dijo: —Reconozco francamente que hasta ahora he estado equivocado en algunos de mis juicios. Debo corregir muchas de mis definiciones.

A pesar de haber comprendido a lo que aludía, me hice la desentendida, y le pregunté con aire inocente:

—¿A qué se refiere?

—Hasta hoy yo definía a una dactilógrafa como a una muchacha con diez hábiles dedos, muy agradable de mirar, pero que no posee conversación alguna. Veo que el último juicio era erróneo y totalmente falso.

—Creo que muy a menudo tendrá que rectificar sus juicios. La culpa la tiene su juventud.

—Seguramente. Veintiséis años, desde fines del mes pasado. —Y después de un silencio—. Soltero, sin familia, y libre como el viento.

Poco a poco nos acostumbramos a co-

mer juntos en el casino de la oficina, ya sea solos o en la mesa donde se sentaba con otros compañeros. Creo que no era partidario de comer todos los días solo conmigo, y a la vista de todo el mundo. De ningún modo deseaba que lo creyeran enamorado de mí. Era alegre, entretenido y sumamente ameno para conversar. A veces, era difícil adivinar si lo hacía en serio o no. Manejaba las paradojas con gran habilidad, lo cual me solía irritar. Un día que, por casualidad, es-

UN

AMOR

SIN

HISTORIA

tábamos solos en la mesa, me habló seriamente, y, por lo menos durante diez minutos, tuve la impresión de que era muy sincero. Me pareció comprender que, en el fondo, su ironía fría y sus continuos sarcasmos no eran más que una coraza contra un cierto sentimentalismo al cual le tenía horror, una defensa para precaverse de indiscretas incursiones dentro de su vida personal. Me habló de su trabajo, diciéndome que, aun cuando lo encontraba interesante y lo desempeñaba lo

(Continúa en la pág. 29)



Lleve su veraneo con Ud. misma

Caupolicán tiene para usted telas de rayón en diseños exclusivos. ¡Colores que no destiñen! Insista en Caupolicán al elegir los géneros de sus nuevos vestidos de verano... Pueden lavarse todos los días... y son antiarrugables.

Estampados

Caupolicán

M. R.



Citas Peligrosas

(Continuación de
la pág. 7)



Las muchachas desbordaban entusiasmo. Eugenia era un cuadro con su shorts y su blusa blanca. Toda la muchacha que se acercaba a ella era víctima de la comparación y ahora era Teresa. Teresa era buena moza, pero luchaba mucho para realizarlo y se le notaba. Teresa era dulce, pero no había brillo en sus ojos, ni simpatía en su rostro.

Claro que había que conocerla para saber cuán buena y cariñosa era. ¡Había que conocerla y Jorge no la conocía! Esa fue otra de las cosas que me impresionaron cuando supe en la cancha de tenis que la había convidado a salir. ¿Por qué a Teresa? Yo era más bonita que ella y era también más entretenida. ¿Por qué no convidó a Eugenia? Eso lo habría comprendido. Eso habría tenido más sentido.

Excepto por la declaración inconsciente de Teresa: "Voy a salir con tu antiguo pololo, Luisa", la mañana era algo lejano y borroso en mi mente.

Me fui con Virginia, quien prácticamente me obligó a confesarme con ella después de notar lágrimas en mis ojos. Me pidió que fuera a comer a su casa para que habláramos al respecto. Me dijo, tratando de consolarme, que aunque no llegáramos a nada concreto, al menos podría desahogarme.

La mujer es como la hiedra, que crece en todo su esplendor mientras se enrosca al árbol, pero no sirve para nada cuando se separa de él.

MOLIERE.

Es allí donde debería estar ahora, en la casa de Virginia, en lugar de estar aquí en la de Jorge. Le avisé que no iría y le conté lo que pretendía hacer. Ella no aprobó. Ambas veníamos de familias que se espantaban de las muchachas que perseguían a los muchachos y, aquí estaba yo, esperando que uno llegara a su casa, después de una cita con otra.

¡Parecía irreal! Pero el temor y la ansiedad, la interminable espera eran totalmente reales. Y luego se me ocurrió algo... ¿qué si en este instante Jorge le estaba haciendo el amor a Teresa? ¿Era acaso imposible? Me estremecí, forzando la idea fuera de mi mente. Se fue, sólo para volver más vividamente que antes. ¿Podría ser capaz de ver a esa muchacha anidada en los brazos de Jorge, sitio que me pertenecía?

Me imagino que eso habría sido la última gota para despedazarme. Me habría ido, para arrancar de mis propios pensamientos, si no hubiera sido por el par de luces que venían hacia mí. Se detuvieron en la mitad de la calle. Mi corazón latía apresuradamente. No podía ver con exactitud lo que estaba sucediendo debido a la obscuridad, pero escuché claramente la cerrada de la puerta del automóvil. Jorge ahora la llevaba hasta la puerta de su casa. ¿Cuánto rato se quedaría con ella despidiéndose?

El alivio recorrió todo mi cuerpo en,

(Continúa en la página 24)



El embrujo de Egipto

(Continuación de la pág. 12)

Egipto? Conway es un apellido común. Creo en las coincidencias. Mi padre las llamaba la atracción de las fuerzas. Pero, generalmente, las coincidencias agradables les sucedían a los demás.

Mientras daba vueltas esto en mi mente, sentí un golpe en la puerta, y apareció el señor Conway. Quise decirle que en ese instante estaba pensando en él, pero parecía tan indiferente, que decidí asumir su misma actitud.

—¿Cómo está? Le tengo un empleo.

—¿Usted? ¡Magnífico!

Cuando le dirigía la palabra usaba su misma forma de hablar: cortante, inesperada, precisa.

—Pero no es un trabajo en Inglaterra.

—No me importa.

—No es tampoco fácil.

—Tanto mejor.

—Mucha paciencia. Mucho trabajo. Nada de ocho horas diarias.

Asentí.

—Tendrá que asumir su puesto en dos días más.

—Magnífico. —Me sentía extraordinariamente feliz.

—¿No se interesa por saber dónde es?

—Por cierto, pero no me atrevo a preguntárselo.

El se rió, se rió fuerte.

—¡Deberá saberlo! En realidad, quiero llevármela a Egipto como mi secretaria. Estamos haciendo excavaciones. Durante años hemos tratado de encontrar algo. Durante diez años.

Permanecí contemplándolo, incrédula. ¿Podía la felicidad

Aunque los celos sean producidos por el amor, como lo son las cenizas por el fuego, aquellos extinguen el amor lo mismo que las cenizas apagan la llama.

MARGARITA DE NAVARRA.

llegar tan de súbito? ¿Tan inesperadamente? ¿En forma tan innecesaria? Le mostré el anuncio del "Times".

—¿Así es que usted es ese Roger Conway?

—¿Se sorprende?

—Mucho.

De pronto se hizo dentro de mí la primavera, y con ello recuperé la fe en la vida.

—¿Podrá estar lista para partir pasado mañana a las nueve en punto de la mañana, y preparada para salir inmediatamente en automóvil?

—Estaré.

—El vapor sale de Southampton a las dos.

—Bien.

—Allá no tendremos comodidades, ni muchos muebles. Tiene que darse cuenta de eso. A veces tendremos que acampar toda una noche en el desierto.

—Excelente.

Si él se diera cuenta de lo maravilloso que esto me parecía. Si se diera cuenta de lo agradecida que le estaba. Debí notarlo. No podía ocultar la dicha que revelaban mis ojos.

—Pero yo aún no hablo el árabe. Estoy todavía en la página ciento veinte de la gramática.

El rió de nuevo.

—Vamos a excavar cosas egipcias y no árabes, jovencita. Y usted tendrá que aprender a descifrar jeroglíficos. Son unos puzzles muy hermosos.

Visiones de Tebas, El-Amarna, el Valle de los Reyes, El Cairo, el Templo de Karnak, se confundían en mi mente.

—Su sueldo será diez libras al mes.

—Diez libras —repetí maquinalmente, mientras seguía pensando en todo menos en el dinero.

—¿No es suficiente?

—Naturalmente —respondí con prontitud—. Antes sólo ganaba cinco, o menos.

Me miró de nuevo con sorpresa, con una mirada incrédula que me hizo sentirme incómoda. Una extraña incomodidad me invadió como un viento frío. Contuve la respiración y me costó trabajo controlar mi voz.

—Aquí tiene cinco libras adelantadas. Las necesitará para prepararse. Entonces, pasado mañana a las nueve en punto.

—En punto.

Y mi nuevo jefe abandonó mi habitación igual que siempre, sin darme la mano ni decirme nada más: sin saber de mí nada fuera de mi nombre.

(CONTINUARA)



ZIG-ZAG PRESENTA

OTRO EXITO DE UN AUTOR NACIONAL

FLOR LUMAO, LAUTARO YANKAS

Lautaro Yankas nos presenta en esta obra un episodio lleno de colorido de la lucha de los colonos contra los araucanos de la frontera. El protagonista, Marcos Strobel, rapta a una joven india, llamada FLOR LUMAO, y la tormenta se desencadena con violencia apasionante...

PRECIO \$ 160.—

SELECCIONES ELLERY QUEEN DE CRIMEN Y MISTERIO N.º 9

Presentamos el N.º 9 de estas selecciones, con bellas narraciones de los connotados escritores Ellery Queen, Cornell Woolrich, Miquel Gilbert y otros, que harán las delicias de los aficionados.

PRECIO \$ 30.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

El perfume del Romance

...cálido y
persistente!



Royal Briar

ATKINSONS

M. R.

CREADO EN LONDRES Y ELABORADO CON ESENCIAS IMPORTADAS.

R8-CH-34

UNA

—NO. POSITIVAMENTE, NO —
afirmó vigorosamente Margrave—
Era un muchacho encantador. No
tenía ni un solo enemigo.
—¿Conoce a su mujer? —preguntó
con indiferencia el detective.
—Muy bien. Nora es una muchacha
maravillosa. Leal hasta la exageración.
Shayne volvió la cabeza al escuchar un ruido extraño pro-
veniente del diván. Vió que Ana Margrave dejaba su vaso
y se llevaba un pañuelo a la boca, tosiendo atorada con el
licor. Se levantó de pronto, ciñó la bata sobre su cuerpo
fino y se encaminó hacia uno de los dormitorios.
—Tiene que perdonarme —dijo con voz apagada.
Margrave apenas miró a su hija y continuó con su relato:
—Comprendo que usted quiere contemplar todas las po-
sibilidades y espero que así lo haga. Pero estoy seguro
de que no encontrará nada en la vida privada de Ralph
que pueda justificar un asesinato. ¡Existe sólo una solución!
Espero que sea usted el hombre que la encuentre, ya que
la policía se niega a escucharme.
Shayne se cogió el lóbulo de la oreja.
—Me imagino que usted sabe que Nora Carrol está en
Miami desde anoche...
—¿Sí? —Margrave miró sorprendido, pero no demostró
duda—. Pobre muchacha. Me imagino que vino a rogarle a
Ralph que no continuara su demanda de divorcio. El es-
taba cometiendo un grave error, y yo se lo dije más de
una vez.
—He sabido que Carrol tenía motivos muy poderosos pa-
ra solicitar el divorcio.
La cara de Margrave se ensombreció e hizo un gesto con
la mano, como apartando un insecto molesto.
—Legalmente, sí —admitió con un suspiro—. Creo que Nora
hizo... digamos, cometió una indiscreción. ¿Pero quiénes
somos para juzgar a un ser humano? "El que no tenga
pecados que lance la primera piedra". Eso se lo dije a Ralph.
Le hablé respecto a Nora como lo podría hacer un padre.
—¿No ha pecado usted nunca? —le pregunté—. ¿Llegó al
matrimonio con las manos limpias? ¿Nunca se dejó lle-
var por una tentación? —volvió a suspirar y sacudió su
enorme cabeza—. Pero Ralph era joven y apasionadamente
celoso. Estaba decidido a humillar públicamente a Nora.
—¿Quién era el hombre? —interrogó Shayne.
—El tema no me es agradable —dijo Margrave como du-
dando—. Sin embargo, es de conocimiento general. El jo-
ven Ted Granger fué el sindicado por Ralph. Además, es
su propio primo. Un muchacho inofensivo aunque estúpi-
do. Tengo la impresión de que estaba locamente enamora-
do de Nora y supongo que hizo lo posible por deshacer su
matrimonio con Ralph.
Shayne tomó otro gran trago de whisky e hizo un gesto
de desagrado.
—¿Quién me recomendó a usted, señor Margrave? —pre-
guntó de improviso.
—¿Quién? Nadie me lo recomendó directamente. Había oído
hablar de su reputación, naturalmente, y hace algunos
meses, en conexión con otro asunto, supe que mi abogado
había averiguado respecto a usted para contratar sus ser-
vicios. Más tarde decidí desistirme de tal asunto, pero
su nombre quedó flotando en mi mente. Entonces,
cuando me di cuenta de que la policía no merecía mi con-
fianza ya que no encontraba al asesino de Ralph, pensé
de inmediato en usted.
—¿Cómo se llama su abogado?
—El señor Bates, de Wilmington.
—¿Era también el abogado de Carrol?
—Bates corría con todos los asuntos de nuestra sociedad.
—¿De qué naturaleza era el otro asunto por el cual fui
considerado e investigado por su abogado? —insistió Shayne.
—Era un asunto personal —respondió cortante Margra-
ve—. Nada ha tenido que ver con la muerte de Ralph.
—De todos modos tendremos que averiguarlo.
—Está bien —dijo el hombre con tono de duda—. Ralph
recibió algunos anónimos sucios. Se puso furioso y quiso
averiguar quién se los enviaba, pero yo lo persuadí de
que no siguiera adelante su investigación.
Mientras su padre hablaba, Ana Margrave apareció en la
pieza. Llevaba un vestido deportivo con un cinturón muy
ancho, un pequeño sombrero y zapatos rojos, igual que sus
labios. Llevaba una bolsa blanca en su mano enguantada.
Dijo con voz desganada:
—Adios, papá. Hasta pronto, Mike.
Shayne se puso de pie y la despidió con su vaso vacío.
—Hasta luego y gracias por el desayuno.
—Siempre será bien recibido —aseguró con el mismo tono
desganado y salió.
—Estas muchachas modernas —comentó Margrave—. No
volverá a ver a Ana hasta que vuelva a casa en la noche.
—¿Qué clase de anónimos eran esos? —Shayne dejó su
vaso sobre la mesa, pero continuó de pie.
—¿Cuáles? Ah, los que recibió Ralph. Sólo tonterías y vi-
lezas. Llegaron hace meses y no pueden tener relación con
el crimen.

—¿Tienen que ver con la mujer de Carrol?

—Sí, eran acusaciones contra Nora. ¿Se hará cargo del caso, Shayne?

—Encantado. Quisiera ver a Bates y saber lo más posible respecto al pleito con Vulcan.

—Por supuesto. Le aseguro que ahí está la clave de todo. Según creo, el señor Bates llega hoy. Me telefoneó temprano esta mañana, en cuanto supo la muerte de Ralph. Le comunicará tan pronto llegue. Estaré encantado de darle un anticipo. Cualquier suma razonable. Quiero que no se fije en gastos para descubrir al asesino.

—Envíeme un cheque por mil dólares a mi oficina —respondió Shayne—. Estaré en contacto con usted. Se dió vuelta, súbitamente impaciente por salir de ese hotel y por desprenderse de Margrave.

Timothy Rourke se levantó cuando lo vió salir del ascensor. Se avalanzó hacia el detective con los ojos brillantes de curiosidad.

—¿Cómo te fué, Mike?

—Me olvidé decir que la prensa esperaba abajo —respondió Shayne después de un momento—. Sube, Tim. Tendrás bastante dinamita para un título, si es que te atreves a imprimirlo. Dejó pasar al reportero e iba ya en la mitad del hall cuando Ana Margrave se le acercó. Lo cogió del brazo con sus dedos nerviosos y le dijo con ansiedad:

—Necesito hablar con usted. ¿Me invita a tomar un trago?

—Por cierto. ¿Aquí? ¿O en otro sitio?

—En otra parte —le respondió con decisión la muchacha—. Si mi padre nos ve juntos me mata.

—Tengo mi automóvil afuera. Vamos. Permanecieron silenciosos mientras Shayne conducía el coche hacia Collins Avenue y doblaba hacia el Norte. Ana Margrave iba a su lado, con sus manos enguantadas nerviosamente asidas a la pequeña cartera que llevaba en su falda.

Caminó unas pocas cuadras hacia el norte, dobló al oeste y detuvo el coche frente a un pequeño restaurante donde sabía que los tragos eran buenos y en donde había a esa hora pocos clientes.

Entraron en una pieza grande y fresca que tenía un bar cerca de la puerta. Shayne tomó del brazo a Ana y la introdujo en el recinto vacío. Ella eligió la última mesa. Una vez que se instalaron, la muchacha lo miró con sus ojos de un azul intenso, y, por primera vez, Shayne vió un tenue color en sus mejillas.

—No soy una borracha —negó Ana con vehemencia, como si Shayne se dispusiera a acusarla—. Sólo quiero... maldita sea... hacer enfurecer a papá. Cuando él comienza a pontificar me gustaría lanzar aullidos. Y, en vez de eso, prefiero beber.

—¿Y la ayuda en algo? —le preguntó Shayne con voz ronca.

—Muchos hacen lo mismo.

Shayne levantó una mano para imponerle silencio cuando vió aparecer al mozo.

—¿Qué se sirve?

—¿Qué me sugiere?

—Café negro.

—Magnífica idea —dijo Ana dirigiéndose al mozo—. Con una dosis doble de coñac Croizet, si tiene.

Shayne levantó sus rojas cejas y gruñó:

—Lo mismo para mí, pero solo, y un vaso de agua helada en vez del café.

Cuando se retiró el mozo, Ana dijo:

—Yo tengo que hablar con usted. Me parece haber hecho algún ruido cuando usted le preguntó a papá si conocía

CAPITULO IX

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Shayne va a entrevistarse con el señor Margrave, quien resulta ser el socio de Ralph Carrol en la explotación y perfeccionamiento del nuevo plástico descubierto por el asesinado. Allí conoce a su hija Ana, muchacha de extraordinaria belleza. Margrave le informa de que la Vulcan, compañía donde antes trabajaba Carrol, le tenía un pleito por robo del plástico y que esa compañía tenía que ser la que lo había mandado matar para hacer desaparecer las pruebas a su favor...



Una vez que se instalaron, la muchacha lo miró con sus ojos de un azul intenso, y, por primera vez, Shayne vió un tenue color en sus mejillas.

a Nora y él le respondió que era una mujer magnífica y muy leal.

—¿No lo es?

—Es una mujerzuela—. Sus ojos eran tan fríos como azules, pero después de un momento sus labios descansaron del rictus de odio que habían ostentado, y volvió a decir con voz calmada: —Arruinó la vida de Ralph. Es tan culpable de su muerte como si lo hubiera apuñalado, cosa que es perfectamente capaz de hacer y que habría hecho si hubiera estado cerca.

Shayne se echó hacia atrás, sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos y le pasó uno por encima de la mesa. Ella lo cogió y se inclinó para encenderlo en el fósforo que le tendía el detective. Luego prendió uno para sí.

—¿Entonces usted difiere con su papá respecto al verdadero carácter de la señora Carrol?

—Yo no estoy de acuerdo con nada de lo que piensa papá —respondió con rapidez Ana—. ¿Le mencionó, por ejemplo, que Nora había sido su amante antes de pescarse a Ralph?

—No, no me mencionó eso.

(Continúa en la pag. 25)



ISABEL

la emper

CONOCIDA POR UN PEQUEÑO NUMERO DE PER-
TRIA HA PASADO A LA HISTORIA COMO UNA SI-
EXCEPCIONAL", ESCRIBIO UN BIOGRAFO QUE L-
ELLA DICE: "SE QUE MARCHO HACIA EL FIN-
WITTELSBACHS Y LOS HABSBURGOS EXISTE FA-
UN HIJO, EL ARCHIDUQUE RODOLFO, QUE MURIO
EL ARCHIDUQUE JUAN SALVADOR, DESAPARECI-
VICTIMA DE UNO DE LOS HECHOS MAS ATROCE-
AHOGADO... EVOCAREMOS AHORA LA VIDA SE-

El domingo 14 de agosto de 1858, la duquesa Ludovica, na-
cida princesa real de Baviera, abraza a su marido Maximiliano,
duque de Baviera, y sube con sus dos hijas mayores, Elena de
19 años e Isabel de 16, a una berlina que la conducirá de su
castillo de Possenhofen junto al lago de Starnberg a las ter-
mas de Ischl, en Austria. En su castillo deja a sus dos hijos,
Luis de 22 años y Carlos Teodoro de 12, y a sus tres hijas
menores: Maria de 12 años, Matilde de 10 y Sofia de 6.
La duquesa Ludovica lleva a su hija Elena a Ischl para que se
encuentre con su primo Francisco José, el joven emperador de
Austria y con el cual se pondrá de novia. Y para dar a esta
entrevista un carácter de reunión familiar es que la duquesa
decide llevar también a su segunda hija Isabel, adorable mu-
chachita de cabellos rubios. "La más viva y la más espigada
de sus hijas, aunque un poco traviesa, según el gusto de su
madre", escribe el historiador Carl Ischupick.
En cada parada, Sissi —tal es el sobrenombre que dan sus pa-
rientes a Isabel—, se hace castigar por la duquesa Ludovica.
Sissi, en efecto, conversa familiarmente con los cocheros, los
postillones y los palafreneros. En Rosenheim ella quiere darles
de beber a los caballos. ¡Una hija de la casa ducal y real!
—No sé qué me retiene de mandarte inmediatamente a casa
—la reprende exasperada su madre.

Llegan a Ischl: se instalan en el Gran Hotel. En seguida la
duquesa y sus dos hijas llegan a la villa donde residen el joven
emperador y sus padres. En la escalinata, las tres princesas
son recibidas por el padre de Francisco José, el archiduque
Francisco Carlos, y por su madre, la archiduquesa Sofia, her-
mana de Ludovica.

Después de saludar a su tía, Elena e Isabel, ante la fisonomía
autoritaria y seca de la archiduquesa Sofia, no pueden dejar
de recordar que fué hace veintitres años la exquisita y tierna
amiga del duque de Reichstadt. ¡Cómo ha podido cambiar
tanto!

Algunos minutos más tarde, en el gran salón de la villa, las
dos hermanas, Sofia y Ludovica, y sus hijas están por tomarse
el té cuando aparece Francisco José. Delgado, bien parecido en
su uniforme azul galoneado con oro, la cara noble y fina, el
joven emperador de veintitres años es realmente bello. Todo el
mundo se levanta, mientras que Elena, con los ojos bajos, hace
las tres reverencias exigidas por el protocolo.

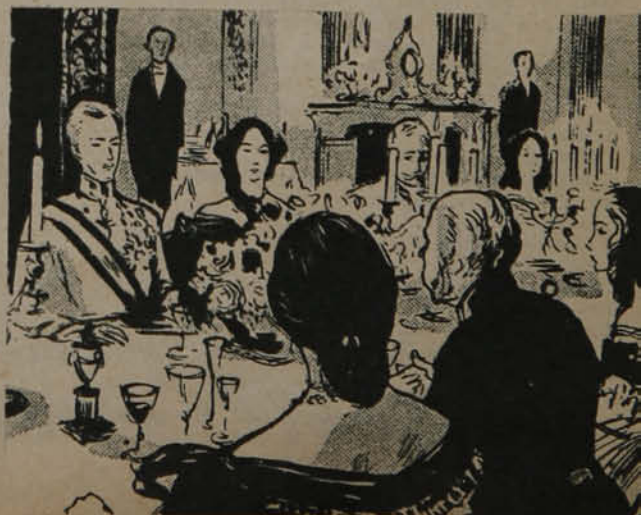
Isabel le tiende la mano al joven emperador y, con una son-
risa, le dice:

—¡Buenas tardes, Franz!

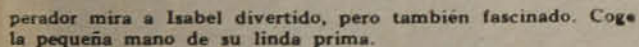
La archiduquesa Sofia se avergüenza por el menosprecio que



demuestra su hija por la etiqueta, y a la duquesa Ludovica
ocurre igual. ¿Cómo el emperador, tan severo para la etiq-
ta del corazón, va a tomar como impertinencia la familiaridad
de Isabel? Su Majestad Imperial se digna sonreírle. El en-



E SU EXISTENCIA, LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA EN SU VIDA COMO SU MUERTE TUVIERON UN CARACTER MUY DISTINTO. "LA EMPERATRIZ ERRANTE" Y QUE, AL HABLAR POR PRIMERA VEZ ME HA ASIGNADO EL DESTINO". PERO, ENTRE LOS REYES Y ELLA NO PUDO EVADIRSE A ESA SUERTE. TUVO UNA BUENA PARTE EN MAYERLING CON MARIA VETSER. SU PRIMO, MUY MISTERIOSA; SU HERMANA LA DUQUESA DE ALENCON, MUY INTRIGADA; SU HISTORIA; SU AMADO LUIS II DE BAVIERA, MUY MELANCOLICA DE ISABEL DE AUSTRIA.



—¡Encantado de verte, Sissi! —le dice con voz alegre, aunque un tanto emocionada...

Al día siguiente, el joven emperador Francisco José come con sus padres, la archiduquesa Sofía y el archiduque Francisco Carlos, con su tía, la duquesa Ludovica y su prima Elena, la muchachita que de común acuerdo los Habsburgos y los Wittelsbachs le han designado como esposa. Elena, encorseletada, sentada rígida en el borde de la silla, se mantiene muda y ruborizada. ¡Cómo siente Francisco José que su tía Ludovica haya juzgado más conveniente (y más prudente) hacer comer a la espigada Isabel, a la turbulenta Sissi, con su gobernanta en una pieza vecina. Si ella estuviera presente, esa comida funeraria se habría transformado en una velada deliciosa. Pero, de pronto, Francisco José aguza su oído... Siente a través de la puerta la voz de Sissi. Clara, viva, irritada...

Y, de golpe, se abre la puerta, Isabel entra a la pieza. Ella ha sido reprendida por su gobernanta, e impetuosa, espontánea, viene a que le hagan justicia.

La aparición de esta locuela maravilla a Francisco José. Cuando Sissi lo va a saludar y a excusarse por su conducta, el joven emperador la mira fascinado.

Esa misma noche Francisco José tiene una entrevista con su madre.

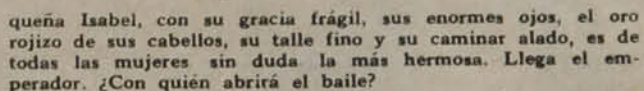
—¡No me casaré con Elena, sino con Isabel! —declaró el joven emperador.

Es la primera vez en su vida que Francisco José no se conforma con la voluntad de la archiduquesa Sofía. Habitualmente respeta sus más mínimos consejos, la autoritaria archiduquesa no puede dar crédito a sus oídos. ¿Qué? ¿Francisco José rechaza la elección que le ha hecho? ¿Está loco! Caprichosa, fantástica, indócil, en una palabra, Isabel es absolutamente inepta para asumir el papel de emperatriz. Es preciso que reflexione Francisco José. Un emperador tiene sus deberes, un emperador no puede vivir como cualquier persona, no se pertenece, pertenece a sus súbditos. ¡Tendrá que dar cuenta a Dios de su misión!

Pero Francisco José no quiere escuchar.

—¡Quiero a Isabel! —replica ese hijo hasta ahora dócil y sumiso y que pronto se ha transformado en voluntarioso, obstinado e irreductible.

Esta noche, en los salones brillantemente iluminados de la villa imperial, la archiduquesa Sofía da un gran baile en honor de sus invitadas. Uniformes galoneados, hábitos negros, grandes escotes, ríos de diamantes, espejos de Venecia, perfumes, música lánguida o alegre, atmósfera liviana y voluptuosa. La pe-



Se dirige derecho hacia Sissi, le pasa un ramo de rosas y cogiéndola de la mano comienza el vals con la joven. Todo el mundo ha comprendido. Isabel también. ¡Es ella la elegida! Con el corazón agitado y la mente perdida, Isabel conversa, se maravilla y se abandona en los brazos del príncipe encantado que la hace girar al ritmo voluptuoso de un vals vienés...

El 18 de agosto de 1853, misa solemne en la catedral de Ischl.

El 16 de agosto de 1893, una vez cumplido en la catedral de Madrid, con ocasión del vigesimotercer aniversario del emperador. Cuando llega Francisco José, con su familia y su séquito, en el atrio su madre la autoritaria y altiva archiduquesa Sofía ce-

de su sitio para entrar en la iglesia a su joven sobrina Isabel. Este hecho hace comprender a todos que su hijo ha elegido a la pequeña princesa para que sea la emperatriz de Austria-Hungría.

(CONTINUARA)



COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado

con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sobria y deliciosa fragancia, su asombrosa suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.



Jabón
NIVEA



MANECIA. El cielo se tornaba gris en el horizonte. De pie en el pórtico sentí frío. Se había esfumado esa cálida brisa que convirtió esos tres últimos días de permanencia de

mi marido en nuestro hogar en un agradable verano. Se habían ido, así como partiría él dentro de unos momentos más. Sosteniéndome junto a él, me susurró al oído:

—¡Isabel, será sólo por tres semanas!

—¡Sólo por tres semanas! —rei, pero mi voz temblaba. Escondí mi rostro en su pecho para disimular las lágrimas.

—David, por favor, maneja con cuidado. No sé qué haría si te perdiera...

—¡No digas esas cosas, mi amor! —me dijo, intentando no tomar en serio mis palabras, pero se traslucía en su voz una inmensa ternura y, a pesar de que sus palabras denotaban alegría, no lo hacían sus ojos. En su mirada había una expresión extraña y parecía fijarlos con intensidad en mí, sólo para evitar que se trasluciera un inmenso miedo interior. ¿Tendría miedo de haberse casado conmigo, por tener él treinta años y yo sólo diecinueve? En esos instantes me estrechaba contra sí como si no deseara abandonarme jamás. Luego, sin volver a mirarme, se separó y corrió hacia su camión. De pronto, y por un extraño presentimiento, me sentí mucho más adulta y resuelta que él. ¡Mi adorado esposo! Contemplé el cartón con letras pintadas que sustituía la patente que había perdido. Debía haber sacado una nueva, pero seguramente no lo haría hasta que lo detuvieran por conducir sin ella. En esos momentos una voz llegó hasta mí.

—¿Parte nuevamente? —era Cintia, una rubia divorciada que vivía en la casa contigua a la nuestra. Lanzó una carcajada cínica y agregó:

—¡Yo no permitiría que un hombre tan estupendo partiera solo a recorrer el país. ¿Por qué no lo acompañas?

Sonreí sin contestarle y experimenté piedad hacia ella al recordar cómo en un tiempo intentó conquistarse a mi marido. No pudo conseguirlo naturalmente, pero David evitó su presencia sin hacerlo demasiado ostensiblemente, pues es un hombre bondadoso y bien educado, que siempre trata de no herir los sentimientos ajenos. Yo sabía por experiencia que, a pesar de todas las mujeres que a veces lo perseguían, él me quería solamente a mí. Por otra parte, había sido idea mía y prueba de mi inalterable confianza en él el no desear acompañarlo. Quería permanecer en la ciudad trabajando para poder ahorrar dinero y algún día independizarnos económicamente. De esa manera llegaría el momento en que David no se vería obligado a recorrer todo el país como agente vendedor. Entretanto, estaba segura de que unos kilómetros no podrían separar verdaderamente a dos seres que se amaban.

Me dirigí a la oficina donde trabajaba, y mientras permanecía sentada controlando fichas, la voz amorosa de mi marido persistía en susurrarme palabras al oído y su rostro prevalecía por sobre los del público que se acercaba al mesón. Al regresar a mi hogar por la noche aún tenía la sensación de la presencia de David junto a mí, y ni siquiera el estruendo que ocasionaba la radio de Cintia en la casa vecina pudo borrar la vívida sensación de sus manos en mis hombros. Pero, de pronto, al encender la luz, sentí que me envolvía la soledad.

Ni siquiera pude escuchar la radio de

Cintia, que transmitía en ese instante un reportaje de los sucesos de la tarde. Permanecí de pie, en medio de la habitación, diciéndome que era absurdo este presentimiento, que todo marchaba perfectamente, que a David nada le había acontecido. En ese instante la radio del chalet contiguo se detuvo abruptamente y sentí los pasos de Cintia que se acercaba corriendo, y luego su voz que me gritaba:

—¡Isabel, David ha tenido un accidente...!

Experimenté una extraña sensación de vacío interior y un runruneo en los oídos que me impedía escuchar lo que Cintia me estaba diciendo.

—¡El camión se ha incendiado! Apenas pudieron leer las letras que llevaba pintadas en la puerta. La patente se quemó también, pues era de cartón. Eso fué lo que anunció la radio. Quieren que vaya la familia a identificarlo...

—¡Identificarlo! ¿Está...?

—No, está vivo, pero en estado de inconsciencia. Hace las maletas, Isabel. Yo llamaré a la estación de radio y preguntaré en qué hospital está. Cintia hizo más aún. Me condujo al paradero de autobuses, me compró el pasaje y me introdujo dentro del vehículo. Ni siquiera le agradecí su ayuda... no pude. Lo único que me sentía capaz de hacer era suplicar al cielo que no muriera mi adorado David. Al llegar al sitio de mi destino descendí como una autónoma, tomé un taxi y le di al conductor la dirección del hospital. En ese instante una joven de cerca de treinta años, que llevaba consigo un niño de meses y una niña de ocho, se aproximó ansiosa al taxi que acababa de tomar y le gritó por la ventanilla delantera:

UNA

¡El peor crimen que puede cometer un hombre! Ese fué el que David cometió contra Isabel, que lo amaba más que a su propia vida.

—¡Conductor, le pago el triple si me lleva rápido al mismo hospital!

La urgencia y desesperación de su voz me hizo sentir simpatía por ella, como si ambas compartiéramos una ansiedad y le sugerí que subiera al taxi. Durante el trayecto no me dirigí la palabra, ni tampoco mientras subíamos juntas las gradas que conducían a su entrada. Una vez dentro, dejó al niño en una silla y le ordenó a la muchachita que lo cuidara. No había mesón de informaciones, sólo una telefonista que en

ese instante estaba tan ocupada con los llamados que no me dio ocasión de preguntarle nada hasta que la otra joven también estuvo al lado mío. Al mismo tiempo ambas dijimos:

—¡Soy la señora Rojas...!
La operadora nos contempló atónita y ambas permanecimos, asimismo, contemplándonos estupefactas.

—Soy la señora Rojas, cuyo esposo sufrió anoche un accidente y se incendió... —empecé a explicar, pero me detuve al contemplar la expresión atónita de la otra joven y el quejido que se escapó de sus labios.

—No puede ser... yo soy la señora Rojas... —murmuró entrecortadamente.

Fué mi turno para permanecer muda de desconcierto.

Nos hizo volver a la realidad una risa corta y nerviosa de la operadora:

—El enfermo no puede pertenecerles a las dos. Está en la habitación N.º 203. Pregúntele al doctor si pueden verlo.

No había doctor por ninguna parte. Vacilé, pero la otra señora Rojas se dirigió directamente al cuarto N.º 203. La situación me parecía absurda. No podía haber dos señores Rojas que condujeran camiones, ¿o podría ser esa la explicación?

Mi corazón empezó a latir violentamente. A veces ocurren esas coincidencias. Podía ser que David estuviera ileso e ignora mi angustia. En ese instante la joven penetró en la habitación y exclamó al ver al herido:

—¡Mi amor, gracias a Dios que no fue más grave!

—¡No era David! Empecé a retroceder cuando escuché al herido que le contestaba con ¡la voz de David!

—¡Mi vida querida! Mi primer pensa-

paz de hacer una cosa así! ¡No podía ser bigamo! No podía haber fingido que me amaba. Sus sentimientos por mí eran reales y honestos... y fueron así desde el primer momento que le vi, seis meses atrás, una tarde que llegó a mi oficina en busca de unos papeles.

Nunca creí que podría enamorarme de un hombre a primera vista... pero así sucedió tan pronto como vi a David dirigirse hacia mí. En un momento no hacía más que esperar que el tiempo transcurriera para poder regresar a mi casa, y al otro un par de ojos castaños me hacían perder la cabeza. Me sentí tan impresionada por su presencia que no pude extender correctamente un cheque que debía entregarsele y tuve que hacer otro. Al verme tan vacilante me guiñó



—Por ahora me dedico a olvidar este incidente de mi vida. Mantengo siempre la cabeza alta, pues sé que la vergüenza no me ha contaminado...

EXPERIENCIA CRUEL

miento al volver fue para ti y los niños! Pero no deseaba que supieras nada del accidente hasta poder regresar a tu lado. ¿Cómo supiste que estaba aquí? —el tono de su voz era tan amoroso como el de ella.

La joven no pudo replicarle porque en ese instante penetré en la habitación y por sobre el hombro de ella David me contempló como si fuera una pesadilla.

—¡Isabel! —no podría decir cómo murmuró esta palabra. Sus labios apretados dejaron escapar un sonido inarticulado que podía traducirse como mi nombre, y pasó su mirada de mí hacia Mira y de ella hacia mí, pálido de terror. De pronto su cabeza cavó hacia atrás y perdió el sentido.

—¡Llame a una enfermera! ¡Se ha desmayado! —me gritó la otra señora Rojas.

No llamé a la enfermera. Salí de la habitación y del hospital tan rápidamente como pude. Sin saber cómo llegué hasta una confitería que había al frente y pedí un café. La voz de David aun golpeaba mis oídos:

—¡Mi vida, mi primer pensamiento fue para ti y los niños!

—oOo—

No podía ser cierto. Yo era su mujer. Pero Mira le había dicho a la operadora que era su esposa... ¡y David había actuado como si en verdad lo fuera! No podía estar casado con las dos, a no ser... ¡Oh, no, David no era ca-

un ojo y sonrió. Me sonrojé ante la mirada aprobadora de sus ojos. Después que se hubo ido, mi jefe se acercó a mí y me dijo:

—¡Cuidado, Isabel, ese muchacho parece un conquistador! Probablemente tiene esposa y siete niños en casa.

No acepté su consejo y me dije que si un joven como él fuera casado no se acercaría jamás a una mujer soltera para hacerle el amor. Tan segura estaba de su honestidad que no vacilé en aceptar su compañía, cuando lo encontré esperándome en la puerta de mi oficina. El parecía estar seguro de que le permitiría acompañarme.

—¿Dónde vamos, señora? —me preguntó sonriendo, mientras habría la puerta de su camión como si hubiera sido el automóvil más elegante.

—Mi madre se enojaría si supiera que le acepto subir a su camión sin siquiera saber su nombre —le repliqué riendo.

—Pero si está escrito con grandes letras en la puerta —dijo con esa sonrisa tan suya, tan seductora.

Durante tres semanas vino a buscarme todos los días a la salida de la oficina. En esas tres semanas comprendí que estaba perdidamente enamorada de él. Luego pasó toda una semana sin saber nada de David, y mi vida pareció perder su razón de ser. La noche que volvió me dijo que se había sentido desesperado sin mí y me pidió que nos casáramos.

Me alegré que se aproximaran mis vacaciones, pues aprovecharía esos días para presentarlo a mi familia. Me condujo en su camión a la pequeña ciudad de los alrededores donde vivían mi madre, mi hermana y mi abuelita. Una sola mirada le bastó a mamá para comprender que yo estaba profundamente enamorada del hombre que me acompañaba, y lo invitó a pasar con nosotros esas vacaciones.

—Siempre que su trabajo se lo permita —agregó escrutando su rostro.

—Trabajo para mí solamente —le replicó, aceptando su invitación.

Si mi madre abrigó alguna duda sobre David, no sucedió así con el resto de mi familia. Mi hermana me dijo un día:

—¡Isabel, es el hombre más buen mozo que he visto! —y mi abuelita lo adoraba y pasaba el día haciendo dulces y guisos para él.

—oOo—

Después de transcurrida una semana, las dudas de mamá se disiparon. Y cuando David le pidió formalmente mi mano, se la concedió gustosa. Nos casamos pocos días después. Fue una ceremonia tranquila y sencilla a la que sólo asistió mi familia. Lo único que mi madre no aprobó fue el que yo continuara trabajando.

—El puesto de una mujer es al lado de

(Continúa en la pág. 27)

PARA L



PLAYA



El Molde de la Semana

Esta semana ofrecemos un short para niño de cuatro años. Los moldes que damos son cuatro: delantero, chaqueta espalda, pantalón espalda, manga y cinturón. Materiales: 1,20 x 0,80 m. Pedirlo enviando \$ 15 en estampillas de correo.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.





Mrs.
Cornelius
Vanderbilt, Jr.

figura de la aristocracia
norteamericana, tiene en la
suavidad de su cutis uno
de sus mayores atractivos.
"Uso regularmente
Cremas Pond's y estoy
encantada", afirma.

Toda mujer tiene un mágico encanto interior ¡descubra el suyo!

Hay un gran número de mujeres que ignoran su propio encanto. Usted —como toda mujer— posee un increíble poder interior que puede ayudarla a encontrar su belleza. Este poder se desarrolla en la perfecta relación que hay entre su aspecto exterior y su ser íntimo, entre el modo que los demás la ven y el modo que usted se siente.

Por eso es tan necesario seguir cuidadosamente en tratamiento que la ayude a realizar su propósito. Usted sentirá que es más bella...; será más bella, ¡y el mundo será suyo!

Tratamiento facial exterior e interior.

Para limpiar:

Aplíquese Crema Pond's "C" en forma abundante, con movimientos circulares. Quitela luego con una toallita.

Para "enjuagar":

Aplíquese otra capa de Crema Pond's "C", del mismo modo. Quitesela. Esto elimina hasta el último vestigio de polvos, maquillaje e impurezas. La tez queda suave... ¡nitida!

Estímulo de frescura:

Refresque su cutis con agua fría. Este "tónico" estimulará la circulación y su rostro lucirá con ¡nueva! radiante belleza.



EXIJA EL POTE GIGANTE.
ES MAS ECONOMICO.

Las mujeres más lindas del mundo usan y recomiendan Cremas Pond's.

Citas Peligrosas

(Continuación de
la pág. 14)



tensión cuando sentí que el motor del auto se ponía de nuevo en marcha. Apenas había tenido tiempo para darle un beso de buenas noches. Luego las luces se acercaron a mí, casi alumbrándome mientras el coche entraba en la casa.

Escuché los pasos de Jorge en los pasillos, alejándose de mí hacia la casa. Lo podía dejar ir y jamás sabría lo tonta que había sido. Pensé en ello y me gustó la idea. Pero luego recordé que ésta podía ser mi única oportunidad de verlo y quizá por última vez. Sabiendo eso, no me importó cuán tonta le pareciera.

—¡Jorge! —llamé.

—¿Qué? —preguntó alarmado. La luz de la luna me permitió ver su camisa blanca. Eso era todo lo que podía distinguir de su persona. Lo vi acercarse y esperé, casi petrificada.

—¿Quién es?

—Luisa. —En ese momento me odié, pero di dos pasos adelante—. Te he estado esperando. ¿Lo... lo pasaste bien?

Me va a odiar —pensé, retrocediendo—. ¡Me odiará para siempre!

Estábamos a sólo unos pasos de distancia. Vi su cara y creí ver la mirada perpleja de sus ojos azules. Era obvio que él no sabía qué hacer o qué decir respecto a mi presencia allí.

—Sí —balbuceé—. ¿Qué deseas, Luisa?

—¿Qué deseaba? ¡Oh, Jorge! No podría conseguir lo que quiero. ¡Ni siquiera puedo soñar ya con ello!

Sin embargo le dije:

—Siéntate un minuto, Jorge. Sé que es tarde y que debería estar en mi casa, pero quería decirte adiós. Te vas mañana, ¿no es así?

—Me haces sentirme culpable, Luisa

—murmuró con voz incierta—. Es una simpatía que me hayas esperado para despedirte. Yo debí haber ido a tu casa, o, por lo menos, debía haberte llamado. Sé que lo debía haber hecho.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —

La pregunta me salió sin pensar. Fue como un sollozo acusativo.

Yo jamás había visto a Jorge perder su serenidad. Ahora la perdió.

—Es muy difícil de explicar, Luisa. No sé por dónde comenzar.

Se volvió hacia mí, colocando las manos en los brazos de la silla.

—No quería herirte. Pensé que así sería mejor —añadió.

—Pero, ¿qué hice de malo? —inquirí con desesperación.

Sonrió y movió la cabeza.

—No fué ni tú ni yo. Como dijimos antes, Luisa, fuimos nosotros. Nos adelantamos demasiado. ¿Tiene algún sentido mi explicación?

En una oportunidad te dije que te envidiaba porque tenías amigos. Yo no he salido mucho.

Aparte de ti, sólo hubo un par de muchachas que no significaban nada para mí. Tú fuiste la primera a quien convidé a salir porque me gustaste. Y luego no fué materia de salir contigo porque me gustabas. Se transformó en otra cosa. Era demasiado y muy de repente.

—Pero si yo sentía lo mismo. ¿Acaso tiene eso algo de malo? —protesté.

—¿Malo? —repitió—. No, nada de malo, pero tampoco nada de bueno. No está bien desde el momento en que yo me iré a la universidad por cuatro años.

Antes de eso no puedo pensar en alguien seriamente. Me quiero preparar



Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 17)

El mozo trajo los tragos y echó el coñac dentro del café de Ana. En seguida se retiró.

—Bueno, lo era —le aseguró la muchacha—. Durante varios meses. Después se decidió por Ralph.

—¿Eso fué antes de que su padre y Ralph Carrol se asociaran?

—Sí. Sucedió mientras Ralph trabajaba en Vulcan. Mientras estaba aún perfectamente satisfecho y contento con su trabajo —agregó con amargura Ana—. Mientras no tenía vergüenza de mirar a nadie a la cara.

Shayne calentaba en su mano el vaso con coñac.

—Cuénteme respecto a Ralph. ¿Lo conocía desde hace tiempo?

—Estuve enamorada de él desde que tenía catorce años. Eso fué hace nueve. Y no se ría.

—No me estoy riendo, Ana. —Bebió un poco de coñac y guardó silencio para que ella continuara.

—Mucha gente lo hace. Comenzaron a reírse hace nueve años, cuando empecé a tratar de conquistarlo. Tal vez al principio fué una tontería de muchacha, pero se transformó en amor tan pronto como tuve suficiente edad como para comprender lo que era el verdadero cariño.

—¿Le correspondía Ralph?

—Comenzaba a hacerlo. Ya lo estaba convenciendo. Los psicólogos dicen que una persona normal responde a una adoración. Ralph siempre era cariñoso. Lo veía durante las vacaciones cuando estaba fuera del colegio, y después cuando volvió él a Wilmington para trabajar allí. En reali-

dad no estábamos comprometidos, pero lo íbamos a estar. Entonces conoció a Nora, y todo se arruinó.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Un poco más de un año. —Ana dió un suspiro y tomó su café mezclado con coñac—. Todo cambió entonces, Ralph se puso diferente. No sé como se las manejaba ella. —Le temblaba la mano mientras dejaba la taza sobre el platillo. —Me imaginó que lo provocó mucho. El siempre era tan tímido y suave. Lo dominó totalmente—. Ana se detuvo para fumar. Aspiró el humo y luego lo lanzó por la nariz.

—Nora tenía suficiente experiencia, y sabía cómo conquistarse al hombre que le convenía. Y ella decidió que le convenía Ralph.

Shayne se quedó en silencio un momento.

—¿Y usted afirma que Nora tuvo relaciones con su padre antes de esto?

—Sí.

—¿Le importaron a Ralph?

—Me imaginó que no lo supo. Traté de explicarle a Ralph lo que era esa mujer, pero sólo conseguí enojarlo. El decía que la gente la calumniaba y que yo estaba celosa.

—¿Y qué actitud tomó su padre?

—Francamente, después supuse de que era un plan ideado entre Nora y mi padre —confesó Ana después de dudar un momento. Con la vista fija en Shayne, continuó: —Para convencer a Ralph de que dejara su empleo, se asociara con papá y perfeccionara el plástico. Porque eso fué lo que sucedió. Nora comenzó a convencer a Ralph de que le aguardaba un porvenir brillante y que era vilmente explotado por la Vulcan. Antes de eso, él estaba contento con lo que le pagaban y contento con su trabajo. Le daban un muy buen sueldo y él jamás pensó en quejarse hasta que Nora no lo trastornó.

—¿Dice usted que sospecha que su padre mandó a su amante para que enamorara a Ralph Carrol, para persuadirlo de que dejara su empleo como químico de la Vulcan y se asociara con él? —preguntó incrédulo Shayne—. Ralph

(Sigue a la vuelta)

Una madre estaba muy inquieta porque durante varias semanas no había tenido carta de su hijo interno en el colegio. Sin embargo, un día recibió una carta, en que le decía: "Querida mamá: Nos han obligado a escribirle a nuestros padres, te quiere, Rodolfo".



para el futuro y no podría, a no ser que...

—¿Qué, qué? —me apresuré a indagar. Ya comenzaba a comprender. En forma mágica, el dolor dentro de mí comenzaba a declinar.

—A no ser que pueda salir con muchachas como Teresa. Muchachas en cuya compañía puedo gozar sin ser asediado por su recuerdo al día siguiente. Tú también estabas desesperada. Probablemente lo llamaste amor y creíste que

eso lo solucionaba. Pero no era suficiente.

Me incorporé, aún insatisfecha y muy lejos de sentirme feliz. Así quería las cosas Jorge y yo debía contentarme.

—Al menos los dos sentíamos lo mismo, Jorge. No estaba segura de ello. Me alegro que hayas sido tan franco conmigo.

No sé cómo logré sonreír mientras le estiraba la mano.

—¡Adiós, Jorge, y buena suerte!

—Te llevaré a casa —me ofreció tomándome la mano.

Sentí la misma emoción de antes cuando mi mano tocó la suya. Retiré la mía rápidamente.

—Gracias, pero no es necesario —le repliqué, porque sabía que en el obscuro trayecto a casa nos encontraríamos de nuevo abrazados, nuestros labios unidos y que así no habría jamás un feliz final para nosotros.

—Por lo menos te miraré desde aquí —insistió.

Nos separamos frente a su casa. Las lágrimas rodaban ahora por mis mejillas. No me importaba. Tampoco me di vuelta. Aún sentía su mano tibia sobre la mía. Pero lo más extraño es que sentía algo de lo que él debe sentir ahora. Jorge me amaba, si es que esa atracción física se puede llamar amor. En estos momentos se debe estar preguntando si acaso podremos comenzar de nuevo el próximo verano, tomándolo con calma.

Escuché un silbido familiar detrás de mí, cuando estaba por llegar a mi casa. Era Rodolfo.

—¡Hola! ¿Qué haces a esta hora en la calle?

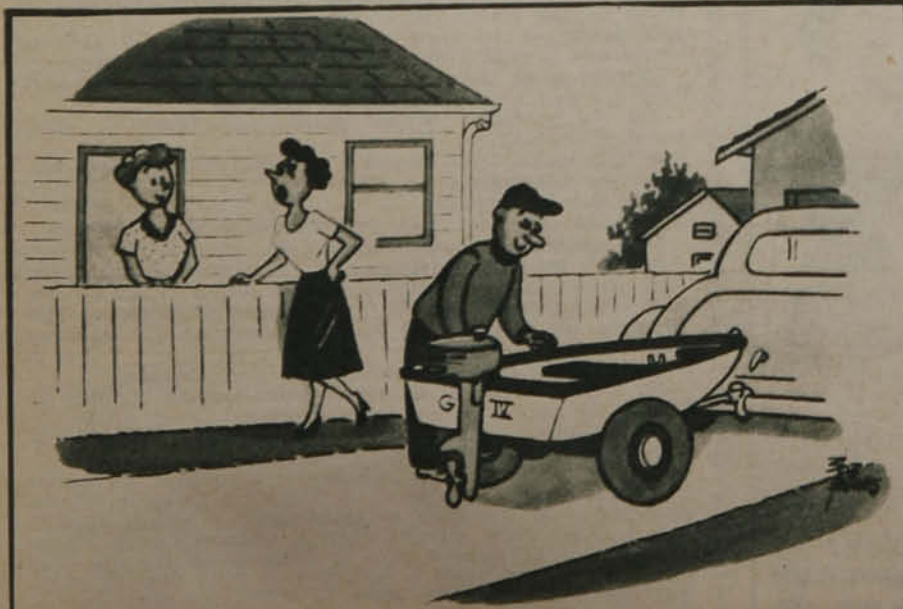
—Sólo estoy tomando aire —respondí. Usaba una camiseta y noté que sus hombros estaban adquiriendo una cierta musculatura.

—¿Vas a seguir el curso de latín? —me preguntó.

—Tengo que seguirlo, ¿no es así? —bromeé—. De otra manera, ¿de quién copiarías las tareas?

De pronto me sentí totalmente libre y joven. Al entrar a la casa le dije:

—Creo que soy bastante afortunada al tener amigos, ¿no es cierto?



—Ven a ver lo que necesitamos con más urgencia que un refrigerador.



PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones

Cambie

DE COLOR SU VESTIDO

CON ANILINAS SUIZAS

MONTBLANC

30 colores de moda.

Sin trabajo, en 1/2 hora

su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD.
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

LA FLORIDA

La especialidad de la casa en: hermosas batas, lindas mañanitas, preciosas combinaciones, primorosas blusas, zapatillas, trajes de baño y todo lo delicado y fino para un regalo femenino.

OFERTA ESPECIAL PARA LAS NOVIAS

Un hermoso juego de seis piezas, compuesto de: camisa de noche, combinación, calzon, bata acolchada, mañanita, zapatillas de raso, todo en

\$ 6.500.-



REEMBOLSOS A PROVINCIAS

ENVIANDO EL 25% DE SU VALOR.

COMPARIA 1078 (ENTRE AHUMADA Y BANDERA, AL LADO DEL CINE PLAZA) - CASILLA 9695 - FONO 84332 - STGO.

Una Noche Misteriosa

(Viene de la vuelta)



no sabía nada del nuevo plástico, entonces. No se había aún descubierto o inventado, o lo que fuere. Lo que usted sugiere implicaría una fe extraordinaria y ciega en la habilidad de Ralph, suponiéndolo que llegaría a conseguir algo valioso.

—Si usted piensa por un momento que mi padre haya invertido un centavo guiado por una fe ciega, quiere decir que usted no lo conoce. Nunca podrá convencerme de que no sabía nada del plástico cuando lanzó a Nora en brazos de Ralph. ¿Comprende? ¿Comprende por qué lo hizo?

Shayne se tironeó el lóbulo de su oreja izquierda y estudió a la muchacha con los ojos entrecerrados.

—¿Entonces usted piensa que el juicio era justificado? ¿Qué Ralph traicionó a Vulcan y se reservó para su propio beneficio un descubrimiento que había hecho mientras era empleado de dicha compañía?

—Por cierto —dijo ella con impaciencia—. Estoy prácticamente segura de ello, a pesar de que no podría probarlo. Y hay algo más, de lo cual también estoy cierta y que tampoco puedo probar. Esto es que Ralph recuperó su juicio cuando descubrió qué clase de mujer era Nora y, tan pronto como terminara el juicio de divorcio, él abandonaría a papá para volver a Vulcan y confesar su error.

—Si eso fuera verdad, eliminaría todo motivo para que Vulcan deseara su muerte —comentó Shayne absorbido en sus pensamientos.

—Claro está que siempre que la compañía supiera su determinación —agregó después de un momento de vacilación.

—Lo sé. Y mientras usted razona con lógica puede comprender que ese es un motivo para papá. Ahora que Ralph ha muerto, el pleito probablemente se arrastrará durante años y terminará con un arreglo. No suponga que no he pensado en eso —continuó con vehemencia la muchacha, mientras se coloreaban levemente sus mejillas.

—Todo eso lo he pensado desde que supe que Ralph había sido asesinado. Eso y en dónde estaba mi padre anoche cuando sucedió la desgracia. —Levantó su taza de café con mano temblorosa y se la bebió de un trago mientras sus ojos brillaban con un azul intenso.

Shayne sorbió un poco de coñac y no dijo nada.

—En resumen, soy una hija desnaturalizada —dijo con voz triste mientras dejaba su taza de café vacía—. Bueno, lo soy y odio a mi padre. ¿Me oye? Odio su glotonería. Si lo ha hecho, me gustaría que lo colgaran. —Se le llenaron los ojos de lágrimas que no trató de enjugar.

—¿Cree usted posible que Ralph desistiera de su demanda de divorcio y volviera con Nora? —preguntó Shayne.

—No. Ella hizo lo posible por disuadirlo. Pero Ralph no quería saber nada de su mujer. Antes logró manejarlo con el dedo meñique, pero ahora sus artimañas no daban resultado.

—¿El primer tiempo que usted menciona, se refiere a la época en que Ralph recibió los anónimos?

Ana Margrave no trató de ocultar su sorpresa ante la inesperada pregunta de Shayne y respondió con otra.

—¿Quiero decir entonces que mi padre se lo contó todo? —su voz demostraba un irónico disgusto.

—Tal vez no todo —replicó simplemente Shayne—. ¿Qué me dice de eso?

—Sé que Ralph trató de reírse de ellos, pero creo que terminó por preocuparse.

—¿De qué la acusaban?

—De toda clase de cosas. Probablemente todas ciertas.

—¿Incluyendo su antiguo enredo con su padre?

—Sí. El y mi padre tuvieron por ese motivo una discusión muy acalorada y, por supuesto, papá juró y rejuró de que todo era mentira. Después de su comportamiento con Ted Granger, me imagino que Ralph comprendió que no todas eran mentiras.

—¿Y nunca se descubrió al autor de los anónimos?

—No. —Ella lo miró de frente, mientras sus mejillas se teñían de rojo—. Nunca lo descubrieron.

—Ahora hemos llegado a Ted Granger. Dígame quién es y qué fue lo que ocurrió.

—Ted es un especie de mentecato inofensivo. Es primo de Ralph y nadie se fijó en él hasta esa fiesta de un fin de semana en que Nora se emborrachó y ambos hicieron una escena. Pero cuando fueron sorprendidos y Ralph utilizó eso como prueba para la demanda de divorcio, Ted se transformó en noble y heroico y se echó toda la culpa. Tal vez una noche con Nora es suficiente para que un hombre se enamore de ella —continuó diciendo la mu-



Una experiencia cruel

(Continuación de la pág. 21)

su esposo, debes acompañarlo en sus viajes —me dijo. David se mostró completamente de acuerdo con ella, pero cuando regresábamos a la ciudad me dijo con ternura:

—No quise discutir con tu mamá, pero para ti no será muy agradable andar de un lado para el otro todo el tiempo. Además, si a ti no te importa mayormente el continuar empleada, pronto tendremos ahorrado un poco de dinero y compraremos un local para instalar una agencia. Entonces construiremos una casa y tendremos niños. Niños... ¡cuando ya tenía una esposa y dos hijos! Intenté ordenar mis pensamientos. ¿Por qué no le odiaría por lo que me había hecho? Tal vez habría alguna explicación. ¿Si no fuera su esposa actualmente? Podrían estar divorciados... La esperanza volvió a mi corazón. Esa tenía que ser, seguramente, la única explicación posible a su comportamiento.

Corrí nuevamente hacia el hospital. Con seguridad David no me había con-

tado lo de su matrimonio por temor de que la sombra de un anterior idilio se interpusiera entre nosotros... o porque, tal vez, no había querido decir nada en contra de la madre de sus hijos. David era así, siempre noble. Tal vez para no herirla le dijo que su primer pensamiento había sido para ella y los niños. Pero ahora me explicaría que estaba divorciado y todo se arreglaría.

—¡Isabel, por favor, acérquese, quisiera conversar con usted! —sentí que decía Mira desde la terraza del hospital. Su voz era tranquila, casi normal, pero no era una súplica la que me formulaba, sino una orden... y yo la obedecí.

—Será mejor para David si nosotras arreglamos esta situación solas. El pobrecito necesita todas sus fuerzas para sanar. Esta mañana le dimos una impresión espantosa... ¡dos esposas que se aparecían en un mismo instante! Naturalmente, sólo existe una esposa legítima, y ésa soy yo, Isabel. Espero que se dé cuenta que la ley no la ampara... —un tono extraño se notaba en su voz en esos instantes.

—¿No están ustedes divorciados? —sentí un gusto amargo en la boca.

—¿Divorciados? Naturalmente que no, y lo que es más, nunca me divorciaré de David. ¡Ha sido un marido admirable para mí!

—¡Admirable! ¿Cuando la abandonó y se casó conmigo?

—Usted quiere decir cuando la hizo creer que se casaba con usted. Bue-

no... en los nueve años que llevamos de casados nunca ha dejado de volver a su hogar, por lo menos una vez al mes. Y si piensa que es tan extraño que lo acepte, después de lo que ha hecho, ¿por qué está usted aun aquí? A usted la ha tratado mucho peor que a mí. Por lo menos a mí me ha dado su nombre, sé que esto duele, Isabel, pero es la realidad. David tiene sus defectos, ¿quién no los tiene? pero yo lo quiero así.

Lo amaba, después de haber cometido bigamia... y en ese instante sonreía triunfante. Me sentí rígida. Sentí que el furor me dominaba, controlándolo cuidadosamente, le dije:

—Tal vez tenga razón usted al disculparlo, pues si hubiera sido una esposa ideal, jamás David habría buscado una substituta. Siendo culpa suya, ¿por qué no disculparlo a él?

La expresión de sus ojos me hizo comprender que había tocado el punto vulnerable de su argumentación; sin embargo, me replicó:

—El siempre se ha preocupado de mis necesidades, dándome lo que necesito para mí y mis hijos. Si necesito más, él trabaja como sea para proporcionármelo.

Sentí que se me secaban los labios. ¿Sería ésa la verdadera razón por la cual David me había pedido que continuara trabajando? ¿No para comprar una agencia, sino para alimentar a Mira y los niños? ¿Era por eso que ella le

(Sigue a la vuelta)

¿Llegarás a ser una esposa feliz?

Con tu novio o pololo, ¿piensas en primer lugar en el mínimo de consideraciones que él te debe?

Si le concedes un servicio, ¿se lo haces notar para obtener de tu actitud un beneficio moral o material?

¿Le dejas a él toda la responsabilidad de tu porvenir?

¿Tratas de conservar tu independencia y de asegurarte por ti misma tu bienestar material?

¿Cuándo piensas en el futuro, ¿lo asocias con tus miedos y tus esperanzas, pensando que tu unión durará toda la vida?

¿Estás segura de que lo que más cuenta en tu vida es él y su felicidad?

¿Cuándo haces todo para que sea dichoso, ¿te sientes feliz o un poco frustrada por los renunciamentos que has tenido que efectuar?

¿Estimas que la mujer moderna tiene derecho a ciertas libertades?

¿Tienes en tu futuro marido una confianza total y sin reservas?

No te engañará, pero si esto sucede, ¿le pagarás con la misma moneda?

Anótate 5 puntos por cada sí, 3 puntos por cada tal vez y 0 punto por cada no en las preguntas 3, 5, 6, 7 y 9. 5 puntos por cada no, 3 puntos por cada tal vez, 0 punto por cada sí en las preguntas 1, 2, 4, 8 y 10. Si totallas entre 35 y 50 puntos, serás feliz en tu matrimonio y también lo será tu marido. De 25 a 35 puntos, serás sin duda dichosa, pero él lo será menos que tú. Bajo 25 puntos, espera todavía, pues no estás preparada para realizar un matrimonio duradero.



chacha con los dientes apretados—. Ted declaró después que se casaría con Nora si ella lo consentía. Pero ella no lo quería. Quería a Ralph, o por lo menos a su dinero.

—¿Tenía Ralph mucho dinero?

—Sólo lo que había ganado con su invento. Por cierto que papá dice que vale millones.

—Pero no si Ralph hubiera hecho lo que usted pensaba y volvía con la Vulcan.

—No. Pero creo que habría habido un arreglo. Ellos siempre fueron generosos y le daban una participación de sus descubrimientos.

—Su padre asegura que no —comentó secamente Shayne—. Según él, Ralph hizo muchos valiosos descubrimientos durante los años que trabajó en los laboratorios de dicha compañía y no recibió nada por ellos.

—Esas son meras palabras para dar una excusa por haberla dejado Ralph y asociado con él.

—¿Sabía usted que Nora había planeado de hacer un último esfuerzo para recuperar a su marido?

—No, pero no me sorprende. Sé que una vez vino para persuadirlo, pero que no tuvo éxito.

—¿Entonces usted ignora que ella estaba anoche en Miami tratando de ver a su marido?

Una ojeada a la cara de Ana era suficiente para convenecerse de su ignorancia.

—Entonces ella debe ser la culpable —dijo con excitación la muchacha—. Bueno, si quiere resolver este caso, Mike Shayne, diríjase a ella y no a la Vulcan.

—¿Y cuál pudo haber sido el motivo?

—Ella no necesita motivo, menos teniendo el desprecio de Ralph. Tiene un temperamento vicioso. Averigüe donde estaba cuando se cometió el crimen. Eso es todo.

Shayne hizo una mueca y vació su vaso de coñac. Pensó que no era educado contarle a la muchacha que Nora había estado en su dormitorio a esa misma hora. En vez de eso le dijo:

—¿Quién más conocía el proyecto de Nora?

—Me imagino que papá. Y el señor Bates, el abogado.

—¿Y qué me dice de Ted Granger?

(CONTINUARA)

DISTRIBUIDORA CHILE

Casilla 10091 - Santiago

LE OFRECE
REGALOS PRACTICOS
PARA NAVIDAD



ART. 27
Placa grande con
piedras.

\$ 120.-



ART. 179
Aros de fantasía.

\$ 200.-



ART. 530
Aros dorados, color
oro.

\$ 30.-



Art. 19.—Aros
camafeo, con
perlas.

\$ 280.-



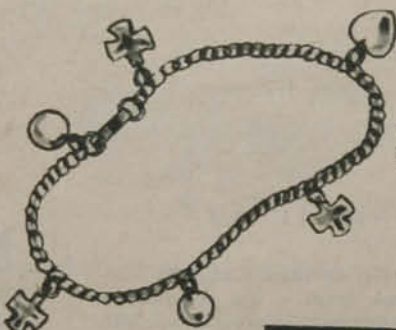
ART. 17
Aros con perla y ca-
denita dorada.

\$ 240.-



ART. 39
Prendedor, canasto
con piedras.

\$ 60.-



ART. 35
Pulseras para seño-
ritas.

\$ 100.-



Art. 24.—Collar
tejido, de perlas
blancas.

\$ 400.-

ART. 25
Collar tejido con
perlas blancas.

\$ 380.-

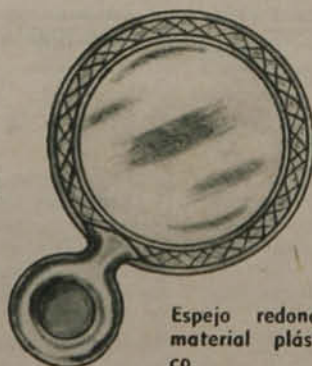


ART. 5064
Llaveros.

\$ 50.-

ART. 545
Aros con perlas.

\$ 65.-



Espejo redondo,
material plásti-
co.

\$ 25.-

Una
experiencia
cruel

(Viene de la vuelta)



perdonaba tan fácilmente? ¿Para estar segura de que seguiría proporcionán-
doles sustento?

Pareció leer mis pensamientos y su ce-
ño se contrajo.

—No se equivoque, permanecería a su
lado aún cuando tuviera que trabajar
para alimentarlo. El defecto de David
es que ama demasiado. Pero a mí me
querrá siempre por sobre todas las co-
sas y siempre volverá a mi lado y yo
siempre lo estaré esperando.

La miré atónita y le dije:

—¡No creo que nadie pueda ser tan
abnegada!

—Estoy tratando de ser sincera con
usted, Isabel, pero al mismo tiempo
quiero advertirle que debe apartarse
del camino de David. Si intenta lo con-
trario recurriré a la justicia.

Después de todo no era tan abnegada
y pacífica. Toda su charla era sólo un
truco para apartarme de la vida de
David. Como si deseara, ahora que sa-
bía lo que realmente valía, permanecer
un instante a su lado. De todas mane-
ras, debía darle una lección:

—¿La ley? —le pregunté—. ¡Oh, sí, na-
turalmente, estoy segura que la ley,
como usted la llama, se sentiría encan-
tada de intervenir en el asunto! ¡Le
fascinan los casos de bigamia!

—¡Usted no se atrevería a acusar a
David! Por otra parte, ¿qué sacaría con
ello? ¿Mandar a prisión? Pero cuan-
do saliera aún sería yo su mujer. Us-
ted no parece ser la clase de persona
capaz de enviar a prisión al padre de
dos niños tan pequeños —de pronto el
tono de su voz había cambiado y se
había vuelto suplicante.

El furor se acrecentó dentro de mí.

—Voy a hablar con David, y usted no
se atreverá a detenerme —le dije.

—Nada gana con hacerlo, él no desea
verla, me dijo que me desprendiera de
usted amigablemente.

—Desprenderse de mí! Era ella quien no
deseaba que ni siquiera hablara con
él. Me dirigí a su habitación.

Al verme se irguió sorprendido. ¿Tal
vez Mira decía la verdad? Sentí que
las lágrimas se deslizaban por mis me-
jillas.

—Por favor, Isabel, no llores. Dime
lo que quieras, envíame a prisión, pe-
ro no lo sientas, no te apenes por lo
que te he hecho, te lo ruego —me su-
plicó.

Me arrodillé al lado de su lecho y sen-
tí su mano que acariciaba mis cabellos:

—No sabes cómo me arrepiento de lo
que he hecho, Isabel, y sobre todo de
no poder arrancar de mí este amor que
te profeso.

—¿Me amas lo suficiente como para
divorciarte de Mira y casarte conmigo?

—Si después de todo tú aún estás dis-
puesta a aceptarme, me divorciaré de
Mira y me casaré contigo —me respon-
dió sin vacilación.

Pude ver el dolor en su rostro al pen-
sar que debía herirnos a una de las
dos, después de hacerlo a ambas, pero
continué:

—Se lo diré a Mira delante de ti. Di-
me una palabra y pasaré el resto de
mi vida tratando de hacerte olvidar
este día.

La voz de Mira resonó en mis oídos
diciendo: "No creo que sea usted una
persona capaz de enviar a la cárcel al
padre de dos niños pequeños". Pero,
¿qué iba a ser de mi vida? Tenía de-
recho a limpiar mi nombre de la man-

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y
PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y
MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.

mejor posible, no lo consideraba el centro de su vida, y que se sentía dichoso cuando lo abandonaba, pues entonces recuperaba su personalidad.

—Creo que debemos extraer todo lo que pueda servirnos de cada día que pasa, tener conciencia de lo que somos, de lo que en realidad es un hombre.

Se detuvo con su famosa sonrisa irónica. Parecía arrepentido de haber hablado demasiado. Adoptando un tono frívolo, agregó:

—A propósito de "extraer lo más posible de cada día", ¿qué le parecería que fuéramos esta tarde, después de la oficina, a tomar un aperitivo y a conversar? Tal vez le serviría para ver lo que vale un hombre fuera de su prisión.

Fuimos. Rodolfo estuvo encantador. No me hizo abiertamente la corte, ni me dijo que era la muchacha más linda de la tierra. Habló de mil cosas y, maravilla de maravillas, me escuchó hablar a mí. Al separarnos, no tuve la impresión de estar por enamorarme, sino de que tenía con Rodolfo una sólida amistad.

¿Me exaltaría excesivamente? ¿Pasaría esa tarde como realmente me la imaginaba? ¿Cuánta parte de ilusión hubo en esa entrevista? Lo ignoro, pues una vez que un recuerdo se instala en nosotras, es difícil reemplazarlo por una imagen más objetiva.

Sea como fuere, el hecho es que al otro día me dirigí a la oficina más dichosa que nunca. Tuve la idea, al ver a Rodolfo, que no compartía mi entusiasmo. Estuvo alegre, aunque caustico, amable, aunque lejano. Era como si hubiera olvidado por completo esas dos horas que pasamos juntos. ¡ni una sola alusión, ni un recuerdo! Por mi parte, mi amor propio de mujer impedía abordar el tema, y el tiempo pasó pesadamente para mi decepcionado corazón, arrepentido y triste. Mi sensibilidad me había jugado una mala pasada. En los días siguientes, Rodolfo se demostró como un buen compañero; no podía reprocharle nada, pero, sin embargo, no actuaba como yo había esperado. Además, me parecía que exageraba su gentileza con las demás muchachas de la oficina, y yo sentía como que me pinchaban el corazón cuando lo veía embromar con otra. No diré que estaba desesperada, pues sería exagerado, pero era algo parecido, ya que me hacía subir las lágrimas a los ojos.

Cierta día que me sentía más desgraciada que nunca, ocurrió algo que me trastornó: a Rodolfo lo cambiaron de sección. Cuando me comunicó la noticia, apenas si pude contenerme y no demostrarle mi pena. Para disimular mis sentimientos, le dije:

—Tal vez será mejor para ti. Allí tu trabajo será más interesante.

No pude continuar, porque él me interrumpió:

—Posiblemente. Sólo hay un inconveniente: nos veremos menos. Por mi parte, lo lamento sinceramente. Levanté los hombros pensando en lo que me había hecho sufrir durante las últimas semanas. Se equivocó respecto al significado de mi gesto y se limitó a murmurar:

—Si eso es todo lo que significa para ti... —Y antes de que yo pudiera decir nada, se fue.

Desde que se instaló en su nueva sección sólo lo vi de tarde en tarde. A veces iba a mi oficina a conversarme, pero esas charlas ya no poseían el encanto de antes. Yo las tomaba como una limosna y por eso le contestaba con frialdad. Era demasiado orgullosa para dejarle entrever mi tristeza. A menudo lo encontraba en compañía de una u otra muchacha en el corredor, en el ascensor o en la puerta de entrada y siempre parecía estar muy entretenido. Cierto día, al salir de la oficina, lo vi irse con Silvia, una jovencita muy pintada, coqueta y frívola. Me quedé muy triste y senti

cha que le habían arrojado. Por otra parte, de un día a otro no podía haber dejado de amar a David, ¿o sí? Tal vez aún le amaba tan intensamente como antes, pero la confianza que en él sentía no la podría volver a experimentar jamás y sin ella no se podía edificar un hogar. Además, ¿tenía derecho a romper los lazos sagrados que unen a una pareja. ¿Qué podía hacer? En ese instante se abrió suavemente la puerta tras de mí y entró en la habitación la niña. Se acercó en puntillas al lecho de David y le dijo:

—Papá, tenía que verte.

Se detuvo atónita al verme arrodillada ante el lecho de su padre, con la intuición de los niños que le decía que algo extraño sucedía.

La miré y me sentí culpable. Luego me recliné, ¿por qué había de sentirme culpable?

—Mi conciencia me dió la respuesta. ¡No

podía arrebatárle el padre a esta criatura! ¡Y menos aún despreciándolo como ahora lo hacía. Tal vez por eso Mira se había rebajado a luchar por conservarlo, sólo por sus hijos. Era la única explicación de su actitud y de sus



mentiras respecto al amor que le profesaba y de su abnegación. Tal vez aún lo amaba... como yo, pero a ambas nos había herido demasiado cruelmente y con demasiada inconsciencia. Ahora Mira trataba desesperadamente, y con todo el valor que podía reunir, de impedir que sus hijos fueran heridos también por la inconsciencia de su padre. Intentaba salvar la fe de éstos en David, que es lo principal en la vida de un ser, ese sueño de que sus padres son perfectos, que los hace ser fuertes más adelante para afrontar las vicisitudes de la vida y les enseña, a su vez, a ser padres devotos y fieles. ¡Ese sueño! ¡Yo también había estado enamorada de un sueño! El David que yo amaba nunca existió, así como jamás existió una unión verdadera entre nosotros!

—oOo—
Me dirigí hacia la puerta y al pasar le dije a la niña:

(Continúa en la pag. 34)

Un amor sin historia

(Continuación de la pag. 13)



una opresión dentro del pecho. Al día siguiente, por casualidad, lo encontré en la calle camino a la oficina. En cuanto empezó a hablarme, no pude ocultar mi despecho:

—¿Conque lo pasaste muy bien ayer con Silvia?

—Es exactamente la muchacha que uno necesita cuando está cansado —me respondió riendo—. Su falta absoluta de inteligencia es un verdadero lenitivo. Sólo hay que responder, sí o no, de vez en cuando, y ella dice el resto. Resulta una compañía muy práctica.

—¿De modo que el caballerito sólo busca el descanso junto a las muchachas! Espero que la única vez que salimos juntos no te hayas descansado demasiado...

Me miró a los ojos, esta vez sin ironía.

—Tú sabes, Ximena, que lo nuestro es diferente...

Tuve que retener la emoción antes de decirle:

—No lo había notado, haces bien en decírmelo... —No pude continuar, la emoción me ahogaba.

Me tomé del brazo y nos sentamos en un banco del parque. Durante algunos instantes permanecimos en silencio. Una multitud de ruidos familiares y tranquilos formaban un silencio maravilloso en ese rincón que parecía fuera del mundo. Rodolfo pasó un brazo en rededor de mis hombros y, lentamente, me besó en los labios. Cuando nos miramos de nuevo, me dijo con sencillez:

—Mi amor...

Y esto fué suficiente para hacerme olvidar todas mis penas.

Después vino una época maravillosa. Salíamos mucho, íbamos a los teatros, a los conciertos, a las exposiciones de arte. Los sábados organizábamos excursiones y partíamos con mi familia en nuestro viejo auto. Un día conveníamos en que Rodolfo tendría que hablar unas palabras con papá respecto a su hija Ximena. Jamás habíamos tocado el tema del matrimonio, sin embargo, todo estaba dicho entre nosotros, pues sentíamos igual y pensábamos de acuerdo. Las palabras eran incapaces de expresar nuestros sentimientos. El estilo sentimental y dramático no se aviene con Rodolfo. Habló, pues, con papá, tartamudeó unas pocas frases, muy confundido y mortificado de verse en tal situación. Toda la familia aprobó mi elección. Rodolfo había conquistado a todos con su modo franco y sencillo, sin aspavientos ni exageraciones.

Nos casamos tres meses después. Yo no me puse vestido de novia, ni Rodolfo lucía ese aspecto estúpido y endomingado que tienen la mayoría de los novios en tales circunstancias. No tuvimos más de cincuenta invitados. Todo ocurrió en forma simple y nos fuimos a pasar nuestra luna de miel junto al mar.

Han pasado cinco años. A nuestra dicha se han sumado dos niños. Rodolfo es siempre el mismo. No se ha vuelto, como yo temía, demasiado "padre de familia". Y, sin grandes frases, y sobre todo, sin decirnoslo, vivimos algo maravilloso, que bien puede ser la expresión de un gran amor.



Liberada por Etiquet

**un desodorante
moderno
en tubos**

Refresca la piel,
suprime
las molestias
derivadas del calor
y contribuye
a que su presencia
sea grata
en todas partes.



ETIQUET penetra fácilmente y desaparece en el acto. Su envase moderno evita que se seque y permite usar sólo lo necesario para cada vez. No daña ni mancha la ropa.

Libérese Ud. también, use...

Etiquet



Mc Graw-Hill



¿RECUERDAN cuando se llevó a cabo el primer intercambio de prisioneros en Panmunjon? Estuve dos horas contemplando la televisión, pues iban a tomar las primeras vistas del frente de batalla.

—Estás perdiendo tu tiempo, Eliana —me dijo Martin Spencer—. Nuestro tiempo. Vamos a cualquier parte, pero no nos quedemos aquí.

Lo miré y pude apreciar una vez más su estupenda belleza varonil. Glenn no era tan buen mozo. Tenía una cara suave, pelo castaño y ojos azules, pero no era buen mozo. Accedí a salir, pero no pude refrenar las lágrimas. Para las demás personas —mi madre, los vecinos y Martin— era fácil aceptar que Glenn hubiera muerto en Corea, pero para mí eso era imposible. Yo lo amaba y pensar en él me producía un intenso dolor.

Corté la televisión y me preparé para salir. "Perdóname mi adorado, pero ellos me tratan de convencer de que tengo que aprender a vivir sin ti", murmuré quedamente. "Sería fácil si el amor pudiera morir también, pero eso no es así, Glenn. Siempre te amaré".

Busqué a mi madre para decirle que saldría con Martin. —Me gusta que salgas y te diviertas —me dijo mamá—. Eres joven y me duele que te quedes en la casa todo el día. Lo único que te pido es que no llegues muy tarde, pues me pongo terriblemente intranquila.

De nuevo me sentí como una colegiala, pero ya no lo era. Era casada, tenía veintidós años... y ahora estaba viuda. Una vez instalada en el auto de Martin apoyé la cabeza en el asiento y me puse a llorar. Felizmente, mi amigo estaba tan preocupado con el tránsito que no reparó en mis lágrimas. Tomamos el camino del cerro y una vez arriba detuvo el auto. Podíamos ver las miles de luces de la ciudad, las calles y los barcos atracados en el puerto, además de las estrellas. "Cuando vuelva, veremos sobre nosotros las mismas estrellas, Eliana", me había dicho Glenn. "Tendremos los mismos ensueños y acariciaremos los mismos proyectos. No te preocupes, mi adorada, estoy seguro de que volveremos a estar juntos". Las lágrimas de nuevo se deslizaban por mis mejillas. Todo el mundo me decía que no debía llorar, pero yo me defendía asegurando que el que estuviera ausente no quería decir que hubiese muerto. Hacía dieciocho meses que me repetía lo mismo. Me argumentaban que en año y medio habría tenido alguna noticia, o recibido una carta.

Ahora sólo me quedaba el silencio. No me podía convencer de que Glenn hubiese muerto. En la guerra suceden milagros y tal vez podía tener la suerte de que uno de esos me tocara a mí.

Mientras Martin hacía funcionar la radio, pensaba que mi primera salida con Glenn había sido a estos mismos cerros. De eso hacía dos años. Y esa misma tarde me había dado el primer beso.

—Es un beso de prueba —me dijo con un suspiro—. Y la has pasado bien.

Yo me reí, contenta, aunque sin tomarlo demasiado en serio. Glenn tenía entonces veintidós años, recién había terminado sus estudios y trabajaba en la misma oficina donde yo era mecanógrafa.

—¿Hermanos? ¿Hermanas? —nos preguntamos el uno al otro, mientras negábamos al mismo tiempo con la cabeza. Además descubrimos que a ambos nos gustaban los perros y el cine y que detestábamos la música clásica y los gatos.

Más tarde detuvo el automóvil bajo unos enormes eucaliptos. Hablando sobre la casa que queríamos tener, comprendimos cuán semejantes y cuán diferentes éramos.

—Una ventana vidriada que mire a la bahía —propuso Glenn.

—Con una reja blanca.

—Y una biblioteca.

—Y una pieza grande para los niños.

—Eres la compañera ideal y te quiero —me dijo medio en broma.

—Y yo a ti —le respondí, esperando la presión de sus labios.

Eso era amor y nos había llegado rápida y suavemente en una tibia noche de verano. Eso era amor y lo sería siempre. Nuestros corazones y nuestros labios lo sabían.

—Pero lo conoces sólo hace un mes —me observó mamá cuando le conté que queríamos casarnos—. Además, lo pueden llamar a la guerra. Debes conocer a otros muchachos antes de decidirte por Glenn.

Mamá tenía razón, puesto que hacía sólo algunos meses que habíamos llegado a los Estados Unidos, pero yo estaba demasiado enamorada como para no defender, a pesar de todo mi cariño.

—¿Cuándo ha sabido esperar el amor? —le respondí, abrazándola—. ¡Miles de veces me has contado que tú y papa

**Mi corazón sen
amor había si**

que no lo había perdido. Nuestro demasiado maravilloso como para pensar traicionarlo

se casaron jóvenes, impulsivamente y sin dinero en el bolsillo! Y todo les resultó bien, ¿no es cierto?

—Todo resultó maravilloso —murmuró mi madre con voz triste—. Y tu padre habría querido a Glenn..., siempre soñó con tener un hijo. Bueno, entonces..., ¿cómo quieres tu vestido de novia?

Así fué como nos casamos al mes de habernos conocido. Mi vestido fué de satén blanco y llevé en mis manos un libro de misa y una orquídea. Los padres de Glenn vinieron a la boda.

—El cielo debe ser así! —pensé, cuando Glenn me levantó el velo que tenía sobre la cara y me dio un beso.

Nos alojamos en un hotel lujosísimo durante nuestra luna de miel, que duró una semana.

—Me hubiera gustado llevarte a Europa, Eliana —me dijo entonces mi adorado marido.

—Tonterías. No hay ciudad en el mundo tan romántica como San Francisco. Además, debemos ahorrar dinero para instalar nuestra casita. Supusimos entonces que no conocíamos la ciudad donde vivíamos, ni que jamás habíamos cruzado el puente que atravesábamos a diario para ir a la oficina. Y, igual que cualquier turista, nos paseamos por esa ciudad de ensueño.

Cuando volvimos de nuestra luna de miel, vivimos tres meses en un pequeño departamento. A pesar de que era lindo, seguíamos trabajando para llegar a tener la casita propia. En las tardes íbamos a visitar a mi madre, o planeábamos el futuro, o, sencillamente, soñábamos.

—Te adoro, Eliana —decía Glenn, en los momentos más inoportunos: cuando íbamos corriendo a coger el micro, cuando golpeaba furiosamente mi máquina de escribir, o cuando estaba friendo un pedazo de carne. Era maravilloso, puesto que conocíamos el verdadero significado del amor.

¡Fueron sólo tres meses y llegó la noticia! Cuando surgió, yo me había estado engañando, sin querer ni siquiera pensar en que Glenn se pudiera marchar.

—¡No sé qué voy a hacer sin ti! —le dije sollozando—. Te irás tan, tan lejos.

Entonces fué cuando, tomándome en sus brazos, me hizo ese especie de juramento:

—Cuando vuelva, veremos sobre nosotros las mismas estrellas, Eliana. Tendremos los mismos ensueños y acariciaremos los mismos proyectos. No te preocupes, mi adorada, estoy seguro de que volveremos a estar juntos. Te lo juro.

—Estoy segura de que así sucederá —murmuré, apretándome contra su cuerpo—. Ahorraré todo cuanto pueda pa-

ra nuestro hogar. Volveré a casa de mamá y seguiré trabajando. El tiempo pasa pronto. No me parecerá larga la espera. Y..., mi amor, tú sabes que te estoy mintiendo. Glenn se rió y me dio un beso muy largo.

—Volveré, mi amor. ¡Te lo juro!

Entonces se fué. Yo viví de sus cartas y un día le escribí diciéndole algo muy especial:

"Voy a tener un hijo. Me siento dichosa. El doctor cree que puedan ser mellizos y por eso considero que tendremos que pensar en otra pieza para los niños."

—Cuando vuelva, veremos sobre nosotros las mismas estrellas, Eliana.

Tendremos los mismos sueños y acariciaremos los mismos proyectos.



EL CORAZON NO SE ENGAÑA

vir. Debo haber estado demasiado nerviosa, porque me sentía espantosamente desgraciada. Dormía poco, no comía casi nada, olvidaba las vitaminas y los tónicos que el doctor me había recomendado. Durante las noches permanecía rígida sobre mi cama, con los ojos muy abiertos, buscando a Glenn en medio de la oscuridad, buscando fe para creer que aún estaba vivo.

De pronto, un día sentí un dolor espantoso y un miedo peor. Como pude me tiré de la cama. "Dios mío, no te lleves también a mi hijo", rezaba. Después me arrastré hasta la pieza de mi madre y allí perdí el conocimiento. Desperté en la pieza de un hospital.

—Hicimos lo sobrehumano, Eliana, pero fracasamos —me explicó el doctor—. No sabes cuánto lo siento.

Por eso no me preocupé cuando vi llegar el telegrama. Me imaginé que era de Glenn. No pensé en ese instante que desde el frente de Corea un soldado no podía enviar un telegrama, porque su mujer iba a tener mellizos. Le di propina al mensajero y me dispuse a abrir el sobre amarillento.

¡No podía ser para mí! Glenn era mío, y estaba esperando a sus hijos. Lo amaba y necesitaba de él.

"La Secretaria del Ejército me ha encargado le exprese su hondo pesar por la desaparición de su marido en el campo de batalla. Se presume que ha muerto."

Durante un momento me quedé inmóvil, incapaz de creer lo que estaba leyendo. Su cara y su voz me eran tan reales que no lo podía creer. "Volveré, mi adorada..., estaremos juntos..., te lo juro." Glenn no podía haber muerto.

Por fin apareció mamá y leyó el telegrama. Me lo quitó de las manos. Mientras lo leía se iba poniendo muy pálida. Al terminar, me rodeó con sus brazos.

—Tendrás un hijo —me consoló, cuando comencé a sollozar—. Igual como yo tengo a tu padre en ti, tú tendrás a Glenn en tu hijo. Vive para eso..., para el hijo tuyo y de Glenn. Algunos días más tarde, también perdí esa razón de vivir.

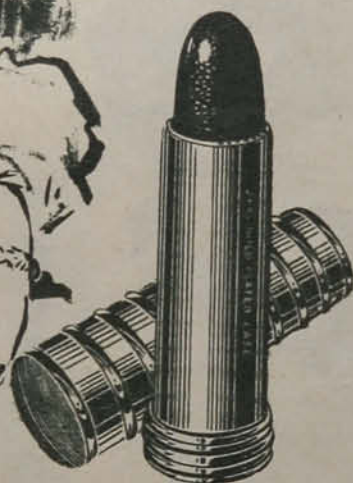
(Sigue a la vuelta)

UNA VERDADERA



Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡nuevo!

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsita
de género especial que le
brinda protección.

¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee

M. R.

Preferido por las Damas Elegantes

El corazón no se engaña

(Viene de la vuelta)



Cerre los ojos y deje que corrieran mis lágrimas. No pregunté si eran mellizos. Ya no tendría nada de Glenn, ni un hijo, ni una hija que fuera igual a él. Mi corazón se despedazaba de tristeza por el amor y la esperanza que había perdido. Y fué entonces cuando comencé a creer, porque debía hacerlo, que Glenn no había muerto, que lo encontrarian, que volvería algún día a nuestro hogar. Era difícil creer. Pasaron las semanas, luego los meses, después un año y no llegó ninguna noticia.

—Es difícil que puedas seguir creyendo —me decía mi madre tratando de darme resignación. A veces escuchaba a mis compañeras de oficina murmurar:

—Mataron a su marido en Corea, pero ella no puede creerlo. De eso hace ya más de un año...

Hasta mi jefe me aconsejó que ya era tiempo que comenzara a vivir.

—Ha trabajado muy bien en la oficina —me comentó echándose atrás en su silla—. Sin embargo, le debe ser difícil continuar en una oficina que le trae tantos recuerdos. ¿Qué le parecería que la trasladara a la sucursal que tenemos en cualquiera otra ciudad? Allí tendrá un ambiente distin-

Cuando Winston Churchill se bajó frente a la Cámara de los Comunes, le dijo al chófer del taxi:

—Me demoraré una hora, espéreme.

—Imposible —le respondió el hombre—. Tengo que llegar a mi casa para escuchar a Churchill hablar por radio.

Muy impresionado el Primer Ministro le dió una suculenta propina.

—Lo he pensado de nuevo —comentó el chófer mirando el dinero—. ¡Me quedaré y que Churchill se vaya al diablo!



to, un mejor sueldo, oportunidad para aprender un trabajo nuevo, y llegar a ser una mujer de carrera, en vez de una simple dactilógrafa. ¿Qué me contesta, Eliana?

—Gracias, pero sé que a Glenn no le gustaría —le respondí—. El espera encontrarme aquí cuando vuelva. En todo caso, muchas gracias, señor.

—El ofrecimiento queda en pie por si cambia de idea —murmuró mi jefe, encogiéndose de hombros.

—No cambiaré, ya que Glenn volverá a casa.

¿Qué importaba que hubieran pasado quince meses de la llegada del telegrama? Tal vez sufría de amnesia. Podía estar tan enfermo como para no poder explicar quién era. Pero estaba vivo. Tenía que estarlo..., porque lo amaba demasiado.

La siguiente prueba que tuve que pasar fué cuando mi mejor amiga de la oficina quiso abrir una tienda de modas.

—Tienes dinero ahorrado para tu casa, Eliana. Si lo pones en mi tienda y nos asociamos, ganarás millones. Nuestro negocio será un éxito.

Sacudí la cabeza y di vuelta la cara para que no se diera cuenta lo que me habían ofendido sus palabras.

—Tengo un contrato con Glenn y cuando vuelva invertiremos ese dinero en nuestro hogar.

Me miró un instante y luego puso su mano sobre mi brazo.

—Olvidate de eso. Tienes una posibilidad en un millón...

—No importa —respondí.

Pero volví a mi escritorio pensando que tal vez tenía razón. Quizá también la tenía mi madre, mi jefe y las amigas que me comentaban. "Dieciocho meses y no ha aceptado ni una invitación durante todo ese tiempo", decían. A menos que cambiara no podría volver a vivir nunca como una muchacha corriente.

Tal vez todos tenían razón. Por eso, cuando Martin me invitó, le contesté que sí. Este era un nuevo jefe en la oficina, era buen mozo, agradable y correcto.

—Te ves encantadora —me dijo Martin, cuando vino a buscarme. Y dirigiéndose a mamá—: Señora, usted tiene una hija muy linda.

Cuando llegamos al auto, me regaló un frasco de perfume de jazmín del Cabo. Yo ya había olvidado lo que era todo eso, igual que había olvidado los besos y las galanterías.

En una hermosa noche de verano, Martin me cogió en sus

brazos y me dió un beso. Se lo devolví en forma instintiva y luego lo rechazé.

—No, Martín —murmuré—. Eso no es correcto. Es mejor que me lleves de vuelta a casa.

Acepto, pero cuando volvimos al automóvil, me dijo:

—No tiene nada de malo, Eliana. No puedes desperdiciar tu vida entera esperando. Eres joven y estás hecha para el amor. Y yo estoy enamorado de ti.

No le respondí y me limité a levantar mi vista a las estrellas. "Cuando vuelva veremos sobre nosotros las mismas estrellas, Eliana. Tendremos los mismos ensueños y acariaremos los mismos proyectos. No te preocupes, mi adorada, estoy seguro de que volveremos a estar juntos". Mi corazón y mi mente se mantenían fieles a esa promesa, aunque mi instinto volvía a ansiar el amor.

Durante semanas después de eso, no volví a salir con Martín. Tenía miedo. Este me mandaba flores, discos, chocolates y todo se lo daba a mamá. Un día fué a mi escritorio y me rogó:

—Quiero que te cases conmigo. Tu marido ahora puede ser declarado muerto legalmente. Puedo darte todo..., una luna de miel en Europa, la casa que quieras... Sacudí la cabeza. "Me hubiera gustado llevarte a Europa, Eliana". Esos habían sido los sueños que Glenn había acariciado para mí. Jamás los podría compartir con otra persona.

Y entonces comenzó el intercambio de prisioneros en Panmunjon. Se habló de ello en los diarios, en la radio, y, finalmente, comenzaron a transmitir por televisión algunas vistas de los camiones, de las ambulancias y de los aviones que los transportarían a sus casas. Yo observaba hasta que me dolían los ojos estos primeros anuncios. En realidad, pocos eran los que volvían, y, sin embargo, cientos de mujeres se sentían dichosas: madres, esposas, novias. ¿Por qué no podía sucederme a mí?

—Tienes que olvidar —me decía mi madre.

—Trataré —murmuraba casi desesperanzada. Mi única salvación —era que Glenn hubiera estado tan enfermo como para no poder identificarse, y que estuviera entre la primera partida de prisioneros—. Trataré de olvidar... Por eso, cuando Martín me pidió que saliera con él la tarde siguiente, accedí. Le traje unas rosas muy lindas a mamá y gardenias para mí. Cuando me vió junto a la televisión, exclamó:

—Estás perdiendo tu tiempo, Eliana. Nuestro tiempo. Le encontré razón, aunque sentía deseos de llorar. Dejamos la casa, subimos en auto el cerro y nos detuvimos bajo la luz de las estrellas.

Martín me besaba mientras me prometía todo cuanto yo quisiera. Era buen mozo, fino y generoso. Si no hubiera conocido a Glenn, tal vez me habría podido enamorar de él.

—Aprenderás a quererme, Eliana. Con el tiempo aprenderás.

En ese momento se me derrumbó toda la fuerza que había estado acumulando durante varios días.

—Llévame a casa —sollocé. Tal vez, quizá..., algún día. Pero no ahora. Es demasiado pronto.

Cuando volvimos, la puerta de calle de nuestra casita blanca estaba de par en par abierta, las luces del living encendidas y había varios vecinos conversando en el jardín. Tan pronto como se detuvo el automóvil, yo salté fuera.



—Con esta dieta de carne en tres meses sólo he perdido \$ 22.300.

Soneto

Alexis-Félix Arvers

(francés)

Hay en mi alma un misterio y un secreto en
mi vida:

una pasión eterna, de súbito formada.

Oculto llevo en mi alma la irremediable
herida,

y aquella que la hizo nunca ha sabido nada.

Inadvertido paso junto a la bien amada,
siempre a su lado y siempre solitario. Cumplida
veré sobre la tierra mi sombría jornada
sin pedir ni alcanzar la dicha apetecida.

Ella, a quien Dios ha hecho dulce y buena, su
[senda
presigue distraída, sin que su oído atienda
el murmullo amoroso que en pos dejando va.

Fiel al deber austero y apegada a su huella,
dirá al ver estos versos inspirados por ella:
"¿Qué mujer será ésa?" Y no comprenderá...

Traducción de Manuel
Magallanes Moure.
(chileno).

—¡Algo le ha sucedido a mamá! —le dije a Martín, espantosamente asustada.

Pero ella vino a recibirme con los brazos abiertos y las lágrimas rodando por sus mejillas.

—¡Glenn... Glenn está en la lista de prisioneros! ¡Está vivo, Eliana! ¡Glenn vive!

—Siempre lo supe —murmuré y caí desmayada.

Mamá me contó después que Martín me llevó en brazos hasta mi cama, llamó al doctor y despidió a los vecinos. Me contó también que se agachó y me dió un beso antes de marcharse. Los sueños de Martín morían, cuando los míos apenas comenzaban a nacer.

El telegrama oficial llegó al día siguiente:

"...le informamos que el que creemos sea su marido está incluido en la lista de prisioneros."

Los vecinos de nuevo volvieron y, por último, llegó el sobre amarillo que yo tanto había esperado:

"La Secretaría del Ejército me encarga informarle que su marido ha sido entregado por los comunistas a la custodia de las Naciones Unidas."

Levanté mi vista al cielo y miré las estrellas, murmurando: —Creo. —Y rogué, rogué por todas las mujeres, las madres, las esposas y las novias que creían que el amor vivía para siempre dentro del corazón. Milagros como el mío, pueden suceder a menudo, pero el amor mismo necesita no morir jamás.

Ahora estamos en otoño y los obreros están construyendo nuestro hogar. Tiene ventanas que miran a la bahía, un patio, un escritorio y una enorme pieza para los niños. Glenn está muy delgado y representa más años, pero está junto a mí. Su sonrisa es siempre la misma. Y nos miramos con sorpresa y con amor.

A veces se ríe incrédulo:

—Estamos juntos, Eliana. Yo te lo prometí.

Entonces pienso en el hijo que perdí, en mi jefe que quiso que me fuera lejos, en la muchacha que quiso que hiciera uso del dinero que tenía ahorrado para nuestro hogar, y en Martín.

—Yo también cumplí mi promesa, Glenn —le dije sonriendo, pero él no se podía imaginar cómo me había costado. Pero todo eso pertenece al pasado. El presente me lo ha devuelto al hogar. Y tenemos el futuro para vivir juntos y para siempre.

¿DOLORES DE CABEZA?



**PUEDEN PROVENIR
DE VISTA DEBIL
CONSULTE A
SU MEDICO
OCULISTA.**

OPTICAS

HAMMERSLEY

SANTIAGO - VALPARAISO
ATENCION PERSONAL
EN PROVINCIAS



Señora,
no se preocupe,
Quitamanchas
Shell es eficaz
y rápido tanto
para la ropa
como en
tapicerías, etc.

**Use
Quitamanchas
SHELL**

Una experiencia cruel

Continuación de la pág. 29)



—Pensé que tu padre era... otro, a quien yo amaba mucho, pero, desgraciadamente, me equivoqué. No es el hombre que yo creí que era. Adiós — pero mis palabras estaban dirigidas al padre y no a la criatura.

Sin darle siquiera otra mirada salí de la habitación y me alejé para siempre de la vida de David. Sabía que más tarde me iba a doler esta decisión, pero por el momento, sólo experimentaba una sensación de liberación.

No puedo decir que fué muy fácil para mí apartar para siempre de mis pensamientos la imagen del que un día fuera mi marido. No se puede obligar al subconsciente a olvidar en un momento todo lo que se ha amado, pero sí se puede levantar un muro ante el recuerdo, para tapar la herida, y pronto el tiempo y la vida la curan por completo.

Ahora me siento casi curada. Nada tengo de qué avergonzarme, pues no tuve culpa en este absurdo engaño. Mi única culpa fué la de haber sido una niña atolondrada y loca que se casó con un hombre por amor, sin saber nada de su vida anterior ni de sus verdaderos sentimientos.

Jamás he contado a nadie lo sucedido entre David y yo, ni siquiera a mi propia madre. Cuando dejé el departamento y mi empleo, todos creyeron que iba a reunirme con mi marido a otra ciudad. Poco tiempo después le escribí a mamá contándole que nos habíamos separado y ahora había adoptado mi nombre de soltera. Y siempre será motivo de orgullo para mí haber mantenido a Mira y a los niños al margen del escándalo que merecía la actuación de su marido.

Algún día, tal vez, encontraré un hombre que comparta mi opinión en este sentido. Un hombre verdaderamente bueno y honesto como yo creía que era David. Un hombre comprensivo, al que le pueda narrar todo lo acontecido y esté segura que le dé el verdadero significado.

Por ahora, me dedico a olvidar este incidente de mi vida. Mantengo siempre mi cabeza alta, pues sé que la vergüenza de este falso matrimonio no me ha contaminado y creo firmemente que el dolor que me causó me ha ayudado a purificarme y convertirme en una mujer más madura y sensata. Ahora no creo todo lo que me dicen, pero tampoco me he convertido en una persona cínica ni amargada. Esta experiencia me ha dado sabiduría y fortaleza y algún día lograré gracias a ella la verdadera felicidad. Esto lo sé del fondo de mi corazón.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 245.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 11 de febrero de 1954 - N.º 1033.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Para
**MEJORES NEGOCIOS
MEJORES MAQUINAS
y para CALIDAD...**



**MAQUINAS para
PERMANENTES y
ACCESORIOS**

**UNICAMENTE EN SANTIAGO
FABRICA Y SALON DE VENTAS:
CHILOE 1253 — FONOS 52322
SOLICITE LISTA DE PRECIOS**

¿ES EL AMOR TODO?

(Continuación de la pág. 3)

perder ni siquiera nuestras pequeñas existencias. Y, en tanto hicimos eso no encontramos nada. Sólo amando se desarrolla la capacidad de amar. El amor puede no ser todo, pero es más que cualquier otra cosa. Hay a menudo locura en un corazón enamorado, pero si está realmente enamorado, no hay en él sitio para la crueldad, el egoísmo, el orgullo o la hipocresía. A este respecto, 1854 y 1954 están más cerca de la verdad en sus conceptos del amor que 1924. Ambos están deseando afirmarse enteramente al amor. 1954 tiene la gran ventaja de ser, no solo hijo de 1924, sino también nieto de 1854, y sabe que abuelita estaba en muchas formas más cerca de la verdad que mamá. Ella tiene la sabiduría que ambas adquirieron y ella puede, si lo desea, utilizarla.

¿Es el amor todo? Sí y no. El amor es un milagro y puede hacer milagros, tales como enseñar a quienes no saben nadar, pero no puede ser expresado sino por las capacidades de un ser humano. El amor es el vino y nosotros somos el vaso: si somos pequeños y estamos empañados, doloridos y deteriorados, el amor nos puede endulzar pero no sanarnos por completo. Una llega, si siempre depende del "milagro" del amor, a ser fakir. Mientras más sabiduría, coraje, verdad y virtud se tiene, más suficiente es para uno el amor. Cuanto más honremos al amor, proveyéndolo de este rico y luminoso vestido, le daremos más oportunidades de ser lo que toda mujer instintivamente desea que sea: todo.





La media nylon
que nadie en Chile puede imitar

es la 12 y 15 Denier

Sin Costura

de Laban



Toda mujer elegante
viste con telas



Confidencias

de Margarita

M. R.

N.º 1034

NO SE PUEDE JUGAR CON EL AMOR

- ¿QUE COSAS TAN RARAS TIENE LA VIDA!
- UNA NOCHE MISTERIOSA,
novela policial.
- DOBLE - MIXTO
- EL EMBRUJO DEL EGIPTO,
novela.
- ISABEL DE AUSTRIA,
amor histórico.
- LO QUE NO PUEDE DECIRTE TU MARIDO,
artículo.
- EL MOLDE DE LA SEMANA
- UNA IDEA MARAVILLOSA



Quise olvidarme por completo de ellos y volví corriendo a abrazar a mi adorado Marcos.

Vitaminol

18

M. R.

a grande y chico

TONIFICA *y es rico*



Un tónico bueno, bien chileno,
con más vitaminas y mejor sabor

UN viento liviano pero fresco movía las hojas de los árboles de la terraza del restaurante. Agitó las flores multicolores y los pétalos cayeron sobre las cabezas de los allí reunidos. —Abrígate, Valentina —me aconsejó Vicente—. Estás tiritando. Después de un momento agregó, con voz tierna:

—Toma también esto. Era un pequeño paquete ovalado, parecía una caja envuelta en papel de seda.

—¿Qué es? —pregunté intrigada.

—¡Abrelo!

Obedecí, mientras Vicente me sonreía. —Hace veinte años nació la más maravillosa de las criaturas, Valentina, la muchacha más buena y más bonita del mundo.

—¡Vicente! —lo interrumpí—. ¡Mi Vicente! ¿Te has vuelto loco? El paquete era un estuche y dentro de él había una preciosa pulsera de eslabones de oro.

—¿Loco? No mi amor, no me he vuelto loco, sino que estoy desde el año pasado, desde ese día que nos encontramos en la playa, estoy enamorado de ti. La evocación de nuestro primer encuentro me hizo sonreír.

—¿Cómo te has podido acordar de la fecha de mi cumpleaños?

Vicente me miró largamente antes de responder, con la voz empañada por la emoción.

—Te he querido tanto, Valentina! ¡Te amaré toda la vida!

Cogió la pulsera y yo le pasé el brazo. —Feliz cumpleaños —murmuró, reteniendo mi mano entre las suyas.

—¿Cómo no podría serlo? —respondí, apoyando mi cabeza en su hombro. El aire es suave, la tarde está hermosa y tú estás a mi lado. ¡Soy muy feliz!

—¿Café? —nos ofreció el camarero.

Su súbita intervención me arrancó de mi tierno sueño. En seguida, mis pensamientos se hicieron reales: "Es verdad, queda el café. Y luego, nos fumaremos un cigarrillo. Y los besos en el auto antes de bajarme en mi casa. Y mi padre espionando mi llegada, mientras mira disimuladamente el reloj". Como entre nubes escuché a Vicente pedir dos cafés.

—¿Un cigarrillo, mi amor? Pero, ¿qué tienes? —indagó con voz anhelante.

—Nada —respondí, con forzada sonrisa—. Sólo que soy una tonta. Estaba pensando que únicamente conseguiríamos robarle a la vida unas cuantas migajas de felicidad.

—¿A causa de tu padre?

—Sí, es demasiado empecinado, no cederá.

—Pero, al fin de cuentas, ¿qué me reprocha? —exclamó Vicente, con desesperación—. Tengo veinticinco años, soy sano, en mi familia no hay ninguna tara. Trabajo y poseo una buena situación.

—Todo eso es verdad. Pero no es menos cierto que mi padre es exageradamente católico, de ideas muy conservadoras y no quiere que su hija se case con un hombre de otra religión, aún cuando lo hagamos con la bendición de la Iglesia y tú dejes que nuestros hijos se crien dentro de mis creencias. Pasadas las vacaciones, me prohibió que me juntara contigo.

—¡Es estúpido! ¡En nuestra época! Esas cosas ya no tienen tanta importancia.

Adorando a mi padre como yo lo adoraba, no dejó de herirme el tono agresivo de Vicente.

—No debemos juzgarlo —le respondí con dulzura—. Además, yo lo quiero demasiado como para contrariar su voluntad.

—Perdóname, Valentina —se excusó Vicente, calmándose—. Me he exaltado demasiado. En realidad, no me imaginaba que tu cariño de hija fuera tan exagerado.

—¡Es más que cariño! —lo interrumpí—. Siento por él una verdadera admiración. Y toda la familia comparte este sentimiento. Mi padre es más bien terco con mi madre y con mis hermanos. No es tierno pero, de los hombres que conozco, es el único que tiene un verdadero concepto del honor.

Con los ojos entrecerrados proseguí: "Si no ha llegado más arriba en la

posible que una muchacha compre rosas para adornar su dormitorio o que se siente frente a una dulcería. ¿Pero una pulsera de oro?

—Mi padre sabe perfectamente el dinero que me da para mis gastos. Comprenderá que no es posible que yo la haya comprado ni que me la haya regalado una amiga.

—No la uses. Póntela solamente cuando estemos juntos.

—No, Vicente. Me la has regalado tú, no puedo ocultarla, pues es parte de nuestro amor. No quiero separarme de ella.

Quería y admiraba a mi padre por su carácter inquebrantable. Sin embargo, con un solo gesto borró toda una vida de honestidad... Ya no era ante mis ojos más que un hombre, como cualquier otro.

UNA IDEA MARAVILLOSA



Me eché sobre la cama y di rienda suelta a mis lágrimas. En pocas palabras: mi padre acababa de matar a la especie de Dios que había sido siempre para mí.

oficina es porque durante los treinta años que lleva trabajando jamás ha aceptado una componenda ni un empeno. Nadie ha podido sobornarlo ni conseguir que haga algo indebido a cambio de una recompensa. Estoy segura de que él ha sufrido más que nosotros por la especie de miseria dorada a que nos ha condenado su exagerada integridad.

La orquesta comenzó una samba y sus acordes distrajerón mis pensamientos.

—Tengo que irme —dije con una sonrisa triste—. Conté en mi casa que iría al cine.

Vicente se puso de pie.

—¿Y la pulsera? ¿Cómo explicaré su existencia?

Mientras se trataba de flores o de chocolates regalados por Vicente, había podido mentir a mis padres. Era

Me acerqué al guardarropia y pasé mi número. La empleada me trajo de inmediato una preciosa capita de visón. —¡Esta no es mía! —le respondí riendo.

—Pero está marcada con el veintiséis, y ese es el número que usted me acaba de entregar —me aseguró la muchacha.

En ese momento recordé que había encontrado junto a la mesa un número y que lo había guardado sin intención en la cartera. Registré dentro de ella y descubrí el otro cartón. Se lo pasé a la empleada y obtuve sin dificultad mi bolero de lino.

Vicente me tomó bruscamente del brazo.

—¡Valentina querida, eres francamente formidable!

(Sigue a la vuelta)

Visita al Imp. y Bibl.
16 FEB 1954



Modernas Colores para sus tenidas de Verano

Cada vez que los use...
serán una novedad. Colores que no destiñen...
Usted causará sensación donde vaya
con un vestido, solera o shorts de...

Estampados
Caupolican
M. R.

Una
idea...

(Viene de la
vuelta)



—¿Por qué? —le pregunté sin comprender.

—Por la escena que acabo de contemplar. Me has dado una idea maravillosa, que te permitirá usar tu pulsera delante de tus padres.

—¿Cómo? ¡Explicame!

—En seguida la comprenderás. —Y arrastrándome me hizo subir a un taxi.

—A la calle Libertad —ordenó al chófer.

No pude reprimir un sobresalto: Vicente vivía en esa calle.

—Vicente, me has prometido...

—No decirte jamás que tengo una preciosa colección de estampas japonesas.

—continuó mi novio riendo—. Tranquilízate. No te estoy invitando a mi casa. Me esperarás en el taxi.

Volvió llevando en sus manos una pequeña maleta.

—A la Estación Central—, ordenó al chófer.

—No comprendo ni una palabra de lo que haces! —exclamé preocupada.

—Aún te pido dos minutos de fe y paciencia. ¿Quieres darme la pulsera?

Se la pasé y el colocó la caja en la maleta. El taxi se detuvo en la estación. Nuevamente Vicente me rogó que esperara. Cuando regresó, no traía la maleta. Subió y seguimos hacia mi casa.

—Última etapa —suspiró, sentándose a mi lado. Guarda esta contraseña, con la cual mañana podrás retirar la maleta. Bastará con que les cuentes a tus padres que te la encontraste en el suelo tal como hallaste el número del guardarrropa y representar una gran sorpresa cuando encuentres una pulsera dentro.

—¡Vicente, querido! —murmuré en el colmo de la dicha—. ¡Eres extraordinario!

Me eché en sus brazos. La sacudida que hizo el taxi al frenar frente a mi casa interrumpió nuestro beso.

Al día siguiente, mientras nos desayunábamos todos juntos: mi madre, mi padre, mi hermano y mi hermana, escuché la voz más inocente para decir:

—¿Adivinen lo que me encontré en la calle al volver del cine?

Todos me miraron interrogantes.

—¡Una contraseña del guardaequipaje de la Estación Central! —expliqué inmutable.

Acto seguido exhibí el boleto.

—Tal vez sea de algún turista —sugirieron los quince años de mi hermano.

—O de alguna artista —opinó mi hermana menor.

—Ya lo sabremos —aseguré—. Después del desayuno iré a retirar la valiosa valija.

—Espero que lo digas en broma —intervino mi padre—. Esa maleta no te pertenece. Entrégame el boleto. Al irme a la oficina pasaré por la estación y se la entregaré al jefe del guardaequipaje por si la reclama su dueño.

—Pero, papá, yo...

—No hay peros cuando se trata de honradez, Valentina. Entrégame esa contraseña.

Obedecí esforzándome por no dejar traslucir mi decepción. En seguida pretexté ir a comprar cigarrillos para poder telefonear a Vicente y decirle que

fuera a la estación y dijera que había perdido la contraseña y describiera la maleta y su contenido, para que se la devolvieran. Marqué tres veces el número en vano. Vicente ya no estaba en su casa. Resolví, entonces, volver a telefonarlo a la hora del almuerzo.

—¿Y qué fue de la maleta, papá? —preguntó curioso mi hermano a la hora de almuerzo.

—Era una maleta sin importancia —respondió evasivo mi padre.

Después se puso a conversar de otras cosas. En la tarde, pensé que era una imprudencia dejar más tiempo la maleta en la estación. Salí y me fui a buscarla. Me acerqué a la ventanilla y se la describí al empleado.

—Ya sé —me dijo cuando trataba de explicarle que había perdido la contraseña—. Esta mañana estaba aquí, pero vinieron a retirarla.

—¿Quién?

—No sabría decirle. Recuerdo que era un caballero, pero pasa tanta gente por esta ventanilla...

Traté de nuevo de comunicarme con Vicente. Mis tentativas fueron inútiles, igual que en la mañana. Volví a casa presa de un terrible malestar. Una persona, un sólo "caballero" fuera de Vicente, había podido retirar la maleta: ¡mi padre!

—Tengo que hablarte, Valentina —me dijo cuando llegué.

Senti primero que enrojecía y luego que me ponía muy pálida. Lo seguí a la pieza, que mi madre le había arreglado de escritorio.

—Séntate —me ordenó, sin mirarme. Yo estaba temblando. ¿Qué tenía que decirme? ¿Era respecto a la maleta?

—Quiero hablarte. Ya eres una muchacha grande. La vida no ha sido siempre fácil para tu madre ni para ustedes. Para mí ha sido extremadamente difícil. Tal vez por este motivo me he comportado duro e inflexible con toda la familia. Las preocupaciones me han impedido expansionar mi ternura. He considerado más importante la educación de todos ustedes a los sentimentalismos. Siempre he deseado que mis hijos fueran íntegros y honrados.

—Comprendo, papá —lo interrumpí en voz baja, adivinando que el sermón era un preámbulo del que me administraría a propósito de la maleta.

—Desde hace algunos días, al pensar que cumpliría veinticinco años de matrimonio con tu madre, me he dado mejor cuenta de lo penosa que ha sido nuestra vida. Porque precisamente hoy, Valentina, es nuestro vigésimo quinto aniversario de bodas. ¡Nuestras bodas de plata! Entonces, he querido testimoniar a tu madre en esta ocasión toda la ternura y amor que siempre ha vivido oculto dentro de mi corazón. Sé que desde hace mucho tiempo ella desea ardientemente una pulsera de oro. He realizado mis economías y le regalaré una a la hora de la comida. Estuve a punto de gritar: "¡No es verdad!, te la robaste", y de contar todo lo sucedido, pero no me atreví. El respeto y la admiración que sentía por él me sujetaron. Murmuré, simplemente:

—Muy bien, papá —y corrí a refugiarme en mi dormitorio.

Me eché sobre la cama y di rienda suelta a mis lágrimas. En pocas palabras: mi padre acababa de matar la especie de Dios que había sido siempre para mí. Había ido a la estación, recuperado la maleta, sacado la pulsera de Vicente y perdido con ese gesto toda una vida de honradez y rectitud. Si otro hubiera hecho una cosa semejante no me habría sorprendido, pero viniendo de mi padre, me desesperaba. Yo lo adoraba y admiraba, precisamente por la nobleza de su carácter,

Si te hablan del radar, debes saber que...



...cuando se lanza una piedra al agua de un estanque, en la superficie se forman ondas, que se propagan hasta la orilla, y en seguida vuelven sobre sí mismas... Este principio, muy sencillo, es la base del RADAR, el misterioso invento que tanto se empleó durante la última guerra. Solamente que la onda lanzada por la posta emisora del radar no se envía por las ondas del agua, sino del éter, en ese espacio aún mal conocido que recorren las ondas de la radio. Ustedes han oído hablar de "ondas cortas". El radar funciona con la ayuda de ondas extremadamente cortas, que se dirigen hacia un punto determinado. Si sobre este haz de ondas se sitúa cualquier obstáculo, el haz vuelve sobre sí mismo, dibuja un punto luminoso sobre una pantalla naranja, y gracias a aparatos de medición muy sutiles se consigue no sólo localizar el obstáculo, sino además apreciar la distancia. El radar es una especie de visión a distancia, pero a distancias prodigiosas, puesto que, durante la última guerra, la flota británica pudo en el Mediterráneo captar en plena noche acorazados italianos y darse cuenta de su tiro sin jamás haberlos visto. Las aplicaciones del radar son casi infinitas. Gracias a él los pescadores siguen hoy día los bancos de peces que pasan por las profundidades del agua... Gracias a él, ningún avión de bombardeo puede volar sobre una región sin ser inmediatamente localizado... Gracias a él los ciegos podrán dirigirse con postas minúsculas, sin riesgo de chocar o perderse... Durante siglos era un misterio cómo podían los murciélagos volar en una obscuridad total: ahora se sabe que poseen una especie de radar natural en el cerebro que les hace "sentir" los obstáculos mejor que lo que sus ojos podrían permitirles.

ter, por esa nobleza que ya no existía. Ya era un hombre como todos los demás... Aunque cometiera un robo por amor a mi madre, aunque me expulsara todas sus razones, no podía perdonarlo jamás. No era decepción la que experimentaba, sino una sensación dulce. Me sentía huérfana del padre en quien había depositado toda la fe de mi vida. El que tenía ahora era otro, y a éste lo despreciaba.

Durante la comida se demostró alegre. Por lo general parco y poco comunicativo, estuvo alegre y locuaz. Yo permanecía muda. Crispada esperaba el angustioso momento en que ofreciera "mi" pulsera a mi madre.

—Escuchen, hoy celebramos nuestras bodas de plata —exclamó con solemnidad, a la hora del postre—. Son veinticinco años de casados, veinticinco años de vida en común. Un cuarto de siglo de vida conyugal, que debiera dejar un recuerdo imperecedero...

Me hizo un guiño de complicidad antes de agregar:

—...ese recuerdo imperecedero lo reemplazaré por esto.

Me mordí los labios para no gritarle el odio que sentía por él. Sacó mi pulsera en su estuche.

Mi madre la tomó temblando de alegría y abriendo la caja exclamó:

—¡Roberto, la pulsera! ¡La he deseado toda mi vida!

No pude reprimir los sollozos. A través de mis lágrimas pude ver a mi padre besando a mamá. Después se dirigió a mí con fingido enojo:

—¿Estás llorando? ¿Qué te pasa?

—¡Qué eres el padre más maravilloso del mundo! —respondí, echándome a sus brazos.

—No era "mi" pulsera, la que le regalaba a mi madre. Era otra pulsera igualmente de oro, pero comprada por él! No me quedaba otra cosa que ir a advertirle a Vicente. Pedí a mi madre que me excusara un momento.

—¿A dónde vas? —me preguntó mi padre.

—A hablar por teléfono al restaurante de la esquina.

—¿A quién vas a llamar?

—A Vicente...

Me detuve bruscamente, dándome cuenta de mi involuntaria imprudencia.

—Me imaginé que es a ese Vicente que me prometiste no volver a ver.

—Sí, papá.

Ante mi héroe vuelto a recuperar, ante ese padre engrandecido por la injusta sospecha, no quería mentir.

—Bueno, anda a telefonarle y dile que lo esperamos a la hora del café.

—Aceptas... ¿Quieres verlo? —murmuré incrédula—. Consientes...

—Que me pida tu mano. Ya verás lo que le responderé.

La sonrisa de mi padre ya traducían un sí.

Me precipité al teléfono y marqué el número de Vicente.

—Al fin —me dijo al oír mi voz—. Pase a la hora del almuerzo a la estación. La maleta estaba donde mismo la dejé ayer. Me asusté y le conté al empleado que era su dueño, pero que había perdido la contraseña. ¿Sabes lo que contestó? Que un señor la había encontrado y se la había devuelto. Me entregó la maleta, pero no comprendo lo que sucedió. ¿Por qué no fuiste a buscarla por la mañana? ¿Cómo perdiste la contraseña?

—Ya te lo explicaré, mi amor. Ven inmediatamente a casa y tráeme la pulsera. La necesitaremos.

—¿Para qué?

—Para sellar nuestro compromiso —le respondí, riendo.

Y sin dejarlo reponerse de la sorpresa, añadí:

—Mi padre te espera.





PREPARE CADA NOCHE

*¡Un limpiado amanecer
para su cutis!*



Esta noche y todas
las noches, usted
puede hacer algo bien
sencillo y muy importante
para su belleza:

antes de acostarse, aplique
sobre su cutis un algodoncito
embebido en

Crema HINDS, de miel y
almendras. La crema HINDS,
por ser líquida, penetra
mejor en la piel,
eliminando todo rastro
de cosméticos y polvos, y deja
el cutis pleno
de suavidad y frescura.



crema
HINDS

de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA

E L PARTIDO se ponía fastidioso. Arturo, instalado en la red, recibía todas las pelotas dando saltos a lo Borotra, rematando "smashes" formidables. Iban por 6-0, y si la cosa continuaba así, ganaríamos por 6-0.

El hermano de Corina se mordía los labios, y cada vez que iba a recoger una pelota que había perdido, lo hacía con visible mal humor. Visible únicamente para mí, pues Arturo estaba contento de aparentar ante la gente de mundo. También veía las uñas de Corina, brillantes como piedras preciosas, golpeando el mango de su raqueta en forma significativa.

Hice señas a Arturo, pero, sin comprender, me interrogó con sus hermosos ojos cándidos. Sacudí la cabeza.

—Nada... No digo nada. Juega, es tu turno para servir. Envié su pelota hacia la red, pero la segunda la rozó y fué a caer a los pies de Pablo, quien, milagrosamente, alcanzó a cogerla. Volvió a mí. Arturo no extendió el brazo para tratar de interceptarla; estaba persuadido de que la alcanzaría y la perdí.

Me lanzó una mirada de reproche, y al ir en busca de la pelota, me dijo con voz molesta:

—¿Estás ya cansada?

No respondí. La mirada satisfecha que habían cambiado Pablo y Corina era el pago de mi estoicismo. Anuncié con aire contrito:

—40-15.

El partido prosiguió en esa forma. Yo alcanzaba las pelotas realmente fáciles y perdía todas las imaginables, sin que ello pareciera extraordinario.

Arturo gruñó, furioso.

—Te recuerdo que en este momento no estás friendo pica-rones. ¡Estás en una cancha de tenis!

Me encogí de hombros sin responder.

La risa clara de Corina se dejaba oír nuevamente, y el rostro crispado de su hermano se distendía.

—¡Cuatro juegos en ambos lados!

¡Aún no nos gan-

nan! —anunció la

voz fresca y vi-

brante de Corina.

Mi pobre Arturo

estaba rojo de fu-

ria. Finalmente,

nos ganaron por

4-6. Creía que iba

a estrangularme.

—¡Nunca has jugado tan mal! Lo hiciste a propósito.

—La culpa es tuya. Llevaste un tren infernal desde el principio. ¡Querías agotar a tus adversarios, pero me cansaste también a mí!...

Te comportaste como un salvaje. —Vamos, vamos, nada de escenas hogareñas por tan poco.

—intervino Pablo después de haber saltado por encima de la red—. ¡Sé un buen jugador, Arturo!

Tenia la condescendencia encantadora del hombre de mundo. Le dirigí una mirada de soslayo, refunfuñando como un niño a quien han castigado.

Un instante después, mientras nos vestíamos para la comida, Arturo aún no quería aceptar nuestra derrota. Quise besarlo, pero me rechazó, reclamando:

—Te cubriste y me cubriste de ridículo. ¡Debimos haber ganado!

En el límite de la paciencia, lo cogí por el hombro y lo obligué a mirarme de frente.

—¡Eres un gran tonto! En efecto, perdí intencionalmente, porque tú esta mañana encontraste la manera de ganar a Pablo en cinco segundos de natación. Y anoche le demostraste a Corina que "las mujeres no saben jugar ajedrez".

—Pues bien... Es la verdad.

—Sí, tan cierta como que eres un gran tonto. Mi padrino nos invita a pasar una semana en su casa para que conozcamos personas ricas, relacionadas y brillantes, que podrían confiarte el primer encargo importante de tu carrera de decorador. Se trata nada menos que de debutar, instalando por completo la casa que Raimundo y Corina han adquirido por la bagatela de ocho millones de pesos. Es un trabajo que los decoradores más importantes del país se disputarían. Mi padrino te ha puesto en evidencia, elogiando tu talento y ponderando tu buen gusto. En resumen, los propietarios se mostraban inclinados a ese proyecto, que les permitirá economizar una considerable suma de dinero. Y, mientras tanto, ¿qué haces tú?

—Bueno, yo... yo...

—¡Te conduces como un tonto! Tu primer cuidado consiste en hacerles saber que son nulos para todos los deportes, para todos los juegos... ¿Quieres deslumbrarlos o serles agradable? ¿Quieres llevar la orden de un trabajo que representa para nosotros un medio millón, o llevar satis-

Dohl

facciones de vanidad que te quitarán para siempre la simpatía de Corina y Raimundo?

—No soy diplomático, soy artista. En el tenis, en la natación, en el ajedrez, ¡que gane el mejor!

—Sin embargo, la vida está hecha en tal forma que a menudo el que pierde gana.

—Los tomas por unos imbéciles.

—No, sólo por personas acostumbradas a que los adulen. Arturo bajó la cabeza, suspiró y me cogió en sus brazos.

—Tienes toda la razón, mi amor. Me conduje como un idiota. Pero ¿qué quieres? No se me puede hacer de nuevo. No sabré jamás tratar con esta clase de clientela.

—Y, sin embargo, es con ella que deberás hacerlo. ¿No pretenderás ganarte la vida decorando el departamento de los Manríquez?

—Estudié decoración por gusto, sin pensar que este oficio me pondría en conexión con ricachos de la clase de Corina y Raimundo.

—Ya es tiempo de pensar. Si sigues mis consejos, todo marchará bien. ¿Quieres?

—Todo lo que tú quieras lo quiero yo, si me dices que me amas, aunque sea tu mono grande, tu tonto, tu...

—Eres todo eso, pero también eres mi gran amor.

Por cierto que yo amaba a mi Arturo. Posiblemente por esa gran lealtad, esa franqueza, esa sinceridad tan suya. Me besó y sentí muy cerca de mis ojos su mirada amorosa, muy junto a mi boca sus labios suplicantes. Me eché hacia atrás, riendo.

—No, no, nos esperan... Vístete... Y, para comenzar, vas a darme el gusto de esta noche no estar todo el tiempo junto a mi cubriéndome con tu ternura: es ligeramente ridículo y desagradable para las amigas a quienes el marido no atiende.

—¿También tengo que pensar en eso?

Mixto



—Por cierto que hay que pensar también en eso. Vamos, muéstrate amable, galante y encantador con Corina. Será una ocupación tan útil como agradable.

—No sé cómo hacerlo. ¿Me mostré acaso amable y galante contigo?

—No, mi vida. Eso no tenía importancia. Me amabas tan profundamente que tenía que darme cuenta. Pero también hay que cultivar la galantería. ¿Te desagrada Corina? ¿No la encuentras bastante hermosa?

—Sí, es espléndida. Únicamente, que yo no sé... En fin, ¿qué quieres que le diga?

—Pues bien, justamente que es maravillosa.

—Sin embargo, no se lo puedo decir así como así.

—¡Naturalmente!... Escucha, mi amor, tenemos aún diez minutos. Ven a sentarte aquí, voy a darte una lección de pololeo.

—¿No crees que podría emplear en mejor forma esos diez minutos?

—¡No! —repliqué, severa y perentoria.

—Bueno, te escucho.

—¿Has mirado a Corina? ¿De qué color son sus ojos?

—No sé bien. ¿Grises?

—No. Violetas. Tiene unos ojos extraños, ojos de amatista. Debe experimentar un gran orgullo por eso y puedes estar seguro de que espera te des cuenta.

—Entonces... ¿debo decirle que tiene amatistas en vez de pupilas?

—Eso es.

—¡Caramba!... ¿y qué más?

—Dile algún cumplido a propósito de su perfume: creo que lo mezcla ella misma, pues no se parece a ninguno de los que conozco.

—¿Los usa?

—¡Arturo! ¿No te has dado cuenta?

—No, no la he oído. ¿Y cuándo quieres que le diga todo eso?

—Mientras bailas. Invítala esta noche, si salimos. Si es posible, no a un "boogie-woogie". Un vals o un tango... Algo lánguido.

—Va a pensar que estoy enamorado de ella.

—Pues bien, ¿qué hay de grave en eso?

—¿Qué oficio! ¿Y con quién bailarás tú mientras tanto?

—Con tu hermano. No te pongas celoso. Siento horror por la especie de marido engrifado... Y como tú no eres tampoco muy sensible a los encantos de la mujer tipo "liana flexible", como Corina, me parece que podremos dormir tranquilos los dos. ¡Vamos, termina de vestirme!

Arturo siguió mis consejos esa misma noche, y al pie de la letra. Estábamos en un cabaret. Bailó cada blue, cada tango, cada vals con Corina. La veía escucharlo sonriente y con aspecto entretenido.

A partir de esa noche, el matiz de sus relaciones varió. Y cuando se hablaban, sus voces tenían una dulzura grave y confidencial.

Y frente a la coquetería sabia y peligrosa de Corina, me preguntaba si mi marido no se había visto sobrepasado por los acontecimientos.

Por fin llegó Raimundo a casa de mi padrino en busca de su mujer. Permaneció allí cuarenta y ocho horas, después de lo cual nos condujo en su automóvil a la capital.

Raimundo estaba cercano a los cincuenta años. Era un hombre de mediana estatura y muy delgado. Sus ojos negros eran extraordinariamente vivos y jóvenes, mientras que sus cabellos grises agregaban un encanto a todo su rostro de rasgos expresivos. Todo en él hablaba de inteligencia y de bondad mezclados con un poquito de escepticismo amable.

Una viva corriente de simpatía se estableció de inmediato entre él y yo.

El viaje, que hicimos en dos etapas, yo sentada junto a Corina y Arturo al lado de Raimundo, que manejaba, fue lento y fastidioso. Esperaba los descansos con impaciencia, pues Corina tenía esa gracia especial de las personas de mundo, en la cual la amabilidad se exagera hacia los que juzgan de una clase inferior, y que alcanzaba a percibir, produciéndome una rabia sorda.

Por fin nos separamos: ellos se dirigían al barrio alto y nosotros a nuestro pequeño departamento en el centro. Me sentí recompensada de todos mis pesares al escuchar a Raimundo decir a Arturo después del último apretón de manos.

—Entonces, en principio, estamos de acuerdo. Presente us-

(Sigue a la vuelta)

TRES EXITOS ZIG-ZAG

La acogida prestada por el público a estas tres obras de connotados escritores nacionales, nos obliga a presentar la quinta, cuarta y segunda reedición de ellas, respectivamente.

ON PANTA

Por Mariano Latorre

La obra más genuinamente criolla del jefe indiscutido de la escuela criollista, permite apreciar las cualidades que han hecho de su autor uno de los "cinco grandes" de las letras nacionales.

En este libro palpita la tierra chilena, con su colorido y sabor denso y pastoso.



El Loco Estero

por Alberto Blest Gana

Dentro de las obras de Blest Gana, EL LOCO ESTERO ocupa un lugar aparte por la frescura de su estilo y la profunda humanidad de los caracteres de sus personajes. Es la más sencilla de las obras de este autor y, al mismo tiempo, la más vivida y la que mejor refleja las inquietudes de amor del adolescente, los tormentos de los celos en el marido engañado y en la mujer infiel, a la cual, a su vez, abandona su ama...



COIRON

por Daniel Belmar

Este autor, que se reveló como novelista con su obra ROBLE HUACHO, nos presenta ahora una obra narrativa de mayor envergadura, seguramente la más lograda y definitiva de las suyas. Por su fuerza descriptiva, la realidad vivaz de los personajes y su estilo ágil, recio y claro, esta novela reúne méritos extraordinarios.



Doble Mixto

(Viene de la vuelta)



ted sus proyectos a mi mujer y le doy carta blanca en cuanto a los gastos. Dirija las facturas a mi oficina. ¡Qué explosión de alegría cuando estuvimos en nuestra casa! ¡Qué cantidad de proyectos y sueños para el porvenir, mezclados de besos! Después de la casa de Corina, Arturo tendría diez otras para decorar. Pues esa especie de negocios se hace por medio de las relaciones. Menos de un mes después de nuestro regreso, Arturo partió llamado por Corina, que se encontraba nuevamente en la costa, y deseaba que los trabajos comenzaran sin tardanza. Esta vez se fué sin mí: no podía abandonar la ciudad por mi empleo. Pero no experimentaba celos, ninguna inquietud. Arturo se había mostrado tan amoroso, tan tierno desde el momento en que nos encontramos solos, que me reproché el haber concebido por un instante alguna sospecha... Había desempeñado su papel a las maravillas, ¡eso era todo! Permaneció en la costa dos semanas, regresó y volvió a partir al cabo de ocho días. Sus idas y venidas entre la capital y la costa estaban sujetas a la fantasía de Corina, quien lo llamaba de larga distancia, igual como si estuviera en la misma ciudad. En principio, los gastos de viaje eran costeados por Raimundo. Sin embargo, me percaté que dos meses del mismo tren de vida habían disminuido en sesenta mil pesos nuestra cuenta bancaria. Evidentemente, cuando Corina y Arturo buscaban viejas porcelanas o muebles antiguos en los pueblitos perdidos del mapa, comían en las hosterías, y él no podía permitir que Corina pagara. Soy la primera en pensar que hay que "sembrar para cosechar"...

Todo es igual: cuando se tiene menos pelo que peinar, se tiene más cara que lavar.— GROUCHO MARX.

Sin embargo, me parecía que ahora Arturo perdía mucho tiempo y sin el menor pesar.

Sentía que me ponía celosa, inquieta... Por lo demás, en su última estadía conmigo, mi marido me había parecido extraño: a los fogosos impulsos de ternura se sucedían, sin transición, contritos silencios, pesadas ensoñaciones.

¿Por qué crisis estaba pasando? ¿Tenía algo que ver en eso Corina?...

Quería convencerme de que no era así: Arturo tenía apenas veintiséis años... Por primera vez en su vida llevaba entre sus manos las riendas de un asunto de varios millones. Bien podía tener molestias, preocupaciones que alteraban su carácter. Debía cuidarme de imaginar de inmediato, como la mayoría de las mujeres, que había en todo eso un amor. ¡Para los hombres, el amor no es necesariamente el asunto principal y único en la vida!... Raimundo vino un día a mi casa para tener conmigo una conversación que abordó con una sonrisa, pero que presintió grave.

—Leticia, me habría anunciado por teléfono si usted tuviera uno. Me excuso de llegar en esta forma, y espero no ser demasiado inoportuno... Pero vea usted..., es urgente. Parto mañana a primera hora para la costa y me gustaría llevarla conmigo. ¿No le resulta agradable darle un sorpresa a su marido?

—Por cierto, pero no puedo abandonar mi trabajo.

—Imagínese que su madre estuviera en peligro de muerte, ¿vacilaría usted en correr a su lado, por lejos que estuviera?

—¡Pero no es el caso!...

Me interrumpió, sin dejar de sonreír.

—¿Quién sabe? La felicidad merece que se intente todo por salvarla.

—¿La felicidad?

—Mi querida niña, en estos momentos se produce en mi hogar un fenómeno curioso: sobre el peinador de mi mujer se acumulan las invitaciones. Es la época en que se efectúan las presentaciones de modelos para el invierno. ¿Y qué hace mi mujer?... Recorre los caminos, en compañía de su decorador, en busca de chales, bandejas de plata, paneras viejas, biombos antiguos... El hecho me parece extremadamente curioso y digno de atención. ¿No opina usted lo mismo? Tengo la costumbre de mirar las cosas frente a frente. Los avestruces me han parecido siempre los más estúpidos entre los animales. Hundí su cabeza

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D SANTIAGO DE CHILE

Próximamente comenzaremos a publicar "MAYERLING" Maria Vetsera.

en la arena para que así se les puedan arrancar más fácilmente las plumas.

Conseguí despegar mis labios resacos y balbucear:

—Tengo confianza en Arturo.

—Yo también la tengo en Corina... ¡No faltaba más!...

El amor sin confianza no es amor. Sólo que...

Sacó su cigarrera y me ofreció un cigarrillo que yo tomé maquinalmente.

—Sin embargo, más vale no poner la voluntad de quienes nos son queridos bajo una prueba demasiado dura. Eso es también un deber hacia el amor. Dejar a un ser debatirse solo contra la tentación es dejarlo extenuarse tratando de vencer una corriente que lo arrastra hacia el abismo. Mi mujer es muy joven, mucho más joven que yo, usted ha podido advertirlo. Estoy seguro de su cariño. Pero le agrada ensayar su poder de seducción en hombres de la edad de su marido: sin duda para asegurarse, mientras me es fiel, que fácilmente podría no serlo. Es un ejercicio que la he visto ejecutar muchas veces con bastante ardor y sin temor de perder la partida. Ejercicio saludable, después del cual, segura de la eficacia de sus armas, vuelve a mí como esposa abnegada y tierna. Así, al principio no di ninguna importancia a su entusiasmo por la decoración. Pero... jamás, ninguna distracción la ha hecho olvidar las primeras presentaciones de modelos. Este olvido resulta inquietante... Por eso vine a decirle: vamos a la costa los dos, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cree usted que podría ser demasiado tarde? —murmuré.

—Francamente, no lo creo así. Pero deberemos estar allí para ayudarlos a triunfar sobre ellos mismos.

—Usted puede hacerlo, ¿pero yo?... Arturo no comprenderá que yo abandone bruscamente mi trabajo sin siquiera advertírselo. Parecería como correr para impedirle que haga una tontería... Eso no me gusta mucho.

—Pues bien, tenemos un medio para arreglarlo todo. Un medio que, cuidando la susceptibilidad, esconderá nuestros temores y que, además, despertará alguna inquietud en el corazón de su esposo. Voy a hacerle la corte.

—¡Raimundo!

—No se alarme. Será únicamente una comedia, una comedia encantadora. Aparentaremos habernos encontrado dos o tres veces, en ausencia de Corina y de su marido, y

—¡Quiero algo bonito, que le sirva a un niño pequeño cuyo padre es corpulento y que le cuesta arrodillarse —explicó una señora al empleado de una juguetería.

haber decidido juntos este viaje a la costa, tanto por el placer de ir juntos como por encontrarnos con nuestros cónyuges...

—¿Cree usted que no será un juego peligroso?

—No, y aun cuando lo fuera, hay que correr algún riesgo. Pero ¿si eso los uniera aún más, arrojando sobre nosotros la responsabilidad de su falta?

—Eso probaría que ya hemos perdido virtualmente la partida.

Me cogió las manos para darme ánimo.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Vengo mañana a buscarla a las siete?

—Sí, de acuerdo. Y le confieso que ahora deseo ardientemente saber en qué forma van a recibirnos.

—No espere mucha amabilidad; corre el riesgo de desilusionarse.

No, no esperaba yo demasiada "amabilidad". No obstante, no esperaba tampoco haber corrido cientos de kilómetros para encontrar al hombre que amo y oírlo decir, molesto:

—Tú... ¿qué significa esta llegada repentina?

—Bésame primero y en seguida te explicaré.

Me besó a la ligera, y en seguida me preguntó otra vez:

—¿Por qué viniste?

—Te echaba de menos.

—¡No faltaba más! Un viaje así, con los gastos que implica, para...

—Ningún gasto. Vine en el coche de Raimundo.

Arturo palideció.

—¿También vino Raimundo?

—Sí, fué a esperar a Corina al hotel Miramar. Y la decoración, ¿cómo va?

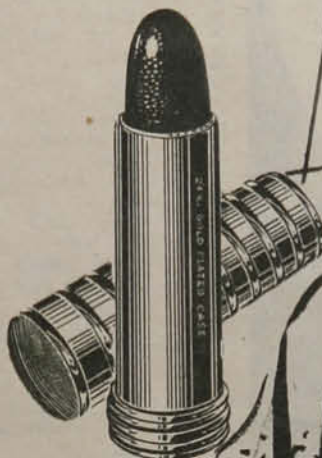
—Más o menos. Aquí los carpinteros, los mueblistas y los tapiceros no trabajan mucho durante el calor. No se apresuran demasiado. Corina se muestra difícil y caprichosa; quiere que los muebles y los adornos sean auténticos. Se le ocurrió conseguir un clavecín, y hemos corrido de pueblo en pueblo sin encontrar uno que convenga. Cuando sería mucho más sencillo encargárselo a un anticuario. Pero desea descubrirlo ella misma.

—Lo cual les da ocasión para hacer hermosas excursiones.

(Continúa en la pág. 12)

Una verdadera Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO

EN ORO

24 K.



Cada estuche

con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

M. H.

d&r



VIVATONE
*limpia
refresca*



CREMA INVISIBLE
*excelente
base de polvos*

Dagelle
M. R.

Crema y Lociones
West Coast
PRODUCE

CAPITULO X

ANA miró con ojos sombríos y con voz apática respondió:

—No sé por qué ella habría de contárselo. A menos que fuera para que dejara de perseguirla.

—¿Qué clase de persona es Bates?

—Lisa y llanamente un abogado.

—¿Cree usted que Bates supone que Carrol descubrió el plástico después de haberse retirado de la Vulcan? —insistió Shayne.

—¿Quién sabe lo que piensa un abogado? —respondió Ana sin interés.

Shayne miró su reloj, hizo una seña al mozo y después le dijo a la muchacha:

—¿La llevo de vuelta al Roney?

—¿Para qué? Este es también un sitio apropiado para emborracharse.

—No tome demasiado —le previno Shayne—. Más tarde volveré a pedirle ayuda.

El mozo llegó con la cuenta. El detective dejó un billete en la bandeja, y mirando a Ana le dijo:

—Después que me marche y la señorita se consuma el café, dígame que se vaya y le pague lo que consuma.

El mozo miró la cuenta y sonriendo respondió:

—Sí, señor —y se fué.

—Tengo otra pregunta que hacerle, Ana. ¿Conoce a alguien llamado Ludlow?

Ana pensó durante un instante y luego movió lentamente la cabeza.

—Jamás he oído ese nombre. Y si usted piensa irse, llame al mozo para que me traiga una dosis doble de lo mismo... pero sin café.

—Me ha prestado una valiosa ayuda, Ana —comentó Shayne, haciendo una mueca—. Telefonéeme, si cree poder revelarme algo más. Si no estoy, déjeme un mensaje con mi secretaria. De vuelta a su oficina, Shayne se sentó en su escritorio esperando poder dar respuesta a la docena de preguntas que se agolpaban en su mente. La que más lo preocupaba era qué ganaba Margrave haciendo tan absurda y vehemente acusación contra la Vulcan Chemical Corporation.

Sabía que las organizaciones poderosas, antiguas y sólidas contrataban los servicios de algunos sujetos pensando lograr ciertos objetivos, principalmente en cuanto a sus relaciones con los obreros. Y no le cabía duda que más de una vez había habido asesinatos discretamente realizados y que en el futuro bien podría, haberlos también. Pero suponer que la Vulcan Corpora-



UNA NOCHE

tion recurriera al crimen para ganar un pleito contra un individuo le parecía increíble, especialmente cuando el método empleado por el asesino era un puñal, en realidad, un cortapapeles, de propiedad del mismo Carrol. Los asesinos contratados preferían usar armas menos personales, como, por ejemplo, un golpe de ametralladora, después de haber ubicado a la víctima en determinada situación y a una hora especificada.

No obstante, Margrave —el hombre que le había anticipado sin dificultades la suma de mil dólares por concepto de honorarios y que no quería ahorrar gastos—, decía estar seguro de la culpabilidad de la Vulcan y esperaba que Michael Shayne se lo probara.

Contra la acusación de Margrave, de indiscutible sobriedad y evidente espíritu comercial, se alzaba su hija, mucho menos sobria y más romántica. Ana parecía dispuesta a arrancarle los ojos a Nora Carrol con sus largas uñas pintadas de rojo, y era capaz de establecer la culpabilidad de Nora como la verdadera asesina de Carrol. La herida de la cabeza comenzó a dolerle y distraer sus pensamientos. Se sirvió una copa de coñac y se la tomó de un trago. Luego se echó atrás en su silla y cerró los ojos.

—Si llama Tim, dile que su automóvil está estacionado al frente de donde estaba antes.



MISTERIOSA

POR BRETT HALLIDAY

La bebida descansó su cuerpo y amonó el dolor, dejando que su mente trabajara más despejada. Ana Margrave le había dicho que la Vulcan no sólo tenía grandes probabilidades de ganar el pleito sin necesidad de recurrir al crimen, sino que Carrol estaba decidido a tirar la esponja tan pronto como pudiera librarse de la influencia de su esposa por medio del divorcio, y admitir que había estado de acuerdo con Margrave para ocultar su descubrimiento a la Vulcan, quien, según lo estipulado por contrato, era su exclusiva dueña.

Si fuera Ana una persona de confiar. Ese era un punto importante, tal vez un punto crucial. Era muy posible que Ana estuviera ciega a causa de su odio por Nora. Por el momento, Shayne se sentía capaz de apostar cualquier suma a que Ana era la autora de los anónimos que Carrol recibió contra su esposa.

Por qué lo había llamado Margrave para hacerse cargo de la investigación era aún un enigma. La policía se había negado a sospechar de la Vulcan. Tal vez Margrave buscaba simplemente una publicidad sensacional contratando los servicios de Shayne para que averiguara la responsabilidad de la corporación. Esta era una teoría

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR: Una vez terminada la entrevista con Margrave, Shayne se encuentra en el hall del hotel con Ana, su hija. Ella le pide ir a tomarse un trago juntos, pues tiene muchas cosas que revelarle. Una vez instalados en un pequeño restaurante, la muchacha le cuenta que ella estuvo toda su vida enamorada de Carrol y que Nora se lo quitó con malas armas. También le dice que Ralph estaba contento en su puesto de Vulcan y pensaba confesar su delito y volver a formar parte de dicha corporación. Le habla muy mal de Nora, pues según ella es una mujer intrigante, de malos sentimientos y capaz de cualquier cosa por dinero. Hasta llega a culparla de haber tenido algo que ver en el asesinato, en vista de que tuvo que fracasar en su supuesta reconciliación con su marido.

sensacional y podía ser avidamente acogida por la prensa de todo el país, si un detective del prestigio de Michael Shayne la apoyaba. Sea cual fuere el fin de la investigación, y, aun cuando la corporación resultara libre de toda culpa, siempre subsistiría en la opinión pública la sospecha. También afectaría en el criterio del jurado cuando le planteara el pleito contra Carrol.

Otra pregunta difícil de contestar era, ¿sabía o no Margrave el proyecto de Nora, tendiente a hacer que su marido desistiera del pleito de divorcio, y que Nora creía que Michael Shayne había sido el hombre que la había ayudado en su intento? Si era así, Margrave no lo había demostrado durante la entrevista. Era muy posible, y Shayne trataba

de considerar los motivos que tendrían para callar.

¿Se había comunicado Nora con Margrave después de la muerte de Carrol para comunicarle que había fracasado en su intento?

Había tantas cosas que no sabía, y esto le dio rabia. Hizo mentalmente una lista.

La identidad de Ludlow.

La identidad y el motivo del hombre que intentó matarlo.

La identidad del hombre que atacó a Lucy en el departamento de Nora.

La identidad del hombre que se hizo pasar por él frente a Bates, y los métodos que usó para llevar a cabo la suplantación.

¿Le entregaron a Nora Carrol la llave de su pieza por equivocación o por alguna razón determinada?

Shayne lanzó una maldición al pensar en esto.

Todo parecía haber obedecido a un arreglo previo. Gracias a la información proporcionada por Ana Margrave acerca de las verdaderas relaciones que existían entre marido y mujer, y que variaban bastante de las proporcionadas por Nora, las cosas comenzaban a tener sentido. Ana estaba convencida de que Ralph Carrol había dejado de amar a su mujer y que tal reconcilia-

ción era imposible. Si esto era verdad, Nora tenía que suponer que su marido no le iba permitir quedarse en su pieza, y, por lo tanto, su proyecto tenía que fracasar.

Aceptando esto como una hipótesis razonable, tenía que haber otro medio de ubicar a Carrol en un punto adecuado. Es el reverso de una demanda de divorcio corriente, en donde el marido es sorprendido en el dormitorio de una mujer por los detectives que servirán de testigos ante los tribunales.

Si Nora estaba desesperadamente resuelta a no perder a su marido, pudo muy bien haber dispuesto una combinación con el detective que se hacía llamar Michael Shayne. Ludlow, entonces, muy bien podría ser el testigo que pensaba sorprender al marido y a la mujer juntos, y cuyo testimonio serviría para anular la acción de divorcio.

En ese punto de sus pensamientos, Shayne cogió la guía de teléfonos de su escritorio, la abrió en la F y buscó a los "Fotógrafos".

Deslizando sus dedos por la lista, tropezó con algo que le llamó la atención: Ludlow, John P., escrito en tipo pequeño. La dirección era Avenida Norte. Marcó el número.

—El señor Ludlow, por favor —dijo Shayne, después de esperar un momento.

—Lo siento, pero el señor Ludlow no está en casa —respondió una voz de mujer.

—¿A qué hora volverá?

—No sabría decirselo. —Hubo una pequeña pausa—. ¿Puedo servirle en algo?

—No sé. —Shayne fingió duda y confusión al añadir: Se trata de un asunto delicado. Me dieron el nombre del señor Ludlow.

—Comprendo —le repuso la voz, dándole coraje—. ¿Quién habla?

—El señor Bigelow, de los abogados Barnes, Bigelow y Carson —improvisó Shayne—. Se trata de uno de nuestros clientes. Creo que es mejor que hable directamente con el señor Ludlow. ¿Puede decirle que me llame...?

—Lo siento, señor, pero el señor Ludlow está fuera de la ciudad durante unos días, pero el señor Pilcraft es igualmente discreto y le sugiero que lo llame.

—Prefiero entenderme con el señor Ludlow. Si pudiera decirme dónde puedo ubicarlo fuera de la ciudad...

—Lo siento mucho, pero nada puedo decirle —respondió la voz con acento desmayado.

—¿Puede darme su número de teléfono? —insistió Shayne—. Tal vez allí puedan informarme.

—No puedo darle esa información. Si necesita al señor Ludlow, llámelo cuando regrese.

—Ya no será necesario —murmuró Shayne colgando el fono. Volvió a tomar la guía y la abrió en la L. Dió con la dirección de John P. Ludlow, en la

(Continúa en la pág. 16)



Ella sabe el secreto de cómo ser atractiva, encantadora

El secreto está en Odo-Ro-No. No deje que las desagradables emanaciones de las axilas resten encanto a su natural lozanía. El baño desvanece temporalmente el desagradable olor de la transpiración, pero no le ofrece la prolongada protección que usted desea.

- Odo-Ro-No detiene, sin peligro, la transpiración y su olor durante 24 horas.
- Odo-Ro-No se conserva cremoso en el envase más tiempo... y no se pone arenoso aunque esté destapado.
- Más que ninguna otra crema desodorante Odo-Ro-No no daña la ropa.
- No hay crema desodorante más suave a la piel, ni aun la más delicada. Es facilísima de aplicarse.



Si prefiere un desodorante líquido pida
ODO-RO-NO Líquido.

Crema
ODO-RO-NO

El desodorante sin par

M. R.

Arturo me observo, sospechoso e inquieto, tratando de descubrir el sentido oculto de mi frase, pero mis ojos ingenuos y confiados lo tranquilizaron.

—No me quejé, enténdalo bien..., aunque pierdo mucho tiempo.

—No por completo... Lo único desagradable es nuestra larga separación..., pero ahora que te he vuelto a ver...

—¿Cómo? ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—No lo sé. Tanto como Raimundo.

—Ah sí, Raimundo... ¿Cómo supiste que él venía?

—Me lo dijo él mismo. Nos hemos visto dos o tres veces.

—¿Con motivo de qué?

—Como se fastidiaba lejos de su mujer, me invitó a almorzar y luego me propuso darte la sorpresa de esta llegada de improviso.

—¿Y tu trabajo?

—Me las arreglé.

Arturo permaneció un momento en silencio, luego estalló:

—¡Es idiota esta combinación! ¿No podías esperar una semana más mi regreso?

—Primeramente, nada me asegura que ibas a volver dentro de una semana. Y, luego, creía darte un gusto. Estoy desolada al haberme equivocado.

Mi voz se quebró, a pesar mío. Arturo me atrajo hacia él y me besó tiernamente.

—No te has engañado, mi amor. Estoy muy contento al verte y al pensar que tengo entre mis brazos a mi mujer-cita adorada. Únicamente... no es razonable...

—Cuando se ama, nunca se es razonable.

Sonrió molesto y me golpeó suavemente el brazo. Decidimos almorzar en un restaurante. Antes de partir me dejó para hacer un llamado telefónico; apostaría que llamó a Corina.

—¿Mamá, puedo invitar tres amigos a comer esta noche? —preguntó una linda muchachita casadera.

—Por cierto, mi linda. Pero, ¿cómo los vas a entretener a los tres?

—Eso es muy fácil. A dos de ellos les encanta oír radio.

—Puedo consagrarte toda la tarde. Tenía una cita. La dejé para mañana —me dijo al volver.

—Eres encantador.

Cuando regresamos tres horas más tarde, mi padrino nos anunció que Raimundo había telefonado: nos esperaba a las ocho para comer juntos. Comida en un hotel de lujo. Las lamparillas luchaban contra la claridad crepuscular aún teñida de escarlata. La música nos llegaba desde muy lejos, acompañada del ruido de las olas.

Raimundo dió pruebas de una serenidad y de una sangre fría que me dejaron estupefacta. ¡Yo que siento tanta dificultad en esconder mi nerviosidad! Corina me hizo cumplidos a medias —miel y vinagre— sobre mi vestido, mi peinado y mi buen aspecto.

—Mi marido me ha dicho que eres la compañera de viajes ideal. Siempre contenta, siempre llena de optimismo y entusiasmo —me dijo.

Fui hasta lo profundo de sus pensamientos y le respondí:

—Sin duda, porque no estoy aún cansada de viajar... en Cadillac.

Raimundo me invitó a bailar.

—¿Los dejamos solos? —le pregunté, ya en la pista.

—Por cierto. No tengamos el aire de temer dejarlos solos. ¡Ahora, pololeemos!

—No podría. Estoy un poco triste.

—Pues bien, digamos cosas tristes, sonriendo, con aire alegre. Por lo demás, me siento contento: encontré a mi mujer nerviosa, contrariada por mi llegada...

—Su alegría me parece sospechosa.

—Cuando supo que la traía a usted, Corina me reprochó "esa iniciativa fuera de lugar y hasta extravagante"... No era mi presencia la que la irritaba, sino que la suya. ¡Excelente signo!

Para él, posiblemente... Pero ¿para mí?

La noche se deslizó despreocupada en apariencia. Raimundo dejó a Arturo la misión de distraer a Corina, mientras él se ocupaba solamente de mí.

Cuando nos encontramos solos en nuestro dormitorio, Arturo, en vez de tomarme en sus brazos, deshizo, furioso, la cama.

—Sin duda temiste que no supiera comportarme con Corina. ¿Encontraste más seguro vigilarme?... Mientras yo

Doble Mixto

(Continuación de la pág. 9)



me mostraba galante con la mujer, tú coqueteabas con el marido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eso quiere decir si soy yo quien se ganó la simpatía y la confianza de Corina..., o si eres tú quien ganó la partida con Raimundo.

—Sigo sin comprender.

—Sin embargo, no hay nada más sencillo: mientras que Corina y yo nos agotamos, nos damos todo el trabajo posible por descubrir antigüedades, Raimundo y tú viven como solteros en la capital. Se encuentran para almorzar... y terminan en un viaje solos. Y llegan de improviso, frescos y sonrientes. ¡Qué graciosa la sorpresa!

—¿Y entonces?... —pregunté.

—Y entonces..., y entonces.

Arturo levantó los brazos al cielo. Estaba furioso. Ya no sabía lo que quería decir, pues se confundía en medio de su cólera, donde había una mezcla de todo: me tenía rencor por haberle estropeado su pololeo..., porque Raimundo me hacía la corte..., y se tenía rencor si mismo por esa cuasi infidelidad hacia mí.

—Las mujeres son seres imposibles, imposibles.

Sin embargo, un momento después, estaba acurrucada a su lado. Arrojó lejos el libro y, apagando la luz, murmuró:

—¡No sé si eres un ángel o un burrito!

Creí haber ganado la partida, pero a los dos días, Arturo estaba nuevamente distraído, lejano. Solía permanecer largos minutos con la mirada perdida en el vacío, mientras una lánguida sonrisa vagaba por sus labios.

—¿En qué piensas?... me venía la pregunta a los labios. Sin embargo, tenía suficiente fuerza de voluntad como para no dejarla escapar.

Anteayer tuvo una entrevista con Corina, y, sin duda, evocaba ese recuerdo. ¿Qué sucedió entonces?

Al día siguiente tuvo que partir temprano y regresar tarde, pues los dos fueron a casa del anticuario. El buen hombre los vino a buscar en su coche, y no había en él sitio para mí.

—Voy a telefonar a Raimundo —exclamé de pronto—.

Los reporteros fueron de visita a una nueva planta telefónica. Mientras contemplaban el asombroso equipo, uno de ellos vió una pequeña redoma dentro de la cual nadaban dos diminutos pescaditos.

—¿Para qué es eso? —preguntó el reportero.

—Eso, seguramente, lo han puesto ahí para recordarles que algo fue hecho por Dios —respondió su compañero.

Puesto que los dos estamos condenados a la soledad, podríamos hacer una excursión.

Arturo me dirigió una mirada ligeramente cruel.

—Raimundo parte mañana no sé a qué congreso, no creo que pueda llevarte a ninguna parte.

Al día siguiente, Arturo tuvo una actitud extraña. Me seguía con la mirada, como si quisiera preguntarme algo. A las diez partió, como estaba convenido, con el anticuario. Pasaría a buscar a Corina al Miramar.

Lo besé y le dije:

—Estarás de vuelta a las cinco, ¿no es así, mi amor?

—Eso dependerá de una serie de cosas.

No insistí. Me dejé caer en un sillón y me eché a llorar en silencio. De pronto sonó la campanilla del teléfono.

—¿Leticia? Habla Raimundo.

—Buenas tardes, Leticia. Estoy fuera, voy en su busca. Almorzaremos juntos. Tengo algo importante que decirte... Acepté feliz la invitación.

Estábamos solos en esa tarde del sábado en la casa desierta. Dieron las tres: esperábamos a Arturo y Corina. Después de almorzar en un restaurante, caminamos sin apresurarnos a lo largo de la playa.

—¿Y si no vienen? —dije.

Raimundo hizo un gesto.

—Si no vienen, será grave. Querrá decir que prefirieron proseguir su dúo en vez de sorprender el nuestro. En ese caso..., habremos perdido la partida.

—¡Es horrible!

—Calma, calma, ya lo sabremos.

Sentimos rechinar un freno frente a la casa. Un ruido de fierros viejos. Sí, es ciertamente un coche que ha dejado a alguien frente a la reja.

—Son ellos, venga.

Me sentí agitada, febril, casi inquieta. Nos encerramos en una especie de gran closet, vecino a la pieza hasta donde irían derecho, pues ésa era la única amoblada.

Desde nuestro escondite, escuchamos todo.

Corina habló primero:

—¡Nos hemos adelantado! Tenemos tiempo para fumar un

(Sigue a la vuelta)

Es dentista,
pero mantiene la tez
de universitaria...



A pesar de que su trabajo le exige permanecer largas horas de pie en su gabinete, sus clientes admiran —muy de cerca— un rostro terso. Ella, que profesionalmente debe dar consejos, recibió y siguió uno que le reportó positivos beneficios: hacer la doble prueba de Don Juan.

Encontró en una caja de polvos faciales Don Juan el folleto explicativo, e inició —con esa fe que mueve montañas— la doble prueba de Don Juan. Su fe tenía una base sólida, porque sus conocimientos

científicos le hacían saber que el extracto de lanolina, a fuerza de aplicarse, tendría que beneficiar su cutis.



Don Juan
M. R.
AYUDA A
SU FELICIDAD

Un moderno
método
francés

EXTRAER LOS
vellos
en seguida



Los vellos de los brazos, de las piernas, de la nuca, se pueden extraer con sus bulbos más pronto y sin dolor gracias a un sistema francés introducido en Chile por Kara Vislovna. No es un depilatorio cáustico maloliente. Es distinto. Es más agradable. Es tan rápido que todos los vellos, por largos y tupidos que fueren, quedan extraídos en menos de media hora.

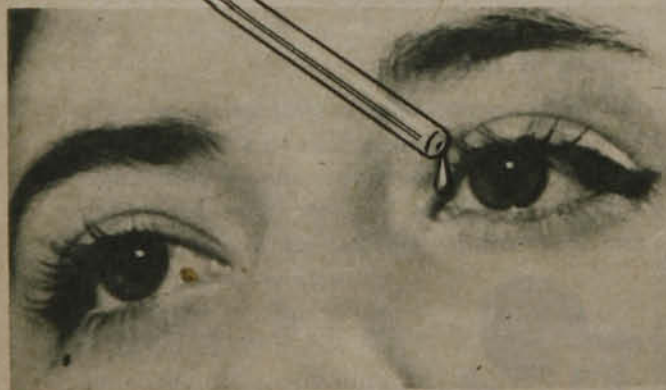
Pida usted informes o una demostración sin compromiso

Kara Vislovna

PHILLIPS 16 — PISO 3.º — SANTIAGO
EN VALPARAISO: CONDELL 1443 — 4.º PISO

Si usted vive en provincias, solicite su "Ficha de Belleza". Es un estudio de sus condiciones estéticas y las indicaciones necesarias para tratar cualquier defecto de belleza en su casa. Envíe \$ 100.—, en estampillas de correo a Casilla 9321, Deplo. C., Santiago, exponiendo sus problemas detalladamente, e indique su edad.

*Cuando viene
la noche...*



Alivie la irritación
causada por el humo
del tabaco con Murine.

Mantenga usted
sus ojos descansados
y frescos con la acción
calmante y detersoria
del Murine.

Murine

M. R.



**Doble
Mixto**

(Viene de la vuelta)



cigarrillo. Cuando escuchemos el Cadillac nos esconderemos en el closet.

—No creo nada de toda esta historia —le respondió Arturo.

—Sin embargo, tú también recibiste ese mismo anónimo. Y cuando telefoneaste, tu mujer no estaba almorzando con su padrino. Por otra parte, hoy no hay ningún congreso.

¿Entonces?

—No sé, pero...

—Y bien, espera para saber.

Se hizo luego un silencio. Después se escuchó la voz irritada de Corina.

—No, te lo ruego. No estoy de humor para arrullos. No tomes ese aire contrariado. Deberías darte cuenta que el momento está mal escogido para besarme en la nuca. Si te da lo mismo que tu mujer te engañe, yo no tengo la menor intención de cederle a mi marido.

—¡No me da lo mismo que mi mujer me engañe! No lo creo, eso es todo. Esas cartas anónimas son la obra de algún malvado.

—Admiro tu confianza en ti mismo.

—¿Cómo no puedo tener confianza en mí después de haber conquistado a una mujer como tú?

—Mi querido Arturo, eres encantador, es cierto. Me agrada tu fervor, tu juventud y esa especie de adoración que me demuestras. El otro día, tu ternura, tu ímpetu, casi dieron cuenta de mi voluntad. Afortunadamente, me detuve a tiempo. Reconócelo: habría sido una lástima que un capricho hubiera puesto término a nuestra hermosa amistad.

—No trates de engañarte, Corina. Desde que nos conoce-

ININTELIGENCIA ACCIDENTAL

—Habla del garage —dijo una voz excitada en el teléfono—. Su mujer nos acaba de traer un automóvil para que se lo arreglemos...

—Lo sé —interrumpió el marido—. Yo pagaré la compostura.

—No es eso lo que me preocupa —agregó la voz—. Lo que quiero saber es, ¿quién va a pagar la compostura de mi garage?

mos, bien sabes que experimentamos el uno hacia el otro algo más que una "hermosa amistad".

—Arturo, te lo ruego. Piensa que sería altamente ridículo que nos sorprendieran aquellos a quienes hemos venido a sorprender. No me gustan los sainetes.

—Decididamente, no pierdes la cabeza.

—No, no la pierdo. Cuando se tiene un adversario como tu mujer, que tampoco la pierdes, se trata de permanecer lúcida.

—Si mi mujer se ha convertido en la amiga de Raimundo y están aquí, tiene que haberla perdido.

—¿Quizá de que será capaz la coqueta?

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No trates de averiguarlo. Dame un cigarrillo. Por un instante no oímos nada, luego sentimos resonar sobre el suelo los tacos de Corina.

En medio del silencio, ella exclamó con voz enojada:

—¡Qué situación tan humillante!

—No lo repitas. Si me hubieras hecho caso, habríamos tratado como era debido a esa basura que nos trajo el correo esta mañana. Por medio del desprecio.

—Habla a tu antojo. ¿Qué tienes que perder?

—Cómo, ¿lo que pierdo? Pero, exactamente lo mismo que tú: el amor de mujer y la confianza en ella.

—¡Linda cosa! Por lo demás, lo que juzgo humillante para mí no es hacer el papel de espía: es estar celosa de una muchacha como tu mujer.

—Si estás celosa, es que la crees a pesar de todo capaz de suplantar en el corazón de Raimundo.

—¿Suplantarme a mí? ¡Esa es una suposición grotesca!

Que se haya aprovechado de mi ausencia para tratar de seducir a mi marido, no lo dudo. Lo sospecho desde que los vi bailar juntos. Que se haya convertido en su amiga, es aún muy posible... hasta es probable. Pero de ahí a suplantar, como dices, hay una gran diferencia.

—¿De dónde viene entonces tu inquietud? Si crees que mi mujer no puede ser para tu marido otra cosa que un pasatiempo, ¿por qué te atormentas? La verdad es que Leticia es joven, sana, atractiva, alegre e inteligente... Por eso

te causa miedo. Si, temes que Raimundo descubra en ella una fuente de frescura en la cual tome la costumbre de saciarse.

—En otras palabras, ¿no soy ni joven ni alegre? En efecto, no tengo nada de una pastora. Pero un hombre como mi marido necesita otra cosa que "frescura" junto a él. ¡Tu mujercita, mi querido amigo, no tiene clase!

—Yo tampoco la tengo. Comienzo a comprender, pues Leticia es precisamente la mujer que yo necesito.

—¿A condición de que puedas engañarla de vez en cuando con mujeres de mundo?

—Ni eso siquiera. Pude experimentar un deseo hacia ti... Pude acariciar esa ambición: sentir temblar entre mis brazos a una mujer preciosa, delicada, a un ser de lujo, cuya posesión me hubiera engrandecido a mis propios ojos. ¡Estaba loco!... No lo conseguí, pero aún si lo hubiera conseguido, habría sido siempre para ti el "pequeño Arturo". Nunca me has llamado en otra forma. Un pasatiempo, una diversión, un caballero mezcla de criado. Todo, menos tu amigo.

En mi escondite, me mordí los labios para no estallar en sollozos.

Raimundo me presionó el brazo, murmurando.

—Ha llegado el momento de salir. —Y bruscamente empujó la puerta.

Corina permaneció clavada en el suelo, muda de terror. Arturo tuvo los reflejos más rápidos y corrió hacia nosotros.

—¿Es que ustedes...?

Raimundo lo detuvo con voz autoritaria.

—Calma, lea esto —y sacó del bolsillo un trozo de papel, que Arturo miró, incrédulo.

—Sí, ésta es la copia del anónimo que recibieron ustedes esta mañana, y del cual yo soy el autor —dijo Raimundo, mirando a su mujer. Les di un golpe un poco brusco, pero me pareció necesario desde el momento que estaban ambos descendiendo por una pendiente peligrosa. Corría un riesgo: que ustedes hubieran preferido proseguir su intimidad sin preocuparse de nosotros. Pero, ¡bendito sea Dios!, no hay nada de eso. Remitieron a una fecha próxima su dúo

Una linda muchacha estaba sentada sola en un banco, mientras un policía hacía su ronda. Poco a poco se le fué acercando un muchacho, que se sentó a su lado, como por casualidad. El policía, aproximándose al banco, le preguntó a la chica:

—¿La está molestando ese hombre, señorita?

—No, pero tal vez lo haga si usted tiene la bondad de retirarse —fué la respuesta de la joven.

sentimental para salvar cada uno lo que, sin duda, estimaba más precioso. Gracias, Corina.

—No comprendo cómo te atreves a hacer bromas —suspiró su hermosa mujer.

—No me burlo. Te agradezco muy sinceramente esta prueba de verdadera ternura que acabas de darme. Dejándoles la posibilidad de explicarse, no esperaba tanto como oí. Estoy muy, pero muy contento... En cuanto a usted, señor, no me mire con esos ojos asesinos, siento por su mujer mucha estimación y el mayor respeto. Ella y yo nos defendimos, como nos fué posible. Mírela, tiembla de pies a cabeza. ¡Llévesela pronto!... Tienen muchas cosas que decirse... y yo querría conversar en privado con Corina.

Como Arturo siguió aterrizado y sin moverse, lo tomé de la mano y lo arrastré.

—Ven, Arturo... ven, te lo ruego. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

—De todos modos, siquiera comprender...

—Su señora le explicará todo. Por el momento, señor, le ruego que considere que ésta es mi casa y que deseo estar a solas con mi mujer.

Lágrimas de humillación brillaron en los ojos de Arturo. Dándose vuelta, llegó al jardín de dos saltos. Junto a la puerta se detuvo a esperarme.

Cuando estuve en el último tramo de la escalera, con su rostro a la altura del mío, tomé su cabeza entre mis manos.

—Mi amor, te pido perdón. Todo esto pasó por mi culpa. Cerré los ojos, y Arturo apoyó su frente en mi mejilla. Bruscamente sus manos me cogieron atrayéndome hacia su cuerpo.

—No es culpa tuya. Me conduje como un idiota. La única falta que has cometido es amarme demasiado, confiar demasiado en mí. Para ti, todo lo tengo: inteligencia, encanto, vigor, voluntad. Y ¿por qué? Porque me amas... Es la verdadera felicidad: ser amado por una mujer como tú. Hay una sola cosa de que me arrepiento: de ese estúpido coqueteo que me hizo perder el trabajo...

—No te preocupes, mi amor. Hay muchas otras casas que decorar fuera de la de Corina y Raimundo. Si la fortuna nos traicionó, no importa. Puesto que la esperaremos amándonos, los años nos parecerán cortos.

Liberada por... Etiquet

un desodorante
moderno
en tubos



Refresca la piel,
suprime
las molestias
derivadas del calor
y contribuye
a que su presencia
sea grata
en todas partes.

ETIQUET penetra fácilmente y desaparece en el acto. Su envase moderno evita que se seque y permita usar sólo lo necesario para cada vez. No daña ni mancha la ropa.

Libérese Ud. también, use...

Etiquet



Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.

Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

Próximamente comenzaremos a publicar "MAYERLING", sitio en donde floreció el romántico amor del Archiduque Rodolfo con María Vetsera.

Calle 18. Vuelto a marcar y otra voz de mujer le contestó.
—Quiero hablar con el señor Ludlow.
—No está en casa —le ladró una mujer, y sin más explicación colgó el teléfono.
Shayne se echó atrás en su sillón y se llevó pensativamente la mano a su mandíbula. Se sentía como si lo hubieran abofeteado. Se levantó de pronto y salió hacia la oficina exterior, donde le dijo a Lucy Hamilton:
—Si llama Tim, dile que su automóvil está estacionado al frente de donde estaba antes. Aquí están las llaves. —Las tiró sobre el escritorio, miró el reloj y agregó: —¿Me vas a esperar hasta que vuelva? Pide que te traigan algo de almorzar.
—Muy bien. Pero, Michael...
—Nada de preguntas, ángel mío, hasta que no tenga respuestas que darte —la interrumpió mientras salía.
—Pero...
Shayne cerró la puerta suave aunque firmemente a pesar de sus protestas y a pasos largos se encaminó hacia el ascensor.
En el lugar de estacionamiento, uno de los cuidadores corrió a decirle que la policía había estado inspeccionando su automóvil. Shayne se sentó frente al manubrio e hizo partir el motor, diciéndole:
—Gracias, Jim —y desapareció.

La casa que buscaba en la Calle 18 era pequeña y estucada, y estaba en medio de un grupo de chalets todos iguales. Una niña de tres o cuatro años estaba haciendo moldes de arena bajo una palmera que había en el patio. Levantó la cabeza y miró a Shayne, mientras éste se encaminaba a tocar el timbre.
Una mujer abrió la puerta, secándose las manos en su delantal. En su rostro enjuto se advertían arrugas de rabia y sufrimiento. Tenía los labios pálidos y sus ojos fríos se levantaron pa-

bre indicado para hacer este trabajo, y que le agradaría que lo empezara inmediatamente. Naturalmente, nosotros no queremos contradeirlo, y, además, creo que él es un viejo amigo del señor Ludlow. El asunto hay que resolverlo hoy, dentro del día.
—Comprendo. —Durante un instante brillaron los ojos de la mujer, pero esa luz pronto desapareció. —No sé dónde está mi marido.
—Pero usted debe tener, por lo menos, una idea —insistió Shayne—. Cuando salió esta mañana...
—El no se fué esta mañana —lo interrumpió la mujer—. No viene a casa desde anoche. Por la mañana me telefoneó para comunicarme que estaría fuera algunos días por negocios. Nunca me dice nada... Pregúntele a la rubia que trabaja en su estudio. Creo que es su única confidente.

—Muchas gracias, señora Ludlow —agregó Shayne comprensivo.
Volvió a su automóvil y manejó despacio hacia la Avenida Norte, en busca del estudio de Ludlow.
Encontró el número entre una zapatería y una fiambrería. En la puerta había una pequeña plancha. "Estudio fotográfico Ludlow". Detrás de ella colgaban unas cortinas muy gruesas. Shayne vaciló un instante con la mano puesta sobre la perilla de la puerta. Eso de la "rubia" parecía promisorio, pero recordando su conversación telefónica, no sabía en qué forma abordarla.

Los jóvenes que se afanan por casarse son semejantes a los peces ante la malla del pescador. Todos se precipitan y tratan de entrar, en tanto que el infeliz pescado hace vanos esfuerzos por salvarse. —SOCRATES.

ra enfrentar al desconocido que tocaba su puerta.

—¿La señora Ludlow? —preguntó el detective.

—Sí —respondió la mujer, sin abandonar su aire desconfiado.

—Deseo ver urgentemente al señor Ludlow. Llamé a su oficina y me dijeron que estaba ausente, y pensé que usted me podría informar dónde encontrarlo.

—¿Fue usted quien llamó hace poco?

—Sí. —Shayne trató de esbozar una pálida sonrisa—. Mis negocios con su marido son tan importantes que he querido venir a explicárselos personalmente.

—¿De qué se tratan?

—Represento una firma que emplea a más de mil personas y necesito tener fotografías de cada uno para utilizarlas en un nuevo sistema de identificación que nos proponemos aplicar.

—¿Por qué eligió a Jack para un trabajo de esa clase? —La mujer hablaba con acento áspero, con lo cual Shayne comprendió que ella le insinuaba que en Miami había muchos fotógrafos conocidos que podían hacer tal trabajo.

—Es orden de uno de nuestros jefes —le explicó Shayne—. Cuando fué discutido el proyecto esta mañana en una conferencia, uno de nuestros vicepresidentes dijo que su marido era el hom-



Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 11)

bre indicado para hacer este trabajo, y que le agradaría que lo empezara inmediatamente. Naturalmente, nosotros no queremos contradeirlo, y, además, creo que él es un viejo amigo del señor Ludlow. El asunto hay que resolverlo hoy, dentro del día.

—Comprendo. —Durante un instante brillaron los ojos de la mujer, pero esa luz pronto desapareció. —No sé dónde está mi marido.

—Pero usted debe tener, por lo menos, una idea —insistió Shayne—. Cuando salió esta mañana...

—El no se fué esta mañana —lo interrumpió la mujer—. No viene a casa desde anoche. Por la mañana me telefoneó para comunicarme que estaría fuera algunos días por negocios. Nunca me dice nada... Pregúntele a la rubia que trabaja en su estudio. Creo que es su única confidente.

—Muchas gracias, señora Ludlow —agregó Shayne comprensivo.

Volvió a su automóvil y manejó despacio hacia la Avenida Norte, en busca del estudio de Ludlow.

Encontró el número entre una zapatería y una fiambrería. En la puerta había una pequeña plancha. "Estudio fotográfico Ludlow". Detrás de ella colgaban unas cortinas muy gruesas. Shayne vaciló un instante con la mano puesta sobre la perilla de la puerta. Eso de la "rubia" parecía promisorio, pero recordando su conversación telefónica, no sabía en qué forma abordarla.

Se encogió de hombros, la abrió y escuchó sonar una campanilla en el interior de la casa.
Entró en un pequeño estudio amoblado con dos sillones, un sofá, varios focos

(Continúa en la pág. 34)



—Naturalmente, para no perder el tiempo me estoy tejiendo un sweater.

HAY una posada en Inglaterra que se llama "La Mujer Silenciosa", y sobre el marco de su puerta se encuentra tallada la figura de una mujer sin cabeza. En esa cruel ficción hay justa la cantidad de veracidad necesaria para entretener a los cínicos. Las mujeres tienen sus defectos, pero la mudez no es el más notable. Los pensamientos de una mujer y los sentimientos de su corazón emanan fácilmente en palabras. Con los hombres no sucede lo mismo, por lo menos no hasta ese punto, y este problema ha preocupado a la mujer por siglos, tanto es así que a veces les es completamente imposible comprender el silencio de los hombres que las rodean.

A menudo la gente usa el silencio igual que las palabras, para transmitir sus actitudes. Hay el silencio que significa coraje; el silencio que no traicionará a un amigo. El silencio que significa descontento o aprobación, siendo éste a veces más cortante que las palabras.

Estos silencios la mujer los comprende bien; pero hay otro que surge cuando el hombre está luchando con sus sentimientos y no sabe qué hacer. En este punto, y justo cuando el hombre más necesita que se le comprenda, la mujer no puede reconocer qué es lo que pasa.

Veamos a una pareja en dos situaciones que parecen diferentes, pero que son similares.

Miguel y Consuelo regresan en auto a su casa, y ya es tarde. El aire es tibio y sienten paz en el ambiente. Al tomar una curva y llegar al lago, Miguel detiene el vehículo y se quedan escuchando el murmullo del agua y el ruido de los árboles. Es un momento para el amor, y ellos dos están enamorados. Miguel le toma la mano a Consuelo y pone su brazo alrededor de los hombros de ella. La besa suavemente. Ella suspira y espera las palabras que tanto desea oír. Que Miguel le diga cuánto la ama. Pero espera en vano, porque Miguel no dice nada. Después de un rato, él se echa hacia adelante, y con un prosaico "creo que debemos seguir", aprieta el acelerador.

Cambiemos la escena, e imaginémonos a nuestra pareja en su casa revisando las cuentas. Resulta que han gastado



LO QUE

NO PUEDE DECIRTE

TU MARIDO

más de lo que sus entradas se los permite. Miguel le dice a Consuelo que esto es el resultado de sus extravagancias. Ella se defiende respondiendo que está cansada de sus reniegos, cansada de no tener las cosas que tienen sus amigas. Miguel le contesta furioso que él no gana ni la mitad del sueldo de los maridos de las amigas que ella ha mencionado, y a esto Consuelo contesta: "¿y por qué no?" Ahora se han metido en un verdadero lío. Por último, en un punto de la discusión en que Consuelo se pone violenta, Miguel enmudece. Ella le pide que le conteste y no recibe respuesta. Ella va a comenzar otra vez, cuando él, con aire glacial, se levanta de su silla, sale de la pieza y cierra la puerta tras él.

Generalmente, éstas son las ocasiones en que el silencio del hombre deja a la mujer en suspenso. El amor y la furia.

La clave de este comportamiento desconcertante del hombre yace en su reacción ante las emociones. El amor y la furia son emociones fuertes, y para el hombre las dos son tumultuosas y potencialmente peligrosas. ¿Por qué? Porque no ha aprendido a expresarlas.

Un niño es enseñado a restringir sus emociones hasta que el hacerlo viene naturalmente. Si vienen lágrimas a sus ojos, las tiene que reprimir, porque se supone que los hom-

bres no lloran. Si siente miedo, tiene que esconder su debilidad. En deportes y atletismo tiene que soportar el trabajo duro con estoicismo. Cuando el niño se convierte en hombre, ha aprendido a reprimirse. La prueba de virilidad más eviden-

te es el rígido control de sus emociones, una cualidad en el hombre que las mujeres, generalmente, admiran. Una niña no tiene que crear tanto mecanismo para disimular sus emociones. Si llora, su desconsuelo no es mirado con reprobación sino que con cariño y simpatía. Puede admitir el miedo sin caer en desgracia, y, si muestra amor hacia los niños en acciones o palabras, es considerada una muchacha normal y no necesariamente una ridícula. Aprende a mostrar sus sentimientos y a hablar de ellos con entera libertad.

Quizá ustedes crean que se debe dejar a un niño que muestre sus emociones, pero ahora ellos están viviendo con hombres que aprendieron la necesidad del control, y estas enseñanzas ponen a los hombres en desventaja, cuando tienen que poner sus emociones en palabras, o expresarlas naturalmente por medio de las acciones.

Ahora, volvamos a Miguel y a Consuelo en el lago. El reacciona igual que ella en la atmósfera romántica. Siente felicidad y orgullo al pensar que Consuelo es su esposa. Le gustaría poder decirselo, pero no puede. Tiene miedo que su voz tiemble o suene falsa. El oírse decir las palabras que desea decir le hace sentirse ridículo. Se ve amarrado

(Continúa en la pág. 29)



Cinco días más tarde, la *Wiener Zeitung* anuncia oficialmente el noviazgo de Su Majestad imperial, real y apostólica, el emperador Francisco José, con la princesa Isabel-Amelia-Eugenia de Wittelsbach.

El emperador Francisco José se acuerda un mes de vacaciones, que pasa en Ischl con su novia. "Este breve período es la verdadera primavera de su vida, una época de felicidad sin fin donde, libre del peso del protocolo, respira sólo amor. Isabel cree vivir un sueño...", dice uno de sus biógrafos. Cada día los dos jóvenes hacen juntos largos paseos a caballo. A veces, dejan sus monturas y se acercan uno al otro para atestiguar con un largo beso la unión de sus almas.

A fines de septiembre se tuvieron que separar. El matrimonio no tendría lugar hasta abril de 1854. Durante seis meses, los enamorados intercambiaron cartas largas y apasionadas. En el austero gabinete de Hofbourg, el funcionario más puntual del Imperio, Francisco José, trabaja mirando un retrato lleno de gracia y de belleza: el de Isabel. El 20 de abril de 1854, Sissy abandona el castillo de Possenhofen, sitio donde pasó su niñez y adolescencia. La despedida que le hacen los jardineros, los domésticos, los palafreneros... es tan emocionante que Isabel no puede retener las lágrimas.

El viaje no será más que un largo encantamiento: ciudades engalanadas, arcos de triunfo, salvas de infantería, hermosa música, tañir de campanas, vivas entusiastas. En Straubing, toma para descender por el Danubio un barco con velas de seda rojas. El Emperador lo ha hecho decorar con todas las rosas de Schoenbrunn. Sobre el puente florido, como un jardín en primavera, la princesa plena de belleza y juventud, sonríe a la multitud que viene a recibirla. A las cinco y media de la tarde del 22 de abril, Isabel, en medio de hurras delirantes, desembarca en Nussdorf, el puerto de Viena. De allí es conducida al castillo de Schoenbrunn en una calesa tirada por varias parejas de caballos y rodeada de coraceros. Le lanzan flores durante todo el trayecto. Para adornar el puente Isabel, por donde pasa el cortejo, no hay menos de 16.000 naranjos, palmeras, camelias de los invernaderos imperiales. La multitud grita infatigablemente: "¡Salve a Isabel!" o cantan en su honor una canción llena del sentimentalismo vienés:

"La pequeña rosa de Baviera,
la pequeña rosa adorable y adorada."

El matrimonio del Emperador Francisco José e Isabel de Austria se celebra el 24 de abril de 1854 en la iglesia de los Agustinos, suntuosamente decorada e iluminada por miles de cirios.

Una vez terminada la ceremonia, el Emperador y la Emperatriz suben a la carroza nupcial de oro y cristal, cuyas paredes fueron decoradas por Rubens. El cortejo es un cuento de hadas... Los piqueros, cocheros, postillones y lacayos llevan librea roja galoneada de oro y peluca blanca. Los cañones atruenan, todas las campanas de Viena tocan al unísono. De la multitud que sigue a los esposos, se levantan las aclamaciones.

Con su vestido de satén blanco adornado con plata y oro, con un maravilloso velo de encaje de Bruselas, sujeto con un broche de diamantes, su diadema de brillantes formando una corona de mirtos y naranjos, Isabel está radiante de belleza, de juventud y de dicha...

Ya en su pieza, la emperatriz recibe la visita de sus damas de honor. Un chambelán le entrega un manuscrito de 29 páginas: es el gran libro del protocolo. ¡Una Emperatriz debe saberse de memoria!

Cuando despierta al día siguiente Isabel en su enorme lecho imperial, está sola. El anciano José, como todos los días, se ha levantado temprano para ir a su gabinete a cumplir las difíciles tareas imperiales.

ISABEL

la emper

RESUMEN CAPITULO ANTERIOR:

EL DOMINGO 14 DE AGOSTO DE 1858, LA DUQUESA DE SASSA, SU SUEGRA, LE PRESENTA SUS DOS HIJAS MAYORES: ELENA E ISABEL. SU PADRE, EL EMPERADOR DE AUSTRIA-HUNGRIA, QUE ES UN JÓVEN, PRIMO, LAS ESPERA LA ARCHIDUQUESA SOFIA. EL EMPERADOR SE ENAMORA LOCAMENTE DE ISABEL. DESPUES DE LA ELECCION DE SU MADRE. FELIZMENTE EL AMOR DE LOS ESPONSALES CON SU HERMOSA PRIMA.



—Señora, son las ocho y media y Su Alteza Imperial, archiduquesa madre, está sorprendida de que Su Majestad Imperial no haya bajado aún al comedor a tomar con ella el desayuno —le dice la primera dama de honor.

—Vaya a decirle a Su Alteza archiduquesa, que no bajará esta mañana.

—Respetuosamente me permito observar a Su Alteza Imperial, que el negarse a bajar es para la señora archiduquesa una ofensa grave.

—¡Vaya a rogarle a Su Majestad Imperial que me excuse ante su madre! ¡Hoy no saldré de mis habitaciones! Algunos minutos más tarde aparece Francisco José. El mis-

ter le lleva a Isabel el desayuno.

—¡Tú no te das cuenta! —le dice sonriendo. —¡Para seguir esto he tenido que ir de sirviente en sirviente ha-



llegar a maestro de ceremonias. Aquí reina una etiqueta muy estricta y las viejas tradiciones de hace siglos son difíciles de violar. En cuanto a mi madre, prefiero no afrontarla esta mañana, debe estar muy enojada.

Sí, cada hora del día desde ese momento le va a recordar a Isabel que, desde la época de Carlos V, la corte de Austria "conserva como en un cofre sagrado las tradiciones augustas de la etiqueta española. El ceremonial no es sólo una regla y un formulario, sino un dogma y una jerarquía". Levantar

AUSTRIA

iz errante

PRINCESA REAL DE BAVIERA PARTE A ISCHL CON COMO MOTIVO QUE ELENA CONOZCA A FRANCISCO OSO. CUANDO LLEGAN A LA CASA DE SU AUGUSTO E SU MADRE, MUJER ALTIVA Y DOMINANTE. EL EM- MO LE DICEN SUS FAMILIARES—, Y OSA DISCUTIR LA EMPERADOR SE IMPONE Y MUY PRONTO ANUNCIA



lavarse, las comidas, las visitas, las audiencias, todo estaba reglamentado. Hasta las lecturas. Un día Isabel fue a buscar a la biblioteca del castillo uno de los libros que le gustaba leer. El bibliotecario consultó su catálogo. Tiene esos volúmenes pero, ¿cómo prestárselos a la emperatriz? La despótica archiduquesa Sofía está cerca para recordarle, con voz cortante, que ha puesto esas obras en el índice especialmente para que no se le presten por ningún motivo a la joven emperatriz. Bajo la férula de su dominante suegra y tía, la archiduquesa Sofía, que no cesa de criticar, mandar, intervenir y regañar, en la atmósfera austera de esta corte acompasada, Isabel, muchachita joven y algo salvaje, añora los paseos por el parque de Possenhofen, se aburre y se irrita. Bien pronto, Sissy no puede soportar más: se sacude el yugo de la etiqueta, enfrenta las órdenes de su suegra, escandaliza



a la corte. "Muchas veces, al volver de un paseo por Prater, ella hace detener el coche para seguir a pie, sólo con su dama de honor y junto a la gente humilde", escribe Paleologue. Tanto peor: tiene la audacia de abrir la puerta de una tienda, hablar directamente con las vendedoras, comprar guantes, écharpes, bordados y perfumes, igual como lo hacía de muchacha en su querida Munich. ¡Los muertos imperiales debieron estremecerse bajo su tumba! Que Isabel sufriera con su vida sin libertad que le imponían



su rango y las tradiciones, Francisco José no se daba cuenta. "Estoy enamorado como un niño y feliz como un dios", escribió a su amigo Alberto de Saxe. El duque Ernesto de Saxe-Cobourg-Gotha, escribió en mayo de 1854 a su suegra, la reina Victoria: "Encuentro al Emperador extraordinariamente cambiado y para su bien. Está alegre y parece que viviera un sueño. La felicidad doméstica parece influir en forma muy notoria en su temperamento..."

La influencia de la indulgente y buena Isabel sobre el espíritu del emperador, hasta ahora enteramente sometido a las órdenes de su despótica madre, se hace sentir: Francisco José, para complacer a su mujer, quebranta el protocolo que tanto reverencia. Sin avisar, sale en coche o monta a caballo con su esposa, rechazando toda escolta, a pesar de los desesperados ruegos de su ayuda de campo.

Desde entonces, en la familia imperial y en la corte, se forma un bando contra Isabel. Naturalmente, la archiduquesa Sofía,



vibrante de cólera es su intérprete y su protagonista. La archiduquesa está tan irritada con su nuera que Francisco José toma abiertamente la defensa de su mujer contra su dominante madre. Existen dos corrientes entre las cuales cada día se intercambian frases más acerbas. Una tarde, en público, la archiduquesa se permite reprender en alta voz a la emperatriz. Una explicación violenta que tiene esa misma tarde con el emperador la obliga desde entonces a retener un poco su lengua.

(CONTINUARA).



Cerca de él...

¿Cuál es la Verdadera Usted?

¿La alegre y risueña usted...
o la encantadora y atrayente usted?

Michel

Michel refleja sus caprichos más íntimos con **Cyclamen**, el más radiante y festivo color conocido, y con el inolvidable y seductor **Vin Rosé**. Ambos provistos de la comprobada base indeleble Michel... que protege a la vez que embellece

AMAPOLA ● VIN ROSE ● FIESTA ●
RASPBERRY ● MARIPOSA ● CYCLAMEN ● VIVID ● MIAMI ● VIN BRULE.

Agentes exclusivos para Chile

Rabié Hnos. y Cía.

—NINI, si teléfonoa Juan, dile que me vi obligada a salir... No te olvides de explicarle que no estaba cuando llegó su carta. Después de hacerme esta extravagante recomendación, Cristina, mi linda hermanita, se siguió maquillando en el espejo, mientras yo me sentía escandalizada y molesta.

—¿Vas a salir cuando... Juan va a venir? —pude articular finalmente.

Juan era mi ídolo, lo había sido toda mi vida, y no podía comprender que el mundo entero, empezando por mi hermana, no se arrojara a sus pies. Recordaba con éxtasis cuando, siendo yo aún una niña y él un muchacho grande, me llevaba en bicicleta, haciéndome vertiginosas bajadas y terribles virajes, sin que yo lanzara ni un solo grito de miedo. Estando con Juan, bien podía desplomarse el mundo: tal era la sensación de seguridad que sentía a su lado. Ya mayor, al sospechar que su corazón se inclinaba a mi hermana, me sentí feliz al pensar que algún día sería de mi familia. ¡No podía comprender que Cristina lo tratara con indiferencia!

—¡Vas a salir justamente hoy que Juan va a llegar! —repetí profundamente emocionada.

—¡Patricio está libre esta tarde! —me respondió, como si se tratara de un argumento sin dilación.

Yo detestaba a Patricio, que era exactamente lo contrario de Juan. Elegante y mundano, lo encontraba amanerado; inteligente y brillante, me parecía presuntuoso; rico y generoso, lo hallaba posero. Yo me aburría atrocemente en su compañía, tan apreciada por Cristina. Ignoraba lo que él pensaba de mí —a lo mejor nada—, porque jamás parecía haberse dado cuenta de la existencia de la hermanita menor, de la insignificante Nini, cuyos dieciséis años se burlaban de los usos y costumbres, y aún, a veces (debo confesarlo), de lo que llamaban buena educación. Jamás mentía por agradar a nadie, ni menos a Patricio. Mamá deploraba mi actitud y papá me apoyaba, llamándome su flor silvestre.

—¡Este rouge no me sienta, te lo regalo! —me dijo Cristina, dándome una cariñosa palmadita en la mejilla antes de irse.

Lo acepté con pocas ganas. Era un rouge fino, y a mi hermana le sentaba maravillosamente. Aunque yo deseaba ardientemente tenerlo, no me gustó el regalo, pues comprendí que era el precio de mi complicidad. Traté de arreglarme frente al espejo mi indomable pelo rubio y, después, satisfecha del resultado, tiré la escobilla lejos. En ese mismo momento escuché una voz:

—¡Cristina... Nini!... ¿No hay nadie en el palacio de las bellas durmientes del bosque?

Bajé tan rápidamente la escalera, que si Juan no hubiera estado abajo para recibirme en sus brazos, habría hecho un peligroso aterrizaje.

—¿Estás sola, Nini? —me preguntó después de saludarme.

—Lamentablemente sola... Mis viejos están en un bridge.

—¿Y Cristina?

—Acaba de salir...

Hubiera querido agregar que lo había sentido mucho, pero esta frase me atragantó, pareciéndome ridícula y estúpida para decírsela a Juan.

—¿Entonces no recibí mi carta?

¡Dios, mío, cuánto detestaba mentir! Sin embargo, no podía traicionar a mi hermana.

—¿Qué carta? —intenté balbucear, usando el truco infantil de darse tiempo para encontrar la respuesta.

—¡Lástima! —suspiró Juan—. Yo tengo la culpa por no habérsela escrito antes. ¡En fin, qué hacerle! No nos vamos a poner a llorar por eso... Señorita Nini, puesto que nos han dejado en el más completo abandono, tratemos de divertirnos. ¡La convido a bailar!

—¡Fantástico! —exclamé, loca de gusto—. ¡Vamos a bailar! Ir a bailar con Juan era para mí un verdadero sueño hecho realidad.

Fuimos. Al llegar, la primera persona que vimos sobre la pista fué a Cristina, quien perdió el paso al divisar a Juan. No pudo dejar de presentarle a Patricio y a la otra pareja con que andaba. Juan me sacó a bailar dos o tres veces, pero yo me aburría mortalmente: me sentía una nifita junto a todas esas personas que coqueteaban, se reían y contaban cuentos que no entendía y que consideraba estúpidos. Todavía no había aprendido a disimular mis impresiones. Mientras Cristina se deslizaba lánguidamente en

SAS TAN ENE LA VIDA!

brazos de Patricio, al compás de un tango, Juan me dijo:
—Mi pequeña Nini, te mueres de sueño y encuentras esto más aburrido que la lluvia.

—No tengo sueño, pero en cuanto a estar aburrida, tienes razón.

—¡Arranquémonos!... Veré a Cristina mañana. Esta tarde está demasiado ocupada —agregó, sin pesadumbre.

Caminamos un rato antes de llegar a mi casa. Juan me conversaba animadamente, contándome cosas divertidas. Interrumpiéndose, observó:

—¡Qué bonita risa tienes! Detesto a la gente que se ríe entre dientes.

Al despedirse en la puerta, me recomendó muy especialmente:

—No te olvides de decirle a tu hermana que cuento con ella para mañana! Sólo tengo tres días de permiso, y no quiero perderlos.

—¡Puedes estar tranquilo! No lo olvidaré.

Cristina llegó de mal humor.

—¡Una tarde perdida! Juan y Patricio no han nacido para avenirse, y no he podido divertirme ni con el uno ni con el otro.

—Tendrás a Juan mañana todo el día...

Muy temprano telefoneó Patricio al día siguiente. Yo tuve que contestarle, pues Cristina se estaba aún vistiéndose. Como de costumbre, intercambiamos palabras agrídules. Finalmente, intervino mi hermana, quitándome el fono y lanzándome una mirada furiosa. Se desahozó en excusas al rechazar la invitación del muchacho. Mi cara se iluminó al escuchar que le decía que estaba comprometida todo el día.

—Es mejor que Patricio comprenda que él no es el único hombre del mundo. Lo veré mañana, y estoy segura que así tendrá más interés en mí.

—¡Pero Juan estará todavía aquí mañana!

—¡Qué importa! No voy a salir todos los días con él, como si fuera mi sombra.

—Se pondrá muy triste.

—Tú puedes consolarlo. Si quieres.

Quedé malhumorada. Sabía muy bien que era incapaz de reemplazar a mi hermana en el corazón de un hombre. Posiblemente, en otro tipo, yo era tan bonita como ella, pero estaba lejos de poseer su encanto, su elegancia y, sobre todo, el desplante de sus veintidós años. ¡A su lado me sentía insignificante!

Dejé de ver a Juan durante varios meses. Vino en las vacaciones, pero yo estaba en la playa. En el otoño se retiró de la Marina para ingresar en un ministerio, y sólo hizo dos breves apariciones en el invierno. Siempre, en cuanto llegaba, buscaba a Cristina para invitarla y agasajarla. Sin embargo, ella no demostraba ocuparse de él, y continuaba frecuentando a Patricio, con quien yo no conseguía entenderme. No obstante, éste ya no me trataba como a una niña. Tal vez Cristina le dijo cuándo era mi cumpleaños, pues el día que cumplí los dieciocho me envió un maravilloso ramo de rosas. No pude menos, para no conducirme como una salvaje, que agradecersele y aceptar de darle mi primer baile el día que nos encontramos en alguna parte.

La oportunidad se presentó, y no sé cómo se me ocurrió contarle ese día, en tono confidencial, que tal vez mi linda hermanita se pondría luego de novia, pues estaba secretamente enamorada de un hombre que le correspondía su cariño con igual pasión. Dejándome llevar por la fantasía, compuse un cuadro de lo más romántico en torno de este idilio, el cual, en realidad, yo creía desde el fondo de mi corazón. Hasta que no terminamos de bailar no me di cuenta de que Patricio estaba mortalmente pálido y que tenía los dientes apretados. Lo seguí maquinalmente con la vista, en tanto se dirigía hacia Cristina. Lo vi inclinarse ante mi hermana y conducirla afuera con aspecto amenazador.

Sólo en ese instante comencé a preguntarme si no había ido demasiado lejos con mi fantasía... Una gran inquietud se apoderó de mí cuando empezó a disminuir el número de bailarines y Cristina no aparecía. Me fui a verificar si estaba afuera el auto de Patricio, y me quedé anonadada al comprobar que había desaparecido y que yo estaba completamente sola. Me sobrecogió una infantil angustia, como si estuviera perdida en una selva virgen. Con la cabeza gacha, fui a buscar mi abrigo al guardarropia. Mi casa estaba lejos y las calles desiertas. En el momento en que le pasaba a la empleada el número, escuché detrás de mí un voz que exclamaba, enojada:

—¡Al fin!... ¡Muchacha odiosa!... Te hemos buscado por todas partes. Era Patricio, que me reconvenía, furioso.

—¡No te preocupes por mí! —le contesté, dándole vuelta a la espalda, para que no viera que estaba llorando de rabia. ¡Confiesa mejor que te habías olvidado de mí! ¡No me admira! —agregué, con desprecio.

Vi que Patricio tenía un vago resplandor en su mirada que antes no le había visto, y, pese a mi ingenuidad, comprendí que, pretendiendo reírse de mí, lo hacía por otro motivo. Riendo aún por mi aspecto enfurruñado, me tomó de la cintura, y antes de que tuviera tiempo de soltarme, me arrastró casi en el aire, empujándome dentro del automóvil. Cuando volví de mi estupor, me di cuenta de que no estaba allí mi hermana.

—¿Y Cristina? ¿Qué has hecho con ella? ¿A dónde me llevas?

—La corté en pedazos y la eché dentro de una maleta, donde aún hay espacio para ti...

Con cara de profundo disgusto ante sus bromas pesadas, le dije despectivamente:

—¿Estás borracho?

Pasando el brazo por detrás de mis hombros, y atrayéndome hacia él, me confió en voz muy baja:

—¡Estoy feliz, Nini, muy feliz!... ¿Comprendes lo que esto quiere decir?

Por añadidura, como para demostrarme su enorme dicha, me estampó un sonoro beso en la mejilla izquierda, en tanto que mi mano, con reflejo inmediato, le daba un bofetón a su mejilla derecha. Lanzó otra carcajada insolente que no le conocía y que me exasperó hasta el colmo. Llegó.

(Continúa en la pág. 27)



Me sobrecogió una infantil angustia, como si estuviera perdida en una selva virgen.

Casino



El Molde de la Semana



Ofrecemos a nuestras lectoras una selección de vestidos de fiesta. Como molde de la semana, presentamos un vestido con un pequeño bolero. Se puede confeccionar en organza o tul. La falda está formada por dos piezas cortadas al sesgo y recogidas. Para ésta se necesitan, 3,55 metros de tela de 90 centímetros de ancho. Para el corsage y bolero, 1,50 de tela de 90 centímetros de ancho. Damos el molde del corsage y del bolero.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones. El valor del molde de esta semana es de \$ 10 por el bolero y \$ 10 por el corsage.



mis mellizos, Alicia y Jaime, los mayores, hubieran nacido antes que ella trajera un día a Conrado a casa y anunciara su compromiso. Este hecho hizo que mi madre se sintiera compensada de mi matrimonio, pues Conrado era lo que llamaba "el ideal para Mónica". Trabajaba en una firma muy importante y ganaba un sueldo bastante alto.

Sin embargo, a mí no me pareció jamás un hombre sincero. Pertenece a un grupo que se podría denominar de Los Perfectos Maridos. Pulcro, buen mozo, inteligente, pero a los cuales no se les puede hablar de nada. No habría cambiado a Marcos, con su

bulas y mantener el control sobre sí, porque si no lo hace terminaría por pegar a los niños, gritar al perro, patear al gato y, por último, sentarse a llorar a toda fuerza. Solamente que no se puede permitir el desahogo de hacerlo, porque entonces los niños llorarían a su vez y llegaría la noche antes de lograr apaciguarlos, y para ese entonces la lavadora se habría descompuesto del todo y habría que hacer la comida, lavar la loza y hacer las camas. No se puede llorar. No hay tiempo. De manera que, suspirando, me levante y me dirigí a contestar el teléfono. En el instante que iba a tomar el fono éste cesó de sonar. Con resignación marqué el número de mi madre y le pregunté:

—¿Me estabas llamando?

—¡Naturalmente! ¡Hace quince minutos! ¿Dónde estabas?

—En el sótano, lavando.

—No debes lavar hoy, pues vas a ir al baile en la noche.

—Cambiamos los planes; Marcos fué a pescar —repliqué lacónicamente—. Tuve que hacerlo así porque toda la tensión que experimentaba y la pena eran debido, precisamente, a su idea de ir a pescar justo el día del baile al que hacía dos meses me preparaba para asistir. Docenas de veces le había suplicado que estuviera listo para esa noche, y, sorprendentemente, a las cuatro

NO SE PUEDE

CON EL AMOR

NO sucederá nuevamente. La próxima vez que alguien me dé consejos acerca del modo cómo debo vivir mi vida y tratar a Marcos —mi marido—, cerraré los ojos, sonreiré con educación y diré:

—¿Lo cree usted así?

Aunque la persona que me dé los consejos sea mi hermana Mónica, mejor dicho, especialmente si es ella. Tal vez Mónica se sienta satisfecha de la clase de vida que lleva y el modo cómo Conrado accede a todos sus caprichos, pero he comprendido que existen muchas cosas importantes que no conoce sobre los hombres.

Siempre creí que Mónica y Conrado eran la pareja ideal. Ambos son hermosos, simpáticos y ricos. Tal vez no posean, en realidad, fortuna, pero parecen millonarios comparados conmigo y con la mayoría de las parejas jóvenes de nuestro pueblo, pues tienen un departamento maravilloso en la ciudad y gastan dinero sin control cuando nos visitan.

Desde niña me hizo aprender mi madre, junto con los Mandamientos, otros dos principios inmutables. Primero: "Que Mónica, fuera de ser la muchacha más linda de la localidad, tenía un don innato para manejar a los hombres". "Igual que yo cuando tenía su edad —solía decir mamá—. Claro está que nunca comentaba esto en presencia de mi padre, pues él agregaba: "Con diez kilos menos", y se desataba la tempestad en nuestro hogar. Y segundo: "Que yo, Leonora, debería estudiar para obtener un buen empleo, porque no me iba a ser fácil encontrar un marido, como lo sería para Mónica". Después de todo, fué gracioso que me casara cuatro años antes que ella y que

pequeño empleo en la localidad, por diez Conrados con su fortuna y su doñaire.

Cuando Mónica venía a visitarnos con su marido, se veían tan perfectos, elegantes y todopoderosos, que no podía menos que mostrarme de acuerdo con la opinión general en que constituían una pareja ideal.

Por eso no pude creer que fuera verdad lo que mi madre me dijo la mañana en que me comunicó que Mónica había abandonado a su marido.



En el instante que sonó la campanilla del teléfono estaba luchando con mi máquina lavadora, que de vieja se había descompuesto varias veces. Marcos la había arreglado en numerosas ocasiones, pero, sin embargo, amenazaba estallar de un momento a otro; los mellizos lloraban, peleaban y me gritaban que el teléfono estaba sonando, el perro se cruzaba por mis pies, impidiéndome todo movimiento, y el gato maullaba cerca de mí.

Eran todas cosas pequeñas y tal vez divertidas, pero reunidas me hacían sentir tan en tensión como una cuerda estirada al máximo. Esa clase de tensión que obliga a apretar las mandí-

de la mañana, me había besado ligeramente y anunciado que se iba a pescar. Continué diciendo rápidamente, para evitar preguntas:

—Olvidé lo del baile, mamá. Dijo que iba a volver a tiempo, pero le repliqué que no se preocupara.

—No te culpo, después de tu padre, Marcos es el hombre más egoísta y desconsiderado que he conocido. Pero la noticia que te voy a dar te hará olvidar todo. Mónica llegó anoche a casa. Era demasiado tarde para llamarla. He pensado que sería magnífico que pudiera asistir al baile con ustedes para que olvide sus problemas. Silencio. Esperé pacientemente porque sabía que mi madre era muy partidaria de los efectos dramáticos. Los problemas de Mónica no me parecían importantes. Probablemente había ido a una fiesta y otra mujer usaba el mismo sombrero que ella...

—¡Leonora, Mónica abandonó a Conrado!

Muy bien, así era mi hermana. Hoy abandona a su marido, mañana desea asistir a un baile. Luego capté el significado total de las palabras de mamá. ¿Abandonó a Conrado? ¿De verdad? Esto era serio.

—Dile que venga de inmediato —le repliqué.

Pensando en la próxima llegada de mi hermana sentí que me invadía una intensa curiosidad y cierta excitación. No debía sentirme así. Una mujer que abandona a su esposo es algo muy serio, pero no se puede evitar cierta expectación, especialmente cuando la vida de uno consiste sólo en los niños, lavar platos sucios, alimentar perros indisciplinados, gatos regalones, decirle todo el día a Alicia que, por lo menos, no traiga conejos al hogar, y todo lo demás...

De manera que, a pesar de mis principios, esperaba impaciente el momento de la llegada de Mónica. ¿Qué habría pasado? ¿Qué le habría hecho Conrado que la obligó a tomar una decisión de esa magnitud? ¿Si hasta podría tratarse de otra mujer! Empecé a sentir cierta simpatía por mi hermana, cosa poco usual en mí. Ninguna mujer puede resignarse a un papel como ese, especialmente Mónica que estaba acostumbrada a ser la preferida. Aun si no se tratara de otra mujer ella no podría soportar que la gente supusiera que el hombre que había tenido la suerte de convertirse en su esposo hubiera cesado de amarla. Y si le amaba... tenía que amarle, ¿no era, acaso, su marido? ¿Cómo había podido tomar una resolución sin que se le partiera el corazón? Sólo un minuto con ella bastó para que destrozara toda la excitación y la simpatía que había sentido.

JUGAR

*Confiesa una joven
madre que intentó
hacerlo.*

—¡No seas absurda, Leonora, no he abandonado realmente a Conrado! Le estoy dando una lección. Esta noche se va a sentir muy apesadumbrado, y luego —empezó a contar sus dedos—, déjame ver... el martes, no, el miércoles, me llamará y el jueves estará aquí rogándome que vuelva a su lado, ¿quieres apostar a que no? No deseaba apostar. Recordé a José, su primer novio, cuando había organizado una excursión de pesca con sus amigos por la cual estaba muy entusiasmado. Mónica no quería que fuera. No recordaba ahora cómo lo logró, pero cuando partieron los excursionistas, José era el único que faltaba; estaba sentado con Mónica en la terraza de nuestro hogar. Aún recordaba su mirada de triunfo. De pronto pensé: "Si Marcos estuviera casado con ella no se habría olvidado del baile, por el contrario, estaría a su lado pensando en qué podría darle gusto, como lo hace Conrado. Si se hubiera casado con Marcos no tendría esa horrible lavadora... pero era absurdo pensarlo, Mónica no lavaría ni en la lavadora más moderna".

—¿Qué te hizo Conrado? —le pregunté. No lo pude comprender del todo. Era algo relativo a una silla Luis XV, que

había comprado y que Conrado la había obligado a devolver. Me quedé un momento pensativa, tratando de comparar sus problemas con los de las máquinas lavadoras y los paseos a pescar. ¿Una silla Luis XV? ¡Ni siquiera sabía lo que era una silla Luis XV! Mónica tampoco lo sabía antes de casarse con Conrado. Aún pensativa me dije que tal vez viviendo en el nivel social en que vivía mi hermana se podría sentir herida si su marido no le permitía comprar una silla Luis XV, pudiendo afrontar éste el gasto, tanto como yo me sentía herida por la lavadora, antigua y por no poder asistir a un baile al año. A mí me parecía absurdo, pero yo no era Mónica.

De pronto oí que me decía en ese instante:

—...deja a Marcos un tiempo y dale también una lección.

—¿Qué? ¿Para qué?

—No tienes que hacerlo, pero sería conveniente. Y verás que viene tras de ti de inmediato, siempre lo hacen, créemelo. Y la próxima vez lo pensará dos veces antes de dejarte sin ir a un baile. Lo hace porque siempre te has resignado a ello. No debes permitir que no te den el lugar que te corresponde. Si quieres que te respete, debes demostrarle que tiene que hacerlo.

Había una extraña fascinación para mí en sus palabras. Siempre había logrado lo que deseaba, mientras yo me tenía que resignar con todo lo que me sucedía. Conrado vendría a buscarla, como Mónica había planeado y le suplicaría de rodillas que volviera a su lado, y ella volvería y tendría su silla Luis XV y todo lo que quisiera. Y Conrado cuidaría que no se disgustara de nuevo por temor a perderla...

—Sería conveniente... para que Marcos comprara otra máquina.

—¿De qué estás hablando?

—Ven, te lo mostraré —le dijo.

Primero tuve que cambiar a María y a Marcos y darles que comer. Luego Jaime gritó pidiendo mantequilla y Alicia quiso hacerse un sandwich. Mientras intentaba darles gusto, Mónica afirmada en el marco de la puerta nos contemplaba con profundo interés.

—No te sientas superior. Cuando tengas niños sabrás lo que es esto —le dije, un tanto molesta.

—¡Dios no lo permita! —exclamó—. Si tengo niños tendré niñas.

Por último pude bajar con ella al sótano. Hasta Shep, el perro, pareció comprender que Mónica pertenecía a otra clase de gente, porque no ladró ni se abalanzó a saludarla.

—¡No puedo creerlo! —exclamó horrorizada al mostrarle yo la lavadora.

—Horrible, ¿no es cierto? —le pregunté con la satisfacción de quien demuestra lo acertado que era su juicio.

—¡Absolutamente horrible! En seguida me siguió al piso superior y me ayudó a vestir a los niños y hacer las maletas para ellos y para mí. Luego llamó por teléfono a un hotel de la ciudad vecina y nos reservó piezas y me aleccionó lo que debía decirle al conductor del taxi para que me llevara al hotel. De pronto recordé que se había comprometido con uno de los jóvenes del pueblo para asistir al baile.

—No confío en ti —me dijo—. Llamaré un auto de inmediato. ¿Estarás lista en veinte minutos?

Asentí. Luego pensé: "¡Veinte minutos!" Pero los niños estaban vestidos y las maletas hechas. Lo único que faltaba era que me pusiera el único vestido elegante que tenía, pero no le

(Continúa en la pág. 28)



¿Quiere Ud.
conservar
su bella
dentadura?

Aún la dentadura más sana,
está expuesta a muchas
enfermedades.

No descuide ningún síntoma.
Consulte a su dentista y...
use FORHAN'S para la
limpieza de sus dientes y
masaje a las encías.

El dentífrico Forhan's está
hecho especialmente para
el cuidado de los dientes
y las encías, según la fórmula
del famoso odontólogo,
doctor R. J. Forhan.



Las delicias del veraneo pueden perjudicar su cutis...



Después de los 25 años disminuye la secreción de aceites naturales y usted puede empezar a sufrir las consecuencias de un cutis seco. Observe los contornos de su boca, nariz, párpados... Esas prematuras arruguitas, "patas de gallo", esas grietas, la hacen sentirse "vieja" antes de tiempo.

La Crema Pond's "S" contribuye a hacerle aparecer más juvenil porque ha sido creada especialmente para combatir el cutis seco.

Entre los ingredientes de Crema Pond's "S" se cuenta la lanolina, substancia muy parecida a los aceites naturales de la piel. Está homogeneizada y contiene un emulsionante especial de acción suavizante.

EMPLEELA DE ESTE MODO:

AL ACOSTARSE:

Limpie primero su cutis con Crema Pond's "C" y aplique después abundante Crema Pond's "S" sobre el rostro y cuello; déjela, si es posible, toda la noche.

DURANTE EL DIA:

Aplique una finísima capa de Crema Pond's "S" sobre el rostro. Su cutis se mantendrá fresco... suave... y de aspecto más juvenil!



PREFIERA EL POTE GIGANTE,
ES MAS ECONOMICO

*Maria Isabel
Fernández I.*

Encantadora damita de la sociedad chilena ha dicho en repetidas ocasiones: "La Crema Pond's "S" es una bendición para el cutis de la mujer"

gamos. Frenó con brusquedad y yo salté fuera del coche antes de que él tuviera tiempo de ayudarme. Lo despedí, diciéndole:

—¡Gracias!

—¡Hasta mañana, encantadora criatura! —fué su respuesta.

Al otro día, pese a la mala noche, me levanté bastante temprano y fui a golpear con impaciencia la puerta de la pieza de mi hermana. Me recibió muerta de sueño, se levantó para mirar el sol, por el cual sentía un verdadero culto, y me preguntó, displicente:

—¿Qué te pasa? Parece que te pincharan mil alfileres...

La miré furtivamente. Sabía que mi hermana no perdía jamás su aire indiferente, aún en las peores catástrofes. Sin pensarlo más tiempo, estallé, deshaciéndome en alabanzas de Juan y en ataques para Patricio. Cristina sonrió a medias, y apenas pestañeó cuando le conté que este último me había besado "como un salvaje".

—Es natural —exclamó—. Ya se considera así como tu hermano mayor... La miré estupefacta, sin poder comprender todavía.

—Sí, Nini. Nos comprometimos anoche, y creo que fué gracias a ti que se decidió por fin, pues es rebelde al matrimonio el rico y buen mozo Patricio. No sé lo que le habrás contado, pero creo que, si hubiera sido posible, se hubiera casado conmigo inmediatamente.

—¿No te... no te vas a casar con él? La fisonomía de mi hermana se animó:

—¡Ya lo creo! No pensaba que triunfaría tan fácilmente. ¡Imaginate!... Desde el principio: casa, coche y más tarde, seguro, una linda carrera política, una considerable fortuna... Ya sé que el anillo que va a obsequiarme hará palidecer de envidia a más de alguna.

Yo estaba consternada. Sin embargo, logré balbucear:

—¿Pero lo quieres?

—¡Evidente! No con la romántica pasión que tú imaginas, pero lo suficiente para que seamos muy dichosos.

—¡Pero no puedes jugarle esa mala pasada a Juan!

—¿Por qué? Juan es un excelente camarada, sin embargo, lo encuentro terriblemente aburrido. Además, no he nacido para ser la mujer de un empleado.

Sin decir media palabra, salí del dormitorio de mi hermana, y, cediendo a un extraño impulso, me encerré en el escritorio de papá, desde donde dicté telefónicamente un telegrama para Juan, avisándole la desventura que le amenazaba. Estaba segura de que mi héroe no tendría más que llegar para derrotar a todos los Patricios del mundo. Con la conciencia tranquila, me dirigí en seguida a jugar tenis, y, después, me fui a almorzar donde una amiga, con la que pasé el resto de la tarde. Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegué nuevamente a mi casa. Encontré a mamá trastornada. Corriendo a mi encuentro, exclamó:

—¡Por fin!... Es una fatalidad. Tu padre tiene reunión de directorio. No he podido ubicar a Cristina, que salió con Patricio. Tú no llegabas nunca. Mientras tanto, a treinta kilómetros de aquí, tal vez el pobre Juan ya esté muerto.

Sentí que todo giraba en torno mío, y en seguida ya no supe nada más. Cuando abrí los ojos, mamá estaba inclinada sobre mí, tratando de reanimarme:

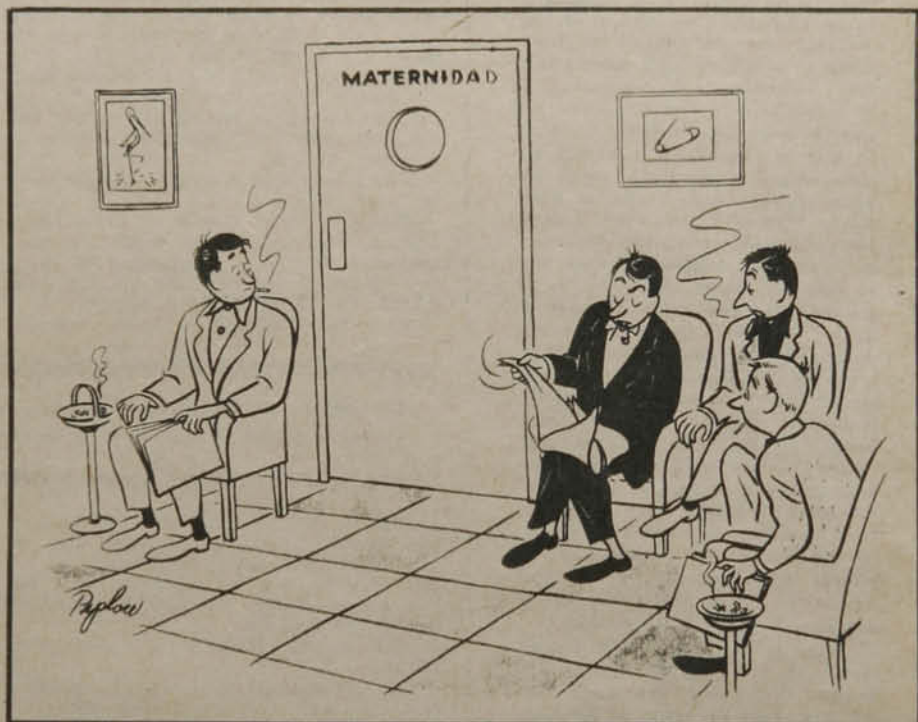
—¡No faltaba más que esto! Jamás

creí que fueras tan susceptible, mi pobre Nini.

Recobré por fin la voz para abrumarla a preguntas, sin escuchar siquiera sus respuestas. De todos modos, pude llegar a comprender que Juan había tenido un accidente y que lo habían llevado al hospital. Sacando fuerzas de flaqueza, dispuse que tomáramos un taxi y fuéramos inmediatamente a verlo. Mamá me obedeció sin replicar. En el camino no hablamos. Al llegar al hospital, me precipité, siguiendo las instrucciones de una enfermera, al cuarto donde, por fin, pude ver a Juan.

—¿Es usted la señorita Nini? El herido ha hablado todo el tiempo de usted —me informó la linda enfermera que estaba sentada a la cabecera de Juan—. Por favor, entre usted solamente. No está permitido más que una visita.

Mamá se quedó afuera, resignada, en tanto que yo me acercaba apresurada-mente al enfermo.



—Las heridas no son graves —continuó informándome la enfermera—. Tal vez ya se lo habrán dicho las visitas que estuvieron anteriormente.

—¿Qué visitas? —interrogué.

—Creo que su hermana... con su novio.

Yo estaba tan trastornada, que cuando me acerqué a la cama de Juan, con el rostro contraído por el sufrimiento, sólo pude murmurar, con voz apenas inteligible:

—Yo... ¡Yo tengo la culpa de todo! Si no te hubiera telegrafiado, no hubieras tenido este estúpido accidente. Si yo no le hubiese dicho a Patricio que Cristina estaba enamorada de ti, no se le hubiera ocurrido casarse con ella... Si...

—¡Acércate, Nini! No me aturdas más con tus suposiciones. Hablé con Cristina, y hemos comprendido que mi amor por ella sólo era una especie de hábito, un vestigio de mis sueños de adolescente... Si me apuré en venir no fué para disputar a Patricio, mi rival, el amor de Cristina... Pensé sólo que tú, al saber que el matrimonio de ellos me haría desgraciado, comerías una barbaridad... ¿Crees que no me he dado cuenta de tus sentimientos? A Dios gracias, también he

¡Qué cosas tan raras...!

(Continuación de la pág. 21)



reflexionado y visto con más claridad dentro de mí mismo, y tengo algo que decirte, algo que pedirte: ¡Nini!... ¡Tontita querida! No me cabe duda de que es a ti a quien quiero... —¿Te estás burlando de mí? —¿Por qué? Al contrario, nunca había hablado tan en serio. Te he querido siempre sin darme cuenta, porque te conocí pequeña y te he visto crecer. Pero, cuando recibí ese telegrama tuyo, un poco alocado, fué como si tu corazón se hubiese abierto ante

mis ojos... He comprendido que tú me querías como yo deseaba ser querido... por mí mismo... Que, ante todo, tú pensabas en mi felicidad, y quise hacer algo para hacerte igualmente feliz a ti... A lo mejor me equivoco, Nini. Conmigo no serás rica, pasarás horas penosas. Casi no me atrevo a solicitarte que seas mi mujer, aún cuando Cristina me aseguró que yo era el único hombre que te convenía...

—¡Juan, yo te adoro! ¡Te he querido toda mi vida!

Nuestro beso fué interrumpido por la enfermera, que me pidió discretamente que no cansara más al herido.

Al salir, tuve la sorpresa de encontrar, sonrientes y emocionados, junto a mamá, a Cristina y a Patricio. Devolví a éste su beso de la víspera, pero él no me devolvió mi cachetada...

—Esta chica está con fiebre —comprobó mamá, tocándome la frente.

—Es la alegría —suspiré—. ¡Qué cosas tan raras tiene la vida!

—¡Hiciste mi ventura, sin saberlo, y yo he hecho la tuya, también sin saberlo... —murmuró mi hermana, no pudiendo ocultar su emoción.



¿Eres realmente atrayente?



¿POSEES SEX-APPEAL? ¿SABES EN QUE CONSISTE?

Guy de Maupassant consagra uno de sus cuentos más geniales a narrar la historia de un francés locamente enamorado de una inglesa. Su acento, sus faltas al hablar, le daban tanta gracia y le concedían tanto atractivo a su manera de expresarse, que fascinaban al joven como el sonido de una música mágica, aumentando el sex-appeal de la inglesa. Se casó con ella y se puso a enseñarle francés, tratando de que lo aprendiera a hablar correctamente. Consagraba todas sus horas libres a darle clases de fonética y gramática a su linda esposa. Las lecciones fueron tan buenas y la joven tan excelente alumna, que al cabo de pocos meses ya no se notaba diferencia entre su modo de hablar y el de su marido, percibiendo en realidad una auténtica francesa. Pero a medida que mejoraba su sintaxis y su acento, la violenta pasión que su compañero experimentaba por ella se entibiaba. Cuando se convirtió en una verdadera francesa, él dejó de amarla. El sex-appeal —gracia llena de sutileza—, que para el joven residía precisamente en las disonancias del idioma de la inglesa y en algunas faltas en su pronunciación, se desvaneció como por encanto.

Lo malo es que nadie sabe exactamente en qué consiste el atractivo de una mujer o el sex-appeal, como han dado en llamarlo los norteamericanos. En realidad, no constituye nada fijo, no es algo siempre igual, sino totalmente distinto para cada individuo. Un detalle físico que deja indiferente a tal o cual inflama a otro y lo hace verdadero esclavo de una mujer. El dibujo de su boca, el movimiento de la nuca, la mirada, la voz... A veces, un defecto puede tener para ciertos hombres una extraña fascinación: el estrabismo, por ejemplo; la voz ronca, que tan de moda está actualmente, es una particularidad que impresiona profundamente a muchos hombres. De todos modos, parece que la expresión de una fisonomía y las actitudes, el reflejo de las cualidades íntimas, tienen mucho más importancia que la forma insolente de un busto o la regularidad de una sonrisa. La inocencia, que puede atraer el espíritu de conmiseración del caballero, la complacencia, que fascina a los autoritarios, la alegría de vivir, el misterio de los silencios, despertan tantos sentimientos violentos como la línea de una hermosa y bien modelada pantorrilla.

había pegado los botones cuando lo saqué de la lavandería y tuve que emplear diez minutos en hacerlo. Cuando por último bajamos las escaleras, el chófer tocaba impaciente la bocina. Lo que trato de explicar es que si lo hubiera pensado un minuto habría visto que era una locura lo que estaba haciendo. Cuando cerré la puerta con llave, miré en derredor y Jaime había desaparecido.

—¡Jaime! ¡Jaime! —grité desesperada, luego, dirigiéndome al conductor:

—¡Espéreme un minuto, por favor, voy a buscar al niño!

Encontré a Jaime en la puerta del sótano con el gato en los brazos.

—No puedes llevar al gato —le grité. —Lo llevaré.

—No, mi lindo. Por otra parte, al gato no le agradaría ir.

Lo único que pensé en ese momento fué que no debía hacer esperar más al chófer del taxi, de manera que lo tomé de una mano y me dirigí con él hacia el coche. Los mellizos estaba adormecidos en la acera, y el chófer y mis maletas a su lado. Más allá la redoma con los peces de Alicia y tres muñecas; pero la niña no se veía por ninguna parte. El motor andando, el conductor de pie contemplándome indignado y las maletas desparramadas me empezaron a poner nerviosa.

—¿Vió dónde fué la niña? —le pregunté.

—Dijo que iba a buscar al pato. Mire, señora, no puedo llevar todos los animales en el auto... —se detuvo y miró por sobre mi hombro. Me volví y vi a Alicia con el pato en los brazos.

—No le voy a cobrar la venida, señora.

El hombre de 20 años sólo piensa en el amor. Sin embargo, a esa edad el hombre todo lo que hace respecto al amor es pensar.

Llámemme otra vez cuando esté lista y tenga todo organizado —me dijo el chófer con voz poco amistosa. Me detuve para no tropezar con los patines de Jaime, cuando vi a Marcos doblar la esquina.

—¿Qué sucede? ¿Dónde van? —me preguntó.

—¡Te abandonamos! —dijo y me derrumbé riendo histéricamente sobre la acera. La situación no era graciosa, pero la tensión nerviosa que había experimentado había cedido y me sentía desesperada. Todo el día había estado angustiada, y luego la máquina lavadora, y Mónica con sus consejos y su abandono a Conrado. Había que agregar a ello las dificultades con los niños y el enojo del chófer del taxi. Ahora me parecía la cosa más absurda haber intentado abandonar a Marcos para "darle una lección".

Mi marido me contemplaba ceñudo mientras gimoteaba en el suelo. Luego me atrajo a sus brazos.

—¿Querías abandonarme, Leonora? —me preguntó serio.

Le expliqué lo sucedido lo mejor que pude, mientras enjugaba mis ojos. No me replicó nada. Me dijo sólo que se había sentido culpable por haberme dejado sola, de manera que había vuelto temprano para alcanzar a ir al baile. Luego agregó:

—No sabía que odiabas tanto la lavadora. Te compraré otra —pero tampoco sonreía.

Mientras acostaba a los niños pensé que Mónica tenía razón, ahora Marcos me iba a comprar otra máquina lavadora. Después bajé y le preparé la comida. Cuando todo estuvo listo le grité

No se puede jugar ..

(Continuación de la pág. 25)



alegremente, pues la tensión había desaparecido:

—¡La comida está servida, Marcos!

Se dirigió en silencio a lavarse las manos. Luego tomándome de nuevo en sus brazos, me preguntó:

—¿Cierta que me ibas a abandonar?

—Oh, no, no, era una tontería. Ya te lo dije, no me habría ido. ¡Habría sido algo tan ridículo!

Pero cuando intenté cobijarme en sus brazos, me rechazó diciendo:

—Pero tenías las maletas listas. No lo comprendo. Y lo que me dices acerca de Mónica es estúpido. No podría haberme convencido de ello, si tú no lo hubieras deseado en el fondo de tu corazón. En cuanto a "darme una lección..." ¿Crees que es divertido volver a casa y encontrarte preparada para abandonar el hogar? ¿Lo crees, Leonora?

Le miré y me quedé atónita. Me imaginé lo terriblemente dolorida que me habría sentido yo si hubiera sido él quien hubiera estado a punto de abandonarme. Lo más doloroso era que sabía que jamás se lo habría perdonado. Pero debía haber algún medio de poder explicarle... cuál había sido mi intención.

Ahora todo parece normal en la superficie de nuestro hogar. Ambos somos muy atentos con el otro, como dos extraños. Lo único que puedo hacer es esperar, pues fui yo quien aprendió la lección: "no se puede jugar con el amor".

No podía culpar a Mónica de todo, pues, había sido yo la responsable de mis actos, por haber envidiado su vida, su dinero, su despreocupación. ¡Envidiar a Mónica! ¡Yo, que no cambiaría a Marcos por diez Conrados!

¿Se acuerdan que les dije que hay muchas cosas que Mónica no sabe sobre los hombres? Una de ellas es amarlos. No tiene idea del cariño que yo profesaba a Marcos. Si amara a Conrado no le podría hacer las cosas que le hace.

Respecto a éste, hizo tal cual Mónica lo había predicho. Vino a buscarla el jueves, pero ella no volvió. Lo estaba pasando demasiado bien en nuestro pueblo para abandonarlo por el momento.

Lo que no comprendió fué la forma cómo Conrado la miró en esa ocasión. Era una mirada fría y hasta llena de odio. En ese instante, para Conrado, Mónica no era ya su mujer, ni siquiera era una mujer hermosa. Era una persona que lo había dominado y que gustaba hacer notar ante todo el mundo su ascendiente sobre él. También se veía rebelión en su decidida mirada.

No duró más que un minuto. Tan pronto como Mónica lo miró volvió a ser el Perfecto Marido de siempre. Quise olvidarme por completo de ellos y volví corriendo a abrazar a mi adorado Marcos...





Lo que no puede decirte tu marido

(Continuación de la pág. 17)

en lo que un psicoanalista inglés llamó "el tabú de la ternura", y, sin poder confiar en sí mismo, se queda callado. Si Consuelo comprendiera esto podría hacer mucho por ayudarlo. Sé que a muchas mujeres les gustaría que fuera a la inversa, pero tienen que aceptar el hecho de que una y otra vez tendrán que tomar la iniciativa en situaciones semejantes. Estableciendo un paralelo entre la mujer y el hombre, toda persona de experiencia aseguraría que la mujer habla con más libertad de las intimidades del amor y del sexo que el hombre. En esto las mujeres tienen una gran ventaja sobre los hombres, y si son inteligentes sabrán hacer buen uso de ella.

Si Consuelo, en vez de esperar a que Miguel le dijera cuánto la quiere, le hubiera preguntado: ¿Me quieres, no es verdad?, esto le hubiera dado ánimos a Miguel para hablar sin tener que quebrar el hielo, y, aunque no hubiera dicho nada más que "sí, te quiero", esto le habría ayudado a comenzar.

Una esposa que ayuda a su marido a expresar su afecto podrá, si sabe manejar la situación con sabiduría, ganar su agradecimiento. Casi la totalidad de los hombres saben que, al hacer el amor, tienen prácticamente la "lengua amarrada", y quieren ser diferentes. Quieren encontrar un molde satisfactorio para expresar las emociones que sienten hacia sus esposas, pero son absurdamente tímidos. En la discusión entre Miguel y Consuelo actuaron estos mismos principios básicos.

Cuando un hombre, peleando con su esposa, se queda silencioso, "se encastilla", lo cual es equivalente al llanto de su mujer; quiere decir que ha llegado a un estado explosivo de emoción.

Las reacciones del hombre y de la mujer ante las peleas matrimoniales siguen cursos diferentes. Al llegar a una cierta cantidad de tensión, la mujer mostrará sus sentimientos llorando, pero cuando la emoción ha sobrepasado los límites se encerrará en el mutismo. El hombre, por el contrario, se encierra en el silencio cuando la mujer comienza a llorar. Pero en una emoción extrema romperá su silencio con palabras agudas, o llorará cuando ya no puede soportar más, mientras que la mujer lo hace mucho más temprano.

Cuando la pelea llega a su crisis, la mujer actúa positivamente; el hombre, en sentido opuesto. La mujer, cuando se siente víctima, apela con sus lágrimas a la clemencia. Esta técnica, por lo general, da resultado. El deja de atormentarla, pide disculpas, y promete hacer la voluntad de ella a cambio de que seque sus lágrimas.

Pero el hombre que se siente incomprendido no puede adoptar la misma técnica. Un hombre que llora puede despertar compasión en su esposa, pero sabe, al igual que ella, que también hay posibilidades de que esto despierte en ella el desdén. Se supone que el hombre es fuerte, y que sabrá lo que hay que hacer en una emergencia, de manera que, cuando no se pone a la altura de la situación, ¿qué puede hacer?, encerrarse en sí mismo y poner sus emociones bajo llave. El problema es ¿cómo se maneja a un hombre cuando está en este estado? Sigamos a Miguel, mientras cierra la puerta de su pieza.

Se encierra en su pieza y se sienta en su escritorio. Saca algunos papeles para dar la impresión de que trabaja, pero, en realidad, está temblando de emoción, frustración, resentimiento, rabia. No puede expresar estos sentimientos de ninguna manera apropiada. Quisiera poder llorar, pero esto es signo de poca hombría y no le está permitido. Nada le está permitido, excepto soportar sus emociones hasta que pasen. Es como tomar una cucharada de sopa hirviendo cuando se está de visita. El líquido caliente hiere la boca. Se transpira y los ojos se empañan. El primer impulso es devolver el trago al plato, pero no está permitido, de manera que hay que esperar a que se enfríe un poquito.

La tensión emocional de Miguel se enfriará de la misma forma. El instinto que le hizo salir de la pieza significaba: "Te tengo que dejar, porque si no, no seré responsable de mis actos, y puedo perder todo control". Este es otro punto importante. El clima de una discusión llega cuando la mujer pierde todo control y comienza a llorar. Para el hombre llega cuando se va de la pieza, de manera que mientras Miguel se encierra en el escritorio, Consuelo se queda llorando sobre un sofá de la sala.

Pasa un rato y la tensión extrema se suaviza. Si son una pareja normal, los dos comenzarán a sentir remordimientos por lo sucedido y querrán reconciliarse. ¿Quién dará el primer paso?

Cobardía

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!

¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!

¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul!...

Pasó con su madre. Volvió la cabeza:

¡me clavó muy hondo su mirada azul!

Quedé como en éxtasis... Con febril premura,

"¡Siguela!", gritaron cuerpo y alma al par.

...Pero tuve miedo de amar con locura,

de abrir mis heridas que aun suelen sangrar,

¡y no obstante toda mi sed de ternura,

cerrando los ojos, la dejé pasar!

Amado Nervo

(mexicano)

Teóricamente no importa, pero es más fácil para la mujer el hacerlo; en particular, porque después de la pelea ya su emoción ha descansado un poco al llorar su rabia. Pero, generalmente, como sucede también en el amor, es más fácil para la mujer el controlar sus emociones en estos casos. Ella confía en sus emociones y es guiada por ellas. Con el hombre no sucede esto, ya que él piensa que debe de apartarse de las emociones lo más posible. En negocios, las emociones le nublarían sus puntos de vista. Cuando piensa en la salida para algún problema, piensa lo más fría e imparcialmente posible. "No me debo dejar emocionar por esto", se dice. En realidad, no se siente bien ante las emociones fuertes.

Cuando Consuelo va hacia Miguel y golpea a su puerta, éste secretamente está feliz, pero no está aún preparado para demostrarlo, y como está en guardia, surge la primera sugerencia sobre lo sucedido, y se encierra en sí mismo. Es entonces cuando Consuelo tiene que actuar con mucho tacto. El decir algo provocativo puede ser el desastre, de manera que cualquier cosa que diga tiene que ser completamente conciliatorio. No por esto se debe culpar por lo que no ha cometido, incluso puede ser que sea ella la que tiene la razón y no su marido, de manera que aunque no tiene que admitir nada, puede decir fácilmente: "Miguel, siento tanto que hayamos peleado. Odio que nos enojemos, seamos otra vez amigos". A veces es mejor no decir nada. Un gesto espontáneo de cariño es más elocuente que las palabras; tomarle la mano, por ejemplo, o recostar la cabeza en su hombro.

Puede ser que entonces sea posible hablar de lo sucedido, pero es preferible hacerlo más tarde, pues de hacerlo en ese momento habría que tener mucho tacto, porque si no sería como hacer correr a un atleta cuando tiene los pies heridos. Dos personas que se han herido mutuamente, no deben hablar de la riña que tuvieron hasta que las heridas no estén bien cerradas. Una vez que el amor se impone, la curación vendrá ligero, y también traerá buena voluntad para comprender el punto de vista del otro. Cuando el punto sea discutido otra vez, la atmósfera será más propicia.

Pero, de cualquier manera, Consuelo tiene que ayudar a Miguel en sus tensiones nerviosas, antes que éstas lo encierren en el silencio. Si no lo hace, se encontrará con un marido completamente alejado de ella, y que se encerrará en sí mismo no sólo por días, sino que también durante semanas, y esto puede destruir el amor que los une, porque el amor muere en un ambiente de sostenida hostilidad. Consuelo tiene que ayudar a Miguel a expresar las emociones positivas y negativas que sienta hacia ella, como lo hace ella con él. Si aprende a alentarla para que le exprese su afecto y sus puntos de vista, lo ayudará para que obtenga madurez emocional.



DEJARSE QUEMAR SIN QUEMARSE



gracias al
**ACEITE
BRONCEADOR
Dagelle**

3

West Coast
PUBLICITY

CAPITULO II

14 DE MAYO:

Hoy en el diminuto bar de la segunda clase del "Anconia" empiezo mis notas de viaje. El vapor se mueve atrozmente, pero no puedo marearme, no puedo, no puedo. No puedo permitir que él me vea desvalida. Por la noche, después de comer, vino a ver si estaba bien atendida. Me tomó algunas pastillas de Mothersill, que me dieron una sed espantosa, y me tuve que beber cinco limonadas; a la sexta, el cantinero me dijo amistoso, que "corría por cuenta de la casa".

En el "Anconia" también viaja Lord Eversham y su hermana. No llevan ni criados ni secretario, porque esperan quedarse en El Cairo sólo el tiempo necesario para cumplir las formalidades con el gobierno. Excavar en el Alto Egipto no es fácil. El contrato para la concesión es casi tan largo como el Tratado de Versalles.

Viaja conmigo en la segunda clase un egiptólogo del Museo Británico, que ha sido durante mucho tiempo miembro de la expedición de Eversham. Los otros expertos no vendrán todavía. A pesar del intenso calor, Conway debe empezar el trabajo preliminar para que sea posible comenzar las excavaciones antes de septiembre. Ha estado excavando y excavando sin cesar desde 1917, sin perder nunca las esperanzas de conseguir éxito. En el invierno de 1913-1914 comenzó a excavar ese mismo sitio, pero entonces intervino la guerra. En 1917 reasumió su trabajo donde lo había abandonado; continuaría excavando allí toda su vida.

Estos hechos los supe por el joven arqueólogo George Hamilton. También requirieron cierta excavación.

Aquí, a bordo, mecida por las olas y cerca del cielo, sin angustias y con fe en la eternidad he renacido.

El agua salada y el aire del mar les juegan extrañas bromas a los de tierra firme. Se terminan las inhibiciones, se despiertan nuevos pensamientos. Repentinamente me siento capaz de cumplir cosas con las cuales jamás había soñado.

Aún no puedo creer que soy yo, Sonia Ivanovna, hija de Sergio Ivanovitch Poniatoff, de Moscú, quien está viajando.

Razono: sin embargo, lo soy. Primer paso dentro de la lógica. Ha sido una gran cosa para mí que esos antiguos hazmerreír hayan encontrado la confirmación de sus existencias en: *cogito ergo sum*. Yo adoptaré su filosofía como propia y seguiré adelante.

Ayer, cuando el señor Conway llegó en su automóvil a la pensión donde vivía, lo esperaba con mis dos baúles y una maleta, y estaba lista para hacer con él el viaje a Marte.

Mi nerviosidad era tan grande que no habría sentido en mi piel el pinchazo de una aguja calentada al rojo. Porque la excitación emocional es paralela con la insensibilidad física. Estaba ardiendo de calor y helada al mismo tiempo. Una especie de hielo en el alma. Pero no se lo dejé notar.

—Suba —me dijo el señor Conway. Estaba sorprendida de lo liviana que eran mis maletas y de lo pesadas que eran mis piernas.

Esta vez era él quien hablaba y yo quien guardaba silencio. Estaba muda, con la lengua tiesa y los labios apretados. No oí una palabra de lo que me dijo.

Todo el viaje hacia Southampton, Conway conversó con Hamilton. Yo oía, pero no escuchaba nada, y estaba ocupada preguntándome respecto a cada cosa

EL EMBRUJO DE

En el barco, el señor Conway se encontró con Lord Eversham y su hermana, y desapareció con ellos. Yo tengo una pequeña cabina en la cubierta C. Hay otra cama sobre la mía, pero el steward me prometió que no sería ocupada. El baño está al frente, en la mitad del corredor. Me siento muy feliz y no deseo nada. Casi tengo miedo.

Hamilton es un muchacho corriente, tan inocente como rubio. Tiene un pequeño bigote como todos los oficiales de las colonias inglesas, habla de cricket como los estudiantes ingleses, y es tan decente como un sacerdote inglés. Sus cualidades son las cualidades de la nación. De su trabajo, que me interesaría a mí, no me cuenta nada... que no le haya yo preguntado. No considera de buena educación hablar mucho. ¡Ah, si esta gente comprendiera que sólo serían interesantes si conversaran de lo que realmente conocen bien.

Hamilton ya había estado en Egipto en 1920. Después que terminó su primer año de estudios en el Museo Victoria y Alberto, fue hecho miembro de la expedición de Lord Eversham, quien era compañero de colegio de su padre. No le veía nada de romántico a este viaje. Le rogué que me prestara libros que me introdujeran a ese mundo por el cual yo sentía tanto entusiasmo, pero los había dejado guardados en El Cairo.

—¿Cómo es El Cairo? —le pregunté.

—Sticco, caluroso y polvoriento.

—¿Pero habrá cosas fuera de calor y polvo?

—Sí, cuatro, cuatro grandes hoteles.

—Y, ¿cómo es el desierto?

—Aún más sucio y caluroso.

—¿Qué le ha impresionado realmente?

—El whisky, que es bueno y barato.

—¿Por qué es egiptólogo?

—Porque lo era mi padre.

Ahí de nuevo teníamos una clara idea de la presionante urgencia con que un hombre empuja su profesión.

Pero había otras personas a bordo a quienes preguntar fuera de Hamilton, a pesar de que la segunda clase iba muy poco llena. "Sólo los locos van en verano a Egipto", decía Hamilton. Pero para llegar a trabar amistad con los extraños, hay que serlo por naturaleza, y yo no lo era.

El primer día experimenté excitación; el segundo, aclimatación, y el tercero, aceptación. Un oficial de cubierta era demasiado familiar y los pasajeros excesivamente refinados. Al final del viaje sabía lo que una persona debía hacer y leer, me sentía una experimentada trotamundos.

A pesar de eso sentí palpitaciones cuando un bote nos dejó en el puerto de Alejandría.

¡Egipto! ¡Por fin Egipto! ¿Qué sería, qué me traería, qué sería exactamente para mí?

La primera impresión y la más fuerte fue el bullicio: chillidos, rugidos, clamor, un ruido que de pronto ensordecía los oídos.

En el puerto de Alejandría, Egipto se me daba sólo una cacofonía. Cargadores con turbantes blancos, imposibles de distinguir unos de los otros, gritaban, chillaban, corrían, tropezaban, y gesticulaban en salvaje confusión. Cinco rostros morenos se inclinaron sobre un montón de maletas; diez manos morenas las apartaron. Los pequeños botes, amarrados en el puerto, cargaban y descargaban mercaderías. Las vueltas de las grúas, el ruido de las ca-

EGIPTO

POR

VICTORIA WOLF

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR

Una muchacha rusa se encuentra en Inglaterra sin dinero y sin trabajo. Busca empleo por los avisos de los diarios, pero no obtiene nada. Un día de lluvia se encamina hacia otra oportunidad y es atropellada por un automóvil. Despierta en el hospital y allí es informada que tiene dos costillas quebradas. Conway, que la ha atropellado, le paga la enfermedad y la va a ver varias veces. Ella sueña con Egipto, y cuando él le pide que le diga qué quiere, ella le solicita un libro sobre el país de sus sueños. Conway es un famoso excavador y le propone llevársela al Egipto como su secretaria. La muchacha acepta, y dos días después está lista para emprender el tan ansiado viaje.



...los golpes de los cajones y los gritos de los trabajadores eran melodramáticas contribuciones a este especial conjunto de ruidos. Era tan poderoso, que me dió miedo.

denas, los golpes de los cajones y los gritos de los trabajadores eran melodramáticas contribuciones a este especial conjunto de ruidos. Era tan poderoso, que me dió miedo. Esta curiosa vida cayó sobre mí como una catarata. Eso es lo que significa estar sola: no entender ni que la entiendan. Permanecí perdida dentro del violento remolino y me dejé envolver. Hamilton, de pie, cerca de mí en la plataforma, fumaba cómodamente su pipa, y aseguraba que las maletas llegarían de alguna parte y serían despachadas al sitio preciso, por tren. Los nombres y las direcciones estaban en las etiquetas. No me pudo convencer. Parecía como si una guerra civil hubiera dividido a los árabes por la colocación de las maletas. Hamilton me condujo a través del campo de batalla, golpeando contra los blancos que permanecían ahí inútilmente. En la otra plataforma esperaba el tren para El Cairo. El señor Conway también esperaba, paseándose a lo largo de la sección de primera clase, como si este alboroto y todo el viaje no le concernieran. Eversham quería quedarse unos dos días en Alejandría y luego nos seguiría en automóvil. Nosotros podíamos usar sus boletos de pullman.

El me ayudó a subir los altos escalones del carro pullman.

—¿Un whisky, ahora, señorita?

—No quiero whisky.

—¿No quiere whisky? —Me miró con tal espanto como si yo le hubiera preguntado cuánto ganaba—. ¡Entonces va a tener aquí dificultades!

—Estaré muy bien sin necesidad de whisky.

—Difícil.

—¿Por qué?

—Alzó los hombros lentamente.

—Hummm. Eso es así.

—Me gusta el coñac, el gin, el vermouth, el vino y el champaña.

No quería escuchar nada de mí de fensa.

—Malo, malo —dijo.

—¿Por qué?

—Necesito a mi alrededor gente que pueda beber. —Sin duda, lamentaba hacer esta declaración, porque, contrariamente a su costumbre usual, hablaba en forma rápida como para disimular—. Tendrá que comprenderlo allí. Ahora usted no tiene ni idea de lo que es nuestro trabajo. Estamos solos en

el desierto; buscamos durante días; excavamos durante semanas; espero que durante meses. No vemos a nadie fuera de los del grupo. Leemos diarios egipcios que no nos dicen nada, nada que otros no hayan descubierto. Dudamos de todo. Poco a poco comenzamos a dudar de nosotros mismos. Poco a poco comenzamos a encontrarnos intolerables. Poco a poco encontramos que la vida entera no tiene sentido. ¡Y entonces viene el whisky! Un tercio de John Haig, un tercio de hielo y un tercio de soda. El primer vaso refresca, el segundo regocija. El tercer vaso y la vida está bien de nuevo. Cuando una persona trabaja, está en el mismo nivel de sus compañeros de labores. Y cuando bebe, no quiere avanzar solo, quiere permanecer en el mismo nivel. De otra manera, es una desventaja, no buena para el que se queda atrás y tampoco para el que sigue adelante. ¿No es así, Hamilton?

Hamilton asintió.

(Sigue a la vuelta)



Ella usa
PILOTONIC
 CREME SHAMPOO
 A BASE DE COLESTEROL

- es práctico
- es económico
- es mejor



El embrujo de Egipto

(Viene de la vuelta)



—Así es, justamente así. Nunca pensé eso antes, pero así es.

El señor Conway pidió dos whiskies y una limonada. Cuando los dedos largos y morenos del árabe colocaron frente a mí el vaso, el señor Conway dijo:

—La botella para la niña.

Luego se sumergió en un silencio que duró casi las cuatro horas de viaje. Hamilton dormitaba. Yo miraba a través de las ventanas cerradas la tierra pareja y pardusca. El sol había quemado lo que una vez fué verde. Las chozas de barro de los campesinos árabes eran el único signo de vida. De cuando en cuando pasábamos una pequeña estación pintada de blanco, con un nervioso guardavías también vestido de blanco. Veía las familias árabes, y unas pocas palmeras.

Las palmeras son árboles altos y lánguidos. Las encinas son firmes; los abedules, amistosos; los pinos, tienen más carácter.

—La gente comprende a las palmeras sólo cuando conoce el desierto —explicó el señor Conway en ese momento—. Yo adoro esa aridez. El diablo sabe por qué la quiero, y yo también.

Repentinamente sentí que en Inglaterra jamás habría llegado a comprender a este hombre tan bien como en estas pocas horas.

En algún lugar cerca de mi corazón se abrió una puerta y yo me regocijé con ello.

Se oscureció temprano. El cielo estaba púrpura, luego do-

—Estas son las horas. Estos son los minutos y éstos son los segundos —le explicaba una madre a su hija, mientras le enseñaba a ver la hora. La pequeña se quedó un momento en silencio y luego preguntó:

—Pero, mamá, ¿y dónde están los instantes?

rado, después azul oscuro y cuando llegamos a El Cairo, era de un negro impenetrable.

La estación de El Cairo no se diferenciaba mucho de las otras. A pesar de eso, me encaminé con paso firme hacia el autobús del hotel.

Ibamos a vivir en el Shepherd. Durante la estación no se puede vivir ahí, según me dijeron, debido al número y calidad de los habitantes; es como si al Picadilly Circus y al Times Square les hubieran transplantado a Egipto. Pero ahora nadie vivía ahí, y toda magnificencia pasada de moda nos pertenecía.

Hamilton se retiró pronto. El señor Conway me dijo:

—Hasta mañana, Sonia. Debe estar cansada, y se fué. Por eso subí a mi habitación y de nuevo estaba sola en una pieza de hotel.

La primera noche en un cuarto extraño es una pesadilla.

Toda la tristeza del mundo se encasilla dentro de sus cuatro paredes. Las vidas frustradas observan a los que llegan con nuevas esperanzas. Los armarios despiden un olor a encerrado; un aire mohoso sale de los closets mal ventilados. Las puertas crujen. Las horribles cubiertas de las mesas miran como las muecas de las gárgolas.

La pieza es barata, triste y sin alma. Y todo dentro de ella es barato, triste y sin alma.

He dormido en muchos hoteles extraños, en piezas peores que esta de Shepherd. En Berlín, en el cuarto piso de una casa, donde un músico se mató en la pieza del lado; en París, en el tercer piso, en una callejuela que desembocaba en la plaza de San Miguel, sin ventanas ni baño, pero llena de insectos; en Londres, en las vecindades de Blackfriars Bridge, donde se juntaba toda la mugre y el ruido de la ciudad.

Y en Riga, y en Estocolmo y en Marsella... Era igual en todas partes. La primera noche era siempre una pesadilla de soledad. Ahora necesitaba de todas mis fuerzas para desempacar y ordenar algunas cosas que me eran indispensables. Esas cosas que me eran queridas tenían que darle tibieza a la pieza y a mí.

Luego tenía que dormir, dormir profundamente y no pensar en nada. Cuan a menudo mi madre solía venir a mi pieza, me besaba suavemente la frente y me decía: "Duérmete, Sonia, no pienses más".

Madre querida, su intención era buena, pero su consejo era difícil de seguir. Ella había sido criada en una era en que las mujeres se sonrojaban con facilidad, hoy no nos atrevemos a perder el color.

A pesar de esto, deshice mis maletas. La pieza comenzó a moverse suavemente con el compás del barco, y la suavidad del lecho me acunó hasta dormirme.

A la mañana siguiente, el señor Conway me despertó por teléfono, y me informó que estaría ocupado todo el día en el Ministerio de Obras Públicas, preparando las nuevas excavaciones. El tiempo me pertenecía. Quería verme a las siete de la tarde para planear el trabajo para el día siguiente.

A la luz del día, la pieza no se veía tan mal, y olía a mis polvos y a mi jabón. La luz del día es mi amiga. Y es amiga de la acción.

A las nueve estaba frente al hotel equipada con un mapa de la ciudad, anteojos negros, y una enorme curiosidad.

Un árabe alto, vestido de seda gris, se inclinó frente a mí y me dijo unas pocas palabras en inglés que no pude entender. Evidentemente, era un mensajero del Ministerio de Obras Públicas que esperaba al señor Conway. Me maravillé de su hermoso turbante drapado, de la seda púrpura de su gargantilla y de la forma digna con que caminaba. No sentí miedo de pedirle que repitiera sus palabras ya que era el primer árabe que me hablaba.

—¡Muestro la ciudad, señorita! Vea museo, señorita. Muy interesante, señorita. Ibrahim lo conoce todo. Usted necesita a Ibrahim.

Mi mensajero del Ministerio de Obras Públicas era un cicerone.

A pesar de su hermoso turbante decidí valirme de mis propios recursos. Me sonrió no del todo desilusionado por mi negativa, e invocó a Alá para que me protegiera en el camino.

Así, bajo la protección de Alá, me interné por la ciudad hacia Ataba. Pero, a pesar de eso, estaba tan nerviosa como mi primera ida sola al colegio.

El sol estaba brillante. Los árabes usaban largas faldas de algodón y sandalias ruidosas. Las calles tenían nombres impronunciados. Burros con campanillas y camellos con collares de cuentas de vidrios anudados al cuello trotaban entre los tranvías.

Haz más que existir: vive.
Haz más que tocar: siente.
Haz más que mirar: observa.
Haz más que leer: absorbe.
Haz más que oír: escucha.

Haz más que escuchar: comprende.
Haz más que pensar: reflexiona.
Haz más que hablar: di algo.

Punzantes olores a comida emanaban de las casas de los árabes, ruidos extraños e irreconocibles, sonidos que me daban miedo.

A ese paso jamás llegaría al museo. Llamé a un taxi y le dije: "Museo", y me llevó a la Ciudadela. La vista de la ciudad desde allí era magnífica, pero de pronto una multitud de muchachitos gritaban "Baksheesh", rodeándome con una muralla de manos sucias, que no pude ver nada más. Parecían participar en una competencia: ¿quién podía durar más sin lavarse?

Añorando el cicerone Ibrahim, y sintiendo un poco de vergüenza, de nuevo le dije al chófer: "Museo".

Esta vez me llevó frente a una enorme mezquita. Pero yo no me bajé y le repetí obstinadamente: "Museo". Hacía señas con las manos indicándole un edificio enorme.

El conductor refunfuñó feliz. Al fin parecía comprenderme. Caminé y caminé a través de una larga avenida, fuera de la ciudad, sobre un puente que cruzaba tierras sin cultivar. Pasó mucho rato antes de que nos encontráramos de nuevo en medio de la ciudad.

El sitio se llamaba Casa Mena. Era un hotel en Gize, al final de la calle Pirámide, muy lejos del Museo. Encantado, el chófer me mostró el triángulo que sobresalía en el fondo del hotel: ¡la Pirámide de Cheops! Con sus manos dibujó el triángulo en el aire.

Asentí. Me había dado por vencida. Nadie podía culparme si bajo el quemante sol del medio día no tenía fuerzas para trepar la Pirámide de Cheops.

—Regresemos —dijo semidesfallecida—. Al hotel Sheppard. Por fortuna escribí en un trozo de papel la palabra mágica y se la mostré en el mapa. Hizo una mueca de alegría. De nuevo comprendió plenamente. Y una hora más tarde me depositaba en el hotel.

Este placer me costó tres libras. ¡La tercera parte de mi sueldo de todo el mes! Al pasar junto a Ibrahim, se inclinó respetuosamente y se tocó la frente con su mano.

Hamilton estaba sentado en el oscuro y fresco vestíbulo, fumando su pipa. También se tocó la frente cuando me vio entrar, aunque menos respetuosamente.

—Es una locura salir antes de las seis de la tarde.

—De acuerdo —asentí—. Era exactamente lo que yo pensaba.

—Almuerce en su pieza. Como castigo, colóquese una compresa de agua helada en la cabeza.

(CONTINUARA)



Polvos

TABU

EMIR

DE LUJO



*Protegen, embellecen
y perfuman el cutis*

Dana

M. R.



Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 16)

movibles colocados sobre tripodes, y una cámara fotográfica ubicada en un rincón. Contra una de las paredes había un cuadro, en el cual se veía una playa llena de palmeras. Una gruesa capa de polvo le daba a la pieza la sensación de no haber sido jamás usada.

Un angosto corredor comunicaba la pieza con el interior y cuando Shayne cerró la puerta de entrada, percibió el ruido de unos tacos altos sobre el piso desnudo.

Era una muchacha rubia, de elevada estatura y cuyos muchos kilos estaban estratégicamente distribuidos. Después de contemplar al detective con curiosidad, le preguntó en forma directa:

—¿En qué puedo servirlo?

—Eso depende de muchas cosas —le respondió Shayne, con una sonrisa—. Por ejemplo, ¿es usted casada con un hombre celoso?

La rubia no contestó su sonrisa y se limitó a seguir observándolo.

—Me imagino que no habrá venido sólo a preguntarme eso.

—No. Se lo dije sólo en broma. ¿Está Jack?

—No. ¿Es usted amigo suyo?

—Desde hace muchos años. Siempre

he sentido cierta piedad por Jack, pues conozco a su mujer y porque él jamás me ha hablado de usted.

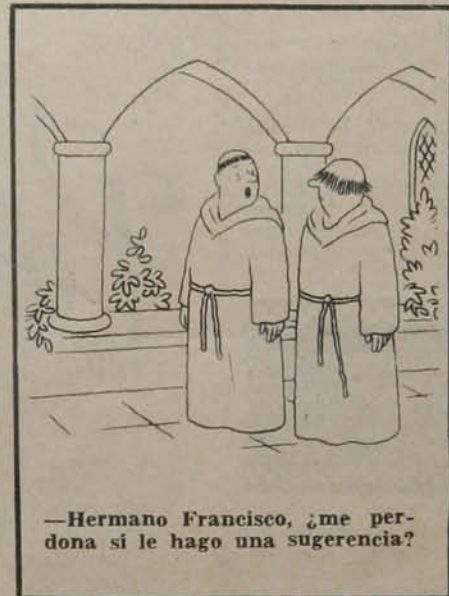
La muchacha cambió entonces de actitud y dió unos pasos adelante, mientras le ofrecía asiento. En ese momento sonó el teléfono en la pieza vecina.

—Excúseme un momento —rogó la muchacha y fué a contestarlo.

Shayne la siguió hasta una puerta que conducía a la oficina. El teléfono estaba sobre el escritorio, ubicado a la derecha. La rubia le daba la espalda.

—No. No va a llegar hoy —dijo la rubia. Luego hizo una pausa para buscar un lápiz. Apuntó un número de teléfono y continuó: —Le diré que llame mañana o pasado. —Dicho esto colgó el fono.

Shayne comprobó que la rubia tenía la tez fresca y rosada de las campesinas. Se había colocado muy cerca de ella, y



—Hermano Francisco, ¿me perdona si le hago una sugerencia?

cuando colgó el fono, el detective vió en su rostro una mueca de rabia.

El detective la miró de frente y la desagradable expresión que había en la cara de la muchacha se fué cambiando lentamente en miedo y disgusto. Lanzó un hondo suspiro y exclamó:

—Usted es el detective Michael Shayne. ¡Váyase! ¿O cree que no le ha causado a Jack suficientes molestias?

—Sufrirá mayores molestias si no me dice dónde puedo encontrarlo —repuso Shayne con voz de hielo.

—No lo sé. —Sus ojos brillaban con rabia—. Y si lo supiera no se lo diría.

—Está cometiendo un error grave. ¿No sabe usted que está mezclado en un asesinato?

—Si lo está es por causa suya. ¡Váyase inmediatamente!

LICEO CHILE

KINDERGARTEN

PREPARATORIAS

HUMANIDADES
COMPLETAS

INGLES OBLIGATORIO

EXTERNADO
Y MEDIO PUPILAJE

San Joaquín 1421

—Perfectamente. Pero le prevengo que cuanto más se esconda su jefe, más difícil va a ser para él la situación. —Se dió media vuelta y salió. La campanilla sonó en el momento en que abría la puerta, dió dos pasos para empatar tiempo y la cerró luego con suavidad. Se quedó un momento escuchando y, en seguida, en puntillas volvió al estudio.

Llegó a la puerta de la oficina en el preciso momento en que la rubia se sentaba junto al escritorio dándole la espalda y tomaba el fono. Mirando por encima de su hombro, Shayne memorizó el número que iba marcando.

Después de un momento, la muchacha ordenó cortante:

—Tres, uno, nueve, por favor.

Shayne podía escuchar su respiración y ver las gotas de transpiración que se deslizaban por su cuello.

—Estoy segura de que está ahí —dijo con impaciencia—. Llámelo de nuevo. Luego, como si tuviera un sexto sentido, se volvió hacia la puerta. Abrió desmesuradamente los ojos y la boca cuando se encontró frente a Shayne. Colgó bruscamente el fono y se levantó con las manos empuñadas.

Shayne inició una retirada estratégica, y con un par de zancadas alcanzó la puerta de calle. Se precipitó a un teléfono público y marcó el mismo número que había intentado la muchacha. Una voz dijo:

—Hotel Trintón. Buenos días.

(CONTINUARA)

SU CUTIS

cuidelo con esmero



La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.

Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.



crema macker

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".—Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.—Santiago de Chile, Avenida Santa María 076; Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 18 de febrero de 1954 - N.º 1034.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



BY APPOINTMENT, PERFUMERS TO
THE LATE KING GEORGE VI
J. & E. ATKINSON LTD.
LONDON - ENGLAND

Lavanda Inglesa **ATKINSONS**

M. R.

FRESCA...

DISTINGUIDA...

ATRAYENTE...



La aristocrática fragancia, típicamente
inglesa, creada en Londres y elaborada
con esencias importadas.



Porque con un tarrito de salsa y un paquete de fideos Lucchetti todo está listo

Es un placer preparar fideos con el típico sabor a la italiana, sin ningún problema sin conocimientos de cocina. Justamente en 15 minutos, mientras usted pone a hervir los fideos, como se indica en los envases LUCCHETTI, tiene tiempo suficiente para abrir el tarrito y calentar la SALSA LUCCHETTI en una pailita, agregándole tres cucharadas de aceite o mantequilla, para diluirla, porque las SALSAS LUCCHETTI se preparan superconcentradas, para que rindan más. Gane la admiración de todos y distíngase como la más experta maestra de cocina, preparando un plato de categoría y de gusto refinado.

En cada tarrito de SALSA LUCCHETTI Ud. adquiere el sabor y el aroma del típico condimento a la italiana, y en cada paquete de fideos Ud. encuentra toda la pureza, sabor y valor alimenticio del magnífico trigo candeal que LUCCHETTI ha logrado con sus 50 años de experiencia en la preparación de sus productos.

Con un tarrito de SALSA LUCCHETTI y un paquete de FIDEOS LUCCHETTI usted obtiene economía en tiempo, dinero y problemas. Es una necesidad: compre hoy mismo FIDEOS y SALSAS LUCCHETTI; su proveedor los tiene.



Confidencias

de Margarita

N.º 1035

M. R.

UN NUMERO PELIGROSO

- EL PAPEL DE LA MADRASTRA
- UNA NOCHE MISTERIOSA, novela policial
- EL MEJOR MELODRAMA ES LA VIDA MISMA
- EL EMBRUJO DEL EGIPTO, novela.
- ISABEL DE AUSTRIA, amor histórico
- LA HISTORIA DEL NAIPE, artículo
- EL MOLDE DE LA SEMANA
- TAN SOLA...



Desde lo alto del acantilado había divisado allí a esa hermosa rubia, tan distante y reservada, con quien había tratado ya varias veces de entablar conversación.



Elegancia y Distinción confieren a Ud.

PRODUCTOS

Record



HACE una hora se fué el último alumno del segundo año de humanidades. Un grupo de muchachitos alegres, todavía niños, pero en cuyos ojos brillan los sueños del futuro, de un futuro lleno de las promesas que espera la juventud. Recuerdo cuando yo también estaba segura de que mi existencia estaría llena de amor, ternura y felicidad. Mientras me sentaba a mi escritorio, los miraba irse, sintiendo en mi corazón de nuevo esa sensación de amargura que me acompañaba desde hace varios años. Espero que escribiendo mi historia pueda encontrar algún alivio, pues presiento que no podré sobrellevar largo tiempo mi dolor.

Durante los últimos once años he buscado fuerza y fe para que me sostengan; pero ahora las noches me encuentran cada vez más desesperada y sin ánimos de seguir. Cuando pequeña, creía que mi existencia era solitaria. Pensaba que mi vida era aburrida en esa hacienda silenciosa, en compañía de un padre sumido en el mutismo. La mujer que venía todos los días a hacer el aseo de la casa no era más alegre que los que me rodeaban. Nunca fui más dichosa que el día que entré en el colegio. Mis compañeras eran risueñas y bulliciosas. A mi profesora la miraba como a mi madre, a pesar de que a ella no la podía recordar. Por eso me refugié en su cariño y ternura.

El colegio era también maravilloso. A pesar de que no tenía los vestidos de mis compañeras, me divertía con esa contagiosa alegría, tan distinta a la quietud del fundo. La profesora era una mujer muy comprensiva. Desde el primer día me sentí atraída por su personalidad y por las cosas interesantes que me enseñaba. Sus clases jamás eran monótonas; tenía tanto interés por sus alumnas, que yo, a mi vez, quería también agradarla siendo una buena estudiante. Creo que ella guió mis pasos hacia el profesorado, pues en cuanto me gradué, me fui a enseñar a un pueblo vecino.

Mientras estaba allí murió mi padre, de un tumor cerebral, dejando el fundo muy hipotecado. Aunque me sentía culpable de no haberme dado cuenta de lo enfermo que estaba, no sentí mucha pena, ya que nunca fui demasiado apegada a él. Sin embargo, experimenté momentos de soledad, especialmente cuando mis compañeras planeaban paseos a las casas de sus padres.

Mi trabajo y mis alumnos me permitían salir raras veces con muchachos. Estaba demasiado ocupada para tener tiempo para divertirme. Sin embargo, me sentía conforme, porque me estaba preparando para el futuro, y, como cualquier otra mujer, soñaba con el amor, con un marido, con hijos y con la casa alegre que jamás había tenido.

23 FEB 1954
Depósito legal

¿Cómo Dios pudo quitarme a mi marido y a mi hija?

Durante todo el invierno hicimos planes, y nos casamos en la primavera. El verano fué tan espléndido, que no tengo palabras para describirlo. Fernando y todos los que me rodeaban comprendían que yo parecía vivir entre las nubes.

A los pocos meses me di cuenta de que esperaba un hijo, y nuestra felicidad no tuvo límites. No me había comprometido a seguir trabajando durante el próximo invierno, y fué una suerte. Cuando se tocó el tema, me dijo Fernando, dándome un beso:

—No seguirás en el colegio; eres demasiado frágil para ser madre.

No obstante, me sentía dichosa con esa sensación de paz y de tranquila

alegría que se experimenta al comprender que se va a ser madre.

Bárbara nació el 30 de mayo. Era un ser pequeñito, a quien debía amarse mucho. Cuánto la quisimos y cuántos proyectos tejimos para su porvenir: actriz de cine, esposa



Comencé a hacerla dormir en mi cama, y, durante las noches, me pasaba horas y horas mirándola.

del presidente de la república, o tal vez una notable soprano.

—Cantante tal vez no, ya que entre los dos no podemos entonar ni un bolero —me decía riendo Fernando—. Sólo le deseo que viva muchos años, y, si es la mitad de lo feliz que somos nosotros, tendrá todo en la vida.

¡Cuán poco sabíamos de lo que nos reservaba el destino!

Cuando Bárbara cumplió tres meses, Fernando murió en un accidente automovilístico. Lo digo simplemente, porque las palabras no podrían describir el horror y el desconsuelo que sentí cuando supe la noticia. El funeral casi no lo recuerdo, pero sí que Fernando

yacía pálido y quieto. Tengo una vaga idea de que la madre y el padrastro de mi marido vinieron a acompañarme. —Mi mujer es enferma del corazón, y esta desgracia la ha impresionado mucho —me dijo entonces el padrastro de Fernando.

Me invitaron a irme a vivir con ellos; pero yo no sé qué les contesté. Tenía la sensación de estar esperando que sucediera algo que me trajera de nuevo a mi Fernando. Finalmente comprendí que no volvería jamás, y la desesperación que sentí es imposible de explicar. Durante semanas no sabía si estaba viva o muerta. Cuidaba a Bárbara en forma mecánica, preocupándome sólo de que estuviera limpia y bien alimentada. Era entonces tan diminuta, que a veces olvidaba que tenía una hija. Vivía en un mundo oscuro, poblado de tristezas y de dolor. Al principio mis amigas y las profesoras fueron muy cariñosas conmigo; pero como de esto casi no me daba cuenta, pronto dejaron de visitarme.

Durante una de estas visitas, una de mis amigas cogió a Bárbara y exclamó, al ver la transparencia de su piel:

(Sigue a la vuelta)

MI AN S OLA...

Al año de estar enseñando encontré una situación mejor en otro pueblo. Allí me haría cargo de un curso más adelantado, y estaba llena de proyectos para ser una buena profesora. Además, creía serio. Me gustaban los niños, el colegio y el pueblo.

Amaba a todo el mundo y todo cuanto me rodeaba. Entonces conocí a Fernando. A mi adorado Fernando, que llegó a ser para mí mi sol, mi luna y mis estrellas.

Era profesor de atletismo y hacía un curso de ciencias en la sala contigua a la mía. La primera vez que lo vi me latió el corazón con tanta fuerza, que creía que iba a estallar. Era alto y rubio, con una sonrisa acariciadora y los ojos más suaves que había visto en mi vida. Los meses que siguieron me probaron que, en verdad, su carácter era tan amable y cariñoso como el brillo de su mirada.

Cuando se enamoró de mí comencé a pensar que los sueños se convertían en realidades. Estaba tan dichosa, que sentía deseos de abrazar a todo el mundo. Casi no podía creer en mi buena suerte. Yo, la insignificante Eugenia, de pelo negro, tez pálida y cuerpo frágil, la criatura que siempre había creído poca cosa, era dueña del amor de Fernando.

Lleve su veraneo con Ud. misma

Caupolicán tiene para usted telas de rayón en diseños exclusivos. ¡Colores que no destiñen! Insista en Caupolicán al elegir los géneros de sus nuevos vestidos de verano... Pueden lavarse todos los días... y son antiarrugables.

Estampados

Caupolicán

M. R.



Tan
sola...

—¡Qué niña tan delicada; tiene el aspecto de un ángel! —dijo, besando mi hija en el cuello.

Después que se fué miré por primera vez con detención a la pequeña, cosa que no hacía desde varias semanas. Me impresionaron su palidez y su piel blanca como la cera. Muy preocupada decidí llevarla donde el médico al día siguiente.

La visita al doctor fué la primera de muchas otras que tuve que hacer durante el resto del año. No a ese médico, sino a otros, a especialistas de varios hospitales. El diagnóstico, cuando llegó por fin, fué tan terrible, que cuando pienso de nuevo en él, siento que mi corazón sufre el mismo desaliento de entonces. Tenía una enfermedad en la sangre. "Sin esperanzas" dijeron. Su cuerpo no produce su propia sangre. Tratarían de mantenerla viva por medio de transfusiones. Quisieron decírmelo en forma suave pero no pudieron. ¿Cómo se puede ser prudente cuando se trata de decirlo a una madre que su hija va a morir. En semanas, meses o, a lo más, en unos pocos años, pero de manera irremediable.

Traté de cuidar el poco dinero que me había dejado Fernando. No quería volver a trabajar mientras me fuera posible, porque no podía soportar la idea de dejar sola a Bárbara.

Pero los cuidados médicos eran caros y el dinero pronto se evaporó. De este modo tuve que arreglar mi vida de manera de comenzar a trabajar y de estar con mi hija el mayor tiempo posible. Decidí que un pueblo pequeño sería mejor para nosotras. Hice una solicitud para obtener un empleo en un colegio rural y lo conseguí.

Felizmente encontré una pequeña pieza sólo a una cuadra del colegio. La dueña de la casa consintió en cuidar a Bárbara durante el día, y jamás terminaré de agradecerle por la solicitud y amor con que lo hizo. Se preocupaba de Bárbara como si fuese su verdadera nieta, y yo tenía la tranquilidad de poder salir, pensando que la niña estaba rodeada de amor y de cuidados. Pasaron las semanas, luego los meses y de pronto Bárbara cumplió dos años. Era una pequeña seria e inteligente con el mismo pelo rubio y los ojos acariciadores de su padre. Oh, mi adorado Fernando, gritaba mi corazón cuando la abrazaba. Querida, idolatrada hijita. Sentía que no iba a poder soportar su partida, puesto que era demasiado preciosa para mí. Día y noche oraba pidiendo un milagro. Mi inteligencia me decía que era inútil, pero mi corazón tenía esperanzas de que sucediera algo, algo que la ciencia tal vez aún no había descubierto. "¡Cualquier cosa, Dios mío! —rogaba—. ¡Llévate lo que quieras, pero déjame a mi hija! Por favor, Dios mío, cuidámela y no me la quites, porque la adoro; es todo cuanto tengo."

Traté de ser una buena profesora, de ser abnegada y cariñosa con los niños. Tal vez si hacía el bien, El me dejaría a Bárbara. De este modo y con mentalidad infantil, trataba de hacer un pacto con Dios.

Otro año y otro se terminaron gracias a las transfusiones para Bárbara y los días y a las noches que yo pasaba orando. Las desilusiones y las alegrías se alternaban con la fe y la esperanza.

El pueblo entero fué cariñoso con nosotras, y la gente me ayudaba a costear los gastos de la enfermedad de mi niña. Ambas teníamos tantos amigos, especialmente Bárbara, a quien todos parecían querer. Seguía siendo una muchachita seria y dulce, con algunos raros raptos de alegría. Parecía entretenerse con los libros con imágenes; jugaba con sus muñecas, y muchas veces la encontraba quieta, como esperando la realización de algún acontecimiento o la llegada de alguien. Naturalmente, teníamos que cuidar que estuviera tranquila y prevenirla de los resfriados, pues el doctor me había observado que la menor infección le podría resultar fatal.

Cuando cumplió seis años entró en el colegio. Varias veces me sorprendí buscando excusas para mirarla mientras estaba en recreo. Mi corazón se alborozaba al ver esa frágil criatura de la mano de Paula, su mejor amiga. Siempre se veía feliz en compañía de otras niñas. Me daba cuenta de que su profesora la vigilaba para que no se agitara ni corriera mucho. Los pocos resfriados que tuvo me asustaron terriblemente. Sin embargo, el año lo pasó muy bien.

Al año siguiente contrajo la alfombrilla, y estuvo tan cerca de la muerte, que parecía que sólo un milagro la podía salvar.

Cuando volvimos del hospital, la dueña de casa me contó que todo el pueblo había rezado por la mejoría de Bárbara. Mi corazón rebozaba de agradecimiento hacia esa buena gente que nos había acogido en su pueblo y en su corazón.

El año siguiente también fué bueno para Bárbara, o, por lo menos, mejor

Sé más lista que él...



¿SABIAS...

...que los océanos son indudablemente la fuente más importante de riquezas minerales? Un cubo de agua de mar de un kilómetro por lado, dejaría, si se dispusiera de un cristallizador de tamaño conveniente, un depósito de más o menos 40 millones de toneladas, que contendrían principalmente, además del cloruro de sodio, magnesio, yodo, bromo, y... ¡oro!

...que numerosas supersticiones existen aún hoy día referentes a la dentición humana? Por ejemplo, los italianos creen firmemente que los dientes muy separados son signo de suerte.

...que Finlandia es el país del mundo que tiene menos alfabetos? Solamente el 1% de la población no sabe leer ni escribir. Por el contrario, en África, en Mozambique portugués, por ejemplo, se registra un 99% de ellos.

...que fué un suizo, Martin Winterhalter, el inventor del cierre éclair? ¡Gracias a este pequeño invento llegó a ser millonario!

...que el juego del dominó fué inventado en el siglo VI por unos monjes que deseaban distraerse sin violar la ley del silencio impuesta por los reglamentos de su monasterio?...

...que en el siglo XVII los perfumes eran vendidos por los guanteros, quílenes, además, tenían el monopolio de la fabricación de polvos para empolver los cabellos?

no puedo evitarlo. Fernando, estás donde estás, ayúdame y enséñame qué puedo hacer."

Mi mente parecía confundir a Dios con Fernando, pues a veces me encontraba dirigiéndome a El y a Fernando en mis oraciones.

Finalmente llegó la primavera. Bárbara tuvo un resfriado que pareció no poder resistirlo. La llevé al hospital, y los médicos hicieron lo sobrehumano. A pesar de eso, la niña se debilitaba día a día. Yo permanecía día y noche junto a su cama, sabiendo que cada respiración podía ser la última.

Murió suavemente, mientras dormía, con una sonrisa dibujada en su preciosa cara. Yo no recuerdo mucho de los cuatro días siguientes. Me contaron que había perdido totalmente la conciencia. De nuevo vino para el funeral el padrastro de Fernando. Mi suegra no pudo soportar el viaje, pues estaba semiinvalida. Pero acudió él, gracias a Dios, e hizo todos los trajines necesarios. Tuve fuerzas para sobrellevar mi agonía, gracias a la bondad de ese hombre, que me acompañó, junto con la bonísima dueña de la casa.

Sabía que tenía que perder a Bárbara, pero mi corazón no se resignaba a aceptarlo. Ahora me maravillo de lo que es capaz de tolerar el ser humano y de cómo puede seguir viviendo. Toda la gente del pueblo vino a demostrarme su cariño y simpatía. Estaba profundamente agradecida por todo lo que habían hecho, pero sentía que una muralla se alzaba entre ellos y yo. Nadie podía comprender la magnitud de mi dolor.

El padrastro de Fernando me rogó que me fuera a vivir con ellos y que hiciera de su casa mi hogar. Me negué,

El matrimonio tiene sus penas, pero el celibato no tiene placeres.—
JOHNSON.

Los hombres son a veces difíciles, y los menos difíciles son siempre los más exigentes.— RUDYARD KIPLING.

de lo que podía esperar en tales circunstancias. Hubo, por cierto, transfusiones, para las cuales mis amigas dieron su sangre para que mi hija pudiera seguir viviendo. Me hubiera gustado que Fernando viera lo bueno que era todo el mundo con nosotros, y, tal vez, lo veía. Todas las noches daba gracias a Dios por el día más de vida que le había concedido, y mi corazón se afligía al pensar que alguna vez dejara de dársele.

Por último llegó a la cuarta preparatoria, y me sentí dichosa de tenerla a mi lado todo el día. Con dificultad apartaba mis ojos de ella. Supongo que, inconscientemente, trataba de atesorar todos los momentos que la tenía a mi lado. No podía tolerar la idea de abandonarla ni un segundo, y cada vez que salía de mi campo visual me sentía agonizar. Jamás iba a las reuniones con las profesoras, a menos de que fuera esto absolutamente indispensable o que pudiera llevar conmigo a mi hija. Algo me decía que el plazo se iba acortando, pues la obsesión de estar siempre junto a Bárbara se hacía más y más aguda. Comencé a hacerla dormir en mi cama, y, durante las noches, me pasaba horas y horas mirándola. Y, cuando finalmente me quedaba dormida, me atormentaban los sueños y tenía pesadillas en las cuales me llamaba Bárbara a gritos. Me despertaba sobresaltada para encontrarla durmiendo dulcemente a mi lado. A veces soñaba que Fernando me sonreía, y yo trataba de decirle algo de la niña; pero él se esfumaba con la sonrisa en los labios y yo no podía terminar de contarle lo que le quería decir. La desesperación me ahogaba y las lágrimas corrían incontenibles por mis mejillas. "Mi amor, nuestra hijita se muere, y

porque quería estar sola y llorar a mis muertos.

Pareció que la muerte de Bárbara revivió todos los recuerdos de Fernando y la terrible soledad que sentí con su partida. Pensé cómo por llorar mi desgracia había descuidado a mi adorada niña, preocupándome sólo de sus necesidades físicas. Me pregunté si Dios me estaba castigando por haber amado demasiado a mi esposo. También recordé a mi solitario padre, a quien jamás traté de comprender. Tal vez él jamás se pudo conformar con la muerte de mi madre, sucedida poco después que yo nací.

Pensé en tantas cosas, que mi mente comenzó a buscar el porqué. ¿Por qué tenía que soportar tantas tragedias, siendo que tantas otras personas viven desprecupadamente felices? ¿No habría nunca nada bueno para mí?

Hace dos años que murió Bárbara. Ahora enseño al segundo año de humanidades. Ya no podría volver a la sala donde estubo mi hijita. Siempre la veo ante mis ojos. No he sido una buena profesora. No he tenido nada que ofrecer a la juventud, fuera de mi tristeza y resentimiento por estar ellos vivos y mi Bárbara muerta.

Pero, al escribir todo esto, parece que se ha disipado algo de mi tristeza. Mi amor siempre ha sido o demasiado exigente o excesivamente indolente. El mío siempre lo ha pedido todo. Ahora mi corazón se ha abierto, y creo que podré emprender una vida nueva. En este momento recuerdo algo que dijo Jesús: "El amor puro disipa el miedo". También me acuerdo que agregó: "Que la paz sea con ustedes; les dejo mi paz. No dejen que vuestros corazones se atormenten ni que sientan miedo". Creo que por fin he encontrado paz.



Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.

Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y
conserva la
frescura que
da el baño.



2.—Conserva las
axilas secas,
frescas y sin
olor. Impide
la humedad
de la trans-
piración.



3.—Protege la
ropa contra
la transpira-
ción sin
manchar.



4.—Es una cre-
ma pura,
blanca, sin
grasa, que
desaparece
completa-
mente en la
piel, sin irri-
tarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

CAPITULO III

A LAS CINCO Hamilton golpeó mi puerta.

—Ahora visitaremos el único sitio que vale la pena ver con esta temperatura. Apúrese, muchacha.

Me llevó a Groppi, su lugar favorito. El Groppi era un amplio bar que ofrecía té en la tarde, helados, cócteles, baile, gente y música igual que en el Continente.

—¿No es maravilloso? —me preguntó Hamilton—. Aquí un hombre olvida que está en esta condenada ciudad.

—Yo no quiero olvidarme que estoy en El Cairo. Adoro El Cairo.

—¡Pronto sentirá nostalgia por el Groppi, muchacha! Soñará con el Groppi cuando coma arena en vez de té en el Valle de los Reyes.

Se fumó varias pipas y yo me bebí varias limonadas mientras él me contaba muchas cosas graciosas. Un poco antes de las siete me llevó de vuelta al hotel y esperó conmigo al señor Conway.

Nuestro jefe había conseguido en el Ministerio más de lo que esperaba. Un contrato con la concesión para excavar en el Valle de los Reyes fue firmada junto con otras para hacer el mismo trabajo en el valle contiguo que primitivamente pertenecía a la Concesión Davis.

Estaba con espléndido espíritu de trabajo, me dictó un memorandum relativo a los nuevos planes, telefoné dos veces a Lord Eversham a Alejandria y a las once, después de haber trabajado sin interrupción durante cuatro horas, me preguntó si tenía hambre.

Comimos algunos sandwiches en el mismo escritorio y luego continuamos nuestra labor hasta la una de la mañana. El estilo que usaba para todo el señor Conway era decididamente prosaico. Sin embargo, había para mí algo conmovedor en este prosaísmo y me preguntaba si el señor Gastón Maspero, Director del Departamento de Antigüedades de El Cairo, lo apreciaría también.

El dictado continuó a la mañana siguiente: cartas y más cartas. Le escribimos a entendidos y profesores, de El Cairo de Nueva York y de Chicago. Había que informar a mucha gente respecto a sus planes: a A. M. Lythgoe, encargado de la sección Egipcia del Metropolitan Museum de Nueva York; a Percy White, profesor de la Universidad de El Cairo; al señor Lucas, director del Departamento de Química del gobierno egipcio; a Alan Gardner, profesor de Filología en El Cairo; y a James H. Brownfield, profesor de la Universidad de Chicago.

Poco a poco comencé a comprender que la magnitud de este trabajo que había sido comenzado en el primer año de la Guerra Mundial; vivía lleno de esperanzas y era financiado por un idealista.

Cuando a las seis le llevé las cartas al dormitorio del señor Conway para que las firmara, me encontré con el hombre que era el alma de la empresa: Lord Eversham.

Alto y delgado, estaba de pie junto a la ventana en una actitud natural, pero a pesar de eso uno sabía instintivamente que no se dejaría fracasar. Su cara era larga y delgada, su perfil recto y bien delineado. Sabía que tenía cincuenta y cinco años, pero su apariencia como su edad, era como si jamás hubiera sido joven ni jamás fuera a ser viejo. Era la encarnación de todo lo bueno del Imperio Británico. Jamás antes un extranjero me había inspirado una confianza tan instantánea.

EL EMBRUJO DE EGIPTO

Mientras el señor Conway miraba las cartas, el lord caminaba suavemente por la pieza y me observaba.

—¿Con que ésta es su joven colega? El señor Conway lanzó un "hm", pero no levantó su vista de las cartas.

—Colega es un título demasiado importante. Yo soy sólo estenógrafa —le respondí.

—Espere hasta que la fiebre por excavar la posea. Allí, en el desierto. Aquí en la ciudad uno pierde el entusiasmo.

—No puedo perder tan rápidamente mi entusiasmo por Egipto; está aún latente. Tal vez viví aquí hace cuatro mil años, en la corte de Aknatón, o aún antes, como una amiga de la Princesa Nefertitis.

—¿Cree usted en la reencarnación? —me preguntó escéptico.

—No creo en eso, pero jamás niego sus posibilidades. En algún sitio dentro de mí hay siempre una puerta abierta.

—Magnífico, porque entonces está en el trabajo que le corresponde —rió Lord Eversham.

Dió sonriendo un paso hacia adelante y se le iluminaron las facciones.

—Sí, estoy precisamente en el trabajo que me corresponde.

Por último, el señor Conway levantó su vista de los papeles.

—Tutmosis tiene una t después de la u. En vista de que vamos a excavar en su vecindad, será necesario que aprenda a escribir su nombre correctamente. Nadie sabe las venganzas que puede tomar este caballero.

Quisé corregir los errores, pero él se quedó con las cartas y lo hizo personalmente.

—Está libre esta tarde —me dijo.

—¿Cómo sabe usted eso? —interrumpió Lord Eversham—. No está libre esta tarde. Tendrá que preocuparse de nuestra comida. Nos encontraremos en el foyer del hotel a las ocho y media. Siete hombres y una dama.

Cuando escuché la palabra "comida" algo raro sucedió en mi estómago. Hizo un ruido de aprobación porque durante dos días sólo había digerido unos pocos sandwiches.

—Gracias —respondí y con razón. El señor Conway volvió a toser un "hm" y Lord Eversham se despidió.

Cuando entré en el foyer a las 8.29, Lord Eversham, el señor Conway y Hamilton estaban sentados cómodamente bebiendo whisky. Con ellos había un egipcio muy buen mozo, con smoking blanco y fez rojo, igual a los anuncios de la agencia Cook: Vengan a conocer el hermoso Egipto.

—Sanad Barta —lo presentó Lord Eversham—. El mejor abogado de este país. Sin su ayuda no podríamos haber sacado rápidamente nuestra concesión.

UNA VEZ llegada a El Cairo, Sonia experimenta variadas sensaciones, pues tiene curiosidad por conocer bien el país que tanto ha deseado. Se instala en un hotel vacío, y por la tarde sale a conocer el Museo. El chófer del taxi no le comprende, y la lleva a vagar por la ciudad ruidosa, en donde trotan los camellos junto con los automóviles. Finalmente vuelve ahogada de calor y sin haber conseguido su objetivo. Hamilton, con su filosofía inglesa, se burla de su osadía, pues en una ciudad del desierto es imposible salir a la calle antes de que caiga el sol...

POR VICTORIA WOLF

El egipcio se tocó la frente y el corazón con su mano ligeramente curvada y sonrió, revelando unos hermosos dientes blancos.

Conway nos observaba mientras Barta se enfascó conmigo en una larga conversación. Su mirada me hizo sentirme confundida y desde ese momento fui más educada de lo que deseaba ser. Y eso me preocupaba y confundía cada vez más.

Fue magnífico que cinco minutos más tarde apareciera el obeso Bey con sus dos hijos a la siga, como dos montañas mellizas, y nos absorbiéramos en la ceremonia de las presentaciones. El Bey hablaba un francés ostentoso, y sus frases tenían una aceitosa suavidad que disimulaban el motivo que existía tras esta demostración.

—No es amigo de los políticos ingleses —me murmuró al oído Hamilton—. Es el jefe de los Wafdistas, una organización del Frente Nacional Egipcio. El hombre no habló de política. Uno podía pensar que su patriotismo residía principalmente en su estómago. Eversham explicaba al Bey que Lady Eversham sentía mucho no poder asistir a la comida. Había tenido que quedarse en la costa porque no se avenía con el calor de la ciudad. Todo el mundo escuchaba respetuosamente y formando un círculo.

Los hijos del Bey eran su imagen, pero en dos modos diferentes. Sin guardar las reglas de la armonía, el más alto tenía una voz más profunda que el más bajo. Ambos parecían sentir que sus opiniones eran demasiado importantes como para derrocharlas en este medio. Ambos tenían lunares y las mejillas lacias, y ambos sonreían tonta y continuamente.

Como servir tragos antes de las comidas no entra en las costumbres de Egipto, fuimos de inmediato al come-

dor. Lord Eversham se adhirió a la etiqueta de sus huéspedes. En un enorme nicho que había en la parte de atrás del comedor habían colocado una mesa redonda. Me sentaron entre Hamilton y Sanad Barta y frente a Conway. Eversham se ubicó entre el Bey y el más joven de sus vástagos. Conway, entre el Bey y el mayor de ellos. La comida fue proporcionada a mi apetito. Sólo en el tercer plato empecé a responder a las preguntas de Barta. Y cuando, entre el pavo y el maíz, entraron los fotógrafos de "El Abram" a tomar fotografías para publicarlas en la edición de la mañana, me sentí molesta por la interrupción.

—Usted es muy sencilla —dijo Barta. —¿Por qué? ¿Porque tengo buen apetito?

—Por todo. Uno se da cuenta de inmediato de eso.

—Ser poco natural es molesto.

—Aquí nuestras mujeres no conocen otra cosa.

—La culpa es de los hombres que las han acostumbrado así.

—¿Dónde comienzan las faltas y termina la tradición? —me preguntó.

—Nosotros los egipcios estamos en un proceso de transición. Seguimos el progreso que nos proporciona la ciencia. Aceptamos todo lo que nos trae el occidente, tanto de afuera como de adentro. Pero tan pronto como quiera este progreso golpear en la puerta de nuestras costumbres, tan pronto como quiera entrar en nuestros corazones, nos encerramos tras los gruesos muros del harem. Pasará mucho tiempo antes de que nuestras mujeres adquieran la suficiente libertad, la gran sabiduría y la enorme espontaneidad. De pronto se me presentaba un nuevo aspecto del Egipto y estaba ansiosa por saber más de él. El señor Conway se dedicaba a las arenas del Valle de los Reyes, Hamilton a beber en el Gropi y el Bey a los políticos anglo-egipcios, el dragomán del negocio de entretener a los extranjeros. Eversham a financiar su sueño. Sobre todos se planteaba el problema del nuevo estatuto de las mujeres egipcias, el irresuelto problema del joven egipcio de hoy y su ajuste entre los dos mundos.

(Sigue a la vuelta)



REEMBOLSOS
de la fábrica a sus pies

LUBETT

Escriba a LUBETT,
Casilla 369 - Stgo.

Art. 020.—CÓMODO como un
guante, suave, muy liviano, úl-
tima moda, en reno negro y ca-
fé. 33 al 39.

\$ 479.-



Art. 01.—Elegante
modelo muy suave, de
gran moda, en reno
negro y café. 33 al 39.

\$ 469.-

Art. 0100.—Pulsera, cosido black,
fina terminación, muy suave, charol
negro, cuero café y blanco. Gran
moda.

22 al 25, \$ 355.—
26 al 29, \$ 405.—
30 al 33, \$ 425.—

\$ 355.-



Art. 0104.—Lindo
modelo en fi-
no cuero negro
y café, muy có-
modo, gran ma-
da. 33 al 39.

\$ 447.-



Art. 0106.—Mocasin, muy
flexible, para ninitos o muje-
res, fina box-calf negro, café
y blanco.

30 al 33, \$ 395.—
34 al 38, \$ 415.—

\$ 395.-



Art. 0511.—Zapatón COLEGIAL
en box-calf negro y café, muy
durable.

22 al 25, \$ 385.—
26 al 29, \$ 468.—
30 al 33, \$ 498.—
34 al 39, \$ 535.—

\$ 385.-



Despachamos reembolsos a provincias
en el mismo día, sin recargo para el
cliente. SERIEDAD Y ATENCION.

Y, repentinamente, tuvimos mucho tema de conversación y la comida en sí misma no fué lo más importante de la velada. Barta sabía interpretar el aspecto de este Egip-
to.

Por cierto que fué Hamilton quien, después que se fué la familia del Bey, sugirió ir al Groppi.

—¿Qué espera encontrar en el Groppi? —le preguntó Lord Eversham parpadeando.

—Todo —respondió Hamilton—. Groppi es el único sitio en el mundo que da más de lo que promete.

El Groppi era sin duda un sitio que no me gustaba y por eso decidí no ir, pero Lord Eversham dijo que no podía desertar. Me hizo entrar en el automóvil y sentarme a su lado. Conway me miraba escudriñadoramente mientras se instalaba a mi izquierda.

Durante el camino a través del Kasr-El-Nilo, una preciosa avenida residencial, pensé en mi vuelo desde Moscú en la pensión en que vivía en Londres y en el departamento de libros de Harrod. ¿Estaba realmente en El Cairo? ¿Era en verdad la secretaria del señor Conway, quien había sido contratado por un rico idealista para excavar en Egipto? Los sueños son la vida y vivir es soñar. ¿Dónde comienza la realidad y dónde terminan los sueños?

Aún estaba en otro mundo cuando nos sentamos en el Groppi frente a una serie de botellas y vasos en una mesa del jardín iluminado por linternas de papeles de colores. Los otros se divertían, los hombres pueden divertirse en sitios así.

A pedido de Barta, Lord Eversham relató cómo él había llegado a interesarse por las excavaciones en Egipto. Esto salió a colación por coincidencia, gracias a un accidente.

—Todo se debe a mi extraño amor por los automóviles. Hace veinte años poseía en Francia un coche, ya que en Inglaterra un particular no puede tenerlo. Manejaba a través de Europa en mi coche francés, orgulloso y feliz. Pero en ese entonces ni la gente ni los automóviles estaban acostumbrados a los automovilistas y por eso muy pronto tuve un accidente. Fué en Langenschwalbach, en el sur de Alemania, donde sufrí el primero y el último.

“Un grupo de bueyes estaba en medio del camino y para

Los vestidos de las mujeres de hoy no están diseñados para que se vean más espigadas, sino para que las vean los hombres.

evitar de atropellarlos intenté una maniobra muy hábil que terminó desastrosamente. Los neumáticos reventados, el coche dado vuelta y ambos, el chófer y yo, gravemente heridos. Nos llevaron al hospital y yo tuve que sufrir una operación. Demoré dos años en recobrar, pero tuve consecuencias, especialmente el asma. Vine a Egipto a buscar alivio, no antigüedades.

“Ustedes saben que me fascinan las excavaciones. Durante tres años contemplé a los otros lleno de admiración. Luego, cuando mi salud estuvo totalmente restablecida, comencé a trabajar por mi cuenta. La primera excavación no tuvo éxito, pero el fracaso me acicateó. Con la ayuda de Conway continué excavando y juntos vamos a seguir. Dieciséis años no es suficiente para empañar nuestro entusiasmo y ni los fracasos, ni los contratiempos con las autoridades, ni las huelgas de los obreros, ni aún la nueva guerra, lo puede matar. Esta pasión la tenemos en la sangre.

Mientras hablaba Lord Eversham, el señor Conway observaba hacia el frente. Luego se volvió irónicamente hacia mí.

—La felicito.

—¿Por qué?

—Por todo.

—No le comprendo.

Deliberadamente evité darme una explicación y después de un largo intervalo me dijo:

—No lo creo.

En seguida se levantó y comenzó a pasearse cerca de la mesa.

Una tristeza irrazonada se apoderó de mí.

De pronto no comprendí qué hacía en ese sitio, en el Groppi, bajo las brillantes linternas, entre hombres extraños que no me significaban nada. Quise levantarme e irme. Pero, ¿dónde podría ir? Conway no cesaba de observarme.

—¿Qué le sucede? —me preguntó.

—Nada —le respondí desesperadamente, me sentía desgraciada por encima de mí misma y de mi sensibilidad. Cuando se me ponía en una situación falsa sentía añoranzas por algo esencial. Había tópicos que era mejor dejarlos tranquilos, pues de otra manera se veía que eran insalvables. Y entonces sobrevinía una gran desesperación,

una tristeza muy honda. ¿Y hay alguien que no haya experimentado eso?

Barta pareció comprender. Sus ardientes ojos me miraron con aprecio y comprensión. Nunca había visto unos ojos tan oscuros y penetrantes. Retiró su vista sólo cuando una mujer alta y con vestido oscuro se le acercó y le murmuró algo al oído. La contestación de Barta fué de negación y protesta. Pero la mujer rehuzó aceptar el rechazo. Trató de forzarlo gesticulando e implorándole en árabe. De pronto Barta se tornó salvaje y enfurecido, aunque había una inhibición en medio de su furia. Parecía un animal que se oponía a ser domado.

Jamás la diferencia de su raza había sido tan evidente para mí como en ese momento. Había visto cosacos locos e indomables. Conocía la irrefrenable furia de los bolcheviques, pero esto era fácil de comprender en comparación a la superficial sumisión de Barta.

—¿Qué sucede? —preguntó amablemente Eversham.

—Es una adivina. —Barta parecía avergonzado de que tales cosas existieran a pesar del movimiento juvenil de Egipto.

—Tonterías. —Conway le indicó que la echara.

—No lo diga tan categóricamente, Conway —continuó Lord Eversham. —Creo en los poderes desconocidos de la naturaleza.

—Pero no se manifiestan por intermedio de esta mujer! El señor Conway habló como un comerciante inglés clásico, que su confianza sólo se apoya en el balance final de sus cuentas.

—La ropa no prueba nada, ni tampoco los aros —comentó Lord Eversham.

La mujer seguía este cambio de palabras incomprensible, tratando de sacar algún provecho. Se encaminó hacia Lord Eversham y sacó una silla de la mesa del lado. Un inglés sorprendente y melodioso brotó de sus labios.

—Usted es una persona noble. Tiene una gran y noble tarea por delante, señor —le dijo—. Muéstreme su mano izquierda.

El se la extendió.

Barta era de la misma opinión que el señor Conway y no podía comprender el interés de Eversham. Hamilton llenó su pipa en silencio.

—Tiene un pasado rico —continuó la mujer imperturbable—. Pero no era entonces tan afortunado como lo es hoy. Encontró su vocación tarde. Hay un accidente en su vida. Fué el comienzo de un período en su existencia.

—Eso no es equivocado —admitió Lord Eversham.

—Eso se puede aplicar a cualquiera —comentó Conway.

—No a mí —habló Hamilton desdeñoso.

—Si analiza cuidadosamente estas palabras, verá que también le sirven a usted —le informó Barta.

Hamilton le dió una mirada rápida y cortante, echó ostentosamente su pipa hacia un rincón de su boca y volvió a fijar de nuevo su atención en Eversham y en la mujer morena.

—La mujer que usted ama no está aquí —murmuró la pitonisa—. Sin embargo, está en peligro. Ha sido picada por un insecto, pero pronto estará bien.

El embrujo

de Egipto

(Viene de la vuelta)



—¡Eso no es cierto! —exclamaron al unísono Lord Eversham y Conway. El lord se sonrió como para disculparse por haber creído. Conway lanzó un gruñido.

—Así es —insistió la pitonisa—. Recibirá un mensaje.

—Si esto es demasiado para usted puede echar a la mujer —explicó Barta. Lord Eversham no contestó. En vez de eso, murmuró algo en el oído de la mujer que la hizo reír. Su risa la hacía atrayente a pesar de que sus aros sonaban con violencia.

—Usted es un idealista, pero su idealismo le va a compensar. Todo el mundo hablará de usted y de su trabajo. La fortuna que ha invertido en él le dará espléndidos intereses en los últimos quince años. No en dinero, sino en oro. No en seguridad, sino en fama.

—¿Cuándo? —preguntó Lord Eversham con la curiosidad de un niño.

—Pronto —respondió la pitonisa algo triste—. Pronto, antes que usted muera.

—Pronto es un término muy vago en Egipto —replicó Lord Eversham.

—¿Cuándo es su "pronto"?

La mujer morena lo miró fijamente.

—Seis otros morirán primero. Seis que dependen de usted. Y usted será el séptimo.

—¡Es suficiente! —estalló el señor Conway—. ¡He dicho que suficiente!

Barta también se levantó y le habló a la mujer con voz amenazante.

Lord Eversham continuaba sonriendo.

—¿Por qué se ponen tan nerviosos, caballeros, cuando, después de todo, ustedes no creen en estas magias? ¿Cómo pueden aterrizar a los hombres ante la palabra "muerte", hombres como ustedes que buscan entre los muertos?

Tener que escuchar esta discusión era tan desagradable para mí como leer una carta ajena. Aquí se revelaba un destino que no me incumbía.

Cuando operaron a la madre de Stasia y nos sentamos junto a su cama mientras estaba aún bajo la influencia de la anestesia, tuve la misma impresión. Titubeo mucho antes de meterme en la vida privada de los demás.

—La profecía de la muerte hay que olvidarla —dijo Conway—. Siempre deja algunos efectos posteriores.

—Usted también atravesará el Valle de los Afligidos —insistió la pitonisa mirando fijamente a Conway—. Pero saldrá ileso. ¡Usted es fuerte! ¡Pensador! Cuando la luna

(Continúa en la pág. 12)

Tu puedes ser hermosa

En 1945, ganó el título de belleza entre las bellezas, después de haber sido Miss Nueva York. Su nombre es Bess Myerson. Entre otras actividades están sus representaciones en los programas de televisión.

Aquí están sus consejos, dados exclusivamente para ti, para ayudarte a ser hermosa:

- 1) Desarrolla una rutina rígida de belleza, hasta que se convierta en algo mecánico.
- 2) Gasta todos los días cierto tiempo en tu cabello, vestidos, cosméticos, y figura.
- 3) Estudia y conoce la clase de ropa que te sienta mejor.
- 4) Estudia bien el peinado que te queda mejor.

- 5) Usa el maquillaje que te vaya bien.
- 6) Observa tu figura: camina con garbo.
- 7) Sé amistosa: desarrolla habilidad para llevarte bien con la gente: esto se ve en tu carta.
- 8) Goza de tranquilidad mental, y de mucha seguridad emocional. Esto se refleja tanto en tu apariencia como en tus acciones y personalidad.
- 9) Sé tolerante. No odies, pues corroe el alma y obra terriblemente en contra de tu apariencia. No olvides el refrán: "No se puede odiar y ser bonita".
- 10) Ten sentido del humor. No he visto nunca a una mujer bonita que no sepa reír.



"Si haces todo esto, y aprendes a comprenderte a ti misma y a los demás, a apreciar las cosas buenas de la vida, mientras tomas las cosas desagradables con paciencia, no habrá nada que te impida ser hermosa", dice Miss América.



Costo mucho tiempo

finalmente la per

resultados... una muchac

El papel de la madrastra

—¿No es maravillosa? Podrían haber escuchado su risa cuando le dije que todas tenían la misma talle...

Tommy movió la cola en señal de alegría.

—Yo no soy la tía Dolores, linda. Mi nombre es Mariana —le expliqué.

—¡Oh! —fue la exclamación de la pequeña, mientras su carita se tornaba pálida y la tristeza de sus ojos dominaba su expresión de desencanto. Su murmullo asemejó un ruego—. Pero ella llegará hoy día. Su carta dice hoy día —explicó sacando un sobre arrugado de uno de sus bolsillos.

El papel crujió bajo mis dedos, la letra era esparcida.

"Mi querida Ximena —leí—. Me desconsolaba la idea de no haberte visto antes de irme a París, pero estuve sumamente ocupada. Felizmente, ya de vuelta, estoy decidida a visitarte el próximo viernes. Te llevaré la muñeca más grande que hay en el mundo. Hasta el viernes, mi adorada sobrina. Devotamente, tía Dolores."

Jamás se me había ocurrido que se podía odiar a una persona sin conocerla. Yo odié tanto a esa tía Dolores, que la dirección del sobre danzó ante mis ojos: "Ximena Lynn, a/c Dr. Juan Lynn". Y la dirección era la de la universidad.

Los ojos de la niña me rogaban que le diera la confirmación.

—Esta vez vendrá, ¿no es así? Decidí no decirle que el último tren ya había pasado. Llamaría a su padre, el doctor Juan Lynn. ¿No era él

EL principio del fin fué una mañana durante la pasada primavera, cuando el cartero gritó desde la puerta:

—Señora, una carta para la señorita Ximena.

Aun antes de ver la carta, supe que el papel crujiría; supe que la escritura se esparciría en un embrollo de curvas y adornos. "¡Oh, no! —pensé desesperada—. Otra carta de tía Dolores."

Las cartas de tía Dolores habían causado estragos en la niñez de mi hijastra. ¿Durante cuántos años había yo luchado contra esas cartas?

Recuerdo la primera misiva que tuve en mis manos. Catorce años atrás, durante la primera semana de mi estada en la universidad.

No recuerdo por qué fui a la estación del ferrocarril esa noche. Fué, probablemente, para hacer un llamado telefónico a larga distancia. Fuera la razón que fuere, la olvidé cuando mis pasos hicieron eco a lo largo de la sala de espera y escuché el gemido de un cachorro.

Traté de pasarlo por alto, de no escuchar el ruido. En la pensión donde yo vivía no se aceptaban animales vagos.

El perrito gimió nuevamente.

Mi mente discutió con mis pies: "Tendrá pulgas, saltará a tu cama. Tratarás de deshacerte de él. Moverá la cola y te dará pena."

Pero mis pies ganaron la discusión. Me llevaron al rincón, detrás de un banco de respaldo alto. Vi a una criatura encogida en el banco sosteniendo en sus brazos a un perrito negro. ¿Qué estaba haciendo allí sola? No podía tener más de seis años. Me arrodillé junto a ella, preguntándome si podría despertarla sin causarle miedo.

El cachorro se retorció y se puso alerta. Los ojos verdes de la niña se abrieron y luego se cerraron en forma soñolienta.

—Tía Dolores —exclamó lanzándose a mis brazos, mientras sus oscuros crespos me cosquilleaban en la barba—. ¡Tommy, llegó! ¡La tía Dolores está aquí! ¡Yo te dije que esta vez vendría!

muchos sufrimientos, pero

ia de Mariana dió

joven la llamo mamá.

a quien había conocido en la recepción de la facultad?

Cerré los ojos para rememorar la confusión de luces y las caras de gente extraña, de millares de personas extrañas. Nuevamente escuché las voces de las mujeres conversando, y el murmullo de los hombres discutiendo todos sobre el mismo tema: "¿Así es que usted es Mariana, de Economía Doméstica? ¡Bien, bien! ¡El camino hacia el corazón del hombre!"

Sí, había conocido al doctor Lynn cuando estábamos tomando el café. Era un hombre alto y rubio, que había llegado tarde, y le había sonreído a la matriarca que presidía el café.

—¡Hola, Pepita! Dame uno bien cargado, por favor.

Pepita, que era una señora encantadora, y la viuda del anterior presidente de la universidad, nos presentó. El doctor me sonrió.

—Economía Doméstica, ¿eh? Entonces enséñeme a sus alumnas a hacer sandwiches del porte del hombre.

No me pareció la clase de hombres cuya hijita anduviera sola por las calles después de comida. Alguien me había dicho que era viudo, pero con seguridad debía tener una ama de llaves.

Marqué su número. No obtuve respuesta. ¿Qué podía hacer? Me aterró la idea de tener que llevarla a mi pensión. Tuve un repentino impulso de llamar a la señora Pepita para hablarle al respecto.

—¿Puede tomar un taxi? —me preguntó—. Entonces, tráigala para acá. Juan vive en la casa del lado.

Cuando volví de la cabina del teléfono, aún había esperanzas en los ojos de Ximena.

—¿Encontró el tren de tía Dolores? En ese instante me vi obligada a decirle que el último tren ya había pasado y que debía llevarla a su casa. Al mencionarle el nombre de la señora Pepita, el rostro de la criatura se iluminó.

—Ella me gusta —exclamó, jugando con el botón de mi chaleco—. Usted también me gusta. Sus ojos se preocupan de mí, como los de Tommy.

El perro le lamó la mano, y la niña posó la mejilla en su pelaje.

—Mi querido Tommy —lo arrulló—. ¡El sí que me quiere!

Pepita nos estaba esperando en la puerta de la casa del padre de la niña. Era una casa blanca, estucada y tan acogedora como los Tribunales de Justicia.

No hablamos hasta que hubimos alimentado y acostado a Ximena en un dormitorio lleno de juguetes y en cuyas paredes habían cuadros represen-

tando cuentos de hadas.

Luego, Pepita me guió a los bajos, a través de un living immaculado, a lo largo del comedor y hacia una cocina que brillaba como una porcelana. Ahí, colocó leche sobre la mesa.

—Qué rancho más inhospitalario, ¿verdad? La idea de Amira para un perfecto arreglo con belleza. Ella era la madre de Ximena. Dolores es su hermana.

Mostrando la botella de leche, añadió:

—Caliente un poco para Tommy, por favor. Estoy tan furiosa, que creo que, si lo hago, la dejaré quemarse.

Y se levantó para dirigirse al teléfono. Tommy desparramó la leche en el suelo, y chapoteó alegremente.

En el teléfono, Pepita descubrió lo que había sucedido. La ama de llaves tenía los viernes libre. Rosalía, una alumna del doctor, se había comprometido a ir a buscar a Ximena al colegio y a quedarse con ella toda la tarde, hasta que el padre de la niña terminara sus clases.

Yo podía escuchar la angustiada explicación de Rosalía. Ximena la había telefonado esa mañana para decirle que no la fuera a buscar, pues iba a pasar toda la tarde con su tía Dolores.

Pepita le aseguró a Rosalía que no tenía de qué preocuparse, y luego colgó el fono.

—Querida Dolores! Veamos esa carta. —Sus negros ojos recorrieron esas pocas líneas—. ¡Devotamente, tía Dolores! ¡Hace dos años que murió la madre de la niña, y la devota Dolores no ha venido jamás a verla! —Su sonrisa no demostraba alegría alguna.

Juan tuvo suerte al perder a su esposa. Ahora si sólo pudiera perder a esa cuñada... Le impresiona, ¿no es así? Pero es la verdad.

Escuchamos abrir la puerta de calle, y ella llamó:

—¿Juan? Estamos acá.

Juan Lynn se dirigió a la cocina con la mirada fatigada y el pelo en desorden. Saludó a Pepita sin sorprenderse, y me sonrió ligeramente.

—Buenas tardes. A usted la conozco, ¿no es así?

Abrió el refrigerador y añadió:

—¿Me acompaña a comer algo? Pollo, jamón y tomates son excelentes para comenzar.

—Mar ana lo hará —comunicó Pepita—. Siéntate.

Trinché el pollo, el jamón y los tomates, y puse a calentar agua para el café, mientras Juan escuchaba a Pepita. Luego, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Si algo le hubiera sucedido... Mariana, ¡es usted maravillosa! Cómo supo hacer lo indicado...

Pepita sirvió el café.

—Ahí es donde entré yo en escena. Pero, si no me quedo a cuidarlos, tendrás que hacer de ella una mujer honesta —comentó Pepita en broma.

Juan rió también y comenzó a comer. El domingo en la mañana me llamó por teléfono.

—Ximena qu'ere que vaya de paseo

(Continúa en la pág. 13)

Un maquillaje que perdura

Si usted tiene cutis seco, aplique crema líquida de Dana y luego Danamask, el polvo maquillador de moda.

Danamask envuelve su rostro en una fina capa invisible.

Usted sale con la seguridad de tener un maquillaje armonioso que perdura...



Danamask
M.R.
POLVO MAQUILLADOR

EL PODER DEL SONIDO



Todo aquel que haya leído la Biblia recordará la descripción de la toma de Jericó: sonaron las trompetas, y las poderosas murallas de la ciudad fueron despedazadas. Este pasaje bíblico, según parece, presagió una era que, como creen ahora algunos científicos, ya casi ha llegado. Una era en la que de nuevo el sonido revelará su poderio latente. Esto será presentado mediante el estudio de la sonoquímica, de acuerdo con el Dr. R. Yeager, director técnico del Laboratorio de Investigaciones Ultrasonicas de una universidad norteamericana. La sonoquímica es una ciencia que estudia los efectos químicos de las ondas sonoras. Explica el doctor Yeager que por medio del uso de ondas sonoras a frecuencias demasiado altas para que puedan ser escuchadas por el oído humano, es posible presentar cambios químicos de significación. Por ejemplo, el agua común puede ser transformada en peróxido de hidrógeno, la substancia que se emplea para el blanqueo. Y, de acuerdo con el mencionado investigador, estas ondas supersónicas pueden emplearse para homogeneizar la leche, para preparar pinturas y hasta para sostener sobre el agua el mercurio, uno de los metales más pesados. El sonido puede despedazar las partículas de los líquidos en partes tan diminutas, que éstas parecen poder desafiar a la gravedad. Así es que las soluciones que tienden a separarse en capas pueden hacerse uniformes u homogéneas.

LA MUSICA AYUDA A LA ODONTOLOGIA

Los dentistas saben que el propio sonido de la máquina es la causa de muchas de las agonías que se sufren en la silla dental, más que el dolor en sí, aunque pocos de nosotros podemos convencernos de eso.

Para tratar de distraer a sus pacientes del ruido atormentador, muchos dentistas modernos han instalado radios en sus consultorios para que la música calmante aminore la tensión. No obstante, cierto dentista no estaba satisfecho con esto y no se conformaba con el procedimiento. "Suponíamos que no me interesaba estar escuchando música mientras trabajo —dijo—. ¿Debo oír de todas maneras?" Para resolver su problema, este dentista ha diseñado un pequeño par de audífonos que pueden instalarse directamente en el apoyo para la cabeza de la silla dental y dejarlos conectados a un radio o a un tocadiscos. De este modo, el paciente puede hacer descansar sus nervios bajo el suave influjo de la música y el dentista no se distraerá mientras trabaja.

DIAGNOSTICOS POR TELEFONO

En el pasado se ha perdido un tiempo precioso debido a que los médicos de zonas aisladas o de hospitales mal equipados no han podido diagnosticar con exactitud las enfermedades del corazón. En esas condiciones, ha sido necesario que los pacientes tuvieran que ir a consultar a un especialista de algún centro médico o que fueran enviados al especialista electrocardiogramas de los impulsos eléctricos del corazón. Tres médicos transmitieron recientemente, con éxito, los latidos del corazón de un paciente por medio del servicio telefónico de larga distancia, dando así lugar a un diagnóstico exacto de la enfermedad. Los electrocardiogramas son convertidos en ondas sonoras, que son transmitidas por teléfono. En el lugar donde se reciben esas ondas sonoras las escuchan o las convierten de nuevo en gráficos para que las estudie el especialista.

haya cambiado diecisiete veces, tendrá la alegría más grande de su vida. La plenitud de sus sueños. ¡El triunfo!

—La vida es injusta —dijo Lord Eversham zumbón—. Usted, nuestro gran escéptico, está escuchando la más brillante de las profecías.

—Ridículo —gruñó Conway.

—¿Qué más puede decirnos? —preguntó Barta entre irónico y furioso.

—Que la mujer que usted amará jamás será suya.

—¿Y qué le dice a nuestra joven acompañante?

La pitonisa y los cuatro hombres me miraron.

—Encontrará paz en su trabajo. Ella necesitará de mucha paz.

Afortunadamente, Hamilton la interrumpió indicándole a sí mismo con la pipa.

—¿No soy yo también interesante?

—No —respondió la pitonisa mirando a Conway.

—Tengo miedo de este hombre fuerte.

Lord Eversham le dio una libra. Ella la tomó, arrugó el billete, lo dio vueltas y dijo:

—Esto es demasiado, el precio es sólo diez piastras.

—Todavía existen en Egipto los cuentos de hadas —murmuró Hamilton suavemente en el oído de Conway.

A la mañana siguiente me despertó un mensajero que me traía una carta. Era de Barta. ¿Podía reunirme con él esa tarde en Gropi? Quería que le contestara por teléfono. Puse la carta sobre el escritorio. No sabía qué contestarle y seguí el consejo de mi padre: "Deja las cosas a un lado, pero no las deseches".

Como tenía dos horas disponibles, saqué mi diario y escribí. De pronto tuve dudas de toda esta experiencia, pero a menudo me sucedía eso. La verdad es un arte difícil de manejar.

¿Qué piensa un artista cuando pinta su propio retrato? ¿Y el escritor que escribe su propia biografía? El arte es diferente a la verdad. Es difícil conciliar con ambos sin ofender a ninguno.

Tal vez habría tenido éxito expresándome. Pero realmente, ¿qué sabía de Conway, de Hamilton, de Barta y de Lord Eversham? ¿Cómo podía escribir una confidencia que se le iba a ofrecer al público? ¿No duda el escritor ante cada superlativo? ¿La mujer más hermosa de Francia? ¿Qué pensar de las otras que lo eran menos?

Sin embargo, escribí, aún usando superlativos. Luego fui donde Conway, tal como me había dicho la tarde anterior. Estaba de pie junto a la ventana y no me oyó entrar. Se veía bien y atento, confiable y leal. No podía ver su cara, pero presentaba todo esto en su actitud.

—Buenos días —le dije con voz fuerte.

Se dio vuelta y me miró fijamente.

—Iremos al museo —me respondió—. Lord Eversham se va para Alejandría a las ocho. No le dictaré hoy.

Se caló el cucalón que sacó del closet y me hizo salir rápidamente de la pieza. En el automóvil me comentó:

—Lady Eversham ha sido picada por un insecto. Telefoné en la mañana muy temprano.

Ya conocía lo suficiente al señor Conway como para no hacer ningún comentario. Ninguna cosa asociada con el Gropi debía salir del silencio.

—Conque así.

—Sí.

Esto fue todo lo que hablamos hasta llegar al Museo. En el hall de entrada, frente a una esfinge de diorita, me dijo que paseara sola durante un par de horas. El estaría ocupado en los altos con el director.

—¿Dónde me encuentro con usted? —le pregunté.

—En cualquier parte del Viejo Imperio —me respondió.

Previamente me había informado respecto al museo a través de ilustraciones, estatuas, alabastros y bronceos. Había leído libros sobre Egipto, y creía que lo sabía todo. Cuando fui a este museo me trastornó totalmente. No era un museo, no era una colección de piedras muertas y estatuas, no era un plantel educacional para reconstruir el pasado ni un terreno inundado de ambiciosos excavadores y benefactores. El museo egipcio en El Cairo es vida —vida de hace trescientos o cuatrocientos años—, pero vida igual a la nuestra.

De pronto me detuve frente a Chefrén y Cheops y Senofer, y viví con ellos. ¿Cómo me miraban esas caras! ¿Qué querían decir esas esfiges? ¿Qué habían hecho? Aquí no era cuestión de arte, era la vida que habían vivido. Fe, ambición, amor, matrimonio: culto a la muerte, culto a la vida. Cruzé el hall en la punta de los pies, no había tocado nada, pero lo sentía todo. Me daba cuenta de la enorme tarea que tenía por delante y sospechaba los problemas que me acarrearía.

El enorme Ramses estaba de pie a mi lado, alto y poderoso. ¿Por qué cosa pequeña me había preocupado momentáneamente!

Los halls estaban marcados con letras. El hall A conducía hacia los antiguos descubrimientos; B y C, a los de la Segunda y Tercera Dinastía; D, a la cuarta; y así sucesivamente hasta llegar al Nuevo Imperio.

Recorrí todo sin detenerme. Los detalles los quería gozar después.

Pero me tuve que detener en el hall D. Allí me encontré con el Príncipe Rahopt y su mujer, ambos en piedra pura y lisa, ambos pintados alegremente al estilo de la Cuarta Dinastía. Contemporáneos del Rey Senofer; contemporáneos de Cheops, el constructor de la pirámide de Gizeh, veintisiete años antes del nacimiento de Cristo.

¿No había visto recientemente al Príncipe Rahopt y a su mujer en el auditorio de un teatro de Londres, París, Berlín o alguna otra ciudad moderna? Aquí estaban sentados, fríos, superiores, arrogantes, desinteresados, una pareja que no había dejado nada por decirse el uno al otro, pero que simbolizaba la hipocresía de una institución social que jamás había cambiado y que tal vez jamás cambiaría.

Me quedé frente a ellos y conversé con ellos, pero no me respondieron. Helados, carcomidos, inacercables, llenos de polvo, ellos, el modelo del convencionalismo y del apareamiento, me miraban como a través de los siglos habían mirado a sus vecinos más próximos, el sacerdote Ranufer y al constructor Ti de Sakkara.

Su aproximamiento era mentira porque la profundidad de su santidad los había separado. Miraban fijamente hacia el futuro, y este futuro no unía sus destinos.

Así, cada uno de ellos, sentados sobre un trono, tal como habían vivido, uno al lado del otro, separados por sólo cinco pulgadas de distancia; así fueron encontrados cincelados en nivea piedra en sus tumbas.

La piel del Príncipe era más oscura que la de su mimada esposa, quien se resguardaba de los rayos del sol. El único vestido del hombre era una túnica blanca. Su cabeza estaba también desnuda, sin corona y sin una barba protectora. Los antiguos egipcios no tenían un símbolo de majestad para un príncipe que no tuvo leyes. Así Rahopt usaba nada más que una fina cadena de oro alrededor de su cuello, lo cual lo hace verse más afeminado de lo que le gusta. Su brazo derecho descansa tieso sobre su pecho y tiene la mirada en alto, hacia adelante. No es una mirada ni inteligente ni penetrante. Probablemente, era una criatura decente, que hizo lo que se esperaba de él, pero que no se alteró por su propia iniciativa. Su nariz era tan derecha como su conducta. La princesa parecía difícil saber qué la preocupaba más, su ego o su marido. Era tiránica, pero indecisa. Su cara tenía un maquillaje que cualquier mujer envidiaría. Las cejas, finamente depiladas, los ojos de un azul claro, largas



El embrujo de Egipto

(Continuación de la pág. 9)

y sedosas pestañas, mejillas suavemente pintadas, pelo negro como el carbón, con una chasquilla sobre la frente. Su belleza oscura estaba coronada con una tiara de oro delgado que estaría de última moda en París. Su boca, a pesar de estar fuertemente cerrada, no disimulaba su fastidio.

Esta boca ciertamente no se reía a menudo ni daba alegría. Ella era seguramente lo bastante inteligente como para estar consciente de su deber y no ser vulgar, aunque quisiera serlo. Su boca no incitaba al beso. Tenía las comisuras hacia abajo, con un gesto más despreciativo que enojado, porque nunca se sentía satisfecha.

El único adorno de su vestido blanco era un collar de cuatro vueltas; rojo azulado, dorado, negro y verde. Hermoso en forma y color y elegido con cuidado como todo lo que poseía la princesa.

El señor Conway me encontró frente a Rahopt y Nefert. El comprendió sin necesidad de explicaciones. En seguida me llevó al hall siguiente y me mostró una familia diferente, que sonreía a todo el que se le acercara. Eran gentes sencillas de la Cuarta Dinastía, contemporáneos de Rahopt y Nefert; padre y madre tomados de la mano y dos hijos inclinándose amorosamente hacia ellos. Cada vuelta de la cabeza, cada movimiento de su brazo decía: "Nos pertenecemos". —Me gustaría contarle su historia —me dijo el señor Conway.

Lo miré queriendo decirle algo, pero él se dio vuelta murmurando que debíamos volver inmediatamente al hotel. Debeaba escribirle a Lord Eversham y contarle el resultado de su conversación con el director del museo.

(CONTINUARA)

¿QUE DICEN TUS OJOS?

Cuando te presentan una persona, lo primero que observas es su apariencia general, incluyendo su rostro. Después llegas a la llave más importante de su personalidad: los ojos.

Desde tiempos inmemoriales, los poetas, los escritores, los filósofos y los artistas han considerado los ojos como el signo más expresivo e importante de la personalidad. Y así es.

Hay muy pocos hombres o mujeres famosos cuyos ojos no hayan sido extraordinarios. Leyendo biografías: "Sus ojos tenían la fuerza de dos rayos", o, "Sus ojos eran grises, fríos y brillantes, eran los ojos de un conquistador anglosajón".

Si los ojos contribuyen tanto a la personalidad, tú debes realizar los tuyos para que "tu personalidad" tenga

la ventaja de su ayuda inapreciable. "¿Realzar los ojos?", dices tú. "¿Por qué no?"

Los ojos extraordinarios o bellos de Lord Byron o de Ninon de Lenclos, fueron, en verdad, dones de la naturaleza, pero el verdadero poder magnético de los ojos viene no de su color o tamaño, sino de lo que se demuestra a través de ellos.

El ojo, más que cualquier otro órgano del cuerpo, es el que refleja las condiciones del cuerpo y del espíritu. Refleja la energía mental y física, y también refleja las debilidades, la cobardía y la falta de espiritualidad, además de una serie de otras destructoras cualidades de la personalidad.

Durante una enfermedad, parece que los ojos se achican y empalidecen. El

miedo, las inhibiciones y los odios también se demuestran en los ojos. Pero, por un mecanismo inverso, las emociones positivas, tales como el coraje, la amistad y la fe, los hacen crecer y brillar. La primera regla, entonces, para mejorar tus ojos, es pensar cómo sacarles más ventaja. Substituye las emociones malas por las positivas. Recuerda que los ojos revelan mucho de ti; asegúrate de que esto sea digno de alabanzas...



El papel de la...

(Continuación de la pág. 11)



con nosotros. Dice que la quiere tanto como a Tommy.

El miércoles apareció en mi laboratorio.

—Ximena dice que tendremos helados esta noche, de dos clases... blancos y rosados. Pepita estará de respeto, así es que aún no tengo que hacer de ti una mujer honesta.

El jueves y el viernes y el próximo domingo, y muchos otros...

Pepita estuvo a nuestro lado cuando nos casamos.

Durante dos años las cartas de Dolores me fueron indiferentes. Juan las guardaba en su dormitorio, bajo llave, sin abrirlas.

—Si llega a venir Dolores, le diremos a la niña y se las dejaremos leer. Por ahora, se ha olvidado de esa mujer.

Pero Ximena no olvidaba a la anciana. Me di cuenta de ello cuando nació el pequeño Jaimito. Recuerdo una mañana cuando estaba tendido en mi faldita, jugueteando con su mamadera. Recuerdo a Ximena, de pie a mi lado, trazando una y otra vez el diseño de una silla con un dedo.

—Ojalá... —murmuró—. Ojalá tía Dolores me llevara con ella a una visita bien, bien larga, mamá. Lo suficiente como para que Jaimito esté grande como para irse.

Carraspeé, tranquilicé a Jaimito con una mano, y con la otra la abracé.

—Pero, linda, tú sabes que te echáramos de menos.

—Mi papá no. El siempre dice "Cuando Jaimito crezca"... Nunca habla de cuando yo sea grande.

Elevé una plegaria rogando poder decir lo correcto.

—Por supuesto que no habla de cuando tú seas grande... Ya eres una persona adulta. Has sido suficientemente grande desde que te conocí.

Ximena no sonrió. Sus ojos me estudiaron. Finalmente suspiró y acercó su cara a la mía.

Esa noche invadí el estudio de Juan dando un portazo.

Mi marido dió un salto, desparramando todos sus papeles.

—Mariana, ¿qué ha pasado?

Yo había planeado con cuidado la for-

(Continúa en la pág. 16)

ACEITE "LA REINA"

En su **NUEVO**
envase



Calidad garantizada
Pureza absoluta
Contenido exacto
Sabor uniforme

Distribuidores exclusivos:

Ibáñez y Cía.



FABRICA NACIONAL DE ACEITES, S. A.



¿QUE capricho absurdo me había impulsado a bajar hasta la playa? Desde lo alto del acantilado había divisado allí a esa hermosa rubia —tan distante y reservada— con quien había tratado ya varias veces de entablar conversación. Estaba sentada sobre la arena, justamente bajo la chimenea por la cual tenía la intención de deslizarme. "Estará obligada a reparar en mí", me dije, mientras me dirigía a la ranura que me conduciría oblicuamente hasta el abismo. Muy pronto comprendí que había cometido una grave imprudencia. Más o menos en la tercera parte de la pendiente, la pseudo chimenea se ampliaba excesivamente. Debí proseguir cogiéndome de la pared izquierda, que se volvía cada vez más vertical. A unos doce metros del suelo fui a dar a una pequeña saliente, en la cual había sitio justo para colocar mis pies. Era imposible continuar. En cuanto a volver sobre mis pasos, no podía ni siquiera soñarlo... Desde el sitio en que me encontraba podía distinguir la figura de la muchacha. ¡La situación habría resultado interesante si hubiera encontrado el medio de salir de allí! Necesitaba la ayuda de alguien y sabía que nadie se encontraba en el acantilado. Tomé el partido de llamarla: —Señorita, ¿tendría la amabilidad de prestar ayuda a un excursionista en apuros? —grité. —¡Ah! ¡Es curioso! —respondió, sin preocuparse—. ¡Y todo porque ha encontrado un nuevo medio de importunarme, haciendo de vencedor del Himalaya!... Pero le prevengo que conmigo eso no resulta. —Le juro que no tengo segunda intención y que no sé en qué forma salir de esto. Si quisiera ir hasta el pueblo y avisar para que vengan con cuerdas. Estoy seguro de que no podré sostenerme mucho más sobre esta cornisa, que ya siento crujir bajo mi peso. La joven se incorporó, se dio vuelta hacia mí y examinó con aire incrédulo mi difícil situación. —¡Y bien!... ¡Es verdad! Se encuentra usted en una mala posición —exclamó—. ¡No va a resultar fácil sacarlo de esto! ¡Qué imprudente! El tono condescendiente me molestó: —No tendría necesidad de nadie si este condenado declive fuera menos marcado. ¡No me tome, sin embargo, por un novato! Formo parte del Club Alpino e hice mi servicio en paracaidas. Pero aquí donde me encuentro, ni un as de la montaña sería capaz de sacarme. Me tienen que tender desde arriba una cuerda de unos diez metros... —No necesitará una cuerda —dijo—. Si tuviera usted tanta destreza y sangre fría como impertinencia... Estaba en una situación desfavorable como para replicar lo que debía. Por lo demás, ella había escalado ya las rocas y se había izado con una extraña agilidad a lo largo de la pared. —¡Cuidado, señorita! —grité—. Mucho habríamos avanzado si se rompiera la cara... ¡Lo cual sería, sin duda, una lástima! —¡Son ustedes incorregibles! —murmuré. En ese momento me di cuenta de que tenía un ligero acento extranjero. Ya no veía el esbelto cuerpo bronceado, que me escondió ahora el declive. Pero pronto el hermoso rostro despreciativo apareció... a nivel mío, al otro lado del hueco. —Escuche bien, señor Matamoros. Va a coger mis manos y a suspenderse. Yo me encargo del resto... —Eso me parece muy complicado. El espacio es demasiado ancho. Temo por usted. —¡Guarde su temor para mejor ocasión!... y haga lo que le digo —dijo la voz burlona—. ¿Está listo? Di un grito. El busto de la muchacha se balanceaba en el vacío. —Tranquilo, ¡vamos! Para mí esto es un juego de niños. Audazmente, se sostenía con las rodillas, como en una barra fija, en el tronco de un pino marítimo, plantado casi horizontalmente en la mitad de la altura de las rocas. Balanceaba el busto en el abismo, las manos extendidas hacia mí. Comprendí la maniobra y quedé estupefacto, a la vez que maravillado. Para concebir y tener éxito en un movimiento tan acrobático a diez metros sobre el mar, se precisaba una habilidad extraordinaria. ¡Y también un espléndido entrenamiento! Sin vacilar más, avancé doblado en dos y tendí mis brazos a mi vez. Y en cuanto las manos de la intrépida escaladora estuvieron a mi alcance, me dejé llevar y las cogí al vuelo. Por un segundo estuve suspendido en el abismo cogido de ese cuerpo pueril, de esas piernas frágiles. Pero su balanceo era admirablemente calculado, y, sin saber cómo, aterricé en la pared opuesta, a la cual me cogí con facilidad. Tuve justo el tiempo de asegurar mi equilibrio, pues la muchacha había bajado tras de mí. Algunos minutos después, y llegábamos juntos a la playa... —Vamos, que esto le sirva de lección, pues no siempre va a tener la suerte de encontrarse con una trapeicista... —¿Una trapeicista? —repetí—. ¡Ahora comprendo su maestro!... Recordé entonces algunos afiches que había visto la semana anterior: "Un número sensacional: Luz y Mario".

UN

—Ya sé. Es usted la estrella del circo "Buffalo Bill".
—¡La estrella!... pero después del malabarista japonés y del domador de tigres.

Me confundí en felicitaciones y agradecimientos.

—Es usted muy gentil —sonrió Luz—. Pero ahora tiene que dejarme tranquila. Fui voluntariamente en su ayuda, porque es lo menos que se puede hacer cuando alguien tiene su vida en peligro... ¡aunque sea a causa de una tontería! Pero debe saber que me encuentro aquí en cura de reposo. Si quiere demostrarme en alguna forma su agradecimiento, como dice... ¡déjeme en paz!...

—Lo haré de buen grado, aunque, a pesar mío, si me convengo de que mi presencia puede molestarle... Pero experimento hacia usted tal admiración y gratitud, que le pido permiso para sentarme a su lado. Le prometo no hablar, si ése es su deseo... Verá cómo sus nervios no se resienten con esta cura de amistad... Como la joven me miraba con la frente arrugada, me presenté:

—Renato... estudiante de farmacia.

Ya se había roto el hielo, y Luz no intentó siquiera despedirme de nuevo. Conversamos alegremente toda la tarde, tan pronto tendidos sobre la arena, tostándonos al sol, o corriendo por la playa como dos niños.

Supe que mi nueva amiga había nacido en España, de padres acróbatas, quienes le habían enseñado su oficio. Los infelices habían muerto en el curso de una gira por Norteamérica, con el mismo circo "Buffalo Bill". El número de Luz y Mario habría sido exento de todo peligro, aunque impresionante y espectacular, si el compañero de la joven, un checo taciturno, no se hubiera enamorado secretamente de ella. Desde ese momento tenía menos seguridad en los reflejos del muchacho. Algunas semanas atrás, justamente antes de sus vacaciones, ambos artistas habían tenido una amplia explicación.

—Ahora sabe que le está prohibida toda esperanza y me ha prometido echar fuera de su mente esos sentimientos ridículos. Así, todo ha vuelto, afortunadamente, a la calma...

La interrogué sobre los peligros de su oficio. Me respondió con animación, mientras le brillaban los ojos. Poco a poco descubrí bajo su apariencia de frialdad un ser entusiasta, cuya alma había guardado una deliciosa frescura.

Fuera de su número, del entrenamiento minucioso y encarnizado al cual la obligaba su trabajo, fuera de la vida pintoresca y familiar que llevan las "gentes de paso", Luz no tenía más complicaciones ni malicia que un niño. Conseguí inspirarle confianza, demostrándole toda la sencillez y gentileza que me fué posible. Para decir verdad, no tenía el menor mérito, pues me gustaba cada momento más. Después de esa tarde maravillosa, la fui a dejar al hotel.



NUMERO PELIGROSO

y nos dimos cita para el día siguiente. En la noche, el tiempo se echó a perder, en tal forma, que a la hora convenida no vi llegar a la deliciosa bañista que había dejado la vispera, sino que una muchacha muy elegante, vestida con un traje sastrero gris, y cuyos ojos oscuros se iluminaron al divisarme.

Ese día fuimos a comer juntos a una quinta transformada en restaurante, desde donde podía verse un gran trozo de playa, mar y cielo. Llovía a cántaros, pero me parecía que eso nos daba lo mismo. Fué el turno de Luz para interrogarme. Contrariamente a la mayoría de las mujeres, no le agradaba hablar de sí misma. Su interés se demostraba con una curiosidad insaciable hacia todos los episodios de mi infancia.

En pocas horas le conté más de lo que había dicho a todos los seres que conocía. Me pareció de pronto que mis veinticuatro años no tenían otro fin que ser ofrecidos, en medio de ese relato perfectamente sincero, a la bella española que me había salvado posiblemente de la muerte y que me escuchaba ahora con tanto interés.

En la noche siguiente hubo en el hotel una fiestecita. Contemplé a Luz con un traje de noche blanco y plata. Pero me sorprendió ver que esa hija de Andalucía, que esa artista cortejada, no sabía bailar. La saqué del salón, donde evolucionaba una juventud algo vulgar en medio del ruido de los pick-up, y la conduje hasta la playa. Cogida de mi brazo, Luz vacilaba con sus tacones altos. Y esa fragilidad me impresionaba aún más por provenir de una artista acrobática. De pronto la luna desapareció tras una nube. —¿Tienes frío? —le pregunté, apretujándola contra mí—. ¡Estás temblando!

—No...; estoy contenta.

La cogí por los codos y levanté hacia mí su rostro de veinte años. Nuestros labios se unieron cuando reapareció la luna, de manera que ese beso infinito estuvo asociado

al espejismo de la arena y al brillo del mar. No dije a Luz que la amaba, y ella tampoco lo hizo. Nuestros corazones se habían comprendido apasionadamente.

—Cuando te vi de pie sobre mí, a mitad de camino sobre las rocas, una voz me advirtió que allí comenzaba mi destino —murmuró.

—¡Ya ves! —embromé—. Sin embargo, tenías un aire terriblemente despreciativo.

—¡Tenía que disimular!

La semana siguiente tuve que experimentar una prueba terrible: asistí al circo y a las evoluciones aéreas de mi amiga.

Mientras que la joven y su compañero volaban de un trapecio al otro, sobre el público estupefacto y entusiasta, creí que mi corazón dejaba de latir. Las palabras de Luz no me habían dicho lo que eran esos ejercicios, en los cuales el menor error, la menor vacilación, podían costarle la vida. Su compañero era un muchacho esbelto y nervioso, de pelo liso y cuidadosamente peinado. Al igual que Luz, llevaba una malla bordada con lentejuelas de mil colores, lo cual le daba el aspecto de aves del paraíso. En cuanto terminó el número corrí hasta el camarín de la trapecista. —¡No quiero que sigas en este trabajo! ¡Es un verdadero suicidio!

Una fresca carcajada me respondió:

—Un bluff, mi amor, ¡únicamente teatro! —dijo Luz, besándome tiernamente—. Te repito que el número produce efecto; pero en realidad no es peligroso.

—¡No lo he visto muy bien! —protesté—. Luz, ¿quieres que pase todos los días temblando por tí?... No, no, tienes

(Continúa en la pág. 20)

DISTRIBUIDORA CHILE

Casilla 10091 - Santiago

LE OFRECE
REGALOS PRACTICOS
PARA NAVIDAD



ART. 27
Placa grande con
piedras.

\$ 120.-



ART. 179
Aros de fantasía.

\$ 200.-



ART. 530
Aros dorados, color
oro.

\$ 30.-



Art. 19.—Aros
camafeo, con
perlas.

\$ 280.-



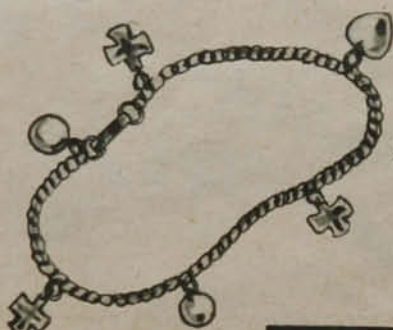
ART. 17
Aros con perla y ca-
denita dorada.

\$ 240.-



ART. 39
Prendedor, canasto
con piedras.

\$ 60.-



ART. 35
Pulseras para seño-
ritas.

\$ 100.-



Art. 24.—Collar
tejido, de perlas
blancas.

\$ 400.-

ART. 25
Collar tejido con
perlas blancas.

\$ 380.-



ART. 5064
Llaveros.

\$ 50.-



ART. 545
Aros con perlas.

\$ 65.-



Espejo redondo
material plásti-
co.

\$ 25.-

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y
PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y
MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.

ma de abordar el tema. En lugar de
ello, balbuceé:

—Te voy a multar por cada vez que
repitas la frase: "Cuando Jaimito sea
grande..." —y le conté lo que había
sucedido.

Se rió entre dientes, y luego se puso
serio. Poniendo la mano derecha so-
bre un alto de libros, prometió no re-
petirla nunca más. Eran libros de in-
geniería. Y mantuvo su promesa.
Cuando Tommy murió, Ximena dijo:
—No necesito otro perro. Ahora tengo
a Jaimito.

La algarazara que armaban dejó cicat-
rices en los muebles, en los dormito-
rios y en toda la casa, pero creí haber
borrado las cicatrices en la mente de
Ximena. Parecía haberse olvidado de
Dolores. Yo sí que la olvidé, excepto
cuando llegaban sus cartas. Cuando
Juan salió de viaje, yo me preocupa-
ba de guardarlas bajo llave sin abri-
rlas.

Un día estaba yo preparando el al-
muerzo. Jaimito —tenía ya cinco
años— construía algo en el suelo de
la cocina. Ximena llegó del colegio
radiante de alegría a decirme que Nor-
ma, su mejor amiga, había ganado el
campeonato de basquetbol del colegio.
Sonó el timbre. La niña se detuvo en
medio del relato para decirme que ella
atendería la puerta.

Jaimito se levantó cual rayo, gritando:
—¡Yo voy! ¡Yo voy, mamita!

Ximena rió y se dirigió a la puerta de
calle seguida por el niño. En el living,
se las arreglaron para volcar una me-
sa y una lámpara.

Oí abrirse la puerta. Dejé de inmedia-
to lo que estaba haciendo, me limpié
las manos y me dirigí al living. Xi-
mena y Jaimito estaban jugando y se
olvidaron del timbre.

Cuando llegué a la puerta, afronté vi-
siones, orquídeas y Chanel N.º 5. El vi-
són, las orquídeas y el perfume pasa-
ron por mi lado y llegaron hasta Xi-
mena.

—¡Ximena, mi querida niña! ¡Por fin!
Dolores hablaba tal como escribía:
floridamente. Debe haber notado la
sorpresa en la cara de Ximena.

—Preciosa, ¿tú sabías que yo venía, no
es así? —Y se volvió para dirigirme
una mirada dura—. ¿O acaso no lo
sabía? Demasiado tarde recordé la úl-
tima carta sin abrir.

—Se lo estaba reservando como una
sorpresa —logré balbucear débilmen-
te—. Yo creo que la sorpresa es mu-
cho mejor que la desilusión, ¿no cree
usted?

Eso fué suficiente. Sus labios se con-
trajeron; y sus pálidos ojos se achica-
ron. Ahí supe que me había hecho de
una enemiga implacable.

Se dirigió de nuevo a Ximena.
—Sólo estoy aquí entre los trenes, mi
linda. Se suponía que tú estarías lista
para salir a almorzar conmigo. Ve,
preciosa, yo te ayudaré a vestirme.

Se dirigió al segundo piso, seguida por
la niña.

Yo di unos pasos tras ellas, pero mi
nariz me dijo que la leche ya había
hervido, y que se estaba quemando.
En mi apuro por llegar a apagar la
cocina desmoroné la construcción de
Jaimito, quien se puso a dar alaridos.

Cuando lo hube apaciguado y le esta-
ba dando el almuerzo, bajó Dolores
con Ximena.

La antipática mujer hablaba con su
tono habitual:

—¿Escuela Pública? ¡Pero, linda, qué
extraordinario! —Su mirada pasó por
mi hombro izquierdo—. Debemos apu-
rarnos. No tenía idea de que la niña
no iba a estar lista. Pero, por supuesto...
Sus labios hicieron un gesto despec-
tivo y sus cejas terminaron la frase.
No sé cómo describir por lo que pasó



El papel de la...

(Continuación de la pág. 13)

esa tarde. ¿Como podría hacerle comprender a Ximena? ¿Qué debía hacer? ¿Debía darle todas las cartas de Dolores, con todas sus promesas quebrantadas? ¿Sería cruel o caritativo? Eran casi las ocho cuando Dolores la trajo a casa. Era una Ximena transformada, que podía haber tenido dieciocho años, con ese traje sastre, el bolero de piel y los tacos altos. Antes de irse, Dolores le dijo:

—¿Cuándo es tu cumpleaños, preciosa? El 10 de abril? El mío es el 15. Con razón somos tan unidas. Para tu cumpleaños, mi linda, te mandaré hartos libros para que leas.

Y se marchó. Impresionada, Ximena se encaminó hacia la ventana y miró el taxi hasta que lo perdió de vista. Mi decisión fue rápida. Abri el escritorio de Juan y le pasé las cartas.

—Quiero que las leas por orden. Después...

Ximena las tiró deliberadamente al fuego y las dejó quemar. Luego sonrió con una especie de remota educación.

—No necesito leer las cartas. Tía Dolores me habló de ellas. Usted sabe que nosotras...; tía Dolores y yo...

—Su cejas terminaron la frase—. Por favor, no se preocupe, Mariana. No le importa que la llame Mariana, ¿verdad?

Subió corriendo a su dormitorio y no bajó a comer.

No sé a qué hora logré conciliar el sueño esa noche. Estuve tendida allí durante horas, imaginándome las dudas que tendría ella si usaría el traje sastre y el bolero de piel para ir al colegio, discusiones sobre el rouge, y los tacos altos.

Recuerdo la hora del desayuno en el día del cumpleaños de Ximena. Recuerdo haber observado a Ximena mientras abría los paquetes de regalos. Recuerdo cómo sus ojos verdes se agrandaban más y más, tanto, que su

rostro, por contraste, parecía achicarse. Llegó el cartero. Ella corrió a la puerta.

Recé: "Dios Santo, si tienes alguna influencia sobre esa mujer, haz que se acuerde".

Escuché los pasos arrastrados de Ximena por el hall. Dolores no se había acordado.

En la librería de la universidad había para vender obras con tapas de cuero. No era difícil imitar los garabatos de esa mujer. Escribí "a Ximena, con devoción, tía Dolores". Envolví los libros en papel plateado y amarré el paquete, con una cinta morada. Luego lo coloqué en la mesa, en el puesto de Ximena, sobre el plato.

A mediodía escuché desde la cocina. Escuché sus pasos, el sonido que emitió y el crujir de los papeles. Cuando el ruido hubo cesado, llevé los platos servidos a la mesa.

—¡Feliz cumpleaños otra vez, mi linda! Encontraste lo que llegó certificado para ti?

—Me gustaría que, cuando llegara un paquete a mi nombre, me dejara abrirlo a mí. Después de todo, ya soy grandecita... —Era el gesto típico de Dolores.

Después de eso, compré los regalos de Navidad y los del cumpleaños con suficiente anticipación como para tener tiempo de enviarlos al lugar donde se encontrara Dolores para que luego fueran devueltos a nuestro pueblo.

Mientras Juan estaba de viaje, jamás le mencioné el asunto de los regalos. Cuando volvió, tampoco se lo dije.

Después de las primeras emociones de su arribo, el golfo entre él y Ximena era demasiado ancho, y la unión entre él y Jaimito inconmensurable.

Los años trajeron una que otra carta de Dolores. No sé lo que pensaba de las continuas notas de agradecimiento de la niña. Dolores siempre contestaba encantada de saber de su preciosa niña. Quizá ni se acordaba que no le había mandado los obsequios.

Durante el pasado otoño, cuando Ximena tenía veinte años, se enamoró. Juan estaba furioso. La noche en que Ximena se lo comunicó, la hora de comida fue trágica.

Una vez más, esa noche, invadí el estudio de mi esposo para tratar de hacerlo comprender.

—Por favor, Juan. Ella necesita ocupar el primer lugar en la vida de alguien.

Hubo un largo silencio, y luego me dijo:

—¡Mujer, eres maravillosa! Esperamos en pie hasta que volvió Ximena. Juan le sonrió.

—Yo sólo soy un papá viejo, pero Mariana está de tu parte en lo del matrimonio joven. Su sonrisa tenía esa especie de remota educación.

—Por supuesto, así lo esperaba. Y subió a su habitación.

(Continúa en la pág. 25)



Mi mamá tomó Vitamaltina!

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el periodo de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DEBILES Y VIGORIZA A LOS SANOS

Compañía Cervecerías Unidas



—¡Apenas un peso! ¿Cuándo va a aprender este chiquillo a ahorrar dinero?

ISABEL la empe

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

ENTRE ACLAMACIONES, FLORES Y VITORES VIAJA FRANCISCO JOSE. DESPUES DE LA BODA LA JOVEN EMPERATRIZ SE ENCONTRA CON LA COMPLICADA IMPOSICION DEL PROTOCOLO Y A CAUSA DE SU ACOMPAÑAMIENTO A LA ACOMPAÑADA EN LOS PASEOS A LA ARCHIDUQUESA REPRENDE EN PUBLICO A LA EMPERATRIZ.



tra de Isabel, y la acusa de ser la causa de la prolongada ausencia del Emperador de su capital (y de su madre). Un día, Isabel encuentra en su pieza un extraño papel. Es reproducción de un panfleto antaño dirigido contra María Antonieta. Isabel lo lee: "La razón de vivir de una reina es dar herederos a la corona. La princesa que no da al mundo un hijo no es más que una extraña en el Estado y, una extranjera excesivamente peligrosa". Este panfleto es para Isabel como un dardo envenenado. Isabel en ese momento espera un hijo. Tiembla al pensar que sea de nuevo mujer... Vuelve a Viena, el encanto de Italia se ha esfumado. La Emperatriz encuentra Hofbourg y su et



El 5 de marzo de 1855, Isabel es madre. Da al mundo una hija que se llamará Sofía. Francisco José que, como todo el Imperio, esperaba un heredero, no puede ocultar su decepción. La decepción de Isabel será otra. De inmediato la Archiduquesa le quita a la niña y la hace educar en sus departamentos privados. Isabel no podrá ver a su hija más que una vez al día. La emperatriz se revela, pero esta vez Francisco José le da la razón a su madre que lo tiene totalmente aterrorizado.

El 17 de noviembre de 1856, Francisco José e Isabel parten hacia sus provincias italianas: Lombardía que pasó a ser de la Casa de Austria después de la guerra con España y a Venecia que le pertenece después del tratado de Formio. Pero los venecianos y los lombardos soportan con dificultad la dominación austriaca. Viena tiene un insoportable régimen de policía en Lombardía y Venecia. "Desde que ve el maravilloso panorama de Venecia, Isabel siente el encanto, la seducción, el sortilegio de la atmósfera italiana", escribe Paleólogo. La naturaleza y el arte, la poesía y su historia le remueven el alma. En esta vida nueva, ella no siente como en Viena, la angustiosa impresión de ahogo y aburrimiento.

La gracia de la joven Emperatriz hace maravillas sobre los italianos sorprendidos con su belleza. En todas partes recibe una acogida cariñosa. "En su legítimo orgullo de mujer y de



Emperatriz se siente halagada. Viéndola feliz y festejada, el Emperador la ama cada día más. Ella le demuestra en todo momento que la suavidad es mejor que el rigor. Y, a pesar de la sorda oposición del gobernador general, Radetzky, implacable verdugo del reino lombardo-veneciano, Francisco José toma medidas de clemencia.

Furor en Viena demuestra la Archiduquesa Sofía y la corte de hienas que la rodean.

Hace cinco meses que la pareja imperial ha dejado Viena. Isabel y Francisco José se embelezan con las delicias italianas. En la corte, la Archiduquesa Sofía se pone cada día más en con-

AUSTRIA

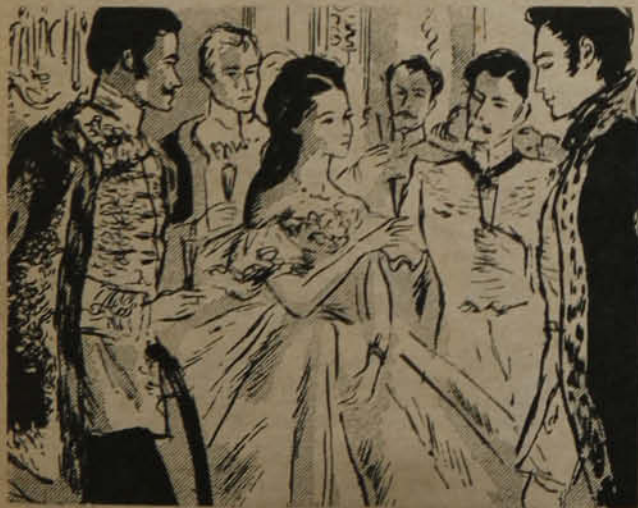
z errante

CASTILLO A VIENA PARA CASARSE CON EL EMPERADOR. ENTE MUY DESGRACIADA POR LA VIDA QUE LLEVA POR MINANTE ARCHIDUQUESA SOFIA. EL EMPERADOR ADORA LAS EN COCHE QUE SON LOS ESCANDALOS DE LA CORSCO JOSE NO DUDA EN TOMAR EL BANDO DE LA EM-



queta formalista, la Archiduquesa Sofia y su execrable carácter dominante. A Isabel le parece que Francisco José, tan tierno y afectuoso en Italia, bajo el yugo de su madre, se ha vuelto frío y altanero. Que Franz se aleje de ella en la situación en que se encuentra, Sissi sabe bien que es excusable. Pero su instinto le dice que hay algo más.

Un día en que ella ha ido despreciando el protocolo a tomar el té con una de sus damas de honor a Meyer, el pastelero de moda de Kaiserstrasse, Isabel ve a una hermosa mujer morena que devora con sus hermosos ojos de trizana al director de la orquesta. En la mesa del lado se habla de esta extraordinaria criatura. Y Sissi, con el corazón deshecho escucha: "Es la



Condesa Nina... aventurera italiana y la amiga del Emperador.

Algunos días más tarde hay una gran recepción en Hofbourg: la Archiduquesa Sofia presenta oficialmente a los soberanos a las nuevas damas de honor. Son seis. La Archiduquesa las ha elegido personalmente, con el cuidado minucioso que usa para todo. Sangre noble, una moral a toda prueba, edad madura, son las condiciones necesarias para ser elegidas. Cosa extraordinaria, ese año hay entre ellas una linda muchacha. Cuando llega para ser presentada a la Emperatriz, ella reconoce a la Condesa Nina. Así, la Archiduquesa ayuda al Emperador introduciendo oficialmente en el palacio a su amiga. Sissi quiere reclamar pero se contiene. Su arrebato no conseguirá nada.



—La felicito, Condesa —le dice simplemente a la nueva dama de honor.

El 5 de marzo de 1856, Isabel es nuevamente madre. Otra desilusión: una niña. Su nombre: Gisela. Desde que se levanta de la cama Isabel trata de recuperar su silueta y su belleza. Otro tema de escándalo. Ya, a su llegada a Viena, Isabel había manifestado su sorpresa al no encontrar salas de baño en ninguno de los palacios imperiales, exigiendo enérgicamente que se los colocaran.

Ahora, todas las mañanas Isabel, casi desnuda, hace ejercicios en su cuarto de baño. ¡Como una acróbata de circo! ¡Una Emperatriz! ¡La Archiduquesa no se lo perdona!

En mayo de 1857, el Emperador y la Emperatriz van a visitar Hungría. Hace ocho años que Francisco José ha reducido a los Magyars rebeldes. Pero los húngaros, apegados a su idioma y a su raza se mantienen irreconciliables. Todos ponen resistencia ante la llegada de la pareja imperial. Pero, igual que en Italia, Isabel produce de inmediato su efecto. Y bien pronto se ve rodeada de personas que espontáneamente le rinden homenaje.

Una noche, durante un gran baile donde la alta aristocracia luce sus joyas y sus magníficos vestidos, Isabel, rodeada por un brillante cortejo, se encamina al buffet suntuosamente servido. Como ella coge una copa de champaña, un noble húngaro le pregunta:

—¿Se negaría Su Majestad a brindar por Hungría?

Isabel mira al hombre que le acaba de hablar. Es Giulya Andrassy, llamado "el hermoso ahorcado", uno de los jefes de la rebelión de 1848. Su cabeza tuvo precio y fué mucho tiempo perseguido. Desde hacía poco había sido indultado. ¡Un hombre magnífico! posa sobre la Emperatriz una mirada abrazadora. Isabel, se estremece. Levanta lentamente su vaso:

—¡Por Hungría, señores!

Desde ese momento, el "hermoso ahorcado" se transforma en uno de los amigos de la Emperatriz. Es invitado a todas las fiestas y a las partidas de caza. Es el mejor jinete de Hungría, país de centauros. Y Sissi, es llamada a su vez "la reina de las Amazonas".

Un día que galopan juntos, se aperciben que se han perdido del resto del grupo. Están solos en medio del bosque, y sus caballos están extenuados.

—A pocos pasos de aquí hay un pabellón de caza —le dice Andrassy.

Isabel se deja conducir. Andrassy la hace entrar en una pequeña casa perdida en medio del bosque. Un gran fuego brilla en la chimenea.

—¿Se siente bien? —le pregunta Giulya, preocupándose con solicitud de su soberana.

—Sí —murmura Isabel.

La fisonomía noble de Giulya está junto a la suya. Una vórgine coge a la Emperatriz y al antiguo rebelde. Los labios de los jóvenes se juntan...

(CONTINUARA)



Cambie

DE COLOR SU VESTIDO

CON ANILINAS SUIZAS

MONTBLANC

30 colores de moda.

Sin trabajo, en 1/2 hora
su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD,
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

Póngase al sol...

pero antes póngase

crema **Hinds**



La CREMA HINDS,
con suavizante
lanolina, impide que
se reseque la piel,
protegiéndola contra el sol
y procurándole un
bronceado uniforme.
Usela también después
del baño para la elasticidad
y frescura del cutis.

• Recuerde entonces:
póngase al sol, pero
antes... y después...
póngase CREMA HINDS.



crema **Hinds**
de miel y almendras
CON LANOLINA

Un número Peligroso

(Continuación de la pág. 15)



que cancelar tu contrato. Por lo demás, vamos a casarnos muy pronto; en cuanto te presente a mis padres. Cuando seas mi mujer, ¿no pensarás que voy a permitir que aparezcas en un circo?

—A ti te gusta tu carrera, y a mí me gusta la mía —insistió Luz—. ¿Querías privarme para siempre de lo que es mi alegría y mi orgullo?

Esas palabras me exacerbaron. El miedo que tenía se transformó en cólera:

—¡Alegría y orgullo! —grité—. Especular con el miedo de los espectadores, con su malsana curiosidad. Eso es lo que haces. ¡No hay de qué estar orgulloso ni feliz!

—¡Muchas gracias por la lección! —dijo una voz mordaz tras de mí.

Me di vuelta; era Mario, el compañero. Sus ojos echaban llamas.

—Luz, ¿invitas a personas que nos insultan? —preguntó.

—Recibo aquí a quien quiero —respondió Luz con firmeza—. No tienes nada que hacer en este camarín.

Este cambio de palabras me había calmado y me tenía confundido.

—Perdona, mi amor —dijo cuando salió el compañero—. No debo olvidar que me salvaste de un verdadero peligro gracias a la firmeza que has adquirido en esta profesión, perfectamente honorable. Sin embargo, debes comprender: tengo tanto miedo por ti.

—No debes tenerlo. Te aseguro que es todo tan sencillo. No me atreví a insistir, pensando volver después a la carga y obtener la promesa formal de que Luz y yo seríamos pronto novios. Mis padres estaban viajando; pero no ponía en duda su consentimiento: tenían ideas amplias y jamás me habían rehusado nada. Quedamos de acuerdo en que hasta su regreso me abstendría de volver al circo. Pero cada día ella y yo almorzábamos juntos.

Fué un período delicioso. Mis clases, así como el entrenamiento de Luz, se llevaban a cabo en la mañana. Nos encontrábamos en el restaurante. De común acuerdo, no hacíamos alusión a su peligroso número. Nos contentábamos con saborear sin reservas el admirable entendimiento de nuestros corazones y de nuestros espíritus. Mientras más nos conocíamos, más nos amábamos. Sabía que Luz sería para mí la compañera soñada.

Una sola sombra oscurecía nuestra felicidad: la continua presencia, no lejos de nosotros, del taimado Mario. Se las arreglaba siempre para comer en los mismos restaurantes o para encontrarse con nosotros cuando salíamos. Luz no me hablaba de él; pero yo comprendía que en el circo se mostraba desagradable, y que esa situación comprometía el éxito de su número.

Reflexioné profundamente en esa complicación. Y el resultado de mis reflexiones fué que, sin decir nada a mi amada, volví al gimnasio. Bajo la dirección del profesor, comencé a trabajar en el trapecio. Me parecía que en esa forma me acercaba más a Luz. Ante mi gran sorpresa, descubrí que para tal faena tenía grandes disposiciones. Hice rápidos progresos, y, por amor propio, me apliqué en las principales fases del número que me había impresionado. Naturalmente, evolucionaba casi a ras del suelo y no en las alturas de una carpa. Me había prometido, cuando tuviera suficiente entrenamiento, dar una sorpresa a mi amiga.

Pero el día anterior al esperado, y aun antes de que pudiera participarle mis intenciones, me confesó su intranquilidad. Desde hacía algunos días, la actitud de Mario se volvía imposible. Otra vez perseguía a Luz con sus declaraciones de amor, y agregaba algunas amenazas: o dejaba de verme o le "jugaba una mala pasada".

Al día siguiente, en vez de ir a clases, corrí hasta el circo. Luz se encontraba en la pista para el ensayo de la pantomima acuática. En cuanto a Mario, se hallaba en un pasadizo en traje de calle. En el momento de entrar en el camarín me divisó. Su rostro hizo una mueca; creí que iba a saltarme al cuello.

Pero ese hombre que a diario arriesgaba su vida, era cobarde frente a los demás hombres. Este es un caso muchísimo frecuente de lo que se supone. Arrojando imprecaciones, Mario penetró en la pequeña habitación, de donde emergió instantes después llevando una valija. Dándome una mirada de odio y de desprecio, se escapó por la "salida de los artistas".

En seguida resonó un sonido de trompetas. Lo reconoció era el que anunciaba el número de los trapecistas. Por la puerta que daba a la pista, vi que avanzaba Luz. Esperó un momento a su compañero; luego, impaciente sin duda por comenzar el entrenamiento, se dirigió a las escalas de cuerdas. Entonces una idea divertida pasó por mi espíritu. Deslizándome hasta el camarín que había abandonado Mario, me desvestí y me coloqué el traje lleno de brillos del artista. Me puse las sandalias con suela de paño, y, riendo, avancé a mi vez hasta la pista y subí por la escala.

Mi intención era, una vez arriba, hacerme reconocer por Luz y anunciarle la partida del checo. Sobre la estrecha plataforma cambiaríamos un amoroso beso y luego bajaríamos tranquilamente.

Mientras pensaba en esa encantadora sorpresa, subí los últimos escalones. Pero a mi llegada a la plataforma, Luz ya no se encontraba allí. Creyendo que era Mario quien venía a reunirse, como cada mañana, había comenzado el número, y la veía a lo lejos que daba vueltas en la barra fija, para lanzarse luego al espacio sobre el gran trapecio volante.

Era en ese instante cuando su compañero debía lanzarle otro trapecio, lo cual le permitiría regresar al punto de partida. Recordando mis ejercicios exactamente iguales, lancé el trapecio. Al mismo tiempo, y conforme al desarrollo del número, me suspendí por las rodillas en la barra que se encontraba bajo la pequeña plataforma.

Todo se hizo como era debido: Luz, en lo alto de su trayectoria, cambió su trapecio y se vino hacia mí, lanzada como una bala. Aun no me había reconocido; si le llamaba la atención, correría un peligro mortal... Cogió mis manos; nuestros cuerpos describieron una curva, que condujo a la joven a la altura del tercer trapecio volante, al cual se suspendió por los pies. Justamente en ese segundo, cuando estábamos tendidos entre el trapecio y la barra fija, divisé mi rostro. Un brillo de estupor y de espanto se leyó en sus ojos.

—¡Suelta, suelta pronto! —gritó.

Solté la barra. Nuestros cuerpos, unidos por las manos, describieron primero oscilaciones amplias bajo la cúpula, y luego, más reducidas. Después el trapecio se inmovilizó. Luz seguía en silencio. Toda su energía tendía a elevarme hasta el delgado cilindro de madera en cuyos ángulos se prendían sus pies. Yo no podía hacer nada... Por fin, el trapecio estuvo a mi altura y me instalé junto a la muchacha.

—¡Dios mío! —suspiró—. ¡Qué locura has hecho!



—Osvaldo la encontró en la pieza de su mamá.

Mirada Retrospectiva

Al llegar a la página postrera
de la tragicomedia de mi vida,
vuelvo la vista al punto de partida,
con el dolor de quien ya nada espera.

¡Cuánta noble ambición que fué quimera!
¡Cuánta bella ilusión desvanecida!
¡Sembrada está la senda recorrida
con las flores de aquella primavera!

Pero en esta hora lúgubre, sombría,
de severa verdad y desencanto,
de supremo dolor y de agonía,

es mi mayor pesar, es mi quebranto,
no haber amado más, yo que creía,
¡yo que pensaba haber amado tanto!

GUILLERMO BLEST GANA
(chileno).

No tuve tiempo para responderle. Nuestras miradas convergían en la cuerda de mi lado; ¡se mantenía únicamente en un hilo y había sido cortada!...

—Es Mario —dijo Luz con voz ahogada—. ¡No hagas un solo movimiento, por el amor de Dios!

¡Era ya demasiado tarde! La cuerda cedía...

Afortunadamente, abrazados, caímos desde quince metros de altura, y chocamos contra un cable de tensión bastante suave, lo cual amortiguó nuestra caída, antes de que fuéramos a azotarnos contra la arena de la pista...

Cuando volví en mí, estaba en una cama de hospital: tenía el pie y el brazo derechos vendados. Una enfermera se inclinaba hacia mí.

—Tranquilícese; sólo tiene fracturas pequeñas.

—¿Y Luz? —pregunté con voz entrecortada.

La enfermera abrió la puerta: vi otra habitación, otra cama, y en ella a mi adorada que me sonreía.

—Volvió en sí antes que usted; sin embargo, sus heridas son más serias.

Escuché la continuación con el corazón anhelante.

—Fracturas de ambos muslos —continuó la enfermera—. Tardará en mejorar. Pero luego quedará como si nada le hubiera sucedido. Su novia no quedará coja.

—¡Desgraciadamente, aunque no cojearé, no podré ejercer nunca más mi oficio! —continuó la voz de Luz.

Nos miramos de una habitación a otra, con melancolía, pero con una inmensa ternura.

—Es por culpa mía. ¡Sin esa ridícula fantasía que se me ocurrió!

—No te acuses. La primera locura que cometiste en la playa orientó nuestro destino. La segunda lo fijó para siempre. Seré tu mujer y nada más. Y, bien lo sabes... ¡eso no me desagrada mucho!

Hubo un silencio. Los hermosos ojos brillantes parecían penetrar hasta el fondo de mi alma.

—Voy a cerrar la puerta —dijo la enfermera—. Si se portan bien, dentro de quince días podrán verse más a menudo.

—Hasta luego, mi amor —murmuró Luz—. Y quiero que sepas que no echo de menos nada, puesto que tengo tu amor.





El molde de la semana

Ofrecemos a nuestras lectoras vestidos muy juveniles, para las vacaciones. Como molde de la semana presentamos una solera. Para la falda se utilizan 3,40 metros de género de 90 centímetros de ancho, y para el corsage 80 centímetros de tela. Se confecciona en género lavable.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampillado con el nombre y dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones. Se ruega mandar \$ 10 en estampillas de correo al solicitar este molde.



LAS VACACIONES



Si su piel "rechaza" un maquillaje pesado...

Escoja esta base sin grasa ..., tan leve ...,
tan tenue ...

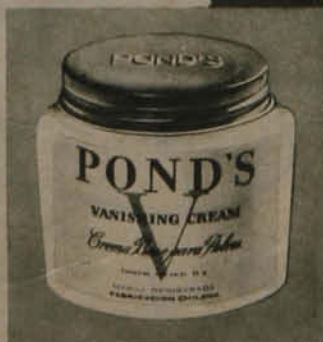
¡Compruebe cuán suave aspecto adquiere su cutis con esta finísima base! Antes de empolvarse, aplique una fina capa de Crema Pond's "V". No deja el menor rastro grasoso y se desvanece instantáneamente. Sobre esta base, los polvos se adhieren en forma suave y pareja. Esa base de Crema Pond's "V" forma una película transparente que se mantiene en su piel durante horas ...

*Ester
Saavedra Yoacham*

Elegida representante de Chile

*Concurso "Miss Universo 1952",
y conocida figura de nuestra sociedad,
manifiesta: "Las Cremas Pond's
constituyen un práctico
tratamiento de belleza".*

**EXIJA
EL POTE GIGANTE,
ES MAS ECONOMICO.**



LA MASCARA "1 MINUTO"

reaviva la frescura de su cutis.

Aplíquese abundante Crema Pond's "V" por todo el rostro, excepto en los ojos. Déjela nada más que un minuto y quítesela luego con una toallita absorbente. La piel queda fresca ..., ¡lista para un maquillaje conveniente!



Las mujeres más lindas del mundo usan y recomiendan Cremas Pond's.

El papel de la...

(Continuación de la pág. 17)

Juan se pasó la mano por la cabeza. —Ahora, en el nombre de Dios, ¿qué significa eso?

Rei.

—Nada, mi amor. Las muchachas enamoradas no son responsables. Yo no deseaba otra cosa que poder subir al dormitorio de la que consideraba mi hija, pero sabía que su puerta, como su corazón, estaban cerrados para mí.

Trabajar en una boda tiene algo de compañerismo. En dos oportunidades, entre el otoño y la primavera, Ximena me llamó mamá. Y luego, en ese día de primavera, llegó otra carta de Dolores.

Ximena se levantó de la mesa donde estaba tomando desayuno, echó su pelo hacia atrás y corrió a la puerta. Un momento después volvió sosteniendo la carta.

—Papito, ¿adivina de quién es? El y Jaimito levantaron sus cabezas de la mesa, donde estaban haciendo un dibujo. Dos pares de ojos la miraron con aire ausente.

—¿Hmmm? Sí, linda. Es maravilloso... —murmuró Juan.

Su rostro se tornó una máscara. Retiró la silla y se sentó.

Yo traté de compartir su alegría.

—Déjame adivinar. ¿Una carta de tía Dolores?

Sus ojos dejaban traslucir su aburrimiento. Le dió un tirón al sobre.

—Jaimito, préstame tu cortaplumas, ¿quieres?

—¿Huh? Oh, sí, claro. —Su primera escarbadita trajo un puñado de nueces, tornillos, alambres, piezas de reloj y sencillo. La segunda búsqueda aportó un abridor de botellas, la caja del reloj y el cortaplumas. Se lo pasó. La muchacha suspiró.

—¿Podrías abrírmelo? —solicitó.

—¿Mmmm? Sí, claro. Y la abrió, sonriéndole al pasársela. —Mira, papá, por qué no...

Yo le sonreí a Ximena, diciéndole: —Esos son nuestros muchachos.

Los ojos de Ximena escudriñaron las cabezas inclinadas.

"Por favor —recé— haz que no esté Dolores esté arriba de un barco rumbo a la China."

Pero Dolores no estaba en viaje. Estaba en el sur, extraordinariamente ocupada y desesperada por ver a Ximena.

—Papá, ¿puedo llamar por teléfono a tía Dolores? Quiero comunicarle mi matrimonio.

—Sí, linda. Llámala.

"Por favor —recé— haz que no esté en el hotel. O permite que las líneas telefónicas estén malas. Cualquier cosa." Pero de inmediato logró comunicarse con Dolores. De pronto, cubriendo el fono con la mano, exclamó:

—¡Me va a mandar el traje de novia! Cuando hubo terminado la comunicación, volvió a nuestro lado y nos dijo que también le enviaría los trajes para las damas de honor.

—¿No es maravilloso? —dijo con júbilo—. Podrían haber escuchado su risa cuando le dije que todas tenían la misma talla. Dijo que eso facilitaría las cosas y que le sería más fácil recordarlo. ¡Cómo si jamás se olvidara de algo! —añadió presionando la carta de su tía contra la mejilla.

Mi corazón dió un vuelco. ¡Seis trajes!

Pasé una mañana entera recorriendo tiendas, conversando con las dependientes de las casas de modas. No había caso. No podía sobregirarme tanto en el banco. Pensé en comprar los géneros para hacer los vestidos yo misma. Eso también era demasiado. ¿No sería, acaso, maravilloso que sólo por esta vez se acordara Dolores? Me dirigí a casa, tratando de convencerme de que ella no lo olvidaría.

Pasaron dos semanas. Tres. Ninguna noticia de Dolores. Faltaba sólo un mes para la boda. Ximena no comía. Estaba delgada y ojerosa.

El lunes en la mañana volví a recorrer tiendas.

Las manos del dependiente acariciaron los hermosos satenes rosa pálido, celeste y verde claro.

—Es precioso, señora. ¿Desea que se lo enviemos a su casa?

Me asaltó un pensamiento. Me dejé caer en una silla. ¿Dónde me instalaría para hacer los vestidos? Llamé a Pepita.

¡Bendita sea! Me escuchó durante treinta segundos, y replicó:

—No me expliques más. Ordena que envíen el género para acá. Durante la tarde idearé una buena excusa para que tú pases bastante tiempo conmigo. Puedes coser en el escritorio. Hay una mesa inmensa, que puedes usar para cortar. Te llamaré a la hora de comida.

Yo estaba preparando la comida cuando me llamó.

—¿Mariana? De acuerdo con los diarios de mañana, me quebré la muñeca, la derecha. Nadie sabe la verdad, excepto el doctor Wilson. Digamos que prometí hacer un artículo sobre la vida de mi marido para la revista universitaria, y que tú me vas a ayudar. ¿Qué te parece?

Cuando llegamos al postre, expliqué lo que le había sucedido a Pepita. Ximena se encogió de hombros. Juan asintió, y Jaimito exclamó:

—Mientras estés ocupada, yo haré la comida, ¿quieres, mamita?

—Yo me las arreglaré para dejar, en la mañana, todo listo para el almuerzo. Ahora, si los tres pudieran comer y tomar té fuera, me facilitarían las cosas. En dos semanas, creo estaré desocupada.

En dos semanas debía estar desocupada. Los vestidos debían estar terminados y listos para enviarlos al lugar donde se encontraba Dolores, para ser devueltos por certificado.

El martes en la mañana, a las nueve, encontré a Pepita despejando la mesa. Me mostró el yeso en su mano derecha.

—Impresionante, ¿verdad? Me lo hicieron de manera que me lo puedo sacar cuando lo desee. Ahora, dime, ¿de qué se trata?

Le expliqué lo de los regalos.

—No supe cómo terminar el asunto. Me imagino que fui bastante torpe —me disculpé.

—Te tratas con bastante suavidad —replicó Pepita—. Ahí está la mesa. Puedes comenzar cuando lo desees. Para la ayuda que puedo brindarte, sería lo mismo que este enyesado fuera verdadero. Jamás he podido pegar ni un botón.

—Yo me las arreglaré perfectamente —le aseguré desdoblado la tela.

Jamás logré imaginarme lo que sería aquello. El miércoles, en la noche,



Señora, no se irrite, con Lustramuebles Shell sus muebles brillarán maravillosamente.



Use
**Lustramuebles
SHELL**

LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado
con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA,
que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis
una extraordinaria tersura. Su sobria y deliciosa
fragancia, su asombrosa suavidad y su admirable
espuma blanca pura... le encantarán cada
vez más.

**Jabón
NIVEA**

(Continúa en la pág. 31)

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR

Una vez terminada la entrevista con An» Margrave, Shayne decide indagar respecto a las personas que están complicadas en el crimen de Ralph Carrol, como también averiguar la identidad del hombre que lo ha suplantado como detective. En primer lugar va a buscar a Ludlow, el fotógrafo, y su mujer no sabe darle datos exactos, pues está fuera de la ciudad. Sin embargo, le sugiere que vaya a hablar con su secretaria, que es su única confidente. Shayne logra despertar las simpatías de la muchacha pero cuando descubre quien es, lo echa. Shayne simula irse pero vuelve y descubre que la rubia lo está llamando a un número que memoriza. Al salir del estudio del fotógrafo llama del primer teléfono al número indicado y éste resulta corresponder al Hotel Trinton.

ciones, donde un hombre en mangas de camisa está inclinado sobre el mostrador.

—Un amigo mío llegó aquí esta mañana. Me parece que me dijo la habitación 319. ¿Está presente?

El empleado levantó la cabeza.

—Acaban de llamarlo por teléfono. Su pieza no contesta. —¿Lo vió salir?

—No. Si hubiera salido habría dejado su llave.

—Temo le haya ocurrido algo —dijo Shayne bruscamente—. Déme un duplicado y vamos a verlo.

—¿Es usted de la policía? —preguntó el hombre, con indiferencia.

—Detective privado —respondió Shayne mostrándole su placa y pasándole un billete de diez dólares—. Vamos inmediatamente.

El billete desapareció y el empleado se puso a buscar la llave en un cajón que tenía a su lado. Un muchacho dormitaba en un banco, cerca del escritorio. El hombre lo despertó y le dijo:

—Cuida un momento del escritorio, Ned —y se encaminó hacia el ascensor.

Shayne lo siguió por un pasadizo en tinieblas. Después de golpear, el empleado insertó la llave y abrió fácilmente la puerta. La única ventana tenía la persiana baja y la pieza estaba casi en tinieblas. El empleado encendió la luz y dio un paso atrás para que Shayne mirara hacia adentro. Vestido sólo con un par de shorts, el ocupante de la pieza yacía tendido boca abajo en la cama. Se percibía un espantoso olor a whisky en la pequeña habitación.

—¿Está muerto? —preguntó impasible el empleado.

Shayne se aproximó a la cama. Tocó el hombro desnudo del hombre, y al notar que no estaba frío, lo dio vuelta de espaldas. Se quedó mirando ese rostro enjuto, sin afeitar, que dormía con la boca abierta.

—Solamente borracho —respondió Shayne cortante—. Gracias; yo me haré cargo de él.

—Por eso no contestaba al teléfono —comentó el empleado.

Shayne cogió al hombre de un brazo, lo empujó hacia la puerta y la cerró con llave. Una botella semi vacía de whisky barato yacía en el suelo, junto a un par de zapatos y dos calcetines. Una chaqueta café y unos pantalones estaban amontonados sobre una silla.

Cuando levantó la chaqueta para examinarla, vió que había una máquina fotográfica en uno de sus bolsillos. Además encontró una billetera llena de tarjetas comerciales de John P. Ludlow, a las cuales no les dio mayor importancia. Se encaminó a la ventana y abrió la cortina. Luego se dirigió al baño y dio el agua fría.

Volvió a la cama y remeció fuertemente a Ludlow, pero éste no reaccionó. Sus ojos continuaron cerrados, y su cuerpo totalmente lacio.

La única ventana tenía la persiana baja, y la pieza estaba casi en tinieblas. El empleado encendió la luz y dio un paso para que Shayne mirara hacia adentro.

CAPITULO XI

SHAYNE cuelga el fono y vuelve a consultar la guía telefónica. El Hotel Trinton está ubicado en la parte sur de la ciudad.

Veinte minutos más tarde, el detective entra al oscuro hall del Trinton, y se dirige a informa-

Dió un paso atrás y miró al fotógrafo con disgusto. Ludlow era de una delgadez extrema, con hombros estrechos y cuerpo huesudo. Por sus labios entreabiertos pudo ver sus dientes amarillos, de los cuales faltaban dos abajo. Shayne encendió un cigarrillo y fué al baño a ver el nivel que tenía el agua dentro de la tina. Cuando estuvo medio llena, volvió a la cama, cogió en brazos el delgado cuerpo de Ludlow y lo tiró al agua.

Ludlow se estremeció al sentir el agua helada. Abrió los ojos y murmuró un juramento. En seguida trató de asirse del borde de la tina.

Shayne volvió a meterlo al agua y lo mantuvo sumergido hasta que sus labios comenzaron a tomar un color azulado. Entonces lo tomó de un brazo y lo obligó a ponerse de pie. Ayudó al hombre a sacarse los shorts, y luego, pasándole una toalla, le ordenó con voz perentoria:

—Envuélvase en esto.

En el dormitorio, Shayne recogió la botella de whisky que había rodado por el suelo, y sirvió en el vaso una buena dosis de la bebida. Cuando volvió al baño, el fotógrafo estaba sentado en una silla con la cabeza apoyada contra la pared.

—Beba esto si es que le cabe —dijo el detective con frialdad.

Ludlow levantó la cabeza, mientras le castañeteaban los dientes y las lágrimas le corrían por las mejillas. Trató de tomar el vaso, pero sus dedos temblaban con violencia. Shayne le pasó un brazo por los hombros, y sosteniéndolo el vaso lo obligó a beber.

—¡Horrible! —murmuró Ludlow, escupiendo la mitad del licor.

—Termínesele. —Shayne colocó una mano detrás de la cabeza del hombre, y presionó el vaso contra sus labios. El fotógrafo se lo bebió en forma mecánica. Cesó de temblar y el color volvió a sus mejillas.

Shayne lo hizo ponerse de pie y lo frotó vigorosamente con la toalla, mientras se preguntaba cómo la muchacha rubia podía estar enamorada de ese atado de huesos.

Cuando Ludlow empezó a lamentarse del tratamiento que le había dado el detective, Shayne lo tiró encima de la cama y lo tapó con una frazada, diciendo:

—Quédese ahí y descanse. Cuando se sienta bien hablaremos.

El fotógrafo se limpió los ojos y murmuró con voz trémula:

—Usted es Michael Shayne. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué error se produjo anoche?

Sus dientes comenzaron a castañetear de nuevo. Shayne echó el resto del whisky en el vaso y se lo bebió.

—¿Cómo me encontró aquí? ¿Qué quiere ahora de mí? —preguntó el hombre con una mueca de desagrado.

—Necesito algunos datos. —Shayne quitó la ropa de la silla y se sentó—. ¿Cómo me reconoció?

—Lo he visto muchas veces retratado en los diarios. Traté de llamarlo anoche cuando encontré el cadáver de

MISTERIOSA

POR
BRETT
HALLIDAY

Carrol. Alguien contestó su teléfono, pero no me pareció que era usted.

—Comencemos por el principio —ordenó Shayne—. Quiero saber todo el asunto de Carrol. Pero, para que sepa a qué atenerse, debo advertirle que jamás oí nombrar a Carrol hasta después de su muerte.

—Imposible —protestó Ludlow—. Cuando usted me llamó ayer...

—Yo no lo he llamado —cortó Shayne—. Pero, me imagino que lo hizo alguien que se hizo pasar por mí.

—Me dijo llamarse Mike Shayne y que me tenía un trabajo para anoche. —Se detuvo, y mirando al detective, preguntó—: ¿No fué usted entonces?

—No. Por eso quiero saber de qué se trata. Desde el comienzo. No omita nada.

—No tengo mucho que contarle —murmuró Ludlow—. Naturalmente pensé que era usted. No hice ninguna pregunta. Me prometió cincuenta dólares por un retrato —un retrato tomado en la obscuridad—; por eso me imaginé que se trataba de un juicio de divorcio. Número dos dieciséis de ese hotel, exactamente a las dos veinte de la mañana. La puerta estaría abierta, y yo tenía que entrar derecho al dormitorio y tomar la fotografía lo más rápido posible.

—Espérese un minuto —interrumpió Shayne—. ¿Está seguro del número del departamento? ¿216? ¿No pudo haber sido 116 y usted haberse equivocado?

—Imposible. Jamás me equivoco cuando estoy trabajando. Escribí el número y se lo repetí a usted, a él. Llegué temprano, y estudié primero el terreno. Descubrí una puerta y una escalera por donde podía entrar y subir sin ser visto desde el hall de entrada. Después salí a tomarme un trago y volví a las dos y cuarto. Eran justamente las dos veinte cuando entré al departamento.

—¿No encontró a nadie subiendo o bajando la escalera?

—Ni un alma.

—¿Y estaba abierta la puerta del 216?

—Sí, tal como me dijo que estaría. Tenía mi máquina lista y entré. No oí ni un ruido en el dormitorio, pero en eso no tenía que meterme. Me ubiqué junto a la puerta y encendí mi ampolleta. ¡Dios mío! Me estremecí al ver lo que me reveló la luz. Estaba solo y muerto en la cama cubierta de sangre.

Hizo una pausa y se cubrió la cara con ambas manos. Pasado un instante continuó:

—Lo único que pensé fué en llamar a la policía, para quedar libre de sospechas. Así, cuando descubrieran el crimen, no podrían decir que yo me había callado. Después pensé en usted, y lo llamé a un número que me dieron en Informaciones. Alguien me contestó y me dijo que era usted, pero su voz era distinta. Supuse que era la policía, y colgué el fono. —Se detuvo de nuevo y miró a Shayne con ojos sorprendidos—. Ahora comprendo que fué usted quien me contestó. Era su misma voz.

—Así fué. ¿Usted dice que mi voz era diferente de la del hombre que lo llamó primero? ¿En qué se diferenciaba?

—No —respondió después de pensar un instante—. La suya era más gruesa. En todo caso, me asusté; colgué el fono y decidí esconderme. Por eso me vine a este hotel. Si no fué usted quien me llamó ayer, ¿quién lo hizo entonces?

—Esa es una de las tantas preguntas que hay por contestar —respondió Shayne furioso—. ¿Qué le dijo exactamente el hombre?

—Lo que acabo de decirle. Que se llamaba Mike Shayne y que me tenía un trabajo para esa noche.

—¿Cómo debía usted encontrarse con él?

—No me dió ni una dirección ni un número de teléfono para ello. Yo se lo pregunté, y me dijo que por ningún motivo debía encontrarme con él. Que su actuación en el asunto era estrictamente confidencial.

—¿A quién debía entregarle la fotografía?

—A un abogado de Wilmington, Delaware. Tengo su nombre y dirección.

—¿Bates?

—Eso es, Bates. Dijo que el abogado me pagaría mi trabajo. Todos los trabajos de este tipo me los hago cancelar por adelantado, pero conociendo la reputación de Mike Shayne, no puse objeción alguna. ¿Sabe quién mató a Carrol?

—No sé una palabra de este condenado enredo. —Shayne se levantó y miró su reloj. Eran las doce—. Lo mejor que puede hacer es descansar un momento y tratar de reponerse. Luego, vaya a la policía con su máquina y la foto-

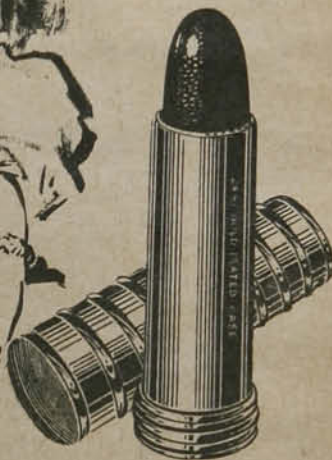
(Continúa en la pag. 32)

UNA VERDADERA



Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡ nuevo !

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsita de género especial que le brinda protección.
¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee

M. R.

Preferido por las Damas Elegantes



HISTORIA DE UN TRAJE DE NOCHE:

Victoria Wolff, la célebre escritora alemana, relata, en esta obra, llena de colorido y emoción, la historia a la vez simple, humana y conmovedora, de la vida de tres mujeres desconocidas entre sí, cuyos destinos están extranamente enlazados por un traje de noche, hermoso y sutil como ellas mismas.

PRECIO \$ 140.—

EL ASESINATO EN EL MOLINO

E. C. R. Lorac crea en esta obra el pueblo de Milham in the Moor, un villorrio de Devon semejante a cualquier otro pueblecito inglés en los cuales suceden a menudo horrendos crímenes. En esas soledades, en medio del páramo, Milham ha alimentado una fusión de democracia y feudalismo. El Jefe-Inspector MacDonald se ve obligado a investigar no sólo un crimen, sino una cultura. Es asesinada una religiosa paranoica; la revelación de su extraño carácter nos brinda sorpresa tras sorpresa. Todos en el pueblo decían que era "una santa". Pero ¿lo era, realmente? En las páginas de este libro encontrarán la respuesta o más de un enigma cautivador.

PRECIO \$ 130.—

LA FLOR DE LA HIGUERA:

Con esta nueva obra de Blest Gano, Zig-Zag integra su colección de Obras Completas de este recordado escritor nacional.

Una vez más el autor nos habla de los campos, las pasiones y el pueblo que tan bien conoció, y de una época novelesca y llena de tradiciones. Esta obra gustará al público por lo fuerte de su trama, sus personajes bien delineados y el sabor criollo que emana de ella, tan característico del autor de DURANTE LA RECONQUISTA, LA ARITMETICA EN EL AMOR, y tantas otras obras famosas.

PRECIO \$ 120.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile



TRAVESE corriendo la plaza. Ten prisa por llegar, prisa por hablar. Per a diez pasos de la comisaría moderna mi carrera. No quería que me tomara por una loca. Unas diez personas esperaban turno dentro del local. En un rincón, un inspector revisaba unos papeles. Me dirigí a él.

—Deseo ver al comisario.

—No recibe más que a los citados. Deje su nombre y el motivo de...

—He cometido un crimen.

Levantó la cabeza y dejó sus papeles.

—¿Cuándo?

—Hace diez minutos.

Me sentí rodeada de una especie de temeroso respeto. El inspector hizo un signo a un agente, señalándome:

—Si no es verdad, le costará caro. —En seguida le ordenó: —Conduzca donde el jefe.

Y tomó el teléfono.

El corredor era glacial. Me parecía que se me helaba la transpiración. El comisario colgaba el fono cuando entré en su oficina. El inspector acababa de ponerlo al corriente.

Seguramente le diría: "Una chiflada"...

—Síntese, señora... o señorita.

—Señorita. Pero eso no tiene importancia, señor comisario. Yo...

—Su apellido, nombre, fecha y lugar de nacimiento, profesión y domicilio.

Me encogí de hombros impaciente y respondí de corrido: —Teresa Valera. Tengo 29 años. Nací en 1924, el 18 de agosto. Soy actriz. Vivo en la calle Hamburgo, número 18.

—Usted pretende haber cometido un crimen. ¿A quién mató?

—A Miguel Daza. Yo...

Me interrumpió nuevamente, incrédulo y con solapada ironía:

—¿Y con qué lo mató?

Irritada, tiré sobre el escritorio el pequeño revólver de nácar que acababa de sacar de mi cartera. Su actitud cambió de inmediato. Entre dientes, exclamó: "¡Ah! ¡Ah!", y cogió el teléfono. Emp

zaba a tomarme en serio.

—¿Dónde ocurrió el drama?

—En la Avenida Pereira, 23-B.

Llamó por teléfono al inspector Valken. Había sacado su pañuelo para tomar mi revólver sin tocarlo.

—Aló, ¿Valken? Vaya a la Avenida Pereira, 23-B, en un taxi.

Crispé mis manos sobre mi cartera. Me levanté.

—¿A dónde va? —me interrogó el comisario.

—A la Avenida Pereira. Usted no comprende, no sabe, señor comisario...

—Pero voy a saberlo: usted me lo contará. Vamos, tome asiento.

Sonreía como un mal comediante haciendo el papel de un padre. Prosiguió:

—Dígame todo. Ya verá, después se sentirá mejor. ¿Era su... amigo?

Asentí con la cabeza. Comencé a hablar. Por lo demás, no pensaba: rememoraba los atroces y maravillosos meses que había vivido.

Trabajaba en los estudios cinematográficos. En el estudio vecino, Miguel rodaba la película "Las Vacaciones del Señor Hulot".

Yo no lo conocía. Nos encontramos una vez en el casino de los estudios. Nos pusimos a conversar de nuestro oficio.

—Pronto dejaré los papeles de actor joven, por otros más adecuados —me confió Miguel.

—¿Por qué?

—Me lo aconsejó el productor, al saber que tengo 35 años.

—Entonces yo, con mis 29 años, tendré que dedicarme a papeles de madre o abuela —respondí, riendo.

Esta sinceridad respecto a la edad, rara entre los artistas, nos hizo simpatizar bruscamente. Antes de separarnos, Miguel me invitó a comer para esa noche, y yo le acepté encantada.

Sentados ante una alegre mesita y con una botella de vino traidor, las confidencias brotaron solas.

—Doy clases de dicción y comedia a los aficionados —me contó Miguel—. Dan mucho de prestigio.

Reímos. La camaradería se estableció pronto. Confusamente nos atraíamos. Miguel era muy buen mozo y muy viril.

Sus sienes ligeramente plateadas acentuaban su seducción y daban a su fisonomía bronceada una especie de ligera gravedad. Me acompañó a mi casa.

—¿Trabaja usted mañana?

—Sí —respondí—. ¿Y usted?

—Yo he terminado de filmar. Tengo que ensayar en el teatro desde el lunes. Hasta pronto, Teresa.

Le tendí la mano. Sentía apretada la garganta. Al entrar en mi departamento, comprendí de golpe que era feliz: experimentaba como una bocanada de dicha. El lunes siguiente Miguel me telefonó:

—Venga a buscarme a las 8 al teatro. Hablé de usted al autor y está dispuesto a confiarle un papel.

Feliz, acepté inmediatamente. Fui "aceptada" por los otros intérpretes del grupo, y durante un mes de ensayos, sólo me separaba de Miguel para volver a encontrarlo a la mañana siguiente.

Después de la comida ofrecida por el satisfecho autor, cuando terminaron los ensayos, Miguel, tomándome del brazo y conduciéndome a un lado, me dijo con voz alterada:

—¿Sabes lo que comentan nuestros compañeros a propósito de ti y de mí, Teresa?

—Me imagino. No hagas caso.

—De todos modos es muy desagradable...

—Gracias. No eres muy galante.

—Porque no es verdad —prosiguió imperturbable.

Lo miré de soslayo, desconfiada.

—¿Qué quieres decir?

—He oído comentar que estábamos enamorados, lo que es exacto, pero...

—Miguel...

—Lo que es exacto —repitió con firmeza—. Pero dicen que vivimos juntos, lo cual no es cierto...

—Ni lo será jamás —hice notar.

Sabía perfectamente que nos queríamos. Miguel trató de besarme. Lo rechacé suavemente.

—Aquí no —murmuré—. El primer beso es muy importante.

Nos esquivamos, felices, como dos colegiales enamorados.

Fuimos dichosos. Cada día lo éramos un poco más que la víspera. Miguel era un enamorado de novela: dispensaba todas las atenciones, toda la ternura, toda la pasión que unen un ser a otro.

Los días que Miguel recibía algún alumno, yo salía para no molestarle con mi presencia.

MELODRAMA ES LA VIDA MISMA

Una tarde que fui a efectuar algunas compras, al entrar en el negocio recordé que no llevaba bastante dinero. Subí nuevamente a nuestro departamento, y, al llegar, un grito, una injuria, no sé exactamente qué, se ahogó en mi garganta: Miguel besaba a su alumna, una muchacha de unos 17 años.

Era suficientemente buen actor como para no demostrar alteración alguna. Mostrando a la muchacha, exclamó:

—Mónica... La señorita Teresa Valera. —Y agregó—: Hago ensayar a Mónica una escena de "Los Amantes Terribles", de Noel Coward.

Miré fijamente a Mónica y dije con ironía y desprecio:

—Posee usted un gran sentido de la realidad, señorita.

Tomé el dinero que necesitaba y salí sin decir una palabra.

Al regresar por la tarde, Miguel afectó un cinismo que me exasperó:

—Te portaste como una estúpida, pero desempeñaste muy bien tu escena de celos, mi amor.

—En cambio, tú no tuviste que representar nada.

Asiéndome por el puño, exclamó, fuera de sí:

—¡Teresa! ¡Estás loca! No puedes creer que...

—Déjame —le grité—. Recuerda solamente que la corrupción de menores es castigada por la ley. ¡Cuidado!

No alcancé a retroceder tan rápidamente como para esquivar su bofetada. Durante unos segundos nos miramos anhelantes. Reprimí las lágrimas. Sabía que un hombre las detesta cuando comprende que las ha provocado. Los ojos de Miguel reflejaban la desesperación.

—¡Perdón, Teresa! —murmuró humillado y súbitamente envejecido. Me tomó en sus brazos tímidamente y nuestros labios no tardaron en encontrarse...

Dejó de dar lecciones de teatro a Mónica, y nuestra reconciliación sirvió de trampolín a nuestro amor, que brotó más tierno y más apasionado que nunca. Miguel tuvo fracasos en su trabajo. Se mostraba decepcionado. Yo trataba de alentarlo cuanto podía. Pero él me decía que tenía preocupaciones contra las cuales nada podían mis solicitudes maternales. Me sentí herida, pero no lo demostré. Cierta tarde sorprendí en su camarín a una muchacha, rubia como Mónica, y muy linda.

—Susana... —la presentó Miguel con aire confundido—. Una joven alumna del curso del Atelier.

—¡Joven, ya lo creo! —insinué con ironía—. ¿Qué edad tiene usted?

—Dieciséis años, señora.

—La edad de las ingenuas. Debería pedir a Miguel que la guiara; él es...

—Siempre la aconsejo —interrumpió Miguel—. Buenas noches, Susana.

Me arrastró apresuradamente hacia afuera, dejando a la muchacha en el ca-



La puerta estaba entreabierta. La empujé. Entré titubeando.

marín. Una vez en la calle, comenzó:

—Espero que no pienses...

—No pienso nada, Miguel —corté con voz seca.

Comprendí muy bien la situación: su eterno entusiasmo por las jovencitas. Otra más. Eso explicaba perfectamente sus preocupaciones, su mal humor. Sin embargo, esta vez yo estaba decidida a callarme y a tener paciencia. Para probarle mis buenas intenciones, le propuse:

—Vamos a comer a un restaurante.

No hablamos más de Susana. No obstante, pese a sus esfuerzos, Miguel no lograba disimular: un vaso quebrado, al tomarlo con nerviosidad, una comunicación cortada bruscamente al verme llegar; una explosión de alegría, seguida de veinticuatro horas de mutis-

(Sigue a la vuelta)

EN LA MAÑANA



Antes del maquillaje
CREMA INVISIBLE

EN LA NOCHE



Para quitar el maquillaje
CREMA DE BELLEZA

DIA Y NOCHE

Dagelle
d & r

CREMAS Y LOCIONES

Whit Comb
PUBLICITY

①

mo, le traicionaban. Sin embargo, yo perseveraba en mi actitud. Sabía que se cansaría de Susana. Estaba casi segura de que ella sería su última muchacha. Pero todo esto no impedía que yo durmiera pésimo y que perdiera tres kilos en una semana. Para no volverme loca con la obsesión que daba vueltas en mi cerebro todo el día y toda la noche, acepté un trabajo en una pequeña jira artística. Pero al tercer día, sin poder contenerme, inventé una indisposición para recobrar mi libertad. Cuando llegué a la oficina de Miguel, coloqué maquinalmente mi cartera sobre su escritorio, y entonces mi mirada se detuvo sobre una carta escrita a máquina y dirigida a Miguel:

Estimado señor: Le remito, según su pedido, el primer recibo de arriendo del departamento amoblado que ocupa la señorita Susana... Le saluda...

Bruscamente sentí gusto a sangre en la boca: me había mordido los labios. Ya no había duda posible: Miguel había "instalado" a Susana. Sus relaciones eran innegables. Sentí mucho calor y sed. Bebí un trago de agua gaseosa. Tuve que sentarme. Temía desfallecer. Para reponerme, eché whisky en el agua. La carta del arriendo danzaba ante mis ojos. Leí nuevamente la dirección del departamento: Avenida Pereira 23-B.

Cerré los ojos. Bebí una segunda ración de whisky. Experimenté una especie de mareo. En seguida, todo ocurrió como si yo obedeciera a alguien. Del cajón del escritorio saqué el pequeño revólver con cachá de nácar que Miguel utilizaba en el tercer acto de una obra de teatro. Lo cargué. Me fui en un taxi a la Avenida Pereira.

El secreto más difícil de mantener para un hombre es la opinión que tiene de sí mismo.

—¿La señorita Susana? El tercero a la izquierda —me informó la portera. Subí. El corazón me latía fuertemente en cada grada. Tercero, a la izquierda. La puerta estaba entreabierta. La empujé. Entré titubeando. Me parecía escuchar la voz de Miguel: "Susana, una joven alumna del curso del Atelier. Susana... Susana"... Saqué el revólver de mi cartera. Abrí otra puerta.

—Teresa, no... Miguel se corrió detrás del sofá. La muchacha, espantada, saltó a un rincón. Apreté el gatillo una vez, dos veces, y continué.

—Disparé todas las balas. No podía detenerme. En seguida huí. Tenía miedo, señor comisario, mucho miedo: ¡temblaba!

—Todavía tiembla, señorita —hizo notar el comisario—. Usted... La campanilla del teléfono le interrumpió. Tomó el fono:

—¿Aló? ¿Sí?... Bien, tanto mejor, Valken.

Me miró con una sonrisa irónica, en tanto colgaba el fono:

—Señorita, puede retirarse. Buenas noches. Y para otra vez desconfíe del whisky.

—¿Puedo..., puedo irme? —interrogué, sin comprender muy bien lo que pasaba.

—La esperan. Me levanté. Seguramente me esperaba un agente de policía. Al salir al pasadizo, creí caerme de la impresión:

—¡Teresa! Miguel estaba delante de mí. La emoción me ahogaba. Me tomó del brazo y, caminando junto a mí, me hizo subir a un taxi.

El
mejor...



—¿A dónde me llevas?

—A mi palco de familia —respondíme con frío sarcasmo.

El taxi se detuvo ante el número 23-B de la Avenida Pereira.

Intenté retroceder. Miguel me lo impidió, obligándome a entrar en el departamento. Me hizo sentar.

—Déjame —grité, fuera de mí.

—Dentro de poco, mi amor. Tengo que contarte una larga historia. Figúrate que en el año 1937 había en Argel un soldado llamado Miguel Daza. Era yo. Visitaba mucho la casa del capitán, con quien simpatizaba bastante, y que tenía una hija encantadora: María de 25 años, y muy sentimental. No tardamos en entendernos y querernos. Los acontecimientos de Europa, después la guerra y unos cuantos años de cautiverio, nos separaron. Olvidé a María. Pero creí verla de nuevo, hace un mes, cuando Susana entró en mi camarín del Atelier. ¿Supongo que has comprendido?

—Susana..., ¿es tu hija?

—Tenía razón en confiar en tu perspicacia, mi amor. Sí; Susana es mi hija. Cuando supe la noticia, me trastornó bastante. Una hija de 17 años que te llama papá, te envejece 20 años de golpe. Está sola en el mundo, o casi

sola. Todo lo que tiene es un tío abuelo, hermano del capitán. María murió en un bombardeo con su madre, y el capitán fué fusilado durante la guerra. Una hecatombe, como ves.

Tuvo una sonrisa que plegó amargamente sus labios y agregó:

—Si no me hubiese agachado detrás del sofá cuando disparaste, habría un muerto más. Tuve miedo por la pequeña... Felizmente, como estabas enloquecida, no diste en el blanco. Debo decirte que la he instalado aquí. Viene a pasar unos tres meses. No te lo había contado porque... (tuvo una sonrisa semiavergonzada), porque tenía miedo de que repentinamente me encontraras demasiado viejo.

—Qué estupidez —murmuré, confiando mi mano a la suya.

Me miró largamente.

—Cuando el coche de la policía se detuvo frente a la casa, comprendí que habías ido a contarlo todo. Rehúse presentar mi queja. En el fondo, estoy contento de que hayas representado esta escena de melodrama con el pequeño revólver. Te quiero y me siento dichoso de que tú me quieras hasta ese punto.

Me atrajo con cariño contra él. Tuve la sensación de que nuestro amor se cristalizaba. El timbre de la puerta nos sobresaltó.

—Es Susana —dijo Miguel—. Le había pedido que nos dejara solos... —Para ocultar su emoción, agregó, riéndose—. Por favor, no le digas como en el teatro: "¡Lláname mamá!"

¡El drama ha terminado! Reí también. Sin embargo, en el fondo ambos teníamos deseos de llorar... de felicidad.





El papel de la...

(Continuación de
la pág. 25)

luché por trabajar a pesar del fuerte dolor de cabeza que sentía. Pepita me sirvió café. ¡No dijo nada!

Continué con mi labor, e incluso, me vi obligada a cortar dos vestidos de una vez.

Finalmente, Pepita habló:

—Me imagino que no intentarás enviar los vestidos al lugar donde se encuentra esa mujer para que luego sean mandados para acá.

Enhebré una aguja y seguí cosiendo automáticamente, con un gesto mecánico.

—Tengo que hacerlo. Escribí al correo rogándoles me hagan saber qué día los puedo enviar a más tardar, para que estén de vuelta a mediados de mes.

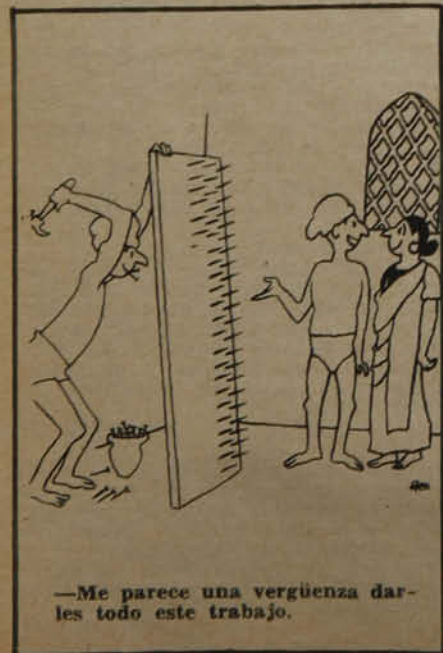
El miércoles siguiente, en la noche — o sea, el jueves a las dos de la mañana —, cosí la última rosa en uno de los vestidos.

—Es una lástima que tú no seas del tipo de las que salen a emborracharse. Probablemente te haría bien —comentó Pepita.

Le dije que estaba bien y que unas horas de sueño me dejarían como nueva. Pero me sentía demasiado cansada para dormir. Cuando me levanté el jueves en la mañana, me sentía como si todas mis articulaciones necesitaran una buena engrasada.

El cartero no trajo ninguna noticia. Cablegrafié al correo para que me contestaran de inmediato. Luego salí en el auto de Juan a comprar una caja de cartón para empaquetar los vestidos.

Fui a tres partes antes de poder encontrar una del porte adecuado. Un muchacho me la acarreo al automóvil. Abrí la maleta, y después de mucho trabajo, el muchacho logró acomodarla. Luego miró hacia el cielo y me dijo que esperaba que pudiera llegar antes de que comenzara a llover, ya que la caja sobresalía de la maleta del auto.



—Me parece una vergüenza darles todo este trabajo.

No lo conseguí. Habría andado unas dos cuadras cuando comenzó a llover. Entré en una estación de servicio en busca de protección.

Finalmente, la lluvia se transformó en llovizna. El hombre del garage me facilitó un saco para proteger la caja. Traté de agradecerle, pero sólo conseguí sonreír. De pronto me di cuenta de que unas lágrimas ridículas brotaban de mis ojos. ¡Era absurdo! Con seguridad era debido a mi cansancio. Cuando llegué donde Pepita, casi me puse nuevamente a llorar. Ella había planchado los vestidos y estaban colgados en el living, reflejados varias veces en los grandes espejos. Docenas de vestidos de satén, llenos de vaporosos tules.

—¿Qué tal te parece?

Traté de agradecerle, pero sabía que mi voz iba a temblar. Sólo conseguí llegar hasta el diván y tenderme, emitiendo un suspiro. Saqué el pañuelo y me lo pasé por la cara y por los ojos, pestañeando repetidas veces.

Era difícil engañar a Pepita. Atravesó el living y se detuvo frente a mí.

—Mariana, ¡eres una estúpida! Me alegraré enormemente cuando esa muchacha se case y se vaya lejos de ti.

—Se detuvo y miró hacia la puerta—. Ah, ¿me oíste? Me alegro mucho.

Miré en dirección a la puerta.

Ximena estaba de pie en el umbral. En sus manos tenía un telegrama. Estaba inmensamente pálida, lo que hacía resaltar sus ojos extremadamente abiertos.

—Mariana, llegaron y no me lo había dicho. Como... —se detuvo de pronto y sonrió con poca naturalidad—. Perdóneme. No quise decir... —me pasó el telegrama—. Eso llegó para usted. Pepita se adelantó y le arrebató el papel.

—El correo dice que es demasiado tarde para enviar los vestidos, Mariana. En cuanto a ti, Ximena...

Junté mis manos para apaciguarlas. Era absurdo discutir por eso. La voz de Pepita parecía desvanecerse para luego llegar con más fuerza. Después de un momento, se ovó de nuevo clara:

—Si tu mamá hubiera conseguido lo que deseaba, ustedes habrían llegado al altar murmurando alabanzas para Dolores. ¡Es maravilloso que lo hayas descubierto! Ya era tiempo.

Calmadamente, Ximena se acercó a examinar los vestidos. Luego se abalanzó hacia el diván, escondiendo su cabeza en mi cuello.

—¡Mamá! —murmuró—. ¡Mamacita! Yo hurgaba en mis bolsillos, con desesperación, en busca de un pañuelo. Milagrosamente, fué Ximena la que enjugó mis lágrimas; Ximena quien sonrió y dijo:

—¡Pepita, mírala! Cuando todo marcha perfectamente, ella llora. —Y luego en una imprudente imitación de su padre añadió: Mujer, ¡eres maravillosa! Pepita la abrazó.

La lluvia había cesado. Del brazo, Ximena y yo caminamos hacia la casa. La correspondencia había llegado. Con ella una tarjeta postal de Dolores.

"Lista para partir por un mes a Hawái. Como me habría gustado llevarte. Devotamente, tía Dolores"....

—Esa es nuestra tía Dolores —dijo alegremente.

El matrimonio fué ayer. Ximena nos telefonó hace algunas horas.

—¡Hola, mamá! Qué tonta soy, ¿verdad? En realidad, todo cuanto tengo que decirte es: ¡Hola, mamá!

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

Mientras

Ud. *d-u-e-r-m-e...*



La Crema
BELLA AURORA

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

no sólo "borra" las pecas, sino que procura un aclaramiento general del cutis. Especialmente durante el verano, el cutis toma a veces tonos desiguales... y una apariencia opaca, manchada, sin encanto.

Usando Crema Bella Aurora con regularidad antes de acostarse, se revelará la belleza natural del cutis limpio, sano y juvenil.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

Una Noche Misteriosa

(Continuación de la pág. 27)



grafía que tomó anoche. Pregunte por Will Gentry, el inspector, y cuénteles exactamente lo que me ha dicho a mí. Omítale decirle que me llamó anoche, y la conversación que hemos sostenido. Dígale solamente que se asustó y se bebió una botella de whisky, pero que apenas recobró la sobriedad se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era ir a dar cuenta a la policía. El le va a preguntar si podría reconocer mi voz por teléfono y otras cosas parecidas, y si le hace una prueba, espero que le diga que la otra voz era diferente. ¿Entendido?

—Sí —murmuró Ludlow con voz débil—. Ahora explíqueme, ¿cómo dió conmigo?

—No culpe a la rubia que trabaja en su estudio —le respondió sonriendo Shayne—. Ella hizo lo imposible por encubrirlo. Logré sorprenderla, eso es todo.

Ludlow dió un suspiro y se estiró en la cama. Shayne salió dejándolo sumido en profunda meditación.

El inspector Will Gentry estaba sentado solo en un pequeño restaurante situado a una cuadra del cuartel de policía cuando entró Shayne un momento después. Frunció el ceño cuando vió que el detective se instalaba en una silla frente a él.

—El doctor Meeker me dijo que no había podido examinarte la herida, Mike.

—Tenía una diligencia urgente que hacer —respondió Shayne, cogiendo el menú—. Dejé el automóvil a tu disposición.

—¿Qué diligencia?

—Margrave. El socio de Ralph Carrol.

—Tratando de meterte en el lío con la Vulcan? —le preguntó sin interés.

naturalmente le contesta a la dirección del membrete, y jamás dudaría respecto a la identidad del individuo.

—Un proceso demasiado elaborado para conseguir sólo una pequeña paga —dijo el inspector.

—Estoy de acuerdo. Si esto fuera lo único que iba a sacar con la suplantación. Pero no olvides que las cosas terminaron en un crimen.

—¿Crees que se planeó así desde el principio?

—No lo sé. —Shayne abrió sus enormes manos—. No sé ni una palabra más que tú. Carrol fué asesinado a la misma hora que se suponía estaba con su mujer. Si ella no descubrió su cadáver, fué porque la mandaron a mi pieza en vez de a la de él.

El mozo llegó con el pedido, y, cuando se fué, Gentry dijo: —¿Entonces piensas que ella no sabía que esa llave era de tu departamento?

Shayne cortó un pedazo de carne y se puso a masticarla tranquilamente.

—No sé qué pensar —confesó Shayne—. En verdad, no creo que fuera mera coincidencia que Carrol fuera asesinado sólo unos minutos antes de la hora en que ella debía acostarse. Alguien, sin duda, tenía la verdadera llave. Según creo, fué asesinado en su cama. No me parece posible que se haya levantado a abrirle la puerta a su asesino.

—¿Quién puede tener interés en suplantarte?

—Quizá Margrave —respondió el detective, encogiéndose de hombros. Debe haber sabido que la señora Carrol estaba de acuerdo con Bates para elegirme a mí para que localizara a su marido. Siendo el socio de Carrol, probablemente sabía dónde paraba éste. Incluso, pudo haberse ofrecido a Bates para buscarme cuando él viniera. Eso podía motivar una carta mía a Bates, con membrete falsificado. Margrave estaba en antecedentes de lo que ocurría, y, además, puede haber tenido un motivo.

—Tal vez tengas razón, Mike. ¿Pero, qué me dices del hombre que trató de asesinarte? Ese no era Margrave. Tú lo viste.

—Por cierto que no era Margrave —convino el detective—. Pero pudo haber contratado a alguien para que trabajara mientras él trataba de robarse la carta de la pieza de la señora Carrol. Luego, pudo haber volado a Wilmington, y

CURIOSIDAD

Los policías londinenses son, por lo general, hombres muy altos. Ade-

más, el casco que usan influye aún más a dar esta impresión. El más alto de ellos, que mide 1,98 m., sin casco, contrajo enlace no hace mu-

cho con una mujer, también policía, que mide, a su vez, 1,90 m.... ¡Pobres de los malandrines que se encuentren con esta pareja!

—Sí —respondió Mike, mirando el menú. Llamó al mozo y le ordenó un asado de cordero y café. Luego continuó: —¿Has hablado tú con Margrave?

—Me llamó esta mañana y peroró largo rato acerca de las corporaciones inescrupulosas que mantenían un ejército de pistoleros para exterminar a todos sus pequeños competidores... Mandé al teniente Hanson para que hablara con él, pero todo eso me suena a tonterías. ¿Qué te dijo a ti?

—Más o menos lo mismo —aseguró Shayne, pensativo. Sin mencionar a Ana Margrave ni su relato acerca de las relaciones entre ella, su padre y Nora Carrol, le bosquejó la posibilidad de que Carrol hubiera estado proyectando renunciar a defenderse en el pleito, dejando con ello a su socio en una situación bastante difícil.

—Si esto fuera verdad, y Margrave lo supiera, tendría mucho más motivos para asesinarlo que la Vulcan —puntualizó Gentry—. Actualmente, la muerte de Carrol produciría resultados exactamente opuestos de lo que Margrave trata de demostrarnos. El juicio probablemente durará meses o años, y, mientras tanto, él continuará fabricando el plástico. Si yo fuera tú, me preocuparía especialmente de Margrave.

El mozo trajo un fiambre y una botella de cerveza, y se lo puso delante a Gentry.

—Lo haremos —le aseguró a Shayne—. Lo que aún me preocupa es esa estúpida escena en que participaste anoche. La mujer que recibe tu llave por equivocación o deliberadamente, y la insistencia de Bates en decir que tú trabajabas para él. Agrega a eso tu tercera negativa y el robo de las cartas de los archivos de Bates. ¿Qué demonios significa todo eso, Mike?

—Estoy comenzando a pensar que en una u otra forma, la señora Carrol y Bates dicen la verdad y estaban convencidos de que trabajaban conmigo.

—Hace unos años tú probaste que era imposible que una persona te suplantara.

—Sí —murmuró Shayne ausente—. Aún no comprendo cómo pudo haber sucedido. Supongamos que alguien supo que Bates buscaba un detective privado en Miami, para confiarle un trabajo, y que prefería elegirme a mí. Supongamos que este hombre hace imprimir un papel con mi membrete, y su dirección en vez de la mía, y le escribe a Bates, diciéndole que ha oído hablar de sus intenciones, y que está dispuesto a hacerse cargo del trabajo. Bates

robado el resto de la correspondencia de la oficina de Bates, para no dejar ni una huella de ellas.

—Suena todo eso demasiado complicado —gruñó Gentry—. Sin embargo, averiguaré en las líneas aéreas si hizo tal viaje.

—Pudo haber usado mi nombre. Es muy probable que lo haya hecho así para complicar aún más las cosas. Gentry dejó el tenedor y el cuchillo sobre su plato vacío, y exclamó:

—Creo que eso hay que descartarlo. Esta mañana solicité un informe, y aún no me lo han dado.

—¿Qué encontraron tus muchachos en mi coche? —prosiguió Shayne, evitando los ojos del inspector. ¿Aceptas ahora mi historia de haber sido herido por una bala y haber permanecido inconsciente durante cinco horas?

—La aceptaré, a menos que encuentre alguna prueba que sea contraria. No encontraron impresiones digitales, pero todo parecía igual como tú lo habías descrito. Si tú mismo hiciste el agujero y echaste la sangre en el cojín, no hay duda de que no omitiste un detalle, y no sé cómo te diste tiempo para ir y volver de Wilmington.

—Gracias —respondió Shayne gravemente—. Me imagino que no me mandarás a la cárcel si te digo que ese hombre que usa mi nombre voló de ida y de vuelta esta mañana a Wilmington.

Levantó la mano para pedir silencio.

—La línea aérea llamó a mi oficina justo cuando tú salías. Tú habías dejado mi número para que te llamaran, y el empleado, pensando que eras tú, me dió la información antes de que yo me diera cuenta de qué se trataba. Un hombre que dijo llamarse Michael Shayne voló a Wilmington a las cuatro veinte para regresar a las nueve diez, dándose tiempo en Wilmington sólo para robar la oficina de Bates y volver.

—¡Maldita sea, Mike! —explotó Gentry—. No me lo dijiste.

—Espera un minuto, Will. La cosa me fué comunicada sin haberla pedido, y tú sabes el genio en que estabas en ese momento. Me habías hecho arrestar mientras investigabas los hechos. Y yo había recibido recién el llamado de Margrave, cosa que me parecía muy importante.

—Margrave —rugió Gentry—. Se ajusta como un guante. Conoce la oficina de Bates, y tal vez sabe dónde tiene guardada la correspondencia.

(CONTINUARA)



LA

HISTORIA DEL NAIPE



los que no les guste el juego puede agradecerles pensar en que la baraja fué inventada para divertir a un imbécil. Ciertamente era un imbécil de sangre real; con

mayor exactitud, Carlos VI de Francia. Gobernó desde 1380 hasta 1422. Durante ese período perdió la batalla de Agincourt y, por añadidura, la mayor parte de su reino.

Naipes de diversas clases se habían usado ya en Europa unos cincuenta años antes de su reinado. Se utilizaban para ver la suerte y predecir el porvenir. Cómo se originaron, nadie lo sabe. En diversas épocas han sido atribuidos, sin ningún género de pruebas, al demonio, a los gitanos y a los judíos. Pero la baraja inglesa que conocemos, con sus figuras ataviadas a la moda de 1390, sigue copiándose de aquella que fué adaptada para diversión de Carlos VI y cada uno de sus detalles tiene su explicación.

Los cuatro palos o pintas de la baraja representan los cuatro estados del reino que el pobre Carlos gobernaba tan mal: nobles, guerreros, mercaderes y campesinos. El corazón en el naipe se parece a un escudo, emble-

ma de la nobleza. Por qué se llama corazón, es difícil precisar. La explicación aceptada en general es que el nombre, traducido literalmente del francés *coeur*, es un tributo al comerciante de la época, Jacques Coeur, que importó a Francia la primera baraja, desde Italia o más lejos. Es igualmente probable que venga de la cualidad de grandeza de corazón que en el Siglo XIV se atribuía a la nobleza. *Carreaux*, que en inglés se llaman *diamonds* (diamantes) y simbolizan la riqueza, en francés son baldosas, las baldosas en forma de bizcocho que pavimentaban los mercados y centros de cambio de la Europa medieval, a las cuales se parecen.

Piques son en francés picas, emblema de los guerreros y representan, en realidad, las puntas de las picas. El palo correspondiente en la baraja española se llama espadas y de allí deriva el nombre inglés de *spades*.

El trébol, símbolo de los comunes, es tan buen emblema del campesino como cualquier otro: en francés se siguen llamando *trèfles*. Pero como el garrote (*club*) era el arma del hombre común en la Inglaterra del siglo XIV, se tomó el término *clubs* para simbolizar los comunes.

Todos los reyes, reinas y sotas o "jacks" como los llamamos nosotros, son retratos imaginarios de personas conocidas del rey para cuya diversión fueron inventados. El rey de corazones, por ejemplo, en la baraja francesa se encuentra escrito su nombre: Carlos. Carlos el único, Carlos el Grande, el imperial Carlomagno, héroe de todo un ciclo épico de la historia de Francia que servía de modelo para la educación de todos los gobernantes franceses. Innumerables copias descuidadas le han privado de sus atributos especiales. Solamente la tradición de que Carlomagno fuera zurdo explica el hecho de que el rey de corazones lleve su espada truncada (que primero fué un hacha de combate) en la mano izquierda, mientras con la derecha se coge la túnica orillada de armiño imperial.

El rey de piques (espadas) es David, el hombre de la espada, que blande la gran espada con que mató a Goliath. Debería tener también el arpa con que deleitaba a Saúl. Esta se encuentra aún en la baraja francesa.

Sólo el rey de carreaux, César, conser-

(Sigue a la vuelta)

Señor AUTOMOVILISTA



USE CORRECTAMENTE
SUS LUCES

- ✓ LUCES GRANDES ALTAS PARA CAMINOS
- ✓ LUCES GRANDES BAJAS CIUDAD
- ✓ LUCES CHICAS SOLO PARA ESTACIONAR

FONCK 03144

OPTICAS

HAMMERSLEY

SANTIAGO - VALPARAISO

ATENCION PERSONAL
EN PROVINCIAS

COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



va algunos rastros de su gran original. Su mano está alzada visiblemente en el antiguo saludo romano, que en nuestro tiempo fué revivido con bélicos recuerdos. En la esquina superior derecha vemos las varillas y el hacha que eran símbolo del poderío de Roma.

Alejandro el Grande es el rey de tréboles. Porque fué gobernante de un Imperio Mundial, lleva o llevaba (las repetidas copias han eliminado la mano que antes la cogía) una esfera que simboliza al mundo. La esfera coronada por una flor de lis flota aún vagamente en el naípe, pero las demás flores de lis que antes bordeaban su túnica se han convertido en pequeños tréboles.

Ninguno de los reyes de cartón está casado con su legítima reina. Carlomagno tuvo varias esposas, pero ninguna de ellas es la reina de corazones. Igual que los reyes con sus barbas partidas se fundan en el rey Enrique III de Francia y los sotas en Héctor de Galar, capitán de los guardias de Carlos VI, así las reinas inglesas reproducen una estilización de los rasgos de Elizabeth Woodville, esposa de Enrique VII. La rosa que llevan todas es la rosa roja y blanca de los Tudor. Pero en la baraja primera la reina de corazones era Judith, campeona de los judíos que cortó la cabeza del tirano Holofernes. Pallas Atenea, diosa griega, es la reina de piques; la Raquel de la Biblia es la reina de carreaux. Nadie sabe quién es la reina de tréboles. Tal vez sea la imagen de María de Médici, esposa de Enrique IV de Francia. En la baraja francesa lleva el nombre de Argine, anagrama de Regina, la reina.

El primer sota de corazones fué el bribón Paris que robó el corazón de Helena de Troya e inició una guerra de diez años. En los primeros naipes llevaba en la mano la ardiente antorcha del amor. Pero en el Siglo XV. Paris cedió su lugar a un guerrero de Gascuña llamado La Hire, famoso bandolero, que combatió contra los ingleses con Juana de Arco. La tonta hojita que tiene en la mano deriva, tras cuatrocientos años de copias torpes, de la parte superior de su bastón de mariscal, sobre el cual juró fidelidad al rey de Francia, el primer bastón de mariscal que recuerda la historia.

El objeto que tiene en la mano el sota de piques debería ser una pica, pero la cabeza de la pica fué demasiado difícil para los copistas, que la han echado completamente a perder. Y no hay nada que identifique al original de este personaje, fuera del título que lleva en la baraja francesa, que lo llama Ogier el Danés, uno de los paladines de Carlomagno. Algunas autoridades mantienen que Le Danois es una corrupción de L'Ardennois, el hombre de Ardenne, teoría que es muy poco popular en Dinamarca. El sota de carreaux, es Héctor. Lo que lleva en la mano es una alabarda y el sota de tréboles, Lanzarote de la Tabla Redonda.

LICEO CHILE

KINDERGARTEN
PREPARATORIAS

HUMANIDADES
COMPLETAS

INGLES OBLIGATORIO

EXTERNADO
Y MEDIO PUPILAJE

San Joaquín 1421

donda del Rey Arturo, lleva una flecha, porque los tréboles, en cuanto palo de la baraja, representan a los comunes y la arquería era el ejercicio predilecto del hombre común.

Por un capricho de la historia la baraja inglesa moderna que desciende directamente de la baraja francesa del siglo XIV es totalmente distinta de la baraja francesa del siglo XX. En 1792, cuando el fervor republicano de la revolución francesa estaba en su cumbre, los emblemas realistas de las figuras fueron abolidos en nombre del soberano pueblo. Los reyes fueron reemplazados por los sabios de la antigüedad clásica (de preferencia aquéllos con sentimientos antimonárquicos) y se convirtieron en Solón, Bruto (el asesino de César), Catón y Platón (autor de una obra con el bendito nombre de República). Las reinas se volvieron representaciones de diversas virtudes cívicas (Justicia, Fuerza, Sabiduría y Unidad) y los sotas, ya no villanos, se trocaron en honrados proletarios: Jardineros, Segadores, Leñadores y Viñateros.

Napoleón restableció los nombres tradicionales de las figuras, pero se diseñó una serie enteramente nueva de figuras estilizadas en 1813, que han servido de modelo para todas las barajas francesas desde entonces.

De modo que sólo en los naipes ingleses permanece la continuidad, muy mutilada y aún más confundida en tiempo de Jorge IV, cuando las figuras de cuerpo entero fueron cambiadas, para comodidad del juego, por los monstruos de dos cabezas que hoy conocemos.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60.— Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 25 de febrero de 1954 - N.º 1035

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Shampoo **BAYCOL**

ES EL MEJOR DEL MUNDO



ELABORADO CON LICENCIA DE
JEAN VALLY, GRAN-DUCHE DE LUXEMBOURG

Sinalca

es la última creación de la ciencia
para limpiar y proteger el cabello.

Ya no es necesario que Ud. exponga su cabellera al lavarla con productos que contengan jabón, soda o potasa.

El moderno Shampoo SINALCA contiene jabón ni álcalis. Se compone solamente de detergentes neutros muy concentrados, que proporcionan una limpieza perfecta, dejan el cabello suave y sedoso, no dañan el cuero cabelludo ni la raíz del pelo.



Para su mayor comodidad, se ofrece en tres formas: POLVO, CREMA y LIQUIDO, y todas resultan económicas por su gran rendimiento. Pruebe una vez SINALCA y verá lo que sus cabellos ganan en vigor, belleza y salud.

Condor
Marr

Confidencias

de Margarita

N.º 1036

M. R.

\$
10
MONEDA CHILENA

EL CURIOSO AMOR DE RUTH Y OCTAVIO



• MI PARTE DE FELICIDAD

• UNA NOCHE MISTERIOSA,
novela policial.

• PERDONAME, RENE

• EL EMBRUJO DEL EGIPTO,
novela.

• ISABEL DE AUSTRIA,
amor histórico.

• LA SOCIEDAD Y LA MUJER SOLTERA,
artículo.

• EL MOLDE DE LA SEMANA

• EL PECADO DE UN ESPOSO

—Los resfríos son peligrosos en esta época. Ahora una buena limonada y derecho a la cama.

EVITE LOS INCONVENIENTES
DE LOS VIEJOS MAQUILLAJES



NADA de esponjas húmedas



NADA de dedos engrasados



NADA de polvos sueltos

Ahora, POND'S presenta...

Angel Face

DE POND'S M. R.

¡POR PRIMERA VEZ EN CHILE!

¡Las mujeres se lo "arrebatan" en Estados Unidos! Sensacional maquillaje en seco. No necesita agua. Dura mucho más. ¡Da al rostro un adorable aspecto angelical!

Angel Face, el nuevo producto Pond's, es

Polvo con base
¡Todo en uno!

Se usa como cualquier polvo facial, pero no necesita base. No se agruma. No forma parches ni sombras. Tiene un perfume exquisito...

¡Y viene en seis cautivantes tonos!

Angel Rubio,
Angel Rosado,
Angel Moreno
Angel Bronceado,
Angel Gitano,
Angel Nacarado.



Bellezas de la sociedad dicen:

"Con Angel Face jamás me siento "maquillada", es de tal suavidad... y luce tan fresco y natural. ¡Ideal para llevarlo conmigo; no empolva la ropa ni la bolsa", manifiesta Frederica Vanderbilt Camble, de la sociedad norteamericana.

Cada caja con su cisne.

D

ESPUES de años de estudio, he llegado a la conclusión de que la soltería es un mero accidente. Puede ser descrito... después que ha sucedido. Puede a veces ser explicado... pero muy raras veces puede ser vaticinado con algún grado de seguridad. Un estudio de las mujeres casadas y de las solteras revela solamente que las dos son mu-
jeres. Y si hay muchachas solteras que son

simples, también hay casadas que son tontas, y si hay mujeres casadas, bellas, inteligentes y elegantes, hay también solteras que las pueden eclipsar fácilmente. He conocido a mujeres indudablemente normales que no se casaron por la simple —y suficiente— razón de que no desearon hacerlo. Y he encontrado a otras mujeres que bien por una extraña anomalía de su naturaleza o por un defecto de su educación, han llegado a pensar que el matrimonio era para ser mirado como algo un poco desagradable.

Sin embargo, estoy convencido de que la soltería es más a menudo un tributo a la virtud de la mujer, que una prueba de su estupidez. Y es la mujer que se casa precipitadamente, la que puede esperar con mayor razón ser desgraciada, que aquélla que titubea ante la posibilidad de un matrimonio inconveniente.

Sin embargo, mi experiencia no me permite olvidar que las solteras se hacen frecuentemente la vida insoportable, acusándose de imperfecciones que no tienen, y después culpando a estas imperfecciones imaginarias de lo que dadas las circunstancias, tenía que suceder, es decir, que darse solteras.

Un hombre puede dar la vuelta al mundo en busca de esposa, y nadie va a pensar mal de él por eso, pero la mujer está limitada al campo de sus amistades y conocidos, y si en este grupo de hombres no hay uno con el cual deseara llegar a vieja, no siempre es fácil para ella buscar en otras direcciones.

Entre un grupo dado de hombres, solamente hay unos pocos con los cuales la mujer entraría prudentemente a considerar el matrimonio, porque, si tiene suficiente madurez, sabe que en el matrimonio no todo es de color de rosa, y que el amor —el amor que dura— es algo más que un susurro o un temblor.

El amor verdadero es inteligente. El amor ciego es torpe. Una mujer madura puede amar a un hombre cuando llega a conocerlo y cuanto más lo conozca, más lo ama. En cambio, una mujer ciegamente enamorada, está segura de amar a un hombre cuando sólo sabe de él que fuma pipa, habla con una voz acariciante y usa melena negra y ondulada.

El amor ciego es verdaderamente violento, demasiado explosivo para ser controlado por la razón. Es el responsable de expresiones tan inexactas como "amor a primera vista", "flechazo", etc. A pesar de lo que digan las canciones, la gente no se "enamora locamente", y tal vez sea ésta la explicación más consoladora de por qué esa procesión melancólica de hombres desilusionados y de mujeres amargadas desfilan hacia los tribunales de divorcio. Aunque el amor y su contraparte, el amor ciego, son la base de casi todos los matrimonios, no son ellos la explicación de cada uno. El temor es a menudo el verdadero motivo, así como la avaricia o el orgullo o la envidia. Hay un tipo de mujeres que se casan con una línea de ferrocarriles, con una gran casa de ventas o con un millón de acciones. Los hombres que se casan con ellas están condenados al desengaño, pues éstas no se sacian con nada, y la única diferencia que hay entre ellas y las mu-

EL AUTOR DE ESTE ARTICULO ES UN SACERDOTE CATOLICO NACIDO EN SUDAFRICA, Y QUE USA EL SEUDONIMO DE JOHN LAURENCE, SIRVE AHORA COMO SACERDOTE EN UN MONASTERIO CERCA DE CAPETOWN, DONDE ORGANIZA PERIODICAMENTE "RETIROS ESPIRITUALES" PARA MUJERES, Y EN EL CURSO DE LOS CUALES HA OIDO MUCHAS CONFIDENCIAS INTIMAS. SU LIBRO "LA MUJER SOLTERA" NACIO GRACIAS A ESTAS UNICAS EXPERIENCIAS.



LA SOCIEDAD Y LA MUJER SOLTERA

Por John Laurence

Pero, ¿cómo es que llega a ser solterona una mujer? ¿Es que se desencadenan procesos ocultos? Y si esto es así, ¿de qué naturaleza son? ¿Fisiológicos, psicológicos, diabólicos? ¿Sucede esto accidentalmente, o es un designio? ¿Tiene algo que ver en ello la herencia?

¿Jeres que recorren las calles ofreciendo sus encantos marchitos, es solamente el grado en la escala social. Menos endurecidas que las buscadoras de fortuna son aquéllas que son impulsadas al matrimonio por el temor. Ciertas mujeres se casan por miedo. Porque temen a la soledad o porque temen la forma irónica con que otras mujeres pronuncian la palabra: ¡solterona!

La mujer positivista es más realista. A ésta tampoco le gusta la soledad, pero ha conocido mujeres casadas que se han sentido solas, y mujeres mundanas que no lo han sido. Lo que a ésta le preocupa es el miedo a la inseguridad. No se hace ilusiones respecto a la igualdad de la mujer y sabe que el mundo de los negocios es todavía del hombre.

Un hombre puede vivir en una barraca, ella ansia un hogar. Los solteros lo hacen a veces en hoteles de infima categoría; en ese ambiente, ella no podría subsistir. Exige más de la vida que un paraíso para sobrevivir; desea, además, vivir. Si este temor a la inseguridad dura demasia-

Visitación de Imp. y Bibl.

3 MAR 1954

Depósito Legal

(Sigue a la vuelta)

PARA EL COLEGIO



Para niño de 8 años.

Materiales: 400 gramos de lana de 3 hebras, 1 par de palillos N.º 3.
Espalda: urdir 100 puntos y tejer 7 cm. de punto de canutones (1 derecho, 1 revés). Aumentar en la última hilera seis puntos y seguir con punto de fantasía. Continuar en la siguiente forma: 1.ª hilera: al derecho. 2.ª y 4.ª hilera: al revés. 3.ª hilera: 1 derecho, 2 revés, 1 derecho, repetir a partir de 3. Estos 4 puntos que se repiten constituyen el punto de fantasía. A una altura de 28 cm. cerrar a los dos lados para las bocamangas: 1 vez 3 puntos y luego siempre 1 punto, hasta que queden 38 puntos. A una altura de 42 centímetros, cerrar los puntos.

Delantero: se teje igual que la espalda hasta tener 39 centímetros. Deslizar en seguida, cerrar los 14 puntos del medio para el cuello y tejer cada lado separadamente. Cerrar aún 6 veces 2 puntos al lado del cuello, de manera que se agoten todos los puntos a una altura de 42 centímetros.

Mangas: urdir 46 puntos y tejer 8 centímetros con canutones. Aumentar en la última hilera hasta tener 61 puntos en el palillo y comenzar el punto de fantasía. Aumentar al mismo tiempo 1 punto a ambos lados cada 2 centímetros, hasta tener 26 cm. de alto. A una altura de 34 centímetros, cerrar para la parte de arriba de la manga. 1 vez 3 puntos a ambos lados, luego 1 punto al comenzar cada hilera siguiente. Disminuir a 42 centímetros de altura 1 punto a los dos lados del punto del medio cada 6 hileras, tejiendo 2 puntos al derecho juntos antes del punto del medio y deslizar el siguiente sin tejer, hacer un punto y pasar el punto deslizado sobre el punto tejido. Tejer los puntos siguientes con punto de fantasía. A una altura de 48 centímetros, cerrar de una vez los puntos restantes.

Planchar ligeramente el tejido por el revés con un paño húmedo. Hacer las costuras de los lados, coser las mangas y montarlas. Levantar los puntos a lo largo del escote y tejer 7 centímetros de canutones. Cerrar estos puntos bien sueltos. Doblar el cuello por la mitad para que dé vuelta hacia afuera.

La sociedad y la mujer soltera



do tiempo, puede convertirse en obsesión y hacer que hasta la soltera más razonable se comporte imprudentemente.

Más sutil aún es el humillante temor de fracasar como mujer. Un parte de matrimonio terminaría todo esto... "El señor y la señora...", invitan a usted al matrimonio de su hija...", y no importa que este casamiento sea una jugada loca, con tal que dé protección contra las murmuraciones que amenazan su respeto propio.

Una vez casada, se escapa la mujer al reproche de la soltería, y puede ya hablar con la cabeza alta entre las verdaderas mujeres, aquellas que discuten con orgullo de cómo tener hijos y cómo no tenerlos.

Algunas mujeres infortunadas son empujadas al matrimonio por las casamenteras. Otras, por la solitud mal regulada de una madre demasiado ansiosa. El amor maternal incontrolado es algo contra lo cual pocas hijas se pueden defender.

Las muchachas que empiezan a preocuparse por su soltería son muy vulnerables a observaciones, tales como: "Cuando tenía tu edad, ya había nacido tu hermano Juan... ¿No quieres casarte?... Casi todas tus compañeras de colegio ya se han casado... ¿Qué es lo que te pasa?"

El hogar se convierte así en un lugar de tortura. La cantinela continúa el día entero, y pocas muchachas soportan esta tortura moral. Así, llega el día en que, para escapar de ella, se casan con el primer hombre que se lo propone.

Hay un cierto tipo de hombre que se asusta ante la mujer con éxito. Tolerará a la mujer que practica las artes o que escribe novelas en la cocina siempre que no lo descuide a él o a los niños. Pero su orgullo rehúsa a la mujer que corre a la casa a las 5 en punto para alcanzar a hacer sus deberes y que abandona el hogar a las 8,30, todas las mañanas, para conseguir equilibrar el presupuesto familiar. Y, en lugar de casarse con la profesional brillante, que haría parecer ridículas sus entradas, el hombre prefiere buscar una mujer cuyo talento no vaya más allá de la cocina y de la nursery.

Juana era una mujer de carrera. Ganaba un sueldo muy alto como secretaria privada, pero ansiaba dejar su empleo para casarse. Conoció a José durante unas vacaciones. Pasada una semana estaba segura de quererlo. Y él también la amaba, o decía que la amaba. Pero cuando le pidió que le hablara de su vida, ella lo tomó en serio y lo hizo. Ese fue un error.

José era orgulloso. Ganaba menos que ella, y no tenía esperanzas, con su precaria educación, de llegar a tener una situación realmente próspera. Juana protestó de que ella ganaba para vivir y proveer el vestuario. El orgullo de José se transformó en obstinación.

Si se casaba con ella, Juana tendría que dejar su empleo. Si ella dejaba su empleo, se vería privada de las cosas a que estaba acostumbrada, y las cuales él no se las podía dar. Así, aunque con tristeza, se esfumó de la vida de su amiga.

Juana arregló sus maletas con mal humor, y empacó los vestidos que había comprado con tanto cuidado. En las próximas vacaciones traería solamente un par de pantalones y un sweater. Desde entonces ha gozado de muchas vacaciones, pero es aún una secretaria.

El empleo también puede perjudicar de otra manera a la mujer. Verónica es un ejemplo. Cuando joven, debió haber sido hermosa, porque aún ahora, a pesar de su pelo gris, los hombres silban cuando ella entra en el hospital. Pasó su niñez en un pequeño pueblo, despedazó muchos corazones en la universidad, se graduó de enfermera y se fué a una gran ciudad: allí comenzó a soñar.

Joven, fascinada con su trabajo, hizo del hospital su mundo entero. Los médicos eran los únicos hombres para los cuales ella tenía ojos y corazón. Cuando se casara, tendría un médico como marido, alguien con quien podría hablar en su propio idioma.

Los médicos jóvenes, en sus momentos de ocio, inconscientemente fomentaban su sueño. Mientras tanto, ella se daba cuenta de que se estaba retirando de los hombres que le habrían llenado sus horas libres, si no hubiera estado absorbida por la vida del hospital.

Estos hombres no eran realmente aburridos. Eran bastante inteligentes y bastante sensibles como para que no gastaran su tiempo con una muchacha soñadora, que, interiormente, los despreciaba, porque no eran médicos. Así, ellos encontraron otras chicas y la dejaron abandonada a su sueño... y a su despertar.

Verónica sabe ahora que entonces fra-

Serán felices las nacidas en marzo,



porque...,

salvo rarísimas excepciones, las personas nacidas durante este mes son sumamente supersticiosas. No siempre lo demuestran; pero no es raro encontrar en sus bolsillos talismanes que les sirven de protección y les dan suerte.

El topacio es la piedra del mes, que los nacidos en este periodo deben usar ojalá en contacto con la piel, y que los librará de todo mal, sobre todo de las malas tentaciones. Los colores especialmente favorables para los nacidos en marzo son el café oscuro y el granate, dos colores que pueden usar tanto mujeres como hombres, puesto que estos últimos tratarán de lucirlos en sus corbatas.

Otras piedras del mes son: ágata, ámbar, amatista, jaspé, perla gris, berilo. Como talismán para los niños nacidos entre el 19 de febrero y el 19 de marzo: el jaspé (variedad del ágata).

El topacio, que es la piedra favorable del mes de marzo, llamada igualmente "piedra de oro", de un bello color dorado o verde olivo, se encuentra en los yacimientos de una pequeña isla del Mar Rojo, cerca de la costa egipcia, llamada la Isla Topacio. Esta isla le ha dado su nombre de topacio a la piedra. Las joyas antiguas, las piezas de aparato de las iglesias y claustros del Medio Oriente eran casi siempre de esta piedra. Los cruzados la dieron a conocer en Europa durante la Edad Media. También se la encuentra en el Brasil, India e Indochina. Esta piedra da a su dueño, si la cuida y la quiere, el don de entrever el porvenir, y con esta clarividencia le confiere una fuerza psíquica sobrehumana.

nudo, pero tampoco era del tipo "liberal", que piensa que la amistad sólo puede apreciarse en la alcoba. Durante una fiesta, un joven actor, que se había sobrepasado en el alcohol, pensó que, por ser ella artista, tenía que ser fácil. Su esfuerzo por conquistarla casi llega al rapto. Sus amigos bohemios, ante los cuales se desahogó en lágrimas, le fueron de muy poca ayuda. Algunos se rieron y otros sostuvieron que ser virgen a los 25 años era ridículo. La muchacha se impresionó tanto con la experiencia que llegó a temer a los hombres en forma desequilibrada.

Más o menos en la misma forma, muchos padres, que están ansiosos por proteger a una hija de los peligros de un mundo sin prejuicios, se les crean a una mente joven que no está en condiciones de comprender lo que es el prejuicio. He conocido a mujeres que han crecido con la perversa noción de que el sexo es un mal necesario pero desagradable. Ahora, aunque ellas quieran casarse, tiemblan ante la necesidad de someterse a emociones que se suponen de mera animalidad.

Es muy importante que en este momento de nuestra investigación, la angustiada mujer soltera pueda formular una teoría que explique su estado presente. Esta teoría deberá violentar lo menos posible los hechos de su caso. Conformarse con la soltería será difícil para la mujer que no puede o no quiere tratar de comprender el por qué de ese estado.

El prejuicio más ampliamente aceptado respecto a la mujer soltera, es el de que ella es un poco rara. Algunos sospechan que era así desde pequeña. Otros prefieren pensar que la excen-

Cuando se es amado por una bella mujer, se sale de todos los apuros de este mundo.—

VOLTAIRE.

casó por no darse cuenta. Los profesionales a quienes les demostraba tanta devoción, tenían su mundo propio fuera del hospital, y no tenían nada que ver con los antisépticos. Era en ese mundo social, al cual ella no trató de entrar, donde ellos amaban y se casaban. Así, Verónica aprendió que, aunque un joven médico puede robarle un beso a una enfermera, si es un hombre batallador, buscará una esposa que haga la batalla menos difícil.

A veces, la soltería es el efecto, no de la indiferencia del hombre, sino de su interés excesivamente animal. Muchas mujeres son y permanecen solteras porque los hombres que conocieron se comportaron como si en lugar de Dios, hubiera creado el mundo un novelista moderno.

En Nueva York supe la historia de una linda e inteligente muchacha que con todo su corazón ansiaba casarse, pero que sentía que no podía hacerlo por una traba psicológica. Les tenía miedo a los hombres. Noté que, a pesar de haber sucedido eso tres años antes, el terror comenzaba a insinuarse en sus ojos.

Había venido a estudiar a Nueva York. En la Escuela de Artes había conocido a una juventud extraña, cuya vida le era nueva. Ella no era una victoriana que se ruborizara frente a un des-

Siempre en una pareja, uno ama más que el otro y éste es el que más sufre... Pero el otro es el que se aburre.—

MAURICE DONAY.

tricidad es un efecto inevitable del celibato y no su causa necesaria.

Las personas realmente sentimentales dejan escapar sus emociones cuando se refieren a las solteras. Irrumpen en suposiciones casi poéticas: ella es una sinfonía inconclusa, un poema sin recitar, un botón sin florecer. La naturaleza la he hecho para ser madre, su instinto la impulsa a buscar un compañero, pero el destino le niega el hijo y el amor.

Hay mujeres tan desilusionadas que medio creen esta tontería. No hay límite para el daño que se hace con tal maligna estupidez. Toda esta confusión respecto a la soltería, y toda esa simpatía solapada y peligrosa, derivan de la ingenua creencia de que el amor físico es tan necesario para el individuo como lo es para la raza.

Esta teoría ha recibido el más poderoso apoyo del psiquiatra, el hombre que está seguro de que los hombres y las mujeres no son nada más que animales sin alma. Presenta sus teorías como hechos. La mujer soltera, que está siempre preocupada por su aparente incapacidad, para despertar amor en los hombres, es el ser más apto para creer impetuosamente en sus teorías. Si una mujer no fuera nada más que

(Continúa en la pág. 9)

*Ser la secretaria de
un arquitecto, no
es decididamente
una delicia.*

POR tercera vez durante esa mañana, yo me repetí mentalmente esta frase, en tanto que mi joven jefe ya célebre jefe, depositaba implacablemente sobre mi mesa los "Presupuestos descriptivos", los "Presupuestos aproximados", y las "especificaciones". Literalmente sumergida en ese mar de papeles, hacía lo posible por copiar en un tiempo record esa marea de cifras y de fórmulas. Después de un año que ocupaba tal puesto, que muchas me envidiaban, había adquirido cierta experiencia, familiarizándose con las originales expresiones contenidas en esa clase de trabajos. Nada ignoraba ya de la jerga de los arquitectos y constructores, y todos sus términos eran para mí moneda corriente.

—¿Señorita Edith?

—¿Señor?

—¿En qué está del último trabajo?

—Aquí lo tiene, señor...

Con mano expresiva le designé el montón de la correspondencia por contestar.

Suspirando, exclamó:

—¡No salimos nunca! La tapo de trabajo, lo sé perfectamente. Si fuera razonable, buscaría una segunda secretaria que la ayudara... ¿Por qué hace ese gesto? Evidentemente, perderíamos gran parte de nuestra sacrosanta tranquilidad, pero ganaríamos en rendimiento del trabajo. Sin embargo, ¿sabría otra secretaria, como usted, comprender mis instrucciones, leer mis garabatos, soportar mis cambios de humor? ¡Sinceramente, no lo creo!

—Ni yo tampoco.

—¿Tengo, entonces, tan mal carácter? —Interrogó confundido, echándose hacia atrás en su sillón.

Interrumpiendo mi trabajo, lo miré con indulgencia.

—¡Tiene usted carácter!... Poco importa si a veces se manifiesta en una forma algo rara, con esa doble vitalidad, pues, al fin de cuentas, yo no me quejo.

—¿Sabe, señorita Edith, que sería una excelente diplomática?

Reímos y yo continué escribiendo a toda máquina. No me gustaba dejarle adivinar cuán encantador le encontraba. Cuestión de dignidad primero, y de prudencia, después. Me creía al amparo de su indiscreta curiosidad, cuando su bien timbrada voz resonó nuevamente llamándome:

—¡Señorita Edith!

—¡Señor! —respondí sobresaltada.

—¿Me permite una pregunta? ¿En qué puede soñar una

MI

PARTE DE

FELICIDAD...



secretaria en una tibia y perfumada mañana como la de hoy? Pero, ¿tiene usted siquiera tiempo de soñar? Permiéndome un poco de humor, repliqué:

—¡Por cierto que no! ¡En el aburrido campo de mi imaginación, florecen solamente guirnaldas de cifras y arbuscos de fórmulas!

—No obstante, ¿siente cómo huelen las flores del jardín vecino?

Pensativa, me acodé deliberadamente sobre mi mesa, y, enderezando por fin la cabeza, aspiré a plenos pulmones el dulce aire que penetraba por la ventana abierta.

—¡Qué hermosa mañana! —suspiré involuntariamente.

—¿No es cierto? ¿No le agradaría salir a su encuentro, a lo largo de los caminos o de las riberas? ¡Una mañana así, a los veinte años! Porque usted tendrá veinte años, cuando mucho...

—Sí; justamente...

—¡Casi una niña! ¡Y yo que la tiranizo tanto! En este tiempo fantástico... Escuche: arregle sus "minutas" y sus "presupuestos". Usted tiene necesidad de un día de vacaciones y yo también. Son apenas las diez. Prepárese. La llevaré a almorzar a alguna parte, fuera de la ciudad.

—¡Pero, señor! —exclamé azorada—. ¡No lo dice en serio!

—Perfectamente en serio —confirmó—. Hablaré con mi socio, que él sí que es un muchacho "serio", para que reciba a los clientes.

Una impresión de bienestar me invadía, mientras, sentada junto a Jorge, corrimos a mediana velocidad por el hermoso camino. De vez en cuando él me miraba de soslayo, con ojos maliciosos.

—¿Contenta?

—¡Oh! ¡Sí, feliz!

Estremecida, respiraba la embalsamada brisa perfumada a flores, a tierra húmeda, a agua limpia, a savia... Jorge no dejaba de observarme, hasta que, finalmente, me dijo:

—¿No le gustaría un paseo en bote antes de almorzar? ¡Creo que le haría mucho bien!

—Pero, ¿dónde?

—En el río. Hacia allá vamos y pronto llegaremos. Efectivamente, no tardamos en divisar la coqueta playa florecida de quitasoles de vistosas telas, en la cual bajamos del coche.

Jorge remaba admirablemente y pronto nos alejamos de la

orilla. Con elegante habilidad hundía y sacaba sus remos, aflorando apenas la onda. De súbito exclamó:
 —¿Qué le parece si dejamos atrás, archivados, los términos convencionales y supercorrectos de "señorita" y "señor", llamándonos sencillamente por nuestros nombres?
 —Encantada —respondí, turbada por esta insólita proposición.
 —Bien, empiezo: ¿Edith?
 —¿Señor?...
 —¡Un punto en contra! ¡Me debe una multa!
 Reía de todo corazón, y yo hacía otro tanto. De pronto, detuvo el bote en medio del río, y con una chispa de malicia en su mirada, me dijo:
 —Esa multa, ¿podría ser un beso?
 Me sobresalté. "¡Esto es fatal —pensé descontenta de mí misma—. No debía haber aceptado jamás su invitación..."
 Inclínandose hacia mí, Jorge insistió:
 —¿Me deja besarla, Edith?
 Inexperta en el arte de la coquetería, y, no deseando tampoco parecer concederle excesiva importancia a lo que podía bien ser un simple juego, permanecí silenciosa.
 —¿Tanto miedo le causo, entonces? —continuó preguntando, medio herido y medio divertido con mi gesto de pudor.
 —¿Miedo? —murmuré, como si me interrogara a mí misma sobre las tonalidades psicológicas de mi nuevo estado de alma—. No... precisamente miedo, no.
 —¿Y qué es, entonces? —preguntó con una inquisidora mirada que me turbó profundamente.
 Sentí una especie de rabia contra ese hombre que echaba a perder en esa forma un día que en sus comienzos había sido tan agradable. No tenía derecho a portarse de esa manera, haciéndome sentir tan molesta. Como yo continuaba sin responder a su apremio, me dijo burlonamente:
 —¿Acaso nadie la ha besado todavía, niñita, que pone esa carita tan asustada? ¿Sabe que incita usted mi curiosidad? Sin poder contenerme más tiempo, estallé:
 —No soy juguete de nadie, y le agradecería no insistir.
 Mañana —porque yo pienso en el mañana—, estaremos en la oficina, ante un imponente montón de papeles y cartas por contestar, y, entonces, nuestras personalidades...
 —¡Qué frase tan romántica! —embromó con un involuntario matiz de enternecimiento—. Usted ha nacido con un siglo de atraso, mi querida Edith. Es demasiado perfecta. Parece una colegiala inexperta y timorata...
 Y, tendiéndome la mano, agregó:
 —¡No se enoje!
 —No. Asunto terminado —respondí aliviada.
 Sumergió nuevamente los remos en el agua, poniéndose a remar suavemente. De pronto, comentó con un imperceptible estremecimiento en la voz:
 —Es que no deseo perderla...
 —¡Una secretaria tan competente! —embromé.
 —¡Más que eso, malvada: una amiga!
 El término me conmovió, pero me guardé bien de hacérselo notar. Pronto descubrimos, a orillas del río, un restaurante muy lindo. Nuestra mesa, algo aparte de las otras, se prestaba para una conversación amistosa y confidencial. La muchacha que nos atendía, con aire malicioso, nos observaba todo el tiempo. Hablamos de mil cosas: viajes, lecturas, impresiones y recuerdos de infancia... Películas buenas que ambos habíamos visto; en fin, tratamos todos los temas. Sentada al lado de Jorge, me sentía invadida de un sentimiento nuevo de quietud y felicidad.
 La sirvientita, no lejos de nosotros y en tanto se dedicaba a sus quehaceres, nos espiaba en el espejo. Yo me divertía francamente con sus manejos, hasta que Jorge encontró su mirada, dándose cuenta de su juego.
 —¡Parece que piensa en una fuga! —me comentó.
 —¡Lo que prueba que nunca hay que juzgar a las personas por la cara!
 Jorge se volvió hacia mí, considerándome con una triste mirada.
 —¡Malvada! ¿Verdaderamente le causo tanto horror?
 —¿Horror? —repetí sonriendo, de pronto enternecida...—. No, de ninguna manera...
 Su mirada acarició lentamente mi fisonomía.
 —Edith... Querida... Míreme bien en la cara, porque deseo hacerle una declaración: me siento muy orgulloso, muy feliz de su apreciación.
 Turbada, bajé la cabeza. Sin tomar en cuenta la indiscreta mirada que seguía nuestro coloquio, Jorge se inclinó, diciéndome, más bajo:
 —Edith, ¿por qué porfía con su corazón? ¿Por qué no lo deja hablar? Yo adivino mejor que usted misma... ¡Podríamos ser tan dichosos, si usted lo consintiera!
 —Jorge —le supliqué—, por favor no embrome más.
 —¡Pero, Edith, te amo!
 Entonces, sin poder contener el impetuoso impulso de mi corazón, le respondí:
 —Y yo también.

(Sigue a la vuelta)

Sensacional nueva fórmula!

...que reúne en un polvo facial

Mágicos colores...

Adherencia
perfecta...

Suavidad
de pluma!



ATKINSONS
Polvo Facial
"PLUMA"



¡Pruébalo hoy!

Su fórmula moderna
fue creada por Atkinsons
especialmente para
su cutis extrasensible...

y le dará la seguridad de
ser más hermosa, más
atrayente, envuelta en un halo de

Mirage

seductor perfume...

"tout Paris"

Al adquirirlo, elija
"su" tono en el
novedoso muestrario
de colores.



La sociedad y la mujer soltera

(Continuación de la pág. 5)

un animal elegante, capaz de reproducirse, pero sin alma, daría al psiquiatra una base. Pero yo creo que una mujer es más que un animal. Es un ser humano, capaz de razonar, capaz de desprenderse de sí misma y reflexionar, capaz de apreciar no sólo la forma de las cosas sino también su naturaleza.

El sexo es, indudablemente, una cosa muy importante, y la soltería no deseada es una seria privación, pero hay otras cosas aún más importantes. En verdad, la facultad de procrear ocupa una fracción de la vida mucho más pequeña de lo que la nueva psicología nos quería hacer creer.

Debido a que muchas mujeres infortunadas confunden sus apetitos humanos, se transforman a veces en solteras excéntricas y hasta en locas desenfrenadas. Sin embargo, no es difi-

cil comprender por qué la virginidad molesta a algunas mujeres: porque temen o perder, o perderse ellas mismas.

Su miedo es parte de una locura que nos rodea en el mundo actual, es la misma manía que presenta un hombre que vaga perdido en un desierto. El sabe que tiene que encontrar agua o perecer. Porque su sed torturante confunde el milagro con la realidad, y lo hace correr hacia fuentes que no existen.

Hay muchas mujeres que vagan ciegas como en un desierto. Ellas han perdido todo sentido de la orientación. Están conscientes, por ejemplo, de que poseen una gran capacidad amorosa y ansían el amor, pero no están del todo seguras de a quién deben amar, o cómo deben amar. Y, a pesar de eso, no admitirán que están desorientadas.

Como ellas creen que el sexo es aparentemente una parte natural del amor, entonces llegan a la conclusión de que es el corazón y el alma de éste. Así, en nuestros hospitales mentales viven muchas pobres mujeres que confiadamente dieron sus primeros pasos hacia la locura en nombre de un amor que descansó casi exclusivamente en el sexo. Aquellas que han escapado de

las más alarmantes consecuencias de un amor demasiado físico, creen, sin embargo, que es una locura esperar vivir sin amar o ser amadas.

Ellas tienen razón, pero no por las razones que dan. La parte física no es ni la primera ni la última palabra del amor; no es tampoco cierto que el amor debe ser expresado físicamente o deja de ser amor. Cada uno de nosotros debe amar de alguna manera, porque el amor es parte de la vida, pero si una mujer piensa que el amor y la castidad son irreconciliables, sufrirá por la locura de su materialismo y será escotada y perseguida por el fracaso.

Hoy en día, a causa de nuestro materialismo sin rumbo, se ha convertido al sexo en el amo del amor. Camina por nuestro mundo con arrogancia fanfarrona. Los soldados no pueden ir a la guerra a menos que su moral sea estimulada por una "pin-up girl", y los profilácticos han llegado a ser tan esenciales para el ejército, como lo son los armamentos y las municiones.

En época de paz, con menos excusa, somos tan locos como en la guerra. Las cámaras de comercio son los más serios, y tal vez los más ridículos defensores de lo que ahora ha llegado a

APRENDAMOS A CONOCERNOS

Una historia breve ilustrará muy bien el caso: "En un hospital había cierta vez un gran médico, muy famoso y respetado por su ciencia, pero del cual todos se mofaban por su tacañería. Siempre se le veía mal vestido y muchas veces comía en el mismo hospital, llevándose frecuentemente las sobras de comida. Este médico era la personificación de la avaricia. Pues bien, los estudiantes que tanto se burlaban de él, vieron con lágrimas en los ojos el día de sus funerales que un verdadero ejército de pobres y mendigos seguía la carroza. El buen doctor se había privado toda su

¿SE DEBE JUZGAR A LOS DEMÁS POR UNO MISMO?

vida hasta de lo más necesario para socorrer a la gente necesitada". La mayoría de los errores de juicio que cometemos respecto a los demás se deben a que no es fácil observar los actos de los otros y siempre los relacionamos con los nuestros, engañándonos en sus motivos. Es difícil escapar completamente a este error.

¿ES NORMAL QUE UNA PERSONA CAPAZ SE FASTIDIE CON UN TRABAJO MONOTONO?

Es comprensible. Pero la experiencia prueba lo contrario. A despecho de las apariencias, no

hay, en realidad, trabajos absolutamente monótonos: el mismo trabajo jamás se hace exactamente de la misma manera cada vez. En segundo lugar, se ha podido comprobar que el trabajador que se aburre, nunca es más capaz que los otros. Casi siempre se ha podido encontrar en su fastidio una causa exterior al trabajo mismo: preocupación sentimental, salud deficiente, temperamento arrebatado, etc.



ser casi una inmensa institución mundial: los concursos de belleza. Las mujeres, prácticamente desnudas, pasean sus encantos mientras las atisban los hombres-niños y los sabuesos de la prensa, ansiosos de lanzar al mundo las estadísticas vitales de la nueva reina.

Del sexo no se puede escapar. Está en los carteles, en el teatro, en el cine, en la radio y en la televisión. Muchos de nuestros novelistas modernos llegan a extremos que el cine no se atrevería a frecuentar. Gracias a su incontrolada curiosidad, la colegiala armada de su tarjeta para la biblioteca, puede vagabundear a su antojo por el mundo de la disolución y del libertinaje.

¿Es de extrañarse que los hombres miren a la mujer soltera como algo raro? ¿Es de extrañarse que la muchacha soltera comience ella misma a sospechar de que si no es todavía rara, fácilmente llegará a serlo? A pesar de

todos sus artificios y pinturas, sus vestidos y sus escotes, sus regímenes y sus ejercicios, su belleza aparentemente ha fallado para conquistar el amor de un hombre.

Si ella ha aceptado toda esta faramalla como algo indispensable para su hermosura, fácilmente la deja cuando se da cuenta de que su belleza no es deseada, y, en este caso, se retira al aislamiento de un mundo que jamás ha tomado en cuenta la soltería y no se ha preocupado por ella.

Un ser que viniera de otro mundo y que se formara un juicio de nosotros por nuestras películas, diarios y novelas, se sentiría seriamente desilusionado. No tendría por ellas maneras de saber que la mayoría de nosotros somos sanos, decentes. Gente que, después de una niñez saludable, de un amor honrado, nos casamos sabiamente y fundamos hogares felices para nuestros hijos.

La mujer soltera no debe cometer el

error de tal extranjero, porque ella tiene otros medios de comprobar si el amor físico es la principal preocupación del hombre o no lo es.

En verdad, ninguna mujer necesita llegar a ser una excéntrica, simplemente porque es, por la fuerza de una circunstancia accidental, soltera. Por el contrario, apreciará la tontería que es preocuparse por algo que a lo más puede ocupar sólo una fracción de su vida.

Y así, si ella no es materialista, no hay sólo una simple razón de por qué la mujer soltera nunca debería llegar a ser ni siquiera ligeramente rara, ni a sus propios ojos ni a los ojos de la sociedad humana. Una vez que ella acepte este hecho, dejará de ser el sexo una influencia dominante o frustradora de su vida. Por el contrario, lo aceptará tal como es, y así buscará otros caminos que desembocan en la felicidad, en el contentamiento.





Un
maquillaje
armonioso...
una tez
encantadora...

...se logran con la
doble prueba de

Don Juan
M. R.

Cremas
de belleza.
Polvos
faciales.
Lápiz labial.
Cake
make up.



A noche que nos ca-
samos, mientras Al-
berto me sostenía en
sus brazos y me da-
ba a conocer toda su
ternura, me dijo muy
bajo, al oído:

—Eres la única mu-
jer que he amado en
mi vida y serás la

única que ame...

Este era el amor con el que siempre
había soñado, a pesar de que cerca
de mí, en el seno de mi propia fami-
lia, nunca había tenido oportunidad de
admirarlo... pues mi padre abandonó
a mamá por otra mujer a los pocos
años de casados.

Antes de conocer a Alberto había crei-
do todos los conceptos de los hombres
que mamá tenía, debido a su triste
experiencia... "Los hombres son seres
sin sentimiento, Elena; sólo desean a
la mujer por sus atributos físicos. Nun-
ca confíes en ellos, hijita mía, pues
te traicionarán". Eran éstas las únicas
palabras que escuchaba de labios de
mi madre sobre el amor.

—Y tú serás siempre mi único amor —
le dije a Alberto en esa oportunidad.
Pasaron dos años felices. Alberto tra-
bajaba en una oficina de seguros, y
teníamos una hermosa casita en los
alrededores de la ciudad. Juanita, nues-
tra hija, crecía hermosa y sana, y es-
peraba otro hijo para abril de ese año.

La vida era para mí maravillosa. ¡Lue-
go vino esa horrible noche de marzo!
Recién depositaba a Juanita en su ca-
ma, cuando un extraño rumor me hizo
volverme sobresaltada. Espantada, con-
templé a Alberto afirmado en el mar-
co de la puerta, con mirada desvaída,

el rostro pálido y los puños crispados.
—¡Mi amor! ¿Qué sucede? —le pre-
gunté aterrorizada, mientras me diri-
gía hacia él con los brazos extendidos.
Pero mi esposo evitó el contacto de
mis manos y retrocedió al salón.

No pude comprender lo que sucedía,
y toda suerte de pensamientos lúgu-
bres atravesaron por mi mente... ¿es-
taría enfermo, tal vez había perdido
su empleo, se arruinaría...

—¿Qué sucede, Alberto? Por favor,
cuéntame lo que te pasa.
Me apartó de sí en forma brusca y
tomó asiento en un sillón cerca de la
ventana. Luego se pasó la mano por
los cabellos como si deseara coordinar
las ideas. Los labios le temblaban, y
sus puños crispados denotaban la emo-
ción que lo embargaba.

Al fin me dijo muy calmadamente:
—Elena, no sé cómo explicarte lo que
he hecho; pero sé que debo hacerlo.

Creo que lo mejor será que te diga
simplemente la verdad...
Sonreí dándole ánimo, aunque nada
podía ser peor que la duda que me
atenazaba.

—Esta noche he hecho el amor a otra
mujer —me dijo por último, entre so-
llozos.

Mi sonrisa se heló en el rostro y mi
corazón pareció que debía de latir.
Permanecí contemplándolo con mirada
incrédula. ¿Podría ser cierto lo que
escuchaba? ¿Estaría haciéndome sufrir
sin una causa justificada? ¿Era, acaso,
mi amado Alberto, como mi padre y
tantos otros hombres de esa natura-
leza? Por último, entre sollozos, arti-
culé estas palabras:

—Alberto, cuéntame todo, por favor.

Encendió un cigarrillo con manos tem-
blosas, y luego me confesó lo suce-
dido.

La noche anterior, después de partici-
par en el equipo de billar de la ofici-
na, se detuvo con un compañero en
una fuente de soda a beber una cer-
veza. Alberto estaba por irse, cuando
uno de los empleados de la firma pe-
netró en el local acompañado de una
hermosa muchacha.

Se sentaron a su mesa, y Carlos, su
compañero de oficina, se la presentó
como Paulina Lawton. Debo hacer pre-
sente que, a pesar de que Carlos es
casado, siempre se le ve acompañado
de mujeres hermosas.

Esa noche los hombres empezaron a
conversar de generalidades. De pronto
Paulina los interrumpió diciendo:

—¡Vamos, Carlos, baila conmigo!

—Lo siento, Paulina; no tengo deseos
de bailar esta noche; estoy demasiado
cansado. Pídele a Alberto que te acom-
pañe, a lo mejor desea hacerlo.

Volviéndose a mi marido, ella le ha-
bía preguntado, al mismo tiempo que
le tendía las manos:

—¿Bailamos?

Alberto se detuvo a esta altura de su
relato, y, sosteniéndome muy junto a
sí, me dijo balbuceante:

—Elena, es muy duro para mí confe-
sarte esto. Por favor, trata de com-
prender; sé que es difícil, pero intén-
talo. Experimenté lástima por la mu-
chacha al ver cómo la trataba Carlos,

y comprendí que no podía rehusar lo
que me pedía sin inferirle un agravio.
Bueno, bailamos, y empezó a abrazar-
me descaradamente y descansó la ca-
beza en mi hombro. Decidí que tan
pronto como terminara el baile regre-
saría a casa, y puedes creerme que me
sentí muy aliviado cuando la música se
detuvo.

Según parece, Carlos no se encontraba
en la mesa cuando volvieron a ella;
pero Alberto supuso que volvería pronto.
Al verlos solos, el mozo trajo nue-
vos refrescos a la mesa; luego le dijo:

—El caballero que los acompañaba me
ordenó estas bebidas, y me dijo que
les avisara que se tenía que retirar,
porque estaba muy cansado.

Alberto miró consternado a su compa-
ñera; pero por la expresión plácida de
su rostro, supuso que no era la pri-
mera vez que su amigo la dejaba sola.
Ella le dijo, mirándolo a los ojos:

—Bueno, Alberto, ahora estamos solos.

—Me tengo que retirar también —repu-
so mi marido.

Terminaron sus bebidas en silencio, y
luego Alberto se puso de pie para mar-
charse. Sin decir una palabra, Paulina
se puso, asimismo, en pie y caminó a
su lado. Luego le preguntó:

—¿Podrías ir a dejarme a casa?

Alberto vaciló un instante; pero como
caballero, no podía negarse a este pe-
dido, por lo demás tan natural, ya que
tenía automóvil. Al subirse al coche,
ella le dio una dirección en los alrede-
dores de la ciudad. Muy pronto estu-
vieron frente al edificio de departa-
mentos donde residía la joven, y Al-
berto mantuvo el contacto del motor,

EL PECADO

esperando que descendiera. Paulina se
volvió y dio vuelta la llave de ignición;
luego se acercó hacia él y le colocó
los brazos alrededor del cuello, besán-
dolo apasionadamente en la boca. Al
mirarla Alberto sorprendido, le sonrió
y dijo alegremente:

—¿No te agrada que te bese? Puedo
hacerlo nuevamente.

El recuerdo de las palabras de Alberto
es aún tan doloroso para mí, que no
creo poder narrar más detalles. Será
suficiente que explique que no tuvo ne-
cesidad de besarlo a la fuerza nueva-
mente. Según me explicó mi marido,
al salir de su departamento sentía unas
náuseas atroces por lo ocurrido, y com-
prendió que su conciencia no le per-

mitiría ocultarme este hecho. Debía confesarme su pecado para poder vivir en paz consigo mismo.

Alberto me miró, y en sus ojos había una expresión tan adolorida, que sentí que mi corazón se desgarraba. De pronto me pareció que por primera vez veía a mi marido tal cual era, es decir, el aspecto puramente materialista que mi madre decía que poseían todos los hombres. Si no, ¿cómo era posible que me hubiera olvidado siquiera un instante y se dejara arrebatar en olas de pasión por una desconocida? Mi corazón se heló dentro de mi pecho. Recordé nuestra vida marital perfecta y la fe que había depositado en él. Esas noches maravillosas, en las cuales nos parecía ser los dos únicos seres que poblaban el universo, y que el amor era un sentimiento sublime que sólo a nosotros nos había sido otorgado por Dios. Le miré nuevamente y salí corriendo de la habitación.

Es difícil para mí recordar esas dos horribles semanas que siguieron a la confesión de mi marido. Fueron una pesadilla espantosa. Una y otra vez me preguntaba: "¿Cómo puede haberme hecho esto a mí? ¿Cómo pudo olvidar un momento nuestro gran amor en brazos de otra mujer?"

Luego me miraba en el espejo y veía la palidez de mi piel y mi figura desproporcionada. Entonces me invadía el resentimiento. No era culpa mía el que fuera a tener un hijo y que no estuviera en esos meses atractiva ni deseable. El era responsable de mi estado; pero su condición de hombre le permitía abandonar su hogar y encontrar placer lejos de mí. Podía dejar sus preocupaciones al cerrar la puerta de nuestro hogar. Podía jugar al billar toda una tarde, mientras yo sufría a solas... Podía detenerse a beber cerveza en los bares y podía hacer el amor...

A pesar de que trataba de no pensar en ello, las palabras de mi madre y mi imaginación no me dejaban vivir ni de día ni de noche. Sólo veía a Alberto inclinándose sobre el rostro de esa odiada muchacha, en medio de la semipenumbra del automóvil, y luego dirigiéndose hacia su departamento... amorosamente tomados del brazo.

Estas visiones degeneraron pronto en la obsesión de que mi marido deseaba abandonarme y de que ya no me amaba. ¡Si me quisiera no habría podido serme infiel! Estaba cansado de mi amor... deseaba una mujer hermosa y atractiva. Pero yo era su esposa, y, debido a mi estado, me sentía imposibilitada de convertirme en alguien deseable. Era humillante tener que permanecer a mi lado en esas condiciones.

Yo estaba equivocada. Mi absurdo

orgullo me impedía perdonar a

mi marido. Herirlo, como él me había

herido, era mi única meta...



DE UN ESPOSO

Me escudé en una falsa piedad por mí misma. ¡Era la esposa engañada! Y ni siquiera por un instante permití a Alberto olvidar su falta, y si deseaba acercarse a mi lado, lo retiraba con un mohín de profundo desagrado. ¡Qué loca fui!

Sabía que me estaba hiriendo tanto como lo estaba hiriendo a él; pero mi estúpido orgullo no me permitía otorgarle el ansiado perdón. Una vez le sorprendí con una expresión de profundo pesar, y sentí deseos de refugiarme en sus brazos y perdonarlo; pero contuve mi impulso.

Por ese entonces empezó a preocuparme la idea de que quisiera divorciarse de mí, especialmente por Juanita y el

niño que esperaba. Sin embargo, nunca me sugirió tomar esa resolución, de modo que mantuve silencio al respecto.

Cuando comprendí que el hijo llegaba, sentí una inmensa tristeza al pensar que un niño concebido con tal amor fuera a venir al mundo en un hogar al borde del fracaso. Esta obsesión empeoró mi estado y hube de internarme en la clínica antes de tiempo. Pero al descansar en el lecho blanco, sentí un alivio inmenso de que nada de lo que me rodeaba me recordara a Alberto ni a su amor perdido. También sentía agrado al estar sola con mis sufrimientos.

Alberto había llevado a Juanita donde

Es difícil para mí recordar esas dos horribles semanas que siguieron a la confesión de mi marido. ¿Cómo pudo haberme hecho eso a mí? ¿Cómo pudo olvidar un momento nuestro gran amor en brazos de otra mujer?

sus padres. Ellos vivían en un fundo al sur, a varios días de viaje de nuestro pueblo. Cuando partieron llovía torrencialmente. Alberto me dijo que no le agradaba partir con ese tiempo; pero prefería

(Sigue a la vuelta)

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.

Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

hacerlo de inmediato, para poder estar de vuelta antes de que el niño naciera. Al inclinarse para besarme en la mejilla, di vuelta el rostro con amargura. Me miró escrutadoramente durante un momento; luego, tomando a Juanita de la mano, se retiró sin despedirse.

Lo que sucedió durante las próximas cuarenta y ocho horas son un blanco en mi memoria. Lo único que puedo recordar es el dolor infinito que experimentaba. El niño nació a las tres de la madrugada. Después me dijeron que estuve llamando a Alberto todo el tiempo, pero me pareció increíble. Cuando la enfermera me mostró a mi hijo, a la mañana siguiente, le pregunté dónde estaba mi esposo y si había visto al niño. La enfermera miró al doctor, que estaba de pie al lado de mi cama...

—Bueno..., señora, no nos hemos podido poner en contacto con él todavía. No puedo comprender...

—No importa; yo lo comprendo —le interrumpí con brusquedad.

Y mirando al niño, pensé que tal vez iría a ser tan traicionero como su padre. Con ira, se lo pasé a la enfermera.

El doctor trató de disculpar a Alberto; pero preferí fingir que dormía antes de escucharle.

Sin embargo, no pude hacerlo, por más que me sentía completamente agotada. Lo único que hacía era pensar una y otra vez que Alberto me había fallado nuevamente.

Había tenido el tiempo suficiente para regresar del fondo. Podía haberlo hecho el miércoles, y hoy era viernes. Tal vez había regresado a la ciudad, y, en lugar de venir a verme y a conocer su hijo, se había ido a pasear con esa horrible mujer. Ciertamente era que el niño se había adelantado a los pronósticos del médico; pero, sin embargo... Tal vez cuando estaba en el paroxismo del dolor, Alberto le estaba haciendo el amor a esa aventurera que conocí una noche... o a alguna otra. Esos estúpidos pensamientos atenazaban mi mente y no me permitían curar del todo. Tan convencida estaba de su deshonra, que ni siquiera pensé por un instante que le pudiera haber pasado algo a él o a la niña que impediera su retorno a mi lado y al de su hijo. La lluvia que golpeaba rítmicamente la ventana me hizo por último caer en una especie de sopor, turbado por atroces pesadillas.

Desperté sobresaltada. Era de noche, y Alberto estaba a mi lado. Tenía su sombrero empapado en una mano. El rostro pálido y sin afeitar se veía apesadumbrado, pero sonreía.

—Lo siento tanto, Elena; traté de volver a tiempo, pero no pude... —me dijo, arrojándose a mi lado.

Le devolví la mirada friamente:

—¿No pudiste? —pero pensaba: "Si hubiera querido, lo habría hecho".

—No, mi amor; por la crecida del río.

—¿Qué río? ¿De qué estás hablando?

—¿No te contaron nada? ¡Pero si fué una crecida de río espantosa! Tiene que haber sido comentada en la prensa y en la radio. Estaba seguro de que el doctor te explicaría... —la voz de Alberto se tornaba histérica.

—No; no me dijeron nada. ¿Hasta dónde llegó la crecida?

En ese instante recordé vagamente que el doctor había estado todo el tiempo intentando decirme algo. Empecé a sentir un vago temor.

—Llegó hasta treinta kilómetros del fondo. ¿Recuerdas donde el puente atravesaba el camino? Bueno..., la corriente arrasó con el puente. ¡Fué terrible! Una gran mayoría de los fundos perdieron sus cosechas y muchos inquilinos se ahogaron.

—¿Y Juanita! ¿Dónde está? ¿Está

El pecado de un...



bien? —Sentí que el pánico se apoderaba de mí.

—Está muy bien, querida mía. Llegamos sanos y salvos al fondo; pero no pude partir de vuelta de inmediato por la falta de caminos y puentes. Esta demora casi me volvió loco, porque estaba tan preocupado por ti.

Alberto me tomó la mano; pero yo la retiré rápidamente. Estaba demasiado confundida; me parecía dudoso que no hubiera podido volver antes, si en realidad hubiera hecho todo lo posible por estar a mi lado para el nacimiento del niño.

—¿Por qué no llamaste por teléfono o enviaste un telegrama? —le pregunté con voz airada.

—Pero si era imposible! Las líneas telefónicas estaban cortadas. Es una suerte que haya podido regresar tan pronto —me dijo apasionadamente.

—Bueno, ¿cómo lo lograste después de todo?

Me contó entonces que había tenido que andar varios kilómetros por cerros sin caminos, bajo la lluvia, hasta llegar a una estación de ferrocarril. No había servicio de transporte, y tuvo que detener los automóviles que pasaban, hasta que uno lo trajo a la ciudad. El teléfono y el telégrafo estaban interrumpidos, debido a lo cual no pudo ni siquiera enviarme un telegrama o llamarme por teléfono. Creía la historia que Alberto me narraba; pero

Señora: una mujer que le da facilidades a un hombre para que se convierta en caballero.

aun me sentía demasiado herida por su traición como para experimentar simpatía hacia él por las vicisitudes que había pasado por estar a mi lado en ese momento.

—Fué un viaje pesado; pero lo peor de todo fué el saber que no iba a alcanzar a tiempo para acompañarte en el momento que el niño naciera —concluyó Alberto.

En ese instante penetró en la habitación la enfermera con el niño. Alberto se puso de pie y tomó en sus brazos a su hijo. La enfermera le dijo:

—Es un hermoso niño, señor.

"Su hermoso niño —pensé—; otro hombre para romper el corazón de alguna mujer."

A pesar de haber vivido como extraños desde el día en que Alberto me confesó su falta, siempre ante los amigos habíamos aparentado gran unión, por lo cual nadie sospechaba que no éramos tan felices como siempre lo habíamos sido.

Quando el pequeño Albertito tuvo edad suficiente para sentarse solo en su cuneta, empezamos a salir nuevamente, pues necesitaba liberarme de la atmósfera de esa casa que Alberto y yo nos veíamos obligados a compartir. Experimentaba una vehemente ansiedad por sentirme rodeada de amigos..., cualesquiera que ellos fuesen, siempre que me impidieran quedar a solas con mi marido. Alberto me acompañaba por guardar las apariencias y fingía entrete-

(Continúa en la pág. 20)



Mi parte de felicidad

(Continuación de la pág. 8)

mece me. No obstante su mirada estaba impregnada de un tierno interés, mezclado con ciertas reticencias inexplicables. Dudó, quiso hablar, encendió un cigarrillo y después de pensarlo, se acercó. Tomándose entre sus brazos y estrechándose tiernamente me dijo por fin:

—Edith, debía ser sincero, y hablarte claramente yo mismo de nuestro porvenir... Pero no puedo. Me eres demasiado querida ya y temo tu juicio. Por eso he rogado a Daniel que, como bien lo sabes, es mi mejor amigo, te hable en mi nombre y te explique mi situación.

Besándose en los labios, añadió muy bajito:

—¡Ojalá sea lo bastante elocuente para lograr convencerte, mi amor! Hasta luego.

En seguida salió precipitadamente de la oficina. Solamente entonces vi la alta silueta de Daniel que se destacaba en el marco de la puerta de comunicación.

—¿Señorita Edith?

Le miré angustiada. No podía darme cuenta de lo que ocurría.

¿Qué encargo le había dado Jorge para mí?

—¿Quiere pasar a mi escritorio, por favor? Tengo que comunicarle algo de Jorge.

Una vez instalados en su gabinete, él ante su mesa de trabajo, y yo en un sillón próximo, comenzó a hablar:

—Estoy encargado de cumplir una misión sumamente delicada. Debo confesarle que ella no corresponde en absoluto ni a mi modo de ser ni a la exacta imagen que yo me he formado de usted. Según creo, es usted una muchacha seria...

—Yo creo lo mismo —repliqué riendo—. ¿De qué se trata?

—De su porvenir.

—¿Y Jorge lo ha escogido a usted para que me hable de mi porvenir, en vez de hacerlo él directamente? Me sentí ofendida y humillada, y fijé una mirada interrogadora en Daniel.

—Le escucho.

—Es que lo que tengo que decirle no es muy fácil... Usted conoce a Jorge. Un corazón de oro, por cierto, pero impulsivo como un colegial. Se lanza a la vida como una flecha. A veces no da en el blanco, y tiene que sufrir en seguida las consecuencias. ¿Comprende?

—¡Ni una palabra! ¡Como si me hablara en griego! Le ruego dejar de lado las reticencias y decirme las cosas claramente.

—Es que el respeto que por usted siento, el respeto... y el afecto... me obligan a dar ciertos rodeos. Pero me expresaré directamente, ya que usted así lo exige. Jorge no es libre. Le ha hecho la corte y siente por usted cierto atractivo... Le ha prometido darle un lugar en su vida, pero no el lugar sagrado de una esposa. ¿Comprende lo que le insinúo? Jorge no es libre...

—¡No puede ser! —grité palideciendo como muerta.

Bruscamente, Daniel se inclinó y sacó de debajo de su mesa un dictáfono.

—Es preferible que oiga usted misma las palabras de Jorge registradas en este aparato.

Entonces, desde el fondo del limbo de mi ilusión, oí vibrar la voz ya tan querida para mí:

—¡Qué hacerle, viejo! ¡Tus reproches llegan demasiado tarde!... Estoy encadenado. Locuras de juventud. ¿Qué quiere?... Una mujer, a la cual he amado mucho. Tarde o

En Paz

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida.

Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las hieles o la miel de las cosas,
fue porque en ellas puse hieles o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

...Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno;
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas,
mas no me prometiste tú sólo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Amado Nervo (mexicano).

temprano tendré que casarme con ella. Ya lo sé. No rehuyo esta obligación, pero aún me siento demasiado joven para desempeñar el papel de hombre de hogar y padre de familia. Quiero gozar plenamente de la vida. Edith podría ser la amiga exquisita que me ayudara a enterrar mi juventud. ¿Cuánto duraría nuestra aventura? ¿Un año o dos?... ¿Quién puede saberlo?... Ya sé lo que piensas, viejo. Edith es una niña seria y decente. Ya lo sé. Pero sería estúpido, ya que ella me quiere, no aprovechar de esta ocasión que me brinda la vida. Más tarde... nos separaríamos gentilmente, como buenos amigos. Yo arreglaría su situación de alguna manera, para ayudarla a consolarse...

—¡Bastante, bastante! —supliqué martirizada, con los ojos llenos de lágrimas.

A través de ellas vi surgir el rostro de Daniel, que, inclinándose hacia mí, decía:

—Usted no aceptará este sucio negocio, ¿verdad? Vale usted mucho más que eso. Aunque quiera a Jorge no va a estropear su vida para distraer a un cínico que sólo ve en usted un instrumento de placer. Edith, deme su mano, porque es una mano leal la que pretendo guiar amistosamente hacia la felicidad.

Y estrechó mi mano con una súbita ternura que me devolvió un poco de valor.

—Me voy —dije, levantándome—. No puedo continuar trabajando aquí.

—Nos iremos juntos —rectificó decidido—. Tampoco deseo seguir con Jorge. Es un loco, pero tiene buen corazón. Mi padre hace tiempo que me reclama para que trabaje con él en su oficina de arquitecto. En esa casa también habrá una colocación para usted, si lo desea. Sí, de todas maneras, hay un lugar para usted.

Me condujo en su coche a mi casa y en el camino me habló largamente de los suyos. Se conocía que era un excelente hijo, que adoraba a su familia. Al dejarme, poniendo su mano sobre mi hombro, me aconsejó gravemente:

—Esta triste experiencia no debe marcar toda su juventud, Edith. Usted evitó muy a tiempo una mala jugada. Además, estoy seguro de que usted tiene fe y que Dios le dictará el camino que debe seguir... ¡Escúchele! ¡Escuche atentamente Su Palabra!

Se inclinó sonriéndome. Observé su rostro franco y leal.

—¡Gracias, Daniel! ¡Es usted un excelente amigo!

—Hasta pronto —terminó—. Si me lo permite, en tres días más vendré a buscarla para llevarla a la oficina de mi padre. Estará encantado de conocerla. Será usted una preciosa ayuda para él. No lo olvide: en esa casa habrá siempre un lugar para usted...

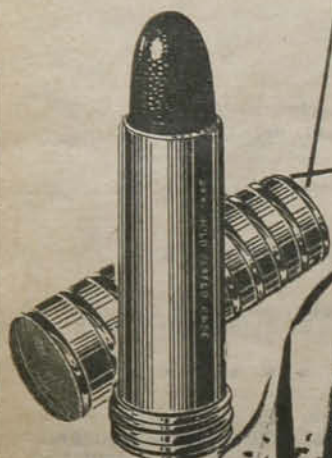
Sí. Había efectivamente un lugar para mí. Un lugar de elección. Porque no solamente colaboro con gusto en las actividades del arquitecto padre, sino que, además, soy la esposa del arquitecto joven, y Daniel es el mejor de los maridos.



—¡Ahí está el doctor Pérez mostrando otra vez sus cándidos rayos X.

Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE

ENCHAPADO

EN ORO

24 K.



Cada estuche

con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

—JUSTAMENTE. Ahora, si puedes interrogar al empleado que le vendió el boleto y a la auxiliar que voló en el mismo avión, quizá alguno de ellos pueda identificar a Margrave.

—Pero aún existe algo que no tiene sentido —protestó Gentry—. Si Margrave te hubiera suplantado, ¿no sería a ti la última persona en el mundo que llamara para trabajar en esta causa? Trataría de mantenerse lo más alejado posible de ti que le fuera posible.

—No sería el primer caso en que un asesino me llama para investigar, esperando que yo ponga mis ojos en otra persona y no sospeche de él —puntualizó Shayne.

—Sin duda, tenemos algunas preguntas que hacerle —respondió Gentry con firmeza—. Y es mejor que ahora mismo regrese a mi oficina. Bates está también por llegar.

—Me gustaría asistir a tal reunión —insinuó Shayne, dejando su tenedor y levantándose para seguir al policía.

En el Cuartel General, el inspector se detuvo en la brigada de homicidios para ordenar una pronta investigación respecto a Margrave, ordenando tener especial cuidado con los pasos que dió después de la medianoche anterior. De allí se encaminaron por el corredor hacia la oficina privada de Gentry, sitio donde encontraron esperando a Bates acompañado del patrullero Hagan, quien había sido enviado a esperarlo al aeropuerto.

El abogado Bates era un hombre de edad mediana y de estatura corriente. Saludó a Gentry estrindole una mano tan fría como limpia, y estudió con desagradado interés al detective cuando le fué presentado.

—¿Conque usted es el llamado detective privado que ahora niega tener ingerencia en este caso? —observó fríamente Bates—. Además, si no comprendí mal esta mañana a la señora Carrol cuando me llamó por teléfono, ya sea con intención o por simple estupidez, usted le proporcionó la llave de su departamento en vez de la de su marido; que usted la entretuvo en su habitación apelando a diversos procedimientos, mientras que, más o menos a la misma hora, alguien asesinaba a mi cliente. ¿Por qué no han arrestado a este hombre? —preguntó, dirigiéndose a Gentry.

—Ese no es asunto suyo —respondió el inspector, rojo de rabia—. Estamos en Miami, y yo soy el encargado de hacer las preguntas.

—Muy bien, señor. ¿Qué me va a preguntar a mí? —Se sentó en una silla junto al escritorio de Gentry y esperó. El inspector comenzaba a hablar cuando fué interrumpido por Shayne.

—Lo más importante de todo es: ¿cuándo y cómo se puso en contacto conmigo para encargarme la misión de localizar a Carrol en Miami?

El abogado hizo una mueca y respondió:

—Hace más o menos dos semanas le escribí la primera vez. No sé la fecha exacta, pues me desvalijaron la oficina esta misma mañana y me sacaron toda la correspondencia.

—Sólo tenemos su testimonio —le recordó Shayne—. Puede ser una mentira destinada a eludir la presentación de pruebas que no existen. ¿Hay alguien más que pueda atestiguar la existencia de dicha correspondencia?

—¿Me está acusando este individuo? —preguntó Bates a Gentry—. Le aseguro que no tengo intención...

—Queremos hechos y no palabras —cortó, furioso, Shayne—. Usted asegura haberme escrito cartas hace dos semanas sugiriéndome idear un medio de introducir a la señora Carrol en el dormitorio de su marido. ¿A dónde estaban dirigidas dichas cartas?

—Protesto por sus palabras —respondió fríamente Bates—. No le sugerí tal cosa, sólo le pregunté si era capaz de arreglarle cierto asunto a mi cliente.

—¿Y quién era exactamente su cliente? —preguntó Shayne—. Según entiendo, usted actúa como el abogado de Carrol y Margrave; sin embargo, admite haberse puesto de acuerdo con la señora Carrol para perjudicar a su marido.

—No tengo por qué justificarme frente a usted —dijo Bates, con voz llena de dignidad—. Tal vez pueda usted explicar su interés por alojar a Carrol en su mismo hotel, y por qué

UNA
NOCHE

Shayne por fin da con la dirección de Ludlow y lo encuentra borracho en un hotel. Una vez que consigue que el hombre recobre el conocimiento, le pregunta cuál fué su papel dentro del crimen de Carrol. El fotógrafo le cuenta que fué llamado por Michael Shayne, y que éste le hizo un encargo relativo a tomar una foto dentro de un cuarto oscuro, y que él, en el momento de encender su lámpara, vió el cadáver tendido en su cama. Shayne establece que la voz del otro Shayne no es la

misma que la suya, y le pide vaya al Cuartel General a declarar lo sucedido, prometiéndole protegerlo en caso de que la policía pretenda molestarlo en algo.

Todavía ignoro qué razón podía tener alguien para instalar a Carrol en mi hotel. Dígame, ¿a qué dirección me envié la primera carta?

—A su oficina, naturalmente. Usted me respondió de inmediato en su propio papel con membrete, tal como también le consta.

Shayne se encogió de hombros y se volvió a Gentry:

hizo entrar deliberadamente a la señora Carrol en su dormitorio.

—Aclaremos eso inmediatamente.

POR BRETT HALLIDAY

MISTERIOSA

—Esto confirma mi idea respecto a cómo inició su trabajo. ¿Quieres preguntarle respecto al pleito, Will?

—Tú hablaste con Margrave —respondió el inspector—. Sigue tú mismo el interrogatorio.

—Muy bien. ¿Cuál es el estado actual de la querrela que entabló la Vulcan contra los socios Carrol y Margrave?

—No veo qué importancia pueda tener esta pregunta. Además, la ética profesional me impide...

Contéstele a Shayne sin usar términos legales —ordenó Gentry.

—Perfectamente. El pleito está pendiente en la Corte —respondió Bates, evasivo.

—¿Quién lo ganará? ¿Quién está en lo justo?

—Soy el abogado de la defensa —le recordó Bates con voz helada—. No defiendo casos que se suponen perdidos.

—¿Sabía usted que Carrol pensaba terminar el asunto y reconocer su error de haber dejado la Vulcan?

—Por cierto que no.

—¿Lo hubiera sabido si en realidad Carrol hubiera estado pensando tal cosa?

—Por cierto que sí. Yo gozaba de su entera confianza.

—Suponiendo que Carrol tuviera tal intención, aunque usted la ignorara, ¿no habría significado eso un golpe para usted y una gran pérdida financiera para Margrave?

—No estoy muy seguro de comprender la pregunta —dijo Bates.

—Me explicaré mejor. Si Carrol hubiese estado planeando tirar la esponja con la Vulcan, ello habría constituido una derrota legal para usted y habría disuelto la sociedad con Margrave y suspendido la fabricación del plástico, ¿no es así?

—Sí, habría tenido tales efectos —concedió el abogado—. Pero no veo...

—Pero ahora que Carrol ha muerto, la situación ha cambiado —interrumpió Shayne—. Mediante maniobras legales, usted probablemente podrá evitar durante años una decisión final, alcanzando por último una especie de avenimiento. Mientras tanto, el socio sobreviviente puede continuar produciendo el plástico con pingües utilidades. ¿No es cierto?

—Muy posible. Confieso no haber pensado aún la situación que se producirá con la muerte de Carrol.

—Por informaciones que tenemos, podría deducirse que Margrave sabía que Carrol estaba a punto de realizar el descubrimiento mientras pertenecía aún a los laboratorios de la Vulcan, y que éste lo presionó para que guardara el secreto, dejara la firma y lo aprovecharan en beneficio propio. ¿Querría usted explicarnos esto?

—No. Pero debo advertirle que se trata de una suposición infame que más vale no repetir.

—¿Sabe usted que Margrave y Cora Carrol eran amigos íntimos antes de que ella se casara con Carrol?

(Continúa en la pág. 17)

¿A sus niños les gustan los cuentos?

Es natural... están en la edad de la fantasía y de los mundos maravillosos... ¡Hágales felices! Elija para sus nuevos vestidos algunos de los bellísimos diseños de "Disneytex", exclusivos de Caupolicán. ¡Todos los personajes de Walt Disney... sus cuentos más aplaudidos... sus leyendas más simpáticas!

"Disneytex" dará a sus niños más alegría que un libro de cuentos... ¡Los tejidos de "Disneytex" son lavables!



Disneytex
M. R.
por

Caupolicán

M. R.





Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 15)

—Sabía que eran amigos. Por lo demás, todo el mundo lo sabe.

—¿Amigos íntimos? —insistió Shayne.

—Así es, señor —protestó el abogado—. Ese es un asunto que prefiero no discutir.

—¿Por qué no?

—Porque no comprendo qué tiene que ver con la muerte de Carrol.

—Sin embargo, a mi juicio, tiene mucha importancia —comentó pacientemente Shayne—. Según creo, existen también anónimos que acusaban a la señora Carrol de haber tenido relaciones íntimas con el socio de su marido. Bates apretó los labios y no contestó.

—¿Quién escribió esas cartas? —insistió Shayne.

—Aún no se sabe. Eran claramente infundadas, y sólo merecían el desprecio.

—Pero condujeron, indirectamente, a precipitar el divorcio que Carrol estaba contemplando cuando lo asesinaron.

—No estoy seguro de entender su intención —puntualizó Bates.

—La señora Carrol lo admitió anoche —le dijo Shayne—. Dijo que su marido había sospechado de ella después de haber recibido las cartas, y que desde entonces había comenzado a observarla. Esto la había puesto furiosa e incitado a beber en exceso en cierta fiesta y cometer una indiscreción con un cierto individuo llamado Ted Granger. El asunto lo usó Carrol para solicitar su divorcio sin derecho a pensión. ¿Es eso cierto?

—Es verdad que Carrol basaba su demanda de divorcio en lo sucedido entre Nora y el joven Granger —dijo Bates con cautela—. Pero cuánto contribuyeron en esto los anónimos, es algo que nadie puede asegurar. Ted se demostró muy caballero respecto al incidente, y admitió que todo cuanto había sucedido era enteramente por culpa suya. Manifestó públicamente su deseo y su determinación de casarse con Nora Carrol si el divorcio se llevaba a efecto.

—Y ella, a su vez, estaba resuelta a no soltar a Carrol —puntualizó Shayne—. ¿Cuántas personas conocían su plan de venir aquí y comprometer a su marido?

—No lo sé. Y el tema parece no poderse discutir con mucha gente. —La voz del abogado de Wilmington era cortante.

—¿Lo conocía Margrave?

—Diría que no. Por lo menos, yo no lo sé.

—¿Está seguro de que Margrave no sabía que usted planeaba contratar los servicios de Michael Shayne?

—No lo puedo asegurar con certeza. Sin embargo, me sorprendería saber que el señor Margrave estuviera informado de eso.

—¿Qué nos dice de Ted Granger? ¿Cree usted probable que Nora le confiara sus proyectos?

El abogado Bates titubeó y miró al detective con ojos coléricos.

—Cualquier conjetura mía a ese respecto no serviría de evidencia.

—No está usted declarando ante un jurado —le recordó Shayne—. ¿Tiene usted razones para creer que Granger fuera el confidente de Nora?

Bates se acomodó en el asiento y continuó:

—Basándome en el pequeño conocimiento que tengo del... del pretendido escándalo, podría decir que es probable. Granger se vino conmigo de Wilmington. Se sentía extraordinariamente molesto con el asunto, y me aseguró que venía a proporcionarle a la señora Carrol todo el consuelo que le fuera posible. Habló con cierta nerviosidad, pero ahora, recordando nuestra conversación, creo que mencionó el plan que tenía Nora de ver a su marido anoche. Granger me rogó que le prometiera no transmitir esta información a la policía, y lo vi muy alterado cuando le relaté lo que hablamos por teléfono usted y yo anoche. Tam-



—No creo que realmente estés enamorado de mí. Comes como siempre.

bién le expliqué que la decisión no estaba en mis manos. Todo esto puede servir para suponer que conocía el plan de Nora, pero no comprendo qué importancia puede tener en los hechos.

—Tal vez no la tenga —comentó Shayne con voz cansada—. Pero sigo creyendo que Carrol fue asesinado por alguien que conocía exactamente los planes de Nora. El motivo, probablemente, era evitar la reconciliación y, muy posiblemente, alejar a Nora del asesinato.

—Esa teoría es absurda y fantástica —dijo Bates con decisión.

—¿Me puede sugerir otra mejor? Por lo que he oído, Ted Granger tenía motivos de sobra para desear que no hubiera reconciliación.

—Pero no hasta el extremo de cometer un asesinato.

—Nadie sabe cuándo se llega a ese extremo —murmuró gravemente Shayne.

—Pero Granger no tuvo oportunidad —objetó Bates—. El estaba en Wilmington.

—¿Cuándo?

—Anoche. Le dije que habíamos volado juntos.

—En un vuelo de dos horas. Fácilmente pudo haber estado en Miami anoche y haber vuelto para establecer su coartada.

Bates sacudió suavemente la cabeza y sonrió.

—No, Ted. Eso no está en su carácter. El y Ralph Carrol eran primos y muy buenos amigos. Por esa razón, se sentía molesto de haberse enredado con Nora.

—Pero se enredó con ella, y ahora muerto Carrol y ella legalmente viuda, viene a consolarla. Usted no puede negar eso.

—No pretendo hacerlo. Sin embargo, permítame señalarle que sus suposiciones respecto a Granger quedan reducidas a nada a causa de una contradicción insalvable. En primer lugar, usted insinúa que mató al marido de Nora por amor a ella. Sin embargo, al mismo tiempo, usted sugiere

(Continúa en la pág. 21)

Como es sabido, los famosos perros San Bernardo llevan colgando de su cuello un tonelito con cognac, para que la persona encontrada y salvada por ellos pueda reponerse. Pero, ahora los médicos no están de acuerdo con esta precaución. Algunos estiman que el alcohol es nefasto en la lucha contra el frío. Llevando la sangre a la superficie del cuerpo, provoca, por el contrario, un descenso en la temperatura. Sin embargo, parece una locura beber un poco de alcohol para refrescarse, cuando se vive, por ejemplo, en los trópicos. ¿Quién tendrá la razón?





La misma tarde, en su pieza, Isabel no puede dormir. Se para junto a la ventana. Y sobre el estanque que brilla bajo la luz de la luna en el gran parque del palacio ella ve una forma blanca que camina sobre el agua. ¿Sería ésa la legendaria dama blanca que, según una leyenda que se remontaba a Juana la Loca, se aparecía a los habsburgos cada vez que los amenazaba una desgracia? Isabel trata de alejar tan tétrico pensamiento.

A la mañana siguiente sabe que su hija mayor, su pequeña Sofía ha muerto. El golpe es espantoso para Isabel. Busca el silencio y la soledad. Parece que así quiere expiar su falta.

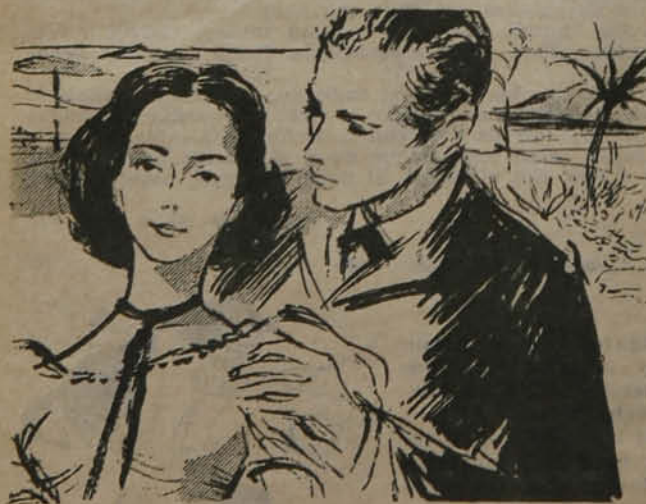
El duelo acerca a Isabel y Francisco José. El 21 de agosto de 1858, la Emperatriz da por primera vez un hijo al mundo: Rodolfo. Felicidad general.

1859. La guerra de Italia. Los austro-húngaros, batidos en Magenta y en Solferino por las armas francesas y sardas, pierden la Lombardía. Isabel, con admirable energía y coraje, reanima los ánimos de los que la rodean. Francisco José entra en Viena deshecho por su derrota. Isabel trata de disipar su desaliento y le demuestra que hay que hacer grandes reformas en el viejo imperio de los Habsburgos. Sin embargo, el emperador vuelve a caer bajo la dominación de su madre. Después de Villafranca, Francisco José se demuestra ante Isabel tal como es: un ser mediocre, irresoluto, inerte ¡Qué desilusión! ¡Qué distinto al caballero valiente y hermoso de Ischl!

Una crisis de reacción emotiva consume a la emperatriz. Está desesperada. Temen por su vida. Los médicos diagnostican el comienzo de una tisis (en realidad, Isabel sufre la herencia nerviosa de los Wittelsbachs) y la envían a Madeira.

Ante sus admirables paisajes, los vastos horizontes marinos de Madeira, donde el aire es tibio y perfumado, Isabel revive. Ha llevado consigo, como gran chambelán, a un joven húngaro, el conde Imre Hunyadi, hombre de sorprendente belleza. ¡Un Adonis resucitado! Si se juzga por un poema compuesto en esa época por Isabel y donde el conde Imre aparece como el príncipe encantado Imo, se puede pensar que la presencia del húngaro fué para ella muy valiosa.

Pero las desgracias comienzan para los Wittelsbachs. Una de las hermanas de Isabel, María, se había casado el 3 de fe-



ISABEL

la emper

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR

ISABEL VA CON SU MARIDO A ITALIA A VISITAR A SU BELLEZA Y SIMPATIA. A SU VUELTA DESCUBRE ESPANTOSAMENTE. SU SUEGRA, LA ARCHIDUQUESA A ISABEL. EN UN VIAJE QUE HACEN LOS ESPOSOS DRASSY, CON QUIEN TIENE UNA AVENTURA EN UN



brero de 1859 con el rey de las Dos Sicilias, Francisco II. Después de un reinado breve, Francisco II es expulsado de Nápoles por la insurrección, apoyada por el desembarco en Sicilia de Garibaldi. Francisco y María se refugian en Gaeta donde a pesar de la energía de María tienen que capitular el 3 de febrero de 1861. El reino de las Dos Sicilias es anexo-



AUSTRIA

iz errante

Y VENECIA. ALLI LA EMPERATRIZ ES ACLAMADA POR EL EMPERADOR TIENE UNA AMIGA Y ESTO LA HACE SUFRIR A ESA MUJER DAMA DE HONOR PARA ASI HUMILLAR A LA REINA CONOCE A UN JOVEN REBELDE, GIULYA ANDE CAZA.



al reino de Italia. María pierde su trono y desde entonces tiene que vivir en el exilio.

Otra de las hermanas de Isabel y de María, Matilde, se casó con el hermano de Francisco II, S. A. R. el conde de Trani. Y la infortunada esposa pronto advierte que su marido es un ser consumido por el alcohol.



El 14 de agosto de 1862, Isabel, en apariencia sana, vuelve de Madeira.

Durante su larga ausencia, la archiduquesa Sofía, su suegra, se ha hecho cargo del reino. Los hijos del emperador son suyos y ella dirige totalmente su educación. La primera vez que Isabel reclama sus derechos, Sofía se demuestra dura y ofensiva.

"Estalló una escena después de la cual la emperatriz deja la habitación llorando. Isabel tiembla de fiebre. Hasta ahora nadie había osado insultarla", escribe el historiador Karl Tschupik. "Francisco José trata de calmarla. Llevada por sus nervios sobreexcitados, Isabel hace una acusación. Esa vez, ella lo dice todo... Francisco José, herido en lo más profundo de su alma, permanece impasible, como petrificado. Todo ha terminado entre ellos..."

Isabel sueña con huir.

Bien pronto Isabel parte hacia una isla: Corfú, en el Adriático, isla próspera con jardines magníficos, la isla de Nausicaa. Se hace construir una residencia, la "Archilleion", con terrazas orientales donde florecen cincuenta mil rosales y donde ella hace erigir una estatua al que escribió: "Si ves una rosa dile que yo le rindo homenaje", el poeta Enrique Heine.

En el otoño Isabel está en Venecia, luego se le ve en el Tirol, en las riberas de los lagos de Baviera, en las aguas de Kissingen, en Cannes, en Cap Martin, a orillas del Rin.

Compra un yate y recorre el Mediterráneo. Se ha transformado en la emperatriz errante.

Pero en julio de 1866, ruge el trueno de Sadowa. Austria, quebrantada con una guerra de algunos días, pierde Venecia y se encuentra excluida de la Confederación Germánica.

Isabel, de vuelta a Viena, levanta el ánimo del Emperador y de los ministros, se multiplica en los hospitales. La desgracia se acerca una vez más a Isabel y Francisco José. El 22 de abril de 1868 nace su cuarta hija: Valeria.

El 8 de junio, Francisco José e Isabel son solemnemente coronados en Budapest, rey y reina de Hungría. La multitud grita: "¡Eljen Erzebeth!" (¡Viva Isabel!). El 19 de junio, nueva desgracia para los Habsburgos: el hermano de Francisco José, Maximiliano, Emperador de México, es fusilado en Querétaro por sus súbditos. La archiduquesa Sofía, a quien el desastre de Sadowa ha dado un golpe fatal, se encierra en un huraño mutismo. Muere en 1872.

Hacia 1875, Isabel, que ha vuelto a su vida vagabunda, llega a Londres. El Príncipe de Gales (el futuro Eduardo VII) le hace una visita. Isabel, en el momento de recibirlo, le pide a su dama de compañía, su sobrina "morganática" María de Wallersee, hija de su hermano Luis y de la actriz Enriqueta Mendel, no dejarla más de diez minutos sola con el Príncipe Eduardo.

Diez minutos después, cuando María entra en el departamento de su tía, encuentra al Príncipe de Gales sentado muy cerca de la emperatriz.

En Londres, Isabel se instala en el castillo de Combermere, en el corazón de un país aficionado a los caballos. Todas las mañanas, la emperatriz galopa en compañía de uno de los mejores jinetes de Inglaterra, el hermoso capitán Bay Middleton.

(CONCLUIRA)

Mientras Ud. d-u-e-r-m-e...



La Crema BELLA AURORA

no sólo "borra" las pecas, sino que procura un aclaramiento general del cutis. Especialmente durante el verano, el cutis toma a veces tonos desiguales... y una apariencia opaca, manchada, sin encanto.

Usando Crema Bella Aurora con regularidad antes de acostarse, se revelará la belleza natural del cutis limpio, sano y juvenil.

nerse y divertirse junto conmigo en el ambiente al cual lo empujaba mi ceguera. Empezamos a salir y a tomar... por lo menos, yo tomaba en todas las fiestas más de lo suficiente. No me importaba la opinión pública, pues había descubierto que el licor era una excelente medicina para mis tristezas. Asimismo, descubrí que las atenciones de los otros hombres me halagaban. Me casé con Alberto a los diecisiete años, y desde ese momento no había mirado jamás a otro hombre con intención, pues era tan feliz en mi matrimonio, que apenas me daba cuenta de que existía gente a mi alrededor. Pero, de pronto, a los veintiún años, me di cuenta de lo agradable que era tener admiradores en torno mío. Me sentía feliz de que me dijeran que era hermosa, atractiva y deseable. Afortunadamente, mi figura había vuelto a ser espiçada y elegante sin mayores dificultades, y todos mis vestidos me quedaban a la perfección. Con el cabello corto y peinado a la moda, causaba sensación en el grupo de nuestras relaciones. Por ello, me sentía encantada de que los hombres me hicieran el amor; pero si alguno se sobrepasaba, lo detenía con mucho señorío. Supongo que merecería la reputación de ligera, pues todo hombre atractivo que me era presentado, de inmediato me cortejaba. No sé por qué experimentaba un placer verdaderamente sádico en conducir a un hombre hasta un extremo tal que se sintiera completamente desconcertado cuando me reía en su cara de sus pretensiones. Creo que lo que trataba de hacer era probarme a mí misma que, moralmente, era más fuerte que Alberto. Mi marido jamás me dijo una palabra

Un hombre fué a la peluquería, se sentó y le dijo al peluquero en forma precisa:
—Sólo quiero afeitarme. No cortarme el pelo, no lavarme la cabeza, no hacerme las uñas, sólo afeitarme.
—¿Con jabón? —le preguntó el peluquero, cooperando.

sobre mi comportamiento indebido. En efecto, parecía que no lo notaba o no le importaba. Esto me enfurecía, pues deseaba verlo celoso y herirlo como me había herido. Pero estaba equivocada al pensar que él no se daba cuenta de mi modo de comportarme. Una noche, después de haber acostado a los niños, Alberto penetró en mi dormitorio y, sentándose en mi cama, me contempló con extraña mirada. Yo estaba cepillándome el pelo en la mesa de *toilette*. Al verlo, le pregunté con tono sarcástico:
—Bueno, ¿qué has hecho esta vez? Se puso en pie lentamente y se aproximó a mí. Cogió con brusquedad la peinetita que yo sostenía y me dijo:
—No he hecho nada todavía; pero lo voy a hacer. Atemorizada por el tono de su voz, me volví. Al ver la expresión de su rostro, pensé que me iba a pegar.
—¿Qué quieres decir? —le pregunté, vacilante.
—Quiero decir que me marchó; no voy a seguir con esta farsa de matrimonio ni un momento más. Viendo una oportunidad de herirlo, le dije:
—Nuestro matrimonio no sería una farsa, si no hubieras destrozado mi fe en ti...
—No te he sido infiel... cometí un error, y lo primero que hice fué confesarte mi falta y arrepentirme de ella de todo corazón. Por ello he estado pagando muy caro en esta casa, que has convertido en una prisión para mí. Guardaba silencio, esperando que de

El pecado de un...

(Continuación de la pág. 12)



un momento a otro comprendieras tu error, que comprendieras que tu hogar y tus hijos eran más importantes que tu estúpido código de honor conyugal. —¡Los niños! ¡No hables de ello; soy una madre intachable para ellos! —¡Muy buena madre! Ciertamente es que los cuidas; pero sienten tu resentimiento para con ellos por ser hijos míos, y tu odio para conmigo. Por otra parte, esta casa no es un hogar para ningún niño, pues no existen aquí ni amor ni comprensión de ninguna especie. —¡Amor y comprensión! Eres como todos los hombres, como mi propio padre. ¿Cómo puede confiar uno en esposos que la traicionan con aventuras que cogen en los bares? —Tú no eres la indicada para hablar de moral. Hay que ver tu modo de actuar frente a los hombres. ¿Crees que no te he sorprendido coqueteando con todos mis amigos? ¿Que no he visto cómo acorralas en los rincones a tus admiradores? ¿O cómo sales con ellos a tomar aire en automóvil? ¡Eres peor que la última aventurera de la ciudad! —golpeó tan fuerte con su puño sobre la mesa, que todas las botellas y frascos se entrechocaron. Sus palabras me dejaron muda de consternación, aunque sabía muy bien que las merecía... —Pero, Alberto, nunca he... —balbu-

ceé.
—Mira, Elena, no me importa si me has sido infiel o no. ¡Estoy aburrido! ¿Comprendes? Y te dejo...; esta misma noche me voy a un hotel. Se volvió y se dirigió al closet en busca de su maleta. Sin poder detenerlo, me quedé contemplando cómo la hacía sin mirarme. Hasta que cerró la maleta no comprendí el significado de su decisión. La expresión de hastío y de aburrimiento de su rostro me hizo estremecer. Se colocó el sombrero y salió de la habitación. En la puerta se detuvo un instante:
—Voy a alojar en el Hotel Comercial hasta que haga los arreglos económicos necesarios para ti y los niños. Puedes pedir el divorcio mañana mismo, si quieres; ya nada me importa en lo concerniente a ti. Traté de levantarme, de detenerlo; pero mis músculos no me obedecían. Sentí que una oscuridad enorme me envolvía. Luego escuché un golpe de la puerta de calle al cerrarse, y el silencio que siguió se hizo más opresivo. Volví en mí rápidamente y me contemplé en el espejo. No me agradó lo que allí vi. Mi cabello era rizado, como de costumbre, pero grandes surcos grises bordeaban mis ojos y gruesas líneas alrededor de mi boca me hacían aparecer más vieja y mercenaria. Alberto tenía razón; yo era peor que la última aventurera de la ciudad. A mi modo, había cometido errores mu-

(Continúa en la pág. 27)



Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 17)

que eligió un momento y un momento en que la inmiscuiría a ella en el crimen, a la mujer que amaba y quería hacerla su esposa... Eso es increíble, señor Shayne.

—Perfectamente e

—respondió Shayne, y volviéndose a Gentry—. No se me ocurre nada más, Will. Pero, en tu lugar, averiguaría cuidadosamente en Wilmington para comprobar que Granger pasó allí la noche.

—Si ha terminado con sus preguntas, ¿puedo yo también hacerle una? —insinuó, con firmeza, Bates. Antes de formularla, se dirigió al inspector.

—Hágala, pero deje a un lado sus insinuaciones respecto a la corrupción de la policía de Miami —gruñó Gentry.

—¿Acepta usted la negativa de este hombre respecto a que no fué contratado por mí para localizar a Carrol? —preguntó secamente el abogado—. ¿Cree usted que no aceptó tomar las medidas del caso para que la esposa de Carrol visitara a su marido anoche?

Gentry respondió con un rotundo "Sí".

—¿Cree usted que soy yo quien estoy mintiendo?

Gentry titubeó un instante y miró, dudoso, a Shayne.

—No llego a tanto. Tampoco creo que Shayne esté envuelto en esto. Me imagino que a usted lo engañó un impostor y que se entendió con otro que no era realmente Shayne.

—¿Cómo explica tal equivocación? Tengo cartas suyas, hubo llamados telefónicos.

—Suponemos que sus cartas fueron interceptadas por alguien —respondió Shayne—. Y la persona que lo hizo mandó imprimir mi membrete usando su propia dirección y número de teléfono, en vez de los míos. Naturalmente, usted no tenía motivos para sospechar que no se estaba entendiendo conmigo.

—¿Cómo pudieron ser interceptadas mis cartas? —preguntó Bates con voz incrédula, mirando primero a Shayne y luego a Gentry.

—Aún no podemos responder a eso —murmuró el detective—. Tal vez fué en Wilmington, antes de que se echaran al correo. En su propia oficina, tal vez. ¿Pudo haberse descuidado su secretaria y mostrado a alguien?

—Eso es imposible. La señorita Evans es una persona muy leal.

—Quizá se la dió a otra persona para que se la despachara —sugirió Shayne—. Piense en la rutina de su oficina. Usted dictó la carta y ella se la pasó a máquina. Sin duda, entraban y salían clientes mientras ella efectuaba su trabajo. ¿Cuándo llegó Margrave a Miami? —le preguntó de pronto al abogado.

—Hace una semana. ¿Por qué? Usted no puede sospechar...

—Alguien se apoderó de esa carta e impidió que llegara a mis manos. Alguien que pudo escribirle a usted, un día más tarde, desde Miami, procediendo exactamente como si fuera yo. Alguien que entregó a la señora Carrol la llave que debía servir para entrar en el departamento de su marido. Pero, en realidad, esa era la llave de mi departamento y no la de Carrol, y ella entró en mi pieza en el momento justo en que asesinaban a su marido un piso más arriba.

—¿Por qué? —preguntó Bates con sorpresa. ¿Quién pudo haber tenido motivos para hacer una cosa semejante?

—Tiene que estar relacionado con el asesinato de Carrol —le respondió Shayne—. Cuando sepamos cuál es esa razón, probablemente sabremos quién es el autor.

En ese momento sonó el teléfono de Gentry. El inspector cogió el fono y esperó un momento antes de contestar:

—Es mejor que lo traigan para interrogarlo aquí —y colgó el receptor.

Contestando la pregunta muda de Shayne, dijo:

—Es un informe respecto a tu amigo del Roney. El alega que se acostó anoche muy temprano, pero nadie puede afirmar tal cosa. Llamaré a la línea aérea para ver si puedo encontrar algún testigo.

—Y revisa los vuelos efectuados después de las cuatro y media... con escala en Wilmington. —Y dirigiéndose a Bates:— ¿Habló con usted Granger esta mañana?

—Sí, me telefonó alrededor de las diez, después de conocer lo sucedido a Carrol. Yo le dije que me venía a Miami, y entonces decidió volar conmigo.

—Cualquier vuelo entre las cuatro y media y las diez, entonces —le dijo el detective a Gentry—. Me imagino que no usó su verdadero nombre, y, aunque la auxiliar no debe de haber regresado aún de Wilmington, alguien de la boletería puede reconocerlo. —Shayne se puso en seguida de pie y se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas, Mike? —le preguntó Gentry.

—A conversar con la viuda y su amigo de Wilmington. Después me gustaría ver de nuevo a Ana Margrave y establecer dónde estuvo ella a las dos de esta mañana.

(CONTINUARA)

Lo trágicamente absurdo que es el remordimiento



Para algunas mujeres el tormento más horrible, que viene minuto a minuto, hora a hora, día a día, es pensar: "Si no hubiera dejado ir a mi hija a ese paseo en automóvil, hoy día estaría viva". Noche a noche las pobres víctimas duermen poco, porque estos pensamientos están constantemente en sus mentes.

Cuando veo a una mujer así en la oficina, trato de hacerle comprender que no se debe culpar de esa manera; nadie pensaría en hacerlo. Ella no tenía medios para saber lo que sucedería. Es completamente cierto que si no hubiera dejado salir esa noche a su hija, ésta no habría muerto; pero, ¿cómo iba a saber ella eso?

Si el marido de la mujer murió después de una operación de úlceras, ¿cómo sabía ella que otro cirujano lo hubiera podido salvar? Suponiendo que ella tuvo la ocasión de elegir entre dos cirujanos igualmente famosos, ¿cómo podía saber cuál resultaría mejor?

Quizá si se diga: "No debí permitir esa operación". Sin embargo, no tenía los conocimientos técnicos para decidir, y, como mujer inteligente, solicitó una junta y oyó sus consejos.

Lo cierto es que ninguna mujer tiene derecho a culparse tan tremendamente por no haber previsto el futuro y no haber tomado una decisión para lo cual necesitaba una clarividencia supranatural.

Es torpe y erróneo que una mujer gaste años y meses con tales problemas, y resienta su salud, cuando este comportamiento le trae pena y soledad a su pobre marido, al prohibirle gozar de su antigua vida de felicidad.

También es equivocado cuando su excesiva tristeza por la pérdida de un hijo la inhibe de todo afecto o atención para sus otros hijos.

Recuerdo casos de este tipo, en los que los otros hijos —cuando la madre no les prestaba mucha atención— le decían: "¿Es que no nos quieres a nosotros y solamente querías a Juanito, que murió?"

Muy a menudo le digo a una mujer que se comporta así: "Tú, que te sientes conscientemente culpable de la muerte de uno de tus seres queridos, deberías tener más remordimientos por la forma en que estás descuidando a tu marido y a tus hijos. También deberías no matarte a pausas y volver a la vida normal".

Muchas veces, cuando una mujer llora torpemente por un marido muerto, la hago comprender que si, como un héroe de la mitología griega, pudiera volver unos minutos de la tierra de las sombras, gastaría todo ese tiempo suplicándole que dejara de vivir sumida en su pena y que aceptara otra vez la vida tal como es.

Algunas veces, para remover a algunas personas de sus morbosidades, les pregunto: "¿Por qué no se suicidan y terminan con todo?" Cuando la esperada respuesta llega, es: "¡Nunca podría hacer eso!". Y entonces les contesto: "Muy bien; si van a vivir otros veinte o treinta años, ¿por qué no empiezan a aprovecharlos desde ahora?" Y bastante a menudo la mujer contesta: "¡Sí, tiene razón! Recapacitaré y comenzaré a vivir de nuevo".

★
ENTRE LOS

10



Y LOS

10
★

El molde de la semana



El molde que presentamos esta semana es un precioso vestido para niña de catorce años. Para confeccionarlo se necesitan 2,10 metros de género que tenga 1,30 de ancho.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes, que manden un sobre estampillado tamaño corriente con nombre y dirección, incluyendo \$ 10.— en estampillas de correo. Los sobres tipo escuela no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.



SPIRIT OF VERBENA y AGUA DE LAVANDA

Dos colonias frescas
como el rocío y sugestivas
como un amanecer
en el campo.

Dana

M. H.

CAPITULO IV

En la tarde me quedé descansando en mi pieza y leyendo la "Historia del Egipto Antiguo", de Breasted. Tenía las ventanas cerradas a causa de las moscas. El ventilador zumbaba.

Había colocado el inmenso florero en el suelo porque era demasiado grande para estar sobre una mesa. Ellas llegaron con unas líneas garabateadas: "Saludos de Ibrahim, jefe de dragones en Shepheard". Me divertí y agradó el gesto que tuvo el egipcio al enviarme tal regalo. Cuando la campana volvió a sonar, me imaginé que sucedería un nuevo milagro egipcio, pero era sólo un muchacho trayéndome el mensaje de que Barta me esperaba abajo. ¿Cuánto demoraría en vestirme?

Cuando bajé, estaba allí Barta, envuelto en una blanca y sofocante grandeza pasada de moda. Con él había dos egipcios, más pequeños y menos atrayentes.

—Mis dos amigos. Me dió sus nombres, que me parecieron complicados y difíciles de retener.

—Ya es tiempo de que conozca algo de El Cairo —me dijo Barta—.

Vine con dos amigos para que no tuviera inconveniente en acompañarnos. Si hubiera venido solo, tal vez usted se hubiera negado.

La confusión y el ruido llenaban las calles. Soplaban un viento suave. Brillantes avisos luminosos herían los ojos. Los dos amigos de Barta nos seguían como guardaespaldas.

—Iremos al club —explicó Barta—. El club es la última y mejor adquisición de todo Egipto.

En Ataba hizo un trato breve y conveniente con el cochero. En seguida me ofreció galantemente el brazo para ayudarme a subir.

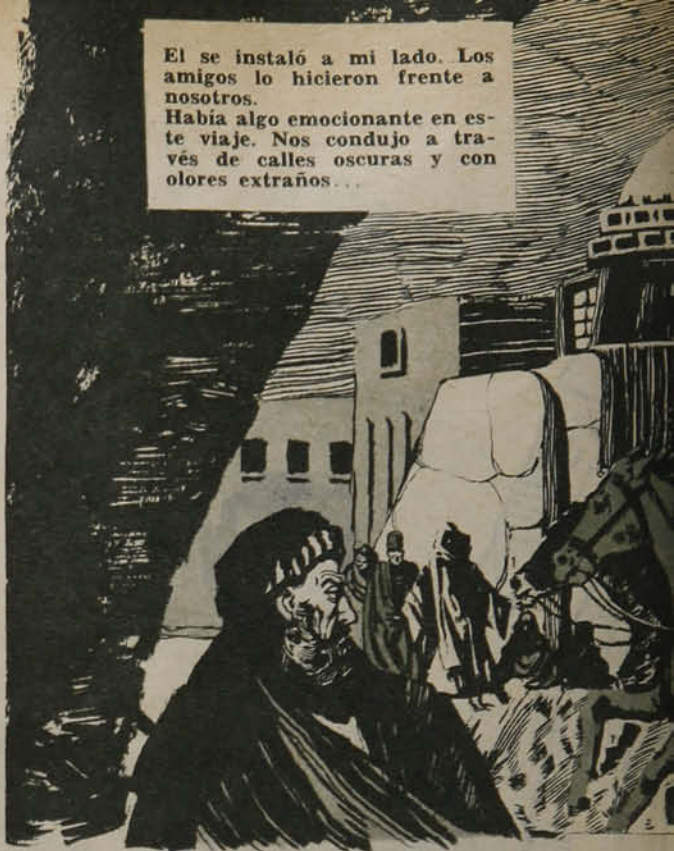
El se instaló a mi lado. Los amigos lo hicieron frente a nosotros.

Había algo emocionante en este viaje. Nos condujo a través de calles oscuras y con olores extraños, a través de las curiosas sombras, por entre grupos de gente jugando a los dados, bebiendo café, y que parecían conspiradores. Me sentía extraña y atraída. Como guardara silencio, los otros también lo hacían. De pronto dijo Barta, como disculpándose:

—Esta parte es sucia. El club está en las afueras de Meadi. Allá es mejor. Era un hombre muy buen mozo, sus

El se instaló a mi lado. Los amigos lo hicieron frente a nosotros.

Había algo emocionante en este viaje. Nos condujo a través de calles oscuras y con olores extraños.



EL EMBRUJO DE EGIPTO

POR VICTORIA WOLF

facciones casi perfectas se mantenían quietas aún mientras hablaba. Su traje blanco era un pedestal de mármol que sostenía su hermosa cabeza.

—La ciudad vieja deben demolerla y modernizarla —comentó el más pequeño y delgado de nuestros acompañantes, cuyo primer nombre era Saleh. El otro, Hussein, coreó la afirmación.

Estaba sorprendida por este patriotismo tan poco común. En las afueras de Meadi me sentí aún más sorprendida. La casa del club debe haber sido construida por Le Corbusier. Era una construcción blanca de corte moderno y angular. Quería ser tan moderno como la gente con complejo de inferioridad. Mesas y sillas cromadas estaban diseminadas cerca de la piscina. Luces altas iluminaban cuatro canchas de tenis, dos de las cuales estaban en uso y dos vacías. Había algunos hombres sentados a las mesas, pero no se veía ninguna mujer. En una silla larga, leía el diario el hijo menor del Bay.

—Bueno, ¿he exagerado? —preguntó Barta—. ¿No es un sitio mucho más hermoso que todas las antigüedades escondidas en el país?

—No me parece así —le contesté—.



Esto no es El Cairo. Esto no es Egipto. Esta es una muestra de edificación moderna de cualquier país.

Barta estaba desilusionado y ofendido. —¿Qué es El Cairo? ¿Qué es Egipto? ¿Qué falsa concepción romántica tienen ustedes los extranjeros de nuestro país. ¿Deberíamos detener nuestro desarrollo como nación porque en nuestro desierto hay momias que deleitan a los arqueólogos?

—¿Debemos quedarnos donde estamos y no hacer nada fuera de maravillarnos con el pasado? ¿Con un pasado que no nos reporta ningún beneficio? ¿Debemos contentarnos con los triunfos de los faraones que le dieron gloria a Egipto hace tres mil años? ¡Al contrario! Ahora somos nuevamente un país que debemos demostrar lo que somos capaces de hacer. En lo pequeño y en lo grande debemos probar que valemos la pena. Tanto en el tenis, aquí en el club, como en nuestras organizaciones, leyes, medicina y gobierno.

Yo escuchaba sin moverme, asombrada mientras miraba con nuevos ojos estas sillas cromadas tan poco egipcias y que carecían del símbolo de la Llave de la Vida y del Sol Alado.

¡Había otro aspecto del Egipto! La confusión de la postguerra despertaba en África y en Asia. Estábamos tan absorbidos por nuestros propios problemas, como para considerar los de los demás.

Antes de ordenar las bebidas, Barta conversó con Saleh y Hussein. Por fin llegaron a un acuerdo.

—Es importante que ustedes los ingleses comprendan lo que desean los jóvenes egipcios. No deseamos cruzarnos de brazos mientras vuestros soldados montan sus cañones en nuestras ciudades. No queremos tolerar para toda la vida las barricadas inglesas junto a las nuestras.

—Yo no soy inglesa.

—¿Qué, entonces?

Me lo preguntó con tanta curiosidad, como si jamás se le hubiera ocurrido a nadie, fuera de un inglés, visitar el Egipto.

—Rusa.

—¿Rusa de verdad?

—¿Qué quiere usted decir con "rusa de verdad"?

—¿Bolchevique?

—Todo lo contrario.

Respiró de nuevo con libertad.

—Entonces, está bien.

Pero desde ese momento me miró con sospecha. El mozo nos trajo vino. Era amarillo dorado y se escurría lentamente de la botella, como si fuera aceite. Tenía un sabor dulce, como el Sauternes.

—Vino egipcio —explicó Hussein—. Por ahora poseemos sólo unos pocos viñedos, pero también queremos incrementar nuestro negocio de vinos.

El vino se llamaba Néstor Gianacalis. Yo les dije que para nosotros el nombre de Néstor Gianacalis sugería cigarrillos egipcios, pero no me entendieron la broma. En efecto, ellos no podían comprender ninguna broma relativa al nuevo orden implantado en el país.

—¿Le gusta el vino? —preguntó Barta.

—¡Excelente! —le respondí.

—Coma nuestro pan con él. Lo hace saber aún mucho mejor.

Me alcanzó un pan largo y aplastado, envuelto en papel mantequilla, y esperó para escuchar lo que yo iba a comentar. El pan era sin sal, y su gusto era seco e insípido. Pero el patriotismo es una cosa sagrada. Jamás debe uno olvidar eso. Entonces también me pareció sabroso.

—La piscina fué construída con una piedra artificial que producimos aquí —dijo Hussein.

—Su padre es el organizador de nuestro nuevo Consorcio Químico-Industrial —explicó Saleh.

—Y Hussein es director de "El Abram" —agregó Barta.

Hussein estaba confundido.

—Saleh es el médico más prominente de la ciudad —dijo—. Ha sido nombrado jefe del Departamento de Higiene y Salud Pública. Tiene amplias atribuciones para luchar contra las enfermedades que azotan al país.

—Y en sus ratos de ocio pinta, especialmente a la acuarela —agregó Barta.

—Juntos tenemos un estudio en La Ciudad Vieja —explicó rápidamente Saleh. Barta es tan modesto que jamás habla de su arte. En el invierno próximo hará una exposición en Shepherd.

—¡Ridículo! —exclamó Barta, tratando de desviar la conversación de su persona.

Los tres hablaban un inglés puro y sin acento. Estaban orgullosos de su país y tenían un gran sentido de unidad. ¡Qué magnífico ha de ser poseer tal sentido de conjunto!

Yo era una terrible individualista y llevaba conmigo la herencia de la época pasada. No tenía patria, ni hogar, ni destino, ni una misión. Dependía de mí misma y del trabajo que otros me dieran.

Durante los últimos meses en Inglaterra no comprendí cuán pocas raíces tenía. El nacionalismo de ese país es algo tan personal, que los extranjeros no lo comprenden. Era el chauvinismo de estos jóvenes hijos de una joven na-

(Sigue a la vuelta)

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Sonia conoce a Eversham, el lord que costea las excavaciones que dirige Conway. Esa noche asisten a una comida y allí se encuentran con Barta, un egipcio lleno de amor a su patria. Después van al "Groopi", un café en donde los hombres beben whisky. Una adivina les ve la suerte y le dice a Eversham que será el último en morir; a Conway que triunfará, y a Barta que la mujer que ama jamás será suya. Al día siguiente, va Sonia con Conway a visitar el Museo de El Cairo y allí contempla las momias y las esfinges del Egipto milenario.

COLORES
ATRACTIVOS



con
ACEITE BRONCEADOR
Dagelle
M. R.

ción lo que me hacía comprender lo que yo no tenía.

Deseé expresar algo de esto, pero no pude.

Cerca de nosotros, un joven moreno y flexible hacía piruetas en el agua. Los destellos de los faroles producían armoniosos efectos en el agua y en los prados.

—No debe vacilar en decir lo que siente —dijo Barta—. Nosotros podemos leer los pensamientos. Nosotros la comprendemos, aunque nuestra piel no sea tan blanca como la suya. Por naturaleza, yo también soy blanco...; ahora estoy quemado por el sol.

Aquí una vez más se mostraba la inseguridad de todas las razas de color. Ese penoso complejo de inferioridad que salta cada vez que es removido.

En Inglaterra, como resultado de las políticas coloniales, había una actitud diferente hacia las razas de color, distinta a la que se usaba en mi tierra, pero jamás me preocupé del asunto. Ahora, de pronto, el tono de Barta sacudió algo en mi interior.

—Si no traiciono todos mis pensamientos, no es a causa del color de mi piel.

—¿Honradamente? —preguntó Barta, escéptico.

—Honradamente.

—Todo parece poco real esta noche —agregó, sonriendo.

—Eso puede tener una explicación.

—¿Y la otra?

—Sólo lo conozco desde ayer.

El río de nuevo, ahora con más naturalidad, y sus ojos parecieron oscurecerse.

—Gracias —dijo.

—Debe darme tiempo para encontrarme a mí misma en este Egipto viejo y nuevo —les expliqué a los dos muchachos que nos acompañaban.

—Eso no se puede aprender en los libros —comentó Hussein.

—Ni menos en los ingleses —agregó Saleh.

—Pero sí con nosotros —comentó Barta, vivamente.

Podía abrir y cerrar los ojos como una lámpara eléctrica.

—Pregúnteme a mí cuando quiera saber algo del nuevo Egipto. No le pregunte al señor Conway. No es de su especialidad.

—No quiero preguntarle a nadie. Prefero aprenderlo a través de mi propia experiencia.

—Magnífico. Pero adquiera conmigo su experiencia.

Barta dijo esto en tono ligero; atónito ante su atrevimiento, se detuvo de pronto y miró a los guardaespaldas, pero éstos no le prestaron atención.

—¿Podemos invitar al hijo del bey a nuestra mesa? —preguntó Barta, con voz totalmente distinta.

—Tres contra uno ya es demasiado —le respondió.

—¿Contra uno? —preguntó Saleh—. Alrededor de uno, para uno, pero no contra uno.

Barta inclinó, sonriendo, la cabeza, y se tocó ligeramente la frente y el pecho con su mano curvada, para agradecer a su amigo. Por sólo uno de esos gestos me gustaba el joven Egipto.

Más tarde, Barta me rogó para que me hiciera socia del club. Me divertiría practicando allí deportes. Yo le respondí que era la secretaria del señor Conway y que no podía darme ningún lujo. Además, nos íbamos al Alto Egipto en pocos días más.

—Una secretaria no es una esclava, ¿lo es? —Los ojos de Barta brillaban de indignación.

—No, pero...

—No hay peros. Será miembro del club. Yo lo arreglaré.

—Pero yo no lo deseo.

El embrujo de Egipto



—Ese deseo no es propiamente el suyo. Lo comprendo.

—Está equivocado.

—No estoy equivocado, la conozco.

—Por favor, no lo haga...

Barta no me respondió, le pasó un par de billetes a uno de los muchachos y le pidió que le pagara al mozo.

—Me lo promete —le insistí.

—Se lo prometo —me respondió, poco convencido.

El cochero que nos había traído a Meadi estaba aún aguardándonos en la puerta del club.

—Esto es también Egipto —dijo Barta—. No le dije que esperara, pero de todos modos lo hizo.

—¿Y no tenía razón? —preguntó Saleh.

—Sí —respondieron al unísono Hussein y Barta.

Caminamos en silencio a través de la noche oscura. Los camellos trotaban despacio a nuestro lado. Sus patas sonaban hueco sobre el asfalto duro. De aquí y de allá salían voces de música desde alguna casa oculta entre las sombras.

—Me gusta su país —comenté.



Las abejas no distinguen el rojo del verde, tal como los humanos que sufren de daltonismo.

En cambio, son muy sensibles al ultravioleta, frente

al cual los hombres somos ciegos. Su campo visual es mucho más dilatado que el nuestro.

Si el hombre tuviera la vista semejante a la de muchos insectos, sería incapaz de coordinar sus movimientos, a menos que se bifurcara su cerebro también.

Las imágenes le llegarían con la misma intensidad de todas partes a la vez: de abajo, de arriba, del lado, de adelante y de atrás. Y además, no sabría jamás si alguien le mira o no!

—¿Me podría explicar por qué? —preguntó Barta.

—¡No! ¡No tengo palabras para hacerlo!

Mientras me ayudaba a bajarme frente al hotel, me dió las gracias con palabras muy finas por la agradable tarde igual como si se hubiera de pronto convertido en un diplomático cumpliendo sus funciones. Hizo un gesto a sus amigos para que lo esperaran y me acompañó hasta la puerta misma.

—Volveré —me susurró, no como un diplomático, inclinándose y caminando de vuelta.

En mi casillero encontré un sobre aéreo sin nombre.

Lo abrí en el ascensor.

Sonia:

8 de la mañana, dictado.

10 de la mañana, Museo.

9.30 de la tarde, salida para Luxor.

R. C.

Era la primera vez que veía escrita Sonia con su letra.

(CONTINUARÁ)



El pecado de un...

(Continuación de
la pag. 20)

cho peores que el de él. Había usado de mi atractivo para cautivar a los hombres, haciendo hacer el ridículo a mi marido, y riendo después de mis admiradores sin piedad ni misericordia. Mi culpa era inconmensurablemente superior a la de Alberto, que me había pedido perdón con verdadero arrepentimiento. Pero no le había amado lo suficiente como para concederle mi perdón. Estaba demasiado influida por el recuerdo de mi padre y por las palabras de mi madre contra los hombres en general.

Era una criatura tan miserable, que había pospuesto la felicidad de mi matrimonio por un falso y estúpido orgullo. En ese instante me di cuenta de que alguien lloraba. Era Albertito... mi hijo adorado, que me llamaba. Antes de poder acudir a su lado, sonó el timbre de la puerta de calle.

Pero no era Alberto, sino una amiga mía a quien le había rogado la víspera que viniera a cuidarme los niños mientras yo y Alberto íbamos a una fiesta. Le iba a decir que no necesitaba de su valiosa ayuda; pero antes de ni siquiera saludarme, oyó el llanto de Albertito, a quien adoraba, y subió a consolarlo.

¡Qué fracaso era, tanto como esposa que como madre! Pero aun podía tratar de salvar mi hogar... Terminé rápidamente de vestirme y llamé un taxi para que me condujera al Hotel Comercial. Si pudiera hablar con Alberto, tal vez...

El empleado del registro me dió el número de la habitación de mi marido. Tomé el ascensor y descendí en su piso. Cuando golpeé la puerta de su cuarto mi corazón latía violentamente. Me pareció que esperé horas que abriera la puerta. Por otra parte, no sabía qué decir ni qué hacer al verme frente a él... sólo era capaz de rogar al cielo que me diera la oportunidad de pedirle perdón.

Por último la puerta se abrió y ante mí apareció la figura de mi marido. Ya no era el extraño con el cual había vivido tanto tiempo y al cual había odiado tanto. Era mi esposo..., mi adorado Alberto.

—¿Qué desea? —me preguntó con voz severa.

—A ti, Alberto; quiero que vuelvas a mi lado y me perdones —logré articular por último.

Permaneció un largo rato contemplándome, como si tratara de leer en mi alma; finalmente sonrió como lo hacía antiguamente.

Cuando me tomó en sus brazos y me hizo penetrar en el cuarto, lágrimas de felicidad rodaron por mis mejillas. Al verlas, me dijo maravillado:

—¡Oh, Elena; gracias a Dios que has comprendido!

Ambos lloramos, y estas lágrimas lavaron la desdicha que nos desunía. Alcé el rostro para que me besara en los labios. ¡Qué absurda había sido al desperdiciar toda la gloria de nuestro amor, pensando tan sólo en una noche que no tuvo ninguna importancia!

Algún día la herida que ocasionó en mi alma la traición de mi marido curará completamente, y nunca volveré a posponer mi felicidad por orgullo ni rencor. Aprendí una dura lección: el amor debe ser cuidado y considerado por sobre todas las cosas del mundo.

GRAN CONCURSO

¡TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos, y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decidete a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia te puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo

O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON





LA temperatura era agradable y se sentía la fragancia de las flores, mientras los pájaros piaban sobre el pasto recién cortado y se oía la música de las radios de los edificios cercanos.

Caminaba yo alegremente hacia la casa de mi amigo Francisco. Al llegar, subí a grandes zancadas la escalera de piedra y al tocar el timbre grité:

—¿Estás ahí, Francisco?

Mi voz retumbó en los cristales de las ventanas. Abrí la puerta y, después de volver a llamar, sin obtener respuesta, me dirigí hacia el living, me recosté en el sofá, encendí un cigarrillo y me quedé un instante gozando de tan delicioso descanso. Luego me levanté y volví a gritar con todas mis fuerzas:

—¿Dónde te has metido, Francisco? ¡Contesta!

Una voz me respondió:

—¡Por favor, Octavio, no grites tanto!...

—Pero, ¿dónde está tu hermano?

—¿Cómo puedo saberlo? Yo soy sólo su hermana y a mí no me cuenta todo cuanto hace. ¿Acaso tú se lo comunicas a la tuya?

—¿Y no te dijo dónde iba?

—Te repito que no. ¡Qué testarudo eres!

Sacudí la ceniza de mi cigarrillo sintiendo una cómica alegría. Luego miré a Ruth que, ya serena, me miraba con cándidos ojos.

—Me parece que fué a tu casa.

—A mi casa, ¿a pie?

—Exactamente. ¿Dónde está tu coche?

—Descompuesto...

—¿Descompuesto? —preguntó Ruth sin poder contener la risa—. Debe ser divertido para dos famosos aviadores tener que caminar a pie. ¿Cómo te defiendes ahora? No tienes ni alas ni ruedas...

Cogí una revista y de mal humor comencé a leerla. "Es natural que Francisco salga, pero no es lógico que no me lo diga", pensé. Ambos viajábamos a la ciudad en el tren que partía a la misma hora, y a la misma hora y en el mismo tren volvíamos en la tarde. Desde niños nos habíamos acostumbrado a estar juntos y a tomar la vida como un gran aeroplano donde el piloto y el copiloto no podían separarse. A veces era Ruth o su madre las que preparaban café y sandwiches cuando yo iba a su casa, y si Francisco estaba en la mía, mi hermana María Luisa se preocupaba de atenderlos.

De pronto sonó la campanilla del teléfono. Me levanté de un salto y esperé impaciente a que Ruth me pasara el teléfono, pero a quien llamaban era a ella. La joven se lanzó en un diálogo íntimo diciendo:

—Sí, por cierto. ¡Ya lo quisiera! Octavio está aquí y en este momento tiene los ojos clavados en mi persona. Yo la miraba como si la contemplara por primera vez. Y no veía en ella a la muchachita adolescente. Me daba cuenta de que su cuello estaba bien delineado y que sus hombros y espalda eran deliciosos. Por detrás, me aproximé a ella con pasos furtivos, pero retrocedí sosteniendo la respiración después de haber tratado de escuchar los murmullos que correspondían a frases cortadas y a risas ahogadas. Volví lentamente al living, me recosté de nuevo en el sofá y encendí con rabia otro cigarrillo. La conversación telefónica seguía igual, cosa que me era extraordinariamente desagradable. Lo que más me incomodaba era la familiaridad y el tono de mofa que se salpicaba con palabras demasiado tiernas. La última frase me dejó intriguado:

"Muy bien, pues, sin duda te llamaré en la primera oportunidad."

En ese momento sentí una emoción extraña. ¿Sería posible que la pequeña Ruth ocultara algún romántico idilio? ¿Le contaría mis sospechas a Francisco? Lentamente me levanté del sofá y me dirigí a la cocina, sitio donde se encontraba en ese momento Ruth. Hasta entonces jamás la había mirado con tanto interés, pues siempre había sido ella para mí mi hermanita menor. Ahora admiraba su cuerpo maravillosamente formado, sus piernas y sus bien torneados brazos.

—Pareces una Diana Cazadora —murmuré en voz baja.

—Vamos hombre, sirve para algo. ¡Seca estos platos! —respondió Ruth, dándose vuelta.

Un instante después se acercó de nuevo al teléfono. Yo comencé a secar la loza, pero un plato que tenía en mis

EL CURIOSO AMOR DE

Ruth y
Octavio

manos se resbaló haciéndose pedazos al escuchar que Ruth seguía conversando con la misma persona.

—Eres capaz de sostener un avión en el aire y no puedes sujetar un plato entre tus manos. ¡Y rompes el más bonito!

—¡Una ilusión rota! —murmuré con amargura—. Dime ¿quién hablaba contigo?

—Nadie que te interese.

Cerró los ojos y movió la cabeza en señal de protesta.

—Aunque así lo sea, no creo sensato que una muchachita de tu edad y estando sola en su casa, converse horas por teléfono con un extraño.

—Me sorprende tu inusitado interés por mis asuntos particulares. Pero debo advertirte que no estoy sola en la casa.

—¿Y si yo fuera el único que estuviera contigo?

—Pues, Octavio, te diré la verdad, estamos los dos completamente solos.

Jamás pensé que Ruth me contestara en esa forma. Avancé hacia la muchacha y al colocarle una mano sobre el hombro sentí que una verdadera descarga eléctrica me recorría todo el cuerpo. Ruth se arregló un mechón de pelo que le caía sobre la frente. No pude resistirme y cogiendo con ambas manos su madeja de cabellos negros, me quedé mirándola arrobado.

—¿Qué haces, Octavio? —me preguntó Ruth.

Sin responderle, acaricié sus brazos y lentamente la cogí por la cintura para besarle tiernamente el cuello. Ruth no esquivó mis caricias. Por el contrario, volvió hacia mí su adorable rostro y pude contemplar de cerca sus inmensos ojos azules. Suavemente mis labios buscaron los de la niña y se unieron en un beso que pareció ser eterno.

—¡Oh, Octavio! —murmuró echándose hacia atrás mientras colocaba sus dos manos sobre su corazón—. ¿Qué te pasa?

No supe qué responder. También me eché hacia atrás buscando la mesa para afirmarme. Se sucedieron breves instantes de silencio, luego escuchamos entrar a la madre de Ruth seguida por su padre.

—¿Estás en huelga? —preguntó alegremente su madre—. ¿Todavía no has terminado de secar los platos? ¿Qué has estado haciendo?

Miré la fisonomía expresiva de la madre y los inquisidores ojos del padre, clavados en mí como tratando de examinar lo que había en mi interior.

—Estoy muy resfriado. Tengo un terrible dolor de cabeza —repuse tontamente.

—Pobre, Octavio. ¿No se te ha ocurrido hacerle un remedio, Ruth? —preguntó compadecida su madre.

—Déjalo que estornude, le hará bien —respondió irónica la muchacha.

—¡Ni siquiera le has preparado una limonada caliente! Yo mientras tanto me frotaba nerviosamente la cara con las manos, y cuando el padre de Ruth me miró fijamente sentí que el corazón se me saltó del pecho.

—Estás afiebrado —dijo el viejo señor—. Una limonada no es suficiente; necesitas, además, un par de aspirinas. Ruth trajo un vaso lleno de limonada y el padre me obligó a tomarme las pastillas.

—Los resfriados son peligrosos en esta época. Ahora una buena limonada y derecho a la cama —ordenó el padre de Ruth. Empecé a beberla a sorbitos sintiendo la emoción que se debe experimentar al ver morir a uno de los compañeros de armas que ha confiado en nuestra lealtad.

—Ruth te llevará hasta tu casa en auto —dijo el padre—. ¡Y no se te ocurra manejar en ese estado!

—No se preocupe —le respondí ubicándome junto a Ruth, quien se sentó frente al volante.

La muchacha estaba acostumbrada a manejar y lo hacía sin ninguna dificultad. Yo me sentía alegre y canturreaba en voz baja. De pronto exclamé:

—Para el auto, déjame en el camino y vuelve inmediatamente a tu casa para que tus padres no se pongan nerviosos.

—De ninguna manera, si te dejo podrías resfriarte —me respondió burlona.

Siguió manejando hasta un momento en que le arrebaté el volante y encaminé el automóvil hacia una calle oscura. Allí la cogí en mis brazos y la volví a besar con ternura.

Al llegar a mi casa, me apoyé en el dintel de la puerta y cerré los ojos pensando que todo cuanto había sucedido era sólo un sueño. ¿Quién había hablado con Ruth por teléfono? La pasión de los celos, que antes no conocía, mordió implacable mi corazón. Sin duda, estaba loco y me había portado como un reverendo idiota. Sin embargo, me sentía fuerte y capaz de todo para hacerme digno del amor de Ruth. Entré precipitadamente y escuché decir a mi madre:

—¿Eres tú, Octavio?

La miré y vi en sus ojos una expresión muy similar a la que había observado en los padres de Ruth.

—¿En qué piensas, mamá?

—En Francisco. Sin duda, tú sabías que estaba aquí.

—No tenía ni idea. ¿Por qué no se comunicó conmigo?

—Porque tu preciosa hermanita habló con Ruth durante toda la tarde.

—¿Y por qué Francisco no me llamó al teléfono?

—Porque no deseaba hablar contigo sino con María Luisa. Además, Francisco estaba demasiado ocupado.

—¿Ocupado en qué?

—Primero quería saber a toda costa de qué color tenía los ojos tu hermana, y créeme que con la experiencia que tiene un aviador lo hacía bastante bien. Después se dedicó a enseñarle a besar. Yo los sorprendí en la cocina. Me acordé de mis buenos tiempos. María Luisa es una muchacha muy linda, yo no era como ella.

Al oír a mi madre lancé una sonora carcajada mientras ella me miraba con resentimiento.

—Eso me lo imaginaba desde hace mucho tiempo. Tu padre

(Continúa en la pag. 32)



Cerca de él...

¿Cuál es la Verdadera Usted?

¿La alegre y risueña usted...

o la encantadora y atrayente

usted?

Michel

Michel refleja sus caprichos más íntimos con **Cyclamen**, el más radiante y festivo color conocido, y con el inolvidable y seductor **Vin Rosé**. Ambos provistos de la comprobada base indeleble Michel..., que protege a la vez que embellece

AMAPOLA ● VIN ROSE ● FIESTA ●
RASPBERRY ● MARIPOSA ● CYCLAMEN ● VIVID ● MIAMI ● VIN BRULE.

Agentes exclusivos para Chile

Rabié Hnos. y Cía.

La historia DE UN

EN Reno, puede uno divorciarse más fácilmente que en otra parte —me explicó Celia—. Toda la gente "selecta" lo ha

hecho allí. Mi amiga siempre me contaba lo que era "selecto" y yo la dejaba que se ocupara de mi separación con Carlos.

—Cuando las cosas se acaban, hay que terminar pronto con ellas —insistía.

—Tu no guardarías un vestido apollado, ni unos zapatos viejos en tu ropero, ¿no es verdad? Lo mismo pasa con Carlos, Julia. Ustedes ya no tienen nada en común. El ya no te interesa... o, por lo menos, tú ya no le interesas a él... Por lo tanto, mientras seas joven y seductora, trata de recomenzar tu vida.

¡Recomenzar mi vida! Este consejo me volvía soñadora. Ya no me sentía capaz de amar a otro hombre ni de creer en ninguna otra pasión. Mi sensibilidad parecía muerta. ¡Había sufrido tanto!

Febrilmente, Celia se ocupaba de todos mis asuntos. Me hablaba con entusiasmo de nuestro viaje. Me acompañaba a comprar ropa, reprochándome mi espíritu de economía.

—Parece que no desearas derrochar el dinero de Carlos —opinaba—. ¡Profundo error! Un hombre casado que no gasta en su mujer, obligatoriamente lo derrochará en otra.

Yo callaba. Celia me tocaba la fibra dolorosa. Sentía renacer todos mis celos... Sofía... La secretaria de Carlos, una linda muchachita de cabellos oscuros y ojos verdes. No necesitó mucho tiempo para quitarme a mi marido. Recordé todo lo que de ella decía Carlos:

—Jamás había tenido una secretaria tan competente: trabaja rápido y en silencio. Además, es muy agradable de mirar.

Al principio, yo reía y embromaba a mi marido con su famosa secretaria. ¡Tenía tanta confianza en él! Fue Celia la que me abrió los ojos, haciéndome notar que, desde hacía algún tiempo, Carlos llegaba casi siempre tarde y no le faltaban pretextos para no salir conmigo.

—Así mismo comenzó Jorge y así lo hacen todos los hombres —me decía—. Sus palabras terminaron por alarmarme: Jorge era el marido de mi amiga. Se habían divorciado y yo había asistido a ciertas escenas en las cuales, con toda evidencia, Jorge le mentía a su mujer. No creía capaz a Carlos de mentirme en esa forma. ¡Era tan leal! No obstante, un día tuve la revelación de que mi marido me engañaba: primero encontré en su bolsillo dos entradas para el teatro; en seguida, marcas rojas en su pañuelo; finalmente, cierto día que lo fui a buscar a su oficina, pues pretendía trabajar hasta tarde, el cuidador nocturno se sorprendió con mi visita. Cuando reproché a mi marido estos hechos, no me negó ninguna de estas pruebas terminantes. Tomándome de la mano, trató de explicarme:

—Julia, comprendeme. Soy hombre, es decir, un ser débil ante la tentación... Sofía ha sido para mí algo irresistible. Pasamos todo el día juntos en la oficina. Respiro constantemente su perfume, ella me confía sus preocupaciones, sus pesares. Ya sabes que no tie

DIVORCIO

ble saberlo, pues jamás hablaba de sus sentimientos íntimos. Su conversación siempre se refería a lo que, según ella, era "inadmisible", "intolerable", o, por el contrario, "selecto". Muchas personas la juzgaban superficial, y yo misma, en diversas ocasiones, pensaba que tenían razón. En ese momento, como si leyera mi pensamiento, me dijo:

—¡Bueno, Julia, mañana serás otra mujer! Habrás dejado atrás a la antigua Julia. Será otra la que llegará a Reno.

Sin embargo, yo sentía que nada sacaba con cambiar de ciudad, pues mi corazón, pese a todos los esfuerzos, se había quedado con Carlos. Tan sólo mi orgullo herido y los consejos de Celia me habían arrastrado a dar este paso.

Al llegar a nuestro destino, nos dirigimos donde el abogado, que se encargó inmediatamente del asunto. Me prometió que dentro de seis semanas podría sacar mi divorcio. Me explicó que por "incompatibilidad de caracteres" era fácil conseguirlo.

—¡Espléndido! en seis semanas quedarás definitivamente liberada! —exclamó, feliz, mi amiga—. Mientras esperamos, voy a renovar relaciones con unos caballeritos que conocí el año pasado. Son dos hermanos, Pablo y Manuel, dueños de una gran fortuna; dan fiestas fantásticas, a las cuales invitan a la gente más fina e importante de la ciudad. Representan una amistad muy útil y entretenida; son solteros; por lo tanto, dos corazones libres de conquistar. Toma nota: tú eres joven y bonita.

Algunos días después me presentó a los dos hermanos. Tenían treinta y cinco y treinta y nueve años, y parecían terriblemente snobs. Muy pagados de ellos mismos, se permitían juzgar a los demás sin ninguna indulgencia. Quedé pasmada de los sarcasmos con que se burlaban de Celia, y, más aún, me sorprendió la actitud de mi amiga: soportaba, sin decir palabra, las pesadas bromas de los impertinentes, que en muchas ocasiones llegaban hasta la grosería. Como notaban mi disgusto, en tales circunstancias, se reían de mí diciendo:

—¡Julia está escandalizada!... Y era exacto que yo estaba escandalizada de la desenvoltura de estos hombres. No estaba acostumbrada a tal falta de respeto. Carlos era tan fino. Cuánto sentía ahora que esa mujer se hubiera interpuesto en nuestro camino, separándonos. A veces sentía unos irrefrenables deseos de volver a tomar el avión y regresar junto a mi marido. Pese a las continuas faltas de respeto, Celia insistía en seguir frecuentando su compañía, preocupándose mucho de sus vestidos, para parecerles bien. Al principio no me daba cuenta de que mi amiga estaba empeñada en conquistar a uno de ellos, y sólo lo supe el día que la vi besándose con Manuel. En realidad, no se turbó mucho porque los hubiera sorprendido, y continuó coqueteando sin hacer gran caso de mí. Sentí en ese momento que detestaba a Celia. ¿Cómo se podía dejar besar por Manuel, que se portaba tan impertinente con ella?

Pronto supe que móviles guiaban la conducta de mi amiga, pues me explicó:

—Estoy muy contenta; Manuel está enamorado de mí. Creo que se casará conmigo, si logro tomarle por la vanidad. A los hombres les encanta que los halaguen, que les repitan todo el

¿TIENES BUENOS HABITOS PARA DORMIR?

¿Sabes que podemos vivir más sin comer que sin dormir? Los que pueden dormir bien, pueden recuperar sus fuerzas, y son más felices que los que sufren de insomnio.

¿Puedes dormir eficientemente? Si sacas 12

puntos, eres una persona del término medio. Cuantos más puntos saques, es mejor.



SI NO

- 1) ¿Sabes cuánto sueño necesitas para trabajar mejor?
- 2) ¿Es tu cama lo suficientemente grande como para dormir en ella cómodamente?
- 3) ¿Duermes en una cama medianamente dura y no en una extremadamente blanda?
- 4) ¿Duermes en una pieza bien ventilada?
- 5) ¿Te quedas dormida inmediatamente después de haberte acostado?
- 6) ¿Tienes pesadillas?
- 7) ¿Tienes miedo a la obscuridad?
- 8) ¿Te priva de dormir el hecho de que pensamientos sin importancia te preocupan?
- 9) ¿Tienes siempre a tu alcance una frazada de más?
- 10) ¿Te molestan mientras duermes los sueños?
- 11) ¿Puedes dormir mejor en el día que en la noche?
- 12) ¿Duermes sin almohada o con una muy baja?
- 13) ¿Es tu cama lo suficientemente larga como para que puedas estirar bien tus piernas?
- 14) ¿Tomas sedantes sin permiso del médico?
- 15) ¿Te levantas con dolor de cabeza?

TOTAL

(Sigue a la vuelta)



La historia de un...

tiempo que son buenos mozos, inteligentes, cultos... Es el mejor método para obtener de ellos lo que una se propone.

—Entonces, ¿deseas casarte con él?

—Lo que en realidad deseo es compar- tir su casa, sus automóviles, su yate. Por supuesto que no se trata de amor entre nosotros, te lo confieso sinceramente. Por lo demás, sé que Manuel tiene un carácter infernal, lunático, neurasténico y autoritario.

—Son muchos defectos para un marido —le comenté—. ¿vale la pena sacrificar tu libertad por un individuo así?

—Haré todas las concesiones necesarias para llegar hasta el matrimonio. ¡Ser mujer de un millonario es tentador! ¡Bien vale la pena perder por eso la libertad!

Desde que vivía con Celia y la conocía mejor, podía darme cuenta de que poseía una personalidad desconocida hasta entonces. Veía que calculaba cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras. Frente a los hombres era verdaderamente antipática. Los provocaba y se permitía muchas libertades de conducta y lenguaje, que me chocaban, dejándome perpleja. Ahora pensaba que yo había cometido el error más grande dejándola intervenir en mi vida y siguiendo sus poco atinados consejos. Pero ya era tarde para reconocerlo y para volver atrás. ¡Tarde para arrepentirse! ¡Demasiado tarde para rehacer mi vida!

Yo no era como Celia. Los recuerdos me perseguían sin cesar. Me era imposible olvidar a Carlos, borrar de mi mente los siete años que habíamos vivido juntos, como para entregar mi corazón a otras aventuras. Manuel, Pablo... nada me decían estos nombres, nada podía yo encontrar en estos hombres vulgares, vividores, cansados del amor e incapaces de amar. Su riqueza material no podía reemplazar un tesoro de ternura. Si Celia se dejaba tentar por las ventajas pecuniarias, para mí nada significaban. Cuando pensaba que mi divorcio saldría en pocas semanas más, sentía que algo me laceraba el corazón. No conseguía olvidarlo. Era como ciertos enfermos, que no reaccionan a los remedios. No hacía más que recordar a Carlos, creía verlo y oírlo todo el tiempo. Soñaba con él todas las noches y despertaba desesperada por haberlo perdido. Sin embargo, volvía a repetirme que era demasiado tarde para escribirle. Para dar yo el pri-

mer paso, tendría que pisotear mi amor propio, vencer mi orgullo y afrontar el disgusto de Celia. Jamás me atrevería a provocar su reprobación, merecer sus reproches de ingratitud por su valiosa compañía y sus consejos. ¡Era irremediablemente tarde!

—Creo que ha llegado el momento decisivo —me confió una noche Celia—. Manuel me ha pedido que lo acompañe en su yate, diciéndome: "¡Te tengo una sorpresa!" Creo adivinar que me pedirá que me case con él. No sería raro que lo desee hacer inmediatamente. De todos modos, me prepararé para cualquier eventualidad. Cuánto me gustaría verte a ti también dichosa. ¿Cuándo te resuelves a emplear los grandes medios? En amor sólo existe una terapéutica: reemplazar lo más pronto posible al infiel... ¡A rey muerto, viva el rey!

—¡Diviértete! —le contesté—. Yo iré a acostarme. Prefiero un buen libro a la compañía de esos hombres. ¡Creo que no voy a reaccionar muy pronto! Encogiéndose de hombros, mi amiga entró en el cuarto de baño y vació por lo menos medio frasco de esencia en

Se dice que cuando va a llover, ciertas avecinillas, como por ejemplo la golondrina, vuelan muy bajo. En realidad, no se trata simplemente de una "antigua creencia", sino de una verdad que todos pueden comprobar. La explicación es muy sencilla: las aves vuelan bajo para cazar los insectos que se aproximan a la tierra, a fin de protegerse de las bajas temperaturas que se avecinan. De modo que son los insectos los que predicen el tiempo, pues parece que están mejor dotados que los pájaros para apreciar los cambios de presión, de temperatura, o sea, el grado de humedad del aire.

sus cabellos. Al despedirse, me envolvió en una nube perfumada.

Su ida no sacudió mi desesperación. Más amargos que nunca, me asaltaban los recuerdos, y eran como demonios inoportunos que no podía rechazar. Me parecía oír la voz de Carlos diciéndome: "¡Vamos, Julia! No rompas nuestra dicha por una bagatela. Si consientes en perdonarme, podemos comenzar de nuevo". Pero yo no había perdonado.

Ya muy tarde de la noche me despertó el timbre de la puerta de calle. Pensé que sería Celia, y, poniéndome apresuradamente una bata, salí a abrir. Grande fué mi estupefacción al encontrarme con dos señores.

—Su amiga ha sufrido un accidente y desea verla —me dijeron.

Celia y Manuel se habían arriesgado imprudentemente haciendo un paseo peligroso. El mar estaba agitado. Fué imposible evitar que el yate encallara. Trataron de alcanzar la playa

nadando. Celia estaba en un estado lamentable. Agotada por el esfuerzo, horrorosamente herida en la cara y con contusiones internas causadas por las rocas donde la había lanzado el oleaje, estaba irreconocible. El médico no daba grandes esperanzas de salvarla. Tenía el pulso muy débil y le fallaba el corazón. Las contusiones eran de bastante gravedad. Acercándose, le hablé bajito. Sin abrir los ojos, me cogió la mano y murmuró:

—Julia, me voy a morir, pero no lo lamento. Desde la traición de Jorge, me transformé en otra mujer. Iba de mal en peor... No sigas mi ejemplo... La besé suavemente y salí para no fatigar a la enferma. Me fui a casa presa de una amarga pena. Allí me encontré con Pablo, quien me explicó lo ocurrido.

—Antes de embarcarse, estuvieron bebiendo más de la cuenta. Mi hermano estaba más o menos bueno, pero Celia... ya no sabía de su persona. Gritaba que se embarcaran pronto e insistía porfiadamente en hacerlo. Fué mi hermano quien tomó la dirección del yate y... más vale la pena hablar. Manuel es buen nadador, y ahora está durmiendo, pero Celia quedó muy mal.

Amanecía. Había que esperar aún algunas horas para poder enviarle un cable a Carlos. Pero el texto que había redactado mentalmente me martillaba la cabeza. Le diría: "¿Puedo volver?" Celia murió ese mismo día, después de muchos sufrimientos. Viéndola inmóvil y tranquila, experimentaba por ella una enorme piedad: "Ha naufragado dos veces: primero, cuando se separó de Jorge, impulsada por su orgullo", pensé. ¡Pobre Celia, cuán cara pagó su falta! Cuánto debió sufrir bajo su máscara de frivolidad. Tiene que haber tenido sus horas de desaliento y desesperación, echándose después con toda su alma en esa vida de placeres ficticios, demostrando siempre falsa alegría, afectando un cinismo sin límites, para ocultar la herida sangrante y mal cerrada de su amor destruido. Carlos me respondió personalmente. Llegó en avión, y, al verlo, leí de inmediato en sus ojos que ya no tenía nada que temer de Sofía. No hablé más de esa sombra, y, si algunas veces me atormentan todavía los celos, trato de ahogarlos y extirparlos como las malezas que comprometen el porvenir de la cosecha. Hice anular los trámites de divorcio, y juntos volvimos a nuestro hogar. Ahora he vuelto a recuperar la paz y la alegría de vivir. He comprendido que una mujer consciente de sus deberes sabe perdonar, olvidar y callar. Pienso a menudo en Celia: la compadezco y recuerdo lo que me dijo antes de dormirse para siempre: "Aquí la vida es dulce y fácil"... La vida... y también la muerte.



El curioso amor de Ruth y Octavio (CONTINUACION DE LA PAGINA 29)

se limitaba a reírse, pero yo me daba cuenta de que cada día se preparaba para casarse y por eso lo tomaba muy en serio. Además, él es tu amigo. Recorrí el living como un autómata, en seguida me detuve, me tomé la cabeza con ambas manos y seguí emitiendo ruidos entrecortados y risas extemporáneas.

Al fin comprendía qué significaban esas llamadas telefónicas.

—Lo siento mucho, mamá, pero debo decirte que me sorprende mucho. Francisco jamás me ha dicho nada respecto a eso. ¿Cómo se atreve a pretender casarse? Tú bien sabes cuánto gana un

aviador y ninguno de nosotros es capaz de mantener un hogar con el sueldo que recibimos.

—Nada veo que se oponga a tal matrimonio. Cuando tu padre se casó conmigo ni siquiera tenía un empleo. Lo hicimos con un empréstito que le hizo mi suegro.

Nos miramos como adivinando nuestros más profundos pensamientos.

—No queríamos seguir esperando eternamente... —terminó diciendo mi madre.

Al oírlo, sentí como si el aire fresco de la noche entrara hasta el fondo de mi alma para perfumar mi corazón con

la fragancia del jardín que penetraba por la ventana. Tomé entre mis manos la cara de mi madre y la besé con admiración y ternura.

—Me alegro de que no te hayas opuesto al matrimonio de María Luisa y Francisco —dijo. Y luego, con ojos entrecerrados y mirando al cielo, murmuré con voz resuelta: Yo también tengo algo que contarte.

—No necesitas decirme —exclamó mi madre—. Me lo imaginaba desde hace mucho tiempo. ¿Cuándo te casas con Ruth?

—El mes entrante. ¿Te parece bien?



"¡PERDONAME, René!, porque soy muy desgraciada. No tengo ni siquiera el derecho de pensar, de reflexionar, de buscar desesperadamente en ti o en mí misma ¡la verdad!... Me he demorado demasiado, y cada minuto que pasa hace más cruel la necesidad de una confesión, que sé que a ti te hará mucho daño y que a mí me destruirá la vida... Hace unos momentos, cuando te fuiste, pude leer en tu mirada que dudabas de mi amor. Sin embargo, si callaba, si trataba de retener aún el grito que quemaba mis labios, era precisamente a causa de ese amor...

"Ahora estoy tranquila. Todo tiene que terminar. Cada palabra que escriba será como si agregara una nueva piedra al muro que nos separará sin piedad. ¡Se que sufrirás, René! Pero tu mismo sufrimiento te alejará de mí y justificaré el olvido en el que acabaré por perderme cualquier día. Perdóname que te hable; por no hacerte sufrir, no debería hacerlo, puesto que yo soy la única culpable. ¡Pero estoy tan herida, tan sola y tan desesperada! Voy a perderte, y éste es el peor castigo para mi corazón. Sin embargo, no puedo permanecer sorda al poderoso grito de mi conciencia, que me dice que mi falta es imperdonable si continuara mintiéndote y engañando por más tiempo la confianza que en mí has depositado. Es imposible que siga siendo ante tus ojos el ser puro y limpio que tú amas, pues no lo soy. Todo está dicho con estas palabras. ¿Para qué añadir más? ¿De qué serviría contarte mi triste historia?

"Olvida nuestro amor y, si te es posible, hasta que se borre en ti mi recuerdo, concédele un poco de piedad, en pago del valor que he tenido para decirte adiós!

PATRICIA."

Después de leer la carta, Pablo me miró con insistencia y me dijo:

—¿Cuándo la recibiste?

—Esta tarde. Esperaba a Patricia. Nos habíamos quedado de encontrar hoy. La noté nerviosa, distante, y, en verdad, en esos momentos dudé de su cariño y de su ternura.

—¡Pero ahora ya no puedes continuar dudando!

—¿Qué me quieres decir?

—Tú ves... ¡Esta carta!

—No es prueba de que no me siga mintiendo. ¡Lo ha hecho durante semanas y meses! ¡Su rostro era mentiroso! Cada uno de sus silencios era una mentira... Su carta, su confesión, no es otra cosa que un conjunto de palabras... ¡Palabras que bien pueden ser sólo una trampa!

Pablo se me acercó y con afectuoso gesto me tomó por los hombros. Yo no trataba de ocultarle mi dolor. ¡Éramos tan amigos! Al recibir la carta de Patricia, fué en él en quien pensé para aliviar mi pena. Me consideré enteramente perdido por el tremendo golpe, y no tardé en recurrir a mi amigo. ¡Mi confianza en Patricia era absoluta! ¡Era tan sincera mi fe en su pureza y lealtad! Desde hacía meses vivía como sumido en un hermoso sueño, y, de pronto, todo se hundía a mi alrededor.

—Fuecha —comenzó Pablo—. De tanto oírte hablar de Patricia, sé perfectamente todo lo que ha sido para ti. Comprendo muy bien tu desesperación... Pero no olvidemos que su carta expresa una desesperación igual a la tuya. Cálmate y reflexiona. En este momento te hallas bajo el golpe que te ha herido y no puedes razonar. Té rebelas porque Patricia no es la mujer que tú creías. ¿Estás seguro de que lo que tú llamas su mentira no es el engaño de tu propia mirada? ¿Era a ella a quien amabas o a la imagen que tú

te formaste de su persona? Piensa que Patricia no es un reflejo de tu espíritu, sino un ser de carne y hueso. Si la querías tanto como pretendes, no debes renunciar inmediatamente a su amor. ¡Déjame ayudarte, René! ¿No me consideras en realidad tu amigo?

"Es curioso, señor; pero como René siempre me hablaba de usted, la idea que me había formado de su persona, debo confesarlo, era dura, austera, adusta... Cuando le escribí a René, pensé que recurriría a su amistad, para tratar de buscar un refugio, y que, en su dolor, usted sería su más precioso sostén. Yo, que soy tan sola, casi envidiaba ese apoyo que él encontraría en su cariño. Siempre René me decía: "Pablo es mi conciencia. ¡Es un hom-

cesario que conociera a René y me enamorara de él como me he enamorado, para comprender que aun no había sufrido lo peor de mi castigo. Por eso había callado hasta ahora. Pero, ya que usted me exige otro dolor, trataré de ayudarlo para librar a René de su dolor, demostrándole que no soy digna de su cariño.

"Dígale, pues, señor, que aquella que él creía la más pura de las mujeres, es madre de un niño.

"Sólo tenía entonces dieciocho años, y, para excusarme podría invocar la inconsciencia que existe a esa edad. ¡Pero no es así! Eso sería mentir. El padre de mi hijo era mi novio. No supimos esperar y cedimos a la impaciencia de nuestros corazones, porque nos amábamos mucho. No creíamos hacer mal a



PERDONAME,

RENE!

bre recto, inflexible! A su lado, yo jamás me siento desfallecer". ¿Por qué tiene que ser justamente usted quien me pide armas contra mí misma? ¿Acaso no es bastante el que haya desgarrado el corazón de René y herido su cariño? En su preocupación de salvar nuestro amor, me pide me confíe enteramente en la amistad que usted siente por René. Pues bien, comienzo por repetirle de nuevo que no soy digna de la dicha que me ofrece.

"Desde hace tres años cargo duramente con el peso de una falta que ya creía suficientemente explada. Fué ne-

nadie y no podíamos imaginar el trágico destino que nos aguardaba. El avión en que viajaba mi novio se incendió el mismo día en que conocí mi estado.

"¿Es preciso que le cuente mi calvario? No vaya usted a pensar que lo hago para inspirar su compasión, pues está muy lejos de ser la verdad. Sólo deseo decirle que pasé por todas las tentaciones que aconseja la desesperación; pero no cedí a ellas por la dulzura que ponía en mi alma el ser

(Sigue a la vuelta)



¡Perdóname

René!

a quien le estaba dando la vida. Además, en un momento en que creía no poder resistir y que lo único que me quedaba era la muerte, el destino puso en mi camino al ser que me ha salvado. Ese día, sor Teresa llamó a mi puerta y tendió su mano para pedir una limosna para sus pobres. Al mirarme, sus ojos inteligentes vieron de inmediato que yo necesitaba imperiosamente de su ayuda. Hizo un lado su bolsito y se instaló junto a mí. Cuando se fué, yo había recuperado mi valor. Mi hijo nació unos meses más tarde en la casa adonde ella me llevó... y allí está todavía. Es ahí donde lo voy a ver todas las semanas, y sor Teresa lo cuidará hasta el día en que yo pueda hacerme cargo de él.

"Ahora sabe usted todo lo que no tuve fuerzas para contar a René. Si cree que puede ser beneficioso para la paz de su espíritu narrarle todo mi secreto, hágalo. Pero también le ruego expresarle que mi mayor remordimiento es haberlo engañado con mi silencio... Si supiera que me cree, me sentiría más fuerte.

PATRICIA."

"He vacilado largo tiempo, señor, antes de responderle. Si ahora lo hago, es porque el tenor de su carta me ha convencido de su inquietud. Es efectivo que conozco a Patricia en las circunstancias a que usted se ha referido. Si la Providencia ha querido que usted busque mi testimonio, creo que mi deber es darlo. La primera vez que me encontré con ella, yo recorría el edificio donde vivía para hacer un llamado a la caridad, en favor de los menesterosos que tenemos a nuestro cargo. Cuando toqué a su puerta, en la desesperación de su mirada comprendí que el Señor había guiado mis pasos hacia un ser trágicamente desamparado, y que, entre todas las miserias, la que tenía ante mí vista era una de las más dolorosas. Mi plegaria fué escuchada y Patricia poco a poco recuperó la calma. Su alma se liberó de la desesperación. El niño que hasta entonces ella rechazaba con todas sus fuerzas, nació en nuestra Casa, sitio donde fué admitida en vista de su soledad y angustia. Efectivamente, Patricia tenía por toda familia a los padres de su novio, y a ellos no se atrevía a presentarse. Cediendo a mi insistencia, consintió después del nacimiento de su hijo en acudir a una tía. Esperábamos que en ella encontraría un apoyo moral y que el ambiente de un hogar le devolvería el equilibrio que tanto necesitaba, tanto para ella como para su hijo. Pero la verdad es que no consintió en recibirla. Después de oír sólo palabras de desprecio y de reproches, Patricia se alejó de casa de su pariente más sola y desesperada que nunca. Pasó luego por varias etapas de crueles sufrimientos, tratando de encontrar dónde acomodarse con su hijo y cómo ganar el sustento para ambos. Mientras tanto, alarmada yo por su largo silencio, indagué en la dirección que me dió antes de irse, y pude al fin encontrarla nuevamente en momentos en que ya ella creía que no había solución para su difícil y triste problema. No faltó quien le aconsejara dejar a su hijito en algún asilo de huérfanos, lo que ella rechazó indignada, diciendo que ese niño era su única razón de vivir y por lo único que no trataba de encontrar el olvido en la muerte... Patricia regresó conmigo a nuestra Casa. En la actualidad, aquí cuidamos al pequeño. Jamás, desde que está en nuestras manos, ha dejado ella de pasar una sola semana sin venir a verlo. Hemos sabido que muchas veces se priva de lo indispensable con tal de pagar la pensión del niño, sin consentir tampoco que la liberemos de esa carga ahora que su situación es precaria.

"Señor, estoy en condiciones de expresarle que, habiendo seguido tan de cerca todos los pasos de Patricia, su modo de pensar y de actuar, la considero una muchacha incapaz de todo disimulo poco honrado o de un engaño calculado. Ruego al cielo que le conceda la fuerza necesaria en la

nueva prueba que le ha enviado, y le suplico que lo ayude a usted en el leal esfuerzo por la felicidad de su amigo. Atentamente,

SOR TERESA DE JESUS."

Leí ávidamente las dos cartas que me trajo Pablo, y no podía despegar mis ojos de las líneas en que sor Teresa narraba el calvario sufrido por Patricia. En mi mente se forjaba con claridad un juicio: si Patricia había cometido una falta, la había expiado sobradamente, y era innegable su valor para hacer frente al destino. Ahora me imaginaba cuánto sufriría al escuchar, durante nuestras conversaciones, las ideas que yo tenía respecto a la pureza, y lo intransigente que era con la conducta de las muchachas. Cuántas veces le había dicho: "Las que no saben cuidarse, son culpables. Yo no podría amar a una mujer en la que no tuviera una fe completa y absoluta".

Pablo espiaba mis menores gestos, mientras yo leía y pensaba. Por fin me dijo:

—Sor Teresa nos espera. Pensé que querías verla. ¿Vamos? Momentos después llegábamos a un enorme edificio de paredes grises. En efecto, la religiosa nos esperaba. Nos



—¿Cómo! ¿No hay postre? ¿Quieren decir que he estado comiendo para nada?

condujo por los corredores silenciosos. De pronto se detuvo y, haciendo un gesto, exclamó:

—¡Usted tal vez prefiera que lo dejemos solo! —y me mostró una puerta abierta hacia el jardín. Pablo se hizo a un lado.

—Nos veremos más tarde —insinuó mi amigo y, siguiendo a sor Teresa, se fué por el corredor por donde entramos. Me encontré sola. Una extraña sensación de paz y de bienestar se apoderó de mi alma. Escuché la voz de un niño que jugaba entre las flores. Avancé y miré. Patricia no podía verme. El ruido de mis pasos sobre el camino pedregoso la hizo dar vuelta la cabeza. Se puso mortalmente pálida y apretó al niño entre sus brazos.

—René... viniste...

—Sí; he venido a buscarlos a los dos —pude articular con voz emocionada.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 976, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 4 de marzo de 1954 - N.º 1036.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Bellera
y suerte



Con Clorofila,
el desodorante
vegetal.

OLIVOL

EL JABÓN DE LAS LLAVECITAS
DE ORO, Y DE LA CALIDAD DE ORO





*La dama elegante
viste con
sedas y lanas*



Confidencias

Confidencias

M. R.

de Margarita

N.º 1037

\$
10
CHONVEDA CHILENA

RENUNCIACION

- EL DESTINO DECIDE
- UNA NOCHE MISTERIOSA,
novela policial.
- MI HIJO O MI VIDA
- EL EMBRUJO DEL EGIPTO,
novela.
- ISABEL DE AUSTRIA,
amor histórico.
- LO QUE REVELAN TUS MANOS,
artículo.
- EL MOLDE DE LA SEMANA
- LA MUJER QUE ENVIDIE

Fuí a buscar a Natalia. El ensayo había terminado. Cerca de un grupo de muchachas divisé la esbelta figura de la joven ballarina.



Los niños han crecido...

Cuando les compre
nueva ropa interior,
recuerde que para los
fríos días de colegio
sus niños estarán bien
protegidos con los
afranelados
CHITECO, por
muchos inviernos.



Su tejido es de la
mejor calidad y permite
soltura de movimientos.

ROPA INTERIOR

Chiteco

M.R.

Para cada estación del año

E

L día que Carmen Luz volvió de una reunión en la parroquia contando que había sido elegida para representar en una comedia que se daría en uno de los teatros del centro, me sentí muy complacida y bastante orgullosa. Inmediatamente llamé por teléfono a una de mis vecinas y le di la noticia.

—Es para reunir fondos para el ropero infantil —le dije, fingiendo indiferencia—. Voy a tener que llevarla a ensayar todos los viernes, después del colegio.

—Cuenta conmigo para quedarme con los niños —replicó Rosina.

docena de niñas permanecían de pie tímidamente, mientras dos o tres señoras les repartían hojas escritas a máquina. Elegí un asiento y me apresuré a hundirme en él.

Una de las damas organizadoras subió al escenario y pidió silencio.

—Ante todo, quiero agradecer a las madres su cooperación —dijo—. Como sólo tendremos seis ensayos, debemos aprovecharlos al máximo. Les ruego procuren que sus hijas sepan sus papeles de memoria para el próximo viernes. Lleguen a tiempo y no falten a un ensayo sino por una emergencia. Deseamos que esta parte del programa sea un éxito, y contamos con ustedes para ello. Y ahora —hizo una

La señora Patricia hablaba directamente a las niñas. Hoy sólo leerían sus papeles. Cuando los hubieran comprendido bien, comenzarían a interpretarlos.

Estaba acostumbrada a ser obedecida. Eso se notaba inmediatamente. Las niñas trabajaban con empeño, sin chicheos o risitas.

Carmen Luz, cuya voz se oye a una cuadra de distancia cuando está en casa, no podía pasar de emitir suaves murmullos. Daba furiosos tirones a sus trenzas y su pequeño rostro se ponía cada vez más rojo.

—No puedo hablar más fuerte —dijo con voz afligida—. Simplemente, no puedo.

La mujer que envidié

Visita de la y Bibl.

10 MAR 1954

Depósito Legal



Yo había llegado a ver los ensayos con disgusto, pero Carmen Luz los miraba con verdadero horror.

La emoción y la bondad de la gente produjeron en mí una tibia sensación de bienestar. Rosina tenía trabajo de sobra con sus tres niños, y, sin embargo, se ofrecía para cuidar a Toño y a Quique, de cuatro y dos años, respectivamente. También ella participaba de mi entusiasmo en la comedia. En nuestras vidas nunca sucedían estas cosas inesperadas. Ambas vivíamos de un día de pago hasta el próximo, alargando un sueldo y buscando gastos superfluos que suprimir.

Habitábamos casas idénticas, construidas en el año 20 por algún contratista sin imaginación, y que soportaban hipotecas reacias a desaparecer. Nuestros maridos tenían empleos seguros, y generalmente nos arreglábamos para pagar las cuentas. Muy de vez en cuando sucedía algo extraordinario, como la elección de Carmen Luz para la comedia.

Ese primer viernes partí a tomar el micro llevando a mi hija de la mano y sintiéndome como una chiquilla en vacaciones. Pero una hora más tarde, cuando entramos en el teatro, comencé a sentirme cohibida.

Mi vida entera había transcurrido en la ciudad, y, sin embargo, nunca había pasado más allá del paraíso de ese teatro. Al entrar en aquel mundo extraño de gruesas alfombras me sentí como pollo en corral ajeno.

Desde abajo, era un sitio imponente, con el escenario al frente. Una media

dramática pausa—, tengo el placer de anunciarles que la señora Patricia... ha consentido amablemente en dirigir y ensayar la comedia. Si ustedes piensan en las múltiples actividades de esta dama, estoy segura de que apreciarán en lo que vale la gentileza que la ha impulsado a brindarnos su tiempo y su talento.

Desde el grupo de madres se elevó un murmullo de admiración. Por mi parte, me incliné hacia adelante con ansiedad, totalmente fascinada. ¡La señora Patricia! Juan había trabajado en la compañía de propiedad de esa familia cuando recién nos casamos. Eran gente importante y su nombre aparecía a diario en las columnas de la vida social: un viaje a Bermudas, unos meses en Europa, un vuelo a Nueva York. La señora Patricia pertenecía al gran mundo internacional, distante mil leguas de nuestro pequeño mundo rutinario. ¡Y ahora iba a verla ante mí! Subió al escenario. Era alta y esbelta, y caminaba como si el mundo le perteneciera. Su cabello era oro puro, echado atrás en un nudo sobre el cuello. En sus dedos centelleaban los brillantes. Parecía no haberse agitado jamás por nada.

Me recliné en el asiento, mientras una vaga amargura cosquilleaba en mi pecho. ¡Múltiples actividades! ¿Qué actividades? Cualquier cosa, menos lavar, planchar, cocinar y fregar platos. De eso, por lo menos, estaba segura.

—Sí puedes —respondió la señora Patricia calmadamente—. Practica todos los días de la próxima semana. Imagínate que no puedes encontrar tus patines y estás llamando a tu mamá para que te ayude a buscarlos.

"Está siendo condescendiente", pensé. Como una reina que se toma tiempo para acariciar a un pequeño campesino. Mi entusiasmo por la comedia se desvaneció. En el camino a casa me sorprendí deseando que todo hubiera terminado ya. Hasta llegué a querer que Carmen Luz no hubiera sido elegida.

Lo que comenzó bajo alegres auspicios, pronto se convirtió en una cruz. Para poder tener esas horas libres los viernes, necesité hacer la limpieza completa los sábados. Como volvíamos a las seis, minutos antes que Juan, tenía que comprar a la carrera algún alimento preparado, generalmente carísimo. Y antes de sacarme el sombrero, debía correr a casa de Rosina, arrancar a Toño de un tractor de juguete, recoger a Quique y abalanzarme a casa para poner papas a cocer. El viernes anterior al día de pago tuve que pedir unos pesos a Rosina para movilización.

—Traté de hacer que Carmen Luz faltara al ensayo; pero tú sabes cómo son los niños —expliqué a mi amiga. Aunque había dicho estas palabras con

(Sigue a la vuelta)

La mujer que envidié



Juventud y Gracia... con una pollera Peter Pan

La última moda sugiere polleras amplias, livianas. Telas "Peter Pan" de Caupolicán han sido creadas para que usted se vea encantadoramente elegante. Tonos y diseños exclusivos. Telas "Peter Pan" de

TEJIDOS

Caupolicán

M. R.

aire descuidado, en el fondo estaba preocupada. Yo había llegado a ver los ensayos con disgusto, pero Carmen Luz los miraba con verdadero horror. Se sabía su parte al pie de la letra; pero simplemente no podía proyectar la voz a través del enorme teatro. Semana a semana esperé que se negara a ir. Y semana a semana insistió en asistir. Aun hoy, cuando tuve que pedir prestado el dinero para el micro. Durante el ensayo traté sin éxito de comprender sus motivos. Dejé que mi mente se apartara de las palabras que había oído tantas veces y me dediqué a calcular cuánto habría pagado la señora Patricia por el vestido que llevaba. "Más de lo que Juan gana en un mes", decidí. Y añadiendo el precio de la capa de martas...

Contemplé mis manos enrojecidas, mis uñas mochas, y me sentí vieja, no por el pasar de los años, sino simplemente por la carga incesante de la pobreza. Siempre a tres cuartos y un repique, nunca enteramente libre de deudas. ¿Cómo sería entrar en una tienda y comprarse una tenida completa? ¿O tener sirvientas que limpien los pisos y preparen las comidas?

Dirigí la vista a las dos cabezas rubias unas filas más adelante y las examiné con frialdad. Las niñas de Patricia: Ester y Magdalena. Últimamente habían asistido a todos los ensayos, reemplazando a las ausentes o manteniéndose quietas en sus asientos si no se las necesitaba. De ocho a diez años, chicleas doradas, vestidas con un sencillo uniforme de colegial.

"Colegio particular", pensé con envidia cada vez más aguda. "Clases de baile, campamentos de verano y dinero, mucho dinero. Nacidas en el dinero, como su madre, esa mujer exquisitamente cuidada, que se podía permitir el lujo de ser condescendiente, que se podía permitir el dedicar algunos minutos de su valioso tiempo a ensayar una comedia que sería olvidada al día siguiente."

Cuando salimos del teatro llovía con fuerza. Mientras Carmen Luz y yo esperábamos el micro, entumidas bajo la marquesina de una tienda, la luz roja atajó frente a nosotras un magnífico automóvil. Dentro de él iban la señora Patricia y sus hijas. Ella se reclinaba en el asiento, con los ojos cerrados, serenamente protegida de la lluvia.

Carmen Luz y yo nos fuimos de pie en el micro. La carnicería estaba cerrada cuando llegamos. "Da lo mismo —pensé—. De ningún modo habría podido volver a comprar carne esta semana."

Estuve de mal humor toda la tarde. Los niños se contagiaron y estuvieron llorones y peleadores. Castigué a Toño por derramar la leche y reté a Carmen Luz porque trató de escaparse antes de lavar los platos. Y cuando Juan me preguntó si estaba cansada, le espeté: —¿Y quién no lo estaría? ¡Con todo lo que tengo que hacer!

Son las cosas pequeñas, pensé toda la semana siguiente. El linóleo de la cocina, tan viejo que es imposible pulirlo; las toallas gastadas; la aspiradora de segunda mano, casi inútil, sobre la alfombra también de segunda mano; la yerba en lugar de té; los vestidos transformados una y cien ve-

ces; las sobras del domingo para las comidas del lunes; las mil encendidas y apagadas de la cocina; la pequeña lucha de todo momento, mientras en otro mundo, a pocas cuadras de distancia, la señora Patricia arregla las flores de su jardín en un vaso de porcelana.

Finalmente llegó el viernes anterior a la fiesta. El último ensayo fué malo. Faltaron dos niñas del reparto y las hijas de la señora Patricia las reemplazaron. La voz de Carmen era apenas un murmullo en el espacio. Mientras la señora Patricia la hacía repetir una y otra vez su discurso, yo retorcia mi pañuelo nerviosamente. Mi hija estaba a punto de estallar en llanto. "No necesita hacerlo —pensé—. Ester o Magdalena pueden tomar su lugar sin que se note la diferencia. Por último, todo esto no tiene mayor importancia."

Pero la señora Patricia lo hacía aparecer importante.

—Quiero que recuerdes esto, Carmen Luz —dijo con voz clara—. Cientos de personas estarán aquí mañana escuchándote. Tu discurso final tiene que oírse. Yo sé que puedes hacerlo. Confío en ti y sé que no me fallarás. No mencionó la posibilidad de reemplazarla. ¡Había echado toda la responsabilidad sobre los hombros de mi hija, que apenas podía contener las lágrimas!

En el camino de vuelta traté de tranquilizarla.

—No te preocupes, mi niña. Si no quieres hacerlo mañana...

—Tengo que hacerlo, mamá. —Tragó

Reina en tu hogar:



LA LUCHA CONTRA LA HUMEDAD.—Aun en pleno verano, se sufre a veces con la humedad de ciertos cuartos de la casa y con las primeras lluvias se acentúa esta impresión desagradable. ¿Qué se puede hacer contra este mal?

—Si tu cocina es húmeda, ante todo hay que buscar la causa: tal vez sea debido a una gotera, o que la muralla esté expuesta a toda la lluvia, o que la humedad suba del suelo... Hay remedios contra estos males, pero no están al alcance de tu mano. O bien, hay que reclamar estos hechos al dueño de la casa o, si es tuya, llamar a una persona competente que repare estos defectos. Por tu parte, puedes pintar con alguna pintura especial contra la humedad, colocar algún aislador, etc.

—La humedad puede provenir (y es lo más frecuente) del interior, o sea, por un exceso de vapor. Casi siempre, basta con airear bien la cocina para evitar este inconveniente, pero, además, hay que evitar la formación de este exceso de vaho, cuidando que las tapas de cacerolas, teteras y ollas estén bien adaptadas (detalle que se descuida muy a menudo). Los extractores de aire en las cocinas son casi indispensables, pues no sólo libran la cocina de vapor, sino que eliminan todos los olores.

—Colocar platos con cal viva o productos especiales para este fin produce buenos resultados. Pero siempre hay que formar una buena ventilación. Si la humedad se produce dentro de los armarios, es conveniente reemplazar las puertas por rejillas o perforaciones, para establecer circulación de aire.

—Contra la humedad que sube del suelo, es bueno aislar los muebles sobre ruedecillas de vidrio. Cuidar de no colocar nunca un armario o ropero contra una pared húmeda. Dejar algunos centímetros entre la pared y el fondo del mueble, intercalando una hoja de papel absorbente, secante, que protegerá el ropero (pero no la muralla).

—Si dispones de un aspirador, emplea el lado que sopla para airear ampliamente y aun para secar un mueble húmedo (closet, ropero, armario). Este procedimiento da muy buen resultado.

fijos en ella desde el momento en que apareciera en la escena.

"¡Que no olvide sus líneas!", rogué. No las olvidó. En el momento preciso para su discurso, su voz se elevó fuerte y orgullosa. Estaba en el centro del escenario y las demás niñas se agrupaban a su alrededor. Su falda café se agitaba sobre sus piernecitas morenas, sus trenzas bailaban de nerviosidad. Una pequeña que ya había aprendido que lo que debe hacerse, puede hacerse. Mi mano buscó la de Juan. ¡Nuestra hijita!

Al final del programa, la señora Patricia avanzó para recibir un ramo de flores. Aplaudí junto con los demás; pero no aplaudía a la mujer delgada y majestuosa que sonreía reposadamente en el escenario. Aplaudía a Carmen Luz, que había pasado una prueba con éxito.

Todo esto sucedió hace ya casi un año. El invierno llegó y se fué. Desde la ventana de mi cocina veo pálidos destellos verdes. Hoy es sábado y Juan ha ido al centro. Carmen Luz está jugando en la calle. Toño y Quique duermen la siesta. Los platos del almuerzo se apilan en el lavaplatos. ¡Tanto que hacer! Acaricio este pensamiento en mi mente. ¡Tantas cosas que hacer, gracias al cielo!

He estado sentada frente a la mesa tanto tiempo, que me siento entumecida. No tengo costumbre de estar sentada. Sentada y pensando, con el diario abierto en el retrato de la señora Patricia y la larga noticia de su muerte. Había estado enferma más de un año, decía el artículo; sin embargo, había

La esposa estaba aprendiendo a manejar. Una vecina, interesada en los adelantos, le preguntó al marido cómo le iba a ésta con las lecciones.

El marido suspiró y dijo:

—No muy bien. Tomó una curva hacia lo peor la semana pasada.

No sólo tenemos derecho a ser feliz, sino también la obligación de serlo. Existe tanta tristeza en el mundo, que todos tenemos la obligación de contribuir con toda la felicidad que esté a nuestro alcance.

con dificultad—. Ella cuenta conmigo. Se veía tan pequeña y vulnerable. ¡Sólo nueve años! Quería decirle que no tenía importancia, que el mundo seguiría rodando, se oyera o no su discurso, lo dijera o no. Quería explicarle que en el mundo de la señora Patricia esa comedia no significaba nada. Pero no lo hice. Comprendí que no debía hacerlo.

Esa noche, mientras Carmen Luz dormía, planché su uniforme y las cintas para las trenzas. Juan lustró sus zapatos, y mientras trabajábamos, hablabamos en voz baja, sin apuro, en placida conversación conyugal.

La mañana siguiente fué de alboroto y confusión. Rosina vino a buscar a Toño y a Quique, y yo me puse apresuradamente mi mejor vestido, tratando de dominar mis nervios. Carmen Luz apenas probó el desayuno. Estaba asustada; pero lo haría, porque una mujer de fortuna, a quien nunca volvería a ver, contaba con ella.

"Tiene valor", pensé.

La primera parte del programa se deslizo en medio de una nebulosa. Me puse de pie cuando los demás lo hicieron, entoné la Canción Nacional y saludé a la bandera. Escuché los discursos. La sala estaba repleta. Tras la cortina de terciopelo esperaba una niña de nueve años.

Yo no podía ayudarla. Ni mi amor, ni mi profundo instinto de protección eran suficientes para ello. Nada podía hacer, sino quedarme en mi asiento con las manos crispadas y los ojos

continuado sus numerosas actividades filantrópicas hasta el fin. También mencionaba el colegio en que se había educado y el año de su matrimonio. Dejó un marido y dos hijas pequeñas, Ester y Magdalena. La familia ruega no le manden flores y que ese dinero lo den al Centro de Lucha contra el Cáncer.

Yo podía haberme acercado a ella el día de la comedia y haberle dado las gracias. Gracias por haberle enseñado a mi hija algo que nunca olvidará. Gracias por enseñarle que para poder vivir es necesario hacer lo que debe hacerse. Sin embargo, no lo hice. Ni siquiera pensé en ello, y ahora me lo reprocho amargamente.

Mis ojos vieron en ella ropas carísimas, pieles extraordinarias. No vieron a la mujer, con su fragilidad y su coraje. Vi a la madre de dos hijas mimadas, dentro del lujo de un automóvil espléndido. No vi a la madre que enseñaba a sus hijas al mismo tiempo que enseñaba a la mía, a la madre que les enseñaba a estar listas ante una necesidad, a aprender líneas y ensayar escenas de un papel que no representarían y en el cual otros se llevarían los aplausos. Vi los atavíos, pero no el espíritu de esa mujer valiente. Estaba ciega y ahora me avergüenzo.

Iré al entierro. Entraré en la iglesia magnífica y diré que soy una amiga de la señora Patricia. Con el tesoro de la vida en mis manos, diré adiós a la mujer que envidié.





BY APPOINTMENT TO HER MAJESTY THE QUEEN
Sole Lavender Water
J. S. ATKINSONS LTD
LONDON & NEW YORK

Lavanda Inglesa

ATKINSONS

M. R.



FRESCA...

DISTINGUIDA...

ATRAYENTE...

La aristocrática fragancia,
típicamente inglesa, creada
en Londres y terminada
de elaborar en Santiago
con esencias importadas



...y con la misma pura fragancia, este
fino TALCO, que refresca y suaviza el cutis



LAV-GH-13

T

ODAS las noches mi hijita Adriana rehusaba dormirse si yo no la besaba. Ese día era ya muy tarde, y dentro de algunos instantes comenzaría el ballet. Yo no sólo no había partido para el teatro, sino que, además, ni siquiera me había vestido. Ligeramente nerviosa me incliné sobre la cama de la niña.

—¡No seas malita!... Duérmete pronto para poder salir. De lo contrario, me voy a atrasar y tu papá va a molestarse.

—Sí, voy a dormirme, mamacita querida; pero muéstrame la fotografía grande donde bailas con papá. Juguetonamente se había llevado la sábana hasta la nariz, y sus ojos brillaban picarescos. Suspiré.

—¡Esto se te ha convertido en manía! ¿Qué puede entusiasmartte en esa vieja fotografía?

Pero, condescendiente, como de costumbre, tomé de la cómoda la ampliación y se la pasé a mi hija. Una vez más la admiró.

—¡Qué bonita eras de bailarina, mamá!

En la fotografía, el rostro de Irwin, en traje de arquero, resplandecía de felicidad, mientras el mío, ligeramente inclinado, sonreía misteriosamente. El gran cuello de tul, el corpiño con lentejuelas, la malla muy estirada sobre las piernas bien modeladas. ¿Cuántas veces había visto todo eso en sueños, igual que todo lo concerniente a los tiempos en que me llamaba Nadina, la célebre Nadina Russalka?

—Me voy, mi preciosa. Duerme bien y sueña con cosas bonitas.

Cuando llegué al teatro el telón acababa de descenderse. Entré en el pequeño estudio, acomodado entre los camarines de artistas, y me instalé en mi viejo sillón. El espejo, frente a mí, reflejó mi gesto cansado. Vi aquella mujer de pelo corto y platinado, con un rictus de amargura en su boca, el cuerpo ligeramente engrosado, que sonreía con tristeza a las fotografías colgadas en los muros.

Yo también, al igual que todas esas graciosas muchachitas, había llevado con orgullo mi vestido de bailarina, hecho temblar el piso bajo mis nerviosos pies, trabajado como una bestia para llegar al éxito. Y, había triunfado: había conocido la embriaguez de los grandes estrenos, que se suben a la cabeza como un vino burbujeante... pero que, desgraciadamente, no llenan el vacío de un corazón muy sensible.

Cuando tenía la edad de esas sonrientes muchachas, yo, Bernardita, convertida en Nadina Russalka, había acariciado también el sueño de ser amada, de conocer el amor. Pero ¿se ha gobernado alguna vez el amor? Me huyó durante mucho tiempo... o sea, hasta el día en que entró al ballet Irwin Sidney. De origen irlandés, ese hombre magnífico aunque tímido, tenía una contextura de atleta y poca pasta de bailarín.

—Lo que hace es falta de unión, de cohesión —me dijo el maestro—. Pero como está dotado como un dios... si consigues hacerlo trabajar, mi pequeña Naducka, harás de él un gran artista.

Yo tenía una confianza total en la experiencia del maestro y me consagré por entero a esa tarea, nueva para mí, de desperdiciar a un bailarín torpe y hacer de él un astro. Me entregué a ello con tal ardor, que muy pronto pude exigir para mí protegido el papel principal en "El Pájaro de Fuego".

Salvaje como un potrillo, Irwin tenía un carácter imposible. Pero me admiraba profundamente, sin que yo consiguiera comprender si tal admiración era por la mujer o por la bailarina. Y a mí... me sucedía que temblaba de felicidad cuando sorprendía la mirada deslumbrada y ansiosa que me dirigía.

La noche de su primer éxito me pidió a quemarropa que me casara con él. Así, de improviso, sin haberme hecho jamás la corte. Veo aún los bastidores con la pequeña lámpara verde que había sucedido a la roja, a Irwin jadeante, con el pelo brillante de transpiración, una bata felpuda sobre los hombros. Le respondí "sí", balbuceando como una colegiala, roja de confusión. Liuvine surgió en ese instante como un diablo. Veía con malos ojos nuestra intimidad.

—¿Qué traman aquí los dos? —preguntó el maestro.

—Toma asiento —respondió Irwin, con una mirada de triunfo—. ¡Vamos a casarnos!

No; suceda lo que sucediere, no lo negaré. Fui tan feliz como

R

le es permitido serlo a una mujer en este mundo. ¿Qué importa si mi dicha fué construida sobre ilusiones? ¿Qué importa si la gratitud, más que el amor, empujó a Irwin a casarse conmigo?

Mi carrera se me había hecho casi indiferente. Durante los cinco años que participé de los aplausos junto a Irwin, me di cuenta de que únicamente su éxito tenía valor para mí. Insensiblemente, los aplausos cambiaron de objetivo. Fui feliz, Irwin creía en sí mismo ahora: era el insigne bailarín que yo había deseado que fuera. Entonces, después del nacimiento de Adriana, decidí retirarme en plena gloria para consagrarme a nuestra hija. Sin embargo, acepté el puesto de maestra de ballet, dejado libre por María Pardini, que recién se había casado, a pesar de no ser ya muy joven.

—Ser la mujer de Irwin, la madre de Adriana, formar, guiar a las futuras estrellas, ¿crees tú que no hay suficiente como para llenar una vida, una vida feliz? —le dije riendo a Liuvine, quien aseguraba que yo podía seguir bailando quince años más.

—Sin Irwin no habrías pensado en renunciar tan pronto —murmuró él.

—Posiblemente no...

Así fué cómo empecé mi nueva vida. Pero, como todas las mujeres que aman más allá del amor humano, tuve la lamentable debilidad de amar mal... Perdí poco a poco, sin darme cuenta, la gran influencia que ejercía sobre mi marido. Irwin, aunque entrenándose siempre cuidadosamente, comenzó a abandonar el régimen estricto que yo le había impuesto. Yo cerraba los ojos ante algunos coqueteos con ciertas compañeras bellas y ambiciosas. Me hacía a un lado estúpidamente, para no parecer esposa-lapa, la hermana mayor siempre dispuesta a gruñir. Sin embargo, no era más que tres años mayor que mi marido, pero en el teatro la diferencia de edad se acentúa más rápidamente entre un hombre y una mujer. Pronto fui la única en saber que, a menos que tuviera una reacción inmediata, el descenso comenzaba para Irwin. ¡A los treinta y cinco años! Nadie entre mis alumnos y el público podía percibirlo: era siempre el ídolo y el modelo de los principiantes, a quienes ayudaba con toda franqueza y sostenía con sus consejos y experiencias, sin comprender que un día de entre ellos surgiría su futuro rival.

Y luego estaba Natalia... Irwin, que antaño se demostraba impaciente por comenzar a trabajar, ahora buscaba pretextos para retardar ese instante, para pasar unos minutos más en compañía de esa muchachita de dieciocho años, de rostro ligeramente tostado, cuerpo menudo, vibrante de una gracia ligera y exquisita. No podía comprobar sin desgarrarme la actitud hecha de timidez y de brusquedad que mi marido tenía hacia esa niña, pues poseía bastante experiencia como para comprender que tal actitud traducía un sentimiento más serio que una simple simpatía. ¿Cómo podía luchar con mis treinta y ocho años contra la ardiente y delicada Tanagra que era



iones imprevistas. Inmovilizado durante quince días por una simple torcedura, se mostró de un humor tan insostenible, que no me atrevía a alegrarme de tenerlo un poco para mí sola. La única que estaba en realidad contenta era Adriana, quien reía y batía palmas, repitiendo:

—Papá se queda en casa con mamá. Voy a entretenerme tanto con él.

Yo sabía demasiado bien lo que atormentaba a Irwin cuando lo miraba a hurtadillas, tendido en su diván. El cuerpo de baile preparaba en ese momento los estrenos de la temporada. Liuvine, de acuerdo conmigo, había decidido confiar el papel principal a Natalia, cuyo estilo apreciaba vivamente. Pero pasaban los días sin que Irwin pudiera prever la fecha en la cual, restablecido, ocuparía otra vez su sitio junto a la muchacha. Era eso lo que lo atormentaba y me imaginaba qué de cosas pensaría cuando, de noche, miraba a través de la ventana.

—¿Tal vez podrían hacer repetir el papel a Sergio? —me atreví a proponerle un día.

—¡Caramba! ¿Me crees fracasado y listo para jubilarme? ¡Dilo de una vez!

—Bien sabes que no es así, mi amor. Pero sería más prudente esperar a que estés totalmente bien.

—No. Estrenaré el ballet, o, de lo contrario, no se hará.

—No tienes derecho de presentarte en público sin estar seguro de ti mismo.

—No pretenderás enseñarme lo que tengo que hacer frente al público, ¿no es cierto? Sé que querrías enterrarme, pero eso no lo tomo en cuenta.

—¡Estás loco!

—Desde hace años estás envidiosa de mí porque soy yo quien te reemplazo en el favor del público. Dejaste de agradar en el momento en que aparecí... No estoy aún en edad de recibir una pifia, convéncete de ello de una vez por todas.

Cegada por las lágrimas, fui a refugiarme junto a Adriana,

(Sigue a la vuelta)

renunciación

Natalia? Mi hogar iba a trizarse, mi felicidad a volverse mustia, la carrera de mi marido a transformarse en un fracaso...

Las lágrimas ahora corrían por el rostro que reflejaba el espejo. Las sequé con el revés de la mano. "Basta, Nadine, sé valiente", me dije. Había que levantar la cabeza, luchar, hacer frente a la desgracia.

De pronto un rumor llenó las escaleras y los bastidores: puertas cerradas con estrépito, ruido de pasos, gritos... ¿Qué sucedía? Ansiosa, traté de escuchar. Fué Natalia quien hizo irrupción, su salvaje cabellera rubia flotando sobre sus hombros delgados:

—¡Irwin, Irwin acaba de tener un accidente!

Dominé un sobresalto.

—No es nada grave. No debes asustarte. En nuestro oficio eso es moneda corriente. Pronto, un médico —le respondí, tratando de consolarla.

Una nube de bailarinas, empleados del teatro y simples curiosos invadían el camarín donde entraba Irwin, apoyado en sus compañeros y con el rostro descompuesto por el dolor.

Era exacto que el accidente de Irwin era cosa corriente en nuestra profesión, pero en el estado en que se encontraba entonces mi marido, esa pequeña molestia tuvo complica-



FLOR LUMAO:

Lautaro Yankas, uno de nuestros escritores más representativos, nos presenta en este nuevo libro toda la extraña poesía y encanto de la vida de la gente del sur.

Flor Lumao, indiecita de nombre musical, es raptada por un blanco, y este hecho desencadena una serie de interesantes y tormentosos sucesos.

PRECIO \$ 160.—

LA LUNA ERA MI TIERRA:

La Empresa Editora Zig-Zag se siente orgullosa de presentar la 5.ª edición de esta obra, cuya popularidad no ha podido ser igualada en nuestra literatura. Es ésta una obra que entreteje lo risueño y lo dramático tan sutilmente, que es difícil discernir dónde comienza o termina cada uno de estos elementos.

PRECIO \$ 200.—

**EMPRESA EDITORA
ZIG-ZAG, S. A.**

Casilla 84-D Santiago de Chile

Renun- ciación



Sólo me quedaba intentar algo muy penoso para mi amor propio de mujer enamorada. Imponiendo silencio a mi orgullo, me decidí. Fui a buscar a Natalia. El ensayo había terminado. Cerca de un grupo de muchachas divisé la esbelta figura de la joven bailarina. Me acerqué, y desde las primeras palabras vi endurecerse su rostro altivo, mientras le temblaban los labios.

—Natalia, tienes que ayudarme a impedir que baile Irwin. Se expone a obtener un terrible fracaso.

La muchacha consideraba a Irwin como un dios y debió juzgar grotesca tal eventualidad. Era, por lo demás, su fanatismo infantil lo que daba a mi marido una confianza tan peligrosa en sí mismo.

—¿Quieres decirme que prefieres que no baile conmigo?

—No, Natalia, no se trata en ningún caso de eso.

—¿Qué hacer para no herir ese espíritu primitivo?

—Comprende, pero no quiero asistir al fracaso de mi propio marido —le dije con dulzura.

—¡Eres demasiado buena! Confiesa mejor que estás celosa de mí. Es mejor que sepas: si consigues impedir que baile con Irwin, no por eso impedirás que...

Con un grito le arrebaté la palabra.

—No digas lo que ibas a pronunciar, Natalia. Posiblemente crees en tus sentimientos, pero eres tan joven aún... no sabes...

—¿Qué es lo que no sé? Todo el mundo sabe que Irwin...

—¿Qué tiene éxito? Si aun lo tiene, es porque yo escogí y me aparté...

Incliné la cabeza, no queriendo que mis lágrimas rodaran ante esa muchacha apasionada. Cuando la levanté hablé con firmeza:

La madre y la hija estaban en la cocina lavando platos, mientras el padre y Juanito leían el diario en el living. De pronto escucharon una espantosa quebrazón. Padre e hijo se quedaron escuchando en suspenso.

—Fué mamá —anunció triunfante Juanito.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó su padre.

—Porque no dijo nada —respondió con voz segura el muchachito.

—Escúchame bien, Natalia. Me resulta especialmente penoso tratarte como a rival, sobre todo a ti a quien realmente estimo. Encuentro en ti los ardores de mi juventud, mi pasión por el arte, mi certeza de que nada en el mundo me impediría ser feliz. ¿Nada? Si, he sido feliz y no reniego de esos momentos maravillosos. Ahora soy... ¿cómo explicarlo? Ante los ojos de la juventud, soy algo así como una antigua querida con quien el bailarín no se atreve a romper. Y, sin embargo, soy su mujer y la madre de su hija. Puedes suponer que si no fuera por el interés de Irwin y de su carrera, no me encontraría aquí suplicándote, sobre todo a ti... Bien te puedes imaginar que ha sido un paso doloroso.

Vi nacer un fulgor de simpatía en los ojos que me miraban.

—Cuando me casé con Irwin, fué para él un matrimonio inesperado. En ese tiempo era yo la estrella. Ahora me he refugiado en el papel un poco más oscuro de esposa, consejera... Y me atrevo a agregar esto: ahora Irwin tiene más que nunca necesidad de mí. En nombre de tantos años de amor que han hecho de él lo que es, te ruego me creas: no está ahora en estado de bailar. Es por ti que se obstina, en aparecer en las tablas, en donde corre el riesgo de sufrir un fracaso del cual no se repondrá jamás. Por ti y por él te lo pido, impide que cometa tal locura.

Emocionada, la muchacha me miraba gravemente. Sus bellos ojos llenos de lágrimas le daban el aspecto de una colegiala castigada. Bajó la cabeza y murmuró bruscamente:

—Voy a pensarlo —y se fué.

No dormí esa noche. Repasaba sin cesar en mi mente los detalles de nuestra entrevista sin poder llegar a una conclusión. A la mañana siguiente llegué al estudio. Natalia no estaba allí. Me demoré conversando con Liuvine, quien participaba de mis temores, y después regresé a mi casa. Desde la entrada me sorprendieron las voces que provenían del living. Irwin discutía con alguien. Empujé la puerta: ¡Natalia!

Nunca la muchacha me había parecido más hermosa que

ahora con su sencillo traje sastre. Sus cabellos flotaban libremente, acentuando su preciosa juventud.

—Acabo de llegar, Bernardita —me lanzó con un tono lleno de énfasis—. Vengo de consultar al médico. Me encuentra demasiado cansada y me ordena tomar unas vacaciones. —Di mejor que el baile ya no te gusta. Lo que haces es un crimen —exclamó, furioso, mi marido.

Permaneci estupefacta ante mi victoria. Valientemente, Natalia me hizo un guiño.

—Por lo demás, esto conviene a todos, Irwin. Los trajes no están listos. Tú también necesitas un descanso.

—Di mejor que no me encuentras en condiciones. ¿Cómo puedes mostrarte tan ingrata conmigo, mi pequeña Natalia?

La voz de mi marido se había vuelto suplicante y por un momento pensé que la muchacha iba a ceder; pero, imperturbable, comenzó a enumerar sus proyectos: iba a firmar un contrato, partir a Roma, trabajar en el cine...

—Sé muy bien que los bailarines se jactan de despreciar el cine. A mí me parece un error... En esa forma podré ganar un poco más de dinero, además de perfeccionar mi estilo. Amo en tal forma el baile, que creo que por él podría sacrificarlo todo.

—¿Hasta el amor? —preguntó mi marido en voz baja.

—¿El amor? Jamás podría sacrificar mi arte por un solo ser. Parece que hay mujeres capaces de ello y las admiro, pero me siento incapaz de imitarlas. Feliz el hombre que encuentra en su vida una mujer así. Tampoco escogeré un bailarín. Estaría envidioso de mí o yo de él. No, realmente, no podría hacerlo.

El rostro de Irwin se hacía cada vez más sombrío. Yo sentía que mi corazón estallaba de felicidad mientras que esa mujercita, con tanta valentía, explicaba, sin parecer darse cuenta, lo que debía parecer a mi marido una lección involuntaria y por demás provechosa. ¡Qué muchacha tan maravillosa! ¡Sacrificar en esa forma su estreno! Sentía los ojos llenos de lágrimas.

Natalia se despidió de nosotros, nos besó a los dos. Con



Notando que su guía escocés estaba con la cabeza descubierta en toda clase de temperaturas, el caballero londinense le regaló una gorra de piel, de las que tienen también protección para los oídos.

Durante su próxima visita al lugar, a finales del invierno, le preguntó al viejo

escocés si le había gustado la gorra.

—No la he usado desde el accidente —fué la triste respuesta.

—¿Qué accidente? —preguntó su benefactor.

—Un amigo me convidó a tomar un trago —suspiró el guía—, y no le oí.

gran sencillez sus frescos labios se posaron en la mejilla de mi marido, cuyos rasgos se contrajeron bruscamente bajo la presión tenue de su boca. Sentí que este sufrimiento sería el último aporte para Irwin. Se veía que estaba dispuesto a amarla profundamente. Sin embargo, dijo con toda calma:

—Después de todo, eres tú quien tiene la razón, mi niña. Deja que te desee buena suerte... y, hasta pronto.

Una vez que se fué Natalia pretexté algunos trajines para dejar así solo a mi marido. Necesitaba soledad para sufrir y reponerse. Cuando regresé me extrañó no encontrarlo en el diván. De pronto escuché unos aires de ballet, tocados por una mano vacilante.

Suavemente entreabrí la puerta. ¡Era Adriana! Estaba sentada en las rodillas de su padre, quién la ayudaba sonriendo a descifrar la música. Me vinieron lágrimas a los ojos: había comprendido la lección de la valiente Natalia. El, que jamás había prestado mucha atención a los estudios de nuestra hija, encontraba el camino de nuestro amor. Al verme, dejó a la niña en el suelo y me cogió en sus brazos.

—Perdón, mi amor... perdón por haber sido tan poco noble contigo. Sólo era un egoísta.

Adriana, que nos observaba con aire serio, me cogió la manga. Tenía entre sus manos la famosa fotografía, sin la cual no se podía dormir.

—Sabes, mamá, papá me dijo que quería tenerla. Pero yo también la quiero. ¿Puedo quedarme con ella?

Irwin cogió el retrato. Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Entonces yo era hermosa —murmuré sonriendo débilmente.

—Para mí, siempre lo eres, mi amor —respondió suavemente mi marido—. Y has conservado intacto tu inmenso talento. Si renunciaste, es por mí, eso lo sé. Pase lo que pasare, jamás dejaré de necesitarte.

Nuevamente subieron lágrimas a mis ojos. Lágrimas de felicidad...

Liberada por Etiquet

un desodorante
moderno
en tubos

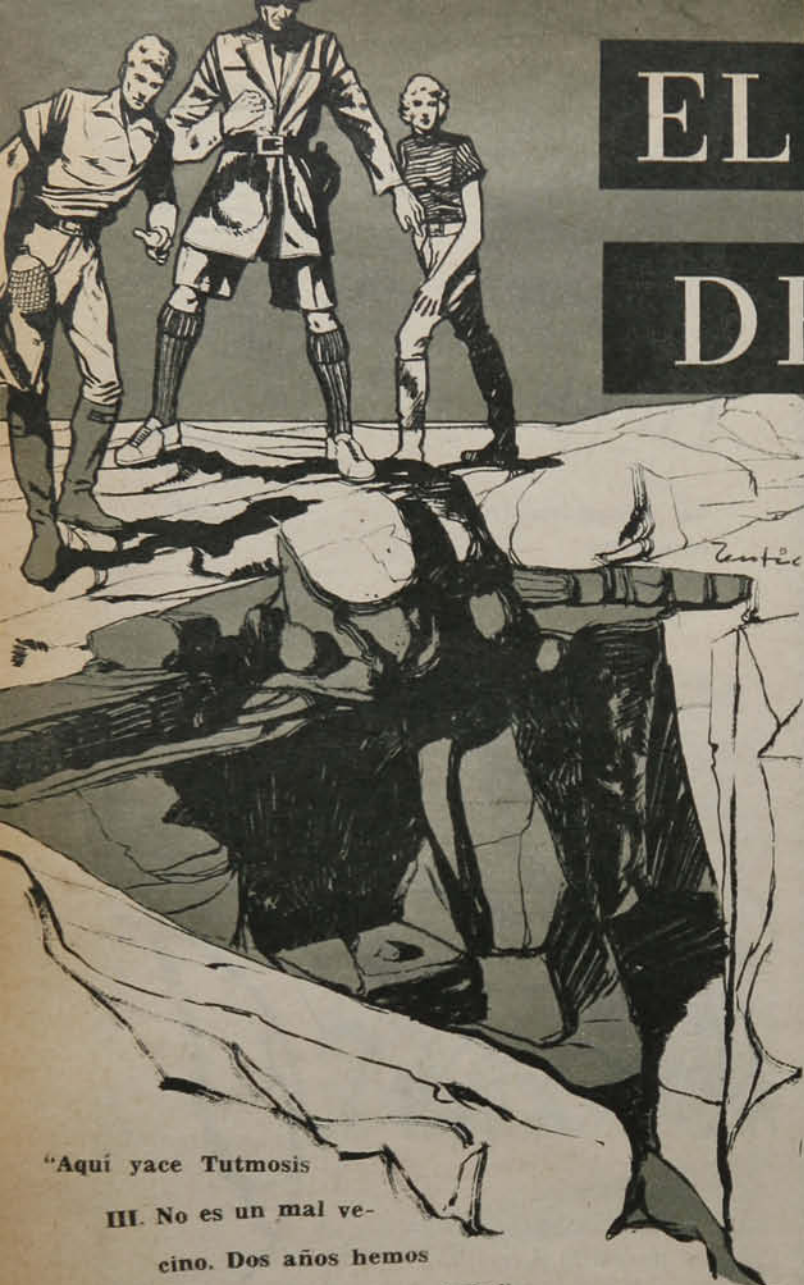


Refresca la piel, suprime las molestias derivadas del calor y contribuye a que su presencia sea grata en todas partes.

ETIQUET penetra fácilmente y desaparece en el acto. Su envase moderno evita que se seque y permite usar sólo lo necesario para cada vez. No daña ni mancha la ropa.

Libérese Ud. también, use...





"Aquí yace Tutmosis

III. No es un mal vecino. Dos años hemos excavado a su lado."

CAPITULO V

El tren que nos llevó a Luxor era tan deslumbradoramente blanco, como el uniforme del único policía de Mónaco.

Se llamaba "Estrella de Egipto", y hacía el viaje prácticamente para nosotros solos. ¿Quién más tenía algo que hacer en el Alto Egipto en verano?

El señor Conway, en traje de lino blanco y cucalón, despreciaba el intenso calor. A mí me molestaba menos el polvo. ¡Ese polvo arenoso y dorado! Por las rendijas de las ventanas y puertas se filtraba continuamente, mezclándose con el que ya existía en el suelo.

Un árabe emergía de cuando en cuando en nuestro compartimiento y sacudía las partículas de polvo. Estas se hermanaban con las otras. El árabe, quien, desde el fondo de su alma comprendía la inutilidad de su esfuerzo, efectuaba su labor como disculpándose, como si hablar hubiera estado de más.

Conway sonreía y tragaba polvo, acostumbrado a él, gracias a su largo entrenamiento.

La sed llenaba mis pensamientos. Veía frente a mí inmensidades de limonadas, agua mineral, cerveza y champaña, como una brillante fatamorgana. La sed es más fuerte que el hambre o el amor. Conway sólo llevaba whisky. Para mí, aún después de una semana en Egipto, el whisky aún me sabía a ácido carbónico.

—Tiene que aprender a apreciar el whisky —dijo Conway—. Más que eso, debe hacerlo. De otra manera, Egipto será para usted un infierno.

Sacudí la cabeza. El levantó la botella hasta mis labios:

—¡Bebe!

Heroicamente bebí un sorbo del envenenado licor. Sabía

EL EMBRUJO DE EGIPTO

POR VICTORIA WOLF

a hospital y olía a agua de cubas. Pero, a pesar de eso, me hizo sentirme mejor.

—¿Bien? —preguntó Conway.

—Muy bien —respondí débilmente—. De ahora en adelante tomaré whisky.

El hotel grande de Luxor estaba cerrado. Vivimos en la casa del jardinero, ubicada cerca del Nilo. El administrador del hotel y un gran número de empleados eran suizos. En el verano se iban al Hotel Bürgenstock, en el lago Lucerna. Por eso las piezas en el Nilo parecían una habitación suiza de Vitznau: alfombra floreada, reloj cucú, cuadros con flores... Eso también explicaba por qué las cañerías de los baños estaban en buenas condiciones. Nunca hubiera imaginado que una ducha bien regulada fuera algo extraordinario.

Llegamos a las nueve de la mañana. Hasta las cinco de la tarde nos bañamos en ducha, y luego tomamos el bote del hotel para cruzar el Nilo. Entonces comenzaba el Egipto.

Era el Egipto que había soñado. El arenoso desierto, las montañas desnudas, las sombras del desierto y la paz del desierto. Aquí estaban los restos de los viejos templos, el Coloso de Menón, las tumbas imponentes. De nuevo comprendí por qué había nacido.

Conway pidió un coche con caballo y contrató un cochero, simulando una paciencia oriental, mientras llenaba indolentemente su pipa.

—¡Maravilloso! —dijo.

El no me oyó. Partimos. Las delicadas columnas del templo de Luxor daban destellos rojo-amarillentos a la distancia. Conway miraba silenciosamente el desierto. Comprendí lo cuidadoso que era para todo.

Las anchas calles del desierto se iban estrechando. El coche se abría paso entre las murallas de arena, por las cuales no pasaba la luz del sol.

—Estamos por llegar al Valle —murmuró Conway—. ¡El Valle de los Reyes! ¡Nuestro Valle!

Se sacó la pipa de la boca y se inclinó hacia adelante, como si aún viajáramos por el estrecho sendero y no pudiéramos ver nada.

—Seis años he estado cavando aquí. Seis años removiendo en vano la arena. Me pregunto cómo encuentro siempre nuevos impulsos y nuevas esperanzas.

El coche abandonó el estrecho camino. Yacía ante nosotros el montañoso valle de arena, el lugar donde reposaban los reyes de Egipto. Pequeñas zanja sinuosas, altas pilas de desperdicios, chozas cuadradas de barro, suaves huellas, caminos curvados y, entre ellos, había inmensas sombras que rodeaban la mellada muralla de piedra que separaba esto del alto valle. ¡Y ahí Conway había vivido seis años! Ni una hoja verde, ni una palmera, ni un ruido humano, ni el canto de un pájaro, ningún signo de vida existía hasta que la vista se perdía en el horizonte. El valle de la muerte, el cementerio de los años.

—Hermoso —dijo Conway—. ¿No es de una belleza fascinante? ¿Cómo habría podido jamás comprender a este hombre en Inglaterra?

—Sí, es hermoso

—respondí.

—Aquí fué donde

buscamos durante

dos años —dijo

Conway, mostrando

un sitio en el

cual yo sólo veía

arena—. Aquí ca-

vamos un triángulo,

entre las

tumbas de Ram-

sés II, Meranfa y

Ramsés VI, y lo

hicimos en forma

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Barta convida a Sonia al Club de El Cairo y allí le explica que la nueva revolución social hace que el país se modernice y siga el ritmo

sistemática. Creía en el éxito. Pensaba que tendría que llegar. Según los planos, fue removido palmo a palmo. Pero no vino el éxito. Sólo una vez encontramos pequeños fragmentos, aquí, cerca de Ramsés VI. ¡Pero luego no encontramos nada! Pedazos, no oro.

—Excavaremos más.

—Sí, seguiremos buscando —comentó Conway—. Eversham tiene una idea nueva: el valle del lado. En este valle lateral se encontró, hace años, la tumba de Tutmosis II. Yo no creo en él. Pero encontrar no tiene nada que ver con creer, de otra manera yo habría encontrado mucho. Ahora, en este verano, tenemos que cavar aquí. No queremos gastar los buenos meses del invierno en esto. Le dió instrucciones al cochero para que cortara el valle. El caballo no quería avanzar. El hombre hacía esfuerzos en vano.

—¡Vamos! —gritó, impaciente, Conway. Saltó del coche y me echó fuera—. No vamos a permitir que nadie nos demore.

Nos arrastramos veinte pies en la arena profunda y nos detuvimos frente a un cuadrado que semejaba una tumba, y que se hundía en el suelo.

—Aquí yace Tutmosis III. No es un mal vecino. Dos años hemos excavado a su lado.

¡Por primera vez comprendí lo que era excavar! Antes, eso para mí sólo era una palabra. Ahora veía la arena, sentía su espesor a través de mis dedos, su magnetismo y lo que significaba. Cavar, cavar siempre, seguir cavando, hasta que la tierra revele sus secretos.

—Tutmosis III tenía dos tumbas —explicó Conway—. Loret encontró la otra, hace veinticuatro años, en la cual fue realmente enterrado, en una grieta profunda de esta muralla de piedra.

—¿Por qué dos tumbas para un rey?

—Los sepultureros de Tutmosis descubrieron, durante la construcción, que el sitio elegido no estaba suficientemente protegido como para guardar eternamente los restos de este noble, y continuaron cavando más arriba en la roca, y una de estas lluvias torrenciales, que caen ocasionalmente en Luxor, cubrieron de agua la tumba, por eso, el mismo Tutmosis decidió que su momia descansara en el sitio más alto.

—¿Y cómo podemos saber cuál conjetura es la verdadera?

—Eso es imposible de decir. Cada persona está tan convencida de que su teoría es la correcta, que no toman en serio la opinión de sus colegas, y ni siquiera se molestan en discutirla. En esto un hombre debe tener confianza en sí mismo. ¿De otro modo, de dónde sacaríamos paciencia, fe y esperanza? ¿Tal vez de Dios? ¿Cree usted en Dios?

—Sí —respondí—. Creo...

—¿En qué cree?

—No sé, pero creo.

—¿Y eso es suficiente para usted?

—Sí.

—¡Hum! —gruñó, en son de protesta. Cuando dijo este humm, me dejó abandonada.

Trotamos por la arena. Mis tacones hacían pequeños hoyos, nuestras sombras iban más adelante que nosotros.

El señor Conway había caído de nuevo en el silencio. Yo jugaba con la arena mientras caminaba. Era caliente y se deslizaba entre mis dedos. ¿Cómo podía decir Hamilton que era desagradable! "Desolador", me había dicho. Actualmente, no encontraba nada más variado que el desierto. Había sombras rojas, amarillas, café y violetas. Toda clase de montículos, de sombras, de piedras y de nubes.

—Ahora cavaremos aquí —Conway se detuvo y trazó en el aire la línea de sus planes—. Este cuadrado es la idea fija de Lord Eversham. Nunca ha sido explotado. Tuvo que pagar una suma enorme para obtener la concesión. Los egipcios son muy comerciantes, incluso, su amigo Barta. Un pensamiento extraño vino a mi mente, pero no dije nada. Estaba contenta. Trotamos de vuelta al coche. La vuelta fue más corta que la ida. Esta experiencia, que ocurre a menudo, siempre me intriga.

A la mañana siguiente llegó Hamilton. Rezongó por el polvo y por el calor, y por su pieza en la casa del jardín. Se veía pálido y cansado, y dijo que su pipa no le sabía bien. Me trajo varios libros.

—Usted es todavía muy joven y está hambrienta por educarse —dijo.

Los títulos de los libros eran: "Una Descripción del Oriente", por Richard

Packe, publicado en 1743; "Viajes para Descubrir la Fuente del Nilo", por Bruce, 1769; "Descripción de un Viaje por Egipto y Nubia", por Norden, 1779.

—¿No hay nada

(Sigue a la vuelta)

el mundo actual. La muchacha no queda muy convencida y prefiere ese país milenario con que tanto ha soñado a este otro lleno de sillas crochadas y de cosas sin color nacional. Al despedirse, Barta le promete volver a buscarla.

PREPARE CADA NOCHE



¡Un límpido amanecer para su cutis!



Esta noche y todas las noches, usted puede hacer algo bien sencillo y muy importante para su belleza: antes de acostarse, aplique sobre su cutis un algodoncito embebido en Crema HINDS, de miel y almendras. La crema HINDS, por ser líquida, penetra mejor en la piel, eliminando todo rastro de cosméticos y polvos, y deja el cutis pleno de suavidad y frescura.



crema
HINDS

de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA

DISTRIBUIDORA, CHILE

ULTIMAS NOVEDADES EN FANTASIAS FINAS

Ventas contra reembolso.
Casilla 10091 - Santiago.



Art. 3200.—Preciosos aros con clips, dorados, con piedras.

\$ 320.—



Art. 2150.—Argollas blancas, de gran moda.

\$ 240.—



Art. 3120.—Pulsera blanca.

\$ 200.—



Art. 2140.—Prendedor con piedras, color oro.

\$ 240.—



Art. 4250.—Precioso anillo con placa negra y piedras.

\$ 400.—



Art. 2151.—Aros dorados, tipo jaula.

\$ 260.—



Art. 2160.—Sujetadores de corbata, bañados en oro, con estuche.

\$ 260.—



Art. 5150.—Aros dorados, con piedra.

\$ 260.—



ART. 25
Collar tejido con perlas blancas.

\$ 380.—



Art. 2450.—Aros con tornillo, fantasía "CORO".

\$ 650.—



Art. 5090.—Collar de perlas blancas. Una vuelta, \$ 120.— Dos vueltas, \$ 240.— Tres vueltas, \$ 360.—

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO.
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.

nuevo respecto a Egipto? —le pregunté.

Sacó un cuarto libro de su bolsillo: era de 1820.

—Este es el más moderno.

—¿Y durante estos últimos cien años?

—No compro nada de los competidores —respondió con desdén—. Lea cuidadosamente los libros antiguos. Cuando conozca lo que tuvieron que sufrir éstos, pensará que la casa del jardinero es el Paraíso.

—Me siento en el Paraíso.

Se tocó ligeramente la frente y me guiñó un ojo. Luego se tocó el bolsillo y sacó de él un sobre alargado.

—Esto le dejaron junto con un ramo de rosas. No quise imponerle a las flores este viaje tan largo.

Pensé que la carta era de Barta, y la abrí. Sin embargo, sólo había una tarjeta impresa dentro del sobre.

IBRAHIM HIFNANI.

GUIA DEL HOTEL SHEPHEARD.

y escrito con precipitación:

Flores para la señorita Sonia:
20 piastras.

Le mostré la carta a Hamilton.

—Ve, así es su amado Egipto —gruñó, de mal humor.

—Usted no sabe divertirse.

Hamilton sacudió la cabeza.

—¡Necesita un desilusionador como yo, pequeña! La primera impresión es siempre buena, pero no se conserva.

—¿Es un refrán inglés?

—No, es francés; pero, a pesar de eso, no es malo. Nació en el siglo pasado. Fouché lo pregonaba, y los buenos diplomáticos lo seguían.

Esa tarde el señor Conway y Hamilton fueron solos al Valle. Mi jefe me dejó una especie de texto para que aprendiera a descifrar los jeroglíficos que encontraran en el Valle. El libro no estaba ni encuadrado ni empastado.

Sobre un cartón una mano paciente había escrito y dibujado símbolos, que compilaban pequeños textos, citas de descubrimientos, indicaciones de los cambios efectuados durante cien años; 500 páginas con la misma letra clara y minuciosa. El señor Conway lo escribió durante los primeros tres años de la guerra. La emoción, mezclada con el interés, daban ímpetus especiales en mi memoria perezosa.

La pieza estaba oscureciendo. El ventilador zumbaba. Me senté, en traje de baño, junto a la ducha, y cuidé de que no salpicara el libro. Un termómetro que tenía al frente me mostraba la temperatura en exagerados grados de Fahrenheit. Pero la temperatura no es un punto de vista. El calor y el frío eran condiciones meramente físicas en el cosmos. A uno no le está permitido atreverse a gobernarse por ellas.

A veces, cuando mi ánimo decaía, me bastaba con repetir esta frase en voz alta. Estaba, en cierto modo, avergonzada de mi misma, pero el heroísmo no es un atributo con el cual se nazca. Es un encantador producto de la educación. Ocasionalmente, a solas, uno se atreve a demostrar lo contrario. Sin embargo, raras veces me permito ese lujo. Aquí estoy y aquí me quedo; con frío o calor. Para la otra vez, Hamilton debería traerme libros respecto a las expediciones al Polo Norte.

Las obligaciones de Hamilton eran las de un oficial de reclutamiento. Su tarea era contratar gente y designarles sus trabajos. El señor Conway decía que él no podía hacer eso, que era demasiado suave para hacerlo bien. Levanté las cejas ante esta expresión tan rara: "suave". Hamilton dice que Conway tiene razón; era demasiado sen-

sible para ese trabajo. Una persona debía tener el corazón duro como el, o como el término medio de la gente. A la mañana siguiente el cocinero árabe, que el hotel nos había contratado, no apareció. Supe esta noticia sensacional, de boca de Hamilton, quien hizo un alboroto, porque su desayuno no estaba listo a las ocho. Entonces me fui a la cocina e hice una mezcla con todo lo que encontré. Hamilton me observaba sentado en un piso.

—Por primera vez estoy de acuerdo con la decisión de Conway, por haber contratado una mujer, en vez de un secretario hombre.

—¿Antes siempre tenía un hombre? —Vigile los huevos, se le van a quemar! —comentó Hamilton.

La falta de cocinera se iba a transformar en un verdadero problema doméstico, por eso me hice cargo de la cocina. El hombre no estaba enfermo, pero se negaba venir. Nadie dió una explicación satisfactoria. No había quien lo reemplazara, y traer en mayo uno de Luxor era tan difícil como hacer una excavación. Localizamos una carnicería, pero el único cordero que tenía estaba tan lleno de moscas, como para que uno se convirtiera en vegetariano. Despachamos a cuatro muchachos en diferentes direcciones a conseguir huevos. En un viejo almacén encontramos un par de tarros polvorientos que decían "Conservas". Las compramos después de una larga discusión, en la cual Hamilton se divirtió mucho y salió con la suya. Pero pareció prudente pedir por teléfono un cajón de provisiones a El Cairo.

Hamilton se hizo cargo de esta tarea después que el señor Conway comentó que él siempre olvidaba lo que comía. Bien se le podía servir lo mismo, con pequeñas variaciones, durante semanas.

Durante los días siguientes escribí contratos para los empleados bajo el ventilador; cociné jamón con huevos dos veces al día, aprendí a descifrar jeroglíficos y estudié historia y geografía de Egipto.

Y por la noche me sentaba frente a la casa para refrescarme. A veces, Conway venía y se sentaba a mi lado en silencio. También lo solía hacer Hamilton, quien se ponía a fumar. Así pasaron los días hasta llegar a junio.

Las noches antes y después del plenilunio eran maravillosas.

Durante estos seis días los hombres trabajaban en el Valle aprovechando la claridad de sus noches. El señor Conway había puesto a trabajar a dieciséis obreros. Se quejaba de que la disciplina no era la misma de antes de la guerra. La falta de capataz bajaba la moral de la gente y las hacía ponerse tercas y hostiles.

Pero yo, aún poseída de cierta ingenuidad, sólo veía la belleza de este trabajo, bajo los rayos suaves de la luna y el frescor mágico de las noches. Todavía no habían examinado la arena. So-

bre el intocado estrato se amontonaban las piedras, que otros excavadores habían dejado allí después de buscar tumbas.

—¿Le está permitido a la gente hacer esto? —pregunté a Conway—. ¿Se pueden apilar las piedras en cualquier parte, aún en otras tumbas?

Hamilton lanzó una carcajada.

—¿Permitido! Como si hubiera alguien que lo impidiera en este Valle.

—Pero es difícil conseguir la concesión.

—Concesión; ése es un asunto muy diferente. La concesión significa oro, por eso es difícil obtenerla. Ellos tienen la ventaja de tener paciencia oriental. Pero lo que sucede después a esta tierra no les interesa a los señores de El Cairo. Lo principal es que los descubrimientos, a pesar de haber sido bien pagados por adelantado, se quedan en el país.

—En tiempos de Belzoni era diferente —dijo Conway—. Me hubiera gustado excavar aquí hace cien años.

—¿Quién fué Belzoni? —pregunté.

—¿No sabe quién fué Belzoni? —exclamó, sorprendido, Hamilton—. Yo le di



—Por suerte no nos molestarán más de la peletería. Dicen que ésta es la última carta que nos mandan.

el Libro de Memorias para que lo leyera.

—¡Quiero dejarlo para los días de lluvia!

Belzoni fué un italiano que levantaba pesos enormes y troncos de árboles, y que se ganaba la vida con mucho trabajo, como hombre fuerte que era —explicó Conway—. A pesar de eso, estudió la construcción de máquinas y construyó una rueda para el agua.

—Pero venía de una buena familia de Padua, y estaba destinado al sacerdocio —se interpuso Hamilton.

—No necesito de consuetud cuando estoy hablando —cortó Conway.

Hamilton hizo el signo de la cruz sobre sus labios.

—Belzoni creía que esta rueda para

El embrujo de Egipto



agua podía ser ventajosa para Egipto, ya que rendía cuatro veces más que la usada por los nativos. Por eso vino a Egipto, obtuvo una carta de introducción para Pasha Mohammed Ali y levantó su invento en el jardín del palacio. Pero el pasha no la quiso. Belzoni abandonó su rueda y buscó otra ocupación. Por ese entonces el cónsul general inglés necesitaba un hombre que le trajera el enorme busto de Memnon de Luxor a Alejandría. Esta estatua pesa cerca de mil libras; justo el trabajo para Belzoni. Ahora el coloso está en el Museo Británico de Londres, y se llama Ramsés II. Cuando Belzoni volvió a Luxor después de su atlético viaje, encontró placer en excavar. Las hizo por su cuenta, para el señor Salt, quien representaba al cónsul francés. No tenía idea de ese tipo de trabajo, discutía con los demás excavadores, y se apropiaba de todo cuanto encontraba, desde escarabajos hasta obeliscos, y esperaba con su fusil a todo el que se lo impidiera. Esos fueron los grandes días de las excavaciones. Uno debió vivir entonces. En esa época se podían descubrir seis tumbas durante un invierno.

—¿Qué llegó a ser Belzoni? —pregunté.

—Un gran hombre —respondió Conway—. Poco a poco entendió su trabajo y encontró las mejores tumbas del Valle, por ejemplo, las de Eje, de Ramsés I y de Setos I. Pasó por las mas terribles experiencias: una vez un obelisco cayó dentro del Nilo y lo sacó el mismo. Usted debe leer sus manuscritos, son tan entretenidos como imprudentes.

—Lo haré.

—Un explorador moderno sufriría un ataque de nervios al leer cómo Belzoni abría las tumbas cerradas, con un ariete, pero usted sobrevivirá a la narración.

—¿Y luego?

Quería saber todo respecto a ese hombre.

—¿Luego? Léalo usted misma. Lea cuán firmemente convencido estaba de que había limpiado todo el Valle, que no había dejado ni el más pequeño vaso de alabastro. Y, cómo, después de cien años, durante los cuales muchos locos han perdido su fortuna, especialmente dos locos que llevan cavando seis años sin encontrar nada.

—Cavar es una enfermedad cerebral —dijo Hamilton.

—Tal vez —respondió Conway, y se alejó.

Hamilton lo siguió lentamente. Yo me senté en una piedra y los observé.

Podía ver hasta el "Cuerno", la fortaleza de este valle misterioso. El "Cuerno" tenía la forma de una pirámide y su pico más alto lo formaba con las montañas de Teban. Treinta de los más grandes reyes del Egipto buscaron el descanso eterno bajo su sombra y no se han encontrado. Y más y más búsquedas tendrán que hacerse para descubrir los últimos faraones. Pero, ahora, el pasado parecía tranquilo, al igual que el presente. No se escuchaba nada fuera del rítmico golpe de las palas. Todos los ruidos humanos los sofocaba la arena. Esperaba y me sentía feliz.

(CONTINUARA)

—Una vez, estando en peligro por causa de un león —narraba el viejo cazador—, hice la prueba de sentarme tranquilamente y mirarlo, ya que había perdido mi escopeta.



—¿Qué sucedió entonces? —preguntó su oyente.

—El león ni siquiera me tocó.

—¿Qué extraño! ¿Cómo puedes explicarlo?

—Bueno —dijo pensativo el cazador—, siempre he imaginado que fué porque me senté en la rama más alta de un árbol.



Mi mamá tomó Vitamaltina!

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas comidas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DÉBILES Y VIGORIZA A LOS SANOS



El doctor Brand alzó la vista de las hojas de papel que había sobre su escritorio, y fijó en mí sus ojos llenos de piedad:

—Usted comprende, señora, lo que esto significa. Siento mucho tener que comunicarle que no puede tener hijos. Si insiste en ello, a pesar de todo... bueno, ya sabe cuál sería el resultado...

Si lo sabía, me lo había explicado muy claramente, con ese modo suyo, tan pausado y cariñoso. Significaría: la muerte.

Tenía diecinueve años, y debía morir si decidía tener el hijo que esperaba. "¡Oh Dios mío, qué decisión tan espantosa se me pedía que adoptara!" O la vida... o ese hijo que tanto anhelábamos. Sólo un milagro podía conservarnos a los dos... y los milagros ocurren tan raras veces.

—Señora, debe tomar su decisión lo más pronto posible. Tengo que someter su caso a un consejo de médicos del hospital, y eso demora bastante. Cada día que pasa aumenta el peligro para usted.

Si, debía tomar mi decisión muy pronto, pero, ¿cómo hacerlo? Nadie me podía ayudar para ello, ni me podía decir qué debía hacer. Siempre, desde el comienzo, hice cuanto pude por ser normal, y ese comienzo se remontaba a muchos años atrás. En realidad este comienzo tuvo lugar cuando mi abuela se sentó al borde de mi lecho, y me explicó:

—Mira, durante un tiempo vas a tener que tomar todo con mucha calma. Tal vez por mucho tiempo. Estás un poco delicada del corazón.

—¿Delicada? ¿Qué quieres decir con ello, abuela?

El rostro de la anciana se ensombreció. Era una persona a la antigua y no creía mayormente en las palabras de la moderna ciencia médica. Ella y el doctor habían conversado privadamente sobre mi enfermedad, pero tenía la íntima certeza de que mi abuela no confiaba tampoco en los médicos jóvenes.

—Quiero decir, hija mía, que tienes el corazón débil. El doctor le dio a tu enfermedad un nombre muy complicado, pero estos médicos siempre están inventando nombres fantásticos para todas las enfermedades. He conocido muchas niñas que han tenido esto mismo y con cuidado se mejoraron completamente. Eso es todo.

Mis padres murieron cuando era aún muy niña y me fui a vivir con mi abuela, quien me adoraba. Yo también la quería, pero a veces me rebelaba contra su manera de ser excesivamente estricta.

—Abuelita, ¿quieres decir que no podré jugar con las demás niñas, ni subirme a los árboles, ni patinar? —le pregunté, con voz atemorizada.

—Exactamente, mira, y no debes entristecerte por ello.

—¿Cómo no voy a entristecerme, abuela! Tener que permanecer en cama...

—No deberás pasar en cama, sino unas pocas semanas. Por otra parte, debemos obedecer las órdenes del médico..., y también me debes obedecer a mí. Debes dormir siesta todos los días, no debes correr, ni montar a caballo, ni esquiar, y acostarte a las nueve.

—¡No lo haré! En cuanto me levante subiré al árbol más alto y saltaré de allí.

Tan pronto como pronuncié estas palabras, lamenté haberlo hecho, porque gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de mi querida abuela y tomando mis manos en las suyas, me dijo suplicante:

—Mira, querida, por favor, sé buena, hazlo por mí. Tú eres todo cuanto me

queda en el mundo..., y si te perdiera, no sé lo que haría...

De modo que recliné mi cabeza en su pecho, sentí el olor a lavanda de su ropa, lloré un poco y le prometí:

—Trataré, abuelita, te prometo que trataré de ser por tí, lo más buena posible.

Pero dentro de mí me decía: "Seré una niña normal a pesar de todo. No correré, ni haré ejercicios, pero no me convertirán jamás en una inválida."

Era más fácil decirlo que hacerlo. Todos los días debía reposar, dormir diez horas por las noches, beber una mezcla desagradable de leche y huevos, y nunca, nunca correr, saltar, nadar, ni hacer ningún ejercicio violento. Cuando las demás muchachas me convidaban a pasear, les replicaba:

—Vayan ustedes y al regreso me cuentan cómo lo pasaron —y me dominaba para no llorar, pues no deseaba que nadie sintiera piedad por mí.

¿Cómo puede una niñita mantener sus amistades si no comparte con ellas sus alegrías? ¿Cómo puede una joven conocer muchachos y conquistar a un hombre, cuando no puede bailar, ni nadar, ni esquiar?

Lo único que puede hacer es sentarse y decirse que en realidad esas cosas no le interesan, que los muchachos son ingenuos y torpes y que es preferible permanecer en casa, leyendo un buen libro. Si lo hace a menudo puede llegar a convencerse de ello. Pero yo no pude, por el contrario, luché enconadamente por ser normal, hasta que cursé humanidades completas y empecé a trabajar en una oficina. A mis nuevos amigos les dije:

—No debo inquietarme por nada. No estoy enferma, en realidad, soy completamente sana, pero no debo excitarme ni hacer ejercicios violentos.

Fué así como empecé a salir, iba a bailes, pero la mayor parte del tiempo trataba de permanecer sentada contemplando a las parejas, iba al lago con mis amistades, pero permanecía en la orilla, preparando los alimentos. Empecé a contar con amigos nuevamente.

A veces, me preguntaba si mi vida valía la pena, sin experimentar jamás ningún agrado. A los dieciséis años me sentí por vez primera atraída hacia un muchacho. Se llamaba Vicente, y lo que más le gustaba en el mundo, era el fútbol. Cuando me convidó a salir, le dije que debía regresar a casa temprano.

—¿Temprano? Creía que iba a salir con una mujer, no con una niña —me replicó.

Me condujo a mi casa temprano, casi no intercambiamos palabras durante la comida y no sugirió que volviéramos a salir juntos. Esa noche lloré hasta quedarme dormida y deseé morir, pues nadie me iba a amar jamás, ni querría casarse conmigo.

Pero el tiempo transcurría. Cumplí los dieciocho años y me fui a vivir con mi tía Isabel, pues mi abuela murió. Mi tía no estaba enterada de mi enfermedad y ese hecho me permitió tomar una decisión temeraria.

En la oficina en que trabajaba había una compañera llamada Jessica, a

HIJO O VIDA

Jaime y yo anhelábamos tener un hijo. Un día me dijeron que jamás podría ser madre, pues mi corazón no resistiría esa difícil prueba. A pesar de todo, ¿me arriesgaría a serlo?

quien le conté lo delicada que era y cómo había luchado tenazmente para vivir como una persona normal y le participé mi decisión de ser una mujer normal y de actuar en consecuencia.

—¿Por qué no? Jamás había estado enferma de nada. El tiempo y los cuidados debían haberme curado completa-

he necesitado. Déjame explicarte mi idea, Jessica, desearía ir con ustedes a esquiar este fin de semana. No sé hacerlo, pero aprenderé. Todos los muchachos que conozco van a esquiar. Bueno, yo también iré esta vez.

—Muy bien. Mira, te conseguiré un par de esquís y subiremos en mi viejo automóvil. No creo que nos cueste mu-

cho. ¡Vas a ver cómo nos divertimos!

Y así sucedió. Fuimos a un refugio y Jessica empezó a enseñarme en una ladera especial para aprendices. En ese instante, un muchacho alto y buen mozo, bajó velozmente la ladera y se detuvo ante nosotros, preguntado a Jessica:

—¡Hola!, ¿quién es tu nueva amiga?

Fué así como conocí a Jaime. Pocos minutos después me guiaba pendiente abajo, y me decía riendo:

—¡Así, muy bien; mira, pronto serás una experta! Por la noche encendimos una hermosa fogata en el refugio y nos sentamos alrededor a conversar y cantar. Todos los amigos de Jessica eran encantadores y, a pesar de mis músculos adoloridos, me divertí como nunca lo había hecho hasta ese instante.

¡Por primera vez en ocho años, actuaba como una mujer normal! No pude menos que reconocer que

Jaime, mi nuevo amigo, tenía su participación en este estado de felicidad que me invadía.

En ese instante miré en derredor al círculo de personas que me rodeaban y le vi frente a mí, al lado de una hermosa rubia elegantemente vestida. En la tarde la había visto descender por la pista dedicada a los esquiado-

res con mucha práctica. Tenía el rostro muy cerca del de Jaime y al hablar, apoyaba su mano en la rodilla de él. Experimenté un poco de celos al mirarlos. Me incliné y le pregunté a Jessica quién era la rubia.

—Hace varios meses que ha estado viniendo a nuestro grupo, seguramente con el propósito de conquistarse a Jaime, pero no es amiga de ninguno de nosotros. Sin embargo, esquiaba muy bien, y a Jaime le encanta por eso. Pero estoy segura que si quieres, tú puedes quitárselo —me dijo apasionadamente. Sentí que mi corazón empezaba a latir con violencia.

Jaime no le había hablado aún de amor a la rubia, pero, ¿tendría yo ocasión de hacer que se fijara en mí?

—¡No sé esquiar, Jessica!

—Pero tienes facilidad para aprender. Con una sola tarde lo puedes hacer mejor que yo, que llevo varias semanas en ello. Por otra parte, él demostró interés por ti, ¿no es cierto? ¡Aprende rápidamente!

Muy bien —decidí—, aprendería rápidamente, podría aprender cualquier cosa que fuera necesaria para lograr lo que quería. Y deseaba a Jaime más que nada en la vida. No importaba que recién lo conociera, concordaba perfectamente con la imagen que tenía en mi mente del hombre que debía ser mi marido.

A la semana siguiente, esta vez con mi equipo propio, subí nuevamente al viejo auto de Jessica y nos dirigimos hacia las nieves. Al llegar, nos vino a recibir Jaime y se ofreció para enseñarme a descender por la ladera más difícil. Tuve que reconocer que tenía una disposición natural para ese deporte, pero era el "¡Muy bien, Mira!" de Jaime que daba ese color sonrosado a mis mejillas y esa expresión de éxtasis a mis ojos, y no el aire frío de la montaña.

Por la noche me atreví a sentarme al lado de Jaime, frente al fuego. La rubia se sentó al otro lado y empezó a conversar con Jaime con ese suave acento de su voz, que la hacía tan melodiosa, de los paseos que habían efectuado anteriormente y le preguntaba su opinión sobre diversos detalles de la técnica de ese deporte, hasta que me hizo sentir una intrusa a su lado. Esa era la clase de muchacha que le agradaba a Jaime, una que pudiera acompañarlo en las pruebas más difíciles y hablara su mismo lenguaje, y no una aprendiz como yo. Si me ayudaba era sólo porque deseaba mostrarse amigable...

Esa noche me acosté muy triste, pero a la mañana siguiente había tomado nuevamente una decisión. ¿Por qué

(Sigue a la vuelta)



*Trataré de
ner fe,
ravesaremos
ta agonía
ntos.*

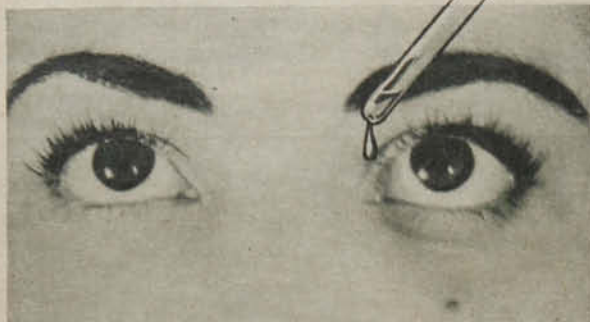
mente. Acaso, ¿no me había asegurado mi abuelita que mi enfermedad tenía remedio?

Jessica estuvo de acuerdo conmigo, pero me sugirió:

—¿Por qué no consultas previamente con un médico? ¿No te has hecho un examen últimamente?

—¿Por qué iba a hacerlo? Nunca lo

Cuando los ojos están cansados...



Simplemente
dos gotas de Murine
en cada ojo
son suficientes para
aliviar el malestar.
La acción detergente
y calmante de Murine
produce efecto
inmediatamente.

Murine
M. R.



Mejora al
RESFRIADO

Mejora al
DOLORIDO



Mejoral

• Y para que MEJORAL llegue a sus manos **PURO!**
FRESCO! LEGÍTIMO! cada una de sus tabletas
viene herméticamente protegida por celofán!

ceder? Podía haber cedido cuando tenía diez años y era una niña enferma, pero no ahora. Muy bien... ¡lucharía!

¿De manera que a Jaime sólo le interesaban las jóvenes atléticas, como la rubia amiga suya? Bueno, pues yo sería atleta también, costara lo que me costara. Si hubiera sabido lo que me iba a costar, ¿lo habría hecho? Sí, lo habría hecho por Jaime, de eso estoy segura. Empecé a aprender a esquiar con toda mi alma, siguiendo todos los consejos que me daban, y Jaime continuó ayudándome, a pesar del creciente desagrado de su amiga rubia, por el interés que demostraba por mí.

Y una tarde sonó el teléfono de la casa de mi tía y la voz de Jaime me dijo por el fono:

—Mira, ¿puedo pasarte a buscar? Tengo que hablar contigo.

Fué a la casa y le presenté a mi tía, a quien saludé con gran cortesía, tan propia de él. No recuerdo lo que conversamos, sólo sé que mi corazón se sentía pletórico de dicha. Antes de irse me anunció que deseaba llevarme a conocer a su madre al día siguiente.

Tan pronto como vi a su madre me sentí fascinada por su personalidad, y lo mismo por la de su hermano menor, Pedro, y las mellizas más pequeñas. También estaba una hermana mayor, Alicia, que me contó sobre su marido y el niño que esperaba y que pareció gustar mucho de mí. Me encantó la casa sombría y acogedora, sus familiares y el ambiente y deseé con toda el alma llegar a tener un día un hogar como aquel.

Si Jaime se casaba conmigo, seguramente tendríamos una familia así. ¡Ah, qué maravilloso sería! Al llegar a mi hogar me sentía henchida de felicidad, pero el fin de semana siguiente, Jaime me decepcionó al dar una exhibición de patinaje con Betty, la rubia, en la laguna montañosa.

Durante la semana que siguió, Jaime me invitó al cine y a bailar un par de veces. También me rogó que lo acompañara a conocer al niño de su hermana, que acababa de nacer. Al ver a Jaime tomar al pequeño y acercarlo amorosamente a su rostro, sentí unos vehementes deseos de tener un hijo suyo a quien acariciara como lo hacía en ese instante con su sobrino. Al mirar al niño se notaba una expresión nostálgica en su rostro que demostraba claramente cuanto amaba a esos pequeños indefensos, y le demostraba una ternura que sólo los caracteres verdaderamente masculinos saben exteriorizar.

Jamás me mencionó a Betty, pero yo me preguntaba si también le invitaría a salir y la llevaría donde su familia. Finalmente, llegó la ocasión en que hubo una demostración de pericia en las canchas de esquí y a mí me incluyeron entre los conocedores del deporte. Jaime y Betty partieron casi juntos, ejecutando toda suerte de proezas. Al verlos, pensé: "Les demostraré que yo también puedo hacer lo mismo". Un momento más tarde descendía la empinada pendiente a una velocidad creciente, sin saber cómo detenerme. Comprendí que iba a morir sin haber tenido ocasión de besar al hombre que amaba y ni siquiera de decirle cuánto le quería.

Y de pronto vi surgir ante mí a Jaime, quien, en una demostración de perfecto dominio de sus esquís, venía a mi encuentro a interceptar mi loca caída. Al aproximarse a una distancia adecuada, se arrojó a mis rodillas, obligándome a caer en la nieve. Luego rodamos juntos montaña abajo, hasta quedar bajo un montón de nieve y palos de esquí.

Al levantarse, Jaime se inclinó solícito ante mí y con manos temblorosas por la emoción empezó a comprobar si me había herido en la caída. Luego me dijo:

—Parece que no tienes ningún hueso quebrado, tontita...; no te perdonaré el susto que me has dado...

Empecé a llorar, y de pronto, por un milagro, me encontré en sus brazos, y me besó los párpados, las mejillas, el cuello y, finalmente, la boca, mientras me murmuraba:

—¡Ah, Mira, querida, no sé qué hubiera hecho si te pasa algo! Te quiero tanto...

Permanecí paralizada de emoción, sin poder decir una sola palabra, incapaz de sentir sino un inmenso dolor en el corazón, producido por la intensa emoción. En ese instante recuerdo que me dije: "Es tan sólo tu corazón que ama; el mío sólo sufre en estos momentos". Pero todo pasó sin que Jaime se diera cuenta de ello. Me ayudó a colocarme nuevamente los esquís y me condujo hacia el refugio. Esa noche Jaime insistió en decir a nuestros amigos que nos íbamos a casar.

Por fin había ganado la batalla, y ahora debía seguir luchando toda mi vida para parecer una mujer normal.

Nos casamos en la primavera, y fuimos a vivir con la fa-

**Mi hijo
o
mi vida**



milia de mi marido. Por ese entonces aun íbamos ocasionalmente a la nieve, y pude comprobar que el accidente no me había vuelto cobarde, a pesar de que ahora no hacia ejercicios tan violentos, pues me cansaba demasiado pronto y no podía respirar con facilidad. Nos casamos en la capilla campestre de la localidad donde vivían los padres de Jaime y a la boda sólo asistieron los parientes y algunos amigos. Luego pasamos varios días de luna de miel en el campo. En esos días descubrí lo maravilloso que era el amor de mi esposo y la sensación de éxtasis que experimentaba al abandonarme en sus brazos.

Muy pronto, sin embargo, descubrí que iba a tener un hijo, y esto me llenó de alegría, pues tanto Jaime como yo anhelábamos vehementemente un niño. Decidimos arreglar el dormitorio contiguo al nuestro como *nursery*, y les pedimos toda clase de consejos sobre los pequeños a Alicia y su marido. Cuando fui a ver al doctor que había atendido a mi cuñada me sentí muy atemorizada ante su examen, temiendo que lo que sospechaba no fuera cierto, y mi ilusión de tener un hijo se viera postergada. Pero el doctor me dijo, sonriendo:

—Sí, señora; parece que no existen dudas sobre su estado. Usted desea que la atienda, ¿no es cierto?

—Sí, doctor Brand.

—Bueno, primero que todo le voy a hacer un examen completo de salud.

Extraje de su bolsillo un fonendoscopio y empezó a examinarme cuidadosamente. De pronto se detuvo en medio de una frase y pareció concentrarse. Después de un largo rato se apartó de mí, tomó asiento tras su escritorio y me preguntó con una extraña expresión:

—Señora, dígame, ¿se ha hecho examen médico últimamente?

—No, nunca he necesitado; siempre he sido muy sana.

—¿Siempre muy sana, señora?

—Bueno..., de niña era un poco delicada del corazón, según decía mi abuela; pero eso fué todo. Más tarde pude comprobar que era muy sana y robusta, y me dediqué a los deportes invernales. En realidad, fué así como conocí a mi esposo —agregué, sonriendo.

No se sonrió.

—Señora, lo que me dice me confirma la opinión que me he formado de su caso. Lo que tuvo cuando niña fué seguramente reumatismo cardíaco, y es mi deber comunicarle que en sus condiciones no es recomendable tener un hijo.

Le miré demasiado atónita para comprender el cabal significado de sus palabras. El médico continuó diciendo:

—De todos modos, le haré un electrocardiograma de inmediato, pues no hay tiempo que perder, y, por lo menos, mi diagnóstico debe ser confirmado por otro facultativo. "No hay tiempo que perder"... ¿de qué estaría hablando?

—Doctor, usted me dice que no es aconsejable que yo tenga un hijo; pero voy a tener uno; eso no se puede evitar.

*¡Oh, cual te adoro!,
con la luz del día...*

¡Oh, cual te adoro!, con la luz del día,
tu nombre invoco, apasionada y triste,
y cuando el cielo en sombras se reviste,
aún te llama exaltada el alma mía.

Tú eres el tiempo que mis horas guía,
tú eres la idea que a mi mente asiste,
porque en ti se concentra cuanto existe:
mi pasión, mi esperanza, mi poesía.

No hay canto que igualar pueda a tu acento
cuando tu amor me cuentas y deliras,
revelando la fe de tu contento;
tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras,
y quisiera exhalar mi último aliento
abrasada en el aire que respiras.

Carolina Coronado,
(española)



—Yo creo que una mujer debe ser cortejada con flores y bombones, pero Enrique siempre me manda poesías.

—Aunque sienta tener que informar esto a una esposa joven como usted, señora, debo advertirle que si el electrocardiograma confirma mi opinión, usted no deberá tener este niño.

—¿Quiere decir que tendré que perder mi hijo?

—Creo que, en su caso, todo facultativo aconsejaría lo mismo. Lo siento mucho, señora.

—¿Y si tengo el niño, a pesar de todo?

—No deseo alarmarla; pero tiene derecho a saber la verdad. Si insiste en tener el niño, existen muchas posibilidades de que no sobreviva a la difícil prueba.

—¿Moriré?

—Me temo que sí, señora.

No supe cómo abandoné la oficina, anhelando tan sólo refugiarme en los brazos de mi marido y compartir con él mi desesperación. Cuando llegué a casa, Jaime había regresado de la oficina... pero no pude darle la triste nueva de inmediato, pues Alicia estaba ayudándolo a arreglar la *nursery*. Al verme, mi cuñada me dijo alegremente: —¡Mira, tan pronto de regreso! Me alegro; mi hermano cree que es un decorador excelente, y mira el resultado. ¿De manera que vas a tener un hermoso niño? Al ver el arrobamiento de Jaime, se diría que él va a ser la mamá, no tú.

—¿Por qué se supone que un hombre debe mostrar indiferencia ante la idea de tener hijos? Esa es propaganda femenina. No hay nada que un hombre desee más que abrazar un hijo propio, de su propia carne y de su propia sangre. Si no, ¿para qué trabaja y se esfuerza uno? —las palabras de Jaime me hirieron violentamente.

—¿Cómo sabes si va a ser niño o niña? —rió Alicia.

Muy pronto partió mi cuñada y me quedé sola con mi esposo.

—¿Y, Mira? ¿Cómo te fué? Cuéntame.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Al verme, Jaime me estrechó en sus brazos, diciéndome:

—¡Mira! ¿Qué te sucede? ¿Estabas equivocada? ¿Vamos a tener un niño?

—Sí, Jaime; estoy esperando un hijo; pero no puede nacer; tiene que morir de inmediato para que yo pueda vivir. ¡Oh, Jaime!, ¿qué puedo hacer? Dímelo, mi amor.

Le conté todo cuanto me había dicho el doctor Brand, mientras él me sostenía tiernamente en sus brazos. Luego me dijo:

—Mira, no hay nada que resolver si tu vida está en peligro. ¿No comprendes lo que siento por ti? ¿Cómo puedes dudar si quiera un instante? No tengo que tener hijos..., pero tengo que tenerte a ti.

(Continúa en la pág. 24)



"Durante nuestros paseos, Bay Middleton no abandona a la emperatriz", escribió María de Wallersee. "Ella lo hacía venir casi todas las tardes al castillo. Hablamos de caballos y por eso no nos gusta que nos molesten, me decía mi tía para explicar la presencia del capitán." Ni por un instante María tiene aspecto de creer tal explicación...

Del castillo de Combermere, la emperatriz decide irse a pasar un día a Londres. Se hace reservar un pequeño departamento en el Claridge y parte hacia la capital inglesa con su sobrina María de Wallersee, su chambelán, el conde Heinie Larisch y el inseparable capitán Bay Middleton. En Londres, la emperatriz quiere asistir al espectáculo del Palacio de Cristal, un music-hall de moda.

Dos coches esperan a la puerta. Normalmente, Isabel debería subir a uno con su sobrina y dama de honor, María; los dos hombres en el otro. Pero cuando se instala en el coche, la emperatriz hace una seña a Bay Middleton para que suba. Ebahis, María y el conde Heinie tienen que ocupar el segundo coche.

—¡Al Palacio de Cristal, por favor! —dicen a los cocheros sentados en la parte de atrás de los coches.

En el Palacio de Cristal, María de Wallersee y el Conde Henie Larisch entran al reservado dispuesto para la Emperatriz. Isabel y Middleton no han llegado. La representación comienza. La Emperatriz y el capitán no están presentes. El espectáculo termina sin que aparezcan Isabel y Bay.

María de Wallersee y el Conde Henie, se dirigen al restaurante a donde pensaban ir después.

Al terminar la comida ven aparecer, por fin, a Isabel y Bay. La Emperatriz, que para conservarse delgada sigue un régimen estricto, devora una sucesión de exquisitos manjares. Despiden felicidad...

Bien pronto Isabel continúa su viaje a través de Europa y cruza el mediterráneo. Pero adonde va con más agrado es a su país natal. Baviera tiene ahora como rey a un joven de mirada olímpica, Luis II. Es un ser sensible y exaltado, además de poeta y músico. Protege a Wagner y hace construir castillos al gusto de Versalles. Isabel se siente irresistiblemente atraída hacia su hermoso primo, que se le parece en tantas cosas. Luis II admira y adora románticamente a la espléndida soberana.

Un idilio se bosqueja. Isabel llama a Luis El Aguila, Luis la nombra a ella La Paloma. Pero Isabel tiene miedo de este

ISABEL la emperatriz

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

LOS AUSTRO-HUNGAROS PIERDEN, EN LA GUERRA, COMPRENDE QUE ESTE ES UN HOMBRE DEBIL E SE VA A MADEIRA. UNA VEZ REPUESTA, VUELVE A AUSTRIA, QUITADO A SUS HIJOS, DESESPERADA, PARTIENDO PIERDE VENECIA, ISABEL VUELVE PARA CONSTITUIRSE REINA DE AUSTRIA. ISABEL VUELVE A SU VIDA ERRANTE CON BAY MIDDLETON, QUIEN SE TRANSFORMA EN SU INSISTENTE



amor naciente. La Emperatriz de Austria no puede ser para el Rey de Baviera otra cosa que su hermana. Ella se lo explica a Luis y él le responde:

—Mi vida sin ti no tendría razón de ser. Pero no pudiendo tener en la tierra una felicidad que la de verte dichosa, me inclino ante tu deseo.

Luis II cree bien pronto haber encontrado el medio de consolarse por el amor de Isabel. Conoce a Sofía, una de las hermanas de la Emperatriz. Pide su mano. Se celebra en seguida el noviazgo.

Pero, ¿ama Sofía a ese príncipe encantador, fantástico e iluminado? No. Un día, al castillo familiar de Possenhofen llegan tres invitados: el Duque de Nemours, hijo del Rey de Francia, Luis Felipe, y dos de sus hijos, la princesa Margarita y Ferdinando, Duque de Alençon. Ferdinando es un muchacho espléndido, de noble fisonomía. Culto, serio, recto, es el prototipo del gran señor francés. Entre Sofía y él se inicia de inmediato un verdadero flechazo. Se rompe el noviazgo con Luis II. Sofía de Baviera será Duquesa de Alençon. Y la más feliz de las mujeres, hasta un día maldito de 1897.

Ahora, Luis II está de nuevo libre. E Isabel, que ha encontrado el camino de Baviera, un instante perdido, va a hacer largas excursiones junto al lago de Starnberg, a Possenhofen, y, especialmente, a Feldafing, sitio en que se hospeda en un hotel.

Luis II habita a menudo el castillo de Berg, a orillas del lago y su lugar favorito. En una sinuosidad de la costa, él posee una isla, la isla de las Rosas, donde cada mañana florecen miles de estas flores, transformando este sitio feérico en algo como fuera del mundo.

Allí Isabel, sin poder luchar más contra su corazón, se encuentra todos los días con Luis.

"Los dos amigos, seguros de no ser molestados, olvidan sus coronas y pasan largas horas juntos", escribe Maurice Paléologue. Citas interminables que les dan dicha, nostalgias y dulzuras.

En la primavera de 1886, los médicos del rey declaranamente a Luis II. Su tío Luitpold es nombrado regente. Luis protesta, sin embargo, se le encierra en el castillo de Berg. La noche del 13 de junio, Isabel está en Feldafing, sitio en que se ha refugiado desde que supo la desgracia de su amigo. ¿Ha venido ella, sin duda, para dejarlo escapar? Luis lo ensaya, en efecto, rodeando por el lago las empalizadas del parque. El médico Cudden, que vigila a Luis, trata de sujetar al rey. Lo encontrarán dos hombres, ahogado en el lago...

Cuando sabe la muerte del rey, Isabel, vestida de negro y llevando flores en su mano, va al castillo de Berg y entra en la habitación donde reposa el cadáver de Luis II.

—¡Qué me dejen sola! —suplica la Emperatriz.

Durante una hora, ella permanece postrada junto al cuerpo del infortunado soberano, cuya sola alma comprendió la suya.



AUSTRIA

z errante

ISABEL TRATA DE AYUDAR AL EMPERADOR, PERO LA EMPERATRIZ SUFRE UNA CRISIS NERVIOSA Y LA ARCHIDUQUESA SOFIA LE HA, VIRTUALMENTE, QUITADO LA EMPERATRIZ ERRANTE. CUANDO AUSTRIA Y SON CORONADOS OFICIALMENTE REY Y REINA, ISABEL TIENE AMISTAD INTIMA CON EL CAPITAN FRANZ JERONIMO DE TODOS LOS DIAS.



—¡No era loco! Solo veía las cosas que otros eran incapaces de ver... —dijo ella al salir.

En el país, muchos de los habitantes afirman que la tarde en que murió el rey, un coche cerrado esperó durante horas a Luis II, tras las verjas del parque. Y algunos pretenden que en el fondo de este coche había una mujer, y que ésta mujer era la Emperatriz Isabel. Lo que hay de cierto, es que de entonces en adelante y hasta su muerte, Isabel llevó siempre consigo el retrato de su muy amado Luis.

Isabel continuó siendo la mujer separada que vivía en armonía con su marido. "Libre en todas sus decisiones, ella consiente, según el deseo de Francisco José, en guardar las



apariencias y aparecer al lado del soberano en las raras ceremonias oficiales", escribe el historiador Karl Tschupik. Cuando está en Viena, Isabel se mezcla poco en la vida cotidiana de su marido. Esa burocracia imperial aplicada en su tarea la fastidiaba. Pero ella sentía piedad por él. Sabe que Francisco José tiene necesidad de una mujer sana, honrada, de carácter alegre y que lo pueda distraer de las molestias de sus deberes públicos. Y un día, se las arregla para presentarle a Francisco José una encantadora artista de Burgtheater, Katty Schratt.

Las desgracias continúan abatiendo a los Habsburgos y a los Wittelsbachs. Un sobrino de Francisco José, el Archiduque Ladislao, muere en un accidente de caza; uno de los cuñados de Isabel, el marido de su hermana Matilde, el Príncipe Luis de las Dos Sicilias, Conde de Thini, alcohólico en el último grado, se ahorca. El padre de Isabel, el Duque Maximiliano, muere de una congestión cerebral. "Desde entonces, Isabel asediada por pronósticos siniestros, con la ayuda del hipnotismo, camina hacia catástrofes infalibles", escribe Mauricio Peléologue.

Isabel casó a su hija Gisela con el Príncipe Leopoldo de Baviera, el 20 de abril de 1873.

En 1881, el Archiduque Rodolfo también espera la edad para casarse. Isabel querría que le dejaran tiempo para elegir a su gusto una esposa digna para él. Pero el Emperador, con la esperanza de fijar los ardores amorosos de Rodolfo, decide darle una esposa. El 10 de mayo de 1881, Rodolfo se casa con una de las hijas del Rey Leopoldo II de Bélgica, la Princesa Estefanía.



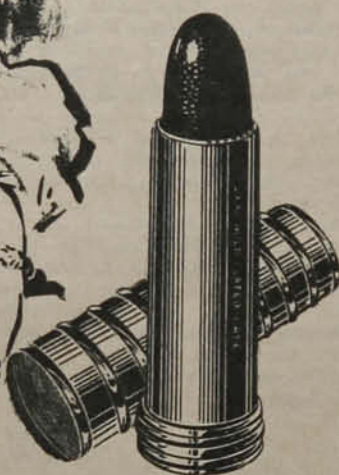
EN NUESTRO PROXIMO NUMERO COMENZAREMOS A PUBLICAR LA FAMOSA TRAGEDIA DE MAYERLING CON TODO SU ROMANTICISMO Y SU VERDAD HISTORICA. NUESTRAS LECTORAS CONOCERAN EL AMOR ROMANTICO DEL ARCHIDUQUE RODOLFO Y MARIA VETSER.



UNA VERDADERA

Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡nuevo!

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsita
de género especial que le
brinda protección.
¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes



UANDO Berta, mi madrastra, entró en el salón espléndidamente vestida, no pude menos de expresarle mi sincera admiración.

—¡Estás radiante de belleza! —le dije con entusiasmo.

La gracia muy siglo XVIII de mi madrastra siempre me había parecido encantadora.

—¡Tú sí que eres hermosa y elegante! —me respondió a su vez.

Sin embargo, yo en aquel momento llevaba un sencillo traje sastre, y, como único adorno, mis cabellos indisciplinados. Fascinada por las joyas que lucía Berta, por primera vez después de nuestro duelo, le supliqué:

—¿Me prestas un momento tus alhajas?... Todavía nos queda tiempo, ya que nuestros amigos aun no se aparecen.

Trémula de emoción, me puse el collar y la pulsera de brillantes.

—Si papá hubiera sido menos raro, me habría dejado su fábrica de conservas —le comenté—. Y entonces, estoy segura de que habría tenido joyas fantásticas.

—Tú sabes muy bien, Mercedes, que yo te daría todo el dinero que quieras para que te compres lo que se te antoje —me dijo mi madrastra, con una sonrisa de reproche.

Me encogí de hombros.

—Pero es muy diferente... puesto que papá decidió otra cosa. Y tú sabes que todo esto no te lo digo en son de queja.

—En todo caso, ya no tendrás que esperar mucho tiempo para poseer la fortuna.

—¿Es que Germán se ha decidido por fin a pedirte que te cases con él?

—Casi. Ayer mismo se me declaró muy seriamente —me respondió Berta.

—Yo creía que no te volverías a casar —insinué con malicia.

—Estoy en la duda. Por eso no le he contestado en seguida... Mi pasión no es tan arrolladora como para... Tú bien sabes.

No podía desprenderme de la mala costumbre que tenía de decirle a mi madrastra palabras con doble sentido.

Sin embargo, en realidad, no sentía aversión hacia ella. Se había casado con mi padre a los veintisiete años —cuando yo tenía doce—, y siempre me demostró un afecto

lleno de discreción. Era excesivamente joven como para demostrarse maternal conmigo y demasiado mayor para considerarme como una hermana. Con singular acierto

desempeñaba tan difícil papel. Con la muerte de mi padre su situación se hizo mucho más delicada, pues papá

legó a Berta toda su inmensa fortuna, bajo una condición... ¡no se podía volver a casar! Si ella lo hacía, sus

bienes pasarían a mis manos cuando fuera mayor de edad y siempre que hubiera contraído matrimonio. De no cumplirse estas dos cláusulas, la fortuna sería repartida entre

ambas.

¿Por qué estableció en su testamento esas cláusulas tan extrañas? Porque papá, que adoraba a Berta, quería que

le fuera fiel hasta la muerte, y porque quería que yo me casara joven, como lo hizo mi madre, calculando que de

este modo mis hijos tendrían protegida su infancia.

De todos modos, ésta su última voluntad creaba entre Berta y yo un indefinible malestar. Con esto, además, au-

mentaba la desconfianza que yo sentía por mi seductora y joven madrastra (disimulada por mi cuidadosamente,

puesto que no tenía pruebas en qué fundar este sentimiento instintivo), contribuyendo a ser a cada instante

injusta con Berta, a pesar de que yo, por mi parte, me dejaba rodear de su inalterable benevolencia y bondad.

Después de la muerte de papá, Berta no había dejado de repetirme que ella no se pensaba volver a casar.

—Prefiero seguir la obra iniciada por tu padre.

Papá, que adoraba a los niños y que sufría cuando los veía abandonados, había fundado una institución de asis-

tencia a la infancia desvalida. Esta sociedad, por desgracia, a la muerte de su iniciador, había quedado paralizada.

Me pareció que en el fondo del generoso gesto de Berta

Un corazón juvenil
entre dos amores...

Y en un día de
vacaciones en la
montaña, el destino
implacable es el
que decide.

se ocultaba el deseo egoísta de no perder la fortuna a causa de su nuevo matrimonio. No obstante, al cabo de algunos meses, se dejaba cortejar por Germán, un joven ingeniero de treinta y seis años, a quien había conocido durante unas vacaciones en la montaña. Era bastante atrayente, con su irónica sonrisa de superioridad y sus aterciopelados ojos oscuros. Al principio yo lo había acogido con bastante reserva. No me gustaba mucho. Pero, al poco tiempo, ya no venía solo a nuestro departamento, sino que lo acompañaba Lorenzo, el "silencioso", y que demostraba una cariñosa admiración por mí. Desde entonces ya no encontraba que eran ni tan

Vamos, ya hablarán ustedes de diamantes más tarde. Ahora salgamos, pues ya estamos retrasados. Y nos fuimos apenas le devolví las alhajas a Berta. Aun sin las soberbias joyas (salvo el collar, que Berta insistió que lo usara), aquella tarde tuve el don de atraer las galanterías de Germán, quien apenas puso atención en mi madrastra. Sin embargo, ella se veía resplandeciente de belleza, cosa que se notaba por las miradas que le lanzaban los hombres. En cuanto a mí, después de que me dije "qué caprichoso es este Germán", confieso que me dejé hacer por él la corte. ¿Qué muchacha no experimenta un delicioso placer al escuchar que le dicen hermosa? Sobre todo si este joven tiene talento y atractivo, como era el caso de Germán. Toda la tarde barajó una conversación interesante. En un momento en que estuvimos separados de los otros, se atrevió a decirme:

—¿Por qué te has puesto ese traje sastre, Merceditas?... Claro está que es encantador, pero me privas del placer de cubrirte de besos tus preciosos hombros.

Me esforcé por reír y ocultar mi turbación. Sin embargo, enrojecí ante esta declaración audaz, casi vulgar, y traté de reunirme con Berta y Lorenzo. Germán me lo impidió cogiéndome del brazo y casi obligándome a permanecer a su lado. Al día siguiente me sorprendí al ver que vino a buscarme a la universidad, sitio en que yo cursaba mi tercer año de leyes.

—Pasaba por aquí, y te suplico que aceptes ir conmigo a tomar el té.

Quedé aún más sorprendida cuando, después de la entrevista del día anterior, volvió a cortearme en forma mucho más decidida.

—Merceditas, estoy locamente enamorado de ti —me dijo—. Lo he descubierto sólo ahora, y quisiera recuperar el tiempo perdido.

—¡No te rías, Germán, pues, según creo, lo que vas a ser pronto es mi padrastro! —le contesté en broma.

—¿Qué dirías si en vez de eso me transformara en el yerno de Berta?

—¡Que no tienes seriedad y que sólo eres una veleta! Precisamente por la alegría de su carácter era por lo que, a mi pesar, empezaba a desear su compañía. En todo caso, más que la del "silencioso" Lorenzo, quien parecía ser muy torpe para luchar en las guerras del amor.

—Me parece que Germán te demuestra demasiada simpatía —me dijo un día Lorenzo, que vino sin su amigo.

—¿Celoso?

—Tú eres libre —me respondió simplemente.

Se notaba que estaba sufriendo. ¿Por qué no me hablaba claro de una vez por todas? No era yo quien debía decirle que lo amaba.

(Continúa en la pág. 25)

El DESTINO DECIDE

frecuentes ni tan pesadas las visitas de Germán. Amaba a Lorenzo. A su lado me sentía segura, aunque, por otra parte, no dejaba de inquietarme por su carácter taciturno y reservado. ¿Qué se ocultaba detrás de ese mutismo y de esos ojos azules? ¿Timidez, pudor o amor propio? Un día en que me dió a entender con medias palabras que se consideraría muy feliz si lo aceptaba como mi marido, me dijo:

—¿Cree ser feliz, Merceditas, junto a un hombre incapaz de decir una galantería?

Aparenté no comprender lo que me insinuaba, pues yo, en realidad, me preguntaba con asombro si los sentimientos que experimentaba por él iban más allá de una mera simpatía.

Por el momento, los cuatro permanecíamos a la expectativa, cosa no exenta de encantos. El placer que sentíamos saliendo juntos era bastante agradable como para que ni Berta ni yo pensáramos precipitar los acontecimientos.

Aquella noche esperábamos a nuestros amigos para asistir a una función organizada a beneficio del asilo infantil. Iba yo a preguntarle a Berta más detalles respecto a lo que le había dicho Germán, cuando nuestros dos amigos se hicieron anunciar.

Llegaron correctamente vestidos. Ambos tenían gran prestancia y se complementaban maravillosamente. Se les habría podido llamar: Juan que ríe y Juan que sueña.

—¡Me horroriza estar disfrazado de pingüino! —dijo Lorenzo al saludarnos.

Germán se encaminó hacia mí, que aun llevaba puestas las joyas que me había prestado Berta.

—Merceditas, te ves divina! Déjame admirar esta feliz conjunción (que se consigue rara vez), en la que rivalizan el esplendor de la juventud con el brillo de las joyas. Por cierto que, en este caso, las eclipsadas son las alhajas.

—¡De todos modos gracias, Germán! —respondió Berta alegremente, mientras Lorenzo cambiaba de tema para disimular su confusión.



"...y le escribí diciéndole que aceptaba casarme con él."





El
molde
de la
semana



Ofrecemos a nuestras lectoras una selección de vestidos de media estación. Como molde de la semana presentamos un vestido combinado en blanco y negro, con un bonito cuello. Para confeccionarlo se necesitan 2,40 metros de tela que tenga 1,40 de ancho, y de cuadrillé se necesitan 1,40 de tela que tenga 90 centímetros de ancho.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo escuela no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones. El valor del molde de esta semana es de \$ 15.—

**PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones**



Cambia

**DE COLOR SU VESTIDO
CON ANILINAS SUIZAS
MONTBLANC**

30 colores de moda.
Sin trabajo, en 1/2 hora
su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD.
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTL. AMERICANA

LA FLORIDA

La especialidad de la casa en: hermosas batas, lindas mananitas, preciosas combinaciones, primorosas blusas, zapatillas, trajes de baño y todo lo delicado y fino para un regalo femenino.

OFERTA ESPECIAL PARA LAS NOVIAS

Un hermoso juego de seis piezas, compuesto de: camisa de noche, combinación, calzón, bata acolchada, moñenito, zapatillas de rosa, todo en

\$ 6.500.-



REEMBOLSOS A PROVINCIAS

ENVIANDO EL 25% DE SU VALOR.

COMPANIA 1078 (ENTRE AHUMADA Y BANDERA, AL LADO DEL CINE PLAZA) - CASILLA 9695 - FONO 84332 - STGO.

De antemano sabía que esas serían sus palabras, pues el amor que ambos sentíamos era sincero y grande; pero los matrimonios deben tener hijos.

Mi hijo o mi vida

(Continuación de la pág. 17)



Todo hombre necesita hijos, y especialmente cuando son del tipo de Jaime. Tenía que decidir por él y por mí, y nadie en el mundo podía ayudarme.

Cierto era que no tenía derecho a matarme; pero el doctor Brand había dicho que existía la posibilidad de que por un milagro pudiéramos sobrevivir el niño y yo. Mi cabeza era un torbellino de confusión.

Por un lado estaba ese hijo que Jaime y yo deseábamos tan vehementemente... y el peligro de muerte, y por el otro habría una vida de amor compartido entre Jaime y yo, pero nuestro hijo no nacería. En ambos casos había mucho que perder.

Y no debía perder tiempo. Debía decidirme de inmediato. ¡Mi hijo o mi vida! ¿Qué habrías hecho tú, lectora?

Volvi al día siguiente donde el doctor Brand. Tenía extendido sobre el escritorio el electrocardiograma y había consultado la opinión de los mejores especialistas del país. Me dijo:

—Ya lo ve, señora; temo haber estado en la razón; no puede tener familia.

—¿Es seguro, doctor?

—Bueno... no; a veces ocurren milagros; pero no le aconsejamos correr el riesgo —se detuvo y sus ojos me contemplaron con mirada llena de piedad y comprensión.

—Doctor, voy a caminar un rato. Luego volveré. Necesito pensar a solas en esta situación.

Caminé bajo el cálido sol de verano hasta llegar al parque. Me senté en un banco, junto a los prados. Todas estas cosas tan hermosas, el sol, las flores, la brisa que soplaba suavemente..., los besos de mi marido, ¿podría abando-

El amor es plata al contado. Un pobre diablo que tiene el amor en sus manos, es más rico que un banquero.

ARSENE HOUSSEY.

narlas? Podía no tener hijos, pero necesitaba a Jaime. ¡Nadie podía culparme por hacer lo que iba a hacer! Caminé rápidamente hacia la oficina del doctor Brand. Al verle le dije sin vacilar:

—Doctor, quiero terminar esto pronto; voy a seguir su consejo.

Abandoné su oficina sintiéndome muy extraña. No me atreví a volver a mi casa y me dirigí nuevamente al parque. Al experimentar una vergüenza interior tan grande, recurrí al cielo, diciendo: "¡Dios mío!, ¿qué debo hacer?" La respuesta llegó a mi alma dulcemente, como si siempre hubiera sabido dentro de mí cuál sería ésta: "Haz lo que crees justo y ten confianza en la misericordia divina".

Toda la vida había luchado por ser normal, y Dios me había recompensado otorgándome la felicidad y el amor. Ahora debía confiar en Él.

Tal vez tendrán razón las mujeres que en mi caso deciden no tener su hijo; no me atrevería a culparlas por ello; pero yo sabía ya cuál sería mi proceder.

Volvi a la oficina del doctor Brand, quien quedó muy sorprendido de verme nuevamente:

—Doctor, he decidido tener mi hijo y confiar en Dios. Me contempló en silencio un largo rato, luego tomó mi mano entre las suyas y me dijo:

—Si tiene el valor de tener su hijo, señora, haré cuanto esté de mi parte para que no surja ningún tropiezo y para hacer posible un milagro.

Esa noche le dije a Jaime mi resolución, y él también permaneció silencioso un largo rato; luego me atrajo hacia sí y me dijo:

—Trataré de tener tu fe; atravesaremos esta agonía juntos. Y así lo hicimos. Cuando me llevaron en la camilla a la sala de operaciones, Jaime estaba a mi lado, y su rostro fué lo primero que vi cuando recobré el conocimiento, y me pasaron a nuestra hija para que la conociera.

Ahora tenemos una hermosa y saludable niña. Jaime y yo creemos que nuestra decisión fué una inspiración divina. Confié en Dios, y, con la ayuda de mi médico, nació normalmente mi hija y salvé mi vida. Corrí un riesgo que tal vez otra mujer no se habría atrevido a correr; pero mi confianza en Dios era inmutable, y la recompensa ha sido una inconmensurable felicidad...





El destino decide

(Continuación de la pág. 21)

Entretanto, mi intimidad con Germán progresaba día a día. Una tarde en que tuve la debilidad de dejarlo que se sentara a mi lado en el sofá, de improviso me cogió entre sus brazos. Es imposible describir la turbación que me produjo este inesperado proceder. En ese preciso momento entró Berta. Germán en el acto volvió a recobrar el aspecto mundano y desenvuelto que lo caracterizaba. En cuanto a mí, menos dueña de disimular mis impresiones, me quedé cortada. Sin duda Berta se dio cuenta de todo, porque apenas se marchó Germán, me dijo:

—Merceditas, tú sabes muy bien que a mí no me gusta ni tengo derecho a moralizarte, pero no puedo dejar que corras hacia un abismo sin advertírtelo. Desconfía de Germán, que

y ahora tú puedes proceder según tu gusto.

Esta advertencia me habría inquietado si yo no hubiera atribuido los celos de Berta a su despecho al ver que Germán me prefería a mí. Además, todo era demasiado absurdo e interesado como para hacer caso de sus consejos. Pasaron algunas semanas... deseosa de dejar madurar, sin demasiada prisa, el sentimiento que nacía entre Germán y yo. Y también porque estaba hasta cierto punto comprometida con Lorenzo. Decidí entonces arreglarme para no estar a solas ni con uno ni con el otro. Había sólo un cambio: Lorenzo se mostraba cada momento más preocupado y sombrío. Germán, más y más confiado.

Llegó el mes de julio, y con él las vacaciones para nuestros amigos. Lorenzo y Germán pertenecían al club de esquí y se volvían locos por este deporte. La víspera de la partida para entrenarse, a fin de tomar parte en las competencias, cada uno de ellos —por separado— me rogó que tomara al fin una decisión. Hasta el taciturno Lorenzo llegó a mostrarse relativamente elocuente. En cuanto a Germán, me aseguró que estaba seriamente amenazado de ponerse neurasténico, porque, según él, se pasaba las noches en blanco recordando el día en que me había abrazado... A mis dos pretendientes les prometí que durante su ausencia le preguntaría a mi corazón.

Aun no hacían tres días que habían partido de vacaciones, cuando yo añoraba las fantasías y el carácter alegre de Germán.

¿Qué debía resolver? Bajo la fogosa mirada de los aterciopelados ojos de Germán me sentía seductora y llena de encantos. En cambio, junto a Lorenzo me volvían las dudas y las vacilaciones. Es verdad que él era más tranquilo y más sereno, más estable que Germán, y tal vez en los grandes problemas de la vida encontraría a su lado un valioso apoyo. Pero la vida, ¿no está formada más bien de una serie de pequeños hechos, que de crisis emocionales? ¿Y no sería mejor compañero, tal vez, el que lograra hacerla más agradable y llevadera?

Pensando en todo y después de haber reflexionado cuidadosamente sobre el partido que debía tomar, resolví al fin ceder a la atracción que me impulsaba hacia Germán, y le escribí diciéndole que aceptaba casarme con él.

El mismo día y en el mismo correo le comuniqué a Lorenzo, con la mayor dulzura posible, que renunciara a sus pretensiones.

Libre de dudas y de los escrúpulos que antes experimentaba, mi espíritu se tranquilizó, a pesar de comprender la tristeza que le produciría a Lorenzo mi carta.

Pero mi tranquilidad fué muy efímera. Veinticuatro horas más tarde recibí unas pocas líneas de mis dos amigos anunciándome que partirían montaña adentro. Al día siguiente me llegó un telegrama que, con terrible lacónismo, decía:

Germán cayó en un precipicio. Estado desesperado. Lorenzo.

—¡Berta!

Lancé este grito como un llamado de socorro. Después me vino una crisis nerviosa que casi no pude soportar. La caída se había producido exactamente el mismo día en que Germán debió haber recibido mi carta. ¡Qué espantosa coincidencia!

De pronto surgió en mí una terrible sospecha. ¿Se trataría de un accidente? ¿O de una caída provocada por

(Sigue a la vuelta)

SU CUTIS

cuidelo con esmero



La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.



Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.

crema macker



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado

con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula las tejidas, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sabrosa y deliciosa fragancia, su asombrosa suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.



Jabón

NIVEA

El lenguaje de los colores

TAL VEZ ignoras que los colores poseen un significado. A continuación damos algunas interpretaciones que te entretendrán:

El rojo expresa el ardor; el rojo obscuro, la violencia; el rojo vivo, el amor ardiente; el azul, la ternura; el naranja, la alegría; el verde, la esperanza; el amarillo, la desgracia; el café, la desconfianza; el violeta, el dolor; el blanco, la pureza, la lealtad; el gris, el profundo dolor; el negro, el duelo, la tristeza; el rosa, la belleza, la juventud.

está fingiendo amarte y que sólo lo hace por interés.

Yo estaba segura de que, el día menos pensado, Berta, furiosa al ser desafiada por su pretendiente, buscaría la ocasión para desacreditarlo ante mis ojos. Por eso me limité a preguntarle: —¿Puedo saber por qué me dices eso? —Te lo voy a explicar. ¿Te acuerdas que un día te hablé de una seria conversación que tuvo Germán conmigo? Creí entonces que era mi obligación decirle que se fijara en la cláusula del testamento, por la cual la fortuna pasaría a ti en caso de que yo me casara... Inmediatamente después de saberlo, cambió de actitud conmigo. Comprendió en el acto que era contigo con quien tenía que casarse si quería atrapar el dinero de la herencia. Al oír esto enrojecí.

—¿Así es que no admites que mis encantos personales puedan, por sí solos, seducirlo?

—Desde luego que pueden... pero, querida niña, te estás poniendo una venda en los ojos —respondió Berta con voz cansada—. Yo te lo advierto,

*Usted
puede
protegerse
contra el*

Cutis Seco

Bien sabe usted cuáles son los ingratos efectos del cutis seco: arruguitas alrededor de los ojos, cerca de la nariz, en la comisura de los labios, "patas de gallo", aspecto general "gastado". ¡Signos alarmantes de vejez prematura! Creada especialmente para combatir el cutis seco, la crema Pond's "S" lo suaviza y lo hace aparecer más joven.



La Crema Pond's "S" contiene lanolina, la substancia más similar a los aceites naturales de la piel; está homogeneizada y contiene, además, un emulsionante especial de eficaz acción suavizadora.



EXIJA EL POTE GIGANTE
ES MAS ECONOMICO.

AL ACOSTARSE:

Limpie primero su cutis con Crema Pond's "C" y aplique luego abundantemente Crema Pond's "S" sobre el rostro y cuello. Si es posible, déjela toda la noche.

DURANTE EL DIA:

Extienda una fina capa de Crema Pond's "S" sobre el rostro. Su cutis se mantendrá fresco, terso... ¡admirable!

Lorenzo, que también recibiría antes de partir la noticia de mi rechazo? ¿No serían sus celos los que lo habían impulsado a eliminar a su terrible rival?

Cuando Berta acudió a mi llamado, le leí el telegrama.

—Parto en el primer tren —le dije.

—Te acompañaré. No quiero que hagas sola un viaje tan triste.

¡Pobre Berta! Procedía conmigo como una madrastra buena y afectuosa, y, no obstante, yo siempre le atribuía segundas intenciones. "Ella me acompaña, como los buitres, para repartirse el cadáver", me dije, cegada por mi dolor.

Sin embargo, acepté su compañía y le agradecí su solícito interés. La misma tarde tomamos el tren hacia la montaña.

¡Qué viaje más desagradable! No pude pegar los ojos en toda la noche. Me parecía que el tren no se movía de donde estaba, y con la nariz siempre pegada al oscuro cristal de la ventanilla, miraba sin ver el paisaje iluminado por la luna.

Después de esta interminable noche llegó un alba nebulosa y húmeda. Poco después entró el tren en la estación. Lorenzo nos estaba esperando. Se adelantó y me dijo:

—Germán está mejor, casi fuera de peligro, pero...

—¿Pero qué? Dime pronto. ¿Quedará inválido?

—No. Solamente que el golpe le ha hecho perder momentáneamente la memoria.

—¿Estás seguro de que será algo momentáneo?

—Los médicos así lo afirman.

Sentí con toda la injusticia de un corazón femenino, que, en lugar de sentirme feliz porque se había salvado, me interesaba más saber si perdería la memoria para siempre.

Lorenzo me tranquilizó. En seguida le pregunté respecto a cómo había ocurrido el accidente.

—No hay nada que contar —murmuró con voz triste—. Todo sucedió tan pronto, y se debió al mal tiempo y a que la niebla nos impidió ver bien el camino.

Con voz visiblemente emocionada, Lorenzo eludía seguir hablando del asunto. Al escrutar en sus ojos la verdad de lo ocurrido, vi que al mirarme brillaban con un tenue destello de alegría. Ante su expresión, sentí una extraña piedad por el mal que mi carta debió hacerle. Y ya en parte tranquila por Germán, le murmuré:

—¡Mi pobre taciturno!

—Estoy muy contento de que ahora no tengamos obstáculos para amarnos

—me dijo, cogiéndome del brazo y al notar mi voz enternecida.

—¡Pero, Lorenzo! ¿Cómo te atreves...?

—y retiré el brazo, indignada—. ¡Me irrita tu cinismo!

Y la idea de que el accidente lo había provocado él surgió ante mí por sus increíbles palabras.

—¡Eres realmente muy poco noble! Sabía que eras serio y concentrado; pero te creía bueno... Además, jamás dudé de tu amistad. Pero ahora veo que tienes la osadía de demostrar tu desvergüenza en el momento en que comprendes que la persona que tratabas de suprimir se debate entre la vida y la muerte. —Comencé a llorar—. Andate para siempre; ¡no quiero verte nunca más!

Lorenzo me escuchaba pálido y asombrado ante mi brusco enojo. ¿Había supuesto el cobarde que todo se arreglaría tan fácilmente?

—Pero, Merceditas... —balbuceó—. No llego a comprenderte. Tú me habías dado a entender que...

—¿Entender qué? ¿Que me casaría contigo?

Me cogió del brazo en medio de la estación y delante de todos los pasajeros. Felizmente, Berta vino en mi ayuda.

—Ven conmigo, Lorenzo, y dejemos que Mercedes vaya al hospital a ver a Germán. Ya volverán a conversar ustedes cuando estén más calmados. Sin duda, la palidez y el convulsivo temblor de las mandíbulas de Lorenzo aumentaron el miedo de Berta, pues lo arrastró hacia afuera del brazo, diciéndome antes de salir:

—Después te veré en el hotel.

—Muy bien —fué mi respuesta.

Por el momento lo que deseaba era ir lo más pronto posible a ver a Germán.

¡Ah, en qué lastimoso estado lo encontré! Tendido en una angosta cama de hierro y con una huraña expresión en sus ojos...

Cuando entré, me miró sin reconocerme. Una estática sonrisa vagaba por sus labios cuando murmuró con humilde y extraña voz:

—Gracias por haber venido. Señora... La enfermera me hizo una seña para que no tratara de forzarlo obligándolo a reconocerse.

—El golpe ha sido muy violento y conviene dejarlo descansar. La memoria la irá recuperando poco a poco —me dijo, mientras me acompañaba a la puerta.

¿La lograría recuperar? Lo empezaba a dudar, al ver que durante los quince días en que no me aparté de su cama no tenía ninguna mejoría. Me separaba de su lado sólo unos instantes para ir al hotel a cambiarme de ropa y a comer cualquier cosa.

—¿Has venido... después del accidente?

La memoria surgió en él de lleno, irrumpiendo como un torrente que se escapa de pronto por una brecha con la fuerza de un remolino. Tenía los ojos desorbitados, sus manos se crispaban sobre las sábanas y su mirada parecía que aun veía el abismo en que había caído.

—¿Hace mucho tiempo que estoy aquí?

—me preguntó con ansiedad.

—Algunos días, Germán. Pero, procura serenarte.

—Habrás visto, naturalmente, a Lorenzo —agregó con acento extraño.

—Sí, lo he visto.

—Y éste, seguramente, habrá aprovechado que yo no podía hablar para decirte que traté de empujarlo hacia el abismo, ¿no es así?

¿Estaba delirando? ¿Qué significaban aquellas palabras? Muy preocupada por el enojo que había en su voz, preferí guardar silencio y dejarlo continuar.

—...y que fué por defenderse que me empujó a mí.

Una espuma de rabia apareció en sus labios. Se veía siniestro, con las manos empuñadas y como recordando la lucha sostenida con su rival.

—Pero lo que te ha dicho Lorenzo, es el gran pesar que siento de no haber sido más afortunado. Cuando pienso que yo estoy preso aquí, en la cama, mientras él triunfa y se va a casar contigo, me muero de rabia. ¡Pero, sábelo, él también te quiere sólo por tu dinero!

Me quedé anonadada, incapaz de hablar. ¿Por qué Germán había querido

El destino decide



ramiento—. Es muy sencillo: ahora, a Dios gracias, me he dado cuenta que eres un hipócrita y que Lorenzo es el mejor de los hombres.

Todo esto se me escapó espontáneamente. ¿Podría yo confesarle que sólo a la casualidad debía él haberme librado de sus garras?

—Ahora que acabas de recuperar la memoria, ya puedo dejarte solo... —añadí, levantándome—. ¡Adiós, Germán! ¡Sin duda, que los remordimientos te darán la compañía que mereces! —y salí dando un portazo.

¡Sin embargo, Germán no sufriría demasiados remordimientos! En cambio, yo me sentía atormentada frente a Lorenzo y a Berta, y, por fin, comprendía que sus consejos habían sido sanos y desinteresados. ¿Cómo me había podido enceguecer hasta ese punto!

Entré en el hotel e hice febrilmente mi maleta. Deseaba partir inmediatamente. Iría a buscar a Lorenzo. Sería franca con él y le confesaría mi error...

Pero, al salir para la estación, me invadió de pronto una terrible duda. ¿Me atrevería a decirle que lo amaba, después de haberlo hecho sufrir tanto? ¿Y él, decepcionado, me querría

AMORES INMORTALES

PABLO Y VIRGINIA

Tal como Dafnis y Cloe, Pablo y Virginia crecen juntos en paisajes encantados. La isla Mauricio, llamada después Isla de Francia, es el marco de sus amores. Estos dos jóvenes candidatos al amor gustan encontrarse en las encrucijadas de los bosques, a la hora en que el sol envía sus últimos rayos. Todo es hermoso y bueno, y los pájaros cantan la alegría de vivir y de amarse.

Cada vez más, "Virginia se sentía agitada de un mal desconocido, una languidez universal abatía su cuerpo". En medio de esa rica y coloreada naturaleza, Virginia lucha contra sus sueños.

Viéndola tan preocupada, Pablo se inquieta afectuosamente: "La verdura, como las rocas, los pájaros cantan cuando nos ven, todo es alegre a tu alrededor: sólo tú estás triste".

—¡Oh Pablo! ¡Oh Pablo! —le dice ella—, tú me eres mucho más querido que un hermano. Cuánto me ha costado para rechazarte lejos de mí. Ahora, me quedo, parto, vivo y muero, haz de mí lo que tú quieras.

Mas cuando él intenta tomarla en sus brazos, ella se escapa, huye.

Después, en un naufragio, para no sacrificar nada a su pudor, Virginia prefiere hundirse.

Murió sin haber amado: ¡ella que era todo amor!



La primera tarde conseguí permiso para quedarme velando durante la noche al lado de Germán. Cuando volví al hotel, el portero me entregó una carta de Berta que decía:

Creo que mi presencia es ya inútil aquí. Me voy con Lorenzo. El muchacho está tan impresionado, que no he querido dejarlo solo. Escribe dándome noticias.

—Ella es muy capaz de enternecerse con un asesino", pensé con pena.

En cuanto a mí, no presté casi ninguna atención a este viaje de mi madrastra. ¡Estaba tan de lleno ocupada en cuidar a Germán! Me contenté entonces con pensar que era mejor así, sin saber bien hacia quién dirigía mi pensamiento.

Pasé aún mucho tiempo entre la esperanza y el temor, ayudando en vano a que Germán recobrase al fin la memoria. De pronto, una mañana se incorporó en el lecho y, pasándose la mano por la frente, me dijo con asombro:

—¿Eres tú, Mercedes?

—Sí, Germán.

suprimir a Lorenzo? Lo lógico del hecho me anonadaba: lo debía haber realizado el pretendiente que rechazé y no el que elegí.

¿Qué pensar entonces? El rostro de Lorenzo vino a mi imaginación, superponiéndose al de Germán. En un instante de repentina lucidez, acabé de comprender lo que había pasado.

—¿Me explicarás al menos, este súbito cambio expresado en tu carta, cuando yo tenía toda la razón para creer que era a mí a quien tú querías?

Todo era ahora claro: al escribir a estos muchachos, con mi estúpida manía de comprobar cincuenta veces si me podía haber engañado de destinatario, equivoqué los sobres de las cartas. ¡Y así, cada uno había recibido la correspondiente al otro! Vi que la cara de Germán demostraba en esta ocasión lo que era: malo, interesado, vengativo... En tanto que Lorenzo, por el contrario, se había mostrado tan generoso que ni siquiera había acusado a su amigo por su proceder de homicida. Demasiado discreto tal vez, pero, ¿qué importaba si este silencio sólo ocultaba sus nobles sentimientos?

—Te voy a explicar —dije con acalor-

aún? Mi primer impulso me pareció muy natural, pero pensando con más calma, creía imposible realizarlo. Y, además, ¿quién sabe qué extraña maldición pesaba sobre mí, desde que mi propio padre me había puesto bajo una situación extraña? ¿Cómo podía saber si a Lorenzo sólo le interesaba mi dinero, tal como lo había insinuado Germán?

El también, por otra parte, había demostrado mucha prisa en casarse conmigo, o sea, antes de que cumpliera los veintidós años. Pero el hecho de que Germán se hubiera revelado interesado hasta el punto de intentar un crimen, no probaba que Lorenzo fuese, fatalmente, un muchacho sincero y desinteresado.

Al considerar estas ideas tan contradictorias, decayó mi ímpetu y después de dudas desesperadas, acabé por irme a refugiarme en la casa que mi madrastra tenía en el campo.

En cuanto llegué le escribí excusándome humildemente por mis suspicacias y pidiéndole, de todo corazón, que me perdonara. Le conté la equivocación

(Continúa en la pág. 34)

EL AUTOMOVILISTA debe tener una VISION PERFECTA



CONSULTE
PERIODICAMENTE
A SU MEDICO
OCULISTA

OPTICA S
HAMMERSLEY
SANTIAGO - VALPARAISO
ATENCION PERSONAL
EN PROVINCIAS



Señor,
no rabie,
el Lubricante
Doméstico Shell
es ideal para
lubricar bisagras,
ventiladores,
máquinas de escribir,
escopetas...

Use
**Lubricante doméstico
SHELL**

CAPITULO XIII

UNA idea vaga se esbozaba en la mente de Shayne. Aún no estaba clara. No sabía exactamente qué era o qué podía probar, pero era algo que inconscientemente lo preocupaba desde la mañana cuando él y Gentry hablaron por teléfono con Bates a Wilmington. Llegó hasta su automóvil y se sentó un momento frente al volante. En medio del torbellino de acontecimientos sucedidos después de la muerte de Carroll no había tenido tiempo de llegar hasta su hotel. Como ya era tiempo de hacerlo, en vez de dirigirse directamente al Commodore se encaminó hacia su departamento.

El empleado de la recepción, que conocía a Shayne desde hacía muchos años, lo recibió amablemente:

—¡Feo el asunto que sucedió anoche a las dos dieciséis, señor Shayne! ¿Ha sabido algo nuevo respecto al crimen? Sus ojos advirtieron la herida del detective y empezaba a dibujarse una sonrisa en sus labios cuando Shayne exclamó con enojo:

—¡Lástima que Dick estuviera enfermo anoche! ¡El idiota que lo reemplazaba ni siquiera fué capaz de advertirme que estaba llamando a un muerto cuando le pregunté por Carroll!

—Lo sentimos mucho —murmuró el empleado, bajando la voz, al ver que una pareja se acercaba al escritorio.

—Y algo que quiero decirle en privado. Dick telefonó esta mañana y me dijo que había tratado de hablar con usted a las diez en su oficina, pero que no le contestaron.

Shayne recordó el llamado que no pudo contestar por habérselo impedido la torpe intervención del policía Gene Benton.

—¿Qué quería decirme Dick?

—Algo que le preocupó al oír que el señor Carroll había sido asesinado. El pensó que podía ser importante, pero Dick no se lo contará a la policía hasta que usted no le dé el conforme. Es respecto a su ayudante, que estuvo la semana pasada en el departamento del señor Carroll.

Sólo la contracción del músculo de su mandíbula denotó el interés que tenía Shayne. Conque así era. Eso era lo que lo estaba incomodando.

—¿Mi ayudante? —preguntó suavemente el detective—. Pensé que todos ustedes sabían que yo trabajo solo.

—Dick no me explicó mucho más —dijo el empleado disculpándose—. Eso fué todo lo que dijo. Usted tuvo un ayudante hace un par de meses, ¿se acuerda? Usted lo trajo aquí y nos ordenó dejarlo entrar en su pieza siempre que lo solicitara.

—Sí, Nash —replicó Shayne con la mirada brillante—. Durante un par de semanas en enero. ¿Y la semana pasada estuvo por aquí preguntando por Ralph Carroll?

—Dick no dijo que fuera él. Sólo que era su ayudante. Por cierto, que todos sabemos que usted trabaja solo, pero me acuerdo que tenía en esa fecha un ayudante y...

—Ya me acuerdo —cortó Shayne, impaciente—.

—¿Cuál es el número de la casa de Dick?

—Ahora no lo va a encontrar, señor

UNA NOCHE

Shayne. Lo llevaron al hospital para operarlo al mediodía. Sólo me pidió que le dijera que había mantenido reserva en ese sentido y que nada diría a menos que se lo ordenara. Shayne dejó un billete de diez dólares encima del escritorio.

—Gracias, mándale a Dick unas flores a mi nombre —y salió corriendo para ir al hotel de Nora Carroll.

Se detuvo frente a la oficina de informaciones del Commodore y preguntó el número de la pieza de la señora Carroll. El empleado se lo dio y le indicó un teléfono:

—Si quiere hablar con ella, tal vez tenga que esperar —le sugirió el empleado—. Me parece que está con una visita.

Shayne se acercó al teléfono, levantó el fono y dijo:

—Pieza trescientos sesenta. Y Nora Carroll respondió inmediatamente:

—Habla Michael Shayne. Estoy abajo. Subiré inmediatamente.

Cortó antes de que ella pudiera contestar o disculparse y se dirigió hacia el ascensor. Se detuvo en el tercer piso un minuto después de haber avisado su llegada. Treinta segundos más tarde estaba frente a la pieza 360.

Un grito de pánico respondió a su llamado:

—¡No, Ted! ¡Dios mío! ¡No! —La voz de Nora Carroll repercutió en los oídos de Shayne seguida de un disparo.

Trató de abrir la puerta, pero no cedió. Se echó hacia atrás, listo para darle un empujón con su hombro izquierdo, cuando ésta se abrió de par en par. Nora Carroll, de pie, con el pelo revuelto, lucía un aspecto de miedo y horror. Lágrimas resbalaban por sus mejillas. El acre olor a pólvora surgía del cañón de una automática del 45 que había en el suelo, al lado del cuerpo de un hombre tendido sobre la alfombra.

—¡Traté de impedirlo! ¡Hice todo lo posible! —gritó la mujer, sollozando.

Shayne estaba a su lado sujetándola por la cintura. Miró sombríamente el cuerpo del hombre que había tratado de matarlo, en el asiento delantero de su automóvil, nueve horas antes. La sangre manaba de un agujero en la base de su garganta, justo debajo del mentón.

Cerrando la puerta de un puntapié, Shayne condujo a la desesperada viuda hacia la cama, donde la depositó gentilmente.

—Llore mientras llamo a la policía. Pero antes dígame una cosa. ¿Es éste Ted Granger?

—Sí. El... él... —La voz de la señora Carroll se quebró en sollozos y se cubrió la cara con ambas manos.

Shayne cogió el teléfono del velador

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Shayne y Gentry tienen una entrevista con el abogado Bates de Wilmington y quien lo interroga es el detective. Juntos establecen los hechos y llegan a la conclusión de que es preciso saber exactamente quién fué el que voló esa noche de Miami a Wilmington usando el nombre de Michael Shyne.

MISTERIOSA

POR

BRETT
HALLIDAY

y pidió el número privado de Will Gentry.

Cuando contestó, el inspector le dijo: —Shayne, Will. Estoy con la señora Carrol en la pieza 360 del Commodore, y Ted Granger yace en el suelo...

muerto. Escuchó un momento y luego irrumpió impaciente:

—Así parece. Trataré de calmar a la señora Carrol para que esté lista a contestar tus preguntas cuando llegues. Creo que si no se ha ido Bates es mejor que lo traigas también.

Colgó el fono y se quedó de pie dándole la espalda al cadáver y contemplando a la histérica viuda echada sobre su cama. La herida le dolía y las sienes le palpitaban con golpes rítmicos. Sin hacerle caso, se volvió para examinar la pieza.

El muerto estaba en mangas de camisa. Su chaqueta y sombrero yacían en una silla cerca de la puerta. Todo se veía limpio y ordenado y no había indicios de lucha o violencia.

Shayne encendió un cigarrillo, caminó alrededor de la cama donde se encontraba Nora y se sentó. Se puso a mirar a la mujer que se agitaba entre desgarradores sollozos. Aspiró una gran bocanada de humo, recordando la primera vez que la había visto, completamente desnuda, su silueta recortada por la luz tenue de la puerta abierta de su departamento.

De pronto la cogió de los hombros y le dijo con voz cortante:

—¡Basta de teatro! El hombre está muerto y eso hace dos cadáveres en menos de doce horas. Pero todavía queda Margrave.

Los sollozos cesaron un momento y permaneció rígida. En seguida se enderezó apoyándose en un hombro y lo miró extrañada.

—¿Qué quiere usted decir?

—No olvide que Margrave es ahora el dueño del invento —respondió cínicamente Shayne—. ¿No fué por eso que lo dejó para irse con Ralph?

—No entiendo lo que me insinúa.

—Estoy seguro que sí.

Nora Carrol se volvió a sumir en su desesperación y las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas.

—¿Cómo puede decir cosas así, cuando Ted está... cuando yace en el... suelo? —preguntó entre sollozos.

—Bueno, dejemos las cosas ahí. Me imagino que ahora da lo mismo.

Al escuchar pisadas en el corredor, Shayne se levantó y se dirigió a la puerta para recibir a Will Gentry y al abogado Bates. Los seguían algunos oficiales de la brigada de homicidios, un empleado del hotel y algunos curiosos.

—Entre con su libro de anotaciones, Jervis —ordenó Gentry a un oficial joven—. Usted también, Bates. El resto espere hasta que yo llame.

Cerró la puerta y miró el cuerpo de Granger, en seguida a Shayne. Finalmente a la cama donde Bates trataba de consolar a la señora Carrol.

El oficial Jervis se sentó junto a la mesa, listo para escribir en su libro de anotaciones.

—Escriba —ordenó Gentry—. Declaración de Michael Shayne —se volvió al detective y esperó.

—Me vine para acá directamente de tu oficina. Llamé a la señora Carrol desde abajo y le dije que subiría. Gol-

peé en su puerta y escuché voces y un pequeño movimiento. Luego la señora gritó: "No, Ted. ¡Dios mío! No". La voz serena de Shayne daba un dramatismo a las palabras que tal vez ningún énfasis habría sido capaz de proporcionar.

—Inmediatamente después se oyó un disparo dentro de la pieza. Yo estaba por abrir la puerta con mi hombro, pero la señora Carrol lo hizo primero. Sollozaba en forma histérica y esto fué lo que vi. Hizo un gesto hacia el cadáver y la pistola. Un hombre muerto con una pistola a su lado. Ella me dijo que era Ted Granger y que había tratado de sujetarlo, pero que él se había vuelto de pronto loco. Te telefoneé y no he tocado nada, excepto el teléfono. Hizo una pausa y luego continuó con voz tranquila:

—Eso es todo, Will. No he tratado de interrogarla. Pero hay una cosa que quiero que sepas inmediatamente. Granger es el hombre que me llamó por teléfono un poco antes de las cuatro de la mañana y me ofreció dinero a cambio de que no se mencionara a la señora Carrol en este asunto. El es el hombre que me disparó mientras me estacionaba junto a la bahía y que me dejó por muerto. Supongo que la pistola que ahora está en el suelo es la misma que usó contra mí. Will Gentry hizo un gesto de asentimiento.

—El agujero del toldo de tu auto es de una bala calibre 45. Encontramos un cartucho en el suelo. Se volvió hacia Nora y dijo:

—Ahora le toca a usted, señora Carrol. Comience por el principio y cuéntenos todo lo que sepa de esto.

Ella estaba sentada muy derecha junto a Bates. Tenía la cara intensamente pálida.

—Me sorprendí cuando Ted vino a verme hace más o menos media hora. Yo pensaba que estaba aún en Wilmington. Me había llamado muy temprano en la mañana, preocupado por algo. Me rogó que no dijera que había estado en Miami, anoche. El me juró que nada tenía que ver eso con la muerte de Ralph, que se trataba de algo totalmente diferente. Yo no se lo prometí del todo, pero insistió en que no lo dijera, a no ser muy necesario. Hizo una pausa, se mojó los labios y pareció dudar.

—Entonces se apareció por aquí hace media hora —le interrumpió Gentry.

—Sí. De nuevo me rogó que no lo denunciara. Yo le acepté siempre que me explicara el motivo. Entonces se puso muy nervioso y, finalmente, me gritó que había matado a un hombre en Miami esta mañana y que había vuelto a Wilmington para establecer una coartada y que sería su salvación si yo no lo denunciaba.

"Al principio me sentí horrorizada pensando que él había asesinado a Ralph, pero me juró que no había hecho eso. Me dijo que cuando había sabido la muerte de Ralph, había tenido miedo de que fuera yo la criminal y había tenido que matar para protegerme—. Mientras hablaba no quitaba los ojos de Shayne.

"Me sentí muy confundida y no sabía qué pensar. No había oído decir que usted hubiera muerto. Naturalmente,

(Sigue a la vuelta)



Cerrando la puerta de un puntapié, Shayne condujo a la desesperada viuda a la cama, donde la depositó gentilmente.

REEMBOLSOS
de la fábrica a sus pies

LUBETT

Escriba a LUBETT,
Casilla 369 - Stgo.

Art. 0411.—Reina sin
punta y sin talón, fo-
rrada, en cuero negro,
café y blanco.

30 al 33 \$ 395.—
34 al 39 \$ 415.—



\$ 395.—

Art. 0512.—Zapa-
tón americano, cue-
ro negro y café, co-
sido mixto.

26 al 29, \$ 470.—
30 al 33, \$ 500.—
34 al 38, \$ 545.—



\$ 470.—

Art. 023.—Zapa-
tón Derby, en
cuero negro y ca-
fé, cosido mixto.

\$ 385.—



Art. 023

22 al 25, \$ 385.—
26 al 29, \$ 470.—
30 al 33, \$ 497.—
34 al 38, \$ 555.—
39 al 44, \$ 685.—

Art. 0110.—Zapatón en
cuero negro y café, muy du-
rable, planta de goma TIPE
KING, buena cali-
dad. 33 al 39,

\$ 634.—



Art. 0105.—Zapa-
tón para hombre,
material de primero,
box-calf negro y ca-
fé, únicamente, del
39 al 44.

\$ 625.—



\$ 495.—



Art. 0108.—Mocasín para
niños y hombres, material
escogido, cómodos y suaves,
en negro y café.
34 al 37, \$ 495.—
38 al 44, \$ 595.—

Despachamos reembolsos a provincias
en el mismo día, sin recargo para el
cliente. SERIEDAD Y ATENCION.

Una
noche
misteriosa



que no lo había
visto desde... el
hotel, y no estaba
segura de que ha-
bía sucedido. Y
luego había dos
usted, según lo
sabe. Usted había
dicho que no co-
nocía al señor
Bates y que no trabajaba para él. Por eso, no sabía qué
pensar.

"Bueno, Ted llegó deshecho y me rogó no decir nada. Y
cuando conversábamos eso, usted llamó de abajo diciendo
que venía.

"Tan pronto como colgué el fono le dije a Ted: "Ves, tú
no mataste a Michael Shayne. El señor Shayne me llamó
por teléfono y dice que viene para acá." Entonces se volvió
loco. Me insultó por haberlo traicionado, y dijo que había
muerto a Ralph por favorecerme y que ahora que todo
había terminado se suicidaría. Sacó la pistola de debajo
de la camisa y la movió amenazante. Traté de sujetarlo
y en ese momento golpearon la puerta. Se apartó de mí
y... hizo eso. Jamás supuse que Ted fuera capaz... —
murmuró, sollozando—. Ni había sospechado de él. Aún
no puedo creer que haya muerto a Ralph. Se inclinó hacia
el abogado y rompió en desconsolado llanto.

—Hizo lo posible por matarme a mí —gritó Shayne, fu-
rioso—. Ahora me pregunto si lo hizo por alguna razón
distinta de la que le explicó a usted. No para protegerla,
sino para protegerse a sí mismo por algo que sabía el
pseudónimo Michael Shayne. ¿Le dijo cómo y por qué mató a
su marido?

—No hubo tiempo. Todo sucedió tan rápido. Mientras usted
subía al departamento.

En las montañas ocurrió un in-
cidente sumamente triste.

La mula de un hacendado pateó
a la suegra de éste hasta matarla.

Una multitud inmensa concu-
rrió al funeral, pero estaba com-
puesta casi en su totalidad de
hombres.

El sacerdote comentó:

—Esta anciana debe de haber si-
do muy popular ya que tanta
gente dejó su trabajo por venir a
sus funerales.

—No están aquí por el funeral —
explicó el hacendado—. Vinieron
a comprar la mula.



—Usted sabía que estaba anoche en Miami —gruñó Gen-
try—. ¿No sospechaba de él?

—No —gritó ella con vehemencia—. No podía imaginarme
que Ted fuera capaz de matar a nadie.

—Usted sabe que él estaba enterado de que usted iba a
ver a su marido —anotó Shayne.

—Sí. Se lo dije ayer en la tarde, aquí mismo, en esta pieza,
en cuanto llegó de Wilmington. Me rogó que olvidara a
Ralph y siguiera con el divorcio para así poder casarme
con él. Yo le contesté sencillamente que amaba a Ralph
y que no pensaba dejarlo. Y para que se diera cuenta de
que habíamos terminado, le conté lo que pensaba hacer y
con eso despacharlo para siempre.

—¿No le daría la llave del departamento de su marido?
—preguntó Shayne con descaro—. ¿Para luego sacar un
duplicado de la mía y así pretender usted simular una
equivocación y salvarse de todo cuanto le pudiera suceder
a su marido?

—Por cierto que no. No sé por qué me dieron la llave equi-
vocada, salvo que lo hubiera hecho usted —terminó di-
ciendo Nora con sospecha.

—¿Cómo supone usted que Granger pudo localizar a su
marido?

—No lo sé. Tal vez yo le dije el nombre del hotel donde
estaba Ralph, pero no lo recuerdo.

—Pero no el número —sugirió Shayne—. ¿No el 116 en vez
del 216?

—No, estoy segura de no haberle dado el número. Sólo
el nombre del hotel. Estaba tan enojada con él por haberme
seguido hasta aquí...

—Esto debe sumarse a algo —dijo Shayne volviéndose a

(Continúa en la pág. 32)

LO QUE REVELAN TUS

MANOS

POR EL DR. JOSEPH RONALI

TUS manos son tus embajadores ante el mundo. Son también tus obreros, tus protectores y los intermediarios en casi todos los placeres que busques.

Viviendo una existencia tan activa, llegan a adquirir características físicas que muestran tu actitud cuando las adelantas para encontrar alguien cercano, ya sea para estrechar la mano de un amigo o para espantar un mosquito. Estos cambios llevan un registro permanente de la vida que has vivido, mientras que la estructura básica de la mano habla de tu herencia. Juntas proporcionan más de un puñado de hechos acerca del "tú" real.

Desde hace pocos años, la importancia de las manos ha quedado tan bien establecida que su estudio es ahora reconocido como la rama independiente de la psicología, y lleva el título de quiropsicología, derivado de la palabra griega para designar las manos.

Uno de los primeros quiropsicólogos, el Dr. N. D. C. Lewis, informó a la Asociación para la Investigación de las Enfermedades Nerviosas y Mentales, sobre investigaciones que habían demostrado que las manos proporcionan indicios significativos e inapreciables, tanto acerca de la personalidad como de las condiciones físicas de sus pacientes.

Tus manos dicen más sobre ti que la cara, y su historia es más fidedigna. Puedes controlar la expresión de la cara: nada puedes hacer en lo que a las características deladoras de las manos se refiere.

La quiropsicología no debe ser confundida con la palmística. El quiropsicólogo no predice el futuro. Se preocupa, como el psicólogo, de la medición y descripción de tu personalidad.

Naces, por supuesto, con la estructura básica de la mano, pero, como todo lo que te rodea, se afecta y en algunos casos transforma por el medio y las circunstancias.

La mayor parte de los cambios de la mano que resultan del crecimiento de tu vida emocional y tu reacción ante la influencia externa ocurren en la palma. Su forma y consistencia, y aún las líneas con que está marcada, están en gran parte determinadas por la química de tu cuerpo, que, a su vez, responde a factores emocionales y físicos. De mi propio trabajo como quiropsicólogo y psicólogo consultor en Europa y Estados Unidos, he encontrado que las manos revelan el carácter, personalidad y habilidad innata con tanta seguridad como los tests de inteligencia y ocupacionales. Creo, de hecho, que en poco tiempo más el comercio y el gobierno insistirán en tests que estudien las manos para todos los empleados. La quiropsicología jugará también un importante papel en el trabajo de las clínicas que aconsejan a los matrimonios, en los juzgados de delincuencia juvenil, hospitales, penitenciarías y otras instituciones que se ocupan de la

solución de los problemas de la personalidad.

Mucha investigación se ha dedicado para separar y clasificar los diversos tipos de manos.

He estudiado las manos de más de 50,000 individuos, incluyendo al Presidente Roosevelt, el Duque de Windsor, Lowell Thomas, Katherine Cornell, Benito Mussolini,

Adolf Hitler y muchas personalidades de Hollywood.

Hay seis tipos realmente básicos de manos. Pocas personas tienen manos que correspondan exactamente a uno de ellos, de la misma manera que hay pocas personas que sean exactamente término medio. Para proporcionar una guía práctica es necesario subdividir los seis tipos básicos en muchos más.

MANO TOSCA: INSENSIBLE

Empecemos con la que llamo mano *dura o tosca*. La palma es grande, gruesa y dura. Los dedos son cortos y tiesos, anchos en los extremos sin puntas distintas.

El poseedor de este tipo de manos no es, para decirlo suavemente, una persona admirable. No es digno de confianza, es ignorante, imprevisor y, probablemente, deshonesto. Es rudo en sus modales y de apariencia descuidada. A menudo sádico, está poderosamente hecho y, por lo general, de compleción ordinaria y de facciones y pelo tosco. La característica concluyente de este tipo de mano es un pulgar particularmente ancho, con el extremo algo aplanado.

No creo que ninguno de mis lectores pertenezca a esta primera categoría; si así fuese no estarían leyendo este artículo, pero espero que bastantes pertenezcan al tipo de mano cuadrada.

MANO CUADRADA: PULCRO, DIGNO DE CONFIANZA, CAPAZ

La mano cuadrada es bien proporcionada, aunque sólo un poco más larga que ancha. Los dedos son de largo mediano y ni delgados ni gruesos.

La persona de mano cuadrada es bien adaptada y capaz. Su personalidad, como sus manos, está libre de extremos. Es ordenado y pulcro, pero no de manera exagerada. No se preocupará por una alfombra arrugada y esperará hasta que el cenicero esté a punto de desbordarse antes de molestarse en vaciarlo. Pero lo vaciará antes de que se desborde y alisará la alfombra o enderezará un cuadro antes de que lleguen visitas.

Es puntual, digno de confianza y conservador. No se opone inalterablemente a los cambios o a las cosas nuevas, pero hay que demostrarle que valen la pena. No se interesa en el cambio como novedad o por sí mismo. Es un buen amigo y un peligroso enemigo. No es fácil de enojar, pero es terrible cuando lo hace.

(Sigue a la vuelta)

CUADRADA

ESPATULADA

NUDOSA

CONICA

MIXTA

PSIQUICA



Una noche misteriosa

(Continuación de la pág. 30)

posible que Granger fuera al hotel a preguntar por Carroll y allí hubiera conseguido la llave del 216 y sacado de ella un duplicado. Pero nada de esto explica por qué la señora Carroll tenía la llave de mi pieza. Y aún no puedo saber quién me personificó en este trabajo.

—Aún podemos interrogar a Margrave —respondió Gentry, dudoso—. Lo van a traer al cuartel. Hemos conseguido el boleto y la auxiliar del avión de las cuatro veinte vendrá a ver si puede reconocer al hombre que se hacía llamar Michael Shayne. ¿Quieres asistir al interrogatorio de Margrave, Mike?

—Por cierto —dijo Shayne, sumido en sus pensamientos—. Tú tienes el cartucho encontrado en mi coche y debemos confrontarlo con el de Granger.

El abogado Bates estaba silencioso y se limitaba a consolar a la viuda. En ese momento se levantó de la cama y dijo con voz firme:

—Si ustedes van a continuar interrogando a la señora Carroll, sugiero hacerlo en otra pieza. A menos que usted prefiera volver inmediatamente a Wilmington —agregó, dirigiéndose a Nora—. En ese caso, me sentiría muy contento.

—La señora Carroll debe quedarse aquí durante un tiempo —cortó Gentry—. Tenemos que establecer todavía muchas cosas y, además, habrá más adelante nuevos interrogatorios. Pero, llévela a otra pieza, y así mis hombres podrán

Gentry—. Si Granger salió de aquí ayer en la tarde sabiendo que ella planeaba ver a su marido en la noche, y si él estaba determinado a impedir que ella lo hiciera, es

obrar aquí con más libertad.

Bates cogió el brazo de Nora, la ayudó a levantarse de la cama y la escoltó fuera de su pieza.

El inspector Gentry llamó a los de la brigada de homicidios y después le dijo a Shayne:

—Ya no tenemos nada más que hacer aquí, Mike. Margrave ya debe estar en este momento en el Cuartel General. En el ascensor le preguntó con interés:

—¿Qué te parece todo esto ahora? ¿Imposible prever este desenlace?

—No —respondió Shayne con honradez—. Todo lo que dijo Nora coincide más o menos con lo que escuché desde afuera. Naturalmente, que sólo tenemos su declaración, pero si todo está de acuerdo no podemos dudar que sea verdadera.

—Sin embargo, aún queda un individuo dándose vueltas por Miami y que ha tomado mi nombre en vano —continuó diciendo, enojado—. ¿Quién le dió la llave y el número equivocado? A ese hombre es a quien quiero cazar primero.

Gentry no comentó nada, pero cuando llegaron abajo y mientras se encaminaban hacia la puerta dijo:

—Todavía pienso en Margrave.

—Pero, ¿por qué, Will? Cuando yo te señalé a ese hombre creía que existía un plan deliberado y cuidadosamente hecho para eliminar a Carroll. Pero si Granger es el criminal, Margrave queda libre de sospechas. El no tenía motivos para suplantarle.

—Sabremos algo más si los empleados del aeropuerto lo identifican. ¿Vamos? —le preguntó al llegar a la calle.

—Dentro de unos minutos —le respondió Shayne dirigiéndose a su automóvil—. Quiero primero averiguarle algo a Ana Margrave y sólo espero que esté lo suficientemente sobria como para decírmelo.

(CONTINUARA)



Lo que revelan tus manos

MANO ESPATULADA: ACTIVO, AGRADABLE

La mano espatulada denota un tipo más extravertido que la cuadrada. Esta mano es rectangular, larga y estrecha, tan ancha por el extremo como por la base.

Las personas con manos espatuladas son nerviosas y activas y están siempre moviéndose. Observa a uno del tipo espatulado cuando cree estar descansando. Su cabeza estará siempre moviéndose; sus manos estarán siempre inquietas, jamás tranquilas. Si fuma, su cigarrillo, pipa o cigarro, siempre estará en una especie de movimiento perpetuo. Sus músculos faciales se contraen y hacen muecas como si estuviesen sacudidos por una corriente eléctrica.

Los espatulados son personas atrayentes y que gustan. Hacen amigos rápidamente, pero también rápidamente los pierden. El hombre espatulado es popular entre las mujeres, quienes se sienten poderosamente desafiadas por su aire de indiferencia. Sin embargo, es un marido fiel, principalmente porque es un ser de hábitos. Siente más devoción por la rutina del matrimonio que por su esposa.

Es un individualista que gusta de decidirse solo y al que le desagrada profundamente que otros decidan por él. Su esposa lo llamaría terco, sus amigos, porfiado. Su propia calificación de su actitud sería "firme".

No obstante, no es desagradable al afirmar sus puntos de vista y sus maneras son tan agradables que a la gente le gusta hacerle favores. Otra característica positiva es su prontitud para aceptar el haber cometido un

error cuando así ha sido. Muchas celebridades pertenecen al tipo espatulado, especialmente en la sociedad y en el teatro.

MANOS NUDOSAS: TALENTOSO, JUSTO

La mano nudosa, de nudillos gruesos, como el nombre lo indica, tiene anchos nudillos que quiebran la línea de los dedos.

Este tipo de mano es un signo de poder intelectual. Es común entre los hombres de ciencia, estudiosos y filósofos. Si alguna vez eres injustamente acusado de crimen serás muy afortunado si te juzga un juez que tenga manos de nudillos gruesos.

Estará mucho más interesado en llegar a la verdad que en hacer la voluntad del público. Puedes estar seguro de que no sacrificará la verdad ante la ambición política.

Este tipo de nudillos gruesos es reservado y más bien austero. No hace amigos fácilmente, prefiere la compañía de unos pocos íntimos, conocidos por largo tiempo. Escoge sus ropas con el mismo cuidado con que escoge sus amigos. Le gusta la ropa clásica, de buena calidad y durable.

Cuando se lo propone, puede hacer mucho dinero, pero rara vez trata de ganar más de lo que necesita. Es el tipo que podría hacer una fortuna con una invención o con un descubrimiento científico y lo da a una universidad o establecimiento de investigación. No es probable que lo done para una obra de caridad, porque no se preocupa mayormente por el bienestar de la gente como individuos.

MANOS CONICAS: IMPULSIVO, AMANTE DEL PLACER

En la mano cónica hay una notoria estrechez de los dedos, desde los nudillos medios hasta la punta. Estas son las manos de los artistas y de aquellos de temperamento artístico. Es otro tipo de mano que es bastante común en Hollywood. Las personas de mano

cónica actúan generalmente según sus impulsos e instinto antes que según su razón. Mas confían en su intuición que en un consejo sagaz y bien fundamentado.

Los cónicos son emocionales y amantes del placer, con estados de ánimo que fluctúan violentamente. Un día son dueños del mundo y al siguiente están en un abismo de desesperación. Rara vez se les encuentra en tierra media. Pueden trabajar duramente si deben hacerlo, pero la rutina los aburre. Esto vale tanto para la rutina del matrimonio como para la del trabajo.

Los cónicos con pulgares cortos y palmas suaves están dominados por sus estados de ánimo y son propensos a fracasar en sus negocios o profesión. Los cónicos de pulgar largo y de palma dura son generalmente los que tienen éxito. Estos son persistentes y agudos y pueden capitalizar sus temperamentos agradables y volátiles. Hablan bien, son ingeniosos y entretenidos.



—Cómo vamos a dormir cuando la mamá hace tanto ruido cortando la torta.

Muchos comediantes famosos son cómicos.

No cabe dudas respecto al lugar que se ocupa en la estima de un cómico. Inmediatamente siente simpatía o antipatía por la gente y esta primera impresión será probablemente permanente. Estando gobernado principalmente por el instinto y la intuición se le hace casi imposible descartar una primera impresión desagradable. Sus simpatías no son tan duraderas como sus odios. Un amigo ocasional puede disgustarse por su genio explosivo. La mayor parte de sus amigos, sin embargo, se dan cuenta de que su mal genio es tan poco duradero como fácil es de explotar.

MANOS MIXTAS: VERSÁTIL

Las manos mixtas son sumamente difíciles de leer. Estas manos no tienen una forma tan precisa como aquellas ya descritas y los dedos son de tipos diferentes. Por ejemplo, el índice y el meñique son generalmente cómicos, el dedo del medio parece pertenecer a una mano más bien cuadrada y el anular es un poco espatulado.

Las características mezcladas de las manos se reflejan en el temperamento del dueño. Es una personalidad compuesta y, si te faltan palabras, puedes siempre decir que es versátil. Su tipo brilla en sociedad. Un Harry Lehr o un Ward MacAllister, hombres que tuvieron como profesión ser árbitros de la elegancia, fueron típicas personalidades de manos mixtas. Por lo general, son discretos, diplomáticos, entretenidos, conversadores y buenos escuchadores. Pueden adaptarse a cualquier situación y atmósfera. Son de los que se dice: "Son todas las cosas para toda la gente". Sin embargo, se aburren fácilmente.

MANOS "PSIQUICAS": SOÑADOR

La mano que es probablemente la más bella es también, junto con la mano dura, la menos deseable, la mano "psíquica". Es un poco cónica, con dedos largos y ahuecados, pero mucho más delicada que la mano cónica corriente. Supongo que comúnmente tales manos son consideradas aristocráticas, pero sus poseedores son generalmente los más indefensos de todos, soñadores y visionarios con escaso sentido práctico y sin ninguna habilidad. Algunas características de las manos tienen una especial significación cuando pertenecen a mujeres.

Las mujeres de pulgar grande son serias, inteligentes y algo dominantes, tanto en los negocios como con sus maridos. Este tipo de mujer exige un esposo de inteligencia igual a la suya. Estas mujeres no sirven ni para el bullicioso extravertido ni para el engañador impetuoso, aunque éstos tengan mucho éxito en labrarse una fortuna. Ella es independiente y no desea apoyarse en su esposo.

Las mujeres de pulgares pequeños son igualmente independientes pero mucho más frías. Les gusta que las diviertan. Sus recursos internos son limitados.

La mujer con manos espatuladas y pulgares pequeños es afectuosa y leal. No es aficionada a la crítica. Una vez que ha dado su amor se puede contar con ella en cualquier emergencia. Por otra parte, la prosperidad continuada la pone intranquila. Necesita una oportunidad para hacer sacrificios.

La mujer más digna de confianza en aquella que tiene los dedos cuadrados. Es la madre ideal. Es ordenada, capaz, cariñosa y tolerante. Es sensible pero no incómodamente brillante. Otorga su lealtad sin hacer preguntas.

GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde lo has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos, y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídet a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en lo
vido real.

Seudónimo
O nombre

Dirección

Ciudad

CUPÓN
HISTORIAS VIVIDAS



d&f



VIVATONE
limpia
refresca



CREMA INVISIBLE
excelente
base de polvos

Dagelle
M. R.

Crema y Lociones
West Coast

cometida en los sobres de las cartas y las terribles consecuencias que esto ocasionó. Pero no le decía nada respecto a Lorenzo.

¿Para qué?

Una vez que eché la carta al correo, caí en un terrible abatimiento. ¡Consecuencia natural del dolor y las preocupaciones que torturaban mi alma! "Todo se ha estropeado por mi culpa", pensaba con amargura.

Berta me vino a buscar y me llevó de nuevo a casa. Esa primera tarde no tocamos el tema, pues yo estaba demasiado cansada y preferí irme simplemente a acostar. Al día siguiente no salí de mi pieza, pretextando tener una fuerte jaqueca. Allí me pasó gran parte del tiempo, con el espíritu inquieto y el corazón atormentado. Me encontraba en tal estado de letargo, que sufrí un verdadero sobresalto al escuchar que me golpeaban la puerta.

—¿Eres tú, Berta? —pregunté sin siquiera levantar la cabeza.

—No, niña mía, es el lobo —respondió alguien, imitando una voz cavernosa.

—¿Lorenzo!

De un salto me levanté y estuve a punto de echarme en sus brazos, pero me contuve.

—Tranquilízate, Merceditas, no te voy a comer. Vengo... —se detuvo indeciso en el umbral de la puerta, como recobrándose de su invencible timidez—. Berta me ha telefonado, me ha dicho que... —continuó sin terminar la primera frase—. Me dijo que...

—¿Qué?

—Que tú me esperabas...

¡Cuán femenina era Berta y cuánta astucia había sabido desplegar! ¿Qué pudo ella explicarle respecto a mi repentina vuelta? Jamás llegué a saberlo. —Pero esta vez, ¿es verdad que me quieres? ¿No es así? No juegues más conmigo, Merceditas. ¡Es una entretenimiento demasiado cruel!

—Te lo juro, Lorenzo. Quiero pedirte que me perdones. Estoy arrepentida y me devoran los remordimientos.

—Cállate, yo sólo tengo la culpa, por haber sido tan torpe. Sin dejar que la ternura se apoderara de mí, continué:

—...Yo he obrado mal con Berta. La he menospreciado injustamente. Ahora es preciso que te diga honradamente que he decidido, en prueba de mi arrepentimiento, renunciar a la herencia, en favor de mi madrastra, para que así ella se pueda consagrar de lleno a sus obras sociales. El que se case conmigo, ya no lo hará con la hija de un industrial millonario. En verdad, esta idea se me ocurrió de súbito y no creía sentirme capaz de llevarla a cabo. Lo que yo quería era poner a prueba a Lorenzo para que no me engañara igual que Germán. Pero, apenas terminé de decir eso, me cogió de las dos manos.

—Eres admirable, Merceditas. Precisamente, iba a preguntarte si serías capaz de resignarte a vivir con mi modesto sueldo de ingeniero. Ahora, ya no podrá nunca más haber malos entendidos entre nosotros.

—¡Y Berta se alegrará tanto!

Pobre Berta, confieso que al lado de Lorenzo, me volví a olvidar de ella completamente.

—Mi adorada niña... —me dijo Lorenzo, acercando su cara a la mía y acariciando mi pelo como podría haberlo hecho un niño. En su amorosa expresión, yo entreveía el paraíso. En

COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



Champu
IVIANZANOL



Para
MEJORES NEGOCIOS
MEJORES MAQUINAS
y para CALIDAD...



MAQUINAS para
PERMANENTES y
ACCESORIOS

UNICAMENTE EN SANTIAGO
FABRICA Y SALON DE VENTAS:
CHILOE 1253 — FONO 52322
SOLICITE LISTA DE PRECIOS

ese momento entró mi buena madrastra.

—¡Pero... Merceditas... creía que tenías una espantosa jaqueca!

—Es mejor no fiarse demasiado de las apariencias, mi buena Berta —fue lo único que pude contestar.

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 876, Casilla 34-D.— Suscripciones, Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 11 de marzo de 1954 - N.º 1037



12 Denier!

Esta media nylon es una verdadera maravilla... naturalmente es una exclusividad de

Laban

Esta firma ha fabricado una cuota reducida de estas medias, dedicándola únicamente a mujeres de gusto refinado.

Colores: negro y café.



El Shampoo BAYCOL no contiene jabón, potasa ni álcali. Es neutro. Fórmula elaborada según los últimos adelantos de la ciencia. Para las personas de pelo seco se recomienda usar diariamente CINCO GOTAS DE ACEITE CAPILAR BAYCOL, que hermosea y da aspecto sedoso y deslumbrante a la cabellera.

Shampoo **BAYCOL**

elaborado con licencia de JEAN VALLY, Grand-Duché de Luxembourg

Confidencias

M. R.

de Margarita

N.º 103B



EL COFRE

MUY JOVENES
PARA CASARSE

UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial

PERVERSIDAD

EL EMBRUJO DE
EGIPTO,
novela

MAYERLING,
amor histórico

¿QUE HACE QUE
TE DESMAYES?,
artículo

EL MOLDE DE
LA SEMANA

11
LECCION BIEN
APRENDIDA



Josefina era buena nadadora y
eso la hacía ser imprudente.

El perfume del Romance

...cálido y
persistente!



Colonia, Loción y Extracto

Royal Briar

ATKINSONS

Sensacional nueva fórmula

...que reúne en un polvo faci

Mágicos colores...

*Adherencia
perfecta...*

*Suavidad
de pluma!*



ATKINSONS
M.C.
Polvo Facial
"PLUMA"

¡Pruébelo hoy!

Su fórmula moderna
fué creada por Atkinsons
especialmente para su
cutis extrasensible...
y le dará la seguridad de
ser más hermosa, más atrayente,
envuelta en un halo de
seductor perfume...

Mirage

"tout Paris"



Al adquirirlo, elija
"su" tono en el
novedoso muestrario
de colores.

A L entrar Ana a casa me dijo, con voz entre suplicante y terca:

—Por favor, Carlos, sé condescendiente con ellos. Después de todo, recuerda que tú sólo tenías veinticinco años cuando nos casamos.

—Veinticinco y no veintidós —le respondí, cortante—. Además, teníamos algo de dinero en el banco.

—Tú no tuviste que hacer el servicio militar —prosiguió Ana.

Durante un momento, nos miramos. Enseguida nos encaminamos hacia el living, para esperar a nuestro hijo, que venía por primera vez con su novia, a quien no conocíamos. Era una chica de provincia, y Roberto la traía a pasar el fin de semana con nosotros. En ese momento los vi por la ventana, los vi cómo se miraban, sonriéndose, para darse valor. Se veían tan espantosamente jóvenes. No eran más que unos niños grandes.

Ana fué a abrirles la puerta, y les extendió las manos. Roberto le dió un beso a su madre, y luego le dijo, mostrándole a la muchacha:

—Mamá, ésta es Olga.

Ana y Olga se sonrieron, mirándose inquisitivamente. Sin embargo, se sonrieron como dos mujeres que están decididas a ser buenas amigas.

—Estamos felices de conocerte —murmuró Ana, con cariño.

Yo le di, sin efusión, la mano a mi hijo. El y Olga se volvieron a mirar. La muchacha era bonita y tenía unos enormes ojos oscuros, de expresión suave. Hizo lo posible por sonreír, pero su sonrisa le resultó forzada. Era un gesto superficial, que casi no alcanzaba a disimular su disgusto.

Olga apretó las manos y miró a su novio.



En ese momento los miré por la ventana. Se veían tan espantosamente jóvenes.

de hombre casado. Eran tan jóvenes: Olga sólo tenía diecisiete años, y no tenían dinero. ¿Por qué no podían esperar? Si pensaban que yo los ayudaría, podían irse desilusionando desde ya, pues no estaba dispuesto a hacerlo.

—Aunque parezca increíble, papá, ya tenemos nuestra casa planeada —ex-

las camisetas recién devueltas de la lavandería. ¿Había existido una ocasión en la cual Roberto no hubiera sabido hacer uso de ellas? Me acordé de un día, hace ya mucho tiempo, cuando fui a sacar mis camisetas, y encontré en los cuellos limpios marcas de unos deditos. Llamé a Roberto, y el muchachito apareció con la boca sucia de mantequilla, y escuchó con ojos inocentes, mientras yo lo reprendía.

—Dibujé un ratón, papá —se defendió entonces el niño.

—Sí, lo vec —le respondí yo, aún enojado—. Está muy bonito, pero si tienes que sacar las cartulinas de mis camisetas, lávate primero las manos.

Roberto continuó sacando los cartones. Un par de años más tarde, sus gatos ya tenían forma. Luego fué al colegio y su imaginación creció, pero siguió dibujando cosas multicolores en las cartulinas. A veces era un grupo de pájaros sobre un buque, otras una cuadrilla de aviones, un hombre de nieve, o un mono encaramado en un poste telefónico.

¡Cuántas veces había hecho túneles de cartulina para su tren eléctrico! Todo el trabajo era doblarlas en dos, y el túnel o la caverna estaba de inmediato listo. Juntos inventamos otras cosas: viejitos de Pascua, con ojos de mostacillas, pinos, guirnaldas, faroles... La casa estaba llena de recortes, y hasta las tareas las hacía en las cartulinas. Primero comenzaron a ostentar sumas torpemente hechas, luego decimales, después complicadas ecuaciones algebraicas. Ya en la Universidad, durante las vacaciones, nos describía el campo de deportes en sus queridas cartulinas, y caricaturizaba a algunos de sus compañeros. En resumen, toda la vida de Roberto esta-

MUY JOVENES PARA CASARSE

—Primero te llevaré a tu pieza, y después bajaremos a comer algo, Olga —le dijo Ana. Acto seguido subieron la escalera.

Roberto y yo volvimos al living.

—Creo que Olga y mamá se van a llevar muy bien, ¿no te parece?

—Sí. Puedes contar con tu madre.

Ana y Olga bajaron enseguida y ambas me miraron. "Son como plantas sensibles", pensé, sintiendo la tibieza del ambiente. Las escuché conversar, mientras se sentaban frente a la chimenea. Después de un momento, Ana me dirigió una mirada de advertencia. Yo sabía que me quería decir: "¿Por qué no pones algo de tu parte?"

—¿Piensan vivir aquí cuando se casen? —les pregunté, por hacer conversación.

Me era difícil imaginar a mi hijo

clamar Roberto, con los ojos brillantes—. Vamos a edificar.

—¿Con qué? —les pregunté, incrédulo. Roberto sonrió, cohibido.

—El padre de Olga nos prestará algo, yo puedo conseguir otro poco y, además, tengo un amigo constructor. El hará la obra gruesa, y nosotros mismos nos preocuparemos de los detalles: de las pinturas, colocación de vidrios, etc. Tenemos unas ideas magníficas. —Nos miró a todos y se fué a mi pieza—. Vuelvo inmediatamente —aseguró nuestro hijo.

Oímos cerrar y abrir cajones, y al rato después apareció Roberto, trayendo unas cartulinas. Se sentó en un piso y, sacando un lápiz del bolsillo, comenzó a dibujar su futuro hogar.

Yo sentí que se me agolpaban los recuerdos. Eran las cartulinas que traían

(Continúa en la pág. 34)

UNA NOCHE



Lucy hizo un gesto y se dirigió al archivo que había junto al escritorio.

CAPITULO XIV

EL MOZO, en el pequeño bar de la Avenida Collins, reconoció a Shayne apenas lo vio entrar. El local, en ese momento, estaba bastante concurrido por los que llegaban tarde a almorzar, pero el hombre lo condujo al reservado donde Ana Margrave seguía bebiendo. La joven permanecía con la cabeza apoyada en una mano, y a su lado había un vaso de whisky semivacio.

—¿Aún bebe con el dinero que le dejé? —preguntó Shayne, al camarero.
—Sí, señor... —Miró la cuenta—. Sólo ha pedido diez, desde que usted se fué.

—En ese caso, traigale otro. Y un cóctel doble para mí.

—Muy bien, señor —respondió el hombre, sonriendo.

Shayne saludó a la muchacha, golpeándole suavemente un hombro. Ella levantó levemente la cabeza y lo observó sin interés. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Quién diablos es usted? —fué su respuesta.

—Su detective favorito. ¿Se acuerda?

—Se movió y se instaló en la silla que había al otro lado de la mesa—. El que le pagó los tragos.

—¡Oh, ese! —Cogió el vaso y miró su contenido—. Entonces, ¿por qué no me lo repite?

—¿Qué?

—El trago.

—Ya viene —respondió alegremente Shayne, al ver llegar al mozo.

La muchacha estaba bastante bebida, y en un estado semiinconsciente. Si actuaba con discreción, podría sacarle muchas, pero muchas cosas, siempre que no la impresionara excesivamente. Encendió un cigarrillo y esperó que Ana bebiera otro sorbo, antes de preguntarle:

—¿Se emborrachó también anoche?

—Por cierto. Si no lo hago, no puedo dormir.

—¿Dónde estuvo? —insistió el detective.

—Rodando por varios sitios —contestó ella, haciendo un gesto vago—. Aquí y allá, lejos y cerca...

—¿Vió a su padre cuando regresó a hotel?

—No lo vi. Me saqué los zapatos antes de entrar en el departamento, y no sintió cuando me deslicé en mi dormitorio.

Shayne hizo una mueca y continuó su interrogatorio.

—¿Cuánto después que se casó Ralph con Nora se le ocurrió la brillante idea de mandarle anónimos al marido, habiéndole de su mujer?

—Me demoré algún tiempo en pensarlo. —Sorbó otro poco de whisky y continuó—.

Al principio rechacé la idea, pensando dejarle a ella un poco de felicidad. Pero después que lo obligó a abandonar su empleo y comenzó a hacerlo desgraciado, me decidí... Fue mi regalo de Pascua. El primer anónimo se lo envié en la Navidad.

—¿El primero se lo mandó en la Pascua?

—¡Hummm! —Por primera vez sus ojos demostraron una chispa de vida.

—¿Sabía usted que contrataron un detective para averiguar quién se los enviaba? —indagó, cauteloso, Shayne.

—Lo ignoro. Mi padre sabía que los había mandado yo, y me mandó al diablo. Me hizo prometerle que no seguiría haciéndolo. —Levantó su vaso con ambas manos y bebió largamente. Después lo bajó lentamente y ocultó su cabeza entre las manos.

Shayne observó su inmensa mata de cabellos negros. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. El apartó su bebida y llamó al camarero.

—Llame un taxi para llevar a la señorita Margrave al Hotel Roney —le dijo, echando un billete sobre la mesa—. Dele al chófer lo que crea conveniente, pero asegúrese de que esta señorita llegue sin novedad a su hotel.

—Sí, señor, me haré cargo de todo.

Shayne caminó rápido hacia su automóvil. Ahora tenía algo. No mucho, pero, en todo caso, era algo. Con una respuesta de Bates, siempre que fuera la exacta, se sentiría listo para iniciar la batalla.

Will Gentry estaba con Margrave cuando Shayne entró en su oficina. El industrial se veía preocupado y colérico. Se puso de pie al ver al detective y, levantando una mano, dijo:

—¿Qué jugarreta es ésta? El inspector Gentry dice que por insinuación suya me han traído para interrogarme, como un vulgar criminal. ¡Maldita sea! Lo llamé para que protegiera mis intereses. Está usted despedido, ¿me comprende?

Shayne no hizo caso de la ira de Margrave, se volvió a Gentry y le preguntó con interés:

—¿Algo nuevo?

—Creo que estamos equivocados —respondió el inspector, moviendo la cabeza—. Nadie del aeropuerto lo ha po-

RESUMEN DEL CAPITULO

Shayne resuelve ir a ver a Nora Carrol y antes pasa por su hotel. El empleado le dice que Dick asegura que su ayudante estuvo hace una semana en el departamento de Carrol. Cuando llega el detective al hotel de la viuda sorprende unos gritos que vienen de dentro de la pieza. Al mismo tiempo que se abre la puerta, se oye un disparo: en el suelo yace

MISTERIOSA

POR
BRETT
HALLIDAY

dido identificar. Si tú no has conseguido nada.

—No me sorprende, Will —lo interrumpió Shayne, impaciente—. Creo que podemos soltar a Margrave. ¿Dónde está Bates?

—En la pieza del frente —rugió Gentry—. Hablando de *habeas corpus* y querellas por arrestos injustificados. Además, Mike...

Pero Shayne ya iba camino hacia la otra pieza. El abogado Bates estaba sentado junto al escritorio de la pequeña oficina, hablando por teléfono, con su voz precisa y cortante.

El detective se le acercó de dos zancadas y puso su enorme mano sobre el fono.

—Necesito que me responda una cosa —le ordenó de inmediato—. ¿Me escribió usted una carta inmediatamente después de Pascua, pidiéndome que investigara los anónimos que Ana Margrave le había enviado a Ralph?

—¿Qué significa esto? ¿No ve que estoy hablando por teléfono?

—Ya no lo está haciendo. —Sacó la mano del fono, y con sus dedos cortó la comunicación—. ¿Llegó tan lejos como para escribirme en esa fecha?

—Así creo —respondió el abogado—. Después, cuando el señor Margrave me informó que su hija era la responsable, naturalmente yo abandoné la investigación.

Shayne dió un suspiro de alivio.

—¿De dónde sacó mi dirección para enviarme esa primera carta?

—Creo que sencillamente la mandé a Miami, Florida. Suponia que usted era lo suficientemente conocido aquí como para recibirla.

—Y yo se la respondí a principios de enero —persistió Shayne.

—Eso es. Dudé un poco de su competencia profesional por el demasiado interés que demostraba por hacerse cargo del asunto.

—Pero, ¿no lo estaba usted también? —lo presionó Shayne—. ¿Cuándo después se trató de encontrar el paradero de Carrol, me volvió a escribir, pero esta vez usó la dirección del membrete?

—Así fué.

Shayne se dió media vuelta y salió. Volvió a entrar en la oficina de Gentry y se limitó a decir:

—Deja que se vaya Margrave, Will. Estoy por encontrar al individuo que identificarán los empleados del aeropuerto.

Lucy Hamilton recién terminaba su almuerzo, cuando Shayne entró en su oficina.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó la muchacha, al ver la expresión preocupada de su jefe—. Pareces un gato que

se ha comido docenas de canarios enjaulados.

—Me estoy comenzando a sentir así —respondió Shayne alegremente—. Revisa los archivos, ángel mío, y trata de ubicar a Bill Nash. El individuo que contraté mientras estabas de vacaciones. Necesito su dirección.

Lucy hizo un gesto y se dirigió al archivo que había junto al escritorio.

—¿Para qué lo quieres? Lo echaste antes que yo volviera, porque lo descubriste haciendo malos manejos.

—Era flojo y no muy buena persona —convino Shayne, riendo—. Y si tomas nuevamente vacaciones, cerraré la oficina y me iré contigo. Sin embargo, ahora necesito verlo.

Lucy sacó una tarjeta y leyó fuerte:

—William C. Nash, Hotel Dillmore.

—Comunicame con el hotel, ángel mío —rogó Shayne.

Lucy consultó el guía de teléfonos y marcó el número. Cuando alguien contestó, ella dijo:

—Un momento, por favor —y le pasó el fono a Shayne.

—El señor Nash, William Nash.

—Lo siento, señor, pero no tenemos actualmente alojado aquí a ningún señor Nash —le respondió una voz femenina.

—¿Tiene registrado a algún Michael Shayne?

—No, señor, lo siento.

—Se trata de un asunto de gran importancia. Bill Nash vivía allí hace un par de meses, en enero, para ser más preciso. ¿Podría usted averiguar cuándo se marchó y qué dirección futura dejó?

—Eso demorará algunos minutos.

—Esperaré —respondió Shayne. En seguida tapó el fono y le explicó a Lucy: —Oíste lo suficiente esta mañana como para entender que el abogado de Wilmington alega que me encargó a mí que ubicara a Ralph Carrol, en Miami. Jura tener cartas y llamados telefónicos míos. Recién acabo de descubrir que su primera carta me la envió a principios de enero, o sea, mientras tú estabas en vacaciones y Nash ocupaba tu puesto. El individuo evidentemente decidió transformarse en detective y guardó la carta que me había llegado. Sacó papel de la oficina, hizo imprimir mi membrete con su dirección y la contestó. ¡Quizá de cuántos casos se hizo cargo!

—El señor Nash llegó a este hotel el 15 de enero —dijo la muchacha por el teléfono—. No nos dejó su dirección cuando se fué, pero nos pidió que le guardáramos su correspondencia y de cuando en cuando viene a recogerla.

—¿Tiene alguna ahora? —insistió Shayne.

—Sí, dos que le llegaron hacen unos quince días.

—Gracias —murmuró Shayne, dejando el fono. Se rascó el lóbulo de la oreja y continuó: —¿Dónde está el Hotel Dillmore? Bill era muy aficionado a los caballos...

Lucy miró el guía aún abierto y le dió la dirección.

Shayne cogió su pequeña libreta, le leyó a Lucy un número y le rogó se lo marcara.

Respondió una voz masculina:

—¿Len? —preguntó Shayne—. ¿Cómo te ha ido? Magnífico —agregó después de escuchar un momento—. ¿Me puedes hacer un favor? ¿En qué parte de

(Sigue a la vuelta)



Una colonia
fresca como
brisa marina

COLONIA
CANOE

Dana

M. R.

ANTERIOR:

el cadáver de Ted Granger, que resulta ser el mismo hombre que trató de matarlo frente a la bahía. Llega el inspector Gentry, y por declaraciones de Nora, saben que ése es el verdadero asesino de Ralph Carrol. A pesar de todo, Shayne va a ver a Ana Margrave, pues hay algunos puntos que aún le parecen oscuros.



Su Pollera provoca piropos

Haga su falda con los exclusivos
diseños de Caupolicán y conquistará
miradas en toda ocasión.

*Siéntase feliz y confiada en sí
misma con una creación Caupolicán.*

TEJIDOS

Caupolicán

M. R.

la Segunda Avenida
puedo hacer una car-
tilla de setecientos
dólares sin demasia-
do ruido?

El detective le cerro
un ojo a Lucy y en
seguida volvió a ha-
blar:

—Tal vez no te
acuerdes de memo-
ria, Len, pero, ¿por
qué no me averiguas? Es sumamente
importante. Por cierto que te esperaré.
Aguardó unos minutos y, en seguida,
respondió feliz: Eso es precisamen-
te lo que quiero. Ya te retribuiré el
servicio.

Le tiró el fono a Lucy y salió preci-
pitadamente. Diez minutos más tar-
de se detenía frente a un bar ubicado
a media cuadra del Hotel Dillmore.
Media docena de clientes se encontra-
ban reunidos al final del mesón, cerca
de la radio, escuchando un partido de
fútbol. Mascando, se acercó a Shayne
el cantinero:

—Una cerveza —ordenó el detective y
encendió un cigarrillo. Cuando le tra-
jo la bebida, le preguntó con acento
indolente: ¿Ha visto últimamente a
Nash?

—No mucho. Se mudó, usted sabe. No
lo conozco a usted, ¿no es cierto?

—No, pero usted es Joe, ¿verdad?

—Así es.

—Bill se mudó y no he podido local-
zarlo. Me acuerdo que una vez me dijo
que usted atendía sus apuestas y por
eso supuse que lo vería a menudo.

—Llama por teléfono todos los días —
respondió Joe, con cautela—. Regular-
mente, como un cronómetro.

—¿Sabe usted dónde lo puedo encon-
trar ahora?

—No.

—Pero tendrá algún número de telé-
fono dónde ubicarlo —insinuó Shayne—.
Por si un caballo gana una respec-
table fortuna.

—Tal vez sí, y tal vez no. ¿Es usted
amigo suyo?

—Somos viejos camaradas. Tengo pa-
ra él un dato que lo haría ganar bas-
tante.

—¿Conque así? —preguntó Joe, sin
mucho interés.

Shayne tenía un billete en la mano.
Lo abrió y le mostró que era de diez
mil.

—El número de Bill vale esto para mí.
Debe ser un negocio muy grande —
comentó Joe, dando un paso hacia
atrás.

—Sí, y nos hará un gran favor a am-
bos.

El cantinero se afirmó sobre el mesón
mojado, directamente frente a Shayne
y le dijo con voz confidencial:

—¿Si usted es tan amigo de Nash, por
qué no se ahorra el dinero hablando
personalmente con él, que está en el
fondo del bar?

Shayne miró con sorpresa, en seguida
frunció los ojos dirigiéndose al grupo
que escuchaba la radio.

—¿Qué diablos quiere decirme? —pre-
guntó enojado—. Ninguno de esos
hombres es Bill.

El billete estaba aún en la mano de
Shayne. El mesonero lo miró con ojos
ávidos y dijo:

—Lo hice para asegurarme que usted
era amigo suyo. —Caminó hacia el cen-
tro del bar y consultó un libro que te-
nía escondido bajo el mostrador. Vol-
vió y le dio al detective un número y
éste lo escribió en una pequeña libreta
de tapas negras. El detective le pa-
só un billete.

—Le diré a Bill que lo conocí a usted
—pagó la cerveza y se fué, sin haberla
tocado.

En un teléfono público, marcó el nú-



mero y pidió a la telefonista que le dijera a qué dirección correspondía. En menos de un instante la tuvo. Unos veinte minutos después, estaba de pie ante una puerta que se abría a la calle y que comunicaba a un departamento ubicado encima de una cigarra. Subió los escalones y probó la puerta. Se abrió hacia un pequeño hall. Lo cruzó y tentó una segunda que comunicaba a un pequeño dormitorio. Bill Nash yacía tendido de espaldas. Tenía la boca abierta y roncaba pacíficamente. Shayne se quedó un momento mirando al hombre.

—Este tío ha tenido una noche muy atareada —dijo entre dientes.

Volviendo al living, abrió las ventanas, se dirigió al escritorio sobre el cual había una máquina de escribir y abrió el cajón del medio. Dentro encontró papel de escribir. Cogió una hoja y leyó su membrete:

**MICHAEL SHAYNE
DETECTIVE PRIVADO.**

Ahí tenía la dirección y el número de teléfono de Nash. Se echó una hoja al bolsillo y volvió al dormitorio. Sacudió violentamente a su antiguo empleado, quien lo miró con gran sorpresa. Cuando vio a Shayne abrió la boca para decir algo, pero el detective le propinó una bofetada a mano abierta.

Nash se dio vuelta y levantó las manos para protegerse de una nueva embestida.

—No, señor Shayne. No me pegue de nuevo. Le juro que estoy muy arrepentido. No creí hacerle ningún daño. —Cállate! —gritó Shayne, mostrándole la hoja de papel—. ¿Dónde está la correspondencia con Bates, respecto al caso de Carrol que te robaste esta mañana, en Wilmington?

—La quemé —se excusó Nash, tratando de protegerse con la hoja de papel—. Tan pronto como supe la muerte de Carrol por la radio, me imaginé que me había metido en un lío. Pero nunca quise hacerle daño a nadie. Cuando primero me hice cargo, creía que sería algo sencillo. Usted siempre se negaba a aceptar esa clase de trabajos y no veía por qué no podía tomarlos yo. No hice nada malo.

—¿Cuántos otros casos tomaste a mi nombre? —preguntó Shayne amenazándolo con su mano derecha.

—Sólo tres o cuatro —respondió con voz implorante—. Todos los que usted

Algunas personas creen que el alcohol les ayuda a hacer las cosas en mejor forma, pero, en realidad, los hace avergonzarse menos de lo que hacen mal.

rechazaría. Divorcios y cosas semejantes. Estaba resuelto a no seguir en ellos cuando llegó esa segunda carta de Bates. —Hizo una pausa para molar sus labios delgados y luego continuó—. Una vez terminados, abandonaría éstos trabajos.

—¿Por qué le diste a la señora Carrol anoche la llave equivocada? —rugió Shayne.

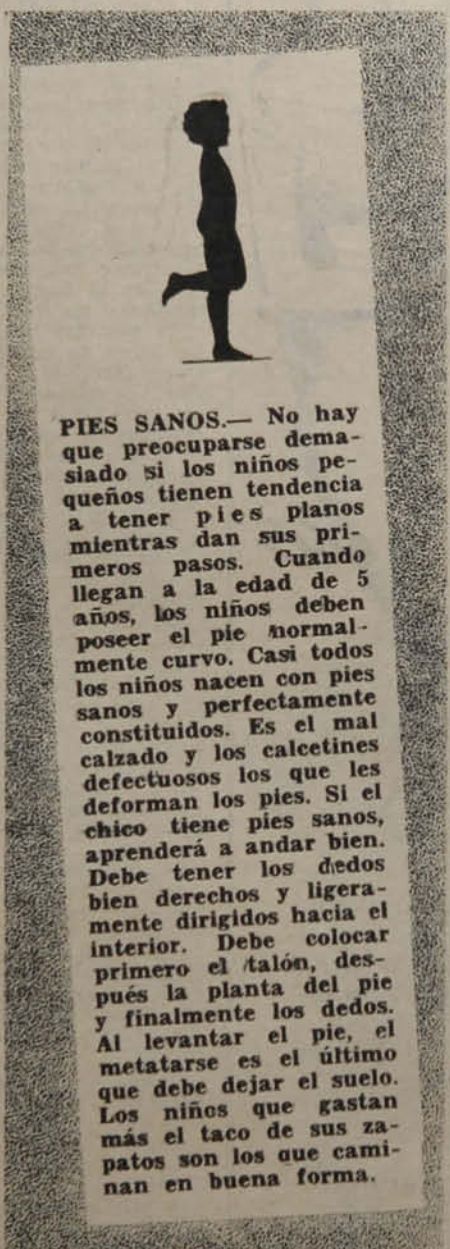
—¿La llave equivocada? —castañeteó nerviosamente—. No fué así. ¿Qué quiere insinuarme? Yo le entregué la llave del departamento de su marido para que pudiera entrar en él y librarse de la demanda de divorcio. Shayne dejó a un lado la hoja de pa-

pel y sacudió al individuo por los hombros.

—Voy a hacerte mil pedazos si no me dices la verdad —vociferó el detective—. ¿Crees divertido enviarla a mi pieza en vez de a la de su marido, o te pagó alguien para que hicieras tal cosa?

—No sé qué me está diciendo —murmuró Nash, debatiéndose inútilmente bajo la vigorosa zarpa del detective—. El abogado me encargó el asunto y no pensé que me sería difícil conseguir la llave.

Shayne le dió un bofetón con una pre-



cisión fría y calculada. La sangre comenzó a salir de la boca y nariz de Nash. Lanzó un grito de dolor y escupió los dos dientes delanteros. El detective no soltó a su víctima hasta que no se puso de pie.

—No te dejaré un sólo diente, si no me dices la verdad. —Cogió de nuevo a Nash como a un perro—. ¿Quién te pagó para que le cambiaras la llave a la señora Carrol?

Nash tiritaba de miedo. A pesar de que el cuerpo le temblaba bajo la mano de Shayne, seguía negando comprendiendo lo que el detective le decía. Furioso Shayne lo lanzó cerca de la cama.

—Vístete —le ordenó alejándose hacia la otra pieza. Allí encontró una botella con whisky, tomó un trago largo y luego volvió al dormitorio. Nash trataba de limpiarse la sangre con el pijama.

—Anda a lavarte con agua fría —gritó Shayne—. Te doy cinco minutos para que lo hagas. En seguida, iremos a la policía, estés vestido o no.

De vuelta al living, cogió varias hojas del membrete, se llenó los bolsillos, miró su reloj pulsera y entonces sintió de nuevo dolor en la herida de su cabeza.

Volvió al dormitorio y encontró a Nash en mangas de camisa agachado en el suelo, tratando de encontrar sus calcetines.

—Como estás, estás bien —le dijo y lo tomó del brazo para mantenerlo derecho. En esa forma lo condujo hasta su automóvil.

Nash se ubicó en el rincón del asiento delantera, estornudando y tosiendo. Mientras Shayne se dirigía al Cuartel General de Policía.

Una vez que estacionó su automóvil, cogió a Nash y arrastrándolo lo llevó hasta la oficina de Gentry.

Timothy Rourke estaba con el inspector, cuando Shayne abrió la puerta y se precipitó dentro.

—Este es Will. Creo que le déjé suficientes dientes como para poder hablar.

—¿Quién diablos es? —preguntó Gentry, mientras miraba a ese hombre sin zapatos y con la camisa manchada de sangre.

—Su nombre es Bill Nash —gruñó Shayne—. Lo tuve en mi oficina reemplazando a Lucy hace un par de meses. El encontró muy divertido hacerse cargo de los asuntos mientras yo estaba ausente. La carta de Bates fue uno de ellos. Me lo ha confesado todo, menos que haya cambiado las llaves de los departamentos de Carrol y mío. Tal vez la técnica de tus hombres lo puedan hacer hablar.

Sacó las hojas de su bolsillo y las lanzó sobre el escritorio de Gentry.

Rourke lo cogió por el brazo y le dijo:

—¿Qué pasa, Mike? Me darás la prioridad de la noticia.

—Mira el membrete de estas cartas, Tim —dijo pensativo el detective—. Es una buena oportunidad para defender a Lucy de los cargos que le hizo el "Herald". Dí que ella estaba cumplien-

El nudo en la garganta más difícil de soportar, es el que se produce cuando uno se tiene que tragar sus propias palabras.

do con su deber, ayudándome a cazar a un asesino.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que Lucy trataba de conseguir la carta escrita con este papel y este membrete, cuando la encontraron en la pieza de la señora Carrol.

—Magnífico para después de la confesión del suicidio de Granger. Lo haré, Mike. Y no olvides que tengo pendiente una cita con Lucy.

—Lucy conoce tu preferencia por las rubias, por eso te aconsejo prudencia —rió el detective.

(CONCLUIRA)

Liberada por...

Etiquet

un desodorante
moderno
en tubos



Refresca la piel,
suprime
las molestias
derivadas del calor
y contribuye
a que su presencia
sea grata
en todas partes.

ETIQUET penetra fácilmente y desaparece en el acto. Su envase moderno evita que se seque y permite usar sólo lo necesario para cada vez. No daña ni mancha la ropa.

Libérese Ud. también, use...

Etiquet



SE llamaba Alicia. Vino a verme en respuesta a un aviso que puse en el diario solicitando una gobernanta para Alfonso. El colegio cerraba sus puertas para las vacaciones, y tenía que conseguir alguien que lo cuidara mientras yo permanecía en la oficina. Samuel estaba en mi casa esa tarde. Habíamos llevado a Alfonso al zoológico, y le convidé a comer con nosotros. Cuando me dirigí a contestar su llamado a la puerta, él estaba en el dormitorio del niño enseñándole a armar un mecano.

Mi primera impresión de la mujer que se erguía ante mí fué desagradable. Era joven, pero se notaba algo extraño en su rostro. Por otra parte, los anteojos que llevaba colocados en la punta de la nariz le daban a su apariencia cierto aire ridículo. Mi primera reacción fué decirle que ya había contratado otra gobernanta para el niño; pero, después de conversar con ella unos pocos minutos, me dije que su competencia era más importante que su físico. En ese instante entró Alfonso, y la contempló sin recelos. La joven le sonrió y entabló de inmediato una conversación que versaba sobre mecanos y aeroplanos. Se podía apreciar que sabía cuidar niños. Era alegre y cariñosa, sin mostrarse excesivamente anhelante por su simpatía. El físico de la mujer no parecía impresionarle; pero temí el momento en que, mirándole los anteojos, le dijo:

—Te ves divertida con eso.

La joven no pareció enfadarse ni sentirse incómoda por el comentario. Muy por el contrario, le dió una explicación con voz cariñosa:

—Lo sé; pero sin ellos no veo nada.

Después de transcurrido cierto tiempo, el niño le preguntó si se quedaría con nosotros. La mujer, alzando la cabeza para contemplarme, le replicó que eso dependía exclusivamente de mí. En ese instante vió aproximarse a nosotros a Samuel, que venía del cuarto de baño, bajándose las mangas de la camisa.

—¡Oh, no sabía que estaba aquí su esposo! —me dijo.

—Alicia, éste es... —empecé a decir; pero ella me interrumpió:

—¿Cómo está usted, señor Nelson?

—No; el padre de Alfonso está en el extranjero, pues es marino; le presento al señor Kelsey, nuestro mejor amigo.

—¡Oh, comprendo! —exclamó, evitando mi mirada. Era una equivocación muy natural; pero cayó el silencio sobre los asistentes y supuse que en realidad no había comprendido nada. En su mirada se leía que la situación le había parecido bastante equivocada; pero, en vez de sentirme mal por ello, me divertí. Era tan ridículo sospechar una cosa así entre Samuel y yo, y, naturalmente, no iba a justificar mi actitud ni mi vieja amistad ante una extraña.

Permanecimos conversando unos pocos minutos más, y luego se despidió, diciéndome que esperaba que me decidiera a contratar sus servicios, pues le encantaría cuidar a Alfonso. Prometí llamarla al día siguiente, y se fué. Al partir, Samuel me dijo que la pobre mujer le daba lástima, pero que no creía que fuera la persona adecuada para cuidar al niño. Los consejos de Samuel casi siempre eran muy juiciosos; pero esta vez estuve en desacuerdo con él, pues estaba juzgando a la joven por su apariencia física.

—Tengo que tomar a alguien para que cuide al niño o dejar mi empleo. Por otra parte, Alfonso pareció avenirse con ella, y está dispuesta a aceptar lo que yo puedo pagar.

—Bueno, haz lo que estimes conveniente.

—La contrataré; deja de preocuparte tanto por nosotros, Samuel —le dije, sabiendo de antemano que no lo haría. Era tan amigo mío como de Raúl, mi esposo. Sin él me habría sentido muy solitaria y desamparada en estos meses de ausencia de mi marido. Al principio no me podía acostumar a la idea de permanecer sola en mi hogar. Tanto mi espíritu como todo mi ser reclamaban la presencia de Raúl a mi lado. Por otra parte, me había visto obligada a abandonar mi hermosa casa en los alrededores de la ciudad y a mis amistades de antaño. Tuve que emplearme en una oficina y dedicar todo mi tiempo al cuidado de mi pequeño departamento y del niño. A veces me parecía que estaba divorciada de mi esposo, y el solo pensamiento de que debía volver un día a mi lado me permitía seguir batallando por la vida. No tenía a nadie junto a mí, sino a Alfonso... y Samuel.

La tarde que fuimos a dejar a Raúl al barco, éste le dijo a Samuel que cuidara de mí y del niño. Al escucharlo reí y le dije que no era tan desvalida que necesitara que me encargara a un amigo. Pero las noches sin él eran muy solitarias, y el anhelo de tenerlo junto a mí me hacía a menudo llorar de desesperación e impotencia. Esa fase de mi angustia no la podía aliviar Samuel; pero en otros

PERV

RSIDAD

*Fué culpa mía. Debí comprender
que una mujer sola siempre es
comentada por las mentes
perversas...*

carinosamente. Su esposo, Leopoldo, fué menos expresivo, pero muy atento. Tenían cuatro niños, los que parecieron quedar encantados con Alfonso. Su marido me preguntó de pronto:

aspectos fué una gran ayuda para mí. El también se sentía muy solitario, y me confesó que Alfonso, Raúl y yo éramos como su familia.

Su presencia constantemente a mi lado me mantuvo en los momentos de desaliento y me ayudó a ajustarme a los nuevos factores de mi existencia. Mi matrimonio era algo que debía conservar en el recuerdo, como algo muy querido; pero por el momento debía vivir mi vida y tratar de olvidar un tanto este vehemente anhelo de su presencia. Mi nueva vida se limitaba a mi departamento, a Alfonso y a mi trabajo. Los sábados por la tarde y los domingos venía Samuel a vernos, y salíamos al cine o a comer. Naturalmente que jamás se nos ocurrió pensar siquiera algo que fuera en contra de Raúl. Al recordar que lo había invitado a cenar y lo había olvidado por nuestra conversación con la futura gobernanta de Alfonso, le dije: —Voy a preparar la comida; deben estar hambrientos ustedes dos.

—Muy bien; voy a preparar una bebida. Generalmente yo no bebía; pero, por darle gusto, le acepté que me sirviera una.

Después de la comida acosté al niño, me puse zapatillas de casa para estar más cómoda y me senté en el living, al lado de Samuel, que leía un libro. Poco después me empezó a contar ciertos inconvenientes que había tenido en la oficina y sus proyectos para el futuro. Cerca de la medianoche decidió irse. En la puerta nos detuvimos un momento para despedirnos, y en ese instante subían los Lawrence, una familia que vivía en el departamento contiguo al mío. La mujer me dió una mirada extraña, y me sentí mal, pues me parecía que interpretaban mal mi amistad con Samuel. Quise poder explicarles: "Es Samuel, un antiguo amigo de mi esposo y mío"; pero comprendí de inmediato que hacerlo sería absurdo. Samuel también percibió la mirada de la mujer.

—Temo que van a pensar mal de nosotros. Primero, la gobernanta creyó que yo era tu marido, y luego, los vecinos nos dan miradas sospechosas —me dijo riendo.

—No seas ridículo —le respondí, más por convencerme yo de que era ridículo tal pensamiento que por él.

Cerré la puerta y permanecí apoyada en ella, meditando. Me sentía desagradada, y no era sólo por la mirada de los Lawrence. Por otra parte, nada tenía de malo el pasar una tarde a solas con Samuel. En realidad, no podía ser más inocente nuestra amistad. Ambos sentíamos afecto por el otro y ambos queríamos a Raúl. Sin embargo, mi conciencia no estaba del todo tranquila como debía estar.

A la mañana siguiente llamé por teléfono a Alicia. Vino a trabajar conmigo al otro día, y se desempeñó bastante bien. Era cariñosa con Alfonso y lo cuidaba con celo especial. Sin embargo, algo en su aspecto no me complacía. Era una mujer más bien tímida y jamás hablaba conmigo; pero siempre se encontraba a mi lado, escuchando mis conversaciones y leyendo mis cartas. Cuando deseaba salir con Samuel, siempre parecía saberlo de antemano, y se ofrecía a quedarse horas extras cuidando al niño. En efecto, el cariño que parecía sentir por él a veces llegaba a intranquilizarme.

Por ese entonces decidí solicitar mis vacaciones de verano. Quería llevar a Alfonso a alguna parte en que pudiera descansar, pero no creía que mis medios económicos me lo fueran a permitir. Una tarde le mencioné a Samuel esta preocupación que me tenía tan afligida, y él me sugirió que fuera a pasar unos días al fundo de su hermana.

—Tiene un hermoso lago y sería el ideal para ti y el niño —me dijo.

—No, Samuel; no podría, a menos que aceptaran que les pagara algo... —protesté.

—No te inquietes por eso; son gente rica, y Marta siempre se alegra de conocer a mis amistades. ¿Por qué no vamos el domingo? La conocerás a ella y al lugar, y podremos llegar a un arreglo. Hace tiempo que le estoy prometiendo visitarla.

El domingo siguiente salimos rumbo al campo. Tan pronto como vi la casa, quedé enamorada de ella. La casa, antigua, tenía ese aspecto tan común de las viejas casas de campo, con galería y ventanales. Estaba rodeada de hermosos jardines, y más allá se divisaban el lago y el bosque. Marta, la hermana de Samuel, era mayor que éste. Una mujer buena moza y maternal, que nos dió la bienvenida

—¿Su esposo es marino? ¿Vendrá con usted a pasar con nosotros las vacaciones?

—No; sólo vendremos Alfonso y yo.

Miró en forma extraña a Samuel, y le preguntó:

—¿Tú también piensas venir esos días?

—No sé si pueda. Me gustaría salir unos días; pero si te molesta que venga, no lo haré —le insinuó riendo.

—Te podemos hacer cama en el bar —le replicó Leopoldo. La broma fué un poco forzada, y sus ojos me contemplaron un instante como tratando de desentrañar mis pensamientos. Esto me perturbó; pero no pude comprender cuál sería la causa de ello. En ese momento agregaba:

—Tal vez será más agradable para ustedes venir juntos.

—Leopoldo parece tener inconveniente en que vengamos, Samuel; tal vez será mejor que desistamos —le dije sonriendo.

—No conoces a Leopoldo. Es muy bromista —me explicó Samuel.

Cuando estuvimos solos le dije que tal vez su cuñado no comprendía nuestra amistad y encontraba extraño que fuera a veranear con la esposa de su íntimo amigo.

—No sabía que tú ibas a venir también —agregué.

Estábamos a la orilla del lago. Se detuvo y me preguntó, con expresión preocupada:

—¿Qué estás tratando de sugerir? ¿No deseas que venga?

—No, Samuel, tal vez estoy equivocada. Por favor, perdona mis palabras. Por otra parte, es la casa de tu hermana, no la mía

(Sigue a la vuelta)



LUZCA
SIEMPRE

Manos de fiesta con **Crema HINDS**



Luego de los quehaceres domésticos, después de mojar las manos, friccionelas con Crema HINDS. Verá cómo adquieren especial suavidad. ¡Por eso... tenga siempre a mano Crema HINDS para sus manos!

Es útil como crema de limpieza por la noche, y de día como base para el maquillaje. Su suavizante lanolina limpia el cutis y sus especiales propiedades protectoras la convierten en una real crema de más belleza.



crema
HINDS
de miel y almendras
ENRIQUECIDA CON LANOLINA

**NEURO FOSFATO
ESKAY**

contiene
fósforo, calcio
y otras sales
minerales.



**NEURO FOSFATO
ESKAY**

UN TONICO DE SABOR DELICIOSO

Me senté al lado de Alfonso, molesta por la situación que habían creado mis palabras, pues no deseaba que nada se interpusiera en nuestra hermosa amistad. Tal vez se sentía ligeramente atraído hacia mí. Yo también, a veces, había sentido una extraña sensación al bailar con él, como si todo mi ser deseara su proximidad...; pero para ambos estaba primero que nada Raúl. En ese instante Samuel se sentó al lado mío, conversando con Alfonso y Marta; pero sentí su mirada sobre mí todo el tiempo. Por un momento me olvidé de todo... de Alfonso, de mi esposo, de mi condición de mujer casada... y sólo pude sentir su presencia junto a mí y su anhelante deseo. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para no mirarle ni acercarme a él. Cuando volvimos a casa, Alfonso estaba un poco quemado por el sol.



Cuando Alicia vió las pequeñas quemaduras del niño, hizo un terrible escándalo:

—¡Pobrecito! ¡Mi niño querido! ¿Cómo te hiciste eso?
—No es nada. Le pondré un poco de crema y se le pasará —le expliqué.
—Tiene una piel tan delicada. Señora, usted no debió dejar que tomara tanto sol. ¿Estuvo con él todo el tiempo? Permanecí un momento atónita ante su pregunta; luego decidí no darme por entendida de ella. La pobre no deseaba criticarme, sino que lo hacía por amor al niño. Mejor era darle una explicación:
—Permanecemos todos mucho tiempo al sol. Alfonso estaba tan feliz, que no quise obligarle a que entrara en la casa. Usted sabe que fuimos donde la hermana del señor Kelsey, al campo.
—¿Va a ir a descansar dos semanas allá con Alfonso?



En los tiempos de Enrique II los perros tenían gran valor en Inglaterra, y a cualquier inglés que contraviniera la ley a menudo se le ordenaba pagar su multa con perros. Se sostenía que un hombre pensaría dos veces antes de hacer un crimen si tenía que perder su perro por haberlo hecho.



—Será maravilloso para él —le dije, y le conté detalles del campo.

Me quedó mirando de un modo tan extraño, que llegué a pensar que estaba resentida porque no la había incluido a ella en mis planes. Pero no me dijo nada, y así transcurrió el tiempo...

Para el miércoles había proyectado salir a comer con Samuel, antes de irnos al campo; pero la cita no se llevó a efecto jamás. Esa tarde me encontraba en mi oficina, cuando me avisaron que alguien me llamaba por teléfono. Era Alicia, quien en forma histérica e incoherente me gritaba por el fono:

—¡Alfonso ha huido! ¡No lo puedo encontrar! Sentí que mi corazón cesaba de latir dentro de mi pecho. Traté, sin embargo, de extraer alguna comprensión de lo que me estaba diciendo:

—Lo llevé al mercado y cuando miré a otro lado desapareció. ¡Oh señora, no sé qué hacer! ¡Pobre Alfonso!

—Por qué...

—Lo he buscado por todas partes...; no está.

—¿Cuánto rato hace que desapareció?

—Recién; aún estoy en el mercado.

—¿Está segura de que no se habrá extraviado entre el público?

—No. Todos andan buscándolo. Una mujer me dice que lo vió conversando con un hombre, pero no creo...

—Espéreme allí. Voy inmediatamente —le repliqué.

Luego, sin saber casi lo que hacía, me dirigí donde mi jefe y le expliqué lo que me sucedía. Al ver mi angustia se ofreció gentilmente para prestarme su automóvil; pero rehusé, pensando que sería más rápido tomar un taxi.

Al llegar al mercado encontré a Alicia rodeada de gente extraña; pero Alfonso no aparecía por ningún lado. Al verme, me dijo:

—Tiene que haber huido.

—Pero, ¿por qué? —le contesté irritada.

No me respondió. Por el contrario, sólo me dió una extraña mirada. Finalmente llegó la policía, y su tranquilidad

lidad me ayudó a mantener el control sobre mí misma. Para ellos un niño perdido era rutina; pero para mí, la madre, involucraba la más atroz desesperación. Alicia les contó lo que ya me había contado a mí. Luego nos pidieron una descripción del niño y me rogaron que permaneciera en casa para poder tenerme al tanto de las novedades. Alicia permaneció en el mercado por si acaso Alfonso volvía por allá. Jamás me había sentido tan sola y tan desesperada.

Llamé a Samuel, pues necesitaba su compañía. Estaba en su oficina; cuando le conté lo que me sucedía, me dijo: —Cálmate, Elisa; voy de inmediato para allá.

Sólo se demoró veinte minutos; pero cuando llegó no pude resistir más y me arrojé en sus brazos. Se sentó en un sillón al lado mío e intentó consolarme:

—¡Vamos, Elisa, ya verás que muy pronto encuentran al niño! —Alzó mi rostro y me dio un ligero beso en la frente.

Me dirigí a la cocina a preparar un poco de café. Estaba terriblemente apesadumbrada por la incertidumbre, pero estaba, asimismo, consciente de la atracción que sentí hacia Samuel cuando me dio ese ligero beso de consuelo. Durante un minuto olvidé totalmente a Raúl. "No debí besarme —pensé—, no debí consolarme de esa manera. No debo permitir que tome en mi vida el lugar de mi esposo. No debo permitirlo, pues sé que fácilmente podría hacerlo." De pronto comprendí sobresaltada cómo había permitido que éste sustituyera a mi marido. La barrera que había erigido entre ambos era demasiado débil, y sólo ahora tenía plena conciencia de ello.

Sonó la campanilla de la puerta. Corrí a abrir; pero ya Samuel se había adelantado a hacerlo. Era Alicia, con un hombre desconocido para mí. El temor de que me trajeran malas noticias me oprimió el corazón. El hombre se presentó como el inspector Elberg, y me dijo que Alicia le había dado algunos detalles más sobre el desaparecimiento del niño. Alicia me dijo:



Un amigo le preguntó al ministro francés Robert Schuman, por qué no se había casado. La contestación del ministro fué la siguiente:

—Viajaba en un colectivo que iba completamente repleto, y sin querer le pisé el pie a una señora. Dió un grito fuerte, pero al darse vuelta para mirarme, se disculpó. "Perdóname —me dijo—, creí que era mi marido". Desde ese momento decidí permanecer soltero.



—Le da demasiada importancia al hecho de que le vi conversando con un desconocido. Pero le he explicado que ni siquiera de eso puedo estar segura.

—No quiero alarmarla, señora Nelson; pero si ha sido visto por última vez con un desconocido, puede haber sido... secuestrado.

Sentí los brazos de Samuel que me rodeaban, y algo en mi interior se desgarró de dolor. "¡Oh no —pensé—, por favor, eso no!"

Entre Samuel y Alicia me condujeron a un sillón, y luego Elberg me interrogó sobre el niño. Pero no le escuchaba. A medias comprendía que para este dolor sólo podía hallar consuelo junto a mi esposo. Samuel era tan extraño como el resto de la gente que me rodeaba. Traté de contestar lo mejor que pude sus preguntas. Pero de pronto una me hizo concentrarme en él:

—Señora Nelson, no deseo ofenderla; pero, ¿usted y el señor Kelsey son amigos muy íntimos?

—Sí; es un gran amigo de mi esposo y mío; por eso le llamé tan pronto supe el desaparecimiento del niño.

—Bueno..., puedo estar equivocado; pero las circunstancias... me obligan a comunicar este caso a los periódicos.

—Voy a tratar de ubicar a mi marido —le repliqué.

—No existe todavía una razón poderosa como para hacer venir a Raúl —me interrumpió Samuel.

—¿No existe una razón? ¡Yo lo necesito y lo mismo Alfonso! —le repliqué airada.

—¡Pero no podrás conseguirlo! Por otra parte, yo estoy a tu lado —me dijo, pero yo ya no le escuchaba...



Elberg y Alicia me ayudaron a afrontar a los periodistas. Por último, Alicia estaba tan al borde de la desesperación como yo, por lo cual la obligué a irse a su casa a descansar.

(Sigue a la vuelta)

NOTAS CIENTIFICAS

UN VENENO PARA ANIMALES

Un remedio para seres humanos



Los científicos médicos a menudo aprovisionan su arsenal de armas contra las enfermedades con muchas drogas extrañas, sustancias que se conocen principalmente por su poder para destruir y matar. Una de las más corrientes de estas extrañas drogas es la nitroglicerina, ese poderoso explosivo que también es útil para tratar ciertas enfermedades del corazón. Otra droga es la mostaza de nitrógeno, ese gas mortal usado en la guerra, el cual también se emplea para el tratamiento de cierto tipo de cáncer llamado el mal de Hodgkin. Recientemente, otro preparado que tiene dos usos fué presentado a la medicina; se trata de un veneno para las ratas, que tiene como ingrediente principal una sustancia química derivada de trébol aromático descompuesto. Este preparado que mata las ratas por impedir la coagulación de su sangre, puede significar a veces la vida para los seres humanos. Pues, en ciertas ocasiones los médicos deben contener la tendencia de coagularse que tiene la sangre humana, como en los casos de congelación, en que la coagulación puede necesitar la amputación. Con la administración cuidadosa de pequeñas dosis del compuesto venenoso contra las ratas se puede lograr una gran ayuda para estos casos. La sustancia química de la cual se hace el preparado fué descubierta cuando los investigadores observaron que las vacas que pastaban en campos de trébol a menudo morían de hemorragias.

EL MUNDO PERTENECE AL VARON

El viejo juego de adivinar el sexo del niño antes de su nacimiento es uno que conocen todos los que son padres. De esta curiosidad han surgido innumerables supersticiones, tales como la creencia de que el sexo del niño puede deducirse de la conformación del vientre de la madre. Pero hoy la ciencia tiene guías más confiables. Su más nuevo consejo a los curiosos futuros padres es que inspeccionen la partida de nacimiento del padre. Basándose en un complicado análisis estadístico de todos los nacimientos en los Estados Unidos durante un período de tres años, un especialista en genética sostiene que el sexo del niño está relacionado con la edad del padre: cuanto más viejo el padre, más probable es que el bebé sea una hembra. La edad de la madre, que antes se suponía ser la llave de la pregunta ¿"varón o hembra?", parece ser de tan poco significado como la configuración de su cintura.

HOMENAJE A MEDICOS DESCUBRIDORES

De los muchos miles de iniciadores y exploradores de la ciencia médica, quienes generosamente dedicaron sus vidas a la búsqueda de medios para aliviar los sufrimientos humanos, relativamente pocos han alcanzado la inmortalidad entre sus paisanos. Sin embargo, aquellos que lo han logrado, son objeto de un orgullo y reverencia otorgada tan sólo a pocos héroes nacionales. Esto se refleja claramente en una reciente exhibición de estampillas de correos dedicada a un solo campo de la medicina: la cirugía. Por ejemplo, la exhibición muestra una estampilla italiana, expedida en el año 1932, que tiene el retrato del inmortal artista, escolar y científico, Leonardo de Vinci, que nació hace quinientos años, pero cuyos dibujos anatómicos son famosos aún hoy en día. Francia, en el año 1943, editó una estampilla que representaba a Ambroise Paré, un médico del siglo XVI llamado a menudo el "padre de la cirugía francesa". Y Alemania ha tenido una edición de sellos de correos para honrar a Wilhelm Roentgen, cuyo descubrimiento de los rayos X proporcionó a la medicina una nueva e inapreciable técnica diagnóstica. El recuerdo de estos científicos, y también el de otros, se mantendrá vivo, aun cuando las estampillas que honran sus méritos se hayan destruido con el tiempo.



CRIMEN EN LA NIEVE

Carol Carnac

Eran quince turistas ingleses los que se dirigieron a las pistas de esquí de Austria. En Londres se comete un terrible asesinato y el inspector Rivers decide ir a buscar al asesino entre los risueños deportistas. Se comete otro crimen, esta vez teniendo como escenario el manto blanco de la montaña...

PRECIO \$ 130.—

EL ALMIRANTE DORADO

Van Wyck Mason



Hermosa obra que nos lleva al escenario de las grandes luchas navales por la supremacía de los mares, a las intrigas de las cortes de Inglaterra y España y nos narra la singular odisea que fué la vida del más grande capitán corsario, SIR FRANCIS DRAKE.

PRECIO \$ 260.—

SELECCIONES ELLERY QUEEN DE CRIMEN Y MISTERIO N.º 11

ACABA DE APARECER A LA VENTA EL N.º 11 de estas afamadas Selecciones de las mejores historias detectivescas, con fascinantes narraciones de Rex Stout, Charles B. Child, Ellery Queen, Michael Gilbert, Freeman Wills Crofts y otros autores mundialmente conocidos.

PRECIO \$ 30.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile

sar. Antes de salir me preguntó si Samuel se quedaría al lado mío.

—Sí; se quedará conmigo —le repliqué.

—Entonces no me necesitará —comentó, y se fué de la casa.

Por un momento no supe cómo tomar este comentario, pero pronto traté de convencerme de que no podía haber querido decirme lo que yo suponía. Ella sabía tan bien como yo que Samuel era sólo un buen amigo de mi hogar. En ese momento llegó a verla.

—Estuvo unos pocos minutos conmigo, y después me dijo al oído:

—La compadezco, señora Nelson, y no crea usted que tomo en consideración los comentarios de los otros arrendatarios sobre sus relaciones con el señor Kelsey. Sé que usted tenía que trabajar y por eso dejaba el niño en poder de una criada, cuando es deber de la madre velar por sus hijos. ¡Ojalá pronto tenga noticias de él!

Cerré la puerta tras ella, sintiéndome enferma por sus insinuaciones. No podía ser cierto que la gente comentara esas cosas de mí y de Samuel. O tal vez mi actitud había sido la equivocada.

—No puedes permanecer aquí, Samuel. Tal vez pase toda la noche antes de que tenga alguna noticia de Alfonso, y no puedes pasar la noche conmigo.

—No seas absurda, Elisa; no te voy a dejar sola con tu angustia —me replicó.

—Debes hacerlo. ¿No ves lo que piensa la gente de nosotros?

—¡No seas ridícula! No debes hacer caso de las murmuraciones de esas arpias.

—Soy una mujer casada.

—¿Acaso alguno de los dos lo ha olvidado siquiera un instante?

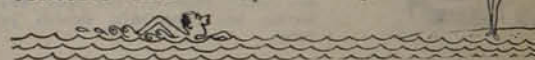
—No; pero temo que no haya actuado como tal. He salido



la señora Lawrence

Un periodista norteamericano le preguntó a la reina de belleza de Francia qué esperaba ella de un hombre con el que estuviera sola en una isla después de un naufragio.

—Bueno... —contestó ella—. Esperaría que supiera nadar.



contigo con demasiada frecuencia, y éste se ha convertido más en tu hogar que en el de Raúl. Por favor, Samuel, prefiero estar sola. Espero que me comprendas.

Quando se fué me envolvió un pesado silencio. Pasé toda la noche tratando de reunir el coraje que sabía iba a necesitar, y comprendí lo egoísta que había sido. Mi angustia por la desaparición de Alfonso me hizo comprender la situación ambigua que había creado sólo por el miedo a permanecer sola frente a la vida. En vez de ser siempre la esposa de Raúl, había permitido que Samuel ocupara su lugar casi por completo. Había confiado en él, depositado en él mi afecto y le había permitido que me ofreciera todo su apoyo. Creía, tontamente, que mi conciencia estaba limpia por el hecho de no haber permitido que me hiciera el amor. Pero en todos los demás aspectos le había dejado ocupar el lugar de mi esposo.

Por la mañana llamé al inspector Elberg, quien me comunicó que todavía no tenían noticias de Alfonso. Luego me llamó Samuel.

—Voy a pedir permiso en la oficina para acompañarte. —No, no lo hagas, Samuel. No te necesito. No hay nada que hacer, fuera de esperar, y eso lo puedo hacer sola.

—¿No deseas que vaya?... —No; prefiero estar sola.

Todo cuanto pude hacer fué esperar y rezar. Pero también traté de comunicarme con Raúl y hablé con sus superiores exponiéndoles el caso. Ya lo habían leído en los periódicos, y me prometieron mandar buscar a mi esposo a la brevedad posible. Por fin me comunicaron que el sábado llegaría a la ciudad en un avión especial. Fui a esperarlo al aeropuerto. Cuando me tomó en sus brazos pude, por primera vez en esos espantosos días, llorar. Al contemplar su rostro comprendí que para él casi había sido peor que para mí, pues estaba tan preocupado por el niño como por mí. Sus ojos me interrogaron.

—No, no ha sido hallado aún —le repliqué entre sollozos.

Después de relatarle los sucesos, me preguntó extrañado: —¿Por qué iban a desear raptar a Alfonso? Nosotros no somos personas ricas. ¿Por qué?... ¿Por qué?...

—No existe ninguna razón.

Tenía que ser un loco, un perverso, un asesino...; pero esas posibilidades no nos atrevíamos a considerarlas en voz alta. El inspector Elberg vino a vernos después de comida y permaneció discutiendo los detalles con Raúl. Al día siguiente vino Samuel a vernos. Mi esposo y Samuel se dieron la mano casi con solemnidad.

—Gracias, Samuel, por todo lo que has hecho por Elisa y por el niño —le dijo Raúl.

—He tratado de ayudar en todo lo posible; pero nada se podía hacer.

Me volví a mirarlo y lo invité a comer con nosotros; pero me replicó que prefería dejarnos solos.

—¡Vamos! Eres de la familia —insistió Raúl.

Samuel se dirigió a sentarse en el sillón favorito de Raúl, pero luego desistió y tomó asiento en un sofá. Me dirigí a la cocina a preparar la comida. Estábamos terminando de comer cuando sonó el teléfono. Raúl fué a contestar. Las manos le temblaban al tomar el fono:

—Sí; con él habla —dijo—. Comprendo; vamos inmediatamente a buscarlo.

—¡Raúl! ¡Raúl! ¿Lo han encontrado?

—¡Lo han encontrado, Elisa! ¡Está vivo! —me dijo, tomándome en sus brazos lleno de felicidad.

Me pareció que revivía. Mi hijito estaba a salvo. ¡A salvo! —Va camino a la estación de policía. Los traerán a los dos aquí.

—¿A los dos?

—A Alicia; ella lo había raptado —me replicó mi marido.

—¡No, no puede ser! ¡Alicia amaba a Alfonso! No puedo creerlo. ¿Por qué lo había de hacer? ¿Por qué?

Pronto el inspector Elberg nos dijo que Alicia había fraguado toda la historia del rapto. Tenía todo preparado para robar al niño. Había arrendado una habitación con un nombre supuesto y dicho que el niño era de ella.

—¿Está loca? —pregunté espantada.

—No precisamente loca, pero desequilibrada. Creía tener derecho a ello, señora Nelson. A ella le parecía el camino correcto a seguir. Deseo prepararla antes de que usted se entreviste con ella.

No pude sentir compasión hacia la mujer, aunque estuviera loca. Me horroricé al pensar que le había confiado a mi hijo.

Pero al verla sentí lástima, sin poderlo evitar. Estaba desencajada, y, a no ser por sus ojos, parecía una persona normal.

—¡Adelante, contéme! —me dijo—. Ningún hombre podría desearme como mujer. No puedo tener un marido, no puedo tener un hijo. Pero usted es... hermosa, usted lo tiene todo... más de lo que debe. Me llevé al niño para que no permaneciese en un ambiente perverso, viéndolos a ustedes dos todo el día.

—No sabes lo que dices, estás enferma —susurré.

—Saliedo todas las noches con ese hombre. Trayéndolo al departamento. Traicionando a su marido y bebiendo en presencia del niño. Todo lo pude soportar, menos el que planearan irse juntos fuera de la ciudad con él. ¡Alfonso es bueno e inocente! ¿Cree que se lo iba a dejar junto a usted?

No pude pronunciar una sola palabra. Había querido alejar a Alfonso de mí... por mi conducta. Miré a Raúl y vi que éste me estaba también contemplando. Pero debía comprender que eran sólo mentiras.

—Lo siento por usted, Alicia; pero estaba equivocada. Amo a mi hijo y a mi marido por sobre todas las cosas... y jamás existirá en mi vida nadie más que ellos.



—Mi papacito dice que no le gustan los niños chicos los días domingos antes de las ocho de la mañana.

Le hablaba a ella, pero mis palabras estaban dirigidas a Raúl. Pero la mujer no me escuchó. Se tapó la cara con las manos, como si no pudiera soportar ver que me entregaban a Alfonso. Luego la carcelera se la llevó.

Al quedarnos solos, Raúl abrazó al niño sin decirme nada. Finalmente logré murmurar:

—Siento haber visto a Samuel con demasiada frecuencia.

—Nada importa, mi amor; es un buen amigo de nosotros.

—Sí; pero debí suponer que otras gentes podrían pensar mal. Raúl, ¿me crees?

—Naturalmente; eres mi esposa.

Sí; era su esposa, y había comprendido que el matrimonio es algo muy serio, con el cual no se puede ni se debe jugar. Y en mi corazón se alzó una plegaria de acción de gracias por tenerlo junto a mí y no haber traicionado jamás su amor.



¿De qué amplitud es tu vocabulario?

Aunque puedas sentarte y escribir cientos o miles de palabras, tu vocabulario diario es de 70 palabras como lo es el del término medio de los mortales.

Debe agregarse, sin embargo, que hay que hacer una excepción con los profesionales, tales como médicos, abogados e ingenieros, que

emplean términos médicos legales y matemáticos además de su vocabulario corriente.

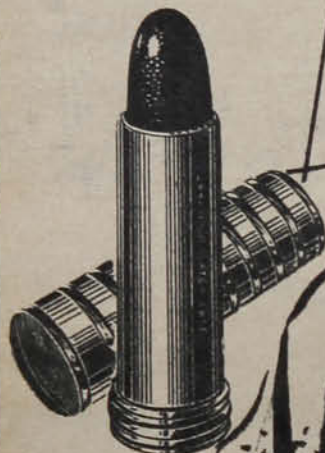
Un discurso con 70 palabras parece muy limitado, no obstante, contiene suficientes verbos, adjetivos y sustantivos, como para ser suficiente a una conversación corriente.



Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO

EN ORO

24 K.



Cada estuche

con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

(Como a una verdadera Joya)

Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

CAPITULO VI

EL

HAMILTON está enfermo. Durante la noche estuvo muy afiebrado, pero no quiso despertar a nadie para pedir quinina.

Por la mañana yacía lánguido en su desordenada almohada, con la cara roja e hinchada. Habría pasado mucho tiempo antes de que yo entrara en su pieza si un hombre del Valle no hubiera preguntado por él. Afuera, dos trabajadores se habían herido y, con las cabezas vendadas, estaban en la estación de emergencia de Luxor. Pertenecían a la famosa familia de bandidos Abdul Rasul de Kurna.

—Un hato de sinvergüenzas —dijo Hamilton, tratando de que su voz sonara fuerte y altiva.

—¿Qué le pasa? —le pregunté.

—Nada. Es decir... todo. Cuando me levanté, me caí.

—¿Malaria?

—Idiota —me respondió con impertinencia—. Tonta —agregó rápidamente y con más suavidad.

Llamé al señor Conway, que estaba leyendo su correo en el baño. Se envolvió en dos toallas como un hindú y se precipitó a ver a Hamilton. Aun en medio de su prisa se veía sereno y dueño de sí mismo.

—El doctor Sawi está en vacaciones —murmuró—. En junio no se puede encontrar a nadie en Luxor.

Le tomó el pulso, la temperatura, le dió quinina y le hizo algunas preguntas de carácter médico. Yo estaba a su lado, preguntándole qué podría hacer, pero Conway no me tomaba en cuenta.

—¿Te preocupa tu estado? —preguntó a Hamilton—. Quiero decir, ¿te preocupa tu enfermedad o tienes algún sintoma curativo?

—Instinto curativo, no —gruñó Hamilton—. Pero tampoco me preocupa. ¿Por qué me voy a preocupar?

—¿Tienes confianza en mí o telefoneo a El Cairo pidiendo un médico?

—Tengo ya una dosis de confianza como para curar unos cuatro o cinco resfriados.

—Entonces está muy bien —Conway le ordenó quedarse en la cama—, más quinina, ningún alimento.

En seguida salió a hablar con el desconocido.

Le arreglé la cama a Hamilton, le lavé la cara con agua y vinagre y le di el remedio ordenado por Conway. El se dejó que lo cuidara sin hablarme y entonces comprendí que estaba muy enfermo. Le dejé un jarro con agua helada en su velador para que se refrescara las manos, hice funcionar el ventilador, pero hasta este ruido era demasiado para él. Hizo un pequeño gesto para que lo detuviera. Conway terminó rápidamente sus asuntos con el individuo y entró conmigo en la cocina.

—Hamilton está muy enfermo —me dijo—. Me imagino que es tifo, pero no quiero que él lo sepa. Debe ser trasladado inmediatamente a un hospital de El Cairo. La dificultad está en que no sé a quién llamar para que se lo lleve.

—A Barta —insinué.

—¿A Barta? —me miró de nuevo con su mirada rápida y sospechosa—. ¿Por qué Barta?

—Barta es un amigo leal.

—¿Lo cree así?

—Por cierto que sí.

—¿Un egipcio!

—¿Qué tiene eso que ver?

—Un egipcio jamás es enteramente honrado con un inglés. Cuando el inglés está enfermo, sí.

—Muy bien, Barta. No conozco a nadie mejor, por eso le mandaré un telegrama urgente —dijo Conway.

Al llegar a la puerta se dio vuelta.

—Entre lo menos posible a la pieza de Hamilton. ¡Beba whisky! O por lo menos lávese las manos con whisky.

La mañana era tan opresiva y calurosa que el cambiarse de ropa no ayudaba. Apenas se ponía uno un vestido fresco se le pegaba a la piel como una toalla mojada. Tampoco me era agradable pensar en Hamilton, que yacía en su cama de enfermo. El calor era más fuerte que cualquier poder de voluntad.

Vagué por la casa haciendo varias cosas, pero sin terminar ninguna. Y cuando eran más o menos las once, sentí un golpe en la puerta y tuve que hacer un gran esfuerzo para abrirla.

Un egipcio alto y macizo estaba de pie junto a la puerta. Con una sonrisa me pidió hablar con Hamilton.

Yo le dije que no podía hablar con el señor Hamilton ahora, pero que el señor Conway estaba en la casa.

—No, no, con el señor Hamilton —replicó—. El señor Conway, buen hombre; pero quiero al señor Hamilton.

—¿Es respecto a los dos hombres que se pelearon?

—No, no respecto a los dos hombres que pelearon.

—No puede hablar con él. Está enfermo.

—Deseo se cure. —La sonrisa del hombre dejó al descubierto una hilera de dientes de oro muy sucios—. Yo doctor. Muy conocido doctor. Todos los hombres vienen a mí, todos los hombres de Assuan, de Kromombo, de Edfu, de

EMBRUJO DE EGIPTO

POR
VICTORIA
WOLF

Girgi. Mi nombre Hussein Abdul Hadi, todos me conocen. Alá me hace fuerte.

—No estoy muy segura —dijo titubeando y pensé en la repugnancia de Hamilton por los hechiceros y los hombres de esa clase.

Hamilton venía de un barrio pequeño, limpio y ordenado, cerca de Hampstead, donde "The Times" era una especie de Biblia. Su gente habría desaprobado a este hijo ilegítimo de Esculapio. Habría recurrido con más confianza a mi padre, quien habría intentado indagar dentro del ego del individuo para descubrir la fuente de sus poderes curativos.

—No puede entrar, simplemente, no puede.

—Si puedo —dijo el egipcio con gesto poco amistoso—.

Cuando Hussein quiere algo, lo hace.

Me cogió firmemente de las muñecas.

—¿Dónde? —preguntó mientras me forzaba para que le indicara la puerta de Hamilton.

—Suélteme y váyase —grité furiosa.

No me soltó hasta que no hubo examinado las cinco puertas que se abrían al hall.

—¿Es ésa?

Mostró la pieza del señor Conway. El no quería que lo molestaran de nuevo. Pero en ese momento la puerta se abrió y el señor Conway salió de ella.

—¿Qué sucede?

Inmediatamente el egipcio me soltó la mano y habló amistosamente.

—Sólo quiero ayudar al señor enfermo.

—Aquí no hay ningún enfermo.

Conway habló con voz de huracán.

—Pero lo dijo la señorita. Señorita dijo muy enfermo. Hussein famoso. Hussein ayuda mucha gente.

—La señorita no sabe —rugió Conway—. La señorita debería estar en la cocina y no hablando estupideces.

El señor Conway no me miró mientras gritaba, ni mien-

tras entré en la cocina y lo observé tristemente al cerrar la puerta.

La discusión continuó, pero no pude escucharla. Me tapé los oídos. También me habría gustado cerrar los ojos. "La señorita debería estar en la cocina y no hablando estupideces."

De pronto oí al egipcio. ¿Por qué vendría a esta cocina vacía a cocinar? Nadie tenía hambre, nadie. Me senté sobre la mesa. Tenía cubierta de mármol, fresca para un corazón ardiente. Qué indescifrable, qué incomprensible era ese hombre.

En cuanto se mencionó el nombre de Barta se puso sospechoso. ¿Por qué había creído en mí? No sabía nada de mi persona. No me preguntó nada, ni dejó que otras personas le dijeran algo de mí. Nunca me puso una prueba, nunca habló del pasado. ¿Qué pensaba de mí? ¿Por qué me inmiscuía en su trabajo y luego, de pronto, me gritaba? Deseaba correr, dejarlo inmediatamente, sin ninguna explicación, sin mi dirección.

Entonces podía ver lo que haría! Entonces me avaluaría mejor. Y entonces decidiría que volviera o no.

La puerta se abrió suavemente. El señor Conway asomó la cabeza, dió un par de pasos por el suelo de piedra y se sentó en la mesa a mi lado. Lo miré y me sujeté de la cubierta de mármol. Estaba temblando. Me levantó la barba, se me acercó y pasó su brazo suavemente por mis hombros.

—Sonia, no se enoje. Tuve que tratarla mal.

Suavemente levanté la cabeza y mi pelo tocó su frente. No puedo describir la conmoción eléctrica que me sacudió. No me atreví a darme vuelta.

—Ese individuo no es médico, ni siquiera curandero. Era un espía que los trabajadores mandaban para averiguar qué le sucedía a Hamilton. Las malas noticias se reparten en este país como los incendios. Los árabes son cobardes cuando se enferman. El trabajador vió a Hamilton en cama esta mañana. Se asustó e inmediatamente corrió a comunicárselo al gordo. Si este espía descubre que Hamilton tiene tifo, no encontraría ni un hombre en todo el Valle para el resto del verano. Por eso tuve que ser cortante con él y hacer sufrir la verdad. En este momento usted representa la verdad.

—Sí —respondí sin atreverme aún a cambiar de posición.

—Usted dice sí, pero piensa no, Sonia.

¿Qué le sucede?
Me deslicé suavemente de la mesa. De pie junto a él, todo era tan extraño. Se levantó, se puso a mi lado y colocó ambos brazos en mi cintura. No podía respirar, aunque tenía necesidad de aire.

—No la soltaré, Sonia, hasta que no me jure que me ha comprendido y que no está enojada.

—No estoy enojada, pero no puedo jurárselo porque no tengo las manos libres.

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Después de un monótono viaje a través del desierto, llegan a Luxor en donde se alojan en la casa del jardinero, pues el hotel está cerrado durante el verano. En seguida se encaminan hacia su destino, y Conway comienza a hacer los preparativos para la excavación. Llega Hamilton y le trae a Sonia algunos libros sobre el viejo Egipto, y Conway le pide aprenda a descifrar jeroglíficos, que es lo más importante de su trabajo. El cocinero de Luxor no viene, y la muchacha tiene que transformarse, además de secretaria, en cocinera y en cuidadora; sin embargo, se siente feliz y adora su trabajo...



No me soltó hasta que no hubo examinado las cinco puertas que se abrían al hall.

(Sigue a la vuelta)

¿Y TENDRAS QUE CREERLO!

LA BAYONETA debe su nombre, como es sabido, a la ciudad de Bayonne, donde primero fue fabricada esta arma. Pero, lo que no es tan conocido es que fue inventada por los mismos soldados. Este hecho ocurrió en el año 1523. Sitiada la ciudad por los vascos, bien pronto se halló sin municiones. Entonces, los soldados tuvieron la idea de insertar cuchillos en el cañón de su fusil. Otros los imitaron y gracias a esta arma improvisada, se pudo rechazar al invasor.



Si prácticamente la India ya no cuenta con príncipes, cierto número de ellos han conservado todo su prestigio entre sus súbditos, aunque actualmente sean solamente una especie de gobernadores con poder restringido. En realidad, la India ofrece aún la paradoja de comprender 562 estados. Y unas increíbles desproporciones: las entradas del príncipe de Bilbari no son mayores que las de un artesano con 80 rupias anuales; es verdad que el territorio no tenía más de algunos centenares de hectáreas. En cambio, el Nizam de Hyderabad tenía una renta de 100 millones de rupias y un territorio de 215.000 kilómetros cuadrados.

EL PARLAMENTO británico, bajo su forma primitiva, data del siglo XIII. En su origen sólo se componía de la Cámara de los Lores. Más tarde, la Cámara de los Comunes fue una simple Asamblea Consultiva de burgueses. Con el tiempo, la situación cambió: la Cámara de los Lores ha pasado a ser una Cámara Consultiva que no puede proponer rehusar un proyecto de ley que se refiera a finanzas, siendo raros los que no se refieren. ¡Le queda sólo un resto de derecho a veto, bastante simbólico!

¿Adelgaza el deporte?

Es innegable que la práctica de ciertos deportes, al desarrollar la musculatura o excitar el apetito, hacen engordar. Sin mencionar a los atletas de circo, es un hecho que los grandes nadadores raramente son flacos. Actualmente, se piensa que, en realidad, el deporte no hace adelgazar. Según estudios experimentales, para perder quinientos gramos de peso habría que caminar un centenar de kilómetros a paso de gimnasta. Más al alcance de todo el mundo resulta seguir un régimen alimenticio adecuado.



EL QUE NO MIRA DE FRENTE, ¿ES SIEMPRE UN HIPOCRITA?

Casi siempre se les acusa injustamente. La hipocresía consiste en aparentar una piedad, una virtud o sentimientos que no se sienten. El hipócrita se empeña siempre en parecer sincero. Desempeña un papel. Casi siempre mira bien de frente para engañar mejor. En cambio, valdría más ayudar a aquellos de huida mirada, en vez de tacharlos de hipócritas. En la mayoría de los casos, son tímidos. Temen haber procedido mal y se sienten en estado de inferioridad. Si disimulan sus pensamientos o sentimientos, es más por temor que por deseo de engañar. Si se les proporciona la ocasión de devolverles la confianza, haciéndoles abandonar esta actitud de "defensa pasiva", desaparecerá su aire de disimulo.

—No soy el hombre para usted —respondió enojado.

Un hombre puede pensar una cosa así, pero no debería decirlo. Miré cuidadosamente a Barta. Su perfil era hermoso, suave y salvaje como el desierto. Sus manos largas de artista mostraban su cultura. Yo no me sentía superior a él. Sólo era diferente, y de otra raza.

El problema era cómo llevar a Hamilton al aeroplano sin que lo vieran desde el pueblo. Tenía fiebre muy alta y estaba semiinconsciente. Comprendí y acepté todos los arreglos, pero estaba apático.

El señor Conway había fabricado una especie de cama que se podía colocar sobre los asientos del aeroplano. El piloto hizo ver que la gran altura y el cambio de temperatura tenían efectos favorables en los enfermos. Tal vez Hamilton estaría bien al llegar a El Cairo.

—Usted confunde el tifo con la tos convulsiva —dijo Conway lacónico.

Se veía cansado y triste. Jamás lo había visto así.

—¿Podría buscarnos en El Cairo a un nuevo ayudante? —preguntó a Barta.

—Lo haré, pero estoy convencido de que no encontraré a ninguno. ¿Quién de nuestra gente se metería voluntariamente en una incubadora, como lo es Luxor en verano? Barta me miró, buscando comprensión, pero no encontró nada.

—Entonces, pregúntele a "nuestra gente" —respondió Conway con brusquedad.

—Publicaré en el "Al Abram" y en "The Times": "Se busca a un inglés idealista".

—No se moleste —respondió Conway, frío y cortante—. En todo caso, tengo que notificar a Eversham de este incidente.

—Eso tendrá que hacer —convino Barta—. Si puedo darle un consejo, deje las excavaciones durante el verano y co-

miéncelas de nuevo en octubre. Al último, estas dificultades se resuelven solas. No duran mucho. ¿Para qué hacer innecesariamente difícil la vida? Es dura, aun siendo la mejor.

—Si hubiera seguido siempre los consejos de los demás, no habría encontrado ni un fragmento en este Valle —dijo el señor Conway—. No, Barta, no lo tome a mal. Soy porfiado.

Barta se encogió de hombros y sonrió con educación, pero sin parecer comprender.

—Cada uno sigue su camino.

Luego prometió cuidar a Hamilton y telefonar diariamente a Luxor.

—No economice dinero en él —le dijo Conway al piloto—. Nos hacemos cargo de todos los gastos.

—Naturalmente, no tendremos dificultades en cuanto a dinero —respondió el muchacho.

¡Afortunada Albión! Los asuntos de dinero son secundarios. Yo pensé en mis maletas confiscadas en el subterráneo de la señora Green. Tal vez la señora era escocesa. Tan pronto como el sol se puso, la oscuridad descendió a la tierra totalmente y sin ninguna trascisión. Esta era la hora de la oración para los árabes. Era también la hora de la partida. Mientras Conway y el piloto llevaban a Hamilton al avión, Barta entró conmigo en la cocina.

—Guide mucho a Hamilton —le dije.

—Mañana le mandaré el desinfectorio de El Cairo —prometió con voz fría y protocolar—. Ninguno de ustedes entrará en su pieza antes de que llegue.

Luego se fue sin decirme nada más. En la puerta se detuvo, se dio vuelta de nuevo, se inclinó sonriendo y con su mano ligeramente curvada se tocó la frente y el pecho.

(CONTINUARA)

Los dioses nos han dado remedios contra el veneno de la serpiente; pero no existe remedio contra una mujer mala: es más nociva que la ribera o que el mismo fuego. EURIPIDES.

En la música es acaso donde el alma se acerca más al gran fin por el que lucha cuando se siente inspirada por el sentimiento poético: la creación de la belleza sobrenatural. POE.

Dejando a un lado unos cuantos escépticos, prototipos de decencia en la historia de la filosofía, los demás no tienen la más leve concepción de la integridad intelectual. NIETZSCHE.



El archiduque Rodolfo tiene un espíritu culto y goza de un temperamento inestable y nervioso, además de un apetito desenfrenado de goces. La princesa Estefanía, casada con Rodolfo por conveniencias diplomáticas, trata de conquistar el corazón de su marido, dándole gusto en todo y proporcionándole un hogar tranquilo. No lo consigue. En 1883 es madre de una niña: Isabel María. Decepción general.

Rodolfo vuelve a todas sus costumbres de soltero. Como un subteniente vividor, va todas las noches de fiesta a un reservado del famoso restaurante Sacher, con algunos amigos y hermosas muchachas. Rodolfo bebe, Rodolfo tiene innumerables enredos amorosos, muchos de ellos bastante escandalosos. "La piedad fué bien pronto el único lazo de unión entre nosotros; el afecto y la confianza habían muerto en mi corazón", dijo un día Estefanía.

En política, Rodolfo, muy moderno de pensamiento, estaba en completo desacuerdo con su padre. El no amaba la aristocracia austriaca, no amaba a Alemania ni a Rusia. Sus simpatías estaban con la burguesía y las clases intelectuales, Francia y las instituciones democráticas. Soñaba con darle al Imperio una constitución liberal y federalista.

Su confidente más querido era un periodista israelita, Mauricio Szepe, redactor jefe de "Neues Wiener Tageblatt", cuya hija Sofía se casó en diciembre de 1886 con Pablo Clemenceau, hermano menor de Jorge Clemenceau. El tribuno francés había venido a Viena para el matrimonio y Rodolfo le pidió a Szepe lo llevara a medianoche a Hofburg. El archiduque heredero tuvo con Clemenceau una larga conversación que comenzó bien. El francés manifestó que su país declararía la guerra antes de dejar que Austria fuera anexada a Alemania. Rodolfo le agradeció y luego ensayó de demostrar que el Estado dispar de los Habsburgos agrupaba a los alemanes, a los eslavos, a los húngaros, a los italianos y, en miniatura, él soñaba con realizar los Estados Unidos de Europa. Clemenceau no dijo que no. (Pero en 1919, él desmembraría esos Estados Unidos). La conversación terminó mal. Cuando Rodolfo expuso sus proyectos de extensión hacia el Oriente, Clemenceau, que pensaba que la amistad con Rusia era necesaria para Francia, le declaró a Rodolfo que tal política era loca...

El 12 de abril de 1888, el archiduque Rodolfo, habiendo llevado a las carreras de Prater a dos príncipes prusianos, huéspedes de su padre, vió desde su palco y entre el público a una personita sorprendente, acompañada de una dama que parecía ser su madre y del príncipe Miguel de Braganza. Su rostro tenía un diseño purísimo, ojos enormes y profundos, y una cabellera de un rubio leonado. Rodolfo la miró maravillado. Y ella, a su vez, contempló con ardiente admiración al joven archiduque. —¿Quién es? —preguntó Rodolfo a su oficial de ordenanzas. —Es la joven baronesita María Vetsera...



MAY 1



Algunos días más tarde, la baronesita (en Austria, como en Italia, las muchachas nobles llevan un diminutivo del título de sus padres), la pequeña María Vetsera, se paseaba con su madre en calesa por el Bois de Boulogne vienes que es el Prater cuando se cruzó con un magnífico caballero. Era el archiduque Rodolfo. Hizo más despacio su paso y fijó la vista en la joven. Su mirada, acompañada de su sonrisa, parecía decir: "Es usted la muchacha más linda y desde hace días sólo pienso en usted".



R L I N G



usted". Fué por lo menos así como María interpretó esa mirada imperial que la envolvió como una caricia. En la suya, quería que Rodolfo leyera este mensaje: "Usted es mi héroe, mi dios. ¡Lo amo! Pero, aunque sólo tengo diecisiete años, no lo amo deslumbrada por el brillo de sus títulos, sino como mujer, como una mujer que se siente turbada por su prestancia y hermosa fisonomía".



La baronesa Elena Vetsera recibía mucho en su hotel particular de la Salezianergasse, situado en el corazón del barrio de las embajadas. Hija de Levantin Temistocles Baltazzi, que había amasado una fortuna de una treintena de millones (oro) como banquero en Esmirna, hermana de Alejandra, Enrique, Héctor y Aristides Baltazzi, propietarios de caballos de carrera (Alejandro y Aristides Baltazzi también habían ganado el Derby de Epsom en 1876), Elena se había casado con el barón Vetsera, de la pequeña burguesía húngara y que ocupaba un empleo de segundo orden en la diplomacia imperial. El barón había muerto en El Cairo en 1887. Aunque relacionadas con la sociedad de la Corte, los Vetsera no eran precisamente un partido. A la baronesa Elena, personalmente, le faltaban las seis cuartas partes de nobleza necesarias para tener entrada en Hofburg.

A un té ofrecido por la baronesa Vetsera vino un día una visita de gran rango. Era la condesa Larisch, nacida María de Wallersee. María Vetsera conversa con la condesa, muy conocida en la Corte, y prima del príncipe heredero. En una súbita necesidad de expansión, María le confía a la condesa su inmenso amor por el archiduque Rodolfo.

Algún tiempo después, en el castillo de Baviera, junto al lago de Teger, la condesa Larisch se encuentra en una fiesta con Rodolfo.

—¿Sabes, mi hermoso primo, que una adorable jovencita está enamorada de ti?

—¿Quién? —pregunta el archiduque.

—La pequeña María Vetsera.

—La conozco de vista. Es adorable. Seguramente, la muchacha más linda de Viena.

El lunes 29 de octubre de 1888, la pequeña baronesita María Vetsera, sola con su nodriza, en el palacio Salezianergasse, recibe una carta cuyo sobre lleva grabadas las armas imperiales. La abre y se siente desfallecer al leer:

"Estimada señorita Vetsera: ¿Me daría el placer de pasearse conmigo mañana martes en el Prater? Nos encontraremos en el mismo sitio donde tuve la felicidad de verla por primera vez. Mi pedido tal vez le parecerá extraño, pero se debe al deseo ardiente que tiene de conocerla un hombre que desde hace mucho tiempo la admira desde lejos.

Su Rodolfo".

(CONTINUARA)



Es profesora,
pero tiene una
tez de colegial



Los niños la guardan
joven de corazón... y la
doble prueba de Don Juan
brinda juventud de aspecto.
Cada caja de polvos faciales
Don Juan contiene un
folleto que explica la doble
prueba de Don Juan.

Las cremas de belleza Don Juan contienen
extracto de lanolina, que, a fuerza
de aplicarse, suaviza los
tejidos y da al rostro un
aspecto fresco y terso.

Pregunte a quienes
han hecho la doble
prueba de Don Juan.
Le responderán con una
sonrisa significativa.



Don Juan
M. R.
AYUDA A
SU FELICIDAD

LECCION

JAMAS tomé en cuenta los consejos de mis padres, y esa fué la causa de que hiciera sufrir a todos cuantos me rodeaban. Desde muy pequeña había aprendido que podía conseguir cuanto deseaba si lloraba, gritaba y pateaba en el suelo hasta que, aburridos de soportarme, cedían a mis caprichos.

Mi madre, una persona muy nerviosa, prefería hacer cualquier cosa antes que escucharme gritar todo el día, y mi padre, un acaudalado e importante industrial, no tenía mucho tiempo para dedicar a mi enseñanza. Por otra parte, parecía celebrar mi carácter, y cuidaba que tuviera todo cuanto deseaba. Este sistema educacional hizo que, al crecer, le fuera difícil satisfacer mis caprichos, cada vez más costosos.

Cuando estaba en el colegio me hice amiga de las muchachas de familias más ricas de la localidad, y siempre parecían mendigas al lado de mis lujos. Algunas se mostraban asombradas de la facilidad con que mis padres consentían en mis deseos; pero yo les explicaba, orgullosa, que se debía al dominio que ejercía sobre ellos.

El verano en que cumplí los diez años me enviaron a pasar mis vacaciones con el tío Teodoro al campo. Mi madre me fué a dejar y tuvo que volver de inmediato a la ciudad. Esa misma tarde le manifesté a mi tío el deseo de montar sola a caballo, y por primera vez en mi vida escuché, extrañada, que me decían que no a algún pedido. Una vez pasado el primer momento de estupor, recurrí a todos mis trucos para lograr mi propósito; pero tío Teodoro me tomó y me golpeó fuertemente. Luego me ordenó que regresara a la casa del fundo y permaneciera allí tranquila. Me dirigí donde se me ordenaba, pensando interiormente que, aunque no montara a caballo, ya lograría que comprendiera que yo siempre alcanzaba lo que quería. Decidí acercar un fósforo encendido a un montón de heno; pero uno de los peones me sorprendió y me llevó nuevamente a presencia de tío Teodoro, y éste me encerró en mi habitación. Una vez allí abrí el closet y traté de romper los vestidos; pero, sin nada cortante con qué hacerlo, mis tentativas resultaron inútiles. Traté luego de conseguir más fósforos; pero toda la familia me vigilaba tan de cerca, que no pude conseguir ninguno.

Cuando volví al colegio recién empezaba a apreciar a mi tío y a respetarlo. Pero en el colegio volví a mis malos hábitos, y las profesoras les comunicaron a mis padres que no podían seguir teniéndome con ellas. Después de eso hube de soportar una profesora tras otra, pues ninguna duraba más de una semana en mi casa. Luego vino tío Teodoro de visita a nuestra casa y le dijo a papá que conocía a una joven que enseñaba muy bien y que vivía cerca de su fundo. Le rogó que me dejara ir con él al campo, y mis padres quedaron encantados con esta sugerencia. La profesora conocida por mi tío era muy agradable, pero usaba muy a menudo un bastón que me dejaba constantemente adolorida. Por ese entonces la encontraba la mujer más cruel del mundo; pero ahora comprendo que tenía toda la razón, y que, por lo demás, aun golpeándome, era muy paciente conmigo. Después de un tiempo nos aveníamos más y continuamente íbamos a pasear al lago y de excursión por las montañas. Permanecí con ella hasta la edad de catorce años, cuando mi tío me envió nuevamente a casa de mis padres.

No volví al campo hasta la muerte de mamá, varios años después. Por ese entonces mi tío tenía consigo un administrador nuevo. Este era un joven que recién se recibía de ingeniero agrónomo. Se llamaba Jaime. Mi tío tenía de él la más alta opinión.

Jaime era un muchacho alto, moreno y buen mozo. Pude apreciar, asimismo, la bondad que emanaba de su persona en una oportunidad que arrebató de las garras de un perro a un gatito recién nacido. Cuando salíamos a pasear a caballo me censuraba cada vez que deseaba emplear el látigo con el animal, como todo el mundo lo hace, y, además, no dejaba tampoco que tirara fuertemente del freno, pues alegaba que podía herir al caballo.

A veces llegaba a pensar que estaba enamorado de mí; pero en otras ocasiones se comportaba terriblemente indiferente. Un día le dije con tono orgulloso:

—¡Ensílleme un caballo!

Me miró intensamente a los ojos, luego me tomó en sus brazos y me besó apasionadamente. De pronto me soltó y me empujó lejos de sí, diciendo:

—¡Ensíllese usted el caballo, si quiere, y jamás emplee conmigo esos modales ridículos!

Y me dejó allí sola, anhelando sus besos y su presencia junto a mí. Pero aun más que su amor, necesitaba en ese

BIEN APRENDIDA

Esta es la historia de Eliana, una muchacha que debió aprender que es mejor conseguir lo que se quiere por medio de modales suaves y no a la fuerza.

instante demostrarle que a mi nadie me podía dominar ni dejar abandonada de esa manera.

Una noche salimos a caminar y me tomó del brazo con mucha ternura. Pude sentir a través de mi abrigo el cálido contacto de sus fuertes y poderosas manos, y anhelé su cariño. De pronto me abrazó y me besó larga y apasionadamente. Luego me dijo con voz vacilante:

—Eliana, te amo tanto, que no sé realmente qué hacer. Quisiera estar todo el tiempo a tu lado acariciándote.

Fué el momento más feliz de mi vida. Le devolví sus caricias con pasión y pensé que tenía que ser mío y para siempre. Con voz temblorosa me dijo, al mismo tiempo que me separaba de sí:

—Por favor, Eliana, ándate de mi lado ahora. Mañana nos veremos.

En ese instante sentí que mi pasión se convertía en furor y deseé verlo humillado a mis pies, torturado, clamando por mi misericordia. Pero no le seguí para lograr mi propósito, pues comprendía que con él lograba más con besos que con gritos.

Y de alguna manera, al comprender eso, empecé a cambiar paulatinamente. Lo amaba, porque era feliz a su lado, y valoré que era mejor dar que pedir.

Llegó el invierno, y con él las nieves. A ambos nos gustaba salir a caminar juntos, y nuestro amor se acrecentaba cada día. El desearle agradarle, más que me complaciera, me hacía muy dichosa. Sentía que había encontrado la verdadera senda de mi vida.

Decidimos casarnos en la primavera, y mi tío Teodoro nos cedió una parte del fundo y nos ayudó a construir una casa allí para nosotros. Éramos muy felices, hasta que una tarde se volvió a desencadenar la tormenta sobre nuestras almas.

Yo deseaba salir a caminar a caballo por los cerros; pero Jaime me advirtió que mejor sería dejarlo para el día siguiente, pues él no me podía acompañar, y el tiempo estaba amenazante.

—Pero quiero ir ahora —insistí obstinadamente, y partí a las caballerizas.

Al ver mi decisión, uno de los peones me dijo que me iba a acompañar. Mientras caminábamos, me rebelaba de pensar que siempre mi tío o Jaime me tenía que estar cuidando u ordenando a otros que me vigilaran. Al llegar a cierto lugar en que el cerro empezaba a subir en forma más peligrosa, le ordené al peón que me dejara continuar sola.

—Es peligroso; puede resbalar el caballo —me advirtió. Pero insistí en que me dejara sola. Cuando así lo hizo, experimenté una agradable sensación de libertad y empecé a trepar por el angosto sendero. Llegó un momento en que debí abandonar mi cabalgadura y continuar a pie la ascensión; pero finalmente logré llegar a la cumbre.

Pero de pronto comprendí que el descender no era tan fácil como había sido subir. Por un instante sentí que me embargaba el pánico más inmenso; pero luego me dije que pronto vendría Jaime a buscarme y me ayudaría a descender. Lo único que tenía que hacer era esperar.

No empecé a desesperarme hasta el momento en que comprendí que Jaime debía haber venido a buscarme y, al no verme, se habría ido nuevamente. Pronto caería la noche, y esto me daba una extraña sensación de soledad.

Esperé y esperé. Nadie venía a rescatarme. No podía comprender que Jaime me dejara abandonada. Intenté nuevamente descender, pero resbalé y tuve que desistir de mi propósito. Encontré un lugar más o menos cómodo para guarecerme y me cobijé en él a esperar ayuda. Me sentía cansada, y sin saber cómo me quedé dormida. Cuando desperté era de noche. De pronto, en medio de mi pavor, escuché encima de mí un ruido y piedras que rodaban. Mi primer pensamiento fué de que Jaime venía en mi socorro; pero al ver que no contestaba mis pedidos de ayuda empecé a temer que fuera un puma. ¿Qué podía hacer para defenderme? No tenía fósforos para encender una fogata. Tuve que permanecer allí en la oscuridad, esperando ser devorada de un momento a otro por algún animal salvaje.

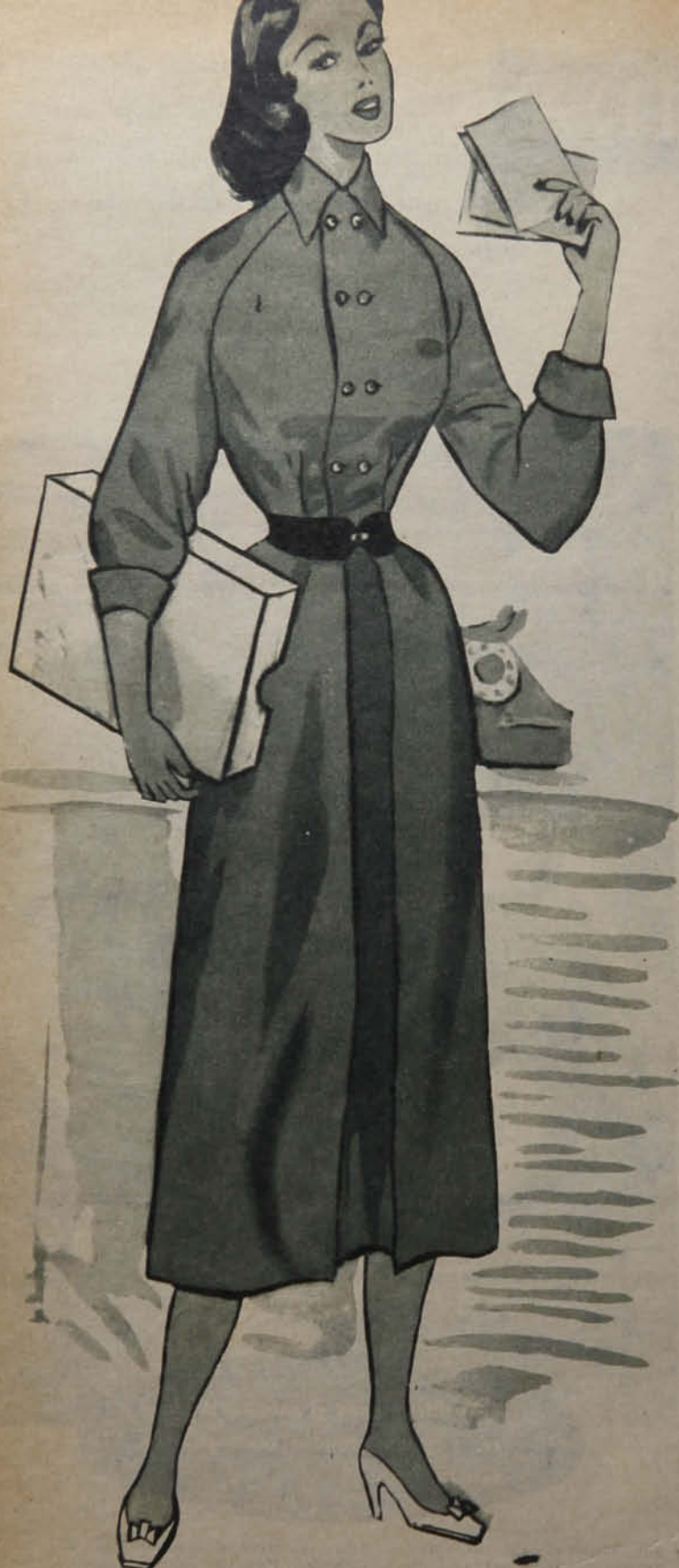
Después de lo que me pareció un largo tiempo, vi brillar una luz a la distancia y comprendí que por fin empezaba a amanecer. De día seguramente alguien saldría en busca mía. Me levanté y traté de desentumecer mi cuerpo, hasta



—Ensílese usted el caballo, si quiere, y jamás emplee conmigo esos modales ridículos.

que vinieran en mi socorro. Pero el tiempo transcurría y ningún sonido extraño se escuchaba. Por fin decidí volver a intentar el descenso sola. Si no venían a buscarme pronto, moriría de frío, de miedo y de hambre. ¿Nadie en la hacienda se preocupaba de mí? Bueno, si a nadie le importaba mi vida, yo lucharía por ella sola. Poco a poco empecé a descender. Una roca me tapaba el descenso; luego, cuando lograba llegar a ella, me encontraba con otra igual, lo que no me permitía apreciar a qué distancia me encontraba del plano. Frenéticamente salté a otro peñasco. Ansiaba en esos instantes tener en torno mío los brazos protectores de Jaime. Si no hubiera sido tan porfiada y hubiera escuchado sus consejos, estaría a

(Continúa en la pág. 25)



EL MOLDE DE LA SEMANA:

Ofrecemos a nuestras lectoras un grupo de vestidos muy simpáticos para media estación. Como molde de la semana presentamos una batita de manga raglán con doble abotonadura. Para confeccionarla se necesitan 2,30 m. de tela que tenga 1,30 m. de ancho.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampillado con el nombre y dirección para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones. Se ruega mandar \$ 20 en estampillas de correo, al solicitar este molde.





Para media estación

Mrs. John A. Roosevelt

Mrs. John A. Roosevelt, una de las más distinguidas figuras de la sociedad norteamericana, se declara gran amiga de las Cremas Pond's. "Las Cremas Pond's son el más eficaz y sencillo de los tratamientos de belleza", dice Mrs. Roosevelt.

*Usted puede "despertar"
a esa encantadora
mujer
que hay en su interior.*

Muchas mujeres llevan una existencia lánguida, monótona..., creen que el mundo está en contra suya y desconocen la fuerza de la confianza en sí misma.

Este estado de ánimo proviene de un "complejo de inferioridad" con respecto a la propia belleza. No obstante, usted, y toda mujer, tiene un poder interior que puede ayudarla..., que puede "despertar" la maravillosa mujer que haría su vida más alegre y optimista. Esa mujer oculta, su propio Ser Interior, se da a conocer como resultado de la armonía que existe entre lo que usted muestra y lo que usted siente...



EXIJA
EL POTE
GIGANTE.
ES MAS
ECONOMICO.



Tratamiento facial Exterior e Interior.

Cuando usted use el tratamiento de Crema Pond's "C" notará una diferencia en el estado actual de su cutis. ¡Su piel lucirá suave, tersa! Cada noche, en el momento de acostarse, dé a su cutis el tratamiento "Exterior e Interior", de la siguiente manera:

Para limpiar:

Aplíquese Crema Pond's "C" en forma abundante, con movimientos circulares.

Para "enjuagar":

Aplíquese otra capa de Crema Pond's "C", del mismo modo. Quitese la. Esto elimina hasta el último vestigio de polvos, maquillaje e impurezas. La tez queda suave... ¡nítida!

Estimulo de Frescura:

Refresque su cutis con agua fría. Este "Tónico" estimulará la circulación y su rostro lucirá con nueva ¡radiante belleza!



Lección bien aprendida

(Continuación de la pág. 21)

su lado, en nuestra vieja casa, al lado del fuego de la chimenea. El solo pensamiento me hizo temblar de angustia.

En ese momento empezó a soplar un fuerte viento del norte. Miré hacia el cielo cubierto de nubes grises, y, sin poder evitarlo, rodé cerro abajo hasta quedar sujeta de una saliente. Hice un esfuerzo para levantarme, pero la roca en que me apoyaba se tambaleó peligrosamente. Era mejor esperar quieta por si alguien venía en mi ayuda, si no rodaría junto con el peñasco y éste me aplastaría. Estaba un poco a cubierto del viento, y me tendí a descansar; luego grité al cielo:

—¡Oh Jaime!, ¿por qué no vienes en mi ayuda? Nunca jamás volveré a desobedecerte. Comprendo que he estado siempre muy equivocada en mi conducta, y desde ahora cambiaré radicalmente.

Pero en el fondo de mí comprendía que esto era el fin. Aquí nadie me vendría a buscar y moriría de hambre y desesperación.

...

De pronto frente a mí surgió la figura de un anciano. Me habló con una voz extraña y cascada:

—¿Qué está haciendo allí?

Le contemplé sin poder contestar a su pregunta. De pronto sacó de su poncho un papel y me tendió un sandwich, diciéndome:

—¡Coma esto y se sentirá mejor!

Traté de alcanzarlo, con gran esfuerzo. Finalmente lo logré, y de inmediato empecé a devorarlo con una energía de la cual no me creía capaz. ¿Quién sería este extraño? ¿De dónde habría sacado este alimento? Luego que terminé de comer me tendió una mano para ayudarme a llegar hasta el sitio en que él estaba. Una vez que logré llegar a su lado, me ordenó que lo siguiera, lo que hice sin vacilar. De pronto tropecé, pero su mano, aun fuerte y poderosa, me sostuvo y me ayudó a caminar delante de él. Quedé asombrada de lo bien que conocía este lugar, pues ni una sola vez vacilé en dar un paso. Siempre caminaba por el sitio preciso, y seguirlo convertía en cosa más o menos fácil este descenso. De pronto llegamos a una planicie pequeña, y el viejo me dijo:

—No podemos seguir descendiendo hoy, pues pronto em-

pezará a llover, y más abajo no hay ningún sitio plano donde acampar. Tenemos que preparar una fogata para no perecer de frío.

Luego se alejó a buscar ramas de árboles y volvió con una gran cantidad. Encendió fuego, y de sus ropajes extrajo otro sandwich, que me ordenó comer. Me pregunté por qué no comería nada él; pero estaba demasiado hambrienta para discutir sus órdenes. Luego me quedé dormida. Cuando desperté estaba cubierta con su manta y el anciano aun alimentaba el fuego. Me miró y me preguntó:

—¿Tiene hambre?

Traté de replicarle o sonreír; pero no pude hacerlo, pues



tenía el rostro tieso de frío. De pronto vi que en medio del fuego se asaba un conejo, que debí cazar con su revólver mientras yo dormía. De un tirón arrancó un trozo y me lo tendió. Un olor exquisito a carne asada se extendió a mi alrededor.

El viejo me contempló comer con gran ansiedad y me preguntó:

—¿Alguna vez había sentido tanta hambre?

—Jamás —le repliqué, moviendo negativamente la cabeza.

—¿Por qué decidió salir con este tiempo?

—Creo que lo hice por dar una lección al hombre que amo y a mi tío —le repliqué humildemente—; pero he comprendido que tenían razón. Si logro salir con vida de esta excursión, voy a cambiar totalmente de modo de ser. No volveré a ser egoísta y obedeceré las órdenes de las personas más sabias y más buenas que yo. Nunca volveré a ocasionar molestias a nadie.

Con voz en la cual se traslucía cierta acritud, me dijo:

—Con su estúpida escapada casi ha muerto de impresión a su tío y a su novio. No pudieron encontrarla ayer, de manera que me mandaron llamar para que siguiera sus huellas. Si hubiera llegado una hora más tarde, estaría muerta. De ahora en adelante debe ser una mujer normal y abandonar ese egoísmo tan absurdo.

Luego tuvimos que permanecer allí mucho rato, y nos hicimos muy amigos. Le pregunté cómo había aprendido a seguir las huellas de las personas, y me contó cómo se había criado en esos parajes y conocía la topografía del lugar como su propia casa.

Luego le pregunté algo que me tenía muy preocupada:

—¿Cree usted que ha perdido su tiempo salvando a una persona tan mala y egoísta como yo?

—No, pues seguramente después de esta experiencia va a cambiar y va a hacer feliz a los que la rodean y la quieren.

...

A la mañana siguiente, cuando desperté, el anciano estaba preparándose para el descenso. Me miró y me dijo:

—Adelante, ahora vamos a casa.

Bueno, estoy orgullosa de reconocer que no me comporté como una cobarde ni una medrosa. Lo seguí de cerca y sólo en muy pocas ocasiones le pedí su apoyo. Mientras descendía decía en mi interior:

"Jaime, voy hacia ti a probarte que de ahora en adelante haré cuanto esté de mi parte para merecer tu amor. ¿Te sentirás contento al verme tan cambiada y transformada en una mujer que te ama sin egoísmos de ninguna especie?"

Alma Venturosa

Al promediar la tarde de aquel día, cuando iba mi habitual adiós a

[darte,

fué una vaga congoja de dejarte lo que me hizo saber que te quería.

Tu alma sin comprenderlo, ya sa-

[bia...

con tu rubor me iluminó al ha-

[blarte,

y al separarnos, te pusiste aparte del grupo, amedrentada todavía.

Fué silencio y temblor nuestra sor-

[presa,

mas ya la plenitud de la promesa nos infundía un júbilo tan blando,

que nuestros labios suspiraron que-

[dos...

y tu alma estremeciase en tus de-

[dos

como si se estuviera deshojando.

Leopoldo Lugones,
(argentino)





Ella usa

PILOTONIC

CREME SHAMPOO

A BASE DE COLESTEROL

- es práctico
- es económico
- es mejor



M

E casé muy joven con una muchacha que conocí en la playa. Nadábamos juntos, al principio, sólo como buenos amigos. Por las noches ballábamos en el Casino... Josefina era alta y delgada, rubia y flexible como una liana, y en traje de baño no sólo había visto las líneas puras de su cuerpo, sino también la excepcional calidad de su piel, como pétalo de rosa.

Nuestro amor floreció gracias a un curioso y que pudo ser lamentable accidente. Josefina era buena nadadora, y eso la hacía ser imprudente. Esa mañana el mar estaba, al parecer, tranquilo, y, sin embargo, una ola cogió el cuerpo delicado de Josefina y lo envolvió, haciéndola perder el conocimiento. Me lancé en su ayuda y semidesmayada conseguí llevarla en brazos hasta la playa. Enloquecido pedí ayuda, y cuando mi amada abrió los ojos, se unieron nuestros labios en un beso que se renovaría durante toda su efímera vida.

Nuestra luna de miel fué dulce y armoniosa. Nada de grandes impulsos de pasión de mi parte, pero sí una ternura protectora frente a esa fragilidad femenina que ahora me pertenecía. Pronto noté que Josefina poseía voluntad bajo su aparente dulzura. ¿Voluntad real? No, mejor dicho, empecinamiento, ese empecinamiento de mujer que desarma y termina por hacernos ceder por cansancio. Pero ese defecto estaba ampliamente compensado por el profundo amor, algo tiránico, que ella profesaba por mí. Me sentía extremadamente halagado, pues yo no tenía nada de seductor, nada de esos hombres que parecen acaparar todos los corazones. Este cariño de Josefina era un poderoso lazo entre nosotros. Por nada del mundo yo hubiera querido decepcionarla o hacer sufrir a una mujer que se me había entregado tan por completo. Me supervigilaba todo el tiempo, temeroso de no merecer ese amor del cual a menudo me sentía indigno. Tan sólo una cosa me sorprendía entonces: la necesidad que sentía Josefina de tener siempre entre ambos una tercera persona... Cierta vez que se lo reproché, me explicó, diciendo: —¡Es que cuando ya se han ido, me parece que experimento más apasionadamente el gusto de estar sola contigo!

Aunque extraño, considerándolo como un capricho femenino, me tranquilicé, y, muchas veces al llegar cansado, aun cuando hubiera deseado estar a solas con Josefina, conseguí habituarme a todos esos rostros extraños, ya de amigos o amigas de infancia de mi mujer.

Fué después del nacimiento de nuestro segundo hijo, cuando encontré por primera vez a Silvia en casa. Venía de una lejana provincia, donde su padre y el de Josefina eran amigos. Sola, después de la muerte de sus padres, Silvia venía a buscar un empleo a Santiago, y había aprovechado entonces de reanudar las relaciones interrumpidas por largos años de separación. Con nuestra ayuda consiguió un puesto de enfermera en la consulta de un médico bastante conocido. Casi todas las noches venía a comer con nosotros, prestándonos mil servicios en las pequeñas enfermedades de los niños. Era una excelente enfermera, rápida y decidida, un tesoro para Josefina, un poco lenta, algo soñadora e indecisa ante los pequeños problemas diarios.

Al principio, no me gustó esta continua intromisión de un tercero en nuestra intimidad. Después, esa mujer discreta, suave, prudente, que siempre sabía hacerse un lado con inteligencia, terminó por agradarme. Cuando contaba en familia los incidentes del día, asuntos sin importancia, o, a veces, de cierta trascendencia, me halagaba encontrar sus comprensivos ojos escuchándome con todo interés. No tardé en darme cuenta de que Silvia influía favorablemente a Josefina y que muchas felices iniciativas que yo creyera de mi mujer eran insinuadas por ella. Pronto estuve encantado de la armonía establecida en mi hogar y la intrusa acabó siendo nuestra mejor amiga.

Cierta vez, al salir de mi oficina, me encontré de pronto con mi viejo amigo Pedro, a quien no veía hacía muchísimos años. Habíamos sido compañeros de liceo, y, más tarde, grandes camaradas. Teníamos muchos gustos iguales y una manera de pensar casi similar, lo cual nos acercaba cada día más. Pedro, poseía un espíritu más brillante que el mío, y, además, era un muchacho bien plantado. Experimenté una alegría infantil al encontrar nuevamente a mi amigo de infancia. Por supuesto, lo invité a comer para el día siguiente. La comida transcurrió en un ambiente lleno de cordialidad y buen humor, y Pedro pasó a ser, desde entonces, nuestro huésped habitual. Creí adivinar en Josefina deseos de unir a Silvia con nuestro amigo, y el supuesto proyecto no dejó de satisfacerme. Esperé que mi mujer me hablara de él; pero, sabiéndola algo miste-

EL

riosa y fantástica, me guardé bien de decirle lo que pensaba.

Sobrevino la guerra, y mi hogar, como muchos otros, se trastornó por entero. En mi calidad de extranjero tuve que acudir al llamado de mi patria, me batí duramente en el frente hasta caer gravemente herido. Al salir del hospital y volver, todo lo encontré irreconocible. Mi ocupación estaba tomada por otro, y sólo pude conseguir un puesto en la misma firma, pero fuera de Santiago. Sin embargo, antes de partir para mi nuevo trabajo, pasé una temporada de las más agradables con mi familia. Silvia se mantenía siempre junto al médico. La alegría de encontrarnos de nuevo me hizo olvidar las tristezas de la hora presente. Llevé a los niños al campo, a casa de unos parientes, para que estuvieran mejor alimentados. En cuanto a Josefina, rehusó irse a provincia para buscar algo en qué trabajar. Partí, pues, con el corazón apretado, pero el espíritu tranquilo a mi nuevo destino. Quedamos de acuerdo en que mi mujer se reuniría conmigo en cuanto yo estuviera seguro de mantenerme en mi futura ocupación. Pronto, no sólo me acostumbré a ella, sino que me sentí dichoso con mi trabajo y con la tranquilidad que gozaba fuera de la capital. Regularmente recibía cartas muy tiernas y algo alocadas de Josefina, no pudiendo menos que maravillarme que, después de diez años de matrimonio, fuera aún capaz de inspirar a una mujer un sentimiento tan profundo y violento como el que me demostraba la mía.

En mi ausencia, Silvia se instaló definitivamente al lado de Josefina, para hacerle compañía. En mis momentos de reposo, cuando me permitía unos instantes de ensueño, veía siempre a las dos mujeres: la rubia Josefina, de rasgos puros, junto a la tez morena y la mirada brillante de inteligencia de Silvia.

Pedro iba seguido a verlas. Yo esperaba siempre que me anunciara su matrimonio con Silvia, pero en sus cartas se mantenía en generalidades, sin darme detalles de su vida íntima.

En realidad, encontraba mi situación privilegiada, en medio de las perturbaciones y miserias que había dejado la guerra, cuando una mañana, al abrir el diario, leí sobre-cogido que un incendio había estallado en un barrio de la ciudad, haciendo numerosas víctimas. Momentos después recibí un telegrama de Silvia llamándome con toda urgencia.

Guardo de mi departamento en ruinas una visión de pesadilla. Lo contemplé desde la entrada, al regresar de acompañar los restos de mi adorada mujercita a su última morada. Rehusé entrar en medio de todos esos recuerdos convertidos en migajas. Anonadado, herido, en lo más vivo de mi corazón, fui al hospital donde se hallaba Sil-



un perfecto conocimiento de sus diferentes naturalezas. Se veía cómo los quería.

Fué para mí un bálsamo sobre mis sufrimientos escuchar que Silvia se preocupaba de mis hijos. "Silvia ha nacido para ser madre", pensé entonces con amargura. Esta fulgurante idea atravesó mi mente iluminándola, y, tal vez por asociación de pensamientos, le dije:

—Háblame de Pedro, Silvia...

—¿De Pedro?

Su mirada se volvió interrogadora. Su boca permaneció entreabierta y su rostro desfigurado.

—¿Qué te pasa, Silvia? ¿Qué tiene de particular que te pregunte por Pedro?

Haciendo un esfuerzo logró calmarse nuevamente, y me repuso:

—En realidad, nada tengo que decirte de él.

No insistí. ¿Qué había pasado entre ambos para que Silvia se mostrara tan reticente?

Las responsabilidades de mi trabajo me salvaron de la desesperación. Solamente por las noches me entregaba a mis recuerdos y me ponía a releer las cartas de Josefina. ¡Cuánto amor se desprendía de esas páginas dispersas sobre mi vulgar escritorio! Me sentía un poco avergonzado de su exaltada forma. Tenía la vaga impresión de no haber merecido su pasión. Tratava en vano de ponerme a tono con ella, pero mi corazón parecía de una calidad inferior, incapaz por completo de esos arrebatos de cariño de la pobre Josefina. Sin embargo, yo pensaba que mi amor era firme y capaz de abrigar un sentimiento profundo y una abnegación absoluta. Tenía confianza de haber hecho feliz a mi mujer y de haberle ocultado cuidadosamente lo que, a veces, no aprobaba en su conducta. Todas esas cartas de amor eran una prueba y me hacían bien.

Yo sabía que Josefina conservaba las cartas mías en un cofre cuya llave no abandonaba jamás. ¿Qué se había hecho en medio de la tormenta que asoló mi hogar ese relicario de nuestra ternura?

De vez en cuando recibía cartas de Silvia, demostrándome una increíble comprensión y una infinita ternura por mi dolor. De Pedro, ni una palabra. ¡Extraño! No era po-

(Sigue a la vuelta)

COFRE

via. En ese pobre rostro distendido por el dolor, los ojos parecían inmensos y se fijaron en los míos con una intensidad que me llegó al alma.

—¡Pobre... pobre Mario! —murmuró la muchacha.

—No pienses en mí, Silvia. ¿Cómo te sientes tú?

—Sufro mucho, pero los médicos dicen que las quemaduras son leves. Ni siquiera me dejarán cicatrices. La más dolorosa es la herida del muslo. Pero una vez que esté bien, limpia y sana, no quedará nada... Lo que quedará para siempre, Mario, es el recuerdo... la pesadilla de todo lo que vi.

—Te ruego que no me digas nada, Silvia! ¡Más tarde... más tarde! Todavía no estoy en estado de escucharte. ¿Y Pedro?

Por un instante noté cierta vacilación en la voz de la enferma.

—Pedro se fué de Santiago, no sé dónde está en estos momentos —murmuró.

Sentí que Silvia estaba cansada, y me despedí.

—Volveré mañana, antes de irme —le dije, dándole un beso amistoso en su mano exangüe.

Al día siguiente regresé con unas flores. En los ojos de Silvia pude notar una emoción que me sorprendió. Esta atención tan natural y corriente no merecía tanta gratitud. Para evitar hablarle de Josefina, Silvia se puso a conversar de los niños. Quedé sorprendido de la comprensión que demostraba por el carácter y modo de ser de los pequeños. Acusaba una atenta y cariñosa observación,

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

sible que no conociera mi desgracia ni la de Silvia... ¿Dónde estaría?

Por fin llegó el día en que experimenté una imperiosa necesidad de visitar mi destruido departamento y recogerlo que aún quedaba sano entre sus despojos. Escribí a Silvia diciéndole que iría a Santiago y que esperaba verla después de tan penosa visita. Podíamos encontrarnos para almorzar juntos.

En medio de los escombros de lo que fuera el nido de mi dicha, padecí el más desgarrador de los sufrimientos. Al encontrar con punzante emoción un pedazo de tela, una pata de un mueble, dejaba que corrieran lágrimas por mi rostro. Uno por uno volvían mis recuerdos con atroz precisión al contemplar esos dispares fragmentos. Tratornado, no pudiendo soportar por más tiempo esa emoción, cuya intensidad me desgarraba, iba ya a retirarme, cuando bajo un montón de objetos semicalcinados divisé una esquina del cofre en el que mi mujer guardaba mis cartas. Llevé, cómo quien conduce un tesoro, la preciosa cajita al cuarto del hotel donde me alojaba. Al pasar, compré algunas de las flores preferidas por Josefina a fin de rehacer un ambiente, y, armado de un destornillador, me apresuré a abrir el querido relicario. Temblando desdoblé el primer pliego que tuve en mis manos... No era mi escritura. Por un instante, me fastidió que Josefina guardara cartas extrañas junto a las mías. Saqué, al azar, otra carta, después otra y otra..., comprobando que ni una sola era escrita por mi mano. Sentí que la sangre se helaba en mis venas y se agolpaba en mi corazón, cada momento más pesado. Por fin, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, examiné detenidamente las cartas. Era la letra de Pedro, mi mejor amigo.

Leyendo primero frases sueltas, de aquí y de allá, me puse en seguida a examinarlas por orden, sin interrumpirme hasta no terminar la última. En los primeros momentos no experimenté nada. ¡Me parecía asistir al derrumbe de una vida que no era la mía, a un derrumbe peor que el que había producido el incendio en nuestro hogar!... Cuando ya pude reaccionar, me eché sobre la cama, en medio de un torbellino doloroso, sin poder pensar en nada. Esperaba una explosión de cólera, de celos. No, nada de eso se produjo... ¡Sólo un vacío, de una crueldad insostenible!

Con la lectura de esas cartas, me enteré de muchas cosas; Josefina no me había amado jamás...; lo que verdaderamente se llama amor. Cuando era muchacha, yo le había gustado y ella esperó el milagro del amor. Ese milagro no se produjo sino con la llegada de Pedro... ¡Con él tuvo la revelación!

Pero, ¿por qué se había dado el trabajo de jugar semejante comedia, engañándose durante diez años? ¡Qué dominio de sí misma, qué hipocresía! Leía también, con una especie de satisfacción, que mi amigo se había resistido durante largo tiempo al asedio de mi mujer. ¿Por amistad? ¿Por falta de entusiasmo? En sus reticencias se veía claramente que había cedido



a la avasalladora pasión y a las exigencias de Josefina. Era empecinada, era joven y bonita, ¿qué hombre no habría terminado por ceder? Pero, a través de sus líneas se acusaban, cada vez más punzantes, sus escrúpulos por la traición por la cual, según algunas de sus cartas, no encontraba paz ni compensación alguna. "Lo único que me consuela es el amor de Silvia por Mario". "No pierdo las esperanzas que algún día se abran los ojos de este pobre tonto y sea feliz con ella, ya que Silvia lo comprende mucho mejor que tú", le decía a mi mujer en una de ellas.

De modo que, además de no haber sabido comprender que bajo las palabras de amor de mi mujer se ocultaba una simple y refinada comedia para ocultar el vacío de su corazón, tampoco había podido entender que el silencio de Silvia velaba, al contrario, una profunda pasión, tanto más profunda



—El sargento Robledo es más un padre para sus hombres que un militar de mayor rango.

cuanto era contenida por una voluntad sin desfallecimientos.

Puse la cabeza bajo un chorro de agua fría para calmar la efervescencia de mi cerebro y tratar de reflexionar.

—¿Sufro, en realidad? —pregunté a mi imagen en el espejo.

Una sensación de disgusto, de desaliento, dominaban todo mi corazón. Cogí las rosas, las lancé al suelo y las pisoteé furiosamente. Este gesto de violencia me calmó algo. Entonces recordé que era hora de reunirme con Silvia... ¡Silvia! ¿Con qué mirada la enfrentaría ahora que sabía toda la verdad?

Al entrar en el restaurante encontré sus ojos. Por primera vez percibí en el fondo de sus claras pupilas aquello que jamás fui capaz de comprender y de lo que ahora me daba cuenta gracias al cofre. ¿Qué sabía ella del pasado? Vacilé un instante en confiarle lo que acababa de conocer. Prefería que ignorara mi secreto, pues así ambos tendríamos libertad de espíritu. Una vez más repetí en el fondo de mi mismo: "¡Más tarde!... ¡Más tarde!..." El tiempo me diría si era capaz de aspirar a su cariño.



¿QUE HACE QUE TE DESMAYES?



UN desmayo no es necesariamente un signo de enfermedad. En la mayoría de los casos parece mucho más alarmante de lo que es. Por ejemplo, una alumna de enfermería valientemente se prepara para su primera operación, y nunca llega a verla. Tan pronto como ve la sangre manar de la incisión se desliza al suelo. Cuando una persona perfectamente sana se desmaya, esto generalmente se debe a una experiencia emocional nueva que involucra sorpresa o miedo —malas noticias o espectáculo horrible—, o bien un agudo malestar físico.

Los médicos dicen que todos pueden desmayarse una o dos veces durante la vida, sin que deba preocuparse por ello. El desmayarse frecuentemente, sin embargo, es un síntoma de enfermedad física o de mala adaptación emocional.

El desmayarse ocurre como respuesta ocasional entre individuos normalmente sanos que se ven enfrentados por un peligro abrumador al que no pueden dominar, o puede ser el resultado de un miedo que la persona no puede admitir que siente. Parece ocurrir como reacción ante un daño real, posible o imaginado.

Hace sesenta años el desmayarse estaba de moda. Cuando la cartera de señora era llamada retículo, contenía un frasco de sales, y toda mujer de sociedad esperaba necesitarlo. La firma de Richard Hudnut, hoy famosa por sus perfumes y cosméticos, tiene una impresionante colección de muestras de estos tempranos productos: revividores agradablemente aromatizados para las damas desvanecidas. Las sales eran necesarias a las señoras antes de ponerse el rouge de moda.

La heroína del siglo diecinueve, tanto en la ficción como en la realidad, se desmayaba fácilmente y, a menudo, al ver un hombre o una rata. No obstante, antes de ponerse flácida, generalmente se aseguraba de caer en un par de brazos fuertes y prestos.

La medicina moderna parece opinar que había algo más que timidez en la dama. No sólo pueden las emociones provocarnos desmayos, pero el desmayarse por causas emocionales es más probable que ocurra cuando hay otras personas cerca.

Pero el desmayarse no es de ninguna manera una reacción exclusivamente femenina. Las estadísticas muestran que los hombres se desmayan casi tanto como las mujeres!

Durante la guerra, los que trabajaban en los centros de sangre de la Cruz Roja averiguaron bastante acerca de quién se desmaya y por qué.

Sin tomar más de una pinta de sangre a la vez, y esto sólo los donantes, cuyo recuerdo de sangre mostraba que muy bien podían prescindir de ella, la pérdida de sangre fue, prácticamente, eliminada como causal de desmayos en los donantes. Sin embargo, a pesar

de esta precaución, cerca del 5 por ciento de los donantes se desmayaba antes, durante o después de ser la aguja insertada en la vena.

Este 5 por ciento estaba igualmente dividido entre hombres y mujeres. La mayoría de ellos tenía menos de 30 años, y eran de los que menos se habría esperado que se desmayaran.

Los hombres y mujeres de mediana edad que mostraron alguna preocupación la primera vez que se les perforaba la vena, por lo general, no provocaban molestia alguna. Pero un macizo de seis pies de altura o una muchacha sonriente que aparentaba una indiferencia exagerada acerca de todo el asunto, era probable que necesitaran que los resucitasen. Esto era particularmente cierto en aquellas personas que venían con un grupo de amigos y necesitaban hacer un buen papel.

Esta conexión entre el desmayo emocional y el representar un papel de valiente ante los demás, se hizo tan notorio en algunos centros de sangre que los doctores se preocuparon de separar a los donantes que venían juntos. También hicieron el período de espera tan corto como fué posible, para que el donante no tuviese tiempo de preocuparse.

En la mayoría de los casos los desmayos sólo ocurrían en la primera visita. Sabiendo a qué atenerse, después de ella, el donante era capaz de soportar la próxima vez.

Porque los desmayos de esta especie no son serios, no ha habido una investigación extensa para averiguar por qué algunos donantes reaccionaban en forma tan dramática, o por qué la mayoría de éstos eran jóvenes, sanos y no del tipo nervioso. Varios psiquiatras han ofrecido una explicación que es interesante, aunque todavía es sólo una teoría. Desprovista de la jerga psiquiátrica, la explicación es la siguiente:

Cierto miedo a lo desconocido es perfectamente normal. Todo el mundo sabe cuán peculiarmente se comportan el pulso, la boca del estómago y las piernas durante una excitación o miedo. Los psicólogos creen que, en realidad, todas estas sensaciones preparan al cuerpo para que huya de lo que amenaza. El pulso late más ligero; la sangre corre a las piernas, todo el cuerpo está alerta y trabajando con rapidez máxima. Nos comportamos en forma muy parecida a como lo hace un gato en presencia de un perro inamistoso, estamos arqueados y listos para saltar.

En presencia de un camión que se nos viene encima o de un toro que carga, estas sensaciones llegan muy a tiempo. Nos ayudan a huir rápidamente.

Pero, ordinariamente, no podemos escapar. No podemos huir de la mesa de operaciones o de las malas noti-

(Sigue a la vuelta)





Para las novias no muy jóvenes

Está tan alegre y radiante como sólo puede estarlo una mujer en el día de su boda. No trata de ocultarle al mundo lo dichosa que se siente. Ya sea que lo celebre vestida de blanco, con flores de azahar, o que lleve un sencillo traje sastre, la magia que de ella se desprende es la misma. Bajo este aspecto no importa que ya no tenga dieciocho años. Tiene todo el atractivo y la nerviosidad de una recién casada, aunque con una diferencia: se desprende de ella un delicado halo de madurez.

Si eres una novia no muy joven, déntele a considerar los hechos. Ya sea que eras una mujer de carrera que postergó su matrimonio por

amor a su profesión, o, sencillamente, una de esas muchachas tranquilas que dejaron pasar los años, no por eso la gente va a preocuparse menos de ti que de otras novias más jóvenes. Este interés, por lo demás, es muy natural. Una novia jovencita llama la atención, pero en forma diferente. Una mujer madura posee la llamativa cualidad de haber sabido agregar algo nuevo y fundamental a su vida ya casi hecha y solitaria: un marido.

Si, por ejemplo, has sido una mujer independiente durante muchos años, ten cuidado de que se te paralice el cerebro. Este tipo femenino se ve en todas partes. Yo tengo una amiga que trabajaba cuando era soltera. Uno de sus principales talentos era su habilidad para hacer importantes decisiones y perseverar en ellas. Ahora sus amigos están pasmados al descubrir que ella no puede ni respirar, ni recomendar un libro nuevo, o decir lo que piensa del gobierno, pues, invariablemente, contesta que tiene que preguntárselo a Luis. "El es mi rey, ustedes saben", se lamenta alegremente. Es difícil decir quién está más afeitado por esto: sus amigos, que siempre han respetado su inteligencia, o Luis, en su nuevo papel de amo de la casa.

¿Cuántas veces te has compadecido de tus amigas casadas y de sus horizontes limitados? Posiblemente, has comentado en voz alta la estrechez del campo de acción del término medio de las dueñas de casa. "Esto no me sucederá a mí", te decías. Bueno, ahora te sucedió. Once con tus amigas y una serie de horas de agradable chismografía, largos argumentos sobre la compra de ese estampado verde, recetas de cocina, revelaciones dentro del campo doméstico. ¿Es ésa ahora tu vida? Estoy de acuerdo en que para el término medio de las mujeres no hay nada más satisfactorio que el trabajo de hogar, pero, tomar este esfuerzo como disculpa para aislarse del mundo de las ideas, es absurdo. Otro pequeño punto antes de terminar este tema tan personal: recuerda que son poco agradables las escenas que representa una recién casada de treinta y cinco a cuarenta años, cuando insiste en comportarse como una niña de dieciocho. No seas mimosa en público. Las demostraciones de afecto en una pareja joven suscitan un nostálgico entretenimiento, pero en ti, esto no se ve bien, especialmente si eres más bien corpulenta.

El matrimonio trae, inevitablemente, ciertos cambios en tu vida social. ¿Qué ha sucedido con tus amigos que probablemente eran el centro y lo más importante en tu vida hasta que sucedió este feliz evento? ¿Puedes hacer un lugar para ellos? ¿O los vas a abandonar, con pesar, pero decididamente? Piénsalo bien antes de decidir que es imposible incluir a Cora o Andrés entre tus relaciones. Después vas a estar anhelando a aquellos viejos amigos con los cuales podías expandirte y a los que conocías y te comprendían. Te sugiero que seas amable con ellos desde el comienzo. Recuerda que tus amigos son seres humanos y puedes hacer mucho para que te abandonen por completo. No es que necesites su apoyo moral, pero te voy a decir esto. ¿Sabes que tienes una gran ventaja? Una estadística sobre los divorcios demuestra que éstos son menos frecuentes en los matrimonios tardíos. Así, tú tienes más posibilidades de una unión duradera que aquella vecina rubia que se casó apenas salió del colegio. Es diferente ser amada por un hombre maduro, que sabe exactamente lo que quiere.

Los resultados lo comprueban. Los psicólogos han encontrado que sólo el veintiocho por ciento de los matrimonios jóvenes son completamente felices, en oposición al sesenta y tres por ciento de los matrimonios que se efectúan después de los treinta y cinco años.

En todo caso, debes estar satisfecha con este cambio que ha revolucionado tu vida. Tal vez seas una de esas mujeres poco comunes a las que les da lo mismo estar casadas o no. Sin embargo, tienes ahora la ventaja de que estás bien protegida, y puede ser también que en privado te pellizques para tener la seguridad de que no estás soñando, pues, ahora no estás obligada a llevar una vida solitaria.

Y así, a pesar de ir contra las reglas de la etiqueta, te felicito. Has realizado algo que exige mucha destreza en la época en que vivimos. Ahora me refiero a las felicitaciones de un modo más profundo. Te las ofrezco por el gran privilegio de poder vivir en compañía de otro ser humano, que va a ser marido, amigo y apoyo, todo reunido en una persona. Trata de comprender este punto de vista. Recuerda que la madurez y la independencia son, probablemente, tan importantes para él como para ti.

cias, o de la aguja hipodérmica o mucho de lo desagradable de la vida. De manera que si somos como el resto de la gente, sencillamente nos quedamos quietos y nos sentimos incómodos, mientras que el cuerpo excitado se tranquiliza.

Los latidos del pulso se hacen menos frecuentes, cae la presión sanguínea, la sangre sale de las piernas y las deja flácidas, y nos sentimos débiles por completo. Así como hay grados de miedo, hay también grados correspondientes en la activación y relajación. Cuanto más violento sea el terror, tanto más violentamente reacciona el cuerpo. No hace diferencia el que el peligro sea real o imaginario.

Los donantes de sangre que se desmayan, o las personas que se desmayan en cualquier situación emocional, tienen un miedo exagerado, combinado con una necesidad psicológica de ocultar el hecho de que están asustadas. (Es por esto que es más probable que el desmayo emocional ocurra en presencia de otros.) El desmayo es, en realidad, un sustituto de la fuga cuando ésta es imposible.

La razón por la que un desmayo corriente parece ser la reacción de una persona gravemente enferma, es que, en ambos casos, el cuerpo se comporta en forma muy parecida para causar inconsciencia. El desmayo, o síncope (la denominación médica), se debe a repentina falta de sangre en el cerebro, lo que los médicos llaman anemia cerebral. La anemia cerebral puede ser producida por muchos estímulos mayores o menores, ya sean físicos o mentales, al nervio vago, el que lleva impulsos a los centros vitales del cuerpo.

Este nervio vago va desde el cerebro, a través del cuello, al corazón y al abdomen. La parte del cuello por la que pasa, se llama seno carotídeo. Cuando el seno carotídeo se comporta debidamente, ni siquiera sabemos que existe. Pero hay personas infortunadas (en su mayoría hombres), cuyo seno carotídeo es tan sensible que la más ligera fricción del cuello puede hacer que se desmayan.

Algunos hombres se desmayan cuando se afeitan esa zona. La presión de la navaja es más de lo que pueden soportar. Un caso histórico, es el de un médico joven que jamás se desmayó hasta que compró un automóvil. Cuando retrocedía para salir del garage y giraba la cabeza para no dañar los tapabarros, se desmayaba inmediatamente. Su seno carotídeo no podía soportar la presión.

Hay otro caso registrado de un joven granjero que podía hacer cualquier trabajo, menos llevar sacos pesados de granos al hombro. Cuando lo hacían invariablemente perdía la conciencia. Su caso fué un misterio, hasta que un médico encontró que no podía soportar presión en esa parte del cuello. Tan poco corriente, como es tal condición, no es el ejemplo más asombroso de desmayo. El desmayo histórico —generalmente en las mujeres—, encabeza la lista. La mujer se desmaya cada vez que enfrenta algo que le trae recuerdos desagradables. No se desmaya ocasional sino frecuentemente. Su fuga de la realidad no se debe a algo que esté experimentando en ese momento, sino a una asociación que puede llegar a los tempranos años de su vida.



El olor de una rosa o la mención de un nombre — todo lo que recuerde infelicidad—, puede hacer que una histérica se desmaye. Una mujer se desmayaba cada vez que entraba en

una pieza en que se fumaba. Siendo el fumar tan universal como es, se desmayaba repetidamente. Un extenso examen físico no reveló nada, pero un psiquiatra profundizó en su pasado y la alivio de los síntomas que estaban arruinando su vida.

Siendo joven se había comprometido con un hombre que fumaba cigarros. Sonrojada y feliz en su fiesta de compromiso, notó la ausencia de su novio por un momento y salió en su busca. Olfateó su cigarro característico y lo siguió a otra pieza, donde lo vio abrazando a otra mujer. Se desmayó y desde entonces se había desmayado cada vez que el olor a tabaco le recordaba su compromiso roto.

Más serio y más fácilmente comprensible es el desmayo provocado por una cardiopatía real. Lo que sucede a una persona enferma del corazón, es muy parecido a lo que sucede a cualquiera que se desmaye.

O bien el corazón tiene algo que, ocasionalmente, le hace imposible el bombear la sangre suficiente para que llegue a todo el cuerpo, o el impulso del nervio vago impide el mandar la sangre suficiente para que un corazón en buen estado la bombee. La primera zona que siente esta falta de sangre es el cerebro. El hacer llegar sangre al cerebro es tarea más difícil para el corazón humano cuando estamos de pie que cuando estamos acostados, porque debe ser bombeado contra la fuerza de gravedad.

Una de las características del desmayo no grave es que el ataque ocurre cuando el paciente está de pie o sentado. Cuando alguien se desmaya a pesar de estar acostado, ello a menudo indica que algo fundamental no está bien, ya sea en el corazón o en el sistema circulatorio.

La brevedad y poca frecuencia son otras dos características de la mayor parte de los desmayos. La reacción completa es muy rápida. Ordinariamente dura de dos a diez minutos. Cuanto más dura, más seria es.

Un período largo de inconsciencia, como el provocado por una hemorragia excesiva, no es un desmayo. Se lo llama shock. Una convulsión epiléptica tampoco es un desmayo. Se debe a una irritación del cerebro y no a una anemia cerebral.

El mejor tratamiento es prácticamente no hacer ninguno. Debe mantenerse al paciente tendido o bien con la cabeza baja si sólo hay sensación de desmayo cuando está sentado. Las ropas deben ser desabrochadas para que no opriman el cuello.

En cuanto a la medicación, los espíritus aromáticos de amoníaco —la versión moderna de las sales de oler—, continúan siendo la manera más efectiva de volver la sangre al cerebro para aliviar la anemia cerebral que provoca los desmayos.



GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontos a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos, y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decidete a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes darte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo

O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON

¿COMO ERA MI MADRE?

—SEÑORITA TERESA, el teléfono...

—Estoy ocupada.

—Es la señora Elena. Creo que desea que usted vaya a su casa.

—Dígame que me espere un momentito, por favor. Voy en seguida.

Excusándome con la cliente que estaba atendiendo, corrí apresuradamente al teléfono.

—Buenos días, Teresita —me dijo la señora Elena—. ¿Puedo contar con usted? Dígame a qué hora le conviene para esperarla.

—En la tarde, cuando cierre la peluquería.

—Perfectamente. La espero.

En realidad, esa cita contrariaba un poco mis planes. Mi hermano Enrique había quedado de venir a buscarme esa tarde para ir juntos al cine. Mi hermano opinaba que, después de todo un día de trabajo agotador, me vendría bien divertirme un poco. Pero me era imposible rehusar el pedido de la señora Elena, cuya amistad era demasiado preciosa para mí. Fuera de Enrique, ella era el único ser a quien yo profesaba una verdadera simpatía y por quien tenía un sincero apego. Sin sus consejos y su aliciente, tal vez jamás me habría atrevido a instalar el saloncito de peinados del cual me sentía ahora tan orgullosa y feliz.

"No será una cita muy larga. A las ocho estaré desocupada", me dije, para consolarme.

Mientras pensaba todas estas cosas se abrió la puerta y en la persona que entró reconocí a una amiga de la señora Elena, la cual solía venir de cuando en cuando. Quise acercarme a ella, pero me detuvo con un gesto, diciéndome:

—No se preocupe, señorita Teresa. No quiero molestarla...

Haciéndome un saludo amistoso, salió, antes de que yo tuviera tiempo de decirle que se sentara a esperar, para luego atenderla. Además, la cliente a quien peinaba me hacía en ese mismo instante algunas recomendaciones respecto a sus ondas, preocupada porque se le veía un mechón de canas.

—¡Me envejece terriblemente! —suspiró.

Con presteza rectifiqué el peinado, según sus deseos, pensando en mi interior que de todos modos su doble barba, sus arrugados párpados y sus mejillas caídas la acusaban más que sus canas.

Complacida, la cliente me murmuró, con voz afectadamente suave:

—¡Ahora sí que está bien! Así represento menos edad. Hace un momentito... parecía ser su madre.

Estas palabras despertaron en mí la idea de que mi madre era tal vez tan ridícula y tonta como esta señora, a la que yo sonreía con la mejor y más comercial de mis sonrisas. Era más fuerte que yo: cada vez que una palabra evocaba a mi madre, experimentaba una especie de satisfacción en suponerle a quien jamás había conocido el aspecto más grotesco y antipático que me era posible imaginar.

¡Yo no podía perdonar a mi madre! Toda mi juventud y la de mi hermano había quedado marcada por nuestra terrible soledad. Por mucho que retrocediera mi memoria, sólo podía recordar interminables tardes silenciosas en una casa fría y triste, con la cortante voz de mi padre, que sólo cambiaba de tono para castigar o regañar. De mi madre no conservaba

ninguna imagen, y el silencio que rodeaba mis recuerdos pesaba sobre ella como una maldición. Cuando Enrique y yo regresábamos del colegio y veíamos a nuestros compañeros correr dichosos a reunirse con sus padres, nos estrechábamos uno junto al otro, sintiendo una especie de desgarramiento y humillación al descubrir que éramos diferentes a los otros niños. No podíamos comprender, porque en nuestra vida no había ternura y nuestro instinto infantil nos hacía preguntarnos oscuramente si no estábamos pagando alguna falta cometida por alguien y de la cual no nos dábamos cuenta cabal...

Nuestro padre no admitía en casa la presencia de ninguna mujer. Apenas si toleraba, en las horas de nuestra ausencia, una mano mercenaria para que preparara la comida y limpiara la casa. Cuando llegaba, se encerraba en su cuarto, sin parecer darse cuenta de la crueldad de su actitud para con nosotros. Se preocupaba de que materialmente no nos faltara nada, y, a veces, se arriesgaba a darnos unos discursos de moral de una dureza que nos daba miedo. Y eso era todo. Un día supe, por Enrique —que se había atrevido a interrogar a mi padre, expresándole su admiración de que jamás fuéramos al cementerio a ver a la madre que nosotros creíamos muerta—, que la verdad era otra: nuestra madre había partido dejándonos solos cuando éramos aún muy pequeños... Nunca más, ni aún estando solos, volvimos a evocar su recuerdo ni a hablar de nuestro pasado secreto. En torno al oscuro rostro de aquella que tan cruelmente nos aban-

no me acordaba y nuestra conversación se desarrolló como si mi amiga tuviera datos muy antiguos de mi vida. Experimenté un inmenso consuelo, viendo disiparse, poco a poco, la deprimente soledad que rodeó mi juventud.

En esa época empecé a soñar con irme del pueblo en que transcurrió nuestra infancia y parte de nuestra juventud, para instalarme en la capital, donde la formación profesional de mi hermano podría terminar más fácilmente. En cuanto a mí, sólo deseaba aprender algún trabajo y fueron estos anhelos los que expresé a mi vieja amiga para que ella me aconsejara y me guiara. Para facilitar mis proyectos, me anunció que también quería vivir en Santiago, lo que dispuso mis últimos temores, decidiéndome a intentar la realización de mis tímidos planes. ¡La esperanza llenaba mi corazón!

Mientras peinaba a la señora Elena, conversábamos animadamente de mil cosas. Ella me interrogaba con todo interés respecto a la marcha de mi negocio y yo la informaba con alegría de todo lo que en él pasaba. Bromeando le conté la observación hecha por la cliente que temía verse tan vieja como para parecer mi madre. La señora Elena se sonrió picarescamente y luego se quedó pensativa. Después de unos instantes me dijo con timidez:

—Nunca me ha hablado de su madre, Teresita. ¿No tiene ningún recuerdo de ella?

A cualquier otra persona yo le habría respondido con un cortante silencio, para demostrarle que no me interesaba el tema. Pero tenía tanta confianza en la señora Elena y la apreciaba

Un malentendido la había hecho renegar de su madre. Sin embargo, cuando la vida la puso frente a ella, comprendió su injusticia y su error.

donó, cada uno formó un sombrío cuadro nutrido de rencores, pues nuestra madre no sólo nos privó de su ternura, sino que nosotros creíamos que debíamos expiar su falta...

—¿No ha sido demasiado molestia venir hasta aquí, Teresita?

La señora Elena me esperaba en su casa, en la cual yo siempre me sumía en un incomparable sentimiento de paz y de dulzura. La conocía desde hacía muchos años, pero mientras vivía mi padre la vi muy pocas veces. En ella me parecía descubrir ese afecto de que siempre estuve privada y que encendía una llamita de calor dentro de mi corazón. Cuando aún no había muerto mi padre, por miedo a sus terribles cambios de carácter, me contentaba con comunicarme a escondidas con mi amiga y esos furtivos intercambios amistosos poseían para mí un entrañable encanto, el cual no habría cambiado por nada en el mundo. Una vez que murió mi padre (Enrique acababa de cumplir sus veinte años), nos habituamos a seguir llevando nuestra silenciosa vida. Sin embargo, la primera vez que me encontré con la señora Elena, adiviné en sus ojos un deseo idéntico al que ella con seguridad vivió en los míos. Era la primera conquista de la libertad que el desti-

con tal sinceridad, que jamás se me habría ocurrido pensar que al interrogarme lo hiciera sólo por curiosidad. Lo único que le contesté fue:

—Es un tema que siempre evito. Mi hermano y yo fuimos muy desgraciados por su culpa.

Me sorprendió que la señora Elena, siempre discreta y prudente, insistiera. Le conocía tal delicadeza de sentimientos y de modales, que no esperaba que volviera a la carga, lo cual no dejó de irritarme un poco, ya que tenía la sensación de que todo esto no se producía sólo por casualidad.

—Sabía que usted era muy pequeña cuando se separó de su madre y presentía que esa ruptura había dejado en su vida una dolorosa huella —expresó con firmeza—. Pero creía también que usted guardaba en el fondo de su corazón una nostalgia por esa ternura de que se vio privada y... tal vez... un secreto deseo de encontrar algún día a esa madre que jamás había conocido...

Todo mi amargo y mudo rencor se desbordó al escuchar estas palabras. Y fué con términos llenos de odio y desprecio que empecé a evocar la partida de mi madre.

—¡Huyó como una culpable! Nos dejó abandonados a una edad en que

sus cuidados y su cariño nos eran indispensables. Si bien es cierto que sufrimos mucho al lado de nuestro padre, ahora no puedo menos que perdonarlo al pensar que seguramente él debió padecer mucho más que nosotros. Mi madre, al dejarnos para ir tras de qué sé yo qué aventura o qué clase de vida que le pareció preferible, renegó de sus hijos. Nada tiene pues de extraño que yo no conserve de ella recuerdos gratos y que, a mi vez, ahora sea yo quien reniegue de ella. Ligeramente pálida y sorprendida con mi violencia, la señora Elena me escuchó sin decir nada. Permaneció largo rato inmóvil, anonadada, profundamente impresionada con mis palabras. Extrañada, pues yo no había dicho nada en contra suya que pudiera herirla, le pregunté más suavemente:

—¿Le ha chocado mi confesión?

—¿Por qué ese encarnizamiento en condenar a su madre, Teresita? ¿Está usted segura de conocer las verdaderas razones de su actitud? ¿Quién le dice que su partida no puede haber sido... un terrible sacrificio y no una huida o un abandono?

Lo que me dijo no dejó de impresionarme y hacerme pensar. Algo en la voz de mi amiga me hizo sospechar que tal vez ella sabía mejor que yo la verdad.

—¿Por qué lo dice? —le pregunté con ansias—. ¿Acaso sabe usted algo?

—Sí... —murmuró apasionadamente—. La conocí... La quise mucho... Levantándose de la silla, la señora Elena comenzó a pasearse nerviosamente de un lado al otro. Por las ventanas abiertas penetraban ya las primeras sombras de la noche. Recordé que mi hermano me esperaba. Pero después de la confesión de la señora Elena, sólo sentía una fuerte necesidad de saber, de escuchar, de descubrir la fisonomía de esa madre que nos abandonó. Siempre había tratado de rechazar ese deseo y me había refugiado en mi odio y en mi desprecio... Balbuceando, insistí:

—¿Usted la conoció? ¿Por qué nunca me ha hablado de ella?

—No me atrevía... —respondió con voz sorda—. Presentía la violencia de sus sentimientos. Esperaba el día en que usted tuviera la suficiente confianza en mí como para que fuera usted la que hablara de ella... Hace un momento, no pudiendo contenerme, le hice por fin la pregunta que tanto tiempo me quemaba los labios.

No pude retener un grito desgarrador. —Entonces... puesto que usted la conoció, puesto que usted la quiso y me reprocha el excesivo rigor con que la juzgo, no tomando en cuenta que mi juventud se vió siempre privada de ternura, debe reconocer por lo menos que tengo derecho a condenar su falta.

—¿Qué falta? —me cortó la señora Elena, deteniéndose de súbito frente a mí—. ¿Qué sabe usted, Teresa, para expresarse así?

Se le llenaron de lágrimas los ojos y, dulcificando la voz, añadió:

—¿Qué sabe usted, niñita mía? Comprendo que haya sufrido, que ni usted ni su hermano tuvieron en su infancia nada de ese calor y afecto que hace tan dulces los primeros años de la vida... No obstante, jamás se han preguntado ustedes si, en realidad, su madre no era tan culpable como las apariencias parecían demostrarlo.

—¿Ella se fué por su gusto?

—¡No es verdad! Su madre, usted y hasta su mismo padre fueron víctimas de un absurdo error... Escuche: jamás su madre debió haberse casado con su padre. Fueron los padres de ella quienes la obligaron... En esa época el corazón de Cecilia guardaba

—¿Usted la conoció? ¿Por qué nunca me ha hablado de ella?

el más doloroso duelo por la persona que había amado más que a nadie en el mundo. Lo sé, Teresa, porque a quien lloraba era a mi hermano. Eran amigos desde la infancia y se adoraban. Yo estaba en el secreto de ese amor puro y hermoso. Estaban hechos el uno para el otro. No puedo, aún ahora que han pasado ya tantos años, pensar en eso sin dejar de llorar por tanta felicidad perdida. Porque Marcos murió. Tenía veintidós años. Se había alejado de Cecilia para formarse una situación que le permitiera realizar el sueño de ambos... El destino no se lo permitió. A su madre sólo le quedaron la desesperación y unas cartas que él me enviaba a mí para que se las entregara a Cecilia. Pobres cartas apretadas de palabras que expresaban su apasionado amor... Cuando su padre pidió la mano de Cecilia, Marcos había muerto hacía algunos meses. A su madre le causaba horror la sola idea del matrimonio. Sin embargo, tuvo que ceder. Su padre contaba a su favor el haber ayudado a la familia de Cecilia en horas difíciles, lo cual le creó un cierto derecho a la gratitud y del padre de ella supo emplear las frases que terminaron por decidir a su hija...

A medida que la señora Elena hablaba, yo veía surgir ante mí la imagen dolorosa y bella de una muchacha y seguía el drama de mi madre como si lo sintiera en mi propia carne.

—Usted nació, Teresa, un año después de ese matrimonio y su hermano un año más tarde. Yo no estaba en el pueblo. Cuando volví, mucho tiempo después, Cecilia había partido y uste-

des estaban solos con su padre... No conocí la atroz tormenta que había alejado a su madre sino cuando Cecilia supo mi regreso. Me escribió suplicándome que le enviara noticias de sus hijos, a los que había tenido que abandonar.

—Pero, ¿por qué?... ¿Por qué?

—Voy a explicárselo: estoy segura de que lo que su padre no quiso creer, usted lo comprenderá. Cierta día, algunos meses después del nacimiento de Enrique, su padre encontró en un mueble, donde Cecilia guardaba el pobre recuerdo de su gran amor, las cartas de Marcos. No tenían fecha, pues él las enviaba dentro de las mías. ¡Eran cartas impregnadas de quemantes palabras de pasión, de fervor y de ternura! Entre las manos de su padre, esas cartas adquirieron un tono acusador que las más dramáticas protestas de Cecilia fueron impotentes para refutar. Ebrio de celos, rehusó creer que ese amor pertenecía al pasado, no quiso aceptar esa fidelidad a la memoria de un sueño demasiado hermoso. Amenazó a su madre con dar a conocer a sus hijos más tarde lo que él consideraba una traición. Como precio de su silencio, para que un día ustedes no se sintieran desgarrados por la sospecha, aceptó la sentencia. Nadie podía defenderla: Marcos había muerto. Yo no estaba en el pueblo. Se fué dejándolos, herida en su amor de madre, después de haberlo sido en su amor de novia. Cuando yo volví, era ya demasiado tarde. La ruptura era demasiado honda. Ustedes habían crecido. Reanudar el pasado habría sido herirlos

(Sigue a la vuelta)

SU CUTIS

cuidelo con esmero

La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.

Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.



crema macker

Calzados

Formas

V. Mackenna 606
Estado 257

Huérfanos 836, subsuelo — Local 15
Santiago



Elegante modelo en gamuza y charol.

Lindo modelo en gamuza y cuero

Disponemos de novedades y hormas anatómicamente diseñadas para sus pies. Plantilla hecha enteramente a mano.

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
Solicite catálogos

(Continuación de la pág. 3)

ba impresa en esos misteriosos pape-
litos, que para otros niños no tienen
ninguna importancia.

Y ahora dibujaba su casa, el hogar
que compartiría con Olga. Ella, sen-
tada a su lado, observaba atentamen-
te los rápidos movimientos del lápiz.

—Hemos planeado el patio aquí, de-
trás de la cocina. Tendrá una terraza,
que nos servirá de comedor en el ve-
rano. Acá podemos agregar otro dor-
mitorio, si lo necesitamos. Levantó la
vista del dibujo y preguntó, muy se-
rio:

—¿No crees que es un buen plano,
papá?

Yo lo miré con detenimiento. Hasta
ahora no le había prestado ninguna
atención. Sabía que los otros tres es-
peraban mi veredicto, conteniendo la
respiración.

En su mano sostenía un pedazo de
cartulina, un pequeño trozo de papel
sin valor. Pero, gracias a él, yo había
visto desarrollarse un niño, hasta con-
vertirse en un hombre. Desde el gara-
bato de un gato mal dibujado, hasta
la casa del hombre y de su mujer. Era
la casa que pensaba un hombre, para
dársela como hogar a su esposa y a
sus hijos.

—Es un plano maravilloso —le res-
pondí, calmadamente.

Entonces fué Olga la que habló.

—Nos sentimos felices de que le guste
—su voz estaba llena de esperanzas.

La miré. Los ojos se iluminaban de
dicha. Era tan joven..., y tan bonita.
Era joven, sí, pero comprendía a Ro-
berto, y compartirían sus vidas, igual
como lo habíamos hecho Ana y yo.

aún más. Entonces Cecilia me pidió
que los espiera, los siguiera y le man-
dara noticias... Así los conocí y les
seguí la pista. Ella los adoraba a través
de lo que yo le contaba en mis cartas.
Tal vez ustedes no podían compren-
der por qué cuando yo los encontraba
los miraba con tanta ternura y com-
pasión. Era su madre la que los mi-
raba por mis ojos. Después, un día
murió su padre... Ese día me costó no
correr donde ustedes y gritarles la ver-
dad. Pero pensé que no tenía ese de-
recho cuando aún su tumba estaba re-
cien cerrada. Esperé... Deseaba ga-
narme la confianza de ustedes. Cuan-
do usted decidió venir a Santiago,
mi corazón se estremeció de esperan-
zas.

—Pero mi madre, ¿dónde está? —pre-
gunté llena de ternura—. Dígame
pronto, se lo suplico. Dígame si está
viva..., si puedo verla..., si puedo vol-
verla a querer!

Lágrimas ardientes corrían por mis
mejillas. Junté mis manos en un ges-
to de súplica. Todo aquello que yo
creía odio se transformaba ahora en
una imperiosa necesidad de amar a
esa pobre mujer.

—¡Mamá!..., ¡mamá!... —balbuceaba
entre sollozos.

Inclinada sobre mí, la señora Elena
me estrechó en sus brazos.

—La espera... Está aquí... Yo le di-
je que le hablaría esta tarde.

Tomándome de la mano, atravesó el
departamento, llevándome a su dormi-
torio.

LICEO CHILE

KINDERGARTEN

PREPARATORIAS

HUMANIDADES
COMPLETAS

INGLES OBLIGATORIO

EXTERNADO
Y MEDIO PUPILAJE

San Joaquín 1421

Miré el bosquejo que tenía en la ma-
no.

—Si necesitan dinero, díganmelo. Me
gustaría ayudar a construir la casa
de mis hijos.

Los contemplé un momento, y enton-
ces comprendí que Roberto era lo que
yo siempre había soñado que llegara
a ser.



—¡Ven, Cecilia! —
llamó abriendo la
puerta.

Entre mis lágrimas
divisé una cara...,
un rostro que yo co-
nocía, y que me lla-
maba la atención
por su dulzura y su
bondad. Una imagen
que siempre me atra-
jo, sin explicarme el
motivo.

—¡Señora..., mamá! ¡Mamá! —grité
arrojándome en sus brazos.

—¡Mi niña, mi niña querida! ¡Tenía
tanto miedo, mi pequeña Teresita!
Tanto miedo de que no comprendie-
ras..., de que no quisieras verme...
Es por eso que aun esta tarde... pasé
por tu negocio mientras tú trabajabas...
Cuando cerré la puerta, me pregunté
si sería la última vez que te vería, pues
no tendría valor para volver... si tú
no hubieras comprendido.

De pronto el recuerdo de mi hermano
atravesó mi mente.

—Mamá..., espérame... Enrique ven-
drá dentro de un momento. ¡Déjame
ir a buscarlo!

Tanta dicha sólo fué un prefacio. Pe-
ro mi otra dicha sólo data de ayer.
Es tan sencilla, tan dulce, tan tierna,
que casi no se puede contar. Mientras
escribo estas líneas, en el marco que
tengo frente a mí el retrato de mi
novio parece decirme: "¡Calla, Tere-
sa, calla!".



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla
84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía
certificada: Anual: \$ 15.60. Semestral: \$ 7.80. Suscripciones en el extranjero. Anual:
U.S.\$ 3.40. Semestral: U.S.\$ 1.70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0.20. Se-
mestral: U.S.\$ 0.10. Año XX - 18 de marzo de 1954 - N.º 1038

La dama
elegante
viste
con
sedas
y lanas
de



MANUFACTURAS DE
SEDAS Y LANAS

CASILLA 3858 — SANTIAGO

Shampoo **BAYCOL**

ES EL MEJOR DEL MUNDO



ELABORADO CON LICENCIA DE
JEAN VALLY, GRAN-DUCHE DE LUXEMBOURG

Confid-

Confidencias

de Margarita

N.º 1039

M. R.



SOLEDAD

• LOS RATONES

• UNA NOCHE
MISTERIOSA,
novela policial

• ME PASE DE
LISTA

• EL EMBRUJO DE
EGIPTO,
novela.

• MAYERLING,
amor histórico,

• COMO SE DEBE
ESTUDIAR,
artículo

• EL MOLDE DE
LA SEMANA

• NUESTRO HIJO



Y solamente después de haber colocado cuidadosamente las violetas sobre la almohada, mi adorado esposo vino hacia mis brazos.

¡PROXIMAMENTE!

SERVICIO DE *MOLDES* SEDYLAN

M. R.

*Vista mejor con menos dinero
3 tallas en cada molde*

Es tal el interés que existe para confeccionar trajes con telas Sedylan, que hemos decidido ofrecer un Servicio de Moldes, diseñado exprofeso para nuestras telas, por técnicos especialistas europeos, contratados exclusivamente por nosotros, para este trabajo.

Prepararán moldes según los dictados de la moda, sencillos de confeccionar personalmente, empleando el mínimo de género y obteniendo, así, el mejor resultado al más bajo costo.

Pida con tiempo su inscripción en este Servicio de Moldes.

Vestirá mejor con menos dinero.



PIDALOS EN SU TIENDA FAVORITA O ESCRIBA
A SEDYLAN - CASILLA 3858 - SANTIAGO

Los ratones

Voluntad de Imp. y Edic.

24 MAR 1954

Depósito legal

EN mi pueblo hay un personaje que tiene remedio para todo. Se llama don Nicolás, y su dicho favorito es: "Las cosas a la antigua son las mejores". Quizás antes, don Nicolás tuvo sus negocios, pero ahora su trabajo es dar consejos.

A don Nicolás le interesan particularmente los problemas domésticos, y, tal vez sea por eso que casi todos los días está sentado en el banco que hay junto a la mercería ubicada en la calle principal. Sospecho que siempre mantiene una estricta vigilancia sobre los clientes de la tienda, con el objeto de descubrir sus pequeñas cuitas.

Su mirada sagaz nos descubrió, a mi marido y a mí, durante este otoño. Habíamos entrado en la mercería, esperando encontrar un nuevo remedio para matar los ratones. Era el primer año que estábamos en la vieja casa del molino y, en cuanto el tiempo refrescó, una bandada de ratones se refugió bajo nuestro techo. Ignoraron toda clase de venenos y de trampas, y hasta espantaron al inmenso gato que tenemos para atraparlos.

—¿Encontraron lo que necesitaban? —nos preguntó don Nicolás, cuando salíamos del negocio.

—No —contestó Ricardo, y le contó nuestro problema.

—Tiene que haber muchos ratones en esa casa del molino —comentó don Nicolás.

Se quedó silencioso y yo comencé a hacer andar el auto, pensando que había desechado nuestro problema, por irremediable. Pero entonces dijo:

—Lo único que pueden hacer, es conseguir un ratón de cencerro.

—¿Un ratón de cencerro? —averigué Ricardo.

—¿Qué es eso?

—No falla nunca —prosiguió el anciano—. Un matrimonio tuvo este problema hace cincuenta años. Puso un ratón de cencerro y nunca más fueron molestados por los animalitos.

—¿Cómo se hace? —insistió Ricardo.

—Lo único que hay que hacer es cazar un ratón y atarle una campanita al cuello. Una campanita chica, como la de los gatos.

—¿Y después, qué? —inquirió mi marido, entusiasmado.

—No se apure tanto, joven, ya le voy a decir —murmuró don Nicolás, con una especie de gruñido—. Bueno, después se suelta el ratón en la casa. Encontrará de inmediato a los demás ratones —usted sabe que a ellos les gusta la compañía—, sólo que el ruido de la campana hará que los otros se vuelvan locos y corran fuera de la casa lo más ligero que les den las patas, seguidos del ratón cencerro, y no volverán jamás.

—¿No es esto fantástico, Nora? —me preguntó mi marido.

Asentí con la cabeza.

—Les debo advertir una cosa —prosiguió don Nicolás—. Correrán un riesgo: los demás ratones pueden volverse contra el ratón cencerro y matarlo.

—¡Oh! —murmuró Ricardo—. ¿Lo pueden matar en su cueva?

—Exactamente.



Yo me di cuenta de que tener un ratón muerto en nuestra casa no iba a detener a Ricardo, de manera que volví a entrar en la mercería y compré una campana chiquita. Cuando volví, don Nicolás me sonrió, y me dijo:

—Cuénteme cómo les va. Le prometimos que lo haríamos, y nos apresuramos para llegar temprano a casa, para cazar el ratón.

Ricardo arregló una trampa, con una carnada tentadora, y, al día siguiente, encontramos que había caído un magnífico ratón con estómago prominente y que nos mostraba furioso los dientes. Ricardo se puso guantes de cuero, sacó el animal de la trampa y le amarró la campanita en el cuello. Después, lo envolvió en una bufanda de lana, y lo llevó a la cocina, sitio en que estábamos seguros de que los otros ratones tenían su guarida.

—Un ejemplar feroz, ¿no te parece? Cualquiera día puede darle una buena tunda a todos los ratones.

—Ricardo, no tendremos más orgías de ratones en las vigas, cuando queramos dormir —le dije, compartiendo su entusiasmo—. Nunca más ruidos ni carreras. Por suerte, encontramos a don Nicolás.

Pasamos un día de nerviosidad, esperando a que nuestro ratón cencerro encontrara al enemigo y lo derrotara.

Durante algunas horas no oímos nada, aunque los animales siempre hacían ruidos a la medianoche. Al poco rato, escuchamos un campanillear muy suave. Lo seguimos escalera arriba, después escalera abajo, y, por último, en el entretecho. Parecía llegar con más fuerza y autoridad, pero para nosotros significaba que nuestro héroe estaba invadiendo los campos enemigos. No pasó mucho rato antes de que oyéramos lo que interpretamos como el ruido de varias familias ratoniles empaquetando sus cosas y emprendiendo la fuga. Se sentían carreras sobre el techo. Además, escuchábamos el frenético campanilleo de nuestro ratón cencerro.

Más tarde, en la cocina, me puse a atisbar por si veía una emigración de ratones, pero, como estaba oscureciendo, no podía estar segura, pero creo que una serie de sombras grises se escurrían furtivamente por la puerta del sótano.

Cuando ya era hora de irnos a acostar, la casa estaba, desde hacía horas, silenciosa. Nuestro triunfo nos embriagaba.

—Deberíamos hacer algo por don Nicolás, para demostrarle lo que apreciamos su ayuda —me dijo mi marido—. No sé qué habría sido de nosotros sin su valioso consejo. Creo que le voy a pedir que nos arregle ese viejo pozo.

—“Las cosas a la antigua son las mejores” —le recordé.

—Por supuesto que sí —aseguró Ricardo.

Se sentó al borde de la cama y se quitó los zapatos. Un momento después, hubo un ruido raro en la pared: una serie de carreras, unos chillidos fuertes y perentorios, seguidos por un coro. Ricardo y yo nos miramos, perplejos, sin decir nada.

Mi marido parecía un foxterrier, con la cabeza inclinada, escuchando los pequeños llantos. Luego un frenético campanilleo pregonó la vuelta de nuestro ratón cencerro. Los chillidos se hicieron más fuertes e insistentes, y luego, mientras continuaba el ruido de la campana, se desvanecieron en el silencio.

—No comprendo, le musité al oído—. Se supone que el ratón cencerro se tenía que ir con los demás.

—Por supuesto.

(Continúa en la pág. 34)

Ignoraron toda clase de venenos y de trampas y hasta espantaron al inmenso gato que tenemos para atraparlos.



Un maquillaje que perdura

SI usted tiene cutis seco, aplique crema líquida de Dana y luego Danamask, el polvo maquillador de moda.

Danamask envuelve su rostro en una fina capa invisible.

Usted sale con la seguridad de tener un maquillaje armonioso que perdura...



Danamask
M. R.
POLVO MAQUILLADOR

—¡MABEL mía, créeme que no puedo seguir amándote en esta forma! No puedo soportar más tiempo esta angustia... —me dijo Hernán acariciándome el cabello con sus labios.

—Tú bien sabes que para esto hay sólo una solución —le contesté, estrechándome contra su cuerpo.

—Sí, es cierto que hay un camino... pero —murmuró con dificultad, mientras un escalofrío lo hacía estremecer.

—Escúchame, Hernán, ¿qué mal puede haber en que dos personas se amen y deseen estar juntas para siempre? ¿O es que no te das cuenta de cómo te quiero? Es horrible pensar que tenemos que arruinar nuestras vidas sencillamente porque una vez cometiste una equivocación. Además, esas cosas no son fatales.

—Una equivocación... sí; en realidad fué un error haberme casado con Margot. Antaño la quise o por lo menos estaba convencido de que la amaba. Pero tú sabes tan bien como yo que lo que nos separa no es ella, sino los niños. No podría privarlos del hogar que merecen y, además, necesitan a su padre. No puedo quitarles ni lo uno ni lo otro.

Me latió apresuradamente el corazón con una mezcla de triunfo y de terror. Había conseguido que la idea de que a Hernán se le ocurriera pensar en la separación, o por lo menos su posibilidad, se insinuara. ¡Quizá dejara a su mujer y a sus hijos para casarse conmigo! Pero tenía que andar con pies de plomo, había que proceder con cuidado: hacer y decir las cosas apropiadas y en el momento oportuno. Ahora que me acercaba al objetivo que me había trazado con anterioridad, no me quedaba más que perseverar en mantener la misma línea de conducta seguida hasta el momento. Todo mi triunfo era el resultado de un trabajo largo que me había costado grandes penurias. Consideraba que me merecía el éxito como premio a mi esfuerzo y constancia. Esperaba contar, a corto plazo, con la seguridad que tendría una mujer al casarse con un hombre como Hernán.

—Pero, Hernán, ¿cómo no te das cuenta de que en realidad es mil veces peor para los niños crecer en un hogar donde los padres ya no se quieren? ¿Qué es más justo? A la larga, los niños se dan cuenta de esas cosas... —balbuceé junto a su mejilla.

—Mi amado me estrechó suavemente la mano. Se notaba que luchaba con un conflicto interior.

—Mi amor, estoy procediendo de manera poco honrada. No tengo derecho a pedirte nada, a menos que pueda ofrecerte matrimonio. Pero, aunque te adoro con desesperación, hay una parte de mí que no está de acuerdo con mi apasionamiento: la que piensa en los niños y también en Margot. Casi me atrevería a decirte que cuando estoy con ellos soy feliz. No tienen ni idea de nada, ni una sospecha. Sé que no está bien, pero cuando no estoy contigo me parece que soy otro hombre: un individuo más o menos decente y conformista. Y cuando te veo, aquí o en la oficina, nada parece importarme fuera de saber que nos pertenecemos y que estamos hechos el uno para el otro.

Me sentí estremecer. Sin darse cuenta, Hernán acababa de enunciar lo que sabía y me había tratado de ocultar durante tanto tiempo. En realidad, no me amaba o, por lo menos, el amor que sentía por mí no podía compararse con el que tenía a sus hijos y a esa esposa que lo esperaban en el hogar. Lo que experimentaba era una pasión que no podía controlar y por esa razón yo siempre tenía que estar sujetando sus arrebatos pasionales. Tenía la com-

Me de

pleta certidumbre de que si satisfacía sus anhelos, perdería en forma total el interés que sentía por mí y volvería junto a su familia, olvidándose para siempre. Mi intención era llegar a ser su esposa, llegar a ser la mujer de un abogado joven a quien le auguraban un porvenir maravilloso.

Sin embargo, la verdadera razón por la cual nunca permití que nuestras relaciones fueran más allá de unos cuantos besos y abrazos, fué porque en verdad nunca sentí deseos de extralimitarme con Hernán ni con ningún otro hombre. Claro está que sabía disimular mi frialdad y aparentaba adorar a los hombres que me juraban su amor. No me convenía el tipo de niña "bonita e ingenua"... sabía muy bien que a los hombres los atrae más la mujer que es viva a la par de ser hermosa, de manera que, ¿por qué no había de ser también viva? Tenía la triste evidencia de que no sólo por el hecho de amarla un hombre es capaz de hacer dichosa a una mujer.

Mi hogar no había sido precisamente un ejemplo: mi padre daba mala vida a mi madre y ella descargaba en nosotros todo su resentimiento. Yo no pude soportar mucho tiempo este ambiente y en cuanto pude dejé la casa y me vine a Santiago. La primera oportunidad que se me ofreció fué la de entrar en la oficina de Hernán como secretaria. Hasta entonces había trabajado unos cuantos meses y con ese dinero me había comprado ropa. Ahora poseía un departamento en un barrio alejado y tranquilo, donde podía recibir sin miedo a mis visitas sin que éstas corrieran el riesgo de ser vistas.

No tenía muchos amigos. Una tarde hubo un trabajo extraordinario en la oficina y tuve que quedarme hasta muy tarde. Hernán me invitó en seguida a comer. Jamás se me había pasado por la mente que él se interesara por mí, ya que sabía que era casado y que tenía hijos... pero lo cierto es que había estado casado justo el tiempo que se necesita para que un hombre comience a inquietarse, sobre todo si su mujer se deja estar, como era el caso de Margot.

Sin embargo, tenía miedo de que su inquietud no fuera suficiente como para conseguir mis fines, ya que se sentía feliz cuando yo no estaba a su lado y ya que su mujer e hijos no sospechaban lo nuestro. En esta forma, si no conseguía de mí lo que quería, podía dejarme a un lado y no alterar por eso en nada su vida, puesto que no me amaba lo suficiente como para sufrir con la separación.

De pronto se me ocurrió una idea: era tan sencilla que me pareció extraño cómo no la había pensado antes. ¡Su mujer y sus hijos no serían mis ene-

pasé lista

—Mi amor, son casi las diez. El caso Ruiz ha terminado por esta noche. Lo vi ruborizarse. El caso Ruiz era la excusa que nos servía para vernos y lo recordábamos, pues había sido en el que trabajábamos la noche en que Hernán me invitó por primera vez a comer. Hacía mucho tiempo que el pleito se había finiquitado, pero, para Margot y los niños, continuaba existiendo en forma por demás activa.

Se enderezó sin ganas. Nuestras miradas se encontraron en el espejo que había colgado en la pared. ¡Qué buena pareja hacíamos!

¡Cómo se daba cuenta de lo mucho mejor que era yo que esa mujer des-cuidada que era su esposa! Mi mata de pelo color bronce, mi tez blanca y mis inmensos ojos azules formaban un contraste perfecto junto a su cara tostada y a sus ojos y cabello negros.

—Perdóname por mi egoísmo. No tengo derecho a exigir nada de ti. Debiera darme por feliz de estar contigo a ratitos... y, en realidad, son instantes tan maravillosos que compensan mi soledad. —Le di un beso rápido en los labios y luego me aparté de su lado, diciéndole con voz entrecortada por el llanto: —Ahora, ándate. Por favor, inmediatamente.

Al marcharse, Hernán demostraba un aspecto culpable y una sensación de insatisfecho, que me dejó muy complacida.

Al día siguiente, compré tres diarios en el camino a la oficina. Llegué una hora antes que el resto de la gente y entré de inmediato en acción. Sabía muy bien lo que tenía que hacer y tenía que hacerlo perfecto. Desparramé los diarios sobre el escritorio, saqué tijeras, goma de pegar, una hoja de papel en blanco y me puse manos a la obra. Estaba al final de mi labor, cuando oí que alguien llegaba a la oficina. Casi se me detuvo el corazón de terror, pero no perdí la serenidad. Rápidamente eché la hoja de papel con las letras recortadas y pegadas dentro de mi cartera, y tiré los diarios al canasto de papeles. Un segundo más tarde, levantaba tranquilamente la vista para encontrarme con la mirada irónica de Alvaro.

—No se puede negar que a usted le encanta trabajar horas extras, sea antes o después del horario —me dijo sardónico.

¡De los ocho empleados de la oficina, tenía que ser Alvaro el que me pillara!

(Sigue a la vuelta)

migos en esta lucha por retener al marido y al padre, sino que serían mis aliados! Todo lo que tenía que hacer..., casi se me escapó una carcajada de felicidad al pensarlo. ¡Sí, era perfecto!

Me desprendí de los brazos de Hernán y simulando tristeza le dije:



—No se puede negar que a usted le encanta trabajar horas extras, sea antes o después del horario —me dijo sardónico.

DISTRIBUIDORA CHILE

ULTIMAS NOVEDADES EN FANTASIAS FINAS

Ventas contra reembolso.
Casilla 10091 - Santiago.



Art. 3200.—Preciosos aros con clips, dorados, con piedras.

\$ 320.—



Art. 2150.—Argollas blancas, de gran moda.

\$ 240.—



Art. 3120.—Pulsera blanca.

\$ 200.—



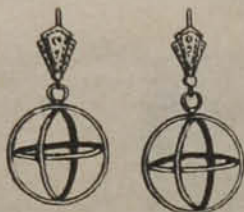
Art. 2140.—Prendedor con piedras, color oro.

\$ 240.—



Art. 4250.—Precioso anillo con placa negra y piedras.

\$ 400.—



Art. 2151.—Aros dorados, tipo jaula.

\$ 260.—



Art. 2160.—Sujetadores de corbata, bañados en oro, con estuche.

\$ 260.—



Art. 5150.—Aros dorados, con piedra.

\$ 260.—



ART. 25
Collar tejido con perlas blancas.

\$ 380.—



Art. 2450.—Aros con tornillo, fantasía "CORO".

\$ 650.—



Art. 5090.—Collar de perlas blancas. Una vuelta, \$ 120.—. Dos vueltas, \$ 240.—. Tres vueltas, \$ 360.—.

SOLICITE CATALOGO DE ARTICULOS DE FANTASIA Y PAQUETERIA, LISTAS DE PRECIOS DE ROPA INTERIOR Y MUESTRAS DE GENEROS DE SEDA, LANA Y ALGODON.

DISTRIBUIDORA CHILE.
DEPARTAMENTO DE VENTAS CONTRA REEMBOLSO.
Casilla 10091 — Santo Domingo 1282 — Santiago.

ra en esto! Le di una mirada de nielo, sin dejar de tomar nota que, a pesar de su aspecto desgarrado, tenía una figura interesante.

—No es que tome mi trabajo con demasiados ímpetus, sino que deseo ayudarlos a ustedes —replique con dulzura.

Sonrió con sarcasmo y sus ojos me recorrieron con impertinencia.

—Mire, muchacha, usted tiene una técnica que hace picar a cualquiera, pero aunque todos caigan, le garantizo que a mí no me engaña. ¡Claro está que mi opinión, maldito lo que le importa! Un estudiante que está comenzando no entra en el campo de los hombres que le interesan...

Me hice la que no entendía lo que me insinuaba. Cuando recién llegué a la oficina, había encontrado bastante competente a Alvaro y, al principio, su opinión respecto a mí era muy recíproca, pero en los últimos meses se había puesto más y más burlón y por más esfuerzos que había hecho para evitarlo, no podía dejar de indignarme con sus observaciones. Tenía veintiséis años, estaba haciendo su memoria y trabajaba como ayudante en la oficina.

—Espérate a que me case con Hernán y verás en qué forma me diriges la palabra y cómo me tratas, o si no...

lo amenacé para mi interior. Sus ojos ya no me escudriñaban. Se dirgían sospechosos a mi escritorio y miraba con curiosidad el canasto de papeles.

—¿Y esto se deberá a que una damisela se ha propuesto ponerse al día con lo que sucede en el mundo, o a que el mozo se ha puesto descuidado? —preguntó, inclinándose para sacar los papeles. Los extendió cuidadosamente. Sentí que me ponía roja.

—No tengo por qué alarmarme, pues los papeles no significan nada y nadie puede sospechar algo si no está al tanto de mis planes", me dije, haciendo esfuerzos desesperados para convencerme de que en realidad no había nada raro y tratando de no demostrar que era culpable de algo.

Miró los espacios tijereteados y levantó una ceja a tiempo que me decía:

—Otra de esas cosillas tuyas que no comprendo, pero que rechazo instintivamente.

—¿No cree que se está propasando? Me tiene aburrida con sus pequeños insultos y vulgaridades. Ese diario es mío, lo compré yo... y lo que haya estado haciendo con él lo debiera tener sin cuidado. Si he venido temprano a la oficina para trabajar, pues trabaje. Yo me voy a tomar una taza de café —le grité furiosa.

Me miró detenidamente, ya con ojos menos burlones.

—Así me gustas, chica. Enojada y agresiva, te ves mejor que cuando asumes la pose de niña ingenua. Me levanté de un salto y cogí mi cartera.

—Basta de soportar insultos. La gente fracasada y pequeña siempre se dedica a vituperar a los débiles que no pueden defenderse.

Al salir de la oficina, oí que me decía, medio en broma medio en serio.

—Eres precisamente la persona que siempre puede defenderse... sin importarte nada que otros resulten perjudicados por tu culpa.

Mientras bajaba en el ascensor, sus palabras aún resonaban en mis oídos.

Es cierto que me lo defiende, pero si no



lo hago nadie lo hará por mí. Nadie lo hizo por mamá y acabó bastante mal. Sin embargo, me sentía incómoda, casi culpable, porque era auténtico que no me importaba nada que otra gente se perjudicara siempre que yo lograra conseguir mis fines. Pero, ¿después de todo, tenía yo la culpa? Si Margot hubiera sido más despierta, no habría permitido que Hernán se quedara fuera de casa tanto tiempo; si se hubiera mantenido atrayente y no hubiera engordado, las cosas seguramente habrían sido para ella muy diferentes. Si ahora era la perjudicada, tenía su parte de culpa... Hernán tendría lo que ansiaba... a mí... y yo lograría las cosas que merecía por derecho propio: dinero, seguridad, una excelente posición social...

En el restaurante, me senté en una mesa aislada y saqué la hoja de papel en que había estado trabajando. Era la llave que abriría la puerta para entrar al mundo de mis sueños. Cada palabra estaba formada por letras, todas ellas diferentes, recortadas de los títulos de los diarios. La carta decía: "Las esposas son siempre las últimas en saber. Su marido va todas las no-



Por si no lo sabes...

Entre los vertebrados, no son sólo los pájaros quienes han podido conquistar el aire. Otros tetrápodos han logrado, en diversas épocas, el mismo privilegio. Citemos, entre los reptiles, los pterodáctilos; y, entre los mamíferos, los quirópteros. También se puede mencionar —aunque con capacidad de vuelo mucho más rudimentaria— a los marsupiales del género *Petaurus*; a diversos roedores, como las ardillas voladoras; y al galeo piteco.

ches al departamento de una muchacha y se queda allí hasta muy tarde. Tiene un enredo con ella.

UN AMIGO.

Pensé que esta era la única solución para conseguir a Hernán. Con este método, ya que no había podido obtener que se alejara de su mujer, iba a lograr que ella lo dejara a él. Las cosas no continuarían en este estado de ambigüedad ahora que ella se enteraría...

Saqué de mi cartera un sobre en que había escrito la dirección utilizando el mismo procedimiento que en la carta, eché ésta dentro, lo cerré y me fui hacia el buzón de la esquina. Margot la recibiría esa misma tarde, lo cual me convenía, ya que era viernes y pensaba marcharse con los niños fuera de la ciudad por el fin de semana. La carta llegaría junto antes que Hernán regresara de la oficina y habría una aclaración... Por un momento titubeé, pero era mi única oportunidad y tenía que aprovecharla. La deslicé dentro del buzón.

Ese día el tiempo parecía estar detenido. Miraba constantemente el reloj, preguntándome en qué momento lle-

garía la carta y cual sería la reacción de Margot. A Hernán lo noté nervioso y preocupado, no se atrevía a mirarme a los ojos, pero cada vez que creía que yo estaba ocupada sorprendía su mirada fija en mí.

A eso de las tres, Alvaro recibió un llamado telefónico y se fué precipitadamente de la oficina, sin siquiera despedirse. No volvió en toda la tarde. En cuanto a Hernán, se retiró a las cinco con una despedida impersonal y un aspecto terriblemente preocupado. En cuanto partió, yo a mi vez tomé mis cosas y me fui a mi departamento. Estaba terriblemente nerviosa. Hubiera querido irme a un cine para aliviar la tensión y la espera, pero no me atreví a hacerlo por si sonaba el teléfono o sucedía algo. Con el pasar de las horas, mis angustias aumentaban progresivamente. ¿Había hecho bien? ¿Me resultarían las cosas como deseaba? ¿Y si llegaban a resultarme, corresponderían en realidad a lo que auténticamente deseaba en lo más íntimo de mí ser? Me sorprendí tratando de convencerme a mí misma de que se trataba de conseguir lo que justificaba mi existencia desde hacía largos años: la lucha por que mi vida no siguiera las huellas de la que había soportado mi madre, por mi tranquilidad y por la protección que da el dinero. En eso sonó la campanilla de la puerta. Abí sobresaltada. Las manos me temblaban, pero al ver quién era me tranquilicé. Se trataba de Alvaro, quien, apoyado contra el marco de la puerta, me miraba con una sonrisa burlona.

—¿Qué ha venido a hacer a mi casa? —le grité agresiva.

—Iba pasando y como me sentía solo decidí venir a verla, porque como sé que Hernán no está, pensé que se encontraría en la misma situación que yo. Y, aquí me tiene.

—Con tener que soportarlo en la oficina me basta —respondí, tratando de cerrarle la puerta, pero él me la ganó y se introdujo en el living, donde se acomodó tranquilamente en un sillón.

—Tenga la bondad de salir de aquí —le grité con voz chillona. No estaba de ánimo para simulaciones y, por lo demás, nunca me resultaba este tipo de farsas con Alvaro.

Me miró largamente y luego me dijo, con una voz suave que hasta entonces no conocía:

—Bueno, chica, si quiere que me vaya, no me queda nada más que hacer. Pero lo cierto es que me sentía solo y, bueno, también tengo la sensación de que se me ha pasado la mano en las cosas que le he dicho. ¿Por qué no me das la oportunidad de hacer las paces?

Lo miré incrédula. Al entrar me había dado la impresión de que estaba borracho y, sin embargo, ahora parecía completamente sobrio. ¿Qué se proponía? Le hablé con gran calma:

—Lo siento mucho, pero estoy esperando una llamada telefónica urgente, de manera que voy a tener que pedirle que...

—Por favor, chica. Solamente unos instantes. En cuanto suene el teléfono parto... y si llega a escucharse el timbre de la puerta, soy capaz de tirarme ventana abajo con el fin de no traerle complicaciones de ninguna especie. —Me sonrió con una franqueza tan encantadora que no pude evitar de responderle a mi vez.

—Bueno, siempre que no sea más que por unos minutos —le dije sin ganas. Me senté en una silla en el otro extremo de la pieza y me puse a estudiar su figura delgada.

(Sigue a la vuelta)

El AUTOMOVILISTA debe tener una

VISION PERFECTA



CONSULTE PERIODICAMENTE A SU MEDICO OCULISTA

OPTICA S

HAMMERSLEY

SANTIAGO - VALPARAISO

ATENCION PERSONAL EN PROVINCIAS



Señor, la Nafta Shell para Encendedores enciende al instante, no deja olor y arde sin humo...



Use NAFTA SHELL para Encendedores

51 West Street, PUBLICITY

COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado

con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sobria y deliciosa fragancia, su aromática suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.



Jabón
NIVEA

Me parecía increíble verlo de visita en mi departamento. No quiero decir con esto que me pareciera extraño ver a otro hombre fuera de Hernán instalado en mi hogar, pues siempre había tenido visitas masculinas. Lo extraño era que éste, a la inversa de mi novio y de mis otros amigos, no sólo no tenía ninguna clase de admiración por mi persona, sino que ni siquiera parecía tener interés por mí como mujer. Era casi agradable gozar de la compañía de alguien con el cual no necesitaba fingimientos.

—¿Un trago? Claro está que parece que ha tomado más de lo conveniente —le ofrecí sin mucha cordialidad.

—Probablemente tiene razón, pero otro más no va a hacer mucha diferencia en el total —me contestó sonriendo. Se levantó con agilidad y obedeciendo a mis instrucciones comenzó a ubicar los útiles e ingredientes en la pequeña cocina. Comenzamos a conversar con el trago en la mano. No sé de qué hablamos: de la oficina, de sus clases, de conocidos comunes... A medida que pasaba el tiempo empezamos, sin darnos cuenta, a hablar de temas más íntimos y me sorprendí insinuándole cosas que hasta entonces no había dicho a nadie. Eran sólo cosas vagas respecto a mi familia y a mi niñez, pero Alvaro parecía comprender sin que yo tuviera que dar mayores explicaciones. Después de un silencio me dijo:

—Entonces fué cuando decidiste encontrar una mina de oro... y conseguir que la vida te brindara todas las cosas que te negó tu hogar. Enrojecí de rabia, pero antes de que pudiera interrumpirlo continuó hablando como consigo mismo:

—Es divertido, pero al escucharte me parece estar oyendo la historia de mi propia vida. Sin embargo, hemos tenido reacciones diferentes: mis planes no tienen nada que ver con los tuyos. Yo me propuse firmemente hacer todo lo posible para que por mi culpa no tuviera que sufrir una mujer lo que padeció mi madre y, aún más, juré hacer inmensamente feliz a la niña que algún día se casara conmigo.

Lo miré con frialdad. Sentí que dentro de mí algo parecía trizarse: era el muro que había levantado entre el mundo y mi persona el que se tambaleaba bajo la resonancia de unas palabras sabias que parecían llegar como un eco lejano hasta esa Mabel que estaba sepultada muy en el fondo de mi alma, tan al fondo, que ni siquiera yo conocía.

—Y tú, tú elegiste el camino opuesto. Tú decidiste que el mundo te pagaría por lo mucho que habías tenido que sufrir. Herías a un hombre para que sufriera como tú lo habías hecho...

—¡Eso no es cierto! —exclamé—. Eso no es lo que decidí. Lo único a que aspiré es a la seguridad del dinero, a la protección... no quiero que me toque pasar lo que pasó a mi madre.

—¿Aunque resulten perjudicadas tres personas inocentes? —me respondió, haciéndome, a su vez, una pregunta. Dentro de mí resucitó el resentimiento que siempre conseguía despertarme:

—¿Qué insinúa?

Se levantó de su asiento y me abrazó con ternura.

—Escúchame, Mabel, quédate quietecita a mi lado. A lo mejor es cierto aquello de que en la guerra y en el amor todo es permitido, aunque a mí no me convenza plenamente. Pero tú no estás enamorada y por eso romper el hogar de Hernán no te importa. Sin embargo, les ocasionarás tristezas y sufrimientos a muchas personas, incluyéndote a ti, que aún no te das bien cuenta de cómo son las cosas en la vida...

—No sabes de qué estás hablando. Y,

además, no tienes por qué meterte en asuntos que no te importan. ¿Quién eres tú para saber si estoy o no enamorada? —repuse con rabia. Me sujetó fuertemente para que no me alejara.

—Lo sé porque te conozco. Tú no puedes estar enamorada de un tipo a quien puedes manejar con el dedo meñique... y todavía más, Hernán no está enamorado tampoco de ti. No se puede amar a alguien a quien no se conoce. El hombre que te quiera va a saber, en realidad, cómo eres. Hernán no tiene ni la menor idea. Yo, en cambio, te conozco al dedillo.

Se produjo algo extraño, algo que hizo cambiar la atmósfera de la habitación. Dentro de mí sentía emociones confusas y en pugna: furia, rabia, excitación y una sensación extraña y vaga. Como su brazo me estrechaba contra su hombro, no sólo con el fin de sujetarme, instintivamente me puse rígida. Eran mis defensas naturales que salían a flote cada vez que un hombre me hacía el amor. Me mantuve tensa, pero ante mi propia sorpresa no pude alejarme cuando sus labios se posaron sobre los míos con ternura y firmeza. Sentí dentro de mí algo nuevo y diferente a todo lo que hasta ahora había conocido... era como si resucitara a la vida. Mientras sus besos recorrían mi cara, mi cuello y mis brazos, sentía crecer esa extraña sensación que me abarcaba entera.

EL COSTO DE LA VIDA NO ES TAN ALTO COMO EL PRECIO DE GOZARLA.

—Alvaro, mi amor, no sabía cómo era el cariño —dijo con voz temblorosa—. Nunca soñé que en el mundo pudiera haber una cosa tan maravillosa como esto. —Me quedé en silencio, sin zafarme de sus brazos. Tenía la mente vacía. De improviso recordé a Mabel, esa criatura que siempre había estado conmigo, y me dió asco.

Pasaron los minutos y yo en medio de mi dicha me olvidaba de todo. De pronto recordé:

—¡La carta, Alvaro! —grité de improviso.

—¿De qué carta me hablas? No contesté de inmediato. ¿Iba a permitir que un momento de romanticismo malograra el sacrificio de toda mi vida? Pero la nueva Mabel triunfó sobre mi vieja amiga... Una hora como



—Papá te llama por teléfono. Después de preguntar por ti, oí que decía: "No te preocupes, ella estará encantada".

la que había pasado compensaba mis pequeñas ambiciones materiales. Nada en el mundo me podría importar, excepto Alvaro y yo. Me volví a mirarlo. ¿Sentiría las cosas en la misma forma que yo? Hasta esa mañana habíamos sido enemigos. ¿Me amaría?

Nuestros ojos se encontraron: los suyos estaban tristes y se veían lejanos y profundos. Un temblor me recorrió el cuerpo mientras murmuraba:

—Alvaro, me siento confundida. No sé qué pensar, ni siquiera sé lo que realmente deseo.

Sentí que me abrazaba con rudeza. Me dió un beso diferente, casi doloroso, pero sentí que me embargaba el mismo sentimiento.

—Te quiero, Mabel. No me importa lo que hayas hecho ni lo que seas. Te quiero de todas maneras.

Estas palabras parecieron ser un mágico "Sésamo, ábrete", y con ellas se desplomó lo que quedaba del muro que me separaba del resto de la gente. Sin saber cómo, le conté, entre sollozos, cómo Hernán y yo nos habíamos conocido, cómo nos habíamos amado, y, finalmente, le confesé lo de la carta. Cuando terminé, Alvaro dió un suspiro y se apartó de mi lado. Con voz dura y fría me dijo:

—Hoy a las tres recibí un llamado telefónico de Margot. Tú no sabías que nos conocemos desde niños... que somos viejos y grandes amigos. Me pareció que una parte de mí se había muerto. Alvaro continuó con voz aún más dura:

—Me rogó que fuera inmediatamente a verla. Al llegar, me mostró una carta que acababa de recibir. Estaba escrita con letras recortadas de un diario... No sé si estarás de acuerdo conmigo en pensar que era demasiada

ca de dolor. Siguió hablando sin mirarme de frente.

—No tenía ningún plan de acción al llegar a tu casa. No sabía si iba a hacerme el borracho, si te iba a tratar de intimidar, si iba a apelar a tus sentimientos de nobleza o si terminaría por pegarte. Créeme que lo que ha sucedido no estaba dentro de ninguno de los planes que tenía en la mente y jamás me hubiera imaginado que la solución podría ser hacerte el amor.

—Su boca volvió a contraerse, pero hizo un esfuerzo por mantenerse sereno.

—En fin, por lo menos te has franqueado conmigo y me parece que ahora, entre Margot y yo, podremos convencer a Hernán de que no lo quieres y que me has dicho la verdad respecto a lo que te interesaba de él. En el fondo, Hernán confía en Margot y en mí y, si tú eres tan viva como te imaginas serlo, más vale que no vuelvas a aparecer por la oficina nunca jamás. ¿Me entiendes?

Al terminar su discurso palideció. Se notaba que estaba profundamente afectado.

—En mi actitud ha habido menos engaño del que tú has dado a Hernán. Además, en el mío había un motivo más elevado y justificable. Tú estabas dispuesta a destruir la vida de Margot y de sus hijos, sólo para conseguir tu propia seguridad. Lo que he hecho yo, y créeme que no me enorgullezco de ello, fué con el fin de salvarlos de unos sufrimientos que no se merecían.

Se dió media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Lo observé como un pájaro hipnotizado frente a una serpiente. Al salir, de espaldas y con la voz ahogada por la emoción, me dirigió las siguientes frases:

—Si te interesa saberlo, lo que te dije y los besos eran sinceros. No sé cómo sucedió, pero es totalmente cierto que no fueron premeditados. No sé si te quiero, pero hay una parte de mí que te acepta tal como eres. Desde luego, no es mi inteligencia, pues ella no corria en tí y no cree que hayas sido sincera respecto a lo que me has dado a entender esta noche.

Sentí una corriente de aire helado al abrirse la puerta. Alvaro se había marchado.

Ya queda poco por contar. Aún ahora me es doloroso recordar el resto de aquella noche y de las que siguieron. A cada momento me venía una crisis incontinente de llanto, que se trocaba en una rabia desmedida. Sin embargo, el enojo no me duraba mucho, porque, por más que trataba de detestarlo por lo que me había hecho, comprendía que su actitud tenía un fondo de nobleza y que su única mira había sido salvar un hogar amenazado. Yo me había enamorado tan profundamente de él que le estaba agradecida, pues me había descubierto las cortinas que abrían las puertas de un mundo nuevo que yo ni sospechaba: un mundo en el cual la gente se comprendía y se amaba. Si él no me amaba lo suficiente, era simplemente porque yo no estaba a su altura. Aún hoy, después de tres meses, me parece oír sus últimas palabras.

No volví nunca más a la oficina y Hernán tampoco me llamó. Esto no tiene otra explicación fuera de que Alvaro y Margot se lo contaron todo. No los puedo acusar, pues ambos tienen la razón. Ahora estoy ocupada en una oficina más chica, que queda al otro extremo de la ciudad. Trabajo con ahínco y sin perder la fe, porque estoy segura de que en alguna forma, algún día... y ojalá sea pronto, la parte inteligente de Alvaro se rendirá y me dará una nueva oportunidad para demostrarle que en mí ha resucitado una nueva Mabel.

¿Dijo "piernas bellas"



"piernas
con vellos?"

¿Eran sus palabras un cumplido o una observación mordaz?

Si tiene usted alguna duda, será bueno que cuide más la pulcritud de su piel. Los vellos pueden extraerse con los bulbos, con toda la parte que está debajo de la superficie del cutis, con los prestigiados procedimientos de Kara Vislovna.

Al extraer los vellos con los bulbos, alejan el recrecimiento. Su cutis lucirá suave, limpio y sin irritación.

Los procedimientos de belleza de Kara Vislovna son aplicados por técnicas especializadas y se basan en una experiencia de más de un cuarto de siglo. Los hay también para cultivar la tersura y lozanía del cutis y la buena figura. Hágale una visita para informarse sin compromiso.

KARA VISLOVNA

28 años al servicio de la belleza. Phillips (ex Central) N.º 16,

3er. piso, Santiago.

En Valparaíso: Condell 1443, 4.º piso.

Si usted vive en provincias y no viene a Santiago, puede pedir consejos de belleza a Kara Vislovna. Escribale a Casilla 9321, Santiago.

AL EXITO EL FLOJO LO LLAMA BUENA SUERTE.

coincidencia, después de lo que te había sorprendido haciendo esta mañana y, sobre todo, dado el hecho de que sabía que hoy no te verías con Hernán. Me imaginé que sabía qu'en era el autor de la carta y presumí cuáles habían sido los móviles que te habían impulsado a enviarla. Calmé como pude a Margot y no sé cómo logré que me prometiera no decirle ni una palabra a Hernán. Me comprometí a arreglar las cosas esta misma noche. No sabía cómo iba a hacerlo, pero estaba decidido a cumplir mi promesa aunque tuviera que quitarte del medio. — Se detuvo esperando que yo dijera algo, pero mis labios y mi mente permanecían paralizados.

Suspiró con dificultad y los músculos de su boca se contrajeron en una mue-



—No creo que sea justo que aproveches mi cumpleaños para regalarme algo que necesito de todas maneras.





*Mi mamá tomó
Vitamaltina!*

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DÉBILES Y VIGORIZA A LOS SANOS



Y estuvimos solos muchos días, muchas semanas. Aunque no solíamos hablar de la muerte de Hamilton, estaba esta junto a nosotros. Impulsaba nuestro trabajo e influía nuestros pensamientos. No nos abandonaba.

Seis había dicho la adivina del Gropi, seis se irán y el séptimo saldrá victorioso. A menudo recordaba estas palabras. Me molestaba pensar en ellas. El señor Conway seguramente las recordaba también a pesar de no haberlas mencionado nunca. En todo caso, ¿de qué hablaba? ¿De qué podíamos hablar en estas semanas largas y solitarias que más bien parecían un sólo e inmenso día?

En la mañana me dictaba cartas de seis a siete. Luego, tomábamos el desayuno: porridge, té, tostadas y mermelada. En seguida, me volvía a dictar. Estaba trabajando en la nueva edición de su libro "Años de Búsqueda en el Egipto", que había sido publicado en 1910 y cuya primera edición se había agotado totalmente. Vagaba por la casa en bata, tratando de refrescarme y de avanzar en mis estudios con las pocas energías que me dejaba el calor. No podía completar más de cinco jeroglíficos nuevos y unas pocas páginas en mi diario.

A las cinco le servía el té, sandwiches y queque, en su pieza. A veces me invitaba a quedarme y nos fumábamos un cigarrillo.

A las cinco se iba para el Valle. Se había hecho cargo del trabajo de Hamilton, mientras le llegaba un reemplazante de El Cairo o de Londres. Volvía a las ocho y media y a las nueve teníamos nuestra invariable comida juntos.

De las cinco a las ocho pasaba a máquina lo que me había dictado y estudiaba árabe. En seguida, me iba a la cocina, hambrienta y acalorada.

Nuestras comidas no se diferenciaban en nada a las que servían en los sanatorios, siguiendo la dieta número dos.

Evitábamos todo lo que nos habría gustado: fruta, verduras crudas, ensaladas. La palabra "tifus" estaba escrita con letras invisibles en nuestra limpia cocina suiza.

¡Tifus! Allí, el muchacho que hacía el trabajo pesado de la casa, nos contaba diariamente algún nuevo caso. Cuando no podía encontrar uno, resucitaba alguno del año anterior. El tifus nos había robado a nuestro amigo y quería robar también nuestro trabajo. ¡El tifus era nuestro enemigo! ¿Y quién era realmente nuestro amigo?

No lo sé. No lo podría decir con palabras. Sólo podría decir... todo lo demás.

Es cierto que había perdido de pronto el apremiante y ardiente deseo de los días anteriores, ese hondo deseo fijo que dirigía mi vida, no una vida que sólo pedía la mitad de mi vigor, que ponía la mitad de mí en acción y dejaba el resto, la parte mejor, abandonada. Pero mi verdadera vida pediría todo lo que le pudiera dar.

Hasta ahora, sólo una parte de mí había respirado, trabajado, hablado, sentido hambre, odiado y amado. La otra mitad yacía dormida, aparentemente sana y bien alimentada. Existía como una revolución contenida. Había predicado la paciencia y por eso la practicaba. Me rebelaba sólo de tarde en tarde. Pero había algo en mí que no estaba en calma, que me impulsaba, que me ofuscaba con extrañas visiones, que jamás me dejaba ser feliz, jamás. Ahora ese algo estaba dormido.

Ahora ya no existían dos Sonias. Había sólo una, en el verano de Luxor, en el sol ardiente del desierto, en medio de una tarea sin fin, y no deseaba más. Estaba contenta. Nunca había conocido antes el significado de estar contenta. Ahora lo sabía. Aun marchaba la maquinaria que había dentro de mí. Ya no sentía ruidos en mi corazón, ningún alboroto dentro de la doméstica Sonia. Hermosa es esta paz del contentamiento.

Hoy, el señor Conway volvió del Valle más temprano que de costumbre. El capataz egipcio venía con él. Todos los demás trabajadores habían sido despachados y se les había ordenado no volver hasta pasado mañana. El señor Conway traía cuidadosamente debajo del brazo un paquete envuelto en la misma forma como las mujeres árabes amarran a sus hijos.

—Encontramos algo —me gritó desde afuera—. Encontramos un fragmento. "¡Encontrar!" En las muchas semanas de búsqueda, a menudo habíamos pensado en esa palabra, sin jamás atrevernos a pronunciarla. "Encontrar", la fórmula mágica que yace bajo una capa de silencio mientras se excava.

"Encontrar". No hay mayor alegría ni mayor estremecimiento para un excavador. La emoción del señor Conway era evidente en sus manos, pero no en su cara. No demostraba su felicidad, pero la sentía.

Ahmed, el capataz lo dejó en el umbral. Nunca, ni aún en medio de la emoción de ese momento, se habría atrevido a entrar en la casa de un inglés. Y Conway jamás, ni en medio de esta emoción, lo habría invitado.

—Fragmentos —repitió Conway—. Ahmed los removió con su pala. Quería examinar un trozo de estrato oscuro antes de despachar a los trabajadores, y de este modo, dió con ellos. Se precipitó dentro del living y vació sobre la mesa su cargamento. Seis fragmentos escritos, livianos y cafésosos, llamados ostraca, y tres azules —del tamaño de un dedo—, en forma de momia. Tales cosas existían por cientos en los museos y nadie ponía atención en ellas. Era a eso lo que él llamaba "encontrar". Estaba desilusionada y de pronto sentí una inmensa piedad por ese hombre.

—Parece tan tranquila, Sonia. ¿Usted también olvida las palabras cuando se siente feliz? Eso es lo que a mí me sucede.

Estudió por todas partes los fragmentos y trató de unirlos. Pero parecían ser trozos de vasos distintos.

—Mucho mejor —declaró Conway—. ¡Mayores posibilidades! Ahora trataremos de descifrar las inscripciones que hay en estas piezas, para saber de qué época y de qué tumba provienen. Luego, tal vez, podremos descubrir el nombre del ilustre caballero, cuyos restos vamos a perturbar.

No hubo sueño esa noche. La pieza de Hamilton se había transformado en laboratorio. Trajimos del cobertizo una caja con productos químicos y para instalar instrumentos científicos quitamos los muebles del dormitorio, incluyendo el reloj cucú.

En el rincón más alejado, Conway construyó una pieza oscura, usando el closet y una gruesa cortina en vez de puerta. Colocó en su interior cuatro clases de ceras —negra, azul, blanca

emb brujo de Egipto

y roja—, una lámpara de parafina, tubos y vasos de ensayos. Desde el principio tuvimos que enfrentar la desilusión; el malévolos espíritu de los procedimientos químicos se negaba a someterse a las invenciones del siglo XX. Las botellas con alcohol, con ácido sulfúrico y agua oxigenada no habían sido tapadas cuidadosamente y estaban casi vacías. El polvo se había filtrado en la cámara y hacía crujir sus junturas. Las bandejas para desarrollar películas estaban quebradas dentro de sus cubiertas.

—Mala suerte —gruñó Conway, sin saber qué hacer—. La lucha con los espíritus malévolos sólo tiene significado si es creativa. Nuestra batalla ya ha sido peleada en todas las grandes ciudades del mundo. Desgraciadamente, nuestro primer paso debe demorar.

—Tiene ciertas ventajas el hecho que el Valle de los Reyes no quede exactamente entre Oxford y Regent Street —dijo yo.

Roger Conway me miró sospechoso y gruñó.

Transformamos el tostador de pan y el molde para queque en implementos fotográficos, alisamos el papel plateado, y, a falta de aceite, suavizamos con mantequilla la mohosa impresora.

Conway logró efectos mágicos con la luz artificial. La ostraca tomó una apariencia encantada, los jeroglíficos perdieron su identidad y se convirtieron en símbolos de dioses extraños. Durante tres mil años solamente la arena había conocido su secreto. Hoy también lo sabríamos nosotros. "¡Nosotros!", la palabra más hermosa de todos los idiomas.

A las cuatro de la mañana habíamos hecho seis retratos de los tres fragmentos, dieciocho negativos y treinta y seis instantáneas.

El señor Conway estaba cansado, pero satisfecho.

—Ahora descansaremos dos horas y luego haremos las impresiones en cera.

Trajo del rincón un piso y se sentó frente a la mesa llena de botellas y utensilios. Se desperezó estirando los brazos y botó el resto del alcohol al suelo.

—¡Lo hizo mi enemigo! —gritó—. Con esto no podremos trabajar mañana.

—¿Por qué?

—¿Usted cree que las ceras se derrieten solas? —me preguntó molesto.

—Sí —le respondí—. Con este calor deben derretirse solas. Su sandwich de queso se derritió el otro día.

—La cera no es queso.

—Pero se derrite igual al calor.

—Alumna brillante —respondió Conway—. Váyase a la cama y duerma bien.

Salí de la pieza y volví en un par de minutos con un vaso con whisky helado. Este acto me lo agradeció mucho mi jefe. Después de otros cinco minutos, volví con jamón con huevos y recibí nuevamente las gracias. Que nadie trate de convencerme de que los

hombres son criaturas psicológicamente interesantes. Las mujeres les asignan misteriosas cualidades que, en realidad, no tienen nada que ver con ellos. Uno los puede embrujar con bebidas y alimentos.

Esto es lo que sucedió:

El sol mezcló la cera, cualquier clase de cera, y le da una consistencia suave y tan fluida como la miel.

A las ocho, el señor Conway todavía podía haber dicho que tenía razón, pero no así a las nueve. Entonces pude

presentarme ante él para que eligiera de las tres vasijas de cera suave que yo había calentado al sol, y a la tercera llamada a orar para los árabes, estaban listas para usarlas en las impresiones.

Por supuesto que este procedimiento no es tan simple como parece. La primera impresión que coloqué en la heladera la dejé demasiado tiempo y cuando Conway trató de sacarla del

(Sigue a la vuelta)

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Una vez instalados en el desierto, cae enfermo Hamilton, y Conway comprende que es un tifus y que hay que llevarlo inmediatamente a un hospital de El Cairo. Sonia insinúa que llamen a Barta y, aunque Conway se resiste, termina por hacerlo. Un espía árabe viene a indagar respecto al enfermo, pues los trabajadores tienen miedo de las plagas, y el traslado de Hamilton se hace difícil, aunque Barta llega a buscarlo en avión, pues tienen que guardar celosamente el secreto de tal desgracia. Al final, parte y Sonia se queda sola en el desierto con el señor Conway.



No habíamos ni medio terminado, cuando apareció Ahmed Gerigar, que había venido el día antes a casa con el señor Conway.

Mejora al
RESFRIADO



Mejora al
DOLORIDO



Mejoral

• Y para que MEJORAL llegue a sus manos **PURO!**
FRESCO! LEGÍTIMO! cada una de sus tabletas
viene herméticamente protegida por celofán!

crema **HINDS** para su cutis!



Bríndele a su cutis una fuente de
juvenil belleza. Todas las noches,
antes de acostarse, límpiolo con
Crema HINDS y así lo mantendrá
siempre fresco y suave. HINDS,
enriquecida con lanolina, es una
crema que, por ser líquida, protege
mejor el cutis.



¡Y tenga siempre a mano
Crema HINDS para sus manos!

Las manos ajadas por los
quehaceres domésticos adquieren
suavidad y distinción después de
una fricción con Crema HINDS.

crema
HINDS

de miel y almendras
ENRIQUECIDA CON LANOLINA



molde, se le quebró en las manos y
tuvimos que empezar de nuevo. El se-
gundo intento fue un éxito.

En la tarde, cuando la primera brisa
trató de disipar la humedad del día
nos pudimos sentar a descifrar los je-
roglíficos. No habíamos ni medio ter-
minado, cuando apareció Ahmed Geri-
gar, que había venido el día antes a
casa con el señor Conway. Nos expli-
có que lo había traído la curiosidad
y que él y su gente estaban ansiosos
de saber si el amo había encontrado signos del monarca
que pensaba.

—¿De qué rey está hablando? —preguntó sorprendido el
señor Conway.

La conversación tuvo lugar en un banco que había en el
jardín frente a la puerta. Aún hoy, siendo que las impre-
siones y las fotografías habrían sido suficiente excusa, la
tradición de mantener las distancias no se quebraba.

—Del noble sucesor del noble hereje rey Adhnaton —dijo
el egipcio—. Del muy noble rey que buscaba mi amo.

—Yo no busco ningún rey especial —respondió Conway—.
Busco lo que pueda encontrar.

El egipcio se inclinó respetuosamente.

En su movimiento demostró toda la gracia del oriente.
¿Por qué es tan parca la gente del occidente? ¿Por qué el
norte ha despreciado la gracia del caminar y del gesto?

—Los fragmentos vienen de la tumba de Hatshepsut, una
hermana de la reina del mismo nombre —dijo Conway—.
Los jeroglíficos son claros y no están borrados, y dan el
año y los pormenores del entierro.

—Hatshepsut —repitió desilusionado el capataz.

Este nombre parecía no tener buena reputación en su mun-
do. El nombre para mí era desconocido hasta que hace al-
gunas horas tuve que copiarlo del jeroglífico. Pero no me
atreví a preguntar. No era necesario revelar mi profunda
ignorancia. El señor Conway la descubriría muy pronto.
Supuse que estaba demasiado ocupado como para aquila-
tarla en toda su extensión.

—¿No le gusta Hatshepsut? —preguntó a Ahmed.

Hizo una mueca sin contestar.

—Ningún hombre quiere a esa mujer —dijo Conway a Ah-
med—. Yo la llamo la Catalina egipcia. Era una mujer
masculina, como la zarina rusa, pero no tan gorda.



Una pareja de recién casados pasean por la playa durante
su luna de miel. El joven, en un raptó de romántica elo-
cuencia, exclama: "Rueden olas intranquilas, rueden". La
novia mira el agua con impaciencia.

—Oh, Gerardo, eres maravilloso, lo están haciendo...
—murmura impresionada.

El capataz sonrió.

—Se casó con el hermano del noble rey, lo mató y se sen-
tó en el trono, se gastó el dinero y gobernó mal. Vino otro
hermano, la sacó del trono, se consagró rey y restituyó el
orden.

Conway golpeó jovialmente su hombro.

—¡Estamos de acuerdo, Ahmed!

Los dos hombres, el moreno de Sudán y el blanco de Lon-
dres, cambiaron esa mirada de entendimiento de los hom-
bres que dejan a un lado toda diferencia de raza y reli-
gión y se unen en la eterna enemistad hacia la mujer y en
el eterno anhelo por la mujer.

—Algún día nos tomaremos vacaciones para ir junto al
Der-el-Bahri —dijo el señor Conway—. Ahí le mostraré
los restos mutilados de esta dama. Tenía el templo cons-
truido y las paredes decoradas con su imagen. Su sucesor
se dedicó a disfigurar sus facciones. Esta fue una venganza
peor que la destrucción de todo el edificio. El templo mismo
es una obra maestra de forma y solidez.

—¡En todo caso, esta Hatshepsut hizo algo!

—Lo hizo su arquitecto, mi niña. En el Antiguo Egipto,
todos los arquitectos eran hombres.

Esta afirmación agradó a Ahmed hasta el punto de olvi-
dar su desilusión con los fragmentos.

Conway no olvidó la suya.

—Mañana a las cinco volveremos como siempre al traba-
jo —ordenó—. Usted distribuirá palas pequeñas y exami-
nará cada pedazo de arena excavada. A las seis ire yo mis-
mo al Valle.

Ahmed Gerigar se fue y nosotros entramos en la casa.

—¿A qué noble sucesor de qué noble rey se refería?

—A veces me pregunto si estos individuos pueden leer los
pensamientos o qué magia es la que les da una compren-
sión de las cosas de las cuales nosotros, o los de nuestra
clase, no nos atrevemos a hablar —dijo, evasivo, Conway.

—¿Está buscando usted un rey en especial?

—Si —respondió Conway, cortante.

—¿Cuál es su nombre?

—Espero.

Me fui a la cocina, preparé la comida y esperé.

Al día siguiente no encontraron nada. Lo mismo fué al subsiguiente y al tercero, y al cuarto. Luego se quebró la tensión nerviosa. El calor dominaba de nuevo. Ahmed Gerigar no se volvió a atrever a acompañar al señor Conway hasta la puerta. Se limitó a su papel de capataz.

Después que cayeron enfermos dos de los trabajadores, el señor Conway se negó a llevarme de nuevo al Valle. Tenía que dejar pasar agosto y septiembre y esperar hasta el otoño. Por eso seguí descifrando extraños cuadros de animales, círculos, cuadros, casas, gente y símbolos conocidos como jeroglíficos, sin descuidar mi gramática árabe.

El señor Conway se reía de mí porque estudiaba árabe. Él lo consideraba una pérdida de tiempo.

Los egipcios importantes entienden el inglés, y con los otros basta conocer cuatro palabras.

—Yo estudié hace tiempo álgebra y geometría, y no son ahora una necesidad urgente en su cocina.

—Eso es muy distinto. El álgebra y la geometría han sido creados para que el maestro pueda demostrar su superioridad frente a los alumnos. De otra manera, los alumnos pronto serían superiores al maestro, porque ellos pertenecen a la generación nueva. Pero usted, ¿a quién quiere demostrarle su superioridad? ¿A mí, a los árabes, al señor Barta?

—Quiero saber árabe, sin tener ninguna razón.

—¡Para comprar chuletas de cordero! —se burló Conway—. Para mí, cuatro palabras en árabe bastan: **malésh**, **mafich**, **magnún** y **magharibsch**. Estas palabras expresan nuestra idea del alma del árabe y toda la filosofía de éste.

—¿Qué inglés típico es usted?

Conway rió.

—Si usted pusiera mucha expresión en mis cuatro palabras en árabe, podría hablar perfectamente el idioma. ¿Le doy una lección sin costo alguno?

—Por favor.

Tomó la actitud de un profesor.

—Escriba: **Malésh** es la palabra fatalista de una raza cansada, de una raza que ya no es ni activa ni creadora. Su traducción exacta es: No importa. Pero mientras uno pueda expresarla con una sonrisa, una alzada de hombros, un movimiento de cabeza, cubre una cantidad de posibilidades, siempre que sea empleada con buen espíritu. Tam-

Definición de un caballero: tiene valor para ponerse en el lugar de los demás; horror de colocar a los otros en posiciones que él rechazaría, y la voluntad de hacer lo que le parece bien, sin importarle lo que la gente piense o diga.

bién puede aplicarse en el oriente, si un trabajador llega tarde, si se rompe una promesa, si dos automóviles chocan, si no ha llegado la carne. En Inglaterra y Norteamérica, la palabra **malésh** usada con frecuencia, podría fomentar una revolución social. Es preferible evitarla.

"**Mafisch** tiene igual categoría. Es el sinónimo de **nitchivo**, en ruso: "No se puede hacer nada, lo siento".

"Al contrario de **malésh**, sólo hay dos entonaciones para dar a **mafisch**: enfática y suave. El énfasis es admisible si lo conecta con la palabra más importante del idioma árabe, **flüss**, que significa dinero.

"**Mafisch flüss**, es una de las frases más importantes del idioma árabe. Los ingleses, los verdaderamente ingleses, la consideran la más importante. Ayuda a desembarazarse de los mendigos, ayuda para comprar en los bazares, ayuda en cualquier negocio, y, en contraste con la aceptación inglesa, no disminuye el prestigio del que la usa, sino que lo engrandece ante los ojos de los nativos. Especialmente, cuando uno agrega **magnún** a este superlativo gramatical, implica de la manera más cortante: ¡Usted está loco! Usando **magnún** se debe alzar la ceja significativamente para pedir la verdad y, al mismo tiempo, hacer el insulto menos notorio.

"La cuarta palabra pertenece a otro grupo, y es **ma garibsch**. Esta semeja en efecto al "¡Sésamo, ábrete!", de **Alí Babá**. Rompe las barreras que existen entre los nativos y los turistas. Traducida literalmente, significa: "Mi amigo, conozco el truco". Este **ma garibsch** economiza veinte plastes al día en El Cairo, si se le practica con el cochero, el guía y el anticuario. Eso es, usted debe usarlo en su forma femenina: **Ma ghuraba schi**: Yo, Sonia, conozco el truco". Eso será suficiente.

—Tengo veintidós años y mucha curiosidad —le informé—. Eso no es suficiente.

—Aprenda más, es tan innecesario como comentar y ni la mitad de entretenido.

(CONTINUARA)

UNA VERDADERA

Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡ nuevo !

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsita
de género especial que le
brinda protección.
¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee
M. R.
Preferido por las Damas Elegantes



Cerca de él...

¿Cuál es la Verdadera Usted?

¿La alegre y risueña usted... o la encantadora y atrayente usted?

Michel

Michel refleja sus caprichos más íntimos con **Cyclamen**, el más radiante y festivo color conocido, y con el inolvidable y seductor **Vin Rosé**. Ambos provistos de la comprobada base indeleble Michel..., que protege a la vez que embellece

AMAPOLA ● VIN ROSE ● FIESTA ●
RASPBERRY ● MARIPOSA ● CYCLAMEN ● VIVID ● MIAMI ● VIN BRULE.

Agentes exclusivos para Chile

Rabié Hnos. y Cía.

APENAS tuve tiempo de sacarme el abrigo cuando mi mujer me interrogó:

—¿Qué ocurre, Francisco?

Alina poseía unas antenas extraordinarias que percibían en una especie de adivinación el menor cambio que me sobreviniera. Le respondí simplemente:

—¡Una gran novedad!

Y le conté que una gran empresa me había propuesto que me hiciera cargo de los trabajos en unas minas de Bolivia.

—Es en verdad

un trabajo poco atrayente, aun para un ingeniero de minas que esté encariñado con su profesión. ¡Sobre todo que hay que firmar un contrato de cinco años! Sin embargo, las ventajas materiales bien valen el sacrificio...

Alina se estrechó contra mi pecho.

—¿Y yo? —murmuró con voz anhelante.

—Eso es lo terrible, mi amor... Tú ya sabes cuán duro es el clima de esas minas. Temería llevarte conmigo...

Al exponerle mis argumentos "razonables", en realidad esperaba la indignada explosión con que mi mujer los acogiera. Casados hacía cinco años, nos queríamos entrañablemente. Pero, con gran pesar nuestro, no teníamos hijos que pudieran retener a Alina lejos de mí, por lo que yo estaba persuadido de que ella se rebelaría ante mi decisión.

Con gran sorpresa de mi parte, al terminar mi discurso, mi mujer se contentó con exclamar:

—¡Qué pena! ¡Tener que separarnos!

Alina parecía verdaderamente trastornada... Sin embargo, no pronunciaba una sola palabra de partir conmigo. Y yo que temía tanto no poder convencerla, me sentía verdaderamente decepcionado de encontrarla fácilmente resignada.

...Me fui, pues, solo. La vida cautivante y penosa al mismo tiempo de esas alturas, las dificultades de mi adaptación al crudo clima y condiciones de trabajo, ocupaban toda mi jornada. No obstante, me sentí solo y como perdido, y si no hubiera sido por el cambio de cartas que acompañaba mi soledad, creo que no habría podido soportar ese alejamiento. A Dios gracias las cartas de Alina, afectuosas y repletas de detalles sobre su vida, me llevaban cada semana una provisión de coraje y, poco a poco, acabé por acostumbrarme a mi exilio. Sin embargo, un buen día estalló para mí una verdadera bomba, al recibir un telegrama. Una sorprendente novedad me dejó perplejo: "Niño nacido 5 de abril Punto Todo pasó bien Punto Adorable Punto Se llama Alfredo Punto. Va carta. Cariños. Alina".

¡Niño nacido 5 de abril! ¿Y cómo, siendo que había partido hacía seis meses, jamás Alina me había hablado ni prevenido que esperaba un hijo? Lo extraño del acontecimiento me impidió sentir demasiada alegría. Pasé la noche en la más completa perplejidad, sospechando a ratos de Alina. ¡Su engaño supuesto explicaba muy bien que no hubiese hecho intentos de acompañarme! Sin embargo, era increíble. No habría tenido la hipocresía de escribirme todo el tiempo cartas tan amorosas. Por fin, al alba, los fantasmas de mi terrible noche se disiparon y una brusca luz iluminó mi cerebro: sin duda, Alina ya conocía su estado cuando le anuncié mi viaje. La noticia de mi partida reforzó su resolución de no decirme nada. ¡Efectivamente, si yo le hubiese pedido acompañarme, habría tenido que confesarme sus esperanzas y tal vez yo habría rehusado partir! Y después, no me había tenido al corriente, para evitarme toda inquietud. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Le escribí inmediatamente.

Por el correo siguiente recibí una larga carta suya. Dichosa y aliviada de que yo hubiera adivinado los motivos de su silencio, Alina expansionaba al fin su orgullo de madre joven. ¡Alfredo era el niño más hermoso del mundo! Liberado de toda sospecha, me dejé llevar por el gozo de sentirme padre. Desde entonces, hasta la expiración de mi contrato, tuve que dominar mis deseos de volver pronto. Las cartas de mi mujer, las numerosas fotos de Alfredo, sólo engañaban a medias mi impaciencia. Finalmente llegó el tan deseado día de mi regreso. Durante todo mi viaje pensaba con pueril emoción si Alina me esperaba sola o con el niño. Pero, en realidad, nadie me aguardaba. No pude evitar que la angustia me mordiera el corazón. Salté a un taxi y al llegar a casa, subí de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera. La llave en la cerradura... ¡El departamento vacío! Como un

Nuestro

¿Puede el corazón
corazón de padre
al trastornado
que dice

ro hijo...

le un hombre, un
permanecer sordo
grito de un niño
Mamá!?

claro: Alina tenía un amante: el padre de su hijo. En el momento de enfrentarse conmigo, le faltó el valor y huyó! Me dejó caer en un sillón. El golpe era demasiado brutal, el derrumbe demasiado cruel. ¡Dos años y medio que yo esperaba este minuto!

Llegada la noche, me acosté sollozando a ratos como un niño, o levantándome para recorrer el cuarto como un demente. Muy de madrugada, el timbre de la puerta me sobresaltó. Fui a abrir y me encontré con que era la mayordoma del edificio:

—Buenos días, señor. ¿Hizo usted un buen viaje? Mi hosco aspecto no pareció sorprenderle. Al contrario, adoptando una expresión de circunstancias, siguió interrogando:

—¿Ha tenido alguna noticia?

—Era, pues, la aventura de Alina tan notoria y conocida? Paralizado por la humillación y la vergüenza, no me atreví a pronunciar palabra. Aproveché ella mi silencio para continuar:

—Si hubiera visto usted ayer la desesperación de la señora cuando desapareció el niño.

Si hubiera usted visto... ¿Qué? Sólo vine a captar el sentido de la frase con algunos segundos de retardo. ¿De qué extraño misterio se trataba? Tuve, sin embargo, bastante control sobre mí mismo como para no dejar ver mi estupefacción y logré hacer hablar a la mujer que me creía "al corriente". De esta manera, me enteré del increíble drama: La víspera, Alfredo había sido raptado de su cochecito, en tanto que Alina efectuaba algunas compras. Nuevas ideas se apoderaron de mi mente: Alina, enloquecida por esta desgracia, perdió la cabeza y, temiendo mis reproches, no se atrevió a aparecer delante de mí. ¡Pobre Alina!

Olvidando mi cansancio, corrí a la comisaría del barrio, creyendo que con toda seguridad Alina habría dado cuenta de la desaparición de nuestro hijo. Pero el inspector interpelado me respondió categóricamente:

—Hay algún error. No se nos ha denunciado ningún hecho de esa clase.

Completamente desorientado, regresé a casa como un sonámbulo, no sabiendo qué hacer. Una vez más, el llamado del teléfono me arrancó de mis pensamientos:

—¡Aló! Habla usted con la sexta comisaría. No hemos tenido noticias de su hijo, pero se acaba de identificar a su señora en el hospital a donde ha sido transportada.

—¿Un accidente?

—La sacaron del río —dijo lacónicamente la voz anónima. ¡Alina se había arrojado al agua! Un nuevo temor, un nuevo misterio. Cuántas veces durante mi ausencia había yo imaginado este tierno momento de nuestro encuentro. Jamás me habría imaginado, después de dos años y medio, ver a mi mujer pálida como muerta, tendida en la cama de un hospital, y tan débil que ni siquiera tuvo fuerzas para abrir sus párpados al escuchar mi voz. La enfermera me prohibió hablarle. Pero yo no me decidía a retirarme sin saber algo. Acercándome a ella, le dije:

—¿Enloquecida por el rapto del niño, fué por lo que intentaste ahogarte?

Sin abrir los ojos, me hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Pero, ¿por qué entonces no diste cuenta para que le buscaran?

Un largo, un interminable silencio siguió a mi pregunta. Ni una sola queja dolorosa se escapaba de sus labios:

—¡PORQUE SE DONDE SE ENCUENTRA!

¡Lo sabía! ¡Entonces era acertada mi primera sospecha!...

¡Ese niño no era mío!

—Alfredo no es hijo mío, ¿verdad? —interrogué en medio de una desesperada rabia.

demente miré en torno mío las piezas desiertas... Luego encontré, puesta con evidencia, una carta de Alina: *Perdóname la pena que te causo. Parto. No pude soportar la idea de verte de frente. Trata de olvidarnos...*

Pese al tono misterioso de la carta, su sentido era de su hijo. En el



Trastornado, reteniendo apenas las lágrimas, tomé en mis brazos a ese pequeño ser indefenso...

Con los ojos cerrados Alina permanecía muda, con la respiración cada vez más anhelante. Por fin, pareció hacer un llamado a todo su valor:

—¡No! —exhaló casi en un suspiro, que era a la vez un gemido y un sollozo.

¡Ah! Era la prueba que yo aún esperaba, en el fondo de mi subconsciente, y esa confesión me abatió como el golpe de un hacha. ¡Era demasiado! Sin cuidarme del lugar ni del estado de mi mujer, colmé de injurias ese rostro inerte, hasta que la enfermera, atraída por mis gritos, se precipitó y me empujó bruscamente hacia la puerta.

Como un loco, con el corazón pesándose en el pecho como un fardo, me refugié en mi casa, donde permanecí encerrado varios días. Un tercer timbrado me sacó otra vez de mis tenebrosos pensamientos: al abrir la puerta, me encontré en presencia de Paulina. Ridículamente maquillada, con aire a la vez arrogante y desafiador, me gritó:

—¡Ah! ¿Usted aquí? ¡Tanto peor..., tendrá que recibirme el paquete!

Paulina era una antigua compañera de colegio de Alina. Pero yo le había prohibido a mi mujer seguir viéndola, porque había tomado muy mala fama y su conducta dejaba mucho que desear. Ante la familiaridad de esta mujer, pensé: "Alina, pese a mis prohibiciones, ha seguido viéndola a escondidas a esta mala persona. ¡Nada tiene, pues, de raro que se haya dejado pervertir por ella!..."

Esta certeza de que era la causa de todas mis desventuras

(Sigue a la vuelta)

Tome NEURO FOSFATO ESKAY

Tónico
reconstituyente
de acción
eficaz



CLARIN

NEURO FOSFATO ESKAY

¡Cómo resplandecen
los artículos
de cobre o
bronce!



desencadenó en mí una fría cólera y le respondí secamente:

—¡Estoy ocupado, y sus sucias historias no me interesan!

—¿Cree usted?

No pareció impresionarle mucho mi acogida y aún osó desafiarme:

—¿Aunque le diga que yo sé donde se encuentra el chico? ¿Aún cuando le ayude a encontrarle?... A condición se entiende —continuó, guiñándome vulgarmente un ojo—, que usted pague el precio. Seguramente su viaje le ha producido bastantes ganancias. Y yo tengo algunos apuros de dinero en estos momentos...

—¡No deseo oír hablar más de ese niño! ¡Váyase con su chantaje a otra parte!

Con gran estupefacción oí que gritaba:

—¡Tanto peor si ha cambiado usted de parecer! Pero yo tampoco quiero quedarme con el chico. Se lo traeré de todos modos. ¡Pruebe usted que es mío si puede! Lo convenido, convenido...

—¿Qué es lo que habla? ¿Alfredo es su hijo?

Mi estupefacción debió parecerle tan sincera que no me fue difícil hacerla confesar todo. Palabra por palabra le arranqué lo ocurrido durante mi ausencia:

Dos años atrás, Paulina se había dado cuenta de que esperaba un hijo, lo que constituía una verdadera catástrofe para ella.

—Alina, con sus enternecimientos de mujer sentimental que nada sabe de la vida, se opuso con todas sus fuerzas a que yo realizara mi decisión de mandar al niño a un orfanato —me dijo con cinismo—. Ante mi empeñamiento me rogó que se lo entregara a ella y le permitiera darle el apellido de ustedes. ¡Por supuesto que el trato me convenía mucho!

Interrumpiendo sus escandalosas declaraciones, le pregunté ansiosamente:

—¿Entonces el niño está en su casa? ¿Por qué? ¿Cómo ha sido?

Nuevamente se enfureció la odiosa mujer:

—¿Cómo? ¡Porque soy una imbécil! ¡Y su Alina igual! Pero deshaga usted este enredo. Quiero una respuesta antes de veinticuatro horas. Si no...

No pude sacarle nada más. No me quedaba otra cosa, para desenredar el lío que interrogar a la pobre Alina...

—Alina —le dije, sentándome junto a su lecho del hospital, donde aún se hallaba, pálida y como sin vida—. Tengo que pedirte perdón. Sin embargo, tienes que explicarme todo. He visto a Paulina y me ha explicado lo ocurrido. Le resumi la visita de su amiga y Alina rompió en sollozos:

—¡Ha callado la mitad del drama! —exclamó cuando yo terminé de contarle—. Cuando hice a Paulina esa extraña proposición (pues continuaba viéndola de vez en cuando sin decirle), el médico acababa de advertirme, después de haberme sometido a un tratamiento de varios meses, que yo jamás tendría un hijo. Precisamente, por seguirlo, no te insistí en que me llevaras contigo...

El veredicto del médico me dejó abrumada... Me figuraba que tú, al saberlo, dejarías de quererme y te despegarías de mí, sabiendo cuánto quieres a los niños. Entonces pensé que esa sustitución, tan fácil de realizar en tu ausencia, sería la mejor solución...

—¿Pero por qué no me dijiste nada?

—No me atrevía a confesarte que seguía viendo a Paulina. Y, sobre todo, temía que sabiendo el origen de Alfredo, no pudieras acostumbrarte a él, o que le tomaras antipatía... Esperaba que volvieras, que le tomaras cariño al niño, antes de decirte la verdad...

A través de las sábanas puse mi mano sobre las suyas. Me sentía incapaz de expresar la inmensa dicha que me invadía al saber su valerosa y torpe fidelidad...

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.

Continué hablando.



—Traten de no acordarse que la carta doblada es el as de diamantes.

Miedo

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.
Se hunde volando en el cielo,
y no baja hasta mi estera.
En el alero hace el nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro,
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono,
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche,
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

Gabriela Mistral
(chilena).



—Pero Paulina comprendió pronto el partido que podía sacar de la historia. Comenzó a extorsionarme exigiéndome dinero a cambio de su silencio. Después, la víspera de tu regreso, que tuve la imprudencia de comunicarle, tuvo la audacia y la maldad de robarme a Alfredo, amenazándome con no devolvérmelo a tiempo si no le daba una enorme cantidad de dinero, que yo, naturalmente, no poseía... Enloquecí, me asusté y sufrí horriblemente... Perdóname, mi amor... —¡Qué martirio has vivido! Pero, ¿por qué no me lo dijiste todo la primera vez que vine aquí?

—¿Acaso me diste tiempo?
—Te pido perdón, Alina... ¡He procedido como un bruto! Y tomando su cara entre mis dos manos, la besé apasionadamente...

No me fué difícil encontrar a Paulina y, empleando gran firmeza y amenazas, le quité al niño. Con sus grandes ojos azules, muy abiertos y atemorizados, nada dijo hasta llegar a casa. Pero, una vez allí, reconociendo sin duda el ambiente familiar, murmuró súbitamente con una entonación de ternura y angustia:

—¡Mamá!
Trastornado, reteniendo apenas mis lágrimas, tomé en mis brazos a ese pequeño ser indefenso, cuyo grito de amor removió hasta mis entrañas. Mecléndole torpemente, traté de consolarlo, de tranquilizarlo, con palabras que surgían del fondo de mi infancia. En un momento en que me acerqué a la ventana, al ver que llovía, exclamó suavemente:
—¡Mamá... frío!

Al escucharle, tomé de inmediato una decisión... una decisión que inundó mi corazón de calor y alegría... Envolví cuidadosamente a Alfredo en una frazada y me fui en un taxi al hospital. Cuando Alina me vió entrar llevando al niño, una sonrisa a la vez dichosa e inquieta, se esbozó en sus labios... Comprendí que quería preguntarme: "¿Crees que podrás quererlo?"

Entonces, adelantándome a su pregunta, repliqué:
—¡No temas, mi amor, ahora no estoy seguro de guardarte el primer lugar en mi corazón!

Ninguna confesión, ningún perdón, hubo entre nosotros. Después de haber obtenido la autorización del doctor para llevarla a casa al día siguiente, sólo hablamos de una cosa: la manera cómo yo debía preparar la mamadera y hacer dormir a nuestro hijo durante esta primera noche en que me lo confiaban...



TEXTOS DE ESTUDIO

TEXTOS DE ESTUDIO:

USTED PUEDE TOCAR GUITARRA, Laura Amenábar de Alemparte.

HISTORIA DEL ARTE, Héctor Aravena.

LECCIONES DE TAQUIGRAFIA, Isidoro Cisternas.

MECANOGRAFIA AL TACTO, Cisternas y Jara.

HISTORIA DE CHILE, Luis Goldómes.

HISTORIA UNIVERSAL Y ELEMENTOS DE GEOGRAFIA GENERAL, Ricardo Krebs.

CUENTOS PARA JUAN Y JUANITA, Amanda Labarca.

EL PRIMER ABC. DE JUAN Y JUANITA, Amanda Labarca.

EL SEGUNDO ABC. DE JUAN Y JUANITA, Amanda Labarca.

JUAN Y JUANITA APRENDEN ARITMETICA (Tomos II y III), Amanda Labarca.

LECTURAS DE JUAN Y JUANITA (Tomos I, II y III), Amanda Labarca.

EL SILABARIO DE LA CONTABILIDAD POR PARTIDA DOBLE, Ernesto Latorre.

TRATADO DE GRAMATICA INGLESA, Luis Palacios Hurtado.

FORJADORES DE CHILE, Ramón Pérez Yáñez.

LECTURAS AMERICANAS, Roque Esteban Scarpa.

LECTURAS CHILENAS, Roque Esteban Scarpa.

LECTURAS CLASICAS ESPAÑOLAS, Roque Esteban Scarpa.

LECTURAS MEDIEVALES ESPAÑOLAS, Roque Esteban Scarpa.

LECTURAS MODERNAS ESPAÑOLAS, Roque Esteban Scarpa.

INGLES BASICO, Augusto Ghio.

REDACCION COMERCIAL, Emelino Moya Cerrón.

ATLAS UNIVERSAL, Alejandro Ríos Valdivia.

CUADERNO DE MAPAS Nos. 1, 2 y 3, Alejandro Ríos Valdivia.

MAPA DE CHILE, Ríos Valdivia y René del Villar.

MAPA POLITICO-ECONOMICO DE CHILE, René del Villar.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile



La misma tarde, en Hofbourg, el archiduque Rodolfo recibe la respuesta de Maria Vetsera: "Monseñor: ¡Qué feliz sería de poderos ver mañana en Prater! Sin embargo, es preciso que renuncie a esta gran alegría, ya que no puedo salir sola. Eso me da mucha tristeza... ¡Si estuviera allí la Condesa Larisch! Ella no se negaría a acompañarme. Le he escrito en seguida para rogarle regrese a Viena. Creédmelo, monseñor, pero estoy desolada con el contratiempo, María."

Al día siguiente, Maria Larisch está en casa de su primo. Detenidamente, el archiduque le explica lo que quiere que ella haga para alcanzar su reconocimiento. Maria Larisch promete cumplir todo cuanto le pide Rodolfo.

Esa tarde, Maria de Wallersee, condesa Larisch, va a casa de Elena Vetsera. En la conversación Maria le dice a la baronesa:

—Su hija, Maria, es encantadora. Me gustaría salir con ella. ¿Por qué no me la confía uno de estos días? Mañana, ¿por ejemplo?

—Eso me parece muy bien —responde mamá Vetsera—. Ella tiene que ir donde el fotógrafo. Si lo pudiera hacer con usted, me ahorraría a mí el tener que acompañarla.

Al día siguiente, a la hora convenida, la condesa está en Salexianergasse. La espera Maria Vetsera. La condesa y la baronesita, juntas, parten en coche. La baronesa Elena está orgullosa de ver a su hija bajo la protección de una dama de la corte, la "sobrina morganática" de la emperatriz Isabel... Las dos mujeres van un instante donde el fotógrafo. Luego..., pero dejémosle la palabra a la propia Maria Vetsera que, en una carta a Herminia, su amiga íntima, le cuenta: "Después fuimos al Gran Hotel (el hotel donde estaba alojada la condesa Larisch). Bratfisch, el cochero del archiduque, nos esperaba. Partimos al galope hacia el castillo. Nos aguardaba un viejo sirviente detrás de una puerta de fierro. Nos hizo subir muchas escaleras y atravesar muchas piezas y, por fin, nos dejó en la última de ellas. En el momento en que entramos, un pájaro negro, un especie de cuervo, voló encima de mi cabeza. De la pieza vecina, nos llamó una voz:

—Entren, les suplico..., María nos presentará..."

Las primeras palabras de Rodolfo a Maria fueron:

—Hace mucho tiempo que la admiro de lejos. Déjeme ahora admirarla de cerca.

El archiduque se dirigió a la condesa de Larisch:

—Gracias por haber traído a este corderito a casa del león —le comentó riendo.

María también ríe e invocando cosas urgentes que hacer, se retira. Se comprende que el cochero Bratfisch llevará a Maria a su casa.



MAYE

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

EL ARCHIDUQUE RODOLFO SE CASA POR CONVENIENCIA. ELLA TIENE UNA HIJA: ISABEL MARIA.

RODOLFO VUELVE A SU VIDA DESENFRENADA DE TICO Y BURGUES. UN DIA CONOCE A UNA BARONESA.

SABE DESPUES POR SU PRIMA LA DUQUESA LARISCH UNA CARTA INVITANDOLA A PASEAR CON EL POR E



La "baronesita" está ahora sola con el hombre que admira y que ama con una pasión fogosa e irrazonada.

—Sácate el sombrero y el abrigo —le propone Rodolfo. Maria acepta. El archiduque la hace pasar a la pieza vecina. Es su antiguo dormitorio de soltero. Es su retiro cuando desea estar lejos de Estefanía. Maria se sienta sobre un sofá. Rodolfo está a su lado, muy junto a ella. Le coge la mano, la toma de la cintura, la besa y le acaricia sus largos cabellos. Maria se siente desfallecer de dicha.

—Ambos perdimos la cabeza —le dice Maria a su amiga Herminia—. Ahora somos el uno del otro...

Al día siguiente, siempre "acompañada" por la condesa Larisch, Maria Vetsera vuelve a Hofbourg. Ahora ella ya sabe el nombre del viejo sirviente de Rodolfo que la espera en la puerta de reja: se llama Loschek. A través de los corredores desiertos, el fiel servidor conduce a Maria Vetsera hacia el archiduque.

—Sobre su escritorio hay un revólver y una calavera —le cuenta a su amiga Herminia—. Los tomo y los examino por todos lados. En ese momento entra Rodolfo y con un gesto

RRLING

DIPLOMATICAS CON LA PRINCESA ESTEFANIA Y DE
SUENA CON HACER DE AUSTRIA UN PAIS DEMOCRA-
VETSER, Y SE QUEDA PRENDADO DE SU HERMO-
RIA CORRESPONDE A SU ENTUSIASMO Y LE ENVIA



de terror me quita la calavera. Sonríe cuando yo le explico que no le tengo miedo. Es preciso que me jures de no contarle jamás a nadie esto, ni a mi madre, ni a mi hermana, pues si lo sabe una o la otra se morirían!

A la misma amiga, María Vetsera, algunos días más tarde, le escribe: "Si pudiéramos vivir juntos en una choza, ¡cómo seríamos de felices! Conversamos sin cesar. Si pudiera dar mi vida por hacerlo dichoso no tendría ninguna duda. ¿Qué me importa la vida? ¿No es cierto, Herminia? ¿Si tengo que abandonar el mundo y ser despreciada por todos, tú pensarás en mí, no es así? Tú no me condenarás."

En los brazos de Rodolfo, María Vetsera conoce esa indecible dicha de que hablan las novelas de amor que ella lee escondida. Se siente como transportada a un mundo inefable, irreal. ¡Y él! La gracia de esta niña lo encanta. La mira extasiado.

—Eres un hada, María querida, el hada con que soñaba cuando era niño. ¡Cuando te veo olvido mis preocupaciones, porque soy feliz!

Un día, María da a Rodolfo una cigarrera. El la abre. En su interior hay grabada una fecha. Es el día en que ella conoció su amor.



En la cita siguiente, es Rodolfo quien coloca en el dedo de María un anillo. En su interior están inscritas estas letras: I. L. V. B. I. D. T.

—¿Qué significan estas iniciales? —pregunta la baronesita. —Adivina, mi adorada.

María se hace conjeturas, piensa, pero al fin se rinde. Rodolfo se digna por fin explicarle:

—In Liebe vereint bis in den Tod... (el amor nos une hasta la muerte).

María posa sobre él sus labios ardientes de pasión.

—¡Sí, que ni la muerte pueda trizar nuestro amor! —le dice apoyando su cabeza sobre el hombro de Rodolfo, quien le acaricia la cara y le murmura suavemente al oído:

—In Liebe vereint..., in Liebe..., in Liebe...

Una tarde, Rodolfo, vestido de civil, y María van a pasear en el coche de Bratfisch a Schoenbrunn. El castillo no está



habitado en ese momento. Rodolfo tiene la llave del parque donde no es admitido el público.

Mientras que Bratfisch los espera afuera, los dos enamorados se pasean enlazados por el hermoso jardín donde la abuela de Rodolfo, la archiduquesa Sofía, cambió antaño palabras de amor con su bello galán, el duque de Reichstadt, el Aguilucho. Erraron por las avenidas junto a la Glorieta. Pero, de pronto, advirtieron que de lejos los vigilaban dos hombres. La policía, sin duda, estaba al corriente de su unión... Para ir a las citas con Rodolfo, María Vetsera, cuando no tiene el concurso de la condesa Larisch, despliega una sorprendente inventiva. El historiador W. Richter cuenta en su libro. "El archiduque Rodolfo": "Una tarde, poco antes de la hora de partir para el teatro, María aparece ante su madre con los cabellos empapados. Se había lavado la cabeza pensando que tendría tiempo de que se le secara, pero se había equivocado. Debía entonces quedarse en la casa. Así le sería posible deslizarse dentro del coche de Bratfisch en cuanto partiera su familia..."

(CONTINUARA)

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Shayne se dirige al bar donde ha dejado a Ana Margrave, y allí encuentra a la muchacha bastante bebida. A pesar de todo, consigue sacarle que ella fué quien escribió los anónimos a Carrol para Navidad. De allí se va a buscar a Bill Nash y consigue ubicarlo en su casa. Ahí mismo encuentra papel con membrete de Shayne y dirección de Nash y de este modo consigue saber que ha sido él quien lo ha suplantado como detective. Bates le confirma que le escribió en Navidad la primera carta y con ello todo queda desenredado. Sin embargo...

CAPITULO XV

Michel Shayne estaba descansando cómodamente en un sillón ubicado cerca de su escritorio de caoba. Esperaba un llamado telefónico y confiaba en que con coñac y agua helada a mano se le harían menos largas las horas de espera. No tenía dudas de que llegaría el llamado tarde o temprano, y estaba conforme con aguardar. Eran las nueve de la noche cuando sonó el teléfono. Levantó el fono, y dijo:

—Aló, Nora.

Una exclamación de sorpresa llegó a sus oídos al escuchar el saludo.

—¿Cómo supo que era yo?

—Esperaba su llamado. Usted y yo tenemos algo pendiente, ¿no es cierto?

—Sí —respondió ella con rapidez y ansiedad. Luego se detuvo un momento antes de continuar—. El señor Bates me ha hablado extensamente respecto al individuo que pretendió ser usted. Entonces me di cuenta de que le debía una explicación por haber sospechado anoche de que usted me había dado intencionalmente la llave equivocada. Usted comprende, de hacerme venir para acá, y... —su voz se apagó.

—Pensándolo de nuevo, le confieso que no me parece mala la idea —le respondió encantado Shayne.

De nuevo hubo una pausa corta.

—Eso es lo que yo también he estado pensando —murmuró ella con un extraño entusiasmo.

—Magnífico. Si se va a quedar un tiempo más en Miami, ¿por qué no lo intentamos de nuevo una de estas noches?

—Respecto a eso quería hablarle. Me voy esta misma noche. Estoy empaquetando y si no tiene nada especial que hacer, creo que podría ir a darle en persona mis excusas.

—No estoy haciendo nada especial —le aseguró el detective con voz suave—. Fuera de levantarme y preparar unos cócteles para los dos. ¿Le gusta el coñac?

—¡Oh, sí, me parece maravilloso!

—Usted sabe el camino y el número de la pieza —le recordó Shayne—. No se demore demasiado.

—No; iré inmediatamente —replicó Nora con voz acariciadora.

Shayne se levantó y sacudió la cabeza.

—¡Mujeres! —murmuró entre dientes—. ¡Por suerte, que son divinas!

¡Y hable uno de su debilidad! Aquí tenemos a una dama, cuyo marido y cuyo amante han desaparecido trágicamente, prácticamente en sus brazos y en el espacio de doce horas, y ella concierta una cita con otro hombre que conoció sólo por accidente.

Cogiendo los dos vasos en una mano y la botella de coñac en la otra, se encaminó a la cocina, donde estrujó limón en una taza, vació el jugo dentro de la coctelera, la llenó casi hasta arriba con cubos de hielo y volvió al living batiéndola con desgano.

Dejó la coctelera sobre el escritorio, colocó a su lado dos vasos de champaña, se dedicó al arreglo de las sillas y movió la suya ligeramente. Trajo otra más cómoda y la colocó en forma que las rodillas de Nora tocaran prácticamente las suyas cuando estuviera

Una

sentada. Apagó la luz del techo y encendió una lámpara que había sobre el escritorio. Luego volvió a batir el cóctel y entonces escuchó el ruido de unos tacos altos. Se encaminó a la puerta, y la abrió.

Nora Carrol, sin sombrero, llevaba un sencillo traje sastre de viaje que acentuaba las curvas de su cuerpo. Su pelo castaño, peinado hacia atrás, le hacía aparecer de más edad. Sus ojos oscuros se enfrentaron con los del detective, y entonces sus labios esbozaron una pálida sonrisa.

Shayne comprendió que si quería, podía besarla. En ese efímero instante se estableció lo que podía suceder durante la entrevista.

Suavemente le puso una mano sobre su hombro y la tenue presión hizo que la muchacha diera un paso hacia sus brazos. Sus labios eran frescos y se mantenían entreabiertos, pero no se apartaban de la presión creciente e insistente de los suyos. Levantó su mano derecha y con la punta de sus dedos acarició levemente la mejilla del detective.

El la soltó entonces, y ella de inmediato dió un paso para salirse del círculo de sus brazos, bajando sus pestañas, y diciendo con voz cortante, en medio de un suspiro:

—No fué ésa mi intención. No sé qué pensará usted de mí.

Shayne hizo una mueca y cerró la puerta.

—Exactamente lo mismo que pensaba antes que usted llegara —le aseguró—. Que usted es una preciosa y terrible personita.

—La cogió del brazo y hizo sentarse en la silla frente a él, destapó la helada coctelera y llenó los vasos de champaña. Le pasó uno de ellos y levantó en alto el suyo—. Salud por la llave equivocada, ojalá la use a menudo —le comentó con malicia.

Nora empalideció ligeramente, pero respondió al brindis. Después miró la pieza, estudió su copa durante un instante, y luego dijo:

—De eso vine a hablar con usted —su voz era un murmullo—. Me quedé pensando lo de la otra noche...

—Yo también me quedé pensando en lo mismo —le respondió Shayne tratando de ayudarla—. Será uno de mis recuerdos más gratos.

Ella levantó su vaso, se lo tomó de un trago y se lo pasó.

—¿Me da otro, por favor? Necesito varios para dejar de sentirme como una mujer frívola.

—Tome todos los que quiera, pero no deje de sentirse así por causa mía. Los hombres preferimos a las mujeres frívolas, como usted sabe.

Cogió su vaso y sonrió, bebió la mitad

de su contenido y le aceptó un cigarrillo. Se instaló cómodamente y dijo con sobriedad.

—Plantearé el tema en forma diferente: los hombres gustan de las mujeres que actúan frívolamente, pero que no lo son.

—Usted debería saberlo mejor que yo —le insistió él—. Hoy supe que una noche con Nora ha transformado a un individuo fuerte en un muñeco sin voluntad.

—¿Quién le dijo eso? —le preguntó enojada.

—Me pregunto cuánto se demoró en darse cuenta de que su lindo cuello estaba en peligro mientras no recuperara esta llave —le dijo cortante.

—¿Qué me quiere decir?

—Supongo que al principio no se dio cuenta del peligro —murmuró Shayne—. Mientras estaba aquí en la mañana el inspector Gentry. Pero entonces no podía pedirla. Era como ponerse en evidencia. Demostró bastante sangre fría al irse y dejarla como si no tuviera para usted ninguna importancia.

...estrujó limón en una taza, vació el jugo dentro de la coctelera, la llenó casi hasta arriba con cubos de hielo...

noche misteriosa

POR BRETT HALLIDAY

—¡No me pegue!... Yo considero esto como uno de los mejores cumplidos que haya oído.

—¿Quién dijo eso de mí?

—Ana Margrave.

—¡Ah, ella! —Nora hizo un gesto de disgusto y vació su copa. En seguida se echó atrás y fumó su cigarrillo—. Ana es la adolescente eterna. Persiguió a Ralph durante años y jamás me perdonó el haberme casado con él.

Shayne bebió largamente y luego preguntó:

—¿De modo que se vuelve a Wilmington? ¿Tiene que hacerlo?

—Sí. Yo... el señor Bates hizo ya las reservas. Naturalmente, tengo que irme. —Sonrió, y agregó—. Lo cual no nos deja mucho tiempo para bebernos estos cócteles.

Shayne le llenó el vaso por tercera vez.

—¿Piensa quedarse en Wilmington?

—Espero que no para siempre. —Sonrió y sorbió su cóctel—. No diría que éste está suave. Un poco más y me sentiré capaz de decirle a lo que en realidad vine.

—De todas maneras, beba de nuevo —la invitó con una amplia sonrisa—. ¿Podría perder ese avión?...

—No —le respondió Nora con rapidez—. Realmente no puedo hacer eso. Por eso que, bueno... Levantó las cejas y sorbió un trago largo, cómo buscando valor.

Shayne no la ayudó. Aspiró el cigarrillo y esperó.

—Esa es la razón por la cual le quería decir que espero volver a Miami dentro de algunas semanas —le dijo entrecortada.

—Esperaba que me dijera esto, Nora.

—¿Sí? ¿En realidad lo esperaba?

—No creo que tengamos que fingir entre nosotros, ¿no es cierto?

—No; me imagino que no, Michael.

—Su voz comenzaba a tornarse acariciadora e insinuante—. Entonces no se impresionará si le confieso de que he estado pensando que, si tuviera la llave de esta pieza cuando volviera, y, bueno, si alguna noche, cuando esté profundamente dormido, como anoche, tal vez yo...

—Estoy seguro de no impresionarme, mi vida. —Shayne medio se había levantado, y estirándose hacia el cajón de su escritorio, sacó la llave que ella había dejado olvidada esa mañana—. ¿En realidad, quieres que te la de?

—¡Oh, sí! —murmuró la muchacha anhelante—. Realmente quiero. Shayne se echó atrás, la miró hacia abajo como acariciándola.

—¿Qué me quiere decir? —le preguntó de nuevo, levantando la voz al pronunciar la última palabra.

—Usted se ha demostrado endiablablemente notable a través de todo este asunto —insistió el detective—. ¿Qué sucedió realmente en el minuto y medio que usted esperaba me demoraría en llegar hasta la puerta de su pieza en el hotel? ¿Se suicidó Ted Granger? ¿O le quitó la pistola cuando yo golpeaba la puerta y en seguida lo mató? —No comprendo lo que me está diciendo, Michael —gimió Nora—. Dígame que está bromeando.

—Esta llave no es broma —le respondió con dureza—. Servirá para abrirle la cámara de la muerte, y eso usted lo sabe. Temo que no podamos comprobarle el asesinato de Ted Granger. Usted es la única que puede atestiguarlo, puesto que sucedió en una pieza cerrada. Pero jamás podrá librarse por haber muerto a su marido, Nora.

Lentamente, ella controló sus emociones, se sentó erguida y rígida, y lo miró a los ojos.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando —le respondió con toda calma—. Sin considerar esa absurda teoría que usted tiene respecto a la muerte de Ralph, debo advertirle que yo no hubiera podido entrar en su pieza, aunque lo hubiera intentado. Como usted sabe, la llave era equivocada.

—Cometió un error, Nora —le insistió el detective con voz desapasionada—. Un pequeño desliz en uno de los asesinatos mejor planeados que he visto. ¿Por qué cerró mi puerta anoche, antes de irse a mi cama?

—Porque pensé que usted era Ralph. La había dejado abierta para tener un poco de luz para desvergonzarme. Usted no puede hablar en serio —le suplicó—. Usted me está haciendo una broma, y no creo que sea muy divertida.

—Si no hubiera estado en el umbral de la puerta de mi dormitorio, si no la hubiera visto ir a cerrar la puerta, tal vez jamás se me habría ocurrido. Pero no puedo sacar de mi mente su imagen. Se veía usted muy bien —murmuró furioso—. Tan bien, que no he podido sacármela de la cabeza. Y finalmente, me di cuenta de la verdad. Usted sabía perfectamente que no estaba en el departamento de Ralph. Toda su historia era una desesperada mentira para establecer su coartada.

—Sigo sin entender ni una palabra de lo que me dice —le volvió a repetir con voz tranquila y helada.

—Ludlow —continuó impasible Shayne—. El fotógrafo que se suponía iba

(Continúa en la pág. 25)







El molde de la semana



vieneza

el Otoño

Ofrecemos a nuestras lectoras un conjunto de vestidos para tarde, de media estación. Como molde de la semana presentamos un bonito vestido, que se puede hacer en terciopelo o en lanita liviana. Para confeccionarlo se necesitan 3,20 m. de tela, que tenga 90 centímetros de ancho.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes, que manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto despacho; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

El valor del molde de esta semana es de \$ 20.

PILOTONIC HAIR OIL

M. R.

(Aceite para el cabello)



con el
ATOMIZADOR
Pilotonic
M. R.
ya no me ensucio
las manos

*Aplíquese el
Pilotonic Hair Oil
con el atomizador
y luego péinese.*

*El nuevo aceite fija
y da un brillo
excepcional, revelando la belleza
de su cabellera.*

**Uselo con el ATOMIZADOR PILOTONIC. En venta en
todas las farmacias y perfumerías del país.**

Pídalo en los tonos:

AZULADO
para cabelleras
negras y blancas

DORADO
para cabelleras
rubias y castañas

CRISTALINO
sin color
ni perfume



CLARIN



metiera en la cama y él pudiera tomar la fotografía.

—Y usted hizo eso, Nora. La puerta estaba abierta para Ludlow a las dos veinte. Ralph esperaba para posar para el retrato, pero usted no.

—¿Dónde estaba yo, cerebro mágico? —le preguntó Nora con malicia.

—Usted estaba en la cocina de Ralph saliendo por la puerta falsa para escapar con la llave de la escalera de servicio, la cual es común y abre la mayoría de las cerraduras. Probé, esta tarde la puerta mía con esa llave y le hace perfectamente. Usted trabajó rápido para huir después de haberlo apuñalado. Usted sabía que el fotógrafo entraría en cualquier momento por esa puerta abierta. Me imagino que se ocultó en la cocina, con la ropa debajo del brazo, mientras entraba Ludlow en el dormitorio. ¿O tal vez Ralph despertó antes de que usted se hubiera desvestido completamente, trató de echarla y usted se puso tan furiosa que tomó el cortapapeles y lo asesinó antes de comprender que podía caer en una trampa?

—Eso es lo que usted dice —asintió Nora, con extraordinaria serenidad e indiferencia, pero su voz era insegura.

—Estoy convencido de tener la razón —continuó contento Shayne—. Sea como fuere, usted salió por la puerta de escape, trayendo la llave del 216, y bajando hasta mi departamento. En ese instante, tuvo tiempo para pensar. Ralph estaba muerto y el detective y el fotógrafo la tenían ubicada en ese entonces en el dormitorio de su marido. Si usted conseguía entrar al departamento de abajo, pretendiendo suponer que era el de Ralph y que le habían dado la llave equivocada, era una oportunidad bastante loca, pero era la única que veía posible. Y la intentó, mi pequeña, con el aplomo de un experimentado asesino, ¿puedo decirlo así? No sé cuánta práctica tenga, pero...

—Parece hablar en serio —cortó Nora, sorprendida y asustada—. ¿Cómo puede creer todas esas tonterías? No tenía manera de entrar en el departamento de Ralph. La llave no le hacía a la puerta. Usted y el inspector lo comprobaron anoche.

—No —murmuró Shayne molesto—. Esa fue una suerte para usted. Puramente suerte, pero casi la deja en descubierto. La policía echó a perder la cerradura de la puerta de Ralph cuando la forzaron y trajeron la llave para tratarla en la mía. Por supuesto, que no sirvió. Usted dijo haber venido por la puerta principal, y nosotros supusimos que era así, y no se nos ocurrió comprobarlo.

—Pero después, cuando todo hubo terminado, y usted ya había l'guidado a Ted Granger, se dió cuenta de que aún existía la llave. Uno de estos días, debe haber pensado, él distraídamente tratará de abrir su puerta con esa llave que yo he dejado atrás, y no podrá.

—Usted sabía que sería la llave. Inmediatamente yo sabía que toda su historia era una mentira. Pero si usted la conseguía antes de que yo la probara en la puerta, se salvaría. Y eso trató de hacer, mi encanto. Dios sabe que lo ha intentado —dijo dulcificando la voz—. Es por eso que yo esperaba esta noche su llamado. Sabía que me iba a llamar.

Mientras él hablaba, Nora Carrol estaba inclinada hacia atrás, en actitud indiferente, jugando nerviosamente con la cartera de gamuza que tenía en su falda. Cuando terminó su explicación el detective, metió ella una mano dentro y sacó una pequeña automática del 25. Se enderezó con los dientes apretados y la mano en el gatillo.

—¡Perfectamente, maldito inteligente! —gruñó Nora—. Una vez recuperada la llave, jamás podrá usted probar nada. ¡Démela!

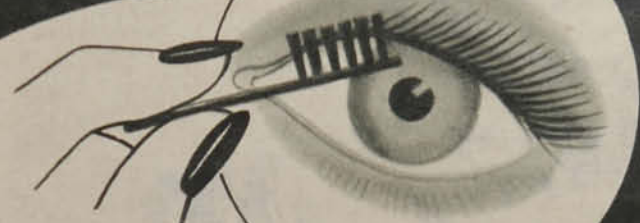
Shayne se encogió de hombros y se la lanzó sobre su falda.

—Ahí la tiene. No le he dicho que ha olvidado una cosa. Sus impresiones digitales estaban en la perilla de la puerta de escape de Ralph y la mía. Si las hubiera limpiado...

—Las limpié. Usted está mintiendo...

Shayne levantó su pie derecho, cuya punta del zapato estaba ubicado justamente debajo de la silla de ella, en el instante en que Nora se daba cuenta de lo que había dicho. Nora apretó el gatillo de su automática y la pequeña bala pasó por sobre la cabeza del detective para incrustarse en el techo. El la tenía cogida entre sus brazos, con una mano apretando la pistola, mientras con la otra alcanzaba el teléfono para llamar a la policía para que se la llevaran.

Para la belleza
de sus ojos



Solamente...

Maybelline

IMPORTADO



Oscurece las pestañas, haciéndolas aparecer más largas y sedosas.

EL MEJOR DEL MUNDO

Agentes exclusivos para Chile: Rabié Hnos. y Cía.

PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones



Cambie

DE COLOR SU VESTIDO

CON ANILINAS SUIZAS

MONTBLANC

30 colores de moda.

Sin trabajo, en 1/2 hora

su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia



MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO

DE ALTA CALIDAD.

ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA





NUNCA olvidaré nuestra primera noche de casados, pues ese comienzo tan feliz de esta nueva etapa de mi vida se vió pronto quebrantado en forma desgarradora por la realidad de la conducta de Antonio durante el resto de nuestra luna de miel.

Después de la ceremonia nos dirigimos a un hotel de la costa. Al comprobar los altos precios que pedían por una habitación, se lo hice notar a mi marido, quien me murmuró con voz extraña para mí:

—Mi amor, no te preocupes por los gastos durante nuestra luna de miel. Ahora es mi deber cuidarte, eres mi mujer, ¿no es cierto?

Su voz tierna y posesiva al pronunciar la frase "mi mujer", me hizo sentirme orgullosa, y, al mismo tiempo, algo avergonzada.

Esa primera noche comimos en el lujoso comedor del hotel, y luego nos dirigimos al salón, donde se bailaba. Al sentirme en sus brazos me pareció que todos los concurrentes se daban cuenta de que éramos recién casados, pero las palabras que Antonio me murmuraba al oído pronto me hicieron olvidar todo cuanto nos circundaba.

—Eres muy, muy hermosa, señora —me decía, y su voz temblaba un poco.

"¡Señora!", la música parecía repetir esa palabra mágica una y otra vez en mi corazón.

—Vamos donde podamos estar solos —murmuró Antonio, y salimos a caminar por la playa. Los brazos de mi marido me ceñían amorosos, y pensé que sería imposible estar más enamorada que lo que lo estaba de él. Nos sentamos en una roca inmensa, y Antonio me dijo, acariciando mi cabellera:

—¿Cómo te sientes siendo una mujer casada?

Antes de que pudiese responderle, me besó tan apasionadamente, que, después, sólo pude contemplar extasiada su rostro tan... amoroso.

—Vamos, mi vida —agregué por último.

Una vez en nuestra habitación, Antonio me dejó en la sala de baño, donde empecé a desvestirme sin prisa. Me contemplé en el espejo, y desde allí mis profundos ojos azules me devolvieron la mirada, y me pareció que, por alguna razón extraña, intentaban sondear el futuro de mi

existencia, el futuro muy próximo. De pronto me sentí feliz de ser hermosa y joven, pues todo ello se lo podía ofrecer a mi marido. Me coloqué la camisa de dormir, y me dirigí hacia él.

Al contemplar las camas gemelas no pude recordar cuál había escogido para mí, pero, después de todo, ¿qué importancia tenía este detalle? Me dirigí hacia la que quedaba más próxima a la ventana, e, introduciéndome en ella, me cubrí hasta el cuello con las frazadas.

El aire de la costa era helado, pero no era eso, precisamente, lo que me hacía temblar. Sentí que Antonio se aproximaba, y extendí un brazo para apagar la luz del velador. La oscuridad me envolvió. ¡Oh bendita oscuridad!

—¿Antonio? —susurré.

Su risa suave y tranquilizadora vino hacia mí desde el vacío, y luego sentí sus dedos que me acariciaban el rostro, y sus labios que buscaban los míos.

—¿Por qué estás temblando? —me preguntó sorprendido— Ana, querida, no tendrás miedo de mí, ¿no es cierto?

—No sé..., supongo que sí, un poco.

Se inclinó sobre mí.

—¿Me tienes miedo? ¿A tu marido? —exclamó.

¿Miedo? ¡Qué absurdo! Antonio siempre había sido conmigo tierno y considerado.

—Ana, querida, mi adorada.

Antonio siempre me había dicho frases de amor, pero nunca me habían hecho sentir la emoción que experimentaba en esos momentos.

Como una mendiga, aún me cobijo en cada recuerdo de esa noche divina. Vuelvo a revivir el momento en que, finalmente, me dormí en sus brazos, sintiéndome feliz más allá de lo concebible, y recuerdo cuán dichosa desperté a la mañana siguiente.

Lo primero que oí esa mañana fué a Antonio silbando bajo la ducha. Medio dormida aún esperé que viniese a mí y me besase. Pero, ante mi sorpresa, al volver a la habitación, comprobé que mi marido había cambiado fundamentalmente desde la noche anterior. Esperaba ver en su rostro la misma expresión de afecto y ternura, pero no la encontré. Estaba alegre y despreocupado, como si estuviésemos casados diez años, en vez de un día.

—Buenos días, mi amor —se inclinó sobre mí, me dio un beso ligero, y, ante mi asombro, empezó a tirarme fuera del lecho con modales juguetones.

—Antonio, ¿qué estás haciendo? —le grité.

—¡Vamos, muchacha! Es hora de tomar desayuno —y arrojando hacia atrás mis frazadas, me golpeó familiarmente la espalda.

Este nuevo aspecto de mi marido me hizo despertar totalmente. Se había esfumado de él toda ternura y pasión, y sólo quedaba en su lugar una vulgar camaradería. Admito que esta actitud me sorprendió y me dejó insatisfecha. Sentí la sospecha de que el maravilloso idilio se estaba diluyendo en la monotonía del matrimonio. Tal vez esto era absurdo, pero la duda persistía en mí. Incomoda, me coloqué las zapatillas y corrí hacia el baño. Mientras me bañaba, intenté calmar mis encontrados sentimientos.

Me habían prevenido que, a pesar de cuanto creen conocerse un hombre y una mujer, el matrimonio les descubre aspectos insospechados del ser a quien se han unido para siempre. Aspectos que han de comprenderse y sobre llevarse si se desea que el matrimonio sea un éxito. No debía empezar por criticar una actitud de mi marido. Por el contrario, debía tratar de avenirme a esta nueva modalidad que advertía en él. No era posible que ya hubiese empezado a tomarme como algo propio y con lo que se cuenta en todo momento.

Aún sentía dentro de mí el escozor de esta sospecha cuando nos sentamos frente a la mesa del desayuno, pero Antonio no pareció darse cuenta de ello.

—¿Sabes —me preguntó entusiasmado—, que el director de este hotel está organizando un paseo hacia los restos de un buque que naufragó en estas costas hace un tiempo? Vamos, Ana, ¿quieres?

—¿Un paseo? ¿Cuándo averiguaste eso, Antonio? ¿Bajas te por la mañana, dejándome sola?

—Naturalmente, ¿qué tiene ello de malo?

Me mordí los labios. Había estado en el piso bajo del establecimiento, hablando con el gerente sobre un paseo, como si estuviese de excursión con sus amigos. Ahora me sentía segura de que su amor hacia mí se estaba enfriando.

—¡Despierte, señora, parece dormida! —me dijo riendo—. Ve a ponerte ropa adecuada, nos encontraremos en el vestíbulo.

Encendí un cigarrillo, y se fué de la habitación con paso ligero y semblante alegre. Dejé en el plato la taza de

da d

hermosa, pero ni siquiera me dió una mirada de aprobación cuando me reuní con él en el vestíbulo. Mientras caminábamos por la playa conversaba con todos los demás participantes en el paseo, menos conmigo. Poco a poco la verdad evidente hizo presa de mí: desde la noche anterior, Antonio no creía necesario tener que cortejarme más. Ahora era su esposa; ya no era una mujer velada y misteriosa que tenía que requerir y conquistar. ¿Todos los hombres serían así después de su boda?

Traté de sobrellevar este hecho, y me mantuve alegre durante todo el día, pero poco a poco el resentimiento se fue apoderando de mí. Contemplé el rostro de Antonio, mientras comíamos esa noche, y no descubrí en él la mirada de la anterior, llena de ternura y pasión. Se veía tranquilo, compuesto y satisfecho.

Bailamos nuevamente, y también noté en esto un cambio. Ahora no me murmuraba palabras de cariño mientras me ceñía con sus brazos. Estaba mucho más interesado en los pasos de la rumba que en mi persona. Tampoco balló sólo conmigo, durante el paseo habíamos conocido a otro matrimonio, y constantemente cambiábamos pareja durante el baile... siempre por iniciativa de mi marido. Me sentía como una mujer soltera que ni siquiera es cortejada por su pareja.

Cuando nos dirigimos a nuestra habitación, estaba tan enojada con mi marido, que me acosté de inmediato, apagué la luz, y permanecí despierta, contemplando la noche. Antonio se desvistió en el cuarto de baño, y le escuché penetrar en la habitación. Cuando se aproximó a mi lecho, alzándose indignada, le grité:

—¡Apártate de mí!

—¿Qué sucede, Ana, que he hecho de malo? Sólo...

—No te atrevas a acercarte —le dije, apartándolo de mí.

—¿Qué sucede, Ana?

—¡Se lo explicaré, señor! —grité al borde de las lágrimas—, usted ni siquiera ha sabido que yo existo durante todo el día. Tenía mucho más que decir a las demás personas que a mí, su novia, su esposa de un día. ¡Me besó solamente una vez! Después de todo, del amor que me demostró anoche no le quedó nada más que para un ligero beso por la mañana...

—Un momento...

—No me prestó ninguna atención durante todo el día —repetí furiosa—, y ahora, debido a que repentinamente se siente con ansias de amor, cree que automáticamente yo he de estar dispuesta para ello. ¡No es así; váyase de mi lado, le odio!

—¡Vaya, vaya! —me dijo Antonio—, escucha, Ana, no comprendes. Lamento mucho que hayas pensado que te había abandonado durante el día. Pero ahora somos marido y mujer, y no tenemos necesidad de hacernos cariño delante de la gente. El matrimonio es muy diferente del noviazgo.

No le di oportunidad de continuar, y le grité nuevamente. Fue muy considerado conmigo, hasta que, finalmente, perdió la paciencia, y tuvimos una disputa terrible. Me sentía desconcertada, pues sólo la noche anterior éramos dos enamorados que se otorgaban todo su cariño, y ahora nos sentíamos dos extraños. Le odié más aún cuando se durmió. A medianoche, me levanté y me dirigí hacia el balcón, diciéndome que me había casado con un hombre que no me convenía. Mi matrimonio era un fracaso, ¡sola en mi luna de miel!

Sentí frío, pero no me importó. Mejor sería que me diera una pulmonía y me encontrara muerta cuando decidiera darme por aludido de que yo existía, pensé.

A la mañana siguiente, al despertar, mis deseos se habían convertido en realidad. Sentía la garganta hinchada, los párpados pesados, y me latían las sienes. Antonio me preguntó, con voz que denotaba aún su enojo, si deseaba ocupar el baño primero. Al no recibir contestación, me miró, y luego se acercó con el rostro lleno de ansiedad.

—Ana, ¿qué te sucede? ¿Estás enferma?

Intentó tomarme una mano, la retiré y me puse a sollozar. Se alejó de inmediato en busca de un doctor, quien, después de examinarme decretó que tenía fiebre muy alta.

El rostro de Antonio se tornó blanco:

—¿Es serio, doctor?

—No —contestó éste, riendo—. Una fricción de alcohol le reducirá la fiebre. Usted tendrá que dársela. Venga conmigo a la farmacia, y le daré otra receta.

—Naturalmente —replicó Antonio.

(Continúa en la pág. 29)

café y contemplé la puerta que mi marido acababa de cerrar tras sí. ¿Era éste mi enamorado? ¿Mi marido?

Todo el día continuó esta actitud de Antonio hacia mí. Intenté lucir



BY APPOINTMENT, PERFUMERS TO
HER MAJESTY THE QUEEN
J. & R. ATKINSONS LTD
LONDON & BIRMINGHAM

Lavanda Inglesa

ATKINSONS



FRESCA...

DISTINGUIDA...

ATRAYENTE...



La aristocrática fragancia, típicamente inglesa, creada en Londres y terminada de elaborar en Santiago con esencias importadas



...y con la misma pura fragancia este fino TALCO, que refresca y suaviza el cutis

LAV-DM-12

¿Quiere comprar
libros baratos?

Visite el Stand de
Revistas y Libros
en el 2.º piso de la
Feria Vitivinícola
(sobre el Teatro)

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.



No quise discutir delante del médico, pero nunca dejaría que mi marido me friccionase. Cuando volvió con el alcohol y empezó a enrollarse las mangas de la camisa, movi negativamente la cabeza.

—¡No te atrevas a tocarme! —grité. Intentó persuadirme de que olvidara mi enojo y le permitiera hacerme el remedio prescrito por el médico, pero

yo insistí en mis negativas. Finalmente, se sentó en mi lecho, me sujetó firme con una mano, y con la otra apartó las frazadas que me cubrían. A pesar de mis gritos de protesta, me friccionó con todo cuidado. ¿Existirá algo más humillante que el hecho de que un flamante marido le lave como a un recién nacido?

Dos horas más tarde repitió la operación de la mañana, pero esta vez no me sentía con ánimos de mostrarme rebelde, pues estaba con menos fiebre y más tranquila. En esa oportunidad me besó suavemente en la frente, después de terminar la fricción.

Durante todo el día permanecí al lado mío, contemplándome con ojos ansiosos. Cuando nuestras miradas se encontraban, me sonreía, pero se veía que estaba muy nervioso y preocupado.

No sé en qué momento se hizo una revelación en mi mente; presumo que debe haber sido durante las horas de fiebre, y desesperanza. De pronto, sin embargo, comprendí lo que había querido decir Antonio al expresar que el matrimonio era diferente del noviazgo. El cuidarme como lo había hecho era parte integrante del amor que nos debíamos dispensar ahora que éramos marido y mujer. En la vida matrimonial no todo debe ser cumplimientos, caricias y miradas de ternura; ni siquiera debía uno aspirar sólo a besos de pasión y palabras de amor; había cosas más importantes. Los votos matrimoniales dicen: "...en salud y

CONSOMME DE PALTAS

Se prepara un caldo corriente de carne, y se cuele. Para un litro de este caldo se pasan cuatro paltas por cedazo. El caldo se espesa con un poco de harina dorada en aceite, y se sazona con sal y perejil. Se le agrega la palta, dejando únicamente que suelte el hervor, y se sirve en tazas.

enfermedad, en pobreza y en riqueza", y Antonio estaba pronto a defender a la mujer que amaba, tomando en serio desde su comienzo las responsabilidades del matrimonio. En comparación con esto, el cortejo que yo ansiaba parecía absurdo.

Y así como la fiebre se esfumó de mi cuerpo, la ira se esfumó de mi corazón, al comprobar que me había comportado como una niña chica que deseaba y apreciaba más las galanterías y las lisonjas al verdadero y profundo amor. Cuando desperté, a la mañana siguiente, lo primero que vi fué a Antonio sentado en una silla al lado de mi cama, que me miraba ansioso.

—¿No has dormido en tu cama? —exclamé. No necesitó dar respuesta a mi pregunta; el lecho estaba sin tocar.

Al verme despierta, se levantó, se dirigió a la cómoda, y tomó algo que yo no alcanzaba a ver.

—Toma, mi vida —me dijo—. Para desearte buenos días —y me tendió un ramo de húmedas violetas.

—¡Oh Antonio, no es necesario que me ofrezcas flores en las mañanas para demostrarme tu amor! —exclamé, riendo y llorando al mismo tiempo. Sé, estoy segura de que me amas. Yo siento por ti el mismo amor. Por favor, perdóname por haber sido tan absurda el otro día, y haberme comportado como una niña romántica.

Le tendí los brazos y las violetas se desparramaron sobre la alfombra.

Antonio las recogió una por una.

—De ahora en adelante, no nos olvidaremos de las flores —me dijo—. Tenías razón cuando me pedías amor romántico. Dentro del matrimonio, el hombre debe siempre cortejar a su mujer para mantener encendida la chispa del amor.

Y solamente después de haber colocado cuidadosamente las violetas sobre la almohada mi adorado esposo vino hacia mis brazos.



REEMBOLSOS
de la fábrica a sus pies

LUBETT

Escriba a LUBETT,
Casilla 369 - Stgo.

Art. 020.—Cómodo como un guante, suave, muy liviano, última moda, en reno negro y café. 33 al 39.

\$ 479.-



Art. 01.—Elegante modelo muy suave, de gran moda, en reno negro y café. 33 al 39.

\$ 469.-

Art. 0100.—Pulsera, cosido black, fina terminación, muy suave, charol negro, cuero café y blanco. Gran moda.

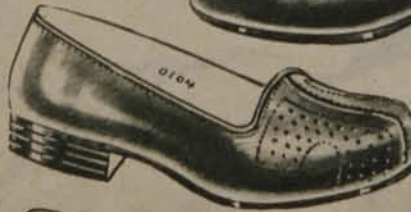
22 al 25, \$ 355.—
26 al 29, \$ 405.—
30 al 33, \$ 425.—

\$ 355.-



Art. 0104.—Lindo modelo en fino cuero negro y café, muy cómodo, gran moda. 33 al 39.

\$ 447.-



Art. 0106.—Mocasin, muy flexible, para niñas o mujeres, fino box-calf negro, café y blanco.

30 al 33, \$ 395.—
34 al 38, \$ 415.—

\$ 395.-



Art. 0511.—Zapatón COLEGIAL en box-calf negro y café, muy durable.

22 al 25, \$ 385.—
26 al 29, \$ 468.—
30 al 33, \$ 498.—
34 al 39, \$ 535.—

\$ 385.-



Despachamos reembolsos a provincias en el mismo día, sin recargo para el cliente. SERIEDAD Y ATENCION.

Hay otra manera de "destacarse"

Algunas personas se destacan
por su vivacidad, otras por
su simpatía; pero todas se
destacan cuando lucen telas
Caupolicán.

*Diseños exclusivos, colores
novedosos, no se destiñen y
son tan económicas.*

Estampados

Caupolicán

M.R.



CUANDO un boxeador sale al ring, lo que nos interesa fundamentalmente no es la fuerza de sus golpes, sino lo que logra al pegarle a su contendor. En la órbita de los negocios no se premia ni la intención ni el esfuerzo, sino los resultados. Lo mismo sucede en la vida escolar. Lo que cuenta no son las horas que estudias, sino lo bien que estudies, que es lo que te preparará para la prueba que un día tendrás que enfrentar. Si quieres obtener los grandes beneficios que ofrece la educación, tendrás que encarar con habilidad los problemas y deberes que se te presentan. En el futuro, algunos de tus compañeros se desempeñarán como obreros, otros como expertos mecánicos, y unos pocos como entusiastas profesionales. Tú, estabas seguros, preferirás trabajar con la habilidad y confianza del último grupo. Descubrirás que no te falta el tiempo para estudiar, si te propones trabajar con la misma intensidad desde el principio hasta el fin del curso. Para esto, debes confeccionarte un horario de las horas de estudio. Igual que el estómago, la mente trabaja mejor si se alimenta con regularidad. Si comemos a cada rato, pronto tenemos indigestión, y si estudiamos sólo cuando nos baja la inspiración, pronto sufrimos de falta de concentración. Ningún hombre de negocios permite que sus colaboradores entren y salgan a su antojo, trabajando sólo según los dictados de su conciencia. La eficacia comercial depende de la formación de los hábitos del trabajo, e igual cosa sucede en el campo de los estudios. Al confeccionar tu horario de trabajo, aprovecha los ratos libres en que eres capaz de obtener tu más alto rendimiento. Cuando estudies, tu mente deberá asignarse la tarea de olvidar temporalmente cualquier otro tipo de obligación.

LA CAPACIDAD DE OLVIDAR

La mejor manera de arreglar tu horario de tiempo es en razón a la rapidez con que olvidas. En este momento, suponemos que sabes y comprendes el ciento por ciento del material que acabas de leer. Sin embargo, comenzarás a olvidarlo inmediatamente. En pocas horas más, recordaras sólo una parte de las cosas que ahora discutimos. Cuando te vayas a acostar esta noche, más de la mitad se habrá esfumado. Pero lo que recuerdes durante unos pocos días, o unas pocas semanas, quedará implantado tan profundamente en tu mente, que permanecerá dentro de ella durante largo tiempo.

Ahora sucede que hay una forma de aprovechar las leyes del olvido y de hacerlas actuar a tu favor. Se ha descubierto que las cosas que logran imprimirse en la mente como para permanecer durante unas pocas semanas, no se borran jamás. Graba entonces muy bien, por medio de repeticiones y recitaciones, lo que quieres no olvidar. ¿Pero cómo puedo grabar en mi mente todas las cosas importantes en forma tan eficaz como para que no las

Cómo se debe estudiar



olvide?, nos preguntará. Podrás hacer esto confeccionando una distribución de tiempo y un método de estudio que te permita revisar frecuentemente la materia en cuestión. Deberás efectuar dos o tres repasadas, inmediatamente después del primer contacto con ella. Insiste de nuevo en ella, estudiando la lección siguiente, antes de irte a la cama esa noche. Y cuando tengas la ventaja del que recién despierta, clasifica las ideas para que te ayuden a digerir la lección todavía sin aprender.

Tu horario de trabajo no requiere mucho tiempo, sino que un arreglo diferente de las horas que habitualmente le dedicas. Si esto significa un gran cambio en tu antiguo sistema, ensáyalo con uno de los ramos más importantes, y comprobarás que en realidad ahorras tiempo.

Recuerda que, a menos que las ideas se graben muy firmemente, una última revisión o repaso representa un nuevo estudio y no la retención de la materia. Como un tren de carga que necesita una cantidad de vapor inicial para partir y luego arrastra su carga sin mayor esfuerzo, la retención

de los conocimientos se logra mejor con un gasto grande de esfuerzo cuando se adquiere por primera vez el conocimiento.

LA BUENA UTILIZACION DEL TIEMPO

Los diferentes tipos de trabajos mentales requieren distintas aplicaciones del tiempo. Se memoriza mejor y más intensivamente en períodos cortos. Puedes memorizar mucho mejor trabajando diez minutos todos los días, durante una semana, que trabajando setenta minutos de una sola vez. Memorizar es similar a desarrollar un músculo. Un pequeño ejercicio todos los días desarrolla el músculo. Un ejercicio prolongado lo cansa. No puedes atiborrar ni tu músculo ni tu memoria. Para pensar es mejor disponer de períodos largos. Toma tiempo asociar las ideas, compararlas, pesarlas. Si eres de los que "calientan" los exámenes, dedica tu tiempo a pensar y no a memorizar. Revisa todo el material estudiado, críticoalo, júzgalo, pésalo. Durante el transcurso de las clases deberías dedicar toda tu atención a tu

profesor. No leas o estudies, ni dejes vagar tu atención. Tal cosa forma malos hábitos mentales que matan la concentración.

No trabajes todo el tiempo sin períodos de descanso. Los alumnos aplicados no estudian cuando están cansados. Si el tiempo está bien planeado y se usa en forma lógica, ningún estudiante necesita agotarse con los estudios. Una cierta habilidad para manejar el tiempo tiene más valor que muchas noches en vela. Descansa tus músculos en los ratos libres. Cierra los ojos durante un momento. Siempre tómate un pequeño recreo cuando vayas a cambiar de un tema a otro. Comienza un nuevo tema con la mente fresca. Al empezar, decide qué vas a hacer durante ese período. Enseguida hazlo.

VELOCIDAD

Debes leer con rapidez. Muchas personas lo hacen despacio, porque tratan de repetirse cada palabra que leen. El estudiante razonablemente

(Sigue a la vuelta)

Una base liviana,
transparente, sin grasa...



Con esta base diáfana usted obtiene un maquillaje de aspecto fresco... Antes de empolvarse, aplíquese una capa de Crema Pond's "V". Rápidamente la capa se esfuma sin dejar huellas. Queda, sin embargo, un velo invisible que retiene los polvos uniformemente, sin formar grumos... ¡y durante más tiempo!

La Máscara
"1 Minuto"
para la noche
de gala.



Antes de salir, aplique abundante Crema Pond's "V" sobre el cutis. Déjela sólo un minuto y quítela luego con una toallita absorbente. ¡La piel queda lista para un maquillaje conveniente!



Mrs. John A. Roosevelt

cuya belleza cautiva a la alta sociedad norteamericana, ha declarado:

"Siempre uso cremas Pond's."



EXIJA EL POTE GIGANTE.
ES MAS ECONOMICO.

competente puede comprender y asimilar el material escrito con la rapidez que sus ojos pueden captar las palabras. Compensa, pues, no darse el trabajo de permitir que los músculos de la garganta y la lengua interfieran el ritmo con que los ojos recorran las páginas. Para conseguir este nuevo hábito dedica unos pocos momentos a leer rápidamente, al comienzo de cada período de lectura. Con los músculos inmóviles, fuerza a tus ojos a lo largo de las líneas para que las recorran lo más rápidamente posible, sin que se te confundan las palabras. Si se te escapan algunas, no te detengas, mantén el ritmo uniforme y vuelve a leer el trozo por segunda vez. Después de hacer esto durante unos instantes reasume tus hábitos normales de lectura. A medida que pase el tiempo, te encontrarás más capacitado para leer más y más rápido.



ESPACIO

La eficiencia de los hábitos depende de la regularización de las condiciones.



Alguien embarcó dos conejos en aviones de carga de este a oeste de los Estados Unidos. Cuando arribaron a su destino, llegaron "dos conejos". ¡Ese sí que fué un viaje rápido!



Planea tu ambiente especial con tanto cuidado como tu tiempo. Tu escritorio debe tener papel, libros, lápices, lapicero, tinta, diccionario y otros materiales indispensables, sin tener que levantarte para alcanzarlos. Eficientes expertos declaran que más tiempo se gasta en movimientos innecesarios que en ninguna otra cosa. Es mejor estudiar siempre en el mismo sitio o en pocos lugares diferentes. Si trabajas en la biblioteca, elige siempre el mismo lado de la pieza, y, si es posible, la misma mesa. No permitas interrupciones. Si estudias en tu casa, es preferible hacerlo en tu dormitorio. La radio (a menudo una tentación) está bien colocada en cualquier parte que no sea cerca de tu escritorio.

INTERES Y CONCENTRACION

Para llegar a interesarte en tus estudios, busca las conexiones que ellos tienen contigo y con tu futuro. No basta con hacer esto en forma superficial. Los estudios son largos y difíciles, y los intereses superficiales se esfuman con gran rapidez. Debes darte cuenta cómo tu estudio de hoy será parte de ti misma, y te servirá como equipo de trabajo que utilizarás dentro de diez años.

La concentración es una habilidad que se consigue más fácilmente cuando la materia es conocida. Nadie puede esperar concentrarse sin esfuerzo, cuando comienza un estudio nuevo, por

la misma razón que nadie espera practicar un deporte nuevo, bien, desde el principio. Debe aprenderse. Después que se ha conseguido destreza en el tema, encuentra que su mente se desliza con facilidad y que su concentración es completa.

LOS LIBROS DE ESTUDIO

A menos que sea económicamente imposible hacerlo, es mejor que conserves tus libros de estudio, particularmente los de los ramos que más te interesan. El precio que se paga por los libros usados es muy bajo, y, después de haberlos estudiado, te servirán como fuente de referencia, a la que puedes recurrir con facilidad porque ya conoces. Mientras lees estos libros convierte tu relación con ellos en algo totalmente personal y propio, no sólo estudiándolos cuidadosamente, sino subrayando los tópicos más importantes, haciendo comentarios al margen y utilizando las páginas en blanco para hacer índices interesantes. Anota en tus libros las ideas que el tema te sugiere. Después de estudiar un capítulo, podrás revisarlo rápidamente, gastando sólo unos pocos minutos, gracias a tus sugerencias y anotaciones. Mientras estudias un libro, pasea tu vista sobre las marcas que has hecho en el capítulo anterior, antes de comenzar uno nuevo, y lograrás



Un antiguo amor no muy galante de la marquesa de Chevreuse la amenazaba con publicar las cartas que le había mandado. Ella le contestó:
—¡Sólo tendré que avergonzarme de la dirección!



que tus ideas se enlacen en tu mente, asegurando su preservación.

MIDE TUS PROGRESOS

En el Museo de Arte de South Kensington, Inglaterra, hay una sala dedicada a las pinturas de Landseer. Al recorrerla, se ve lo que el artista hizo cuando tenía cinco, seis, siete, ocho, nueve o diez años. A medida que se avanza, se ve cómo mejoraba en cada año de su vida. Indudablemente que esto es muy interesante, pero, para Landseer, su colección de cuadros era un poderoso incentivo para mejorar. A los veinte años, trató de superar las obras que había hecho a los diecinueve. ¡Haz tú lo mismo! Si esto significa acumular demasiadas cosas, no las botes todas, sino que salva las partes características, o sea, las que ilustran tus errores, habilidades y progresos en general.

Las distancias que se han alcanzado en el desarrollo de uno mismo son una de las razones que se tienen para seguir adelante. Parte de este registro lo proveen las notas que te dan. Piensa en tus pruebas y exámenes como piensas en tu peso físico. Sería un loco el que se pesara con los bolsillos cargados de plomo. Es igualmente estúpido copiar en las pruebas y exámenes, a pesar de que "no te pillen". Tu peso físico indica tu salud y desarrollo físico. Tus exámenes indican tu desarrollo y salud mental. Cuando copias, puedes burlarte de ti mismo, tal vez también de tu profesor y de tus padres, pero no puedes engañar a la vida.



GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos, y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídet a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo
O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON

EN LA MAÑANA



Antes del maquillaje
CREMA INVISIBLE

EN LA NOCHE



Para quitar el maquillaje
CREMA DE BELLEZA

DIA Y NOCHE

Dagele
M. R.
d & r

CREMAS Y LOCIONES

West Coast
PUBLICITY

LOS RATONES

(Continuación de la pág. 3)

—¿Qué está haciendo, entonces, él por ahí? —le preguntó, molesta.
—Me temo que no es él, sino ella —me contestó Ricardo—. Ella.
—¿Y en qué cambia la situación? —volvió a preguntar.
—¿Has oído alguna vez un nido lleno de pajaritos recién nacidos? —insistió mi marido—. Chillidos, gritos y llantos. Se parece mucho a esto. Creo que cazamos a una madre que esperaba familia. Una nueva madre.
—¡Oh, no! —me quejé—. ¿Quieres decir que una nueva dinastía de ratones se acaba de fundar en nuestra casa?

—Me temo que sí —me contestó Ricardo, con amargura—. Y el ruido de la campana será para ellos la canción de cuna que arrullará a los pequeños. Igual resultará en los oídos de sus hijos y nietos. "No hay nada de qué asustarse, hijos, es la abuela que anda dando vueltas", les dirá su madre. Y los ratones tienen una vida increíblemente larga.

No había nada más que agregar a esto, de manera que nos acostamos en silencio, escuchando el sonido metálico de la campana, y pensando en nuestras ideas homicidas. Por supuesto que hemos visto a don Nicolás bastante a menudo, durante este invierno, sentado en su banco fuera de la mercería. También hemos visto muy seguido a alguien hablando con él, o más bien escuchándolo, mientras el anciano les dice:

Mantiene vivo el
magnífico brillo de su
platería en forma
sencilla y segura

46 (SP/CH)



—Bueno, señor, hágalo como yo le digo, y no tendrá más problemas... Y nosotros no decimos nada, sino que apuramos nuestro paso. Al fin y al cabo, los consejos son el único trabajo que tiene el anciano y, además, sabemos que los da por tratar de ayudar y de servir a la humanidad.



Calzados

Formas

V. Mackenna 606
Estado 257

Huérfanos 886, subsuelo — Local 15
Santiago



Elegante modelo
en gamuza y char-
rol.

Lindo modelo en
gamuza y cuero

Disponemos de novedades y
formas anatómicamente diseña-
das para sus pies. Plantilla hecha
enteramente a mano.

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
Solicite catálogos

Gane
\$30.000.-
en dinero efectivo

**EN EL NUEVO SORTEO
IPANA DE 1954**

- 1) Despliegue el cortón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cortón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000 hay 9 premios de 10.000, 3.000 y 1.000 pesos en dinero efectivo.

Nuevo sorteo de pasta dental

IPANA
M. R.

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 976, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 25 de marzo de 1954 - N.º 1039

Belleza
y suerte



OLIVOL

El jabón de las llavecitas de oro y de la calidad de oro

es
más

agradable...

es
más

económica...

es
más

efectiva



Si Ud. quiere seleccionar la mejor pasta dentífrica, recuerde que ESMALTINA gusta incluso a los niños, es económica, porque el tubo gigante es realmente GIGANTE, y previene las caries, porque ESMALTINA no raya el esmalte...



y luce una sonrisa divina quien usa pasta

Esmaltina



Confidencias

de Margarita

N.º 1040

M. R.

\$
10
NOVEDA CHILENA

AMOR DORMIDO

CARTA DE MI
AMADO

Y ASI... AL
CRIMEN,
novela policial.

FUI DE LAS QUE
ATROPELLAN Y
HUYEN

EL EMBRUJO
DE EGIPTO,
novela.

MAYERLING,
amor histórico

EL O D I O,
artículo.

EL MOLDE DE
LA SEMANA

LOS MEJORES
HOMBRES SE
HAN CASADO

¡Sí, lo amaba...;
sí, lo amaba! Pe-
ro, ¿cómo podía
saberlo? ¿Cómo
podía estar segu-
ra?





NADA de esponjas húmedas



NADA de dedos engrasados



NADA de polvos sueltos

El rostro más angelical de la fiesta

Angel Face de Pond's es celestial, porque basta un toque para que las pequeñas imperfecciones de la tez desaparezcan bajo una suave capa que confiere a su cutis un encantador aspecto natural. No seca ni abrillanta. Angel Face permanece horas y horas más que un polvo corriente, porque es polvo con base, todo en uno.

Mrs. John A. Roosevelt dice: "Angel Face da al cutis un acabado mate, adorable".

Lleve Angel Face a todas partes.

Más mujeres usan Angel Face que cualquier otro maquillaje. Como no se desparrama y es muy sencillo de aplicar, Angel Face es la solución ideal para la mujer moderna. Ud. puede aplicarlo hasta en la oscuridad de un cine.

"He obsequiado varias cajas de Angel Face entre mis amistades —dice la Duquesa de Sutherland—, y todas han quedado encantadas."

Angel Face

M. R.

DE POND'S

Polvo con base, todo en uno,
se aplica
con su propiacione... y
ipermanece!



Angel Face viene en 6 cautivantes tonos, elija el suyo.

Angel Rubio	Angel Moreno
Angel Rosado	Angel Bronceado
Angel Gitano	Angel Nacarado

Angel Face, en su envase azul-dorado, constituye un excelente regalo.

POR FIN se decidió que la convención anual de la compañía para la cual yo trabajaba se llevara a efecto en mi ciudad natal. A pesar de toda la confusión y revuelo producidos esa semana, logré mantener la oficina de Francisco tranquila y serena. Para ello fué preciso que trabajara todas las noches, pero no me importaba.

Hice, en consecuencia, todo lo que estaba a mi alcance para facilitar la labor de Francisco. Tenía tantos problemas en mente con los detalles de la convención y los nuevos proyectos que debía plantear en ella, que no sé que hubiera hecho él sin mi cooperación y eficaz ayuda. El saber que dependía de mí me fascinaba, porque me otorgaba en cierto modo un lugar importante en su vida. Ciertamente es que no era el lugar que yo hubiera deseado, o sea, el de su esposa, y no sólo el de su secretaria, pues, debo admitirlo, estábamos profundamente enamorados. Desgraciadamente, nos habíamos conocido demasiado tarde. Francisco se encontraba cogido en los fuertes lazos de un matrimonio que con el tiempo había perdido su atractivo y que le dejaba un inmenso anhelo de felicidad. No podía, sin embargo, separarse sin abandonar a sus tres niños que adoraba y que lo adoraban a él. Aun si me hubiera ofrecido separarse de su mujer, yo no se lo habría permitido por esta causa. Pero le compadecía por tener que convivir con alguien con quien nada compartía en un hogar sin calor de sentimientos.

Yo nunca conocí a mi padre, pues murió cuando tenía seis años y dejó a mi madre con cinco niños, por los que debía velar sola. Yo era la mayor y la que mejor pude comprender la lucha que debió sostener mamá por nosotros. Por eso me crié pensando que el dinero era algo muy importante en la vida y, al mismo tiempo, jamás lamentamos la muerte de un padre al que apenas alcanzamos a conocer. Nuestras vidas también fueron incompletas...

A pesar de lo enamorados que estábamos Francisco y yo, no habíamos cambiado sino unos cuantos besos, y, a pesar de que puede ser que estuviera equivocada, no creía que nadie en la oficina sospechara nuestros sentimientos. El personal me creía una persona capaz, responsable, que había tenido éxito en su trabajo, y una secretaria de primera clase. A Francisco lo consideraban un próspero hombre de negocios y un esposo modelo.

Una noche trabajé hasta tarde. Francisco no había ido a la oficina, pues estaba atendiendo las sesiones preparatorias de la convención. Pensé que a esa hora tal vez estaba

El saber que dependía de mí me fascinaba porque me otorgaba en cierto modo un lugar importante en su vida.



Los mejores hombres se han casado

Si eres una de esas jóvenes como Juanita, que se pregunta por qué todos los mejores hombres se han casado, esta historia te dará una sorprendente respuesta

camino de su casa, en los alrededores de la ciudad. Siempre evitaba pensar en su hogar, en su mujer y en los hijos que le esperaban todas las tardes. Esos pensamientos me hacían sentirme mal y más vieja que mi verdadera edad, veinticinco años.

De pronto me pregunté por qué no me habría enamorado de un hombre soltero. Un dicho familiar se vino a mi mente: "Los mejores hombres se han casado". Pero para mí no era sólo un decir. En mi caso lo encontraba una acongojante realidad. Tal vez sucedía siempre cuando una joven llegaba soltera a mi edad.

Una vez había estado enamorada, cinco años atrás, pero el muchacho era de una personalidad poco atractiva. No era como Francisco, mi sueño hecho realidad. Tomás deseaba casarse conmigo y me suplicaba que le permitiera regalarme un anillo de compromiso. Ahora, como de costumbre, aparté de mi mente la imagen de Tomás.

De pronto se abrió la puerta de la oficina y penetró Francisco. No había ido a su casa. Permaneció de pie, contemplándome. Se veía hermoso, alto, saludable. Tenía cerca de cuarenta años, pero representaba menos debido a su atractiva personalidad.

Mi desaliento anterior se tornó en deleite.

—Juanita —me dijo. Frente a otras personas jamás me llamaba por mi nombre. Si alguien le hubiera escuchado pronunciar ese Juanita con tanta ternura, nuestro secreto ya no habría existido.

Me dirigí hacia él y me rodeó con sus brazos, pero a pesar de que la oficina estaba desierta, no me sentía tranquila

Visita al Imp. y Bibl.

31 MAR 1954

Depósito Legal

mientras me besaba. Su abrazo se tornó apasionado y anhelante. Un terrible desaliento me invadió y empecé a sollozar. Estaba enamorado de Francisco, ambos nos deseábamos, pero no tenía ninguna esperanza ni futuro con él... ¡a menos que nos decidiéramos a herir a tantos seres! De pronto escuchamos un ruido extraño y nos separamos, aún trémulos.

—Ha sido la puerta de un ascensor que se cerró en otro piso —me dijo Francisco. Pero ya no sentíamos deseos de besarnos, me sentía humillada y avengonzada. Francisco continuó diciéndome: —Vine a decirte que voy a tener que ir a Santiago después de la fiesta que daremos el viernes para cerrar la convención. Voy a estar allá una semana. —De inmediato te reservaré un pasaje —le dije, convertida de nuevo en la eficiente secretaria.

—Ya lo hice, Juanita; un pasaje para mí y... —sus ojos me expresaron claramente en ese instante toda la ternura y el sentimiento que experimentaba por mí— para ti tam-

(Sigue a la vuelta)

¡Una encantadora mujer dentro de usted puede ayudarla a triunfar!

Muchas mujeres pasan gran parte de su vida amargadas por un funesto sentimiento de desconfianza en sí mismas.

Pero usted —y toda mujer— dispone de un maravilloso poder interior que puede ayudarla a ocupar el puesto que le corresponde en la vida.

Este poder nace y se desarrolla de la relación entre el Ser Interior y Exterior.

Cuando usted tiene confianza en su propia belleza, efectivamente esa belleza se muestra a los demás.

He ahí la importancia que tiene una diaria ayuda a su encanto natural...



La Princesa Murat

adorable figura de la aristocracia francesa declara:
"La Crema Pond's 'C' es todo un tratamiento de belleza sencillo y eficaz. Estoy encantada con su uso".



EXIJA EL POTE GIGANTE
ES MAS ECONOMICO.

Tratamiento facial "Interior-Exterior"

Dé a su rostro este cuidado con Cremas Pond's "C" todas las noches al acostarse y, también, cada vez que cambie de maquillaje. Proceda de esta manera:

Para limpiar:

Aplicuese en el rostro, con movimiento circular, abundante Crema Pond's "C". Quitela luego con una toallita absorbente.

Para "Enjuagar":

Aplicuese en el rostro otra capa de Cremas Pond's "C", del mismo modo. Quitela. Esto elimina hasta el último vestigio de polvo, maquillaje o impurezas. La tez queda suave, tersa.

Estímulo de frescura:

Dé a su cutis un baño con abundante agua fría. Este "tónico" estimulará la circulación y dará a su rostro una radiante belleza.

bien, en otro tren que sale una hora más tarde. Puedes regresar el lunes y nadie notará tu ausencia. Yo volveré la semana siguiente. Eso nos permitirá pasar dos días enteros juntos. ¿Irás conmigo, Juanita? Antes de que pudiera responderle, me tomó nuevamente en sus brazos.

—No creas, Juanita, que me agrada tener que recurrir a estos subterfugios, pero ambos nos necesitamos. Creo que tenemos derecho a un pequeño instante de completa felicidad.

Si alguien me hubiera preguntado antes de ese momento si aceptaría pasar a solas un fin de semana con Francisco, lo habría negado con firmeza. Pero en ese instante me asaltaba un extraño cúmulo de sentimientos contradictorios. Sembraba una tormenta que hacía tiempo venía anunciándose, una tempestad de pasiones y deseos controlados...

Después que se hubo retirado, abrí el sobre que había dejado en mi escritorio. Era un pasaje de ida y vuelta y una reserva de hotel bajo el nombre de señora Wiley.

Los dejé en mi cartera decidida a no usarlos, pues a pesar de nuestra pobreza me había criado bajo un estricto código de moral.

Pero, mientras me dirigía a casa, mis reglas de moral parecían ir quedando en una tierra lejana. Ahora no estaba tan segura de no efectuar el viaje. Para ello razonaba: ¿por qué Francisco y yo no podemos pasar un fin de semana juntos? Su mujer podía tener su nombre, pero yo tenía su amor.

De pronto me pregunté si en ese viaje no habría algo erróneo. Recordé a Tomás. Desgraciadamente, la suerte no le había acompañado económicamente, y yo me había negado a casarme con él. Nuestro amor, si bien lo recordaba ahora, no había sido sino una sucesión de momentos amenos y agradables caricias, pero había destruido por mi propia voluntad toda ilusión, pues deseaba la seguridad y estabilidad que no había tenido de niña. Luego de mi rechazo a su propuesta matrimonial, Tomás se había dirigido al norte con un puesto que, según aseguraba, tenía muchas expectativas de progresar. Seguramente que no habría progresado y que todos estos años los habría pasado en una medianía aterradora. Una vez más aparté de mi mente su imagen y el recuerdo de sus caricias.

Después que se alejó de mi vida, todos los hombres que había conocido me eran indiferentes. Unos eran del tipo del que no se casa jamás, y otros, como Tomás, deseaban formar un hogar, pero no tenían ningún futuro que ofrecer a una mujer. E, invariablemente, los hombres que me atraían realmente, los que habían obtenido éxito, los de personalidad, eran casados.

Tal vez se debía a que había malgastado muchos años aprendiendo a ser una mujer de negocios competente y anhelando, también, el éxito personal. Cuando decidí casarme, ya todos los mejores hombres lo habían hecho.

Los días anteriores a la fecha del viaje no tuve oportunidad de estar ni siquiera un momento a solas con Francisco. Sólo me llamaba delante de otras personas y muy de prisa. Comprendía y justificaba esta situación, pero anhelaba su cariño y su apoyo. Anhelaba,



asimismo, que me tomara en sus brazos y me asegurara que lo que íbamos a hacer era algo divino y correcto, a su manera, pues teníamos derecho a esta felicidad robada. Sabía que lo teníamos, pero quería oírse decir a él. El viernes terminó la convención con una gran comida para todos los delegados y sus esposas. El día anterior, Francisco me dijo que me había reservado un asiento en una de las mesas laterales. Esa iba a ser una noche muy importante, con discursos y baile después de comida.

Al principio pensé no ir, porque sabía que iba a asistir la mujer de Francisco y no creía poder soportar la idea de verla a su lado. Pero, por otra parte, no quería dejar de oír el discurso de mi amado.

La víspera de la fiesta estaba tan excitada, que no pude considerar la idea de permanecer sola en casa esperando el momento de emprender el viaje junto con él.

Fui a la comida y me coloqué un vestido que me había comprado especialmente para mi estadía en la capital. Negro, sofisticado y con un drapeado que resaltaba mi figura.

Cuando me encontré frente a frente con la mujer de Francisco, en el vestíbulo principal del hotel, sentí una íntima satisfacción. Su vestido era hermoso y caro, pero con su figura regordeta no le asentaba. Como siempre, se dirigió a mí con tono misericordioso y tuve que luchar contra el impulso de decirle: "No necesita considerarse tan superior, señora; Francisco me ama a mí y no a usted".

Naturalmente que no dije nada de lo que pensaba y me dirigí a mi asiento un tanto molesta y deprimida. La comida era buena, pero no pude saborearla. Tampoco escuché los primeros discursos, anhelando el momento en que Francisco haría uso de la palabra. El anunciador empezó a decir algo que tampoco escuché, hasta que ciertas palabras sonaron familiares en mi oído. Empecé a recordar lo que había dicho, pero sólo un fragmento de ello quedó grabado en mi memoria: "El próximo discursante será el señor Tomás West, director de nuestra sucursal en el norte, y uno de nuestros más distinguidos jefes".

¡Tomás! ¡No podía ser! Tomás no podía descollar en nada, pues, aunque tenía inteligencia, le faltaba ambición. Pero era, efectivamente, Tomás.

Hacia cuatro años que no escuchaba su voz, pero me pareció que sólo había transcurrido una semana. Miré hacia el lugar en que estaba y me sentí desfallecer.

Era un hombre que había triunfado, se le notaba en su porte. Era, sin embargo, mi viejo Tomás, rubio, simpático, pero con una nueva fuerza y personalidad.

—La oportunidad—decía en esos instantes—es la principal concesión que se debe dar a nuestras filiales. Yo soy el más indicado para hablar de ella. Cuando me dirigí al norte era un fracasado. Había estado trabajando en esta misma ciudad como un oficinista cualquiera y no tenía ningún futuro. Me fui al norte después de haber tenido un fracaso de índole personal. Por ese entonces estaba íntimamente convencido de que nunca sería nadie. Luego encontré a la mujer con la cual me casé. Era secretaria en la oficina donde llegué como un vulgar oficinista. Mi matrimonio con ella fue el acto que hizo cambiar mi destino. La primera regla para el éxito creo que es encontrar a alguien que lo ame realmente a uno. O, por lo menos, seguir manteniendo la esperanza de que algu-

na vez ese amor soñado llegará a nuestra vida.

Los aplausos llenaron el salón, luego Tomás encauzó su discurso a lo realmente importante. Pero yo permanecía contemplando a la niña que estaba sentada a su lado. Era hermosa, se sentía orgullosa de su marido y estaba muy bien vestida.

Nunca pensé que Tomás se pudiera casar con nadie que no fuera yo. Había estado tan desesperado cuando se alejó de mi lado, pero, aparentemente, se había casado casi de inmediato.

Mientras hablaba, el dinamismo que emanaba de su persona se posesionaba de su auditorio. Era el mismo Tomás que yo había conocido; sin embargo, de una personalidad tan nueva para mí, que no lo podía reconocer. Me pre-

¡Tendrás que creerlo!

UN BAR DE BELLEZA:

ES EFECTIVO que el exceso de cócteles, aperitivos y otras bebidas alcohólicas, no es precisamente recomendable para aquellos que cuidan de su buena salud o para aquellas que se preocupan de su belleza. El barman de un famoso hotel parisense ha tenido una feliz idea: ha creado un "Bar de Belleza", en el cual se sirven cócteles que son no sólo bebidas agradables, sino que benefician la salud y aumentan la belleza. Cada cual pide lo que conviene a su tez o a su silueta, y el barman le ofrece sabias mezclas de jugos de ruibarbo, zanahoria, apio, fresas, tomates, etc.



gunté si me habría visto, pues estaba bastante distante del lugar en que yo me encontraba. Me sentí derecha y recordé el calor de sus caricias. La impresión de este recuerdo me hizo temblar. La imagen tanto tiempo olvidada se tornaba real una vez más... y muy dulce. ¡Pero Tomás estaba casado!

Mientras yo recordaba su amor, terminó su discurso y el anunciador dijo que el próximo orador sería Francisco. Este empezó por mostrarse de acuerdo con las palabras de Tomás:

—Comprendo lo que ha dicho el señor West. Yo también debo mi éxito a mi esposa. Su apoyo y su fe en mí han sido inapreciables. Por eso es que jamás contratamos hombres solteros para ningún cargo importante. Nadie podía decir frases más encanta-

doras que Francisco. Se volvió hacia su mujer y alzó su vaso hacia ella antes de continuar con la parte esencial de su discurso.

No lo escuché. No recuerdo haberme puesto de pie, pero de pronto me encontré en el vestíbulo del hotel, enferma de soledad. El dolor que sentía no era causado por Francisco ni por la ironía de haberle escuchado esa noche ensalzar a su esposa. Era el hecho de haber visto de nuevo a Tomás, a quien yo no lo consideré digno de mí. Había tenido ocasión de contemplar la felicidad que irradiaba el rostro de la joven sentada a su lado. La muchacha que se había casado con él cuando era pobre. Este hecho hizo temblar las bases en que hasta la fecha había descansado mi vida. Ella le había otorgado su amor y su confianza y lo había ayudado a convertirse en el personaje que era actualmente, apoyándolo a desarrollar lo mejor de su talento.

¡Yo pude haber sido esa mujer! Lo amé, me sentí fuertemente atraída por él y no existía un solo día en mi recuerdo que su imagen no asaltara mi memoria. Mi idilio con Francisco fue una especie de búsqueda de lo que perdí al arrojar de mí lado a Tomás. Esta misma búsqueda anhelante era la que me impulsaba a acompañarlo en su viaje.

Me dirigí a la toilette porque no me sentía lo suficientemente fuerte para tomar un taxi. Dos muchachas estaban ante el espejo, y pude escuchar unos fragmentos de su conversación. Una de ellas decía:

—Es un hombre soñado, pero es casado.

—Tenía que serlo. Los mejores hombres siempre se han casado —le respondió la otra.

Abandonaron el cuarto dejando en mí el eco de sus comentarios, que yo también me había hecho a solas tan a menudo. Pero, ahora sabía por qué razón eso era una realidad. Había llegado a un punto en que debía reconocer la verdad, y hacerle frente.

Era debido al hecho de que los hombres casados tenían tras de ellos el amor y el apoyo que necesitaban para lograr sus triunfos. Tomás lo había tenido... y también Francisco. A pesar de que este último estaba dispuesto a pasar un fin de semana conmigo, amaba profundamente a su mujer. Lo había comprendido al ver cómo la miraba. Tal vez deseaba una aventura para sentirse joven una vez más, tal vez era así su temperamento, pero por sobre todo amaba a su esposa.

Y yo no lo amaba a él. No había amado a nadie desde que decidí romper con Tomás. Estaba sola y deseé fabricarme un sueño de mi amado. Ahora no podía seguir soñando, ni tampoco lo deseaba. Estaba completamente despierta y debía afrontar la realidad. Exigía para mí un hombre que hubiera triunfado, sin ofrecerle fe ni confianza mientras la necesitaba.

Tal vez las raíces de mi actitud se remontaban a mi niñez. Habíamos sido tan pobres y jamás tuvimos una verdadera familia, de manera que no creía que el triunfo es algo por lo que un hombre debe luchar arduamente. Pero tal vez ésta no era ni siquiera una excusa de mi actitud, pues hacía demasiado tiempo que había dejado de ser una niña.

No acompañé a Francisco en su viaje, y al día siguiente presenté la renuncia al cargo que desempeñaba en su oficina. Antes que volviera, ya había encontrado otra ocupación. El sueldo no era tan bueno, pero me permitía comenzar nuevamente, que era todo lo que deseaba. Como había dicho mi amado Tomás, lo que uno necesita es sólo una oportunidad...





EL ALMIRANTE DORADO

F. VAN WYCK MASON

F. Van Wyck Mason, uno de los más renombrados escritores modernos norteamericanos, nos narra en esta obra la más emocionante aventura de mar de todos los tiempos: la cruzada del Almirante Dorado, Sir Francis Drake, contra España, que marcó el comienzo del Imperio Británico.

PRECIO \$ 260.—

UNA NOCHE MISTERIOSA

BRETT HALLIDAY

¿Quién era Nora? ¿Qué estaba haciendo en ese departamento a las dos de la mañana? ¿Quién le había dado una llave para que entrara? Estas preguntas se formulaba Michael Shayne mientras la joven permanecía en el salón de su casa. Cuando se acercó hacia él, en la oscuridad, Shayne comprendió que, a menos que hiciera algo para evitarlo, pronto estaría en su dormitorio. Y dos asesinatos se cometen antes de que el detective supiera las respuestas a estas preguntas.

PRECIO \$ 130.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile

SUCEDIO hace dos meses. En la noche clara y fría de un sábado. A través de las largas e insomnes noches que siguieron, traté de encontrar excusas para lo que había hecho; que estaba trastornada por el rompimiento de mi compromiso con Jorge; que tenía la publicidad que dañaría la posición de mi padre en la ciudad. Pero no había una excusa en el mundo que cubriera la crueldad e insensatez de lo que había hecho. Ahora sólo puedo orar para obtener el perdón de las dos personas que más quiero en el mundo, y por el perdón de Dios.

Les contaré todo tal como sucedió. Quiero contárselos, para que jamás permitan que les suceda a ustedes. Porque lo que hice estuvo mal, terrible, horriblemente mal. Todas las campanas de la ciudad tañían cuando salí del salón del Casino esa noche del sábado fatal. El alegre tañir hizo aún más amargo el pensar que este día podría haber sido el de mi matrimonio. Hacía dos semanas que Jorge me había dejado y roto nuestro compromiso, y esta herida aún me hacía sufrir. Podía sentir que aún toda la ciudad comentaba el hecho.

—Le dieron calabazas a Mónica. Imagínate, la hija del alcalde.

De manera que a lo largo de las dos últimas semanas había mantenido la cabeza en alto, sofocando las lágrimas. Estaba segura de que nadie tendría pena por mí. La bebida ayudaba a aliviar mi dolor. No quiero decir con esto que hubiese comenzado a beber mucho, pero había tomado dos cócteles antes de salir del Casino. Subí a mi auto y lo conduje a lo largo de San Crescente.

Mientras conducía, escuché un salvaje sonar de bocinas, el que se mezclaba con el tañir de las campanas. Al mirar por el espejo vi una larga procesión de coches nupciales que se acercaban velozmente. Apreté con fuerza el volante, e imprudentemente giré para entrar a Napoleón, un poco adelante de la línea nupcial.

Un segundo antes, la calle bordeada por árboles estaba desierta, al siguiente, una niñita se precipitó a la calle. Giré el volante..., pero el auto se dirigió hacia la niña, en lugar de alejarse de ella. ¡Mi mente, oscurecida por los cócteles, había traicionado a mis manos! Ahogué un grito, sentí el impacto y oí un horrible ruido y el grito de una niña al ser golpeado su pequeño cuerpo por el parachoques. Gritó y quedó retorciéndose en la calle, tratando de levantarse.

Jamás sabré qué locura se apoderó entonces de mí. Todo lo que recuerdo son dos pensamientos perforando mi nebuloso cerebro.

“La niña vive —me dije—. No la he herido gravemente.” Esa fué mi primera preocupación. Luego pensé en mamá y papá. Sufrirían un amargo baldón si me detenían con mi aliento hediondo a alcohol. De alguna manera hice de estos pensamientos una excusa para acelerar. Estaba atemorizada, descontrolada de miedo. Fui una cobarde...

La niña todavía se retorció en la calle cuando locamente giré al llegar a la esquina. No recuerdo haber pasado por los suburbios de la ciudad, o haberme mezclado con el intenso tránsito de la carretera a Valparaíso. Pero de pronto tuve que frenar bruscamente, al ver un gran número de automóviles.

Algo se liberó en mí. Volví a razonar y pensé: “Cuando estaba aprendiendo a manejar atropellé a un perro, y me detuve para ver si podía hacer algo por él. ¿Cómo pude abandonar a una niñita..., quizás moribunda?” Sabía que tenía que volver.

Cuando minutos más tarde volví a Napoleón, vi la ambulancia. Un carabiniere mantenía a la gente a distancia. Al acercarme, levantó la mano, indicándome que me acercara a la cuneta. Temblé, pensando en que había sido reconocida como el autor del atropello. En realidad, sólo había sido detenida, porque la ambulancia estaba a punto de partir al hospital.

Cuando la ambulancia hubo partido, vi a un niño a quien conocía. El gentío se estaba disolviendo, cuando nerviosamente lo llamé, rogando que pudiese decirme si la niña estaba mal herida.

—Me parece que sí —dijo—. Un hueso sobresalía de la pierna.

Sentí que las náuseas me acometían con violencia. Respiré profundamente el fresco aire de la noche, y me obligué a hacer la pregunta que me ponía frenética.

—¿Vió alguien el accidente?

—No —respondió—. Son tontas las mujeres. Patricia ni siquiera pudo decir de qué color era el auto, o si lo manejaba un hombre o una mujer. Su apellido es Gómez —agregó.

Gómez; reconocí el nombre estremecida. Conocía a Juan Gómez como el joven abogado que había abierto su estudio en el edificio de un banco. Recientemente se había divorciado de su esposa. Me contraje al pensar que le había provocado una nueva tragedia a él y a la niña de ojos pensativos, con quien lo vi el día de su llegada.

Fuí de las que atropellan y huyen

*¡Ahogué un grito, sentí el impacto
y oí un horrible ruido y el grito de
una niña al ser golpeado su peque-
ño cuerpo por el parachoques.*



A través de las largas horas de la noche, mi conciencia me persiguió, y sólo pude dormir a ratos. En mis sueños giraba el volante equivocado, y brutalmente mutilada veía a una niñita con trenzas atadas con cintas. Presionaba el acelerador y luego emergía de la pesadilla sólo para volver a ella en el momento en que nuevamente me quedaba dormida.

En la mañana del domingo desperté llorando; mi alma torturada por el horror de lo que había hecho. Tenía los ojos irritados y tiritaba; estaba casi loca. Luego recibí la llamada del doctor Gutiérrez. El fono tembló en mi mano, cuando explicó que había una niñita que había sido atropellada y que necesitaba sangre desesperadamente. Su voz era tensa, urgente. Me dijo que se había hecho una transfusión de emergencia, pero que se había agotado la provisión de sangre del tipo que se necesitaba. El hospital le había pedido ayuda.

—Tú y Federico son los únicos que tienen RH negativo, en los alrededores —continuó—. Federico está fuera de la ciudad. Cualquier demora es peligrosa, Mónica.

—Iré inmediatamente —dije, agradecida por la oportunidad de aliviar mi secreta culpa.

—Dios querido, no permitas que muera —rogué—. ¡Permite que mi sangre la salve!

Veinte minutos más tarde yacía en la camilla, observando cómo mi sangre manaba y caía al frasco que sostenía la enfermera.

Cuando abandonaba el laboratorio, un hombre me llamó:

—¿Señorita García?

Me volví hacia él y mi corazón empezó a latir alocadamente. Estaba atrapada en el angosto pasillo, sin poder huir de ese hombre alto y de pelo castaño, a cuya hija yo había atropellado y dejado botada en la calle. Nuestros ojos se encontraron. Me sentía tan culpable, que temí que él lo notara. Asentí, sintiéndome miserable.

—Soy Juan Gómez —dijo, sonriendo débilmente—. Bajé para agradecerle el que hubiese dado sangre a Patricia. Me siento incapaz de hacerlo en la forma debida. Si pudiera pagarle.

El pensamiento de que Juan se sintiese endeudado conmigo, por haberle dado sangre a la pequeña Patricia, era más de lo que yo podía soportar. ¿Qué haría si supiese la verdad?

—No podría aceptar dinero —murmuré.

—Debí haber sabido que no aceptaría —dijo, después de un momento, y su voz se aceleró con interés, como si por primera vez me percibiera como persona.

¿Cómo puedo describir cómo me sentí en ese momento? Un torrente de emociones en conflicto pasaron a través de mí. Me encontré mirando a Juan. Su cara estaba triste y sus hombros, caídos. Mi corazón comprendió su pena, y mi culpa martilleó mi conciencia. Sin embargo, era algo más que simpatía y que culpa lo que hacía que mi pulso se acelerara con anhelo. Creo que en ese momento me enamoré de Juan.

—Señorita, no deseo obligarla...

Nuevamente se encontraron nuestros ojos. Los suyos eran café, muy oscuros, suaves y solitarios.

—Haré lo que pueda —respondí, sin imaginarme lo que me pediría.

—Patricia necesita a su madre —dijo, vacilante—. Supongo que usted sabrá que estoy divorciado. —Su voz era pétrea cuando hablaba de la madre de Patricia.

—Sí, lo sé.

—No sé dónde se encuentra Raquel. Las enfermeras son muy bondadosas, pero siempre están muy apuradas. ¿Visitaría usted a Patricia?

Me pareció que el corazón se me paralizaba. ¿Cómo podía Juan Gómez saber cómo la mano del miedo que atenaceaba mi garganta me hacía vacilar? Supongamos que Patricia me reconociese. ¿Cómo podría dar la cara a la pequeña a quien había herido y abandonado? No obstante, ¿cómo podía rechazarla?

Entré al ascensor con Juan, y lo observé indicar el piso a que íbamos. El ascensor se demoró mucho en subir.

—Si tan sólo la ciencia hubiera descubierto una manera de detener el tiempo —pensaba, desesperadamente.

Salí del ascensor antes que Juan.

—Por aquí —me dijo, mientras dejaba descansar suavemente su mano en mi brazo.

Su contacto llegó hasta mi corazón y supe que, bajo otras circunstancias, el calor que me recorrió habría tenido algún significado para mí. En mi vida me había sentido tan cerca del cielo... ni cuando me había besado Jorge. Y, a pesar de todo, mi corazón estaba demasiado lleno de una culpa negra y secreta, para ser feliz por mucho tiempo. Rapidamente regresó mi tristeza. Sólo percibía el burión eco de nuestros pasos mientras caminábamos a lo largo del corredor.

Juan no me estaba mirando, de manera que no vió mi pálida cara cuando, en puntillas, entramos en el cuarto de Patricia. Sus enormes ojos cafés me siguieron hasta la cama.

(Sigue a la vuelta)



Contuve la respiración, esperando que me reconociera.

—¿Eres otra enfermera? —me preguntó, con voz baja y dulce—. ¿Dónde está tu vestido blanco?

Respiré nuevamente, pero sabía que el aire que se distribuía por mis pulmones no podía calmar el dolor de lo que veía. Patricia yacía de espaldas, con las piernas estiradas verticalmente. La pierna derecha estaba enyesada. Apretados vendajes ataban ambos tobillos a una tabla clavada muy por

encima de su cabeza.

—Yo le hice esto, me dije, abrumada por torturante remordimiento. En ese momento casi desee que Patricia me reconociera. Aún el descubrimiento podría haber sido más fácil de soportar que la agonía silenciosa de mi culpa.

—Tendrá que estar en esa posición durante seis semanas —me indicó Juan—. Ambas piernas deben estar en tracción para procurar equilibrio.

¡Seis semanas en esa postura! No podía borrar el pensamiento de que en la infancia el tiempo es un elástico que se alarga.

—¿Si alguna vez encuentro al hombre o a la mujer que atropelló a mi hija y la dejó botada en la calle, lo enjuiciaré sin misericordia! —prometió Juan, con voz dura y llena de enojo.

Mirando ahora retrospectivamente, me maravilla que mi cara no me haya delatado. Ya me había condenado mi propia conciencia.

Patricia quebró la tensión cuando vió un vendaje adhesivo que yo llevaba en el brazo.

—¿También estás herida? —me preguntó.

Cuando no contesté, por no confiar en mi voz, Juan le explicó que una enfermera había sacado sangre de mi vena.

—En unos minutos más el doctor te la pondrá a ti, para que estés lo bastante fuerte como para recuperarte —le dijo.

Patricia cerró entonces los ojos, con la respiración un poco agitada.

—El hablar la cansa —dije, aprovechando la oportunidad de escapar de la pesadilla en que me encontraba—. Sería mejor que me fuese a casa.

Sus ojos se abrieron:

—No quiero que te vayas. Me gustas.

No sé qué me mantuvo allí, si el repentino brillar de los ojos de Juan, o los dedos entrelazados de Patricia... o ambos.

—Me quedaré si tratas de dormir, Patricia.

Mientras estaba de pie al lado de la cama, no podía desprender el pensamiento de que una vez había soñado con tener un hijo. Antes de que Jorge despedazara mis esperanzas, diciendo: "Nada de llorones para nosotros, Mónica, tú eres todo lo que quiero". Ahora los dedos de Patricia, enlazados a los míos, parecían traer nuevamente el sueño.

Por fin se durmió y Juan sonrió, solemnemente. Mi corazón aceleró sus latidos. Luego la regañante voz de mi culpa convirtió en hielo el calor que sentía.

Si tan sólo hubiese tenido el valor de decirle a Juan ese día la verdad, antes de que mi engaño lo hiriera a él también.

Las semanas siguientes un esquema parecido en la superficie, pero debajo un bulente torbellino de emociones acumuló impetu. Juan cerró temporalmente su estudio. El y yo vivíamos al lado de Patricia, dejándola sólo cuando las enfermeras nos lo exigían. Llegaba todas las mañanas al hospital para encontrar que Juan ya estaba allí. Si Patricia había tenido una buena noche, descifrábamos un problema, o bien Juan y yo nos turnábamos en la lectura de un libro nuevo. Si ella había dormido mal, nos sentábamos, quietos y acalambrados, teniendo cada uno una de sus pequeñas manos.

—No te preocupes, Juan —solía decirle—. Ella mejorará. Tiene que mejorar. —Esto lo opinaba, tanto para consolarlo a él como para calmar mi mente.

Estuve tan preocupada por Patricia durante ese tiempo, que me olvidé de Jorge y de mi orgullo herido por su rechazo. Luego la preocupación de mamá y papá por mi salud me recordaban nuevamente el desdichado pasado, y me acostaba con ardientes lágrimas. Si hubiera podido decirles que no se trataba de pena por Jorge, sino de sentimientos profundos y terribles de culpabilidad hacia Juan los que me ponían siempre tensa y nerviosa.

Mucho me costó persuadir a papá y mamá que fuesen a vacaciones sin mí.

El día que se fueron, Patricia fué sacada de la lista de los enfermos graves del hospital.

—Jamás podré agradecerte suficientemente por todo lo que has hecho —me dijo Juan, cuando esa noche bajamos en el ascensor—. Si no hubiese sido por ti... —su voz se quebró.

El sentimiento de culpabilidad me despedazó. Yo sabía

que si no hubiese sido por mí, jamás habría ocurrido esta pesadilla.

Salimos, y Juan me tomó el brazo, sonriendo. Su sonrisa era siempre algo seria, como si la felicidad le fuese ajena.

—Has estado tanto tiempo encerrada, que estás pálida —afirmó—. Sólo son las cinco y media. ¿Qué te parece que vayamos a pasear a la orilla del río?

Vacílé. ¿Era que sabía lo que iba a suceder? Luego me escuché diciendo:

—Me encantaría, Juan.

Jamás olvidaré cuán maravilloso estuvo Juan, mientras paseábamos ese púrpuro atardecer, aliviando suavemente la herida de la ruptura de mi compromiso.

—Eres todo lo que un hombre puede soñar —me susurró—. Un hombre que te abandone no es digno de ti.

LA VERDAD AUN NO HA MUERTO.
TIENE TAL AFINIDAD CON EL
ALMA DEL HOMBRE, QUE LA
SEMILLA, BONDQUIERA
QUE SEA DISEMINADA,
HALLARÁ COMO REPRODUCIRSE.



—No me atrevo a preguntarte, hijo... pero, ¿podría usar el auto esta noche?

ES MÁS FÁCIL
CREER
UNA MENTIRA
QUE UNO HA OÍDO
MILES DE VECES
QUE UNA REALIDAD
QUE SE OYE POR
PRIMERA VEZ.

—No, Juan —grité en mi interior—. No me coloques en un pedestal. Yo atropellé a tu hija y arranqué. Yo soy aquella a quien has jurado enjuiciar sin piedad" Esas palabras estaban en mi corazón, pero no las pronuncié.

La mano de Juan tomó la mía.

—En cierto modo, yo también cambié, Mónica. Creí que toda mi vida sería una amargura, pero tú la has cambiado.

Debí haberle dicho la verdad en ese momento. Esa era mi oportunidad para desahogarme, pero la perdí. Detuvo el coche en una colina que miraba al serpenteante río y nos rodeó la oscuridad.

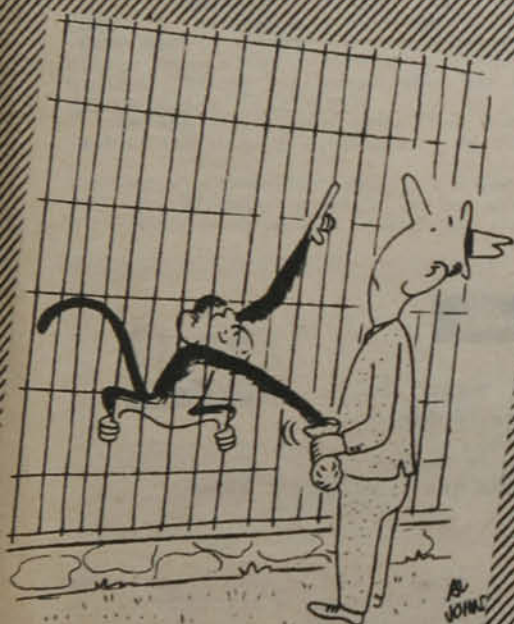
Una voz de advertencia se hizo más insistente en mi interior. "Se está enamorando de ti. El amor ya le hizo daño una vez, no permitas que se repita. Confiesa ahora".

Pero el miedo de perderlo me contuvo. No podía soportar ver transformarse en rabia el brillo de sus ojos. Lo amaba tanto...

Pensé que se lo diría la noche siguiente... y la próxima.

Quizá presintiendo la batalla que se desarrollaba dentro de mí, sus ojos me interrogaban a menudo, y en ellos había, además, una curiosa reserva. Me llamó la mañana del viernes, y me dijo: —Te pasaré a buscar dentro de media hora. Pensé que podríamos ir a la quebrada. ¿Qué te parece? Cuando llegó a mi casa parecía decaído y nervioso. Estuve deprimida todo el día, medio loca por el miedo de perderlo. Sin embargo, debería haber estado feliz, porque Patricia estaba rosada y la malicia brillaba en sus ojos. Me hice la pregunta que me había hecho mil veces: ¿cómo pude huir y dejarla herida en la calle? Juan había jurado perseguir y destruir a la persona cuyo coche había dejado herida a su hija. ¿Cómo, entonces, Dios amado, podía devolver su amor?

LA RAZON POR LA CUAL CUPIDO YERRA TANTO TIROS EN ESTOS DIAS, ES QUE ESTA APUNTANDO AL CORAZON MIENTRAS MIRA LAS PIERNAS.



Sin palabras...

YO NO NIEGO QUE LAS MUJERES SEAN TORPES. EL SEÑOR TODOPOTOSO LAS CREO PARA COMPANERAS DEL HOMBRE.

Cuando en la noche tuvimos que dejarla, Patricia nos abrazó a ambos. Con dificultad pude quebrar el círculo que sus pequeños brazos formaban alrededor de mi cuello, porque en ese abrazo había una felicidad sin límites. Me hizo percatarme, más que nunca, de lo vacía que habría sido mi vida con Jorge, a quien no le gustaban los niños. Juan estuvo extrañamente callado, mientras bajábamos en el ascensor. Afuera vimos que se preparaba una tormenta, pero acordamos, de todos modos, ir a la quebrada. Mientras nos dirigíamos a ella, la conversación fue artificial y vacía, y Juan siguió interrogando mi cara. La tormenta nos sorprendió en la quebrada y descargó un diluvio sobre el parabrisas. Juan salió del camino y detuvo el motor.

—De nada sirve manejar en estas condiciones —dijo. Se oían truenos ensordecedores, y me encogía cuando los rayos cruzaban por encima de los árboles. Juan empezó a poner su brazo sobre mis hombros pero, en lugar de eso, agarró el respaldo del asiento.

—Mónica —empezó—, me ha preocupado el pensar que puedas haber interpretado mal lo que te dije la otra noche. Los dos hemos pasado experiencias difíciles. Yo no estaba tratando de apurarte a que hicieras nada. Pero yo, bueno, siento que eres demasiado preciosa para que malgastes tu vida pensando en Jorge.

—¡Oh, Juan, eso no...!

—Déjame terminar —me interrumpió, sonriendo—. Tú has sido para Patricia más madre de lo que Raquel jamás fué. Pero lo que yo siento por ti es algo más que gratitud por todo lo que has hecho por mi hija. Dios sabe que adoro a Patricia. Pero el corazón de un hombre necesita una mujer. Mónica, tú lo eres todo para mí. Toda la furia de la tormenta exterior se estaba acumulando dentro de mí. Con un pequeño suspiro me entregué a los brazos que me esperaban. "Todo lo que tendré de él en este momento", pensé atormentada.

—Mónica —suspiró, al nombrarme—, a veces he pensado que tú querías que fuese así. Que como yo, sentiste que había algo entre nosotros, desde ese primer día en el hospital. Luego dudé.

Me apegué a él, respondiendo a sus besos con ardiente fervor. "Oh, Juan, Juan —pensé—; ¿cómo voy a perderte ahora?"

Jamás debí dejar que me besara. Eso hizo la idea de perderlo aún más dura. Pero ya no podía posponer la revelación de la verdad.

Luché para no revelar mi crimen. Sabía que nunca sería descubierta. Me traté de convencer que podría expiar mi culpa siendo una buena esposa para él y una madre para Patricia. No obstante, mi conciencia no me dejaba en paz. No podía aceptar la idea de casarme con Juan, existiendo ese secreto entre nosotros.

—Juan, hay algo que debo decirte —dije, temblando. No me separé de él. Quería permanecer en sus brazos, mientras me lo permitiera. Mi voz se quebró en un sollozo—. Oh, Juan, si tan sólo te lo hubiera dicho aquel primer día en el hospital.

Lloré, dejando que por fin surgieran las lágrimas. Estuvo tan tierno y gentil, acariciándome la barbilla y secándome las lágrimas.

—¿Es acerca de Jorge?

—Es acerca de Patricia —grité.

Tenía que hablar rápidamente, o las palabras morirían en mi garganta. Le conté todo lo que sucedió esa noche, un mes atrás, cómo había atropellado a Patricia, cómo había huido, aturdida y aterrorizada. A medida que hablaba, sus dedos se hundían brutalmente en mis hombros. Terminé, y pasaron cinco segundos. Diez. Juan estaba callado, mirando fijamente hacia adelante. Sus manos cayeron bruscamente de mis hombros, como si no pudiera soportar mi contacto.

Yo sabía que merecía su odio. El ya había sido herido por una mujer. Ahora yo también lo había engañado. En mi mente se deslizó el torturante pensamiento que Juan me habría perdonado si yo no hubiese huido.

Aún en silencio, abrió el contacto y pisó el acelerador, como si quisiera calmar una violencia, permitiéndose otra. Una bofetada me habría dañado menos que su silencio pétreo, durante el regreso a casa, a través de la lluvia. Yo estaba demasiado aturdida para pensar en otra cosa que no fuera que lo había perdido. Por fin llegamos. Aún en su enojo, Juan se veía pensativo, cuando me dejó ante mi casa, y esperó hasta que hubiese abierto la puerta y encendido la luz del hall. Yo sollozaba en silencio.

—Te esperaré en el hospital, mañana por la mañana —me dijo, con voz remota—. Patricia te quiere, y ya ha sufrido lo suficiente. Por ella no te enjuiciaré. —Caminó hacia la acera—. Cuando se mejore podrás alejarte gradualmente. Me dejó paralizada de dolor. ¿Cómo podría seguir?, pensé. ¿Cómo podría soportar el estar cerca de él, día tras día, en el hospital, queriéndolo como lo quería, y sabiendo que él había dejado de amarme? ¿Cómo podía dejar a Patricia? "Aléjate gradualmente", había dicho Juan.

Al llegar al día siguiente al hospital, vi que Juan le había comprado a la niña dos muñecas mellizas.

—Tú eres la abuelita y papá es el abuelito —anunció Patricia, con entusiasmo. Quería hacer una lista de todo lo que las muñecas necesitarían.

—No olvides las mamaderas —aconsejó Juan, eludiendo mis ojos.

—Necesitarán... baberos, y... —vi la mirada de advertencia que me dio Juan, cuando se me quebró la voz. Pero me sucedió una y otra vez. "El también está sufriendo —pensé—. Cuando el amor muere viene el dolor, tal como cuando sigue viviendo sin ser correspondido".

¿Cómo podía hacer comprender a Juan que él y Patricia eran las únicas razones de mi existencia? Mi sentimiento por Jorge había sido un idilio de adolescentes, ahora lo sabía. Juan me había enseñado el significado del amor maduro; que es más que besos y momentos agradables... es el compartir cada pena y preocupación, y la muerte, cuando ha pasado.

(Sigue a la vuelta)

Gane
\$30.000.-
en dinero efectivo

EN EL NUEVO SORTEO IPANA DE 1954

- 1) Despliegue el cartón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cartón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000 hay 9 premios de 10.000, 3.000 y 1.000 pesos en dinero efectivo.

*Nuevo sorteo
 de pasta dental*

IPANA
 M. R.

Para sus ojos...
Murine



Cuando los ojos están cansados, simplemente dos gotas de Murine en cada uno son suficientes para aliviar el malestar. La acción detersoria y calmante de Murine produce efecto inmediatamente. Murine quita los irritantes acumulados, llevando hacia afuera el polvo y las materias impuras.

Murine
 M. R.



Si, así me sentía, muerta por dentro. La voz apremiante de Juan me sacó del ensueño:

—¡Mónica, no has escrito nada en la lista!

Ese día y los que siguieron se arrasaron sin fin. Hasta que llegó la última semana de Patricia en el hospital. Entonces me di cuenta de que cada tic-tac del reloj me robaba las horas que me quedaban cerca de Juan, que cada segundo me alejaba a Patricia. Entonces me puse frenética. El tiempo pareció volar como una sombra rápida y ominosa, a pesar del llanto desesperado de mi corazón. ¡Todavía no, por favor, Dios, no me lo quites todavía!

Pero por fin llegó el día en que Patricia pudo ir a su hogar.

—Quiero que Mónica me vista —había insistido la noche anterior.

Fui temprano al hospital. Este era el día en que el doctor había de quitar el yeso de la pierna de Patricia. Ahora sabríamos si podría volver a caminar.

Pero Juan me esperó a la entrada de la pieza de Patricia, y con la cara tensa de desilusión, me informó que el doctor había decidido dejar el yeso durante una semana más. Otra semana de angustiosa espera. Impulsivamente me acerqué a Juan, como para consolarlo. Luego retrocedí recordando la muralla que había entre nosotros.

En el camino a casa, Patricia se acostó en el amplio asiento del coche de Juan, y yo me senté a su lado, agradecida de no tener que ir al lado de su padre, en el asiento delantero. Aún así no pude menos que recordar nuestro último paseo... la tormenta afuera y el pálido silencio que había significado la muerte de su amor por mí.

Al llegar a casa, Patricia contribuyó a aumentar la tensión.

—¿Por qué tienes que irte a casa, Mónica? —preguntó repentinamente—. ¿Por qué no te quedas aquí? Podrías dormir en la otra cama que hay en el cuarto de papá.

PARADOJA



—¿Cómo es la mujer de Roberto? —le preguntaba un amigo a otro.

—Es de las que te hablan horas de las cosas que la dejan sin habla.

Juan interrumpió su paseo y asió el mantel que había sobre la chimenea. Nuestras miradas se encontraron y se apoderó de mí un repentino temblor.

—No puedo quedarme, mi linda —respondí, vacilante.

—Mónica tiene su propio hogar y su familia —anotó Juan, con estudiada calma.

—Pero no nos tiene ni a ti ni a mí —insistió Patricia.

Juan murmuró una excusa y salió de la habitación.

De alguna manera logré dominarme y distraje a Patricia ofreciéndole leerle un cuento.

Y así pasó el día, cada momento amenazando una nueva crisis.

Después de comida, Juan llevó a Patricia a su dormitorio. La desvestimos juntos, y cuando estuvo lista para decir sus oraciones, ambos juntamos las manos.

Estaba tan cerca de Juan, que su cercanía era una verdadera agonía: "Oh, Juan, amame de nuevo —gritaba mi corazón—. Estréchame y mirame como lo hacías antes de esa terrible noche en que maté tu amor".

La fervorosa voz de Patricia estaba diciendo:

—Estoy feliz de estar en casa, mi Dios. Bendice a papá y a Mónica, porque los quiero más que a nadie.

No sé cómo di el abrazo de buenas noches a Patricia. Ni cómo pude, con voz firme, prometerle que me quedaría hasta que se durmiera y que regresaría a la mañana siguiente.

Por largo tiempo después de que Patricia se hubo dormido, Juan y yo compartimos la pieza en incómodo silencio. Luego él dijo:

—No te ves bien, Mónica. ¿No deberías hablar con el doctor?

El pulso que latía en su mejilla competía con el latir de mi corazón.

—No estoy enferma, Juan —repuse, sintiendo agitarse una débil esperanza dentro de mí. Juan aún se interesaba por mí. ¡Tenía que interesarse, porque si no, no se preocuparía de mi salud.

—Me doy cuenta del esfuerzo que has tenido que hacer.

Mónica. —Me miró, interrogante—. Te estoy agradecido por haber mantenido feliz a Patricia. Si crees que el esfuerzo es demasiado grande para ti... Casi gritó: "Nada importa, en tanto pueda estar cerca de ti, Juan". Pero murmuré: —No es demasiado pesado. —Patricia necesita de alguien que la divierta. Pero una vez que le saquen el yeso. Puede que las rápidas lágrimas que llenaron mis ojos lo hayan detenido. Pero yo sabía lo que había querido decir: que debía separarme de Patricia y de su propia vida.

De manera que la esperanza había sido falsa. Mi corazón pareció astillarse cuando respiré profundamente para ahogar los sollozos que brotaban de mi pecho. Durante los días siguientes hice todo mecánicamente y sin vida. Patricia notó el cambio. Hacia el fin de la semana, Juan y yo estábamos parados junto a su cama, como de costumbre, mientras ella decía sus oraciones. Solemnemente pidió a Dios que me hiciera mejor abuela, explicando que recientemente yo había olvidado cuidar de sus muñecas.

Juan me observó atentamente por el resto de la tarde. Esperé, temiendo que me dijera que empezara a separarme de Patricia, tan pronto como el yeso fuese retirado a la mañana siguiente. Cuando me deseó buenas noches, sin decirlo, mi corazón se sintió aliviado.

El auto del doctor estaba junto a la cuneta cuando regresé a la mañana siguiente.

Estuve con Juan al pie de la cama, mientras el yeso era retirado. El cuidadoso examen del doctor casi nos impidió respirar. Finalmente el doctor nos miró, sonriendo: —Esa pierna podrá correr y bailar, una vez que los músculos recuperen su fuerza.

El murmullo: "¡A Dios, gracias!", de Juan pareció llenar la habitación de felicidad y paz. Las lágrimas me llenaron los ojos cuando hice mi propia acción de gracias. Durante el tiempo que ocupa un latido del corazón, mis ojos se encontraron con los de Juan. A duras penas me atrevía a tener esperanza, pero en ese momento me pa-



¿SABIAS...

...que en un año, los Estados Unidos producen una cantidad de leche tal, que bastaría para llenar un río

de 4.800 Km. de largo por 12 metros de ancho y un metro de profundidad?

reció que Juan me miraba con cariño. Cuando Patricia dió los primeros pasos inciertos, rogué: "Por favor, Dios, haz que sea cierto. Dame otra oportunidad de ganar el amor de Juan".

Fué un día maravilloso para todos nosotros. La sombra del futuro ya no nos cubría, fría y pesada. Porque ahora podíamos estar seguros de que Patricia quedaría completamente sana. Olvidé mi propia tristeza, ante la alegría de su recuperación, y fui mucho más feliz de lo que lo había sido durante semanas. Patricia también parecía sentir que parte de la tensión se había descargado, y ella, también, estaba más feliz que antes.

El momento crucial llegó cuando hubimos acostado a Patricia, y Juan y yo quedamos frente a frente. Después de un rato se paró y se apretó las manos.

—Pronto abriré nuevamente mi oficina, Mónica —me dijo—. Te pagaré para que cuides de Patricia, mientras yo esté ausente. Ella no estaría contenta con nadie más.

—Pagarme... —las palabras salieron entrecortadas.

Luché contra el profundo dolor que sentía en el pecho, sabiendo que Juan no había intentado ofenderme. Sencillamente, había establecido un hecho: que Patricia me necesitaba y que él quería que me quedase, por ella. ¿Qué más podía esperar? Ciertamente no su amor; no tan pronto, después de lo que le había hecho. El corazón de Juan estaba cerrado para mí, pero debía agradecer una cosa: el que la puerta de su hogar no lo estuviera. Podría verlo todos los días y ver a Patricia. Tal vez ésta era la forma en que Dios me daba otra oportunidad de recuperar el amor de Juan.

—Sí, yo cuidaré de Patricia —me oí decir. Mientras hablaba, la expresión de Juan se dulcificó.

—¡Gracias, Mónica! Y mañana vamos a un picnic. Sólo nosotros tres.

Sé que debo esperar el amor de Juan. Ese es mi castigo, por el mal cobarde y cruel que le infligí. Pero cada noche ruego por que la pequeña Patricia lo guíe hacia mí, cuando, por fin, haya probado que soy digna de su amor y de su respeto.



LUZCA
SIEMPRE

"Manos de fiesta"

con
Crema HINDS



Largo de los quehaceres domésticos, después de mojar las manos, friccionélas con Crema HINDS. Verá cómo adquieren especial suavidad. ¡Por eso... tenga siempre a mano Crema HINDS para sus manos!

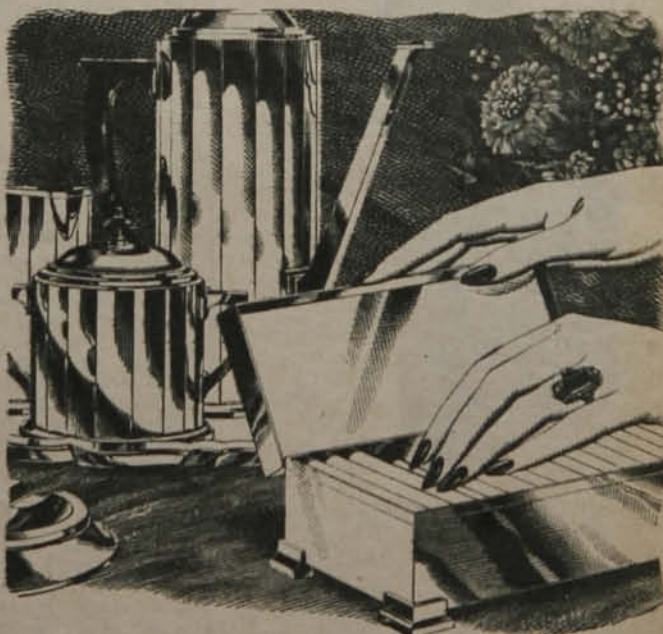
Es útil como crema de limpieza por la noche, y de día como base para el maquillaje. Su suavizante lanolina limpia el cutis y sus especiales propiedades protectoras la convierten en una real crema de más belleza.



crema

HINDS
de miel y almendras

ENRIQUECIDA CON LANOLINA



¡Los artículos de plata siempre están de moda!

Cuando amueble y decore su casa al estilo moderno, no tiene por qué desterrar sus artículos viejos de plata. De hecho, sería una gran lástima, ya que la plata buena, así como el buen gusto mismo, pueden iluminar con la debida discreción cualquier ambiente. La plata más antigua, heredada del pasado, puede competir ventajosamente con la plata moderna. Use las dos clases pero trátelas con cuidado. Sólo emplee Silvo para pulimentar sus artículos de plata. No hay nada tan suave—ni tan eficaz.



PARA LUSTRAR PLATA

HECKITT & COLMAN LIMITED · HULL · INGLATERRA

Refrescantes como
un baño de nieve!

COLONIAS
SOLIDAS

Dana M. R.



Además de la gran concentración de su perfume, las colonias sólidas Dana son ideales para viajar, porque no se derraman. Acaricie su piel con estas "barritas mágicas" y aprecie la agradable sensación de frescura que le proporcionan. Son prácticas, fragantes y novedosas.

EMIR - PRIORITE - EXTRA DRY

CAPITULO I

A pesar de sí misma, estaba asustada. Había decidido que no dejaría que eso se le notara. Se había propuesto ser equilibrada y ligeramente indiferente, sin impresionarse por los estudios Albion Films. Pero ahora que se hallaba en la oficina del productor, Mónica se dio cuenta de que su corazón saltaba locamente y que las palabras le salían balbuceantes como un niño.

Estaba anonadada. No era que hubiera nada que la asustara en el señor Thomas Hackett, quien iba a ser el productor de "Deseo". Al contrario. Por todo lo que había leído y oído acerca de los estudios de cine, esperaba encontrarse con una especie de Babel, llena de hombres gordos fumando cigarros y gritando extravagantes órdenes por teléfono. No era tampoco que esperara encontrar al señor Hackett con el pelo lleno de briznas de paja. Pero, de todos modos, se sorprendió al observar al hombre que había enfrente de ella, al otro lado del escritorio.

Todo el lugar, terreno, edificios, oficinas, la sorprendió por lo tranquilo que parecía. Los Estudios Pineham, a tres cuartos de hora de Londres en tren, se extendían a lo largo de varios acres verdes, rodeados por una alta cerca de alambre que se veía desde el camino público. El cuerpo de edificios principal, largo y bajo como un pabellón, de deslumbrante concreto blanco, con toldos anaranjados sobre las ventanas, se encontraba situado delante de los estudios de sonido. El solo divisar sus grandes formas grises puso una sensación de excitación en el pecho de Mónica. Parecían desiertos, dormitando bajo los últimos rayos de sol de agosto, un poco siniestros.

Por supuesto, no la condujeron al edificio principal. El portero lo puso en claro cuando su automóvil, que había arrendado en la estación, atravesó la reja de entrada.

—¡El señor Hackett! —gritó Mónica desde la parte trasera del automóvil.

—¿Quién?

—¡El señor Hackett!

—¿El señor Tom Hackett? —preguntó el portero con aire de duda, aunque sólo hay un señor Hackett en los Estudios Pineham.

—Eso es. Mi nombre es Mónica Stanton. Tengo una cita con él. El portero se apiadó de ella.

—Edificio viejo —le dijo al conductor, y éste pareció comprender.

Hacia un calor insostenible. Los prados verdes, el camino de grava, los automóviles estacionados, todo rebrillaba bajo los rayos del sol. Pasados los edificios principales, al lado de una pequeña colina y bajo unos árboles arqueados, surgió sorpresivamente una pequeña casita de ladrillos rojos, estilo feudal, con una cúpula. Todo el frontispicio estaba cubierto de enredadera. Un río en miniatura corría suavemente en una hondonada bajo las ventanas de la casa. Todo era idílico. Daban deseos de acostarse a dormir. Y arriba, en una soleada oficina que miraba al arroyo,

Mónica fué presentada al señor Hackett.

Hackett era tranquilo, lacónico y señorial, tal como el protagonista de "Deseo".

—Estamos muy contentos de tenerla aquí, señorita Stanton —dijo—. Muy contentos. Por favor, siéntese.

Le alcanzó una silla. Con gesto lacónico y señorial, sacó una caja de cigarros de su escritorio y le ofreció. Luego, dándose cuenta de lo impropio del ofrecimiento, volvió los cigarros al cajón y lo cerró con el mismo aire de hombre de negocios.

—Pero fumaré un cigarrillo, ¿no es así? Muy bien. Yo personalmente nunca fumo —le explicó con un aire de virtuosa austeridad—. ¡Señorita Owlsey! Cigarrillos, por favor.

Se acomodó en su silla y la miró detenidamente. Hackett (toda una personalidad) trabajaba para un misterioso personaje llamado Marshlake, el jefe principal de Albion Films, quien aportaba el dinero, pero al cual nadie conocía, excepto por las malas jugadas que trataba de hacer. Hackett era la pericia misma. Tenía unos treinta y dos años. Era bajo de estatura, moreno, con una cara ancha y un bigote como cepillo de dientes, el cual se levantaba para lucir una radiante sonrisa que, sin embargo, tenía algo de austeridad indefinible.

—Por supuesto —dijo Mónica, decidida a ser exacta—. Estoy sumamente contenta de estar aquí, de tener esta oportunidad.

La sonrisa tolerante de Hackett reconoció la verdad de esto.

—Y es por eso que no quiero aparecer bajo un aspecto falso. ¿Supongo que mi agente le diría que no tengo ninguna experiencia en escribir argumentos para películas?

Hackett pareció sobresaltarse. Sus ojos se achicaron.

—¿Ninguna experiencia? —preguntó—. ¿Está segura de eso?

Hackett no parecía tener ninguna intención de caer en una trampa al creer tal cosa.

—¡Por supuesto que estoy segura!

—Ah, no sabía esa parte del asunto—murmuró el productor con una voz baja y siniestra; y el corazón de Mónica se encogió.

Hackett meditó un instante. Luego se puso de pie y caminó una y otra vez a lo largo de la oficina. Parecía sumido en profundos pensamientos.

—Eso está malo. Muy malo. Eso no está nada de bueno. Estoy pensando en voz alta, ¿comprende? —le explicó, mirándola de pronto y cayendo de nuevo en el mismo trance—. Por otra parte, no le pedimos a usted que nos hiciera un argumento cinematográfico.



El temporal comenzó cuando tía Flore comenzó a leer el libro de su sobrina.

Howard Fisk, quien va a dirigir "Deseo", nunca usa esos argumentos cinematográficos. Se lo aseguro. ¡Nunca! (Mónica tuvo un súbito impulso de decirle que era muy inteligente de su parte el no usarlos; pero como no sabía exactamente lo que era un argu-

de hacerlo lo más visual posible. El diálogo un mínimo. En realidad—hizo un gesto con las manos como para definir la situación—, casi nada de diálogo. Usted aprenderá pronto (estoy pensando en voz alta, ¿comprende?). señorita Stanton, cuando llego a una decisión, me atengo a ella. Está usted contratada.

Partiendo de la base que Mónica ya había sido contratada después de una amarga batalla con su agente de publicidad literaria, esta decisión podía parecer superflua. Pero no lo era. En el negocio de las películas, Mónica sabía que todo depende de los dioses.

Por su parte, Mónica estaba tan feliz que casi tartamudeaba. Era una especie de felicidad delirante, que se agitaba en sus venas y la hacía sentirse ligeramente mareada. Hubiera querido pararse frente a un espejo y decirse a sí misma: "Yo, Mónica Stanton, de la vicaría de San Judas, East Roystead, Hertfordshire, me encuentro en este momento sentada en las oficinas de Albion Films, conversando con el productor de "Sol Negro" y "El Divorcio de mi Esposa". Yo, Mónica Stanton, que cada vez que voy al cine veo el nombre de otras gentes que han alcanzado la fama, me de ver ahora mi nombre entre los titulares, y el producto de mi imaginación llevado a la vida en la pantalla. Yo, Mónica Stanton, he de ser parte de este mundo brillante, rutilante".

Y en él estaba. Thomas Hackett, por razones que se verán más tarde, era la persona más ocupada de todo el Estudio Pineham. Pero aún así, quedó pasmado al conocer a Mónica Stanton en persona. Porque, cosa rara en él, había, incluso, leído "Deseo", y se había admirado de cómo había podido pasar por el censor. No es que esperara que Mónica se pareciera a la voluptuosa y mundana Eva D'Aubray, la heroína de "Deseo". Todo lo contrario. Dada su experiencia, Hackett sabía que las damas que escriben apasio-

nadas historias de amor eran por lo general duras y frías mujeres de negocios o acicaladas solteronas que hacían huir a todos los varones de la vecindad. Por esto estaba preparado para cualquier clase de monstruo. Pero no lo estaba para la vehemente, bien conformada y agradable muchacha que se sentó frente a él, mirándolo con sus ojos inteligentes, a la vez que llenos de inocencia. Sin ser una belleza llamativa, Mónica era, sin embargo, una de esas muchachas bonitas y saludables que irradian inocencia. En lo profundo de su ser, Hackett se sintió desagradablemente sorprendido. Pensó que no era lógico que ella conociera las cosas sobre las cuales escribía. Le extrañaba que su madre la hubiera dejado escribir el famoso libro ese.

Mónica no tenía madre. Pero sí una tía. Y la tía se había extrañado también. Todo el mundo sabe la historia del libro más vendido del último tiempo, "Deseo". Todos saben que fue escrito por Mónica Stanton, de veintidós años de edad, hija única del Reverendo Canon Stanton, un párroco de pueblo; que rara vez Mónica había salido de los confines de East Roystead Herts. Pero lo que nadie conoce es el alboroto que formó el libro en cuestión en su propio hogar.

Cuando por primera vez el manuscrito fue entregado para opinión, cierto impresor dijo:

—Champaña en baldes. Diamantes por montones. Nadie anda en nada que no sea un Rolls-Royce. Y enredos amorosos. ¡Dios santo! Y ese capitán Royce, el héroe, es un demonio de hombre; aunque creo que el autor debería ser más cuidadoso en eso de mandarlo a cazar tigres al Africa. Pero...

—¿Pero? —le preguntó su socio.

—En primer lugar, se ve que la mujer sabe escribir. Saldrá adelante. En segundo lugar, a nosotros nos conviene que salga adelante; este libro, tal como es, será un éxito. Es lo que toda la gente sueña en su imaginación. Las librerías llorarán por tener-

(Sigue a la vuelta)

Y así... al crimen

POR

CARTER

DICKSON

mento cinematográfico, guardó un discreto silencio.)

—¿Puede usted escribir diálogos? —le preguntó bruscamente Hackett.

—¡Oh sí! Una vez escribí una pieza teatral.

—Pero esto es diferente —le contestó Hackett.

—¿En qué sentido?

—Muy diferente. —Hackett movió la cabeza misteriosamente—. Pero lo importante es, escúcheme bien, que usted pueda escribir diálogos. ¿Diálogo bueno, rápido, brillante?

—No sé. Pero puedo tratar.

—Entonces queda contratada —dijo Hackett con aire decidido—. No mucho diálogo, acuérdeselo —la previno—. Trate

—¡Ah!, no sabía esa parte —murmuró el productor con una voz baja y siniestra que el corazón de Mónica se encogió.





lo, o yo no sé nada de este negocio. Y tenía razón.

Mónica lo había escrito, apasionadamente, con cada uno de esos sueños de su imaginación. No es que la disgustaran East Roystead o los miles de pe-

queños quehaceres de la hija de un cura de pueblo. Pero había veces en que todo eso la aburría hasta las lágrimas. A veces pensaba en su vida y apretaba los puños con impotencia. Estos sentimientos no eran en absoluto suavizados por la presencia de su tía, la señorita Flosie Stanton, una de esas mujeres pequeñas y "sensibles", pero que causan más desastres que cualquier tirano. Así, mientras escribía, la imaginación de Mónica se exaltaba. En Eva D'Aubray, la heroína, creó una "grande amoureuse", cuyas hazañas habrían sido miradas con respeto por una combinación de Elena de Troya, Cleopatra y Lucrecia Borgia.

Mónica (y que esto quede bien en claro) trató de guardar en secreto el asunto. El libro se publicó bajo un seudónimo. Nadie en su casa habría sabido que era ella la autora, ni su tía, en su tarea habitual de registrar, quincenalmente, todas las cosas de Mónica, no hubiese encontrado una parte del manuscrito en un cajón del escritorio.

Incluso entonces, la familia permaneció serena, debido a que nadie se molestó en averiguar de qué se trataba. Luchando entre su humillación y su orgullo, Mónica anunció que estaba escribiendo un libro. Pero no se le concedió ninguna importancia a su anuncio. Su tía sonrió vagamente, y dijo: —¿En verdad?

E inmediatamente cambió el tema, de una manera un poco temerosa, preguntándole a Mónica si tendría tiempo, entre sus múltiples ocupaciones literarias, para entregarle el pedido del día al almacenero.

El primer relámpago de la tormenta se produjo con la llegada de una carta y de un cheque, mediante el cual los editores aceptaban el libro. Toda la mesa quedó pasmada, a la hora del desayuno en la Vicaría de San Judas. El Reverendo Canon Stanton quedó con la taza de café en el aire durante tanto rato, que la sirvienta vino y la tomó de su mano. La señorita Flosie pasó por una serie de estados emocionales. Pero, finalmente, el cheque la convenció.

Poco rato después, la señorita Stanton se colocó su sombrero y salió por el vecindario para charlar sobre la noticia.

Todo lo que sucedió después, fué de su exclusiva culpa. Parecía hacerlo casualmente, pero en cualquier momento lo metía en la conversación. Ni siquiera se le ocurrió preguntar de qué trataba el libro. Originalmente "el librito de Mónica, ¿sabía usted?", tenía el título de "Eva D'Aubray", nombre que la señorita Stanton vagamente asociaba con Mme. Curie, y pensaba que todo estaba muy bien. Incluso, cuando el libro se imprimió, seis meses más tarde, todavía no se le ocurrió leerlo.

Pero en las vecindades de Roystead, el libro había sido leído. Y estaban esperando. Fué un Viernes Negro, un día en julio, cuando la señorita Stanton, tomando té en casa de la señora Clonel, hizo una observación sobre el libro, diciendo que había oído que era muy entretenido y preguntándose so-

Reina en tu hogar



Desmanchar es un trabajo molesto, a veces sin resultado. Para evitarlo, sigue este consejo: evita hacer manchas. Si pese a tus cuidados, las manchas se producen, ¿cómo sacarlas?

—Ante todo, una mancha fresca resiste raramente a los medios más sencillos, pero, en cambio, en cuanto ha penetrado profundamente en la tela y se ha secado, es difícil, a veces imposible, sacarla sin perjudicar la tela. Hay, pues, que sacar una mancha lo más rápidamente posible.

—Sólo se puede desmanchar la ropa limpia. Por raro que parezca este consejo, es exacto, pues si se saca una mancha de una prenda sucia, el lugar limpio, sobre el fondo sucio, formará una mancha.

Por el contrario, sobre una prenda limpia, un desmanchado puede dar excelentes resultados.

—Hay pocas manchas frescas que resisten al agua pura y a un trapo blanco, sin pelusas, colocado bajo la mancha, mientras que se pasa con otro trapo blanco. ¡Atención! Todo su material para desmanchar debe estar rigurosamente limpio. Frecuentemente es preciso renovar el paño para poner debajo y el trapo para sacar la mancha.

Siempre hay que proceder como para barrer una pieza, es decir, de afuera, de las orillas hacia adentro, para evitar las aureolas o círculos.

—La rapidez para secar es un factor de éxito. Por lo tanto se aconseja emplear, después de desmanchar con bencina (siempre lejos de todo fuego, aun de un cigarrillo encendido), algún polvo absorbente, como magnesia calcinada o talco.

—Los detergentes modernos constituyen buenos desmanchadores, permitiendo desmanchar telas que no soportan el agua. Obzan maravillas sobre alfombras, trajes, sillas, etc.

—Los cuellos de las chaquetas o abrigos, se limpian con agua y amoníaco (una cucharada sopera de amoníaco por una taza de agua tibia), usando un cepillo liviano.

Mojar poco para no empapar las telas que mantienen en forma el cuello. Los desmanchadores que se expenden en el comercio, con el corcho sirviendo de mota, son de un empleo muy práctico para los solteros, que los aprecian particularmente.

bre qué trataría. Y toda la mesa, temblando con secreta alegría, se levantó como una sola mujer; y la enteraron.

Eso fué el final de todo.

La señorita Stanton volvió a la Vicaría, entró en el estudio de su hermano como un huracán, y se dejó caer sobre un sillón. Canon Stanton, resignadamente, dejó la pluma.

—James —dijo la señorita Stanton, con una voz como de agente federal al interrogar un gangster bajo potentes luces—. ¿has leído ese libro?

Desgraciadamente, las familias tienen unas mentalidades tan estrechas.

Y de esta manera, Mónica Stanton adquirió la reputación de mujer perdida.

Esto no quiere decir que su reputación llegase a ser igual a la de Eva D'Aubray en el libro. Después de todo, los habitantes de East Roystead la habían conocido toda su vida y sabían, en primer lugar, que su campo de acción era bastante más limitado que el de Eva D'Aubray. Nunca se llegó a decir que hubiese vendido su honor por un collar de diamantes, de valor de veinte mil libras. Tampoco se dijo que hubiese ido en un crucero por el Mediterráneo, con un conde italiano; era imposible que estas cosas se dijese, puesto que nadie en East Roystead había tenido jamás un collar de valor de veinte mil libras, y, por otra parte, todo el mundo sabía que los Stanton pasaban sus vacaciones en Bour-nemouth.

En East Roystead la gente era justa. Pero ése era el límite de su justicia. Incluso aquellos que reconocían que el libro era pura imaginación, todavía argüían, con una conmovedora fe en la sinceridad de los autores, que nadie podía escribir un libro entero sobre un asunto, sin tener algún conocimiento de él.

Además de esto, Mónica tenía fama de "muchacha tranquila", y esto hacia las cosas peores.

En la vicaría, las primeras semanas, después del descubrimiento, fueron caóticas. Las angustiadas quejas de la señorita Flosie se dividían en tres puntos: a) Cómo se las arreglarían para sobrevivir a la tragedia; b) Cómo una sobrina suya podía haber escrito tales cosas; y c) Cómo una sobrina suya había aprendido tanto sobre tales cosas, como para poder escribir sobre ellas.

Este último punto parecía ser el más importante. La señorita Stanton insistía en él de una manera terrible.

No trataba de aclarar las cosas con Mónica. Si le llegaba a preguntar detalles, luego levantaba una mano, indignada, y rehusaba oírlos. Y cuando Mónica, desesperada, le preguntaba qué era lo que pretendía, la señorita Stanton le contestaba, con una siniestra inflexión en la voz:

—Tú sabes...

La señorita Stanton quería saber quién era el hombre. Repasaba morbosamente los nombres de todos los jóvenes de la vecindad. Al final, tenía al vicario medio loco, y en él Mónica encontró un inesperado aliado. La señorita Stanton lo miraba estupefacta.

—James, no puedo entenderte. Por Dios, supongo que no pretenderás perdonar estas horribles cosas que pasan.

—¿Qué cosas que pasan? —preguntaba el vicario.

—Ese libro, por supuesto.

—Un libro no es exactamente cosas que pasan, querida.

—James, eres el hombre más irritante que he conocido. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Ese horrible libro...

—Es una niñería precoz, reconozco. Y poco conveniente. Al mismo tiempo, confieso que lo encuentro ligeramente entretenido...

—¡James, no seas desagradable!
—Mi querida Flosie —dijo el vicario, con un poco de aspereza—. Estoy tentado de ser vulgar y decirte: Déjate de cuentos. Estás confundiendo la ficción con una autobiografía. Recientemente conocimos al señor William Cartwright, quien escribe novelas policíacas. Te hizo una impresión muy favorable, si mal no recuerdo. No se te ocurriría pensar que Cartwright pasa sus ratos libres cortándole el cuello a la gente, ¿no es así?

Pero la señorita Stanton se asió trágicamente a esta pueril argumentación. Todas sus quejas se resumían en ella.
—¡Si por lo menos —se lamentaba— si por lo menos Mónica hubiera escrito una simpática novela policial! Esta frase merecía ser incluida a la cabeza de las observaciones históricas que causan las más grandes peleas familiares.

Cualquiera que haya tenido alguna experiencia con la vida familiar puede asegurar que cuando el ama de casa se aferra a una frase que repite con insistencia porque le parece que es buena, no hay nada que hacer. No la soltará más. El resto de la familia se verá obligada a oír, exactamente con las mismas palabras, un promedio de doce veces al día. Terminarán por enfermarse con sólo oír. Y sufrirán cada vez que la dama abra su boca. Por lo demás, Mónica no tenía ningún antagonismo especial contra esa inofensiva forma de entretenimiento, que es la novela policial. No le gustaba ni le disgustaba. Había leído unas cuantas, que le parecieron más que todo irreales y un poco estúpidas, pero que uno puede tolerar si le gusta ese tipo de cosas.

Pero cuando su tía se asió a su argumento, Mónica llegó a tal estado, que incluso maldecía el día que había nacido Sir Arthur Conan Doyle. Era un odio mudo e intenso el que sentía. En lo que se refería a William Cartwright, cuyo nombre la señorita Flosie se las arreglaba para sacar a relucir en cualquier conversación, desde el pastel de tapioca hasta Adolfo Hitler, con perversa ingenuidad, Mónica hubiese querido envenenarlo con curare y bailar sobre su tumba.

Como sucede siempre, una frustración provocó el desenlace de todo el asunto. A lo largo de todo el desarrollo de la tormenta que había provocado "Deseo", Mónica había conservado un exterior sereno, a pesar de estar llena de temor en su yo interno. El primer remordimiento de conciencia lo tuvo cuando la primera onda de abrasadora inspiración hubo pasado y se dió cuenta de lo que había escrito. La segunda vez que esto mismo ocurrió fué cuando leyó las primeras pruebas impresas para corregirlas; y después de eso ya no tuvo más calma.

Pero, en todo caso, era más su indignación y rebeldía que su temor. No era justo, sollozaba frente al espejo. No era justo ni razonable.

Toda su vida había querido escribir, y ahora había probado que podía hacerlo. ¿Y qué había ocurrido? Su libro, según todas las opiniones, era algo admirable; y en lugar de recibir una palabra de aliento, había sido tratada como un criminal convicto. Sentía ese sentimiento de contrariedad infantil e irrazonado de cuando uno ha hecho algo con la mejor de las intenciones, y todos los adultos se levantan llenos de ira en contra de uno.

—Y yo le digo a su padre —decía la señorita Stanton, con voz baja y dolorida— que si por lo menos Mónica

¿Quieres ayuda en tu cocina?



ARROLLADOS DE TERNERA:

Se cortan tajadas largas de filete de ternera, se aplastan ligeramente, se espolvorean con sal y pimienta, perejil y miga de pan muy molido. Se arrollan las tiras dejándolas de dos o tres dedos de alto. Se amarran para impedir que se abran. Se doran en una cacerola con tocino, cebolla, zanahorias y aceite. Estando dorados, se les agrega caldo y se ponen al horno. Se rocían seguidos con caldo para impedir que se resequen. Después de guisados se les quita el hilo, se ponen al centro de una fuente de verduras cocidas y saltadas en aceite y se rodea con los arrolladitos.

LOCRO DE COLIFLOR:

Se cuece una coliflor en leche, se parte en pedazos y se une con algunas papas cocidas, se hace una salsa con harina, leche y aceite y se junta a la coliflor con papas, se hierva todo dejándolo espeso y si se quiere se le agregan huevos fritos.

APIO CON MAYONESA:

Se parte el apio en pedazos de regular tamaño, se cuece con sal, y estando cocido se pone a enfriar. Se sirve con una salsa de mayonesa, a la que se le ponen pedazos de huevo duro.

TORTILLA ZANAHORIA:

3 huevos, 3 zanahorias, sal, pimienta, aceite.
Se lavan las zanahorias, se secan y se rallan. Se calienta aceite y se pone a dorar. Se baten los huevos ligeramente y se le agregan las zanahorias doradas y fritas, se sazona con sal y pimienta, se pone a freír la tortilla en la sartén con aceite.

SOPA DE VERDURAS:

Litro y medio de caldo, 2 zanahorias, 2 nabos, 4 papas, repollo, sal.
Se pelan las verduras y se cortan en tiritas, esto se frie en aceite con sal, y una vez frito se le pone el caldo hirviendo. Se deja hervir hasta que las verduras estén bien cocidas y después se sirve. Es muy buena para los pequeños.

hubiese escrito una simpática novela policial.

Por último, ¿cuál era la razón para armar tal alboroto? Era lo que Mónica apasionadamente se preguntaba. Releyendo "Deseo", pudo darse cuenta de que había algunos pasajes que se podían llamar impropios. ¿Era eso tanto? ¿Era como para causar tanta conmoción? Todo era perfectamente normal, natural y humano, ¿no era así?

—Y yo le digo a su padre —decía confidencialmente la señorita Stanton— que si por lo menos Mónica hubiese escrito una simpática novela policial!

¡Oh Dios mío!

Fuó para peor que el libro fuera un éxito. Avisado por los vecinos, un periodista vino a entrevistar a Mónica; fué fotografiada en el jardín de la vicaría, y apareció su verdadero nombre en los periódicos. El reportero también le hizo algunas preguntas sobre Los Derechos a Amar de las mujeres. Mónica, confundida, le dió unas respuestas que, impresas, parecían mucho peor de lo que en realidad eran. Canon Stanton tuvo que escribirle al obispo para explicarle esto; la señorita Stanton tuvo material para las tres semanas siguientes; y más periodistas trataron de aprovechar la oportunidad de hacer una buena noticia. "No lo creerían —escribía 'El Planet', que era una especie de revista literaria—, con una cara como un ángel de Burne-Jones y, probablemente, un corazón como Mesalina."

—Por supuesto —observaba la señorita Flosie, con una odiosa nota de complacencia en la voz—, el libro está dando mucho dinero; mucho, creo; pero, como yo le digo a mi hermano, ¿qué es eso? ¿Qué es en realidad? Después de todo, el señor Cartwright gana mucho dinero. Y, como yo le digo a mi hermano, si por lo menos Mónica hubiese escrito una simpática novela policial.

Mónica ya no podía soportar más. A mediados de agosto, antes que hubiera vislumbres de los acontecimientos que habían de destruir a Europa, Mónica hizo su maleta y se marchó a Londres.

Sentada en la oficina de Thomas Hackett, Mónica sentía una verdadera fiebre de impaciencia, de deseos de empezar a trabajar. Haría del guión de "Deseo" una obra de arte, dentro de los argumentos cinematográficos; tendría que ser bueno; se había jurado a sí misma. No podía ser de otra manera, desde el momento que estaba siendo tratada con cortesía, deferencia e incluso consideración por el hombre que había sido descrito como el Joven Napoleón de la industria cinematográfica británica; tan agradecida estaba, que sentía una lealtad inquebrantable por Hackett, con su sobria habilidad y su suave y seguro sentido práctico.

—Todo arreglado, entonces —dijo Hackett, inclinándose sobre el escritorio para estrecharle la mano—. Y ahora que es una de los nuestros, ¿qué piensa de ello, señorita Stanton?

—Creo que es maravilloso —contestó Mónica—. Pero...

—¿Pero qué?

—Bueno, quiero decir, ¿cómo trabajaré? ¿Me quedo en la ciudad y escribo el guión y se lo envío, o trabajo aquí?

—Oh, trabajará aquí —contestó Hackett.

La alegría de Mónica llegó a su límite; ésta era su última ansiedad. El sólo ver los Estudios Pineham había puesto la enfermedad del cine en su sangre.

(Continúa en la pág. 20)

¡Una doble prueba
para una doble
conquista...!



Embelece
y enamora...

La doble
prueba de:

Don Juan
M. R.



Mi nombre es María Angélica y nací en un pequeño pueblo del sur. Fui hija única de un matrimonio desgraciado. Mi padre era de esos hombres a quienes no les importa el trabajo. Mi madre era una mujer frágil y enfermiza. Solía recibir trabajos de costura para poder tener lo suficiente para comer y vestirse ella y yo. Cuando yo tenía sólo trece años mi madre murió. Me imagino que papá se sintió feliz de poder deshacerse de la carga de una mujer y de una criatura. Es así como se le ocurrió escribirle a mi abuelita. Cuando recibí la respuesta, me subió a un tren y se despidió de mí para siempre. Mi abuelita me cuidaría, me dijo. Vivía sola y su casa también estaba deshecha. Cuando el tren llegó a la estación de la ciudad donde vivía mi abuelita, me quedé de pie en la plataforma de madera. Era una muchachita asustada, de cara delgada y ojos grandes. Nunca antes había salido de casa y ahora, de pie allí, en esa tarde de invierno, me sentía desolada y llena de miedo. El frío traspasó mi abrigo y me cerré el cuello mientras mis ojos recorrían la estación con un algo de esperanza. Quizá la abuelita me había venido a esperar. Pero cuando vi que el lugar estaba desierto, cogí mi maleta y comencé a caminar por las calles desconocidas. Caminé ligero, rememorando cada frase de la carta que la anciana le había escrito a papá. Le había dado instrucciones precisas de cómo se llegaba a la casa desde la estación. La distancia era de dos o tres cuadras, pero de todos modos deseé que hubiera venido a esperarme. Encontré la casa sin dificultades, y entré, deteniéndome incierta en la puerta. Antes de golpear, formulé una pequeña oración: "Por favor, haz que me quiera..." Y toqué el timbre. —¿Quién está ahí? —preguntó una voz delgada y chillona detrás de la puerta. Carraspeé y respondí: —Es María Angélica, señora. La puerta se abrió y entré, cuidadosa de limpiarme los pies en el felpudo. Adentro, había un hall largo seguido por una escalera iluminada. De pie, frente a mí, estaba mi abuelita. —Buenas tardes —exclamé con timidez. —¡Así es que tú eres la hija de Jaime! —dijo. Era una anciana con facha de solterona, de cabello blanco y escudriñadores ojos negros. Asentí y me acerqué para besarla, pero ella se dio vuelta abruptamente. —¡Sígueme! Te mostraré tu dormitorio. Pareces entumida de frío. Esta no es hora para que una niña chica como tú ande sola por las calles —comentó mientras caminaba delante de mí por el hall. —¡Oh! No me importó, abuelita —repliqué, deseando que no se preocupara. Se detuvo en la mitad de la escalera y me miró. —¿Te molestó alguien, María Angélica? —¿Molestar? No comprendo... —¡No importa! ¡Ven! Ella prosiguió su camino y yo la seguí, preguntándome qué querría decir con esa pregunta. Mi habitación era pequeña, pero el empapelado era de flores y había alegres cortinas amarillas en las ventanas. Nunca había tenido algo semejante en mi casa y le dije a mi abuelita lo linda que era. —Me alegro de que te guste —replicó.

Dió unas vueltas por la pieza, enderezando la silla y luego se volvió a mí con brusquedad. —Vas a ser muy bonita. Eso está malo, niña. Los hombres siempre gustan de las mujeres hermosas. Se me acercó y no sé por qué razón yo di un paso atrás asustada. —Ten mucho cuidado, María Angélica. Yo no quiero bromas en mi casa. —Sí, abuelita —respondí, casi sin aliento. A pesar de sus extrañas conversaciones, fué muy buena conmigo esa noche. Quizá se dió cuenta de mi sensación de soledad en la nueva casa, o quizá sabía cuán desesperadamente echaba de menos a mi madre y lo aterrador que es sentirse tan sola cuando sólo se tienen trece años. De todos modos, la comida fué maravillosa. Había pollo asado con papas y verduras frescas. Comí calmadamente. La anciana insistió en que me repitiera los dos platos, incluyendo el postre de chocolate. Después ella se dirigió al living a leer la Biblia y yo lavé los platos, feliz de poder ayudar en algo. Luego subí en silencio a mi dormitorio. Abuelita fué a darme las buenas noches, después que yo estaba acostada, y se paró al lado de mi cama durante largo rato. Después dijo con esa voz extraña que la caracterizaba: —María Angélica, en esta casa se lee la Biblia todas las noches. —Sí, abuelita. —Debes aprender a respetar a Dios, y de cómo su palabra nos enseña lo que está bien y lo que está mal. Una joven como tú no sabe los peligros y maldades de la vida. —Su voz comenzó a ponerse chillona y se inclinó sobre mí con sus ojos fijos en los míos—.

Amor

¿Has hecho alguna vez algo malo? ¿Has pecado? Mi corazón dejó de latir. Estaba asustada de esos ojos negros y no podía formular palabra. ¿Qué quería decir con eso? —Contéstame, muchacha. ¿Has cometido pecados? Negué con la cabeza torpemente. Luego de saber mi respuesta, se sentó en la orilla de mi cama y abrió el libro que traía en sus manos. Comenzó a leer en voz alta. Yo me sentía terriblemente cansada con ese largo viaje en tren y traté de concentrarme, pero las palabras eran extrañas y no podía comprender su significado. Después de unos instantes mis ojos se cerraron y me quedé profundamente dormida. Al despertar, a la mañana siguiente, no podía recordar dónde me encontraba. Luego comprendí... mamá estaba muerta. Papá me mandó a vivir con mi abuela... ¡y lo sucedido anoche!... ¿Estaría enojada mi abuelita por haberme dormido mientras ella

leña? Rápidamente me coloqué la bata de levantarme y las zapatillas y me dirigí al baño. Llené la tina y me sumergí en el agua. El baño estaba tan caliente y agradable que me quedé allí sin moverme, descansando y haciendo conjeturas respecto a mi nueva vida.

—¡María Angélica! ¿Qué estás haciendo? —La voz perentoria de mi abuela interrumpió mis pensamientos, y levanté la vista para verla de pie en el marco de la puerta, con la cara congestionada por la furia.

—Me... estoy dando un baño.

—Sal de allí, de inmediato, y ponte algo de ropa. Muchacha desvergonzada. ¿Acaso no sabes que no debes estar jamás desnuda ni para bañarte?

—Pero, abuelita, yo siempre me he bañado así —protesté, mientras luchaba por cubrirme con la toalla.

—Es malo y pecaminoso mirar tu cuerpo desnudo. Dios hizo ropas para Adán y Eva para que no estuvieran desnudos. ¿Quién eres tú para negar esta enseñanza divina?

Sentí que mis mejillas se sonrojaban y fijé mi vista en el suelo, sintiéndome confundida y extraña. Nunca me había avergonzado de mi cuerpo, pero ahora, al escuchar las palabras de mi abuelita y viendo lo disgustada que estaba, deseé que me tragara la tierra.

—Lo siento. Por favor, no se enoje conmigo —murmuré.

—Te haré unas túnicas para que te bañes —me comunicó y se fué. Esa tarde me hizo dos túnicas de algodón, para que me bañara con ellas y me volvió a repetir que jamás debía estar desnuda. Debía colocarme esos ropajes encima de mi vestido y luego

había hablado alguno de ellos? ¿Le sonreía a alguien? Hastiada le contestaba que no, pero eso no era suficiente. Repetidas veces me contaba anécdotas de como los hombres trataban de seducir a las muchachas que les sonreían. Nunca debía sonreírle a un hombre... o a un muchacho. Podía haberlo hecho por llevarle la contra, pero nadie me prestaba atención. Por esa razón me encerraba más y más en mí misma.

El único muchacho a quien realmente conocía, era Patricio. El estaba conmigo en la Acción Católica y ambos pertenecíamos al mismo grupo coral. Conocí a Patricio a los pocos días de haber llegado a vivir con mi abuela, pero sólo recientemente se había fijado en mí. Luego de una reunión efec-



Dormido

sacarme las demás ropas por debajo. Estaba aterrada por sus extrañas creencias, pero yo nada podía hacer. Había traído algunos vestidos bonitos de mi casa, pero ella no me dejó usarlos.

—Los colores claros son pecaminosos —dijo.

Así es que tuve que vestirme con ropa interior negra, medias negras de algodón, dos enaguas y un vestido obscuro. Hasta mis zapatos eran horribles, negros, de taco plano. La primera mañana que asistí al colegio me sentí chabacana y ridícula.

El colegio era una pesadilla. Debía soportar toda clase de bromas y risas, por vestir en forma tan extraña. Trataba de pretender que no me importaba que nadie quisiera juntarse conmigo, pero durante las noches, en mi habitación, solía llorar, sintiéndome sola e infeliz. Y así pasaron los meses y los años. Casi me había acostumbrado a mi soledad.

Mi abuelita me interrogaba todos los días respecto a los muchachos. ¿Me

tuada después de terminadas las clases, se me acercó y me ofreció llevarme los libros.

—¡Oh, no!, no podría permitirlo —tartamudeé, sonrojándome.

—¡Por Dios, María Angélica! ¿Qué tiene de malo? ¿Acaso te prohíben salir? —Sus ojos azules se veían sorprendidos, mientras me miraba con seriedad. He estado esperando esta oportunidad para convidarte al cine.

—No salgo con muchachos —fué mi respuesta, mientras me daba vuelta con brusquedad, sin darle la oportunidad de volver a hablar. Me parecía extraño el solo hecho de haberle hablado.

Patricio no me invitó más, pero siempre que me veía me saludaba y no parecía notar que yo jamás le contestaba. De pronto, durante los primeros días de la primavera, caí a la cama con un fuerte resfrío. Estuve enferma más de dos meses, ya que el resfrío se tornó en bronconeumonía. La abuela me dejó en cama, me cuidó como a una niña chica y me hizo sopas es-

peciales. Desgraciadamente, no pude asistir a las pruebas de fines de año, ni a los exámenes. Era costumbre que las muchachas del último año dieran un baile de etiqueta para despedirse de la vida de colegio. Yo estaba desesperada por verlas. Me las imaginaba a todas vestidas de blanco, celeste y rosado.

Mi abuelita entró en mi habitación y traté de sonreírle, pero no me fué posible. Estaba tan deprimida.

—María Angélica, hay un muchacho abajo que desea verte —anunció con voz cortante.

—¿A verme? —pregunté incrédula. Dice llamarse Patricio y estar contigo en el colegio. —Su mirada era dura. Lo dejaré subir, pero yo me quedaré aquí con ustedes dos. Si no fuera porque es la noche del baile del colegio, no te permitiría verlo.

No le contesté. Al minuto siguiente, volvió con Patricio. El muchacho se quedó de pie a mi lado y me miró fijo a los ojos.

—¡Hola, María Angélica!

—¡Hola! —repliqué, echándome el pelo hacia atrás y reteniendo la sonrisa que instintivamente vino a mis labios. La vieja me estaba mirando. No debía sonreírle a un muchacho.

—Siento tanto que estés enferma y no puedas asistir al baile —dijo Patricio, mirando a mi abuelita y luego a mí. Te traje algo. No es mucho, pero pensé que te haría sentirte mejor.

Sentí que las lágrimas venían a mis ojos al recibir el hermoso pañuelo que me trajo Patricio.

(Continúa en la pág. 21)



El secreto de las relaciones del Archiduque Rodolfo y de María Vetsera, conocido por la policía, no tarda en transformarse en el secreto del polichinela dentro de la corte. "Estos rumores ciertamente llegaron a los oídos de la archiduquesa Estefanía, la esposa de Rodolfo. Una tarde, en la ópera, María Vetsera está sentada en el palco que ocupa con su madre y su hermana. Ella lleva, ensartada en el pelo, una luna de brillantes prestada por su madre. Con su vestido de crêpe de Chine blanco, jamás María se había visto tan fascinante. Todo el mundo la mira y la admira." En el palco imperial se instala Rodolfo, acompañado de su esposa, Estefanía, y de la hermana de ésta, la mujer del príncipe Felipe de Cobourg, Luisa de Bélgica. Rodolfo sonríe discretamente en dirección de María. Estefanía y Luisa cogen sus anteojos de teatro y examinan largamente a María. Toda la sala sigue esta escena, y se espera un escándalo. Pero María permanece impasible. Si ella sufre, a la mañana siguiente recibe una carta de Rodolfo, que la consuela: "Eras la más hermosa de la ópera. Te amo, R."

El escándalo se produce la tarde del 27 de enero de 1889, en el baile de la Embajada de Alemania. Las Vetsera consiguen hacerse invitar. Cuando, según el rito, Estefanía, como emperatriz, da una vuelta por la sala de baile, todas las mujeres, cuando ella se acerca, se inclinan en una profunda reverencia.

De pronto Estefanía se encuentra frente a María Vetsera. La "baronesita", radiante, contempla a la altiva alteza imperial. Elena Vetsera sacude violentamente a su hija del puño, y la obliga a curvarse ligeramente. "¡La audacia de esta criatura!", murmura entre dientes la archiduquesa.



MAYERLING

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

LA CONDESA LARISCH VA DE VISITA A CASA DE DEJE SALIR CON SU HIJA. ENCANTADA LA MADRE HASTA EL PALACIO PARA QUE TENGA SU PRIMER ENAMORAN LOCAMENTE Y DESDE ESE DIA SE VERRERA CON LA FECHA DE SU PRIMER ENCUENTRO DEL CUAL DICE: "EL AMOR NOS UNE HASTA LA DEL CASTILLO DE SCHOENBRUNN" SE DAN CUENTA



Al salir del baile, Rodolfo va a ver al archiduque Juan Salvador, príncipe de Toscana, su primo, su confidente, su cómplice, separado por el emperador de su cargo de comandante general del cuerpo de guardias por vivir con una bailarina, Milli Stubel, la más admirable de las compañeras. Juan Salvador y el príncipe heredero han echado las bases de una conjuración que, ayudada por los opositores húngaros, tienen como fin hacer dar sin más espera la corona de Hungría a Rodolfo, de la cual Juan Salvador sería su brazo derecho. Rodolfo, ahora, está asustado. Querría echar marcha atrás. El heredero de un trono tratando de derribar a su padre. ¡No! ¡Esto es imposible! Pero, por otra parte, traicionar a los húngaros que tienen fe en él es imperdonable. Rodolfo se siente torturado.

¡Ah, si pudiera vivir con su bien amada sin esconderse es el sueño de Rodolfo! Si, pero primero tendría que separarse de Estefanía. Existe un solo medio: la anulación de su matrimonio en la corte de Roma.

Sin decirselo a su padre, Rodolfo le escribe directamente al Papa León XIII, y le pide disolver su matrimonio con Estefanía, que, según los médicos, no tiene posibilidades de volver a ser madre.

El Papa no responde a Rodolfo, quien se desespera. María se esfuerza por consolarlo.

—Tú tienes razón —le contesta Rodolfo—. Si no obtengo esta nulidad, abandonaré todos mis títulos y mis derechos, y me iré a vivir contigo, lejos de Austria, para hacer una vida sencilla como cualquier persona.

—¡Eso sería un sueño! —le responde María—. Viajaremos, como estaremos juntos, será un paraíso.

—Mientras esperamos, podemos adelantar en algo este futuro maravilloso —le sugiere Rodolfo.

Propone a María que se vaya a pasar con él cuarenta y ocho horas al pabellón de caza que posee en medio del bosque, el Mayerling, no muy lejos de Viena. Ella acepta. Conviene en la hora y el lugar donde María encontrará al cochero Bratfisch que la conducirá a Mayerling.

Pero un oficial de la casa del emperador le viene a prevenir a Rodolfo que Francisco José quiere hablar inmediatamente con él.

Rodolfo está ahora frente a su augusto padre. Francisco José lo sabe todo: los amores de Rodolfo y María, la carta que al Papa León XIII no ha contestado a su hijo, pero que ha asustado a su padre.

—Un pedido así como el que has hecho al Santo Padre puede ser solicitado más que por mí, jefe de la familia y emperador —dice Francisco José, severamente—. Le he

RLING

DE MARIA VETSERÁ, Y LE RUEGA A LA SENORA LA
GA A SU HIJA A LA ARISTOCRATA, QUIEN LA LLEVA
CON EL ARCHIDUQUE RODOLFO. LOS DOS JOVENES SE
MENUDO. MARIA LE REGALA AL ARCHIDUQUE UNA CIGA-
DA EN SU INTERIOR, Y EL LE DA UN ANILLO DENTRO
UN DIA QUE SE PASEAN POR EL HERMOSO PARQUE
LOS VIGILAN.



crito al Papa, diciéndole que me opongo a que te separes de Estefanía.

Hay cosas aún más graves. Francisco José (a quien la policía lo tiene bien informado) conoce el complot ideado por Rodolfo y Juan Salvador para quitarle el trono imperial, o, por lo menos, el trono de Hungría. El emperador levanta los hombros, y le dice:

—Es mejor que me ría. ¡Tú no has hecho excepción a la regla de los príncipes herederos que tienen prisa por suceder a sus padres! ¡Pero —y su voz se hace más dura— yo podría hacerte fusilar a ti y a tu primo por delito de alta traición! Por último, el emperador aborda el capítulo de María Vetsera: —Esa unión se ha transformado en un escándalo. ¡Te exijo que rompas!...

—No. Prefiero más bien retirarme con María a la vida privada.

—Bien, pero entonces tú no recibirás ni un pfennig.

Después de una larga y tumultuosa discusión, Rodolfo tiene que darle al emperador su palabra de honor de romper con María...

Desesperado, Rodolfo va a pedir ayuda a su madre. Por suerte, Isabel, la emperatriz errante, está en Viena. Rodolfo le cuenta todo. Si no se puede casar con María Vetsera, que al menos lo dejen quererla. Sin ella, no tendría fuerzas para vivir. Es preciso que Isabel interceda por Rodolfo frente al emperador.

—Compréndeme, mamá, ¡María es toda mi felicidad!... ¡Sólo tú puedes convencer a mi padre!... Pero no; Isabel no puede intervenir. Ella sabe que en este terreno, Francisco José es inflexible.



—Lo siento, mi pequeño, pero en este sentido no puedo hacer nada por ti —le responde Isabel.

En la tarde del 28 de enero de 1889, María Vetsera, en su pieza le escribe una carta a su madre:

"Adiós, mamá. Perdóname si te he hecho sufrir. Tú siempre has sido buena conmigo, y te lo agradezco. Llora pensando en la emoción que vas a sentir. Mamá, creo que me voy a morir. Creo que me voy a tirar al Danubio. He sido tan feliz como jamás podré volver a serlo. La vida será para mí sólo una sucesión de días amargos. Se va a quebrar mi dicha. Prefiero desaparecer con mi felicidad. ¡Perdóname! Sufriría demasiado. Es mejor terminar... Te besa, María".

María coloca esta carta en un sobre, la deja encima de su escritorio y se desliza fuera de la casa.

En el sitio indicado por Rodolfo, María encuentra a Brattfisch, quien la espera como han convenido. Ella sube al coche, y parten al trote a Mayerling. Enrollada en el fondo del fiacre, atarida de frío, estremeciéndose, pues el camino es malo y accidentado, María viaja a través de la campiña vienesa, cubierta de nieve, hacia Mayerling, su destino.

Mientras María Vetsera va a la cita al pabellón de caza en Mayerling, el archiduque Rodolfo va al Gran Hotel, sitio donde vive la condesa Larich. La condesa escribe en su libro "Los secretos de una casa real": "Con la faz preocupada se toma un vaso de coñac. Yo lo miro con ansiedad. Esto parece confirmar lo que se dice respecto a sus nervios. En efecto, se cuenta que usa estupefacientes para combatir los trastornos nerviosos que sufre."

—María, estoy rodeado de espías —comienza a explicar el archiduque—. Sí... sí... yo sé a qué atenerme. ¡Oh, me parece a veces que la vida no vale la pena de ser vivida! Tengo la impresión de golpearme la cabeza contra la mezquindad de los demás. Mamá es ciertamente una mártir. Te aseguro que no la envidio. María, ahora quiero obrar con libertad. Más que nunca, en el presente, necesito ser libre."

"Me pregunto si era preciso agregar fe a propósito de los que murmuraban que Rodolfo estaba seriamente implicado en las intrigas políticas. Esta insinuación no me parece desprovista de fundamentos, puesto que cuando el archiduque me dió ese pequeño cofre de acero, me recomendó guardarlo y no entregárselo a nadie, y, si él moría, sólo dárselo a la persona que me dijera como santo y seña: "R. I. U. O." Yo tomé el cofre. No era muy pesado, pero tenía la impresión de poseer entre mis manos un terrible fardo. Adivine que contenía los documentos relativos a un golpe de estado".

(CONTINUARA)



GRAN CONCURSO

TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos, y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídetes a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo
O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON

(Continuación de la pág. 15)



—No resultaría que trabajase usted en la ciudad —le explicó el productor, iríamente—. Tengo que tenerla bajo mi vigilancia. Y tengo, además, aquí a un individuo que puede enseñarle los gajes del oficio en muy poco tiempo. La pondremos en la oficina cerca de él. —Hizo un apunte—. Tendrá que trabajar duro y firme. Y rápido también, señorita Stanton; soy muy exigente acerca de esto. Quiero comenzar a filmar —su mano revoloteó sobre el escritorio para luego descender sobre él con un apagado y comercial golpecito— lo más pronto posible. Cuatro semanas, ¿qué le parece? Tres, quizás. Mónica no estaba habituada todavía a las tácticas cinematográficas. Lo tomó al pie de la letra, y vaciló un instante...

—¡Tres semanas! Pero... Hackett lo meditó rápidamente e hizo una concesión de mala gana.

—Bueno, quizás un poco más. No mucho, sin embargo, recuerde. Así trabajamos aquí, señorita Stanton. Quiero que esta película se haga en seguida de "Espías del Mar", nuestro actual film antinazi de espionaje.

—Ya lo sé, señor, Hackett, pero... —"Espías del Mar" debe estar por terminarse, espero. —Una sombra de pesar cruzó por su rostro, pero desapareció casi instantáneamente—. Digamos cinco semanas —dijo persuasivamente—. Es bastante tiempo. Eso es. Quedamos de acuerdo. —Hizo otro apunte—. ¿Qué le parece? Mónica sonrió.

—Haré todo lo posible, señor Hackett. Si puedo aprender todo lo que tengo que aprender y todavía hacerle un guión decente para "Deseo"... Hackett la miró con aire de asombro.

—¿Para "Deseo"? —repetió. —Por supuesto. —Pero, mi querida joven —dijo Hackett, con un aire alegre y paternal—, usted no va a hacer el guión de "Deseo".

Mónica lo miró asombrada. —Oh, no, no, no —continuó Hackett, como preguntándose quién le habría puesto esa idea en la cabeza. La miró como reprochándola; sonrió, moviendo la cabeza. Toda la radiante fuerza de su personalidad, que parecía animar hasta los pelos de su bigote de cepillo de dientes, se concentró en sacar de la mente de ella esa absurda idea.

—Pero yo creí... Yo entendí... —No, no, no, no —dijo Hackett—. El señor Cartwright trabajará en "Deseo", y, además, le enseñará a usted todo lo necesario acerca de este negocio. Usted, señorita Stanton, deberá hacer el guión para la nueva novela policial del señor Cartwright: "Y Así... al Crimen".

(CONTINUARA)

En este episodio posaron, por gentileza del Teatro de Ensayo, los actores:

Miriam Thorud, como... Mónica Stanton
Gabriela Montes, como... Tía Flossie
Albto. Rodríguez, como... Thomas Hackett

Estos y los otros actores que aparezcan en estos episodios, forman parte del elenco de Martín Rivas, la obra de Elest Gana, que, según adaptación teatral de Santiago del Campo, se llevará a la escena el próximo mes.



(Continuación de la pág. 17)

—¡Oh!, es maravilloso —exclamé. Era la primera vez que recibía un regalo de un muchacho, y me dieron ganas de llorar—. ¡Es maravilloso!

—¡Entrégame eso!

—Mi abuela estaba de pie al lado de mi cama y me arrebató el pañuelo antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Se dio vuelta y se lo pasó a Patricio.

—¡Tómelo, jovencito, y váyase de aquí de inmediato!

Patricio se sonrojó, demasiado sorprendido e impresionado para moverse o contestar.

—¡Abuelita, por favor! —supliqué. Pero me ignoró por completo, y se dirigió a la puerta abriéndola de par en par.

—Salga de aquí —ordenó—. No quiero verlo otra vez cerca de mi María Angélica. Usted es igual a todos los demás hombres, hablando con suavidad y trayendo regalos a una muchacha inocente... ¡para luego arruinarla! Patricio no esperó para escuchar el resto. Salí sin dar siquiera una mirada hacia atrás y yo comencé a llorar con desesperación. Todo se había echado a perder, ¡todo! No podía creer que Patricio fuera capaz de hacer todas las cosas que decía la anciana.

Vi a Patricio después en un ensayo del coro y me las arreglé para decirle que perdonara a mi abuela por lo que había dicho.

—Está bien, María Angélica, no es culpa tuya. Es una anciana muy rara. Quizá una fanática —me dijo sonriendo—. Te veías tan hermosa tendida en la cama con el pelo suelto y...

—No debes hablar así —lo detuve, mientras sentía el latir apresurado de mi corazón. ¿Era esto lo que me quería hacer comprender mi abuela sobre los hombres que piropeaban para luego...? Me quitó ese pensamiento de la cabeza. Patricio no podía ser como los otros hombres. Era tan gentil y encantador. —María Angélica, quiero que salgas conmigo. —Su mano se posó en mi brazo y repliqué:

—Por favor, Patricio, nos están mirando.

¿Por qué hizo sentirme tan extraña el contacto de su mano?

—Tú sabes que mi abuelita no me lo permite —añadí.

—Entonces encontrémonos mañana antes del ensayo y haremos creer que estuvimos allí.

Vacíle durante unos instantes. Esto no era lo correcto. Estaba prohibido. Tal vez por eso, acepté.

Quizá mi abuelita tuviera razón, pero Patricio no era como los demás hombres. El no me quería con fines malos o pecaminosos. Nunca haría algo semejante... ¡Y me gustaba Patricio! ¿Era esa razón suficiente para arriesgar la ruina de que me había hablado mi abuela... el sólo hecho de estar con él? Rememoré mi decisión durante toda la noche. No pude dejar de pensar en ello.

Al día siguiente, como de costumbre, me dirigí al lugar de los ensayos, pero en lugar de entrar me encontré fuera con Patricio.

Cuando me vió me tomó del brazo. —Me alegro de que hayas venido, María Angélica —comentó con suavidad.

—No... no debiera salir contigo. Quizá yo... —Ahora estaba asustada y deseaba devolverme.

—No hay disculpas que valgan. Eres lo suficientemente grande y bonita como para salir con muchachos. Ven, nos portaremos verdaderamente mal e iremos en mi auto a tomar helados a un lugar que conozco, pero por el amor de Dios, suéltate el pelo.

Me imaginé que esa noche fue una de las más felices de mi vida. Descubrí lo entretenido y agradable que era estar con un grupo de juventud. En el pequeño restaurante nos juntamos con muchachos y muchachas del colegio. Me sentí aceptada por primera vez. No me pude quedar allí mucho rato, porque mi abuelita me creía en el ensayo y debía estar en mi casa a las diez. No hablamos mucho en el camino de vuelta, pero cuando me dejó a una cuadra de la casa, me preguntó si podríamos salir nuevamente.

—No... no sé. —Lo miré inquisitiva-

~~~~~

## Tu pupila es azul, y cuando ríes...

Tu pupila es azul, y cuando  
ríes,  
su claridad suave me recuerda  
el trémulo fulgor de la ma-  
ñana,  
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando  
lloras,  
las transparentes lágrimas en  
ella  
se me figuran gotas de rocío  
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su  
fondo  
como un punto de luz radia  
una idea,  
me parece en el cielo de la  
tarde,  
una perdida estrella!

Gustavo Adolfo  
Bécquer  
(español)

~~~~~

mente. Había desafiado a mi abuelita y, sin embargo, nada había sucedido... —¿Acaso no te gusto, María Angélica? ¿No te divertiste esta noche? —Tenía una mirada confundida.

Suspiré.

—Pasé un rato maravilloso, Patricio. Pero...

—¿Pero qué?

—Es mi abuela. Tú sabes cómo es...

—Pero tú no eres así, ¿verdad? ¿Cómo pudo haber habido algo malo esta noche? Sólo tomamos helados y conversamos.

—Debo irme ahora —dije abriendo la puerta del automóvil.

—Te veré en el coro el viernes, María Angélica.

No le contesté. Sólo le hice una seña de despedida y me dirigí con pasos rápidos a mi casa.

Vi a Patricio ese viernes y fuimos al mismo lugar y bailé con un hombre por primera vez en mi vida. Me sentí

torpe y temblé cuando puso sus brazos en mi cintura, ¡pero me encantó! Ese fue el principio de nuestras citas secretas. Debí inventar toda clase de excusas para salir de la casa. Decía que iba a visitar a una amiga o que iba a la iglesia. Y, cada vez que mentía, me sentía enferma.

—María Angélica —me dijo una noche—. ¿Por qué debemos seguir así? Nos vemos obligados a arrancarnos todas las tardes para poder estar juntos. Tienes que mentirle a tu abuelita todos los días. ¡Ya no eres una niña chica! ¡Tienes dieciséis años!

—Yo tampoco deseo las cosas así, Patricio. Me siento avergonzada de mentir... y quizá de todo esto.

Se volvió a mí y me acercó a él.

—¡Estoy loco por ti, María Angélica! ¡Quiero ir a tu casa a buscarte para salir! No tenemos nada que ocultar. ¡No estamos haciendo nada malo! El amor no es pecado.

Me asaltó el pánico.

—¡Patricio, no! ¡No puedes ir! ¡La abuelita te hará algo espantoso!

Comencé a llorar.

—Ella piensa que todos los hombres son malos y están decididos a herirme. ¡No vayas, por favor! —añadí, implorante.

—No llores, mi amor. —Me levantó la cara y de pronto me besó. Te adoro, mi amor. ¡Quiero que te cases conmigo!

Sus labios rozaron mis mejillas con ternura y luego alcanzaron los míos. Me acuné en sus brazos, imposibilitada de contener el loco y maravilloso latido de mi corazón. Por un instante le devolví el beso, pero luego me retiré. La vergüenza y la culpa invadían mi alma.

—¡No me toques! —grité—. Tengo miedo, Patricio. Tengo miedo.

Estaba segura que esto era a lo que se refería mi abuelita cuando hablaba de la lujuria y de la maldad. Pero jamás pensé en lo que sentiría al besar a Patricio. No deseaba luchar en contra de mis sentimientos. No podía luchar aún cuando pensaba que debía hacerlo. ¿Por qué debía luchar contra algo que creía tan maravilloso?

Patricio sonrió.

—Espera hasta que nos casemos, mi amor. Entonces, todo será distinto.

Al decirlo, me levantó la cara hacia él. —Si me amas, María Angélica, nunca debes tenerme miedo.

¡Si lo amaba... si lo amaba!... ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía estar segura? Había algo dentro de mí que me quemaba, y amenazaba con consumirme... y, aunque me llenaba con una sensación maravillosa de felicidad, me aterrorizaba en forma sorprendente.

Pero yo estaba enamorada... ¡eso tenía que ser amor!

Quizá fué el miedo el que esa noche me acercó a Patricio. Sin embargo, mientras más me unía a él, más sorprendida me sentía. ¿Era éste el precio para descubrir el amor?

—Es mejor que me lleves a casa, Patricio —dije atemorizada de que mi voz revelara algo de la tormenta que se desarrollaba dentro de mí. El trató de tranquilizarme. Me besó otra vez y durante un loco momento también lo besé. Pero, de pronto, me retiré, exclamando:

—¡No!, por favor. ¡No ahora, Patricio, por favor!

El pareció comprender que me sentía confundida y me llevó a casa.

Yo deseaba decirle a mi abuelita que Patricio me iría a buscar al día si-

(Continúa en la pág. 25)



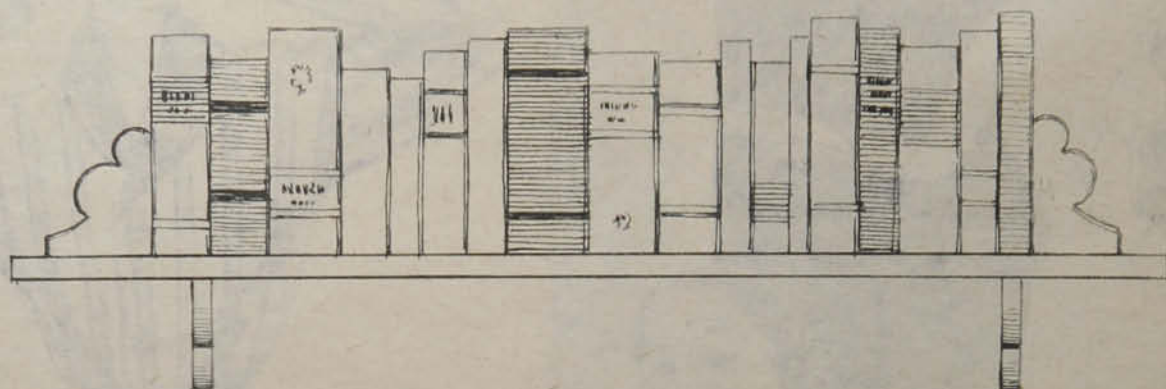
Lencería
fina





Esta semana ofrecemos el molde de un pijama. Se puede confeccionar en popelina a rayas y combinarlo con la misma tela pero de un color. Materiales: 5,30 x 0,80 m. tela a rayas: 1,50 x 0,80 m. de tela lisa.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes que manden un sobre estampado con el nombre y dirección para su pronto despacho: los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones. Se ruega mandar \$ 20.—, en estampillas de correo, al solicitar este molde.



*¿Quiere comprar
libros baratos?*

Visite el Stand de Revistas
y Libros en el 2.º piso de la
Feria Vitivinícola

Edificio España (ex Gath y Chaves)
y adquiera las últimas
novedades literarias.



EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Santiago

guiente a casa, pero no pude articular palabra. Finalmente, después de comida, comencé a tantear el terreno. Fue entonces cuando abuelita comenzó el interrogatorio.

—¿Quién es ese muchacho? ¿Te ha estado molestando, María Angélica? ¿Es el mismo que trató de regalarte un pañuelo?

Sus palabras me hicieron sentirme de pronto como una pecadora.

—Veo a Patricio en la iglesia. Es un muchacho encantador, y... simpáticos.

—Y está por arruinarte —exclamó levantando la voz, mientras se acercaba a mí—. ¿O acaso ya lo hizo?

Sus ojos tenían un destello de furia y yo retrocedí aterrorizada, asustada de que me pudiera abofetear.

—Contéstame, ¿te ha hecho algo?

—Me besó —repliqué en un murmullo. Su cara se congestionó y dándose media vuelta, se dirigió a la cocina.

—¡Yo le enseñaré a jugar contigo!

Al segundo de haberse ido sonó el timbre. Corrí a la puerta con la esperanza de poder prevenir a Patricio. Era Patricio e insistió en entrar. Cuando llegaba al living, la vieja apareció con un cuchillo en la mano. Su cara estaba contorsionada por la furia y algo más... tenía una mirada fanática, de loca...

—¡Abuelita, detente! —grité.

Patricio no se inmutó.

—Vine a solicitarle permiso para salir con María Angélica.

Su voz era calmada, aunque respiraba con dificultad a medida que la anciana se le acercaba.

—Yo sé lo que usted quiere de ella, pero es una muchacha decente y buena y usted no se aprovechará. Yo sé por qué los hombres salen con las muchachas... ¡para seducirlas! ¡Váyase de aquí inmediatamente!

Patricio trató de discutir con ella, pero la vieja estaba perdiendo el control... y ese cuchillo era aterrador.

Al ver que no hacía caso, Patricio se fué. Yo subí a mi habitación y me tendí en la cama a llorar, hasta que los sollozos estremecieron todo mi cuerpo. Patricio se había marchado.

Nunca más volvería después de lo sucedido... No, después del arrebato fanático de mi abuelita.

No vi a Patricio durante una semana y luego una tarde, cuando la vieja había salido de compras, sonó el timbre: era él.

—Ven, María Angélica. Prepara una maleta. Nos vamos —comunicó sonriente. Luego me tomó en sus brazos y me besó antes de que yo pudiera protestar.

Me quedé allí, de pie, con la puerta a medio abrir, mirándolo sin poder comprender.

—¿Nos vamos?

—Tengo la licencia y un sacerdote esperándonos. Tu abuelita no se atreverá a decir nada, una vez que estemos casados.

Yo debo haber tenido una cara de extraordinaria sorpresa, porque me tomó de los hombros y se rió.

—Mi amor, te estoy diciendo que te cases conmigo... ahora... ¡hoy día!

¿Acaso no me quieres lo suficiente como para hacerlo?

—¡Sí, Patricio, sí! —exclamé.

No recuerdo cómo hice la maleta y cómo escribí con rapidez una nota a mi abuelita, diciéndole que me casaba con Patricio.

La ceremonia la bendijo un sacerdote de mediana edad, quien nos deseó toda la felicidad y suerte del mundo. Patricio me dijo que había arreglado con un amigo, para que pasáramos la noche en su casa en la playa. Nos demoramos dos horas en llegar allá.

Al principio me fué muy difícil, pues

yo no sabía nada del matrimonio y de los hombres, salvo por las terribles historias que me narraba mi abuelita. Sufrí lo indecible, estaba nerviosa y agotada. Todas las noches me asaltaban pesadillas espantosas, debido, con seguridad, a mi estado nervioso. Patricio estaba sumamente preocupado y luego, me convenció que debía hacerle saber lo que me pasaba. Un día me di cuenta que estaba esperando familia, o más bien, fué mi vecina la que me lo comunicó, pues le tocó atenderme una vez que me dió una fatiga, estando en el jardín de nuestra casa. Al enterarme, me puse a llorar como niña chica. Todos sabrían lo que me había hecho Patricio... ¡todos sabrían cuán pecadora era!

Patricio me encontró llorando cuando llegó y me vi obligada a contarle lo que me sucedía. El estaba encantado, desbordante de felicidad, pero todo lo que yo deseaba era esconder mi vergüenza.

Durante los primeros meses, las pesadillas se desvanecieron, pero cuando se empezó a notar mi estado, volvieron con la misma persistencia de antes, sólo que eran más vividas y aterradoras. Comencé a adelgazar y me di cuenta de que lloraba por pequeños. Además, ahora que era obvio que estaba esperando familia, me quedaba todo el día en casa. No osaba salir a la calle para que todos se dieran cuenta de lo que me pasaba.

Una noche, mi pesadilla fué de otra índole. En el sueño, mi abuela estaba de pie al lado de mi cama, señalándome con un dedo acusador, y yo trataba de taparme sin lograrlo. Estaba

Siempre compórtate como un pato: mantente calmado y sereno en la superficie, pero chapotea todo lo que puedas por debajo.

completamente desnuda. Comencé a llorar y Patricio me despertó.

—Tuviste la pesadilla nuevamente. Tienes que decirme de qué se trata, mi amor. Debes decirme...

—No puedo, Dios mío. No puedo... Me tomó de los hombros y me remeció suavemente.

—María Angélica, escúchame. Soy tu marido, te adoro, pero no podemos continuar así. Te estás despedazando de a poco. Dime de qué se trata. ¡Déjame ayudarte!

—Es un sueño espantoso —balbucí—. Me da vergüenza contártelo. Una muchacha decente no habla de...

Me di vuelta y enterré la cabeza en la almohada.

—Mira, linda. Si hablas del sueño, es muy probable que se desvanezca —me interrumpió.

Amalgané mis sollozos y suspiré. Si pudiera dejar de soñar eso... haría cualquier cosa por dejar de soñarlo...

—¿Puedes apagar la luz? —inquirí avergonzada.

—Por supuesto, mi amor.

Entonces en la oscuridad, le conté a mi marido respecto a esos espantosos sueños que me venían mortificando desde hacía tanto tiempo. Le conté mientras mi corazón se contraía de vergüenza. Luego de terminar, la habitación quedó en silencio, y sólo se oían mis sollozos.

—Si hubiera sabido lo que sentías —comenzó mi marido—. Si me lo hubieras dicho antes, yo te habría podido ayudar. Yo pensé que todo pasaría, que todo se normalizaría. El matrimonio y el amor en el matrimonio, no tiene nada de malo, ni es pecado. Es hermoso y santo. Es una dádiva de Dios. Es algo de lo que debe-

(Continuación de la pág. 21)

mos sentirnos orgullosos y felices. El crear un niño es lo más lindo del mundo. Es el más hermoso de los regalos, porque expresa el amor.

Mientras hablaba, dejé de llorar. Algo de lo que dijo tenía que ser verdad. Si dos personas se amaban, tenían que expresarlo físicamente. Pero en una noche no podía olvidar todo lo que me había enseñado mi abuela.

No podía olvidarlo ni esa noche, ni durante las siguientes, pero cada vez que tenía un sueño similar, Patricio me obligaba a hablar de él. A veces nos quedábamos despiertos casi toda la noche hablando sobre lo mismo. Patricio era tan cariñoso y paciente conmigo. Me leyó las partes más hermosas de la Biblia, los pasajes que citaban las alabanzas de Jesucristo respecto al amor. Poco a poco, comencé a darme cuenta de lo equivocada que estaba mi abuelita.

Una mañana amanecí sintiéndome mal y Patricio me llevó al hospital. Cuando se despidió de mí con un beso, antes de entrar en la maternidad, me di cuenta de lo mucho que lo amaba y lo necesitaba. Parecía tan indefenso, y entonces me di cuenta de que el dolor de la espera era peor que el dolor del parto.

—María Angélica, abre los ojos. Tienes una hijita preciosa.

Me esforcé por abrirlos y mirar la cara amable del doctor.

—¿Una hija?

—Ahí en tus brazos...

Miré y ahí, en la curva de mi brazo, vi a una pequeña criatura, con las mejillas sonrosadas y una mata de pelo negro. En ese momento me sentí renacer. En ese momento supe con certeza que el amor era uno de los dones más lindos que nos otorgara Dios. Tomé una de sus manitas en las mías y le conté los deditos. Luego, eché hacia atrás las frazadas y le conté los de los pies.

—¡Es perfecta! —exclamé llena de júbilo.

—Por supuesto que lo es. ¡Una criatura es el regalo más perfecto del hombre!

El doctor parecía estar repitiendo mis pensamientos. Se dirigió a la puerta. —Su marido está afuera impaciente.

¿Quiere verlo?

Asentí y Patricio entró sonriendo.

—María Angélica, ¿estás bien?

—¡Por supuesto que sí y mira lo que tenemos! ¿Cómo puede el amor tener nada de malo si logra algo tan maravilloso como esto?

Patricio no respondió, pero el brillo de su mirada fué suficiente. Yo no podía decirle todo lo que había dentro de mi corazón. Pero por fin, supe lo equivocada que había estado hasta entonces. El amor no es ni pecaminoso ni malvado. Es eternamente hermoso. El amor de dos personas, marido y mujer, es un amor físico y espiritual.

Ahora que estaba allí, tendida con mi hija en los brazos, me daba cuenta de que el milagro del nacimiento es la vida misma. El regalo más maravilloso del mundo. Y me hice un juramento: que cuando mi hija fuera lo suficientemente grande, le haríamos saber la verdad respecto al amor. No quiero que crezca en la ignorancia. No quiero que arruine su felicidad matrimonial. Deseo que ella se beneficie con mis faltas. Le diré siempre la verdad y seré una guía sincera... para que pueda ser feliz.



Si quieres ser feliz!



SI NACISTE EN:

ABRIL: Aquellos que vieron la luz en este mes, en que la tierra está henchida de savia, por cierto que no carecen de voluntad y energía. No obstante, como al nacer recibieron igualmente la marca de ciertas inclinaciones que podrían convertirse en defectos, susceptibles de comprometer su bella serenidad, harán bien en desconfiar de aquellos primeros impulsos que podrían arrastrarlos hacia una vida contraria a sus intereses, tanto materiales como morales. No deben contar exageradamente en su natural sagacidad. A veces, se darán cuenta del peligro cuando ya sea tarde para remediarlo. Harán muy bien en usar como talismán la amatista, engastada en cualquier objeto o alhaja. Si desean aumentar su éxito en la vida, deben usar siempre algo de color verde, tono de buena suerte para los nacidos en este mes. Como piedras favorables, tienen el ágata, la cornalina, el jaspé sanguíneo, el topacio y el ópalo. Talismán para los nacidos entre el 21 de marzo y el 21 de abril: (signo del Carnero), el brillante o el zafiro.

La amatista, piedra del mes de abril, significa: "que preserva de la embriaguez. Esta gema debe su nombre a la ninfa Ametis, perseguida por Baco, durante una orgía. Su castidad supo triunfar de sus malos deseos, gracias a la protección de Diana, que la convirtió en una gema brillante y luminosa. La amatista simboliza el amor puro y elevado, la serenidad y el desprendimiento de las cosas materiales. Es la piedra de los altos dignatarios de la Iglesia, que bendicen a las multitudes, esparciendo sobre ellas la gracia divina. Además, es la gema de las mujeres delicadas, que no se engañan con los placeres fáciles y de las muchachas castas y reservadas al gran amor humano o divino.

Su color violeta es en realidad una mezcla de rojo y azul, de amor y de verdad. (Dios es amor: rojo; Jesucristo es la verdad: azul; el violeta, unión de ambos colores, simbolizan al Espíritu Santo). La amatista es originaria del Brasil, país donde se encuentran las más bellas variedades. También se encuentran en Australia y Madagascar.

CAPITULO VIII

Lord Eversham había escrito desde Inglaterra diciendo que estaba encantado con el nuevo descubrimiento. El señor Conway debía poner un doble relevo y continuar excavando en el mismo sitio también durante el invierno. Eso significaba dejar a un lado sus planes de hacerlo cerca de la tumba de Ramses VI.

Seis días demoró la carta del señor Conway en llegar a Inglaterra y lo mismo tardó la respuesta de Lord Eversham. Estaba fechada como un periódico de antes de la guerra. La vida dentro de esa soledad completa, sin diversiones, casi sin ruidos y sin nadie extraño, hacía nuestros nervios más sensibles.

Furioso el señor Conway dejó a un lado la carta y me anunció que pospondría su respuesta. Quizá las cosas se resolverían solas. Yo comprendía lo que sentía. Yo no recibía muchas cartas, pero las pocas que Stasia me enviaba desde París me hacían igual efecto.

Mientras más vivía sola más dudaba en la posibilidad de una comprensión y en una amistad completa entre dos mujeres. El tiempo, curador, es también el gran destructor. Somos jóvenes, crecemos y nos desarrollamos diferentes. No tenemos mucho dinero. Estamos bajo influencias opuestas —una ciudad grande y el desierto—. ¿Qué tendríamos en común si nos encontráramos dentro de unos pocos años? Sólo cuando seamos viejas y soñemos con nuestra juventud nos daremos cuenta de que en realidad tenemos algo, nuestro ambiente.

Ahora importa sólo el presente. Esperar la primera brisa.

El señor Conway me pregunta irónico:

—¿Ninguna queja aún, Sonia? —y yo le contesto con convicción:

—Ninguna. —A pesar de mis sueños diarios con bosques de pinos, baños en el mar, lluvia, paseos por los campos. Pero no puedo compartir mis sueños con el señor Conway. Hay una extraña máquina de trabajo en su cerebro. Es capaz de torcer las palabras hasta conseguir que tengan un significado negativo. Para él los sueños son quejas y la paciencia martirio. El deseo de aprender es curiosidad, la imaginación dependencia. Y yo quiero que mirándome a mi pierda esa actitud pesimista.

Hemos tenido un largo periodo de calor seco. Ahora ha cambiado y se ha vuelto húmedo. El señor Conway sacó del cobertizo dos estufas a aceite, las limpió, las armó y las puso frente a nuestros closets. En otra forma, durante el invierno nos vestiremos con moho. Obedientemente, vigilé las estufas de cinco a siete de la tarde para que no se quemara nada.

Con sólo mirar las lanas corrian gotas de transpiración por mi frente. No me habría importado que se quemaran mis vestidos de invierno. Ya no creía que existiera esa estación. Los libros sobre el Polo Norte no me convencerían. La nieve era un fenómeno de la pre-guerra. Cuando recordaba que mi padre usaba un abrigo de pieles y que mamá jamás salía sin sus botas con piel, me sentía desmayar. En Egipto las pieles eran una monstruosidad de la imaginación. Arena, arena, arena gobierna el mundo. Y calor, calor, calor.

Los días pasan con monótona sucesión. No sucedió nada hasta ayer. Mientras estaba sentada frente a mi estufa, alreando la ropa, sonó la campanilla. Ese ruido en la mitad de la tarde tenía un significado especial. No existían

las visitas de sorpresa, el correo llegaba por la mañana y los telegramas los transmitían por teléfono. Así prevenida, cogí lo que primero encontré a mano y armada, con la precaución necesaria, abrí la puerta.

Seis árabes de barbas grises, con actitud respetuosa, solicitaron hablar con el amo.

Vacíé entre hacerlos entrar al vestíbulo o hacerlos esperar afuera, recordando al espía que había venido cuando Hamilton estaba enfermo.

Les dije que el amo estaba ocupado. Pero el hombre que hablaba insistió en ser admitido inmediatamente. En su voz se notaba el innegable desprecio que el árabe siente hacia la mujer extranjera. Eso significa: "Actúes como actúes, mujer, estarás equivocada". Llamé al señor Conway, quien se estaba preparando para ir al Valle de Bibán-el-Muluk.

Grandes acontecimientos se sucedieron. Los seis hombres, los ancianos del pueblo, habían oído de un robo en las tumbas del lado oeste del Valle de los Reyes.

Ayer se rumoreó que los ladrones de tumbas habían hecho en algún sitio un gran descubrimiento. Por eso, en la noche, un grupo armado sorprendió a los vándalos en plena labor. Gracias a una escaramuza fueron batidos y se vieron obligados a huir, pero juraron vengarse. Ahora, para prevenir futuros problemas, los ancianos del pueblo venían a rogarle al amo que se ocupara de las cosas.

El señor Conway pensó un momento y después accedió.

—¡Alá es grande! —dijo el árabe haciendo una reverencia.

—Si descubrimos algo de valor irá al museo de El Cairo —aseguró Conway—. Dejó eso establecido para evitar incomprendimientos posteriores.

El hombre hizo otra reverencia mientras volvía a invocar el nombre de Alá.

Ni el calor ni la cautela tenían importancia esa noche. Fui llevada al Valle para ayudar a reunir un pequeño grupo de gente que quería ir con el señor Conway y el capataz. Los hombres iban equipados como los soldados de la Edad Media. Hachas, palas y aríetes eran sus armas.

Ahmed Gerigar mostraba el camino. El señor Conway y yo seguíamos a los hombres formados de dos en dos. Teníamos que deslizarlos por la arena antes de que se levantara la luna. Entonces su luz suave nos ayudó mientras nuestras sombras alargadas marchaban adelante como centinelas.

Era casi medianoche cuando Ahmed Gerigar se detuvo y nos hizo señas indicándonos que habíamos llegado a nuestro objetivo. Habíamos caminado 600 yardas. Los cerros de Kurna parecían montañas suizas y no los hermanos enormes de nuestros desiertos de siempre.

—A la distancia la expedición parece un grupo de escaladores bajo la luz de la luna —dijo Conway.

Ahmed Gerigar puso un dedo en su boca para explicarnos con signos que seguramente podíamos escuchar a los ladrones en su trabajo. Avanzó solo veinte yardas hacia el pie del cerro y sus ojos descubrieron inmediatamente

Se hundió solo, como si fuera lo más lógico que un excavador descendiera por una cuerda hacia las profundidades desconocidas.

E

Embrujo de Egipto

POR VICTORIA WOLF

te el extremo de una cuerda que se perdía en la abertura de una roca. Los seguimos en silencio. El señor Conway sacó una segunda cuerda, igualmente fuerte, y, después de cerciorarse que soportaría su peso, cortó la primera para hacer imposible la huida de los ladrones. Estableció con Ahmed

una señal para que fuera en su ayuda si era necesario. Se hundió solo, como si fuera lo más lógico que un excavador descendiera por una cuerda hacia las profundidades desconocidas. Observé desaparecer primero su cabeza y luego sus venudas manos, luego no vi nada más. Sentí deseos de gritar, de saltar detrás de él, hacer cualquier cosa para que me comprendiera. ¿Entendiera qué? Permaneci clavada en el mismo sitio comprendiendo la verdad, la hermosa verdad, fuerte e inamovible como un sagrado sacramento: lo amaba.

Los hombres estaban de pie ante el abismo, nerviosos y expectantes, observando hacia abajo. Descender a medianoche por una cuerda hasta el nido de los ladrones de tumbas es, por decir lo menos, una diversión no exenta de riesgos.

Pero Ahmed tenía a su gente bajo un control perfecto y los gobernaba admirablemente. ¿Cómo podía yo tomar la iniciativa?

Durante los primeros tres minutos no oímos nada fuera de los rítmicos movimientos de la cuerda. Ahmed yacía tendido en el suelo con el oído puesto sobre ella. Los ladrones parecían tan absortos en su trabajo que no escuchaban acercarse a Conway. Hasta que él saltó al fondo no oímos el murmullo de sus voces. Ahmed se puso rígido, listo para intervenir.

Pero las voces, que ahora se escuchaban más distantes, no parecían la de ladrones atrapados por un inesperado enemigo. Se oían confusas, asustadas, pero no amenazantes. Luego se aquietaron. En seguida llegó hasta nosotros la voz de Conway dando órdenes perentorias. Terminadas éstas, de nuevo se alzó el murmullo, para después resonar su voz más enérgica y poderosa. Después el silencio. El parecía ser el amo de la situación.

—¡Gentaza! —exclamó vehementemente Ahmed.

De pronto sentimos un tirón en la cuerda. Ahmed la aprisionó con ambos pies para que no se balanceara. Supusimos que el señor Conway volvería para ordenar a sus hombres bajar a trabajar.

—El amo, el amo es un gran hombre —murmuraron los trabajadores llenos de admiración.

Si hubiera encontrado los tesoros acumulados por los reyes, no se habrían impresionado tanto como lo estaban ahora, en este momento.

—Ellos tienen razón, el amo es grande —pensé. Y quise decirselo, sin demora.

La cuerda se movió con más violencia. Los hombres, de pie, en semicírculo rodeando el abismo, ayudaban a subir al señor Conway. Los dos que yacían en el suelo apretaban sus manos tirando de la cuerda. El resto se inclinaban ayudando también. Y por fin surgió... uno de los ladrones. Ahmed se quedó mirándolo y gritó:

—¡Uno de los de Kurna, de los de Abdul Rasuls! Debi haberlo sabido...

¿Qué haré contigo? —gruñó.

—Dijo el amo que nos dejarás escapar. Que a todos nos dejes irnos. Los otros vendrán en seguida.

Ahmed estaba profundamente desilusionado. Le habría gustado hacer el papel de juez. Sacudió al salvaje joven y hermoso.

—Estás mintiendo. No te creo.

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Hamilton muere en un hospital de El Cairo y Conway queda solo con Sonia en el desierto. Los días pasan monótonos en medio de ese calor, hasta que los rompe un acontecimiento: descubren pequeños trozos de vasos. Pasan la noche descifrando los jeroglíficos y se dan cuenta de que son sólo partículas dispersas, las cuales los pueden conducir a grandes posibilidades.

—Sí, sí, lo dijo el amo. Puedes preguntárselo.

Yo entendía las tácticas de Conway. Dejaba que las autoridades hicieran justicia. Sólo las tumbas y su contenido le importaban a él.

De pronto Ahmed perdió su interés en el asunto. El prófugo hizo una mueca y se lanzó en una carrera ciega.

Ahmed y sus ayudantes tuvieron que sacar siete bandidos más. Este sacudió a cada recién llegado como si fuera una botella de jarabe.

En cada uno perpetraba una pequeña venganza que le era necesaria para tranquilizar su alma. Los conocía desde hacía mucho tiempo. Todos pertenecían al clan de Abdul Rasuls. Cuando emergió el último, el señor Conway gritó algo que yo no alcancé a oír.

Ahmed se tendió de nuevo en el suelo y le gritó preguntándole qué decía. Pero las palabras se perdían en la distancia, y sólo murmullos llegaban a nuestros oídos. El señor Conway tuvo que subir. Mientras se sacudía la arena de sus rodillas y manos, pensé que debía decirselo ahora... inmediatamente... Sin embargo, dije tan poco como ayer o como lo haría mañana. Permaneci rígida mientras lo rodeaban los hombres dispensándole homenaje.

—El amo es grande —murmuró Ahmed haciendo una reverencia.

—¡Alá es grande —respondió Conway—. Esperaremos aquí hasta que amanezca y luego inspeccionaremos el nido juntos.

Estos hombres parece que han excavado un enorme túnel. Yo los interrumpí en la mitad de su trabajo. Ellos aseguraron no haber encontrado sino un vaso. Pero no les creo.

—Son de Abdul Rasuls, de Kurna —dijo Ahmed enojado—. El noble amo no los debió dejar escapar.

—Porque eran de los de Abdul Rasuls los dejé ir, pero no se nos escaparán. Y el Mudir puede manejarlos mejor que nosotros. Esta vez los cazaremos, Ahmed. No se preocupe.

—¿Quiénes son los de Abdul Rasuls? —pregunté, a pesar de querer decirle algo muy diferente.

—La contestación a eso está allá arriba —dijo Conway, y señalando una roca que formaba una especie de banco natural me preguntó:— ¿Puede subir?

(Sigue a la vuelta)



Asentí e hice lo posible para salir bien de la prueba. Me costó un par de medias. Conway también lo hizo, y, así, a la una de la mañana nos sentamos en un banco de piedra bajo la luz de la luna que iluminaba el Valle de los Reyes. Bajo nosotros, una tumba semidescubierta, y sobre nosotros el cielo estrellado. Estaba en esta vasta inmensidad y casi no podía creer que fuera cierto.

El señor Conway también sentía que había algo hermoso. Jugaba con la arena, dejándola escurrirse por sus dedos, para luego cogerla con la otra mano. Luego examinó la roca con su mano firme y tierna y, confiadamente, afirmó en ella su espalda.

—Aquí estamos, Sonia.

—Aquí estamos.

—¿Ve la Cruz del Sur sobre nosotros?

—No.

—¿Sabe exactamente lo que es la Cruz del Sur?

—¡Un tipo especial de estrella!

—¿No es también la tierra en la cual vivimos y nos tratamos tan en serio un tipo especial de estrellas?

—¡Esos pensamientos son muy poco británicos! ¿Le está permitido a un inglés tener tales sentimientos?

—¡Muchacha mala! ¡No, no! No quiero decir eso. ¡Usted es una muchacha buena y encantadora!

Me cogió la mano sin mirarme. Yo tampoco lo miré. No me atrevía a moverme ni a hablar. El corazón me latía en la garganta y en las sienes y en el lugar donde debía latir sentía un peso enorme. Algo raro le sucedió a la mano que sostenía. Estaba ardiente y llena de chispas, y de pronto se volvió fría como el hielo. Sin embargo, no la

nido un padre. Y tal vez también tenía una esposa.

—¿Se oponía su familia a su profesión?

—Exactamente. Igual que uno de los de la familia Abdul Rasuls se oponía a que alguien de su tribu fuera un comerciante. Todos ellos viven en un pequeño pueblo en Kurna. Son muy unidos y nunca se traicionan. Conocen muy bien las cosas antiguas. Todo el que compra antigüedades en el Alto Egipto supondrá que vienen de los Abdul Rasuls. Si es así, son genuinas.

—Es evidente que esta ostentación y el culto a la muerte de los Egipcios, este vivir para morir, debe ser tan poderoso como antagonico. Un antagonismo que toma la forma de ladrón de tumbas. Obviamente, el robar oro no es protección adecuada para la paz del rey muerto. La gente es siempre y en todas partes igual. Desean posesiones, una vida fácil, una vida mejor, la mejor de las vidas. Contra eso no pueden nada ni la religión ni las costumbres —le respondi.

—Así es —murmuró Conway—. Cada acción contiene el germen de su oposición. Esa es una ley de la naturaleza. Pero uno no puede culpar a un rey egipcio por reclamar su derecho a un entierro lleno de magnificencia aunque sepa por experiencia lo que le puede suceder a su suntuosa momia.

—Y tampoco puede esperar que un hombre activo sacrifique su actividad porque sabe que la vida se termina.

—Así es —repitió Conway—. Los egipcios eran llenos de vida y de viril optimismo y sabían cómo divertirse y gozar de la existencia. Ellos no podían creer que la vida terminara con la muerte. Su culto por la muerte es una apoteosis al optimismo. Eran diferentes de los griegos que, más tarde, quemaron sus cuerpos. Los egipcios fueron gente tridimensional. Los griegos eran de dos dimensiones.

Hablaba iluminado de conocimiento y pasión y entonces comprendí que los Abdul Rasuls eran también para mí importantes.

—Cuando uno se da cuenta de que las Pirámides, a pesar de su masa de roca, de sus puertas de piedra, de sus pasadizos secretos, no son a prueba de robos, y que los reyes de las últimas dinastías intentaron en vano preservar su descanso eterno dentro de tumbas inmensas, comprendo que un príncipe rico, después de muerto, es tan pobre como cualquier mendigo. Basta pensar: al comenzar la decimotercera dinastía casi no había una tumba que no hubiera sido robada, a pesar de que se habían empleado los mejores medios para asegurarse el silencio de los ingenieros y de los trabajadores. Aparte de eso, los faraones gastaban inmensas sumas en sus postreras protecciones.

“El único que cuidó de ser enterrado en un lugar escondido del Valle, el único que despreciaba este culto a la muerte y la tradicional pompa funeraria fue Tutmosis I.”

“Durante su reinado fue cogida una banda de ocho ladrones y esto lo volvió temeroso. Pero sus esfuerzos también fueron en vano. Los sacerdotes tuvieron después que cambiarlo de tumba en tumba para que su momia pudiera descansar en paz por lo menos durante lapsos cortos.”

“Igual sucedió con Setos I y Ramses II. A pesar de la magnificencia de sus tumbas, tuvieron que ser enterrados en tumbas de plebeyos para conseguir que descansaran en paz. Y Ramses III fue robado tres veces en una dinastía y tres veces reenterrado.”

—¿Cómo ha podido saber tan exactamente todo eso?

—Existe un papiro del tiempo de Ramses II en el cual se recuerdan tales sucesos. Si usted hubiera leído “Viejos informes sobre Egipto”, de Breasted, también lo sabría.

Me sentí un tanto avergonzada. Hamilton me había dado esos libros, pero eran cuatro volúmenes terriblemente pesados.

—Por cierto que no está en su gramática árabe.

—Malesch —dije.

—¡Malesch, Magurabschi! —respondió Conway—. ¡Da lo mismo! No soy aquí un extranjero. Y además de eso, tengo un buen maestro que me enseña.

—¡Si lo tengo!

Me miró rápidamente.

—Pero el maestro también tiene una buena alumna. Me sonrojé. Las palabras me afectan siempre los ojos o las mejillas.

—Por favor, no me alabe. Ni siquiera en el colegio podía soportar las alabanzas.

—Ni yo tampoco —asintió Conway—. Sólo ahora lo comprendo.

—Por favor, profesor, siga. ¿Cómo encontraron los Abdul Rasuls los rastros?

—Esa es una historia muy larga:

OFERTAS MEDIAS NYLON

Laban

Nylon velo \$ 255.—
Super velo 275.—
Super velo extra 285.—
S. V. talón café y negro 295.—
60 Gauge extra 315.—
60 G. talón “Zebra” \$ 295.—
60 Gauge, talones:

MEDIAS NYLON

Laban

Despacho rápido contra reembolso desde dos pares.

NOTA.— Por docena, 10 por ciento de descuento.

“Cóctel” y “Filligra-na” 345.—
12 Denier, lo más fino 360.—
15 Denier, sin costura 265.—
12 Denier, sin costura 295.—

Hay doce colores por tipo, más plomo y negro; tamaños: 8 al 10. Depósito principal: Mac-Iver 210-Stgo.

solté. Permanecí sentada, quieta, deseando que la mañana no despuntara jamás.

—Bueno, Sonia, usted quería saber algo respecto a los Abdul Rasuls...

Después de unos segundos eternos y preciosos, Conway se apartó de mí.

—Sí, respecto a los Abdul Rasuls —repliqué atreviéndome a moverme y a mirarlo. Y, sin embargo, ya había perdido todo interés por los Abdul Rasuls.

—Los Abdul Rasuls, la famosa dinastía de ladrones de Egipto, han ensombrecido a todos los excavadores decentes. Ellos tienen una tradición de robos que se remonta al año 1300 antes de Cristo.

—Un diabólico pasado.

—¿No es cierto? En comparación con ellos, nosotros somos una primera generación de improvisados, premunidos con las concesiones legales, con dinero, asistencia técnica, pero sin tradición. Mi padre era un honrado comerciante británico que vivió de manera vulgar. Siempre me consideré loco.

Hasta ese momento Conway jamás había mencionado su niñez, juventud, hogar o amigos. Ninguno de ellos parecía ya existir para él, o los había encerrado en su alma como algo demasiado sagrado y que no se debía divulgar. Yo nunca había imaginado quién o qué había sido su padre, ni había visualizado a su madre. Nada era esencial para mí comprensión por Roger Conway.

El se bastaba a sí mismo, sin necesitar lazos de familia o de pasado, se mantenía por sí mismo, y nada valía fuera de sí mismo. Y ahora me daba cuenta de que había te-

(CONTINUARÁ)

Nunca había conocido a un hombre así - Un hombre que me podía hacer olvidar que era casada.

CONOCI a Hugo Mercier en una fiesta que dieron unos amigos que teníamos en común: Consuelo y Heriberto.

Era alto, de pelo castaño, y estaba aún bronceado, aunque el verano había pasado hacía tiempo. Sonreía. Consuelo lo presentó a todos los que estábamos presentes. Pronunciadas las palabras de rigor, alguien puso un disco y Hugo me tendió los brazos. Ni siquiera me pidió el baile. No había necesidad.

Yo nunca había reaccionado así ante ningún hombre, ni siquiera ante Antonio, mi marido, a quien amaba. Ahora me deslizaba en un arrobamiento, como si estuviera sola en el mundo con este extraño. Antonio pasó bailando a mi lado con Consuelo. Ni siquiera le sonreí.

Cuando el baile terminó, lo único que pude hacer fue tratar de gobernar mis nervios, que amenazaban dominarme. Me fui a sentar al lado de Antonio, para reírme de sus chistes. Traté de no mirar a Hugo por el resto de la noche.

Por fin nos pudimos ir. En el camino a casa, Antonio me dijo:

—Bonita fiesta. Una pareja simpática Consuelo y Heriberto. ¿Me estás escuchando?

Yo estaba hundida en mis pensamientos. Antonio prosiguió:

—¿Quieres ir a ese paseo este domingo?

—¿Qué paseo?

No había oído una palabra al respecto. Entonces Antonio me contó. Consuelo y Heriberto lo habían organizado. No dije nada. Si Antonio quería ir al paseo, iríamos. No podía dejar que sospechara nada.

De manera que fui al paseo y resultó justo como lo temía. Hugo tenía por mí el mismo apremio que yo sentía por él. Tuvimos que esforzarnos por no estar juntos durante el paseo, y sólo lo hicimos al volver a casa. Entonces nos encontramos sentados, uno al lado del otro, cubiertos por las mantas de la camioneta. Traté de concentrarme en la muchacha que había a mi lado, pero de súbito sentí su mano cerrarse sobre la mía. Me quedé así durante todo el camino, sabiendo que él sentía el temblor que recorría mi ser. Y después, durante las despedidas, se inclinó y me dijo:

—Margarita, mañana a las tres, en la pastelería.

Asentí en silencio. No podía hablar. Algunas veces, la fuerza de las circunstancias cambia a gente decente y normal en seres extraños a sí mismos. Antes de conocer a Hugo Mercier, yo era una esposa normalmente feliz.

Y entonces conocí a Hugo. Perdí completamente mi antigua identidad. Ya no era solamente la mujer de mi marido. Ya no era eso. Me había convertido en una mujer con dos vidas. Porque de ese primer encuentro en la pastelería, Hugo y yo supimos que lo que sentíamos no era un entusiasmo pasajero. Seguiría adelante. Viviríamos nuestras vidas siendo marido y

mujer de otras dos personas. Esa sería una vida. Pero también viviríamos otra, dedicada a nuestro mutuo amor. Durante un año nos encontramos, robando horas de nuestras existencias de casados. Teníamos tanto cuidado en que esas dos vidas no se cruzaran, ya

que, aparte de nuestros encuentros secretos, nos veíamos en reuniones sociales en donde nunca dimos indicios de tener más que una amistad casual,

Antonio no sospechó nunca. Beatriz tampoco. Pero para Hugo y para mí, ese fue un año frito de esperanzas, mezclado con felicidad. Los momentos que teníamos eran tan preciosos, y, sin embargo, tan frágiles. Cada uno podía ser el último antes de que nos descubrieran. Si sólo nos hubiéramos encontrado mucho antes, antes de que nuestro amor pudiera herir a otras dos personas: Antonio y Beatriz. Porque, en el divorcio no pensamos nunca. No podíamos romper nuestras vidas ya establecidas. Además, Hugo tenía dos niños. Así, seguimos adelante, creyendo en nuestro amor eterno. Pensando que Dios nos había seleccionado a nosotros para gustar de la pena más honda: el amor sin esperanzas.

(Continúa en la pág. 34)

Carta de mi amado



Irresponsable

Traté de reprimir mi pánico mientras hablaba con la señora Argomedo por teléfono. Tenía que conservar la calma, insistir en que debía de mantener su promesa de venir a cuidar a mi primo, de seis años, para así yo poder asistir al baile de la universidad con Esteban esa noche. Pero parecía que no podría hacerle comprender.

—Señora Argomedo, no me puede abandonar ahora —le dije—. Son más de las siete y el baile comienza a las ocho. A estas horas no hay nadie a quien pueda recurrir. —No es mi culpa que mi nieto haya enfermado, ¿no es verdad, señorita Susana? —me preguntó suavemente—. Me tengo que quedar con el niño hasta que venga el doctor, y esto no será antes de las diez, probablemente.

El rostro me enrojeció ante su indiferencia. Sentí un desvanecimiento y la garganta tan apretada que creí que me iba a ahogar.

—Señora Argomedo, en realidad siento mucho lo de su nieto, pero no me puedo quedar en casa esta noche. No puedo.

—Lo siento, pero tampoco me es posible dejar a mi nieto —me interrumpió—. Hasta pronto, señorita Susana —se despidió cortésmente.

Un estremecimiento de impotencia me sacudió, mientras oía que cortaba la comunicación. Miré hacia el segundo piso, mientras colgaba el fono. Rogaba para que Albertito no me hubiera oído. Sabía que en otras ocasiones me oyó quejarme de que siempre me

tenía que hacer cargo de él. Ciertamente tenía razones de más para lamentarme desde que había llegado a casa tres meses atrás, cuando su madre murió en un accidente automovilístico, y su padre, mi tío Francisco, estaba en el hospital gravemente herido.

No era que yo no me preocupara de Albertito. Aunque hija única, estaba muy contenta de compartir el cariño de mis padres con él. La única complicación era Esteban Salazar, el muchacho de quien estaba tan enamorada.

Yo estaba mucho más enamorada de Esteban de lo que él estaba de mí. Me encontraba simpática, pero como había muchas otras muchachas en nuestra clase, con quien también salía, era para mí de vital importancia estar disponible si me llegaba a llamar.

Albertito me había arruinado tres programas por quedarme cuidándolo. Tuve escenas con mis padres por esto. Escenas que seguramente Albertito oyó desde su dormitorio. Pero una muchacha de mi edad no debía ser cargada tan a menudo con la responsabilidad de un niño. Todas mis amigas estaban de acuerdo conmigo en esto.

Cuando mis padres se fueron esta tarde a visitar al tío Francisco por el fin de semana —quien había empeorado—, me aseguraron que la señora Argomedo vendría a cuidar de Albertito sin falta. Y ella había rehusado venir. Sentía que el niño estaba arruinando todos mis proyectos; entonces detuve mis lamentaciones. ¡Tendría que encontrar una solución para el problema en alguna forma!

¡Seis llamadas más y por fin el triunfo! Miré otra vez hacia el segundo piso, esperando que Albertito no me hubiera oído. Marina Fernández, una muchacha de doce años, vendría a cuidarlo. Sólo se podría quedar hasta las once, me había dicho su madre, pero a esa hora yo ya estaría de vuelta en casa.

En el baile me olvidé de todas mis preocupaciones. Esteban me había traído flores, margaritas y violetas, que venían muy bien con mi traje amarillo... ¡y se veía tan buenmozo con su chaqueta clara y sus pantalones oscuros, que sólo pude pensar en cuánto lo amaba! Había magia en rededor. Luces de colores colgaban del techo, y las risas se confundían con las melodías de la orquesta. Cerré los ojos y la música me elevó a una nube

de encantamiento. ¡Nunca había asistido a un baile tan maravilloso!

Un cuarto para las once miré ansiosamente a Esteban. Le tendría que decir que debía volver a casa. En ese momento la orquesta comenzó a tocar "Hasta que Vuelva a Bailar el Vals Contigo", y Esteban me llevó hasta los jardines antes de que tuviera ocasión de hablarle.

La noche era fresca y serena. Tiré un poquito y Esteban me tomó en sus brazos.

—Susana —murmuró suavemente—. Tú sabes lo que siento, ¿no es verdad?

Se inclinó y me tendió su anillo de graduación.

Estoy segura de que mi corazón dejó de latir por un momento. Que me diera su anillo de graduación, quería decir... quería decir que prácticamente estábamos comprometidos.

—Oh, Esteban —susurre, mientras un estremecimiento arrobador me recorrió, como la brisa de la noche que sopla en mi mejilla.

—Susana, te quiero —murmuró.

—Yo también te quiero, Esteban —le contesté, sintiendo que deslizaba el anillo en mi dedo, y cerré los ojos mientras juntaba sus labios a los míos.

No distinguí las luces al volver al salón. El brillo de las estrellas estaba en mis ojos. Esteban y yo nos sonreíamos mientras nos dejábamos llevar por el ritmo de la música. Había un encantamiento sobrenatural en la música, aunque casi no la oía, porque estaba perdida en mis sueños.

Era muy tarde cuando me acordé de Albertito.

—Esteban, nos tenemos que ir —exclamé, al mirar el reloj—. Son más de las doce.

Rápidamente le expliqué todo. Me tomó de la mano y corrimos al auto.

Casi no me despedí por el apuro que tenía por entrar en la casa. Las luces del salón se encontraban prendidas, y pensaba una excusa para dar a Marina por haber llegado tan tarde mientras subía las escaleras.

—Marina, lo siento —comencé, y me detuve bruscamente.

¡Se había ido! Me había dejado una nota junto al teléfono.

"Tenía que estar en casa a las once" —decía.

Sentí una furia repentina. ¿Cómo se atrevió a irse sin llamarme? ¿Cómo se había ido tan deliberadamente sin preocuparse de Albertito?

Corriendo entré en el cuarto del niño. Viendo su lámpara encendida, como de costumbre, sonreí, mientras me dirigía a su cama. Me eché hacia atrás sorprendida. ¡No estaba!

Me quedé mirando estupefacta las frazadas desarregladas.

—¡Albertito! —llamé—. ¿Dónde estás?

Recorrí todas las piezas de la casa. Pero mi voz y el eco de mis

**¡Cómo resplandecen
los artículos
de cobre o
bronce!**



48 (SP)A



Estaba tan deseosa de salir con Esteban, que nada más tenía importancia...

zapatos era todo el ruido que se acusó—. Dijiste que estabas obligada a quedarte conmigo. ¡Siempre dices eso!

Me senté en el sofá y traté de pensar.

¿Dónde podría estar? No podía haber salido. Era muy pequeño. No podía dirigirse a ninguna parte, a no ser... —respiré hondo mientras un pensamiento horrible me asaltaba.

—¡Oh, pero es posible! —exclamé en voz alta—. ¡No trataría nunca de...!

Atrí la puerta del frente y corrí a la calle, dirigiéndome a la avenida que iba hacia las afueras del pueblo.

"Albertito conocía esa calle", pensé mientras corría. Sabía que ése era el camino para ir a su casa. Si se había despertado y llamado a alguien, sin recibir respuesta, seguramente había querido volver a su hogar.

De súbito me detuve.

—¡Albertito! —grité.

Comencé a correr otra vez.

—¡Albertito!

Mi voz rasgó la noche, y entonces... en el momento en que un auto corría vertiginosamente, ¡lo vi!

Estaba llorando cuando llegué a su lado. Se abrazó a mí, mientras los sollozos estremecían su cuerpecito.

—No me quieres —sollozaba—. No me quieres y yo deseo volver donde mi papito. Déjame ir —me decía con la carita mojada por las lágrimas.

—Albertito, eso no es verdad —protesté, apretándolo junto a mi pecho—. Todos te queremos. Yo no quise...

—No había nadie en la casa —lloraba—. Me desperté y no había nadie y yo me voy donde mi papito. ¡El me quiere!

—Albertito, es mi culpa. Me olvidé de la hora. Yo...

—Te oí hablar en el teléfono —me

acusó—. Dijiste que estabas obligada a quedarte conmigo. ¡Siempre dices eso!

—No lo debería haber dicho —admití, sintiéndome culpable—. No estuvo bien hecho, pero... Albertito, perdóname.

Continué hablándole, tratando de distraerle, y prometiéndole comprarle un juguete al día siguiente. Y ya estaba calmado cuando llegamos a casa.

Subíamos la escalera, cuando sentí que Esteban me llamaba.

—Estabas tan apurada que dejaste tu bolsa en el auto —me explicó, mirando a Albertito sorprendido—. Pensé que lo podrías necesitar...

—Entra, Esteban. Todos vamos a tomar un vaso de leche —añadí de prisa.

Cuando habíamos terminado de beber, llevé a Albertito al segundo piso. Después respiré hondo para reponerme antes de bajar y contar a Esteban lo que había sucedido.

Estaba tan avergonzada. Horriblemente avergonzada. Le había faltado a Albertito y a mí misma. Había puesto en peligro la vida del niño. Podía haber sido herido, incluso atropellado al ir por la avenida. Si algo le hubiera pasado, no me lo hubiera perdonado por el resto de mi vida. Pobre Albertito, que había perdido a su madre... ¡y que quizá también perdiera a su padre!

Mi amor por Esteban no era una excusa. El tener diecisiete años tampoco lo era. Había olvidado mis responsabilidades por ser egoísta. La felicidad de Albertito no me había importado en absoluto. Su bienestar tampoco me importó. Me sentí tremendamente avergonzada.

Las lágrimas me rodaban por las mejillas. No había querido herir-

lo. No había querido; restregué las manos por mis ojos. No, no podría excusarme tan fácilmente. "No había querido"... era una excusa muy pobre.

"Somos responsables de los demás como de nosotros mismos, pensé, parada en el salón. El egoísmo y la falta de comprensión sólo pueden traer infelicidad y una conciencia atormentada". En ese momento me odié a mí misma. Fue porque vi la verdad. Mi propio egoísmo me había cegado en lo que se refería a un pobre niño indefenso.

"Lo repararé —me decía a mí misma—. Nunca más lo abandonaré. Nunca más le daré la sensación de que no se le quiere. Y nunca más tampoco tendré motivos para pensar de que no se le desea en la casa."

Le conté todo a Esteban, todo, mientras estaba sentada a su lado en el sofá.

—Demos gracias a Dios de que no ha pasado nada, Susana —me repuso—. Sabes que no debías haberlo hecho, pero eso ya lo comprendes, de manera que no te preocupes. Sólo haz lo posible porque te perdone. Por supuesto que yo sé que lo harás.

Descansé mi cabeza sobre su hombro. Sabía que lo que decía era cierto, pero la conciencia todavía me remordía. Cuando me besó al irse, pensé que era más feliz de lo que cualquier muchacha tiene derecho a ser. Pero yo trataría de merecerlo.

—Buenas noches, Susana —me susurró—. Eres mi chiquilla, no te olvides.

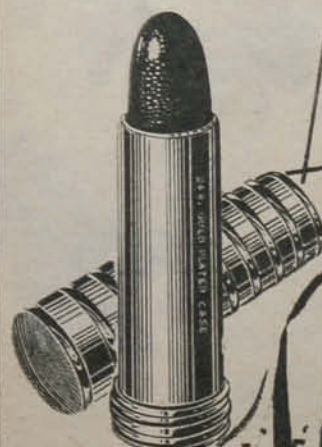
Asentí mientras se dirigía a la puerta. No era suficientemente buena para Esteban, pensé, mientras contemplaba la luna por la ventana. ¡Pero lo sería! ¡Por fin había aprendido mi lección!



Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO

EN ORO

24 K.

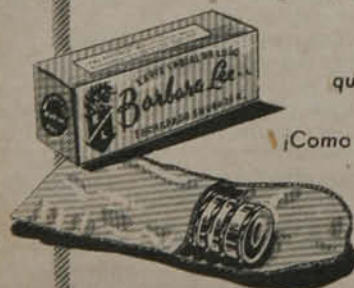


Cada estuche
con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

¿P

OR qué se queja siempre Rafael de su jefe? ¿Por qué no se compra María la ropa nueva que necesita, si puede hacerlo? ¿Qué provoca la arrogancia de David que aleja a sus mejores amigos?

Lo que pasa con estas personas, lo mismo que con millones como ellas, es que están luchando con un problema básico: hostilidad profunda. La mayoría de nosotros sabemos lo que es odiar. Y la mayoría de nosotros también sabemos que el tratar con la ira, ya sea en nosotros mismos o en los demás, no es tarea fácil. Pero pocos de nosotros tenemos un concepto claro de la naturaleza traidora de la hostilidad que vive enterrada en todo ser humano.

Es significativo el que algunas de las frases más usadas en nuestra lengua sean expresiones de hostilidad. "Podría asesinarlo", dices, cuando la lavandería no manda tu abrigo a tiempo. Cuando el perro destroza las petunias, amenazas con "quebrarle el cuello". Un jovencito dice: "Papá me desollará vivo si he abollado nuevamente un tapabarros", y la muchedumbre en el estadio pide que "se mate al árbitro". Es cierto que a veces estas frases exageran el sentimiento que hay tras ellas; pero, a pesar de todo, son reveladoras. Quizás sirven como válvulas de escape para eliminar algo de la rabia que se acumula en nosotros de tiempo en tiempo.

La hostilidad también se muestra a través de nuestro humor, ya sea en los simulacros de pelea, en el chiste intencionado del intelectual o en las bromas pesadas de un gracioso. Cuando te detienes a pensar ¿qué puede hacernos reír, al ver que alguien muere de una aceituna de goma, excepto el placer de presenciar el disgusto de otra persona? Si somos completamente honrados con nosotros mismos, la mayoría debemos admitir, para vergüenza nuestra, que sentimos un placer oculto al ver que un conocido de buena posición sufre un cambio de suerte. Oscar Wilde expresó tanto una verdad universal como un epigrama cuando dijo que cualquiera puede sentir la mala suerte de otro, pero que se necesita un carácter ejemplar para sentir alegría ante el éxito de un amigo. Si, sería mejor que enfrentáramos el hecho de que casi todos nosotros luchamos con una buena cantidad de hostilidad, aunque no nos demos cuenta de ello. Y aunque la extensión varia, es siempre cierto que cuando se profundiza lo suficiente en una crueldad, encontrarás una persona que ha sabido lo que es sentirse desechada y abandonada. En diferentes grados esto es verdad, tanto para tu vecino que se ocupa de los prejuicios de raza y de la chismografía, como para un hombre que usó su poder para hacer sufrir a millones.

Nueve veces de diez la rabia profunda, el odio contra la vida que todo psiquiatra conoce tan bien, proviene de experiencias de la infancia. Por una razón u otra, la mayoría de nosotros, siendo niños, fuimos víctimas de la injusticia o de la crueldad, o quizás de ambas. En esas experiencias están arraigados los sentimientos que aparecen bajo el disfraz de prejuicios raciales, arrogancia, chismografía maliciosa u otras crueldades. Recuerda siempre que, siendo niño, en manera alguna fuiste responsable de las situaciones que, sin que lo desearas, fueron la fuente del odio que hoy puede hacerte tan desdichado. Pero, como adulto, eres responsable del manejo de tu hostilidad, de manera que no enturbie tu felicidad o aquélla de los que te rodean. Y no la dejes privarte del éxito que de derecho te pertenece. Esto es lo que hizo Rafael.

Es obvio que, para cualquiera que lo conozca, la actitud de Rafael hacia sus empleadores es la única razón por la cual nunca ha podido capitalizar su indudable capacidad. Para empezar, Rafael gasta mucho de su tiempo y energía odiando a su jefe, tiempo y energía, que, usados de diferente forma, podrían hacer mucho por su progreso. También sus empleadores son humanos, y encuentran irritante su continuo antagonismo. A medida que transcurre el tiempo, tienden a darle el mejor territorio a otro, o a poner a alguien menos capaz por encima de él. Entonces el círculo vicioso entra en plena acción. Rafael se resiente profundamente de que se pase por sobre él, y este resentimiento alimenta su odio. El jefe percibe la situación, y, generalmente, reacciona presionándolo. El resultado es que Rafael busca un nuevo empleo, y el ciclo comienza nuevamente.

El ciclo comienza nuevamente porque los sentimientos de Rafael son motivados no por la realidad de su situación sino por la experiencia dolorosa que había tenido con el primer "jefe" que conoció: su padre. No es casual

E

Có
corroyer
sutilme

que, cuando más amargura siente Rafael, se refiera a su jefe como "el viejo". Así se refería a su padre, un hombre severo y sin sentido del humor, que trataba de dirigir la vida de Rafael. A través de los años de su crecimiento, los intentos de Rafael de pensar y planear por sí mismo fueron castigados como insolencia. Esa experiencia lo hirió tan profundamente, que aún años más tarde lucha contra todo aquel que tenga autoridad sobre él. Inconscientemente cree que todo jefe que tiene es la misma clase de persona que su padre. María, la niña que se priva de ropa nueva, también lucha con una amargura que tiene raíces en su infancia. La rabia se manifiesta en cada línea de su cuerpo delgado y rígido. Igualmente notorio en la apariencia de María es el hecho de que parece tratar deliberadamente de hacer lo posible para verse poco atractiva. Se viste descuidadamente, usando ropa que le sienta mal, y no se maquilla. Esto es particularmente significativo, si se considera la

dola como diría un psiquiatra. No trates de ahogar tus sentimientos de rabia. Arrójalos lejos de ti, expresándolos de manera que no sean dañinos para ti o para los demás.

DA CURSO A TUS SUEÑOS DIURNOS

Cuando estás enojado, ¿tienes la tendencia a elaborar fantasías acerca de vengarte de la persona que ha provocado tu rabia? No te niegues esos sueños diurnos. Descarta el que te puedan parecer niñerías y hasta la injusticia de tales dramas privados. Por medio de ellos te estás deshaciendo de tu rabia en forma inofensiva. Es mucho mejor dar rienda suelta a la fantasía que tratar de manejar la rabia reprimiéndola y terminar con un fuerte dolor de cabeza o con una pelea familiar. Si sientes que casi todo el tiempo la rabia se encuentra muy cerca de la superficie, trata de dirigirla hacia una "causa". Este paso es a menudo recomendado por los

Odio

actitud de su marido hacia su apariencia, ya que siempre Jorge ha estado orgulloso de lo arreglada que María solía estar. Desde que María sabe lo que significa para él el que ella esté bien arreglada, Jorge no puede comprender por qué María, repentinamente, rehusó comprar ropa nueva o ir a la peluquería, a pesar de sus pedidos. Ni María ni Jorge asocian este cambio con la llegada a la ciudad de la hermana mayor de Jorge, a quien él quiere mucho. Fue cuando Jorge la presentó como ejemplo de mujer atractiva y bien arreglada que María empezó a descuidar su apariencia.

Irónicamente, Jorge no pudo haber hecho peor elección de modelo, porque también María tuvo una hermana mayor, hermana que una vez había amargado su vida. Siendo más bonita y sofisticada, había sido más popular que María entre los jóvenes. Hasta había querido probar que podía quitar a María el joven que se le antojase.

Eventualmente, María solucionó el problema obteniendo un empleo en un pueblo vecino y alejándose de su hogar. Trabajó mucho y adquirió la reputación de ser una excelente secretaria. Este reconocimiento significaba mucho para ella, porque había llegado a enorgullecerse de ser una persona capaz. En efecto, fue como si se hubiese dicho a sí misma: "Nunca podré ser tan bonita como mi hermana, pero puedo ser mejor persona de lo que es ella".

Por eso era tan difícil para María encarar su problema, porque, para cambiar, debía ver que no era todavía la persona madura de que se enorgullecería ser. A pesar de todo, dura como era la tarea, María enfrentó sus problemas. Reconoció que, inconscientemente, estaba tontamente viendo en la hermana de Jorge a una rival temible y odiada. Se dio cuenta, también, que su interés por verse desarreglada no era por ahorrar dinero, como previamente había insistido, sino que era un intento de castigar a Jorge por su interés en su hermana.

La hostilidad con que cada uno de nosotros lucha en ciertas oportunidades, es lo suficientemente poderosa como para arrasar con nuestra felicidad. Afortunadamente hay un número de medios de librarse de la rabia, expresándola de manera que no sea nociva para nosotros o para los demás. Idealmente, cada uno de nosotros debería librarse de los impulsos hostiles. Pero es rara vez posible, aún con la ayuda de un psicoanalista. Es una buena idea enfrentar el hecho —y rehusar descorazonarse por él— de que hay alguna hostilidad en casi toda relación. Rara, en verdad, es la persona que alguna vez no ha sentido mucha rabia aún en contra de aquellos que le son más queridos.

Ten presente, también, que la mejor manera de manejar tu rabia, no es por medio de la represión, sino redirigién-



psicólogos, y te asombrará el alivio que experimentarás de la tensión luchando por algo legítimo. Si tu barrio necesita un parque de juegos, ¿por qué no te unes a la asociación local de padres y profesores para reunir fondos para hacer uno? Si crees que hombres no indicados han estado ganando las elecciones, anda mañana y ponte en contacto con el comando del partido de tu elección y ofrece tu ayuda. El luchar por algo en que crees disipará mucha de la rabia que necesariamente se acumulará en ti de tiempo en tiempo.

Pero algo vendrá un día que desatará tu rabia sin que pueda impedirlo tu vigilancia. En tal caso, lo mejor que puedes hacer es contar lo que sientes a un buen amigo, que te escuche con simpatía y comprensión. ¿Por qué sucede esto?

Bueno, sucede que casi toda la rabia que sientes deriva de las experiencias que te dieron, cuando niño, el sentimiento de no ser amado. Ese sentimiento, probablemente, hizo que te resintieras con tus padres. Aunque el recuerdo de las situaciones específicas que produjeron estos

reconocer y conquistar esa hostilidad que puede minar nuestra felicidad.

(Sigue a la vuelta)



(Continuación de la pág. 29)

Pero aún así era dulce. Siempre la fruta prohibida parece más dulce. Y entonces un día terminó. El amor más grande del mundo para mí, concluyó cuando un camión resbaló chocando el auto de Hugo, y éste murió. Mi marido tenía negocios con Hugo, y su nombre aparecía a la cabeza en la lista de directores de la agenda de mi amado. La policía lo llamó, cuando no encontraron a Beatriz en casa. Antonio me telefoneó inmediatamente. Tenía la voz ronca por la impresión.

—Busca a Beatriz —me dijo—. Seguramente ha salido con los niños a alguna parte. Me pesa tener que pedirte esto, mi amor, pero tienes que quedarte con ella.

No tuve tiempo para llorar; no tenía tampoco derecho a llorar, excepto las lágrimas que derrama un amigo por otro. ¿Podría secar de mis ojos el llanto de una enamorada? Tenía que soportar mi pena y ayudar a Beatriz. Fue la peor cosa que he tenido que hacer...

La ayudé en todos los detalles desgarradores. Llamar al servicio de funerarias, cuidar a los niños... Y yo estaba perfectamente en calma. Esto no era un mérito de mi voluntad, sino que estaba en tal estado de postración, que no podía sentir; hacía todo automáticamente.

Pero cuando estaban sepultando el cuerpo de Hugo, sentía que no podría dominarme.

Quería gritar, lanzarme tras él. Me obligué a mirar el cielo y, súbitamente, me pareció sentir resignación. Habíamos tenido un amor tan maravilloso, un amor tan perfecto. Era un amor todo nuestro, sólo nuestro. Yo no podía compartirlo con el mundo, revelando que había existido. Yo, que más que nadie había estado cerca de Hugo, permanecería a su lado para siempre. Nuestro amor secreto duraría siempre: era una lazo que nos unía.

Una semana después del funeral, Beatriz me pidió un favor. Si podía escoger las cosas de Hugo y donarlas a alguna institución de caridad. Ella no podía hacerlo.

¿Qué podía hacer yo? Después de todo, era una prueba de mi amor hacia Hugo librar a su mujer de más sufrimientos. De manera que asentí y le dije:

—Es mejor que salgas algunas horas con los niños. Es preferible que no estés aquí.

Y revisé sus cosas. Quería llorar mi pena, pero no podía. Era demasiado honda.

En el bolsillo de su chaqueta había un sobre sellado dirigido a Consuelo. Me detuve sorprendida: la letra era de Hugo. Por supuesto que no intentaba abrirlo. No estaba estampillado y se lo daría a mi amiga la próxima vez que la viera. Estaba perpleja. Tenía que saber. Decidí abrirlo. No tenía excusa, salvo que se refiriera a mí. Y yo quería saber... y entonces Consuelo no lo debía ver nunca. Es curioso cuán-

tas excusas se pueden pensar para hacer que algo malo parezca correcto. ¡Así, abrí la carta! ¡Si alguien me hubiera detenido!

Era una carta que había escrito Hugo exactamente el día antes de su muerte. Ella comenzaba: "Mi querida Consuelo". Seguí leyendo, y la sangre se me heló en las venas.

Por supuesto que te quiero ver el jueves en la noche, adorada. Tú sabes que sí, en el lugar de siempre. Si no llego a las nueve, espérame. Tú sabes que me cuesta trabajo deshacerme de Margarita. Me ha estado buscando como perro de caza. Te veré luego. Todo mi amor, adorada.

HUGO.

Eso era todo lo que decía, y era suficiente.

Torpemente seguí escogiendo las cosas, y poniéndolas en cajas para que la institución de caridad las viniera a buscar. Me fui antes de que volviera Beatriz.

Tengo que seguir tratando de que Antonio no sepa nunca. Tengo que enfrentar a la gente, a Beatriz y a mi amiga Consuelo. Ella no me hizo más a mí de lo que yo le hice a otra. ¿Cómo pude haber sido tan torpe? "Nuestro grande amor", "nuestro lazo irrompible". ¿Cuánto puede soportar un corazón?

Siempre creemos que el nuestro "es un amor diferente". Pero no se diferencian cuando son robados. Todos son iguales: bajos y despreciables.



Joven, bonita, primorosa
¡novia, encantadora!

Tiene boca fresca
¡sonrisa seductora!

Aliento dulce y perfumado
¡dientes perlitas!

Es un sueño consumado
¡Por efecto de KOLYNOS!

PERFUMA EL ALIENTO
RINDE MUCHO MÁS



Dice DON KOLYNOS:
2 veces al año visite
al dentista.
3 veces al día sea
KOLYNOS-ISTA.

(Viene de la vuelta)

sentimientos se desvanecieron hace tiempo, todavía tienes en ti viva la rabia que te hicieron sentir. La vieja amargura se agita cuando algo hace que "veas rojo" —rabia repentina desproporcionada al incidente que la provocó—, o cuando sin razón aparente encuentras que te desagrada un nombre o un color, o que sientes antipatía por una persona a la que escasamente conoces.

HABLA A UN AMIGO

Puedes borrar algunos de los efectos de esas tempranas experiencias dolorosas si tratas de mostrar tu peor lado a un amigo, y sientes que el amigo todavía te aprecia, a pesar de tus deficiencias. El sentimiento de ser amado hoy puede disolver en parte el sentimiento de no haber sido amado en el pasado.

La próxima vez que sientas el impulso de ser duro con alguien, trata de calmarte. Recuerda que casi todo el odio que sientes está arraigado en un deseo inconsciente de vengarte de heridas reales o imaginadas que sufriste tiempo atrás. No agregues combustible al fuego apilando más molestias para ti por medio de un incidente enojoso.

En lugar de eso, trata de apagar el fuego haciendo cuanto te sea posible por obtener la sensación de calor y afecto, cuya falta te ha hecho sentirte no amado, y, por lo tanto, enojado. Cuando sientas surgir una gran rabia, haz algo por ti. Es el momento de comprar el traje nuevo que tanto ansías, o el de salir a pescar, que tanto has pospuesto. A la larga, verás que esto no es autoindulgencia, sino sabiduría.

NO SEAS DURO CONTIGO MISMO

Para el largo camino, trata de ser caritativo con tus desventajas. Opera sobre la filosofía de que no tienes que ser perfecto. Recuerda el proverbio chino que dice que nuestros amigos nos respetan por nuestras virtudes, pero que nos aman por nuestras imperfecciones. Tu actitud hacia ti mismo es fundamental para tu bienestar emocional, ya que todas tus relaciones con otros reflejan tus sentimientos hacia tu propia personalidad. Nunca hubo un principio psicológico fuera del precepto bíblico de amar a tu prójimo como a ti mismo.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides. — Santiago de Chile, Avenida Santa María 976, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 1.º de abril de 1954 - N.º 1040.

Fábrica Chilena de Sederías

VIÑA DEL MAR



DE FAMA
INDISCUTIBLE



EXIJA LA MARCA EN EL ORILLO DE LA TELA

Yodent



Una pasta buena,
una pasta chilena
para el cuidado de su dentadura

Contiene yodo y flúor
para evitar las caries.



Confidencias

M. R.

de Margarita

N.º 1041

\$
10
MONEDA CHILENA

LOS DERECHOS DEL MARIDO

MITI

Y ASI... AL
CRIMEN,
novela policial

ME CASE DEMA-
SIADO TARDE

EL EMBRUJO DE
EGIPTO,
novela

MAYERLING,
amor histórico.

EL PODER DEL
HIPNOTISMO,
artículo.

EL MOLDE DE
LA SEMANA

SIN LAGRIMAS

—¡Iré a la cárcel!
—murmuró,
echándose sobre
el sillón. Me miró
mientras instintiva-
mente iba ha-
cia él con los
brazos extendidos.



Una "Sabrosa" fiesta en su cocina



Calidad garantizada

Pureza absoluta

Contenido exacto

Sabor uniforme

FABRICA NACIONAL DE ACEITES, S. A.

Distribuidores exclusivos:

IBÁÑEZ Y CIA



G

ABRIELA se despidió amablemente del último de nuestros invitados, cerró la puerta del departamento, y con una sonrisa en su rostro se volvió a mí y me dijo:

—Fue una hermosa fiesta, ¿no es cierto? Parece que todos se divertieron bastante.

—Incluso tú —pensé con amargura—, más aún, especialmente tú.

Se detuvo ante el sillón donde estaba sentado, me dio un ligero beso en la mejilla y luego revoloteó por el living, limpiando los ceniceros y reuniendo los vasos sucios, mientras entonaba una canción de moda. ¡Cantando!

Mi mirada siguió sus movimientos y el resentimiento que se insinuaba en mi gesto que volviera del hospital, dos semanas atrás, pareció estallar de pronto. Parecía increíble que su hijo, nuestro hijo, hubiese vivido aquí en esta casa sus seis meses de vida, y también que aquí hubiera muerto.

La más espantosa tragedia que puede caer sobre una mujer había pasado por Gabriela sin tocarla. No había en el departamento ni un retrato del niño, ni un cascabel que le hubiera pertenecido, nada que me diera una idea de cómo era el hijo que no conocí.

Si Gabriela me hubiera mirado, habría visto la expresión de furor e incompreensión en mi rostro, pero no lo hizo. Se detuvo a recoger unos trozos de un disco quebrado y, mirándolos, me dijo:

—¡Mira, mi disco favorito! —Luego, con un encogimiento de hombros, lo tiró al canasto de papeles.

El gesto parecía coincidir tan bien con la personalidad que recién me estaba demostrando que tuve que hacer un esfuerzo para no reír. Ya fuera un disco roto o un hijo ido, cuando dejaban de pertenecer a su vida tiraba su recuerdo al cesto de papeles y no perdía más tiempo lamentándose por su pérdida.

Se dirigió a la cocina y volvió al cabo de pocos momentos con una bandeja esmaltada en la mano. Colocó en ella los vasos sucios que había reunido y estiró el brazo para tomar uno que estaba en una mesa a mi lado. Al hacerlo, su rostro se aproximó al mío y me miró con sus hermosos ojos verdes, luego me dio un beso en los labios y al separarse me dijo:

—Victor, a veces tengo que hacer un esfuerzo para convencerme que estás realmente de vuelta.

El perfume de su piel y su contacto eran tan suaves y agradables como siempre y me habían acompañado en el campo de batalla de Corea y ahí habían sido mi único consuelo y esperanza. Pero al contemplarla recoger la bandeja y abrir alegremente la puerta de la cocina con un pie, pensé:

—Te alegras de que haya vuelto a casa, pero si no lo hubiera hecho, no me habrías llorado mucho tiempo. Muy pronto tu alegría habría encontrado otro nuevo amor que llenara tu vida. Escondí el rostro entre mis manos. ¿Qué cosa puede ser más dolorosa para un hombre que el comprender que su amada esposa es incapaz de sentir un amor verdadero por nada ni por nadie? La manera de actuar con respecto al niño me lo demostraba. Sólo hacía dos meses que había fallecido y parecía que jamás había existido en su vida.

Conoció a Gabriela muy pocos meses antes de casarnos y poco después tuve que embarcarme para ultramar. Amaba en ella su alegría y buen hu-

mor y, cuando volvía a casa después de saber lo sucedido al niño, sufría pensando en el gran cambio que se habría operado en ella.

Ya no sería la muchacha alegre y despreocupada que había conocido y querido, sino una doliente madre, pues en los largos meses de separación había atravesado por una dura prueba. Podía comprender muy bien que jamás volviera a ser la muchacha que había conocido y me preparaba para consolarla y ser un apoyo en su dolor. Aun recordaba perfectamente el cambio que experimentó mi hogar cuando murió mi pequeño hermano. Mi madre jamás volvió a reír nuevamente y a todos nos rodeó su angustia.

De manera que cuando Gabriela me fue a recibir y apareció ante mi vista tan alegre y sonriente como siempre, creí soñar. Luego me expliqué a mí mismo que debía estar haciendo un esfuerzo para no amargarme, pues sabía que venía herido. Escondía su pesar para darme el valor y la fuerza que tanto necesitaba. Durante nuestra estadía de tres días en el puerto, apenas mencionó al niño. Una vez que le pregunté sobre él, apoyó su rostro en mi hombro y me besó. Pensé que estaba escondiendo sus lágrimas, pero cuando alzó la vista, comprobé asombrado que sus ojos estaban secos. Me dijo con tono distraído:

—Espera que lleguemos al hogar nuevamente, Victor. Pensé que estaba ocultando el dolor y la admiré nuevamente. Un mes más tarde llegué a casa con un pequeño perrito como regalo para Gabriela. Creí que el departamento estaría menos solitario si lo veíamos jugar por todos los rincones. Gabriela había decidido reasumir su puesto de secretaria que desempeñaba de soltera hasta que yo pudiera encontrar algo más satisfactorio. Al ver el perrito, experimentó gran alegría y lo acarició con deleite. A medida que los días pasaban, empecé a sentir resentimiento contra el animal. Una noche contemplé cómo Gabriela correteaba con él por todo el departamento, demostrándole gran cariño. Luego la contemplé acostarlo cuidadosamente y algo muy parecido al horror se posesionó de mí. Le hablaba al perro como si fuera un hijo y yo no se lo había traído para que reemplazara en su afecto al niño. Se lo había regalado para que se divertiera un poco y

me daba la impresión de que los días pasaban, empecé a sentir resentimiento contra el animal. Una noche contemplé cómo Gabriela correteaba con él por todo el departamento, demostrándole gran cariño. Luego la contemplé acostarlo cuidadosamente y algo muy parecido al horror se posesionó de mí. Le hablaba al perro como si fuera un hijo y yo no se lo había traído para que reemplazara en su afecto al niño. Se lo había regalado para que se divertiera un poco y

(Continúa en la pag. 5)

Sin lágrimas



Un joven esposo no podía comprender cómo, ante tan inmenso dolor, su mujer no derramaba una sola lágrima...

Una base liviana, transparente, sin grasa...

Compruebe usted
misma la forma admirable
en que su cutis delicado
responde a esta base tan
diáfana y primorosa.

Antes de empolvarse,
aplíquese una finísima capa
de Crema Pond's "V" sobre
el rostro. No deja el menor
rastros grasoso y se desvanece
inmediatamente. Queda sólo
una base liviana, transparente,
que asienta divinamente el
maquillaje. Los polvos se
retienen en forma pareja...,
uniforme..., sin formar
grumos..., ¡y duran más tiempo!

¡Tratamiento
facial en sólo
1 minuto!



Aplíquese abundante Crema Pond's
"V" por todo el rostro, excepto
sobre los ojos. Déjela nada más que
un minuto y quítela luego con una
toallita absorbente.
La piel queda fresca...,
¡lista para un maquillaje conveniente!



Lady Maureen Cooper



bellísima dama de la alta sociedad londinense
dice: "Siempre uso Cremas Pond's."

EXIJA EL POTE GIGANTE,
ES MAS ECONOMICO.

olvidara en parte el dolor que suponía debía sentir.

Pero por ese entonces había empezado a preguntarme si sentiría efectivamente algún dolor. No quise seguir ahondando este presentimiento. Me había contado, al pasar, que la ropa del niño la había regalado a una compañera de oficina que esperaba un hijo. También debía haberle regalado los juguetes, si es que alguna vez le había comprado alguno.

Pero lo que más me enfurecía era que no tuviera ningún retrato de él. Recordaba cómo mi madre había hecho un verdadero culto de las pocas instantáneas de mi hermano y cómo lloraba sobre ellas cada vez que las contemplaba. Y cómo había conservado su dormitorio y todos los juguetes que le pertenecían. Recordaba también cómo acostumbraba a encerrarse en su cuarto y permanecer allí horas de horas, y como miraba a los otros niños en la calle, diciendo: "De esa edad sería ahora".

Pero Gabriela jamás le daba una segunda mirada a los niños que pasaban a su lado. Me contaba los sucesos de su trabajo y los comentarios de sus compañeras. Cosas sin trascendencia, nada interesante...

Una tarde que pasó un niño al lado nuestro y se tropezó y cayó, lo ayudé a ponerse de pie y le pegué unas palmaditas cariñosas en la cabeza. Eso fue todo...

Pero era la fiesta de esta noche la que me había permitido ver claramente su alma.

"Esta noche, ha sido el fin de algo muy querido. Nuestro matrimonio, o tal vez, una parte esencial de él", pensé.

Pude escuchar cómo Gabriela dejaba correr el agua en la cocina. Deseé haber muerto en la guerra; por lo menos, habría conservado mis ilusiones por la mujer que amaba. ¿No habría sido mejor que volver al hogar y descubrir que me había casado con un espectro, que la joven soñada nunca existió realmente? ¿Que sólo era un objeto de placer, una mujer vacía?

Recordé al compañero que había muerto en mis brazos y en su novia que le esperaba en un pueblo lejano. Me había mostrado su retrato: era una linda morena que había conocido toda su vida. El debió haber sobrevivido y no yo.

Miré a Gabriela que en ese instante penetraba en la habitación. Era hermosa y debía sentirme orgulloso de su físico, pero cuando se sentó a mi lado y me sonrió, me sentí avergonzado del deseo que despertaba en mí. ¿Cómo podía tenerla en mis brazos si la despreciaba en esa forma? Después que se calmara la atracción física que experimentaba por ella, ¿qué quedaría? En ese instante, me dijo:

—Voy a ponerme algo más cómodo y te prepararé una taza de café antes de acostarnos.

La contemplé abrir la puerta del dormitorio y cerrarla tras ella. Se colocaría algo vaporoso y excitante y le haría el amor y después que se quedara dormida en mis brazos, yo permanecería despierto con una espantosa amargura en mi corazón.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, se escapó por entre sus pies el perrito. Corrió tras él y me sentí disgustado por la forma en que lo trataba. Me levanté y me dirigí a la cocina a preparar unas bebidas. Aun jugaba con el perro cuando regresé. Al verme aproximarse tomó uno de los vasos que le tendía y se sentó en el sillón a mi lado. Pensé que tal vez en ese instante tan íntimo me iba a hablar del ni-

ño, pero tomando un sorbo del licor, comentó:

—Uno de los agrados de tenerme en casa, Víctor, es porque preparas bebidas tan deliciosas.

Sentí deseos de arrojarla lejos de mí. ¿Siempre habría de pensar en bebidas y en buenos ratos? ¿Nunca pensaría en el niño?

—¡A acostarse! —le gritó en ese momento al perro. El animalito meditó un instante antes de obedecer el mandato de Gabriela; luego, al parecer, decidió no hacerlo y corrió hacia nosotros.

Remedio infalible



Una actriz de Hollywood, que hacía tiempo había dejado de ser una muchachita, fué a visitar a su médico, quejándose de cansancio.

—No creo que sea nada serio y lo que usted necesita es un cambio —le aconsejó el facultativo.

—¡Cambio!... —exclamó la actriz sorprendida—. En los dos últimos años he tenido tres maridos, cuatro automóviles, me han robado tres veces mis joyas, he tenido once cocineras, cinco doncellas y siete mayordomos. ¿Me puede decir, exactamente, en qué clase de cambio piensa usted?

Gabriela se inclinó y le dijo con voz tranquila y pausada:

—¿De dónde sacaste eso? ¡Dámelo! En ese instante vi que el perro no jugaba con su hueso, sino con una pequeña muñequita de goma. Tenía dentro del hocio casi todo el cuerpo en forma de cupido.

Cuando Gabriela trató de quitársela, se escurrió un poco, deseando jugar. Ella se puso de rodillas en el suelo y le ordenó con voz más firme: —¡Dame eso! ¿Me has oído?

(Continuación de la pag. 3)



El perro pensó que estaba tratando de jugar con él y aferró más fuerte la muñeca con sus dientes. Al tratar Gabriela de quitársela a la fuerza, se soltó un poco la cabecita. De pronto contemplé asombrado que golpeaba furiosamente al perro hasta que soltó el juguete. Gabriela se reclinó contra el sofá y empezó a acariciar suavemente la muñequita con la cabeza semipartida.

—Debí suponer que había entrado al closet —dijo como si estuviera hablando consigo misma— y rebuscó entre mi caja.

Al ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, experimenté dentro de mí una curiosa sensación de alivio. Algo, por lo menos, la había hecho recordar al niño. Tal vez no era completamente desnaturalizada, pues guardaba algunos de los juguetes dentro del closet.

Coloqué la mano sobre su hombro, temeroso de que el momento de emoción pasara y jamás volviera a tener oportunidad de saber algo de mi hijo:

—¡Cuéntame de él, Gabriela, recuerda que también era mi hijo!

Alzó su rostro y me miró. Luego empezó a hablarme del niño con voz ligera:

—Era demasiado grande para su edad y muy gordo. Reía todo el tiempo y era muy sociable, aún con el doctor que le daba medicinas amargas. A veces... —su voz tembló y se cobijó en mi hombro. Luego me dijo:— Lo siento, Víctor, comprendo que tienes derecho a saber lo maravilloso que era, pero no puedo hablar de él. No aún, hace sólo dos meses y seis días...

La contemplé asombrado y sintiendo un raro vacío en el estómago. ¡Solamente dos meses y seis días! Mañana serían dos meses y siete días, luego dos meses y ocho días. Los contaba. Yo me creía que lo había olvidado todo, pero para ella era demasiado pronto aún para recordar.

No podía hablar del niño sino de manera impersonal. Comprendía que sobre ciertas cosas no se puede hablar hasta que el tiempo ha suavizado el dolor que nos han causado. Lo comprendía, pues en la guerra lo había podido apreciar muy bien. Pero Gabriela era mujer, y siempre había creído que las mujeres exteriorizaban sus emociones, como mi madre. No creía que habría algunas que bailan y rien y hacen bromas para evitar un recuerdo que las puede trastornar y hasta que el tiempo suavice y haga más posible un poco de olvido.

De pronto, vió al perro y, arrepentida de haberle pegado, fué a acariciarle, diciéndole:

—Siento haberte pegado, perrito, debí comprender que tú no sabías lo que hacías.

Tomé la muñequita de goma que había quedado sobre la silla y permanecí un largo rato contemplándola. Sentía vergüenza de mis sospechas y di gracias al cielo de que Gabriela no llegara a conocer lo que había pensado de ella y que yo, su marido, tampoco la había comprendido.

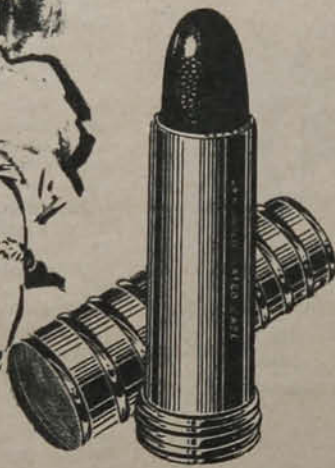
Me levanté y la tomé en mis brazos. Mientras la besaba, el perro jugaba a nuestros pies. Cuando sus labios se posaban en los míos pensaba cuántas risas en el mundo dejan ecos de tristeza cuando se las escucha y se las comprende...



UNA VERDADERA

Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡nuevo!

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsito
de género especial que le
brinda protección.
¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee
M. R.
Preferido por las Damas Elegantes

CAPITULO IX

—Es una larga historia:

"Con el transcurso de los siglos, los sacerdotes egipcios se dieron cuenta de que la pequeña tumba del rey Amenofis era la más segura. Por eso llevaron las momias en peligro a esa tumba. De este modo, Amenofis fué visitado por las momias de trece reyes diferentes. Fué un buen anfitrión, y les ofreció el anhelado descanso eterno. Lo que hicieron estos sacerdotes estableció un precedente. Más tarde, otra orden de ellos salvó cinco momias reales amenazadas por los ladrones y las llevó a una tumba desconocida entre los peñascos. Y ahora, ¡qué piensa! ¿Dónde estaba esta tumba en las rocas? ¡En Der-el-Bahri, en el templo de mi muy amiga Hatshepsut! Esta asamblea de momias reposa en forma real desde hace tres mil años. ¡Tres mil años! Un tiempo fabuloso. Esto sólo ha podido suceder porque el plano exacto de la tumba se ha perdido. Tal vez deliberadamente, tal vez por falta de cuidado. Sea como fuere que haya sucedido, durante tres mil años cinco reyes descansan tranquilamente, uno junto al otro, en un nido rocoso en Der-el-Bahri.

—¿Cómo encontraron este lugar escondido los Abdul Rasuls?
—Nadie lo sabe. Esta gente tiene una especie de varita mágica que golpea en los sitios donde hay escondidos tesoros. Nunca le pondrían precio a su secreto. En verdad, al principio ellos guardaron íntegro el secreto de su descubrimiento: era el precio de su dinastía. Más que un precio, era ciertamente su aventura más escalofriante. Todo el que haya cavado aquí en la arena, les envidia esta experiencia. ¡Descubrir cincuenta momias de los reinados de la Edad Media y Moderna! Esto jamás se había visto. ¿A dónde se los podrían llevar? ¿Dónde esconderlos? Debían dejar el botín donde estaba; de otra manera, vendrían otros tras sus huellas, y a eso jamás se arriesga la gente de Kurna. "De esta manera, se juraron guardar secreto. Toda la aldea juró no quebrantarlo. Y trescientas personas cumplieron su promesa. En Egipto, donde un secreto no se guarda más de una semana, trescientas personas lograron conservar su fantástico descubrimiento.

—¡Qué sentido de hermandad! Uno debe admirarlo a pesar de todo.

—En cierto modo, es admirable —convino Conway—. Además, el final de la historia es grandioso, ya que por último los cincuenta reyes hablaron solos. Por supuesto, tarde o temprano, los objetos vendidos en el mercado iban a levantar sospechas. El Abdul Rasuls trató de conservar la vivencia de estos cincuenta faraones, y sólo vendían algo de cuando en cuando, cuando le escaseaban los recursos. Pero, gradualmente, la gente de El Cairo comenzó a pensar que se había hecho un inmenso descubrimiento en alguna parte. Empezaron a investigar. La policía tomó parte. Y surgió la venganza de los faraones.

—Magnífico.

—Pero, a pesar de eso, la revelación no vino tan rápidamente como usted puede imaginarse —continuó Conway—. A pesar de que la pista estaba en Kurna, el jefe y toda la aldea lo negó. Ellos juraron que no había grupo más honorable que el Abdul Rasuls. "En todo caso, ¿dónde están las cosas robadas?", se defendían. "Muéstrennoslas". Pero la policía no podía mostrarles nada. Naturalmente ellos buscaron, pero no encontraron nada. Así, a falta de prueba, los Abdul Rasuls quedaron libres. Fueron observados, vivían bajo sospechas, pero se las manejaron para mantenerse seis años más con sus reliquias, vivieron bien, compraron propiedades, se divirtieron. Seis años, hasta que un día ocurrió algo extraordinario. Uno de los del clan de Abdul Rasuls fué, por acuerdo propio, a donde Mudir Dand —un hombre excepcionalmente fino—, y confesó. Confesó todo. Confesó con el consentimiento de todo el pueblo, no por un impulso personal ni una idea de venganza.

"Era la urgencia de confesar de un hombre que no puede soportar más el peso de su culpa: "Nosotros, los Abdul Rasuls, hemos hecho un descubrimiento, hemos robado, hemos usufructuado, nos hemos divertido, pero ya no podemos seguir así. Hemos llegado al final. Haga con nosotros lo que quiera". Era también la confirmación de la justicia, una especie de autodefensa frente al destino.

"¡Imaginarse la nerviosidad que hubo en El Cairo! El director del Museo Egipcio tuvo una noche sin dormir, para decirlo exactamente. Cincuenta nuevos reyes llegaron en masa como invitados a su pensión. La construcción de nuevas casas de piedra fué el comienzo.

"Ningún excavador tuvo nunca una tarea más fácil. En dos días la tumba se limpió y se empaquetó el precioso tesoro rumbo al Museo.

"Todo el valle hablaba de ello. Mientras el bote iniciaba su viaje de adiós, Nilo abajo, era evidente que la vieja tradición del culto por los muertos aún existía. Hombres y mujeres de los alrededores se alinearon en la ribera. Los hom-

El
de

embujo Egipto

POR
VICTORIA
WOLF

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR

Después del descubrimiento de los trozos de vasos hecho por Conway, Lord Eversham ordenó que se siguiera excavando en el mismo sitio durante ese invierno. Un día llegan los ancianos del pueblo a informar al amo que una banda de ladrones, los Abdul Rasuls, están haciendo un botín en una de las tumbas. Conway se va con un grupo de hombres y baja por la garganta de piedra, echa a los ladrones y decide él mismo ver qué hay en tal lugar. Esa misma noche le explica a Sonia que la banda tiene una vieja tradición y que son los mejores conocedores de antigüedades en todo el Egipto.

bres disparaban sus escopetas y las mujeres se tiraban el pelo y lanzaban lastimeros gritos por sus muertos. De este modo, la muerte de esos reyes fué sentida por gente que, tres mil años después, vivían en el mismo suelo egipcio y en el mismo amado Egipto con la misma devoción. ¿No es éste un país grandioso? ¿No merece todo el esfuerzo de un hombre, Sonia?

Como yo estaba completamente de acuerdo con él, asentí. En seguida se sumió en un sueño al cual no podía yo penetrar. Estuvo en silencio durante mucho rato. Tan largo, que los primeros rayos del sol rojo y oro despertaron el valle y su secreto.

Si este hombre me amaba, me pondría celosa de cualquier sueño que no me incluyera a mí.

Tan pronto como fué pleno día, el señor Conway y Ahmed Gerigar bajaron al hoyo del acantilado, y luego los trabajadores, uno después del otro, se deslizaron por la cuerda. Esto no se hizo sin un cierto trabajo. A mí me ordenaron quedarme abajo, vigilando. ¿Vigilando qué? Conway siempre me asignaba estos trabajos, y con ello me hacía sentirme totalmente inútil. Subí nuevamente al macizo de roca y contemplé el valle, escuchando la grandiosa quietud de eternidad que se abría en mi alma. Si alguien se me hubiera acercado y me hubiera preguntado: "¿Qué quiere?", le habría dicho: "No quiero nada". Si me hubiera preguntado: "¿Qué está haciendo?", le habría dicho: "Esperando".

¿Qué?

¿Todo?

Pero no vino nadie y nadie me preguntó nada, y me limité a observar la arena y a soñar.

La arena era café, luego amarilla, después dorada, en seguida gris, más allá blanca. Me ardían los ojos. Los cerré e imaginé que estaban heridos, pero no sentía dolor. Sólo sentí una inmensa marejada que me envolvía y me sumergía en sus olas. Cuando desperté, el señor Conway estaba de pie a mi lado.

—Esto es lo que yo llamo un centinela alerta —se burló—. Todos los Rasuls podían haber subido y haberme destruido.

—¿Qué encontré? —le pregunté.

—Nada. Un túnel largo, en el cual los Rasuls deben haber trabajado durante semanas. Conduce roca adentro.

—¿Va a excavar más?

—Sí.

—¿Y abandonará el valle?

—Temporalmente, sí.

—Pero yo habría preferido que hiciera sus propios descubrimientos, no buscar lo que los Rasuls ya han olfateado.

—Querida Sonia, querida, querida Sonia —dijo. Se dio vuelta y le silbó a Ahmed, quien salía por la garganta de la roca.

Se decidió atacar el peñasco por el lado del valle. Desde arriba el avance sería muy lento. En vez de tener que ir hacia abajo por la cuerda, se construyó una especie de elevador, por medio del cual se podía subir a una persona.

El señor Conway dibujó el plano en la arena y Ahmed prometió que en la tarde siguiente se completarían los preparativos técnicos. Además, el señor Conway ordenó que se levantara una tienda para así, durante unos pocos días, él pudiera vigilar noche y día. Ahmed estuvo en desacuerdo. Todavía hacía demasiado calor. Pero el señor Conway dijo que el macizo de roca era una maravillosa protección contra el calor, mejor que la casa del jardinero en Luxor y mejor que cualquier tumba del valle.

—¿Y de qué va a vivir? —le pregunté.

—Mañana la secretaria tendrá otra con cocina y máquina de escribir, cerca de la del comandante en jefe. —Así lo ordené, de acuerdo con el tono serio de Conway.

Ahmed lo tomó como broma, haciendo una mueca de incredulidad.

Pero el señor Conway comprendió mi sinceridad y no contestó.

—Por favor —insistí.

—¡Qué loca idea!

—Debe permitírmelo.

—Se enfermará.

—Soy inmune a las enfermedades.

—No hable tonterías.

—¿Podría hacerlo si fuera un secretario hombre?

—Pero usted no es hombre.

—No quiero que me rechace porque soy mujer.

—En nombre del cielo —dijo Conway, y confirmó la orden de levantar la segunda tienda.

Estuve ocupada vaciando la despensa y empaquetando todo en cajones. El señor Conway me observaba en silencio, y después de un momento, dijo:

—Usted tiene un temperamento dramático, Sonia. ¿Son todos los rusos así?

—¿Dramático? ¿Por qué?

—Porque está volviendo nuestra excursión a los cerros de Kurna en una expedición al Everest. Provisiones para medio año y preparativos para la nieve y el hielo.

—No creo que sea precisamente la evidencia de un temperamento dramático el querer no morir de hambre ni dejar que mi jefe desfallezca.

—Bueno, entonces diremos dramático mezclado con romántico. De otra manera, usted se daría cuenta de que un muchacho árabe puede venir a la tienda, de Luxor, dos o tres veces al día y poner mantequilla fresca del Alto Egipto en su plato.

—Hasta ahora no he visto la plétora de activos muchachos árabes.

—Espere. Afuera

de la tienda, estos

muchachos

pulularán alrededor

de usted como

si fuera una

princesa oriental.

Uno la abanicará,

otro...

Me puse las manos

en los oídos.

—Sé de un magnífico

trabajo para

usted para

cuando yo muera:

director de entretenimientos

en el Hotel Winter

Place, de Luxor.

Allí organizan

expediciones al desierto

para los huéspedes a lo

Everest. Caravanas

de camellos,

fudres con agua,

tiendas, escoltas

con brillantes

uniformes, tam-tams,

música. Y luego,

después que han

entrado una milla

en el desierto, llevan

a la gente veinte

veces sobre el mismo

círculo y acampan dos

noches a media hora

del hotel, y pagan

cinco libras extras

por esta estafa.

(Sigue a la vuelta)

—Usted tiene un temperamento dramático, Sonia. ¿Son todos los rusos así?



**PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones**



Cambie

**DE COLOR SU VESTIDO
CON ANILINAS SUIZAS
MONTBLANC**

30 colores de moda.
Sin trabajo, en 1/2 hora
su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC
UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD.
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

Entonces desempaqueté la mitad de la harina, de los cereales, de los huevos, del arroz y de los tallarines. Ahora estamos viviendo desde hace tres días en nuestras tiendas en el extremo bajo de la tumba. No son tiendas pequeñas de campaña, sino grandes, de esas que usan los militares, hechas de lona gris con sitio para una mesa, una silla, una cama y un baul. En vez de pasearse de arriba a abajo mientras dicta, como lo hacía en casa, mi jefe se tiende en la cama.



Yo me siento a la mesa y tomo el dictado directamente a máquina. Su programa también se ha tenido que ajustar al cambio de las condiciones. De siete a once de la mañana, y de las tres y media a las seis de la tarde, va a su nuevo trabajo, y en la noche, después de nuestra así llamada comida, me dicta cartas y notas. A las diez va a ver la otra tienda y a ordenar el trabajo.

Hasta ahora no se ha encontrado nada. No se ha recibido contestación de Lord Eversham, a quien Conway le envió un cable seguido de un memorándum explicatorio. Sin embargo, el director del Museo Egipcio prometió visitarnos durante el fin de semana. Eso significa que vendrá dentro de tres o cuatro semanas, me explicó el señor Conway.

—Por favor, no ase ninguna chuleta extra el sábado, pues nos deben durar el resto de la semana. Si el director expresa su intención de venir al valle, sus amigos se tocarán la frente y le dirán "Magnún". A la semana siguiente harán lo mismo, y la que venga también. En verdad, esperará hasta que sus amigos se sientan estúpidos de tanto decir "Magnún". Al final vendrá, por supuesto, pero le escribiremos: "Cuando se decida a honrarnos con su visita, será muy bien venido".

—Descifrado, eso significa: Amigos, nos entendemos los unos a los otros.

—Perfecto —dijo Conway—. En realidad significa: Usted

Un niño con una moneda fuertemente agarrada entró en una juguetería preguntándole al dueño por todo lo que tenía en venta y sin decidirse a comprar nada.

—Mira, hijo, ¿qué es lo que quieres? ¿El mundo rodeado con una reja?

—¿Podría verlo? —fue la respuesta del pequeño.

LA FLORIDA

La especialidad de la casa en: hermosas batas, lindas mañanitas, preciosas combinaciones, primorosas blusas, zapatillas, trajes de baño y todo lo delicado y fino para un regalo femenino.

OFERTA ESPECIAL PARA LAS NOVIAS

Un hermoso juego de seis piezas, compuesto de: camisa de noche, combinación, calzón, bata acolchada, mañanito, zapatillas de raso, todo en

\$ 8.500.-



REEMBOLSOS A PROVINCIAS

ENVIANDO EL 25% DE SU VALOR.

COMPANIA 1078 (ENTRE AHUMADA Y BANDERA, AL LADO DEL CINE PLAZA) - CASILLA 9695 - FONO 84332 - STGO.

no puede hacernos lesos. Pero eso es exactamente lo que quiere escuchar.

Desde que nos mudamos a la tienda, el señor Conway ha estado de un buen humor excepcional. Cuando vuelve de las rocas, silba, y así yo puedo escucharlo llegar. Es difícil explicar qué me producen a mí esas dos notas. Tiemblo cuando las oigo. "¡Ola!", me dice. "¡Llegué al hogar!", y así yo sé lo que hogar significa para él.

La rapidez del trabajo le gusta. Los obreros aquí laboran con mayor intensidad que los otros de nuestro lado del valle. Ellos están firmemente convencidos de que están en la pista para hacer un importante descubrimiento. La tumba está en un sitio tan protegido, que piensan que es imposible que una mano humana la pueda perturbar.

La tumba está realmente en un sitio notable. Su entrada estaba en la abertura de una roca creada por la emanación natural del agua, cuarenta y tres yardas más abajo del borde del peñasco y setenta y tres yardas sobre el suelo del valle. Está tan inteligentemente escondida, que no hay ni la menor huella ni por arriba ni por abajo.

Desde la entrada, un pasadizo de cerca de dieciocho yardas corre a lo largo del costado de la roca. El camino termina en un ángulo recto. Un pasadizo corto va de allí a la salida. Ellos ahora están excavando en el segundo pasadizo, esperando encontrar al final maravillas. Cavan entusiastamente a través del polvo y del cascote. Qué diferencia entre estos egipcios y los jóvenes de El Cairo, que sueñan con la limpieza y la higiene.

Yo también estaba contagiada con la nerviosidad general. No sentía el calor. Dormía muy poco, pero jamás me sentía cansada en la mañana. El señor Conway insistía en que estaba delgada y pálida, quería mandarme de vuelta a la casa del jardín. Pero no quería irme. Qué idea: estar sentada en un baño en el momento en que otros descubrían el oro de los faraones. Lo que más quería hacer era tomar una pala y cavar con ellos, pero el señor Conway me lo prohibió terminantemente.

No había nada que odiara más, según decía, que a una mujer como Lady Hester Stanhope. Esta soberana de Palmira

dejaba a su enemigo Hatshepsut en segundo lugar. Las mujeres nunca debían perder su femineidad.

—Un punto de vista muy original —le dije.

—No importa, pues es verdad —respondió Conway.

La anunciada visita de El Cairo no se materializaba, pero, a pesar de eso, no estábamos solos.

Bisharin había formado su vivac en las vecindades: ocho hombres, tres camellos, cuatro cabras, doce mujeres y una multitud de niños de ojos oscuros, harapientos, sucios y pintorescos. Parecían estar preparados para permanecer allí tanto tiempo como nosotros.

En las noches se sentaban alrededor del fuego y tocaban su enervante música árabe. Las mujeres y los niños producían un monótono ritmo al cual hacían coro los estúpidos camellos.

Mi honda aversión hacia los camellos era innegable.

Las predicciones del señor Conway casi se habían hecho realidad. Todo el día un grupo de desvergonzados y de niñas timidas, aunque curiosas, atisbaban nuestra tienda. Gradualmente me fueron siendo útiles.

De mi repertorio de tres palabras en árabe, yo sólo utilizaba "mafisch". Esto fué cuando ya supieron de este nuevo mundo palpando la máquina de escribir, tocando las sillas de campo y oliendo el kerosene. Mafisch: no importa.

Eramos objeto de un mutuo interés. Para mí, los Bisharin eran gente del tiempo del gran Ramsés. Ellos vivían, hablaban, pensaban, comían y amaban como los grabados que había en las murallas de las tumbas. Y para ellos yo soy europea.

A la hora de comida ellos me traen cuscus, y a la hora del té me dan pequeños jarros de mermelada. Una tarde, vinieron dos mujeres. Una quería que le diera mi mano para leer en ella, pero yo preferí darle lo que me había sobrado en la cocina. Los hombres nunca se mostraban cerca de nuestras tiendas. Por cierto que trataron una o dos veces de hablar con nuestros obreros, pero la conciencia de su clase no les permitiría mezclarse con nómades. Todos ellos mantenían su distancia con el señor Conway. El amo era demasiado superior en su concepto.

Un vejete muy enamorado se sentó en un colectivo al lado de una muchacha muy linda. Hablándole en el oído le preguntó:
—¿Dónde has estado durante toda mi vida?
La muchacha le respondió agriamente:
—Bueno, durante la primera mitad, aún no había nacido.

Cuando le conté que la más hermosa de las mujeres, aunque no la más joven, había dado a luz un hijo durante la noche, y que en el día había trabajado como siempre, me comentó despreciativamente:

—¡Nativos!

¡Esta fase del Egipto no le interesaba!

Había un niño llamado Birbu, a quien yo llamaba Esma. Esma es más eufónico que Birbu. Esma significa "escucha". Cientos de veces en el día teníamos que decir "escucha", de otra manera ningún árabe nos prestaba atención. "Escucha, en el segundo cajón de mi escritorio hay un alicates, al lado izquierdo, tráemelo. Escúchame, ayer estaba rancia la mantequilla, la queremos fresca. Escucha, el último diario está en la casilla del correo, tráelo sin traer la casilla..."

—Esma llegará a ser algo mejor —le dije al señor Conway una tarde, sentada en nuestro banco de piedra.

—¿En qué puede desarrollarse, y que quiere decir usted con "mejor"? —me preguntó—. ¿Cree que es conveniente que la sabiduría y la ambición eleven a un ser por encima de su condición? Tal vez, parezca así a quien es joven y tiene sus ideales. Más tarde se da cuenta de que no puede quitar las raíces del origen de su alma, y de los otros que han quedado, siendo hijos de obreros.

—Si Napoleón hubiera pensado así, la historia de Francia habría sido mucho menos interesante.

—¿Cómo puede comparar a Esma con Napoleón?

Conway me sacudió ligeramente con las dos manos, porque no le gustaba nada que pareciera ilógico. Y de pronto Napoleón y Esma me eran igualmente indiferentes. Pero no pude pensar ningún comentario que lo hiciera dejar de sacudirme, y preferí guardar silencio.

—¿Vencida? —me preguntó, después de un momento.

—Sí —dije, lanzando un suspiro.

Todas las tardes nos sentábamos en nuestro banco de piedra, fumando y hablando un poco, sin referirnos al pasado ni preguntar qué sucedería en el porvenir. No existía para él un "antes" y tampoco un "después".

(CONTINUARA)



Ella usa
PILOTONIC
CREME SHAMPOO
A BASE DE COLESTEROL

- es práctico
- es económico
- es mejor





—Amigas de la Universidad —le dije— Olga se caso con un médico y Beatriz con el dueño de una fábrica de productos plásticos.

No era verdad que eran amigas mías, no estaba ni siquiera segura de que se acordasen de mí, pero eso no importaba.

No le dije esto a Jaime, sino que:

—Si me amaras...

Me miró y murmuró quedamente:

—Catalina, no seas tontita. No tiene nada que ver con el amor.

—¿No? No estoy tan segura. —Temblando de ira, salí de la cocina. No estaba tan resentida con él como con la vida, enojada conmigo misma porque después de dos años de matrimonio no era feliz. Sentí que los ojos de Jaime me seguían y me di cuenta de que lo había herido. Era especialmente cruel hacerlo sufrir ahora con mi propia desgracia.

Pensando que debería pedirle disculpas, comencé a preparar la comida. Tomé un tarro de arvejas para abrirlo, pero el abridor se borró ante mis ojos. Me sequé las lágrimas con el delantal, diciéndome que Jaime merecía algo mejor que esto de parte de su mujer. Era tan paciente, trataba tanto de hacerme feliz.

Resueltamente luché contra mi orgullo, y decidí pedirle perdón.

Tocaron el timbre de la puerta de calle y oí que Jaime la abría. Alguien entró al living. Se oía un rumor de voces; Jaime explicaba algo sobre las pólizas de seguros. Deseaba que nadie hubiese venido esa noche. Continué con mi trabajo a pesar de los vértigos, que sentía a menudo antes de una jaqueca. Tomé una píldora y me senté rígida en una silla, esperando, luchando con el dolor de cabeza, obligándome a no enfermarme. El reloj sonaba más y más fuerte. El rumor de voces en el living se me hacía insoportable. El dolor oprimía mis sienes con dedos de fierro.

Media hora más tarde estaba con náuseas debido al dolor. Mordí mi delantal para no gritar. Las voces seguían en el living. No pude esperar más. Garabateé una nota para Jaime, explicándole que estaba con jaqueca, que se preparase él solo la comida y que por favor durmiese en el sofá. Después me arrastré al segundo piso, me tomé otra píldora y me tiré en la cama.

Ya era mediodía cuando me levanté. No tenía dolor, pero los calmantes, más el cansancio físico, me habían dejado embotada y sin vida. Sentía los miembros insensibles, casi no tenía fuerzas para levantarme. A pesar de todo,

Los derechos del

JAIME y yo tuvimos nuestra primera pelea la noche después de la muerte de su padre. En una hora así, necesitaba comprensión y simpatía, y no discusiones, pero yo estaba inquieta por el dinero.

—Incluso el auto, Jaime. ¿Vas a vender el auto? —le dije. Me miró sobre el alto de papeles.

—Papá estuvo enfermo durante mucho tiempo. Tenemos la cuenta del hospital, del médico, de las enfermeras y del servicio de funerales. Nos queda solamente la casa. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Pensé que las cosas serían diferentes. ¿No podríamos irnos a vivir a otro barrio?

Ordenó los papeles con sumo cuidado, mientras yo me sentía culpable, comprendiendo su tensión. Había amado mucho a su padre.

Me dijo cortésmente:

—Ya hemos hablado de esto antes. Posiblemente no seremos ricos, pero nos arreglaremos como se las arregló papá. Aun mejor, porque somos el uno para el otro. El, en cambio, era divorciado.

—Lo siento, pero no quiero vivir como vivió tu padre. Quiero ser alguien en este pueblo, una casa bonita, auto, vestidos hermosos... ¡Estoy tan cansada de ser pobre! Esta casa tan grande es difícil de mantener, el barrio es horrible, y, ¡oh, Jaime, quiero gozar de la vida!

Ya me veía junto a Jaime, envejeciendo en esta casa vieja, días tras días, sin tener al final ninguna compensación.

Pensé en Olga y Beatriz, y en sus bonitas casas, en un barrio elegante.

—Amor, en realidad nos podríamos mudar —le dije—. Los Leones tiene sitios tan bonitos y toda la gente que vive allí es de nuestra edad, como Olga y Beatriz.

Frunció el ceño.

—¿Quiénes son?

me puse una bata y bajé la escalera afirmándome fuertemente de la barandilla.

Jaime comía en la cocina en mangas de camisa. Me tomó del brazo:

—¿Te sientes mejor, amor? —me preguntó.

Asentí sin hablar. Gastaba mis fuerzas en mantenerme de pie.

—¿Podrás almorzar? Deberías ver un doctor, Catalina. Cansadamente moví la cabeza.

—Tengo esto desde que estaba en la Universidad. Se me han hecho exámenes, de todo, pero no dan resultado. A veces, las píldoras me ayudan.

—Es la primera vez que tienes esos dolores desde que nos casamos. Es extraño y me asusta. Subí a verte anoche, pero estabas durmiendo. —Dudó un momento—. Respecto a la casa, tú sabes que no tenemos para cambiarnos, ¿verdad?

—Estoy muy cansada, Jaime —le dije—. Hablaremos más tarde.

—Muy bien. —Su voz era demasiado fría y tranquila—. Te ayudaré a irte a la cama. ¿Quieres que duerma otra vez en el living para no molestarte?

Asentí y me ayudó a ponerme de pie. No recuerdo haberme sacado la bata, pues caí en una semiinconsciencia.

Dormí durante toda esa tarde y la noche, y cuando me desperté, el sol ya había aparecido y se oía el canto de los gorriónes. Estaba descansada y me sentía muy bien. Jaime dormía en el sofá cuando bajé, encogido y sin afeitarse, cubierto con una manta muy arrugada. Lo contemplé enternecida y me fui a preparar el desayuno.

Me movía a todos lados contenta mientras lavaba los platos que había dejado Jaime. Cuando oí que se duchaba, preparé el café y las tostadas. Mientras freía los huevos entré a la cocina peinado y afeitado, anudando su corbata.

—Buenos días, amor —le dije, mientras lo miraba amorosamente.

samente—, siéntate y toma tu jugo de naranjas. Quiero decirte algo.

—También yo tengo algo que decirte.

—Las damas primero —sonrei—. Necesito sacarme esto de encima.

—No —me dijo, y me miró—. He decidido comprar una casa nueva. Le tengo cariño a esta vieja casona. Nací aquí. Pero vi ayer algo respecto a un préstamo. Nos cambiaremos a Los Leones cuando tú quieras.

Me quedé helada por la sorpresa, mientras se quemaban los huevos y el café se iba a la ruina. Hijo de padres voraciados, Jaime había conocido la soledad y la tragedia de la separación.

—Nuestro matrimonio merece protegerse, Catalina, a cualquier precio. Incluso hasta el chantaje.

—¿Chantaje? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

Me dió una mirada larga y escrutadora.

—No niegues lo evidente. Y no creas que yo siempre voy a insistir en lo que se llama "mis derechos".

—Pero, Jaime —exclamé, y me detuve consternada. El pensaba que para castigarlo había hecho una farsa de mi dolor de cabeza. Lo había dejado mientras estaba enojado y no sabía que yo había intentado disculparme.

—¡Amor, escúchame! —le rogué.

—Espera, déjame terminar. Lo he pensado bien. Si perdemos algo de nuestro matrimonio, lo perdemos todo. Por eso es que me entregué; por eso compraré la casa —sonrió desganado y su tono cambió—. Ahora, ¿qué querías decirme?

Pensé rápidamente. Si le pedía disculpas ahora, comprendería que se había equivocado y quizás ya no compraría la casa. Me rei.

—Solamente que te quiero —puse a un lado la mesita del desayuno y me senté en su falda. Pasé mis brazos alrededor de su cuello, mientras veía cómo brillaban sus ojos.

No, cambiamos a una casa muy bonita en Los Leones, y a su debido tiempo, Olga y Beatriz vinieron a visitarme. No se acordaban de que yo había estado en la Universidad; les dije que decir quién era, pero fueron muy amistosas. Me invitaron a unirme a su club de canasta, y yo acepté feliz.

Nos hicimos íntimas amigas; tomábamos té juntas, y en las tardes salíamos en el auto de una de ellas.

Pero aún no estaba satisfecha. Sus maridos ganaban mucho más que Jaime; tenían más y mejores vestidos que yo. Daban fiestas costosas. Nos invitaron una o dos veces, pero como no les retribuimos las invitaciones, no nos invitaron más. También había otro problema. Todos tienen

marido

auto en Los Leones. Las muchachas eran generosas porque me llevaban de compras en sus coches, y también a pasear, pero eso era como aceptar caridad.

Resolví tener un auto. Como sabía que Jaime me diría que no, planeé todo cuidadosamente.

Una noche, después de comida le pregunté.

—¡Ridículo! —me contestó—. Todo lo que puedo hacer es pagar la casa y ahorrar un poco.

—¿No me comprarás el auto?

—No es posible, Catalina —me contestó.

—Muy bien —me di vuelta y me fui a mi pieza. Cerré la puerta y la aseguré con una silla. Me desvestí y me saqué el maquillaje. Me senté en la cama a oscuras, y dentro de mí sentía un hondo sentimiento de satisfacción. Era como un placer salvaje, casi vicioso, porque sabía lo que Jaime iba a hacer.

Después de un rato oí sus pasos. No pudo abrir la puerta, y entonces golpeó y me llamó.

No le contesté, y volvió a llamar. Después de un momento se fué. Lo oí hablar por teléfono y llamar un taxi; después de un momento oí una bocina y salió de la casa.

Volví después de las 10. Entró por el camino de autos, que nunca habíamos usado, con un coche azul, último modelo.

—Despedí a mi secretaria —me dijo—. Trabajaré en las noches. Deseabas tanto tener un auto...

Salí en el coche al cine y de compras. Sentía una verdadera sensación de poderío. Olga se dió cuenta y me dijo:

—Me gusta verte manejar; pareces una reina tocándole la bocina a los humildes que ves en el camino.

Esto era por demás cierto. Casi sin darme cuenta me había vuelto orgullosa y altanera. Sabía cómo conseguir lo que quería de la vida y no me importaba a quién pudiera herir. Sabía que el matrimonio no se cimenta a base de

(Sigue a la vuelta)



Es madre, pero tiene tez de novia.

Cada caja de polvos faciales de Don Juan contiene un folleto que explica la doble prueba de Don Juan. Es cuestión de perseverancia no más, porque usted tiene que dar cada día un masaje facial con las cremas Don Juan.

Es, además, cuestión de paciencia, porque la doble prueba de Don Juan dura alrededor de dos meses. Es que Don Juan contiene extracto de lanolina, que a fuerza de aplicarse suaviza los tejidos del cutis.



Cuando termine la doble prueba de Don Juan, volverá la tez de novia con este candor angelical. Pregunte a quienes han hecho o hacen la doble prueba de Don Juan. ¿Sabe lo que escuchará? Sencillamente:

Don Juan

M. R.

AYUDA A
SU FELICIDAD

Cremas de belleza
Polvos faciales
Lápiz labial
Cake make up

Calzados

Formas

V. Mackenna 606
Estado 257

Huérfanos 886, subsuelo — Local 15
Santiago

Lindo modelo
para fiesta, en
gamuzo.



Elegante modelo de temporada.

Disponemos de novedades y hormas anatómicamente diseñadas para sus pies. Plantilla hecha enteramente a mano.

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
Solicite catálogos



Señora, no se preocupe. Quitamanchas Shell es eficaz y rápido tanto para la ropa como en tapicerías, etc.



Use
**Quitamanchas
SHELL**

competencia, sino de compañerismo. Sabía que no duraría si lo convertía en una batalla constante. Pero lo que mi cerebro comprendía, mi razón rechazaba.

Jaime me pidió que no gastase mucho ahora que teníamos tantas deudas, pero los vendedores de las grandes tiendas estaban ansiosos por abrir cuentas nuevas. Me agradaba tanto que me halagasen, a mí, una muchacha del barrio más pobre de la ciudad.

Durante estos meses, Jaime seguía siendo el mismo; un poco más delgado y preocupado. Ahora trabajaba también durante la noche.

En diciembre descubrí las primeras canas en sus sienes. Yo estaba sentada en el tocador escobillándome el pelo. No sé por qué lo encontré divertido.

—Jaime, te estás poniendo viejo —le dije.

Estaba tras de mí, observándome por el espejo.

—Viejo y cansado, además, Catalina. ¿No deberíamos parar esto?

—¿Qué quieres decir?

—Las cuentas. Cincuenta mil pesos en una tienda, diez mil de la sombrerería. La cuenta del garage. Hay un límite para todo.

—No seas aburrido —le contesté.

—¡Aburrido! ¿Es en lo único que piensas ahora? ¿En no aburrirte?

—¡No! Por supuesto que no. Pero todas estas conversaciones sobre el dinero... Realmente no gasto más que las demás.

—El problema es que tú no tienes para gastar tanto —me dijo algo irritado.

—¿Es culpa mía? Encendió un cigarrillo con gesto enojado.

—Nadie tiene derecho a gastar más de lo que puede.

—Muy bien —le respondí friamente. ¿Quieres que devuelva el vestido que acabo de comprar?

—Ayudaría mucho —respondió.

—Lo devolveré mañana. —Me levanté para ir al baño y pasé a su lado sin mirarlo. Me lavé los dientes y me preparé para acostarme.

Cuando volví ya estaba acostado. Me deslicé entre las sábanas y di vuelta la cara. Después de un momento apagamos la luz y me rodeó con su brazo.

—No —le dije cortante—. Estoy cansada. Déjame sola.

Retiró su brazo y encendió la luz. Estaba recogiendo su almohada y tenía la cara roja de indignación.

—Dormiré en el sofá —su voz era dura.

Con pánico pensé si no habría ido muy lejos. Quise hablar, pero no encontraba palabras. "Jaime, amor, te quiero", pensé.

Pero la puerta se golpeó. Se había ido... Nunca sabré por qué no fui a la aquella noche. Mi orgullo, por supuesto, y también por testarudez. Sabía que si cedía una vez, nunca más lo tendría en mis manos. Se acabaría mi poder sobre él, y no podía soportar eso.

Yacía tensa en la pieza, a oscuras, escuchando sus pasos mientras se paseaba. No apagó la luz.

Finalmente oí que se acercaba. Abrió la puerta y la luz inundó la cama.

—Catalina, ¿estás durmiendo?

—No, Jaime —esta vez no pude excusarme—. ¿qué deseas?

Se acercó y se sentó en la cama, con gesto cansado, contemplando el cigarrillo a medio encender.

—He pensado en cómo pagar ese vestido. Pero tendrás que ayudarme desde ahora. No podemos seguir con este tren de vida.

—¿De veras, podré conservarlo?

—Mi amor, tú sabes que me gustaría darte gusto en todo. Haría cualquier cosa por hacerte feliz. Te quiero tanto. Quisiera que nuestro matrimonio fuese perfecto.

—Mi amor —murmuré, y le tendí los brazos. Lloré un poquito, porque en realidad lo amaba.

Vi como su cara resplandecía y se borraban las líneas alrededor de su boca. Vino gustoso a mis brazos.

Al día siguiente tuve otra jaqueca, y tan fuerte que las píldoras ya no surtieron efecto. Yací llorando y gimiendo con la cabeza hundida en la almohada.

Jaime se preparó su desayuno y luego vino a verme. Me miró pensativo.

—Esta vez llamaré al médico, Catalina.

El doctor vino al mediodía. Estuvo una hora haciéndome preguntas y anotando las respuestas.

—Señora, le voy a ser franco. Su problema parece psicológico. Es decir que el cerebro hace que se enferme el cuerpo. Los problemas monetarios de que me ha hablado su marido —se detuvo observándome cuidadosamente—. Una visita al psiquiatra no le hará perder nada. Y podrá curar esos dolores de cabeza.

Nunca fui al psiquiatra porque sólo dos días después vino el desastre que cambió nuestras vidas.

Sonó el teléfono a medianoche. Jaime se levantó rezongando y contestó.

Me senté medio dormida aún. Después oí la sorprendida voz de Jaime en el teléfono. Me levanté y corrí las cortinas.

Desde la casa podía verse el fuego. Era en un almacén. Jaime había asegurado el negocio y tendría que ir.

Encendí la luz y me puse la bata. Mientras lo observaba, vi el cambio que se operaba en él, y el miedo anudó mi garganta.

Pasó una mano temblorosa por su cabeza.

—Todo ha concluido. Catalina. Todo.

—¿Concluido qué? —humedecí mis labios.

—Mi vida —me dijo—. Todo.

Se vistió y pidió una comunicación de larga distancia. Y habló con el agente de la compañía de seguros.

—Fuentes, véngase inmediatamente —le dijo—. No, no puedo decirse por teléfono. Colgó el fono y se sentó con la cabeza entre las manos.

Yo estaba muerta de miedo.

—¡Jaime! —grité—. ¡Dime lo que sea! qué ha pasado.

Me miró y movió la cabeza. Tenía la cara contraída por el cansancio.

—No valía la pena. Ahora me doy cuenta.

—¡Jaime! —grité—. ¡Dime lo que sea!

—Muy bien; te lo diré. El almacén estaba asegurado en ochocientos mil pesos. Pagaron la prima, pero yo no la mandé a Caja. Guardé el dinero para pagar las cuentas. Iba a reponerlo ahora, pero no tuve tiempo.

Contuvo un sollozo y me miró amargamente, con un salvajismo del que nunca le creí capaz.

—Quizás yo también sea culpable, pero la más culpable eres tú. Has convertido en un infierno nuestro matrimonio. Sólo te preocupaste de lo que podías conseguir, nunca de dar algo.

No eres mejor que una mujer de la calle, excepto en que tu precio es más alto. El hombre no puede comprar el amor. Ahora lo veo. Y el que yo sentía por tí se ha ido.



Sollocé ahogadamente. No podía creer que Jaime dijese esas cosas.

—Iré a la cárcel —terminó echándose sobre el sillón—. Iré a la cárcel.

Me miró mientras instintivamente iba hacia él con los brazos extendidos.

—No, Catalina —me dijo—. Apártate de mí.

El señor Fuentes era un hombre obeso de voz simpática. El y Jaime entraron en el living y cerraron la puerta. Podía oír el murmullo de sus voces desde el hall, demasiado atontada para pensar. Recuerdo haberme sentado allí mientras mi vida se derrumbaba en torno mío. Sin embargo, no podía llorar.

De vez en cuando oía la sirena. Pensé vagamente que debía ser un incendio muy grande. Pensé en Jaime y en lo torpe que había sido al robar ese dinero. Entonces recordé sus palabras. "No valía la pena. Ahora me doy cuenta".

El orgullo tuerce las palabras. Te dices a ti misma que como fueron dichas en un momento de rabia no son ciertas, y entablas una batalla contigo misma.

Así luché yo, sentada muy derecha en una silla, oyendo las voces que venían del living. Pero al final perdí, porque cayó el velo de mis ojos y me vi tal como era en realidad.

Era cierto que Jaime ya no me quería. No podía, porque no había en mí nada digno de amarse. Me di por vencida y comprendí que no tenía ningún derecho sobre él. Ahora podía llorar.

Finalmente me levanté, me lavé la cara y preparé café. Después subí al dormitorio y me vestí. Eran las cuatro de la mañana. Volví a la cocina y preparé jamón con huevos y tostadas.

Jaime y el señor Fuentes salieron del living cuando les golpeé. Les guité en silencio hacia el comedor. Jaime se sentó en su puesto sin mirarme, con los hombros gachos y con la cara sin expresión.

Sin decir una palabra les serví el café. El señor Fuentes comenzó a comer. Jaime se tomó el café con la vista fija en el mantel.

—Tienen que decírmelo ahora —les dije—. Tengo derecho a saber.

El señor Fuentes miró a Jaime, interrogante, y murmuró:

—Todos odiamos una cosa así, señora. Si hubiera algo que yo pudiera hacer, pero sucede que el dueño del emporio tomó una póliza por ochocientos mil pesos, un seguro que nunca llegó a tener. Esperará que se le pague ahora, y mi compañía no puede hacerlo.

—Entonces, ¿Jaime irá a la cárcel? —inquirí mirando a mi marido—. De nada sirve que diga "lo siento", pero hay algo que puedo hacer. Le pagaré a ese señor su dinero, más el interés, aunque me lleve en ello toda la vida —declaré con convicción.

El señor Fuentes me estudió un momento, y movió la cabeza.

—No sabe lo que está diciendo.

—Sí sé. Significa vender la casa. El auto. Casi todo mi vestuario. Significa que volveré a trabajar, viviendo en una humilde pieza. Significa estar sola —sentí que mis labios temblaban, y me mordí fuertemente para evitarlo—. Pero lo haré porque vale la pena. El señor Fuentes se levantó. Cruzó las manos en la espalda y comenzó a pasearse.

—Creo que soy un sentimental, pero estoy seguro de que lo haré.

—¿Hará lo que pueda por Jaime? —le pregunté.

—Será más rápido si trabajan los dos. No hay razón para enviarlo a la cárcel, si puede evitarse.

Casi lloré. La esperanza era tan brillante y repentina.

El señor Fuentes prosiguió:

—Hablaré mañana con los directores. Puede ser que presten el dinero para evitar el juicio, si Jaime promete reembolsarlo. Así podríamos mantener oculto este hecho. —Se dirigió a Jaime—. ¿Qué le parece?

Jaime no me había mirado ni lo hizo entonces. Dijo con voz opaca.

—Por supuesto, señor Fuentes. Le pagaremos.

La compañía le pagó al dueño del emporio, y Jaime y yo firmamos comprometidos a devolver el dinero con intereses.

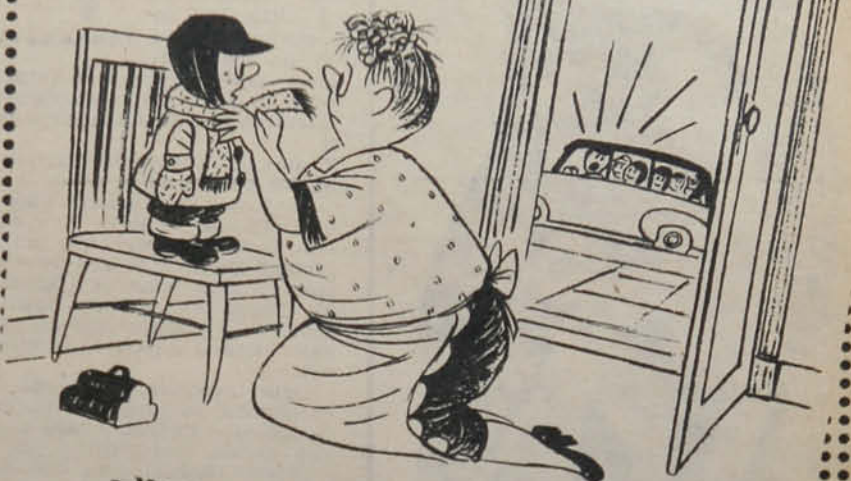
Vendimos la casa, el auto y mis mejores vestidos. Nos cambiamos a dos piezas cerca de la estación.

Jaime mantuvo su agencia de seguros. La compañía era estricta con él, exigiéndole un informe escrito cada noche. Pero estaba libre.

Sin amor, un matrimonio puede convertirse en prisión. Eramos dos máquinas. Jaime continuaba durmiendo en el sofá; y yo lo hacía en la amplia cama de matrimonio. Por las mañanas me levantaba media hora antes que él, preparaba el desayuno y comíamos en silencio. Después cada uno se iba a su trabajo. Jaime a la agencia y yo a mi antiguo empleo como secretaria de un abogado.

Llevábamos nuestro almuerzo y ya no nos veíamos hasta la noche. En las tardes, y aun los fines de semana, Jaime trabajaba horas extraordinarias. Cuando tenía ocasión, yo también lo hacía. Otras veces me ocupaba del aseo de la casa, lavaba la ropa, cosía; cualquier cosa que nos ahorrara dinero. Pasó un año y sólo tuve dos jaquecas.

Todavía quería a Jaime. Quizás más que nunca. Me partía el corazón verlo llegar cada noche, cansado y abatido para desnudarse junto al desventajado sofá. Pero había una muralla entre nosotros. Cuando nos hablábamos lo hacíamos con delicadeza, como dos extraños.



—Mamita, te olvidaste de quitarme el pijama...

Un día llegó a la hora de comida, sonriente.

—Tenemos celebración esta noche —me dijo.

—¿Celebración?

—Iremos al cine y luego a tomar helados —sonrió.

—Oh Jaime —dije, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Había olvidado lo que era descansar, divertirse—. Pero nos costará mucho dinero.

Tomó mi mano entre las suyas.

—Hoy revisé los libros. Hemos pagado doscientos mil pesos, además del dinero de la casa. Ya estamos a medio camino.

Después de eso, todo fue más fácil. Es milagroso cómo todo cambia cuando nos sabemos amados.

Y al año siguiente me di cuenta de que estaba embarazada. Tuve que dejar el trabajo al cuarto mes; me sentí mal casi todo el día. Sólo nos quedaban cien mil pesos por pagar, y aun me preocupaba por esto hasta que el señor Fuentes vino a visitarme.

—Usted se preocupa tanto que está haciendo que Jaime se preocupe también. Deje que el dinero espere un poco —me dijo gentilmente.

Mi hijita nació en diciembre. Era una lloroncita de carita rosada que pesaba cuatro kilos. Un pedazo de cielo al que quise desde el momento en que la vi.

Jaime estaba pálido después de la vigilia, pero una sonrisa iluminaba su rostro. Luego de besarme, desdobló un papel y me dijo.

—¡Mira!

Era el documento que habíamos firmado accediendo a pagar los ochocientos mil pesos a la compañía de seguros. Atravesado estaba escrito: "Pagado. Fuentes". Jaime me dijo.

—Lo pagó él. Dijo que era un regalo para la niña.

Yo no podía hablar. Estaba segura de que nunca había habido una mujer tan feliz como yo, y que no podía existir en la tierra una felicidad tan grande como la nuestra.





*Mi mamá tomó
Vitamaltina!*

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copias diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de su tesoro. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DENTILS Y VIGORIZA A LOS SANOS



ME CASE con Arturo porque estaba cansada de ser soltera. Cansada de la procesión interminable de citas sin importancia; cansada de los continuos viajes a lugares de veraneo; cansada de los balles concurridos y de las intencionadas observaciones de la gente.

Y más que todo, me aburrían los sermones de mamá.

—Ya tienes veinticuatro años —se lamentaba día y noche—, y aún no te has casado. Parece que no existiera hombre digno de ti. ¿Te crees una princesa... o la reina de Inglaterra? Mi padre, mi querido papá me defendía... cuando lograba reunir el valor necesario para contradecir a mamá.

—Deja tranquila a la niña, Sofía —exclamaba, mirando por encima de su periódico—. Es lista y sabe lo que hace, ¿no es así, Carmen?

—¿Lista? Bah... ¿En qué emplea su inteligencia si ni siquiera es capaz de conseguirse un amigo? Cada vez que conoce a un hombre lo estudia y examina hasta descubrirle montones de cualidades negativas. Antes de lo que ustedes se imaginan, será demasiado tarde y nadie querrá casarse con ella. No tuve con quién salir, cuando llegaron mis vacaciones. Ya se habían casado todas las muchachas amigas. Estuve a punto de quedarme en casa, pero mamá prácticamente me empujó hasta que un día me encontré sentada en el tren, lista para partir. Miré los rostros de mis vecinos de viaje. Vi a muchas niñas, algunas mayores que yo. Todas conversaban y reían. Comprendí que, después de todo, era buena idea salir y disfrutar de vacaciones fuera de la ciudad.

Los seis primeros días fueron muy entretenidos. En el hotel me encontré con muchachas con quienes simpatice. También conocí a hombres jóvenes, dueños de lujosos automóviles. Pero cuando me estaba vistiendo para la cena del sábado, me di cuenta de que aún no había encontrado a nadie que me cortejara. Era mi última noche en el balneario y ya no me quedaba ninguna posibilidad de conocer a algún joven.

Las lágrimas acudieron a mis ojos a la sola evocación de la figura de mi madre el día que me fuera a esperar a la estación y me preguntara ansiosamente si había conquistado algún galán.

Posiblemente, a la mayoría de los padres de otras muchachas los tendrá sin cuidado el hecho de que sus hijas no se casen a una edad temprana. Pero mi familia provenía de un país extranjero, donde una niña se siente desgraciada si, a los dieciocho años, no tiene marido. Aunque mis padres viven ya cuarenta años en esta tierra, aún no han perdido sus prejuicios. Para ellos sería un motivo de orgullo decir a sus amigos:

"Nuestra Carmen está de novia con un joven muy simpático."

Y si yo lograba casarme con algún profesional —médico, abogado o dentista—, me pondrían en un altar por el resto de sus vidas.

Ahora, después de una semana de vacaciones en un carísimo y elegante hotel, ¿cómo podría afrontar los reproches de mi madre cuando se enterara de que fui incapaz de conquistar a nadie? ¿Qué le respondería el día no muy lejano cuando cumpliera mis veinticinco años y me dijera que era una solterona? Recordé el entusiasmo con que mamá guardó en la maleta mis

¡Me casé

vestidos estivales, aconsejándose que me pusiera el sábado el traje de piqué rosado que sentaría a mi piel tostada. Ahora estaba frente al espejo con él. Pero, ¿quién iba a apreciar el hermoso efecto de mi cutis si nadie me acompañaría?

Me lavé y maquillé el rostro y bajé al comedor en los momentos precisos en que cerraban la puerta. Como ya era muy tarde, entré apresuradamente... para caer en los brazos de un joven muy alto y delgado que usaba lentes orillados con carey negro. Era buen mozo, de aspecto intelectual. ¡Justamente el tipo de hombre que agradaba a mamá!

—¿Cuánto lo siento! —murmuró el muchacho, aún más turbado que yo por el encuentro.

—Es culpa mía —repliqué sonriendo. Con sorpresa vi que el desconocido se sonrojaba. Comprendí que era diferente a todos los hombres que había en el balneario, a quienes nada en el mundo habría hecho turbarse. Precisamente, me disgustaba en ellos ese aire de superioridad y de seguridad en sí mismos.

El joven retrocedió para dejarme entrar.

—¿Puedo... verla... más tarde? —imploró.

Me pareció que hacía acopio de todo su valor para murmurar esas palabras. —Estaré aquí... por lo menos esta noche —contesté y fui a ocupar mi puesto.

Durante la cena me sorprendí pensando constantemente en él; recordando con placer su rostro agradable y sensitivo. Me complacía su timidez. Era obvio que acababa de llegar al balneario porque su cara, muy pálida, aún no estaba tostada por los rayos de sol. Quizá convalecía de alguna enfermedad.

Miré por todo el comedor hasta descubrir su mesa. Me estaba contemplando y apenas tocaba el alimento del plato. Fué audacia mía, pero le sonreí mientras sentía en mi interior una excitación deliciosa.

Me devolvió la sonrisa con su manera tímida y ansiosa, a la vez. Recé para que nos juntásemos después de comida. ¡Quería tener un buen recuerdo de mi última noche!

Lo encontré en la terraza. Supe que se llamaba Arturo y que vivía en la capital. Le dije mi nombre y le confíe que había nacido en una provincia del norte pero que mi familia estaba también radicada, en Santiago. Me sentía tan feliz que conversé, conversé incansablemente. No le di importancia al hecho de que Arturo apenas habló. No me equivoqué al presumir que ese día comenzaban sus vacaciones y que convalecía de una enfermedad. La palidez destacaba aún más sus rasgos suaves. Lamenté terminar mi feriado porque me habría gustado ayudarlo a recuperarse. Hasta ese día desconocía el significado exacto del concepto "intinto maternal", pero lo sentí nacer en mí cuando me encontré con Arturo. Pareció desolado cuando supo que debía irme al día siguiente. Le di mi número de teléfono y prometió llamarme apenas regresara a Santiago. Estaba radiante cuando, a medianoche, me deslicé en mi lecho. ¡Al fin había encontrado el hombre que me convenía.

demasiado tarde!

No vi a Arturo porque el tren partió muy de madrugada. Mi entusiasmo comenzó a disminuir a medida que me aproximaba a la capital. El balneario estaba lleno de muchachas hermosas y dudé de que me recordara al final de sus vacaciones.

Hice un esfuerzo por sonreír cuando vi a mi madre que me esperaba. Le conté de inmediato mi encuentro con Arturo.

—Tiene maneras agradables, es tranquilo y reservado —resumí.

—Te llamará apenas regrese, estoy segura —declaró mi madre encantada. Pero, pese al optimismo de toda mi familia, me sorprendí realmente cuando, diez días después, Arturo me telefoneó pidiéndome que nos juntásemos el sábado por la noche.

Inmediatamente mamá y yo salimos a comprar un vestido. Encontramos por fin, un modelo precioso. Según mi madre y la vendedora era el traje ideal para una persona como yo. Llegó el sábado. Me arreglé durante tres horas para la gran cita. Arturo llegó y se sentó muy tranquilo en la sala, hablando muy poco hasta que me puse mi sombrero con flores y me despedí de mis padres.

—¡Estás linda, Carmen, más linda aún que la noche en que nos conocimos —musitó mi galán tan pronto como estuvimos solos.

Me contemplé en el espejo de un escaparate y no pude ocultar una sonrisa de triunfo. ¡Realmente me veía hermosa! Mi cabello castaño brillaba a fuerza de cepilladas. El color de mi sombrero combinaba armoniosamente con el vestido. Además, usaba un par de zapatos nuevos.

Tímidamente, Arturo me cogió del brazo al cruzar la calle. Me desilusioné un poco cuando nos detuvimos frente al paradero de buses. Yo había creído que tomaríamos un taxi. Pero rápidamente me consolé pensando que un hombre sensato evita los gastos superfluos.

—Se me ha puesto en la cabeza que eres abogado —insinué... —. Tienes aspecto de profesional.

Arturo enrojeció, confuso. Lamenté haber pronunciado esa frase.

—No... no —balbuceó—. Trabajo en un banco. En el Departamento de Comisiones de Confianza...

—Oh... Arturo captó la desilusión de mi voz y se apresuró a asegurarme:

—Es un puesto muy bueno. Tengo el sábado libre, gano un sueldo decente. Además, dentro de dos meses pienso ascenderme.

—Espléndido —respondí, dando una palmadita cariñosa en su mano, mientras me decía a mí misma: —¡Tonta! ¿Crees que ibas a encontrarte con el hombre de tus sueños? ¡No se puede aspirar a todo en esta vida!

Fuimos al cine y después cenamos en un restorán chino. Como de costumbre, Arturo habló poco. No parecía muy a gusto en ese local. Se sonrojó al encargarse el menú y cogió la cuenta con aire preocupado. Sin embargo, estaba tan buen mozo que me sentí orgullosa de ser su compañera. Me habría gustado encontrarme con alguien conocido para presentarle a mi nuevo amigo.

Arturo me contó que había pensado mucho en mí y había esperado con ansiedad el día de nuestra cita. Estaba loco por mí y eso me llenó de felicidad.

Por fin podría demostrarle a mamá que era capaz de atraer a un hombre. ¡Oh, sí, Arturo me gustaba por un montón de razones!

Por fin, al despedirnos, me besó bajo el dintel de mi puerta.

—¿Nos veremos el próximo sábado —me preguntó.

—Naturalmente —respondí, gustándome más aún porque no era orgulloso ni arrogante como los muchachos con quienes había salido en ocasiones anteriores.



Mamá me esperaba despierta.

—¿Y bien? —demandó, como si no pudiera leer la respuesta en mis ojos brillantes y en mi sonrisa de dicha.

—¡Oh... mamá... por fin encontré a un muchacho que me quiere de veras. Es tan bueno y dulce —balbuceé, abrazándola.

Hubo un radiante desfile de sábados, sin que jamás fallara Arturo. Me di cuenta de que me gustaba este hombre, así como una niña gusta de su perrito o de su muñeca favorita. Era leal, ansioso de agradarme y jamás dio señales de tener carácter autoritario. Además, desde que salía con Arturo, mis amigas casadas me telefoneaban más a menudo, porque yo había dejado de ser problema para ellas. Ya no tenían necesidad de buscarme un compañero cuando me invitaban a comer. En suma, no estaba sola.

Sí, me sentía muy feliz, aunque observé que los maridos de mis amigas acogían a Arturo con frialdad. Decididamente mi amor no pertenecía al tipo de hombres que gusta a otros hombres.

Este hecho no dejaba de preocuparme. Sabía que Arturo era tímido y sensible, pero muchas veces deseé que se interesara más en fútbol, en automóviles, en política o en cualquier otro de los tópicos que, por lo general, entusiasman a los varones. Arturo ni siquiera sabía manejar un automóvil. ¿Qué pensarían mis relaciones de mi nuevo galán? ¿Lo encontrarían afeitado? Era un hecho que le faltaba confianza en sí mismo y que tenía dificultad en hacerse de amigos. Sin embargo, cuando llegaba el sábado y aparecía Arturo, alto y buen mozo, rodeado

Andome con su ternura, desaparecían todas mis dudas y comprendía que tenerlo cerca era importante para mí. Desde que Arturo me cortaba, mamá y yo parecíamos hermanas. No se volvió a mencionar mi edad ni se pronunció la palabra solterona.

Transcurrieron algunos meses y Arturo me pidió que me casara con él. Me dijo que me amaba, desde el instante mismo en que me vió por vez primera. Decía que yo fuera su esposa y la madre de sus hijos.

No supe qué contestar. ¿Andaba casada, tener mi propio hogar, mis muebles, mis hijos. Pero también deseaba un marido a quien amara realmente; un protector que tomara las decisiones importantes en nuestra vida; un hombre que fuese realmente hombre, no un individuo vacilante. Sabía que Arturo tenía escasa capacidad para ganar dinero. Descubrí que en puesto en el Departamento de Comisiones de Confianza era de segundo orden.

Pedí consejo a mamá.

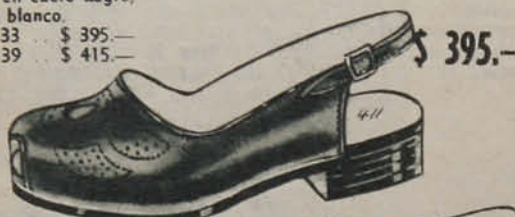
(Segue a la vuelta)

REEMBOLSOS
de la fábrica a sus pies

LUBETT

Escriba a LUBETT,
Casilla 369 - Stgo.

Art. 0411.—Reina sin
punta y sin talón, fo-
rrada, en cuero negro,
café y blanco.
30 al 33, \$ 395.—
34 al 39, \$ 415.—



Art. 0512.—Zapa-
tón americano, cue-
ro negro y café, co-
sido mixto.
26 al 29, \$ 470.—
30 al 33, \$ 500.—
34 al 38, \$ 545.—



Art. 023.—Za-
patón Derby, en
cuero negro y ca-
fé, cosido mixto.
\$ 385.—



Art. 023
22 al 25, \$ 385.—
26 al 29, \$ 470.—
30 al 33, \$ 497.—
34 al 38, \$ 555.—
39 al 44, \$ 685.—

Art. 0110.—Zapatón en
cuero negro y café, muy du-
rable, planta de goma TIPE
KING, buena cali-
dad. 33 al 39.
\$ 634.—



Art. 0105.—Zapa-
tón para hombre,
material de primera,
box-calf negro y ca-
fé, únicamente, del
39 al 44.
\$ 625.—



Art. 0108.—Mocasin para
niños y hombres, material
escogido, cómodos y suaves,
en negro y café.
34 al 37, \$ 555.—
38 al 44, \$ 655.—

\$ 555.—

Despachamos reembolsos a provincias
en el mismo día, sin recargo para el
cliente. SERIEDAD Y ATENCION.

—¡Casate! —me gritó—. ¿Que te crees?
¿Piensas que muchas veces en tu vida
van a hacerte la misma pregunta?
—Pero, mamá... No estoy segura de
amarle... Me gusta, naturalmente, pe-
ro lo encuentro tan débil. No es un
hombre que inspire confianza. Tiene
muchos defectos —argüí.
Mamá se cruzó de brazos y me miró
con desprecio.

—¿Y tú? ¿No tienes faltas? Siempre
con tu maldito afán de desmenuzarse a
los que te cortejan. Nadie es suficien-
te bueno para ti. Si no logras acallar tu espíritu de
crítica, vas a quedarte soltera. Me casé con tu padre aun-
que tenía infinidad de defectos... que aún conserva.
¡Amor! ¡Bah! El amor viene con el matrimonio. Sigue mi
consejo. Casate con Arturo y pronto... antes de que él se
arrepienta. Con el tiempo llegarás a quererlo. Es un joven
amable y cortés. ¿Que le falta ambición y confianza en sí
mismo? ¡Tú lo cambiarás! Ese es el papel de la esposa!
No me vengas a hablar de sus defectos... Tú distas bas-
tante de ser perfecta.

Al día siguiente, un domingo, Arturo me llevó a visitar a
su madre. La señora se había separado cuando Arturo solo
era un niño de corta edad. El padre había, simplemente,
desaparecido sin que jamás se volviera a saber de él.
Pude comprender la actitud del padre, después de conocer
a la mamá de Arturo. Era una mujer neurótica a quien
resultaba muy difícil querer. Tenía arrebatos histéricos.
Trataba a Arturo de una manera terrible. En el transcurso
de esa visita me sentí muchas veces avergonzada, por las
palabras que dirigía a su hijo. Comprendí que no lo amaba.
No podía amar a nadie, excepto a sí misma. Debía haberlo
torturado y dominado en su infancia.

—Sácate el sombrero. No juegues con el tenedor. No te
apoyes en la mesa... —Parecía experimentar un deleite es-
pecial en humillar a su hijo delante de mí con estas frases.
Cuando, por fin, nos despedimos, ambos sentimos una
sensación de alivio. Mi corazón rebosaba simpatía hacia
Arturo. Comprendía, ahora, la causa de su timidez. Vi su
falta de confianza bajo una nueva luz. El hijo de tal madre
no podía ser diferente. Arturo necesitaba amor y atención,
precisaba de alguien que realmente lo hiciera sentirse im-
portante, el centro del universo. Quizá, si yo fuera su espo-
sa, podría suplir el vacío que le dejara la falta de una
verdadera madre.

Esa misma tarde Arturo volvió a pedirme que me casara
con él. Acepté. ¡Se puso radiante! Me dijo que seríamos
muy felices, que nuestra vida estaría llena de dicha y de
amor! Creí en sus palabras y al día siguiente compramos
las argollas.

Me parecía que no había anillo digno de mí. Arturo tenía
economías. Me eligió una argolla bonita, pero no la acepté.
Saqué, entonces, mis propios ahorros y, agregándolos a los
de Arturo, me compré un solitario enorme. Creía que,
mientras más grande fuera la piedra y más valioso el ani-
llo, más feliz sería yo. El brillante, al lanzar sus destellos,
me confirmaba que yo había tomado una decisión acer-
tada.

Todo siguió adelante. Se enviaron las invitaciones, se fijó
la fecha de matrimonio y mamá y yo comenzamos a preocu-
parnos del ajuar. Mi madre compraba como una poseída.
Ropa interior finísima; vestidos cuyos precios excesivos
estaban fuera de nuestras posibilidades; sombreros; guan-
tes, valijas... todo cuanto las vendedoras presentaban
ante los ojos de mi madre, pasaban a ser de mi propiedad.
Creo que tuve ropa para más de tres años.

Si yo me quejaba de que papá no podría afrontar esos gas-
tos exorbitantes, me respondía con sonrisa triunfal:
—Déjalo por mi cuenta. Yo convenio a Juan. Sólo tenemos
una hija y se va a casar. Por lo tanto, debe tener lo mejor
de lo mejor. Echaremos la casa por la ventana en honor
tuyo.

En vano le expliqué que Arturo y yo no podríamos asistir
a fiestas o ir a los lugares donde hay ocasión de exhibir
ropa tan hermosa. Además, todas esas galas, esas telas de
ensueño, me apretaban el corazón. Me recordaban que mi
matrimonio iba a convertirse en realidad.

Y cuando los regalos de boda comenzaron a apilarse en
mi cuarto, me desperté llorando, con una terrible sensación
de angustia. Pero nada podía hacer para evitar mi matri-
monio. Una semana antes de la boda, me retiré de mi tra-
bajo.

Así, después de un año dos meses de conocer a Arturo, nos
casamos en una templada mañana de verano. Como pre-
sente de bodas, mis padres nos regalaron tres semanas de
estada en un lujosísimo hotel de Viña del Mar. Todo re-
sultó mucho mejor de lo que yo había esperado. Arturo fue
cariñoso y delicado conmigo. Aunque no respondí a su amor
en forma ardiente, por lo menos, no me disgustó la vida
en común. Además, Arturo se veía tan infantilmente feliz.



tan radiante, que me contagié su alegría. Cuando regresamos de nuestra luna de miel dábamos la sensación de ser una de esas parejas que parecen caminar entre nubes color rosa.

Inmediatamente arrendamos un departamento de dos habitaciones. No era, precisamente, lo que a mí me hubiera gustado, pero resultaba barato y podíamos pagarlo. Estaba en un tercer piso y tenía grandes ventanales con vista al parque.

Me entretuve comprando géneros, muebles, cortinas y otros accesorios para mi nuevo hogar. Mamá me acompañaba en mis correrías por las tiendas, buscando precios baratos. Sin embargo, a Arturo poco le importaba nuestro nido. Un día, sentada en una silla recién adquirida, miré con satisfacción la flamante alfombra que armonizaba con las cortinas y dije:

—Ya está todo listo. Nuestro departamento se ve magnífico. ¿No es así?

—Certo, mi amor. Es un sitio bastante pasable —me respondió Arturo, mientras se sentaba en el sofá que tan caro nos había costado a mamá y a mí.

—Y eso es todo lo que se te ocurre decirme? —repliqué. E inmediatamente comencé a explicarle el trabajo que me dí para que todo combinara en forma armoniosa.

—No sabía que resultara tan complicado arreglar un departamento —replicó Arturo, humildemente.

—¿Complicado? —comencé a gritar... Y me callé de súbito.

Mi esposo jamás comprendería la honda satisfacción que

marido lo comprendía cuando ya todas las risas cesaban. Se iluminaba entonces su rostro y lanzaba terribles carcajadas que me llenaban de vergüenza.

Ansiaba que Arturo me hiciese sentir su autoridad de marido. Una vez protestó tímidamente que sería difícil cancelar una deuda que yo había contraído. Deliberadamente comencé a llevar un tren de vida que estaba más allá de nuestros medios. Sin embargo, Arturo no volvió a protestar. Simplemente aceptó mis gastos con su modo paciente y resignado, que me atacaba los nervios. Jamás reprochó mis faltas. Me fastidiaba tener que dominarlo, pero él siempre soportaba todo con increíble facilidad.

Además, descubrí otros hechos que me chocaron profundamente. Por ejemplo, mi marido sentía un miedo irracional de manejar un automóvil. Simplemente se sorprendía y pensaba que sería aplastado por una rueda. Tampoco nadaba, porque temía el agua. También lo amedrentaba la altura y sufría de vértigos. Yo podía comprender que un pequeño tuviese estas fobias, pero no las soportaba en un hombre adulto, menos si ese hombre era mi propio esposo. Un día, después de darme cuenta que mis relaciones se reían de Arturo, decidí cortar por lo sano.

Papá me prestó su automóvil y di algunas lecciones de conducción a mi marido. Nadie me creería si yo relatase cuánto me costó enseñarle a partir y a maniobrar. Apenas el coche se ponía en marcha, mi esposo comenzaba a transpirar, su rostro se tornaba pálido y parecía estar a punto de desvanecerse. Por fin pudo manejar el volante. Todo marchó bien hasta que en el extremo opuesto del

APRENDAMOS A CONOCERNOS

¿SE PUEDE LOCALIZAR CON SEGURIDAD UN DOLOR?

Los dolores internos se localizan muy mal o muy vagamente. La mejor localización se hace cuando se trata de un punto vecino a la superficie del cuerpo. Aún en este caso, es relativa, y puede ser falsa. Es muy conocida la llamada "ilusión de los amputados", que creen sentir fuertes dolores al miembro que se les suprimió. Tampoco hay que olvidar que algunos sienten la "impresión del dolor" mucho más fuerte que otros.

¿QUE RELACION TIENE LA MEMORIA CON LA INTELIGENCIA?

Es una creencia muy difundida la

de que los alumnos que mejor memoria tienen son los menos inteligentes. Pero oponer la memoria a la inteligencia es un grave error. En estudios efectuados por especialistas se ha podido comprobar que es muy raro encontrar una gran memoria en un retardado mental o en un idiota. Por otra parte, individuos de admirable inteligencia, como Vinci, Leibnitz, Goethe, etc., fueron de una gran erudición y, por lo tanto, de mucha memoria. Se ha llegado a esta conclusión: que los mejores alumnos tienen una mejor memoria de ideas y de comprensión. Ocurre, a veces, que la memoria sobrepasa en fuerza a la inteligencia que se posee; es el caso de aquellos que aprenden todo de memoria, o de ciertos calculadores prodigiosos. No se puede generalizar.

¿COMO EXPLICAR LA FUGA DEL HOGAR DE CIERTOS NIÑOS?

Ocurre a veces que la fuga del hogar es un primer síntoma de trastornos mentales. Puede obedecer a una tendencia al ensueño, a una sensación de insatisfacción. El niño ha sacado del cine o de sus lecturas una idea que desea proseguir en la acción. Así como un hombre que ha tenido una decepción, trata de buscar una compensación en el arte, en el trabajo, en una actividad peligrosa o en la bebida, el niño que se cree abandonado o que está celoso se inclina al ensueño y trata de encontrar una escapatoria, un consuelo. Por lo demás, la fuga pertenece, en gran parte, al dominio del sueño; muchas veces tiene un objetivo: ser buscador de oro, explorador, navegante, etc. El niño no piensa en las dificultades y cree que su ensueño es perfectamente realizable.



yo experimentaba al hacer de mi hogar un sitio agradable. Sencillamente no lo comprendía y yo perdería mi tiempo explicándoselo. En fin, por lo menos, Arturo se veía feliz y todas mis relaciones estuvieron de acuerdo en que mi departamento estaba arreglado con buen gusto y refinamiento.

Así comenzó nuestra vida conyugal. Muchas veces tuve la sensación de que, en vez de casarme, yo había adoptado un niño; un niño débil, a quien debía cuidar.

Comencé a actuar como una madre con respecto a mi marido. Yo elegía sus ternos, administraba las finanzas, le daba dinero para sus gastos, planeaba nuestros paseos. Tomé sola las decisiones que, por lo general, las parejas discuten juntas. Y Arturo me obedecía con una mirada de felicidad.

Cuando regresábamos de una fiesta, yo corregía sus modales, explicándole lo que no se debe y lo que debe hacerse en sociedad. Jamás, jamás mi marido actuaba de manera que yo pudiera sentirme orgullosa de él. Arturo era un discípulo lento, pero aprendía y, aún más, agradecía mis lecciones. Mis amigos nos aceptaron en el círculo de la gente casada. Me alegraba de ser llamada señora Martínez, de mostrar mi anillo enorme y fulgurante. Sin embargo, una voz en mi interior me repetía que yo había sido estafada, estafada en mi derecho de mujer débil que gusta de apoyarse en el varón fuerte.

Más que su absoluta dependencia de mí, me afectó el descubrir que Arturo no era muy inteligente. Lo que tomé por timidez resultó ser torpeza. Si contaban un chiste, mi

camino apareció un camión cargado. Las manos de Arturo temblaron. Nuestro coche describió una gran ese y, si, en el último instante yo no hubiese cogido el volante, nos habríamos estrellado contra el camión.

Volvimos a casa en medio de un silencio glacial. Mientras yo conducía, Arturo se arrinconó en el asiento, mirando insistentemente sus manos, temblando y enjugándose las gotas de sudor que resbalaban por su rostro. Cuando subimos a nuestro departamento, estalló la tempestad. Le dije cosas terribles, herí hasta el máximo su dignidad de ser humano, grité y vociferé hasta caer agotada en un sillón.

—Trata de comprenderme —balbuceó Arturo, una vez que se restableció el silencio—. Mis temores datan de muchos años atrás. No puedo librarme de ellos de la noche a la mañana. Pero estoy tratando de vencerlos... ¡Oh, sólo Dios sabe cómo luché... Perdóname, por favor...

¡Ah!... Si no se hubiese disculpado... si me hubiera gritado a la cara los mismos insultos, las mismas palabras hirientes que yo le dirigía... Pero su debilidad, su humildad me irritaban... Volví a estallar en recriminaciones. Entonces, ocultando el rostro entre las manos, comenzó a llorar. Por primera vez en mi vida contemplaba el llanto de un hombre. ¡Fue terrible! Su cuerpo se estremecía... Mi ira se disipó como por encanto.

—Por favor, no llores más —rogué. Pero Arturo continuó sollozando. Me inundó una ola de simpatía, ternura y compasión. Arrodillada a su lado bal-

(Continúa en la pág. 21)



María Larish no dijo lo que significaban las letras R. I. U. O. Sin embargo, es posible imaginarse la clave: Rudolf, Imperator Ungarn Österreich (Rodolfo emperador Austria-Hungría).

Rodolfo declaró a su prima: "Tengo miedo que el emperador haga registrar mis habitaciones. El descubrimiento de este cofre sería mi condena a muerte."

Hacia el fin de la tarde, en un carruaje de la corte, el cual deja a mitad del camino para cambiarse al de Bratfisch, que ha venido a su encuentro, Rodolfo llega a Mayerling y se cobija entre los brazos de María, quien lo espera hace varias horas llena de angustia e impaciencia.

El archiduque Rodolfo había invitado a cazar a Mayerling a su cuñado el príncipe Felipe de Cobourg y al conde José de Hoyos. También estaba decidido que saldrían juntos de Viena el martes 29 en el tren de las seis de la mañana, yendo a Baden, donde los esperaba un coche que los llevaría a Mayerling. Pero Rodolfo faltó a la palabra dada a sus amigos, quienes tuvieron que viajar solos. Entonces, el 29 a las ocho de la mañana, Löscek los hace entrar en el castillo de caza donde les sirve el "frühstück".

Con la cara pálida, Rodolfo se junta con sus amigos en la mesa, y conversa con ellos. Les cuenta que se vino por Breitenfurth durante la noche. Grandes dificultades tuvo que salvar para alcanzar el coche de Bratfisch por ese camino obstruido por la nieve. Tuvo que empujar el vehículo, y ha llegado con un serio resfriado. Muy a su pesar, no podrá acompañar a sus amigos en la partida de caza. Explicación un tanto embarazosa. En todo eso hay un misterio.

—¡O una mujer! —insinúa Cobourg, riendo.



MAYE

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

MARIA VETSERÁ SE ENCUENTRA CON ESTEFANIA EN UN BAILE, SE NIEGA A INCLINARSE FRENTE A LA CORTE. MIENTRAS TANTO, EL ARCHIDUQUE RODOLFO CANA, PARA DERROCAR AL EMPERADOR O, POR LO DOR SABE ESTOS PLANES Y HABLA CON SU HIJO, LARIA VETSERÁ. LA JOVEN, DESESPERADA, ESCRIBE A PUES SU AMOR YA NO TIENE ESPERANZAS. EL ARCHIDUQUE PARA QUE SE LO GUARDE, PUES CONTIENE



Cobourg y Hoyos se van a cazar solos. Vuelven a la hora del té. Luego Cobourg se alista para partir. Está invitado esa misma tarde a comer a Hofbourg, a una comida de familia, presidida por el emperador. ¡La verdad es que Rodolfo también debe asistir! No, Rodolfo no irá. Le ruega a Cobourg le lleve una carta de excusa a la archiduquesa Estefanía. El conde Hoyos se va a la pieza que ocupa a trescientos metros del castillo. A las siete está de vuelta para comer. Esta vez María está presente. El buen Hoyos trata de no sorprenderse. La mesa está puesta en un pequeño salón. El menú es



RRLING

Y ES BLANCO DE TODAS LAS MIRADAS. OTRO DIA, ESA. Y CON ELLO PROVOCA EL ESCANDALO DE LA CON SU PRIMO JUAN SALVADOR, PRINCIPE DE TOS- RSE CARGO DEL TRONO DE HUNGRIA. EL EMPERA- Y LE ARRANCA LA PROMESA DE SEPARARSE DE MA- DIENDOLE QUE PIENSA LANZARSE AL DANUBIO, DOLFO ENTREGA A SU PRIMA MARIA LARISCH UN PORTANTISIMOS.



copioso: sopa, paté de foie, asado, cabrito, postres, champaña. Durante la comida, le llegan de Alland sucesivos telegramas a Rodolfo. El parlamento húngaro tiene que votar una ley de reclutamiento, contra la cual la oposición ha fomentado una revuelta, que, victoriosa, podía dar la corona de Saint-Etienne a Rodolfo. Pero después de la tormentosa escena que tuvo con su padre, Rodolfo, humillado, no osa tomar posiciones públicamente, como lo había prometido, en favor de la oposición húngara. Su defección descorazona muchos ánimos. El motín prendió fuego. La ley ha sido votada.

El último de los telegramas es del líder de los opositores húngaros, Pista Karolyi. Irónicas y amargas felicitaciones que terminan de humillar a Rodolfo, desertor de su propia causa... Para alegrar al archiduque, Maria hace venir al cochero Bratfisch. Y éste, según su costumbre, silba con humor aires tiro- leses para los cuales es excelente.

Hoyos se va a acostar. Maria le pregunta al archiduque la causa de su tristeza.

—He faltado a mi palabra dada a mis amigos húngaros —le explica—. ¡Estoy deshonrado!

Maria insiste.

—¡Adivino que tienes otras preocupaciones!

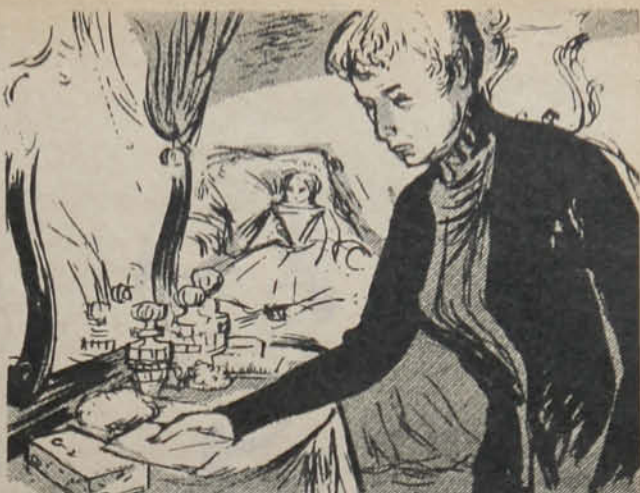
Ella lo interroga, lo presiona; Rodolfo confiesa.

—El Papa se niega a anular mi matrimonio. ¡Sigo unido a Estefanía! Mi padre ha sabido que estaba conspirando contra él. También conoce nuestro amor. Me ha arrancado la promesa de renunciar a ti...

—¡Renunciar a mí! —llora Maria aterrorizada—. ¿Qué voy a hacer? (Se deshace en lágrimas, y Rodolfo la abraza y la acaricia.)

Ese mismo martes 29 de enero, a las siete de la tarde, en Viena. En el comedor del emperador, en Hofbourg, va a ser servida la gran comida de familia. Felipe de Cobourg entrega a la archiduquesa Estefanía la carta de Rodolfo. Dice así: "Te ruego digas a papá que le pido respetuosamente que excuse. No podré asistir a la comida. Un resfriado muy violento me impide abandonar Mayerling y debo quedarme aquí con Hoyos. Te abraza muy afectuosamente, RODOLFO."

La misma tarde, Salezianergasse, la baronesa Helena Vetsera, y su hija Hannie son presas de la inquietud. Maria ha desaparecido. ¡Maria ha dormido fuera del hogar! Al registrar la pieza de su hija, la baronesa encuentra sobre su escritorio una carta. La abre. Es el papel en el cual previene a su madre que se piensa lanzar al Danubio, ya que su amor se ha destruido... Loca de desesperación, la baronesa Helena Vetsera se precipita a la comisaría más próxima. Muestra la carta. Y, bajo la or-



den del emperador, el nombre de Maria Vetsera figura en la lista de las personas que deben ser vigiladas por los agentes. El comisario aconseja a la baronesa de ir a ver inmediatamente al ministro del interior. El le podrá dar informes.

La baronesa Vetsera corre al ministerio. El ministro, Su Excelencia el conde Taaffe, conoce, como todo el mundo, a la baronesa Vetsera. La escucha, e inquieto lee la carta. Pero no, contrariamente a lo que la baronesa cree, su hija no está en el Danubio. El conde Taaffe, de lejano origen irlandés, es un hombre irónico.

—Tengo aquí —dice, abriendo un cajón de su escritorio— el informe de uno de mis agentes, quien vió a Maria Vetsera en un coche camino de Marokanerstrasse. Y por las señas que dió al cochero, un tal Bratfisch, nuestro agente comprendió que se dirigía al pabellón de caza de Mayerling, donde la esperaban. Por supuesto que no haremos más averiguaciones. Usted debe saber que el castillo pertenece a Su Alteza Imperial el archiduque Rodolfo. ¡Su hija no puede estar en mejores manos, baronesa!

Helena Vetsera deja el ministerio un poco más tranquila, pero sofocada, sorprendida. ¡Maria, la amante del archiduque Rodolfo! ¿Esa niña? ¡Qué complicación, qué aventura, qué escándalo!

En su habitación de Mayerling, Rodolfo y Maria han examinado a fondo su situación. Están acorralados. Como líder del liberalismo y de las ideas modernas, Rodolfo ha perdido el apoyo de los húngaros al abandonarlos, desertor en una conspiración destinada a favorecerlo. Como esposo, estará atado para siempre a una mujer que le es odiosa. Como hijo, ha desencadenado la ira de un padre severo y rencoroso... Como amante, hará madre a una joven que luego deberá abandonar. ¿Y Maria? Tiene una sola perspectiva: ¡la deshonra!

—¡Moriré si me dejas! —se lamenta ella.

—¡Y yo no sobreviviré a tu pérdida! —grita Rodolfo—. Si has de morir, moriremos juntos!

Sí, es la única solución, se dicen, y se exaltan al repetirlo. A medianoche, unidos por última vez, en un abrazo desesperado, toman su decisión: morirán, pero juntos.

(CONTINUARA)





El "Chic" no se compra con dinero...



Hermosura, gracia,
simpatía...,
son cualidades
innatas que no se hallan
en tiendas ni boticas.

Pero existen
medios eficaces
para realzarlas,
para hacerlas
destacarse...

El secreto está
en vestir bien,
vestir con

SEDA ESCOCESA

Caupolican

M. R.

Lindos colores, novedosos
diseños. ¡Su nuevo vestido
causará sensación!

buceé palabras dulces hasta que logré que se calmara. Abrazados, volvimos a sentirnos uno del otro. Me besó. Así continuamos acariciándonos apasionadamente y conseguimos olvidar la degradante escena que habíamos protagonizado.

La verdadera crisis de nuestro matrimonio ocurrió cuando el servicio médico de la institución donde trabajaba lo llamó a Arturo para un examen. Pensaban trasladarlo a una provincia lejana y de clima riguroso. Este traslado significaba un ascenso. Mi marido regresó esa tarde y me dijo que el doctor no lo había encontrado apto para el trabajo en esa zona.

—¿Por qué te rechazaron? Dime, por favor, Arturo queriendo —balbuceé.

—Tengo una lesión en un oído. No es nada grave, pero podría empeorarse con los frios —respondió.

Comprendí que Arturo mentaba.
—Dime la verdad, recuerda que soy tu esposa —imploré—. ¿Te han encontrado alguna enfermedad al corazón o al pulmón? No temas presentarme la realidad. Te quiero... y deseo cuidarte.

Mi esposo se mantuvo en silencio por largos minutos. Después, me miró profundamente a los ojos y replicó:

—Te amo tanto, que jamás me atreví a decirte la verdadera razón de mis temores, la causa por la cual el médico opina que no debo alejarme de la capital. Hace años atrás estuve recluido en una institución para enfermos mentales. Estaba convalciente cuando te conocí, allá en el balneario.

Lloré desesperadamente. ¡Esa era la causa de su manera de ser! Sentí que mi sentimiento maternal se desbordaba entero en la persona de Arturo. Me dedicaría a cuidarlo, a mimarlo. En esos instantes creí amarlo de veras. Recordé su infancia huérfana de afectos. ¿Qué daño había hecho su madre en su alma sensitiva! Le dije que no me importaba saber la enfermedad que había sufrido. Ahora podría ayudarlo mejor.

Sin embargo, la idea de que Arturo no era normal, que había estado recluido en un sanatorio, me rondaba día y noche. Los detalles que antes no me llamaron la atención, se me hicieron ahora significativos. Analizaba todos sus actos, todas sus palabras. Arturo se negó a darme más explicaciones sobre su enfermedad.

—Te conté cuánto recuerdo. Por favor, no insistas. Todo lo que puedo decirte es que estaba enfermo, y, ahora, recuperé mi salud.

¿Estaba sano? Sin embargo, el servicio médico de su institución no lo consideró apto para ocupar un puesto de mayor responsabilidad. La palabra *demente* martillaba mi cerebro. ¿Estaba loco mi esposo? ¿Se habría curado, realmente? Sentí miedo de Arturo. Aunque siempre era gentil y dulce subsistía la duda de que se tornara violento.

Poco a poco estas interrogantes se transformaron en montañas que amenazaban aplastarme. Creí que Dios tenía una complacencia especial en castigarme. La vida matrimonial se me hizo insoportable. No reflexioné en que todos los matrimonios tienen sus problemas. Olvidé la frase favorita de mamá: "No hay hombre sin defecto".

Me obsesionaba la idea de que mis amigas eran felices, unidas a esposos que bebían y jugaban, a seres normales.

Yo sólo contaba veinticinco años. Aún era tiempo de rehacer mi vida, de conocer a otros hombres y olvidar a Arturo. Un día me decidí. No se lo dije a nadie, ni siquiera a mamá.

Visité a un abogado y le conté mi caso. Me contestó, que, en vista de las circunstancias podría anular nuestro matrimonio, alegando que se había cometido fraude conmigo, ya que Arturo se casó sin decirme previamente que había estado asilado en un hospital psiquiátrico. El abogado me aconsejó que reflexionara mucho antes de separarme, porque el divorcio era una resolución que sólo debía tomarse en casos extremos. Pero yo ya estaba decidida. Dije al abogado que comenzase los trámites inmediatamente.

Tuve que reunir todo mi valor para explicarle a Arturo que ya no deseaba continuar siendo su esposa. Sentí un nudo en la garganta al observar su rostro angustiado, pero mi voluntad venció a mi corazón.

—Pero... ¿por qué, Carmen?... Te lo imploro, dime qué te he hecho, no puedo creer que ya no me ames... ¡Yo te adoro! —exclamó Arturo, con la voz quebrada de emoción. No quise confesarle la verdadera causa. Me avergonzaba decir que lo abandonaba por haber estado antes en un hospital de insanos.

—Quiero rehacer mi vida junto a un verdadero hombre, tú eres un mal remedo, una sombra de varón. Te desprecio —declaré.

—Te lo ruego... No puedes abandonarme —balbuceó mi marido.

Como siempre, su expresión humilde tuvo la virtud de encozarme.

—Basta ya de lloriqueos inútiles... ¡Vete! Estoy enferma con tu presencia. ¡Necesito un hombre, no un niño llorón.

—grité, acallando con mi ira la voz de la conciencia que me decía que obraba mal.

Arturo me contempló fijamente. Se puso terriblemente pálido.

Gruesas gotas de sudor humedecieron su rostro. Horrori-

zada, contemplé su tormento, acusándome de que yo enviaba al infierno a mi propio marido. Sin decir una palabra fué al dormitorio, cogió una maleta y guardó algunas camisas. Después salió. Evité mirarme a los ojos.

—No estoy vencido, no me doy por vencido. Trataré de ser un hombre semejante al que tú sueñas. Ten un poco de paciencia y verás. Adiós, Carmen —me dijo.

Yo lo quedé mirando, mientras mi corazón sangraba de piedad hacia ese ser a quien había herido tan cruelmente.

—Por favor, vete —fué todo lo que mis labios pudieron pronunciar.

Se produjo un silencio terrible después que la puerta de calle se cerró detrás de la alta y delgada figura de Arturo. Me fumé todo un paquete de cigarrillos antes de acostarme. No pude dormir. A pesar de todo lo echaba de menos. Su presencia me hacía falta. Pasé casi toda la noche pensando adónde habría ido, qué estaría haciendo, quién lo ayudaría...

Los días transcurrieron lentamente. Para olvidar busqué un empleo. Me absorbí en mi nueva actividad. El recuerdo del rostro torturado de Arturo me perseguía por doquiera. Después de una semana tuve que rendirme ante esta evidencia: amaba a Arturo. Lo amaba pese a sus faltas, a sus rarezas. Era una extraña clase de amor, con mezcla de sentimiento maternal, de piedad filial, de pasión. ¡Pero era amor!

Deseaba ardientemente que mi marido regresara. Husmeaba

¡Me casé demasiado tarde!

(Continuación de la pág. 17)



do en sus cajones encontré una tarjeta que decía: Dr. Miguel Brunoff, médico psiquiatra.

Inmediatamente pedí hora en la consulta y, al día siguiente, me entrevisté con el médico. No me atreví a confesarle la ruptura con mi esposo. Sólo le dije que, sabiendo que Arturo había estado enfermo, quería averiguar si su anterior trastorno podría influir en nuestra vida actual.

—Usted teme la demencia, ¿no es así? —indagó el doctor. El médico me contempló con atención durante unos instantes y después, agregó:

—Nosotros ya no usamos la palabra *loco* o *demente*. Ahora sólo se habla de enfermo mental. Los trastornos psíquicos deben ser curados como cualquier otra enfermedad. La mayoría de las alteraciones suelen ser causadas por dolorosas experiencias de la niñez. El mejor método para sanar a estos enfermos es proporcionarles amor, confianza en sí mismo y experiencias buenas y saludables. Si usted desea que yo ponga un rótulo a la afección sufrida por su marido, diría: "Tuvo un quebramiento nervioso". No es un término muy científico, pero me agrada. Martínez tuvo una infancia difícil, junto a una mujer que lo torturó mentalmente. Su temperamento sensitivo chocó contra un mundo indiferente. Sus complejos se fueron agravando poco a poco. No tiene la culpa de haber ido a parar a un hospital psiquiátrico, como tampoco es culpable el pobre ser que contrae tuberculosis por ignorancia o pobreza. En el hospital reconstruímos la personalidad de Arturo Martínez. Tratamos de curar las heridas causadas en su psiquis, trauma-

(Continúa en la pág. 26)



*Sonó la
campana*



El molde de la semana

Esta semana ofrecemos a nuestras lectoras el molde de un vestido para niña de 10 años. Materiales: 2,60 x 0,90 m. Pedirlo enviando \$ 20.— en estampillas de correo.

Nota: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto envío; los sobres tipo esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

SU CUTIS

cuidelo con esmero

La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.

Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.



crema macker

EL AUTOMOVILISTA debe tener una VISION PERFECTA



CONSULTE
PERIODICAMENTE
A SU MEDICO
OCULISTA

OPTICA S

HAMMERSLEY

SANTIAGO - VALPARAISO

ATENCION PERSONAL
EN PROVINCIAS

CAPITULO II

Si la teoría de Dunne está en lo cierto, en la mente subconsciente pasan cosas muy peculiares. Mónica, aunque en el primer momento quedó sin aliento por la sorpresa, podría sin embargo haber dicho: "Yo he estado aquí antes de ahora". Toda la escena, las paredes blancas de la oficina, las cortinas de color sobre las soleadas ventanas, el sonido de la voz de Hackett, todo le resultaba terriblemente familiar como si hubiera ya pasado antes por la misma escena y supiese lo que iba a suceder.

La verdadera explicación de esto era que, secretamente, ella tenía que tanta maravilla no podía durar. Tenía la secreta convicción de que en algún punto el destino estaría aguardando para estropear sus sueños con alguna sucia artimaña.

Y, cuando esto ocurrió, por supuesto que la sucia artimaña tenía algo que ver con el nombre de Cartwright. Era inevitable. Estaba perseguida por Cartwright. Y al final de cada sendero agradable que pudiese seguir se encontraba la desagradable cara de muñeco de Cartwright.

Sin embargo luchó todavía contra ello. —No puede usted decirlo en serio —imploró—. ¡Señor Hackett, no puede ser! —Sin embargo, así es —contestó Hackett afablemente.

—¿Debo trabajar en una novela policial en vez de mi propio libro?

—Exactamente.

—¿Y el señor Cartwright —se las arregló para pronunciar el nombre, aunque le era increíblemente repugnante— debe trabajar en el guión para mi libro, mi libro?

—Lo ha adivinado —dijo alegremente el productor.

—¿Pero por qué?

—¿Cómo dijo?

A Mónica le inspiraba tanto temor, que en otra oportunidad no se habría atrevido a protestar. Lo hubiera sufrido en silencio, diciéndose que quizás sería su propia culpa. Pero esto era demasiado. Las palabras afluyeron espontáneamente a sus labios: "¡Es la cosa más estúpida que he oído!" Aunque no las dijo, algo de ellas se debió reflejar en su tono.

—Le pregunto por qué —insistió—. Es decir, por qué hemos de hacer cada uno el trabajo del otro, en vez de hacer el propio.

—Usted no entiende de estas cosas, señorita Stanton.

—Ya lo sé, señor Hackett, pero...

—Señorita Stanton, ¿es usted el productor con diez años de experiencia o soy yo?

—Usted, por supuesto, pero...

—Entonces no hay más que hablar —dijo Hackett alegremente—. No debe tratar de cambiar las cosas apenas llega, señorita Stanton; tenemos nuestras manitas, ¿sabe usted? Debe creerme si le digo que, después de diez años de experiencia sabemos algo sobre este negocio. Y usted ya aprenderá; por supuesto que sí. Ya lo creo; con Bill Cartwright enseñándole, lo aprenderá en muy poco tiempo.

La monstruosidad de la proposición se estaba recién escurriendo en la mente de Mónica. Se levantó de un salto. —¿Quiere decir que he de permanecer aquí y ser enseñada; enseñada, cómo escribir argumentos por ese... ese repulsivo... ese asqueroso...?

Su interlocutor se sobresaltó. —¿Conoce a Bill Cartwright?

—No, no lo conozco. Pero mi familia sí. ¡Y han dicho —gritó Mónica, apar-

Y así... al

tándose de la estricta verdad— que es el más repulsivo, desagradable y absurdo ser que ha pisado la faz de la tierra!

—¡Oh, vamos! No, no, no. Usted está equivocada, señorita Stanton. Conozco a Bill hace años. No es que haya ganado ningún premio de belleza, Dios lo sabe. Pero no es tan terrible como todo eso —le aseguró el productor—. Por lo demás, diría que es más bien distinguido.

Mónica se confundió.

A Hackett le pareció que la joven había quedado como anonadada por alguna razón.

Lo que pasaba era

que Mónica se había trazado hacia

tiempo una imagen

mental de

Cartwright y no

se sentía dispues-

ta a alterarla. En

todas partes, por

lo menos en las

revistas literarias,

Cartwright era

alabado por la

exactitud y el des-

arrollo sin tacha

de sus novelas.

Esto lo hacía aún

más desagradable.

Mónica pensaba

que lo habría des-

preciado menos si

hubiese sido más

descuidado. Se lo

imaginaba con facha

de estudioso,

nustio, serio y anti-

pático, con enor-

mes anteojos. Y se

complacía con el

odio que sentía

por esta imagen.

—No puedo hacer-

lo —dijo brusca-

mente—. Lo siento

terriblemente.

Usted sabe cuán

agradecida le es-

toy... Pero no

puedo. Sería im-

posible.

—Oh, por supues-

to —dijo el pro-

ductor con fría

indiferencia—. Si

desea romper su

contrato...

—No es eso —dijo

Mónica desespera-

damente—. Por

favor, comprendame, señor Hackett.

No estoy tratando de enseñarle. Estoy

segura de que usted sabe muy bien

lo que hace. (Lo decía sinceramente,

era todo culpa de Cartwright.) Pue-

do hacer todo lo que usted me pida,

pero sólo le pido que me explique:

¿Por qué? ¿Por qué tengo que traba-

jar en una novela policial, de las cua-

les no sé nada, en vez de mi propio

libro? ¿Podría, por favor, explicarme

la razón?

Hackett dejó ver en su rostro una

expresión de alivio.

—Oh, la razón —acentuó la última

palabra—. ¿Eso es todo? ¿Por qué no

me lo dijo en primer lugar? ¿La ra-

zón?

—¡Sí!

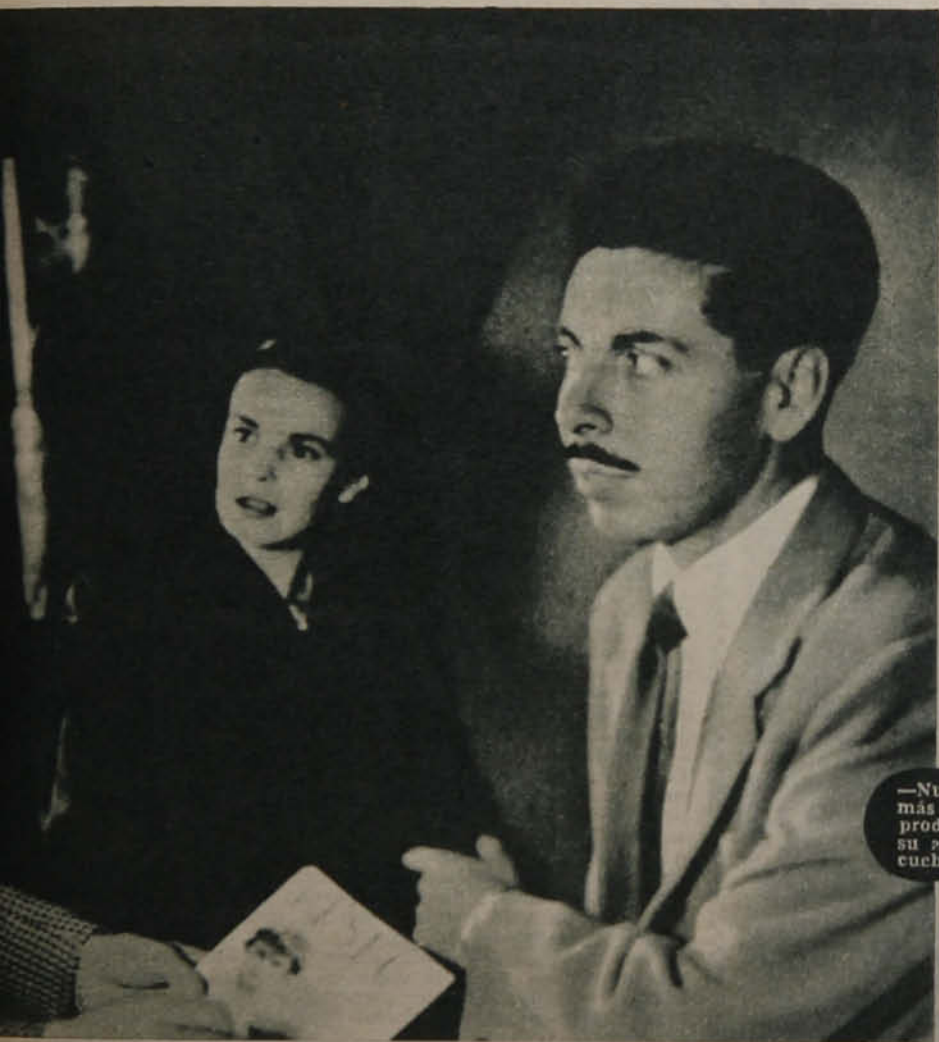


crimen

POR
CARTER DICKSON

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Mónica Stanton llega a los estudios cinematográficos de Albion Film, en donde ha sido llamada, pues van a filmar su novela llamada "Deseo". La muchacha es hija de un vicario inglés y ha pasado su vida entera metida en esa vicaría de campo. Su tía Flosie es la que echa a perder todo, relatando al vecindario que ha sido su sobrina la autora de un libro tan libre e inmoral como aquél. Mónica habla con Hackett, el productor de "Deseo", quien le encomienda hacer el guión cinematográfico, pero... no de su libro... sino de... "Y Así... al Crimen", una novela policial escrita por el famoso autor Cartwright. La muchacha insiste en querer ser ella quien hace su propio guión, pero Hackett se mantiene inflexible.



ton, no hay nada más sencillo. La razón...

La puerta de la oficina de Hackett fué abierta violentamente y un hombre entró en ella... No es que sencillamente entrara. Irrumpió en ella. Y con él entró tal corriente de quietud, helada y contenida ira, que fué como si se hubiera abierto la puerta de un refrigerador. Esta atmósfera de hielo se extendió por las paredes y apagó los rayos de sol que penetraban por la ventana. Aunque el individuo abrió la puerta bruscamente, no la dejó que se golpeará contra la pared; la sujetó con suaves y temblorosos dedos y la cerró sin ruido. Luego atravesó la estancia con pasos silenciosos, como temiendo hacer explotar una mina. Era un hombre joven y alto, que llevaba un libro bajo el brazo. Sólo cuando estuvo frente al escritorio, mirando a Hackett frente a frente, hizo explotar la mina de su furia.

Dijo:

—¡Maldito sea!

Y estrelló el libro contra el escritorio con un golpe que hizo saltar el sombrero de un tintero en forma de mandarín.

El libro era una copia del libro más vendido del año, "Deseo". Hackett volvió a colocar el sombrero en la cabeza del mandarín.

—¡Hola, Bill! —exclamó.

—Escucha —le dijo el recién llegado—, esto es demasiado. No puedo hacerlo, Tom. ¡Por Dios, no lo haré!

—Toma asiento, Bill.

El recién llegado dió vuelta alrededor del escritorio de Hackett. Un extraño podría haber pensado que sus intenciones eran estrangularlo. Quizás por un momento lo fueron.

—Escúchame —le dijo—. No me opongo, en general, a hacer guiones para libros malos. Puede que lo único que diga, a veces, es que nadie haría guiones para tales libros. ¡Muy bien! —levantó una mano—. Pero hay límites, más allá de los cuales ningún término del idioma inglés puede expresar con corrección. Hemos llegado a ese límite. Este libro no es sólo sucio. Es el más completo, total y espantoso chucheo jamás visto que se haya introducido bajo las narices del inocente público por maníacos analfabetos dis-

—Nunca había leído libro más truculento y más malo —aseguraba Bill Cartwright, al productor de "Deseo". Tom Hackett, mientras su autora, Mónica Stanton, espantada, le escuchaba su veredicto.

frazados de editores. En una palabra, Tom, es asqueroso. ¿Está claro?

Se agachó y dió unos golpecitos sobre el libro con dedos temblorosos.

—Calma, calma —le dijo Hackett, suavemente—, déjame presentarte a la señorita Stanton; el señor Cartwright. La señorita Stanton.

—Cómo está usted —dijo Cartwright, dando a Mónica una mirada rápida por sobre el hombro y dándose vuelta nuevamente—. Para terminar, Tom, este libro...

—Cómo está usted —dijo Mónica alegremente. Porque se sentía feliz. Esto puede parecer extraño. Pero con la primera mirada que le había dado a Cartwright, se había sentido casi compensada por la situación en que se encontraba. A través de su odio sintió una emoción de una dicha poco santa, como las notas de una melodía dia-

(Continúa en la pag. 27)

—Pero, mi querida joven —le explicó, con un tono compasivo—, si no hay nada más simple. La razón... En ese momento sonó el teléfono que había sobre el escritorio. Hackett, saltando como una dinamo, descolgó el fono. Todo otro asunto fué desplazado instantáneamente de su cerebro.

—Sí... sí... ¿Kurt? ¿Sí? Bien, pregúntale a Howard... No, ni por un minuto. La nueva escritora está aquí. —Relució su sonrisa dental, una sonrisa de conspirador dirigida a Mónica por encima del teléfono—. Sí, una muchacha muy agradable... Sí... Muy bien, iré. —Cogió el lápiz e hizo una anotación—. Escenario tres, dentro de

cinco minutos... Sí... Muy bien... Adiós.

Colgó el fono.

—Bien, señorita Stanton, ¿de qué estábamos hablando?

—No quisiera demorarlo...

—No tiene importancia —exclamó Hackett, agitando una mano de manera que quería decir que tenía importancia, pero que él se la quitaba—. Cinco minutos. ¡Cinco minutos! No es tanto el apuro. ¿Qué era lo que me iba usted a decir?

—Yo no, señor Hackett. Usted me iba a decir la razón por la cual quiere que yo trabaje en una novela policial en vez de mi propio libro.

—¡Ah, sí! Mi querida señorita Stan-

Mejora al
RESFRIADO



Mejora al
DOLORIDO



Mejoral

• Y para que MEJORAL llegue a sus manos **PURO! FRESCO! LEGITIMO!** cada una de sus tabletas viene herméticamente protegida por celofan!

**NEURO FOSFATO
ESKAY**

**Tónico
reconstituyente
de acción eficaz.**

contiene fósforo
calcio y otras
sales minerales.



**NEURO FOSFATO
ESKAY**

UN **TONICO** DE SABOR DELICIOSO

tismos tan graves como si fueran producidos por las balas. Lo enviamos al mundo con un concepto más enaltecedor de sí mismo, con más confianza en su persona. Confiamos en que el mundo no nos lo devuelva enfermo, otra vez.

Sali de la clínica intensamente emocionada. El mundo había tratado mal a Arturo. Si yo hubiese sido generosa y comprensiva, si lo hubiera amado como juré ante el altar, mi marido estaría haciendo una vida normal. ¡Dios mío, Arturo volvía a vivir el calvario de su infancia debido a mi ignorancia, egoísmo y estupidez! Corrí a casa. Aún era tiempo de volver a comenzar. Buscaría a Arturo... Todo sería como en los primeros días de nuestra luna de miel. El departamento estaba vacío. Fui donde mis padres. Allí tampoco lo habían visto. Pasé por las oficinas del banco.

—¿Qué le ocurre a su marido? Hace tres días que no viene a trabajar —me dijeron.

Cuando regresé a casa, completamente agotada, sonó la campanilla del teléfono.

—¿Está el señor Martínez? —preguntó una voz.

—No, pero habla con su esposa.

—Buenos noches, señora. Habla con el garage "La Estrella". Arrendamos automóviles. Su marido sacó un coche hace dos días. Hoy debía haberlo devuelto. Debe notificarnos si desea conservar el carro por más tiempo. Naturalmente, la cuenta saldrá más abultada... —dijo el hombre. Sentí que mi corazón latía locamente.

—Tan pronto mi esposo llegue a casa, le diré que pase por el garage. No se preocupe, se le pagará el tiempo extra —repliqué.

—Bien, señora.

Y cortó la comunicación.

Me puse a llorar. Comprendí todo. Arturo había arrendado un automóvil para practicar. ¡Pobrecito, magnífico muchacho! Quería probarme de que era capaz de dominar sus temores. Lo acusé de cobarde, y, sin embargo, tenía el valor suficiente para conducir un coche, que era lo que más lo atemorizaba en el mundo. Pasé despierta toda la noche, rezando desesperadamente para que Arturo regresase.

Cuando volvió a sonar la campanilla del teléfono, mi corazón adivinó la verdad mucho antes de que la telefonista me informase.

—Aló... ¡Habla con la Asistencia Pública! Su esposo sufrió un accidente.

Creo que envejecí diez años mientras el taxi me conducía al servicio de emergencia. Llegué en los instantes en que sacaban a Arturo de la sala de operaciones. En su rostro pálido ya no estaba convulsionado por la ansiedad, la paz había descendido a sus facciones. Un hombre de edad madura se acercó a mí.

—Señora, yo no tengo la culpa. Soy el chófer del camión... Traté de esquivar el golpe, pero el coche de su marido se me vino encima... No creo que lo haya encandilado con las luces porque hice el cambio... No comprendo... —balbuceó.

—El chófer no tiene la culpa. Yo transitaba por la vereda. La calzada es muy amplia en esa avenida. Creo que el automóvil perdió la dirección porque se incrustó en el camión, aunque este hombre hizo un viraje. Resulta incomprensible —agregó otro señor.

Yo, en cambio, podía comprender la verdad. No, el chófer del camión no tenía la culpa. Recordé la escena de ese terrible domingo en que pretendí enseñar a manejar a Arturo. Rememoré su pánico, su angustia, el temblor de sus manos...

Permanecí dos días junto al lecho de mi marido. Al tercero, recobró la conciencia. Abrió sus ojos y me reconoció. Su boca destrozada intentó una sonrisa.

—Carmen... querida... amor... traté de...

Puse mis labios sobre los suyos.

Volví a la inconsciencia y murió tres horas después. No sé qué dicen los registros sobre su muerte, pero es falso cuánto hayan escrito los médicos o las enfermeras. ¡Faltan a la verdad! La verdad es que ¡YO LO MATE! Lo maté como se matan tantas almas, tantas ambiciones —por egoísmo, ignorancia y torpeza—. Aún no existen leyes para esa clase de asesinatos, pero deberían promulgarlas. Estoy nuevamente sola. Mamá se siente muy desgraciada por causa mía. Yo también soy infeliz. Mi soledad es aún mucho mayor que antes de conocer a Arturo. Jamás volveré a casarme. Tuve mi oportunidad: conquisté un amor y conocí al hombre que me estaba destinado.

En cierto modo, aún estoy casada... CON MI REMORDIMIENTO Y MI CULPA.

**¡Me casé
demasiado
tarde!**

(Continuación de
la pag. 21)





Y así... al crimen

(Continuación de la pag. 25)

bólica, Mónica se sintió fortificada. Sintió su resolución renovada, su valor vibrante con la convicción de que el enemigo estaba en sus manos. Era verdad que la imagen primitiva que de él se había formado era falsa. William Cartwright no era mustio, seco y antipático, aunque tenía el desagradable hábito de adoptar una posición de superioridad. Personas mal informadas podrían haber dicho que no era mal parecido. Tenía hombros anchos, ojos hermosos, y una cara enjuta con cabello oscuro. Personas mal informadas (que no vienen bajo la superficie su alma culpable) podrían incluso haber dicho que era una cara de persona honrada. Mónica reconocía todo esto, porque deseaba ser justa. En compensación vio en él algo tan horrible, que lo arreglaba todo; algo que lo ponía completamente fuera del género humano; algo que lo colocaba a su merced para burlarse de él para siempre. Mentalmente, saltó en la silla con la alegría que este descubrimiento le produjo. William Cartwright tenía barba. Debía hacerse justicia, sin embargo. No era una barba hirsuta. Ni tampoco una de esas barbas descuidadas que todo el mundo aborrece. Por el contrario, cualquier hombre habría dicho que era hermosa: cuidadosamente recortada, lo mismo que el bigote, le daba a su dueño un cierto aire de comandante. Pero muchas mujeres no lo habrían visto así. Mónica, súbitamente cegada, la vio rojiza. —No me refiero —continuó el intratable Cartwright, estirando la barbilla adornada de la insolente barba— a la pésima gramática ni la peor sintaxis. No digo nada del estilo de la prosa, que sería capaz de hundir un acorazado. No digo nada del asno

presumido del protagonista, Capitán Qué Sé Yo Cómo Se Llama. Tampoco me refiero a la mente pornográfica de la mujer que escribió todo eso... —¡Oh! —exclamó Mónica, dando un salto involuntario.

—Vamos, Bill —le dijo Hackett—, no deberías hablar de esa manera delante de la señorita Stanton... ¿Dónde está tu educación?

—No me refiero tampoco... Pero, ¿qué es lo que te pasa? ¿A qué vienen todos esos gestos?

(—¡Esta es la muchacha que lo escribió!)

—¿Eh? ¿Qué pasa?

(—Ahí. Detrás de ti.)

Hubo un terrible silencio. Al principio Cartwright no se dio vuelta. Mónica veía una vieja chaqueta de sport y unos pantalones de franela que parecían no haber sido planchados desde Navidad. Lentamente, los hombros de la chaqueta de sport se levantaron hasta quedar a la altura de las orejas de su dueño.

—¡Dios mío! —exclamó éste con voz angustiada.

Luego la miró con el rabillo del ojo y por último se dio vuelta para enfrentarla.

—¡Mire —dijo bruscamente—, lo siento!

—¿Lo siente? ¡Oh, no! —dijo Mónica, pálida de furia, pero cuidando de conservar su voz reposada—. Por favor, no se disculpe. Está bien. No me importa en absoluto.

—¿No le importa?

—¡Oh, no, por Dios, no! —exclamó Mónica con una temblorosa risita—. Me encanta oír opiniones imparciales sobre mi carácter.

—Mire. Sinceramente lo siento. ¿Supongo que no interpretaría mal nada de lo que dije?

—Oh, por Dios, no —contestó Mónica riendo alegremente—. En una palabra, Tom, es asqueroso. No hay lugar para malas interpretaciones en eso, ¿no cree? Lo malo, según parece, estaba en mi gramática.

—Ya lo dije, ¡lo siento! ¿Cómo iba a saber que usted estaba sentada aquí? ¡No podía saberlo! Si lo hubiese sabido...

Mónica se sonrió con perversidad.

—¿No habría hablado así?

—¡No, se lo juro!

Caso

A un cruzado caballero, garrido y noble garzón, en el palenque guerrero le clavaron un acero tan cerca del corazón, que el físico, al contemplarle, tras verle y examinarle, dijo: "Quedará sin vida si se pretende sacarle el venablo de la herida".

Por el dolor congojado, triste, débil, desangrado, después que tanto sufrió, con el acero clavado el caballero murió. Pues el físico decía que, en dicho caso, quien una herida tal tenía, con el venablo moría, sin el venablo también.

¿No comprendes, Asunción, la historia que te he contado, la del garrido garzón con el acero clavado muy cerca del corazón? Pues el caso es verdadero; yo soy el herido, ingrata, y tu amor es el acero; ¡si me lo quitas, me mueres; si me lo dejas, me mata!

RUBEN DARIO
(nicaragüense).



—Vaya, vaya, vaya; ¿sabe, señor Cartwright, que siempre imaginé que usted preferiría ser un hipócrita? Están agradables oírse admitir. Cartwright retrocedió un paso. Su barba (roja) parecía alborotada. Un observador imparcial, que no hubiese visto su oculta vileza, como Mónica la veía, habría podido pensar que estaba realmente arrepentido.

—Señorita —le dijo, y su voz tenía nuevamente su primitiva suavidad—, en caso de que usted no se haya dado cuenta, estoy tratando de disculparme; fui rudo y mal educado. Quiero que me disculpe, aunque ello me cueste la vida.

—Seguramente, señor Cartwright, para usted ésa sería la más dolorosa forma de suicidio.

—¡Vamos, vamos, no peleen! —exclamó Hackett. Se puso de pie, sacudiéndose las solapas del vestón—. Siento tener que dejarlos, pero debo irme. Me alegro de que se hayan conocido, pues quiero que trabajen juntos.

Cartwright se quedó estupefacto. Se dio vuelta lentamente para mirar al productor.

—¿Tú quieres que...?

—Sí. A propósito, la señorita Stanton debe hacer el guión para tu nueva novela. ¿No te lo había dicho?

(Sigue a la vuelta)

GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos, y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídete a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON

Seudónimo
O nombre

Dirección

Ciudad

—No —conté stó Cartwright con una voz lenta y extraña—. No me lo habías dicho.

—Bueno, ya lo sabes. Y, ¡otra cosa! Quiero que seas —sonrió— una especie de guía, de consejero y de padre confesor para la señorita, Stanton. Ella no tiene ninguna experiencia en la escritura de guiones cinematográficos. Eso es. De modo que quiero que la ayudes y la enseñes; muéstrale las cosas que tienen importancia. Quiero tenerlos a los dos aquí cerca de mí en el Edificio Viejo. A ella le daré la antigua oficina de Less Watson, contigua a la tuya; la limpiaremos y haremos colocar una máquina de escribir y quedará como nueva. Así podrás empezar a enseñarle las primeras cosas mientras trabajas en el guión de "Deseo".

Cartwright caminó agitadamente a lo largo de la habitación.

—Uno, dos, tres, cuatro... —contó—, cinco, seis, siete, ocho... ¡No, no puedes hacerlo!

Dió un salto para alcanzar a Hackett cuando éste se dirigía hacia la puerta.

Antes que él llegara, Cartwright la cerró, dió vuelta la llave en la cerradura y se paró delante de ella.

—Vine para dejar esto arreglado contigo; y no te vas de aquí hasta que no sea así.

Hackett lo miró fijamente.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Estás loco? ¡Abre esa puerta!

—No. Primero vas a oír unas pocas verdades. Tom, no es asunto mío cómo botas tu dinero. Pero, como viejo amigo tuyo que soy, quiero razonar contigo antes que te vuelvas completamente loco y empieces a hacer ruidos extraños delante de las ventanas.

¿Sabes lo que has estado haciendo durante las últimas tres semanas?

—Sí.

—Lo dudo. ¡Escucha! Tres semanas atrás comenzaste a filmar "Espías del Mar". Designaste a Frances Fleur y Dick Conyers para los papeles principales. Tenían un guión preparado y a Howard Fisk para dirigirla. Una semana más tarde, cuando ya habían comenzado a filmar, decidiste que el guión estaba mal y que había que cambiarlo.

—¿Vas a abrir esa puerta?

—No. ¿Qué hiciste luego? ¿Elegiste a alguien de aquí para que cambiara el guión? No. Mandaste venir desde Hollywood, desde Hollywood, repito, a un costo que hace tritar mi alma de escocés, al mejor pagado escritor cinematográfico de toda la industria. Este no ha llegado aún. Pasarán días antes que llegue. Y, mientras tanto, ¿qué es lo que haces? Te lo diré. Sigues alegremente filmando "Espías del Mar" con el guión antiguo, el cual será total y absolutamente cambiado cuando el "experto" llegue.

Cartwright dió un profundo suspiro. Su barba (de color rojo lepra) estaba temblorosa.

Extendió las manos suplicante.

—Tom, si te conociera menos, pensaría que estás tratando de arruinar tu propio negocio. Pero la verdad es que tienes la enfermedad del guión. Mira lo que pasa actualmente. La señorita Um-Um y yo. ¡Ponte una compresa fría en la cabeza y mira!

La faz atezada de Hackett se oscureció.

—He tratado de tener paciencia contigo, Bill. ¿Terminarás con esta estu-



pidez y te quitarás de esa puerta?

—No.

—¿Supongo que te darás cuenta de que jamás conseguirás otro trabajo en este estudio?

—¿Otro trabajo aquí? —resopló Cartwright. Dos ojos llenos de misericordia se fijaron en el productor—. ¡Y el pobre hombre usa eso como una amenaza! En el futuro, el que pronuncie la palabra cine delante de mí será insultado. Ya tengo bastante. ¡Otro trabajo! Preferiría tomarme una botella de aceite de castor puro. Preferiría ser obligado a releer "Deseo". Pero alguien habrá que sea razonable acerca de esto. Apelo a usted, señorita Um-Um. ¿Qué le parece; está de acuerdo conmigo?

Hablando con sinceridad, la señorita Um-Um estaba de acuerdo con él. Pero ésta no era una ocasión para atenerse a la lógica pura.

—¿Usted quiere saber mi opinión, señor Cartwright?

—Así es. Con toda humildad.

—¿Sinceramente?

—Por favor.

—Bueno, en ese caso —dijo Mónica, levantando la cabeza—, todo depende de cómo se mire al asunto. Quiero decir, ¿es usted un productor con diez años de experiencia, o no? Por supuesto, que si usted está tan hinchado de orgullo que cree que nadie sabe nada excepto usted; si cada vez que alguien le hace una sugestión pone aire de fiera y quiere irse al jardín a comer gusanos... bueno, en ese caso sus argumentos no sirven de mucho. ¿no es así?

Cartwright la miró fijamente durante un rato. Luego ejecutó una pequeña danza delante de la puerta.

Hackett echó la cabeza atrás y rió.

—Vamos, vamos, olvidemos todo este asunto —rió, dando unos golpecitos a Cartwright en el hombro—. Sé que no lo decías en serio, viejo.

—Estoy segura de que no lo decías, señor Hackett.

—Así es. Bill rompe su contrato más o menos una vez a la semana; pero siempre vuelve.

—Estoy segura de que es así.

—Bueno, debo irme ahora; hay no sé qué dificultad en la filmación; hay un enredo por no sé qué causa y casi matan a uno. Y eso no puede ser. Bill, dejo a la señorita Stanton a tu cargo. Posiblemente querrá conocer por aquí. Puedes mostrarle todo y luego llevarla al escenario número tres.

—¡Pero, señor Hackett! —gritó Mónica de pronto, llena de alarma—. ¡Espera un momento! ¡Por favor! ¡Espera!

—Encantado de haberla conocido, señorita Stanton —le dijo el productor mientras le estrechaba la mano y la sentaba luego en una silla—. Espero que tendremos una larga y agradable asociación. Cualquier cosa que desee saber, pregúntele a Bill. Supongo que los dos tendrán mucho de qué hablar. Hasta pronto, Bill. Adiós, adiós, adiós. La puerta se cerró tras él.

Por un minuto completo, ninguno de los dos habló. Luego Bill Cartwright se aclaró la garganta.

—Señorita, no lo diga.

—¿No diga qué?

—No lo diga —explicó Cartwright—. Cualquier cosa que fuera lo que usted iba a decir. Algo me dice que cualquier tema de conversación entre nosotros será motivo de controversia. Pero hay algo que preferiría saber. ¿Realmente quiere que le muestre esto?

—Si no fuese mucha molestia para usted, señor Cartwright.

—¡Bien! ¿Puedo preguntarle una cosa más?

—Sí. ¿Qué cosa?

—Bueno —dijo Cartwright más confi-

dencialmente—. ¿Realmente ve usted escarabajos trepando por el cuello de mi camisa? ¿Ha notado signos evidentes de lepra en mí, que un examen médico pudiese confirmar? No es que se lo pregunte por una curiosidad ociosa. Se debe a que me estoy poniendo nervioso. Desde que entré aquí, usted ha estado ahí sentada y mirándome con una expresión, no sé cómo describirla, como de asco, que, para serle franco, me está poniendo enfermo.

—¿Qué interesante.

—Muy bien; ¿no es así?

—Debe perdonarme —dijo Mónica, estirando la falda sobre sus extremadamente bien formadas piernas, con un

¡Sé más lista
que él!



¿SABIAS...

... que la paloma mensajera se halla dotada de cualidades verdaderamente fenomenales? Últimamente, un habitante de Wasmuel vió llegar a su palomar a una de sus palomas que participara en un concurso de Barcelona... en julio de 1948. La paloma, ¿está dotada de antenas ultrasensibles o de una memoria prodigiosa? Verdaderamente, encontrar su palomar cinco años después de haberlo abandonado, es un hecho extraordinario.

... que para curar los males más diversos, se empleaba antaño un medicamento universal, la "orvietana", compuesto de 51 drogas? En este medicamento se encontraban los elementos más disparejados: corazón de ciervo molido, hinojo, corazón de liebre, genciana, cerebro humano y hasta carne de víbora.

... que se acaba de lanzar un encendedor para pipa especialmente destinado a los automovilistas? Su llama es insensible al viento. Se ha probado a una velocidad de 144 kilómetros por hora, sin que se apague.

... que la lena roja es más abrigadora que las demás?

movimiento descuidado que habría estado apropiado para la misma Eva D'Aubray—. No quisiera discutir más sobre el asunto.

—Sí. Pero yo quiero. Terminemos con esto —exclamó Cartwright, hablando ya seriamente—. ¿No puede usted ser razonable? Me he excusado, ¿no es así? ¿Qué más puedo hacer? ¡Fuera de retirar mis opiniones, por supuesto!

Mónica temblaba de rabia.

—En realidad —dijo—, ¡qué extremadamente amable de parte suya! ¡Qué terriblemente generoso de su parte!

—Sí. Y comprendo cómo se siente usted. Puedo hacer cualquier cosa para

desagrar su amor propio herido... Mónica, verdaderamente estupefacta, se echó atrás en su silla y lo miró fijamente. Pero no lo veía. Vela sólo una niebla delgada y luminosa de odio, que flotaba en su cerebro, acumulada por ella como el humo de la botella del genio de Aladino. Sin que se diese cuenta, su falda se había levantado por encima de sus rodillas. Tampoco se dio cuenta de la expresión triste y clínica de satisfacción que apareció en la cara de Cartwright, que sin embargo estaba mezclada de algo de enojada sorpresa.

—Cualquier cosa —repitió, levantando la mano doctoralmente— para aliviar su vanidad herida. Pero (¿no lo comprende usted?) tiene que haber eso que se llama conciencia artística.

—¿Es verdad?

—Sí. Siento tener que decirlo, pero su novela es sucia. Es el producto de una mente precoz obsesionada por una sola cosa. Además, individuos tales como esa Eva D'Aubray y el capitán Nosecomsellama, no existen ni podrán existir nunca.

Mónica se puso de pie.

—¿Y supongo —le lanzó— que sus estupidas historias de crímenes existen?

—Mi querida joven, no discutamos acerca de eso. Tales cosas están basadas en principios científicos, siendo por lo tanto por completo diferentes.

—Son pequeñas y sucias triquiñuelas que no resultarían jamás en la realidad. Y tan mal escritas que me ponen enferma.

—Mi querida joven —le contestó Cartwright en un tono mundano y educado—. ¿no estaremos siendo sencillamente pueriles ahora?

Mónica se rehizo. Era Eva D'Aubray nuevamente.

—Creo que así es. Por favor, antes de que diga algo de que luego me arrepienta, ¿quiere llevarme a donde sea que tenga que llevarme? Eso si no es mucha molestia.

—¿Quiere decirme —dijo Cartwright obstinadamente— por qué me odia de esa manera?

—¡Por favor, señor Cartwright!

—Vamos, dígame.

—No sé qué quiere decir usted.

—Pero usted me odia, ¿no es así?

—dijo, acariciándose la barba.

—¿No cree usted que exagera su propia importancia? En realidad, no he pensado mucho en usted. Si me pregunta si siento un leve desagrado por usted y sus maneras y su barb... quiero decir todo acerca de usted, bueno, creo que tendría que decir que sí.

—Bueno, usted no me desagradó a mí.

—¿Cómo dijo?

—Digo que usted no me desagradó —contestó Cartwright gruñonamente.

—¡Qué interesante! —dijo Mónica.

Era una mala suerte que lo detestara tanto. Antes que hubiese transcurrido una hora, hubo de agradecerle el haberle salvado la vida del primer intento de asesinato proveniente de las diabólicas fuerzas que se habían reunido en los Estudios Pineham.

(CONTINUARA)

En este episodio posaron, por gentileza del Teatro de Ensayo, los actores:

Miriam Thorud, como... Mónica Stanton, la escritora.

Alberto Rodríguez, como... Tom Hackett, el productor.

Lautaro Murúa, como... Bill Cartwright, el escritor.

Estos y los otros actores que aparezcan en estos episodios forman parte del elenco de "Martin Rivas", la obra de Best Gana que, según adaptación teatral de Santiago del Campo, se llevará a la escena el próximo mes.

FOTOGRAFÍAS: ESTUDIOS RAYS.

El perfume del Romance

...cálido y
persistente!



Royal Briar
ATKINSONS

M. R.

CREADO EN LONDRES Y ELABORADO CON ESENCIAS IMPORTADAS.

RB - CH - 34

—¿ES verdaderamente cierto, Rosita, lo que acabo de saber por tu mamá? ¿Piensas en realidad casarte con un artista? ¿Con un pintor? Pero, mi linda, ya no eres una niña: ¡veintitres años! ¡Reflexiona un poco, piensa en tu madre y en el pesar que le causarás!... ¡Cálmate! Ya sé lo que vas a objetarme: "Ya tengo edad suficiente y soy lo bastante sensata como para disponer de mí porvenir como mejor me plazca!" Ya te oigo decirme friamente: "Tía María, ¿qué tiene usted que ver con este asunto?"

Pero, a esta pregunta, te responderé con una sola palabra: "¡Mucho!"; pues todo esto me interesa enormemente. No me gusta en absoluto que un holgazán derroche después de mi muerte mi fortuna, que no es cosa despreciable. Y si crees que no debe preocuparme lo que ocurra después de mi muerte, te equivocas, porque sé que cuando me vaya de este mundo, siempre estaré presente en esta vieja casa, en esta propiedad que me es tan querida y que, invisible a tus ojos, erraré entre las fragantes avenidas de hayas. ¿Piensas que divago? No, mi querida, tu tía no está loca. Sabe perfectamente lo que quiere, y, por suerte, posee aún suficiente energía para separar de la familia a los artistas pintores o a otros individuos que no sirven para nada. Sé muy bien que no llegaré a convencerte con sermones ni advertencias, pero espero lograrlo, citándote un ejemplo. Los ejemplos y analogías tienen un poder prodigioso y penetran en lo más recóndito de nuestro corazón, en esos rincones inaccesibles a una explicación razonable...

Yo también quise una vez casarme con un artista. Creo que entonces era más joven que tú e igualmente ingenua. Por lo demás, para todas las muchachas, los pintores parecen siempre nimbados de una romántica aureola. ¿Qué es lo que nos atrae en ellos? ¡Sólo el diablo lo sabe! Lo que es ahora, con los años, no veo en ellos más que a unos pobres bohemios, casi siempre mal educados. Pero cuando somos jóvenes, consideramos sus asiduidades como un homenaje rendido a nuestra belleza. ¡Imagínate! Un hombre que vive de la Belleza y para la Belleza, ante el cual han posado tantas mujeres, para los que la belleza femenina casi no tiene secretos, y que te escoge a ti, ¡precisamente a ti! ¡Es halagador!

Todo lo que te digo es desagradable; pero, créeme, lo digo por tu bien. También, puede ser —déjame proseguir mi idea— que tú esperas que al casarte con él, llegues a ser por tu matrimonio una celebridad: que más tarde tu retrato figure en las más famosas galerías de arte, en París, en Londres o en Roma, y que en numerosos libros de arte se publique ese retrato, diciendo: "El gran amor de..." "Un Sueño de Amor de..."

"Ha sido gracias al puro amor de esa admirable mujer que el maestro ha alcanzado el pináculo de su arte..." Querida Rosita, déjame contarte una aventura sacada de mi propia experiencia: Mayrol. Sin duda tú habrás oído hablar de Luis Mayrol, o leído uno u otro artículo a propósito de sus obras. Pero a despecho de todos los artículos del mundo, y que yo conservo, tengo mi opinión sobre él. En muchas de esas crónicas se lee, por ejemplo: "Mayrol, una llama latente que se consume sola. Mayrol no tiene aún la fama que se merece. Pero esa llama subirá de golpe tan alto, que el mundo entero la verá. Bástenos recordar este magistral retrato, casi sobrenatural, de la mujer del artista: Miti".

Pues bien, Miti era mi prima y vivía conmigo en esta vieja casona. Casó con Mayrol, aunque en ciertos momentos yo creí que yo sería su mujer. Pero en fin, como Miti era rubicita, fué la preferida. Y, por raro que te parezca, yo siempre continué en muy buenos términos con ellos. Es verdad que al principio mi afecto estaba teñido de melancolía. Miti era un tesoro, que para Mayrol lo representaba todo. Sin embargo, durante todo el tiempo que ella vivió, jamás él tuvo para ella un solo gesto de agradecimiento. Miti era una mujer-niña, una cabeza rubia, con una naricilla respingona y una boca adorablemente minúscula. Siempre estaba dispuesta a dar y a aprovechar la vida; pero él, en su suficiencia de artista imbuido de su propio mérito, aceptaba todo como la cosa más natural del mundo. Cuando Miti se casó, compartimos esta casa. Es muy grande, como tú sabes, y no me parecía muy alegre quedarme sola, sin más compañía que mi criada Mónica, que rezonga todo el santo día. De modo que el señor y la señora Mayrol se vinieron a vivir conmigo. Al principio era perfecto. Comíamos juntos en el gran comedor. Mayrol era un hombre de conversación agradable, pero tenía un defecto que yo no soportaba: picoteaba las uvas del frutero antes de que sirvieran la sopa... Miti, siempre alegre, conversaba todo el tiempo en la mesa y trataba de convencer a su marido que debía hacerle su retrato. Casi todas las

Miti

noches se quejaba: "¿Quién posó para ti hoy? ¿Cuándo me tocará mi turno? ¿Tal vez no soy bastante bonita? ¿Qué me encuentras? ¿No sirvo para un cuadro?"

Entonces, Luis trataba de tranquilizarla, diciéndole: "El día que haga tu retrato, mi querida, será

una cosa maravillosa. Pero, hay que esperar que te vea y que me sienta inspirado..."

Algunos días más tarde, "la inspiración" como él la llamaba, debe haberle venido. Por una ventana entreabierta le vi ocupado en plantar un manzano delante de la ventana de su dormitorio, probablemente a guisa de monumento... Entre los recién casados todas estas cosas se hacen de una manera tan complicada.

Entre muchos besos y caricias Mayrol cavó por fin un hoyo muy profundo. Muy orgulloso de su obra, la miraba embelesado. Junto a él, Miti, muy bonita, celebraba la hazafia. De súbito, con su musculoso brazo, Mayrol rodeó violentamente el cuello de ella, como si quisiera arrojarla al hoyo. Yo miraba y encontraba su comportamiento perfectamente idiota y fuera de lugar, pero seguía observando. Miti, asustada por la violencia de su marido, se había puesto carmesí y trataba de resistirle. Entonces él, comprendiendo al fin su brusquedad, empezó a calmarla con muchos besos, hasta que Miti empezó a reír a carcajadas, cayendo en los brazos de él. Mayrol, sacudido por la risa, la subió en el aire, exclamando: "¡Miti, mi querida, qué bella eres! Siento que ahora ya puedo pintar tu retrato. Lo haré al instante, tal como estás: ¡maravillosa y dinámica!" Y la llevó en sus brazos a la casa.

¿Tú dirás seguramente que entonces tomó sus pinceles y pintó su retrato? Nada de eso. Tal vez no estaba bastante dinámica para su gusto, o demasiado... El hecho es que no hubo tal retrato. Ni muchos años después...

De vez en cuando, le bajaban veleidades semejantes a la que te he referido, creyéndose otra vez "inspirado". Déjame evocar otra escena de la misma clase. El "inspirado" pintor acababa de obtener un gran éxito en una exposición. Todos los diarios se deshacían en elogiosas críticas... uno de los más nobles talentos de la época... un mago del arte... un pincel genial...

Por supuesto que en casa todos sabían a qué atenerse, y Miti, en particular. Sin embargo, ¿crees tú que Luis Mayrol estaba satisfecho y feliz? Su dicha era demasiado grande para él y casi no podía soportarla. El caballero no se sentía cómodo y se paseaba por toda la casa, con el rostro enfurruñado. Hasta que una noche estalló la bomba. En su taller, Miti le había preguntado qué le contrariaba.

—¡Es insoportable! —se quejó, con la fisonomía terriblemente contraída—. Los señores críticos no están satisfechos más que cuando se echa la pintura a tubos llenos. Tan sólo las telas chillonas tienen gracia a sus ojos. Pero, los pequeños toques finos, las pinceladas grises, se les escapan, esas cosas en las cuales yo he puesto toda mi alma... ¡Los idiotas!

Y tomando de su caja cinco tubos de pintura, antes de que Miti tuviera tiempo de impedirselo, empezó a cubrir una tierna pintura de "Las Vírgenes de la Procesión" con una espesa capa de azul y de café, formando horribles líneas y manchas. "¡Mira! —exclamaba—, en nuestros días hay que derrochar los colores. Formar espesas capas. A esto lo llaman arte!... ¡Y tú sabes que el azul de Prusia es un veneno violento!" ¿Lo hacía por atormentar a Miti? ¿Esperaba que ella se arrodillara ante él, para besarle las manos y rociarlas con sus

lágrimas? Entonces se equivocó. En vez de sentirse abrumada por la teatral escena, todo el ser de Miti se rebeló y sus ojos empezaron a lanzar llamas...

—¡Yo también puedo hacer eso! —le gritó. Y antes que Mayrol tuviera tiempo de saber lo que iba a pasar, ella le había pintado la cara con rayas de colores. Parada delante de él como una furia, le gritó fuera de sí: ¡Cochino, salvaje!

Y, ¿qué crees tú que ocurrió entonces? El señor Mayrol, con el rostro todo pintado de azul y de rojo, tuvo un relámpago en su mirada... "¡Qué bella estás así! —exclamó trastornado—. ¡Ahora sí que puedo pintar tu retrato. Dinámica, fogosa!" Cayeron uno en brazos del otro y, aunque los colores se mezclaron a sus lágrimas de felicidad, formaban, no obstante, una pareja muy romántica...

Una hora y media más tarde salían de casa para ir a comer fuera. El retrato de Miti quedó, como otras veces, en estado de promesa...

Sin embargo, hizo una tentativa, una sola, que se anunció como un retrato interesante, cuando Miti posó ante él, a pleno sol, vestida con una chaqueta amarilla y con un gran sombrero de paja. Efectivamente, resultó el retrato de una mujer anónima, con una chaqueta amarilla, un inmenso sombrero y, entre los dos, cierta cosa que semejava un pequeño rostro. La tela se encuentra actualmente en un museo, con el título de: "Náyade!"

Pese a todo, Miti, ¡la pobre!, continuaba esperando siempre que algún día su retrato vería la luz y que, seguramente, sería una obra maestra que los haría célebres a ambos a través de los siglos. Rubens había expresado su amor

(Sigue a la vuelta)



—Mi amor —clamaba desesperadamente el artista—. No logro expresar tu alma.



INGLES BASICO

AUGUSTO GHIO

Esta obra reemplaza, con su científica enseñanza del idioma inglés, las horas perdidas de los antiguos métodos, incapaces de proporcionar los conocimientos necesarios para utilizar prácticamente este indispensable idioma.

PRECIO \$ 100.—

SELECCIONES ELLERY QUEEN DE CRIMEN Y MISTERIO: N.º 11

Apareció el N.º 11 de estas selecciones, con interesantísimas narraciones de los maestros de la criminología: Ellery Queen en EL CASO DE LOS SIETE GATOS NEGROS, Rex Stout en EL ASESINO DEL POLICIA, Charles B. Child en TODOS LOS PAJAROS DEL CIELO, Michael Gilbert en EL CHANTAJISTA, y otras escogidas historias de Gilbert, Will Crofts y otros famosos escritores policiales.

PRECIO \$ 30.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D SANTIAGO DE CHILE

en su "Dama de las Pieles"; y en su cuadro "Flora", Rembrandt había inmortalizado el recuerdo de Hendrickje. ¿Por qué no podía esperarse de un Mayrol una "dama en toda su sencillez"? No obstante, en cada ensayo, lo único que captaba el gran pintor era la toilette, o su color... Y siempre resultaba un vestido con una cabeza arriba, pero jamás, "Miti".

—Mi amor —clamaba desesperadamente el artista— No logro expresar tu alma.

—Sin embargo, revelas perfectamente el alma de otras mujeres, —respondía Miti—. ¿Acaso mi alma es más esquivada que las otras? No obstante, no es una angustia... Esta vez, Mayrol la tomó en sus brazos y Miti quedó contenta.

Después de siete años de matrimonio, ya no se habló más de retrato. Miti se había resignado y familiarizado con la idea de que, probablemente, jamás vería "su" retrato. Por lo demás, él le había confesado, cierto día, en términos bien claros: "No puedo captarte, mi querida; te conozco demasiado bien. Para tu marido no tienes secretos. Me sería imposible lograr tu retrato, porque para mí has perdido "todo misterio".

Miti no respondió nada, pero comprendió el profundo sentido de esta declaración. Ahora ya lo sabía: había vivido en la ilusión de que su corazón estaba aún rodeado de una corona de mirros. Después de la revelación hecha por su marido, de golpe, su corazón se había vuelto un corazón corriente, que poseía su herida como todos los demás corazones. Había perdido su "dinamismo" embrujador... En el momento en que supo esta terrible verdad, llevaba un delantalito a cuadros, mojado y no muy limpio. Escuchó, después permaneció inmóvil unos segundos ante él, desamparada, con una carita pálida y una tímida sonrisa. Entonces, súbitamente, se dio vuelta y se dirigió a la cocina a pelar papas, cortar cebollas, y... llorar.

Un año más tarde Miti murió. Se la llevó en unos días una pleuresía. El pintor lloró en su lecho de muerte y manifestó una ruidosa pena, como un niño que perdiera su más hermoso juguete. Pero unos días después de los funerales buscó consuelo a su pesar en una forma típicamente masculina, es decir, haciéndose la vida lo más agradable posible. Se fué a viajar porque, según decía, en la casa estaba demasiado vivo el recuerdo de Miti. Cada piedra y cada arbusto le hacía pensar en ella, de modo que le sería imposible soportar su inmenso dolor. Partió, pues; se alojó en pintorescos hoteles que descubría en conocidos y desconocidos lugares; bebió buen vino, más de lo que podía soportar, y, por las noches, no solamente veía flotar barcos, sino que también las casas emergían de azuladas brumas, hasta que se le aparecía Miti, con la cual conversaba siempre. Nadie le hacía caso, porque muchas personas monologan de esta manera...

Al cabo de algunos meses se sintió impulsado hacia la casa —según sus palabras—, por "una fuerza casi sobrenatural". Apenas llegó, se hizo afeitar el cráneo como una bola de billar y empezó a usar camisas blancas guarnecidas de dragones negros. Salla muy poco y pintaba. Y entonces, en medio del espeso humo de sus cigarrillos y los vapores del coñac, nació el famoso retrato de Miti. Seguramente tú habrás visto una que otra reproducción. Desde su exhibición en una exposición de sus cuadros, esa obra de Mayrol ha sido reproducida en la mayoría de los diarios y revistas... ¡Cuando tengas tiempo, debes verlo! Una Miti nebulosa, etérea: sólo pequeñas alitas grises, rosas y azules sugieren las formas. Hace decenas de años que pintó ese cuadro; mas, como él se complace en decirlo, solamente ahora se deleita en mostrarlo por primera vez al público... Es una pintura de una belleza sobrenatural, totalmente idealizada, que solamente puede compararse con la adorable cabeza de ángel de "La Madonna en la Gruta", de Leonardo de Vinci.

—He expresado su esencia misma —me confió un día Luis Mayrol, en tanto que, con beatífica sonrisa, tocaba al piano el trio del minuet de la Sinfonía en ut, de Beethoven. Querida Rosita, permíteme hacerte una proposición. Enviame a tu pintor. Le pediré que haga el retrato de tu tía María, por el cual le pagaré veinticinco mil pesos. A ti... no te pintará jamás. En los primeros años porque, en medio de su dicha, no podrá "captar" tu alma. Y después de diez años de matrimonio se excusará diciendo: "No puedo, porque para mí, has perdido todo misterio". Pueda ser que se decida a hacer tu retrato después de tu muerte, como Mayrol, sí... tienes la felicidad de morir bastante joven... Pero, por veinticinco mil pesos, me pintará a mí, y ya verás, hará una maravilla de mi cara zurcada de arrugas y de mis cabellos blancos. Sí, ya sé que me responderás con una sola palabra: Amor. "El amor... soporta todo, espera todo y sufre todo", dice San Pablo en su célebre Epístola a los Corintios. Pero si eres inteligente, escucha mejor a tu tía. Ella tiene los dos pies sólidamente sobre la tierra... ¡a pesar de su reumatismo!



TODA clase de poderes terapéuticos han sido atribuidos al hipnotismo: la curación del insomnio, de comerse las uñas, de fumar, para dar unos pocos ejemplos. Ha sido prescrito para librar a un jugador de baseball de la disminución de su capacidad para pegar a la pelota, para curar el miedo a las candilejas y para obtener la verdad de los sospechosos de un crimen.

¿Cuáles son los hechos científicos cerca del hipnotismo? Compara tus conocimientos con las respuestas a las siguientes preguntas.

EL PODER DEL HIPNOTISMO

1.º—¿Es nueva la hipnosis?

No, hay registros que indican que la hipnosis se usó en Egipto, por lo menos, el año 3.000 A. C.

2.º—¿Puede la hipnosis aliviar el dolor?

Si. Poco después de la época de Mesmer en el siglo XVIII, el Dr. Ward, un cirujano británico, amputó sin dolor la pierna de un paciente, estando éste bajo hipnosis. Más tarde, el Dr. Esdaille (antes del descubrimiento del éter), usó la hipnosis en aproximadamente 300 pacientes y redujo el número de muertes en alrededor de un 50%. Hoy en día se experimenta con la hipnosis en el parto "indoloro".

3.º—¿Qué es la sugestión posthipnótica?

En tanto que el término sugestión hipnótica se refiere a la ejecución de sugestiónes estando el sujeto en trance hipnótico, el término sugestión posthipnótica se refiere a sugestiónes hechas al paciente mientras se encuentra en estado hipnótico, pero que no son llevadas a cabo sino cuando sale de este estado.

4.º—¿Puede la hipnosis ser usada para que alguien deje de fumar o de beber?

Si. Se puede decir a una persona, como lo han hecho algunos hipnotizadores, que el cigarrillo tendrá sabor a basura quemada, y, con la repetición de este pequeño subterfugio, puede ser vencido el hábito del tabaco. Similarmemente, puede sugerirse hipnóticamente que la bebida alcohólica tendrá sabor a aceite de castor.

5.º—¿Puede ser la hipnosis empleada en la labor de inteligencia del Ejército?

El psicoanalista Estabrooks escribe acerca del empleo de la hipnosis en el trabajo de espionaje. Por ejemplo, un oficial del Servicio de Inteligencia, estando hipnotizado, recibe un mensaje secreto. Se lo saca de la hipnosis, y es enviado a su destino a través de territorio enemigo. El no recuerda nada del mensaje hasta que es rehipnotizado, como previamente se había acordado. Luego el mensaje es entregado ya sea en forma oral o escrita. Si es capturado en el camino, nuestro espía no tiene ningún mensaje escrito y no puede ser inducido a divulgar un mensaje memorizado, desde que éste es completamente inconsciente.

6.º—¿Hay peligro de que la persona pueda no salir de la hipnosis?

No. Aunque el hipnotizador fuera llamado a otro lugar o, cosa aún más improbable, aunque muriese estando el sujeto en trance hipnótico, éste saldría del estado hipnótico, tal como uno despierta del sueño.

7.º—¿Puede ser peligrosa la hipnosis?

En las manos de un psicólogo o psiquiatra experto la hipnosis no es más peligrosa que el permitir a un dentista experto el obturar una carie o a un cirujano el efectuar una tonsilectomía. La hipnosis, sin embargo, no debe ser usada por aficionados o por profesionales inescrupulosos. Con sujetos que están al borde de una perturbación emocional, el uso incompetente de la hipnosis, hecho por un aficionado que no tiene la práctica suficiente para reconocer tales estados psiquiátricos fronterizos, puede precipitar las enfermedades mentales.

8.º—¿Puede la hipnosis ser empleada con efectos positivos en casos de amnesia?

Si. Hay acuerdo casi universal entre los psicoterapeutas que la hipnosis es el camino más corto y más efectivo para quitar el manto de la amnesia en la memoria. En tal vez menos de una hora el recuerdo de la propia identidad del sujeto, de la de su familia, del lugar de su residencia, etc., puede ser restablecido a través del expediente relativamente simple de hipnotizar al paciente, interrogándolo acerca de estos puntos (la respuesta correcta será dada bajo hipnosis) y luego, sacando al paciente de este estado con la idea de que lo que acaba de recordar bajo la hipnosis permanecerá en su memoria cuando retorne a su estado normal.

9.º—¿Puede ser temporalmente una persona vuelta a la infancia?

Si. Muchos psicólogos han establecido experimentalmente la validez de tales "regresiones de edad". Un sujeto de 35 años había hablado polaco hasta que salió de este país a los 5 años, pero ahora ni siquiera podía comprender este idioma.

Cuando, sin embargo, se le dijo en la hipnosis que éste era su tercer aniversario, comenzó a hablar en excelente, aunque infantil, polaco —y ya no respondía a las preguntas hechas en su actual idioma.

10.º—¿Puede la hipnosis ser usada para sacar a luz actitudes inconscientes hacia los padres y los amigos?

Si. Recientemente se trabajó con una paciente que hablaba de su padre sólo en términos de alabanzas; esto a pesar del hecho de que había evidencia de que él como padre, había sido una fuente de desilusión para ella. Después de ser hipnotizada se le presentó una hoja de papel en blanco

(Sigue a la vuelta)



y se le dijo que era un retrato de su padre. Luego se le pidió que lo describiera. Además de la descripción física ella mencionó que en este retrato él se veía "severo, amenazante, y friamente cruel". De esta manera, ella

tema su concepción de su padre tal como ella verdaderamente lo concebía, proyectado por su inconsciente, sobre la hoja en blanco.

11.—¿Puede ser hipnotizado cualquiera?

Si la hipnosis es definida como un "estado de trance profundo", en el cual puede hacerse ver u oír al sujeto cosas que en la realidad no existen y que siga sugerencias posthipnóticas concier-

nientes a un acto que de ordinario no haría (v. gr., ladrar, andar con un paraguas abierto en un día despejado, o cualquiera de los otros actos tan preferidos por los hipnotizadores de teatro), entonces hay un acuerdo más o menos universal entre los psicólogos de que sólo un 20% de la gente puede ser hipnotizada.

Si, sin embargo, la definición es ampliada para incluir el "trance medio" en el que se puede hacer olvidar a la gente su dirección y aún su nombre, o el "trance liviano", en el que se puede hacer que el sujeto no tenga sensaciones táctiles ni dolorosas en su mano, o que no pueda doblar el brazo, entonces un porcentaje mucho mayor de gente puede ser hipnotizada.

12.—¿Pueden los niños ser más fácilmente hipnotizados que los adultos? Sí. Cerca del 50% de los niños, entre los 5 y los 15 años, pueden ser hipnotizado hasta el nivel más profundo mientras que sólo un 7% de los sujetos entre los 55 y 65 años puede serlo de tal manera.

13.—¿Puede ser hipnotizado un sujeto que no lo desee?

No. Su cooperación es necesaria.

14.—¿Son las personas obtusas más fáciles de hipnotizar?

No, de hecho es lo contrario. Hay una pequeña, pero positiva relación entre la inteligencia y la capacidad de ser hipnotizado. Cierta grado de coeficiente intelectual es necesario para la cooperación inteligente con el hipnotizador.

15.—¿Son las mujeres más fáciles de hipnotizar que los hombres?

El sexo, raza, nacionalidad y otros factores semejantes parecen tener poca o ninguna importancia con respecto a la facilidad con que un sujeto pueda ser hipnotizado.

16.—¿Puede hacerse que uno cometa un crimen bajo hipnosis?

Esta es una de las mayores controversias en el campo de la hipnosis. Muchos investigadores sostienen que el sujeto no haría nada bajo la hipnosis de lo que no haría estando despierto. Otros sostienen que si la sugestión es hecha en forma suficientemente dramática y el acto criminal es disimulado, el sujeto puede ser inducido a violar un código que ordinariamente no lo haría estando despierto. El segundo grupo sostiene, por ejemplo, que si se da al sujeto una pistola y se le dice que es de agua, puede ser inducido a apretar el gatillo.

17.—¿Puede la hipnosis ser utilizada para mejorar la memoria?

Hay evidencia que indica que la memoria para la poesía; la prosa, y otros materiales significativos puede ser mejorada, mientras que la memoria para los números o sílabas sin sentido, no puede ser aumentada apreciablemente.

18.—¿Qué es la autohipnosis?

Un hipnotizador puede decir al sujeto que no sentirá el dolor de un pinchazo



ROSA SAIPAN

astróloga, resuelve PROBLEMAS CONFIDENCIALES. HOROSCOPOS CIENTÍFICOS, perfumes del SIGNO. Personal o por carta certificada en MARINO DE LOVERA 283. Por Nueva de Matte, SANTIAGO. Envíe \$ 200.— en estampillas.

Su plata necesita para su conservación la acción suave del líquido limpia-plata "SILVO"



55 (Sp.)

Para MEJORES NEGOCIOS MEJORES MAQUINAS y para CALIDAD...



MAQUINAS para PERMANENTES y ACCESORIOS

UNICAMENTE EN SANTIAGO FABRICA Y SALON DE VENTAS: CHILLOE 1253 — FONO 52322 SOLICITE LISTA DE PRECIOS

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 676, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 8 de abril de 1954 - N.º 1041.

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



12 Denier *Talón Invisible*

La media nylon con
talón invisible
es la gran novedad
para las tenidas elegan-
tes de la **próxima temporada.**

Las fabrica

Laban



*La dama elegante
viste con
sedas y lanas*



Confidencias

de Margarita

N.º 1042

M. R.

\$
10
MONEDA CHILENA

AHORA SOY UNA MUCHACHA NUEVA

MIEDO

Y ASI... AL
CRIMEN,

novela policial.

AL BORDE DEL
FRACASO
MATRIMONIAL.

EL EMBRUJO DEL
EGIPTO,
novela.

MAYERLING
amor histórico.

A LA CAZA DE UN
MARIDO,
artículo.

EL MOLDE DE LA
SEMANA.

MIS DOS HIJAS.



—...Cuando estuve
vestida con mi va-
poroso traje de bal-
le, me pareció en-
contrarme en el
umbral de un sue-
ño...

¡PROXIMAMENTE!



SERVICIO DE *MOLDES* SEDYLAN

M. R.

¡Vista mejor con menos dinero

3 tallas en cada molde

Es tal el interés que existe para confeccionar trajes con telas Sedylan, que hemos decidido ofrecer un Servicio de Moldes, diseñado expreso para nuestras telas, por técnicos especialistas europeos, contratados exclusivamente por nosotros, para este trabajo.

Prepararán moldes según los dictados de la moda, sencillos de confeccionar personalmente, empleando el mínimo de género y obteniendo, así, el mejor resultado al más bajo costo.

Pida con tiempo su inscripción en este Servicio de Moldes.

¡VESTIRA MEJOR CON MENOS DINERO



PÍDALOS EN SU TIENDA FAVORITA O ESCRIBA
A SEDYLAN - CASILLA 3858 - SANTIAGO

ERAN las tres de la tarde y buscaba en vano algo que mantuviese mi mente ocupada. En un comienzo, el sol resplandeciente me incitó a dar un paseo por el parque, pero no había alcanzado a dar una vuelta cuando encontré una pareja de enamorados que hicieron renacer mi amargura. Sin pensarlo más, decidí volver.

Ya en casa, ensayé de todo. ¿Planchar...? Sólo quedaban las camisas de Pedro y eso tampoco me haría olvidar. ¿Tal vez si tratara una receta nueva de cocina? No valía la pena, puesto que esa noche sólo estaría yo para saborearla. Por último, decidí tocar el piano, pero mis dedos encontraban las notas nostálgicas de aquellos nocturnos que me hacían derramar lágrimas inútiles... y, no quería sumirme en la desesperación.

Como último recurso, me dediqué a terminar el chal que tejía a mi madre. Por lo menos esto no me exigía un esfuerzo que en esos momentos me habría sido doloroso, y el movimiento acompasado de los palillos bastaría para tranquilizarme y distraer mi obsesión.

Podía escuchar los pasos nerviosos de Pedro en la habitación contigua. ¡Cuánto tardaba hoy! ¡El que siempre era tan rápido! El, que por lo general anudaba su corbata descuidadamente mientras se tragaba el desayuno, él que trasponía el umbral poniéndose el abrigo a la carrera y a quien cada día contemplaba por la ventana correr para alcanzar el autobús...

Levanté la vista del tejido para mirar la hora. ¡Eran las nueve! Y en casa de Teresa comían temprano. Pedro tendría que salir de un momento a otro. Hacía casi dos horas que se preparaba.

Me levanté y suspiré nuevamente. Ya era tarde y me acerqué a la ventana para cerrar las persianas. En ese momento se oyeron los pasos de Pedro en el hall. Volví a mi tejido apresuradamente para disimular mi angustia. Mi marido entró en el living, de punta en blanco, como me lo imaginaba.

"Se puso el terno azul marino, el mejor y el más nuevo", me dije con tristeza. "¡Y qué bien peinado está!"

—¿Dónde quedaron mis pañuelos de hilo? —me preguntó con una sonrisa como de disculpa—. Los que me regaló mi hermana para mi cumpleaños.

Asentí silenciosa y pálida. Me dirigí al dormitorio, de donde volví con uno.

—Toma —le dije—. Son muy lindos.

—¿De veras? —me preguntó encantado. Al salir volvió a arreglarse la corbata mientras yo lo observaba por el espejo, con un rictus de amargura en el rostro.

Pedro lo notó y, dominando un gesto de impaciencia, trató de parecer contento. Me besó ligeramente en la mejilla, exclamando:

—No dramáticas las cosas, mi amor. Después de todo, tú no quisiste acompañarme. ¿O es que cambiaste de idea? Acaricié mis cabellos mirándome afectuosamente. Luego movió la cabeza con indulgencia, para añadir:

—Eres una mujercita incomprensible! Su sonrisa quería ser maliciosa, pero en sus ojos se traslucía una secreta preocupación. En esos ojos que yo adoraba.

Traté de contestarle con el mismo tono despreocupado, pero me fue imposible. Las palabras se negaron a salir de mi garganta crispada.

Con toda calma, Pedro tomó su abrigo y se lo puso.

—Buenas noches, Silvia querida. Volveré temprano.

Se despidió con un último gesto afectuoso. Ya se iba... No pude contenerme, debía explicarle, contarle ahora, antes de que sucediera algo irreparable. Corrí hacia la puerta y retuve a mi marido de un brazo.

—Pedro, ¿tú sabes que Elena está invitada a esta comida? —le pregunté con voz angustiada.

—Naturalmente, y eso, ¿qué importa? —me respondió, encogiéndose de hombros ya un poco impaciente.

Repentinamente temí parecerle desagradable. No debía, y, por Dios, menos en esos momentos... Por fin logré reponerme.

—¡Soy en verdad una tonta! No te preocupes y trata de pasarlo bien —logré articular con una débil sonrisa. Cuando la puerta se cerró tras Pedro y no se escucharon ya sus pasos en

fancia? Nadie, pues guardaba celosamente mi secreto de adolescente. A veces Elena, al verme triste, exclamaba:

—Silvia nos esconde un mal de amor. Entonces Pedro se entretenía tratando de adivinar:

—Ya se..., es Francisco. ¿O tal vez Lucho? Debi adivinarlo en seguida, es..., no temas, no se lo diré a nadie.

¡Mira, cómo se ruborizan! Pedro me entregaba las cartas para Elena, quien estaba demasiado custodiada por su familia. Mi amiga no ahorraba confidencias, las que destruían mi corazón!

—¡Si tú supieras lo cariñoso que es Pedro y cuánto me quiere!

"¡Ya lo creo!", pensaba yo con desaliento. Pero, ¿quién podría resistir al encanto de Elena? Sus ojos sonado-

Miedo

Visita de Imp. y Dib.

14 ABR 1954

Depósito Legal



la escalera, continué inmóvil, clavada en el mismo sitio. Mi mirada incrédula y desesperada parecía la de alguien que ha perdido un ser querido. Por fin volví lentamente a mi sillón...

Hacia cuatro años que estábamos casados... Todos los recuerdos en que aparecía la imagen de Pedro acudían a mi mente con una claridad extraordinaria. Justamente en esa noche decisiva...

Nuestra unión fue una de esas cosas imprevistas. Durante seis largos meses había asistido, impotente, al idilio entre Pedro y Elena, mi mejor amiga. ¿Quién podía haber sospechado que yo también amaba a Pedro desde mi in-

res, la gracia de sus movimientos, su manera de reírse de todo y el gusto exquisito con que escogía sus trajes, siempre en armonía con su belleza rubia, resultaba irresistible.

Jamás me sentí tan apocada como entonces. Hablaba poco. Evitaba los espejos y tiraba al cara o sello el vestido que me pondría. ¿Para qué darse el trabajo de escoger? Pedro ni miraba mis trajes, él que podía describir complacido el menor detalle de las tenidas de Elena.

Un día mi amiga hizo un viaje al sur, a casa de unos amigos de su tío. Vol-

(Continúa en la pág. 5)

Las delicias del veraneo pueden perjudicar su cutis...



Después de los 25 años disminuye la secreción de aceites naturales y usted puede empezar a sufrir las consecuencias de un cutis seco. Observe los contornos de su boca, nariz, párpados... Esas prematuras arruguitas, "patas de gallo", esas grietas, la hacen sentirse "vieja" antes de tiempo.

La Crema Pond's "S" contribuye a hacerle aparecer más juvenil porque ha sido creada especialmente para combatir el cutis seco.

Entre los ingredientes de Crema Pond's "S" se cuenta la lanolina, substancia muy parecida a los aceites naturales de la piel. Está homogeneizada y contiene un emulsionante especial de acción suavizante.

EMPLEELA DE ESTE MODO:

AL ACOSTARSE:

Limpie primero su cutis con Crema Pond's "C" y aplique después abundante Crema Pond's "S" sobre el rostro y cuello; déjela, si es posible, toda la noche.

DURANTE EL DIA:

Aplique una finísima capa de Crema Pond's "S" sobre el rostro. Su cutis se mantendrá fresco..., suave... y de aspecto más juvenil!



PREFIERA EL POTE GIGANTE,
ES MAS ECONOMICO

Maria Isabel Fernández I. Encantadora damita de la sociedad chilena ha dicho en repetidas ocasiones: "La Crema Pond's "S" es una bendición para el cutis de la mujer"



Miedo

(Continuación de la pág. 3)

vió tostada por el sol y más linda que nunca, aunque su carácter parecía haber variado de pronto. Se pasaba largas horas soñando y sonreía a veces a solas con sus recuerdos. Sin embargo, con Pedro se mostraba nerviosa, fría, hasta desagradable. Una tarde, en que la acosó a preguntas, le contestó "que era mejor para ambos que dejaran de verse".

Dispuesta yo a conseguir la felicidad de Pedro, aun a costa de un cruel sacrificio, no obtuve tampoco ninguna explicación de Elena, quien se pasaba los días enteros en casa. Entonces su tío dijo a mi madre:

—¡A los veinte años hay que preocuparse del ajuar! Elena ahora se dedica solamente a bordar.

Hasta que un día se anunció oficialmente su compromiso. Desde entonces, Pedro, desilusionado, dejó de rondar la casa de su amada.

Cuando más tarde Pedro me pidió que fuera su esposa, pensé que se casaba conmigo para poder seguir hablando de Elena. Jamás se mencionó el amor entre nosotros. Consumida por la ternura, simulé aceptar dichosa ese "matrimonio de conveniencia" que él me proponía. ¿No era acaso bastante vivir consagrada a quererlo?

Pero, una vez casados, esperé en vano que mi marido me descubriera. Y, puesto que por el momento los ojos de Pedro estaban ciegos para cualquier imagen que no fuese el rubio fantasma de Elena, yo traté por todos los medios a mi alcance de parecerme a ella. Como mi amiga, usé ese color azul cielo, aunque no me asentaba en absoluto. Adopté el peinado suelto, que daba a Elena la apariencia de una actriz de cine. Feliz, había creído comprobar que la mirada de Pedro se animaba por momentos.

Puesto que Elena pintaba, yo también aprendí a hacerlo. Según Pedro, ella tenía una voz agradable, y, como yo también cantaba, en las noches a mi marido le gustaba oírme. En verdad que, mientras duraba la canción, estaba con los ojos cerrados, y no era difícil adivinar qué radiante visión ocupaba su mente en esos instantes.

En el verano, cuando el jardín se llenaba de nomeolvides (la flor preferida de Elena), Pedro no decía nada; pero los acariciaba maquinalmente al pasar, siempre con el mismo aire ausente, mientras una sonrisa asomaba a sus labios.

Corría yo entonces a encerrarme en mi pieza a llorar.

Mientras tanto, Elena, que se había casado con un médico, vivía, para mi tranquilidad, en el sur. Pero de pronto tuvo el marido la mala idea de morirse. Y Elena, después de dos años de viudez, volvió a pasar una temporada en la capital.

Inmediatamente supe de su llegada. Comprendí que era un factor decisivo en mi vida, y me dediqué a observar el rostro de Pedro por si notaba un cambio. Esa noche había adivinado, sin que mi marido me lo dijera, que prefería ir solo a casa de Teresa. Por fin, al cabo de cinco años, se encontraría con la mujer que tanto había amado. Acurrucada en el sillón, miraba sin ver el living. En ese mismo momento, sin

mi y en otro living, se derrumbaba el edificio de mi amor, que con tanta paciencia había construido. Pedro, frente a Elena, se daría cuenta de la farsa de su matrimonio. ¿Para qué luchar? Elena era libre nuevamente, podía volver a casarse y la conmovería la fidelidad de su antiguo enamorado. Vi por el espejo mi vestido azul, y pensé con amargura en lo maravilloso que le parecería a Pedro el que en ese mo-

mento miraba. La pieza estaba adornada con ramos de nomeolvides, para complacer a Pedro. Llena de angustia, vacié todos los floreros, bajé a la florista más cercana y compré por fin dos rosas a mi gusto. Eran sólo dos, pero preciosas. Busqué en el closet un florero de cristal que tenía en mi pieza de soltera y arreglé en él las flores. Este gesto fue como un bálsamo para mis sufrimientos. Era el primer paso que daba para encontrarme a mí misma.

De nuevo frente al espejo, critiqué mi rostro.

"Con cuánta ironía notará Pedro mi deseo de parecerme a Elena." Mi figura remedaba una pésima copia de otra mujer. Había aceptado ser sólo su sombra.

Inmediatamente pensé cambiar de peinado. Lo hice sobriamente, partida al medio, como siempre había querido. Luego me puse una bata verde que mi madre me había regalado, y que no usaba, pues a Elena no le gustaba el verde.

Pedro volvió temprano, y se quedó estupefacto. Cerca de la lámpara, una nueva Silvia, emocionada y sonriente, lo esperaba leyendo... Llevaba una preciosa bata de casa, que armonizaba maravillosamente con dos rosas frescas en un florero de cristal. Un nuevo peinado confirmaba la pureza de los rasgos de esa hermosa mujer que era la suya.

—Mi amor, mi amor querido, ¡qué linda estás! ¡Qué feliz idea has tenido! Y ese nuevo peinado te sienta maravillosamente —exclamó encantado mi marido.

Me besó con pasión. Luego, se sentó frente a mí, y, tomándose las manos, las contempló largo rato. Sonreía tan amorosamente, que, deslumbrada, me atreví a hacerle la tan temida pregunta:

—¿Viste a Elena?

—Por supuesto, mi amor —me respondió de inmediato Pedro—. Y si volví tan temprano, es porque quería darte una gran noticia. Escúchame bien.

Me atrajo hacia su cuerpo.

—Mi mujercita... te quiero, mucho...

No podía creer lo que oía. Y entonces, por primera vez, Pedro me explicó:

—¿Sabes lo que sentí al ver esta noche a Elena? Una desilusión, primero, y luego me pareció que se caía una venda de mis ojos. Quería verla a solas, como tú bien pensaste, pero sólo para hacer una prueba. Y, sin embargo, en su rostro, mi amor buscaba el tuyo. Viendo sus ojos demasiado risueños, adivinaba la seriedad de los tuyos. Y, sobre todo, valoraba el precio de tu ternura. Volví apresuradamente, inquieto por haberte dejado sola, y, además, porque no quería hacer esperar a mi adorada mujer, a la que tuvo el valor de esperarme, permitiéndome vivir de un recuerdo. Quería gritar: "¡Silvia, estaba equivocado!" Elena se terminó para mí. De ahora en adelante quiero que tú seas totalmente distinta. Mientras tanto, tu maravilloso instinto de mujer te ha aconsejado lo que debías hacer.

Pedro volvió a mirar mi rostro radiante de dicha.

—Es la primera vez que te veo tal como eres —murmuró—. Y me encantas. Desde hoy seremos totalmente felices.

Sobre la ligera bata verde resbaló una lágrima. Dulcemente, Pedro rozó mis ojos con sus labios.

Unidos para

toda la vida...



Para Francisco y Miranda Pozzi, jóvenes recién casados, milaneses, los lazos matrimoniales no son una palabra vana. Efectivamente, durante su viaje de bodas a Capri, se les vio unidos mediante una cadena de oro de más o menos un metro de largo. Este "lazo conyugal" une el puño izquierdo del joven al derecho de su esposa. La pareja ha declarado que se han ligado con una cadena a fin de estar seguros de estar siempre uno junto al otro, "para toda la vida". Cuando se habla de las "cadenas del matrimonio", es siempre en sentido figurado. Es un error. Es de desear una dichosa unión a esta original parejita, que, aunque unida por lazos espectaculares, en el fondo son muy poco prácticos!



Ahora soy una muchach



M

I abuela tenía una frase favorita, que no olvidaré nunca. "Hasta los pollitos ciegos terminan por encontrar un grano de maíz"... solía decir. Y, antes de conocer a Arturo, era yo un pollito ciego.

Era ciega respecto a todo. Tenía dieciocho años, y no me sabía vestir, ni hablar, ni menos cómo comportarme con los muchachos. ¡No sabía nada de nada!

Para colmo de males, vivía en una ciudad universitaria. Las muchachas estudiantes que encontraba a cada paso eran muy seguras de ellas mismas. Vestían siempre a la perfección, lucían espléndidas y se paseaban en alegres grupos.

Cada vez que las veía me sentía desgraciada. Me comparaba con aquellas privilegiadas criaturas, cuyos peinados cuidados contrastaban con mi cabello desgreñado. Me daba cuenta de que mi ropa no era apropiada cuando miraba sus vestidos, y, al escucharlas charlar, comprendía que yo jamás sabría conversar debidamente con un muchacho. Las veía reunirse en la fuente de soda con sus compañeros, y siempre parecían felices. Todo eso me hizo sacar por conclusión que yo jamás tendría la menor esperanza en el amor ni en nada. Había nacido desabrida y seguiría así... no sé por cuánto tiempo. Albergué todas esas ideas funebres hasta que conocí a Arturo.

Aquel día, el más dichoso y perfecto de mi vida, comenzó como todos los demás. Me levanté a las siete y media y me dispuse a ir a mi trabajo, en una tienda de flores. Llovía, y, mientras sacaba las horquillas de mi cabello oscuro, pensaba que apenas me cayera un chaparrón, todos mis bucles desaparecerían. No podía gastar dinero en una per-

manente, por lo menos en una de buena calidad. Cuando me hice una de poco precio, quedé como una africana. Me puse una falda gruesa, un sweater, vestimenta que era prácticamente mi uniforme; me calcé las botas de goma y me enfundé un impermeable. Finalmente me cubrí la cabeza con un pañuelo y salí. Ni siquiera me preocupé de mirarme al espejo; ya sabía que la imagen me mostraría a una muchacha de espalda curvada, de pequeña estatura y algo gorda...

Caminaba por la avenida principal, con la cabeza gacha y sintiendo lástima de mí misma. Iba tan abstraída en mis pensamientos, que no vi al muchacho que doblaba la esquina y con quien tropecé violentamente. Sus libros cayeron en un charco de agua y la lluvia azotó sobre sus cuernos.

—¡Perdón! ¡Lo siento tanto! —exclamé, horrorizada con mi torpeza.

—No se preocupe... —me repuso alegremente—. Me parece que mis conocimientos necesitaban un baño.

Me quedé parada, confundida, mojándome bajo la lluvia, sin saber qué hacer. Pero al muchacho nada parecía importarle. De pronto me miró y me dijo:

—Pero está usted empapada... ¿Quiere tomar una taza de café en esa confitería? Todavía tengo unos minutos antes de entrar a clase.

Comprendí que era un estudiante universitario. Pero, en mi confusión, no supe qué responder. Antes de darme cuenta de lo que pasaba, me sentí empujada hacia el interior cálido de un salón de té.

Apartó una silla para que me sentara y dejó sus libros sobre la mesa.

—Me llamo Arturo Morris... —me dijo.

—Y yo soy Marion Williams... —repuse tartamudeando.

En mi interior me decía: "Dios mío... ¿qué le diré a este muchacho?"

Pero no se presentó el problema. Arturo mantuvo la conversación durante la mayor parte del tiempo. Me contó que estaba por terminar sus estudios, pero que no era de la ciudad.

—No conozco mucha gente todavía... —declaró—. Pero estoy muy contento en la universidad.

Terminábamos el café cuando me preguntó por mí. Era la ocasión de que le confesara que yo no estudiaba; pero, simplemente, no pude decirlo. Pretendí sorprenderme al ver lo tarde que era y comencé a anudar de prisa el pañuelo sobre mi cabeza.

—Es tarde... Tengo que irme... —declaré precipitadamente.

—¡Qué lástima! ¿Qué le parecería si tomáramos té juntos, después de clase?

—Este... Tengo que estudiar hasta tarde... —mascullé—.

Lo siento..., y muchas gracias por el café... Abandoné rápidamente el salón, con la esperanza de que no hubiera notado el rubor de mi rostro al decir una mentira que había venido tan fácilmente a mis labios.

Pensé en Arturo durante todo el día. Esa noche había un baile en el club estudiantil, y la tienda estuvo todo el tiempo atestada de muchachos que compraban flores para sus compañeras. Mientras escribía nombres y direcciones, evocaba los ojos suaves de Arturo y su pelo rizado. Recordaba que era mucho más alto que yo y que se le hacían hoyuelos en las mejillas al sonreír.

Sabía que nunca se interesaría en una muchacha como yo. Pasé frente al club con paso lento. ¡Ahí estaba él! Se encontraba instalado en una de las mesas junto a la ventana, y, al verme pasar, salió corriendo, llamándome a gritos. Por cierto que acepté cuando me convidó. Asustada como estaba... ¡no habría rehusado por nada en el mundo! No sé cómo me las arreglé para conversar; en todo caso, hablé lo menos que pude. Pero, como nací en la ciudad, sabía bastante de los estudiantes. Por eso no mentí al hablar de ellos... Sólo callé que no era alumna.

Entonces me invitó a que saliéramos juntos. Se trataba de un verdadero compromiso. Me convidaba a que fuéramos al baile del sábado subsiguiente, y ya era martes. ¡Casi me desmayé!

—No sé si pueda... —repuse—. ¿Puedo contestarte mañana?

Eso, pensé, me daría siquiera tiempo para inventar una excusa.

Aunque acepté, advertí en su rostro la decepción que le producía. Volví a casa con la sensación de flotar en una nube... ¡No había nada que deseara más que ir al baile con Arturo! Pero, ¿cómo hacerlo? La lluvia había disimulado mi aire desabrido; pero ir a bailar significaba tener que arreglarse y vestirse... ¡Y, aunque gastara todo mi sueldo en un traje, siempre parecería un garabato!

nueva

Mi madre se dió cuenta inmediatamente de que estaba preocupada. Le contó toda la historia, incluso la decepción que dió a Arturo.

—Te has portado torpemente... —me declaró, con su habitual franqueza—. No fuiste a la universidad porque no quisiste... Tú sabes que tu padre y yo deseábamos que estudiaras; pero preferiste trabajar... Era verdad. Nunca me interesaron los estudios. Tenía esperanzas de ser algún día dueña de mi propia tienda de flores, y trabajar era lo que me parecía más importante para lograr mi ambición.

—No me avergüenza trabajar... —repuse—. Lo que me hace sufrir es mi apariencia. Tú sabes cuán diferentes son las muchachas universitarias: saben cómo vestir, cómo actuar...

—Una mujer no aprende a vestir yendo a la universidad, Marion... —me repuso mi madre, luego de haberse instalado cómodamente—. Además, tienes que gustarle a Arturo, porque en otra forma no te habría convidado...

—No conoce a mucha gente... —alegué, sin tolerar que me consolara—. ¡Oh mamá, es terrible! ¿Qué voy a hacer? Tengo dinero ahorrado y puedo comprarme un vestido sencillo. Pero, ¿qué hago con el resto de mi persona?

—Vamos a ver... —murmuró mamá, luego de observarme atentamente—. Dime, ¿qué crees que necesitas?

—¡Todo! —grité—. Necesito seguir un curso donde me enseñen a hablar, a caminar, a maquillarme... Necesito que me hagan una permanente buena... Necesito que me indiquen el vestido que me conviene... Necesito...

—¡Dios mío! —rió mi madre—. Déjate de repetir el "necesito"... Sé cuán importante es todo eso para ti; pero, ¿y si yo pudiera proporcionarte todo, gastando lo menos posible?

—¡Imposible! —repuse casi llorando. Encontraba que era una falta de caridad tratarme en esa forma.

—Te lo demostraré... Esta noche recogerás todas las revistas que hay en la casa... Estoy segura de que se juntará un buen número... Tú y yo tendremos nuestra propia escuela de "fascinación".

Esa noche, apenas terminamos de comer, nos sentamos a mirar las distintas revistas.

—Empezaremos con tu cabello... —dició mi madre, tomando las tijeras y recortando un artículo—. Y aquí hay algo sobre "maneras"... —añadió, cortando otro trozo de papel—. ¿Ves? Tenemos material suficiente... Separaremos en montones los reportes, según la materia... Uno para el cabello, otro para los vestidos, otro para el maquillaje y otro... para lo que llamaremos "refinamiento social"... Después de haber puesto todo en orden, estaremos listas para comenzar.

—¿Quieres decirme que encontraremos todo en estos artículos? —pregunté perpleja—. Pero, mamá, si sólo tenemos diez días... Aunque cumpla con todas las indicaciones, faltará tiempo.

—Lograremos mucho... —me interrumpió—. Lo importante es que desees cambiar... Comienza a separar los artículos. Nos pusimos manos a la obra. En menos de una hora teníamos varios montoncitos por delante.

—Ahora planearemos el curso... —continuó diciendo mamá—. Tu tarea es estudiar esto cuidadosamente... Y me pasó los artículos clasificados en "refinamiento social".

—Léelos todos los días a la hora de almuerzo y en tus momentos libres... Esta noche nos dedicaremos al cabello... —añadió, cogiendo otro montoncito de papeles.

—Pero aunque encuentre un peinado que me sienta, no tengo dinero para la permanente... —objeté, desanimada.

—Tendrás una permanente hecha en casa... —dictaminó—. Nos preocuparemos de que no quede muy rizada, ya que serás la única cliente. Eso lo haremos mañana, después que yo haya comprado lo necesario... Y mientras te estás haciendo la permanente, leeremos los artículos sobre maquillaje, y así, pasado mañana compraremos también lo necesario para que arregles tu cara... La noche siguiente la dedicaremos a la moda, y hoy mismo comenzaremos con "las maneras". Hay ciertos ejercicios que debemos practicar cuanto antes. Para el sábado estaremos listas para escoger el vestido... y dispondrás de una semana entera para practicar lo aprendido.

—¡Oh mamá! —fue lo único que pude responder. Llamé a Arturo y acepté. El resto de la semana fue de gran actividad. Primero estubo la práctica en ejercicios de "maneras". Uno que encontré fácil fue el de pararme muy derecha con los brazos a los costados. También aprendí a caminar con un libro sobre la cabeza, treta muy antigua, pero que da buenos resultados. Lo que más me costó fue echar los hombros hacia atrás y mantener la cabeza erguida.

—¡Oh mamá! —fue lo único que pude responder.

Llamé a Arturo y acepté. El resto de la semana fue de gran actividad. Primero estubo la práctica en ejercicios de "maneras". Uno que encontré fácil fue el de pararme muy derecha con los brazos a los costados. También aprendí a caminar con un libro sobre la cabeza, treta muy antigua, pero que da buenos resultados. Lo que más me costó fue echar los hombros hacia atrás y mantener la cabeza erguida.

(Sigue a la vuelta)



A NUESTROS CLIENTES

Sírvanse tomar nota de que, a contar del 24 de este mes, los números de los teléfonos de la Empresa serán cambiados por los siguientes:

3 9 1 1 0 1

3 9 1 1 0 2

3 9 1 1 0 3

3 9 1 1 0 4

3 9 1 1 0 5

3 9 1 1 0 6

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Avenida Santa María 076 - Casilla 84-D,

Santiago.

Joven, bonita, primorosa
¡novia encantadora!

Tiene boca fresca
¡sonrisa seductora!

Aliento dulce y perfumado
¡dientes perlinos!

Es un sueño consumado
¡Por efecto de KOLYNOS!



Dice DON KOLYNOS:
2 veces al año visite
al dentista.
3 veces al día sea
KOLYNOS-ISTA.

Gane
\$ 30.000.-
en dinero efectivo

EN EL NUEVO SORTEO IPANA DE 1954

- 1) Despliegue el cartón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cartón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000
hay 9 premios de 10.000, 3.000 y
1.000 pesos en dinero efectivo.

Nuevo sorteo
de pasta dental

IPANA

M.R.

La permanente casera resultó maravillosa. Mi madre y yo estudiamos los distintos peinados, hasta que encontramos uno que me sentaba espléndidamente. Siempre quise lucir mi perfil, uno de mis puntos fuertes, de manera que partimos el cabello al medio y lo atamos en la nuca con una cinta, dejando que cayera en ondas sueltas y suaves. Todo resultó bien, porque seguimos las instrucciones con gran cuidado.

Después llegó el turno al maquillaje. Leyendo los artículos, nos dimos cuenta de que me maquillaba erradamente. Siendo morena, necesitaba polvos más oscuros de los que yo usaba, y también mi lápiz labial estaba mal elegido. Usaba un tono que se veía muy bien con luz artificial, pero que no me sentaba en el día. Un rojo amarillento era mucho más favorecedor.

Estuvimos casi una hora estudiando el color del barniz para las uñas. Mi madre tiene manos delgadas y puede usar colores vivos; pero con mis dedos cortos y un poquito gruesos me quedaba bien el rosa pálido.

Sobre el vestido me sentía dudosa. Se puede llegar a saber el tipo de ropa que asienta; pero, ¿y si no se tiene dinero para la tenida apropiada? Cambié de criterio cuando lei los artículos. Comprendí que con el mismo dinero que siempre me compraba faldas anchas y blusas podía comprar faldas rectas, que sentaban mejor a mi estatura pequeña. También me di cuenta de la gran economía que se podía hacer cosiéndose una misma la ropa. Mamá y yo nos entusiasmos tanto, que decidimos hacer nosotras mismas el traje de baile, aunque trabajáramos muy fuerte. Encontramos un modelo precioso y muy sencillo. Era en organza celeste, y tanto el ajustado corpiño como la enorme falda estaban adornados de vaporosos y pequeños vuelos. Cuando fuimos a comprar los zapatos, ni pensamos en los de tacones bajos que siempre preferí. Escopimos un tacón alto, que me hacía crecer notablemente.

La semana pareció volar. Al llamar a Arturo, me excusé



Un gerente muy ocupado le preguntó a su secretaria dónde estaba el lápiz.

—Lo tiene en su oreja —le respondió la muchacha.

—No tengo tiempo que perder —le gritó el hombre de negocios—. ¿En cuál?



de aceptar otra invitación que me hizo para antes del baile. Quería estar perfecta al encontrarlo otra vez. Pero el martes lo topé por casualidad, y fuimos a tomar un refresco. Entonces sucedió lo que temía.

Me sentía confiada, porque las lecciones me habían mejorado mucho; pero mi seguridad se desvaneció cuando Arturo me preguntó de qué era mi clase de la tarde.

—Este..., de..., de francés... —repose, esperando haber acertado.

Por su expresión comprendí que dije un disparate.

—Hoy no hay clase de francés, Marion... —me repuso lentamente—. Si no quieres decirme en qué empleas la tarde, es cosa tuya. Lo importante está en no mentir...

—Bien... —tartamudeé, a punto de llorar—. Si realmente quieres saberlo, te diré que estoy empleada. Soy una vulgar muchacha que trabaja en una florería... No sé por qué te menté...

Cogí mi cartera y salí corriendo, llevando en mi mente la expresión triste de sus ojos.

Estaba segura de que el curso de mi madre había terminado. ¿Qué objeto tenía seguir aprendiendo a ser atractiva si ya Arturo había muerto para mí?

—Lo que estamos aprendiendo no es sólo para un baile... —declaró mamá, sin hacer caso a mis argumentos—. Creo que te has equivocado respecto a Arturo; pero si no es así, siempre encontrarás muchachos que te inviten a bailar... No quiero que vuelvas a tus viejos hábitos...

Me sentía demasiado deprimida para discutir. Acepté. Pero ya no me importaba. Mi madre podría hablar de otros muchachos y de otros bailes; pero para mí sólo existían Arturo y el baile del sábado, donde iría con él... Aunque me abrumaba la pena, ya me había acostumbrado a echar los hombros hacia atrás y caminar con gracia. Además, sin querer, seguía arreglándome el cabello y preocupándome del maquillaje.

Pero cuando llegó el sábado..., el sábado del baile, pude

haber ido al trabajo de cualquier manera, porque ya nada me importaba. Aquel día debió haber sido el más maravilloso de mi vida, y yo... ¡lo eché a perder con una mentira! Siempre me resultó duro hacer ramos y mandar flores a las muchachas los días de los bailes; pero hoy era peor que nunca, pensando que me quedaría la noche en casa.

Eran las tres de la tarde, aproximadamente, cuando Arturo entró en la tienda. Si hubiera podido, me habría escondido detrás del mostrador antes de que me viera. Seguramente invitó a otra muchacha, y, de todas las tiendas de flores de la ciudad, eligió precisamente la mía para enviarle un ramo que luciera en la noche.

—¿En qué puedo servirle? —pregunté seriamente.

Me mostré con naturalidad, porque no aceptaba que creyera que podía humillarme. Para mí era sólo un cliente más. Y si es cierto que el corazón me latía fuertemente, en cambio podía controlar mi voz.

—Quiero mandar unas flores... —me indicó.

—Por cierto... —repuse, tomando el cuaderno—. ¿De qué clase?

—Esas... —me contestó, señalando unas hermosas orquídeas.

—Son muy caras... —expliqué.

—Nada es bastante bueno para mi compañera... —declaró—.

Además, son como ella: frescas, lindas... ¿Por qué tenía que herirme tanto? Casi quebré el lápiz al anotar las flores que prefería. Pero me costaba escribir y controlar las lágrimas.

—¿Las envío? —pregunté.

—Sí, por favor... —indicó cortésmente.

—El nombre, por servicio.

—Sí: señorita Marion Williams.

Comencé a escribir el nombre automáticamente, y me detuve... Abrí la boca, pero me costó exclamar:

—¿Yo? ¿Estás loco, Arturo? ¿Hablas en serio?

¿Podía ser yo la muchacha fresca y linda? Cuando lo dijo... ¡me estaba describiendo a mí!

—Sí; las flores son para ti... —susurró—. Las primeras de muchas, espero...



que tampoco ellos pueden resolver los de los padres?

Un conocido psiquiatra decía que los padres no siempre son capaces de resolver los problemas de los hijos. ¿No podría también explicarles a los hijos

ellos pueden resolver los de los padres?

—¿No te importa que no sea universitaria?

—¿Por qué habría de importarme? Me pareces más encantadora que cualquiera de las estudiantes...

Rápidamente vino a mi lado y tomó mis manos, añadiendo: —Me alegro de haberte conocido un día en que la lluvia te había desordenado el cabello y desarreglado tu apariencia, porque así me gustaste... Me conquistaste antes de haberme alcanzado a dar cuenta de lo bonita que eras...

Esa noche, cuando estuve vestida para el baile, me pareció encontrarme en el umbral de un sueño. No era yo misma, con el traje celeste, muy vaporoso, adornado con vuelitos que corrían por el corpiño y la falda. Y la fiesta fue maravillosa. Apenas olvidé de sentirme inferior, las muchachas y muchachos me parecieron alegres, encantadores, cordiales. Hubo muchos juegos y diversiones. No anduve con la cabeza gacha ni pensé en la posibilidad de tartamudear. Tampoco temí andar mal vestida, porque mi traje era realmente lindo y juvenil. Me hice de muchos amigos; pero quien me interesaba era Arturo... Desde ese día salimos muchas veces juntos durante el invierno.

Y fué así como un lunes de primavera se convirtió en el día más dichoso de mi vida. Estaba arreglando la ventana, cuando Arturo entró en la tienda:

—¿Qué me aconseja, señorita Marion? —me preguntó con picardía—. Esta noche pienso declararme formalmente a la más encantadora de las criaturas. Y quiero mandarle un ramo de flores... Elija el más bonito y póngale una tarjeta, advirtiéndole que vendré a buscarla a la salida del trabajo, a las seis y media.

—Encantada, señor... —repuse.

Arturo y yo nos casamos apenas recibió su título. Ahora vivimos en la capital, y no podemos ser más felices. Por eso le diría a cualquier muchacha que se sienta desabrida, que no debe menospreciar sus encantos... Hay arreglo para todo. Sólo es preciso QUERER mejorar... Yo lo quise, ¡y lo logré... por Arturo!

¿Has pensado alguna vez?

¿Empequeñece la gente con los años?

Después de los treinta años, si, afirman los fisiólogos. El cartilago entre las coyunturas comienza a secarse, causando un cierto "recogimiento", que continúa a una velocidad de 1,40 de pulgada al año.



¿Puede una madre pájaro individualizar a sus hijos?

No puede. Pero según los ornitólogos, se las arregla para alimentarlos por partes iguales gracias a un mecanismo de la garganta que tienen los pajaritos nuevos, que retarda los bocados mientras sus estómagos se van llenando. La madre deja caer el alimento al azar en cualquier pico abierto. Entonces los observa. Si la comida no baja inmediatamente, la vuelve a sacar y la deja caer en otro pico, y otro, hasta que todos ellos quedan satisfechos.

¿Por qué las mujeres se desmayan más fácilmente que los hombres?

La razón es más fisiológica que emocional. De acuerdo con los biólogos, la sangre de la mujer contiene menos agua, y menos glóbulos rojos, que la del hombre. Esto significa que en circunstancias iguales, la sangre de la mujer agotaría más rápidamente su abastecimiento de oxígeno, lo que da por resultado que se desmaye más prontamente.



¿Cuánto demorará en desmoronarse la "inclinada" torre de Pisa?

Ingenieros opinan que la torre está actualmente descendiendo alrededor de 14 a 16 pies, y que se está inclinando a la velocidad de 0,39 de pulgada cada año. Calculan que con cuatro pies más la torre caerá. Esta fecha sería alrededor del año 2054, de manera que le quedan unos 100 años más de existencia. La torre no fué hecha por planos y ha llegado a ésta posición por la pobreza de su base.

¿Se muere más a menudo en las primeras horas de la mañana que durante el día?

De acuerdo con las estadísticas, la muerte no tiene "hora fija". La gente muere en cualquiera de las veinticuatro horas del día, con la misma frecuencia que a cualquier hora determinada.

¿Por qué es posible exhalar aliento frío y tibio, según la forma que se les dé a los labios?

Así es como lo explican los físicos: al exhalar aire frío— en la mano, por ejemplo—, modelas los labios de tal manera que el aire se exhala con más velocidad. Esto a la vez causa el que la humedad, en el cutis, se evapore más rápidamente, lo que da la sensación de frescura. Cuando echas aire tibio, aunque lo dejes salir lentamente, la humedad no se evapora tan rápidamente, y sientes el aliento casi a la misma temperatura del cuerpo.

¿Cuál es proporcionalmente la criatura más fuerte del mundo?

Según los naturalistas es el escarabajo. Este puede levantar 600 veces su peso. Un hombre tendría que ser capaz de levantar más de 45 toneladas para guardar las proporciones.



Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

BUENOS días, mamacita. ¡Feliz cumpleaños! A pesar de que era la voz suave de Matilde, mi hija de siete años, se necesitaba algo más para despertarme en esa pálida mañana de abril.

—Levántate, mamacita. Hoy es tu cumpleaños.

Sí, mi cumpleaños. Veintisiete años. Sin siquiera tratar de abrir los ojos, saqué un brazo de entre las frazadas y le acaricié la cabeza. Sí, era Matilde. Le quise decir: "Andate, la mamá está cansada", pero era mi cumpleaños y tenía que estar alegre y comprensiva.

—Buenos días, hijitas —les dije a prisas para terminar pronto.

Usaba el plural como un hábito. Leonor, mi hija de seis años, debía estar metida en algún rincón, esperando el momento de hacer alguna travesura. Se ofendía si la excluía de un saludo o un cariño.

—Vístanse ahora. Van a llegar tarde al colegio.

—Pero, mamacita, hoy es domingo y no hay colegio.

Eso era todo cuanto necesitaba saber. Con un suspiro me quedé dormida de nuevo. Profundamente dormida. Me sumí en esa semiconsciencia que siempre disfrutaba antes de levantarme.

—¡Levántate, mamacita! ¡Levántate!

Era la voz de Leonor: aguda, estridente, fuerte. De pronto me sentí molesta. "Mamacita, mamacita, mamacita"... ¿Cuándo comenzarían a llamarme mamá? ¿Cuándo dejarían de llamarme a cada rato? ¿Cuándo crecerían y se casarían para que me dejaran dormir por fin?

"Goza de ellas mientras sean pequeñas —me decían mis amigas—. Cuanto más grandes sean, mayores serán los problemas".

Me senté y miré el reloj: era temprano. Mario roncaba a mi lado. Esto también me molestó. Podía entrar en la pieza una banda tocando la Canción Nacional y mi marido no se daría cuenta.

"Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz"... Me volví hacia Matilde y esbocé una sonrisa. Después vi a Leonor en camisa de dormir junto al peñador. Era morena, igual que mi marido, pero tenía un carácter susceptible y voluble. Ambas me cantaban el "Feliz cumpleaños", pero Leonor cantaba fuerte, tratando de despertar a Mario. Por ser mi cumpleaños tenía que tener paciencia con ella. Este propósito me lo hacía muy a menudo, igual como ciertas mujeres se repiten a diario que tienen que comenzar una dieta para adelgazar. La canción terminó y Matilde deslizó en mi mano un papelito cuidadosamente doblado.

—¡Qué lindo! —le dije, tratando de concentrarme en el dibujo que representaba.

¡No era hora para darme algo que leer! Sin embargo, el sólo hecho de que fuera de mi hija me hacía quererlo.

—Hay una oración. ¿La ves?

—Sí, es preciosa —repetí enternecida. Me reí y le pellizqué la nariz. En seguida, me volví hacia Leonor para que me diera ella su hoja de papel. Sabía que existía, pues varias veces estuve por botarla.

—Ahora quiero el regalo que me tiene Leonor —murmuré con cariño.

—Nada te tengo —me dijo, mirándose los pies.

—Entonces, ¿por qué no me das un beso? —le pregunté, extendiendo los brazos.

Se adelantó lentamente, retorciéndose el cinturón.

—No hagas eso, Leonor. Lo vas a estropear.

Traté de explicárselo suavemente, pero ella me lanzó una mirada hostil. Había comenzado el día criticándola y eso era un mal presagio. Entonces Mario comenzó a despertar. Bostezó y se estiró con pereza. Leonor, con una sonrisa maliciosa, corrió por la pieza y saltó sobre su cama. Matilde se acurrucó a mi lado. Traté de ignorar sus cariños y de no darme cuenta del pie que tenía Leonor enterrado en mi estómago. La niña no me había besado, pero, en cambio acariciaba a su padre hasta despertarlo.

—¡Levántate, papacito, es el cumpleaños de mamá —le gritó al oído.

—¡Caramba!

—exclamó mi marido sentándose y sin poder disimular su sorpresa.

Lentamente cambió su estupor por una sonrisa y sus ojos brillaron con malicia, como si escondiera un secreto. De inmediato me di cuenta de que se había olvidado de mi cumpleaños.

—Sí, sí —prosiguió tratando de disculparse.

—¿Qué le tienes? —le preguntó Leonor.

—No hables tan fuerte, Leonor. No necesitas gritar de esa manera.

—Sí, cálmate —le aconsejó Mario y antes de que la niña se pudiera ofender continuó: —¿Qué le tengo a la mamá? Bueno, eso es una sorpresa. Sí, una sorpresa. Saltó de la cama alegremente.

—Antes de nada, Matilde, moja una toalla y lava la cara a tu mamá.

—Me la puedo lavar sola.

—Hoy no harás nada. Si quieres, te puedes quedar todo el día en cama.

—Tengo que ir a misa.

—Eso está bien, pero yo prepararé el desayuno. Acuéstate de nuevo y vuelvete a dormir.

—No, quiero peinarme.

—¿Peinarte? Leonor, trae a tu madre la peineta.

Leonor saltó de la cama y de nuevo se quedó mirándose los pies.

—No puedo —dijo con voz temblorosa.

—¿Por qué no?

—Yo... yo... —y se puso a llorar.

—No llores, Leonor —le grité exasperada.

—Cálmate —me reconvinó Mario, y, dirigiéndose a Leonor; preguntó: —¿Dónde está la peineta?

—Estaba peinando a mi muñeca y se me quebró.

—¿Me tomaste de nuevo mi peineta?

—la reconvine furiosa.

—Cálmate —volvió a repetirme Mario.

—Tiene que aprender a no coger lo que no es suyo.

—Bueno, pero,

Mi Mamá

Una mamá



dos hijas

¿qué importa una peineta? Se supone que hoy debe ser un día feliz. No nos amarguemos por algo tan insignificante. Matilde, trae una toalla, y tú, Leonor, ven conmigo.

Era una lástima que Mario no se diera cuenta de las relaciones que tenía con mis hijas. Por cierto que no podía ser culpa de la niña, sino mía. Pero, ¿por qué siempre me hacía enojar? Tal vez algún día la ofendí y ahora trataba de vengarse. Este problema no lo podía comprender, pues de pequeñas yo las quería a las dos iguales.

—Aquí está la toalla, mamacita. Ni muy fría ni muy caliente.

Me eché atrás aceptando que me lavara la cara. Matilde lo hizo con dedos torpes, pero llenos de cariño y solicitud.

—¡Lista —exclamó mi hija, acariciándome la mejilla.

Nuestros ojos se encontraron. De pronto me sentí llena de ternura. "Adoro a esta nifita —pensé—. ¿Por qué no puedo sentir lo mismo por Leonor?"

—Trae la escobilla —le dije con brusquedad, como tratando de no ofender a Leonor con mis pensamientos.

—Te quiero mucho, mamacita —murmuró la niña cogiéndome la cara. Su voz era tan suave y tan confiada que me estremeció. Muy a menudo me decía lo mismo, pero ahora lo hacía con intención. Como si hablara por su hermana. ¿Cómo podía ser tan madura una niña de siete años? Un amor tan grande entre una madre y su hija es injusto para la otra niña. Tenía que distribuir mi cariño con más justicia. Si Leonor...

—Trae la escobilla del tocador —ex-

clamé, quitándole el brazo.

—Feliz cumpleaños... Mario entró en la pieza con una bandeja y tras él, sonriente, venía Leonor.

—No es muy bueno el servicio. Jugo de naranjas, tostadas y huevos.

—¿Tomaron desayuno? —les pregunté.

—Jugo de naranjas.

¡Entonces tenía que levantarme de todas maneras! Mario debió haberles dado a ellas primero. Además, ¿qué era un desayuno sin café?

—Papito, la mamá se está levantando —gritó Matilde.

Con la cara llena de jabón, vino corriendo y trató de recostarme de nuevo.

—No, mi amor, déjame levantarme. Gracias por tu magnífico desayuno, pero como ya estoy despierta, quiero ir a misa temprano.

—¿Por qué?

—Para volver a preparar el almuerzo.

—Yo lo haré. Es tu cumpleaños —repitió, abrazándome y mirándome a los ojos, para confesar en un murmullo—.

Me olvidé, ¿me perdonas?

—Yo también me olvidé. Abrazame. Me abrazó fuerte y durante un instante el mundo se detuvo y sólo exis-

tió el cariño por mi marido. Se me olvidaron las molestias y la alegría volvió a florecer.

—El papá está abrazando a la mamá... el papá está abrazando a la mamá...

Era Leonor, por supuesto. Era ella quien tenía que echarlo a perder todo. Siempre era Leonor.

La miré indignada.

—Bésala, papito. Jabónale la cara —gritó, sin hacer caso de mi mirada.

—Magnífica idea —bromeó mi marido.

—Besa mejor a las niñas.

Y acto seguido salté de la cama para ir a vestirme.

A través de la puerta podía oír las carreras de Matilde y de Leonor y los pesados pasos de Mario persiguiéndolas.

Mientras arreglaba la cocina después de haberles dado el desayuno a Mario y a las niñas, pensé en la solución del problema. Matilde sabía que la quería, sin importarle lo que yo hiciera o dijera. Aún cuando la castigaba, comprendía que lo hacía por su bien. Pero Leonor tenía que tener una prueba. ¿Y cómo podía probarle que la quería si siempre la estaba regañando? ¿Era por lo que hacía o sólo porque me molestaba?

Ahora sabía lo que tenía que hacer. La llevaría conmigo a la iglesia. Le demostraría que me gustaba su compañía. Le compraría helados aunque después no almorzara bien. No la regañaría y la dejaría gritar a su antojo. De ahora en adelante no la reprendería más, aunque llorara como una histérica. Simpatizaría con ella, aunque sabía que no era justo, ya que lloraría más para que la regaloneara. Sería paciente, aunque con ello me destruyera los nervios.

Volví al living lista para ir a misa. Mario dejó caer el diario y lanzó una exclamación.

—Matilde debe quedarse un día más en cama. No la dejes bajar al primer piso. Trata de mantenerla tranquila.

—Le contaré un cuento —respondió mi marido.

(Sigue a la vuelta)

...nunca es demasiado vieja para no aprender la lección que le enseña su pequeña hija.



Gold's
el mago de las
pieles



OFERTA ESPECIAL:

Chaquetones CARACUL desde

\$ 6.000.—

Gran surtido en:

Abrigos

Chaquetones

Capas

Estolas

- Patas Astracán
- Castor
- Muskrat
- American Lamb
- Petit Gris
- Zorros Plateados

Nutria y Mouton Doré
en variados colores.

CREDITOS

Compañía 1068 - Pasaje A. Edwards - Local 371
Teléfono 60491 - Santiago



La casa estaba extraordinariamente silenciosa. Habíamos habido sin que nos interrumpiera Leonor. ¿Dónde estaba la niña? Subí la escalera y al entrar en el dormitorio me quedé petrificada de furia. Ahí estaba Leonor. Tenía abierto el último cajón de la cómoda y con el brazo trataba de sacar el de arriba. Después de todo lo que le había pedido que no me tomara mis cosas.

—¿Qué estás haciendo?
Se dio vuelta y me miró con la boca abierta y los ojos espantados. Había en ellos miedo y odio. Comencé a dudar si sería capaz de querer a esta niña, no porque fuera desobediente y traviesa, sino por el odio que me demostraba.

En su precipitación se cayó al suelo y comenzó a gritar. Yo habría podido sujetarla, pero su mirada me tenía petrificada. Por la forma como chillaba, sabía que no le había pasado nada. Lanzaba gritos agudos y guturales sólo para impresionar, para que la compadecieran, porque Mario estaba en la casa.

Su padre subió corriendo la escalera. —¿Qué ha pasado? ¿Se ha herido? La niña se quedó en silencio, dando sólo algunos sollozos entrecortados. Mario la bajó en brazos y esto me hizo enfurecer de nuevo.

—¿Va a salir contigo Leonor, mamá? —me preguntó Matilde y su voz hizo desaparecer mi rabia.

—Sí, tesoro.
—Me encantaría poder ir yo también.
—El papá se quedará contigo. Te contará un cuento.

—Dame un beso.
—Estoy muy atrasada, mi amor. Te besaré cuando vuelva. ¿Te sientes bien?

—Te quiero, mamá —murmuró después de una pequeña pausa.

Me tomé del pasamanos para no caerme. De nuevo lo hacía por Leonor.

—Yo también te quiero —le respondí pensando que no podía decirle lo mismo a Leonor.

Qué fácil sería mi vida si hubiera tenido sólo una hija. La alborotada y tempestuosa Leonor habría sido un niño maravilloso.

—Leonor, ven y ponte tu abrigo y tu sombrero.
Lentamente se levantó de las rodillas de Mario.

—¿Por qué?
La pregunta me dejó fría. Por lo general, cuando su padre no estaba en casa, saltaba de gusto y preguntaba: "¿Dónde vamos?". Ahora parecía desganada.

—Te voy a llevar a misa.
—Pero mamá, no quiero ir contigo.

Se me hizo un nudo en la garganta. La niña me esquivó los ojos mientras le temblaba el labio inferior. Traté de comprender lo que sucedía. Tenía que ser cariñosa con esa pequeña, carne de mi carne. Y la quería en verdad. La dicha de las madres era poder querer a sus hijos aunque se volvieran contra ellas.

—¿Por qué, Leonor? —le pregunté, aunque su respuesta ya no me importaba.

Levantó los ojos y los volvió a bajar. Se volvió hacia el sofá y miró a su padre.

—Quiero salir con mi papá —tartamudeó.

Sentí crecer la angustia dentro de mi corazón. Miré a Mario, pero mi marido



—Cuenta con mi confianza, mi admiración y mi respeto... en otras palabras, no estoy enamorada de él.

no levantó la cabeza. ¿Por qué no decía algo?

Y, después de todo, qué podía esperar que dijera. Si la obligaba, la niña iría a disgusto, y, si salía con ella, ahondaba más la incompreensión. La única actitud inteligente era callar.

En silencio me dirigí al closet a colgar el abrigo y el sombrero. Al hacer esto, algo se cayó de arriba. Era una hoja cuidadosamente doblada. Reconoci el papel que me había escrito Leonor para mi cumpleaños y que lo había escondido.

Era mi ocasión para arreglar las cosas de nuevo. Lo escondió y se olvidó dónde, por eso no me lo dió en la mañana.

—¿Qué es esto? Dice: "Feliz cumpleaños, mamá. Leonor". ¿Es para mí? En vez de sonreír, la niña miró preocupada el papel que tenía en la mano.

—No —me respondió.
—Pero si es tu letra, ¿verdad? Es tan bonita. Está escrito con lápices rojos, blancos y azules. Tiene que ser para mí.

—Yo lo hice —murmuró tomándolo. Pero no te lo quiero dar.

Lo estrujó entre sus dedos y se lo metió al bolsillo.

Me quedé sin saber qué hacer, mientras Leonor me miraba y Mario pretendía leer sin dar vuelta una página.

Las lágrimas me nublaron los ojos. Me puse el abrigo y salí por la puerta de atrás.

En la misa no puse mucha atención. La situación seguía bulléndome en la cabeza. Tal vez debía hablar con Mario y pedirle que no fuera tan cariñoso con Leonor, explicándole que la niña me odiaba. ¿Y qué podía hacer él? Además, era admitir muy pronto la



—Bueno, ya pagué todas las cuentas. Ahora todo lo que tienes que hacer es volver a depositar algún dinero en tu cuenta.



—¡Todo fué muy fácil! Levanté el dedo, pedí permiso para ir a las casitas y, aquí estoy...

derrota. Después de todo, sólo tenía seis años.

Además, ¿sería cierto eso que decían los psicólogos de que los primeros años de la vida de un niño son los más difíciles? ¿Se acordaría ella de esto durante toda su existencia? ¿Quedaría en su mente la imagen de su madre siempre regañándola? ¿Se daría cuenta más tarde de que lo hacía por su bien? ¿Que en realidad quería ser una buena madre?

Al salir de misa decidí que el silencio sería lo mejor. No le diría ni una palabra a Mario y criticaría lo menos posible a Leonor. Trataría de ayudarla y de darle confianza. No me daría por vencida.

Al llegar a casa la divisé manejando su triciclo. Siempre que la encontraba le sonreía y ahora era una ocasión especialmente apropiada. Pero había cometido de nuevo otra falta. Manejaba por la calle. ¿Cuántas veces tenía que decirle que no lo hiciera, pues era peligroso? Como no había mucho tránsito, Mario no le dijo nada y con ello le hacía un daño. Alguien tenía que disciplinarla y esa dura tarea estaba en mis manos.

Dobló justo frente a mí y tuvo que apretar fuertemente los frenos. La podían haber atropellado y haberla muerto. Con un estremecimiento frenético, corrí tras ella. Como no la alcancé se puso a reír, lo cual me puso más furiosa.

—Hola, mamacita —me llamó feliz, levantando un brazo en señal de bienvenida.

Me sentí tan halagada por su recibimiento que comencé a calmarme. Al entrar en la casa escuché bulla. La voz que sonaba más fuerte era la de Leonor.

—¡Qué bueno, qué bueno! La mamacita ha vuelto.

—Sí, mi vida —le dije ansiosa de estrecharla entre mis brazos. Tal vez Mario le había hablado, comprendiendo la situación.

—¿Estás contenta de que haya vuelto?

—Sí —me contestó enfáticamente y luego añadió con viveza: —¡Vamos, papacito, ahora podemos salir nosotros!

Colgué mi abrigo en el closet y corrí al segundo piso. En el dormitorio, Mario se anudaba la corbata frente al espejo.

—Leonor se cayó de una silla y se pegó en la cabeza. No le pasó nada, pero gritó como un demonio — comentó Mario.

—Estoy segura de que lo hizo de intento.

—¿Qué?

—Nada. ¿Le contaste el cuento a Matilde?

—No pude.

—Apúrate, papacito —gritó imperativa Leonor desde el primer piso.

—¿Con quién estás enojada? —me preguntó Mario al verme fruncir el entrecejo.

—¿Enojada? ¿Quién está enojada?

—Se te están haciendo arrugas entre las cejas.

Me miré al espejo y así era.

—Estoy comenzando a pensar que te enojas muy a menudo. Quizá debieras ver un médico. Creo que trabajas demasiado.

—Tonterías —le respondí esforzándome por parecer contenta.

—¿Qué vestido te vas a poner, Leonor?

—El azul.

—Te ves mejor con el rojo. Tienes que

verte muy linda, pues vas a salir con tu padre.

—Voy a ir a misa con mi papito —le dijo desdeñosa a Matilde, que estaba en la cama.

—El próximo domingo iré yo —le respondió Matilde.

Le ayudé a ponerse el vestido y le anudé el lazo. Le peiné los rizos y me preocupé de que fuera bien limpia.

—Te ves preciosa, el papá se sentirá orgulloso.

La tomé en los brazos y traté de besarla.

Hizo un mohín y salió corriendo, dejándome triste al ver su franco rechazo.

—Ponme el abrigo nuevo —me gritó sin aliento.

—Sí, mi amor.

—El sombrero también.

Los miré mientras entraban al auto. En el momento en que Mario iba a retroceder, vi el triciclo de Leonor en la calle.

—Espera —le grité.

El auto se detuvo un centímetro antes de chocarlo.

La vieja furia comenzaba a dominarme de nuevo. Casi volví a reprender a mi hija, pero preferí morderme los labios. Logré contenerme. Era difícil detener las palabras. Los vi alejarse y entré en la cocina a preparar el almuerzo.

Mis labores domésticas me levantaron el ánimo. Cuanto más trataba de concentrarme en lo que hacía, más pensaba en Leonor.

Sentí un alivio cuando me llamó Matilde para que le leyera un cuento. Esta niña me quería y me necesitaba.

Al poco rato sentí llegar el auto, gol-

(Continúa en la pág. 15)

SAPOLIO, AHORA CON

DETERGENTE ACTIVADO



¿DETERGENTE ACTIVADO?



“¡Sí! El Detergente, una vez en contacto con el agua, se ACTIVA, formando millones de minúsculas burbujitas que disuelven la suciedad en contados segundos.”

Ahora, SAPOLIO con Detergente ACTIVADO, la gran innovación para limpiar mejor aluminio, enlozados, porcelana, azulejos, etc. Compre hoy mismo el Nuevo SAPOLIO.

Sapolio EN POLVO

M. R. EL MEJOR LIMPIADOR CASERO



← SU TINA ¿de luto?

Rocie el NUEVO SAPOLIO sobre un paño húmedo, restriegue la tina y enjuáguela: el Detergente ACTIVADO de Sapolio la habrá limpiado.

pear la puerta y los pasos por la escalera.

—¿Tan pronto de vuelta?

Leonor entró en la pieza con el sombrero torcido, el abrigo sin abrochar y vi que le faltaba un botón.

—¿Qué eliges, mamacita?

No estaba en ánimos de jugar.

—¿Tienes el botón? —le pregunté.

—¿El botón? ¿Qué botón?

Me molestó. Esto me pareció demasiado. Primero me tomó mi peinetita, luego me hurgó en el cajón, anduvo en triciclo por la calle y ahora perdía el botón.

—Te mostraré cuál botón! —le grité. En ese momento Mario subía la escalera.

—¿Lo pasaste bien? ¿Te compró helados el papá después de misa?

—No tuvimos tiempo para helados —me respondió mi marido desde el umbral—. Teníamos demasiada prisa en volver a casa.

—No sé para qué —respondí sarcástica—. No comprendo el apuro.

—Vamos, Leonor, dáselo —la alentó. Por cierto que la niña estaba gritando. Me dolió ver cómo se esforzaba para serenarse. Al verla agacharse y coger un pequeño paquete que se le había

—¿Te gusta, mamacita? La compré porque te rompí la otra.

—Es que...

—Por eso estaba en tu cómoda. Tenía que encontrar mi billete. Lo escondí en tu cajón porque pensé que era el lugar más seguro.

—Y por eso no quería ir a misa contigo esta mañana —continuó Mario—. Nos pusiste en un gran aprieto. Creí que te íbamos a tener que contar antes.

—Sí, mamacita —murmuró Leonor sacándose el abrigo y lanzándolo al suelo—. Tenía miedo que me obligaras a ir a misa contigo. Necesitaba ir con el papito o no habría sorpresa. Tenía que ir con él.

Una sorpresa. Miré su abrigo enrollado en el suelo y no me importó. Se había trepado en mi falda y me abrazaba con fuerza. No sabía cómo responderle. No podía creer lo que veía.

—Toma —me dijo Mario pasándome un ramo de rosas—. Comprendo que no te gustarán tanto como la peinetita, pero...

Le asentí con la cabeza. No me atrevía a hablar.

Me salvé del problema, desapareciendo con las rosas.

Mis dos hijas

(Continuación de la pág. 13)



Salté con el timpano medio reventado. Pero tenía los ojos tan brillantes y la carita tan llena de gozo, que no pude dejar de pensar que éste era su mejor regalo: tener de nuevo su cariño. De vez en cuando tendría que castigarla, pero de ahora en adelante mi actitud sería diferente, más maternal y menos dominante.

—No grites —le dijo Matilde con voz queda.

—No puedo dejar de hacerlo —respondió Leonor esforzándose por hablar en voz baja—. Mi papacito dice que soy igual que la mamacita. La mamacita se queda callada, después se pone furiosa de verdad y luego grita. Mi papacito dice que lo mejor de mí es mi parecido con mamá.

Durante un momento me quedé horro-



Después de haberse graduado de médico en los Estados Unidos, el joven Ko Kuei Chen volvió a su hogar, en 1923. Entonces pudo darse cuenta de lo atrasada que estaba la medicina en su patria: aun usaban yerbas e insectos secos para curar a los enfermos.

Lo que molestaba más al flamante galeno era que su tío, un farmacéutico, vendiese estas cosas, y con bastante éxito. Tenía una bien provista botica en Pekín, y recetaba yerbas e insectos, según la enfermedad.

Chen trataba de ser indulgente con el anciano. Pero parecía tan fantástico, que mientras él y su jefe, un médico norteamericano, usaban los nuevos productos médicos, su tío, a unas pocas cuadras de la Escuela de Medicina de Pekín, continuaba practicando la hechicería.

Un día el viejecito apareció con dos hojas secas que dejó sobre el escritorio de su sobrino con mucho cuidado.

—Esto es mejor que las medicinas modernas —le previno.

—Parecen cosas de la Edad de Piedra —le respondió despectivamente su sobrino.

—No seas irrespetuoso. Esta yerba ayuda a los moribundos a respirar normalmente.

—Tío, te quiero y te respeto, pero no

MAGIA CHINA

me pidas que crea en la magia negra —repuso Chen.

Esta vez el tío se enojó:

—¿Crees tú que ustedes, los médicos modernos, no tienen nada que aprender? Toma estas hojas y pruébalas una vez. Y no vuelvas a burlarte de algo que no conoces.

Chen mostró las reliquias a su jefe,

el doctor Schmidt, quien las guardó en el estante y deseó que su ayudante no volviese a mencionar el asunto. Chen lo olvidó hasta el día en que, mientras preparaba a un perro para hacer una demostración a los estudiantes, éste pareció no reaccionar después de la anestesia. Rápidamente le inyectaron estimulantes, pero aun así el pulso del animal se debilitaba.

—Me temo que no podremos salvarlo —admitió el doctor Schmidt.

—Creo que ésta es la ocasión para usar la misteriosa medicina de mi tío —propuso Chen.

Inmediatamente disolvieron las hojas en agua e inyectaron la solución al pobre animal. Este volvió a respirar normalmente.

Ni Chen ni el doctor Schmidt podían creer lo que estaban viendo. Pero al cabo de meses de experimentación se dieron cuenta de que la fantástica droga que los chinos venían usando desde hacía siglos era en realidad un poderoso estimulante. Y desde entonces, bajo el nombre de efedrina, ha ayudado a incontables personas afectadas de asma, presión baja, conmoción cerebral y hemorragias en todo el mundo occidental.

caído de la mano, no me significó nada. Cuando me lo tendió, no me di cuenta de lo que ocurría. Lo único que veía eran las lágrimas de sus ojos, que buscaban los míos como pidiendo perdón.

—Feliz cumpleaños, mamacita —tartamudeó—. Siento mucho ser una niña tan mala.

Me sentí como mareada. Todo daba vueltas a mi alrededor. Lentamente miré a Mario como pidiéndole una explicación. Su respuesta sólo fue una sonrisa.

—Abrelo —me dijo.

Me quedé consternada mirando la carita redonda de Leonor. Abrí el paquete de dentro y saqué una inmensa peinetita roja.

—La compré con su propio dinero —me explicó orgulloso mi marido—. La idea fue suya.

—El dibujo de Matilde era tan bonito —me dijo Leonor—. El mío era muy feo.

—Eso no es cierto —la contradijo su hermana desde la cama—. Yo te dije que a mi mamacita le iba a gustar. Leonor saltó de mi falda y corrió hacia el closet. Buscó en el bolsillo del vestido que tenía puesto en la mañana y sacó de él un papel arrugado.

—Yo no puedo dibujar igual que Matilde. ¿Ves que es muy feo?

—Dámelo —le rogué tomándolo de su mano—. Te quiero. Te quiero a ti también.

Me encaminé hacia la cama de Matilde y arrastré a Leonor. Estábamos de nuevo juntas.

—Había una vez una señora que tenía dos niñas, una se llamaba Matilde...

—Y la otra Leonor —me gritó la niña en el oído.

rizada. Había pensado que esta niña me odiaba y, sin embargo, todo el tiempo trataba de parecerse a mí. Juré hacer de ella una persona excepcional aunque me costara la vida. Todo lo que necesitaba era mejorarme yo misma. Mi primera tarea sería aprender a controlar mi carácter.

Sentí vergüenza y deseos de llorar de nuevo, pero el orgullo que había en su voz mientras explicaba que se parecía a mí, me conmovió. Puse los brazos alrededor de mis dos hijas y juntas comenzamos a reírnos.

—¡Vamos! —gritó Mario desde la puerta—. ¿Y yo?

Me di vuelta y le extendí los brazos.

—¿Es cierto todo esto? —le pregunté.

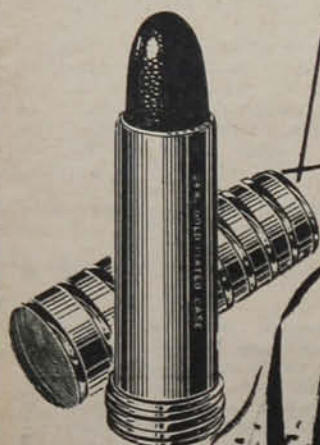
—Hasta la última sílaba —murmuró en mi oído para que las niñas no oyeran.



Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO
24 K.



Cada estuche
con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!

Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

PUBLICIDAD
INTERMEDIARIA

III

INCLUSO, antes de que aquella hora hubiese transcurrido, Mónica había comenzado a arrepentirse de detestarlo tanto. Si no hubiese estado bien enterada, puede, incluso, que se hubiese engañado pensando que era cortés y ducado; otra cosa era que fumaba en una pipa curva, del estilo de la de Sherlock Holmes; un horror.

—¿Pero por qué hemos de trabajar aquí? —demandó Mónica—. ¿Por qué no en aquel edificio grande con los toldos?

—La razón —contestó Cartwright— es que Albion Films no es la única empresa aquí. Hay tres más. Radiant Pictures y S. A. G., una compañía americana, y Wonderfilms, la cual construyó estos edificios. El resto arrienda los escenarios y edificios, exactamente lo mismo que nosotros. Estos terrenos eran primitivamente una finca, y el Edificio Viejo eran las casas de ella, antes que Dega, de los Wonderfilms, la comprara. —Una expresión de gozo soñador y perverso cruzó por su rostro—. Radiant Pictures está haciendo una película gigante sobre el Duque de Wellington; he estado hablando con Aaronson; si la versión que dan de la batalla de Waterloo no es algo que pasará a la historia, no será por mi culpa.

—¿Supongo que usted cree que eso es divertido?

Cartwright se pasó una mano por el cabello con gesto de desesperación.

—Muy bien, muy bien. Cambiemos el tema.

Pero Mónica estaba inflexible.

—Y un poquito infantil, ¿no cree? Supongo que usted le haría lo mismo al señor Hackett, si no fuera porque le paga un sueldo. Después de todo, ¿qué derecho tiene usted a reprochar al señor Hackett?

—Ninguno.

—Sí, es evidente, ¿no cree? Y él no se coloca en ningún pedestal. Cuando llegué aquí, esperaba que por lo menos una docena de secretarías me entrevistaran y quizás tener que esperar un día entero antes de verlo. Y no fué así. Allí estaba él, tan accesible y agradable y humano...

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo no es ninguna especie de dios.

—¿No suena eso a un poco de envidia?

—Escúcheme —dijo Cartwright—. Hay algo que quisiera dejar en claro. Este es un sitio agradable para trabajar. En la industria británica del cine hay muy poco del aparato de Hollywood. La gente no se encierra en altares secretos detrás de una batería de secretarías. Y todo el mundo conoce a todo el mundo. De productor a director, a estrella y todos los demás que siguen, están en todas partes; se encuentran, y conversan, y se le cruzan a uno en el camino a cada rato. Son casi todos unas excelentes personas. Algunos, incluso, son bastante inteligentes. Sólo que...

—¿Qué?

—Ya lo verá por sí misma —contestó Cartwright con malicia.

Ella no le alcanzó a oír. Habían emergido en ese momento a la luz del sol por el lado del edificio, e iban caminando por la suave pendiente de césped verde que descendía hacia el lago.

Este había servido, en diversas ocasiones, como el Tamesis, el Sena, el Eufrates, el Gran Canal, el Atlántico, el Bósforo o el Océano Pacífico. Era evidente que en la actualidad había un submarino en él, del cual se veían el amenazador puente y la torre de mando. Un pato lleno de curiosidad lo rondaba, examinándolo. Más allá, donde el lago se angostaba, se hallaba cruzado por un puente que conducía a un camino entre los árboles; había un gran cartel que rezaba: "No se permiten visitantes más allá de este puente". Sobre la colina y hacia la derecha, en el lado permitido a los visitantes, se erguían las descoloridas fachadas traseras de los escenarios, entre los árboles. Entre ellos se levantaba la noble fachada de una casa señorial de estilo georgiano, de color blanco y con altas columnas, construida con tal habilidad, que se necesitaba mirarla dos veces para darse cuenta de que era sólo un telón. El verla le produjo a Mónica una aceleración en los latidos del corazón, producidos por la excitante emoción de la ficción. Esto la animó a preguntar algo.

—El señor Hackett mencionó...

—comenzó a decir.

—¿Sí?

RESUMEN DEL

Está Mónica pidiéndole explicaciones a Hackett respecto a por qué no puede hacer el guión de su libro, cuando suena el teléfono y un tal Kurt lo cita a uno de los escenarios. El productor, después de informarle que ha llegado la nueva libretista, le promete ir dentro de cinco minutos. En ese momento entra Cartwright, y sin darse cuenta de la presencia de la muchacha habla horrores de "Deseo", Mónica, que ya lo

Mientras el director norteamericano Aaronson conversa con el jefe de producción acerca de los detalles de su inminente película sobre el Duque de Wellington, la bella Frances Fleur atiende a las indicaciones de Howard Fisk.



Y así... al crimen

POR

CARTER

DICKSON

—Algo acerca de una actriz llamada Frances Fleur. ¿La conoce usted?

—¿F. F.? Sí. ¿Qué quiere saber sobre ella?

—Nada. Sólo le preguntaba. ¿Cómo es ella? Quiero decir, ¿es agradable?

Cartwright reflexionó un instante.

—¿F. F.? Sí, supongo que sí. Buena muchacha. —Hizo una pausa, mirándola con malicia. Era una mirada llena de mala intención, como si la clavase contra la pared. Fué a decir algo, pero luego cambió de idea. Añadió, como por casualidad: —La ha visto usted en el cine, ¿no es así?

—Una o dos veces.

—¿Le gusta?

—Es muy linda —contestó Mónica, remilgadamente.

Aunque Mónica hubiese muerto antes que reconocerlo, la sombra de Frances Fleur había sido la inspiración para los modos y la personalidad de Eva D'Aubray. Había veces en que ambas se le confundían; y Mónica Stanton, en su imaginación, se convertía en la suma de ellas.

—¿Qué tal es ella; es casada?

—Varias veces, creo. Su primer intento fué con Lord Fulano de Tal, cuando todavía estaba en comedias musicales.

—Lord Roxbury de Brene —contestó Mónica, automáticamente.

—Algo así. El segundo intento, más reciente y todavía en actualidad, es con Kurt

Gagern, o Von Gagern.

Mónica se quedó mirándolo.

—¿Pero si nunca lo había oído nombrar!

—Ya oirá —le aseguró—. Gagern es la maravilla del momento. Era director de la UFA antes que los nazis lo expulsaran de Alemania. Es ario puro; uno de los antiguos aristócratas *und-von-zund*, creo; pero no le fue bien allá. Actualmente es director auxiliar de Howard Fisk en "Espías del Mar". Se las ha arreglado para hipnotizar al Almirantazgo a fin de conseguir permiso para las tomas navales de exteriores, en Portsmouth e incluso en Scapa Flow.

Había una nota curiosa en la voz de Cartwright, pero Mónica no se dió cuenta. En primer lugar, porque estaba anonadada por el hecho de no haberse enterado del matrimonio de su idolo. En segundo lugar, iban entrando en el edificio principal.

En el fresco interior, encontró el ambiente que había estado esperando: la atmósfera de apuro, ultimátums y puertas cerradas con violencia. El edificio era un laberinto de largas galerías, con pequeñas oficinas una al lado de la otra, como camarotes de un barco. La mayor parte de la actividad consistía en abrir y cerrar puertas. La gente taconeaba; las máquinas de escribir tecleaban; había un pesado olor a pintura. Un recadero salió del restaurante, comiéndose una barra de chocolate. Cartwright se dirigió a un pasaje largo y cerrado, una especie de Puente de los Suspiros, de vidrio, que corría a lo largo de hermosos jardines hacia los estudios en el fondo.

El corredor del fondo era inmenso; era de concreto, lleno de ecos, y a Mónica le recordaba un aeropuerto. A él se abrían las puertas de numerosos estudios. La luz roja estaba prendida sobre la puerta número tres, indicando que no se debe abrir la puerta mientras se graba. Cartwright le hizo una seña a Mónica, indicándole que esperara; se puso a escuchar, con alegría maligna, la conversación de dos hombres que estaban parados en la mitad del corredor.

Uno era un hombre pequeño con un cigarro en la boca; el otro, un joven alto con anteojos y con un acento ultrarrefinado.

—Mire esta escena del baile —decía el hombre del cigarro.

—Sí, señor Aaronson.

—El canto ese de la duquesa de Richmond antes de la batalla de Waterloo.

—Sí, señor Aaronson.

—Bueno, acabo de ver las pruebas; son pésimas; no hay calor en eso.

—Pero, señor Aaronson...

—Mire —dijo el hombre pequeño—, lo que necesito es una canción para que Erica Moody cante, ¿comprende? Luke Fitzdale hizo una que es magnífica. De modo que esto es lo que haremos, ¿comprende? El Duque de Wellington dice: "Señoras y señores, tenemos una gran sorpresa para ustedes esta noche". Y la duquesa se sienta al piano y canta.

—Pero no creo que ella hiciera eso, señor Aaronson.

—¿No cree?

—No, señor Aaronson.

CAPITULO ANTERIOR

odia a causa de sus magníficos libros policiales, ahora lo detesta, y, aunque el muchacho es alto y bien parecido, ella lo único que le ve es su barba roja. Cartwright se disculpa y trata de borrar en la muchacha la mala impresión que ha causado, pero, a pesar de que ella lo perdona, se apodera de su alma un odio irreconciliable por ese hombre...

(Continúa en la pág. 20)



Maria y Rodolfo escriben mientras tanto sus respectivas cartas de adiós.

"Querida mamá, moriré por Rodolfo; nos queremos demasiado para vivir separados, y un destino cruel que nada ni nadie cambiará hace imposible que seamos el uno del otro. Rodolfo ha debido prometer a su padre que no me verá más. Hay circunstancias que impiden nuestra unión, y que me es imposible discutir. Seré más feliz muerta que viviendo sin él. Su desgraciada hija", escribe María a la baronesa Vetsera.

Y a su hermana escribe: "Mi querida Ana, Rodolfo me lo ha contado todo, pero no puedo repetirlo. Ya no podré ser suya jamás. Tenía el presentimiento de que algo terrible sucedería y que nos impediría ser felices. Moriré en sus brazos, dichosa de estar con él hasta el último instante. Perdóname, y sigue queriéndome. Ruega por mí y cuida bien a nuestra madre." Y en una postdata agrega: "Bratfisch silbó mejor que nunca hoy."

Por su parte Rodolfo escribe a su madre una larga carta, cuyo texto no se conoce aún.

Y a su mujer:

"Querida Estefanía, por fin te verás libre de mi presencia. Sé feliz a tu manera. Sé buena con mi hija, el único recuerdo que quedará de mí. Da mis últimos saludos a Spindler, Latour, Novvo, Gisele y Leopoldo. Muero tranquilo, sabiendo que es lo único que salvará mi reputación. Tuyo, afectuosamente, Rodolfo."

Al duque de Braganza le dice:

"Querido amigo, es preciso que yo muera. No puedo hacer otra cosa. Hasta pronto, y que Dios lo bendiga."



MAYH

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR.

DESPUES DE LA CONVERSACION SOSTENIDA CON S SIGUIENTE, DESISTE DE APODERARSE DEL TRONC VETSER, LE CONFIESA QUE SU UNION CON ESTE ANULAR SU MATRIMONIO. ENTRETANTO, LA BARON GUAR AL MINISTERIO. ALLI SE ENTERA DE QUE RODOLFO Y MARIA DECIDEN MORIR JUNTOS, COM



Al Superintendente, Rodolfo le escribe:

"Querido Syveggenye, le incluyo un codicilo relativo al testamento redactado hace dos años. La mayoría de mis papeles están en mi escritorio en Hofbourg; escoja usted mismo los que deberán ser publicados. Le incluyo la llave de oro para que pueda abrirlo. Cuando reciba estas líneas ya no existirá. Dios bendiga nuestro querido país."

A su hermana le escribe, entre otras cosas: "No muero por mi propio gusto."

Ha llegado la hora. María se ha recostado sobre el lecho; Rodolfo la acaricia, la mece como un niño. María se abandona entre sus brazos, como si fuera a dormirse.

Rodolfo toma su revólver y lo apoya en la nuca de su amada. Dispara. María muere, fulminada, sin un suspiro.

Los muros del castillo son macizos; nadie en Mayerling ha escuchado el disparo. Rodolfo sale de su habitación y llama a Loschek, quien duerme en una pieccita cerca de la entrada. —¡Que no nos molesten antes de las siete! —le ordena.

Así se limita estrictamente el tiempo que le queda de vida. Rodolfo vuelve a su habitación. Contempla el rostro intacto de María, une sus manos y coloca entre ellas un ramo de rosas.

Luego se queda inmóvil mirando a la joven que ha muerto por él. Recuerda su breve, pero poderoso amor; revive su propia vida, que terminará muy luego. La noche pasa, lenta y rápida a la vez. Ya luego vendrán. Es preciso decidirse.

Rodolfo toma su revólver nuevamente. Se coloca frente a un espejo para verse mejor, aprieta el gatillo... la bala entra por la sien derecha y sale por la otra. Se desploma junto al lecho. Todo ha terminado.



RLING

RODOLFO DECIDE ABANDONAR SUS PLANES, Y, POR CON-
RIA, EN UNA DESESPERADA CONVERSACION CON MARIA
UEDE ROMPERSE, YA QUE EL PAPA SE HA NEGADO A
ETA POR LA DESAPARICION DE SU HIJA, VA A AVERI-
A AMANTE DEL ARCHIDUQUE. EN UN RAPTO DE PASION,
SOLUCION A SUS IMPOSIBLES AMORES.



A las seis de la mañana de ese 30 de enero de 1889, el conde Hoyos se encuentra en el comedor de Mayerling tomando su desayuno. A las ocho se le une el príncipe Felipe de Coburgo, quien llega de Viena; deberían esperar a su anfitrión el archiduque, pero, como amigos en excursión de caza, se rien de la etiqueta. Ambos saben que Rodolfo no se enfadará. De pronto se acerca el fiel Loschek, quien parece preocupadísimo: —Señores, estoy muy inquieto —dice—. A las siete y media golpeé a la puerta de Su Alteza Imperial. No hubo respuesta. Como sé que necesita descanso, me fui y volví veinte minutos más tarde. Golpeé nuevamente, hice ruido, remecí la puerta. ¡Nada! Tengo miedo de que haya sucedido algo.

Coburgo, Hoyos y Loschek se precipitan a los aposentos del archiduque y lo llaman a grandes voces. Nadie responde.

—¡Fuerce la puerta! Yo lo respaldo —dice Coburgo a Loschek. Con una hacha éste hace saltar la cerradura y luego entra solo en el departamento.

—Lo que vi al resplandor de las velas que ardían aún en los candelabros —contará Loschek más tarde—, no lo olvidaré jamás. El archiduque y la baronesita yacían inanimados sobre el lecho. El rostro, la frente y la camisa del príncipe heredero estaban cubiertos de sangre; su brazo derecho pendía fuera del lecho. María Vetsera en camión y con un ramo de rosas entre sus brazos, parecía dormir. Su rostro estaba intacto. Lo que me sorprendió fué encontrar una hoja de afeitar en la alfombra, cerca del lecho.

Pálido, Loschek deja la habitación.

—¡Los dos han muerto! —murmura con voz quebrada por la emoción.

José Hoyos ya le había contado a Coburgo que María Vetsera estaba en el castillo con el príncipe. Los tres hombres examinan aterrados la situación. Por último deciden enviar al doctor



Wiederhofer, médico del emperador, el siguiente telegrama: "Venga a Mayerling. Urgente. Loschek."

El príncipe de Coburgo se queda en el castillo para impedir que nadie entre en el trágico aposento antes de que lleguen los delegados del emperador.

A Hoyos le toca la triste tarea de llevar la fatal noticia a la Hofburg. Bratfish lo conduce en su coche a la estación de Baden.

A las 9.18 llega un tren correo de Trieste. Desgraciadamente no toma pasajeros en Baden; lo impide un reglamento. Hoyos delibera con el jefe de estación. A fin de convencerlo, el conde se ve forzado a decirle el motivo de su apuro por llegar a Viena. Sobrecogido, el jefe de estación deja subir a Hoyos en el tren correo.

A las 10, Hoyos llega a Viena y se dirige al palacio imperial. Al llegar a Hofburg, el conde de Hoyos se entrevista con el chambelán del archiduque, el conde de Bombelles, a quien le comunica la infausta nueva, igual que al barón Nopsa, chambelán de la emperatriz; al conde Parr, Gran Mariscal del Emperador, y a la dama de compañía de la emperatriz, Ida de Ferenczy.

Entre todos deciden avisar a la emperatriz primero. Se dirigen a sus aposentos en grupo, pero, al final, es Ida de Ferenczy quien da la noticia a la soberana.

—Debo informar a Su Majestad Imperial que el príncipe heredero está enfermo en Mayerling...

—¿Enfermo?

—Sí, y muy grave.

—¿Pero, tendrá algún médico a su cabecera?

—Desgraciadamente, señora...

Elizabeth no necesita saber más. Le basta con ver el rostro de su dama de compañía, y los de los dignatarios que esperan cerca de la puerta. Ella ha comprendido:

—¿Ha muerto, verdad?

—Sí, señora.

La emperatriz vacila, pero se repone de la emoción. Solamente su increíble palidez traiciona su inmenso dolor. Pero permanece derecha y digna, siempre señorial.

—¿Qué sucedió? ¿Qué mal lo aquejó? —pregunta.

—Es preciso que Su Majestad conserve la calma; el príncipe heredero se ha dado la muerte voluntariamente.

—¿Se ha suicidado? El, un católico. ¿Cómo anunciar algo semejante al emperador? Y sólo yo puedo hacerlo.

La emperatriz se dirige a hablar con su esposo, Francisco José. Le habla tierna y dulcemente, y poco a poco, con infinitas precauciones, comunica al emperador la muerte de ese hijo, tan ardientemente esperado, y en el que descansaban todas las esperanzas de la dinastía. En un comienzo, se diría que Francisco José...

(CONTINUARA)





Zig-Zag presenta en tres tomos lujosamente encuadrados, con más de 1.600 fotograbados, croquis de batallas y gráficos logarítmicos de la historia industrial del país, este RESUMEN DE LA HISTORIA DE CHILE, de Francisco Encina, redactado por Leopoldo Castedo, célebre historiador español y colaborador del autor.

Estos tres tomos, de fácil lectura, son indispensables tanto al estudiante como al estudioso, al alumno, al profesional y a todo el público en general. Por sus proyecciones didácticas, su amenidad y valor ilustrativo, y por la curiosa acumulación de informaciones suplementarias, esta obra constituye lo más perfecto en su género salido de prensas nacionales y es un legítimo timbre de orgullo para Chile.

PRECIO \$ 4.800.— los 3 Tomos.
Consulte nuestro Departamento Ventas a Plazos,
Avda. Santa María 076, 3er. piso, Fono 82731.
Solicite un folleto informativo.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile

—Bueno, pero es lo que ella va a hacer en la película. Otra cosa: hay otra escena en la que hay un lugar especial para otra canción. La haremos cantar antes de la batalla, para darles ánimos a las tropas. Lo tengo todo listo. La duquesa de Richmond... La luz roja encima de la puerta se apagó.

—Entremos —dijo Cartwright. Golpeó su pipa vacía contra la pared y empujó a Mónica delante de él hacia la oscuridad.

El estudio por dentro era como una barraca, una barraca enorme que cubría más de medio acre de terreno. Parecía tener cien pies de altura. Innumerables ruidos pequeños se oían al fondo: pasos, cables que eran arrastrados, el chirrido de una sierra y voces apagadas. Aunque parecía que había un gran número de personas dentro, se movían como sombras. Luces pálidas, muy lejanas y ninguna iluminando directamente sobre las cosas, daban un pálido resplandor que se unía a los reflejos de la luz del día que se filtraba por el tejado.

Todo era una confusión. Habían construido las casas de todo el mundo, los jardines de todo el mundo; era como una pesadilla; construir y luego destruir.

Con Cartwright sujetándola firmemente por el codo, Mónica se aventuró en ese mundo de leyenda. Fragmentos de una prisión (poco convincentes eran los barrotes de madera pintados) se hallaban apilados contra una pared. Pasaron por la cocina de un hotel y por una parte del puente Westminster. Pasaron por una calle de suburbio, de la cual la casa principal era la de un médico criminal, de una novela de William Cartwright, construida íntegramente, desde los ladrillos hasta la última pieza del amoblado. La calle se veía azulada y sucia, extremadamente desagradable y siniestra. A Mónica le pareció que habían andado varias millas antes que se oyeran unas voces y brillantes luces se encendieran delante de ellos.

—¡Silencio, por favor —gritó una voz—, silencio!

—Allí está ella —dijo Cartwright.

Estaban mirando, como bajo una campana de vidrio, un lujoso camarote a bordo de un transatlántico. En el medio de la cabina, vistiendo un escotado vestido dorado, del cual emergían totalmente sus soberbios hombros, se hallaba Frances Fleur.

La nítida claridad de las luces hacía cada detalle más vívido que en la realidad. Los paneles blancos y rosados de las paredes, la tapicería, la caoba alrededor de las ventanitas redondas, todo brillaba y relumbraba. Los artículos de toilette, sobre la mesa de tocador parecían ser de oro; incluso la botella de agua sobre la mesa de noche parecía brillar. El color de la piel de Frances Fleur, de un magnífico naranja dorada, contrastaba deliciosamente con sus grandes y alargados ojos y su cabello negro. Su rostro era amplio y los pómulos altos, de expresión serena y las pestañas tan largas y sedosas que parecían pintadas.

—Cuidado con ese cable —susurró Cartwright, sujetándola al tropezar ella. Había estado caminando de puntillas desde que entraron—. Póngase aquí. S-s-t.

Todo ruido se apagó. Al borde de las luces se veían siluetas de caras fantasmales, y las formas marcianas de las maquinarias.

—¡Cámara!

Una suave campanilla tocó dos veces. Un joven de sweater se adelantó hasta quedar frente a la cámara, sosteniendo un delgado marco de madera.

"Espías del Mar. Escena número treinta y seis. Segunda toma."

El borde del marco, cerrado con fuerza, sonó agudamente. El joven retrocedió. Y Frances Fleur se animó súbitamente.

La rellena y hermosa morena parecía indecisa. Moviéndose sus suaves hombros fuera del vestido. Miró hacia la puerta. Luego apretó el botón de la campanilla. Con una rapidez desconocida en todo transatlántico desde el Arca de Noé, su llamado fué contestado por una camarera.

Esta, evidentemente, no tenía buenas intenciones. Era una mujer de edad mediana, con una cara ceñuda y torva. Cualquier agente del Servicio Secreto se habría dado cuenta del peligro con una sola mirada, y se habría sentado a vigilarla con un revólver en la mano.

—¿Llamó la señora?

—Sí. ¿Entregó mi mensaje al señor De Lacy?

—Sí, señora. El señor De Lacy vendrá enseguida.

—¡Corten! —gritó una nueva voz.

Todo se detuvo.

La primera impresión de Mónica fué que algo había re-

(Continúa en la pág. 24)

LOS hombres aficionados a los deportes peligrosos tienen que irse a la selva; pero tú puedes darte ese lujo sin alejarte de la ciudad. Si quieres participar en la más extraña y fascinante de las cacerías para conseguir un trofeo que lucirá muy bien en tu living, trata de "pescar" un soltero. Y si buscas más emoción, escoge uno que pase la treintena. Verás que esta criatura astuta no traga el anzuelo tan fácilmente. No se muestra confundido ante un perfume insinuante ni frente a un escote provocativo. Con un soltero debes emplear todas tus artes.

Este no es el deporte de los reyes, sino de las reinas. Una reina debe, sin perder su aspecto femenino, escoger un esposo conveniente y, al mismo tiempo, hacerlo creer que es él quien la ha elegido a ella. O sea, que en la caza de un soltero, la dama deja que el varón la persiga hasta que "lo caza". Aquellas que consideran que esto es demasiado complicado, deben ir entonces al África a atrapar un rinoceronte. En nuestro afán de servir a la ciencia, capturamos vivo un espléndido ejemplar de soltero, con el propósito de entrevistarlo. Reúne las condiciones esenciales: cuarentón encantador, profesor universitario; no se ha casado aún, a pesar de que estima más a las mujeres que el resto de sus congéneres. Nosotras le hemos prometido discreción, y él ha consentido en opinar al respecto.

—¿...?

—Por cierto que nos gusta que nos persigan, pero siempre que lo hagan con delicadeza.

—Precisamente es eso lo que nos interesa saber —le decimos—. ¿Qué consideran ustedes delicadeza? ¿Es demasiado chocante que una mujer invite a un hombre a comer a su casa?

—Es de esperar que no. A un soltero le gusta sacar provecho de su situación y dejar que una dama le prepare regias comidas. Sin embargo, si rechaza dos invitaciones seguidas, ella debe darse cuenta de que el galán no se siente atraído ni por la anfitriona ni por la comida. Entonces tendrá que resignarse a esperar hasta que él la llame.

"Aunque solteros por nuestra voluntad, nos solemos sentir a veces muy solos, y apreciamos una buena comida casera. Sin embargo, debo hacer una salvedad: no nos gustan las mujeres esclavas. Es preferible que abra unas cuantas latas a que dé la impresión de que la pobre se mata trabajando."

"Otra cosa irritante es cuando la anfitriona insiste en que nos repitamos un guiso. Parece que midiera nuestra capacidad de apreciación por la cantidad que consumimos. Y cuando hemos terminado de comer, nos sentimos tan imposibilitados de movernos o hablar, que sólo deseamos correr hasta nuestra casa a descansar y recuperarnos. Pero un buen bife, además de ensaladas, una crema de chocolate y café constituyen una comida que logra que un hombre se sienta tan contento de vivir como la propia mujer que la ha preparado."

—Ustedes los hombres, ¿prefieren salir con una encantadora muchachita o con una mujer ya no muy joven?

—Esa es cuestión de gustos; pero yo prefiero la compañía de una mujer de más o menos mi edad. Me entretengo más con una mujer que sepa conversar y que tenga una cierta cantidad de "voluntad". No me refiero a la muñeca de sociedad, sino a la mujer con tolerancia y comprensión, cualidades que se adquieren con los años. Me gusta una mujer con la cual se pueda discutir una idea en forma objetiva.

En cambio, una mujer de cuarenta que actúa como una niña es insoportable. —¿Cómo se siente cuando le toca como pareja en una fiesta una mujer soltera y de edad conveniente? —¡Magnífico! ¡Espléndido! Siempre es agradable salir en parejas. He conocido muchas mujeres interesantes en ocasiones como esas.

—¿No siente que lo están tratando de atrapar?

—Sólo tengo esa sensación cuando una mujer se demuestra demasiado obsesiva y desde el comienzo me bombardea con sus invitaciones; o cuando es demasiado generosa y quiere que co-

menzaron a ensalzarme. En ese instante sentí que me estaban atrapando. Parecía que entre todas estaban decidiendo mi porvenir.

—Nos ha dicho qué cosas lo hacen tener deseos de escapar; ¿podría ahora contarnos qué factores logran que le guste seguir viendo a una mujer?

—Eso es más complicado para explicar. Una de las cosas que hacen agradable una amistad femenina es ver que la mujer tiene otros intereses en la vida fuera del matrimonio.

"Si es una mujer con carrera, magnífico, siempre y cuando con eso ella no pretenda ser superior al hombre. Una

A la caza de un marido



nozca a su familia y amigos, y, además, se preocupa de cosas que involucran matrimonio... dinero, medio social y perspectivas futuras.

"La semana pasada fui a comer a casa de una amiga con la cual salía muy a menudo, y conocí a su familia. En cierto momento me pidió que me quedara con su sobrinito, y cuando evité que el niño se cayera, todas las mujeres co-

cantidad de intereses comunes, tales como los amigos, la música, los deportes y el arte, dan más atracción a su compañía, además de hacernos sentir que no le estamos arruinando la vida al no proponerle matrimonio."

"Esperamos que una mujer sea femenina, pero no demasiado. Y nos gusta

(Continúa en la pág. 34)

Para la hora del té



El molde de la semana

Esta semana ofrecemos el molde de un precioso vestido semielegante. Se puede confeccionar en lana delgada o en seda y se necesitan 5,30 x 0,90 metro.

NOTA: Se ruega a las lectoras que soliciten moldes que manden un sobre estampillado con el nombre y dirección para su pronto despacho; los sobres tipo escuela no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

Se ruega mandar \$ 20 en estampillas de correo para solicitar el molde.



Elegancia

EN EL HOGAR

Para tenidas de entrecasa, CAUPOLICAN presenta con orgullo sus estampados.

Colores firmes, lavables y de gran duración. Especiales para confeccionar batas, vestidos y delantales.

Luzca elegante en su hogar con

ESTAMPADOS

Caupolican
M. R.



sultado mal. Pero ni Frances Fleur, ni la siniestra camarera, ni nadie más, parecían encontrar nada de raro en esto. Simplemente, esperaban. La camarera siniestra, para decir verdad, estaba en un estado de

agitación cercano a las lágrimas. Fuera de eso, todo parecía moverse en cámara lenta.

Luego hubo un intervalo prudente, sin duda, para consultar con un hombre alto, medio calvo y de cabellos grises, que entró en el escenario. Este parecía muy pensativo. Vestía un modesto traje de tweed, un sweater de color pálido y unos zapatos enormes. Las luces brillaban sobre su alta y ancha frente. Mónica, con sólo mirarlo, se dio cuenta de que era Howard Fisk, el director.

Lo que dijo Fisk a las dos actrices no se supo. Su defecto era ser casi completamente inaudible. A una distancia mayor de seis pies, era imposible para el oído más fino percibir una sola palabra de lo que decía. Para Mónica, que esperaba oírlo gritar a través de un megáfono y poco menos que echar abajo la casa, esto resultó una desilusión.

Pero hacía gestos. Dió golpecitos en la espalda de la camarera siniestra, y pareció que le hablaba bondadosamente. Sostuvo una íntima y fantasmal conversación con Frances Fleur, interrumpida por largas pausas, durante las cuales miraba a su alrededor y parecía meditar. Finalmente asintió, les sonrió, hizo una seña con la mano y abandonó el escenario.

Mónica lanzó un suspiro de alivio.

"Escena treinta y seis. "Espías del Mar". Toma tercera." La camarera siniestra apareció otra vez.

—¿Llamó la señora?

—Sí. ¿Le entregó mi mensaje al señor De Lacy?

—Sí, señora. El señor De Lacy vendrá enseguida.

—¡Corten!

Fisk entró nuevamente en el set. La visita fué un poco más larga esta vez.

"Espías del Mar". Escena treinta y seis. Cuarta toma."

La camarera siniestra apareció nuevamente.

—¿Llamó la señora?

Mónica no pudo controlarse.

—¿Por qué no acaban de una vez? —susurró—. ¿Por qué siguen tomando ese pedacito una y otra vez?

—Chit —le contestó Cartwright.

—¿Pero cuántas veces lo van a tomar?

La respuesta a esto fué dada por la camarera siniestra. La agitación de ésta había ido en aumento. Cuando por cuarta vez le preguntaron si le había entregado el mensaje al señor De Lacy, perdió la serenidad, contestó que no y se echó a llorar.

Se supuso que lo que Fisk había dicho era que podían tomar un descanso.

—¿Bueno? —le preguntó Cartwright—. ¿Qué le pareció?

—¡Es la cosa más fascinante que he visto!

—¡Vaya! ¿No nota por casualidad algo raro aquí?

—¿Raro?

Mónica lo miró. El grupo alrededor del escenario había comenzado a disolverse. Un grabador de sonidos golpeaba, haciendo vibrar las luces; algunas habían sido apagadas. William Cartwright se quedó mirando hacia todos lados, indeciso, como si oliera el aire lleno de polvo. La pipa, vacía de nuevo, estaba sujeta entre sus dientes. Parecía muy serio.

—Raro —insistió, haciendo oscilar la pipa—. En primer lugar, aunque varias veces he visto gente que ha tenido ataques de histeria por buenas razones, nunca vi que le pasara a la vieja McPherson—. Señaló a la siniestra camarera, que permanecía en el escenario, siendo confortada por Howard Fisk—. Hay algo en el aire. La mitad de la gente está con los nervios alterados; y quisiera saber la razón.

—¿No está usted imaginándose cosas?

Frances Fleur había caminado con aire real fuera del escenario. Estaba sentada ahora sobre una silla de campo no lejos de ellos, justo al lado de los reflectores. Estaba sola con una criada de verdad, que incluso aquí llevaba una gorra y delantal, y que estaba arreglándole el make-up. Era difícil asociar a Frances Fleur cualquier nerviosidad. Su serenidad parecía intacta e irrompible. Durante los monólogos con Howard Fisk simplemente había asentido y sonreído una y otra vez. Parecía que no pensaba en nada.

—En segundo lugar —continuó Cartwright—, es anormal; hay muy poca gente.

—¿Llama a esto poca gente?

—Lógico. Sin decir nada de los extras, ¿dónde está el número habitual de visitantes, amigos, dependientes y ociosos? ¡Mire!, el lugar está casi desierto. Usted y F. F.

Y así...
al crimen

(Continuación de
la pág. 20)



y la McPherson y la criada de F. F. son las únicas mujeres que hay aquí. Ni siquiera veo a la doble de F. F., lo cual es muy extraño. Algo anda mal.

—Sin embargo...

—Oh, quizás no es nada. Me pregunto qué será de Tom Hackett. De todos modos, ahí está F. F. en persona. ¿Quieres que se la presente?

—No lo sé. Me he estado preguntando si debería o no.

—¿Por qué no?

Mónica tuvo un arranque de sinceridad.

—A veces he pensado si no resultaría que ella era una terrible farsa. Pero no lo parece.

—No lo es... ¡Frances!

La hermosa morena se dio vuelta y sonrió. Pareció animarse en la misma forma que lo hacía ante la cámara.

—Frances, te presento a una gran admiradora tuya. La señorita Stanton; la señorita Fleur.

—¿Cómo está usted? —sonrió Frances.

Estaba transfigurada. Su sonrisa se acentuó, mostrando unos magníficos dientes. Al hablar no se borró la sonrisa de su rostro. No era una cosa mecánica; su encanto era completamente genuino. Le gustaba que gustaran de ella; y cuando alguien la alababa, casi se podía sentir la satisfacción física que emanaba de ella.

—La señorita Stanton está aquí para trabajar con Tom Hackett —explicó Cartwright—. A propósito, ella es la joven que escribi "Deseo".

Frances Fleur dejó de examinar el barniz de uno de sus dedos y la miró. Hasta ese momento había sido amable, pero guardando las distancias. Ahora era levemente diferente. La miró de nuevo.

—¿No es...?

—Sí —contestó Cartwright con firmeza.

—¿Realmente? ¡Encantada de conocerla! Es mi próximo papel, usted sabe.

Mónica la miró con aire de incredulidad.

—Eva —explicó Frances—. No Eva en el jardín del Paraíso, sino que la Eva de su novela. Por favor, siéntese aquí. Tenemos tanto que conversar. Eleanor, trae una silla para la señorita Stanton.

Eleanor la trajo. Mónica quedó situada en una posición tal que Frances la veía a plena luz. Porque ella era verdaderamente curiosa. No había leído "Deseo"; pero había hecho que su marido le leyera en voz alta las mejores partes, y le habían interesado. Su apreciativa mirada la recorrió de arriba abajo. Pero no se podía saber lo que pensaba.

—¿Es ésta su primera visita aquí? —le preguntó—. Espero que le guste. Me entretuve tanto con su libro.

Aquí Miró a Mónica con mayor curiosidad aún.

—Es muy buena al decirme eso.

—En absoluto —rió la otra—. A mi marido, el barón Von Gager, le encantó. El escoge todos mis papeles. Debe usted conocerlo. ¡Kurt! ¡Kurt!

Miró a su alrededor.

—¿Dónde estará Kurt? ¿No lo vieron ustedes? No me gusta que se desaparezca de esa manera.

—No lo hemos visto —contestó Cartwright—. Y tampoco he visto a Tom Hackett, aunque debería estar aquí.

Hubo una mirada de entendimiento entre ellos. Los ojos de Frances Fleur eran expresivos.

—En ese caso —dijo, evitando decir lo que estaba pensando—, debe conocer a Howard Fisk. ¡Howard! ¿Quiere venir un momento, por favor?

El director dio una última palmadita sobre el hombro de la siniestra camarera, quien se estaba enjugando los ojos. Parecía que la había animado considerablemente. Luego se acercó sobre sus enormes zapatos. Visto de cerca, parecía un médico distinguido o un científico. Se estaba restregando las manos, de una manera sonriente y satisfecha, mientras se acercaba al grupo. A una distancia de tres pies se pudo oír su voz suave.

—Bueno, estamos progresando —les confió—. Definitivamente, estamos progresando. —Se detuvo y reflexionó—. Una de esas cosas tiene que servir; y Annie McPherson se siente mucho mejor.

—Howard, te presento a la nueva escritora del estudio.

Fisk volvió a la realidad.

—Ah, sí. El experto de Hollywood. Hackett me había hablado de eso. ¿Cómo está usted? —preguntó, envolviendo la mano de Mónica en una gran garra, y acariciándose la—. Espero que no encontrará nuestros métodos ingleses muy lentos para su gusto.

—No —dijo Cartwright, con voz lenta y clara—. Esta es otra persona. La señorita Stanton escribió "Deseo". No ha tenido nunca ninguna experiencia en cine.

Fisk le dio unos golpes en la mano.

—¿Así es? Entonces es más bien venida aún. ¿Estaba mirando las tomas? ¿Qué le parecían?

—Pensó que tomabas demasiado tiempo para ello —contestó Cartwright con (¿deliberada?) falta de tacto.

Mónica, roja y turbada, tuvo deseos de cogerse de su barba; su angustia se empeoró al ver que tanto Frances Fleur como Fisk la miraban sonriendo.

Hoy, que es el cumpleaños de mi hermana.

Hoy, que es el cumpleaños de mi hermana, no tengo nada que darle, nada. No tengo nada, hermana. Todo lo que poseo siempre lo llevo lejos. A veces hasta mi alma me parece lejana.

Pobre como una hoja amarilla de otoño, y cantor como un hilo de agua sobre una huerta, los dolores tú sabes cómo me caen todos, como al camino caen todas las hojas muertas.

Mis alegrías nunca las sabrás, hermanita, y mi dolor es ese, no te las puedo dar; vinieron como pájaros a posarse en mi vida, una palabra dura las haría volar.

Pienso que también ellas me dejarán un día, que me quedaré solo como nunca lo estuve. Tú lo sabes, hermana, la soledad me lleva hacia el fin de la tierra como el viento a las nubes.

¡Pero para qué es esto de pensamientos tristes! ¡A ti menos que a nadie debe afligir mi voz! Después de todo, nada de esto que digo existe. ¡No vayas a contárselo a mi madre, por Dios!

Uno no sabe cómo va hilvanando mentiras, y uno dice por ellas, y ellas hablan por uno. Piensa que tengo el alma toda llena de risas, y no te engañarás, hermana, te lo juro.

(Pablo Neruda)

—No debe confundir la paciencia con la incompetencia —le explicó el director—. Infortunadamente, el primer requisito aquí es la paciencia. Y el segundo —meditó un instante— y el tercero. Además, hemos tenido una pequeña molestia en el ensayo.

—¿Sí? —exclamó Cartwright—. ¿Es acerca de eso lo que nos dijo Tom Hackett que casi había muerto alguien? Fisk pareció divertido; continuó palmeando la mano de Mónica; ésta comenzaba a sentirse incómoda.

—¡Vamos, vamos! Nada de eso. Sólo un estúpido descuido de parte de alguien. Me voy a poner serio con esa gente del departamento de utería.

—¿Pero qué fue lo que pasó?

Una sombra de incomodidad pasó por la cara del director. Todavía sin soltar la mano de Mónica, se volvió e indicó el escenario.

—¿Ves esa botella de agua, allí, al lado de la puerta?

—Sí.

Aunque menos iluminado ahora, los ricos colores del camarote todavía parecían una postal de algún lugar distante. Todos miraban la botella de cristal sobre la mesa, cerca del lecho, que brillaba.

—No hubo ningún daño, menos mal. Aunque Annie McPherson tuvo un susto, porque estaba por ahí cerca. Estábamos todos en el escenario, ensayando, y yo les estaba explicando algo a Frances y Annie. No puedo darme cuenta de cómo sucedió.

—¿Continúa!

—Bueno, yo me estaba moviendo, y haciendo gestos, supongo. Gager y yo estábamos hablando, y yo retrocedí, cuando él me dijo: "¡Cuidado!" Tropecé con la mesa del lado de la cama, y ésta se dio vuelta. Hubo un ruido como de chirrido, más bien desagradable. La botella de agua había caído sobre la cama, afortunadamente; todo un trozo de la cubrecama y las sábanas debajo, e incluso, el colchón, comenzaron a hervir e hincharse, quedando como una manzana apollada. ¡La botella de agua no había sido llenada con agua! ¡Estaba llena de aceite de vitriolo... ácido sulfúrico!

(CONTINUARA)

FOTOGRAFÍAS RAYS. — Posaron por gentileza del Teatro de Ensayo los actores Mario Montilles, Montserrat Julió, Marina González, Jorge Alvarez y el jefe de producción, Ricardo Miranda. Estos y los actores que aparezcan en los diferentes episodios pertenecen al elenco de la obra de Blest Gana MARTIN RIVAS, que se estrenará a principios de mayo, en el Teatro Municipal, a beneficio de las Obras de Protección al Niño Lisiado.



Adornados con estos nuevos e irresistibles tonos, sus labios lucirán siempre de fiesta y serán, como nunca, la constante admiración del hombre que le ame... Su exclusivo "brillo sin grasa", testimonio de finura..., lo hacen el lápiz labial predilecto de las damas del mundo elegante.



Michel

BRILLO SIN GRASA

Fabricantes para Chile:

Rabíe Hnos. y Cía.

CAPITULO X

Aún cuando caminaba por el presente, los pequeños hoyitos que formaban sus pasos se deshacían como si sus pies jamás los hubiesen tocado.

—Vencida, vencida porque no conozco a mi contrincante, porque no puedo casi entender sus argumentos, porque me gustaría preguntar más, y tengo que quedarme quieta. Vencida de ese modo, pero no a causa de Napoleón —repetía, dudando.

—¿Contrincante? ¿por qué contrincante? —preguntó Conway, rápidamente— Yo soy su mejor amigo.

Como no le podía responder, Conway continuó:

—En el colegio, durante dos años, me senté junto a un niño llamado Tomás. Dormíamos en el mismo dormitorio, jugábamos en el mismo equipo de fútbol. Todos los meses yo pasaba un fin de semana en casa de sus padres, y otro él venía a la nuestra. Eramos grandes amigos. Jamás peleábamos. Sólo cuando terminamos nuestros estudios supe que era hijo del Ministro de Transportes. Nunca me lo dijo. ¿Comprende lo que eso significa?

—Sí —respondió con honda convicción—. Sólo un inglés es capaz de eso.

—La nacionalidad sola, según creo, no es razón suficiente para que yo no le agrade.

—Usted me agrada, me gusta mucho, pero no siempre lo comprendo.

Esta frase necesitó de todo mi coraje. Me levanté de prisa y corri antes de que Conway pudiera detenerme. Sentía más que oía que me decía algo como esto: "Es mejor así".

Ayer cedi a la persecución de mi jefe y me dirigí a Luxor para descansar. Descanso es otro nombre que tiene el cuarto de baño. Descanso es un ventilador eléctrico. Descanso es dormir. Además, fui comisionada para mandar tres telegramas: a Lord Eversham, al director del Museo de El Cairo y al Banco de Inglaterra. También tenía que conseguir tabaco y una pipa nueva; la antigua la había perdido en la arena. Algún día esta pipa sería la causa de que los sucesores de Conway excavaran por otro Ramsés, porque, en broma, había grabado en ella los jeroglíficos de este rey.

De pronto Luxor fué para mí unas vacaciones de verano. Podía caminar alrededor de la casa con mi cabeza alta, sin tener miedo de pegarme contra el cordón de la tienda. Podía abrir y cerrar las ventanas, apagar y encender la luz, jugar con el agua. Había una carta de Barta, de El Cairo, que parecía ininteligible.

Véngase antes de que se enferme.

Tómese un descanso, en nombre del cielo, y así podrá continuar con su trabajo durante el invierno. Nuestro club en Meadi ha agregado un pequeño hotel, el sitio más ideal para refrescarse que usted se pueda imaginar...

Era una lástima que nuestras ideas respecto al refrescamiento difirieran tanto. Pero ésa no fué la única razón por la cual destruí la carta. El señor Conway habría reconocido la letra inmediatamente.

Mi especie de refrescamiento consistía también en sentarme en el polvo fuera de nuestra casa.

Esma me ayudó, y cuando habíamos casi terminado, un amigo suyo, que iba con él al colegio nocturno, vino y ayudó. Pero esto era sólo por curiosidad. El muchacho quería echarle un vistazo al accidente. Le pagué con un tarro de mermelada de manzanas. El sabor europeo le hizo una impresión maravillosa.

Esa noche dormí descansada y soñé confusamente en un enorme descubrimiento que el señor Conway había hecho porque yo no estaba allí. Luchaba consigo misma preguntándose si volvería al Valle o no. Unida al tesoro había una profecía que debía revelarse a una mujer. El precio era de alabastro revestido con esmalte azul. Cubría una ur-

—Extranjera anotó el directo con una sonrisa vacía.



embrujo Egipto

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Conway le explica a Sonia el descubrimiento de momias que hicieron los Abdul Rasuls, cómo las es-

POR VICTORIA WOLF

na de oro. Pero esta urna sólo la podía abrir un hombre célibe.

—Ridículo —le oí decir a Conway—. Todo eso es mera superstición. —Y entonces él silbaba el aire con que volvía al hogar y yo despertaba.

Transpiraba un sudor helado. Ni la ducha pudo disipar totalmente mi pesadilla. La única forma de librarme de este sueño era volver rápidamente a los cerros de Kurna. Cuando vi la del Cuerno me tranquilicé. De aquí es de donde yo soy. De aquí y nada más.

—Bueno, ¿cómo lo pasó? —me preguntó Conway, mientras llenaba su adorada pipa y colocaba el tabaco en una caja para que no se echara a perder.

—Horriblemente —le dije—. Soñé que usted encontraba algo que yo nunca podría ver.

—Hmmm.

Las cosas habían ido tan lejos dentro de mí, que me sentí dichosa hasta de oír este sonido tan característico.

A las seis de la mañana del domingo siguiente, Ahmed Gerigar se acercó a la muralla de mi tienda y en voz alta me pidió hablar con el señor Conway. Me irrité ante la idea de Ahmed y le grité que el amo estaba en su propia tienda.

—No, no está allí —me respondió Ahmed.

—Entonces, ha ido a la tumba... o al diablo.

En vez de responderme, Ahmed deslizó un telegrama por debajo de mi tienda. Naturalmente que ya lo había leído. Anunciaba para ese mismo día la llegada del director del Museo Egipcio.

Me vestí rápidamente, tomé el atajo por la arena y me deslicé hasta el pasaje. Habían excavado el pasaje hasta el final, el cual subía hacia arriba. Una persona agachada podía pasar por el túnel. A intervalos había lugares de descanso del tamaño de un hombre. Desde mi vuelta de Luxor no me había acercado al sitio de trabajo. Ni Conway me había pedido que fuera con él. Cuando volvía a casa me dictaba el memorándum diario y me decía que esto

condieron y luego cómo las entregaron al Museo de El Cairo. Conway decide entonces excavar en la garganta de la roca, y para eso se levantan dos tiendas: una para él y otra para Sonia. Ahora viven en el desierto cerca de los campamentos de los trabajadores, mientras trabajan tanto en las excavaciones como en la preparación del libro que está escribiendo el jefe.

debía satisfacer mis ansias de exploradora. Tenía un cierto miedo de ver profanado su trabajo. No quería que lo observara. Lo llamé en voz alta varias veces antes de verlo y antes de que él me pudiera ver a mí. Pero no me respondió de inmediato. Cuando estaba ya casi detrás de la inclinada figura, vi que estaba ocupado observando un magnífico vaso con una linterna.

Estábamos de pie al final del túnel en una pequeña cámara de dos yardas de ancho y tres de largo, llena de cascajos. No había llegado ningún trabajador.

—Ayer mandé a la gente a su casa porque estaba sobre la pista de esto. —Tocó amorosamente el vaso, al cual yo no di una segunda mirada.

En seguida me tomó la mano, me guió hacia una pequeña abertura y me dijo que tocara una piedra dura que yacía en el fondo.

—Piedra cristalina. Probablemente una urna.

—En Luxor soñé con una urna de alabastro, la cual estaba revestida con esmalte azul, y que contenía oro —le dije, porque no quería demostrarle lo feliz que me sentía por su descubrimiento.

—De oro —se burló el señor Conway—. Esta urna estará vacía.

—¿Por qué?

—No creo que esta tumba fuera terminada, y menos aún que haya sido usada a medio terminar. Nada en los contornos lo indica así. Nosotros no se lo contaremos a nuestra gente. Dejémoslos que conserven su entusiasmo hasta que se haya extraído la última palada.

—Además, usted puede estar equivocado. Esta no es una urna vulgar. Es una puerta cerrada que conduce a una pieza repleta de oro de la tumba.

Tenía pena por este hombre persistente y a menudo desilusionado.

—¿Cuándo leyó por última vez "Las Mil y Una Noches"? —me preguntó secamente.

—El director del Museo de El Cairo vendrá a las diez. Aquí está el telegrama. —De pronto recordé que yo sólo era una secretaria.

—Llegará justo a tiempo para ver extraer un ataúd vacío. —Eso es lo que me desconcierta —dije.

—¿Por qué? El director no es una mala persona.

—Pero se llevará una falsa impresión de su trabajo. No puede creer que, como Moisés, usted toca una roca y fluye el agua. El no debe pensar que usted duerme toda la semana y el domingo justamente encuentra un ataúd de cristal. No, no puede pensar eso. Y si lo hace, yo le diré la verdad.

—Sonia, mi Rayito de Sol.

Al escuchar esto, la piedra cristalina se tornó de pronto en oro. Luego fui enviada a notificar a Ahmed y a los trabajadores. La gente estaba ya esperando abajo.

—El amo hizo un gran descubrimiento anoche —dijo a Gerigar con un tono de tal superioridad inglesa, que para los árabes bien podría haber estado en las islas británicas, a pesar de hallarme en medio de ellos.

—El amo es grande —murmuró con admiración Gerigar.

—Alá es grande —respondió la gente, inclinándose suavemente hacia la tierra.

En seguida cogieron sus herramientas y desaparecieron por la garganta de la roca.

Yo volví a la tienda para prepararlos a recibir al distinguido visitante. Por supuesto, no podía hacer nada para

(Sigue a la vuelta)



Qué liviano... refrescante...
sumamente encantador

EL POLVO FACIAL

*Max Factor
Hollywood*



LANA TURNER

Estrella de la peli-
cula M. - G. - M.,
en technicolor,
"La Viuda Alegre"

El maquillaje para
las estrellas y
PARA USTED de
Max Factor
Hollywood



Este es el secreto del polvo facial
que prefieren las mujeres de todas partes
como el retoque final a su propia belleza
natural.

El Polvo Facial Max Factor Hollywood realza
sus encantos por su delicada transparencia,
fragancia y variedad de colores que armonizan
perfectamente con el color de su tez. Vea con
qué facilidad se aplica y lo bien que se adhiere.
¡Y es tan agradable!

Creado por Max Factor Jr. para las estrellas
cinematográficas más lindas. Embellézcase
con el Polvo Facial Max Factor Hollywood
hoy mismo.

EN VENTA EN PERFUMERIAS,
FARMACIAS Y TIENDAS.

Fabricantes para Chile:
Rabié Hnos. y Cía.

conseguir flores, pero sacudiendo coji-
nes y almohadones podíamos dar un
ambiente más acogedor. Con la ayuda
de Esma comenzamos a limpiar el pi-
so de la tienda.

Hasta los sandwiches que preparamos
para el té tenían un sabor agradable.
Me preguntaba si el inventor de las
comidas en latas se habría imaginado
jamás que su invento sería un aporte
cultural. Nadie habla de este hombre.
y las latas se arrojan con desprecio.
Pero yo lo recuerdo, y le doy las gra-
cias todos los domingos en el desierto.

Las bebidas, a pesar de todos mis esfuerzos, conservaron
la característica del desierto. El hielo se derritió antes de
que llegáramos; por eso, lo único que pude servir fué té
con limón y azúcar. Después de todo, una tienda en el
desierto no es un bar.

El señor Conway volvió a su tienda alrededor de las diez,
se cambió de ropa, tomó desayuno y recibió a su visita.
Luego ellos se fueron al sitio donde estaban trabajando y
no me llevaron. A la hora de almuerzo, Esma entró co-
rriendo en mi tienda para llevarse el gran plato con sand-
wiches. Yo había puesto la mesa en la tienda del señor
Conway. De pronto temí haber puesto un cubierto de más
y una ola de resentimiento me invadió. Le dije a Esma que
retirara mi asiento y que les sirviera él lo mejor posible,
mientras yo me quedaba sola alimentando mi furia.
Afortunadamente, tenía bastante, ya que el señor Conway
sólo me llamó más tarde para que me fumara con ellos
un cigarrillo.

Mi padre siempre decía que la parte menos desarrollada
del cerebro del hombre era la memoria. Mi jefe parecía
haberse olvidado desde ayer de todo.

El director tenía una cara muy francesa. Era tan poco si-
métrico, que hacía que uno se quedara mirándolo. Su pelo
estaba cuidadosamente escobillado hacia atrás, pero desafia-
ba la gominá. Su pequeño bigote era igualmente tieso. Lo
menos obediente de todo eran sus ojos, los cuales se mo-
vían de un lado al otro como faros. El hombre se había
esmerado en parecer bien cuidado.

Sin duda, el señor Conway no había mencionado mi exis-
tencia, porque él no sabía dónde ubicarme y qué decir de
mí cuando me presentó. Yo tampoco le presté ayuda. Todos
mis demonios y mis ángeles dormían. El señor Conway
continuó contándole la historia de su experiencia con los
Abdul Rasuls. Estaba tan amable como siempre y no tra-
taba de ser especialmente obsequioso. A mí no me tomaba
en cuenta.

Sin embargo, estaba tan ansiosa por saber algo del bloque
encontrado bajo los cascajos. ¿Había sido desenterrado, qué
había dentro, y qué iban a hacer con él?

Cuando el señor Conway terminó su historia, el director
comenzó una. El observó que los Abdul Rasuls eran los
mejores conocedores de las antigüedades egipcias, excep-
tuando, naturalmente, a los presentes. Su lenguaje era tan
estilizado como una composición escolar pasada de moda:
introducción, tema, demostración, climax dramático. En-
tre él y Barta había sólo una generación, pero podían ha-
ber habido diez. Me habría gustado verlo con su familia.
Si mi madre hubiera estado en mi lugar, habría anotado:
"La historia siguiente es además menos notable".

Pero ahí estaba sólo su hija, y ella estaba malhumorada,
y no dijo nada.

Conway entonces preguntó si los tesoros debían ser trans-
portados a El Cairo o dejados donde estaban. El opinaba
que era mejor dejarlos, y el director, llevarlos.

—De acuerdo con mis cálculos, el costo del transporte so-
brepasaría el valor del hallazgo —dijo el señor Conway—.
Habría que fabricar una grúa especial para sacarlo de las
rocas. La Expedición Eversham no costeará el transporte. El
tesoro del museo está tan escuálido, y no tengo ni idea qué
pensará el gobierno de esto.

A pesar de todas estas razones, el director quería arreglar
la forma de transportarlo a El Cairo.

—No puedo simpatizar con su alegría de posesión. El museo
no es una bodega para ser llenado con todas las cosas que
se encuentran bajo el suelo de Egipto. ¿Qué desea hacer
con el féretro sin terminar de Hatsepsut? ¿Por qué no
esperar hasta que encontremos algo que valga la pena?
Conque ésa era la causa de su mal humor: el féretro a
medio terminar de Hatsepsut.

—De nuevo Hatsepsut —hice notar.

—Sí —dijo Conway—. La mujer me persigue como debió
perseguir a su hermano durante su existencia. Probable-
mente tendré que ir donde un mago para que me libre de
su embrujo.

El director no comprendió estas palabras, pues sonrió, dis-
traído. Estaba acalorado, a cada rato se secaba una pe-
queña gota de transpiración de su cara y se abanicaba para
refrescarse. Pero insistió en remover la urna y dijo que
haría todo lo que estuviera de su parte para conseguir el
dinero necesario. Este féretro, al menos, tendría un valor
histórico.



—Todo tiene un valor histórico —anotó Conway, cortante. Su reserva de amabilidad parecía haberse agotado.

—¿Qué tal unas vacacioncitas en El Cairo? —preguntó el director, diplomáticamente—. Después de haber hecho dos descubrimientos interesantes durante un verano, se puede permitir un descanso.

Trataba de aminorar nuestro desencanto: "descubrimientos interesantes". Descubrimientos para un psicoanalista, quizá, pero no para un arqueólogo.

—Una semana en El Cairo no sería nada malo —respondió Conway.

—Un cambio también le haría bien a la señorita. —El director se inclinó ligeramente.

—Me gusta aquí —dijo con acritud.

—Extranjera —anotó el director con una sonrisa vacía.

Extranjera! Sólo más tarde me di cuenta de qué se refería a mí. Nunca me había sentido tan en mi casa como en Egipto, pero eso no abarcaba a los egipcios. Era el lugar del nacimiento y no la emoción lo que contaba. ¿A dónde, entonces, pertenecía yo? A ninguna parte. Ni a Moscú, donde nací. La emigración es fácil, pero emigrar significa algo más. Volar, sí, pero, ¿ser aceptada? Siempre existirían esas sonrisas vacías, esos alzamientos de hombros, esa extrañeza y esa falta de deseo de comprensión. ¡Extranjeros! Y, sin embargo, hay gente que habla de los Estados Unidos de Europa.

—Por supuesto que Sonia estará encantada con ir a El Cairo. —El señor Conway trataba de arreglar las cosas.

—Ir a comprar a los bazares es una felicidad para cualquier muchacha joven —dijo, encantado, el director—. Sentarse junto a los mercaderes, beber café y negociar una bufanda. No conozco a nadie que no le guste eso.

—Ciertamente, yo estaré encantada de ir a El Cairo, si ese es el plan. —De pronto estaba convencida de ello. ¿Por qué no El Cairo? El hotel Sheppard, un cuarto de baño, música, la Ciudadela, Ataba, el museo, Groppi, ¡pero Groppi sin Hamilton!

En ese momento Conway dijo:

—El Groppi no nos acogerá sin nuestro amigo Hamilton. El director asumió un tono de tristeza.

—Sé que sufrieron una gran pérdida. Todos mis colegas simpatizaron con usted.

—Gracias —respondió Conway—. Hamilton tenía sólo veinticinco años. No se sentía muy feliz con su profesión, y murió antes de saber lo que era la vida y lo que podía significar el trabajo.

Entonces me arrepentí de haber dudado alguna vez del señor Conway.

Después de unos momentos, el director se levantó y dijo con pena que tenía que poner fin a esta agradable visita. Había pedido un coche para las tres, para así alcanzar el tren de las cinco para Luxor.

La educación se despertó en el señor Conway e hizo todas las protestas que habría hecho un oxfordiano en esas circunstancias. Esto duró por lo menos cinco minutos.

Este ceremonial fué una lección para mí y me despedí con tono diferente.

Después que se fué el coche, el señor Conway dijo, desgarrado:

—Ahora voy a dormir eternamente.

—Su odio a Hatsepsut es agotador. Qué hondas raíces debe tener —le respondí.

—Usted parece ser una buena discípula de Freud —se burló mi jefe.

Llamó a Esma para que arreglara su tienda y se durmió hasta la mañana siguiente.

Tres días más tarde, estábamos sentados en "La Estrella del Egipto", camino hacia El Cairo, en un compartimiento muy parecido al que habíamos llegado. Por lo menos el mismo polvo yacía en el suelo. Viajar de noche era agradablemente fresco, y en el coche comedor servían refrescos helados. ¿Podía ser posible que alguien en el mundo tuviera razón para protestar contra el destino? Yo estaba tan feliz, que creía que todo el mundo estaba igual.

¡Vacaciones, El Cairo, el Museo! El mundo era glorioso.

En Luxor, el señor Conway ordenó a Ahmed Gerigar continuar trabajando cuidadosamente junto al valle durante su ausencia. Si ocurría algo especial, le enviaría un telegrama. No creía en las eventualidades, no creía en los imprevistos. En el hecho, no creía en el valle lateral. Su idea fija era el olvidado rincón cerca de la tumba de Ramsés VI. Pero las órdenes son órdenes, y Lord Eversham tenía más fe en el valle lateral que la que se merecía.

Una semana en El Cairo le haría bien al señor Conway. Quería encontrar un nuevo asistente para el trabajo del invierno. Yo también quería un nuevo asistente, lo cual significaba otra persona viviendo en la casa. Si uno se queda en el campo con las costumbres burguesas, no puede evitar influir con ellas. Stasia se habría reído de mí si le escribiera tales cosas. Pero a ella le escribo sólo el pensamiento.

(CONTINUARA)

Reina en tu hogar

(Para la Semana Santa)



FRITOS DE BACALAO

Un cuarto de kilo de bacalao, 4 papas, un huevo, $\frac{1}{2}$ cucharada de harina, $\frac{1}{4}$ litro de aceite, sal y pimienta.

Se pone a remojar el bacalao el día anterior. Se cuece y se deshace bien. Las papas se cuecen con cáscara y después se pelan y se muelen. Se juntan con el bacalao, se agregan el huevo, harina y una cucharada de leche. Se le pone sal y pimienta, se forman bolitas y se frien en aceite bien caliente.

PESCADO CON MAYONESA

Se aliña un pescado con limón, un poco de aceite, pimienta entera, apio, zanahoria, estragón y un poco de caldo, se cuece al vapor en quince minutos.

Se prepara salsa mayonesa, con una yema dura y una yema cruda, se baten bien y poco a poco se le deja caer aceite hasta que quede bien espesa; se aliña en seguida con sal, limón, pimienta, un poco de mostaza. Se decora el pescado con tajadas de naranja o tajadas de papas con huevo duro y perejil.

PESCADO A LA CREMA

Se corta el pescado y se pone al horno con bastante mantequilla, sal, limón; al jugo que exprimí se le añade crema y yema de huevo.

PESCADO CON NATA

Se calienta una taza de nata gruesa, si es posible sea del día anterior, se le ponen perejil y pimienta. Se arregla el pescado en la asadera untada con mantequilla; se sazona y se extiende mantequilla y toda la nata preparada. Estando cocido, se mezclan a la nata dos yemas batidas y se sirve inmediatamente.

PESCADO CON HARINA FRITA

Se dora harina en una cucharada grande de mantequilla; empezando a dorar, se le añade leche y caldo, quedando con gusto a harina tostada y de regular espesor. Se extiende sobre el pescado, que debe estar en la asadera untado con aceite y el pescado cortado en forma de lomos sazonados.

PESCADO

Se cortan lomitos, se sazonan con sal, limón, pimienta; se revuelcan en harina; en seguida se pasan por huevo, y por último miga de pan cernida.

Se colocan en la asadera untada con mantequilla y se ponen al horno diez minutos. Se frie en mantequilla un poquito de cebolla, se añaden callampas picadas finas, el jugo que exprimí el pescado y un poco de leche; se deja hervir y en seguida se pasa por el colador y se sirve con el pescado.

El maquillaje a la moda

En España, Francia y Estados Unidos... el maquillaje en boga se llama Danamask. Las damas que tienen el cutis seco aplican Danamask sobre una fina capa de crema líquida Dana. Danamask es un polvo maquillador que perdura...

Danamask
POLVO MAQUILLADOR M. R.



—¿QUE sucede?

—me preguntó Esteban dándome un ligero beso en señal de saludo y haciendo cariño a nuestros mellizos—. ¿A qué se debe este recibimiento —insistió.

—¿Te lo dieron? —le pregunté anhelante.

—¿Me dieron qué? —me replicó con aire de inocencia, mientras extraía de su bolsillo un pedazo de papel y lo agitaba en el aire, fuera de mi alcance.

—¡Déjate de bromas, Esteban, queremos verlo!

Cogí la mano que sostenía el papel. Esteban me mostró el cheque y hasta los mellizos quedaron sorprendidos. Patricia y Miguel tenían sólo ocho años, pero ya se daban cuenta del valor del dinero. En el cheque se leía claramente: "Páguese a la orden del señor Esteban Martín, ochocientos mil pesos. Era el dinero del Seguro de Vida del padre de mi marido.

Aunque no constituía una fortuna, nos sería muy útil, porque, en los diez años que llevábamos casados, jamás habíamos tenido tal suma reunida.

Me casé a los diecisiete años y éramos muy felices a pesar de no haber tenido nunca una buena situación económica. Esto se debió, principalmente, a la inseguridad de los primeros empleos de mi marido y a las dificultades porque tuvimos que atravesar para instalar el pequeño negocio de radios y reparaciones en que actualmente trabajaba. Por otra parte, en el primer año de matrimonio nos llegaron los mellizos, que gastaban un dineral en ropas y comida. Agréguese a todo esto la enfermedad del padre de Esteban, que en los últimos meses nos costó carísima.

Al contemplar el monto del cheque pasaron por mi mente todas estas dificultades. Ahora, por lo menos, podríamos gozar de un pequeño descanso y dar un pie para comprar lo que siempre habíamos ambicionado tener... una casa propia.

—¡Oh, Esteban!

—No llores, mi amor —me dijo tiernamente, atrayéndome.

—No puedo evitarlo. ¡Pensar que es nuestro! —rei enjugándome las lágrimas y luego agregué: —Anda a lavarte, Esteban; tengo una sorpresa para la comida. No todas las noches traes a casa una fortuna. Debemos celebrarlo. Miguel lo siguió a los altos y Patricia me acompañó a la cocina. Ambos se mostraban contentos porque comprendían que era un día excepcional para la familia, pero la niña estaba preocupada por algo más. Hacía días que ella y Miguel me rogaban que los llevara a un parque de distracciones que se había instalado en la vecindad. Les prometí que los llevaría, pero aún no había podido cumplir mi promesa.

—Te has olvidado de pedir permiso a papá.

—Lo haré, Patricia, ya te dije.

—Fídelo permiso ahora, mamá.

—Cuando estemos en la mesa. Ayúdame a llevar las cosas para la comida. En ese instante entraba al comedor Esteban con Miguel sobre la espalda. Al verme me dijo:

—Parece que nos van a obligar a ir al parque de distracciones. ¿Has oído algo sobre ese proyecto? Lo haremos el próximo domingo.

—Podremos andar a caballo. Patricia también desea hacerlo. ¿Y subiremos a la montaña rusa?

—¿Y a la rueda? —preguntó anhelante, Miguel.

Cuando los fuimos a acostar aun hablaban del próximo domingo. El parque de distracciones era para ellos un acontecimiento tan importante como

Al borde del

para nosotros el cheque. Y, asimismo ambas cosas ya no eran sólo una esperanza, sino una realidad.

Los acosté rápidamente y me reuní con Esteban para hacer planes. Lo encontré estudiando unos nuevos catálogos de aparatos de radio, que traía de la oficina. Esteban trabajaba duramente y con empeño, lo que me hacía enorgullecerme de él. Pero no podía comprender cómo esa noche seguía trabajando, sin preocuparse de lo que haríamos con nuestra pequeña fortuna.

—Deja esos catálogos, mi amor. Pensemos en qué vamos a invertir el dinero —le propuse, sonriendo.

—Estaba viendo...

—¡Vamos, Esteban! —exclamé recordando apresuradamente los papeles esparcidos sobre la mesa y sentándome a su lado, agregué: —Esta noche olvida, por favor, las radios.

—Pero... —de pronto enmudeció y me contempló con profundo afecto, para decir luego:

—¿Te has puesto de súbito romántica por el hecho de que me he convertido en millonario?

Al sentir sus labios en los míos experimenté la agradable sensación de ternura que siempre sentía cuando me acariciaba. Nuestro amor era profundo y sincero y así debía serlo toda la vida.

—Tenemos que hacer planes, Esteban. Debemos decidir sobre... la casa que tanto hemos soñado. Ahora que tenemos esa suma podemos darla de pie...

—No creo que sea posible, Ruth. Tengo otros proyectos.

—Es más que suficiente para la cuota al contado. ¿Qué sucede, Esteban? ¿No era eso lo que tú deseabas? Siempre hemos soñado con tener algo nuestro. —Naturalmente, Ruth, pero ahora tenía otros proyectos...

—Es nuestra única oportunidad para salir de este departamento y tener una casa con jardín para los niños. Si te queda demasiado lejos del trabajo, podremos buscar algo cerca de un paradero de buses. ¿Era eso lo que te preocupaba?

Se puso de pie y empezó a pasearse de un extremo a otro de la habitación.

—Creí que ibas a comprenderme, Ruth —declaró finalmente—. Te he dicho que necesito algún dinero para invertir en el negocio.

—¿Quieres poner el dinero en tu trabajo, en vez de comprar un hogar para nosotros?

—Es lo más conveniente, Ruth, dado el monto del cheque. Si me va bien, podremos comprar la casa y mucho más. Debemos invertir este dinero en algo que nos asegure un futuro. No podemos llegar y gastarlo, pues no es suficiente. Esta era la oportunidad que necesitaba. Podré agrandar el negocio y tomar dos dependientes y un técnico para la sección reparaciones. No es una gran fortuna, pero significa para mí la diferencia entre ganar lo suficiente para vivir y tener una expectativa de triunfo.

—No compraremos jamás una casa. Esta es nuestra única oportunidad —insistí.

—¿No crees en tu marido? ¿No tienes confianza en mí? ¿Temes que fracase en mi negocio? —me preguntó sorprendido.

—¿Cómo puedes preguntarme esas cosas? Sabes que tengo confianza en ti. ¿Acaso no he batallado a tu lado, sin decir una palabra de mis amarguras.

fracaso matrimonial

con el único objeto de permitirte salir adelante y tener éxito en la vida?

—Sí, ya lo sé, te has sacrificado y no has tenido ni auto ni abrigo de piel, como otras mujeres. No te quejas tampoco, porque somos felices.

—No quisiera decir eso. Esteban, tú bien lo sabes. Pero los niños necesitan un hogar propio, lo que jamás hemos tenido oportunidad de dárselo —expliqué, sintiendo que el furor hacía presa de mí y tratando de contenerme.

—¡Bueno, quiere decir que soy un egoísta con mis propios hijos! ¡Y todo porque no puedo comprarles una gran mansión en el campo! —gritó mi marido, disparando lejos el paquete de cigarrillos que había extraído del bolsillo de su chaqueta.

—No exageres; ahora tienes oportunidad de hacer algo para ofrecerles esa casa.

—Puedo cuidar de mi familia. Y el mejor medio de lograr para ella todas las comodidades es invirtiendo el dinero

—¡No me toques! ¡No me digas que me amas! No puedes lograr lo que quieres sólo tomándome en tus brazos y acariciándome. No soy sólo algo que se toma cuando se necesita.

Mientras decía esas palabras, deseaba refugiarme en sus brazos y olvidar esta absurda pelea, pero no quería reconocer que él podía tener razón, de manera que no cedi a mi impulso.

Corrí hacia el baño y cerré la puerta tras de mí. Me sentía furioso por haber discutido con Esteban. Anteriormente tuvimos altercados, pero jamás como éste. Nunca habíamos dudado de nuestro amor o de la fe que ambos nos profesábamos. Traté nuevamente de controlar mi furor, sintiendo vergüenza de las palabras crueles que había proferido, pero aun culpando a Esteban por haberme obligado a decirlo.

—Mamá, sal de ahí —me gritó Patricia, desde afuera—. Miguel está llorando. Será mejor que vayas a verlo.



en mi trabajo, para que se multiplique. Será todo para ti y los niños. ¿Crees que trabajo para mí? ¿O por divertirme? Todo lo que hago en la vida es por ustedes... ¿qué más quieres?

—No tienes necesidad de gritarme. No vamos a pelear por tan poca cosa —dijo fríamente.

—Tú eres la que está discutiendo, yo sólo trato de hacerte ver mis razones... Empecé a llorar amargamente.

—Naturalmente, yo sólo soy la pobre mujer que ignora los negocios, tú eres el rey y señor. No tengo derecho a sugerirte nada respecto a un dinero tuyo.

—¡Ruth!

Me eché agua helada en los ojos. Comprendí que los niños nos habían escuchado pelear y me pregunté cuánto habrían oído de nuestra discusión. Di vuelta la llave y abrí la puerta. Luego me dirigí hacia la cama de Miguelito y, abrazándolo, le pregunté:

—¿Qué sucede, lindo, no estaban durmiendo?

—Patricia me despertó. Dijo que ustedes estaban...

Incapaz de seguir hablando, escondió su cabecita en mi pecho y rompió a llorar.

Esteban penetró en la habitación. Por sobre la cabeza de Miguel le hice señas de que permaneciera en silencio. Tam-

Creía poder hacerme olvidar todo con sólo estrecharme en sus brazos, pero inevitablemente llega un momento en que el amor no es suficiente...

bién tenía parte de culpa, pues por su porfía los niños se despertaron. Acomodé al pequeño en su camita y le expliqué:

—El papá y yo estábamos bromeando, mi amor. Ahora nos vamos a dormir. Permanecí al lado de ellos hasta que se durmieron. Les dije que no debían escuchar las palabras de los grandes, pues no estaban capacitados aún para comprenderlas. Cuando, finalmente, entré en nuestro dormitorio, Esteban estaba frente a la ventana, con las manos en los bolsillos. Se dio vuelta hacia mí.

—Ruth, siento lo ocurrido esta noche... —susurró, tendiéndome las manos en señal de reconciliación.

—No discutamos más ahora. Dejémoslo

para mañana —le repliqué, fríamente. Dormimos juntos, pero bien hubiéramos podido estar en mundos apartes. No me dio un beso de buenas noches ni me musitó frases de amor. Tal vez si me hubiera vuelto hacia él y dicho alguna palabra de cariño, la pasión habría borrado nuestra amargura, pero no lo hice, pues, era demasiado orgullosa para reconocer que estaba en un error cuando en el fondo de mí misma no lo creía así.

Era la primera noche que dormíamos separados por ese muro de incompreensión. A la mañana siguiente me hice el firme propósito de no volver a perder jamás el dominio de mí misma, pero no se produjo una reconciliación entre ambos.

Durante el almuerzo no mencionamos el tema para no discutir, pero esta situación no podía continuar eternamente. En un momento dado Esteban mencionó algo sobre su trabajo y empecé nuevamente la discusión. El lapso transcurrido desde la noche anterior sólo había servido para ahondar nuestra diferencia de criterio. Esteban no quiso escuchar mis razones, pero lo que realmente me hirió fué el comentario sobre su padre.

—Sería diferente si fuera dinero ahorrado por nosotros. Pero es dinero que mi padre me dejó a mí, y sólo a mí.

—¿Y los meses que lo cuidé como si fuera mi propio padre? Lo tenía aquí en mi casa.

—Recuerda que también es mi casa.

—¿Quieres que te pague los cuidados que le diste a mi padre? ¿Quieres que te pague por ser bondadosa con un hombre que se estaba muriendo? ¿Esperabas que se muriera pronto para recibir este dinero? ¿Eres tan mercenaria como para eso?

—¡Esteban!

(Sigue a la vuelta)

COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado

con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sobria y deliciosa fragancia, su asombrosa suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.



Jabón
NIVEA

—Bueno, no te dejó el dinero a ti. Me lo dejó a mí, porque era su hijo y era, también, el único medio que tenía en sus manos para ayudarme. Me lo dejó para que agrandara mi negocio... no para que tú fueras a comprarte una casa

—¿Crees por un momento que lo cuidé por su dinero? ¿Qué me senté a su lado a esperar que muriera como un... como un... lobo?

—Así parece, por tu manera de actuar. Creía que me amabas, estaba seguro de ello. Pero ahora ya no lo estoy, pues mi futuro te importa menos que poner las manos sobre el dinero que es mío. Furiosa, le repliqué:

—Antes yo tampoco me había dado cuenta de lo egoísta que eres. Si te acepto lo que deseas, todo marcha bien, pero ni yo ni tu familia te importamos nada. ¡Nosotros no contamos! El viernes por la mañana sólo nos dirigamos la palabra frente a los niños para que no se dieran cuenta de nuestra separación. Creo que si no hubiera sido por ellos habría dejado de inmediato a Esteban. En mi mente no podía escuchar nada fuera del eco de sus palabras: "No tienes confianza en mí. Eres mercenaria... esperabas que mi padre se muriera para que te dejara su dinero. Nunca había dudado de tu amor hasta este instante".

Si Esteban no estaba seguro de mí, si no me quería, si los años que habíamos compartido juntos podían olvidarse tan de pronto, entonces quería decir que lo nuestro no era un matrimonio sino un hábito de convivencia.

Patricia y Miguel se daban cuenta de la tensión que flotaba en el ambiente.

gana importancia! —traté de disimular mi tristeza y sonreí forzosamente.

—Vamos, Ruth, ustedes son tan felices, no permitas que nada destruya tu matrimonio —aconsejó Alicia.

—Estas cosas suceden a las mejores familias —respondí, riendo—. Pero todavía no he decidido divorciarme.

—¡Ruth!

—Si es una broma.

Cuando se fueron, limpié el living, mientras Esteban permanecía sentado, fingiendo leer una revista. El silencio se hizo insoportable. Para conversar de algo, le dije:

—Parece que a Francisco le va muy bien en sus negocios.

—Debiste haberte casado con él. Tal vez te habría comprado una casa.

—¡Oh Esteban, no puedo hablar nada sin que insistas en molestarme!

—Pero él fué lo suficientemente inteligente como para no permitir a su mujer que interviniera en sus negocios. Ha aprovechado muy bien todas las oportunidades que se le han presentado y nadie se ha opuesto a ello. Por el contrario, lo han ayudado. Sentí que nuevamente el furor hacía presa de mí:

—Puede ser también que sea más hábil para los negocios que tú. Francisco siempre le ha dado a Alicia todo cuanto ella ha necesitado.



Una profesora que acababa de recibir su salario, sacó el dinero del sobre y lo mostró a sus alumnos:

—¿Qué es esto, Enriqueito? —preguntó a uno de ellos.

—Un sobre que contiene su sueldo —respondió el pequeño.

—Tiene alguien alguna pregunta que hacer? —agregó la maestra.

—Sí, señorita —dijo un chico con aire preocupado—. ¿Dónde trabaja usted?



A pesar de que hice todo lo posible para ocultarles la verdad, comprendían que algo andaba muy mal en el hogar. Ambos estaban peleadores y tristes. Sabían que Esteban estaba durmiendo en el sofá del living. Naturalmente que no comprendían el significado exacto de este hecho, pero presentían que era algo indebido. También sabían que no me besaba al despedirse todas las mañanas ni me abrazaba al volver por las tardes. Era inútil tratar de fingir en su presencia, porque intuían nuestra separación, y este hecho influía en sus nervios en forma notable.

Aun nuestros amigos se dieron cuenta de la situación. La semana anterior habíamos invitado a comer para el sábado a Alicia con su marido y no encontramos ninguna excusa aceptable para cancelar este compromiso. Ella había sido amiga íntima mía desde los años de colegio y por ser más conocidos míos que de él, Esteban se comportó fríamente esa noche. Se mostró educado y conciliador conmigo, pero el ambiente estaba tirante y ambos se sintieron incómodos. Alicia me llamó al piso superior y me preguntó:

—¿Qué les sucede a ustedes? ¿Alguna pelea?

No deseaba confiarle a mi amiga mis problemas conyugales ni solicitar su simpatía:

—Una pequeña discusión...

Por otra parte temía que si empezaba a hablar rompiera a llorar.

—Olvidate de ello, Alicia, por favor.

—Creo que no es una pequeña discusión. Tal vez será mejor que nos vayamos —me replicó mi amiga.

—¡Oh no, por favor, si no tiene nin-

—No empieces otra vez —declaró con tono cortante y decisivo—. ¿No te importan los niños?

—¿A mí? ¿Qué he hecho yo?

—¡Cállate, Ruth! ¡Cállate!

Subí a mi dormitorio y, sentándome en la cama, me puse a sollozar. Esteban golpeó la puerta:

—¡Ruth!

No respondí y Esteban no abrió la puerta. Después de un momento escuché sus pasos que descendían la escalera. Me desvestí y permanecí despierta horas y horas, en medio de la obscuridad. Sabía que mi amor por mi marido era más fuerte que nunca. También temía que decidiera separarse de mí. Patricia me despertó en la mañana:

—Mamá, levántate. Es hora que partamos.

—¿Adónde vamos a ir? —le pregunté aun soñolienta.

—Nos prometieron llevarnos al parque de atracciones.

Recordé nuestra promesa. No podíamos desilusionarlos, pasara lo que pasase entre nosotros. Una semana entera habían estado proyectando esta salida. Esperaba que Esteban comprendiera lo que significaba para ellos.

—¿Se levantó el papá? —le pregunté.

—No, está roncando.

Patricia empezó a reír y de pronto se detuvo, como si fuera profano reírse sabiendo que sus padres estaban enojados y dormían en diferentes habitaciones.

—Mamá, Miguel está listo, pero dice que no debo subir a la montaña rusa porque no quiere...

—No te preocupes por ello, linda. Ya veremos lo que hacemos. Mejor será

que vayas a despertar a papá. Recuerdale que hoy es domingo y tenemos que ir al parque.

Esteban comprendió. Amaba a sus hijos y no permitiría decepcionarlos. Llegamos al parque al mediodía. Estaba repleto de gente y música. Todos reían y gritaban. Nosotros éramos los únicos tristes. Paseamos a los niños y tratamos de complacer sus pequeños caprichos. Miguel insistió en que entráramos a la Casa de los Espejos con ellos. Ahí recordé otros tiempos. Mi noviazgo con Esteban. Recordé cuando nuestras familias se oponían a nuestro matrimonio, porque éramos demasiado jóvenes. Luego recordé cuando, durante nuestro primer año de casados, despidieron de su empleo a Esteban una semana antes de Navidad. Entonces estuve a su lado, otorgándole toda mi fe y mi amor. En esa Pascua no habíamos tenido dinero para hacernos regalos, pero teníamos nuestro amor, que era profundo.

Desde el primer momento de nuestro matrimonio todo entre ambos fue perfecto. Jamás tuvimos una desavenencia seria, ni una incompreensión. Cuando los mellizos iban a nacer estuve muy enferma, y Esteban permaneció a mi lado, dándome fe y valor. A pesar de nuestra pobreza se esforzó por pagar las cuentas de doctor y hospital, demostrándome siempre una ternura sin igual. Y luego la expresión orgullosa de sus ojos cuando contempló a los mellizos al lado mío compensó todos mis sufrimientos.

Pero de todo eso hacía mucho tiempo. Ahora caminábamos como dos extraños por ese parque tan lleno de reminiscencias.

Esteban me llevaba del brazo para guiarme entre la multitud. Al pasar por una corriente de aire se alzaron mis vestidos y ambos reímos alegremente, olvidándonos de nuestros pesares. Algunos muchachos me silbaron y Esteban rió nuevamente, cogiéndome del brazo. Nuestras miradas se encontraron. A pesar del muro de incompreensión que nos separaba podíamos sentir la atracción que nos unía.

—Es hora de que comamos algo —me dijo Esteban—, vamos niños a comer hot-dogs.

Encontramos un banco cerca del quiosco de refrescos y nos sentamos a comer.

—Creo que deberíamos irnos —propuse.

Pero Patricia insistió que no había subido todavía a la montaña rusa. Miguel no deseaba hacerlo.

—Bueno, les daré cincuenta pesos y ustedes sabrán qué hacen con ellos —les dijo Esteban.

De pronto empezaron a discutir por el dinero y Patricia dió una palmada en el rostro de su hermano. Miguel la empujó lejos, haciéndola caer por tierra. Patricia se levantó y se arrojó sobre su hermano.

—Sepáralos, Esteban. Se van a matar! —grité.

Pero mi marido ya estaba separándose. Alzó del suelo a Miguel y lo sacudió fuertemente. Luego castigó a Patricia. Ambos lloraban amargamente cuando nos dirigíamos a casa.

Al llegar a nuestro departamento les ordenamos subir a su dormitorio y permanecer allí castigados hasta que los perdonáramos. Cuando quedamos solos en el salón, Esteban me dijo:

—¡Qué niños tan tontos! Echaron a perder así el paseo con que habían estado soñando toda una semana. Y sobre todo, pelear por una cosa tan absurda.

—Sí, hace tanto tiempo que querían ir a divertirse al parque.

—Y luego, cuando llegan allá, pelean y nos obligan a traerlos. Todo porque
(Sigue a la vuelta)

GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

tu historia

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídet a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en lo
vido real.

Seudónimo

O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON



Cuide ahora
sus dientes y
no tendrá que
ocultarlos
después

Prevéngase contra los muchos
males que amenazan su
dentadura, consultando a
su dentista. **Límpiese** los
dientes y dese masaje
a las encías diariamente con
FORHAN'S.
El dentífrico Forhan's se
hace según la fórmula del
famoso odontólogo
doctor R. J. Forhan,
especialmente para cuidar
los dientes y las encías.

Fórmula del doctor R. J.
Forhan. D. D. S.



Forhan's contiene
una substancia
astringente.

que ella busque nuestra protección,
ofreciéndonos, al mismo tiempo, cierto
apoyo.

"Y así como un hombre se pone ner-
vioso cuando una mujer comienza a
preguntarle respecto a su posición y
perspectivas, se siente muy halagado,
en cambio, si ella muestra un verda-
dero interés en su trabajo. Si el hom-
bre no tiene mucho dinero, y la mujer
le sugiere sitios no muy caros, él apre-
cia su consideración, y, naturalmente,
la seguirá viendo a menudo. Y si ella
comprende lo que él anhela en la vida,
y lo estimula..., bueno, ésa es una
comprensión que todo hombre necesita.
—Entendemos. Entonces, ¿por qué se
quedan de todos modos solterones?
¿Por qué no se casan?

—Por diversas razones. A veces, por
economía. Un hombre tiene responsa-
bilidades económicas dentro de su ho-
gar, que sólo las puede afrontar te-
niendo una buena profesión o un
trabajo seguro. Pero si se aficiona al
celibato, aun cuando puede mantener
una mujer, prefiere quedarse soltero.
Es difícil hacer un cambio tan tras-
cendental después de los treinta años.
Algunos hombres temen la rutina del
matrimonio. Otros son irresponsables y

no sabían qué ha-
cer con el dinero
que les di.

—Creo que tene-
mos en parte la
culpa. Han esta-
do..., bueno, un
poco desorienta-
dos y nerviosos a
causa de nuestra
situación —agre-
gué dubitativa-
mente.

—Cuidado que te pueden escuchar.
Los había llamado niños tontos por
lo que hicieron. Pero nuestra actitud
no fué mejor que la de Patricia y Mi-
guel y no éramos niños chicos como
ellos. Esteban y yo, que habíamos atra-
vesado juntos tantas penas y amargu-
ras y tantos ratos felices, que habia-
mos edificado un hogar fuertemente
cimentado y que nos queríamos, está-
bamos arriesgándolo todo por el solo
hecho de no saber qué hacer con el di-
nero de su padre.

—Y se quieren mucho. Miguel no ha-
bría golpeado jamás a Patricia deli-
beradamente. Ni ella tampoco a él. Se
quieren, Esteban, mucho.

—Ruth...

—¡Oh Esteban, Esteban!...
Corrí a sus brazos, que se cerraron
sobre mí. Lloraba tan fuerte como Pa-
tricia y sus brazos eran poderosos y me
protegían de todo mal... Esos brazos
que no me dejarían irme de su lado
jamás.

Gradualmente se detuvo mi llanto. Al-
zó mi rostro y me besó suavemente:

—Hacia tanto tiempo que no te besa-
ba —me dijo.

Su beso dejó de ser tierno y se tornó
apasionado. Me acurrugué cerca de él,
sin atreverme a decir palabra, temerosa
de que se escapara de mi lado ese mo-
mento tan sublime.

—Nunca más volverá a suceder —mur-
muré en su oído—. Nada es más impor-
tante en el mundo que estar juntos.



A la caza de un marido

(Continuación de
la pág. 21)



prefieren su libertad. Los de más allá
buscan una mujer parecida a su ma-
dre. Y tal vez a otros el amor les ha
dejado una huella trágica... Razones
todas muy diferentes. Una mujer que
se interese en un solterón tiene que
sortear alguno de estos problemas.

—¿Y cuál es el truco que termina con
la soltería? ¿Ha sucumbido alguno de
sus amigos solterones?

—Por cierto que sí. Varios de ellos. Yo
también trato de descubrir el truco.
Quiero estar preparado para el caso
de que una mujer lo ensaye.

La técnica de la conquista sirve de
ayuda, siempre que dé resultados. Por-
que lo importante no es unir a dos
personas, sino... ¡mantenerlas unidas!
Por eso, a la postre, lo que se necesita
es, más que arte, AMOR.



—Lo sé. Compraremos la casa que de-
seas, mi amor. Jamás volveremos a pe-
lear y menos aún por dinero...

—No, Esteban. En realidad no me im-
porta dónde vivamos si somos felices
donde estemos. El dinero lo emplearás
en lo que mejor te parezca.

Más tarde volvimos a hacer proyectos
sobre el dinero. Decidimos arrendar
una casa con jardín en los alrededores
de la ciudad y agrandar la oficina de
Esteban tal cual pensaba hacerlo. De-
cidimos también volver a llevar a los
niños al parque de entretenimientos, para
que, como nosotros, tuvieran una se-
gunda oportunidad de ser felices.

¡Cómo resplandecen
los artículos
de cobre o
bronce!



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla
84-D.— Suscripciones, Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía
certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual:
U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0,20. Se-
mestral: U.S.\$ 0,10. Año XX - 15 de abril de 1954 - N.º 1042.

Mirage



El
perfume
"tout Paris"

NUEVA CREACION DE

ATKINSONS

M. R.

Sensacional nueva fórmula!

...que reúne en un polvo facial

Mágicos colores...

*Adherencia
perfecta...*

*Suavidad
de pluma!*



ATKINSONS
M. R.
Polvo Facial
"PLUMA"

¡Pruébelo hoy!

Su fórmula moderna
fué creada por Atkinsons
especialmente para su
cutis extrasensible...
y le dará la seguridad de
ser más hermosa, más atrayente,
envuelta en un halo de
seductor perfume...



Al adquirirlo, elija
"su" tono en el
novedoso muestrario
de colores.

Mirage

"++ Paris"



**ACADEMIE D'ESTHETIQUE
MARIE CLAIRE DOYERE
Huérfanos 786 Dpto. 504**

Tratamientos de Belleza

Sistema Francés



Cuerpo y cutis

Baños de Belleza



Cuide su cutis después del veraneo

Seco o Graso, le amenazan las arrugas



Confidencias

de Margarita

N.º 1043

M. R.



NACIDO PARA SOLTERO



• LOS DOS SOLOS,

• Y ASI... AL
CRIMEN,
novela policial

• UN SUENO
CONVERTIDO
EN REALIDAD

• EL EMBRUJO
DEL EGIPTO,
Novela

• MAYERLING,
amor histórico

• CUATRO MANE-
RAS DE SALVAR
TU MATRIMO-
NIO,
artículo

• EL MOLDE DE
LA SEMANA

• LA NINA DE LA
CASA GRIS

—...Aún recuerdo la
presión de su mano
sobre mi brazo, cuan-
do, antes de despe-
dirnos, me pidió que
fuera su esposa...

Casa

CHARMA

Fábrica de Confecciones

Alameda Bernardo O'Higgins 2674

entre Molina y Unión Americana

Teléfono 91312 — SANTIAGO



presenta como siempre el
más amplio surtido en
modelos y tallas.

ABRIGOS

TRAJES SASTRES

VESTIDOS

FALDAS Y BLUSAS



ALGUIEN se quejaba en la habitación de muros blancos. Di vuelta la cabeza para ver quién era, luego cerré los ojos. ¿Quién más podía ser, sino yo? Tenía que ser valiente, porque así se lo había prometido a Javier.

Me di vuelta sobre un costado al sentir los dolores. "Piensa, piensa —me dije—, piensa en Javier, y así no te dolerá tanto. Teniendo su amor para que te proteja, puedes soportarlo todo."

Pensé en los maravillosos días de nuestra luna de miel y las veces que me había contemplado en el espejo, incapaz de creer en mi felicidad. Para mí era un milagro el amor de mi marido, después de una niñez sedienta de afectos. Nuestra vida era perfecta mientras vivimos el uno para el otro. Todas las mañanas pedía al cielo que nada cambiara entre nosotros. Pero Javier pensaba que debíamos tener un hijo, y por ello me sentí feliz cuando supe que iba a ser madre.

Los dolores desaparecieron, pero sabía que volverían nuevamente, y más fuertes. ¿Cuántas horas más se demoraría el bebé en nacer?

—¿Qué hora es, enfermera?

—Diez para las cinco, señora; no demorará mucho más.

Las cinco de la mañana. Javier me había traído al hospital a las seis de la tarde del día anterior. Pobre Javier, ¿cómo estaría de preocupado en la sala de espera! ¿Por qué no nacería de una vez el niño para poder ir a casa a descansar? ¿Se demoraría tanto por el hecho de que yo no lo había deseado?

Grité al sentir un dolor aún más fuerte que los anteriores. Vino el doctor y me trasladaron a la sala de operaciones. A pesar de los dolores más y más fuertes, me sentía contenta de que por fin mi amado Javier fuera a tener el hijo que tanto deseaba.

Cuando me colocaron anestesia su imagen se reflejó en mi mente, y cuando volví de ella, su rostro fue lo primero que vi inclinado sobre mí.

—¡Mi amor, mi amor! —exclamó, solícito, a mi lado.

—¿Nació el niño? —le pregunté.

—Nació a las ocho de la mañana. Tenemos un hombrerito, Julia, un hermoso muchacho —murmuró, mientras se inclinaba a besarme.

Había dado un hijo a mi amado esposo. Me sentí alegre y ligera. Le contemplé y advertí la expresión de felicidad en su rostro. Pero también se veía cansado y soñoliento.

—Debes estar exhausto, Javier. Vete a casa a dormir —aconsejele.

—No te preocupes por mí, mi amor. No puedo ir a casa porque tengo mucho que hacer en la oficina. Pero a las dos volveré a verlos.

Me besó nuevamente y me acarició la mejilla como era su costumbre.

—Hasta pronto, Julia —me dijo, y se marchó de mi lado.

Me dormí tan profundamente, que no me di cuenta cuando me trasladaron a una habitación donde había otras tres pacientes que, al igual que yo, habían tenido recién sus pequeños. Después de almuerzo vinieron sus parientes a verlos, pero Javier no apareció. Cuando terminó la hora de las visitas y pasó el médico en su ronda de la tarde, le pregunté:

—Doctor, ¿no ha venido mi marido a verme? Me prometió estar aquí a las dos de la tarde.

El doctor evitó mi mirada.

—Llamó por teléfono mientras usted estaba dormida... —explicó, para agregar rápidamente—. Pero esta tar-



Los dos solos.

¿Podría contemplar a mi hijito, sabiendo que mi amado esposo había muerto por causa de él?

de tendrá otro visitante: su hijito. Es el muchacho más hermoso que me ha tocado recibir. Debe sentirse orgullosa de su nene.

Apenas escuché sus palabras, pues estaba terriblemente desilusionada de no ver a mi marido. Cuando el doctor se fue, la joven que estaba al lado me dijo, señalando el teléfono que tenía en su velador:

—Puede llamar a su esposo. Comprenderé cómo se sentirá de sola sin saber nada de él.

Le di las gracias y marqué el número de la oficina de Javier. Cuando me respondió la telefonista, le pedí, feliz, que me comunicara con el señor Javier Walker. Se hizo un extraño silencio.

—Trabaja allí —agregué.

—¿Es usted amiga de él?... ¿No sabe la triste noticia? Su automóvil se salió de la ruta al venir a su oficina esta mañana. La policía explicó que debió dormirse en el volante. Murió en el mismo hospital donde su pobre señora acababa de tener un hijo...

Grité hasta que una bendita oscuridad se cernió sobre mí.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero cuando recobré el conocimiento me di cabal cuenta de lo horrible de mi dolor. Horas tras horas permanecí sin hablar con nadie, pensando en el inmenso vacío que la ausencia de Javier dejaba en mi vida. Me contemplaba desolada los brazos que ya nunca más podrían abrazarlo

nuevamente. Mi amor estaba muerto y yo debía morir también. Representaba toda mi vida, y sin él no era nadie. Rogué al cielo que me enviara la muerte. ¿Por qué no podía morir?

¿Por qué?... ¿Por qué?

Tanto el doctor como las enfermeras trataron de consolarme con pláticas palabras. Me decían que mi hijo sería un gran consuelo y que Javier viviría en mí a través del hijo. Pero yo les grité que mi marido había muerto por causa del niño. Si no hubiera sido por su tardío nacimiento, Javier estaría vivo. Grité a las enfermeras:

—No quiero ver ese niño jamás. ¡Lo daré para que lo adopten! ¿Me oyen? ¡No me lo traigan!

Trataron de persuadirme de lo erróneo de mi actitud, pero todo fue inútil, y el transcurso de los días no me hizo cambiar de opinión. Ni siquiera me enternecía cuando las otras madres que compartían conmigo la sala tomaban en sus brazos a sus pequeños, pues al ver a sus maridos venir a visitarlos recordaba que el mío había muerto por causa de mi hijo. A nadie tenía y nada deseaba..., con excepción de Javier.

Dos días antes de que me dieran de alta destinaron a una nueva enfermera para que cuidara de nuestra sala. En su primera visita trajo al niño de mi vecina de cama, y luego se alejó en busca de otro bebé. Al pe-

(Continúa en la pág. 34)

CAPITULO XI



Mi mamá tomó Vitamaltina!

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copias diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DENTEL Y VIGORIZA A LOS SANOS



En el Shepherd, a pesar de no ser los únicos huéspedes, nos dieron los mismos cuartos. En el salón se sentaban monificadas solteronas a tejer extrañas creaciones de lana. Se veían tan estáticas, que no podía pensar que estaban congeladas aún en Egipto. Mercaderes de edad mediana cabeceaban tras sus diarios. Soldados jóvenes, con licencia de sus regimientos de Sudán, bebían y bromeaban.

La estación de los turistas aún no había comenzado. El hotel Semiramis y la Casa Mena estaban todavía cerrados. Es por eso que toda la gente se amontonaba en el Shepherd.

Después de cuatro semanas en el desierto, la vida en el hotel me desconcertaba. Mi guía, vestido de seda escarlata, aún seguía de pie junto a la puerta. Su saludo fué acogedor e indicaba que me había reconocido. Pero esta vez no hubo flores.

—Sin duda, usted saldrá esta noche con su amigo Barta —me dijo el señor Conway después que nos instalamos.

—Barta no sabe que estoy aquí.

—Pero usted se escribe con él.

—El me escribe, pero yo no le contesto. Si usted quiere ser detective, sería de los buenos.

El señor Conway hizo una mueca. —Entonces tal vez me haría el honor de salir conmigo esta noche.

—Encantada —le respondí en la forma más natural que pude, pues me sentía triunfante sin haber motivos.

—¿Cuáles son sus deseos, señora?

Mi único vestido de noche tenía dos años. Necesitaba una buena planchada, flores en el escote y luces bajas para que se viera más o menos presentable. El smoking del señor Conway olía a naftalina. ¡Pero nada de eso importaba, Mafisch! Nada podía ser más perfecto que esta noche con él. Empezamos en el Hati. Comida árabe, mozos desordenados, platos apilados, pavos adornados con rosas, dulces pegajosos y árabes gordos y de labios gruesos.

Luego fuimos al Finish y bebimos coñac hasta sentirnos alegres. Finish era un ex boxeador, que antes de ser noqueado abrió este bar. Adquirió ese sobrenombre en una trifulca al tirar a los peleadores uno a uno por la ventana, y gritando cada vez: "¡Finish!". Alegre y fornido, golpeó en la espalda del señor Conway, ordenó una corrida de bebidas por cuenta de la casa y me dió a mí una caja de pistachos salados.

De ahí seguimos a donde Madame Badia y contemplamos los bailarines árabes. Pero el baile con la barriga, la música chillona y el olor de almizcle no eran hechos para nosotros.

—¿No está aún cansada? —me preguntó el señor Conway mientras entrábamos al cuarto recinto. Estaba en la calle Pirámide y se llamaba Sphinx y empleaba delgados bailarines ingleses en vez de árabes gordos y morenos.

—Estamos recién comenzando —dijo. Eran las once y media. Esperaba hacer durar esa noche hasta que llegara la mañana.

—Me parece muy bien —asintió Conway—. No recuerdo cuántos años hace que no hago algo así. Tal vez no soy tan viejo, después de todo.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y seis.

—Está bien.

—¿Que está bien para quién?

Eso era difícil de contestar.

—¿Iremos al mercado de los peces?

—Por cierto que iremos.

—¿Sabe lo que es eso?

—No tengo la menor idea.

—¡Es horrible! Ninguna muchacha bonita diría que si sin saber a qué.

—Pero yo estoy con usted.

Algo extraordinario sucedió. El señor Conway puso su mano sobre la mesa esperando que yo colocara encima la mía.

—Eso me hace bien, Sonia. Gracias. Si recuerdo bien, nadie en el mundo me había dicho eso antes.

—Pero tal vez lo pensaron. —Estaba sofocada, sentía vahidos y tenía el corazón extrañamente liviano.

—¿No puede una persona decirme todo lo que piensa de mí?

—¿Por qué no?

Lo miré y vi su cara limpia y bien delineada, su pelo café grisáceo, sus largas y honradas manos: todo eso estaba hecho para ser amado. Pero él era tan lejano y digno, que una sólo se atrevía a respetarlo. Nunca hubiera podido haberle dicho eso antes.

Pero hoy podía. Todo era hoy diferente. Hoy hablé.

—Bueno, si realmente quiere saber, trataré de decírselo.

No, no podía. La pieza estaba demasiado iluminada y no había demasiada gente a mi alrededor. Una está realmente sola únicamente dentro de la multitud. El acercó su silla a la mía.

—Tal vez le sea más fácil si no la miro.

—No, decir la verdad es como tomarse un remedio amargo. Depende de cómo se toma.

—¡Estúpida, inteligente, querida niña! —dijo sonriendo.

Su mano derecha alcanzó la mía izquierda. Mis ojos se cerraron en forma involuntaria. Así podía hablar.

—Porque usted está tan encerrado dentro de sí mismo, porque no quiere que nadie sepa nada de usted, porque usted vive muchas vidas dentro de una, y las mantiene distantes unas de las otras, porque usted es un soldado siempre cumpliendo su deber, nunca se descuida o se aleja de sí mismo. Porque usted es siempre el mismo para con todos, porque usted no odia, no pierde el control de su carácter, porque usted no ama.

Libré a mi corazón de muchos otros "porqués", pero no puedo recordarlos todos. Jamás puedo repetir enteramente una conversación, sólo su tenor y su sabor. Cuando hube dicho todo esto, me sentí maravillosamente desencantada. El, sentado en su silla dura, como si estuviera escuchando un concierto, levantó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—Entonces así es cómo la Sonia íntima ve a su jefe en la intimidad —murmuró sin moverse. Mi mano descansaba en la suya, caliente y cómoda. La corriente eléctrica se había esfumado.

—Sí —respondí.

—Eso tiene que cambiar.

—Sí —dijo de nuevo, pero suavemente quitó mi mano de la suya.

El recuperó su habitual compostura. —Venga, salgamos a tomar un poco de aire.

Arrendó un coche abierto e indicó en dirección de la gran pirámide.

—Vamos allá —ordenó.

Se sentó muy junto a mí en silencio. Yo deseaba que este paseo no terminara jamás. El cielo estaba muy cerca,

las estrellas yacían casi sobre la tierra. Una delgada luna creciente, tan fina como la de la bandera de Turquía, comenzaba a elevarse. El aire era caliente, pero no enervante. Pasamos la Pirámide de Gizeh. El chófer preguntó si debía esperar. Conway alzó los hombros.

—Me imagino que tendremos que volver a casa de alguna manera, pequeña niña.

Tomó mi brazo y caminó protectoramente a mi lado.

—Como quiera —le gritó al chófer. Eso era más o menos todo lo que uno podía decir aquí, en este mundo de encantamientos. ¿Para qué molestarse con órdenes precisas? La noche absorbe todas las cosas sin importancia. Sólo quedan las esenciales.

El inmenso triángulo se alzaba en la oscuridad como una increíble luz blanco-amarilla. Reflejaba sombras puntiagudas en los cerros de arena. Los focos de los automóviles que descendían por la calle Pirámide daban golpes de luz en las murallas de piedra.

¡Mene, mene, tekeli, upharsin! ¡El arte es eterno, pero es frío! ¡Nosotros somos mortales, pero vivos!

Nos acercamos a la poderosa Pirámide de Cheops tomados del brazo. Me emocionaba, aunque me parecía casi natural. No habría podido andar aquí sola. El no sólo era mi jefe, yo no era sólo su secretaria. Cerca de nosotros, junto a nosotros, sobre nosotros, la belleza primitiva del mundo se desplegaba. La sabiduría universal había decretado que podían compartir esta belleza. Todo el que se acercaba solo, se sentiría anonadado. Tal consumada belleza hace realmente bueno a aquel que la puede resistir de manera tan perfecta. Y la liberación de la bondad que había dentro de nuestras almas nos daba dicha y contentamiento. Repentinamente, me di cuenta de cuanto tenía que hacer para estar bien encajada en el mundo. Tenía que ser más sabia y más agradecida.

—Siempre hay aquí belleza, una belleza impresionante —dijo Conway. Yo expresé lo que había en mi corazón, mi felicidad y mi deseo de pro-

No podía pensar y no podía ver. Sólo sé que era tan poderoso como la Esfinge y que me hacía feliz y desgraciada...



—¿Por qué los ingleses no gustan de los americanos y por qué los americanos se rien de los ingleses?

—Espero que no me pida le dé una respuesta inteligente de eso ahora. Esta noche me es totalmente indiferente el tema. ¡Totalmente, Sonia! Comprendame.

Acercó más mi brazo en la curva del suyo y puse mi mano en su bolsillo. Temblé levemente, pero me sentía exuberantemente feliz.

—Ahora veremos a la mujer más hermosa de Egipto.

Dimos vuelta la espalda a Cheops y a la pareja de ballarines y doblamos hacia la izquierda, siguiendo un sendero angosto y bien delineado, en don-

tura de piedra. Esta mujer primitiva, este animal primitivo, esta indomable, sabia, silenciosa, este ser espantosamente bello, me gusta más que cualquier otra cosa de Egipto. Amar la Esfinge es mi razón de ser. Este es el hombre esencial y fundamental que hay en mí, el mejor y el peor. Por eso es que yo trabajo aquí en Egipto, por eso es que he dejado todo lo que se pueda llamar "hogar". Es indefinible. Es difícil hablar de eso. Pero usted entenderá. Es lo Positivo, usted sabe, amortajado con el velo de lo eternamente Insondable.

"Hatshepsut es perversa, destructora, tal como usted lo sintió. Toda persona tiene dentro de sí ciertos nichos cerra-

embrijo

Egipto

POR
VICTORIA
WOLF

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR: Sonia se va a Luxor durante un tiempo y allí sueña que Conway hace un descubrimiento. Pronto se cansa de sus vacaciones y vuelve junto a su jefe. Reciben un telegrama anunciando la venida del director del museo de El Cairo, y Sonia va a decirselo a Conway. Allí sabe que su sueño se ha convertido en realidad y que su jefe ha hecho un descubrimiento. Llega el director e insiste en que se lleven las cosas a El Cairo y, aunque Conway se opone terminantemente, por no encontrarlas importantes, el director insiste. Sonia y su jefe se embarcan, entonces, hacia la capital, para tomar unas vacaciones antes de iniciar otra etapa del trabajo...

carne a mi misma que valía la pena.

—¿Nunca había estado aquí?

—Nunca.

—Espléndido. Me siento tan encantado como si hubiera hecho un descubrimiento por el privilegio que tengo de revelarle todo esto.

Lentamente fuimos a través de la inmensa quietud. Una música desmayada venía de alguna parte, no una música hermosa, sino un disco de baile. Y entonces vimos un fonógrafo portátil al pie de la Pirámide de Cheops y a una pareja cuya ambición era bailar a la sombra del Gran Triángulo.

—Americanos —dijo Conway, contemplando.

de pedacitos de arena brillaban como luciérnagas. La arena olía limpia y caliente. No existía ningún ruido terreno fuera del rítmico golpear de nuestros pasos. Ancha y negra, la masa de piedra de la Esfinge se recortó en la distancia, con su cara aún no reconocible. Sus uñas estaban enterradas hondas en la arena, bajo el peso de la eternidad. Un delgado rayo de luz caía sobre la muralla y la protegía.

—Usted dice que le gustaría saber algo del hombre Roger Conway, Sonia. Usted busca profundidades o sombras, o algo más, que es muy ruso. Mire, niña, aquí ante nosotros está esta crea-

dos que abre sólo al que posee la verdadera llave. Gastamos la vida entera buscando a ese ser.

"Sólo cuando todos los compartimientos están abiertos. Sólo cuando todo lo que está dormido adquiere vida, sólo entonces nos sacudimos de esta eterna inquietud.

"Hasta ahora nunca he encontrado la persona que tenga la llave, Sonia. Pero he encontrado la Esfinge. La Esfinge libertó toda inhibición que se ha enseñoreado en mí. La Esfinge es la expresión visible más poderosa de lo que siento, y, porque

(Sigue a la vuelta)

Mejora al
RESFRIADO

Mejora al
DOLORIDO

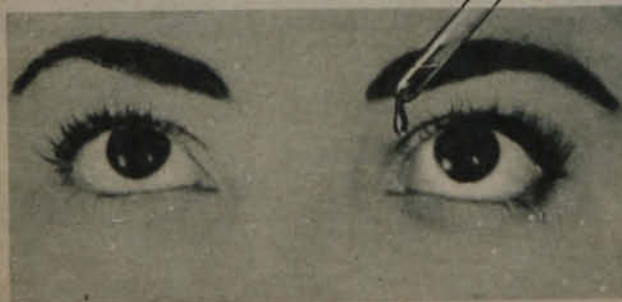


• Y para que MEJORAL llegue a sus manos **PURO!**
FRESCO! LEGÍTIMO! cada una de sus tabletas
viene herméticamente protegida por cetofoan!



Mejoral

Murine Para sus ojos.



Cuando los ojos están cansados, simplemente dos gotas de Murine en cada uno son suficientes para aliviar el malestar. La acción detorsoria y calmante de Murine produce efecto inmediatamente. Murine quita los irritantes acumulados, llevando hacia afuera el polvo y las materias impuras.

Murine
M. R.



fué construida por manos humanas, veo que otros, miles de años antes que yo, pensaban y sentían exactamente igual a mí. Entonces no estoy solo. Soy la continuación, mi vida tiene un significado definido. Usted ve, ésa es la razón de por qué yo tengo aparentemente una inagotable paciencia, porque tengo fe en mi trabajo. Si, Sonia, tengo fe en mi trabajo. Y la cara de la Esfinge es la responsable de eso. La Esfinge me ayuda. Ella me da inspiración para esforzarme y gozar con mi trabajo, sin tenerme que preguntar por qué y sin saber el motivo.

Había llegado tan cerca, que ahora podía ver la boca de la Esfinge. Esta cara poderosa, perversa, atrayente, misteriosa y eterna. Me asustaba y me encantaba simultáneamente. Despertaba en mí algo salvaje que se apaciguaba cuando quería libertarlo. Este vehementemente poder, gracias al conocimiento, era vencido. Todo esto está en las caras egipcias que viven dentro de la ignorancia junto a esta inmensa fisonomía. Habría sido insondable para mí en este primer encuentro si él no me hubiera explicado su idea.

—Gracias —le dije—. Gracias.

—¿De qué?

—De todo.

—Si alguien tuviera que dar las gracias, Sonia, ese alguien sería yo. Hace mucho tiempo, cuando vine aquí la primera vez, deseé algún día poder mostrarle esta poderosa mujer de piedra a la verdadera mujer. Una mujer que entendiera Egipto tanto como yo la entendiera a ella. Pero tendría que ser una mujer a la cual yo pudiera amar. Y ahora la he encontrado. Por eso estoy agradecido.

Se inclinó y me levantó la cara hacia su altura, y entonces me besó. No sé si fue un beso largo o corto, y no sé que hice yo. No podía pensar y no podía ver. Sólo sé que era tan poderoso como la Esfinge y que me hacía feliz y desgraciada, que quería reír y llorar al mismo tiempo.

Mi cabeza se ocultó en sus hombros y él me sostuvo entre sus brazos. Después nos sentamos quietos sobre la arena al pie de la Esfinge.

No puedo creer que realmente haya vivido hasta esa hora. No puedo pensar más allá de ella. Pero si durante un



El radiador de un automóvil produce suficiente calor como para temperar una casa con seis piezas.

fugaz momento una parte de mí me dió la vista del futuro, la otra inmediatamente la sujetó. Sólo me importaba el presente. Si hubiera sido honrada conmigo misma, habría sentido el miedo que ahora siento. ¿Llegaría a poder alguna vez llamarlo Roger? ¿Podría alguna vez atravesar el golfo que existía entre una muchacha joven y un gran hombre? ¿Podría besarlo tan a menudo como lo había hecho en mis sueños despierta?

—¿Qué está pensando, Sonia? ¿Encuentra ridículo que un hombre viejo necesite la ayuda de una mujer sin edad para decirle a una muchacha lo que debió decirle hace mucho tiempo? No es cobardía, Sonia, ni es únicamente retraimiento. Es porque en ninguna parte del mundo en que estoy soy tan completamente yo como aquí.

"Aquí puedo expresarme, aquí puedo hacer planes. Aquí tengo fe. Aquí pierdo todas mis dudas.

"¿Se da cuenta lo bueno que es cuando uno no necesita seguir dudando? ¿Cuándo uno puede tener unas vacaciones de sí mismo? ¿Comprende eso? Aquí, por muy joven que usted sea, puede comprenderlo.

—Lo comprendo, creo en usted, lo conozco. No quería decir eso, pero se me escapó y lo dije. Me quedé quieta. Miré a la Esfinge y no a él y deseé poder dejar de temblar, aunque todo dentro de mí estaba en conmoción.

—Querida y dulce niña, venga conmigo. Venga muy junto a mí. Déjeme darme cuenta de que no es usted de piedra y que no es usted eterna.

Enlacé mis brazos por su cuello y escondí mi cara ardiente entre su mentón y su hombro. El hueco estaba hecho para ella. Le confesé que lo amaba. Pero fué más que eso. Fué algo dicho con fe, con eternidad, con muerte. Si, hasta con muerte. Descansando contra su hombro, pensé en la muerte. Ya no era un pensamiento terrible.

—La vida es hermosa —dije.

—Hermosa porque usted está aquí, Sunny.

"Sunny". La palabra la sentí muy adentro. Había alguien para quien yo era su "Sol". Lo miré. Él se veía diferente, no más dichoso, no más ardiente, distinto.

Quise decirle que esperaba ser siempre su "sol", pero no se lo dije. Avancé hacia él algunas preciosas pulgadas y lo besé.

Y fué exactamente como su sueño. Era infinitamente feliz. ¿Están todos esos sueños igualmente llenos de dicha? No puedo creerlo. Pensé: sólo soy yo la elegida. Después, él protestó que no era suficientemente bueno para mí, y en esto, como la Esfinge, él es al mismo tiempo bueno y perverso. El me ama, pero no me merece. —Amar no tiene nada que ver con valer. El amor cae como los aerolitos. No se sabe de dónde, simplemente cae. —Mi pequeña Sunny, no sea tan inteligente. Créame ahora, en todo usted es demasiado para mí. Siempre he sentido eso: en Luxor y allá en la tienda. Quiero demostrarle, porque usted no lo ha entendido. ¿Se acuerda el domingo durante la visita del director? Pero usted no cambió, se mantuvo leal y veraz. Lo besé para que no pudiera seguir hablando y me sentí dichosa, pues ya al menos no titubeaba antes de besarlo. —Venga, vamos a darle las gracias a la Esfinge —murmuré. —Pienso que ella no puede soportar que le agradezcan. Si es como nosotros, se enojaría si la gente le agradece. Quédese aquí conmigo. Aquí es de donde pertenece. —Hizo un nido para mí entre sus brazos y su pecho y me tuvo allí abrigada. Era maravilloso. Pero, finalmente, tuve que estornudar porque su ropa olía a naftalina. El se rió y yo también. Reír nos hacía bien a ambos. —Ahora tenemos de nuevo los pies sobre la tierra, pequeña Sunny. Vamos, volvamos a El Cairo. Tengo que comprarle algo. Inmediatamente. —¿Comprarme algo? ¿En la mitad de la noche? Me sentía feliz de que él hubiera olvidado la hora. —Lo que quiero comprarle se puede conseguir a cualquier hora. Caminamos trabajosamente por la arena. La luna había empalidecido, el cielo tenía un extraño color amarillito y rojo oscuro. Nosotros conocíamos todos los matices de estos colores. Casi podíamos decir el minuto cuando el sol se levantaría. Me lo había enseñado en la tienda, cuando era aún el señor Conway. Ahora era Roger, y puso mi mano dentro de su bolsillo. —Una parte de usted debe pertenecerme. No puedo tenerlo todo. Pero no renunciaré a esta pequeña mano. —Si usted toma mi mano, me toma a mí. —No —respondió con rapidez—. Usted debe mantener su independencia. Debe seguir siendo Sonia, mi pequeña Sunny.

La isla Baffin, en la zona ártica del Canadá, sigue emergiendo del mar a razón de seis pies por siglo.

No le discutí. El debía hablar. No me importaba: lo amaba. La pareja de bailarines había abandonado la pirámide, pero nuestro chófer yacía como un haz de heno, totalmente dormido en el último peldaño. —Una vez subí para ganar una apuesta de diez libras —dijo Roger—. Diez minutos subiendo y ocho bajando. Todavía era joven, habría sido lo justo para usted. —No me gustan los hombres jóvenes. Son estúpidos. La insensatez de la cabeza de los jóvenes es peligrosa. El se rió. —No trate de convencerme de que nunca se ha enamorado de un hombre joven. —Nunca antes he amado a un hombre, excepto a mi padre. —¿Espera que yo le crea eso? —Usted se va a dar cuenta. Luego lo besé, ahí en la sombra del enorme triángulo, y no me importó de que despertara nuestro chófer. —A Muski —ordenó Roger, como si tuviéramos la costumbre de despertarlo con nuestro beso. El chófer se inclinó respetuosamente y enfiló hacia el coche. Lo seguimos y éramos dichosos. Cuando llegamos a El Cairo estaba iluminado y los mercaderes en los bazares estaban instalados fuera de sus tiendas. A un adormilado y mal afeitado joyero, quien en ese momento desenrollaba su alfombra para orar según su rito matinal, Roger le compró lo que siempre había abierto mi corazón: la Llave de la Vida. Un simple símbolo, diseñado como una cruz rusa. La parte superior no era puntiaguda, sino con una manilla suave. —Usela en la verdadera forma y las dos manillas le abrirán la puerta de la vida. —Me la colgó con una cadénita al cuello. —Le abrirá la puerta hacia una vida feliz. Usted sabe lo que esto significa en Egipto: servir cada día hasta estar listos para morir. Sólo desde que la conozco he aprendido a encarar la muerte sin miedo. Entonces me di cuenta de que él era mi Hogar. No sólo hacía que nuestra diaria conciencia de vivir tuviera el mismo fin, sino nuestra vida íntima y subconsciente se volvía hacia el mismo fin.

(CONTINUARA)

REEMBOLSOS
de la fábrica a sus pies

LUBETT

Escriba a LUBETT,
Casilla 369 - Stgo.

Art. 020.—CÓMODO como un
guante, suave, muy liviano,
en reno negro y café, 33 al
39.

\$ 565.-



Art. 01.—Elegante
modelo, muy suave, de
gran moda, en reno
negro y café, 33 al 39.

\$ 560.-

Art. 0100.—Pulsera, cosido black,
fina terminación, muy suave, charol
negro, cuero café y blanco. Gran
moda.
22 al 25, \$ 355.—
26 al 29, \$ 405.—
30 al 33, \$ 425.—

\$ 355.-



Art. 0104.—Lindo
modelo en fi-
no cuero negro
y café, muy có-
modo, gran mo-
da, 33 al 39.

\$ 447.-



Art. 0106.—Mocasín, muy
flexible, para niñas o muje-
res, fino box-calf negro, café
y blanco.
30 al 33, \$ 415.—
34 al 38, \$ 440.—

\$ 395.-



Art. 0511.—Zapatón COLEGIAL
en box-calf negro y café, muy
durable.

22 al 25, \$ 385.—
26 al 29, \$ 468.—
30 al 33, \$ 498.—
34 al 39, \$ 535.—

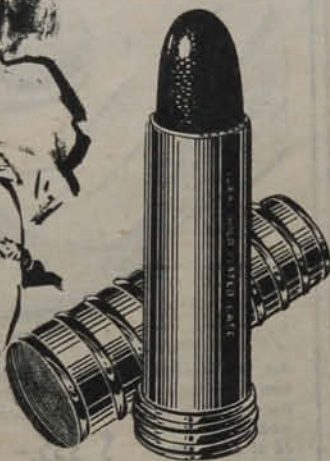
\$ 385.-

Despachamos reembolsos a provincias
en el mismo día, sin recargo para el
cliente. SERIEDAD Y ATENCION.

UNA VERDADERA

Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡nuevo!

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsito
de género especial que le
brinda protección.
¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee
M. R.
Preferido por las Damas Elegantes

T

AN PRONTO como mi esposo abrió la puerta de calle, corrió a su encuentro, gritando: —¡Marcos, podremos tener un niño! Encontré un doctor que me dijo... —¡Vamos, cálmate! Creía que ya habías visto a todos los doctores del pueblo... —su voz también denotaba alegría al hablarme. —Si pero éste es uno recién llegado; ¿sabes lo que me dijo?

—¿Que los nenes aparecen bajo hojas de lechuga? —No, tontito, que no tenía hijos porque estaba demasiado gorda. Si perdía diez kilos, me aseguraba que podría tener un niño.

—Francisca, me gustas tal cual eres, por ello me casé contigo... —murmuró mi marido, contemplándome con ternura.

—Por favor, Marcos, habla en serio —le repliqué. Mi esposo siempre desalentaba mis propósitos de bajar de peso. Pero esta vez no podía oponerse, pues tenía para ello una razón muy importante.

—Muy bien, hablaré en serio. Si es tan fácil su medicina, ¿por qué ninguno de los otros médicos opinó lo mismo?

—Estaban acostumbrados a mi figura. Todos me conocían desde que nací y no ven nada de malo en que sea gordita. Ya ves que nos han examinado a los dos y reconocen que no existe ninguna razón por la cual no podamos ser padres de una numerosa familia. Y, sin embargo, no la tenemos y hace tres años que estamos casados. Esta vez estoy decidida a adelgazar. El doctor me dio un régimen especial, basado en la cantidad adecuada de calorías, de manera que no creas que pereceré de hambre.

—Si estás decidida, podemos intentar esta nueva cura —me dijo. Se dirigió al dormitorio a cambiarse traje y me agregó, al salir:

—Mañana te voy a comprar un hermoso vestido para que te lo puedas poner cuando estés delgada. Entonces te llevaré a comer al restaurante más lujoso, y así tendrás otro incentivo más para adelgazar.

—Ya tengo un incentivo bastante grande: un hijo nuestro; pero el vestido no me vendrá mal.

Tenía mis motivos particulares para creer que, con un esfuerzo determinado, podría llegar a usar el vestido que mi marido me estaba ofreciendo en broma. Muchas veces, al contemplar nuestro álbum de familia, pregunté a mi madre por qué había permitido que después de los diez años empezara a engordar en la forma que lo hice. Ella me replicó una vez:

—Jamás dejabas de comer, Francisca. Recuerdo una ocasión en que tu padre y yo tuvimos una pequeña discusión. No pude dormir por la noche y bajé a buscar un vaso de leche. Ahí estabas sentada, comiendo un grueso sandwich, mermelada y leche. A pesar de mis consejos, no dejaste de engullir en exceso. Por otra parte, no ha sido un placer para ti, sino que lo has hecho por glotonería.

Este afán de comer en demasía llegó a constituir un hábito en mí. Más tarde comprendí que, manteniendo una sonrisa en el rostro, todos me encontraban más simpática y agradable que las demás niñas de esbelta figura. Mi peso me distinguía. Todos me conocían y me querían, y las demás muchachas eran amigas mías porque no temían que pudiera conquistar a sus amigos ni a sus novios. Los jóvenes me convidaban y me confiaban sus amores. Me convertí en la confidente y amiga querida de la juventud de nuestro pueblo.

Jamás pensé seriamente en el matrimonio antes de conocer a Marcos, durante mi último año de colegio. Nos hicimos amigos tan pronto como nos vimos y me convidó al cine, a un paseo campestre, y finalmente a bailar. Esta vez protesté, riendo:

—Eres demasiado amable. Ningún muchacho encuentra placer en ir a bailar con una persona tan gorda como yo. Me respondió, riendo también:

—Mi madre es mucho más grande y gorda que tú; por lo tanto, siempre me han agradado las mujeres de tu físico. Creo que fué entonces cuando me enamoré de él. Al principio no podía comprender qué lo atraía en mi persona, pero finalmente pude apreciarlo. Una vez que salimos con otra pareja a bailar, la joven se puso a criticar a una amiga. Marcos se dio vuelta hacia mí y me dijo:

—Francisca, jamás te he escuchado decir una palabra contra alguien. Ni un comentario, ni un chisme, ni una hipocresía. Sé que te amo, y pienso casarme contigo... si me aceptas...

Un sueño

Francisca tenía qu

Luego me besó larga y apasionadamente.

Mi corazón pareció detener sus latidos. ¡Si lo aceptaba! Jamás, ni siquiera en sueños, pensé que alguien pudiera proponerme matrimonio. Sin embargo, ahí estaba Marcos pronunciando las sagradas palabras que nunca pensé escuchar.

Mi madre y mis amigos quedaron tan sorprendidos como yo cuando anuncié mi matrimonio.

Nos casamos apenas Marcos consiguió un buen empleo en una fábrica de la localidad, y lo único que turbaba nuestra dicha era el no tener un hijo. Pero ahora parecía que este aspecto iba a quedar solucionado.

Marcos cumplió su promesa. Al día siguiente por la tarde llegó con una gran caja, que me pasó al mismo tiempo que decía:

—Te traigo el mejor medio para adelgazar. Por otra parte, cuando terminemos de pagar el vestido, no nos va a sobrar dinero para mucha comida — agregó sonriendo.

Abri la caja con manos temblorosas por la emoción y exclamé extasiada al ver su contenido:

—¡Oh, Marcos, qué maravilloso! Más tarde, a solas, contemplé detenidamente el hermoso traje e imaginé cómo me vería con él una vez que estuviera lo suficientemente delgada como para poder usarlo. ¡Cómo se daría vuelta la gente a contemplarme! ¡Los murmullos que se alzarían por doquier a mi paso!

¿Podría lograr mi propósito?, me pregunté; pero luego, al pensar en Marcos y en el hijo tan ansiado, sequé las lágrimas que asomaban a mis ojos y me hice el firme propósito de obtener éxito en esta empresa.

No fué tarea fácil abandonar mis hábitos de glotonería. Aún con el apoyo de mi marido y la inspiración del hermoso traje que me aguardaba, desfallecía cada vez que veía ante mí un pastel o un guiso especial. Algunas veces por las noches soñaba con comer algo delicioso, y era tal la tentación, que debía levantarme del lecho y apretar contra mí mi bello vestido a fin de no sucumbir. Poco a poco ese traje llegó a ser para mí un símbolo de la figura que trataba de obtener gracias a mis esfuerzos.

Marcos parecía sentir cada vez que me encontraba en el límite de mi resistencia, y de inmediato me convidaba a pasear al parque o ir al cine. Gradualmente iba logrando mi propósito.



Perder diez kilos, o
perder mi marido...

Perder diez kilos, o
perder mi marido...

Perder diez kilos, o
perder mi marido...

convertido en realidad

Todas las semanas controlaba mi peso. Marcos me acompañaba, y esto llegó a constituir una verdadera ceremonia semanal. Al parecer, todo hacía presumir que para el aniversario de nuestro matrimonio habría logrado perder todos los kilos de más que pesaba.

¡Qué noche de gala sería! Me colocaría mi traje de fiesta, sentiría sobre mí los ojos de Marcos, llenos de admiración, y luego podría tener un niño.

A pesar del hecho de que Marcos jamás se quejó de mi figura, se veía que le agradaba que estuviera más delgada. Una noche me dijo:

—Creo que me gustarás delgada, pero, en realidad, te amo tal como eres o llegues a ser. No me casé contigo por la figura, sino por tu bondad de corazón, tan irresistible.

Si no hubiera estado tan obsesionada con mi figura, habría notado el tono de aprensión y de advertencia que encerraba su voz. También habría advertido que junto con cambiar de figura estaba poco a poco cambiando de personalidad. Para comprenderme, se necesitaría haber sido gorda como yo era y estar a punto de lograr un cuerpo tan hermoso como para despertar la admiración general. Por primera vez desde que era una mujer, los amigos empezaron a galantearme los vestidos. Mi madre, sin embargo, no aprobaba mi actitud, pues decía que me estaba tornando vana. Esto era cierto, pero en ese momento no me daba cuenta de ello.

(Sigue a la vuelta)

lograr un propósito antes del cuarto aniversario de su boda.



Mrs.
Cornelius
Vanderbilt, Jr.

figura de la aristocracia
norteamericana, tiene en la
suavidad de su cutis uno
de sus mayores atractivos.

"Uso regularmente
Cremas Pond's y estoy
encantada", afirma.

Toda mujer tiene un mágico encanto interior ¡descubra el suyo!

Hay un gran número de mujeres que ignoran su propio encanto. Usted —como toda mujer— posee un increíble poder interior que puede ayudarla a encontrar su belleza. Este poder se desarrolla en la perfecta relación que hay entre su aspecto exterior y su ser interior, entre el modo que los demás la ven y el modo que usted se siente.

Por eso es tan necesario seguir cuidadosamente en tratamiento que la ayude a realizar su propósito. Usted sentirá que es más bella...; será más bella, ¡y el mundo será suyo!

Tratamiento facial exterior e interior.

Para limpiar:

Aplíquese Crema Pond's "C" en forma abundante, con movimientos circulares. Quitela luego con una toallita.

Para "enjuagar":

Aplíquese otra capa de Crema Pond's "C", del mismo modo. Quitela. Esto elimina hasta el último vestigio de polvos, maquillaje e impurezas. La tez queda suave..., ¡nitida!

Estímulo de frescura:

Refresque su cutis con agua fría. Este "tónico" estimulará la circulación y su rostro lucirá con ¡nueva! radiante belleza.



EXIJA EL POTE GIGANTE.
ES MAS ECONOMICO.

Las mujeres más lindas del mundo usan y recomiendan Cremas Pond's.

Una tarde salí de compras con una amiga que estaba empezando a engordar. Al verme a mí, me dijo:

—No sé cómo tienes tanta fuerza de voluntad, Francisca. Yo quisiera imitarte, pero... —se encogió de hombros y contempló anhelante el menú que le ofrecía en ese momento el mozo del restaurante donde nos habíamos detenido a tomar té.

Yo sabía ya lo que pediría: café puro y galletas de agua. Al ver que no nos atendían con la suficiente rapidez, llamé en forma terminante a uno de los mozos que pasaba a nuestro lado. Al escucharme, Margarita, mi amiga, me miró extrañada y me observó:

—¿Sabes, Francisca, que es la primera vez que te he visto realmente enojada? Y todavía por una cosa tan absurda.

—Lo sé, siempre he sido la gorda plácida que jamás se inmutaba por nada pero ahora es diferente —le repliqué, airada.

Recordé que anteriormente me atendían con simpatía por mi manera de tratar a los criados y mozos de restaurante, pero ahora no necesitaba andar suplicando simpatía ajena; me bastaba con mi atractivo.

Contemplé a Margarita comer tortas y quesos, y me sentí superior. "¡Pobre marido! —pensé, recordando a Jaime, el esposo de mi amiga—. ¡Qué terrible debe ser para él soportar todo el tiempo a su lado a una mujer tan gorda!" Y en mi imaginación le vi bailando conmigo y dirigiéndome li-sonjas por mi hermosa figura, mientras Margarita nos contemplaría con envidia desde un rincón.

Su expresión de felicidad al terminar de comer un último pedazo de torta, me atrajo a la realidad.

—No puedo seguir comiendo así, porque engordaré mucho —declaró Margarita con aire pesaroso.

"Así decía yo anteriormente", pensé con cierto regocijo interior. Pero mi amiga seguía diciéndome en ese instante:

—A propósito, Francisca, vamos a tener una fiesta el sábado en casa. Espero que vengas con Marcos.

—Encantada —le repliqué.

Antes siempre miraba con admiración a mis amigas de hermosa figura, pero ahora sólo ansiaba ir para que a su vez me admiraran a mí y leer la aprobación en los ojos de sus maridos. Era como si hubiera estado adormecida por muchos años y de pronto despertara a la vida, sedienta de emociones.

A medida que adelgazaba me tornaba más y más ansiosa de recibir la admiración masculina. A veces me preguntaba qué pasaría si llegaba a conocer un hombre que no supiera lo gorda que había sido.

Lo pude comprobar la noche de la fiesta de Margarita. Me coloqué para esa ocasión un vestido negro ajustado, que me sentaba bien y me hacía verme muy esbelta. Al abrirnos la puerta noté la mirada de admiración de mi amiga. Me dijo:

—Entren, entren, les voy a presentar al invitado de honor, Darío Shel-ton.

Atravesé el salón junto con nosotros y golpeé en la espalda de un hombre alto y buen mozo.

—Darío, te voy a presentar a Francisca y Marcos Schroer. El hombre se volvió y me miró en forma penetrante, mientras estrechaba mi mano largamente.



—Creo que me va a gustar esta ciudad —dijo sonriéndome.

—No es una ciudad tan mala, después de todo —comentó lacónicamente mi marido, y luego, dirigiéndose a mí, agregó: —Vamos, Francisca, deseo conversar un asunto con Jaime.

Los ojos de Dario me siguieron por todo el salón. Su admiración era notoria y me hacía sentir una extraña sensación de felicidad. Estimulada por tan abierta admiración, me encontré de pronto siendo el centro de la conversación y atención generales.

En un momento en que dije un comentario un tanto sarcástico acerca de un amigo común que no estaba en la reunión, sentí sobre mí la mirada escrutadora de Marcos, y noté en ella una expresión de profundo desagrado. En un momento en que me dirigí a la cocina en busca de bebidas, noté que Dario me seguía. Comprendí que había bebido ya en demasía, pero me creía capaz de poder manejar la situación a mi amaño. Por otra parte, me atraía y me alegraba poder estar a solas con él unos pocos minutos.

—Sí, creo que me va a gustar mucho esta ciudad —declaró, tomando de mis manos la bandeja con sandwiches.

—Tiene sus atractivos —repuse, mirándolo a los ojos.

Al ver que intentaba dirigirme de nuevo al salón, me apasionó una mano y murmuró a mi oído:

—¿Qué prisa tiene? Está demasiado lleno allá dentro. ¿Trabaja su marido por las noches?

Esta última pregunta me hizo sonrojar violentamente. Debí replicarle de inmediato que ambos constituíamos una pareja muy feliz, pero no me atreví a romper con mis palabras el encanto de este encuentro.

Naturalmente mi silencio encerraba una aprobación, y cogiéndome por los hombros me atrajo hacia sí. En ese instante se abrió la puerta.

Marcos se detuvo en el umbral:

—Suelta a mi mujer, Shelton —le ordenó con tono violento, al mismo tiempo que se aproximaba amenazador contra un contrincante que, si bien un tanto bebido, estaba lo suficientemente lúcido como para no desear una pelea con un hombre mucho más alto y musculoso que él.

—Marcos...

Me interrumpió, diciendo:

—Lleva los sandwiches adentro, Francisca.

Poco rato después nos despedimos. Ninguno de los dos mencionó el incidente de regreso a casa. Marcos estaba tranquilo y pensativo y su silencio implicaba una táctica acusación de mi conducta.

Finalmente, cuando nos disponíamos a acostarnos, le dije, sin poder soportar por más tiempo su silencio:

—Gracias por defenderme. Estaba tratando de encontrar un medio para detener las pretensiones de Dario, sin mostrarme mal educada, cuando... — adopté intencionalmente un tono de voz ligero, para no dar mayor trascendencia al incidente.

—Sí, así se notaba —me interrumpió Marcos—. Pero no siento simpatía alguna por tu actitud, pues estuviste coqueteando con él toda la noche.

Tenía la razón, de modo que no murmuré una sola palabra en mi defensa. Me sentía avergonzada de mi conducta, pues había humillado a mi marido frente a sus propios amigos, actuando como una mujer ligera que coquetea con un hombre que apenas conoce.

Viendo la expresión contrita de mi rostro, Marcos se apiadó de mí y me tendió los brazos, diciéndome:

—Mira, mi amor, comprendo que debe ser maravilloso para ti verte tan delgada y atractiva, pero no debes olvidar el propósito que tuviste para hacer estos sacrificios. No permitas que se destruya nuestra felicidad. Sus besos y su ternura me hicieron olvidar en sus brazos todos mis locos devaneos.

Desde ese momento fui más cuidadosa con mi actitud frente a terceros, pero continué en mi propósito de adelgazar hasta llegar a obtener la figura tan largamente anhelada. El aniversario de nuestro matrimonio se aproximaba. El día anterior a esa fecha saqué con todo cuidado el hermoso vestido que me regalara Marcos, y con manos temblorosas lo ceñí a mi cuerpo. ¡Me quedaba perfecto! En ese instante comprendí cómo se sentiría la Cenicienta antes de ir a palacio. Una y otra vez me contemplaba en el espejo, incapaz de creer lo que en él se reflejaba. Ya no tendría que esforzarme por no comer, pues podría estar segura del amor de mi marido por la belleza de mi figura. En ese instante,

una voz interior pareció decirme al oído:

"No podrás conservar tu esbeltez si pretendes tener un hijo. Si así lo haces, tu cintura volverá a ensancharse, aumentarás los kilos perdidos, y, más aún, tendrás que "comer por dos". Lo peor será que jamás podrás recuperar esta figura que has obtenido con tanto esfuerzo."

Sentí que me invadía el resentimiento contra Marcos al pensar que seguramente pretendería que tuviera un hijo. ¡No era justo, después de todos los sacrificios por que había atrave-

(Sigue a la vuelta)



OFERTA ESPECIAL:

Chaquetones CARACUL desde

\$ 6.000.—

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

Gran surtido en:

Abrigos
Chaquetones
Capas
Estolas

- Patas Astracán
- Castor
- Muskrat
- American Lamb
- Petit Gris
- Zorros Plateados

Nutria y Mouton Doré
en variados colores.

CREDITOS

Compañía 1068 - Pasaje A. Edwards - Local 371
Teléfono 60491 - Santiago



—¿Está usted casada con él?

CASA

Diez

Ahumada 183 - Santiago



Lencería fina, batas de levantar-se y ajuar de novia.

Novedades en abrigos y trajes sastre.

Faldas, blusas, chalecos y pole-ras.

Gane
\$30.000.-
en dinero efectivo

EN EL NUEVO SORTEO IPANA DE 1954

- 1) Despliegue el cartón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cartón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000 hay 9 premios de 10.000, 3.000 y 1.000 pesos en dinero efectivo.

Nuevo sorteo de pasta dental

IPANA M.R.

sado! Todo mi ser se rebelaba ante el hecho de volver a engordar. La voz interior me decía nuevamente: "No hay ningún apuro en tener un niño. Ambos somos jóvenes. Es justo que nos divirtamos un poco antes de ser viejos."

Compré un sombrero y una cartera negros que hicieran juego con mi vestido. Luego me dirigí al teléfono para anunciar a Marcos que debía reservar mesa para la gran comida que me había ofrecido para el aniversario de nuestra boda.

A última hora de la tarde me dirigí a una zapatería a comprar un par de zapatos de tacones altísimos que hicieran juego con lo frívolo de mi tenida. Mientras me probaba algunos modelos, vi que Darío Shelton me contemplaba desde la calle. Mi corazón empezó a latir violentamente al recordar la última vez que habíamos estado juntos. Cuando salí, se acercó sonriendo y me dijo:

—Esperaba encontrarme con usted, pues deseaba verla nuevamente.

De inmediato me sentí cogida en la red de su encanto. Empezamos a caminar juntos y experimenté un íntimo orgullo de mi figura que tan bien armonizaba con la esbeltez masculina de su cuerpo. Al separarme de él, me complació mucho que me dijera que deseaba verme nuevamente para que conversáramos con más tranquilidad. Pero me apresuré a despedirme, pues debía encontrarme con Marcos una cuadra más adelante. Al reunirse conmigo, mi marido me preguntó:

—¿Sabes qué día es mañana?

—Sí. Y, ¿sabes tú dónde me tienes convidada?

—¡Francisca! ¿Hemos logrado, por fin, obtener la silueta ideal?

Asentí:
—Sí, Marcos, el vestido me sienta maravillosamente. Y mira los hermosos zapatos que me he comprado para lucirlos mañana por la noche.

Al día siguiente, cuando Marcos regresó a casa de su oficina, salí a recibirlo con el vestido puesto y le dije:
—Dime que me veo maravillosa. No puedo creer que un día fuera una mujer gorda y sin atractivos.

—Estás hablando mal de la mujer con quien me casé —me replicó sonriendo, pero con una extraña expresión en los ojos.

—Creo que me preferías gorda —le dije, contemplándome en el espejo y sintiendo que mi entusiasmo se enfriaba un tanto.

Se detuvo tras de mí y observó mi imagen que se reflejaba en el espejo. —Entonces no te tenía que comparar con nadie. Ahora, cuando entras en una habitación, todos los hombres te miran extasiados, y desearía golpearlos en la mejilla por lo que están pensando de ti.

—¡Marcos, no seas absurdo! Jamás miro a otro hombre con interés. Ahora, véte a vestir, porque ésta será una noche muy especial para ambos. Nos dirigimos a un restaurante de suaves y veladas luces, donde la orquesta tocaba una lánguida canción. Tan pronto como penetré en el comedor, di una mirada en derredor para saber si había alguien conocido. Al dirigirme hacia nuestra mesa vi a Margarita y su esposo en otra mesa cercana a la nuestra. Estaban con otra pareja y nos saludaron sin invitarnos a reunirnos con ellos.

Marcos ordenó la comida para ambos, y por primera vez en largo tiempo no me preocupé de las calorías.

—Vamos a bailar mientras nos sirven la comida —le dije—. Este vestido está hecho para lucirse. Jamás podrías haberme hecho un regalo de aniversario más lindo.

—Estás demasiao hermosa para llevarte a comer a lugares públicos —me replicó tiernamente Marcos—, pero debemos bailar mientras podamos hacerlo, porque pronto tendrás que permanecer varios meses en casa, esperando nuestro hijo.

"El niño", pensé con resentimiento. ¿Por qué tendría que haberse acordado de él en este instante que era tan feliz? Medité si decirle o no en ese momento que había decidido postergar este proyecto, pero decidí no hacerlo todavía. Más tarde tal vez sería más fácil que comprendiera mis puntos de vista. Nada debía arruinar esta noche maravillosa.

Al pasar bailando por un arco que conducía al bar, vi con sorpresa que Darío estaba contemplándome desde allí con mirada ávida y penetrante. Al ver que nuestras miradas se encontraban, alzó la copa en señal de saludo.

Aparté rápidamente la vista de él y me sentí aliviada cuando Marcos me condujo a nuestra mesa.

La comida era magnífica, pero no pude gozar de ella, pues mi mente volvía una vez tras otra hacia Darío y su



La inflación puede describirse como un torbellino en el cual debemos correr dos veces más rápido, sólo para quedar en el mismo sitio.

atrayente personalidad. Por otra parte, sentía cierto temor: ¿habría mencionado inadvertidamente mi venida? Si se acercaba a invitarme a bailar, Marcos me haría una escena...
—¿Te sientes feliz, Francisquita? —me preguntó Marcos, pasándome una tostadita con mantequilla—. Eres la muchacha más hermosa de la ciudad.
—Y la más feliz por tenerte a ti de marido —le repliqué de todo corazón, pues en ese instante sentía las palabras que estaba diciendo.
—Tal vez el año que viene, por esta fecha, estemos celebrando el advenimiento de otro miembro de la familia —me dijo Marcos, esperanzado.



—¿Consiguió ese empleo porque tenía un pito?

—Por favor, espero que no quedes muy desilusionado si el doctor estaba equivocado, después de todo —le previene—; no me aseguró que daría resultado este procedimiento, sólo me dijo que habría una esperanza, y eso es bastante relativo. Por otra parte, Marcos, recién he logrado adquirir una figura presentable, y es mucho pedir de parte tuya que de inmediato me sacrifique nuevamente, aunque sea por un hijo. Si esperara un niño, no me podría volver a poner este hermoso vestido nunca más...

Una expresión de incredulidad se reflejó en el rostro de Marcos al escuchar mis palabras. Luego se tornó en algo muy parecido al desprecio.

—¡Pero, Francisca, ambos suponíamos que el hijo era la razón primordial para todos tus esfuerzos! ¡Un niño es más importante que un vestido!

Me di vuelta para no encontrarme con el reproche de su mirada y vi que se acercaba a nuestra mesa Darío, silbando un aire popular distraídamente. Deseé poder irme, pero no había tiempo para ello.

—¿Puedo tener el placer de bailar con su adorable esposa? —preguntó a Marcos, pero sus ojos me contemplaban a mí con ferviente admiración.

—No —replicó en forma cortante mi marido.

Pero el joven estaba lo suficientemente bebido como para no abandonar

Es lógico que los regalos de matrimonio deben ser dirigidos a la novia. ¿Quién ha oído alguna vez que el trofeo se lo lleve el ciervo en vez del cazador?

fácilmente la partida. Agregó, sonriendo y sin tomar en consideración lo abrupto de la respuesta que se le había dado:

—Soy el hombre indicado para ayudarlos a celebrar el aniversario de bodas. ¿Les importa que me sienten un rato a acompañarlos?

Miró en derredor, buscando una silla. —No me agrada su compañía —declaró Marcos, poniéndose de pie. Pero Shelton le replicó, sin retirarse de nuestro lado:

—Estoy seguro de que a Francisca le agrada mi compañía. Sus palabras involucran una con-



—Mi mujer dispone de dinero propio: ¡mi sueldo!

fianza tan grande, que me sentí enrojecer de ira y vergüenza.

—Por favor, esta noche no deseo bailar. Tal vez en otra oportunidad —le repliqué.

Marcos llamaba a un mozo y sentí un nudo en el estómago.

Darío se volvió a inclinarse hacia mí e insistió:

—¿Ballamos, linda? No hagas caso de tu marido.

Al inclinarse, volcó sin darse cuenta las bebidas, y, ante mi horror, el líquido se esparció sobre la mesa y cayó sobre la falda de mi vestido.

Marcos, sin poder soportar más al intruso, lo tomó de un brazo, y, ayudado de un mozo, lo condujo hacia la puerta del establecimiento. Luego volvió y me dijo:

—Vamos, Francisca.

Arrojó unos billetes sobre la mesa y me tomó del brazo, conduciéndome rápidamente hacia la calle.

¡Mi hermoso vestido estaba arruinado! ¡Manchado con alcohol por la torpeza de un borracho! Ya no se veía hermoso, ni yo tampoco lo era. Mi nueva personalidad me había hecho perder la estimación y el cariño de mi esposo.

Cogí mi cartera y seguí obedientemente, pensando que Marcos me advirtió por todos los medios que tuvo a su alcance de la torpeza de la actitud que adoptaba con mi nueva figura. Podía tener hermoso cuerpo, pero había perdido la dulzura y el carácter que le hicieron enamorarse de mí. También había sucumbido a la tentación de ser admirada y deseada por otros hombres que no fueran mi marido. Era una mujer despreciable...

No dijimos una sola palabra hasta llegar a casa. Al contemplarme en el espejo de nuestro dormitorio, empecé a llorar amargamente.

No escuché los pasos de Marcos, pero de pronto sentí en derredor sus brazos reconfortantes:

—No llores, mi amor —susurró—. Te compraré otro vestido más hermoso aún que éste.

—No llores por el vestido —repuse, apoyando mi mejilla contra la de él—. Lloro porque he cambiado, y ya no soy la muchacha con quien te casaste, Marcos. Te he desilusionado, y, sin embargo, te amo profundamente. Me apretó con fuerza en sus brazos, mientras murmuraba tiernamente a mi oído:

—Siempre te amo y te amaré, Francisca. Ha sido una experiencia cruel para ambos, pero todo ha pasado y volveremos a ser felices nuevamente. Asentí, agradecida de su comprensión; luego confesé:

—El vestido no tiene ninguna importancia. Lo único importante es nuestro amor y nuestro hijo. Mi figura tampoco importa, ya que tú me amas tal cual soy.

Bueno, el doctor tenía razón. Al bajar de peso, muy pronto quedé esperando un hijo. Y a pesar de que sentí un poco de tristeza al ver desaparecer mi esbelta figura, me alegré porque nos iba a permitir completar nuestra felicidad y, además, porque mi deformidad sería sólo temporal.

Ahora tengo un hermoso bebé de ocho meses y mi figura ha vuelto a ser agradable a la vista. Marcos tenía razón al no dar mayor importancia a los atributos físicos sino a los morales de una persona. Un rostro y una figura hermosa sólo lo son verdaderamente cuando existe, además, bondad de alma, y ella está destinada solamente a ganar la admiración del único hombre de nuestra vida... ¡nuestro esposo!

Refrescantes como un baño de nieve!

COLONIAS SOLIDAS

Dana M. R.



Además de la gran concentración de su perfume, las colonias sólidas Dana son ideales para viajar, porque no se derraman. Acaricie su piel con estas "barritas mágicas" y aprecie la agradable sensación de frescura que le proporcionan. Son prácticas, fragantes y novedosas.

EMIR - PRIORITE - EXTRA DRY

Dibujas
animadas...

Felicidad de los niños

Caupolicán presenta
en su nueva línea de telas
el maravilloso

Disneytex

M. R.

Todos los geniales
dibujos de
Walt Disney, en
una tela creada
especialmente para
ropa de niños.

Sus colores firmes y
sus tonos novedosos
proporcionan
permanente
alegría
en el
hogar.

© WDP



TEJIDOS

Caupolicán

M. R.

PATINABA despreocupadamente por la acera, cuando vi a Cecilia por primera vez. Mis patines eran flamantes... Todavía no me sentía muy segura sobre ellos. Quise girar en forma elegante, imitando a Alvaro, cuando resbalé y caí sentada al suelo. Me levanté apresuradamente, mirando a mi alrededor por si alguien me había sorprendido en tan humillante posición. Entonces vi a la niña delgada y pálida que me contemplaba desde la ventana oval de la torre.

Esa casa había estado siempre vacía. Imagino que todos los pueblos pequeños tienen una especie de mansión encantada, desierta... con leyendas que se tejen a su alrededor. El edificio que se alzaba frente a mi hogar era uno de esos que invitan a pensar en duendes, fantasmas o aparecidos, aunque su césped estaba siempre bien cuidado y, de vez en cuando, venían operarios a hermosearlo con una capa de pintura fresca.

Mamá decía que, después de un gran disgusto, la familia había partido de viaje, pero no me contó cuál fue la causa del disgusto. Mi imaginación se hizo cargo del resto. Supuse que el hijo despilfarrador de la familia habría llevado a todos a la ruina, tal como ocurría en la película que viera el domingo último. O, posiblemente, la hija de la casa tuvo un niño en forma clandestina y lo había dejado abandonado en el umbral, dentro de un canasto. Ahora, al ver a esta ninita, quedé convencida de que mi teoría del canasto era correcta. ¡Qué criatura extraña, con largas trenzas que enmarcaban su rostro!

—¡Eh!... —grité—. ¿Tienes patines? Baja a jugar conmigo.

El rostro pegado a los vidrios desapareció violentamente. Seguí deslizándome, algo molesta, cuando volví a caerme. Mis pies describieron una curva ridícula en el aire... y, en ese preciso instante, volvió a asomarse el rostro en la ventana. Me puse frenética. ¿Por qué debía sorprenderme siempre en posición ridícula?

—¡Cobarde! ¿De qué te ries? Baja a ver si eres capaz de patinar como yo —grité furiosa, más furiosa aún porque sabía que estaba mintiendo.

La pequeña no reía. La cara volvió a desaparecer. Poco después escuché algunos pasos apresurados y salí al porche.

—Lamento que te hayas caído. Creo que patinas maravillosamente bien —me dijo, con mirada admirativa—. Yo no tengo patines. Mi abuelita piensa que puedo lastimarme...

La contemplé con atención. Jamás había visto facha tan estrafalaria. Usaba un vestido de cuello alto, con mangas largas y zapatos abotonados hasta el tobillo. Parecía arrancada de las páginas del álbum de recuerdos de mi abuela. "¡Uuuuf! Debe ser terriblemente pobre", pensé.

Rápidamente me saqué un patín.

—Toma, pónelo. Es más fácil aprender con uno —indicé. La muchachita me obedeció. Poco después ambas, tomadas por la cintura, patinamos a lo largo de la calle.

En eso, Alvaro salió disparado desde una esquina y se detuvo junto a nosotras.

—¿Qué haces? Sólo los bebés se deslizan en un patín. ¿Y quién es ésa?

—No sé su nombre. Vive en la Casa Gris —informé.

—¡Ah, LA CASA GRIS! —repitió Alvaro, solemnemente. Nos echamos a reír. Yo siempre me reía de todo lo que decía Alvaro. ¡Lo encontraba formidable! No nos dimos cuenta de que la niña se había sacado el patín, desapareciendo detrás de la reja.

—¡Déjala que se vaya! ¡Qué mal carácter! Eh Ana... ¿Quieres ver el álbum de estampillas que acaban de comprarme?

Corrimos a casa de Alvaro. Revolvimos la cocina hasta encontrar galletas y leche. Tocamos algunos discos y nos olvidamos completamente de la ninita de la Casa Gris. Siempre nos estábamos olvidando de Cecilia, ¿no es así, Alvaro? Sin embargo, ella no nos olvidó jamás, jamás...

— * —

—Hay una niña nueva en la casa del frente. ¡Tiene una facha muy divertida! —informé a mi madre, mientras cenábamos.

Mamá dió un respingo.

—¿Estás segura, Anita? ¿Una niña de tu edad? Supongo que será nieta de los Alonso...

Mi mamá calló súbitamente, y yo me di cuenta de que era un tema sobre el cual no-hay-que-hablar-delante-de-Anita. Mis padres cruzaron una mirada de entendimiento. Para que no se dieran cuenta de mi curiosidad, fui a sentarme en el porche.

Debe ser la hija de Emilia —escuché que mamá decía. Mi teoría de que Cecilia había llegado metida en un canasto se arraigó aún más en mi espíritu.

Sin embargo, la realidad era distinta. Mamá me contó la historia al día siguiente. La familia se llamaba Arizmendi. Eran viejos y muy ricos. Sólo tenían una hija. Pero la joven no quiso casarse con ninguno de sus adinerados pretendientes. Un día huyó de su hogar, desposándose en se-

creto con un hombre pobre. Más tarde, la infeliz murió en condiciones miserables. Los Arizmendi recogieron a su nieta y, desde entonces, viajaban con la pequeña.

—Imagino que, ahora, la señora Arizmendi habrá regresado a la casa. Sé buena con Cecilia, hijita. ¡Qué lugar más horrible para que viva una niña! —agregó mamá. El jueves siguiente, mientras patinaba, levanté súbitamente la cabeza y sorprendí a Cecilia que me contemplaba.

—¡Hola, Ana! ¿Podrías prestarme un patín por un ratito? —preguntó.

Accedí de malas ganas, porque ya era capaz de deslizarme magníficamente, y no quería perder la diversión, pero me conquistó la ansiedad que leí en sus enormes ojos.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Cecilia... Cecilia Lund. Sólo puedo jugar los jueves, porque mi abuelita tiene hora donde el médico del pueblo vecino. Cuando ella está, no salgo, pues tiene miedo de que algo me ocurra.

Cecilia parecía un gorrión solemne y esbelto, patinando sobre un solo pie, y no me atreví a hacerla hablar más sobre su persona.

Sin embargo, Alvaro la asedió a preguntas. Cecilia temía a los muchachos. Mi compañero y yo nos preparamos para enjabonar vidrios de las casas vecinas. Y le gritamos: "¡Cobarde, cobarde!", cuando vimos que la muchachita se disponía a huir.

—¿Por qué no nos acompañas a enjabonar vidrios? —pregunté.

No me respondió, pero caminó en silencio junto a nosotros, hasta que nos detuvimos frente a la casa de los Pérez. Teníamos un poco de miedo, porque los Pérez decían que llamarían al radiopatrulla si jugábamos con sus ventanas. Alvaro y yo temblábamos delante del policía de nuestro barrio. Era muy alto, descendiente de daneses, y ambos lados de su boca se dibujaba un rictus de amargura y odiaba a los niños. Como tenía el pelo rubio, casi rojo, lo apodamos "Zanahoria".

Cecilia hizo cuanto le ordenamos. Primero dibujó, con el jabón, un enorme zapallo, con ojos, nariz y boca. Después nos echamos a correr. Pero una mano enorme, pesada como un martillo cogió el hombro de Alvaro. ¡Era "Zanahoria"!

Sus ojos brillaban de furia, su rostro estaba congestionado por la ira.

—Arranca, Cecilia —balbuceé.

Pero la niña se quedó parada, y después dijo:

—Por favor, no arreste a Alvaro. Fui yo quien dibujé en los vidrios.

"Zanahoria" la quedó mirando. Era divertido verla, tan chiquita y pálida, frente a ese gigante. Y, de súbito, sucedió la imprevisible. "Zanahoria" soltó a Alvaro.

—Vete a casa, niña —ordenó a Cecilia.

—No puedo irme si los otros no me acompañan —balbuceó, juntando sus manos.

Creíamos vivir un sueño cuando los tres partimos en libertad bajo la mirada severa de "Zanahoria".

—Tengo que entrar —declaró Cecilia.

—¿Por qué sólo puedes salir los jueves? —preguntó Alvaro.

Cecilia repitió lo de la visita de su abuela al médico. Los jueves se quedaba con una vieja empleada, que descuidaba la vigilancia. La niña aprovechaba esa libertad para jugar con nosotros.

—Oye, esta chiquilla tiene más miedo a los vejestorios de su casa que a "Zanahoria". ¡Es curioso! —comentó Alvaro. La apreciamos mejor después de este incidente. "Zanahoria" nos tenía tanto odio, que nosotros arrancábamos a perdernos apenas lo veíamos. Por eso resultaba colosal saber que alguien del grupo era capaz de hacerle frente sin temblar. Esperamos a Cecilia el próximo jueves, y le mostramos el nuevo álbum de estampillas.

Pero, un día, su abuelita llegó más temprano que de costumbre y descubrió que se juntaba con nosotros. A la semana siguiente, la familia partió de viaje. Todo quedó vacío y desierto. Ya no volvió a asomarse el rostro de una niña pálida en la ventana oval de la Casa Gris.

— * —

Alvaro era capitán del equipo de fútbol, y yo estudiaba humanidades. Teníamos tanto que hacer, que los días nos parecían cortísimos. Yo medía 1,65 m. Creía que ya no cre-

(Sigue a la vuelta)

En ese instante,
detrás de unas pal-
meras, descubrí a Cecilia...

La niña
de la
casa gris



**PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones**



Cambie

DE COLOR SU VESTIDO,
CON ANILINAS SUIZAS
MONTBLANC
30 colores de moda.
Sin trabajo, en 1/2 hora
su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC
UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD,
ENVASADO EN CHILE.



PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

**Tome
NEURO FOSFATO ESKAY**

**Tónico
reconstituyente
de acción eficaz,**
contiene fósforo,
calcio y otras
sales minerales.



NEURO FOSFATO ESKAY
UN TONICO DE SABOR DELICIOSO

CLARIN

cería más. Usaba faldas amplias y blusas ajustadas. Con orgullo ostentaba en mi ojal la insignia del club deportivo de Alvaro.

Y entonces, Cecilia regresó. Se había cortado las trenzas, pero sus vestidos siempre nos resultaban divertidos. Como de costumbre, nadie reparó en su llegada. Esa tarde, había invitado a todo mi grupo a bailar en casa. La radio tocaba con el máximo de volumen. Alvaro y yo bailábamos *swing*, ensayando pasos nuevos. Todos gritaban como locos, mientras mi compañero me alzaba, pretendiendo que mis pies tocaran el techo. Pero Alvaro me soltó súbitamente y caí sentada en el suelo.

—Eh; ¿qué te pasa? —grité.
Lo vi contemplando con la boca abierta a una niña alta y pálida que estaba parada en el umbral de la puerta.

—Vaya, siempre soy testigo de tus caídas, Anita —me dijo, estirándose una mano.

—¡Hola, Cecilia! ¿De dónde aterrizaste? —pregunté, mientras me levantaba.

—De las páginas del libro de historia, época de la Colonia —replicó Nelly, muchacha que se creía ingeniosa, porque recalaba los defectos de los demás.

Todos rieron, mirando significativamente el traje de Cecilia. Yo la vi palidecer. Entonces, rodeé su cintura con mi brazo.

—Oye, ¿quieres ayudarme a servir los refrescos? Juntas fuimos a la cocina. Allí, poco a poco, recuperé la calma y los colores. Me ayudó, pero no quiso quedarse a comer. Su abuelita estaba muy delicada ahora. Me contó que había estudiado en Europa.

—No aprendí demasiado. Tú y Alvaro son los únicos profesores eficaces que he tenido en mi vida —declaró Cecilia. Y después de estas palabras, volvió a hundirse en la Casa Gris. Una noche, cuando su abuelita dormía, Cecilia patinó para nosotros. Nos quedamos atónitos. Pese a su faldita angosta y larga, se deslizaba divinamente. Sus ojos luminosos contrastaban con el rostro pálido, mientras daba pasos de vals, polca..., y saltaba en el aire para volver a caer con toda gracia sobre el pavimento. ¡Sí, sabía patinar! ¡Mi alumna había progresado mucho!

—Cómprate una falda de terciopelo y una blusa decente, muchacha. Así ganarás admiradores, Cecilia... —aconsejó Alvaro—. Oye, Anita, vamos a bailar.

Mi compañero me arrastró de una mano. Nos volvimos a olvidar completamente de Cecilia. Cuando recordé su presencia, la calle estaba vacía.

Nuevamente transcurrieron años antes de que volviésemos a encontrarnos. Acababa de cumplir mis veinte años. Alvaro trabajaba desde el invierno pasado. Su firma lo envió a un pueblo lejano. Regresó con un ansia inagotable de placeres. Bebía de vez en cuando, lo que me disgustaba muchísimo. Yo me sentía en posición falsa, porque no sabía a ciencia cierta si estábamos comprometidos o no. Era difícil desligarse de sus brazos cuando me besaba con pasión, a la luz de la luna, después de una noche de baile. Si por fin reunía las fuerzas suficientes para rechazarlo, arqueaba una ceja y hacía un cómico gesto de despecho. Sin embargo, todo resultaba falso.

Por fin, consiguió un empleo mejor remunerado. Yo también trabajaba como secretaria, y comencé a ahorrar para comprar todas las bellas cosas que ansían las novias. Fue una primavera perfecta. Alvaro me amaba y amaba su trabajo. Dábamos largas caminatas hasta la laguna. Mi muchacho ponía su cabeza en mi regazo, mientras yo jugueteaba con sus cabellos.

—Mi Anita...; muy pronto quiero levantar una reja en torno tuyo, una reja blanca y alta, con una luna muy redonda, atada con una cuerda... Y hablando de cuerda... Con un gesto gentil, Alvaro cogió mi dedo y lo midió con un cordelito que llevaba en el bolsillo.

—¿Quieres comprarme un dedo nuevo? —pregunté, mientras el corazón me palpitaba alocadamente.

—Sí, éste está viejo, inservible —replicó, besando mi dedo anular.

En sueños vi un anillo de diamantes, que fulguraba en la oscuridad. Dentro de la reja blanca coloqué una casita, con muebles simples, estantes para libros y una radio transmitiendo alegres melodías. Ese fue un día especial, único, para Alvaro y para mí.

Al regresar a casa me senté en el brazo del sillón de mi padre, que descansaba en la terraza. Ante nosotros se alzaba la mole impresionante de la Casa Gris. Pensé en Cecilia. ¡Qué terrible sería no tener un padre en quien confiar, con quien salir o con quien poder conversar junto a una copa de helados llena hasta los bordes!

¿No tener padre? ¡No, era imposible imaginar una catástrofe semejante!

De pronto vi iluminada la ventana oval. Comprendí que

Cecilia estaba de regreso. Me levanté de un salto y grité: —¡Cecilia! Da una vuelta por acá. Tenemos discos nuevos y los muchachos van a traer sandwiches y refrescos. Muy pronto estuvo a mi lado. Sólo sus ojos castaños, luminosos, ponían una nota de color en su persona. Vestía enteramente de obscuro.

—¡Qué alegría siento al verte, Anita! Pero no puedo entrar... Abuelita está mal, muy mal... Además, ha llegado un montón de parientes... Gente anciana... Por favor, no me olvides —balbuceó con su voz serena y clara.

Alvaro llegó con un amigo. Era un muchacho alto, moreno, de ojos oscuros y pestañas largas. Resultó un espléndido bailarín. Tuvimos una velada magnífica. Lamenté que Cecilia no pudiese asistir. Juan, el compañero de Alvaro, insistió en que yo le enseñase algunos pasos de mi repertorio. Cuando a medianoche salimos a tomar un poco de aire al jardín, me cogió por la cintura y me besó, no en forma amistosa, sino largamente, en la boca.

—¿Es así como sellas la amistad? ¿Es tu manera de presentarse? —pregunté, tratando de sonreír, mientras lo rechazaba.

—Naturalmente. Y mañana y pasado mañana volveré a presentarme en esta misma forma —contestó.

Cuando regresamos al salón, Alvaro había desaparecido. Al

Además, Juan me regalaba grandes cajas transparentes con orquídeas y flores exóticas; me enviaba bombones y me llevaba a conciertos. No me gusta la música seria, pero me sentía tremendamente distinguida. A veces, a la hora del desayuno, mi padre solía contemplarme... Muchas veces estubo a punto de hacer un comentario, pero guardaba silencio.

— * —

Al sábado siguiente fuimos al gran baile organizado por una institución de caridad. Justamente la noche anterior, me encontré con Cecilia. Se disponía a tocar el timbre de mi casa. Llevaba una cadena en su mano. Atado al extremo de esa cadena había un hermoso perro negro.

—Buenas noches, Anita. ¿Te gusta mi perro? Me lo regaló Alvaro. Dice que jamás he tenido a nadie vivo a quien amar. Encuentra que me hacía falta un perro. Pero Tico molesta a mi abuelita con sus ladridos. Venía a rogarte que lo tuvieras en tu casa. Así evito las dificultades con mi familia, y el perro siempre sigue siendo mío. ¿Podrías cuidármelo? —imploró.

Tuve que reprimirme para no lanzar una carcajada histérica. Alvaro regalaba un perro a Cecilia... y yo tenía que mimarlo. ¿Hasta cuándo debía sacrificarme por todo el mundo? Con furia cogí la cadena, di un tirón al perro y murmuré algo así como:

—¡Qué lástima que sea tan grande! Ya no cabe en un canasto... De niña siempre pensé que tus padres te metieron en un canasto y te dejaron abandonada en la puerta de tu abuelita...

Hubo un silencio penoso. Experimenté la terrible sensación de culpabilidad. Esto aumentó mi furia.

—Yo también creí en un tiempo que era una huérfana abandonada. Pero estaba en un error. Sé que mi padre, al que desgraciadamente no conozco, luchó por retenerme a su lado —dijo Cecilia, con voz opaca.

Me arrepentí de mis palabras. Si Cecilia hubiese descubierto el velo con que cubría sus sentimientos, si hubiese agregado una sola palabra, le habría otorgado toda mi simpatía. En ese momento ladró el perro. Cogí la cadena con furia... y cerré la puerta de casa, dejando a mi amiga parada en el umbral... Por la ventana vi que inclinaba la cabeza, como vencida, y penetraba muy lentamente en la Casa Gris.

El día sábado amaneció frío y nebuloso. Llovía a intervalos. Juan vino, por la noche, para llevarme al baile. Cuando llegamos al club, vi el auto de Cecilia. Al pasar frente a Alvaro ni siquiera lo saludé.

Era ya medianoche cuando fui a empolvarme al tocador. Al salir, traté de ubicar a Juan. En ese instante, detrás de unas palmeras, descubrí a Cecilia... a Cecilia inclinada, besando a mi Alvaro, que estaba sentado en una silla.

Alvaro debe haber captado la fuerza de mi mirada. Se levantó de un salto, volvió la cabeza y sus ojos me contemplaron largamente. ¡De pronto supe la verdad! Era mentira cuanto me habían dicho. No amaba a ninguna otra muchacha. ¡Era mío! Yo sería siempre su preferida... la única... como lo fui desde la infancia. Y él... era mi amor, mi todo, el solo hombre de mi vida.

Nos vimos rodeados por el grupo. Deseaban cantar. Me arrastraron junto al piano... Algunas parejas ballaban silenciosamente en el rincón menos iluminado. Cuando Alvaro puso la mano en mi hombro, lo seguí sin vacilaciones. Como en un sueño, me encontré en sus brazos, bailando, con la cabeza apoyada contra su pecho, mientras sus labios besaban mi cabello. Después, salimos a la terraza, sin que nos importara el viento de temporal.

Y nos besamos... nos besamos hasta que nos faltó el aliento, entregando en ese beso todo nuestro amor, todo el dolor de esa semana.

—¡Perdona, Ana! Estuve loco —balbuceó...

—Yo también, amor...

Nos llamaron y tuvimos que regresar al salón...

Alvaro miró a Juan, que me esperaba en la puerta. Me abandonó bruscamente y fué a beber dos enormes vasos de licor. Con horror, comprobé que Juan también había bebido.

—¿Aun recuerdas que existo, Ana? ¿Regresarás conmigo a casa? ¿Aunque sea la última vez? —preguntó. En su voz no había matiz de cólera... sólo estaba velada por la tristeza.

Resolví regresar a casa. Y como no quería hacer sufrir más a Juan, me alejé sin siquiera despedirme de Alvaro. Pero Juan no pudo hacer partir su convertible. Algo había sucedido. Tratamos inútilmente de buscar un taxi. Todos los otros coches iban atestados de gente. Entonces, escuché la voz de Alvaro. Manejaba el coche de Cecilia, quien iba a su lado, envuelta en un amplio chal.

—¿Necesitan ayuda?

Alvaro y Juan se miraron fijamente. Comprendí que iban a pelearse.

—Por favor, Cecilia, maneja tú —rogué—. Los muchachos no están en estado de...

(Continúa en la pág. 25)

Miserere

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros: ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro: ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos: ¡Miserere!

Y hasta, quizás, la muerte que nos hiere,
también tendrá su muerte: ¡Miserere!

Domingo Gómez Rojas
(Chileno)

día siguiente tampoco me llamó por teléfono. ¿Qué ocurría? Por la tarde llegó Juan. Poseía un convertible maravilloso. Salí a dar una vuelta. Me sentía orgullosa de que todos me viesen junto a un muchacho tan apuesto y en un coche tan espléndido. Pero no encontré a ninguna de mis amistades. Parece que había un baile al otro lado del lago. Alvaro no me dijo una palabra, y... en cambio... invitó a Cecilia.

No pude creerlo. Pensé que era mentira cuando la nerviosa voz de Nelly me lo contó por teléfono.

—Debías haberlos visto... Cecilia, con su aire distinguido y ausente, usando una de sus estrafalarias tenidas, vestida enteramente de negro, bailando, mejilla contra mejilla, con Alvaro.

Fué una semana terrible. Salí todos los días con Juan, comportándome como si estuviese terriblemente enamorada de él. La abuela de Cecilia, en una tregua de su enfermedad, estaba haciendo su testamento. La anciana se encontraba siempre rodeada de abogados y de parientes que, como lobos, rondaban por la casa, tratando de apoderarse de los despojos.

Varias veces vi que la mirada de Cecilia se posaba en mi persona. En esos instantes yo reía más alegremente que nunca, y pasaba amorosamente mi mano debajo del brazo de Juan.

Después, Cecilia compró un automóvil que era manejado, casi exclusivamente, por Alvaro. Me sentía tan herida... tan desgraciada... que me dejaba mimar por Juan, sin importarme nada más. Nadie se atreve a confesarlo, pero yo encuentro preferible ser besada por el hombre a quien no se ama, antes que permanecer en un rincón, pensando en el ingrato a quien se ama.



El emperador está alterado. No puede concebir que su hijo se haya suicidado. Durante unos instantes se queda quieto entre los brazos de Isabel, que ahora llora; pese a su inmenso dolor de padre, Francisco José parece no sentir nada. Pero el soberano recupera rápidamente su sangre fría, e inmediatamente comienza a impartir órdenes: para el pueblo, la prensa y el mundo, Rodolfo ha muerto de un ataque cardíaco. Sólo es preciso conseguir que los testigos del drama guarden silencio. Las cartas que el Archiduque ha escrito antes de morir deben ocultarse, igual que todos los papeles donde pueda haber un indicio de su trágica decisión.

Mientras que en Hofbourg, el Estado Mayor guarda en el mayor secreto la verdadera causa de la muerte de Rodolfo, en Viena, el Barón de Rothschild anuncia a todos los grandes políticos y financieros la muerte de Su Alteza Real. El jefe de estación de Baden ha teleografiado al Barón de Rothschild, presidente de la línea de ferrocarriles, la trágica noticia que el Conde Hoyos se ha visto obligado a confiarle.

A las once, Viena entera está enterada de la muerte repentina del Archiduque.

El doctor Wiederhofer es el primer funcionario de palacio que llega a Mayerling, prevenido por el telegrama de Schotek.

"Los restos de la comida estaban aún sobre la mesa en el salóncito" — contará más adelante el médico de Su Majestad —.

"Había algunas botellas de champaña vacías. Una silla caída. Traté de dar al cadáver del Archiduque un aspecto más natural. Después, Loschek me guió a una habitación muy clara,

donde vi un gran canasto de ropa cubierto con una sábana, sobre la que descansaba un sombrero adornado de plumas de avestruz. Había un vestido en el suelo. Loschek tiró la sábana y yo me impresioné por la primera vez en mi carrera al ver en el canasto el bello rostro intacto de María Vetsera y su cuerpo rígido y a medio vestir.

El conde de Bombelles llega a Mayerling, llevando un féretro. El cadáver del Archiduque es llevado a Viena, primero en un camión del Ejército, y luego en tren desde Baden.

En Viena, un coche fúnebre escoltado por un pelotón de la guardia imperial conduce a Palacio el cadáver, al que harán la autopsia un grupo de siete eminentes médicos. Se les ha dicho a los médicos: "El Emperador agradecería enormemente que se declare que el Archiduque ha muerto por una ruptura de aneurisma". ¡Pero esto es imposible! Aún a riesgo de caer

MAYERLING

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

MARIA VETSERER ESCRIBE A SU MADRE Y A SU HERMANO SUS PARIENTES Y AMIGOS. LA DECISION ESTA HECHA: SIGNARSE A LA SEPARACION. DURANTE LA NOCHE, DECIR NADA Y DUERME EL SUEÑO ETERNO CON LA MUJER DE SU VIDA Y SE DISPARA UN TIRO Y VIENEN LOS AMIGOS DEL ARCHIDUQUE A CONOCER A MAYERLING.



en desgracia ante el soberano, los médicos declaran en su informe que la muerte ha sido causada por una bala de revólver que ha atravesado el cráneo. Han hecho una sola concesión: "el cerebro presenta diversas anomalías, que permiten pensar que el Archiduque podía sufrir ciertas perturbaciones mentales". Esta excusa bastará tal vez para que la Iglesia de su autorización para que Rodolfo reciba una sepultura cristiana. ¡Eso es lo más importante por el momento! ¡El hijo del Emperador no puede ser enterrado como un perro! Francisco José envía un telegrama urgente al Papa, explicando e implorando. León XIII, pese a la oposición de un grupo de cardenales, encabezados por el Cardenal Rampolla, secretario de Estado, accede a que Rodolfo tenga servicios religiosos. El Emperador no perdonará jamás a este príncipe de la Iglesia. En 1903, cuando se designó al Cardenal Rampolla sucesor de León XIII en el trono pontificio, Francisco José pondrá en juego el derecho secular de veto de los Habsburgs y el Santo Colegio se verá obligado a elegir otro cardenal, el patriarca de Venecia, Sarto, quien será luego el Santo Papa Pío X.

Durante la noche del 30 de enero, dos hombres llegan a Mayerling en un viejo coche cerrado. Son dos viejos tíos de María Vetsera, Alexandre Baltazzi y el conde Stockau. El comisario Haberda los espera. Deben inhumar rápidamente y sin ceremonia alguna el cadáver de la infortunada María. Son órdenes del Emperador. Los tres, ayudados por Loschek, visten más o menos al cadáver de la joven y colocan sobre su cabeza el sombrero de plumas de avestruz que usó para ir a la cita funesta. Después, levantándola por los brazos, la conducen hacia el coche que espera en el camino; María Vetsera, de pie, va arrastrando los zapatos en la nieve, pero la cabeza vacila y pende a un costado. El comisario Haberda coloca un bastón entre la espalda de la muerta y los vestidos. Para los que pasan, María debe aparecer como una persona a la que ayudan a subir al carruaje.

Sientan a la muerta en el coche y conducen el cadáver al monasterio de Cisterciens, de Heiligenkreuz.

Colocan a María en un féretro hecho apresuradamente por un monje carpintero y luego la entierran en el pequeño cementerio de la Abadía, a la luz de las linternas.

En la mañana del 31 de enero, en el palacio, están reunidos el Emperador, el Príncipe Philippe de Cobourg, el conde Joseph Hoyos, el valet Loschek y el cochero Bratfisch.

—Por el bien del Imperio, exijo de ustedes la promesa formal de que guardarán silencio para siempre sobre lo que han visto en Mayerling.

Sobre un crucifijo, los cuatro hombres juran. El misterio se organiza, se fortifica...

El primero de febrero a las siete de la mañana Francisco José, en tenida de parada —con guantes y sable— se recoge delante del cadáver de su hijo que yace con el cráneo cubierto de vendas sobre un catre de hierro en sus aposentos de soltero.



RLING

CARTAS DE DESPEDIDA. RODOLFO HACE LO MISMO CON LA VIDA NO LES IMPORTA, PUESTO QUE NO PUEDEN REBESAR A SU AMADA Y LE DISPARA. MARIA MUERE SIN DE ROSAS ENTRE SUS MANOS. RODOLFO ESPERA, MIRA EN LA MAÑANA SIGUIENTE SE RECIBEN LAS CARTAS HORRIBLE DRAMA QUE HA SUCEDIDO EN EL CASTILLO DE



Todos se apresuran y llevan a la soberana a la cripta, donde pide que la dejen sola.

Tras un largo silencio, los monjes escuchan la voz de Isabel, que resuena en las bóvedas: "¡Rodolfo! ¡Rodolfo!", y unos minutos más tarde aparece la Emperatriz, agobiada y llorosa. Su llamado al más allá ha quedado sin respuesta...

"Existen en la historia moderna pocos sucesos cuyas huellas hayan sido destruidas tan metódicamente como en la tragedia de Mayerling", escribe el historiador alemán W. Richter. Se decía que la aclaración de este enigma estaba contenido en varias cajitas, cuyo contenido sería entregado a la opinión pública en 1950, 1967, y, aún más tarde. Pero todas ellas han desaparecido a través de treinta y cinco años de padecimientos por los que ha pasado Austria. Solamente el Vaticano sabe algo al respecto, pero lo que sea, no lo dirá jamás.

Para contar este drama, nosotros nos hemos ceñido a la versión que concuerda mejor con los pocos hechos establecidos y, sobre todo, por las cartas escritas por los protagonistas (cartas apócrifas, escritas por la policía mucho después, dicen los contrarios a la idea del doble suicidio). Pero ésta es la versión que escuchó la Emperatriz Eugenia de labios de Isabel y que ha dado, sin temor a un desmentido de la Historia, a Maurice Paléologue, Embajador de Francia.

Sin embargo, hay otras versiones y cada una de ellas tiene bastantes adeptos. Por ejemplo, aquella según la cual María murió de un tiro de revólver, y Rodolfo, de un botellazo durante una fiesta que degeneró en una riña. En todo caso, ésta fue dejada de lado, porque es contradictoria con los hechos.

Otra es que María Vetsera y el Archiduque se suicidaron cuando, al saber que la baronesa Vetsera y Francisco José habían sido amantes dieciocho años antes, creyeron ser hermanos.

Y aún otra más difundida y corroborada por la alusión de Loschek a una hoja de afeitar ensangrentada que había sobre la alfombra y que dió el príncipe Leopoldo, hijo de Felipe de Cobourg, al barón Lafaurie en 1912: María Vetsera, desesperada por la ruptura que Rodolfo se había impuesto para cumplir la promesa hecha a su padre, tomó una hoja de afeitar y mutiló a su amante mientras éste dormía. Al despertar, Rodolfo estranguló a María y luego se mató.

Para otros, el autor del crimen sería el Archiduque Francisco Fernando, impaciente por llegar al trono; y, aún, algunos creen que los patriotas húngaros, al verse traicionados por Rodolfo, lo hicieron matar.

Según Felipe Heriat, Rodolfo fue asesinado por un agente de Guillermo II, inquieto por la política seguida por el Archiduque. En todas estas versiones, María parece haber sido suprimida como un posible testigo acusador.



"Mi hijo ha muerto como un cualquiera", dirá más tarde a un grupo de confianza. El tres y cuatro de febrero, el cadáver de Rodolfo, con la cara compuesta a fuerza de cera y aceites, se expone al público en la iglesia parroquial de la Corte. El cinco de febrero, después de la ceremonia religiosa —¡bendito sea el Papa!—, presidida por el Arzobispo de Viena, Rodolfo es inhumado en la sombría cripta del claustro de los Capuchinos, donde duermen ya su último sueño ciento doce Habsbourgs.

En la noche del nueve de febrero, una dama vestida de negro se presenta donde los Capuchinos:

—Soy la Emperatriz. ¡Conduzcanme al lugar donde yace mi hijo! —dice, levantándose el velo.



En nuestro proximo número publicaremos "El Secreto de Juan Orth", nombre que tomó el Archiduque Juan Salvador de Toscana, primo del archiduque Rodolfo.



A

MENUDO he oído decir que el amor ciega y que la mujer enamorada rehúsa admitir los defectos de su amado, aún cuando éstos conduzcan a los dos al borde de la tragedia. Antes de conocer a Roberto no creía que en estas palabras se encerrara ni una brizna de verdad, pero pronto aprendí lo equivocada que estaba. Con anterioridad a nuestro matrimonio bien pude advertir su irresponsabilidad y su egoísmo, pero tan grande era el atractivo que ejercía sobre mí que buscaba disculpas plausibles para todos sus actos. Cinco años atrás, antes de mi matrimonio, mi amiga María Roberts me aconsejó, una noche: —Yo lo dejaría de inmediato. No puedes permitir que un hombre te trate como él lo hace —me dijo indignada, paseándose de un lado a otro de mi departamento. —¡Vamos! Son las dos de la mañana, y vas a despertar a los vecinos —le respondí. —Por favor, no intentes cambiar de tema. ¿Qué vas a hacer con respecto a ese egoísta y mal educado? Serías una loca de comprometerte con él. Si actualmente, no teniendo ningún derecho sobre tí, se comporta de esa manera, ¿qué será después de casado? —No sé qué será después de casada —le respondí, demasiado cansada y descorazonada para discutir con ella.

Durante la primera media hora todo transcurrió maravillosamente. Roberto demostró todo el encanto del que sólo él era capaz. Comimos y bailamos, y todo hacía presumir que iba a ser una noche muy simpática. Pero de pronto la mirada de mi novio tropezó con una joven que estaba sentada en una mesa frente a nosotros. Era una hermosa mujer y no iba acompañada de ningún varón. Había en la mesa cuatro muchachas y ordenaron sus bebidas esperando, seguramente, que pronto se acercaría algún hombre a invitarlas. Desde el momento que Roberto vió a la joven sólo tuvo ojos para contemplarla. Comprendí, de inmediato, el significado de su actitud y me sentí muy acongojada, pues sabía perfectamente lo que vendría a continuación. —Perdóname —me dijo un momento más tarde—. Voy a saludar a una amiga. Se puso de pie y atravesó el salón en dirección a la mesa de la rubia. Permanecí sentada allí, sintiéndome vacía por dentro. Roberto no era extraordinariamente buen mozo, pero tenía un atractivo especial. Le dijo algunas palabras a la muchacha rubia, ésta rió y accedió a bailar con él. —¡Dios mío! —exclamó María, atónita, al lado mío. Desvié la mirada para no encontrarme con la suya y tener que responder a la pregunta que sabía me estaban formulando sus ojos. Todos permanecemos sentados en la mesa, sin decir palabra. El amigo de María era demasiado educado para invitarla a bailar sabiendo que me tendría que dejar sola, de manera que para no constituir un estorbo, decidió ir al toilette y les di una excusa. Una vez allí me contemplé en el espejo. Mi rostro era bastante hermoso. Ojos azules, piel blanca y cabello rizado, pero no tenía ese atractivo y esa

Nacido para soltero

Aún no había terminado su luna de miel cuando descubrió la desconcertante razón de por qué se había casado con ella.



—¿Por qué no esperas que llegue a tu vida otro amor? Eres joven, inteligente y bonita. Pronto encontrarás un hombre verdaderamente bueno, que sepa darte el trato que mereces. ¡Tal vez un hacendado! Tuve que sonreír ante sus palabras. Roberto jamás había gustado del campo, pero María y yo nos habíamos criado en fundos. Ahora ambas trabajábamos en una oficina y compartíamos un departamento pequeño. Esa noche habíamos ido a comer con Roberto y un amigo suyo al centro.

personalidad desafiante de la rubia del salón de baile. En realidad no era lo que se llama glamorosa, sino más bien una belleza clásica. No sabía qué hacer, me sentía humillada y con deseos irresistibles de llorar. La muchacha rubia jamás se quedaría sentada sola en una mesa, pues si su pareja llegara a abandonarla, muy pronto, tendría cinco hombres a su lado acompañándola, pero yo no era de esa clase. Roberto me había arruinado la noche y debía saberlo. Ya

no deseaba regresar a la mesa. Sólo quería irme a casa lo más rápidamente posible. Cuando volví a la mesa, Roberto aún bailaba con la rubia. Me senté y pretendí escuchar la música con interés, pero a hurtadillas lo ví ir a dejarla a su asiento y retener largamente su mano al despedirse. Vi, asimismo, que le decía algo al oído y ella asentía.

No permanecemos mucho rato en el salón, pero antes de retirarnos, Roberto sacó a bailar tres veces más a la rubia y a mí una sola. Sabía que María estaba indignada y tenía el momento de quedarme sola con ella. Lo peor era comprender que tenía toda la razón del mundo y que la única falta radicaba en mi estúpido amor por él y el miedo horrible que tenía de perderlo.

Mi madre había muerto cuando era muy pequeña y me había educado en un colegio de monjas. Durante las vacaciones iba al fundo de un tío soltero, que tampoco supo enseñarme a tratar a los hombres.

Las palabras de María aún golpeaban en mi oído:

—Si te trata de esa manera, ¿por qué te habrá pedido que te cases con él?

¿Por qué lo habría hecho, en realidad? No lo comprendía del todo. Desde el momento en que lo vi me enamoré perdidamente de él, pero me había tratado bastante friamente al principio. Lo conocí por intermedio de un amigo de María. Me convidó al cine varias veces y una vez a bailar. No lo volví a ver hasta una tarde que pensaba entrenar el nuevo convertible que mi tío me regaló para mi cumpleaños. Roberto iba pasando y se detuvo a saludarnos.

—Lindo coche, ¿de dónde lo sacó? —me preguntó acariciando suavemente la cubierta del capot.

—Mi tío me lo regaló para mi cumpleaños —le respondí, feliz de verlo nuevamente.

—Si su tío puede darse el lujo de regalar estos coches, ¿por qué trabaja usted de mecanógrafa? —preguntó con tono ligero.

Pero comprendí que la respuesta le interesaba vivamente. —Me agrada trabajar. Por otra parte mi tío no es excesivamente rico. Tiene muy buena posición económica y nadie en quien emplear su dinero, sino en mí. ¿Quiere manejar un rato?

Esa fué la primera de una larga serie de salidas. Pero Roberto no decidió tomar seriamente nuestro amor hasta el fin de semana que fuimos al fundo de mi tío para que lo conociera. Pude ver cuán impresionado quedaba ante la magnitud de nuestras tierras y de nuestros ganados.

—¡Qué agradable ha de ser ser dueño de todo esto! —exclamó amargamente—. Yo jamás he poseído ni un metro de tierra que pueda llamar mío.

—¡Pobre Roberto! —exclamé, entristecida por el tono de su voz.

—Mis padres murieron cuando era muy pequeño —me repuso—, y me crió una tía semiparalítica. Por fortuna mis padres me dejaron el dinero suficiente para costear mi educación, pero una vez terminados mis estudios no me quedó nada para trabajar.

—¿Y qué hacías en las vacaciones? ¿Ibas a casa de tu tía?

—No, siempre había algún compañero rico que me convidaba a pasarlas en su residencia. A las madres les encanta tener a su lado a niños huérfanos de afecto.

En ese instante pude ver la imagen de lo que había sido Roberto de niño. Muy pronto aprendió, al parecer, que el encanto podía abrirle las puertas de la sociedad adinerada.

Mi tío simpatizó con Roberto y esa simpatía fué muy correspondida por el hombre que yo amaba, cosa que me hizo sentir muy feliz. Jamás se me ocurrió pensar que la hacienda y el dinero tuviese algo que ver en la actitud de Roberto hacia mí. Quizá él tampoco lo comprendía así, pero creo que era el único motivo que lo retenía a mi lado. Una tarde, al despedirnos en la puerta de casa, me rogó que fuera su esposa. Aún recuerdo la presión de su mano sobre mi brazo, al pedírmelo. Sin meditarlo, le respondí que sí.

Durante nuestro breve noviazgo fué muy atento conmigo... al menos la mayor parte de las veces. Pero en ciertas oportunidades parecía muy aburrido y hasta me dejaba sola sin mayor preámbulo. Generalmente eso ocurría cuando íbamos a bailar. Yo lo justificaba creyendo que le molestaba mi poca habilidad para la danza.

Pensaba que después de nuestro matrimonio todo sería diferente, pues no tendríamos necesidad de salir todas las noches para estar juntos. Gozaríamos de nuestro hogar, de construir nuestro futuro...

Y también siempre que pensaba en el hogar, lo evocaba según los recuerdos de mi infancia, pero olvidaba que Roberto era absolutamente distinto de cómo fué mi padre.

María se opuso a mi matrimonio desde la noche que salimos juntas hasta el día mismo de la boda. Pero cuando vió que de todos modos nos íbamos a casar, accedió a ser mi madrina. Aún recuerdo lo indignada que estaba durante la ceremonia. En las fotografías se vé su ira contenida.

(Continúa en la pág. 24)



A NUESTROS CLIENTES

Sírvanse tomar nota de que, a contar del 24 de este mes, los números de los teléfonos de la Empresa serán cambiados por los siguientes:

3 9 1 1 0 1

3 9 1 1 0 2

3 9 1 1 0 3

3 9 1 1 0 4

3 9 1 1 0 5

3 9 1 1 0 6

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Avenida Santa María 076 - Casilla 84-D,

Santiago.



El molde de la semana

Esta semana damos el molde de un vestido maternal. Sirve para un busto de 92 centímetros y necesita para confeccionarlo 3,40 y 1,40 m.

Pedirlo enviando \$ 20.— en estampillas de correo.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes manden un sobre estampillado tamaño corriente, con el nombre y dirección para su pronto envío: los tipos esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.



Futuras madres





LA SUCESORA

Carolina Nabuco

Gran novela psicológica, cuyo argumento ha suscitado un difícil problema literario y representa uno de los mayores valores de las letras americanas.

PRECIO \$ 60.—

POESIA NUEVA DE CHILE

Victor Castro

Lea usted esta hermosa y completa antología de la nueva poesía chilena. En ella están citados todos los valores que se alzan en el panorama de nuestra lírica, con un completísimo y documentado estudio de las nuevas tendencias poéticas de los vates en ella contemplados.

PRECIO \$ 270.—

FREIRE

Manuel Reyne

Zig-Zag se complace en presentar esta biografía de uno de los personajes más ilustres de nuestra historia, cuya vida y obra, tanto política cuanto militar, fué de tal importancia para Chile en una era ingrata de luchas y anarquía.

PRECIO \$ 180.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

Pero yo estaba extraordinariamente feliz. Recuerdo una fotografía del álbum más claramente que otras. Había colocado mi mano en el brazo de Roberto y le miraba radiante. Era una buena fotografía

de mi flamante marido, que ponía en relieve todo su encanto. Cuando colocó el anillo en mi dedo no estaba nervioso en absoluto y cuando repitió los votos lo hizo con voz bien modulada y tranquila. Era como si estuviera tomando parte en una representación.

No concurrí a la ceremonia ningún pariente de mi marido. Cuando le pregunté a quién iba a invitar, me respondió que su único pariente era su tía inválida, a quien no quería convidar y quien, seguramente, no desearía concurrir. Con lástima, le dije:

—Roberto, nadie va a venir de tu familia...

—No es una circunstancia terrible —me replicó con una extraña expresión en sus ojos que me hizo comprender que no deseaba seguir hablando del tema.

Nuestra luna de miel fué perfecta. Roberto era un marido maravilloso, gentil, comprensivo y cariñoso. Pero demasiado gastador. El cheque que nos dió mi tío como regalo de bodas muy pronto se concluyó. Me sentí un poco desilusionada porque deseaba comprar algunos muebles, pero me tranquilicé diciéndome que pronto Roberto volvería al trabajo y tendríamos dinero.

Un incidente, sin embargo, me intranquilizó un tanto. Una noche fuimos a comer a un restaurante con unos amigos de mi marido. Eran personas encantadoras y me sentía muy complacida en su compañía, especialmente en presencia de Isabel, la esposa de uno de ellos.

De pronto me quedó contemplando y dijo, dirigiéndose a Roberto:

—Tu mujer es encantadora. Supongo que tú eres el responsable del fulgor de sus ojos.

—¡Sí, la pobre niña está loca por mí! Naturalmente, yo sólo me casé con ella por su dinero.

Todos rieron. Yo reí, asimismo, pero me asaltó el extraño presentimiento de que estaba diciendo la verdad. Pero, por otra parte, también tuvo para conmigo palabras de afecto, como una tarde en que fuimos a nadar, por ejemplo. Cuando corrí al encuentro de Roberto, me sentía casi desnuda con el pequeño traje de baño de corte muy moderno. Al verme me dijo:

—Te ves más hermosa en traje de baño que con ropa de calle.

Me ruboricé de orgullo, pero mi alegría se disipó al escucharle proseguir:

—¿Sabes? Si te hubiera conocido antes de ser tan viejo y desilusionado de todo, tal vez me habría enamorado de ti.

—Qué lástima —comenté riendo, pero mi corazón se llenó de angustia.

Sus palabras eran risueñas, pero algo había en ellas de verdad. Pero preferí no ahondar en el problema, temerosa de sufrir.

Fueron dos semanas maravillosas. Mas tan pronto como llegamos a la ciudad empezaron nuestras dificultades. A Roberto jamás le había agradado su empleo. Una tarde me dijo, al regresar de la oficina:

—He dejado mi puesto. Voy a trabajar independiente. Tomé asiento en una banqueta de la cocina, incapaz de comprender el total significado de lo que me decía.

—Pero, Roberto, para eso se necesita dinero y apenas tenemos el resto del regalo de bodas de mi tío.

Se sirvió una taza de café y sorbiéndolo lentamente me respondió:

—Tu tío tiene más.

—Pero no me atrevo a pedirle un favor de esa naturaleza. Debes comprenderme.

—¿Por qué no —me preguntó sonriendo.

Para Roberto no existía ninguna razón valedera para que mi tío no pusiera dinero en una empresa que le reportaría beneficios a él. Y cuando perdió todo lo que le facilitó para sus dos primeras aventuras en el campo de los negocios, no creyó tampoco que hubiera ninguna razón que le impidiera seguir pidiéndole.

Cada vez que me veía obligada a ir nuevamente donde mi tío a solicitarle ayuda económica, sentía que una vergüenza enorme invadía mi espíritu. No creo que él hubiera sido tan generoso a no ser por el hecho que casi de inmediato el doctor me anunció que iba a tener un hijo. Y cuatro meses después que Robertito nació, quedé nueva-

Nacido para soltero

(Continuación de la pág. 21)



(Continúa en la pág. 27)



La niña de la casa gris

(Continuación de la pág. 17)

de la cuenta?

Abandonamos el coche de Juan. Nos metimos en la parte posterior del otro automóvil. Cecilia se tapó el rostro con las manos, y después, muy pálida, cogió el volante. A regañadientes, Alvaro accedió a cambiarse de asiento. El automóvil comenzó a deslizarse por la calle húmeda...

—¡Todo debe salir bien..., va a salir bien! —repetí, juntando mis manos.

Y cuando llegamos al centro, sucedió lo que yo estaba intuyendo.

Alvaro se dio vuelta, estiró el brazo hacia atrás y trató de coger mi cara.

—Tengo que besar a mi chica —declaró, con testarudez de ebrio.

Juan saltó como una fiera. Empujó a Alvaro, quien cayó pesadamente sobre Cecilia. En ese instante, vi al otro coche que llegaba a la esquina. El conductor del otro automóvil hizo lo posible por evitar el choque, pero las manos crispadas de Cecilia se aferraron al volante. Patinamos en la calzada..., hasta que nos fuimos a estrellar, con un ruido horroroso de hierros y metales retorcidos. Después sobrevino un silencio aun más terrible.

— * —

Al cabo de un rato, me di cuenta de que era capaz de moverme. Algo me aplastaba, pero logré zafarme de esta carga. A gatas salí por el techo del coche. Nos iluminaba la potente luz de una linterna. ¡Vi a Cecilia! Estaba tranquila, demasiado tranquila. No hacía ningún movimiento y tenía los ojos cerrados. Escuché la voz de Alvaro, completamente serena ahora, que repetía:

—Déjame llevarla a casa. ¡Estoy bien!

—¡A un lado, ebrio! ¡Huele a alcohol! Usted es el culpable del choque. Conducía borracho —gritó otra voz dura, cruel, cortante.

Con un escalofrío reconocí a "Zanahoria". Su pelo rojo comenzaba a blanquear en las sienes, pero aún conservaba el gesto duro. Las arrugas de amargura se marcaban más aún en torno a su boca.

Juan también había salido ileso del choque. Observamos a "Zanahoria", mientras cogía en sus brazos el cuerpo de Cecilia. Lo hizo cuidadosa, gentilmente, como si temiera dañarla con sus grandes manos.

Así, con "Zanahoria" a la cabeza, nos dirigimos a la Casa Gris. Todo estaba oscuro y cerrado como una prisión. Alvaro golpeó repetidamente. Por fin se abrió la puerta, y todos penetramos bajo la mirada inquisidora de una anciana increíblemente arrugada. Era una prima de la abuelita de Cecilia.

—Busque a un médico. Le explicaré más tarde... —dijo "Zanahoria" a la viejecita.

—El médico está en casa... Lo llamamos porque mi prima... se está muriendo... —replicó.

Cuando llegó el doctor, respiré tranquila por primera vez en esos minutos angustiosos.

—Es una conmoción. Espero que se pase luego... Necesita tranquilidad, mucha tranquilidad... —declaró el médico.

Recorrí la habitación con la mirada. Era fría e inhospitable, como toda la casa. ¡Pobre Cecilia! ¡Nunca había tenido afectos, ni calor de hogar! ¡Dios mío! Si muriese... Entró más gente al cuarto. Vi esos rostros gastados..., que contemplaban a Cecilia. ¡Eran sus parientes..., y sus enemigos! Sólo estaban en la casa para evitar que Cecilia heredase todo el dinero de la abuela...

—Mi prima está muriéndose... Usted, usted salga de aquí... ¡Sabe que ella no puede soportar su presencia! ¡Llévese a estos muchachos! —gritó la anciana, levantando su dedo acusador contra "Zanahoria".

Abandonamos lentamente la habitación. "Zanahoria" sujetaba firmemente a Alvaro. Juan caminaba detrás mío. Eché una última mirada a esa viejecita que se inclinaba sobre el cuerpo inanimado de Cecilia... Temblé... Su sombra, proyectada por la luz de la lámpara, semejaba un murciélago con las agoreras alas extendidas...

— * —

Fui a casa. Mis padres dormían. No quise despertarlos. El mundo, mi juventud se rompían en afícos. No pude dormir. Desde el alféizar de mi ventana contemplé el cuar-

—No puedo, Ana. Con la lluvia el asfalto resulta muy resbaloso... Además, todavía no me dan la licencia.

—¡Cobarde! ¡Cobarde, como siempre! —grité—. ¡No te das cuenta que Alvaro y Juan han bebido más

to de Cecilia. Durante mucho tiempo brilló una luz amarilla. Después se extinguió. Quizá, la muchacha pálida, de los ojos enormes, había muerto. ¡Cecilia! La vida le había negado todo el afecto. Sentí la nariz húmeda de Tico en la palma de mi mano. Incliné la cabeza y lloré amargamente... Por fin me venció el sueño... Como en una nube vi flotar a la niñita que se deslizaba en un solo patín..., a la esbelta Cecilia, con sus faldas largas y estrechas...

Desperté cuando los rayos solares penetraban en mi ventana. Alguien golpeaba energicamente. Escuché los pasos de mi padre. De un salto yo también estuve en la puerta.

Allí, frente a nosotros, se encontraba "Zanahoria". Y en sus brazos traía a Cecilia, envuelta en una gruesa manta.

—Estoy muy bien, Anita, muy bien... El doctor dice que debo reposar, pero papá...

¡PAPA!

Esta palabra fué un aléluya en sus labios... Por un instante quedó vibrando en el aire. Cecilia rió, con una risa infantil, alegre, confiada.

—Sí, éste es Alberto Lund, mi padre —dijo, mostrando a "Zanahoria".

¡"Zanahoria"! Supongo que nadie en el barrio lo conocía por su verdadero nombre. Creo que nadie lo reconocería, ahora, con la barbilla temblando de emoción y sus ojos húmedos de lágrimas. Por primera vez me di cuenta de que ambos —Cecilia y "Zanahoria"— tenían exactamente el mismo color castaño, la misma luminosidad de las pupilas, cercadas de largas pestañas oscuras.

Mamá también escuchaba nuestra conversación. Cecilia, con los brazos amorosamente enlazados al cuello de su padre, continuó con su relato.

—Todo se supo a raíz del testamento de abuelita. Me de-

Agatha Christie, la conocida escritora de novelas policiales, estaba de visita en Londres. Había llegado recién de Bagdad, donde su marido, arqueólogo, estaba haciendo importantes excavaciones.

En una reunión, un invitado curioso le preguntó como se siente una mujer estando casada con un estudiante de antigüedades.

—Un arqueólogo es el mejor marido del mundo —contestó ella—. Cuanto más vieja se pone una mujer, más se interesa por ella.



jaba cuanto poseía, a condición de que rehusara para siempre a ver o buscar a mi padre. El tío Jorge me dio estos detalles, me reveló el nombre exacto de mi padre, diciéndome, además, que casi por la fuerza me habían arrebatado de su lado. Anoche, cuando supe todo..., después que recuperé el conocimiento, tuve una larga conversación con el doctor Méndez. Y el médico envió a buscar a mi papacito. También me aconsejó que yo estuviera en un lugar tranquilo, lejos de mis parientes...

—¿Permitirían ustedes que Cecilia..., que mi hija se quedase unos días con Anita? —suplicó "Zanahoria".

Los dos pares de ojos, tan extraordinariamente semejantes, se mantuvieron fijos en el rostro de mis padres.

—¡Oh, Cecilia, Cecilia! Siempre podrás quedarte con nosotros... Perdona el daño que te hice... —grité.

—Gracias, Anita. Me quedaré sólo por unos días. Ahora seré pobre, pero tendré un verdadero hogar. Papá va a arrendar una casita. Cocinaré para él..., y él me mimará...; por fin tendré alguien quien me quiera —balbuceó Cecilia.

—¡Hurra! Y usarás faldas amplias y blusas ajustadas, como nosotras. Te vestirás como a ti te guste, sin que te impongan nada —grité, entusiasmada—. Y, en cuanto a Alvaro...

—¡Oh! Alvaro te adora. Yo lo estimo..., como a un hermano. Necesitaba tener alguien a quien querer. Alvaro me regaló el perro... Después, como tú salías con Juan, comenzó a sacarme a pasear... Ahora no necesito a nadie... Tengo a papá —declaró Cecilia, con orgullo.

—Basta de charlas. Recuerden que Cecilia aun está bajo control médico. Por favor, señor Lund, lleve a su hija al segundo piso. Debe acostarse inmediatamente. Si lo desea, usted también puede desayunar con nosotros —interrumpió mi padre.

—Gracias, por ahora me es imposible aceptar su invitación. Antes debo cumplir con mi deber. En la comisaría tengo a un muchacho..., castigado por algo que la gente me hizo hace ya muchos años. ¡Debo ponerlo en libertad! —declaró "Zanahoria".

Me miró, sonriendo, y yo le devolví su sonrisa.



PILOTONIC HAIR OIL

M. R.

(Aceite para el cabello)



con el

ATOMIZADOR

Pilotonic

M. R.

ya no me ensucio
las manos

*Aplíquese el
Pilotonic Hair Oil
con el atomizador
y luego péinese.*

*El nuevo aceite fija
y da un brillo
excepcional, revelando la belleza
de su cabellera.*

Uselo con el ATOMIZADOR PILOTONIC. En venta en
todas las farmacias y perfumerías del país.

Pídalo en los tonos:

AZULADO
para cabelleras
negras y blancas

DORADO
para cabelleras
rubias y castañas

CRISTALINO
sin color
ni perfume



CLARIN



Nacido para soltero

(Continuación de la pág. 24)

mente esperando otro hijo. Mi tío comprendió nuestra situación, y a pesar de que jamás nos negó su ayuda, yo me di cuenta de que desaprobara el modo de invertir el dinero que tenía Roberto. Vana

las veces se lo hice ver, pero mi marido insistía en sus puntos de vista y yo temía que si mi tío y yo rehusábamos ayudarlo, sencillamente me abandonaría a mí y a los niños. Finalmente, y a medida que las deudas se iban amontonando y Roberto derrochaba a más y mejor el dinero de mi tío, me dije que ya no podía seguir guardando silencio ante su actitud.

—Por lo menos permítame que gaste menos en la casa, Roberto. Sabes que no me importan los lujos y los niños no demandan muchos gastos.

—Bueno, si a ti no te importa el lujo, a mí sí —me replicó—. No se puede hacer dinero si no se gasta mucho y no se vive como si se poseyera fortuna. Tal vez si tuvieras más fe en tu marido y fueras una mejor esposa las cosas resultarían.

Jamás había creído ser un fracaso ni como esposa ni como madre y sus palabras me dolieron profundamente. Mantenia limpio y ordenado el lujoso departamento que Roberto me obligaba a tener sin ayuda de ninguna clase, y lo mismo a los dos niños, y debía, asimismo, estar preparada para asistir a cualquier compromiso social que contrajera y hacer mis propios trajes para evitarle mayores gastos.

Si no era la esposa perfecta en lo concerniente a nuestra vida íntima, era debido principalmente al hecho de que una creciente frialdad nos invadía. Roberto permanecía fuera hasta altas horas de la noche y en raras ocasiones podíamos dedicar un rato a nuestro cariño. Por otra parte, si me acusaba de demostrar poco interés en sus negocios, ¿se me podía, acaso, culpar, cuando había presenciado un fracaso tras otro en sus aventuras financieras anteriores?

Después de invertir dinero en una empresa de automóviles y otro negocio de conservas, ambos fracasados, a Roberto se le ocurrió asociarse en una empresa de aviones, lo cual demandó nuevos y cuantiosos gastos. Mi tío jamás, hasta la fecha, se había quejado ante mí de la actitud de mi marido, pero yo sabía que se había visto obligado a hipotecar el fundo y que su situación económica no era la de antaño. Me opuse, pues, a nuevos gastos y rogué a Roberto que buscara para nosotros un departamento más modesto. Mientras encontraba algo conveniente, decidí ir a vivir al campo con mi tío y los niños. Al principio, Roberto nos visitaba una vez a la semana, pero, paulatinamente, sus visitas se fueron enfriando, y sólo le veía una vez al mes o cada seis semanas.

A pesar de que extrañaba profundamente a mi marido y le escribía casi todos los días rogándole que se apresurara a buscarnos un hogar, me sentía casi feliz de vivir en la paz y la tranquilidad del campo, rodeada de mi verdadera familia y experimentaba real deleite al pasar las tardes en la tranquila compañía de mi tío, leyendo o escuchando radio, sin verme obligada a asistir a fiestas y reuniones sociales.

Pero una tarde decidí ir a la ciudad con los niños a dar una sorpresa a Roberto. Llegamos por la tarde y mis hijos y yo necesitábamos urgentemente un lugar donde asearnos y cambiarnos de ropa.

Dejando a los niños en el taxi, descendí frente al hotel donde residía Roberto y pregunté por él en el vestíbulo. El empleado que atendía a los pasajeros me contempló un tanto extrañado:

—Soy su esposa —le expliqué—. He viajado un largo trayecto para venir a verle y tengo a los niños afuera, en el auto. ¿Puede subir a las habitaciones de mi esposo a descansar un rato y pedir algo de comer para los niños?

Pareció completamente desconcertado. A medida que yo hablaba se tornaba cada vez más intranquilo y por último atinó a murmurar:

—¿La señora Adams? ¿Su esposo la esperaba, señora?

Estaba cansada, preocupada y sus preguntas me irritaron. —No sólo soy la señora Adams, sino también están los dos niños afuera, hambrientos y cansados. Si no me permite la llave de la habitación de mi marido comuníqueme de inmediato con él por teléfono, por favor.

De pronto, noté extrañada que una sonrisa jugueteaba en sus labios al decirme:

—Su esposo está arriba, señora. Llamaré de inmediato. Llamó, sin embargo, varias veces antes de obtener contestación. Finalmente alguien descolgó el fono en el cuarto de Roberto. Apenas pude retener el impulso de tomar el teléfono y gritarle: "¡Querido, baja de inmediato, que aquí estamos los niños y yo!"

El empleado no podía hacer comprender a Roberto quien estaba esperándolo. No cesaba de repetir:

—Sí, señor, una señora que dice ser su esposa. Sí, señor, trataré; sí, señor, sí, desde luego... —colgó el receptor y se volvió hacia mí diciéndome:

—Permítame que la ayude a colocar sus maletas, señora, su esposo bajará de inmediato.

Nos dirigimos al taxi y me ayudó a depositar en la acera las maletas y los niños. Estaba tan desconcertada que pensé que tal vez Roberto estaría enfermo, pero jamás me atrevería a preguntar al empleado, que me contemplaba con tanta conmiseración, lo que le sucedía a mi marido. Pero, ¿qué otra razón podía existir para que estuviera a estas horas en su hotel?

Pronto bajó Roberto sonoliento y despeinado. Por primera vez desde que lo conocía parecía incapaz de manejar la situación a su amaño.

—¡Bueno, bueno, qué sorpresa! —repitió dos o tres veces. Luego tomó a los niños en brazos y el empleado subió las maletas. Los seguí por el pasillo, sintiéndome enferma de tristeza y deseando no haber venido jamás.

La habitación olía a cigarros y cerveza. Vi que Roberto y el empleado intercambiaban miradas de comprensión, pero no habría sido necesario hacerlo, pues era evidente que aquí se había dado una fiesta no hacía mucho tiempo. Vi asimismo, que Roberto pasaba al empleado un billete en pago de su silencio, pero no dije nada, pues no deseaba pelear en esas circunstancias.

—¿Has estado enfermo, Roberto? —le pregunté.

—Un poco de resfriado —me replicó—. Lamento tener que irme ahora, pero tengo un compromiso. Volveré dentro de una hora.

Y se fué sin siquiera besarme.

Llamé para que nos trajeran algo de comer a los niños y a mí. Luego los cambié y los acosté en la cama de Roberto. El largo viaje los había cansado y de inmediato se quedaron dormidos.

Debí sus ropas y traté de arreglar un poco la habitación. Fué entonces cuando descubrí las zapatillas bajo la cama.

El hombre soltero es un animal incompleto. Se asemeja a la mitad de un par de tijeras.

BENJAMIN FRANKLIN.

Eran de seda rosa, pequeñas y con un ramito de flores delante. "Es una mujercita pequeña", me dije, y no sé por qué razón me dolió más que si no lo hubiera sido. Permanecí contemplando las frívolas zapatillitas y comprendí que representaban todo lo que Roberto admiraba en la mujer y lo que yo no poseía. De pronto se desilozó el velo que me había ocultado hasta ese momento la triste realidad.

Penséirme de inmediato, pero estaba demasiado cansada y los niños dormían apaciblemente. Dejé las zapatillas en su lugar y me recosté en la cama a pensar. Hubiera deseado llorar, pero no podía... y luego, sin querer, me quedé profundamente dormida.

Al despertar vi a Roberto sentado a los pies de mi cama, mirándome con esos ojos que siempre me habían conmovido. No era, en realidad, una persona correcta, perfecta ni deseable, pero era mi marido y yo le amaba.

Las lágrimas que no había derramado vinieron ahora a mis ojos y lloré como jamás en mi vida lo había hecho. Roberto quedó profundamente extrañado. Se arrodilló al lado de mi cama y me tomó en sus brazos:

—¿Qué pasa, mi amor? Dime que te sucede —susurró con voz suave y baja, como se le habla a un niño.

No pude decirle una palabra de lo que palpitaba en mi corazón. Seguí llorando hasta que los niños despertaron. Ahora todo se aclaraba en mi mente. Roberto no se había dedicado enteramente a los negocios. Permanecía en el hotel, dando fiestas y teniendo mujeres fáciles y dando la impresión de que era un soltero sin compromisos. Lo comprendí como si lo hubiera presenciado. Había estado ciega, pero aún los ciegos a veces recobran la vista.

Pero lo que más me desesperaban eran mis propios sentimientos. Aún le amaba y no deseaba dejarle. A pesar de que sabía que me había engañado con otras mujeres no podía odiarlo. Los brazos de Roberto me rodeaban, y me acariciaba y besaba con ternura.

—Dime qué te sucede, amorcito. No llores... Roberto cuidará a su niñita querida.

De pronto comprendí el camino a seguir. Me senté y le dije:

—Los niños y yo no teníamos a dónde ir, pues mi tío nos arrojó de su casa. Declaró que no podía soportar más tus demandas de dinero y que todos viviríamos a costa suya. Me rogó que no volviera jamás a su lado.

Supuse que Roberto me iba a abandonar de inmediato.

(Continúa en la pág. 32)



Don Juan
M. R.



—¿ACIDO sulfúrico? —repitió Cartwright.

Se quitó de la boca la pipa vacía. Había en su rostro una expresión que Mónica no pudo descifrar.

—Aclaremos el punto —dijo—. ¿Tú crees que esto se debió a un error de parte del departamento de utilería?

—Por supuesto.

—Claro. Un empleado dice al otro: "Oye, Bert, esta botella. Como no hay agua a mano, llénala con ácido sulfúrico, que es del mismo color." ¡Así, con toda naturalidad!

—Es que tú no conoces los hechos.

—Dimelos, entonces.

—Sh —murmuró el director, esforzándose por hacer su voz más fuerte y burlona, soltó la mano de Mónica y se dirigió a ella con aire confidencial—. Esta es la manía de los escritores, señorita Stanton. Especialmente de este Cartwright. Todos —hizo un gesto como si inflara un globo en el aire—. Cartwright es capaz de ver un ingenioso plan de asesinato por envenenamiento en un cólico producido por una manzana verde. Sin embargo, debemos ser caritativos; es su oficio.

Miró con tolerancia a su interlocutor.

—¿Qué es lo que quieres decir, muchacho? ¿Que fué deliberado?

—¿Qué es lo que crees tú?

Fisk lo miró con ojos burlones.

—Ya lo sé, ya lo sé. Estás justo en el borde de la solución del misterio. Todo fué preparado. Alguien, durante la filmación, iba a tomarse un vaso de ácido sulfúrico, creyendo que era agua. O alguien lo iba a derramar sobre la cara de otro. ¿Eso es lo que piensas? Frances Fleur tuvo un leve estremecimiento. Fuera de esto no se había movido ni una sola vez; parecía que sus ojos estuviesen vueltos dentro de sí misma. Levantó una mano y se la pasó por su cabello delgado y abundante, partido al medio y que caía en amplias ondas a lo largo de sus mejillas. Luego, con las yemas de los dedos, se tocó delicadamente el rostro.

Fuó un gesto sugestivo. Se estremeció nuevamente.

Howard Fisk rió.

—Ahora escucha la verdad de los hechos, muchacho —dijo con firmeza—. ¡Esa botella de agua no figuraba para nada en la escena!

—¿Y eso qué?

—Eso significa que nadie iba a beber un vaso de agua. Ni siquiera nadie iba a llenar un vaso con agua. Lo que es más, nadie iba a tocar esa botella o acercarse a la mesa donde se encontraba. ¿Me entiendes?

—Hum.

—La botella era sólo una pieza del amoblado. Si las cosas se hubiesen desarrollado normalmente, la botella hubiera sido retirada cuando se hubiese desarmado el escenario, hubiese sido vaciada y guardada. Había una oportunidad en un millón, que yo con mi terpeza, a la cual reconozco, diera vuelta el velador con la botella. ¡Muy bien! Sé que tienes imaginación, camarada. Te admiro por ella. Pero, vamos, vamos; suponte que alguien hiciera la cosa con mala intención. Suponte que alguien intentara hacer realmente perjuicio. ¿Qué sentido tenía colocar el ácido sulfúrico en un sitio donde era imposible que le hiciera daño a nadie?

Hubo un silencio.

Howard Fisk, más que nunca, parecía un médico distinguido explicando algo. Pequeñas arrugas se formaban en los ojos, detrás de sus espejuelos. Puso una mano sobre el hombro de Mónica y ésta sintió un suave perfume que se desprendía de su traje de tweed.

—Pero, cuando hubo pasado, ¿qué hiciste?

—¿Qué hice? Bueno, cambiamos la cama y seguimos adelante.

—No, lo que quiero decir es si nadie demostró la menor curiosidad por saber cómo el ácido había ido a parar allí. ¿No preguntaste a nadie?

—Ah, respecto a eso, creo que Gager estaba tratando de hacer algo. —Se rascó el cuello—. Gager estaba preocupado. No he sabido lo que averiguó. Y cuando Hackett llegó aquí, ya traía ideas muy concretas al respecto. Es una veleta, eso es lo que es. Cree que fué sabotaje.

—¿Sabotaje?

—Sí. "Espías del Mar" es un fuerte, y espero que efectivo, ataque antinazi. Parece que Hackett cree que algún partidario ha tratado de detenernos. ¡Vamos, vamos! Esa no es manera de hacer sabotaje. En lo que a mí me toca preferiría que no se preocuparan. Por lo demás, no podemos alarmar a las damas, ¿no es así? —le hizo un guiño a Frances Fleur—. Lento pero seguro.

—Suave, suave. Paso por paso. Esa es la manera de hacer las cosas. Puedo asegurarte que no hay ninguna dificultad.

Se oyó una voz aguda.

—¡Howard! ¡Bill! ¿Quieren venir un momento, por favor?

La voz era de Hackett. Estaba parado cerca del set. Tenía sudorosa la amplia frente y su espeso cabello negro estaba desordenado.

—De modo —exclamó Cartwright— que tú dices que una botella del ácido más mortífero que conoce la química anda por ahí pasando por agua, todo debido a una simple equivocación del departamento de utilería. Sin embargo, te hago una pequeña apuesta. Te apuesto que hay algo realmente serio ahora, y que Tom Hackett conoce la causa. Ven. ¿Nos perdonan un momento? Frances, te dejo encargada a la señorita Stanton.

Mónica los miró alejarse. La voz de Frances Fleur la sobresaltó.

—¿No le agrada Bill Cartwright, querida?

—¿Perdón?

—Por su expresión; era positivamente asesina —dijo Frances, realmente interesada—. ¿No le agrada?

—Le odio.

—¿Pero por qué?

—No hablemos de él. Yo... Yo... ¿Es verdad que va usted a hacer el papel de Eva D'Aubray?

—Así espero, si no se lo dan a otra.

—¿Si no se lo dan a otra?

—Bueno, mi marido dice que si hay guerra, será malo para el negocio del cine. Dice que Hitler acaba de hacer una alianza con los rusos y que eso es muy malo también. Y no le haga caso a Howard; entre nosotros, aquí pasa algo muy raro.

—¿El asunto ese del ácido?

—Eso y otras cosas.

—¿Pero no se puso nerviosa usted cuando el ácido se derramó?

—Querida —contestó Frances—, una vez me dispararon desde un cañón en escena; ésa es la clase de cosas que los hombres esperan que una haga y se quedan estupefactos si una no las hace. De modo que es mejor hacerlas. En uno de los espectáculos de Blenkinsop me hacían sumergirme en un tanque de vidrio de treinta pies de profundidad, totalmente desnuda. Estaba cansada al final. Pero ya vitriolo... ¡ugh! ¡No!

—Le gusta el papel, ¿no es así? Eva D'Aubray, quiero decir.

—¡Es magnífico! Páseme un espejo, por favor, Eleanor.

—Le diré lo escribí para usted.

Frances Fleur se detuvo en el examen.

Y así... al crimen

POR
CARTER
DICKSON

Posaron por gentileza del Teatro de Ensayo: Miriam Thorud, en el papel de Mónica Stanton. Montserrat Julló, en el de Frances Fleur.

Estos y los otros personajes que aparecerán en estos episodios, forman parte del elenco del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, que encarnarán a los protagonistas de MARTIN RIVAS, la obra de Blest Gana, que se estrena en mayo, a beneficio de las Obras de Protección al Niño Lisiado.

FOTOGRAFÍAS RAYS.

cuidadoso de la pintura de sus labios. —Vea usted, pensé que sería lo justo para usted.

Frances le devolvió el espejo a su criada. Sus ojos, de un color ámbar oscuro bajo los párpados de cera y las cejas, bajo las cuales las pestañas eran tupidas y delgadas, tenían ahora una curiosa expresión.

—Se parece en realidad a mí —concedió, después de reflexionar un instante—. ¡Curioso que usted se lo imaginara! Y es curioso que usted supiera también... ¿Qué edad tiene usted? ¿Diecinueve?

—¡Tengo veintidós!

—Bueno, le diré algo... Yo...

No continuó. Frances Fleur, inclinándose por encima del hombro de Mónica, miró hacia el otro extremo del estudio. Su expresión no se alteró, ni tampoco su voz; se deslizó tan suavemente hacia otro tema, que pareció no haberlo cambiado en absoluto.

—Por favor, no crea que soy mal educada, pero debo irme. Debo averiguar algo inmediatamente. Comprende, ¿no es así? Me ha gustado mucho nuestra conversación, y debemos seguirla en otra oportunidad. Hay varias cosas que me muero por preguntarle; usted sabe a qué me refiero. Pero, usted comprende, ahora debo irme. ¡Eleanor, venga conmigo, por favor!

Se puso de pie, magnífica con su vestido dorado, quedando en el aire un leve perfume al levantarse. Dejando a Mónica con la incómoda sensación de haber dicho en alguna forma lo que no debía, Frances Fleur, sonriendo con infinita dulzura, como si hubiese todo un auditorio, hizo una seña a su criada y se alejó.

De modo que parecía tener diecinueve años, ¿no?

CONTINUACION DEL CAPITULO ANTERIOR:

Mónica ya no encuentra tan antipático a Cartwright, e inicia con él una conversación respecto a la gente que trabaja en los estudios. Sabe que va a conocer a Frances Fleur, la actriz que le inspiró el personaje principal de "Deseo". Ella está ahora casada con un alemán, ex director de la UFA, y actualmente director asociado en "Los Espías del Mar". Por fin llegan al estudio, y allí ve el camarote de un inmenso transatlántico. Frances Fleur, hermosa como nunca, filma una escena junto a su camarera, mujer entrada en años y de aspecto trágico. La filmación es difícil y tienen que repetirla varias veces, sin embargo la gente no se cansa y mantiene la disciplina y la alegría. Le presentan a la actriz, quien es encantadora con Mónica. En ese momento saben que se ha derramado la botella de agua que había sobre el velador del presunto camarote y que estaba llena de vitriolo. Descuido del personal de utilería, dice Fisk sin inmutarse.

Empujó otra silla con la punta del pie, encajó los talones en el travesaño de ella, apoyó las mejillas en sus puños y meditó.

Por sobre todas las cosas, habría querido impresionar a Frances Fleur como una mujer mundana, sutil y desenvuelta, capaz de haber adornado los bancos de mármol de la antigua Roma. Se había esforzado para conseguir

ese efecto, hasta tal punto que sólo vagamente oía lo que se decía acerca de ella, y como resultado se le achacaban diecinueve años en vez de los veintidós que tenía y de los veintiocho que creía representar.

Todos los ruidos de la sombría barraca se estaban apagando. Un em-

(Sigue a la vuelta)

—¡Es ácido sulfúrico!... —exclamó

Frances Fleur, la actriz de cine, al comprobar Mónica, con espanto, que el vaso de agua contenía ese líquido venenoso, con el cual se había atentado contra su vida.



SU CUTIS

cuidelo con esmero

La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.

Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.



crema macker

Calzados

Formas

V. Mackenna 606
Estado 257

Huérfanos 886, subsuelo — Local 15
Santiago

Lindo modelo para fiesta, en gamuza.



Elegante modelo de temporada.

Disponemos de novedades y formas anatómicamente diseñadas para sus pies. Plantilla hecha enteramente a mano.

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
Solicite catálogos

pleado pasó frente a ella cargando un espejo. Mónica vio su propia imagen; sus talones encajados en el travesaño de la silla, su mentón apoyado en los puños y en la boca un gesto mohino. Vió su cabello hermoso, que llevaba recogido en un moño; los grandes ojos separados, de un color gris y azul; la nariz corta y el labio inferior lleno; el traje sastre gris y la blusa blanca; todo en contraste con el amplio encanto de Lady Thunder. Como resultado de este examen, Mónica le hizo una mueca tan amarga y odiosa a su cara en el espejo, a la cual vagamente asociaba con una frambuesa de pantomima, que el empleado, que en ese momento la estaba mirando y que había trabajado duro todo el día, se indignó no sin razón.

Frances Fleur debió haber pensado que era una estúpida.

Sin embargo, débilmente, una voz le decía en su interior que algo en Frances Fleur andaba mal.

Vaciló ante esta conclusión. No era que estuviese deslumbrada. No era eso exactamente. ¡No! Frances Fleur era indudablemente hermosa. Y muy agradable. Nadie podía dejar de gustar de ella. Sin embargo, a Mónica le parecía (su mente trabajaba aún en medio de la niebla de su deslumbramiento) que no era muy inteligente.

También le parecía, siendo como era tan aficionada a la Roma antigua, que Frances Fleur, por algún motivo, no habría quedado bien allí. Esa frase: "Mi marido dice..." se deslizaba por su lengua con la facilidad que da el largo uso. Mónica tenía el oído muy aguzado para percibir estas cosas, ya que la señorita Flosie Stanton basaba su conversación casi exclusivamente en frases tales como: "Mi hermano dijo..." o "yo le dije a mi hermano..." Para ser justa, no era que esperara que en su vida privada Frances Fleur fuera brillante y llena de epigramas, reclinada entre galanes y cortesanos, pidiendo la exterminación de los cristianos, los cuales, como todo cineasta sabe, eran odiados por todos en la antigua Roma. Pero en estas cosas hay corazonadas. Hay instinto fuera del saber positivo. Y a ella se le ocurría que Frances Fleur no tenía el verdadero espíritu romano.

Respecto al intratable Cartwright, por otra parte...

—¡Señorita! —dijo una voz al lado de ella—. ¡Señorita Stanton!

Pero ella no la oyó.

Vió una imagen mental de Cartwright vestido con una toga romana, con su pipa de Sherlock Holmes en la boca y la mano levantada en un gesto de entereza. Se echó hacia atrás y se estremeció de risa; era la primera vez que se reía en todo el día.

Aunque malo, había que darle al hombre su merecido: Cartwright, como un romano antiguo, no habría estado del todo mal. Les habría llenado los oídos de discusiones a los quiritas y habría pasado noches enteras discutiendo la razón por la cual un poema épico de alguien era una basura. ¡Si sólo se hubiese afeitado esa barba llena de reflejos, ese plumón, esa supercómica barba!

Oyó una voz por debajo de su codo que decía:

—¡Por favor, señorita!

Mónica descendió desde la Colina Palatina para encontrarse con un mensajero, con la cara brillante y botones brillantes, que tiraba de su mano. Haciendo conseguido llamar su atención, el mensajero sacó el pecho, y recitó:

—El señor Hackett dice que venga conmigo, por favor.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde?

—El señor Hackett dice —exclamó el

niño, con aire de un sargento mayor en miniatura— que venga a la casa 1882 y que lo encuentre en el dormitorio trasero.

—¿Dónde?

—Es un escenario, señorita; yo la conduciré.

Echó a caminar adelante, con el pecho saliente y los brazos cimbreantes. Mónica miró a su alrededor. No vió ni a Cartwright, ni a Hackett, ni a Fisk ni a nadie que conociera. Los empleados de las cámaras y de los grabadores estaban arreglando sus cosas y se iban; esto le dió a Mónica una desagradable sensación de intranquilidad. Hubiese deseado que no se fueran todos.

Cerró detrás del niño, al cual habría podido jurar que había visto antes. Pero no podía precisar dónde. La llevó a lo largo de un pasillo, entre extensiones de malolientes sillas de lona, en dirección a la puerta del estudio. Todo estaba oscuro, a excepción de un reluciente que había sobre la pared, cuyas manecillas indicaban unos minutos pasadas las cinco. Dos hombres se encontraban parados bajo él. Débilmente, el reloj iluminaba las cabezas de los dos hombres. Uno era gordo y bajo, y fumaba un cigarro; el otro era un joven alto con anteojos y ultrarrefinado acento.

Mónica oyó sus voces al pasar.

—Mire —decía el hombre gordo— estas escenas de la batalla que vamos a filmar.

—Sí, señor Aaronson.

Una dama muy piadosa, aunque de minante, que vivía sola, estaba muy enojada porque sus vecinos no la invitaban a un paseo campestre que hacían en familia. El día de la partida.

—Son pestimas. No hay ningún interés femenino en ellas. Le diré lo que quiero que hagan. Quiero que ponga a la Duquesa de Richmond en la batalla, al lado del Duque de Wellington.

—Pero la Duquesa de Richmond seguramente no debió encontrarse entre el estado mayor, señor Aaronson.

—Vaya, como si no lo supiera; pero tenemos que hacerlo parecer probable, de otra manera el público no lo creerá.

De modo que esto es lo que haremos: los otros oficiales se emborrachan.

—¿Quiénes, señor Aaronson?

—El estado mayor del Duque de Wellington, han tenido una fiesta con una cantidad de damas francesas, ¿comprende? (tome algunas escenas de eso), y están todos tan borrachos, tan borrachos, que parecen lechuzas.

—Pero, señor Aaronson...

—Bueno, la Duquesa de Richmond llega y los encuentra tendidos en el suelo, ¿comprende?, tan borrachos que no se pueden ni mover. Y ella se asusta, porque uno de ellos es su hermano, ¿comprende?, el cual es un oficial del ejército de Lanceros Bengaleses, ¿entiende? Teme que el Duque de Wellington se enoje si llega a saber que su hermano se ha pescado una borrachera en la mañana de la batalla de Waterloo. Esta bien, ¿no cree? Armaria un escándalo, ¿no es así?

—Sí, señor Aaronson.

—Seguro. Y la Duquesa de Richmond tiene que salvar el honor de la familia, ¿comprende? De modo que se coloca el uniforme de su hermano, se sube arriba de un caballo, y como hay mucho humo, nadie se da cuenta del

cambio. ¿Qué le parece? Vaya, si es una idea que vale plata, ¿no lo cree así?

—No, señor Aaronson.

—¿No le gusta?

—No, señor Aaronson.

—¿Encuentra que apesta?

—Sí, señor Aaronson.

—Bueno, pero es lo que vamos a hacer en la película. Ahora mire: la Duquesa de Richmond.

—Con permiso —dijo Mónica, pasando entre ellos rápidamente.

Tratando de controlarse, siguió al niño a lo largo del pasillo, pero la vista de los dos hombres le dio la certeza de haber visto al mensajero antes, en alguna parte y relacionado con ellos. El niño, haciendo un ademán, propio de un motorista que va a torcer, torció bruscamente hacia la izquierda y la guió hacia una especie de caverna. Lejos, cerca de la entrada, Mónica pudo distinguir un pequeño número de obreros que salían y oyó el ruido del reloj de control, cuando marcaban sus tarjetas. Deseó con cierta intranquilidad que no se fuesen todos, dejándola sola.

Alcanzó al niño.

—Escúchame, por favor —le dijo con firmeza—. ¿Dónde está el señor Hackett?

—No lo sé, señorita —contestó el niño, volviendo la cabeza sobre la marcha y enderezándola nuevamente.

—Pero, ¿no dijo que le había dado un mensaje para mí?

—Mensaje de la pizarra, señorita.

—¿Qué cosa?

—Mensaje de la pizarra, señorita.

—¿Y a dónde me dijo que vamos? Casa mil ochocientos o algo así.

traño. Mónica se volvió hacia el niño.

—Pero como...

Mas el mensajero ya se había ido.

Subió los dos escalones hasta la casa del médico. Con un impulso súbito, tiró del cordón de la campanilla, e instantáneamente sonó un largo y estridente campanillazo que le hizo estremecer los nervios.

La misma puerta era también muy realista. La tocó y se abrió completamente.

Dentro había un pequeño vestíbulo, con la atmósfera tan pesada, que se hacía difícil respirar. En la penumbra divisó una escalera que subía a la derecha pegada a la pared, y a la izquierda, las puertas de dos dormitorios del piso bajo.

—¡Hola! —gritó.

No hubo respuesta. Mónica, vacilando en la entrada de la casa, sintió una vaga sensación de alarma, una irrazonada agitación en sus nervios. Sabía que no tenía motivo para ello. Se hallaba en un escenario pintado, construido en medio de una barraca donde había gente moviéndose, conversando y riendo por todas partes.

Entró en el vestíbulo, y dos pasos más allá se encontró en el dormitorio delantero; se golpeó un tobillo contra una silla. No estaba asustada, pero súbitamente se sintió furiosa contra Tom Hackett por todas estas tonterías. ¿Por qué no podían decir lo que querían? ¿Por qué tenían que hacer cosas como ésta?

Tenía una caja de fósforos en la cartera. La sacó y encendió uno. La breve llama le permitió ver una habitación totalmente amoblada y tan bien acondicionada que casi la desagrado: era como si hubiese entrado furtivamente en una casa verdadera.

Había casas muy parecidas en East Roystead. Se respiraba allí dentro la atmósfera del siglo diecinueve. Lensworth, el dentista de Ridley, tenía una sala de espera muy parecida a aquella pieza. Había un grueso mantel rojo en el centro de la mesa y fundas en los respaldos de las sillas. El cuadro que había sobre la carpeta, "El Tocado de Banjo", lo había visto infinitas veces en el salón de la casa de sus abuelos. El fósforo se apagó. Entonces se dio cuenta de que había una puerta en el fondo de la habitación y que bajo esta puerta se estremecía una delgada raya de luz.

En la habitación posterior, había dicho Hackett. Se abalanzó hacia la puerta y la abrió.

Había prendida una verdadera lámpara de gas, de llama amarillo azulada, dentro de una pantalla de vidrio. Estaba colocada sobre un soporte encima de un escritorio de cortina y la llama se agitó al abrir la puerta. La habitación era pequeña y lúgubre, con un linóleo resquebrajado en el suelo. Un estetoscopio y una caja de instrumentos se hallaban sobre la mesa. La repisa de un enorme armario negro estaba repleta de balas de algodón, vendas de gasa, objetos de vidrio, termómetros y jeringas. En una de las paredes sobresalía la boca de metal de un citófono mediante el cual, presumía, la esposa del médico se podría comunicar con él desde la habitación del piso superior. Al lado había repisas que contenían botellas y libros. Había también un par de sillas de felpa y un grueso volumen de anatomía.

Pero no había nadie. La mortecina luz se reflejaba sobre las botellas, sobre la mesa de madera de arce y sobre el metal del citófono. Tratando de tranquilizarse, miró a tra-

¿Tienes magnetismo personal...

...Y CONOCES EL SECRETO DE AGRADAR A LA GENTE?



Para lograrlo, existe un "código de sociabilidad", fácil de poner en práctica y cuyos efectos son ciertos. He aquí algunas de sus reglas esenciales. Léelas y comprueba si alguna de ellas puede ayudarte a desarrollar tu encanto personal:

¿SABES interesarte sinceramente por los demás?

¿CONCEDES a la gente el placer de hablar de sí misma?

¿SABES hacerles sentir su importancia, aunque sin halagarles?

¿RECIBES siempre a todos con tu mejor sonrisa y...?

¿HACES un esfuerzo por recordar sus nombres y apellidos?

¿PUEDES disimular tus preocupaciones y no hablar de ellas?

¿SABES escuchar con atención e interés a los demás?

¿DAS a la gente la impresión de que su presencia jamás te aburre ni molesta?

¿HACES sentir a tu interlocutor el crédito que concedes a su juicio?

¿TRATAS de no hacer sentir su complejo de inferioridad a quien sabes que lo posee?

la madre de los paseantes se dio cuenta de su olvido y mandó a su hijo menor a que invitara a la señora. —Ya es muy tarde. ¡Acabo de rezar para que llueva!

—La llaman mil ochocientos ochenta y dos —contestó el niño— porque esa es la fecha en que se supone vivía el protagonista. Es un tema corriente, acerca de un médico asesino. Aquí estamos, señorita. Servicio de Albion Films. Buenos días.

En ese momento Mónica reconoció el mal alumbrado y largo escenario en que se encontraban.

Era la imitación de una calle suburbana, que había sido construida para la filmación de una historia de William Cartwright. Este se lo había explicado así hacia sólo media hora. Vista de cerca, era muy real y siniestra. La calle, con casas a los dos lados, estaba hecha de adoquines de una substancia plástica de color gris; aunque todas las casas eran sólo de telones, una de ellas, la del médico, había sido construida y amoblada completamente. Luces distantes daban un pálido reflejo sobre la calle y reflejos azulados sobre los vidrios de las ventanas del piso alto. Abajo estaba tan oscuro, que Mónica tenía que caminar a tientas. No se veía a nadie. La casa 1882, según parecía, era la del médico. Era pequeña, con una fachada de piedra gris y ventanas redondas arriba y abajo. Las cortinas verdosas estaban correctamente corridas sobre las ventanas. Al lado de la puerta colgaba una anticuada campanilla, y dos peldaños conducían hasta la puerta, donde una placa de cobre rezaba: "Doctor Rodman Teriss, M. D."

De todos los lugares extraños que podía haber elegido Hackett para encontrarla, éste era sin duda el más ex-

(Sigue a la vuelta)



la otra mitad se sentía llena de supersustitutivo terror. Ese día había pasado por una serie de crisis emocionales y, además, no probaba bocado desde el desayuno. La imaginación, siempre alerta, comenzó a relacionar detalles con recuerdos de su niñez; le parecía que la casa se comenzaba a llenar de gente. Se preguntaba qué sería lo que el doctor Rodman Teriss habría hecho. Pensó con un calofrío que haría si la puerta armario se abría y alguien o algo salía de él.

Encima de ella, una tabla del cielo raso crujió levemente y luego volvió a crujiir.

Alguien caminaba en la habitación inmediatamente encima de ella.

Si era una broma de cualquier especie, alguien pagaría por ella, se juró Mónica a sí misma. Después de todo, ¿habría sido Tom Hackett quien había mandado aquel mensaje? ¿O sería que el detestable Cartwright estaba tramando algo, con la idea de aparecer como gracioso?

En medio de su enojo y de su nerviosismo y el sofocante calor de la habitación, sintió un helado sudor en todo el cuerpo. Su corazón latía apresuradamente, y lo peor de todo para completar el asunto, se dio cuenta de que los ojos de sus puros nervios se le llenaban de lágrimas.

—¡Hola! —gritó, forzando sus pulmones para hacer sonar las sílabas—. ¿Quién está ahí? ¿Quién es usted? Al otro lado de la habitación, el citófono silbó.

De modo que era una broma. Una detestable bufonada de parte de alguien. —¡Sé que está allá arriba! —gritó—. ¡Baje! ¡Ya sé que está ahí! El citófono silbó nuevamente.

vés de la amplia ventana, polvoriento pero sin cortinas, hacia la triste penumbra del estudio. Todo esto era irreal, reflexionó, alegrándose la mitad de su mente de haber mirado por la ventana; pero

Era imposible no sentirlo, tanto como no sentir la campanilla de un teléfono. Esto le produjo una especie de curiosidad mezclada de ira. Se acercó al citófono.

—Si cree que lo que está haciendo es divertido —dijo en la boca del tubo—, baje y yo le daré una opinión diferente. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que desea?

Acercó la mejilla a la boca del tubo para esperar la respuesta. Y al mismo tiempo se dio cuenta de dos cosas. Parada al lado de la boca del tubo, podía mirar oblicuamente a través de la ventana que daba a la espalda de la casa. Incluso a la débil claridad que proyectaba la lámpara de gas, pudo ver a William Cartwright en el exterior. Estaba inmóvil, mirándola fijamente desde una distancia de quince pies, y en su rostro había una expresión de horror. En ese mismo instante, animándose súbitamente, Cartwright echó atrás el brazo y arrojó algo directamente contra la cara de Mónica. La reacción de Mónica fue instintiva. Se echó atrás, esquivándose y dando un grito; una bola de masilla, que pesaría por lo menos un cuarto de libra, destruyó el vidrio de la ventana con un fuerte crujido, rebotó contra la muralla y cayó entre las botellas. Pero mientras Mónica saltaba hacia atrás, algo le sucedió al citófono.

Algo parecido al agua, pero que no era agua, brotó en un chorro de la boca del tubo y pasó exactamente por el mismo punto donde la mejilla y los ojos de Mónica se encontraban un segundo antes. El primer chorro se extendió por sobre el linóleo, y hubo un sonido burbujeante, chirreante, tal como si una media pinta de vitriolo, vertida por el tubo del citófono como por una larga pipa, hubiese comenzado a corroer la superficie del piso.

Los pasos en el dormitorio de arriba se transformaron en carrera.

Mónica no se desmayó. Creyó que se iba a desmayar, pero no fue así. Fue quizás veinte segundos después cuando se dio cuenta de lo que había pasado, y entonces Cartwright ya estaba a su lado.

Cartwright, con el rostro blanco como el papel, pasó el brazo por el vidrio quebrado, abrió el picaporte y levantó la ventana. Su mano temblaba tanto que se le cortó con la punta de un vidrio, pero no se dio cuenta de ello. Izándose con agilidad, penetró en el cuarto, resbaló y casi cae dentro de la humeante poza.

—¿La tocó? —oyó ella que decía. Parecía que su voz venía de muy lejos—. ¿Nada? ¿Ni una gota siquiera?

Mónica negó con la cabeza.

—¿Está segura? ¿Ni una gota? ¿Cuidado! ¡No pise ahí! ¿Está segura?

Mónica negó violentamente.

—Venga aquí. ¡Por Dios que mataré a alguien por esto! Calma ahora. ¿Qué sucedió?

—A... arriba —dijo Mónica—. Alguien echó...

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabe? ¡No, no suba allí! —Le tiró de la manga. Sintió que sus uñas se resbaban sobre el áspero género. Aunque le había dicho que nada del ácido la había tocado, estaba aterrizada con la idea de que en realidad la hubiese tocado algo; por un momento esperó sentir la mordedura y la quemadura de aquello en su cuerpo—.

¡Por favor, no suba! ¡Por favor!

El se sacudió de la mano de ella y atravesó corriendo la puerta que conducía a través de la oficina hacia el vestíbulo. Se oyeron pisadas que, en puntillas y rápidamente, comenzaban a bajar furtivamente la escalera que conducía al vestíbulo. Afuera, sólo a algunos metros de distancia, corría la persona que había vertido el ácido por el tubo. Y la puerta de la oficina estaba cerrada por fuera.

Cartwright se dio vuelta y se precipitó hacia la oscura habitación delantera; pero mientras lo hacía la puerta principal de la casa del médico se cerró suavemente. Con Mónica pegada a sus talones, ya en un estado muy próximo a un ataque de histeria, alcanzó la puerta principal y miró en ambas direcciones de la calle de ficción.

Estaba vacía.

(CONTINUARA)



Nacido para soltero

(Continuación de la pág. 27)

¿qué vamos a hacer?

Por un instante cruzó su rostro una expresión de desaliento, pero luego se sonrió y enanchó los hombros en señal de protección.

—Muy bien, mi amor, veremos cómo nos arreglamos. No puedo culpar a tu tío por su decisión, pues bastante carga hemos sido para él.

En sus palabras había una seguridad que antes jamás conocí.

Quando dicen que la gente no cambia, no hay que creer en ello. Jamás hubiera pensado que alguien podía cambiar como lo ha hecho mi marido. Naturalmente que a veces he temido que pudiera reincidir en su antigua manera de ser y de ver el mundo, pero no lo ha hecho. Supongo que este cambio se ha debido principalmente a la responsabilidad que pesa sobre él, de una esposa y dos hijos, lo que le ha permitido convertirse en todo un hombre.

Ese día nos sentamos a hacer planes para nuestro futuro y durante todo el tiempo sabía que el par de zapatillas estaban bajo el lecho y sabía, asimismo, que jamás se las mencionaría a mi marido mientras viviera. Tal vez su estadía ahí tenía una explicación inocente, tal vez no. Ya jamás lo sabría, pero no me importaba. Ahora tenía, en cambio, la seguridad del verdadero afecto de mi esposo y de su verdadera valía. El negocio de aviación tan soñado no tuvo el éxito que esperaba, pero se consiguió un traba-

jo de oficina y hemos tenido lo suficiente para vivir holgadamente. Al principio me ofrecí para ayudarlo, pero no quiso ni siquiera oír hablar de ello.

—Cuando realmente lo necesitamos, podrás hacerlo —me insistió en esa oportunidad, pero hasta ahora no hemos tenido que recurrir a ese extremo.

Le escribí a mi tío para Pascua, confesándole mi terrible mentira y rogándole nos disculpara y viniera a pasar esa noche con nosotros. Mi tío comprendió las razones que me habían impulsado a mentir y me perdonó. Más tarde me dijo:

—Fue culpa mía también, Della querida, pues tenía más años que ustedes y debí comprenderlos mejor. Un hombre necesita luchar por sí mismo para lograr el éxito, pero te quiero tanto que no me atrevía a negarte nada que me solicitaras.

—No tenemos dinero, pero somos felices, a pesar de que Roberto siempre tiene la costumbre de decirme las cosas de frente sin pensar mayormente en mis sentimientos. Pero es mi marido y así le quiero.

—La otra noche, no más, al sentarse a comer, me declaró: "Imaginate, haberme casado con una mujer sólo por su dinero y que cocine tan bien que ha hecho enamorarme perdidamente de ella!"

Ahora no me importa que me diga estas cosas, pues sé cuál es el verdadero significado de sus palabras. Yo le he dado fe y fidelidad, él me ha retribuido con su amor...

no el cariño de un joven irresponsable, sino el de un hombre maduro.

Si en los primeros años de mi matrimonio lo hubiera comprendido tan bien como ahora, me habría ahorrado muchos dolores de cabeza sin fundamento. Pero descubrí por ese medio que un hombre para ser tal necesita tener responsabilidades y tomar sus propias decisiones. Los hombres necesitan la fe de una mujer para llegar a ser lo que uno espera de ellos... ¡Esa es una realidad que deben saber todas las esposas!

jo de oficina y hemos tenido lo suficiente para vivir holgadamente. Al principio me ofrecí para ayudarlo, pero no quiso ni siquiera oír hablar de ello.

—Cuando realmente lo necesitamos, podrás hacerlo —me insistió en esa oportunidad, pero hasta ahora no hemos tenido que recurrir a ese extremo.

Le escribí a mi tío para Pascua, confesándole mi terrible mentira y rogándole nos disculpara y viniera a pasar esa noche con nosotros. Mi tío comprendió las razones que me habían impulsado a mentir y me perdonó. Más tarde me dijo:

—Fue culpa mía también, Della querida, pues tenía más años que ustedes y debí comprenderlos mejor. Un hombre necesita luchar por sí mismo para lograr el éxito, pero te quiero tanto que no me atrevía a negarte nada que me solicitaras.

—No tenemos dinero, pero somos felices, a pesar de que Roberto siempre tiene la costumbre de decirme las cosas de frente sin pensar mayormente en mis sentimientos. Pero es mi marido y así le quiero.

—La otra noche, no más, al sentarse a comer, me declaró: "Imaginate, haberme casado con una mujer sólo por su dinero y que cocine tan bien que ha hecho enamorarme perdidamente de ella!"

Ahora no me importa que me diga estas cosas, pues sé cuál es el verdadero significado de sus palabras. Yo le he dado fe y fidelidad, él me ha retribuido con su amor...

no el cariño de un joven irresponsable, sino el de un hombre maduro.

Si en los primeros años de mi matrimonio lo hubiera comprendido tan bien como ahora, me habría ahorrado muchos dolores de cabeza sin fundamento. Pero descubrí por ese medio que un hombre para ser tal necesita tener responsabilidades y tomar sus propias decisiones. Los hombres necesitan la fe de una mujer para llegar a ser lo que uno espera de ellos... ¡Esa es una realidad que deben saber todas las esposas!



Si pequeñas desavenencias se están convirtiendo en grandes desacuerdos entre tú y tu marido, aquí tienes

4 maneras de salvar tu matrimonio

El éxito en el matrimonio no siempre depende de un motivo espectacular. Ni un hogar fracasa necesariamente por culpa de un hecho dramático.

Si preguntamos a una pareja que lleva 50 años de matrimonio a qué situación particular se ha debido su éxito, seguramente no podrá contestarnos. Y si preguntamos a una pareja divorciada qué los llevó al fracaso matrimonial, tampoco podrá, ninguno de ellos, sinceramente al menos, señalar una causa determinada. El éxito o el fracaso de un matrimonio casi siempre es la acumulación de pequeñas cosas que hacen o quiebran la armonía de la vida.

Tomemos como ejemplo el caso de María y Luis. Su matrimonio estaba destinado a fallar desde el momento mismo en que pronunciaron los votos. Pequeñas desavenencias al comienzo les llevarían a una total separación.

Luis trabajaba en una fábrica y su puesto le mantenía en contacto con el socio principal de la firma. María era una dactilógrafa, y no de las mejores. Luis estaba destinado a surgir, y las compañeras de María la envidiaron cuando se casó con él. (María dejó su trabajo inmediatamente). Un tiempo después, Luis se hizo socio de la firma.

Vivieron, al comienzo, en un simpático departamento, luego en una casita, y por último, a los diez años de casados, construyeron su hogar en uno de los mejores barrios de la ciudad. "No quiero saber nada de la fábrica—decía María—. Por suerte, aquello se acabó. Este es mi mundo y me gusta". Y continuó labrándose una posición social más elevada.

Mientras tanto, como su antiguo patrón se retiró de la firma, Luis pudo adquirir una mayor parte de acciones. La fábrica seguía progresando. María viajó a Estados Unidos y Europa. Recibía en su casa, y ayudaba en obras de beneficencia. Luis estaba orgulloso de su mujer. Era bonita, lucía las últimas creaciones de grandes modistas y los hombres solían envidiar su suerte.

Por fin todo esto comenzó a cansar a Luis, pero quería a María y ella era su mujer. Sin embargo, vivían en mundos diferentes. Espiritual, emocional, y

socialmente estaban muy lejos uno de otro, aunque seguían compartiendo el mismo dormitorio. Entonces se produjo la depresión y la fábrica se vio en dificultades económicas. Luis debió reducir su personal e hipotecar todo. María se vio obligada a despedir su servidumbre y aún más, Luis se atrevió a insinuarle que volviera a trabajar a la fábrica para salir del paso.

En vez de eso, ella pidió el divorcio. Todavía era joven y bonita, lo que pudo comprobarse muy luego, ya que antes del año después de conseguir el divorcio se casó con un hombre más buen mozo y

más joven que Luis.

Ese matrimonio sólo duró seis meses. Años más tarde, María volvió a casarse, y también esta unión fracasó. La ironía de este asunto es que ahora, ya cerca de los sesenta, tiene que trabajar de nuevo en una fábrica, y no en mejor situación que la que tenía antes de casarse con Luis.

¿Y Luis? Bueno, él se casó con su secretaria, quien le ayudó a salvar el negocio y aún se dio tiempo para tener dos hijos, pese a que se acercaba a los cuarenta cuando llegó al matrimonio. La fábrica surgió de nuevo, y Luis y su esposa viven ahora en una regia casa, pueden viajar y sus hijos estudian en buenos colegios. Cuando una muchacha se casa con un hombre, debe recordar que es "para bien o para mal, en la enfermedad o en la salud", y que debe compartir sus preocupaciones y responsabilidades.

En otras palabras, sabe que para obtener ventajas del matrimonio, hay que aportar algo. La segunda esposa de Luis no se casó con un "seguro de vida", sino con el hombre que amaba, y lo amaba lo suficiente para ayudarlo a conseguir lo mejor de la vida para ambos. Estaba pronta a compartir tanto las dificultades como los beneficios de su matrimonio.

Una mujer debe aceptar igual los defectos de su marido, como sus cualidades.

Ningún ser humano es perfecto, pero algunas esposas piensan que ellas son la excepción. Este fue el caso de Susana, quien se separó de su marido porque, según dijo, le había mentado. Mario era vendedor, y cuando volvía a su hogar después de sus viajes, siempre pintaba sus actividades con más éxito del que tenía en realidad. La verdad es que adoraba a su mujer y ansiaba parecerle bien.

Si le decía que las ventas mejoraban, aunque no fuese cierto, Susana estaba feliz y todo marchaba bien. Pero si no era así, lo que naturalmente sucedía a menudo, se ponía malhumorada y comenzaba a compararlo con los maridos de sus amigas, y naturalmente Mario siempre salía perdiendo. Susana tuvo dos hijos en los primeros cuatro años de su matrimonio, pero, al oírse rezongar, cualquiera hubiese dicho que también en esto sólo Mario

tenía la culpa. Se dedicaba a sermonarlo todo el tiempo. Nada de lo que Mario hiciese le parecía bien. Por último Mario se enfermó de úlceras, y debió internarse en el hospital. Esto también era su culpa, según dijo Susana, porque, ¿acaso no podía él ser tan fuerte como otros hombres? Finalmente Susana pidió el divorcio; pero lo consiguió Mario, ya que en los tribunales pudo comprobarse que sus entradas eran suficientes y que no había razón para las quejas de Susana.

El juez, muy sabiamente, consideró que era mayor la culpabilidad de Susana, quien constantemente estaba rezongando y haciendo comparaciones entre Mario y otros hombres, que la del marido al exagerar sus triunfos en un vano esfuerzo por complacerla. Mario se casó nuevamente, y pudo conservar a sus hijos, pues el juez sostuvo que Susana era la verdadera culpable del fracaso de su matrimonio. La nueva esposa de Mario alababa sus virtudes y toleraba sus defectos de tal modo que mejoró de sus úlceras. Forman ahora un matrimonio estable sentimental y económicamente.



Susana no ha vuelto a casarse. Se dio cuenta de que no resultaba tan fácil encontrar marido como ella pensaba; ya no era joven, y los hombres que consideraba perfectos, no pensaban lo mismo de ella. En todo caso, no conseguía atraerlos.

(Sigue a la vuelta)

UN PROBLEMA

Esso-lucionado



¡Es inútil!...
¡No saca nada de brillo!



Eso era antes...
¡qué diferencia! con

CERA

Esso

PARA PISOS

Con Cera Esso para pisos se saca brillo mucho más fácilmente. Seca más rápido, ganando tiempo, y los pisos quedan brillantes y hermosos. Pida Cera Esso para pisos en su ferretería o a su Distribuidor ESSO, donde encontrará también: Lubricante Casero Esso, Quitamanchas Esso, Líquido Esso para encendedores, Esso Varsol y FLIT.



ME CANINERSON

(Continuación de la pág. 3)

netrar en la habitación miró el nombre que tenía el niño colgado a su pecho, y en seguida la vi dirigirse hacia mí:

—Veamos... ¡Ah, aquí tiene su hijo, señora Walker! —exclamó alegremente, tendiendo un bulto envuelto en una frazada.

—¡No, lléveselo! —grité consternada. Me miró asombrada, y en ese preciso momento el niño de mi vecina de cama empezó a ahogarse. La madre gritó para que la ayudaran. En su prisa, la enfermera dejó apresuradamente al pequeño en mis brazos.

Lo sostuve sin mirarlo. De pronto el envoltorio emitió un sonido extraño. Lo miré. El pequeño movía sus manitas. Una de ellas tocó mi mejilla exactamente como acostumbraba a acariciarme Javier. Y con esta caricia se deritió el hielo de mi corazón. Parecía un milagro, pero esa cara tan pequeña era la viva imagen de Javier. Lo atraje hacia mí tiernamente y empecé a sollozar, experimentando la sensación más hermosa del mundo: la de ser madre.

En ese instante se acercaba a mi lecho la enfermera. Me miró y me dijo con voz nerviosa:

—Lo siento, señora, Creo que he cometido un terrible error...; perdóneme, me llevaré de inmediato al niño. A través de mis lágrimas, pude exclamar:

—¡No, déjemelo, soy yo la que he co-

Mantiene vivo el
magnífico brillo de su
platería en forma
sencilla y segura

46 (SP/CH)



metido un terrible error! Quiero tener siempre a mi hijo cerca de mi corazón. A mi pequeño Javier... Besé el rostro de mi pequeño, y su cuerpecito cálido llenó de ternura para siempre el vacío de mi alma.



Cuatro maneras de salvar tu matrimonio.

(Viene de la vuelta)

La feliz y satisfecha esposa de un hombre de carácter raro y reconcentrado, sonrió satisfecha al escuchar un comentario acerca de su aparente felicidad conyugal. "Conozco sus debilidades", dijo complacida. Sabemos lo que quiso decir. Ella comprendía a su marido. El es tímido y reconcentrado, pero uno de los mejores hombres si se llega a conocerlo bien.

—Le encanta pescar —nos explica su esposa—, aunque durante mucho tiempo no comprendí por qué. Yo prefería jugar a las cartas. Cuando salíamos de vacaciones, él se iba temprano a pescar y no volvía hasta la noche. Yo me quedaba jugando naipes. Así pasamos tres ó cuatro años, hasta que me di cuenta de que nos estábamos separando cada vez más. Era como si no viviésemos juntos. Y así un día me decidí a descubrir también el encanto de la pesca. Bueno, lo descubrí, y ahora soy tan experta como mi marido. Simplemente no sabía lo entretenido que esto podía ser. También él aprendió a jugar, y hasta salimos a bailar a veces. Hemos descubierto una nueva vida juntos, y ambos gozamos de ella. Creo que todas las parejas deberían compartir sus aficiones y pasatiempos.

Buen consejo tanto para ella como para él. Trata tú de descubrir por qué gusta el golf a tu marido; y tú, por qué el tuyo encuentra fascinante coleccionar estampillas. Las aficiones compartidas ayudan a la felicidad del matrimonio.

Hay muchos escollos en los que tropieza un matrimonio y la deslealtad es uno de ellos. Si una mujer no cree en su marido, ese matrimonio está llamado a fracasar. Un exitoso hombre de negocios contaba, recientemente:

—Mi mujer es tremendamente leal. Me salvó de la bancarrota y a ella le debo el comienzo de este negocio. Al me-

nos me apoyó cuando yo creía que todo estaba perdido.

Le pedimos que nos explicara:

—Mi mujer poseía una pequeña herencia que pensábamos que necesitaríamos cuando nuestros hijos fueran a la Universidad —nos confiesa—. Cuando me fué mal en los negocios supuse que perdería todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo. Pero ella, sin que yo se lo sugiriera siquiera, me entregó ese dinero.

—¡Ya lo creo que siento tener que hacer esto —me dijo cuando yo protesté por lo que hacía—, pero no temo! Creo en ti y sé que recuperarás la herencia y tu negocio.

—¿Pero, y si no sucede así? —Bueno, en ese caso, por lo menos ambos sabremos que hiciste todo lo posible, y eso es todo lo que se puede pedir y empezaremos de nuevo.

Hay que convenir con él en que su esposa lo salvó de la bancarrota, pero, lo más importante, es que su mujer se mantuvo al lado de su marido cuando más lo necesitaba, salvándolo así de un desastre emocional. Si quieres ser feliz en tu matrimonio, sigue estas cuatro reglas.

1.—Comparte tanto las responsabilidades y preocupaciones de tu compañero como sus éxitos.

2.—Cásate con sus defectos y sus cualidades. Soporta los unos y alaba las otras.

3.—Preocúpate de sus aficiones. Comparte su vida íntima, igual que compartes los éxitos del diario vivir.

4.—Sé leal. Un hombre se derrumba emocionalmente cuando no tiene quién crea en él. Si nos son leales, tratamos siempre de merecer esa lealtad.



CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 976, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. — Año XXI - 22 de abril de 1954 - N.º 1043.



Elegancia y Distinción confieren a Ud.

PRODUCTOS

Record



¡Que' ricos, Mamá!



exclamará su niño... y es que siempre los fideos gustan porque hay muchas maneras de prepararlos.

Ahora es más fácil que nunca preparar fideos con el típico sabor a la italiana, con salsas superconcentradas LUCCHETTI. Tallarines deliciosos, preparados en casa en 15 minutos. Gane la admiración de todos y distíngase como experta maestra de cocina.

Todo viene calculado; ponga a cocer el paquete de medio Kg. de tallarines LUCCHETTI, durante 15 minutos, como se indica en el envase, seguidamente ponga a calentar en una pailita el contenido de un tarrito de salsa LUCCHETTI, agregando 3 cucharadas de mantequilla, aceite o manteca, para diluirlo.



3

SALSAS
DIFERENTES
PARA TODOS
LOS GUSTOS

con callampana
con carne
con pescado

Confidencias

MOLINOS Y FIDEOS LUCCHETTI, S. A.

Confidencias

de Margarita

N.º 1044

M. R

\$
10
MONEDA CHILENA

LOS DIEZ SECRETOS DEL "SEX APPEAL"



LA CONSPIRACION DE LA ABUELITA

Y ASI..., AL CRIMEN,
novela policial

LO CONDENO LA MUJER A QUIEN LLAMABA MADRE

EL EMBRUJO DEL EGIPTO,
novela

EL SECRETO DE JUAN ORTH,
amor histórico

NOVIAZGO RAPIDO

EL MOLDE DE LA SEMANA

ENCONTRAMOS NUEVAMENTE EL AMOR

Para días
Festivos...
FIESTA!



Visitaclón de Imp. y Bibl.

28 ABR 1954

Depósito legal

Adornados con estos nuevos e irresistibles tonos, sus labios lucirán siempre de fiesta y serán, como nunca, la constante admiración del hombre que le ame...
Su exclusivo "brillo sin grasa", testimonio de finura..., lo hacen el lápiz labial predilecto de las damas del mundo elegante.

Michel

BRILLO SIN GRASA

Agentes exclusivos para Chile:
Rabié Hnos. y Cia:

L

A noche que Roberto me pidió que me casara con él, me creí la muchacha más feliz del mundo. Al día siguiente partía para un largo viaje de negocios y salimos a dar una vuelta en automóvil. Detuvo el coche en un paraje romántico y deslizó en mi dedo anular el anillo de compromiso. Con voz enronquecida por la emoción, le dije:

—¡Oh, Roberto, qué anillo más hermoso!

—Patricia, creo que tenemos edad suficiente para comprometernos. ¿No lo crees así? —En realidad ambos éramos muy jóvenes. Roberto tenía veintiún años, y yo era tres años menor que él. En ese momento continuó diciendo: De todos modos, es un aliciente saber que la mujer a quien uno ama lo está esperando en su ciudad natal.

Luego me besó, primero suave y luego apasionadamente. En un instante dado, le susurré a su oído:

—A una mujer también le agrada estar comprometida con el hombre a quien ama.

Luego le prometí serle fiel durante su ausencia, y me fué a dejar a mi casa. Cuando entré en mi pieza lo primero que hice fué colocar el anillo sobre el escritorio, y luego me senté en la cama a contemplarlo. ¡Comprometida! Ahora lo poseía todo en el mundo, exactamente igual que Georgina, mi

tal vez... antes de irse...

Le conté a Mabel, mi amiga íntima:

—Roberto va a venir a pasar diez días a la ciudad la próxima semana.

Ella me respondió con voz afligida:

—Algunas muchachas son muy afortunadas. Roberto es estupendo, Patricia, mejor que el novio de Georgina.

—Así lo creo yo también —le repliqué.

Cuando llegó Roberto me sentí la mujer más feliz del mundo. Naturalmente que mi madre se puso a que saliera con él todos los días y limitó sus visitas a tres veces a la semana.

Sin embargo, salimos a todas partes y nos divertimos mucho. A pesar de ser otooño, el tiempo estaba magnífico, pero sentía pena por Mabel cada vez que le contaba lo maravilloso que era para mi estar al lado de Roberto.

—¡Sólo tú y Georgina tienen novio! ¿Por qué no podré yo conquistar a un muchacho? —me dijo una tarde.

¡Estaba ahora comprometida! ¡Mabel se impresionaría mucho cuando viera mi hermoso anillo! ¡Si era casi igual al de Georgina! Pero, al día siguiente, mi madre

se sorprendió al enterarse de mi compromiso, y no se alegró de ello.

—¡Patricia, cómo le has permitido que te regale un anillo! ¿Saben sus padres de esta decisión?

—No sé... En todo caso, ¿qué importa? —le pregunté asombrada.

—¿Qué importa? ¿Has pensado bien lo que significa comprometerse con un hombre? —me preguntó friamente.

—¡Naturalmente que sí! Si sólo nos comprometimos; es muy distinto si nos casamos; pero se trata sólo de un compromiso —le repliqué—. ¡Cuán incomprensivos son a veces los padres!

—Entonces no podrás salir con ningún otro muchacho —me dijo.

—Naturalmente que no. No te preocupes; Roberto y yo sabemos lo que deseamos. Ambos... nos amamos, y él está muy solo. Por eso decidimos comprometernos. ¡Eso es todo! —le comenté, sorbiendo lentamente mi cocoa.

—Comprendo —me replicó mi madre pensativa. Luego se dirigió al empleo que desempeñaba desde la muerte de papá, y yo me fui a la universidad. Cuando Mabel miró el anillo, lanzó un grito de sorpresa y alzó mi mano para contemplarlo. Luego llamó a todas las muchachas para que se acercaran a verlo. Ese día me consideré la mujer más afortunada, pero por la noche mi madre volvió a censurarme por haber aceptado el anillo.

—¡Por favor, mamá, no insistas en tu actitud! —le repliqué alirada, y, ante mi estupor, accedió.



Un noviazgo significa dos cosas: una promesa de matrimonio y una promesa de no salir con ninguna otra persona. Pero si tu novio está lejos... y eres de esas muchachas a quienes les agradan las fiestas, la segunda parte del convenio es la más difícil de respetar.

compañera en la universidad, quien hacía sólo seis semanas había anunciado su compromiso.

Desde el colegio, Georgina había sido mi ideal de mujer. Mi madre solía decirme que estaba loca si pretendía tener en la vida todo lo que tenía Georgina, pues ésta era demasiado bella. ¿Por qué los padres serían, a veces, tan poco comprensivos? Mi madre no entendía que una muchacha deseara lo que otras tenían. Una vez le dije:

—¡Mamá! ¿no querrás que tu hija ande mal vestida?

Sin embargo, me sentí avergonzada al comprobar un día que mi madre no pudo comprarle un impermeable a Catalina, mi hermana menor de doce años, porque empleó el dinero en comprar un chaleco de angora para mí. Había insistido mucho ante ella en que me diera ese dinero, pues Georgina se había comprado uno y todas las muchachas de la clase no tardarían en seguir su ejemplo. Luego, cuando Georgina se comprometió, todas las muchachas deseamos también hacerlo.

El día que nuestra amiga mostró el anillo de brillantes que le regaló su novio, todas comentaron que era la mujer más afortunada del mundo. ¡Era la primera de todas nosotras que se comprometía!

Al escuchar esos comentarios no dije nada, pero sonreí para mi interior. Hacía tiempo que salía con Roberto, y

—Bueno, no diré nada, el tiempo lo hará —me dijo filosóficamente.

—¿Qué dirá el tiempo? —le pregunté molesta.

—Si te consideras de edad suficiente para estar comprometida, bien puedes comprender lo que quiero decir. Tienes muchos deberes para con Roberto, y espero que lo sepas respetar.

—¡Naturalmente! —le dije riendo.

¿No se daba cuenta que tenía todo cuanto deseaba? ¿Todo lo que Georgina tenía? ¿De que todas mis amigas me envidiaban tanto como a ella?

Una semana más tarde todas mis amigas fueron a un paseo a caballo, y yo y Georgina nos tuvimos que quedar en casa, porque nuestros novios no podían asistir. Pero unos días después, cuando se organizó otro paseo a un pueblo vecino, empecé a molestarme por tener que abstenerme. Me recordé que tenía que hacer algunos sacrificios para mantener mi envidiable posición, pero estos pensamientos no me liberaron del tedio que experimentaba sola en mi casa. Pero, lo peor, fué cuando se dio un gran baile, y Roberto me escribió que le era comple-

[Sigue a la vuelta]



**Ellas
sueñan
con**

Jaspét

Jaspét... otra creación
CAUPOLICAN
que le permite
confeccionar vistosos
vestidos,
ahorrando dinero.

Ellos... también prefieren
JASPÉT CAUPOLICAN
para sus camisas sport.

JASPÉT

Caupolicán
M. R.

una tela de
doble uso
y doble
duración.



tamente imposi-
ble venir para esa
fecha.

Durante esos me-
ses había efec-
tuado algunos
trabajos de secre-
taría que me pro-
porcionaron el di-
nero suficiente
para comprarle a
Carolina su im-
permeable y aún
me quedaba bastante como para com-
prar un hermoso traje de noche que
había visto en una tienda del centro.
Así lo hice.

Era un hermoso vestido de tul ama-
rillo, de falda vaporosa y gran escote,
que se avenía mucho con mi pelo os-
curo. Esa misma tarde, Jaime, un
compañero de universidad, me dijo
que le permitiera acompañarme al bai-
le, ya que Roberto no podía hacerlo.

—No sé qué decirte, Jaime, pero creo
que mi madre no me permitirá asistir
al baile sin Roberto —le repliqué pe-
sarosa.

—Pero si no habrá otra fiesta igual a
ésta por mucho tiempo —me replicó.

—Lo sé, pero mi madre tiene sus ideas
particulares —le dije tristemente.
Por la tarde me encontré con Georgina,
quien me anunció que asistiría con
otro compañero de clases. Al escuchar
sus palabras me sentí desfallecer.

—¿Con quién? —le pregunté asom-
brada.

—Rompí mi compromiso anoche. Am-

En este mundo, la felicidad, quan-
do llega, llega incidentalmente. Si
la perseguimos, nunca la alcan-
zamos. En cambio, al perseguir
otro objeto, puede ocurrir que nos
encontremos con ella cuando me-
nos lo esperábamos.—Nathaniel
Hawthorne.

bos no nos amábamos en realidad, y
somos aún muy jóvenes para estar
comprometidos —me replicó, encogién-
dose de hombros.

Esa noche no pude ni comer ni dormir,
y cuando me acosté rompí a llorar
amargamente.

Georgina deshizo su compromiso, y yo
no podía hacer lo mismo, porque mi
novio estaba ausente. Quería ir al bai-
le. ¡No era justo lo que me pasaba!
A Roberto no le importaría que fuera
con otro muchacho... ¿o le importa-
ría? Tenía que consultarlo con mi ma-
dre. Cuando subió a su habitación me
dirigí allá y le expliqué.

—Me agrada Roberto, siempre lo he
encontrado muy simpático, pero aho-
ra que Georgina ha roto su compro-
miso yo deseo también ir al baile.
No pude seguir hablando.

Pero mi madre tomó una actitud que
me sorprendió. Me dijo que no iba a
ir a la fiesta ni con Jaime, ni con
nadie... y que debía sacarme rápi-
damente esa idea de la cabeza.

¡No podía creer lo que escuchaba! Mi
madre siguió diciendo:

—¿No te rogué un día que pensaras lo
que estabas haciendo, Patricia?

—Pero... Georgina tenía novio y tam-
bién yo quería.

—Ahí está el error —me dijo triste-
mente—. Patricia, no tienes por qué
envidiar a Georgina, ni desear poseer
todo lo que ella tiene, ¿no comprendes,
hijita? No puedes hacer tu vida imi-
tando a nadie. Si adoptas esa posición
no tendrás más que disilusiones.

Agaché la cabeza. En realidad no me
ayudaba en absoluto a lograr mis pro-
pósitos, pero sabía que no cambiaría
de opinión jamás. Me dijo terminan-
tamente que no podría salir con na-



die hasta que Roberto volviera a la ciudad y rompiera mi compromiso con él.

—Hijita, siento en el alma tener que prohibirte ir a esta fiesta, pero me alegro si ello significa para ti una lección que recuerdes en el futuro.

—Pero si Roberto no vendrá hasta el próximo mes! —le supliqué, escondiendo mi cabeza en su regazo.

—Entonces sólo tendrás que esperar un mes. Debes prometerme que no saldrás con nadie durante ese lapso —me dijo antes de abandonar su habitación.

Pensé que mi madre era un ser duro e inflexible hasta que fijé la vista en el retrato de Roberto que tenía sobre mi velador. ¿Qué le importaría a Roberto el que yo saliera con otros muchachos? Por otra parte, no tenía por qué saberlo, pues estaba muy lejos de la ciudad. Tomé la última carta que me había escrito y la leí.

"Naturalmente, a veces me aburro de estar solo y no salir con nadie, pero me conservo siempre fiel a la novia que me espera", escribía.

Me asomé al leer nuevamente estas palabras. ¡Roberto también parecía molesto por nuestro compromiso!

Me levanté de prisa y busqué en los cajones del escritorio las cartas que me había escrito últimamente. En todas ellas mencionaba algo como "molesto" o "todos los muchachos salen a pasear, excepto yo". ¿Se sentiría tan desgraciado como yo? ¿Me habría estado sugiriendo indirectamente la

A menudo hacemos ostentación de nuestras pasiones, incluso, de las más criminales; pero la envidia es una pasión tímida y vergonzosa que nunca nos atrevemos a confesar.—
La Rochefoucauld.

idea de deshacer nuestro compromiso tan apresurado? Asentí con la cabeza. Ahora estaba segura de ello.

Mi madre tenía razón al censurarme el haberle aceptado el anillo sólo por imitar a Georgina, y no porque estuviera enamorada de él.

Roberto también estaba equivocado al rogarme lo aceptara sólo por tener a alguien que esperara su regreso con ansiedad. Mi madre trató de explicármelo, pero estaba ciega y no la comprendí. Al día siguiente le dije a Jaime que no podría ir al baile. Esa misma noche le escribí a Roberto una larga carta.

"Te relevo de tu promesa, pero siempre te esperaré con ansiedad", le dije en ella. No creí necesario agregar ninguna otra explicación. Cuando volviera conversaría con él y estaba segura de que me encontraría razón al haber adoptado esta actitud.

Sin embargo, la noche del baile sufrí intensamente. Mi madre me rogó que me mostrara comprensiva. Insistió en que una muchacha nunca debe tomar ninguna resolución sólo por seguir a otras amigas. Nadie puede ser feliz en la vida si actúa sólo por llamar la atención sobre su persona.

Mi madre no me dijo que una niña de diecisiete años es demasiado joven para comprometerse, pero así lo comprendí. Ella tenía razón al suponer que, tanto Roberto como yo, nos comprometimos por razones que nada tenían que ver con el amor.

De ahora en adelante, no permitiré jamás que ninguna acción de otra persona influya en mi vida. Un error de esa magnitud es suficiente. En el futuro no envidiaré a nadie ni me preocuparé de las vidas ajenas, sino de la mía.



Modelo Parisiense

Este nuevo modelo de sombrero para el invierno es muy refinado y parisienne. Util para los días fríos, servirá para realzar los encantos juveniles dentro de la estación gris.

MATERIALES: 60 gramos de lana de tres hebras, color rojo; más o menos 12 metros de lana igual, color negro; un par de palillos N.º 14; un crochet N.º 1.
TENSION: 15 puntos y 14 hileras igual 2 y medio centímetros.
MEDIDAS: Para una cabeza de tamaño corriente: profundidad (sin la guarda de flecos), 20 centímetros.

Urdir 98 puntos con lana roja, y tejer 20 centímetros de canutones (1 punto al derecho, 1 pun-

to al revés). Cerrar los puntos sueltos. Tejer otra pieza igual. Unir los lados de los puntos ceccados para formar la parte de encima del sombrero; luego coser los lados.

FLECOS: Cortar 3 hebras de lana de más o menos 8 centímetros de largo. Ensartar el crochet en el primer punto al revés de la parte de arriba del sombrero. Doblar las hebras de lana, y pasarlás haciendo un nudo con el crochet. Hacer lo mismo en cada punto al revés.





Y todo
depende
de tan
poco

Un negocio, un triunfo profesional, un "sí" decisivo en la marcha de su vida dependen, antes que nada, de una simple sonrisa. Y ella, a su vez, depende de cómo sonría y cómo se ven sus dientes. Con una hermosa dentadura, el éxito está asegurado. Y, para ello, déles a sus dientes el brillo y la lozanía que FORHAN'S, con la ayuda del cepillo, es capaz de conseguir. El dentífrico Forhan's, para cuidar los dientes y las encías.



RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

El incidente del ácido sulfúrico deja preocupado a Cartwright, quien no cree que se deba a un descuido de la utillería; pero Fisk se burla, pensando que es la imaginación del escritor la que actúa. Sin embargo, Gager deduce que se trata de un sabotaje a "Espías del Mar", film fuertemente antinazi. Mónica sostiene una conversación con Frances Fleur, en la que le dice que el personaje central de su libro fué creado especialmente para ella. La actriz, repentinamente nerviosa, deja a Mónica. Esta se desilusiona enormemente cuando la creen menor de lo que es en realidad, pues ella pensaba impresionar como una mujer mundana. De pronto, un mensajero le avisa que Hackett la espera en un escenario. Cuando llega Mónica, se encuentra con que no hay nadie. Este aparece desierto. Escucha pasos arriba, y llama, pero nadie le contesta. Creyendo que se trata de una broma, se acerca a un citófono que suena ostensiblemente. En ese preciso momento divisa por la ventana a Cartwright, quien, pálido, le arroja a la cara una bola de masilla. Mónica retrocede instintivamente, en el momento en que por el citófono sale un chorro de algo que parece agua, pero que en realidad es vitriolo. La brusca treta de Cartwright salva a Mónica de horribles quemaduras.

CAPITULO V

William Cartwright retrocedió lentamente hasta la sala de consulta del médico. El ácido había casi cesado de hervir, aunque su acre olor estaba todavía patente. Miró la pelota de masilla que yacía en el suelo entre fragmentos de las botellas que había arrojado de las repisas. Se pasó la mano por la frente, pero sólo dijo: —Fué una suerte que tuviese esa bola en la mano. —Si no hubiese sido por usted, yo estaría... —¡Calma! No quise asustarla. —Lo siento, no lo puedo evitar. —Un trago de coñac le haría bien, jovencita. Vamos, veamos si podemos conseguir uno. Mónica estaba alterada. —¿Pero cómo sabía usted? —insistió—. Quiero decir, ¿cómo se le ocurrió lanzarme esa bola a la cara? ¿Cómo supo lo que estaba pasando?

—Por la razón de que yo soy el responsable de esto. —¿Responsable? El gesto que hizo Cartwright estaba lleno de una amargura sardónica, que en cualquier otra oportunidad ella habría juzgado ridícula. No la miró de frente. —Yo inventé esa artimaña —contestó, indicando el citófono—; esa pequeña y linda artimaña, que casi acaba con usted, fué invención mía. La usamos en la película acerca del médico. —Hizo una pausa, moviendo la cabeza—. En las profundidades de mi alma de profeta, puedo jurar que temía que sucediera algo parecido a esto. ¿Recuerda usted que hace diez o quince minutos Tom Hackett nos llamó a Fisk y a mí y nos pidió que lo



Y así...
al crimen

POR

CARTER

DICKSON

acompañáramos, y la dejamos con Frances?

—Sí. Cartwright miró hacia el citófono. —Era para comunicarnos que había sido robado del taller del electricista jefe más de un litro de ácido sulfúrico. —¿Y?

—Bueno, sólo la mitad de él había sido usada para colocarla en la botella en el otro escenario. Naturalmente, queríamos saber qué había ocurrido con el resto; desde el momento que alguien parecía tener predilección por el ácido sulfúrico, valía la pena averiguarlo. Incluso el optimista de How-



Cuando Bill CARTWRIGHT pensó que había en todo este extraño caso una acción de sabotaje, apareció von Gager, o Gager a secas, el alemán, director de "ESPIAS DEL MAR".

ard estaba un poco preocupado. Decidió que no trabajaría más por hoy y despidió a todo el equipo técnico por el resto de la tarde.

—Sí, recuerdo que los vi irse.

—Luego los demás nos separamos para tratar de encontrar el resto del ácido. Yo me vine aquí. Cuando vi luz en la ventana del segundo piso, tuve una intuición; y cuando la vi a usted parada al lado de ese tubo, con la cara casi apoyada en la boca de él... De nuevo Cartwright hizo una pausa. Mónica lo miró con expresión de horror.

—¿Dice que usted fue el de la idea de echar ácido por un citófono?

—Así es.

—¿Sabe? —exclamó Mónica—. Usted no es recomendable para andar en su compañía. Debería ser encerrado; es peligroso que ande suelto por ahí.

—Muy bien, muy bien! Peccavi et mea culpa —contestó Cartwright levantando los dedos, apoyándose en las sienes y haciéndolos girar—. "Se siguen los mandatos de Satanás. Se ejecutan aritméticas malévolas; propósitos criminales ideados, entregados y garantidos por William Cartwright." Soy culpable y debo morir por ello. ¿Está satisfecha?

—¡Pero si tiene usted una mano cortada!

—¡Sea bondadosa, señora, y deje mi mano tranquila!

—¡Oh, no sea absurdo!

Lanzando un profundo suspiro, Cartwright hizo un gesto como un hombre que va a dar un tiro de golf, y ocultó la mano detrás de su espalda.

—Y ahora —dijo—. ¿quiere hacer el favor de explicarme qué es lo que hace aquí?

Mónica le explicó. Estaba en un estado de ánimo en que tenía que contarle todo o morirse. Cartwright la miró con incredulidad.

—¿Tom Hackett le envió aquel mensaje?

—Sí, eso es lo que el mensajero dijo; yo tampoco lo creo, pero...

—¿El había visto a Tom?

—No lo sé. Le pregunté que dónde estaba el señor Hackett, y me contestó que no lo sabía. También me dijo algo acerca de un mensaje de la pizarra.

—¿Así que ése es el asunto!

—¿Qué es lo que es? ¿De qué es lo que está hablando usted?

Cartwright se quedó mirando el vacío.

—Es la pizarra —contestó, saliendo de su trance—, la que está a la entrada del estudio. ¿No se fijó en ella?

—No.

Un mensajero se sienta allí y se supone que esté de guardia. Teóricamente se supone que controle la entrada y la salida de la gente. Pero también lleva y trae recados, aunque no se le permite que abandone el estudio. Cuando se ha alejado de la pizarra por un rato y uno desea que le cumpla algún encargo, simplemente toma un pedazo de tiza y escribe las instrucciones en la pizarra. ¿No comprende? Cuando el muchacho no estaba ahí, alguien se acercó tranquilamente y escribió: "Por favor, dígame a la señorita Stanton que..." y todo lo demás. Puede que haya apagado la lamparita encima de la pizarra y que ni un alma lo haya visto. Le apuesto cualquier cosa que así es cómo ha sucedido. Luego el sujeto pudo preparar todo. Se vino aquí y prendió tranquilamente el gas. Se fue arriba con su botella de vitriolo. Sabía que usted vendría a esta habitación; suponía que contestaría al citófono. Y lo peor de todo es que el cerdo tomó toda la idea de mí.

Mónica retrocedió hasta que se afirmó en el muro.

Esto no era realidad. No podía ser. Su cerebro construyó una viva ima-

gen de lo que habría sucedido si Cartwright no le hubiese arrojado la pelota de masilla que la hizo saltar hacia atrás. Pero el espanto fue reemplazado por la indignación. Sintió como si se fuese a ahogar en aquella habitación. Y en verdad, así era.

—¿Pero quién...?

—No lo sé —contestó Cartwright, rascándose la barba—. No lo sé.

—¿Y por qué? Quiero decir, ¿por qué a mí? ¿Esta era la irritante injusticia? ¿Por qué iba a querer alguien hacerme eso a mí? ¡No le he hecho nada a nadie! ¡Incluso, no conozco aquí a nadie!

—Vamos, cálmese.

—Fue una equivocación, ¿no comprende? Tiene que haber sido. Ese recado debe haber estado destinado para otra persona. Y sin embargo no comprendo cómo puede haber pasado. El niño dijo: "Señorita Stanton". Lo dijo claramente.

—Cuidado —dijo Cartwright rápidamente—, alguien viene.

Le hizo un gesto. Un ruido de pasos rápidos se oyó aproximándose a la destrozada ventana. A la mortecina luz del gas, que se balanceaba con cualquier movimiento, parte de una cabeza apareció por el marco de la ventana. Consistía en cabellos, frente, ojos y la parte superior de una nariz; los ojos, de color azul claro y brillantes, donde la luz del gas se reflejaba en sus córneas, los miraban fijamente.

—Me parece haber oído un estruendo —dijo el recién llegado—. ¿Sucede algo?

Cartwright gruñó.

—Ya lo creo que oyó un estruendo —dijo—. Lo raro hubiera sido que no lo hubiera oído. Perdón. Le presento...

A propósito, ¿cómo debo llamarle? ¿Se-

(Sigue a la vuelta)



ñor Gagern?
¿Herr Gagern?
¿O Barón von
Gagern?

La aparición de aquella media cara, cortada por el marco de la ventana justo debajo de los ojos, hizo dar un salto a Mónica; no porque el rostro del recién llegado fuera como para infundir temor, sino porque le era desconocido. El recién llegado era de tipo sanguíneo, lo que lo hacía aparecer bastante joven. Pero el cabello pajizo, partido al medio y peinado en forma lisa alrededor de la cabeza, había comenzado a ralearse y agrisarse en las sienes. Tenía unas largas y finas arrugas horizontales en la frente; su inglés no sólo era bueno, sino que era impecable, aunque hablaba lentamente.

—Por favor, llámeme como usted prefiera —replicó con seriedad—. Creo que preferiría señor Gagern.

—Señor Gagern, ésta es la señorita Stanton.

Los ojos al otro lado de la ventana brillaron ligeramente. Hubo un invisible ruido de talones al juntarse.

—La señorita Stanton acaba de encontrar ese ácido —añadió Cartwright.

—Creo no comprenderle.

—Venga aquí dentro y comprenderá.

Alguien usó de la misma estratagema que en "Los crímenes del médico".

—Traiga aquí a la señorita Stanton usando un recado falso, echó el ácido por el

citófono y se escapó. Si no hubiese sido por una afortunada casualidad, ella no nos estaría hablando en este momento.

Gagern cambió de color como un coque.

Luego se dio vuelta de espaldas a la ventana y gritó:

—¡Aquí! ¡Por este lado!

Era sorprendente pensar en lo tranquilo que el estudio entero había estado durante los últimos minutos. Se extrañaba el eterno ruido tras los escenarios, fantasmas de ruidos; aunque Gagern no había alzado mucho la voz, el eco de ésta se elevó y repitió, rebotando contra el techo de madera.

Se oyó el sonido de pasos que corrían hacia ellos.

Gagern no tenía tan poca dignidad como para trepar por la ventana; dio toda la vuelta al escenario y entró por la puerta principal.

Cartwright le explicó todo lo que había pasado.

—Esto no me gusta nada —dijo Gagern, moviendo la cabeza.

—Lo que es a mí —exclamó Cartwright con los dientes apretados—, me encanta; es lo que considero un día perfecto.

—No, lo que quiero decir es que no tiene sentido. Eso es lo que me preocupa.

—La señorita Stanton también está un poco preocupada.

—Es verdad; permíteme —respondió Gagern con seriedad.

Se volvió hacia Mónica, juntó los talones nuevamente y sonrió. Esta sonrisa le iluminó la cara, haciéndole parecer varios años más joven; incluso el gris de sus cabellos pareció desaparecer.

Kurt Gagern era un hombre delgado y de edad mediana; vestía un sweater azul y una camisa de sport de cuello abierto. Sus maneras eran meticulosas; Mónica, siempre sensible a los ambientes, sintió que o bien él no estaba seguro de algo en su interior, o de que algo no estaba bien respecto a él. Sus manos estaban enfundadas en guantes de lana; con ellas hizo un gesto, con las palmas hacia arriba.

—No es que sea desconsiderado —explicó—; sólo que estoy muy preocupado.

—Por favor, no se preocupe.

—Lo que le ha sucedido a usted fue realmente desagradable. Sus ojos brillaron al mirar a Cartwright.

—¿Usted, señor, me dijo que había visto lo sucedido?

—Así es.

—¿Quizás vio entonces a la persona que vertió el ácido? ¿A través de la ventana del segundo piso, tal vez?

—No. La habitación del segundo piso estaba a oscuras.

—Qué lástima. —Gagern movió la cabeza—. Qué gran lástima. ¿No vio a nadie rondando por aquí? ¿No divisó tampoco a nadie que huyera de aquí?

—No, a nadie. ¿Y usted?

—¿Cómo dice?

—Dije que si usted no divisó a nadie. Como llegó aquí tan luego después del accidente, quizás podría haber visto algo.

Aunque el tono de Cartwright parecía sin intención, no tenía una cara tan inexpresiva como hubiese deseado. Desde que Gagern había entrado en la habitación, lo había estado mirando de una manera tan fija e insistente, que el sincero teutón comenzaba a sentirse incómodo. El color de su rostro cambió nuevamente y parecía no saber qué hacer con sus manos enguantadas.

Por último, Gagern decidió tomar la pregunta de Cartwright como una broma.

—No vi a nadie, excepto a mi esposa —contestó sonriendo—. Había dado la vuelta por el escenario de 1882 y se había roto el tacón de un zapato al enredarse en una ladrillo de la calle.

—No me refiero a Frances.

—Tenga la bondad de decirme entonces a qué se refiere.

—No tiene importancia.



Yo me iría a buscar fortuna si no fuera porque me necesitan tanto en casa para los mandados.

Una sensación nueva, tan desagradable como la habitual de la oficina de ficción del médico, había comenzado a invadir la habitación. Cartwright se vio salvado de dar una respuesta satisfactoria por la llegada de Thomas Hackett, el cual entró con un aire digno pero trágico por la puerta principal, atravesando luego el vestíbulo. Hackett miró las pozas de ácido sobre el piso y aspiró el olor a metal quemado que se desprendía del citófono. Su ancho rostro reflejó una sensación de malestar; la cual se había acentuado mucho cuando Cartwright terminó de contarle lo sucedido.

—¡Espera un poco, espera un poco! —le suplicó, haciendo un gesto como de hipnotizador debajo de su informe nariz—. ¿Cuándo sucedió todo esto? Cartwright consultó su reloj de pulsera. —Sucedió exactamente a las cinco y



Y tendrás que creerlo...

Es un error creer que se puede conocer a un ladrón por la cara. El cajero de un banco de Los Angeles tuvo hace poco esta triste experiencia: Una respetable abuelita se dirigió tranquilamente hacia su caja y deslizo un papel intimando al cajero a "entregarle el dinero", en tanto lo amenazaba con un Colt. La dama, que era un gangster disfrazado, salió después con toda calma, llevando su botín.



Reina en tu hogar

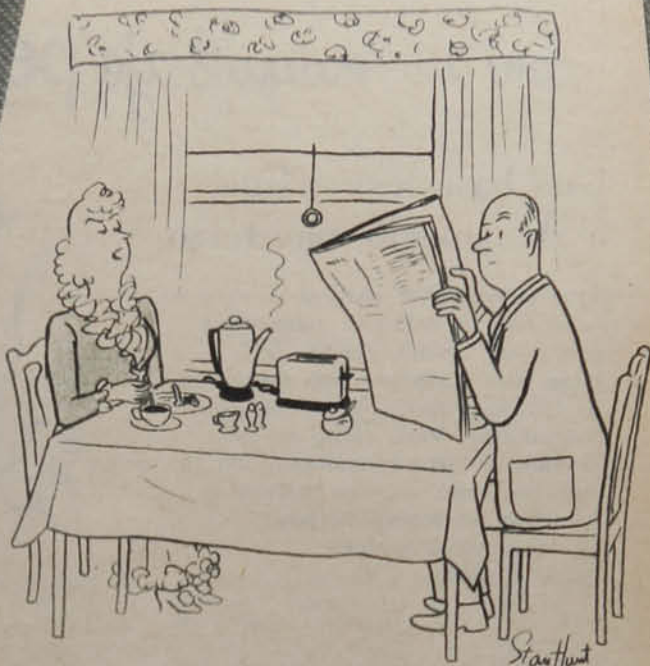
Las plantas de interior no deben plantarse en los maceteros durante el invierno, sino en la primavera. Emplear tierra especial (mezcla de tierra de hojas y arena). Colocar en el fondo del macetero algunos pedazos de maceteros rotos, para que no se tape el orificio practicado, y que sirve para permitir la evacuación del agua de riego. Si se llega a tapar éste, la planta se estropeará.



—Jorge quiere que yo deje mi carrera y me case con él. No sabe que mi carrera ha sido precisamente conseguir que me lo pidiera.



—¿Les falta mucho todavía?



—Conseguí que tu secretaria me diera hora para verte en la oficina y discutir los problemas caseros.

diez minutos. Debido a que me fijé especialmente, te puedo decir la hora exacta. ¿Por qué?

—¡Pero si es imposible! Mira, Bill.

—Te repito que fué a las cinco y diez minutos. Calcula tú mismo. ¿No oíste el estruendo al quebrarse la ventana? Fué como para resucitar a los muertos. En ese momento fué cuando sucedió. Hackett reflexionó.

—Es cierto. Pero, de todas maneras, es imposible.

—¿Por qué?

—Porque —replicó el productor— no había nadie en el estudio fuera de ti y la señorita Stanton y Frances y Kurt y Howard y yo. Todos los demás se habían marchado por el resto del día. Cartwright cerró los ojos por un instante y luego los abrió nuevamente.

—¿Estás seguro de eso? ¿Totalmente?

—Dios mío, ¿si estoy seguro? Los vi

irse. Parado en la puerta del estudio los conté mientras salían. Tenía que asegurarme de que ninguno llevaba escondida una botella de ácido. Howard dió la orden de salida a los técnicos justo a las cinco de la tarde. El maquinador y Jay Harned, la muchacha que está actuando en el lugar doble, y Dick Conyers y Annie MacPherson y la sirvienta de Frances se fueron con ellos. Todo el resto de los obreros pertenecen al sindicato, de modo que tenían que marcar sus tarjetas a las cinco de todos modos. También había hecho salir a todos los visitantes, ¿comprendes?, y había registrado todo para asegurarme de que no quedaba nadie dentro. Las puertas corredizas estaban ya con sus candados.

—¿Pero por qué tantas precauciones?

—Sabotaje, muchacho, sabotaje, o te

apuesto mi cabeza. Los últimos en irse

fueron Aaronson y Van Ghent, de la Radiant Pictures, que andaban dando vueltas por aquí; no pude arrojarlos fuera, pero conseguí que se fueran a las cinco y cinco minutos. Luego de eso cerré la puerta con llave. No quedaba ni un fantasma en este sitio fuera de nosotros seis. ¡Bill, tienes que haberte equivocado acerca del tiempo!

—La hora —contestó Cartwright— eran las cinco y diez minutos. —Se volvió hacia Gager—. ¿No está de acuerdo? Gager movió la cabeza.

—Lamento decir que no consulte la hora. Pero estoy de acuerdo en que debían ser más o menos las cinco y cinco minutos.

—¡Un momento! —exclamó Cartwright—. Hay otra cosa. Tom. ¿Qué me dices del mensajero?

—¿Eh?

(Sigue a la vuelta)

Margarita sábelotodo

El nylon no es poroso, por lo que impide la transpiración de la piel, lo que hace mal al pie. Las personas sensibles deben tenerlo en cuenta. De todos modos, es indispensable enjuagar las medias de nylon todas las noches, para eliminar las impurezas que harán aún menos poroso este material. Secar las medias en una toalla, para evitar las "correduras y enganches".



El cóctel de hoy:

½ taza de azúcar flor, 6 manzanas dulces, 1 cucharada de jugo de limón, 1 cucharada de guindado, 1 copa de jerez.

Se coloca el azúcar en una cacerola y se le añade el jerez; se revuelve a fuego lento; se saca; se le añade el jugo de limón; se pone a enfriar en un tarro; se le añaden después el guindado y las manzanas en bolitas. Se sirve en vasos.



Para el cutis que se siente "molesto" con un maquillaje pesado

Una base leve y fina
le da aspecto más terso

¡Qué suavemente natural se verá su cutis con la deliciosa base para polvos de Crema Pond's "V"! Haga así: Extienda una fina capa de Crema Pond's "V" antes de maquillarse. Verá cómo se desvanece instantáneamente en la piel, haciendo que los polvos se adhieran en forma pareja. Su cutis lucirá mejor... horas y horas.



Máscara "1 Minuto"

Aplique abundante Crema Pond's "V" sobre todo el rostro (excepto sobre los ojos).

Déjela sólo ¡1 Minuto!, y quitela con una toallita.

¡La piel queda fresca y lista para un maquillaje conveniente!



Mrs. Cornelius Vanderbilt Jr.

"Encuentro que la Crema Pond's "V" es ideal como base de polvos. Los polvos se mantienen,"

dice la encantadora Mrs. Vanderbilt, muy popular en la Sociedad norteamericana.

—¿Jimmy "cuánto" es su nombre? El mensajero que está a la entrada del estudio. ¿Se fué con el resto de la gente?

—Sí. El...

Hackett se detuvo. Había alzado su mano ancha y gruesa y se estaba frotando nerviosamente la barbilla y ausandose el bigote de cepillo de dientes. Súbitamente recordó e hizo sonar los dedos. —¡Ya lo tengo! —exclamó—. Sabía que había algo más. Si quieren saber la clave de este asunto, vengan conmigo. Mónica se alegró de salir de la casa de juguete. Tuvo un impulso de cogerse del brazo de Cartwright, pero reprimiéndose con firmeza, se colocó al otro lado de Hackett. Este iba a la cabeza, con paso rápido, propio de un caminante de largas distancias. La inmensidad del silencio que reinaba se vio realzada por el ruido de los pasos sobre los ladrillos de imitación que cubrían la calle del escenario; era tan sobrenatural como si fuese el ruido de herraduras de caballo. Mónica hubiese deseado que Hackett no hablase tanto. —Kurt, por favor, ¿por qué no vas y traes a Frances? Y a Howard. No sé dónde están. Estarán escondidos en alguna parte; tienen que estarlo. ¿Quieres, por favor? Eso es ser un buen muchacho. Los demás, vengan.

Se alejó cuando llegaron a la puerta de entrada del estudio. Esta estaba construida a la manera de un compartimiento, con dos puertas para aislar los ruidos exteriores.

Cerca de ella había un reloj que marcaba las cinco y veinte minutos. A su lado había un estante con casilleros llenos de papeles, y encima de éste, una pequeña pizarra. En la semioscuridad, Mónica no veía más que unas líneas confusas, hasta que Hackett encendió la lámpara que había sobre la pizarra.

Escrito en ella con tiza se leían las siguientes palabras, aún sin borrar: "Dígale a la señora que está con el señor Cartwright que me encuentre en la habitación trasera de la casa del escenario 1882, lo más pronto posible. T. Hackett".

T. Hackett se aclaró la garganta.

—¿Lo ven? —preguntó.

—Ya lo creo —contestó Cartwright con un gesto—. ¿Lo escribiste tú?

—¡No, no, por supuesto que no!

—Pero si estabas parado aquí en la puerta de las cinco en adelante, debes haber visto quién lo escribió.

Hackett se quedó meditando. Colocó el dedo bajo las palabras escritas en la pizarra y estiró el cuello. Su cabello, negro y rígido, brillaba bajo la luz como si tuviese vaselina.

—Bueno —dijo—, no me fijé quién lo escribió. Yo estaba parado al lado del reloj; ni siquiera me acuerdo de haberme fijado en la pizarra, ni si la luz estaba encendida o no. Por lo demás, ¿cómo sabemos cuándo fué escrito esto?

—¿Cuándo te fijaste en el recado escrito?

—Sólo hace unos minutos, cuando oí a alguien gritar en la dirección del 1882; ¿quién gritó, por lo demás?

—Gagern.

—Me pareció. Oí el ruido de la ventana destrozada casi al mismo tiempo. Pero en ese momento yo estaba en el otro lado del estudio, buscando al resto de ustedes, y no pude saber de dónde venía el ruido. Volví aquí, para ver si alguno estaba en la puerta. Encendí la luz, y entonces me fijé en el



recado. Inmediatamente después oí el grito de Gagern. Es fácil acordarse; no es que en ese momento pensase que sucedía nada malo, por supuesto. Después de todo, sólo estábamos. Se detuvo.

—Si —terminó Cartwright—, sólo estábamos nosotros seis aquí dentro. Débil, muy distante, como a través de un amplificador, la voz de Gagern se elevó por segunda vez en el silencio del estudio, haciéndoles a todos dar un salto.

—¡Señor Hackett, por favor, venga! Mi esposa ha sido herida. Los labios del productor se contrajeron.

—¡Esto era lo que nos faltaba! —exclamó después de una pausa, mientras los ecos se multiplicaban. Se pasó la mano por la frente—. Esto es lo que querían. ¿no es así? Esto es sabotaje, y tú lo sabes tan bien como yo.

—No borres lo escrito en la pizarra —gritó Cartwright en el momento que su compañero hacía un gesto instintivo hacia ella—. Es nuestra mejor pista. La escritura puede ser identificada.

Howard Fisk, aunque al parecer esto no le impresionó, parecía sin embargo tan tranquilo, que su voz se oía a una distancia hasta de diez pies.

—¿Pero quién, en su sano juicio, atendería contra su vida?

—¡Sí, sí —exclamó—, muy malo, no hay duda! Pero parece que nos hemos metido en algo bastante peor que un resbalón. Escuchen, Hackett, señorita Stanton. ¿Es verdad lo que nos ha estado contando Gagern sobre ese mal-dito ácido?

—Me temo que sea así —respondió Mónica.

Hubo un silencio, durante el cual todos miraron a Mónica. Gagern estaba de pie detrás de la silla de Frances Fleur. Mónica se quedó atónita al verlo inclinarse y besar el hombro de su esposa.

—Es sabotaje —repitió Hackett; parecía halagado y levemente complacido—. He estado esperando algo parecido a esto desde el momento que empezamos a trabajar en "Espías del Mar". ¿Recuerdan lo que sucedió en Hollywood cuando hicieron esa prime-

siese detener el trabajo, ¿por qué no echar ácido sobre algún miembro importante del equipo?

Hubo un silencio. Durante este diálogo, William Cartwright no había hablado. Desafiando el reglamento de no fumar, había llenado su pipa de Sherlock Holmes y la había encendido. Pero permaneció silencioso.

—Todo se reduce a esto —declaró Fisk, después de unos instantes de silenciosa meditación—. Sea lo que fuere lo que sucedió, la pregunta importante es: ¿por qué iba a querer alguien atacar a la señorita Stanton? —La miró—. ¿No sabe de nadie que... quisiese hacerle daño?

—¡No, le juro que no!

—¿No conocía a nadie de aquí antes de hoy?

—A nadie.

El director sonrió.

—¿No conoce tampoco ningún secreto de Estado o informaciones peligrosas acerca de alguien?

—Ni una sola.

El director hizo un movimiento hacia

Noticiario

ENHEBRADORAS DE PERLAS. En un tranquilo taller londinense, dos mujeres manipulan diariamente fortunas. Son Ethel y Constance Austen, hijas de un joyero. Su especialidad consiste en limpiar, graduar y enhebrar las perlas que les confían la Corona y las más ricas familias de Inglaterra. Escuchen este consejo dictado por su experiencia: "Las perlas, como las personas, pueden enfermarse. Pierden su oriente si se las deja demasiado tiempo guardadas en un cofre o si se las encierra en cajones o cajas herméticas. Es aconsejable que sus dueñas las lleven puestas todo el tiempo que les sea posible".

LOS NACIMIENTOS PREMATUROS son menos raros de lo que se piensa. En ciertos países se cuenta uno entre doce de término. Contrariamente a la opinión general, los niños nacidos prematuramente no corren un mayor riesgo de nacer con deficiencias físicas o mentales. En apoyo de esta idea, basta recordar los nombres de aquellos "prematuros" que se han distinguido en la historia: Newton, Darwin, Voltaire, Napoleón, Víctor Hugo, Renoir y Winston Churchill.

EL SOMBRERO HONGO, pasado de moda en todo el mundo, pero que continúa cubriendo la cabeza de algunos ingleses, fué inventado en 1850 por un sombrerero londinense, Mr.

Bowler. Uno de sus clientes, pariente del conde de Leicester, se quejó de los frecuentes daños ocasionados por las ramas bajas de los árboles sobre su sombrero de copa, cuando se dedicaba a la caza. Mr. Bowler dibujó entonces un modelo más práctico, de copa baja y redonda, al cual dió su nombre. Adoptado por todos los elegantes de la época, su uso despertó tal entusiasmo, que aún las mujeres, sobre todo las aficionadas a la caza y equitación, empezaron a llevarlo.



—Al diablo con la escritura —contestó Hackett—. Vamos.

Cuando llegaron, sin aliento, a la cabina del escenario del transatlántico, iluminado por acogedoras luces, no encontraron nada muy alarmante. Howard Fisk, alto, suave y paternal (por no decir maternal), trataba de aclararse la garganta para poder hablar en forma audible. Frances Fleur tenía una expresión de abatimiento en su plácido rostro y se frotaba vigorosamente una rodilla.

—Kurt, por favor, no hagas tanto alboroto —protestó—. No tiene importancia, fué sólo un resbalón. —Se dirigió a los otros—. Quebré el tacón de uno de mis zapatos, y fui lo suficientemente tonta como para tratar de caminar así y me caí. Verdaderamente, Kurt...

—Querida, puede que sea así. Pero he visto resbalones que han tenido consecuencias muy serias. Hasta he visto algunos que han terminado en cáncer. Creo que deberíamos llamar a un médico.

—Kurt, querido, ¡si no es nada! Mira.

—Querida, por favor, no hagas eso delante de toda esta gente. Es inmodesto.

—Muy bien, querido

ra película antinazi? Y la nuestra es bastante más fuerte. Piensen en todos los enajenados que hay en este país. Cientos de ellos. Entre nosotros debe haber muchos espías secretos (por supuesto que no me refiero a usted, Kurt). No les agradó. De modo que...

—De modo que —le interrumpió Howard Fisk— trataron de cegar y mutilar a una persona completamente extraña, una muchacha que no tiene en absoluto que ver con la película.

—Por supuesto.

—¿Pero por qué?

—Para que tuviésemos que llamar a la policía, quedando así interrumpido el trabajo en "Espías del Mar".

—¡Pero por Dios que yo impediré que tengamos a la policía aquí!

—Pero, querido Hackett —le replicó el director—, eso no es razonable; ni aunque viniese la policía, eso no detendría el trabajo en "Espías del Mar".

—¿No lo detendría?

—No; ¿por qué habría de hacerlo? La señorita Stanton no tiene ninguna relación con la película. La mera presencia de la policía aquí en el estudio no iba a detener el trabajo en una película que no tenía nada que ver con ellos. Si ese saboteador imaginario qui-

ella. Mónica sintió que si la rodeaba con el brazo y se inclinaba en forma confidencial, como parecía dispuesto a hacerlo, daría un grito. Kurt Gagern la estaba mirando, sus pálidos ojos azules fijos en ella, mientras la luz brillaba en el blanco de la esclerótica. Mónica sentía como si sus nervios estuviesen siendo lentamente partidos por la mitad con una sierra.

—Parece que no hay otra solución para esto —dijo Fisk, alzando los hombros—. Es demasiado horrible para ser una broma. —Molesto, se acomodó los anteojos—. O bien es la obra de un criminal demente, o bien la señorita Stanton fué confundida con alguien, lo que me parece más probable.

—No —dijo William Cartwright. Todos se volvieron a mirarle. Levantó una mano.

—No hubo ninguna equivocación —continuó—. Dejando a un lado la posibilidad de que el mensajero le diese el recado a quien no debía, les explicaré por qué no hubo equivocación alguna. —Se quitó la pipa de la boca y miró a Mónica—. La calle esa afuera

(Sigue a la vuelta)



NOTAS CIENTIFICAS

UN POLICIA QUIMICO

Para los pacientes excesivamente nerviosos, o para aquellos con tendencia al desvelo, los medicos recetan a menudo una clase de drogas llamadas barbituricos. Sin embargo, estos calmantes tienen una desventaja: provocan el vicio. Además, pueden afectar temporalmente la memoria, por lo que un paciente que ha tomado una dosis ligeramente excesiva puede olvidarse completamente de que ha tomado la droga y proseguir tomándola hasta que llegue a envenenarse. Para evitar tal suicidio involuntario, un farmacólogo norteamericano ha desarrollado un "policia quimico", el cual debe agregarse a las dosis de barbituricos. Se dice que ese "policia" ejerce muy poco o ningún efecto cuando las dosis son normales, pero tan pronto como se ingiere una dosis excesiva de barbituricos, ese compuesto agregado estimula el sistema nervioso del paciente y lo despierta, advirtiéndole así que ya ha entrado en una zona de peligro.

¿ACOSTADO O SENTADO?

Pocos medicos se inclinan a dudar del hecho de que un paciente que sufre de una enfermedad grave del corazón necesita, generalmente, mucho descanso. No obstante, un creciente número de peritos está convencido de que la posición de descanso no debe ser horizontal, sino sentada. Ellos señalan que, estando acostado, la sangre del paciente no circula tan rápidamente como cuando tiene la cabeza en alto y las piernas hacia abajo. También indican que los pulmones del paciente no pueden contener tanto aire estando acostado. Estos y otros factores han hecho que el doctor Gus Lange, un especialista sudafricano, adopte el uso de una "silla-cama cardiaca". Construida para que pueda extenderse al través de la típica cama de hospital, esa silla le permite al paciente descansar sentado y con las piernas sobresaliendo por un lado de la cama. El doctor Lange declara, en el "South African Medical Journal", que la posición de "cabeza en alto y piernas abajo" produjo mejoras tan dramáticas a cierto número de pacientes, que él la acredita con haberlos salvado de una muerte prematura.

¿ALERGICO AL TRABAJO?

En el estudio de las alergias, se ha echado la culpa a toda clase de sustancias extrañas, como causa de reacciones que varían desde los estornudos hasta las erupciones de la piel. ¿Pero quién oyo decir alguna vez que había alguien alérgico a las bandas elásticas? Bueno, pues, en un estudio publicado recientemente, cierto dermatólogo relata un caso precisamente de ese tipo, el de un oficinista que se volvió sensitivo a toda clase de cosas, y todas ellas íntimamente relacionadas con su trabajo diario. Durante 11 años este desgraciado mortal padeció de una inexplicable erupción de la piel de los dedos. Al fin, al ser interrogado, reveló que manejaba bandas elásticas durante todo el día, y los análisis subsiguientes demostraron que era alérgico al caucho o goma, y al papel de carbón rojo. Advertido para que evitara los materiales señalados, mejoró durante algún tiempo, pero sólo para sufrir más erupciones de la piel poco después. Cuando se le quitó de su mesa de trabajo un secante verde, de goma, su piel mejoró de nuevo. Al poco tiempo su oficina fué amueblada con sillas nuevas, cubiertas con un material imitando cuero, y la erupción reapareció. El paciente aún trabaja en la misma oficina, pero sin bandas elásticas, sin papel carbón rojo, sin secantes verdes de goma o sillas cubiertas con imitación de cuero, y, afortunadamente, sin erupción alguna.

CUENTA SALDADA

Gracias al milagro de la cirugía moderna, un ex soldado inglés recibió recientemente y de manera indirecta las reparaciones personales que le debía Alemania por las lesiones que recibió durante la Primera Guerra Mundial. William Connolly, el inglés en cuestión, estaba perdiendo la visión de ambos ojos como resultado demorado de un ataque alemán con gas venenoso, hace más de 35 años. En un hospital inglés, un paciente alemán, cuyo ojo había tenido que ser extraído, a causa de un tumor, consistió en donar su córnea —ese disco transparente que pudiéramos llamar "la ventana del ojo"— para reemplazar a una de Connolly. Y fué un éxito la operación, mediante la cual se trasplantó la córnea del alemán al ojo del inglés. Varios meses después, en ese mismo hospital, se llevó a cabo una operación similar, tratándose en este caso de otro alemán, quien donó su córnea para salvarle el otro ojo a Connolly. Y es bastante raro que Connolly nunca haya conocido a sus benefactores, ni sepa siquiera cómo se llaman. Así, dos alemanes, que han permanecido anónimos, contribuyeron con sus ojos a pagar una deuda de guerra, como bien podríamos decir, al substituir ojos dañados por un arma alemana.

de la casa del médico esta a oscuras, ¿no es así. —Sí, por supuesto. —¿Pero no muy oscura. Por ejemplo, ¿se podía fácilmente leer el nombre del médico en la plancha de la puerta de calle?

—Sí, me acuerdo haberlo hecho.

—¿También habría reconocido a cualquiera que se hubiese encontrado, digamos, a una distancia de tres o cuatro metros?

—Sí, creo que sí.

—Al cerdo que hizo esto —continuó Cartwright— le llamaremos, en bien de las conveniencias, el asesino. Bien, esto no fué un accidente. El asesino arregló deliberadamente todo. La estaba esperando y la vió aproximarse por el simple acto de mirar a través de la ventana del segundo piso. Tenía que saber quién estaba allí antes de actuar. ¿No es así?

Hackett estalló.

—¡Por amor de Dios, termina con los métodos de novela policial! ¿Qué quieres decir?

—No estoy usando métodos de novela policial —contestó Cartwright—; el asesino hizo todo eso. Muy bien; ¿cuántas mujeres había esta tarde en el estudio?

—Había cuatro —respondió Howard Fisk pensativamente—. Tres, fuera de la señorita Stanton. Frances, la sir-

—¿Estás seguro de que tu mujer sabe que irá a comer a tu casa esta noche? —preguntó el invitado algo confundido.

—Por cierto —le aseguró el dueño de casa—. Lo sé porque, a propósito, tuvimos una pelea espantosa esta mañana.

vienta de Frances y Annie MacPherson.

—¿Nada más que ésas?

—Nada más.

—Sí, y todas ellas, según ustedes recordarán, llevaban vestimentas imposibles de confundir. Frances, el vestido dorado que ven; Annie MacPherson, el uniforme de camarera con gorra blanca. La sirvienta de Frances, el acostumbrado delantal y la gorra. Además del hecho de que ninguna de ellas se parece a Mónica Stanton, es imposible que nadie la haya confundido con ninguna de las otras tres. Por alguna razón que desconozco, el asesino la odia con una fuerza más allá de la razón. El resultado de ello fué el ácido. Howard Fisk se rascó el cuello.

—Hum.

—Gracias a Dios que no fui yo —exclamó Frances Fleur súbitamente. Luego sonrió a Mónica y se corrigió—. Quiero decir... No es que quisiera que fuera usted, querida; pero vitriolo...

¡Ugh!

—Eso es comprensible —dijo Gager, balanceándose inquieto de un pie al otro—. Rara vez estoy de acuerdo con usted, señor Cartwright. La mayoría de las veces encuentro sus ideas alocadas y tontas, inservibles para argumentos también. Pero confieso que esta vez parece tener la razón.

—Gracias.

—Hablo de buena fe, señor Cartwright —respondió Gager, juntando los talo-



nes—. Por otra parte, ¿es necesario asustar más a la señorita Stanton de lo que ya lo está?

El intolerable Cartwright alcanzó su más ínfima expresión.

—¿Asustarla? —dijo—. Si es para mejor, sí. Estoy tan nervioso con todo esto, que no puedo sostener mi pipa. ¿No lo están ustedes? ¿Asustarla? Lo que quiero hacer es convencerla de que se vaya de Pineham y se quede bien lejos, para el caso de que el bromista intente algo de nuevo.

—No pienso en hacer tal cosa —exclamó Mónica, aunque sentía que el miedo le apretaba el corazón.

—Haga lo que quiera entonces.

—Si lo que usted desea —contestó Mónica— es alejarme para poder así escribir sus ridículas novelas policiales... Una hora antes no se hubiese arrepentido de haber dicho una cosa así. Pero ahora, en el momento que las palabras salieron de su boca, deseó no haberlas dicho.

Cartwright no le contestó. La miró fijamente y luego se sentó en una silla de lona y aspiró furiosamente el humo de la pipa.

—Sí, todo está muy bien —gruñó Hackett—. Pero todo está mal. Creo que hay una magnífica historia para los periódicos en todo esto; pero no es más que la mala publicidad. Lo importante es: ¿qué es lo que vamos a hacer?

—No me preguntes a mí —dijo Cartwright—. Ustedes son los amos aquí; yo sólo soy un escritor, el más humilde de los escarabajos que se arrastran en un estudio de cine.

—Sí, ya lo sé —contestó con seriedad Hackett—. Pero tú dices saberlo todo. ¿Qué diablo vamos a hacer?

—Puedes empezar por averiguar cuál de nosotros fué el bromista que echó el ácido.

—¿Cuál de nosotros?

—Naturalmente.

Cuatro voces se alzaron en protesta. Para hablar más correctamente, tres voces, porque nadie pudo oír lo que dijo Howard Fisk. Pero fué él quien tomó el control de la situación.

—Cartwright tiene razón; oh sí que la tiene. Sabemos que todo esto es absurdo, pero pensemos las cosas con calma.

—Registremos todo, eso es mejor —exclamó Hackett—. Hay alguien escondido aquí. Tiene que haber. Yo lo sé y ustedes también; cualquier otra idea...

—Creo que debemos comenzar por explicar cada uno a los otros cuatro qué es lo que estábamos haciendo en el momento que ocurrió el accidente. La coartada. Es la manera adecuada, ¿no creen? Vamos, mi joven Thordyke, ¿no es esa la primera pregunta que un detective debe hacer? —preguntó Fisk.

—¿No creen —dijo Gagern sonriente— que por casualidad el señor Cartwright conozca a algún detective de verdad? Cartwright levantó la vista.

—Tengo el honor —respondió, imitando el estilo de Gagern— de conocer a uno. Su nombre es Masters y es inspector jefe en el C. I. D. Dios mediante, pienso hablar con él sobre esto en privado. También sería interesante oír la opinión de un amigo de él en Whitehall, al cual no conozco.

—No cambiemos el tema de la coartada —insistió el director—. ¿No es la primera pregunta que se debe hacer?

—No —contestó Cartwright.

—¿No?

—Lo dudo. —Cartwright se dio vuelta. Contempló el camarote del transatlántico, más opaco ahora bajo menos luces, pero todavía reluciente con sus dorados, rosados y blancos. Una voluta de humo de su pipa flotó en el aire—. Un detective de verdad posiblemente

¿Sé más lista que él!



¿SABIAS QUE...

...entre los pigmeos, cuando un muchacho quiere casarse debe pasar por la prueba de las flechas, tratando de esquivar las que le lanzan dos arqueros? Cuando ha triunfado de esta prueba de agilidad, el jefe de la tribu le dice, entregándole a su futura esposa: "¿Has sido tan valiente como para afrontar las flechas y tan diestro como para no dejarte tocar: puedes, entonces, afrontar también el matrimonio!"

...hace 50 años, Orville y Wilbur Wright lograron efectuar sus primeros vuelos en avión en Kitty Hawk (Estados Unidos)? El primer vuelo se efectuó en 12 segundos sobre un recorrido de 36.57 metros. Hoy día, ciertos tipos de aviones alcanzan una velocidad de 2.000 kilómetros por hora!

...antes de emplear en la mesa los vasos, cuyo uso proviene de Italia, se utilizaban copas de oro, metal o maderas, según la fortuna del poseedor?

...en el siglo XVIII un oficial francés que partía a la guerra jamás dejaba de llevar en su equipo estas cosas indispensables: polvos, afeites, la peluca, y agua de Colonia?

...estando acostados, la mayoría de los animales se enderezan primero sobre sus patas delanteras? El camello es una excepción a la regla: se endereza primero sobre sus patas traseras, y muy rápidamente. Por este motivo, cuando se monta por primera vez sobre el lomo de un camello y se ignora esta particularidad es seguro verse lanzado hacia adelante.

preguntaría quién dibujó ese escenario.

—¿Qué?

Gagern habló con voz confusa:

—El escenario se construyó según fotografías; como se suponía que era un transatlántico alemán, se usaron fotos del "Brunilda". Yo vigilé la construcción.

—Como se acostumbra —dijo Cartwright.

Gagern dio la vuelta alrededor de la silla de su esposa. Mientras se movía, ésta lo miró y le apretó la mano; él le sonrió en respuesta. Su expresión, más que culpable, era de embarazo y de exasperación.

—Señor Cartwright —exclamó—. He intentado ser paciente con usted. ¿Tiene alguna queja sobre mí?

—¿Sobre usted? No.

Gagern pestañeó.

—¿Y entonces?

—Solamente digo —respondió Cartwright— que huelo sangre en ese escenario, y que el bromista que robó el vitriolo no se detendrá ante nada.

—A usted le gusta imaginar cosas.

—Me gusta decir la verdad sin ambages.

—Kurt —dijo Frances Fleur—. Lo dice con sinceridad; lo conozco. Hay algo que él sabe y que no nos dirá.

Tenía una hermosa voz de contralto, que rara vez alzaba. Era la clase de voz que arranca notas de cristal; no estaba entrenada, pero era notoriamente expresiva; se alzó claramente en la tibia penumbra del escenario, divertida, alegre, pero ligeramente preocupada. Tomando la mano de su marido, le dijo:

—No va a pasar nada, ¿no es así, Kurt? Esto sucedía el miércoles veintitrés de agosto. Antes que hubiese transcurrido una quincena, se escuchaba un ruido nuevo sobre la tierra. Rotas todas las promesas, las grises hordas irrumpían; antes que el Primer Ministro terminara de dar la noticia, ya sonaban las sirenas de alarma sobre Londres. Los pilares de concreto de la línea Maginot cayeron y quedaron vueltos hacia el oeste; Polonia murió, con todos sus cañones todavía intactos; llegaron las noches de oscurecimiento; y en Pineham, un pequeño lugar en Inglaterra, un paciente asesino atentó nuevamente contra Mónica Stanton.

(CONTINUARA)

FOTOGRAFIAS COMBEAU

En este capítulo posaron, por gentileza del Teatro de Ensayo, los actores:

Mario Montilles, como Howard Fisk, el director de cine.

Nélida Rigoletti, como la script girl (ayudante)

Miriam Thorud, como la escritora Mónica Stanton.

Enrique Heine, como von Gagern, el director alemán.

Jorge Alvarez, como Aaranson, el director norteamericano.

Ricardo Miranda, como el productor.

Marina González, como la maquilladora.

Lautaro Murúa, como Bill Cartwright.

Los actores que aparecen en éste y los otros episodios, pertenecen al elenco que interviene en MARTIN RIVAS, la obra de Alberto Blest Gana, que será estrenada en la primera semana de mayo en el Municipal, dirigida por Germán Becker, en una adaptación teatral de Santiago del Campo, a beneficio de la Obra de Protección al Niño Lisiado.

LO más curioso sobre el *sex-appeal* femenino es que para la generalidad de los hombres tiene un significado, y otro muy diferente para cada uno en particular. Para la generalidad de los hombres representa una combinación de atributos femeninos que inspira atracción física. Pero cuáles son estos atributos y cuál es la combinación precisa para ser más atractiva, eso depende del gusto de cada individuo. La dedicación que las mujeres, ya sean solteras o casadas, prestan a su *sex-appeal* se comprueba por medio de las enormes cantidades de dinero que invierten en adornos destinados a aumentar su seducción. Este rasgo de femineidad lo aprovechan los comerciantes, quienes también gastan enormes sumas de dinero para llamar la atención de ellas en estos adornos y fantasías.

Así, por medio de anuncios de propaganda, les dicen cómo pueden tornarse deseables bajo el influjo de una loción; cómo mantener la piel suave y delicada gracias a un determinado jabón de tocador; cómo bailar sin temor largas horas al usar tal desodorante; y aún, cómo obtener una proposición de matrimonio por el sencillo procedimiento de perfumarse el lóbulo de la oreja con un determinado perfume. El matrimonio no las libera de aquella esclavitud, dice la propaganda, ya que de acuerdo con la edad deben mantener siempre viva la llama de la atracción... si quieren conservar al hombre que por fin conquistaron.

¿Exageran estos comerciantes del *glamour* los temores femeninos? O, ¿están la mayoría de las mujeres obsesionadas, en realidad, por el miedo de perder su encanto? La experiencia dice que las mujeres, en realidad, temen por su atractivo... aun las más bellas. Y una de las principales metas en la vida de la mujer es conseguir y mantener el amor.

En la actualidad existe una explicación muy lógica para esta dedicación de la mujer moderna a su físico. Se cree que vivimos en una época de neurótica inseguridad. Y la mujer está especialmente insegura en esta era, porque, al ganar derechos sociales y políticos, ha perdido algunos de los atributos físicos y emocionales inherentes a ella.

Nadie discute que la posición actual de la mujer frente a la vida es diferente. Pero no estamos de acuerdo con la creencia de que nuestras reacciones reflejan inseguridad. Creemos, por el contrario, que sólo reflejan una muy normal aprensión, que crece a la par con nuestro primordial deseo de mantener la unidad familiar. Las mujeres nos



damos cuenta de que existen actitudes nuevas a nuestro alrededor, que ponen en peligro nuestra condición de esposas, y es natural que luchemos contra ello con nuestra natural intuición y fuerza.

En nuestra civilización, la capacidad de una mujer para tener una familia numerosa y dirigir su hogar no agrega mayor valor a su personalidad. En efecto, muy pocos hombres pueden permitirse el lujo de una familia numerosa, y los nuevos inventos han simplificado al máximo las labores del hogar.

¿Por qué otro medio puede la mujer entonces hacerse indispensable a un hombre? Empleando la más antigua y básica estrategia de despertar su apetito físico... y satisfacerlo expertamente.

Antes se creía que esta actitud estaba limitada estrictamente a las mujeres que hacían de la atracción física una profesión. Por lo menos, éste era el concepto que se tenía durante la era victoriana. Luego vino la primera guerra mundial, y nuestros conceptos y códigos cambiaron, y, entre ellos, nuestra actitud hacia el sexo. El lado físico del

amor es ahora aceptado como un tópico normal de conversación.

La mujer empieza a comprender que el ser una buena amante es labor propia de toda buena esposa, y que tanto el dar como el recibir satisfacción física en el matrimonio es el medio más seguro de mantener la unión conyugal. Empieza, asimismo, a comprender que el ser una buena cocinera y una madre devota no son atributos suficientes para conservar a su marido.

En sus esfuerzos por acentuar sus encantos físicos, la buena esposa se apropia y hace suyas muchas actitudes de la cortesana. El empleo de cosméticos, la tintura del cabello y otros trucos de seducción antiguamente asociados con las mujeres de la calle, son empleados ahora por mujeres del hogar.

Sin embargo, el resultado de todo esto tiene ribetes de ironía. La actitud de la mujer moderna ha convertido su vida diaria en un campo de batalla. La tentadora profesional no es ya su única competidora. Tiene que luchar contra otras mujeres en general, quienes ponen igual empeño en demostrar su seducción. El peligro estriba en que no sólo son seductoras y atractivas, sino que voraces conquistadoras de corazones.

Aun cuando esas "otras mujeres" no existieran en tan gran número, la esposa que desea conservar su matrimonio tiene que preocuparse de todos modos por su apariencia, pues tiene que mantenerse semejante a la idea que se ha forjado el hombre de lo que debe ser una mujer glamorosa. El cine, la radio, las revistas y los réclames han creado esta mujer ideal y la han alzado como símbolo, y los hombres se han convencido de que ella es real, aunque inalcanzable. Y aun cuando jamás se encuentren con ELLA, continuará siendo el ideal que inconscientemente comparan con la mujer con la que SE ENCONTRARON en la realidad.

SEX-APPEAL VERSUS BELLEZA

Lo extraño, aunque afortunado, del moderno *sex-appeal* es que la belleza no es un requisito indispensable. Porque, a despecho del proverbio francés que dice que es deber de toda mujer el ser hermosa, sólo unas cuantas pueden cumplir con esta obligación. Pero no existe ninguna mujer que no pueda adquirir atractivo o que no pueda aumentarlo si ya lo posee.

Si una mujer es bella, no se puede negar que tiene una ventaja enorme en este propósito sobre el resto. Sin embargo, es muy posible que tenga poco *sex-appeal*. Porque el *sex-appeal* es básicamente atracción física. Se podría

Los diez secretos del sex appeal

¿Qué necesita y qué debe conocer toda mujer moderna para estar segura de conquistar un amor y mantenerlo?

definir como "la habilidad de una mujer para atraer los cinco sentidos de un hombre... vista, olfato, tacto, oído y gusto".

Atraer la vista no es suficiente si alguno de estos otros sentidos no se siente a su vez atraído. Un rostro simétrico y hermoso, por ejemplo, de nada sirve si no se posee una figura regular, ni una figura regular, si se posee una risa desagradable. A menudo, la mujer que no es precisamente hermosa, pero cuya impresión general es agradable, es la más capaz de poseer esa fuerza magnética, conocida con una variedad inmensa de nombres, entre los cuales hallamos "personalidad", "atracción" y "glamour".

La belleza más perfecta no poseerá un gran *sex-appeal* si no comprende el arte de ser completa y totalmente femenina. Recordamos una artista que era muy famosa hace cinco años y que ustedes la reconocerían de inmediato si les diéramos su nombre. Su rostro era inolvidable por la regularidad de sus facciones, y tal era su popularidad, que las mujeres copiaban su peinado, imitaban su voz y tomaban sus actitudes. Prácticamente hicieron de ella un culto, lo cual constituía una pérdida de tiempo si por medio de él pretendían ser más deseables. Porque lo que muchas mujeres no comprendían era que tras su físico perfecto no se escondía un gran *sex-appeal*. El rostro fotogénico, la figura perfecta y el cuidadoso peinado dejaban indiferentes a los hombres. Semejaba más un maniquí lejano... que una compañera potencial.

Su total perfección, en vez de atraer, repelía. No era capaz de despertar más que un interés superficial en los hombres verdaderamente viriles. Y la única diferencia entre ella y muchas otras mujeres era que el destino le había otorgado el don de la hermosura.

La mujer a menudo lamenta la falta de compañerismo de su marido, quien parece preferir a sus amigos y pasa sus horas libres en los clubes y bares o en otros lugares donde no hay mujeres. A menudo sucede esto cuando las mujeres creen poder substituir la moda por la pasión. Muchas esposas actúan como si con sólo ponerse una camisa de nylon negro se hubieran convertido en la encarnación del ideal masculino. No comprenden aquellas que ningún objeto inanimado puede hacerlas irresistibles, sino que su propia personalidad.

No creemos haber querido decir que la belleza física desempeña un papel relativamente poco importante en la lucha por mantener estimulado el interés del marido. Ya que se supone que los hombres se enamoran por la vista, la mujer no se expone a ofender este sentido. Hemos tratado de señalar si, que belleza sin femineidad no sirve para nada si se desea conquistar un amor y conservarlo. Dejando a un lado las variaciones normales dentro de las preferencias masculinas, lo que más atrae de la mujer a un hombre son los rasgos que acentúan la diferencia de sexos. A un hombre puede agradarle una mujer con la cual pueda compartir intereses y gustos comunes. Pero eso será lo único que le agrade tener en común con ella, pues en lo que se refiere a la apariencia física ésta deberá ser fundamentalmente opuesta a la suya, porque las características sexuales secundarias en la mujer son la clave de su atracción.

Sin ellas, ninguna mujer puede despertar el deseo en un hombre normal, aunque sea talentosa, brillante o sagaz. ¿A qué mujer atraería como hombre un afeminado de pelo largo y perfumado? Bueno, esa misma sensación experimenta un hombre ante una mujer de tipo masculino.

1.º *La vista*. Hay ciertos rasgos femeninos que gustan mucho a los hombres. Uno de ellos es el pelo largo. A veces se usa el cabello muy corto; pero creemos que toda mujer que sacrifica una de sus mayores características, en aras de la moda, comete una seria equivocación.

Una y otra vez escuchamos decir a una esposa: "Mi marido desea que me deje crecer el pelo; pero me sienta más el pelo corto y es más fácil de manejar". Tal vez le sea más fácil manejar su cabello...; pero a su marido lo manejaría mejor con el pelo largo.

El vello del cuerpo es contraproducente. Una mujer con vello espeso tiene características masculinas, y, por lo tanto, no es atractiva. Una mujer que tenga vello en demasía debe recurrir a un depilatorio.

El busto es uno de los puntos de atracción de mayor interés para los hombres. Desde la más tierna infancia está acostumbrado a ver en el busto femenino un símbolo de femineidad, y, por lo tanto, de *sex-appeal*. A pesar de que el contorno y la forma pueden variar, a los hombres generalmente les agrada el busto alto y prominente. Los escotes o los vestidos destinados a lucir mejor el busto pueden parecer poco decorosos, pero, en todo caso, son más saludables que la moda imperante antes de la primera guerra mundial, que obligaba a la mujer a usar corpiños que aplastaban totalmente este atributo físico.

Una moda implantada después de la primera guerra mundial fué la de usar la cintura en las caderas, lo que hacía perder encanto a la silueta femenina. A los hombres no les agrada esta moda, pues la línea curva de las caderas es

(Sigue a la vuelta)



DIARIO DE UN CONDENADO A MUERTE, por Pierre de Boisdeffre

Esta obra es la autobiografía, real o imaginaria, de un "colaboracionista" condenado al cadalso. Constituye también una apasionante visión de toda una etapa de la vida francesa en los turbulentos años de la ocupación alemana y de la última postguerra.

PRECIO \$ 100.—

DIARIO DE UN CURA DE CAMPO, por Georges Bernanos

El autor nos ofrece en esta obra una magnífica crítica al falso cristianismo, valiéndose para ello de los recuerdos de su propia niñez y adolescencia. La pintura del ambiente es extraordinaria y el estilo de su autor está impregnado de naturalidad y honda poesía.

PRECIO \$ 140.—

EL AMO DEL MUNDO, por Robert Hugh Benson

He aquí una novela que muchos han llamado profética. Llamó la atención, cuando fué publicada por primera vez, su sentido anticipatorio y de extraordinaria agudeza de presentimientos...

PRECIO \$ 160.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

¡Cómo resplandecen
los artículos
de cobre o
bronce!



465P1A

Gane
\$30.000.-
en dinero efectivo

EN EL NUEVO SORTEO IPANA DE 1954

- 1) Despliegue el cartón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cartón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000
hay 9 premios de 10.000, 3.000 y
1.000 pesos en dinero efectivo.

Nuevo sorteo
de pasta dental

IPANA

M.R.

un deleite para su mirada. Esta línea no debe sobrepasar los límites normales, pero debe ser lo suficientemente pronunciada como para confirmar su sexo.

Y, a propósito, ésa es la principal razón de por qué una mujer no debe usar pantalones. Les agrade o no, jamás se ven bien con ellos si poseen las caderas admiradas por los hombres. Cuando a una mujer le asientan los pantalones, quiere decir que no tiene figura... por lo menos desde el punto de vista masculino.

2.º *El oído.* La voz tiene un inmenso poder de atracción. Como es bien sabido, hay muchas actrices de radio y cantantes que son locamente admiradas por hombres que jamás han visto su físico, pero que se han emocionado ante el timbre de su voz. Es posible para una mujer parecer tierna y apasionada con la sola modulación especial de las palabras.

Para lograr este propósito, es necesario tener una voz baja, pues los hombres parecen tener una aversión enorme a los sonidos agudos. Pueden, por ejemplo, admirar los dulces tonos de una soprano lírica; pero es la voz de las cantantes de "boleros" la que realmente los atrae.

3.º *El olfato.* La fragancia y la femineidad están tan estrechamente unidas en la mente masculina, que si le preguntamos a un caballero qué entiende por una mujer elegante, nos responderá: "Una mujer perfumada"... Se creará superfluo hablar sobre la limpieza, ya que en nuestra época la mujer se baña innumerables veces y usa innumerables productos desodorantes; pero mencionamos este factor porque algunas mujeres creen que sólo con el uso excesivo de perfume se llega a "oler bien".

A pesar de que ciertos olores son estimulantes para los nervios y hay algunos aromas de efectos afrodisíacos, nada puede suplantar el agradable olor de la limpieza y de la ropa recién puesta. Hacemos especial hincapié en el hecho

Un alumno de los pequeños anunciaba a su profesora que el próximo martes sería su cumpleaños.

—¿Qué coincidencia! —exclamó ésta—. También es el mío.

La carita del niño se oscureció y preguntó resentido:

—Bueno, ¿cómo se les arregló para ser tanto más grande que yo?

de que el perfume debe insinuar... no marear a los que nos rodean.

4.º *El tacto.* Las manos siempre han servido como instrumentos eróticos. En la relación física entre hombre y mujer el tacto estimula las pasiones. Ninguna mujer será deseable si no posee la piel descrita en los anuncios de propaganda como "la piel que él gusta acariciar".

5.º *El gusto.* Este sentido se emplea en el beso. Un hombre no puede evitar sentir el aliento de la mujer contra cuyos labios oprime los suyos. Por lo cual, una vez más, los avisos de propaganda tienen razón al recomendarnos un buen dentífrico o un buen elixir.

LA SUSTANCIA MEDULAR

¿Por qué, si dos mujeres tienen los mismos atributos físicos, una gusta más que la otra? Porque la seducción, para ser duradera y completa, tiene que poseer otros elementos que inflamen la imaginación masculina, fuera de las cualidades necesarias para posesionarse de sus cinco sentidos. Sin esos elementos, una mujer puede satisfacer las necesidades de un hombre, pero no puede estimular indefinidamente su loca pasión.

Y esto sucede, desgraciadamente, en muchos matrimonios. Cuando la atracción física entre marido y mujer muere, las relaciones llegan al plano de la mera necesidad. A esa altura el hombre no siente por su mujer ninguna ternura y el desamor paulatinamente termina por romper los lazos maritales. Esto se debe principalmente a que el amor físico de su mujer le produce una satisfacción relativa y sólo momentánea.

Los clínicos dirán que, una vez pasados los arrebatos de la luna de miel, la familiaridad que se establece origina cierta monotonía. Aparentemente no quieren comprender esta clase de individuos que el matrimonio, durante sus años de madurez y aun de vejez, puede ser más grato que los raptos de pasión de los primeros meses. Si una mujer ha sabido lograr una sabia comunión física con su esposo, ambos encontrarán más y más satisfacciones en ella a medida que transcurran los años de matrimonio. Pero, ¿cuáles son las cualidades íntimas que debe poseer la mujer para llevar a la práctica con éxito este desiderátum?

1.º UNA MUJER DEBE SER "TODO" PARA "UN HOM-



BRE. Al hombre le agrada una extraña mezcla de cualidades en su mujer. Así, la esposa más feliz siempre debe tener algo de *demi-mondaine*; por lo menos, ésta es la opinión de los expertos que han estudiado este aspecto de las relaciones maritales.

Sin embargo, son muy pocas las mujeres que comprenden lo que esto significa, y son menos las que logran hacerlo, a pesar de los vestidos y de los cosméticos que las hacen semejar a una *demi-mondaine*. Por lo general, estas mujeres cometen el error de desequilibrar la mezcla al sobrepasar en su papel de madre o de dueña de casa, o de ambas.

También existe entre las esposas una tendencia a demostrar ante sus maridos una virtud excesiva. Daremos un ejemplo de ello. La señora X, de 28 años, demuestra a su esposo una virtud más digna de la época de sus abuelos que de la actual. Según su propia opinión, es ella "una mujer buena", y según la de su marido, es "terriblemente pacata".

Su teoría de virtud consiste en jamás desvestirse en presencia de su marido. Pero esta misma esposa no trepida en usar en la playa el más moderno y mínimo traje de baño. Para esto se justifica diciendo: "No creo que sea correcto, permitir que el marido la vea a una en la intimidad. Pero mi traje de baño debo usarlo, porque es la única moda de esta temporada. ¿Cómo podría llevar una cosa pasada de moda?"

Naturalmente que su seudo virtud va más allá. Jamás, por ejemplo, se le insinúa a su marido desde el aspecto físico. Aunque a todo esposo esto le complacería, ella no lo hace porque: "¿Qué pensaría mi esposo de mí? Creería que me he vuelto loca. Por otra parte, ningún hombre decente acepta que su esposa actúe en tal forma".

No se necesita decir que el aspecto físico de su matrimonio ha sufrido un menoscabo. Fue frígida y tímida en su noche de bodas, y ahora, después de cinco años de matrimonio, ya es menos tímida, pero aun frígida. Su virtud no le permite liberar los instintos naturales cuando éstos se despiertan en ella, y, sin embargo, no demuestra su temor de discutir sobre el sexo si se trata de una conversación en sociedad. En efecto, discutirá con tanto conocimiento de causa, que se podrá creer que es una mujer de vasta experiencia.

Así, terminará por desesperar a su esposo con su superficialidad e hipocresía; pero éste preferirá tolerarla antes que confesarle su desagrado y tener que soportar sus lágrimas y su decepción. El marido generalmente decide no abandonarla por sus hijos, pero seguramente será víctima de la primera mujer que se cruce en su camino.

2.º UN MARIDO ES "UN HOMBRE". Este aserto no lo hacemos sólo por sentido del humor. Cuando recomendamos recordar que "un marido es un hombre", lo hacemos porque muchas esposas tratan a sus maridos como si fueran niños o meros adolescentes.

Una mujer que adopta esta posición frente a su esposo, automáticamente pierde todo su *sex-appeal* frente a él. Tal vez, en muchas ocasiones durante la vida conyugal, a un marido le agrada ser tratado como un niño mimado y ser protegido o fortalecido moralmente. Pero este tratamiento sólo debe emplearse en ocasiones muy especiales, como cuando él se siente enfermo o descorazonado. Generalmente, a un esposo le agrada ser mirado por su mujer como un ser maduro y capaz, superior a todas las flaquezas, y sin el cual la mujer estaría perdida en un mundo despiadado.

Un esposo amará a su mujer en relación directa con el grado de virilidad que ella lo hará creer que posee. Si la esposa actúa como su madre, su hermana mayor, su niñera o su profesora, perderá ante él toda su atracción, porque, naturalmente, la asociará con lo que estos seres han representado en su vida y erigirá ante ella los tabú del amor físico.

3.º LA COMPETENCIA EN EL MISMO PLANO. A menos que una mujer esté casada con un hombre excepcional y, por lo tanto, tolerante, debe evitar el competir con él en su mismo plano. A un hombre no le agrada aceptar la superioridad de su esposa. Un ejemplo de ello es el de una esposa que conocemos. Abandonó su empleo y tomó otro que le brindaba menos expectativas y era menos rentado que el primero, porque sabía lo importante que era para su marido el saber que, sin lugar a dudas, la podía mantener.

Comprendió asimismo que él gozaba en ejecutar pequeños trabajos caseros, así que, a pesar de que ella era capaz también de hacerlos, se abstenía. En esta forma las cosas se arreglaban más lentamente; pero valía la pena, por el brillo de satisfacción que iluminaba la cara de su marido cuando terminaba un arreglo difícil.

Ella jugaba tenis mucho mejor que su esposo, pero él jamás ha descubierto este hecho, porque siempre que juegan juntos lo deja ganar los partidos. Tal vez muchas esposas no estén de acuerdo con el método que emplea nuestra amiga para mantener vivos el amor y el deseo de su marido. Se podría argumentar en su contra: "¿Será necesario



Nunca menciono aquellos tiempos en que las cosas estaban baratas. Hace tantos años de eso, que delataría mi edad.

que una mujer esté fingiendo todo el tiempo? Eso no parece correcto".

Nuestra respuesta es: "El ser correcto puede dejar muy sola a una esposa. ¿Qué se prefiere tener, el reconocimiento de los talentos por parte del esposo o su amor ardiente?"

COMO AUMENTAR EL SEX-APPEAL

Ya que la atracción física no depende tan sólo de un rostro o un cuerpo hermoso, toda mujer puede adquirirlo. Y desde el momento que el sexo es la fuerza que convierte el amor conyugal en algo maravilloso, toda mujer debe darle en su vida la importancia que éste se merece.

Los elementos exactos que componen esto que se da en llamar *sex-appeal* no se pueden definir en una frase. Pero, para obtenerlo, se precisa tener presente los siguientes puntos de vista:

1.—La inteligencia es una cualidad admirable; pero ninguna mujer puede poseer un alto grado de *sex-appeal* sólo por su superioridad intelectual. Los hombres se entretienen con una mujer inteligente, pero no se enamoran de ella por esta cualidad.

2.—En relación con el *sex-appeal*, la virtud podría definirse como el sentido innato de lo que es o no es adecuado en su conducta conyugal. No se debe caer en el error de destruir el retrato idealizado que el amor y el deseo de su esposo han hecho de ella.

3.—El rechazo o la indiferencia de la esposa frente al deseo de su marido puede herir su orgullo y su amor propio para toda la vida. Si se le critica o se le evita en este aspecto, el hombre no lo perdonará jamás.

4.—Se debe cooperar con el marido para agregar encanto a las relaciones conyugales, a fin de que no se tornen en monótonas.

5.—Hay que demostrar franca pasión por el esposo. Si en realidad lo desea, no vacilar en decirselo. Al hombre le agrada y lo halaga esta insinuación.

6.—Jamás tener relaciones con el marido como si se le estuviera haciendo un favor. Al hombre le desagrada terriblemente que se esgrima el aspecto físico del amor como un arma.

7.—Si no se obtiene satisfacción en las relaciones físicas con el marido, consultar a un médico, quien puede, a su vez, conversar al respecto con el esposo. La falta de satisfacción es debida generalmente a una carencia de técnica que puede ser mejorada.

8.—El amor no declina con los años de matrimonio. El usar bigudies en la mesa del desayuno no es generalmente un desastre para el *sex-appeal*, como dicen absurdamente los artículos de belleza femenina. Lo irreparable en el amor conyugal es la falsa virtud, la indiferencia y los remilgos.

9.—Es preciso tener una meta común, que no sea la mutua preocupación. Si se está preparada para el día en que el placer físico pierda ese primer resplandor, cuando llegue ese día apenas se notará. La comunión física seguirá siendo una parte integral del matrimonio, pero se debe estar preparada para afrontar cualquier cambio que en ella suceda.

10.—Una hermosa definición del *sex-appeal* que dura toda la vida conyugal es la de Philip Wylie: "Es una mezcla de atracción especial altamente personificada, unida a cualidades tales como inteligencia, humor, compañerismo, sensibilidad y, sobre todo, una variada habilidad para el amor conyugal".





Apenas la condesa Larisch supo que su primo el archiduque Rodolfo había muerto, y, sospechando que María Vetsera también había fallecido (pese a que los diarios no hacían la menor alusión a la presencia de una mujer en Mayerling), se dirigió inquieta y emocionada al Palacio Imperial para dar el pésame a Estefanía y a la emperatriz. Pero María Larisch comprendía que en Hofbourg estaban enterados por la policía de su participación en los trágicos amores del príncipe heredero y María Vetsera. Y creyó que la tierra se abría a sus pies cuando la archiduquesa, primero, y la emperatriz, después, la abordaron más o menos en los mismos términos:

—¡Usted es la causante de lo sucedido! ¡Váyase ahora y no vuelva jamás a pisar el palacio; sus puertas estarán cerradas para usted!

Pero no es ella solamente la que debe soportar el odio de la familia imperial. El archiduque Juan Salvador es llamado a la presencia de Francisco José.

"No se sabe exactamente lo que pasó en esa entrevista —escribirá más tarde la condesa Larisch en su libro "Los Secretos de una Familia Real"—. Pero, a juzgar por la opinión general, presumo que mi tío amenazó al archiduque con un proceso efectivo y severo en la corte marcial. Juan Salvador de Toscana hizo comprender al emperador que una corte marcial revelaría la conspiración, incluyendo detalles de las actividades políticas de Rodolfo y de sus amores. Probablemente, esto los llevó a un acuerdo, según el cual, Juan renunciaría a su título, dejaría el imperio para siempre y guardaría eterno silencio sobre lo sucedido.

Esa misma noche un hombre visita a la condesa Larisch y le dice simplemente: "R. I. U. O.". Esas cuatro iniciales son, cómo podrán recordar, el santo y seña por el cual se dará a conocer la persona que deberá recuperar el cofre de acero confiado por Rodolfo a su prima sólo dos días antes de su muerte. La condesa saca el cofre de su escondite y lo entrega a su visitante.

"El hombre que venía a buscar los papeles confidenciales de Rodolfo era nada menos que el archiduque Juan Salvador", escribe la condesa Larisch en sus "Recuerdos".



EL SEC

Juan



Algunos días más tarde, en una carta dirigida al emperador, archiduque Juan Salvador de Toscana declara que abandona el Imperio y que renuncia a sus títulos y prerrogativas sin reservas de ninguna especie. Se llamará a partir de entonces Juan Orth (nombre de uno de sus castillos). Francisco José acepta la recepción de esta carta y en una postdata agrega: "Se prohíbe al archiduque residir en Austria y se le ordena renunciar a la nacionalidad".

Juan Orth en compañía de su bella amante, Milli Stübel, parte a Inglaterra después de enviar a los periódicos una carta que comienza así: "Es tiempo de que deje de ser un archiduque para ser un hombre. Ambiciono el derecho de trabajar". Semanas más tarde, Juan Orth y Milli Stübel, a bordo de la goleta "Santa Margarita", emprenden una larga travesía por el Atlántico.

Aunque tenía su licencia de capitán, Juan Orth contrató a un capitán profesional llamado Sodich, además de una tripulación de diez hombres, un vigía y un grumete. Pero al llegar a Argentina se vio obligado a despedir al capitán, con el que ha-

ETO DE Orth



tenido serias dificultades durante el viaje, y tomar el mando de la goleta "Santa Margarita".

El 12 de diciembre de 1890, Milli Stubel escribe a sus padres en Viena: "Partimos dentro de poco. De Buenos Aires seguiremos a Puerto Stanley en las Islas Falkland, de ahí pasaremos al Cabo de Hornos o el Estrecho de Magallanes, del Atlántico al Pacífico. Escribanme al correo de Puerto Stanley, donde estaremos una semana".

La goleta levó anclas a fines de diciembre, pero aunque no se ha sabido jamás de un naufragio sucedido en esa parte del globo, en diciembre de 1890, ni en enero de 1891, no se volvió a oír de la "Santa Margarita".

Un día cualquiera, en febrero de 1892, Francisco José y la emperatriz Isabel reciben la visita de los padres de Milli Stubel, quienes desde hace catorce meses no reciben noticias de su querida hija.

—El príncipe de Toscana no ha muerto, ¿verdad? —pregunta la emperatriz a su esposo.



—Si vive, no tengo el menor interés en saberlo —responde Francisco José.

—¿Para qué prolongar la angustia de la familia Stubel? Y, sobre todo, ¿por qué no perdonar? — ruega la emperatriz.

—No puedo olvidar que el príncipe de Toscana conspiró contra mí y que arrastró a mi hijo a una vergonzosa maquinación —replica el emperador.

Llegan los esposos Stubel y todo lo que Francisco José puede decirles para animarlos es:

—No deben sentirse abatidos. Tal vez el barco encalló en alguna costa desierta. Tengan fe.

Un solo detalle podría devolver la confianza a los Stubel, si lo supieran, y es que la madre de Juan Orth, la duquesa de Toscana, no está de duelo ni lo estará jamás.

En noviembre de 1900, o sea, diez años después de la desaparición de la "Santa Margarita" el senador uruguayo Eugenio Garzón supo que la policía de Concordia, Argentina, se había visto intrigada por un extranjero que vivía solo, hablaba castellano con acento germano y no tenía amistades.

Una de las mucamas del hotel, que hacía el aseo de la habitación de este desconocido, había encontrado bajo un mueble una medalla en forma de cruz, que le había parecido de una orden austriaca. Interrogado por el comisario, este extranjero, un cincuentón distinguido, había declarado llamarse Juan Orth, de nacionalidad austriaca. Eugenio Garzón se apresuró a ir a Concordia. Pero Juan Orth, o el hombre que se hacía pasar como tal, había partido al Japón, sin dejar su dirección.

¿Qué fué, por fin, de Juan Orth, si, como algunos creen, continuó viajando a bordo de su goleta camuflada e irreconocible? Según la condesa Larisch, Juan Orth, después de vivir largo tiempo en los montes Tangla, en China, bajo el nombre de Giovanni Orterro, y acompañado siempre de Milli Stubel y uno de sus marineros, el persa Bechir, se habría retirado al valle de las rosas en Irán, donde terminó sus días apaciblemente, muchos años después de su pretendida desaparición.

"La corte de Austria supo siempre dónde se encontraba Juan Orth, pero guardó celosamente el secreto de su retiro", afirma María Larisch.





Una colonia
fresca como
brisa marina

COLONIA
CANOE

Dana

M. R.

LEEMOS y escuchamos a menudo acerca de las reacciones de los hijos adoptivos hacia sus nuevos padres, y de su amor o desapego por ellos. Pero, ¿qué sabemos de los sentimientos de esos padres? ¿Cómo se sienten al asumir la tremenda responsabilidad de educar hijos que no son suyos?

Mi mente retrocede a un verano, hace ocho años, cuando Felipe, nuestro hijo adoptivo, tenía trece años. En esa misma época nació mi hija Verónica. Recuerdo la preocupación que se traslucía en la cara de mi marido después de haber hablado con Felipe, una noche que el niño se encerró en su cuarto. —¿Crees que convendría que yo fuera ahora a hablar con él? —le pregunté preocupada.

—No; déjalo solo. El muchacho ha recibido un gran golpe. Todo su mundo se ha derrumbado. Déjalo solo, por favor.

Mi mirada se dirigió al retrato de Felipe. Era un lindo niño, de rasgos puros y cabello rizado. La gente que ignoraba que no era hijo mío decía que tenía mis ojos; pero yo encontraba que no había tal parecido.

—No es justo. ¿Le aseguraste cuánto lo queremos? —le pregunté con amargura—. ¿Te dijo quien se lo había contado?

—No quiso decirme nada. Sólo que sabía que no éramos sus verdaderos padres.

—Y pensar que creía que su silencio al volver del colegio hoy se debía a que tenía celos de su nueva hermanita —comenté—. Ni siquiera mira a Verónica. Ojalá acceda a quedarse con nosotros durante este año. ¿Qué haremos?

—Por ahora, nada. No podemos decirle a un niño de la edad de Felipe: "Mira, hijo, te escogimos a ti entre muchos", o cualquier otra frase parecida. A los trece quiere saber a quién pertenece, desea ser igual a sus otros amigos. Tomó la fotografía de Felipe y se quedó contemplándola. Ahora tampoco me censuró por no haberlo dejado decirse antes o no habérselo explicado yo, como él quería.

—Me siento tan desgraciado, Nora —murmuró finalmente. Yo asentí en silencio.

Las semanas siguientes transcurrieron en la misma forma. Afortunadamente, los preparativos para el ingreso de Felipe al liceo y la niña no nos daban tiempo para preocuparnos de nada. Pero no era igual que antes. Nuestro hijo día a día se encerraba más en sí mismo. Pasaba todo el tiempo leyendo en su pieza y hasta había dejado de ver a Roberto, su íntimo amigo. Varias veces vi a su compañero alejarse de nuestra casa perplejo y desanimado, hasta que por fin dejó de venir.

Yo estaba terriblemente preocupada; pero José seguía insistiéndome que no le dijera nada al respecto. Además, ¿qué podía decirle? Felipe sabía que lo queríamos. Tenía todo lo que un niño normal puede desear: cariño, cuidados y buena salud. Todo. Sin embargo, no sabía quiénes eran sus padres y esto lo tenía abrumado.

Un día de octubre tenía los nervios tensos como cuerdas. Un viento helado golpeaba la lluvia contra las ventanas. Verónica estaba caprichosa, y José se encontraba fuera en viaje de negocios.



No habían venido de la lavandería y yo estaba lavando a prisa sus camisas, tarea que no era muy de mi agrado. A las cuatro, cuando Felipe llegó del colegio, mi cabeza parecía a punto de estallar. Puse el despertador y le dije que descansara hasta las seis, hora de la comida de Verónica. Asintió con indiferencia. Ya no se preocupaba de mí como antes. Tristemente me encogí de hombros y me fui a acostar. Me desperté sobresaltada y encendí la

Lo condenó la

luz para ver la hora. Eran casi las siete. Corrí al cuarto de Verónica y allí me detuve en el umbral. Felipe estaba sentado en un sillón, con la nena en los brazos, dándole la mamadera. Sentí que algo me oprimía la garganta. Quería llorar.

Me miró y se llevó un dedo a los labios. Juntos acostamos a Verónica y salimos en puntillas. Yo estaba temblando. Sólo deseaba poder decir o hacer lo apropiado para recuperar su cariño.

—¿Se te pasó el dolor de cabeza? —me preguntó, y su voz era jadeante, como si hubiera corrido una enorme distancia.

—Totalmente; pero me muero de hambre. ¿Se te ocurre algo para remediarlo?

—¿Qué te parece un sandwich? Me rei; era ésta su golosina preferida. De pronto el ambiente en la cocina se volvió acogedor, como en los viejos tiempos.

Conversamos de muchas cosas. Me contó con tono indiferente por qué no había ingresado al equipo de fútbol del colegio. No le tenía simpatías al capitán y no podía tolerar su compañía.



De súbito se hizo un pesado silencio entre nosotros. Un silencio que nos separó.

Felipe abordó con gran esfuerzo el tan temido tema.

—Papa dice que no debo hablar de esto todavía, mamá; pero hay tantas cosas que quiero saber... —murmuró, interrumpiéndose.

Le sonrei y traté de ayudarlo con todo el amor y la comprensión de que era capaz.

—Yo también creo que es tiempo de

Sólo entonces comprendí el terrible dilema que Felipe había tenido que afrontar. Se sentía tan orgulloso de mí como su madre y de José como su

de Felipe, hiriéndolo cruelmente. Pero ya no había remedio; mi problema era palpable.

Sacudió la cabeza.

—Parece que te gustan las complicaciones, Nora. ¿Qué vas a hacer ahora con el niño? ¿Mandar a la cárcel?

mu jer a quien llamaba madre

que hablemos. Pregúntame todo lo que quieras saber.

—¿Conociste a mis verdaderos padres? Aquel "verdaderos" me hirió muy hondo.

—Conocí a tu madre... —empecé.

Y entonces le conté lo que sabía. Mientras me reponía de la pérdida de mi primer hijo, conocí en la clínica a la madre de Felipe. Había tenido un accidente automovilístico, en el cual murió su marido. Como la mayoría de la gente en estas circunstancias, nos hicimos amigas. Nos comprometimos a que si le sucedía algo a ella, yo me encargaría del niño que esperaba.

—Ella murió, Felipe. Murió cuando tú naciste. Naturalmente que tuvimos que seguir todos los trámites para la adopción. Investigaron nuestra vida hasta convencernos de que seríamos los padres adecuados para ti. —Sonrei—. Eso es más de lo que se exige a los verdaderos padres.

—¿Y nadie, mis abuelos, por ejemplo, se interesó por mí?

Este hecho a menudo me había preocupado. Hubiera preferido que no tocara ese tema.

—Nadie se presentó a reclamarte... —repose brevemente.

padre. Pero, ¿podía eso explicar el miedo que veía asomar a sus ojos? No lo creía así.

—¿Qué le sucede a Roberto? ¿No viene ya a verte? —pregunté.

Agachó la cabeza y no me miró; era una nueva costumbre que me desesperaba.

—Roberto escuchó la conversación que tuve con Jorge en el estadio. El también lo sabe.

Entonces, por fin, pude sacarle la terrible historia. Me contó la envidia y la rivalidad que se habían despertado entre él y Jorge en el estadio, y los constantes esfuerzos de éste por romper la amistad de Felipe y Roberto. Un domingo, los padres de Jorge fueron a verlo jugar, y al día siguiente el muchacho sometió a Felipe a un interrogatorio, que, aunque inocente, era apremiante. En seguida le lanzó delante de todos sus compañeros la terrible verdad.

—Estás tan orgulloso de unos padres que no son los tuyos. Mamá me dijo que tú eras hijo adoptivo. Un tiempo viviste al lado de nosotros.

Me consumía una ira incontrolable. Al cabo de tantos años, la maldad de un niño había derrumbado las ilusiones

—¿Alteró la amistad de Roberto hacia ti lo que dijo Jorge?

—No; pero sí mi amistad por él —declaró.

—Pero, ¿por qué, Felipe?

—Sólo sé que es así.

—Pero te estás alejando de todos nosotros, Felipe. ¿Por qué? Yo deseo ayudarte. Quiero que mi hijo sea de nuevo tal como solía ser.

Alzó los ojos y murmuró en un susurro:

—Tengo miedo.

—¿Miedo? —grité—. ¿Miedo de qué?

—Mi padre quizá era un convicto, un ladrón... hasta un asesino...

—Tontito, ¿cómo puedes pensar eso? —me acerqué y cogí sus manos.

—Tú no lo conociste —insistió con porfía.

—Bueno, y si hubiese sido así, ¿crees que por eso tú deberás hacer lo mismo?

—Tal vez —dijo en voz baja—. No debería habértelo dicho, no pensaba comentarlo con nadie. Pero lo he hecho. Me he atormentado desde que supe que no era hijo tuyo y de papa. A menudo

(Continúa en la pag. 24)

Faldas y blusas

Ofrecemos a nuestras lectoras el molde de una linda blusa hecha con género a rayas. Para confeccionarla se necesitan 1,90 x 0,90 m. El cuello es de piqué blanco, y se requiere 0,10 x 0,90 m. de este material.

NOTA: Se ruega a las lectoras que solicitan moldes, que manden un sobre estampillado con el nombre y dirección para su pronto despacho: los sobres tipo escuela no sirven. Se ruega enviar \$ 20.— en estampillas de correo. Los pedidos que no tengan estos requisitos no serán tomados en cuenta.







Lo condenó la mujer...

(Continuación de la pag. 21)

trate... de tomar cosas que no me pertenecían. Por primera vez el temor se apoderó de mí. Miré a mi hijo adoptivo y traté de sonreír y disfrazar así mis verdaderos pensamientos.

—Sólo imaginando que era hijo de ustedes me resistía a hacerlo —continuó el muchacho—. Pero ahora, ahora... Hundió la cabeza en sus brazos y los sollozos estremecieron su cuerpo delgado.

En mi ansiedad por calmarlo, cometi una tontería. Lo supe en el momento que lo dije. Le prometí que yo o José iríamos al orfanato en busca de antecedentes sobre sus parientes. Cuando volvió mi marido de su viaje le conté lo que había hecho.

—¿Nunca te detuviste a pensar que había algo no muy claro en la adopción? —me preguntó—. La madre de Felipe firmó un papel en el que nos pedía nos quedásemos con el niño; pero, ¿trataron las autoridades de buscar a sus verdaderos parientes? ¿Por qué no dejas las cosas tal como están? —insistió mi marido.

—Pero este constante cavilar arruinará su vida. El necesita saberlo. En todo caso, no creo que dos personas que tuvieron un niño tan bueno como Felipe hayan hecho alguna vez algo indebido. —El ambiente también cuenta, Elena —argumentó impaciente mi marido—. No olvides que nosotros lo educamos. No podía contestar a eso. No le conté que Felipe me había confesado que a veces se sentía inclinado a robar. Temí que José no lo comprendiese. Ese sería mi secreto... un secreto que pesaría enormemente durante toda mi vida.

José me llevó al orfanato y entré allí sola.

El director me recibió con simpatía. En seguida le conté respecto a Felipe y a Verónica y al espantoso descubrimiento que mi hijo había hecho en el colegio, además de su determinación de encontrar a toda costa a sus parientes. Abrió un archivo.

—¿Miramos juntos sus antecedentes? —me preguntó.

Asentí. Traté de mantenerme serena mientras él leía su informe con voz distraída. Pero repentinamente yo también comencé a sentir miedo. Su voz se hizo dura y forzada.

El padre de Felipe había sido un convicto. Había asaltado un banco. Hasta el automóvil que manejaba cuando ocurrió el accidente que le costó la vida había sido robado. Casi un año demoró la policía en encontrar a su esposa y completar las averiguaciones. Luego nosotros habíamos adoptado a Felipe y, por consiguiente, el proceso había terminado.

El director se detuvo y me miró con cara de tristeza. Con esfuerzo sobrehumano logró articular algunas palabras.

—Nosotros no podemos decirle eso. Es un muchacho orgulloso y sensible.

—La comprendo perfectamente. El niño no tiene por qué saberlo —comentó comprensivo el director.

—Pero querrá ver el informe. —Entonces, le sugiero le digan que nosotros no pudimos suministrarle nin-

gún dato. Esto es algo que suele suceder a menudo.

Al alejarme, el miedo me corroía como un cáncer. Me preguntaba si podría ser de nuevo feliz.

En el automóvil le conté a José el resultado de mi visita.

—¡Es mejor que no hubiera venido! —me lamenté con amargura—. No volveré a tener paz en mi mente.

—Sería esa mi recompensa por todos los años de amor, cuidado y esfuerzo? Veía a Felipe como un ladrón empedernido. Recordaba el gesto solapado que escondían sus ojos.

—Parece que te gustan las complicaciones, Nora —me dijo mi marido esa

Arcos de agua

En el jardín, un estanque;
en el estanque, una fuente,
y en la fuente, un surtidor;
y el agua que, en mil fi-

guras,
se combina transparente
con insistente rumor.

—¿Adónde vas, agua? Di.
—Quiero hasta el cielo lle-

gar,
pero las fuerzas me fallan,
y al no poder subir más,
con laxitud me derrumbo.
deshecha en lágrimas ya.
Látigos de ninfa clara,
fustas de puro cristal;
sois intentos ideales
malogrados sin cesar;
fracasos de aspiraciones,
¡trallazos de realidad!

Pero como el agua es lim-

pia
y se columpia al bajar,
y como forma dibujos
que encanto a la vista dan,
no ceséis en vuestros giros
y en el aire restallad.

—¡Quién viera cien surti-
dores
con cien chorros a la par!
¡Quién tuviese una arque-
ria
de látigos de cristal!

GUILLERMO
FERNANDEZ
SHAW
(español).

noche—. ¿Qué vas a hacer ahora con el niño? ¿Mandar a la cárcel? Entonces me di cuenta de que él jamás comprendería mi angustia. Sacudí la cabeza y guardé silencio.

—Lo que más necesita ahora ese muchacho es nuestro amor y nuestra confianza —murmuró José, abrazándome—. Espero no tener que cederle demasiado.

Sólo oí la palabra "confianza". ¿Por qué la había dicho? ¿Solamente por no haber encontrado otra más ade-

cuada? Pobre ingenuo y despreocupado José.

¿Cuántas veces me repetí interiormente "amor y confianza"? Pero no me sirvió de nada. Quería a Felipe; pero ya no confiaba en él. Siempre me sorprendía estudiando su cara. "Tiene los labios demasiado delgados para que sea un muchacho correcto. Su barba es débil mirada desde este ángulo. Y sus ojos soñadores tienen una mirada vaga y perezosa."

Me odiaba a mí misma por esto y trataba de hacerle algo agradable al muchacho. Pero nos seguiríamos apreciando con esa sensación de miedo y de desconfianza. A pesar de todo cuanto hacíamos, ya no éramos felices como antes.

Cuando José volvió de un viaje que duró casi un mes, debió darse cuenta de que había cambiado la atmósfera de nuestro hogar. Sin embargo, se mostró alegre y risueño.

Una mañana dejó un billete en la mesa del living para hacer un pago, y cuando lo necesitábamos ya no estaba en su sitio. Yo solucioné el problema con dinero que saqué de mi cartera; pero en cuanto despaché al empleado me lancé en una desesperada búsqueda. Mi cerebro martillaba incansablemente: "¡Dios mío, no permitas que Felipe haya hecho esto!" Pero el dinero no lo encontré en ninguna parte.

A la hora de comida le pregunté a José si él se lo había llevado.

—No; ¿por qué iba a hacerlo? —preguntó.

—No sé. Tal vez lo llevaste para cambiarlo. —Miré a Felipe a través de la mesa, pero el muchacho desvió sus ojos—. ¿Tú tampoco lo viste, Felipe?

—No —respondió a la defensiva.

—¡Maldita sea! —dijo José—. El dinero no se arranca solo. Lo buscaremos después de comida, ¿no es cierto, Felipe? —y le cerró un ojo al muchacho. Dos días más tarde Felipe trajo de vuelta el famoso billete. Una tarde me lo entregó, murmurando:

—Lo encontré en el colegio, escondido entre mis libros. Los tenía encima de la mesa, como tú sabes.

Se dio media vuelta y corrió escalera arriba. Debí haberlo seguido para decirle que le creía, pero no pude hacerlo. Era una helada mañana de un sábado. José había partido en otro viaje que duraría dos semanas. Me preguntaba con ansiedad qué habría pensado con mi desesperada carta escrita el día en que Felipe se negó a ir al colegio y se quedó encerrado en su dormitorio.

Ahora deseaba no haber hecho alboroto. Felipe desde entonces parecía sentirse muy desgraciado. Sabía que le había escrito a José, pues se lo conté a través de su puerta. Si había algo que mi marido tomara en serio era la educación del muchacho.

Apenas dejó sus maletas y me dio un beso a mí y a Verónica, gritó a Felipe para que viniera a saludar a "su viejo". El niño se demoró un rato, pero finalmente apareció en el living, y le murmuró un saludo.

José demostró ignorar su mal humor y su aspecto desaseado. Sacó unos papeles del bolsillo y se los pasó con naturalidad.

—Eso es algo que tal vez te interese. Es la relación de tu caso. Tuve un negocio con uno de los directores del orfanato y le dije que era una vergüenza lo difícil que era encontrar un expediente en dicha institución. Si tú quedaste satisfecha con lo que te dije, Nora, no sucedió lo mismo conmigo. Resultó que habían confundido dos casos. Eran muy parecidos; los segundos apellidos iguales y las mismas circunstancias, sólo con una diferencia. Se llevaban dos años de por medio. Es-

taba seguro de la edad de mi hijo. Después de todo, tenía sólo dos semanas cuando lo adoptamos y no dos años.

—¿Y? —pregunté sin aliento.
—Establecieron que el padre de Felipe había sido un médico brillante —dijo mi marido indicando los papeles—. El y su mujer volvían a su casa cuando sucedió el accidente.

—¡Ya me acuerdo! —grité exaltada—. Ella me contó que habían ido a comprar duraznos. ¿Cómo no lo recordé antes? Dos criminales no se ocupan de tales cosas.

José me dió una larga mirada y continuó diciendo:

—El informe también demuestra que los padres de la madre vinieron después a reclamar al niño; pero, como eran muy viejos y de salud precaria, los convencieron de que se desistieran. Todos sentíamos una alegría contagiosa. ¡Parecía un milagro!

Miré a Felipe y pensé: "Ha nacido de nuevo ante mis ojos".

El muchacho escuchó sin hacer un gesto la relación que le hizo José. Después desdobló los papeles y los leyó. Vi que le temblaban las manos y que un brillo de confianza iluminaba de nuevo sus ojos. Levantó los hombros en un gesto de orgullo.

Nunca más recuperaría a mi antiguo Felipe. Ahora era un muchacho diferente. Más adulto, más pensador. José tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando él se ausentara, el muchacho me cuidaría a mí y a Verónica.

El amigo de Felipe volvió de nuevo a nuestra casa, y nada pareció mejor para borrar totalmente esa etapa desgraciada que tener con nosotros la cara redonda de Roberto.

—Señora mamá —me informó un día Felipe, sentado sobre la mesa de la cocina, mientras comía galletas remojadas en leche—, tu hijo piensa ser también un gran médico.

—Bueno, tendrá a mis futuros hijos como clientes, pero no a mi mujer. Eso jamás —bromeó José—. Por nada se la entregaría a un hombre tan buen mozo.

Eso fué hace ocho años. Hoy, en la primera página del diario, aparece el retrato de Felipe. Debajo de él hay la siguiente lectura: "... y se ha recibido de médico con las más altas distinciones".

José también se siente orgulloso.

—Tengo que hacerte una confesión, Nora. El primer informe que te dieron de los padres de Felipe era el verdadero. El segundo fué adulterado y cambiado de fecha. Tuve que usar de toda mi persuasión para conseguirlo —me explicó José.

Miré a mi marido y vi sus ojos suaves y sinceros. Guardé silencio, porque no encontraba las palabras.

—No trato de disculparme, Nora. Los observé a ambos durante ese terrible invierno, y vi que estaban poseídos por el miedo. Sabía que me ocultaban algo. Lo comprendí cuando te trastornaste tanto por la pérdida de ese dinero. Una vez le robé a mi madre un billete y no terminé siendo un ladrón. Tú exageras y dramatizas un poco las cosas. Comprendí que sólo había un medio de curarte, y era dándole a Felipe lo que necesitaba: confianza. Ahora ya no la necesita. Pero...

—Comprendo —respondí con humildad—. Yo la necesito.

—No te quiero decir eso, mi amor. Sólo deseo demostrarte que, a pesar del atavismo y del ambiente, Dios nos ha hecho individuales.

—Algunos más grandes que otros —le respondí, cogiendo su cabeza entre mis manos.



GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIANDONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ella una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

tu historia

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídete a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo
O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON

Proezas aritméticas



EL TOTAL MILAGROSO

Es una experiencia muy curiosa, que sorprendera aún a los matemáticos. Píde a alguien que escriba un número de seis cifras. En seguida, escribe tú el mismo número en un pedazo de papel, restando 3 a la cifra de las unidades, y colocando un 3 a la izquierda, como cifra de millones. Si la persona ha escrito, por ejemplo, 875327, tú escribirás en tu papel: 3875324. Después guardarás este papel en tu bolsillo. Toma en seguida la hoja en que está escrito el primer número, y ruega a la persona que escriba otro número de 6 cifras. Vuelve tú a escribir un número debajo, haciendo que cada una de sus cifras sea el complemento para sumar 9. Si la cifra de encima, pongamos por caso, es 7, tú escribirás 2; si la cifra es 5, escribirás 4, etc. Después le tocará nuevamente a la otra persona escribir un número de 6 cifras, y a ti, hacer de nuevo lo ejecutado anteriormente. Repite tres veces esta doble operación, lo cual, con el número ya escrito, dará una suma de 7 números. Tira debajo una raya, y, sacando triunfalmente el papelito que guardaste en tu bolsillo, puedes decir: ¡Aquí está el total!

He aquí un ejemplo: La persona a la cual se lo pediste escribió: 875327. Tú preparaste tu total: 3875324.

Las demás operaciones fueron:

La persona escribió	875327
La segunda vez la persona escribió	341618
Tú escribiste	658381
La persona escribió	493648
Tú escribiste	506351
La persona escribió	181632
Tú escribiste	818367
Y el total es exactamente	3875324

E

L VIENTO agitaba las ropas que había colgadas en el patio de mi casa. Al lado, mi amiga Betty entonaba una canción, mientras lavaba su ropa. Algo en el ambiente anunciaba buen tiempo, y por eso me sentía alegre. Volví a la realidad, al recordar que Elisa y Jorge, mis hijos, volverían pronto del colegio y debía tenerles preparado el té. Contemplé desalentada el montón de ropa, ¡parecía que todas las semanas había más sábanas, camisas y calcetines que lavar! Tal vez fuera que la vida matrimonial era demasiado pesada para mí, después de ocho años de esfuerzos. Las mismas labores monótonas día tras día, semana tras semana, año tras años... la rutina me descorazonaba.

Betty se acercó a la reja que separaba nuestras casas y me llamó. Al verla, no pude menos que preguntarme si me vería yo tan despeinada y marchita, como ella. Bueno, ¿y qué? Una esposa y madre no tiene tiempo para dedicarse a su arreglo con un marido que regresa temprano del trabajo y dos niños en edad de ir al colegio. Por otra parte, ¿importa la apariencia física después de ocho años de matrimonio? Estaba segura de que no, pues el marido ni siquiera la mira cuando regresa a casa. Por lo menos, Jaime no lo hacía jamás. Llegaba preocupado, se acostaba y, por las mañanas, leía el periódico para luego partir nuevamente a la oficina.

De pronto, me sentí intranquila. Hubo un tiempo en que Jaime se daba cuenta de mi hermoso cabello rizado, de mi esbelta silueta y de toda la ropa que usaba. Y también tenía tiempo para dedicarlo a mí, o, por lo menos, se ingeniaba para tenerlo. En ese entonces me preocupaba de estar siempre arreglada y elegante para él. Nunca me importó lo que pensara el resto de la gente; para mí, sólo contaba Jaime.

“¡Qué loca soy!, así es la vida —pensé—. Esto les sucede a todas las esposas.” ¿Qué me pasaba? Tal vez el sol me hacía recordar cosas y sensaciones pasadas. Me encogí de hombros, tratando de rechazar estos pensamientos. A duras penas me alcanzaba el tiempo para las tareas de la casa, menos podía malgastarlo en sueños.

Mientras me volvía hacia la casa, una alegre voz me llamó desde la otra verja. Me detuve y vi a Sara, una jovencita que vivía al otro lado de mi verja. Sus ojos azules parecían trocitos de cielo, su piel era tersa y suave, y la brisa movía suavemente su cabello dorado. En ese instante, me dijo: —¿Hermoso día, verdad?

—Sí, en realidad, muy hermoso. —Por lo menos para mí, es muy hermoso —me tendió su mano derecha y vi brillar en su dedo anular un anillo de brillantes—. Pedro me lo regaló ayer. Nos casaremos en mayo.

No me sorprendió la noticia, pues a menudo los había visto juntos y demostraban estar muy enamorados. Sin embargo, comprendí que la niña esperaba que me sorprendiera gratamente por ello.

—Me alegro, sé que serán muy felices. Pedro es un muchacho muy afortunado al casarse contigo —le dije sonriente.

—Yo soy la afortunada. ¿No le parezco un poco tonta? Nos amamos tanto. Pero al verla a usted tan reposada, me parece absurda mi actitud. Naturalmente, que usted también ha sentido alguna vez esta misma sensación —me replicó.

—Sí, la sentí una vez. Trata de ser muy feliz... —de pronto me sentí emocionada y me incliné a besarla.

—No tendré que esforzarme para ello. Ya lo somos —me replicó radiante de felicidad.

—Me tengo que ir, los niños van a llegar de un momento a otro —le dije. Permanecí contemplándola, mientras se alejaba. “Sé que serán muy felices”, le había dicho, pero no agregué: “mientras dure esa sensación de felicidad sin límites y el encantamiento de los primeros meses de matrimonio”.

Penetré en mi casa y preparé el té para los niños y los vigilé mientras lo tomaban. Luego salí de compras al mercado y volví tarde a casa. Tenía que recoger la ropa y preparar la comida. Me sentía cansada. Conté el dinero que me quedaba y me contemplé en el espejo. Debía hacerme una permanente, pero no podía gastar tanto dinero. Tendría que pedirle más para la comida, y Jaime se molestaría. No era avaro conmigo, pero estaba ahorrando para un traje nuevo que necesitaba, pues debía concurrir a su oficina decentemente vestido.

Me senté en una silla de la cocina y, maquinalmente, empecé a preparar la comida. En esto consistía la vida conyugal de la mayoría de los matrimonios. Sentí que algo muy bello de mi existencia se había perdido para siempre. Hacía mucho tiempo que esta sensación se venía apoderando de mí, y ahora la había hecho renacer el brillo de los ojos de Sarita, al contarme su compromiso. ¿Dónde estaba la risa con que Jaime y yo discutíamos nuestros problemas durante los primeros meses de matrimonio? ¿Dónde, esa sensación de intranquilidad y zozobra, hasta que llegaba por las tardes? Me veía nuevamente, parada en la puerta, esperándolo ansiosa. ¿Y sus besos anhelan-



Encontramos nuevamente el amor

*¿Qué sucedió con nuestros sueños?
Fué como si los años hubieran
transcurrido imperceptiblemente y
de pronto esos sueños olvidados
revivieran!*

—Jaime me comprendió. Una vez más estábamos unidos para revivir nuestros sueños de juventud y alzarlos muy altos y sostenerlos muy firme y para siempre.

tes cuando me estrechaba en sus brazos? ¿La mirada de sus ojos cuando nacieron los niños? ¿El modo cómo gozábamos con las cosas más pequeñas?

Era muy triste lo que ahora nos sucedía. Si nos amábamos ¿por qué esta indiferencia, esta monotonía, este "darlo por establecido"? ¿Por qué este desamor? ¿Siempre desaparecían en el matrimonio los raptos pasionales del amor? Entonces, ¿qué restaba?

Decidida, me puse de pie. No era aún demasiado tarde para romper esta rutina que estaba envolviendo nuestras vidas. Subí al segundo piso y empecé a cepillar mis cabellos con vigor, luego me coloqué una bata de casa elegante y me arreglé cuidadosamente el rostro. Cuando servía la comida me sentía ocho años más joven. De pronto, el pequeño Jorge me dijo asombrado:

—¡Mamá, qué hermosa estás hoy!

Jaime alzó la vista y me sonrió, diciendo:

—Efectivamente, estás muy hermosa, Cecilia.

¿Qué estúpida había sido al no cuidar mi apariencia para parecer hermosa ante el único que me importaba en mi vida! Pero, gradualmente, iba dejando que se posesionara de nosotros la monotonía diaria.

No le pedí dinero; en vez de ello, le rogué que me contara cómo le había ido en la oficina y demostré gran interés en sus negocios. Ante mi extrañeza, me sentí verdaderamente interesada en ellos.

Esa noche, decidí tomar una resolución para salvar nuestro matrimonio del desamor.

Durante la semana siguiente, empecé a ahorrar de aquí y de allá, hasta juntar un poco de dinero extra. Me había propuesto un plan de acción para revivir los sueños de amor muertos en mi matrimonio. Debíamos encontrarnos

nuevamente, a nosotros mismos, alimentar nuestro amor y cuidarlo celosamente, de manera que nos alumbrara para el resto de nuestra vida. El amor no tiene ni edad ni límite. El amor es un apetito de la especie humana, una necesidad que da vida, significado y felicidad. Y nosotros estábamos a punto de perderlo.

Era sábado y decidí que debía poner en práctica mis proyectos. Me peiné y arreglé cuidadosamente y me coloqué un vestido rosado, que durante la semana había transformado a la moda. Luego me dirigí a la puerta, como en nuestros buenos tiempos, y esperé ansiosa el regreso de mi marido.

—¿Qué pasa? —me preguntó al verme—. ¿Estamos convidados a alguna parte?

—Estás invitado a salir conmigo —le respondí riendo.

—No comprendo —me dijo extrañado.

Lo acompañé al living y le dije que había decidido que era tiempo que nos divirtiéramos un rato los dos, como lo hacíamos en nuestros primeros años de matrimonio.

—Divertirse cuesta caro, Cecilia.

—No tanto; mira, he ahorrado algo durante esta semana. Salgamos juntos, ¿no te gustaría? Hace tanto tiempo que no lo hacemos.

—Pobre niña, te lo mereces —me replicó serio y luego agregó:— Espera un momento mientras me visto. —Poco rato después, salíamos del brazo.

—¿Dónde vamos? —me preguntó Jaime.

—Primero podemos ir a un cine, luego comeremos hot-dogs y café, como cuando estábamos de novios.

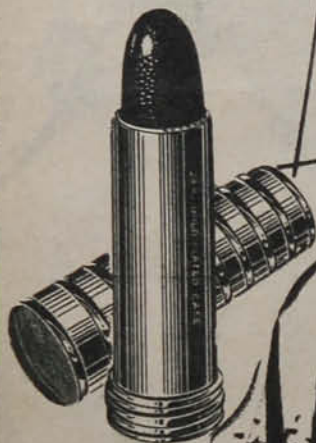
—Debía haber ahorrado yo también —me respondió Jaime, tristemente.

(Sigue a la vuelta)

Una verdadera

Joya

TAMAÑO GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO
24 K.

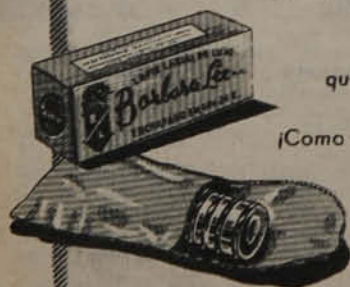


Cada estuche
con su bolsita

de género especial

que le brinda protección

¡Como a una verdadera Joya!



Lápiz Labial de Lujo

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

—Tenemos lo suficiente. Será una aventura deliciosa. Hace tiempo que no salíamos a ninguna parte. ¿no es cierto?

—¡Cielos, no! ¡Pobrecita, cómo te he tenido de olvidada! No me daba cuenta... —de pronto, penetró en una dulcería y salió con una caja de chocolates.

—¡Toma, mi amor, a ti te gustan tanto los chocolates!

En medio de la obscuridad del teatro sentí que su mano buscaba la mía.

—Como en los viejos tiempos —me susurro.

“Mejor que en los viejos tiempos. Nos estamos encontrando mutuamente de nuevo”, pensé. En un principio, temía que Jaime no colaborara conmigo en esta búsqueda del amor perdido, pero estaba feliz de mi ocurrencia. Al salir del teatro fuimos a comer sandwiches y café.

—Qué agradable estar juntos —me dijo, y por primera vez noté las arrugas que los años habían marcado alrededor de sus ojos.

—Tenemos que salir más a menudo, Cecilia. ¿Por qué hasta ahora, no lo hemos hecho nunca?

—Porque estábamos en un error, mi amor; pero ahora todo se arreglará. —Nuestros ojos se encontraron en el espejo que había frente a nosotros.

—Estás muy hermosa. Te ves más joven. ¿Es nuevo ese vestido?

—No.

—¿El sombrero?

—No.



Según una publicación norteamericana, las mujeres consideran un mismo vestido:

Indecente: 10 años antes de su época.

Desvergonzado: 5 años antes de su época.

Atrevido: 1 año antes de su época.

Elegante: en su época.

Pasado de moda: 1 año después de su época.

Detestable: 10 años después de su época.

Ridículo: 20 años después de su época.

Divertido: 30 años después de su época.

Curioso: 50 años después de su época.

Encantador: 70 años después de su época.

Romántico: 100 años después de su época.

Hermoso: 150 años después de su época.



—No recuerdo habértelos visto antes.

—Porque no me mirabas hace mucho tiempo —le dije suavemente.

Dió vuelta la cabeza y me contempló un largo rato. Luego suspiró y me dijo:

—Tienes razón, he estado ciego todo este tiempo.

Al salir nuevamente a la calle, soplaban un viento fresco. La noche caía. Me tomé del brazo y empezamos a caminar sin destino. Luego, por mutuo acuerdo, nos dirigimos al parque. Encontramos un banco en sombras y nos sentamos. El brazo de Jaime rodeó mis hombros. Me incliné hacia atrás. Me dijo con voz un tanto sorprendida:

—Es curioso, me siento nuevamente joven, Cecilia; me alegro de que me hayas hecho ver mi error.

—He estado pensando mucho acerca de nosotros últimamente, Jaime. ¿Me escuchas? Nuestro matrimonio se estaba tornando muy monótono, ¿no es cierto? Algo se había perdido... Nos amamos, pero descuidábamos lo más precioso en el mundo. Temo que la mayoría de las parejas lo hagan. El amor de la juventud no dura siempre, ¿no es cierto?

Dió vuelta el rostro para contemplarme mejor. Proseguí diciendo:

—Pero, Jaime, existe algo más fuerte que el amor de los jóvenes. Los años de unión crean otra clase de amor más poderoso, más profundo, más maduro, ¿no lo crees así?

—No lo sé, pero estoy de acuerdo contigo en que no hay que permitir que muera el amor romántico. Uno se acostumbra a su mujer y se olvida de que es un ser humano.

—Ese es el problema, nos acostumbramos el uno al otro y ya nada nos emociona. Luego permitimos que cualquier

cosa esté primero en nuestras vidas que nuestro cariño, que lo damos por seguro.

Me abrazó más estrechamente:

—¿Por eso planeaste esta salida

—Sí.

—¿Para probarnos que aun podemos ser compañeros alegres y despreocupados?

—Para demostrar eso y mucho más...

Me acercó hacia él. Cuando habló, su voz era baja y profunda:

—¡Dios mío, la gente es loca! ¿Recuerdas cómo acostumbrábamos sentarnos en este mismo parque a soñar con nuestro hogar, nuestros hijos y nuestra vida en común? Hemos hecho realidad esos sueños. Tenemos un hogar, hijos, nos amamos. Y, ¿qué hemos hecho con todo ello, Cecilia? ¡Nos hemos olvidado completamente de que es un sueño hecho realidad!

Apoyé mi cabeza en su hombro y le repliqué, entre lágrimas y risas:

—Aun, no es demasiado tarde...

—No; no lo es, amor mío.

—No volveré a atemorizarme ante mis labores de dueña de casa ni ante ningún sinsabor —le dije con entusiasmo—; nuestros deberes son los que nos hacen la dicha más completa.

—Me estaba preocupando demasiado de cosas sin importancia. Me alegro de que, finalmente, me haya dado cuenta de cuál es lo verdaderamente importante y cuál es lo superfluo —me dijo Jaime, besándome suavemente el cabello. Comprendí que ya jamás temería por nuestro cariño.

Más tarde le conté de esa mañana que colgaba la ropa

El lenguaje de las flores



ANÍS: Símbolo de la exactitud. Los chinos pulverizan su corteza y en seguida la quemaron. Antaño, como ese polvo demoraba siempre el mismo lazo en consumirse, les servía de reloj.

ACACIO: Los frutos de esta planta suenan entre los dedos cuando se aprietan. Se prestan así para jugar con ellos. Debido a esto, son el símbolo de una entretención liviana.

al viento y la visión que tuve de mi vecina, símbolo de lo que muchas esposas llegan a ser con los años de matrimonio. Y de Sara, símbolo de lo que eran antes de casarse y cuando sueñan con una vida llena de ilusiones. Los sueños no mueren por sí solos... uno los mata. Tal vez cambien, pero no mueren jamás.

Las novias deben leer mi historia y espero que comprendan. Las esposas que han estado casadas seis y siete años sé que lo harán. La tristeza de contemplar los sueños perdidos, la fugaz huida de los raptos de pasión que dejan un vacío tan grande en la vida.

Pero, no quiero hablar más de ello, porque los brazos de Jaime me sostienen firmemente y recliné sobre su hombro mi cabeza. Las luces del parque titilan en la semipenumbra del espeso follaje, la luna se alza majestuosa y una fresca brisa recorre los prados. Jaime me comprendió. Una vez más, estábamos unidos para revivir nuestros sueños de juventud y alzarlos muy alto y sostenerlos muy firmes y para siempre. Un día estuvimos en este parque llenos de alegría, hoy estuvimos, temerosos, pero, ahora, tenemos nuevamente confianza en nuestro futuro, pues acabábamos de cruzar esa línea peligrosa en todo matrimonio, cuando muere el idilio y todavía la vida en común no ha construido nada lo suficientemente firme como para ocupar su vacío. Pero ambos, con nuestro amor, nos sentíamos seguros de afrontar nuestro deber común. Nos costaría esfuerzos, pero el fin los justificaba. En un beso apasionado, así lo comprendimos, porque un solo ser no lo puede lograr, tienen que ser dos. Esto es lo que hace un verdadero matrimonio.

BODAS HISTÓRICAS

El matrimonio del futuro Enrique II y de Catalina de Médicis



EN UNA soleada tarde del mes de octubre de 1533 llega desde Niza a Marsella Catalina de Médicis, llamada a ser la reina de los franceses. Al son de las campanas y de trescientas bombardas que tiran balas al agua, la niña penetra en la ciudad. Esa muchachita vestida de blanco sólo tiene catorce años de edad, y su prometido, el príncipe de Orleans, futuro rey Enrique II, no cuenta tampoco con más.

La joven florentina tiene que armarse de toda su paciencia, pues la ceremonia de bodas tardará mucho en terminar. Pasan tres días antes que el Santo Padre, a quien todo Marsella espera, se deje por fin ver a bordo del navío portador del Santo Sacramento; le rodean ciento dieciocho cardenales. Le recibe el Condestable de Montmorency, pues Francisco I sólo llegaría al día siguiente, con sus tres hijos.

Pasan y pasan los días, y la novia-niña cree morir de aburrimiento, pues aún no ha visto a su prometido. En cambio, la ciudad de Marsella no se aburre: la fiesta durará dos semanas.

El gran organizador de este matrimonio es el Papa Clemente VII, quien puso todo su empeño en que se realizara. Por otra parte, Catalina de Médicis es su sobrina, y él se siente orgulloso de su éxito. En esa época, Enrique, el segundo hijo de Francisco I, no era el Delfín; pero el solo hecho de entrar en la casa de Francia, de vivir en la más suntuosa corte de Europa, era una de las más envidiadas de las dichas. Clemente VII había dotado a su sobrina con ciento treinta mil escudos.

Por fin llega el "gran día". Estamos a 12 de octubre de 1533.

Deslumbrante es el cortejo. Pocas bodas tan ricas se encuentran en la historia. Todos los caballos lucen ornados de suntuosos terciopelos, con flecos de plata. Catalina viste un traje de seda escarlata. En un palacio, el rey Francisco I espera a la novia, la cual, al verle, se arroja a sus pies. Es necesaria toda la bondad y gentileza del rey para calmar la gran emoción que paraliza a la joven princesa italiana. El rey de Francia presenta entonces a Catalina a su hijo Enrique: los novios se ven por primera vez. La historia calla sus reacciones. ¿Las tuvieron, en verdad? Recordemos que entre los dos apenas si cuentan con veintiocho años.

Durante el oficio religioso del matrimonio, Catalina viste de satén celeste, y una capa de armiño constelada de brillantes cubre sus frágiles hombros. Enrique lleva ropa de terciopelo blanco. El Santo Padre, en persona, rodeado de sus ciento dieciocho cardenales, bendice la unión.

Por suerte Catalina agrada al rey de Francia, lo que constituirá un precioso triunfo para el porvenir.



A NUESTROS CLIENTES

Sírvanse tomar nota de que, a contar del 24 de este mes, los números de los teléfonos de la Empresa serán cambiados por los siguientes:

3 9 1 1 0 1

3 9 1 1 0 2

3 9 1 1 0 3

3 9 1 1 0 4

3 9 1 1 0 5

3 9 1 1 0 6

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Avenida Santa María 076 - Casilla 84-D,

Santiago.

CAPITULO XII

Yo vivía en el tercer piso del hotel, y él en el cuarto. Al llegar a mi pieza, Conway miró su reloj: eran las seis y cuarto.

—Duerma mucho y bien, mi pequeña Sunny. No la podré ver hasta las tres. A las diez tengo que ir a la Embajada, para hablar respecto a nuestro ayudante y luego almorzaré con el agregado. Para esta tarde se anunció un profesor famoso. Es alemán, y quiere mostrarme una excavación. Entretenéalo mientras llego. No sea demasiado encantadora con él. Su nombre es Kraushaar.

Sin mayor despedida se perdió por el hall su figura alta y erguida. Lo miré y pensé que el alma de los hombres debía estar organizada de manera peculiar, pero no me perturbé con tal reflexión. Era muy feliz.

No pude dormir esa mañana. Me quedé en la cama con los ojos cerrados mientras las imágenes en mi mente eran tan confusas y desasosegadas como las que habían detrás de mi retina. Chispeantes rayos de luz, grises, verdes, y círculos rojos, rayas luminosas, serpentinadas, yombas ardiendo que venían y se iban. Sentía agrado en yacer entre estas olas burbujeantes. Yo era un rompeolas y las detenía.

Hacia el medio día tocó mi puerta un mensajero y me entregó una carta de Barta. El caballero esperaba abajo. Garrapateé unas líneas explicándole que no me sentía bien y que estaba en cama. Era otra despedida.

Nada de Barta ahora. Nada de conversaciones. Quería estar sola, pensar y soñar. Y, de pronto, como si fuera una advertencia contra el excesivo reposo, empecé a sentirme bien. Histeria, pensé. El amor pone a la gente loca, horrible e histérica. Trataba de persuadirme de que ahora me sentía bien de nuevo. Pero la bandeja del desayuno que me trajo la empleada a la cama, me era repugnante e hice que se la llevara inmediatamente. No podía soportar el olor a café, leche, mantequilla y pan fresco. Me hizo sentirme violentamente enferma.

Me receté sola usando primero una bolsa de agua caliente, luego una de hielo y después aspirinas. Pacientemente me tendí sobre la almohada. Tenía mucho tiempo para recuperarme antes de las tres de la tarde. Mi padre siempre decía que una buena debía pagarse con dos malas. Yo la pagaba con alegría.

Me sentía tan mal, que cogí mi diario y escribí. Repentinamente me encontré fuera de ese horrible cuarto. Era de nuevo ayer, oía la arena caliente y veía la amplia boca de la Esfinge y lo veía a él.

A las tres en punto el profesor Kraushaar me fue anunciado y obligadamente tuve que bajar al hall para recibirlo. Evidentemente hacía calor aún para lo acostumbrado en El Cairo, pues el hall estaba vacío, y, fuera de las moscas, el ruido de los ventiladores y un humilde viejecito que se me presentó como el profesor Kraushaar, no había señales de vida.

Yo no sentía ni frío ni calor. No experimentaba nada, y me parecía estar sentada bajo una cúpula de vidrio en una pieza sin aire. Era una sensación extraña. Pero uno siempre dice "extraño" cuando no existe otra explicación.

Le dije que mi jefe estaba en una conferencia muy importante y traté de iniciar una conversación, pero el profesor no quiso tomar parte en ella. Estaba obsesionado con el descubrimiento que había hecho. La momia de una princesa de la Decimooctava Dinastía. No había sido una excavación, en el verdadero sentido de la palabra: había sido un hallazgo en su propio jardín. Sin duda, esta momia la habían llevado allí los ladrones de tumbas, y luego la habían olvidado. Siendo alemán de nacimiento, quería plantar árboles en su jardín. Un alemán neto quiere tener su manzano y su roble aún en el desierto. Mientras cavaba para echar un fertilizador, su pala golpeó algo. Y así fué cómo él, un simple profesor de idiomas, encontró algo por lo cual pronto se peleaban todos los museos del mundo. Algo delicioso, original y único. Una princesa de la Decimooctava Dinastía. El describía a esta momia femenina como si se hubiera enamorado de ella.

Toda esta descripción era desagradable de oír. Tal vez me producía eso porque mi estómago estaba aún resentido. En todo caso, me sentí aliviada cuando finalmente llegó Roger.

—Buenas tardes, profesor —dijo—. Buenas tardes, señorita Sonia.

—Buenas tardes, señor Conway. Ni un pequeño indicio de lo que había sucedido ayer. "¡Hombres, hombres!", pensé. Y me di cuenta de que aún me quedaba mucho que aprender en la vida.

embujo Egipto

POR
VICTORIA
WOLF

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR

La noche misma que llegan a El Cairo, Roger invita a Sonia a salir. La velada se desliza en forma deliciosa y visitan toda clase de restaurantes para ver bailarines árabes e ingleses. Después van a contemplar la Esfinge, y allí Roger le dice a Sonia lo mucho que la quiere. Ella se siente dichosa pues para la muchacha ese hombre es su vida entera. Le explica lo que siente por la mujer de piedra, y le dice cómo ha esperado encontrar a la verdadera mujer capaz de comprender su infinita belleza. Después se van a la ciudad, y Conway le compra la Llave de la Vida, que, aunque es un símbolo, le abrirá las puertas hacia una existencia feliz.

El profesor continuó delirando ininterrumpidamente respecto a la princesa. Tenía el cuerpo más hermoso del mundo. Sus manos eran obras maestras, que ni el más experimentado hindú habría podido tallar en marfil. Su pecho era excepcional, y su boca una dulce promesa de esperanzas.

Observó a Roger. Se mantenía inescrutable e inmóvil.

—¿Por qué me explica a mí todos estos interesantes detalles? —le preguntó finalmente—. Usted sabe que yo no soy un comerciante de antigüedades.

—No pienso venderla —exclamó el pequeño hombre—. Quiero que me dé su aprobación como experto. Usted es el único en quien creo. Todos los otros están celosos, porque, sin ser de la profesión, he hecho tal descubrimiento. ¿Me comprende?

Roger comprendió y quiso saber dónde podían ver a esta princesa de la Décimooctava Dinastía. El profesor le explicó que poseía una casa en Heliópolis, algo lejos, en las vecindades de los trabajos de alcantarillado. Enviaría un automóvil, si su estimado colega fuera lo suficientemente amable como para ir al día siguiente. Tenía prisa, porque no quería perder un tiempo precioso, que necesitaba para sorprender al mundo profesional.

Cuando los turistas vinieran para la Navidad, El Cairo se habría enriquecido con tan sensacional descubrimiento.

Mientras hablaba, Bünzli, el encargado del hotel, entró al hall. Su oscuro traje de mañana reflejaba los cuidados de una esposa suiza. Dió cordialmente la mano al señor Conway y explicó que sólo ayer había vuelto de Bürgenstock. El clima era diferente en Suiza.

El señor Conway estuvo de acuerdo en que era muy diferente.

Entonces herr Bünzli se dirigió al profesor:

—Kraushaar, si no estoy equivocado. Creo que somos viejos conocidos.

El profesor se demostró amable, y dijo que había vivido en El Cairo durante veinte años, y por eso suponía que se habrían encontrado antes. Pero dejó establecido que sólo por educación reconocía este casual conocimiento.

Herr Bünzli se volvió de nuevo a Conway. Si necesitaba algún servicio especial, estaban en todo momento a sus órdenes, no sólo porque era primo del encargado del Hotel Winter Palace de Luxor. Mientras caminaba por el largo y vacío hall, uno podía ver que se daba gran molestia en su primera visita de inspección.

—Una criatura persistente —anotó el profesor Kraushaar—. No me gustan estos suizos con ese vocinglero despliegue de democracia. El encargado de un hotel que le da la mano a sus huéspedes. ¡Inaudito! Uno debe ser reticente, industrial, pero reticente. Durante veinte años he vivido solo para mí mismo. La gente es tan perversa. Le doy mi palabra, señorita, muy perversa.

—El encargado de un hotel difícilmente puede llevar su negocio dentro de la soledad —dijo Conway cortante. El profesor se levantó de pronto.

—Bueno, ¿a qué hora le mando mi coche mañana?

—A las nueve de la mañana. No podremos estar mucho rato. La señorita Sonia tiene que descansar. Está muy pálida.

Eso me lo decía a mí, como si el profesor ya no existiera. Yo estaba feliz de verme pálida.

Cuando se fué Kraushaar, Roger me preguntó:

—¿Qué le pasa, pequeña Sunny? Hoy brilla tan pálida como una luna enferma.

—El clima de El Cairo es diferente al de Suiza, si puedo decirlo así.

—Tiene que tomarse un whisky para recuperar su color.

—Prefiero un té y zwiwbach.

—Perfecto —convino—. Vamos a impresionar, al cantinero con su orden.

En el pequeño bar del hotel nos hundimos dentro de dos sillas de cuero. Roger me contó su impresión respecto al nuevo colega, de lo que le dijo el agregado de la Embajada, de lo que se necesitaba para hacer nuevas excavaciones,

y de los cambios habidos en el Gabinete egipcio. Los wahidistas también estaban empezando a amotinarse. Yo escuchaba cansada y feliz.

El coche del profesor estaba decorado con claveles rojos. Un sirviente con librea estaba sentado junto al chófer, como si se tratara de una boda.

Yo había dormido trece horas y me sentía de nuevo muy normal. Para mí, ser normal es estar bien, y sentirse bien.

(Sigue a la vuelta)



El profesor se adelantó con pasos reverentes. Roger, curioso, lo siguió de cerca.

COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso
es el único elaborado

con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sobria y deliciosa fragancia, su asombrosa suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.



Jabón

NIVEA

es ser feliz sin motivo. Naturalmente, cuando estuvimos solos nos sentamos muy juntos, y Roger puso mi mano dentro de su bolsillo. El mundo era hermoso.

Heliópolis es la parte moderna de El Cairo. A pesar de que se llama también La Ciudad del Sol, podía muy bien estar ubicada en las vecindades de Manchester. Tenía casas altas y cuadradas, calles estrechas. Sin lodo árabe ni ruido. Barta y sus amigos están ciertamente satisfechos de esta parte de su tierra natal.

Nos detuvimos frente a una casa de piedra, brillante y de dos pisos, cuyos pulidos arabescos de las ventanas y puertas proclamaban que había sido construida con el elaborado estilo de la era victoriana. Había una polvorienta mesa de mármol en el hall de entrada, cuyas sillas tenían fundas. Había colocadas guirnaldas entre las columnas, en señal de bienvenida.

Un sirviente árabe, con una túnica blanca con una faja bordada, a menudo se movía innecesariamente y hacía ruido sobre el piso de mármol como un esquiador.

El profesor nos recibió en su escritorio del primer piso. Se me iban los dedos por arreglar la pieza. Si se vaciaban los ceniceros, se quitaban las cajas vacías, se ordenaban los libros y se llevaban a la cocina los vasos y las botellas, podría llegar a ser una habitación cómoda.

El profesor usaba un abrigo de alpaca negra con una condecoración. Era evidente que lo usaba para ocasiones especiales. Con sus modales extraños y serios el profesor declaró que se sentía muy honrado con nuestra visita y que esperaba que su gran descubrimiento podría sernos una compensación parcial.

—¿Qué clase de condecoración es ésa? —preguntó Roger.

—¡Oh! —sonrió el profesor—. Es un recuerdo. Un recuerdo del rey de Wurtemberg. Su Majestad, con su propia mano, prendió estas condecoraciones a todos los profesores de Tubinga en celebración del vigésimo quinto aniversario de su reinado.

—¿Dónde está Wurtemberg? —preguntó, curioso, Roger.

—Es el país más hermoso del sur de Alemania —respondió alegremente el profesor—. El país en donde nacieron los grandes poetas. El país de las mentes finas, si así puedo decirlo.

—Nunca oí hablar de él —anotó Conway.

—Yo soy de Hölderlin —balbuceó el cómico hombrerito—. De Lauffen en el Neckar. Todos los Kraushaars venimos de Lauffen. Un pequeño nido en el río. Hölderlin escribió versos elegidos, y, finalmente, se volvió loco. Friedrich Schiller nació en nuestras vecindades, en Marbach, en el Neckar. Vivió para la libertad, escribió para la libertad y murió cuando tenía cuarenta y dos años.

"Robert Meyer vivió cerca, en Heilbronn. Fué él quien descubrió la ley física de la conservación de la energía. Se le extravió la mente porque nadie le creyó y murió famoso en un asilo de insanos, si así puedo decirlo.

"Cerca, en Weinsberg, el doctor Mesmer descubrió el mermismo. Y en Wurtemberg, Justinus Kerner efectuó la primera cura del sonambulismo. Podría seguir y seguir. Toda nuestra gente tiene alguna manía; pero, a pesar de eso, son normales. En efecto, uno puede decir que son ultranormales. Ellos tienen una manía, pero se dan cuenta de que es una manía, y ven por ella y para ella, si así puedo decirlo."

—Hum... conqu... así es Wurtemberg —dijo Conway.

El profesor demostró que podía enojarse en forma infantil y reponerse con una sonrisa.

—Eso y mucho más. Vengan a verlo ustedes mismos.

Nos indicó el camino, y nosotros nos deslizamos cuidadosamente en puntillas entre el mundo de cajas, botellas y libros que había desparramados en la pieza sin amoblar.

Allí estaba ella: la momia de la princesa de la Décimotercera Dinastía.

Yacía sobre una losa alta, cubierta de terciopelo rojo. A sus pies había tres candelabros con dieciocho velas de iglesia. Sobre su cabeza colgaba una lámpara árabe de aceite que daba una eterna luz roja. La pieza olía a aceite perfumado, a almizcle y a humo de vela.

El profesor se adelantó con pasos reverentes. Roger, curioso, lo siguió de cerca. Yo estornudé.

—La señorita Sonia estornuda siempre que está nerviosa —explicó Roger—. Se inclinó sobre la momia, examinó el paño que la cubría, con su linterna escrutó la pintura de su cara, midió sus proporciones y trató de evaluar la masa que había bajo las cubiertas.

El profesor se inclinó nervioso sobre su hombro, balanceándose de un pie al otro, moviendo inquietamente las manos sobre su abrigo negro. Apenas podía esperar la explosión de científica admiración.

—¿Dónde encontró esta momia? ¿Aquí en su jardín de Heliópolis? —de nuevo Conway usaba su mejor inglés.

—¡Aquí! —anotó el profesor altanero—. Heliópolis no es una vecindad productiva! En mi propiedad de Girgi, en el Alto Egipto.

—¿A qué hondura estaba? ¿Bajo qué cantidad de arena?

—Alrededor de treinta o treinta y cinco metros de profundidad. No puedo juzgarlo exactamente, sólo aproximado.

—Raro que tuviera que cavar tan hondo para plantar un peral. Se necesitarían diez generaciones de Kraushaar para que diera frutos.

—¡Era un manzano! —corrigió fríamente el profesor.

—Según creo, ni el manzano del Paraíso tenía raíces tan profundas.

—Eso sucede cuando se cava; cuando un hombre empieza no puede detenerse —respondió el profesor—. Es una especie de manía, si así puedo decirlo. Usted debe conocer esta manía, señor Conway.

—Cerca de treinta metros de profundidad... —repitió Conway impasible—. ¿Había con ella reliquias funerarias? ¿Alguna urna?

—Nada, absolutamente nada —aseguró, aburrido, el profesor.

—¿Hizo solo el trabajo de excavación?

—Al comienzo sí. Después me ayudaron los sirvientes.

—¿No le pareció extraordinario que esta momia no tuviera señales de desintegración, a pesar de haber estado tres mil años bajo la arena, cubierta sólo con un lino?

—Pero la cubierta está bastante gastada —protestó el profesor—. Mire esas tres quemaduras café rojizas que hay cerca de su precioso busto y esos horribles hoyos en sus pequeños dedos de filigrana.

(Continúa en la pág. 14)

M

IS abuelitos vivían en una gran casona en los alrededores de una ciudad nortina. Por entre eucaliptos y olivos se alzaban las torres de los molinos apuntando al cielo como cirios gigantes. Desde hacía varias generaciones era el paraíso de los niños de la familia.

Mis tíos y tías —hermanos de mi madre— no hacían más que reír cada vez que se juntaban y recordaban sus pequeñas aventuras en la casa paterna. Y en el centro del círculo formado por ellos, siempre estaba abuelita, gozando más que nadie.

Era una mujer bajita y regordeta, tan chiquita que cada vez que tomaba a uno de sus nietos en la falda, siempre necesitaba poner un taburete bajo sus pies. Irradiaba un amor que nos alcanzaba a todos por igual y que nos llenaba de una agradable sensación de ternura. Como sus hijos ya eran grandes y no la necesitaban, abuelita dedicaba sus días a confeccionar primorosas prendas que después regalaba.

"Halaga recibir un presente —acostumbraba decir—. Pero es tan agradable darlo."

El abuelito se ocupaba de nuestro molino; pero, además, era un carpintero maravilloso. Los muebles, que eran el orgullo de la familia, habían sido todos hechos por sus manos.

Así, con el correr de los años, las penas y alegrías de cada miembro de nuestra familia estaban unidas a un cierto mueble, que por sí solo podía revivir los más variados recuerdos. Esto sucedía generación tras generación. Entonces abuelita, en su afán de conservar estos recuerdos unidos al mueble respectivo, comenzó a distribuirlos en vida.

Recuerdo que una cajita de música que siempre estaba sobre el piano, estaba hecha de una rica madera de encina.

—Tu abuelito recién cumplía doce años cuando la hizo para su madre —me contaba la abuela—. Era una gran pianista, como lo serás tú cuando crezcas.

Yo tenía once, y no hacía mucho que había comenzado a tomar clases de piano.

—¿Me dejarás la cajita de música a mí, abuelita? —le pregunté.

La abuela frunció el ceño, pensativa.

—Me parece que ya la tengo prometida a alguien, hijo. De todas maneras, mira si tiene algún nombre escrito abajo. Mi memoria no es tan buena como antes.

Por suerte no era así.

Abuelita movió la cabeza.

—Qué raro. Habría jurado que tu tía Elisa la quería. En fin, trae un lápiz y pondremos tu nombre. Cuando el abuelito y yo ya no estemos, la cajita será tuya.

Y escribió con su propia letra: "Para mi nieto Juan". Pasaron seis meses, y un día fui al salón de la abuelita, quien, junto con Rosa, hacía el aseo habitual de cambio de estación.

Abuelita era enferma del corazón; pero, pese a la ansiedad familiar, insistía en hacerlo ella misma. Cuando yo entré, tenían los muebles aplastados en el centro de la habitación y lavaban las murallas con grandes escobillas. No pude resistir la tentación de volver a ver mi nombre escrito en la cajita; pero cuando la miré, me quedé asombrado. ¡No había rastros de mi nombre, sino el de una prima mía. La miré, esperando que sorprendiera la desilusión retratada en mi rostro.

Con un pañuelo atado sobre sus cabellos, seguía frotando vigorosamente la pared.

—Es mejor que salgas a jugar, Juanito. Rosa y yo estamos muy ocupadas —me dijo.

Pero yo no salí; una amarga decepción me envolvió. Subí lentamente la escalera que conducía al ahora desierto segundo piso. ¿Cómo era posible que abuelita hiciera una cosa igual? Entonces se me ocurrió pensar que tal vez había soñado.

A duras penas pude mover la gran cama de los abuelos. Recordaba muy bien que estaba destinada a mis padres. Pero ahora, escrito de puño y letra de abuelita, estaban los nombres de mis tíos Adolfo y Marta.

Entonces me dediqué a inspeccionar los demás muebles y adornos de la habitación. Algunos tenían ya un nombre grabado, otros no. Pero al mirar con detención, comprobé las huellas de nombres anteriores, ahora borrados y sustituidos por otros recientes.

La cara me ardía por haber descubierto lo que yo creía que era la monstruosa falsedad de mi abuela.

Me quedé allí parado, deseando llorar, pero sin poder conseguirlo.

—¿Qué sucede, mi hijito?

Sin que yo me diera cuenta, el abuelito había entrado en la habitación.

¿Cómo podría yo explicar lo que había descubierto? Mis



La conspiración de la abuelita

Una decepción amarga lo envolvió cuando supo la verdad.

ojos se llenaron de lágrimas y me arrojé de bruces sobre el lecho, sollozando.

Suavemente, el abuelito me atrajo hacia sí. Mi llanto se calmó poco a poco. Me dijo que era tiempo de que comprendiera que todo el mundo tiene sus debilidades.

—La de abuelita es su enfermedad al corazón y la presión alta, y hacen que no tenga tan buena memoria como antes. —Y agregó—: Los recuerdos de los ancianos se borran como la pintura de una casa con el paso de los años.

—Pero ella borró mi nombre y puso el de Susana —sollocé.

—No, Juanito. Yo borré tu nombre.

Movió tristemente la cabeza. Y entonces me explicó.

—Cuando la abuelita tuvo su primer ataque al corazón, el doctor nos advirtió: "Si alguna vez piensa que su labor ha terminado y que nadie la necesita ya, se irá, sin más ni más".

Así había nacido una complicada conspiración familiar para impedir que abuelita juzgase su trabajo terminado. Y cada vez le pedían más bordados, tejidos y pinturas. Y el abuelito siempre cuidaba de que hubiesen muebles y objetos que ella debía repartir, una y otra vez... aunque, gracias a la goma, cada uno de ellos ya tenía diez o más dueños.

—Ahora ya sabes lo que sucede. Y debes ayudarnos a conservar el secreto. Si supiera lo que hemos hecho, el valor que inspira a tu abuelita la abandonaría inmediatamente y nos dejaría.

Esa tarde me di cuenta de que, junto al gran lecho, el abuelito me había convertido en un hombre.

Muchas veces pensamos que esa conspiración era lo único que mantenía viva a abuelita. Con cada ataque que creíamos el último, la veíamos animarse súbitamente al oír que alguien decía:

—Mamá, no te olvides de que me prometiste un choapino como el de Elena, y ni siquiera lo has empezado.

Pero su corazón cansado ya no quería latir más. Se hizo notorio que su fin estaba cercano. Demasiado débil para moverse, abuelita yacía en el gran lecho, agotada y con los ojos nublados. La visitábamos por turnos y cada uno trataba de encender en ella una chispa de vida.

—Quiero que, cuando te levantes, me pintes un cuadro de rosas como el que le diste a Patricia.

(*Segue a la vuelta*)



El embrujo de Egipto

(Continuación de la pag. 32)

—El lino no es tan nuevo como la lámina que compré ayer en la Galería Lafayette, pero no necesito un vidrio de aumento para saber que las manchas son, o de té o de vino tinto, y que los hoyos son quemaduras de cigarrillo.

—Señor Conway, señor Conway... —estalló el pequeño profesor. Emitió algunos sonidos, pero no pudo encontrar las palabras.

—Sí, profesor Kraushaar, siento tener que decirle que usted es víctima de una gran estafa. Si me da un pincel y un lino viejo puedo crear lo mismo en diez minutos.

—Señor Conway, señor Conway —fue todo lo que pudo articular el hombrecillo—. ¡Una estafa! ¡Tener que sucederme a mí tal cosa! Usted no sabe lo que esto significa. Usted me arruina, prácticamente, la vida con sus drásticas palabras.

—¿Arruina, qué? Yo no lo estoy haciendo responsable a usted de tal estafa. —Roger se había transformado de pronto en un alambre de púas.

—En todo caso, ¿qué le hace pensar en eso? ¡Oh, señor Conway, las palabras me traicionan! —El pequeño profesor se dirigía furioso hacia su momia mientras lanzaba extraños gruñidos.

Roger me llevó hacia la cabeza de la momia y me mostró que esas pinturas, aún sin ser expuestas a los Rayos X, podían identificarse como anilinas modernas. Eran pinturas frescas.

—Hay que encontrar al estafador —comencé a decir. Pero Roger me hizo callar.

—Su casa debe, por lo menos, durante un año librarse de visitas extrañas, profesor. —Se volvió hacia el vacilante anciano—. Alégrese de eso. La publicidad a menudo trae más molestias que agradados.

—¡Qué desgracia, qué escándalo! —se quejó el anciano—. Guardará usted este secreto, por favor, señor Conway. Puede ser mi muerte. Nunca Kraushaar ha sido tan desgraciado.

Pequeño e implorante, rogó la merced de ese hombre alto y erguido. Tal vez yo también podía sentir piedad por él, pero como Roger no parecía tenerla, yo tampoco la experimenté. Estaba en peligro de perder mi personalidad y mirar sólo a través de la suya.

—Estas cosas suceden todos los días en Egipto —dijo con brusquedad—. Ser engañado no es una desgracia.

—A pesar de eso, a pesar de eso —rogó el profesor—. Le ruego no contárselo a toda la ciudad.

—Perfectamente —prometió Roger, y me llevó de vuelta al estudio obligando al anciano a seguirnos. ¿Está esperándonos el auto o usted nos va a pedir uno?

El profesor quería insistir, pero Roger declinó la invitación que le hacía para quedarnos a almorzar. Las despedidas eran generalmente breves.

Un hombre deshecho, una momia apócrifa y una casa helada quedaron tras nosotros.

Cuando llegamos al bar del hotel, el cantinero preguntó:

—¿Un té?

—No —respondió Roger—. Hoy la señorita necesita un whisky doble. Tengo sed, mi pequeña Sunny. ¿Y usted?

—Yo tengo curiosidad.

—Estamos en vías de extraños sucesos. Me parece estar condenado a encontrar cosas que no busco. Las importantes se mantienen ocultas.

—¿Una falsificación?

—Aún peor..., un falsificador. Y, tal vez, mucho peor, un ladrón.

—¿El inofensivo hombrecillo? —El instinto detectivesco de Roger era nuevo para mí.

—No olvide, Sonia, Kraushaar es alemán. Yo no confío en los alemanes. Bebí un pequeño sorbo. Roger me animó para que tomara más.

—Olvidese del asunto del profesor, Sunny.

—Primero quiero saber lo que usted sospecha, luego lo olvidaré.

—En la casa del profesor, por primera vez me preocupé de usted. Me preocupé porque me imaginé lo que podía suceder si usted estuviera sola. La visualicé en cientos de horribles situaciones, y, de pronto, me iluminó la visión y supe que el profesor era un estafador. Antes de conocerla no habría pensado en una segunda intención. Usted me ha hecho un gran bien, sin saberlo.

Cogí la Llave de la Vida que colgaba de su delgada cadena y la presioné contra mis labios. Roger vació su vaso y pidió al mozo que le trajera otro.

—Después de todo, es bueno que yo esté con usted, ¿no es cierto?

—Es más que bueno.

—¿Cómo fue cuando usted vivía en ciudades grandes?

—Terrible al principio, después me acostumbré.

—¿Siempre ha estado sola?

—Casi siempre. Pero lo he olvidado completamente, como si hubiera sucedido hace cientos de años.

—¿Cómo puede olvidar tan pronto?

—Roger, me está haciendo demasiadas preguntas. Cuatro frases con signo de interrogación, es increíble. Usted quiere esconder algo de mí y me pregunta para confundirme.

—Tal vez. No puedo discutir un tema que no está claro en mi mente. Déjeme pensar cuidadosamente el asunto del profesor.

—Muy bien. ¿No puede explicármelo inmediatamente?

De pronto, igual que ayer, me sentí enferma del estómago, y durante un momento perdí la paciencia y el interés.

(CONTINUARA)

—¿Me regalarás ese prendedor, abuelita?

—Sí, sí, sí —nos decía a todos, pero su voz era débil.

Un día le dijo a mamá:

—Aída, me parece que todo debiera ya estar en orden, pero es tanto lo que se junta en toda una vida...

Sólo después que murió empezaron a preocuparse de la división que podía ocasionar en la familia la famosa conspiración.

—¿Si alguien armaba un escándalo porque quería tal o cual pieza? ¿Si alguno se volvía codicioso?

Después del entierro, la familia en masa volvió a la casa. La comida estaba lista, pero nadie se sentía con ganas de comer. Mis tios y tías, de costumbre tan cariñosos, no se consolaban, y nadie compartía su pena. Entonces el abuelito se levantó y dijo:

—Hijos míos, nuestra vida en común ha sido hermosa, muy hermosa, porque cada uno de nosotros ha dado al otro el más bello regalo: la prueba de que el placer de dar es la esencia misma de la vida.

Su tono era deliberadamente mesurado. Sus labios temblaron al continuar:

—Vuestra abuela, vuestra madre... —se detuvo un segundo y su voz se quebró—, mi esposa, lo sabía. Toda su vida fué un dar sin esperar retribución.

De uno de sus bolsillos sacó una libreta de cuero.

—Después que murió, encontré esto en su escritorio. Quiso que cada uno de ustedes supiera su contenido.

Silenciosamente la libreta pasó de mano en mano. En la primera página, con la letra firme y redonda de mi abuela, decía: "A mis queridos hijos y esposo, a quienes debo mi felicidad, dejo lo único que perdurará: mi eterno amor".

Pero las páginas siguientes demostraron que nos dejaba algo más: el ejemplo de un alma generosa, sin rastros de egoísmo. Encontramos apuntados todos los muebles y objetos junto al nombre del primero que los había solicitado. Pese a que nos había hecho creer que nuestra conspiración resultaba, no habíamos logrado engañarla ni un instante.

Cuando por último el librito volvió a las manos del abuelo, éste dijo:

—Que cada uno tome lo que abuelita le prometió la primera vez.

Entonces sucedió algo increíble. Mi mamá se dirigió a tía Luisa, plidiéndole:

—Déjame regalarte la estatua que mamá me destinó. Yo sé que tú la desearas.

Y tío Oscar cedió los cubrecamas de vicuña a tía Luisa, y tío Adolfo ofreció su escritorio a mi hermano mayor.

La prima Susana obtuvo el juego de copas de tía Elisa.

Ya no había rastros del miedo que nos agobiaba minutos antes. En el espacio de una hora cada pieza heredada había cambiado de dueño tres y cuatro veces. La unión que reinaba en vida de abuelita seguía acompañándonos.

Entonces a alguien se le ocurrió una idea.

—Pero, papá, ¿y tú? El tuyo es el único nombre que no figura en la lista —dijo tía Elisa, volviéndose al abuelito.

El abuelito sonrió, con los ojos brillantes.

Lentamente abrió sus brazos, como si nos abrazara a todos.

—¿Puede haber alguna duda? —repuso—. Mi legado es el mejor.

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones, Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero. Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. Año XXI - 29 de abril de 1954 - N.º 1044.



Cocktail

12 Denier

Negro y Café

Esta media nylon es uno de
los grandes éxitos de
la actual temporada.

*Naturalmente
es de*

Laban

Medias fabricadas con hilados nylon Du Pont.

MIENTRAS

U d. *d - u - e - r - m - e . . .*



La Crema *BELLA AURORA*

no sólo "borra" las pecas, sino que procura un aclaramiento general del cutis. Especialmente durante el verano, el cutis toma a veces tonos desiguales... y una apariencia opaca, manchada, sin encanto.

Usando Crema Bella Aurora con regularidad antes de acostarse, se revelará la belleza natural del cutis limpio, sano y juvenil.

Confidencias

de Margarita

N.º 1045

M. R.



UN MARIDO INDIFERENTE

RAPSODIA EN
AZUL

Y ASI... AL
CRIMEN,
novela policial

ROBE TODA MI
VIDA

EL EMBRUJO
DEL EGIPTO,
novela

LOS BUENOS
CUENTOS
SON ETERNOS,
artículo

EL SECRETO DE
JUAN ORTH,
amor histórico

EL MOLDE DE
LA SEMANA

¡DEMASIADO
INOCENTE!

in dejar de lanzar
pequeños gritos de
asombro, di vuel-
ta la caja, busqué
entre los papeles y
ví negativamente
cabeza.



Angel Face

M. R.

de Pond's

¡El gran
maquillaje
de moda!



Angel Face es adorable porque da al rostro un exquisito acabado mate.

9 razones porqué más mujeres prefieren Angel Face que cualquier otro maquillaje.

1 Polvo con base... ¡Todo en uno!  **2** ¡Nada de esponjas húmedas!

3 Muy fácil de aplicar, con su propio cisme...!



4 ¡Nada de dedos engrasados!



5 ¡Nada

de polvos sueltos! **6** ¡Más natural que los maquillajes pesados!

7 ¡Más suave y adhesivo que los polvos! **8** ¡Nunca secante,

nunca grasoso! **9** Pero... más que todo... ¡Adorablemente seductor!



Angel Rubio
Angel Moreno
Angel Rosado
Angel Gitano
Angel Nacarado
Angel Bronceado

Angel Face viene en seis cautivantes tonos.
Usted puede elegir el matiz que más convenga al tono natural de su cutis.

-E

STA vez —declaró Luisa, señalando con el dedo el retrato que había sobre su mesa de toilette—, ¡esta vez sí que es en serio! Eché sobre la fotografía una mirada crítica. Representaba a un hombre joven, rubio, de bigotitos. En seguida, mi mirada se fijó en Luisa, sentada con las piernas cruzadas, cabellera sombría, piel bronceada, misteriosa como una princesa de un cuento de "Las Mil y Una Noches". ¡Qué felicidad debe ser verse tan bonita!

Pero, debo confesarlo, su declaración no me hizo la menor impresión. Tenía mis razones para ser escéptica.

—Ya me has dicho lo mismo cien veces, Luisa —le dije, desconfiada—. Si mal no recuerdo, esta es la décima vez que me afirmas haber encontrado al hombre con H mayúscula.

—Mi ironía no consiguió calmar su entusiasmo.

—¡Exactamente! —confesó—. Siempre he pensado que el décimo pretendiente sería el último, el primero y el único elegido. ¡Y es éste! Se llama Daniel.

—No es muy original su nombre —repliqué, sedienta de venganza.

—¡Ah! Tú no sabes, Julieta —exclamó con mirada extasiada—, qué felicidad es estar enamorada. Quisiera que tú también lo estuvieras...

—Yo también —respondí, algo ausente, mirando el retrato del joven de los bigotitos. Parecía tener bastante carácter. Un tipo de esos que no retroceden ante nada para eliminar a un posible rival.

—¿Sueñas, Julieta? Dime, ¿conoces a Juan?

—No. ¿Es tu reserva? El undécimo hombre con H mayúscula?

—¡No seas cinica! Juan es el noveno. Pero resulta que...

—empezó a contar con aire confundido y tartamucando un poco—. Precisamente, quería pedirte un favor... Te contaré que Juan me cortejaba. Y tú sabes que a mí me es muy difícil decir que no rotundamente. Entonces le di alguna esperanza... Quedamos en que nos veríamos el próximo mes. Es decir, todo esto ocurrió el mes pasado. Y mientras tanto han pasado tantas cosas... De modo que ahora estoy en un lio; ya se ha cumplido la fecha en que debíamos vernos. Lo único que se puede hacer es que tú te encuentres con él y le expliques la situación —terminó con voz suplicante.

No pude menos que compadecerme de mi amiga.

—Bien, ¿qué debo hacer?

—¡Oh!, Julieta querida, anda tú a la cita y explícale todo... Eres mi mejor amiga. ¿Quién, si no tú, puede sacarme de este apuro? Si voy yo, y lo sabe Daniel, es capaz de moler a golpes a Juan y no mirarme más en toda su vida.

Por supuesto que con esos suplicantes ojos y ese modo de pedir los favores, nadie podía rehusar nada a Luisa. Menos yo, después de ser amigas íntimas desde nuestra infancia.

—Bueno —dije, aceptando todo lo que quisiera—. Pero, ¿cómo es Juan? ¿Quién es?

Rapsodia en azul

—Es un muchacho muy simpático y espiritual. Dime, Julieta, ¿no te gustaría para ti?

—No seas loca, y dime lo que tengo que hacer...

—Escucha: usa un terno azul, corbata azul, calcetines azules; tiene ojos azules...

—Sí; pero supongamos que se haya comprado un nuevo terno este mes. ¿Cómo le reconoceré?

—Es posible —aceptó Luisa—. Pero si se ha comprado otro terno, siempre será azul. Es su color favorito. Toda la vida viste de azul.

Antes de salir al encuentro de Juan, por primera vez en mi vida me miré seriamente en el espejo.

"Julieta: no porque tus cabellos sean rojizos debes disculparlos de esa manera", me dije. Me los peiné y cepillé con esmero, hasta lograr sacar de ellos unos hermosos reflejos.

Después los agrupé por detrás de la cabeza, dándoles la forma de una cola de caballo. Debo confesar que mi peinado era del más lindo efecto. En seguida miré mi nariz, y pude ver que estaba más brillante de lo necesario. Me la empujé cuidadosamente y continué mirando mis labios, que se veían muy descoloridos. Busqué el rouge de mamá (pues ella no estaba en casa) y me los pinté con entusiasmo. Me puse mi vestido a cuadros, me perfumé ligeramente y salí a mi aventura, más emocionada de lo que era preciso.

Noté que, una vez en la calle, me miraban bastante, y algunos hasta se permitían silbar intencionadamente. En verdad, era triste pensar que mi primera cita se presentaba en tales condiciones...

¡Como si yo no valiera más que para representar el papel de una reemplazante!

Eran las siete y cuarto en el reloj de una iglesia. En ese momento, en el lugar de la cita, pasaron dos o tres jóvenes con terno azul. ¿Qué haría? ¿Tenía que preguntarle, acaso, a cada persona vestida de azul, si era Juan? Esperé durante angustiosos instantes. Estaba más nerviosa que si hubiese ido al encuentro de un pretendiente mío.

Inspeccioné detenidamente los alrededores. Antes el quiosco de los diarios vi a un señor, rodeado de unos cuantos niños. Vestía un traje café. Seguí esperando. De súbito me detuve fascinada y golpeándome el corazón dentro del

(Sigue a la vuelta)



Eran las siete y cuarto en el reloj de una iglesia. En ese momento, en el lugar de la cita, pasaron dos o tres jóvenes con terno azul. ¿Qué haría? ¿Tenía que preguntarle, acaso, a cada persona vestida de azul, si era Juan? Esperé durante angustiosos instantes. Estaba más nerviosa que si hubiese ido al encuentro de un pretendiente mío. Inspeccioné detenidamente los alrededores. Antes el quiosco de los diarios vi a un señor, rodeado de unos cuantos niños. Vestía un traje café. Seguí esperando. De súbito me detuve fascinada y golpeándome el corazón dentro del

El rigor del invierno puede causar daño al cutis...



Los vientos helados, la acción de la lluvia y de la nieve, las heladas matinales y otras características de la estación invernal pueden transformarse en serios enemigos del cutis. Si usted tiene más de 25 años, recuerde que la secreción de aceites naturales de su piel disminuye.

De ahí pueden provenir esas comprometedoras arruguitas, esas grietas, "patas de gallo" y demás síntomas de vejez prematura.

La Crema Pond's "S" ha sido creada para combatir el cutis seco y contribuye a devolverle su primitivo aspecto de lozanía.

La Crema Pond's "S" contiene lanolina, sustancia muy similar a los aceites naturales de la piel. Está homogeneizada y contiene un emulsionante especial de acción suavizadora.



ESTE ES EL MEJOR MODO DE USARLA:

Al acostarse:

Primero, limpie su cutis con Crema Pond's "C". Aplique en seguida abundante Crema Pond's "S" sobre el rostro y cuello; déjela, en lo posible, toda la noche.

Durante el día:

Extienda una leve capa de Crema Pond's "S" sobre el rostro.

Su cutis se mantendrá fresco..., terso..., ¡encantador!



**PREFIERA
EL POTE GIGANTE,
ES MAS ECONOMICO**

"Las Cremas Pond's son una excelente ayuda para mantener la hermosura del cutis", dice Lady Cooper, destacada figura de la sociedad londinense.

Asociación de Imp. y Edil.
5 MYO 1954
Depósito Legal

pecho: veía... dos piernas y una pequeña parte de un vestido azul, que desaparecían detrás de una inmensa cortina formada por un diario desplegado.

—¡Señor... señor!

Dos ojos azules me miraron sorprendidos por encima del diario. Noté que eran jaspados de verde. Detalle que, sin duda, escaparía a la atención de Luisa. No supe qué decir. El discurso que llevaba preparado no salía de mis labios. Esas chispitas verdes de los ojos azules me turbaban profundamente.

—Señor... —repetí con insegura voz—. Luisa no vendrá esta tarde...; en fin, me ha pedido decirle que prefiere no verlo más... porque... estima... que...

¡Dios mío! ¿Qué es lo que iba a decirle? El muchacho de azul dobló su diario y me miró ligeramente irónico.

—Perdón, señorita, pero no le entiendo...

—Ni yo tampoco —confesé con absoluta sinceridad y con una expresión de piedad pintada en mi fisonomía. ¡No podía comprender que Luisa rechazara a un muchacho tan apuesto y de aspecto tan simpático!

—¿No quisiera, señorita, que fuéramos a servirnos algo para beber mientras me cuenta lo que pasa?

Jamás nadie me había invitado a servirme algo. Mi garganta estaba reseca. —Me serviría una limonada —contesté humildemente.

Caminamos y llegamos a una terraza con alegres mesitas, donde nos sentamos. Una orquesta tocaba un "tango azul"... y el cielo también brillaba azul... Me puse a "imaginar" que se trataba de una cita mía, que este encantador muchacho estaba frente a mí porque me quería... Para vencer estas peligrosas ilusiones, tenía que abordar el capítulo de Luisa. Sin embargo, pensé que no era el momento oportuno. Era tan joven y feliz mi acompañante, que creí una crueldad turbar su corazón y hacerle sufrir con el cuento de mi veleidoso amigo. Pronto conversamos y reímos juntos de todo y de nada, sin ton ni son... Hablamos de mi papá, de mamá, de mis hermanas... ¡qué sé yo! De estudios, de teatro, de cine... Me contó que estudiaba leyes. Mientras lo oía, yo pensaba que en adelante debía cuidar más de mi aspecto y arreglarme mejor... ¡Es curioso! Cuando leía en los libros, en las novelas, algo de la magia y de la fascinación que puede ejercer una tarde encantadora, cuando se escucha una bonita música y se oye hablar a un gallardo joven, me daban deseos de reír, encontrando cursi y tonta esa literatura. Sin embargo... En ese momento... ¡No! ¡Ya era tiempo de que volviera en mí! No es que creyera en los amores a primera vista; sin embargo, algo me pasaba. Sentía que yo no era la misma... Las vibrantes notas del violín de la orquesta me clavaban el corazón. ¡Oh! Si mi corazón entrara en juego a causa de esta cita de segunda mano, valía más romper el encanto inmediatamente. Mañana todo continuaría igual que siempre, y era mejor no forjarse ilusiones.

—Señorita de los cabellos de oro, ¿puedo conocer su nombre?

—¡Julietta!

Reaparecieron las chispitas verdes en sus ojos:

—Pedro... ¡Encantado!

—¿P... Pedro?... —Como por encanto de magia mi cola de caballo se estremeció—. Pero Luisa me habló de un Juan...

—Cuénteme, por favor, ¿quién es en realidad Luisa? ¿Qué diría usted de un buen helado mientras me lo explica? ¡Cielo santo! ¡Me había equivocado!

¡No era Juan! Me puse furiosa, furiosa conmigo misma, contra mi tontería y, sobre todo, contra este joven de azul que durante todo el tiempo estaría burlándose de mí.

—¿Por qué se ha hecho usted pasar por Juan? —le increpé, indignada.

—Pero, señorita, lo siento mucho, usted no me ha preguntado mi nombre

—respondió, lanzándome una mirada irónica.

Sentí que la tempestad aumentaba dentro de mi pecho.

No es tan fácil...



NO ES TAN sencillo como parece hacer una tortilla al natural, es decir, una tortilla de huevos solos, sin más agregados que sal y una pizca de pimienta. Para que resulte tan esponjada como un soufflé, hay que proceder como sigue: una vez batidos los huevos (no demasiado, pues hay que volver a batirlos en el último minuto), se les agregan la sal y un poquito de pimienta, una gota de aceite y un poco de agua; lo que cabe dentro de la mitad de una cáscara para tres a cuatro huevos. Muchas personas le ponen leche en vez de agua, pero entonces la tortilla no queda tan liviana. Hasta aquí, no habrán encontrado ustedes ninguna revelación sensacional, pero ahora viene el gran secreto, añadir una pizca de polvos para hornear o levadura, lo cual hará que suba el batido y dará a la tortilla una liviandad incomparable. En seguida, dejarla reposar unos momentos antes de cocerla. Poner muy poco aceite en la sartén, nada más que el fondo y cuando esté hirviendo, agregar un poco de mantequilla. Si se prefiere la tortilla medio blanda, retirarla antes de que esté bien cocida. Si se desea economizar huevos, agregarles, una vez batidos, un poco de harina disuelta en agua. Se gana un huevo sobre tres. La harina pone más pesada la tortilla, pero con el secreto de los polvos para hornear o la levadura, se salva la situación.

—De modo que usted habrá pensado sin duda que, sin más ni más, yo le abordaba. Seguramente será usted uno de esos hombres que sufren de un complejo que les hace creerse señores de la creación y que imaginan que todas las muchachas, al verle, caen rendidas a sus plantas. ¿Por quién se toma usted? ¿Por un Clark Gable? Estas últimas palabras eran un poco fuertes y fuera de lugar, lo confieso. Pero, en mi furor, ni sabía bien lo

Rapsodia en azul

(Continuación de la pág. 3)



que decía. Con una rapidez de relámpago tomé mis guantes, mi cartera, y desaparecí de la terraza... Después de casi correr por la calle, sentí que mis mejillas estaban húmedas... ¿Llovía?... Nada de eso: ¡eran mis esclavas privadas que se abrían! Seguí caminando a paso acelerado, hasta que llegué justamente al lugar donde quedé de encontrar a Juan. Allí había un señor de azul, de triste fisonomía. Lo miré con lástima, porque ahora me daba cuenta de la infinita tristeza que se puede experimentar a veces en la vida. —¡Oh!, Luisa —murmuré a media voz—, ¡cuánto daño me has hecho! El señor se dio vuelta, palideció y se dirigió apresuradamente hacia mí. No era ni rubio ni moreno. ¡Era, precisamente, quien yo debiera haber esperado! En un relámpago, toda la situación se aclaró:

Primo: Supe que la cita era a las ocho y no a las siete, como yo creía.

Segundo: Le hice saber —después que el pobre muchacho esperara como dos horas— que Luisa ya no era accesible para él. Le comuniqué las desagradables noticias con voz seca y cortante, porque Juan no tenía chispitas verdes en sus ojos... que era lo único que a mí podía volverme loca.

Terzo: ...en ese momento vi que el otro llegaba corriendo. Quise guardar las distancias, echarle miradas de mujer irremediadamente herida... Pero no fui capaz; mi corazón latía apresuradamente de gozo, mucho más fuerte que si hubiera ganado el gordo de la lotería... Su fisonomía cambió de expresión cuando entré en su campo visual. Un mechón de pelo le caía sobre el ojo derecho, lo cual tuvo el privilegio de enternecerme. ¡Señor, cuán dichosa me sentía de que me hubiese seguido! Juan, el infeliz Juan, ya había desaparecido del horizonte, él y su fracaso amoroso... se habían hecho humo... Todavía yo no me atrevía a mirar al otro cara a cara, pues ya sabía que mi fisonomía estaba radiante como el mismo sol.

—Julietta, perdóneme... Me pondría de rodillas ante usted con tal de que me perdonara y no pensara de mí todo lo que me dijo hace poco.

—No hablemos más de ello —respondí, tratando de que no se notara mi felicidad—. Al fin y al cabo, yo tuve la culpa.

Hicimos un buen examen de conciencia y terminamos confesando nuestras faltas. Descargados ambos de ese peso, continuamos caminando, con el corazón henchido de felicidad. Algo más tarde nos encontramos con un chico que vendía flores.

—¿Qué flores puedo ofrecerle, Julietta?

—Azules —dije, riendo.

Me entregó un precioso ramo de pensamientos azules.

—¿Conoce el significado? —me preguntó.

Fui incapaz de proferir una sola palabra.

—Sí —terminé por articular.

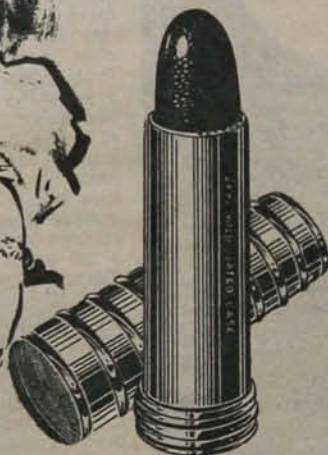
Todo esto se parece mucho al *happy end* con que nos gratifica el cine y que siempre yo encontrara anticuado y ridículo. ¡Sin embargo, esta vez lo hallé sublime y colmó de ventura mi corazón!



UNA VERDADERA

Joya

TAMAÑO
GIGANTE
KING SIZE



ENCHAPADO
EN ORO 24 K.

¡nuevo!

Lápiz Labial de Lujo



Cada estuche con su bolsita
de género especial que le
brinda protección.

¡Como una verdadera Joya!

Barbara Lee

Preferido por las Damas Elegantes

CAPITULO XIII

RESUMEN DEL CAPITULO

Al día siguiente Roger recibió en el hotel la visita de Kraushaar, quien lo informa que ha descubierto en el jardín de su casa la momia de una princesa de la Décimotava Dinastía. Roger y Sonia van a visitar al profesor alemán, y Conway comprueba que no es tal momia, sino que se trata de una estafa. El alemán se desespera al pen-

—¡Decirlo inmediatamente! Eso es así, Sunny. Las cosas no se logran con sólo hablar de ellas. Yo tengo el doble de edad que usted, puedo ser su padre, pero necesito un ambiente propicio para tener una conversación seria e importante con usted. Hay cosas a las cuales tiene derecho saber. Por eso iremos a la playa durante el fin de semana. Tengo que tener de cómplice al océano. La Esfinge no basta para librarme de mí mismo.

¡Ir a la playa! Con dificultad pude escuchar el resto de lo que me dijo. Estaba embriagada de felicidad. Podía seguir divagando. El whisky siempre pone elocuentes a los hombres.

—¿Sabe por qué jamás le he hecho preguntas? Porque no quiero que me las haga a mí, porque necesito tiempo para decirle lo que tengo que explicarle. ¿Me comprende? Asentí. Era algo inmaterial. Lo observé levantar su vaso, y ningún hombre del mundo lo hacía como él. Su dedo del medio lo sostenía con firmeza, las venas y los tendones de su mano demostraban su carácter. Jamás me imaginé que se podían amar las venas de una mano.

—Iremos a Alejandría, Sunny. Hay un buen hotel, justo frente al océano. Lady Eversham siempre va allí cuando hace aquí demasiado calor. He olvidado su nombre... se lo preguntaremos al señor Bünzli.

Lo miré en silencio. Mientras levantaba de nuevo su vaso. Barta entró al hall. Rogué porque no nos viera. Nadie nos debía perturbar durante nuestras vacaciones, nadie nos debía separar. Los ojos de Roger estaban alertos como los míos. Hizo un pequeño comentario respecto a mi verdadero caballero. Yo quería escapar de Barta, pero Roger quería terminar su trago. Yo cedi.

Uno no puede escapar de una situación ni puede huir del destino. ¿Escapar a dónde? ¿Huir a qué sitio?

—¿Necesita otro trago para tolerarnos a ambos, Sunny?

—No. Necesito menos burla y más comprensión. Barta usaba un abrigo de lino blanco y un fez rojo. Se veía buen mozo y lleno de confianza en sí mismo. Su apariencia jamás dejaba de atraer.

Se nos acercó de inmediato, inclinándose levemente con su manera tan egipcia y encantadora, y me preguntó con exagerada ansiedad cómo me sentía en ese clima ponzoñoso.

Mis contestaciones fueron siempre cortantes, pero Roger estaba sorprendentemente amable. Parecía estar de acuerdo con todo lo que decía Barta. Ordenó una nueva corrida de tragos y actuó como si hubiera sido una magnífica idea de Barta el habérsenos juntado.

—Tiene razón, Barta. Esta niña debe ir a descansar a la playa. Por supuesto, Barta, El Cairo es mejor que el desierto, por cierto... naturalmente.

—“En fin” —anotó Barta.

—¡Oh!, usted habla francés desde que el partido de Wafí ha comenzado a instigar en el Parlamento. En Egipto hay un espíritu antiinglés, ¿no es cierto?

Barta se disculpó por haberle permitido un desliz a su lengua, y recomendó a un nuevo asistente para Luxor, un joven egipcio, un amigo de un amigo suyo, que había terminado sus estudios en París y Londres, un muchacho inteligente y de buena familia. Un hombre hecho según la medida de aquellos que prefieren dedicar su vida al noble y antiguo polvo enterrado bajo la tierra, y no a lo menos sublime pero más lucrativo de lo que hay sobre ella.

Yo escuchaba, pensando que un grupo de tres no era una idea brillante. Dos pueden ser sinceros uno con el otro. Dos pueden probarse mutuamente de cómo están hechos. El tercero, es el comienzo de una multitud. Este impone etiqueta y desune a los otros dos. Trae una depreciación de la valía individual. Su presencia hace que cada uno de los otros pierda algo de su personalidad.

Poco a poco, sus voces parecían alcanzarme a través de un alambre vibrante que taladraba mis nervios y me hacía daño. Sentí frío y tuve que entrelazar mis piernas alrededor de la pata de la mesa y sostenerme de la silla con ambas manos para que no me vieran temblar. ¿Qué me pasaba? Nunca me había sentido así. Pensé en Hamlet, en febre tropical, tifus, malaria... ¡Ridículo! ¿Por qué tener miedo? Lo que debía suceder sucedía; pasaría como pasan todas las cosas. Pero ahora no podía hablar ni actuar razonablemente como lo hacían los dos hombres. Los veía como sentados detrás de un biombo, ordi-

ANTERIOR:

sar que ha sido víctima de tal engaño, y le hace prometer a Roger que guardará silencio de lo sucedido. Al llegar de vuelta al hotel, Conway le dice a Sonia que sospecha que el profesor es un ladrón y un estafador, y que tal vez ha sido él mismo quien ha inventado la tal momia.

Cuando abrí de nuevo los ojos, estaba en el hospital. Los cerré entonces rápidamente, porque no quería ver. ¿Qué agradable es yacer sintiendo un tibio zumbido, qué placentero es estar en medio de esta niebla! Estaba allí, pero no estaba del todo. Nada podía tocarme

nario e hinchado. Sentí el salvaje deseo de estar en una cama helada y de tomarme un té caliente, pero no me atreví a decirlo. También sentía dolor en alguna parte, pero no sabía exactamente dónde. Cerré los ojos, haciendo un esfuerzo por estar sola y no tener miedo.

peritonitis. No un caso sencillo, casi traído demasiado tarde. Un día más, y no se habría podido hacer nada.

—Tengo un ángel guardián —dijo. El no me entendió esto, y a mí no me gustó él. Deseaba ver al cirujano jefe. Este vendría el sábado a quitarme los puntos, según me explicó su ayudante.

—¿Cuándo es sábado? —Hoy es viernes, y mañana será sábado. Tenía un tono de sorprendido reproche, que más lo hacía parecer un contador que un médico. Cerré los ojos y se fué. La enfermedad es algo realmente delicioso, es algo dentro de la cual una puede abandonarse. Era inacostumbrado para mí dejarme llevar por tal lujo.

Roger vino en la tarde. Cuando abrió la puerta suavemente y atisbó dentro de la pieza, ya no sentí ni cansancio ni dolor. El destino me lo había traído. Aquí estaba él y aquí estaba yo. Nada más importaba.

—Mi ravito de sol, mi lunita pálida y enferma, mi pequeña niña.

Se sentó en la orilla de mi cama y puso mi mano en su bolsillo.

—¿Puedo hacer de nuevo esto?

—Mi Rayito de Sol, mi lunita pálida y enferma, mi pequeña niña.



El embrujo de Egipto

POR VICTORIA WOLF

Una enfermera, vestida de gris, entraba y salía, actuando como si me conociese desde mucho tiempo. Los postigos parecían haber estado siempre cerrados. No sabía qué sentía, pero estaba cansada, cansada, cansada. ¿Había venido a verme el señor Conway? Cuando me di cuenta de que el señor Conway era Roger, y mezclé esto con laxitud, me sentí maravillosamente feliz. ¿Por qué me habían operado? Mi padre solía decir que yo era tan saludable como un campo de trigo maduro. Le pregunté a la enfermera de gris, pero no quiso escucharme, y me dijo que no me excitara. Me trataba con tanto cuidado, como si yo fuera hecha de hilos de seda. Me hacía recordar a mi madre: "No pienses nada, Sonia, ándate a dormir". Y la obedecía, dichosa. ¿Cuál era la ventaja de pensar? Cuando cerré los ojos vi los colores del sol en el desierto. Más tarde vino un médico, que usaba un fez rojo y un delantal blanco. Le hice preguntas, y me dijo que su jefe, no él, me había practicado una operación: apéndice inflamado, casi una

—Si.

—Fue muy desagradable.

—No, no pienso así. ¿Fueron, en realidad, trece días?

—Trece y medio.

—¿Y usted no ha vuelto al valle?

—Ellos me esperan desde hace tres mil años. Pueden hacerlo un poco más.

—Todo por culpa mía.

—No, todo por culpa mía.

—¿Qué ha sucedido en el intervalo?

—Ha sucedido mucho. Trece días sin sol, trece días sin luna.

—¿Nada más?

—Eso ha sido lo más importante.

—Había un ataúd de piedra cristalina. ¿Lo dejaron allá o lo trajeron a El Cairo?

Roger dió un salto.

—¡Bravo! El sol brilla de nuevo. Me sentí orgullosa de poder recordar todas las cosas que habían sucedido antes de las vacaciones.

—Dígame, ¿lo trajeron a El Cairo?

—No, se quedó allá.

—Magnífico.

—Mi sol brilla de nuevo, mi hermoso y tibio sol.

—¡Vamos a ir juntos a la playa.

—¡Iremos después.

—No lo creo. El océano tiene algo

contra mí, nunca ha sido bueno conmigo. Es mejor que volvamos al desierto.

—Primero tiene

que tomarse un buen descanso y mejorarse completamente, después puede volver al desierto.

—¿Me promete no tomar una nueva...?

Se rió con ganas, y me besó suavemente.

—Huelo a whisky, ¿no es cierto?

—Usted huele como un sol alado, cuyas alas están algo chamuscadas. ¿Sabía que era la mejor persona del mundo?

(Sigue a la vuelta)

Calzados

Formas
V. Mackenna 606
Santiago

Hecho enteramente a mano.

Nuestro calzado se ha distinguido por sus líneas elegantes y creaciones exclusivas.



Gran modelo, gamuza color.

Elegante modelo de vestir, en gamuza.

Disponemos de materiales de primera calidad y los colores que Ud. desee.

REEMBOLSOS A PROVINCIAS
Solicite catálogos

SU CUTIS

cuidelo con esmero

La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.



Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.

crema macker

—Se que soy la más espantosa; tímido y cobarde. Usted sola se dará cuenta de ello, Sunny.

—¿No soy aún su Rayito de Sol?

—Todavía lo es.

—Entonces no importa que usted sea espantoso y tímido.

—¿Y cobarde?

—¡Hasta cobarde!

Entonces recordé al viejo profesor. Roger dijo que él era un cobarde, y también que no podía imaginarse qué sería de mí sola en una gran ciudad.

—¿Cómo está su Kraushaar?

—Ese no es tema para una niña enferma.

—Dígame, por favor, sea bueno.

—La enfermera me permite sólo visitarla cinco minutos.

—Tengo tantos miles de minutos ahorrados, que le daré algunos de ellos. Pero, cuéntemelo, o no podré dormir esta noche.

—Terminó. Se fué. Se mató durante los exámenes. Era él quien hizo la estufa.

"Usted sabe, usted me dió la idea de que Kraushaar podía haber falsificado la momia; usted, Sonia, o algo de su aura que siento cuando estoy a su lado. Desde que está conmigo, experimento complejos de miedo, visualizo las cosas que podrían sucederle si tuviera que vivir sola. No dejo que la gente vea mis temores, estoy bien entrenado en el arte del disimulo. En la pieza de la momia de Heliopolis me puse repentinamente sospechoso. Pude imaginar cómo este Kraushaar podría actuar con usted, si estuviera sola. Cuando se desmayó en el bar, esta visión se hizo tan fuerte, que no me abandonaba.

"Después de la operación, el médico me despidió. Me aconsejó que buscara alguna diversión. Volví adonde Bünzli, y le pregunté por Kraushaar. Eso fué provechoso. Entonces me transformé en detective. Esa también es una manera de divertirse, además de ser otra forma de excavar.

—¿Qué tipo de fragmentos encontró? ¿Casco, urnas?

—¡Urnas! Pero ése no es tema para una niña enferma.

—Estoy tan bien, que me enfermaré de curiosidad.

—¡Muy bien! Seré breve. —Roger también estaba ansioso de contar su historia—. Hace veinte años, este Kraushaar era un vividor bien conocido en El Cairo. Su casa debió ser un sitio de diversión. Tenía salud y compró las muchachas más lindas para su entretenimiento. Incidentalmente, estudió idiomas, descifró inscripciones cuneiformes, y quiso merecer fama de erudito. Naturalmente, los otros profesores no lo tomaron en cuenta. Vivía como si su pasión por la arqueología fuera sólo un hobby, o una especie de coartada para librarse de su existencia.

"Una muchacha alemana que vino a Egipto, acompañando a una viuda inválida, cayó en sus manos. Le compró vestidos y joyas y la llevaba a fiestas. Pero, después de la muerte de la anciana, la muchacha no se vió por ningún lado. Parece que Kraushaar la llevó a su casa en Girgi. Aparentemente, ella no tenía familia, porque nadie se preocupó de averiguar su desaparecimiento.

"Así quedaron las cosas, hasta que unos años más tarde la policía buscó a la muchacha perdida. ¿Por qué la policía? Porque no había pagado su impuesto de turista. El recaudador descubrió esto a los tres años, y lo denunció.



—Es, en realidad, muy sencillo: gano mil pesos la hora, y tú tratas de gastar más de mil pesos en una hora.

—¡Eso te significaba un ascenso!

—¡En verdad! La pista llegó a Girgi, pero la muchacha ya no estaba allí. El profesor aseguró que se había arrancado, tal vez al desierto: desaparecido sin dejar huellas. Por su parte, él tenía celos de un joven árabe, con el cual se había hecho muy amigo.

"Hubo un juicio, y los viejos amigos de Kraushaar fueron interrogados. Lei el proceso. Todos los testigos estaban de acuerdo: el individuo era un perverso y un loco, pero no lo creían capaz de cometer un crimen. Como no se encontró una evidencia, se dejó a un lado el caso.

"Todos los años desaparece tanta gente en el desierto, que uno más no impresiona. El fiscal no era, sin duda, un excavador. Al contrario, enterró el asunto. El embajador alemán pareció pagar por la vagonada de arena. ¿Comprende?

Entendí. Me estremecí por lo que sospechaba. Había estado lo suficiente en Egipto, como para hacer deducciones. Además, había estado enferma. La enfermedad le despierta a uno la intuición.

—La momia, Roger, la momia que vimos, ¿era la muchacha perdida? Roger asintió. Kraushaar había confesado.

—En verdad, habló voluntariamente. No fué para mí una tarea difícil hacerlo confesar, pero fué horrible. El describió todos los detalles y reveló todo en su declaración. Luego se colgó del techo. Tal vez era la mejor solución. ¡Tiene que creerme que el asunto me costó unos pocos whiskies dobles!

—Mi padre siempre decía, mi padre decía... —y de pronto no pude recordar qué quería contar, y me sentí enferma y no pude controlar ni la lengua ni la cabeza.

Roger estaba enternecedor. Se disculpó por haberme molestado y se deslizo de la orilla de la cama al suelo.



—¡Juan, tu hijo está llorando!



—¡El verano fue terriblemente duro! ¡Tuvimos que comernos todos los perros!



Lo compré para sorprender a Enrique en caso que le subieran el sueldo.



—¿No sabes que esa es la mejor manera para quemar los tapones?

Se arrodilló; realmente arrodillado junto a la cama y me miró. Yo pude ver su alma en el fondo de sus ojos. No estaba preparada para esto. Tuve que cerrar los ojos. Pero se incorporó y sostuvo mi cabeza entre sus manos fuertes y ardientes.

Al día siguiente me sacaron los puntos. Lo hicieron igual que cuando uno abre un paquete apretado, pero no tan sin daño. El cirujano dijo que estaba satisfecho. Eso es lo que generalmente dicen los médicos frente al paciente. Luego me regañó un poco diciendo que para la próxima vez no fuera tan estúpidamente heroica. "Usted no puede desafiar la naturaleza, ni aún siendo tan joven y fuerte. Los campos de batalla dan suficientes ejemplos como para aquietar el heroísmo". Tenía las mejillas regordetas y cara de niño con ojos azul claro, hombros y manos anchas, y hablaba una jerga de yanqui con inglés.

Hoy descubrí que no le gusto a la enfermera. Ella cumple con su deber, pero lo hace de mala gana. Nunca me mira a la cara, a menos que sea indispensable. Ella me ignora si le pregunto algo fuera de la rutina de su trabajo. Su vestido gris cruje por la pieza, pero su suavidad es una máscara de adhesión, de una adhesión peligrosamente enraizada. ¿Por qué? Esto me producía depresión, porque parecía que no podía hacer nada para remediarlo.

Sentía como si yaciera en una caja de municiones, con sólo una pequeña capa de asbesto para prevenir la explosión. No muy apropiada para lograr una convalecencia.

Busqué la causa, miré dentro de mí misma, pero no encontré nada. Stasia amaba esa atmósfera explosiva. Un enemigo nuevo siempre la exaltaba. La situación despertaba su ingenuidad y sus recursos. Algunas veces, cuando su entusiasmo se había desgastado dentro de ella, se salía de su camino para

crear uno nuevo. Pero yo debo vivir en una atmósfera de suavidad. Por esta enemistad oculta, tengo que calcular todo el día qué puede hacer la enfermera y qué puedo yo decir o no decir. Esto me cansa. Cuando vino Roger, le pedí un consejo. Pero me dijo que no debía preocuparme por los estados de ánimo de una solterona. La enfermera era veinte años mayor que yo, y esa era suficiente razón, para ella, para no ser cariñosa conmigo. La explicación lo podía satisfacer a él, pero no a mí.

—No se enoje con esa mujer, Sunny. Guarde su energía y su enojo para mí. Yo soy un mal hombre.

—¿Ya que tiene que volver al Valle y dejarme sola?

—Esa es una razón, pero no la única. —Esa es su obligación, Roger, su profesión, su todo. Yo, por mi parte, lo obligaría.

—¿En verdad haría eso, Sunny?

—Su destino no es transformarse en enfermero. Debe vivir su propia vida.

—Sonia —dijo Roger, con tanta pena, que no pude dejar de emocionarme—. Sonia, no sabe lo que esas palabras significan para mí. No puede medirlas; no todavía. Pero cuando las diga de nuevo, con comprensión plena, entonces piense en este momento. Entonces recuerde lo que dijo su subconsciente, ¿quiere?

—Lo haré. Pero ahora estoy perfectamente consciente. Por favor, no me haga resolver enigmas. No me contestó. Me besó suavemente las manos, por dentro y por fuera, y hubo algo sagrado en su beso. En Moscú, las señoras viejas besaban así a la oscura Madonna en su marco de plata.

—¿Qué sucede, Roger?

Aún no me daba una respuesta, pero sentado en la orilla de la cama, junto a mí, puso mis dos manos en su bolsillo. Se quedó así largo rato. No se movió, ni aún cuando entró la enfermera.

Yo quería descansar, pero me mantenía erguida. Eso no mejoró el genio de la enfermera. Cuando se fue de nuevo, él dijo:

—¡Una frustrada Hatshepsut! Todas son unas frustradas Hatshepsut. Esa es la clave de toda maldad.

Al día siguiente, traté de nuevo de acercarme a la enfermería de gris. Me daba cuenta de que el cirujano jefe era maravilloso. Cuando una muchacha estudia astronomía, se interesa por el director del observatorio, siempre decía eso mi padre. Tal vez ella estaba enamorada de su jefe, tal vez le gustaría hablar de él. Yo habría discutido alegremente, respecto a Roger, si alguien me hubiera secundado.

Eso ayudó un poco, pero no mucho. Ella sólo establecía los hechos. El vino a Europa con las tropas norteamericanas, durante la guerra, dirigió un hospital de sangre en Francia, donde trató y curó a un rico sheik, quien más tarde lo trajo a El Cairo. Y aquí se quedó.

—Es agradable tenerlo aquí.

—Suerte, suerte como todo —dijo la enfermera—. Las cosas llegan y se van de nuevo.

—¿Cómo vino usted a El Cairo?

—También por la suerte y por la guerra.

Le pregunté más, pero guardó silencio. Tenía un silencio opresivo, obstinado, diabólico, activo. Tiró las cortinas como si las castigara, contó las gotas dentro de un vaso, como si fueran de radium, y no quisiera dilapidar ni un gramo.

Si se me hubiera permitido leer, habría podido entretenerme, sin estar constantemente tratando de descifrar, por qué ella me odiaba tanto. Los libros me estaban prohibidos temporalmente, sólo me admitían mi diario. Hasta el médico asistente opinaba que los diarios eran inofensivos.

(CONTINUARA)



Tiene larga experiencia, pero... tez de aprendiz.

A pesar de su trabajo en el taller,
guarda un aspecto juvenil en su cutis.

Para la mujer que trabaja,
el maquillaje no es problema si inicia
la doble prueba de Don Juan.

Cada caja de polvos Don Juan
contiene un folleto
que explica la doble prueba de Don Juan.

Es cuestión de algunos meses
de perseverancia, ya que el
extracto de lanolina que
contiene Don Juan
suaviza el cutis
a fuerza de aplicarse.



Don Juan

M. R.

ayuda a
su felicidad.

Crema de belleza - Polvos faciales - Lápiz labial
Cake make up.

NO logro recordar a mi padre. Murió al poco tiempo de mi nacimiento, y mamá se fué a vivir con sus padres a la vieja casona de la calle El Castaño. Yo tenía casi dos años cuando murió mi abuelo. A los pocos meses lo siguió abuelita.

Cuando los trámites de la herencia estuvieron finiquitados, se nos informó que la vieja casona era nuestra. Ese era todo nuestro legado, la casa en que generaciones de nuestra familia habían nacido, vivido y muerto. Mi madre era muy orgullosa, pero eso no la impidió tomar trabajos de costura para poder mantenernos.

Hacia vestidos y sombreros que vendía en una pequeña tienda instalada en una de las piezas de la casa. Yo me quedaba horas admirando los brillantes colores de las cintas y flores con que adornaba sus trabajos.

A menudo le servía yo de modelo para los vestidos de niñas de mi edad. Pero siempre debía dejarlos a un lado después de probármelos. Después de las pruebas, cuando me volvía a poner mis delantales, sentía un nudo en la garganta. Deseaba llorar.

Odiaba mis viejos y descoloridos vestidos, confeccionados de materiales toscos. Si sólo poseyera algo nuevo y hermoso. Por las noches rezaba, pero mis oraciones jamás fueron escuchadas.

Una vez mi mamá me dió un trozo de cinta, sobrante de uno de los vestidos de Enriqueta. Lo guardé bajo mi almohada y durante toda la noche la sostuve entre mis manos. Me sentía feliz. La cinta era color violeta, del mismo tono de las flores que crecían junto a la verja que separaba nuestro jardín del de la casa de Enriqueta. Esa cinta era algo diferente a todas las que había tenido.

Quizá era porque pertenecía a Enriqueta y porque, a pesar de ser sólo una niña, la envidiaba.

Enriqueta era mi mejor amiga, pero en cierta forma la odiaba. Siempre lucía vestidos hermosos. Sus rizos rubios estaban siempre peinados y sujetos con una cinta que hacía juego con el vestido. Nunca parecía estar sino perfecta. Su ropa estaba cuidadosamente planchada. Mamá pensaba que era un buen ejemplo para mí. Esa fué una de las razones por la cual continuamos viviendo en un barrio para el que no teníamos recursos. ¡Mi buena y bondadosa mamá! Todo lo que hacía era por mí. Deseaba que yo creciera entre gente de mi categoría, lo que no lograría si nos cambiáramos de casa. Pero ella no se daba cuenta de que la vieja casa necesitaba reparaciones urgentes y que, al lado de las demás, su aspecto era bastante deficiente.

Yo me daba cuenta de ello. Cuando iba a casas de mis amigas notaba la diferencia. Además, ellas siempre andaban bien vestidas y poseían juguetes bonitos. Esa diferencia me hacía sentirme descontenta y envidiosa.

A veces, cuando los vestidos de mi vecina estaban ya muy usados o cuando le quedaban estrechos, su madre me los regalaba a mí. Pero yo no los quería. Me gustaban sólo cuando eran nuevos y tenían aspecto de recién comprados. A menudo sentía deseos de ocultar algunos de esos hermosos vestidos que hacía mi madre y guardarlos para mí. Pero eso era robar. Jamás me atreví a tocar las cosas ajenas. Mi madre era tan orgullosa. Ello no le permitía mirar lo que no le pertenecía, por temor a que la gente pensara que sentía envidia.

A mí me crió en la misma forma. Aunque, trabajaba por mí, se cegaba a mis anhelos de niña. Quizá eso me indujo a actuar en la forma que lo hice. Estaba segura de que mi madre jamás lo sabría.

Lo primero que robé fué una pequeñez. Si hubiera sido algo de valor —algo, en realidad, importante— y hubiera sido castigada, mi vida habría sido diferente. Pero, mi primera falta consistió sólo en un pedazo de vidrio.

Con Enriqueta nos entreteníamos mirando el sol, el cielo y los árboles a través de vidrios de colores. Todo se veía diferente. Incluso nosotros nos cambiábamos gracias a esas maravillas de colores.

Una vez miré a Enriqueta a través de un vidrio verde. La niña se veía verde y fea y su hermoso vestido lucía viejo y gastado. Gocé contemplándola así, fea y descolorida. Era difícil encontrar fea a Enriqueta, pero el vidrio la transformaba por completo.

En otra oportunidad, Enriqueta encontró un trozo de vidrio tornasol. Me miró por él y lanzó un grito de júbilo.

—¡Oh, que linda eres, Eulalia! Te vez dorada y tan resplandeciente como un hada!

Corrí y se lo arrebaté de su mano. Tenía que cerciorarme. Estaba segura de que ese vidrio era mágico. Lo puse ante mis ojos, y por supuesto que era así. El cabello de mi amiga se veía como si fuera de oro y el rostro resplandecía como si estuviera espolvoreado de sol.

Miré y miré todo lo que me rodeaba. Todo ofrecía una

Robé

toda la vida

irradiación maravillosa. Estuve contemplando durante mucho rato a través del trocito de vidrio, tanto que Enriqueta se enojó y me pidió que se lo devolviera.

¿Cómo podría yo renunciar a él? Enriqueta tenía siempre lo mejor y no se merecía también el vidrio mágico. Pero, era suyo. Si yo me quedaba con él, mi madre me obligaría a devolverlo, de manera que se lo entregué con pocas ganas. Lo guardó durante toda la tarde y no me dejó ni siquiera mirarlo.

—Es mío —gritó enojada—. No te puedes quedar con él. Y cuando se fué a su casa, se lo llevó.

Al día siguiente encontré el pedazo de vidrio botado en la calle, junto a la puerta de la casa de mi amiga. Miré a mi alrededor. No había nadie. Lo recogí y corrí a casa para esconderlo en el cajón de mi cómoda.

Enriqueta lo echó de menos y me preguntó si lo había visto. Naturalmente yo negué. Si sospechó de mí, jamás le dijo nada a su madre. Comencé a alejarme de mi vecina. Ya no la necesitaba. El vidrio tornasol lo era todo para mí. Jugaba con él días enteros y el mundo se volvió maravilloso. Pero, con el correr del tiempo, otras entretenimientos tomaban su lugar y me olvidé del vidrio robado. Quedó relegado en el cajón de la cómoda.

Durante los años siguientes, continué añadiendo otras cosas al cajón de la cómoda. Eran cosas que yo deseaba poseer y que nadie iba a notar que habían desaparecido. En los primeros años de colegio, me apoderé de algunos lápices, dos o tres pelotas y un cordel de saltar. Como no me atrevía a usarlos en mi casa, los ocultaba. Mi cajón se estaba convirtiendo en un fabuloso baúl de cosas robadas.

Jamás me arrepentí de mis actos, porque nunca me descubrieron, hasta que intenté robar en la confitería de la esquina.

Pasaba por allí todas las tardes después de clases. Un día de lluvia, al salir de la tienda, cogí algunos chocolates. Tomé tres barras y las escondí debajo de mi vestido para que no me las vieran. Me creí bastante astuta, pero al salir de la tienda me alcanzó el dueño. Me hizo levantar los brazos y los chocolates cayeron al suelo. Comencé a llorar y traté de correr, pero el hombre me detuvo.

—¡Qué vergüenza! ¡Tu mamá trabaja tanto para hacer de ti una señorita, y tú no le tienes más consideración que a un perro callejero!

—Por favor, señor, déjeme ir —le supliqué—. No quise hacerlo. Miré los chocolates y me dieron tantas ganas de comerlos que no pensé en que no me pertenecían. Por favor, no le diga nada a mamá —le lloré.

—Bueno, tu madre tiene ya bastantes preocupaciones como para que yo le añada otra diciéndole que su hija es una ladrona. Pero si vuelves a hacer lo mismo, tendré que hablar con ella —me amenazó.

Durante toda mi vida obtuve lo que quise, aunque no me perteneciera. Pero lo que no podía hurtar era el amor y el respeto del hombre a quien veneraba.

Con la rapidez de un rayo, cogí uno de los billetes y lo guardé en mi bolsillo, mientras dejaba el otro dentro de la cartera.



Me dejó ir y le devolví los chocolates. Pero no me detuve allí. Claro que fui cuidadosa y nunca me volví a descubrir. Pero siempre sentía un temor interior y comencé a odiar al fulano sólo porque le tenía miedo.

Cuando cumplí diez años, mamá decidió tomar pensionistas, pensando que así podría ganar más

dinero para mi educación.

—La vieja casa nos ayudará —me dijo.

Yo estaba encantada con la idea. Eso me significaba más trabajo pero no me importó. Si mi madre ganaba más dinero, yo podría tener más vestidos. La ropa era para mí una verdadera pasión. Quizá se debía a que Enriqueta me mostraba todos sus vestidos nuevos, como para hacerme sentir envidia.

—Mamá, vi un sweater rojo que me gusta mucho. Hace tanto tiempo que no me compras nada. ¿Me darías dinero?

—Le pedí mientras ella cosía.

—Pero Eulalia, tienes tantos chalecos —me dijo, sorprendida—. Tienes el verde que te regaló la mamá de Enriqueta, el blanco que te tejí el año pasado y el que te dió la señora Julia. Apenas pueda le zurciré la manga y te quedará como nuevo.

Y después de pensar durante unos segundos, añadió:

—Y tienes el azul y el amarillo. ¿Por qué no los has usado?

—Pero, mamá, esos están viejos. Yo quiero algo nuevo —me lamenté—.

Yo quiero tener algo elegido por mí. Mi madre dejó su costura a un lado y me miró con ojos cansados.

—Lo siento, hijita. Me encantaría que pudieras tener todo lo que poseen otras niñas, pero desgraciadamente no estoy en situación de proporcionártelo. Ten paciencia y trata de arreglártelas con lo que tienes.

(Sigue a la vuelta)

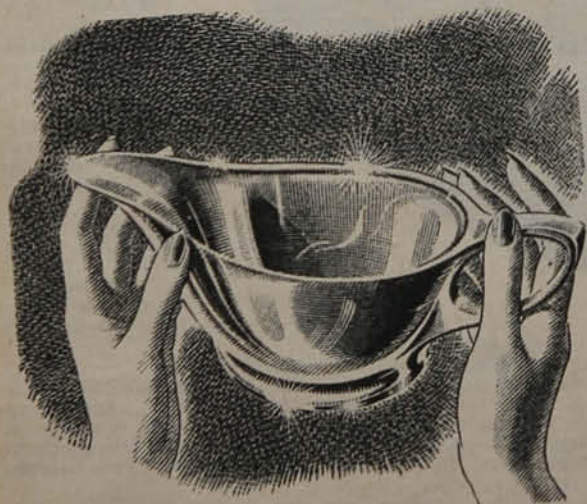
Mejora al
RESFRIADO

Mejora al
DOLORIDO



• Y para que MEJORAL llegue a sus manos **PURO!**
FRESCO! LEGITIMO! cada una de sus tabletas
viene herméticamente protegida por celofán!

Spanish 6 x 1



¡La plata no puede guardar secretos!

Los que tienen indiferencia o descuido por los detalles de cuanto les rodea, no deben usar objetos de plata. Porque la plata habla. Ella muestra de una manera clara e inequívoca el cuidado y la solicitud de su dueña — o la ausencia de estas cualidades. Y sin embargo, ¡cuán fácil es hacer a la plata loar las excelencias de su dueña! Silvo obra el milagro... Silvo, que es tan suave, tan fácil en su aplicación, y tan rápido en sus resultados de revelar la belleza entera de metal pulcro e imaculado.



RECKITT & COLMAN LIMITED HULL - INGLATERRA

El no poder obtener el sweater que deseaba me entristeció sobremanera y por las noches lloraba desconsolada. Llegó un momento en que ya no pude continuar tolerando mi tristeza y me robé un sweater en una tienda conocida.

Sabía que al robar procedía mal. Mi madre tuvo siempre buen cuidado de hacerme comprender la diferencia entre el bien y el mal, pero cuando robaba, me parecía que era otra Eulalia la que lo hacía.

Escondí el producto de mi robo en mi casillero en el colegio y usaba el sweater sólo cuando me encontraba fuera de casa. Mi mamá jamás lo supo.

Cuando comenzaron a llegar los pensionistas, eran, en su mayoría, profesoras y creo que la única razón por la cual no les robé nada fue porque les temía. Además, no tenían nada que realmente me complaciera.

Con el pasar del tiempo, mi anhelo de vestidos y ropa hermosa era tan grande que ya me parecía una enfermedad. Pensé en la vez en que necesité el vidrio mágico y el sweater rojo y recordé la facilidad con que los obtuve. Podía robar de nuevo.

Pocos días antes de Pascua, comencé a sacar cosas pequeñas de las tiendas. Hasta esa oportunidad, creí haberme reformado, pero no era así. Mis anhelos por tener cosas hermosas estaban más arraigados que nunca.

Tenía ya quince años y estaba en humanidades. Había reanudado mi amistad con Enriqueta y, como siempre, cuando se imponía una nueva moda, ella era la primera en lucirla. Zapatos, sweaters, vestidos... Tenía de todo. Aún más, sus ropas viejas ya no me servían. Ella seguía teniendo el cuerpo de una niña mientras yo comenzaba a formarme. Por eso empecé a robar otra vez.

Opté por cuidar niños y, gracias al dinero que ganaba, me era fácil explicar a mi madre la procedencia de la ropa nueva que traía a casa. Comencé a recorrer las mismas



PARA EVITAR LA TENTACION.

Un famoso periodista y filósofo revolvió mar y tierra hasta conseguir el número de patente que deseaba: 13-1313. Cuando le preguntaron por qué quería ese número, tuvo una respuesta concisa:

—Salta a la vista, ¿a quién va a ocurrírsele robar un coche con esa patente?

tiendas y, finalmente, me descubrieron en una de ellas. Ese día, por segunda vez en la semana, traté de escaparme con un vestido.

Una vez sola en el probador, me puse mi vestido encima del que pretendía hurtar. Luego bajé el primer piso y salí por la puerta central con toda calma. En el camino, tomé un chalecito que en realidad no necesitaba.

Jamás pensé en que me estaban observando, y de pronto un hombre me tomó del brazo, obligándome a detenerme. No tenía escapatoria. En ese instante pasó por mi mente el recuerdo de la vez que me sorprendió el dueño de la pastelería robándole chocolates y de cómo me había salvado. Pero éste caso era totalmente diferente. Ahora me encontraba frente a un detective, a quién las lágrimas no lo persuadían.

Me llevaron a la oficina del gerente y me registraron. Encontraron cajas de maquillaje, fantasías, el chal y también el vestido.

—La hemos estado observando desde hace ya bastante tiempo —me dijo el hombre—. Desde hace más o menos seis meses está usted haciendo lo mismo, ¿no es así?

Estaba aterrorizada. No sabía a ciencia cierta si habían descubierto todos mis robos. Tenían mi nombre en los archivos y me mostraron un permiso judicial para registrar mi hogar.

Nos dirigimos a mi vieja casa. Felizmente, mi mamá había salido a entregar algunos trabajos. Sin embargo, Enriqueta estaba allí. Recordé que el día anterior le había dicho que me compraría un vestido nuevo y, naturalmente, no me creyó. Dijo que vendría hoy a casa para cerciorarse. No había forma de evadirla. "Quizá ella me pueda ayudar", pensé algo aliviada.

Me abracé de ella y comencé a llorar. Enriqueta les diría que yo era una muchacha buena. Ella me ayudaría. Pero mi amiga estaba demasiado perpleja y sólo se limitó a recorrer la casa con nosotros mientras los detectives la registraban. Al llegar a mi pieza, vi con horror que vaciaban el cajón de mi cómoda sobre la cama. ¡Habían descubierto el depósito de cosas robadas! Enriqueta se acercó y cogió el pedazo de vidrio color tornasol.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los detectives.

—Es sólo un pedazo de vidrio —replicó el otro.

Pero yo sabía que no era sólo un pedazo de vidrio y Enriqueta también lo comprendía. Era su vidrio mágico, el que yo le había robado años atrás. En sus ojos vi la acusación a que tanto temía.

—Ahora me tengo que ir —dijo apresuradamente.

—Por favor, espera hasta que vuelva mi mamá —le supliqué.

—Lo siento —respondió con frialdad.

Un extraño aturdimiento se apoderó de mí mientras la oí bajar por la escala y luego cerrar tras sí la puerta de calle. Enriqueta no volvería nunca más a ser mi amiga.

¡Yo era una ladrona reconocida!

Unos segundos más tarde escuché los pasos de mi mamá.

¡Pobre mamá! Siempre trató de inculcarme la bondad, la

decencia y el orgullo! Había luchado porque yo viviera en

un barrio decente, entre la gente de mi categoría social.

¡Y yo la había traicionado!

Oculté la cabeza en mis manos y comencé a llorar. Eso

fué lo que vió mi pobre mamá cuando entró a mi habita-

ción. Yo llorando y dos detectives inclinados sobre la can-

tidad de objetos y ropa robada.

—¿Qué sucede? —inquirió preocupada—. ¿Ha habido algún

robo?

—En su casa, exactamente no, señora —replicó uno de

ellos—. Pero tendremos que llevar a su hija a la comisaría.

Mi madre palideció.

—Debe haber una equivocación —murmuró quedamente.

—La hemos estado observando desde hace seis meses —

explicó—. Ya no nos cabe duda —añadió, señalando las

cosas que estaban sobre la cama.

—Pero Eulalia es una muchacha buena —les rebatió mi

madre—. Jamás ha robado nada.

¡Pobre mamá! Tenía fe en mí y pensaba que yo era tan

decente y tan honrada como ella. Sólo esos dos hombres

y yo sabíamos lo equivocada que estaba.

—Dejaremos que el juez lo decida —dijo finalmente uno

de ellos.

Se produjo un silencio aplastante. Nadie se movió. Nadie

dijo nada. Observé a mi madre, quién me miraba como

atontada. Ya no había orgullo en su apariencia. ¿Cómo

puede sentirse orgullosa una mujer cuya hija ha cometido

un crimen?

Dirigí la vista hacia la cama y vi los chalecos, la ropa

interior, los vestidos... todo era para mí. Ni siquiera tenía

la excusa de que eran para mi madre. Yo era una ladro-

na... una vulgar y egoísta ladrona.

La cara de mi madre estaba surcada por las arrugas, sus

manos encallecidas por el trabajo, sus ropas gastadas por

el tiempo... todo me hacía ver con exactitud cuánto se

había sacrificado por darme una educación decente. Cuán-

to había significado para ella tener una hija de la cual

podía estar orgullosa. ¡Y yo la había defraudado!

Esos días fueron verdaderamente tristes. Estaba recién co-

menzando el otoño. Pasaron los meses y llegó diciembre.

Navidad. Me permitieron ir a casa porque todos querían y

respetaban a mi madre. Prometí a ella y al juez no volver

a robar. La próxima vez no sería fácil eludir la pesada mano

de la justicia.

Y, en realidad, estaba deseosa de cumplir mi promesa. Pero

volver al colegio sería para mí una prueba demasiado dura.

Bien sabía que todas mis compañeras conocían mi con-

ducta.

Tenía entonces diecisiete años y, aunque me era difícil

encontrar trabajo, logré conseguir un puesto en el depar-

tamento de ropa interior de una gran tienda. Todos sabían

mis antecedentes, pero como desde entonces mi conducta

había sido irreproachable, no titubearon en emplearme. Más

que todo lo hacían por mi madre, ya que ella no po-

día trabajar como antes. Yo dejaba gran parte de mi salario

para la casa, por lo cual mi situación no había variado. Aun-

que mi sueldo era bastante bueno, no podía comprar las

cosas que tanto deseaba.

Prefería mil veces trabajar que ir al colegio. Me encontraba

rodeada de las cosas que siempre había soñado tener. Si

no me podían pertenecer, por lo menos, me era permitido

tocarlas.

Mis compañeros eran agradables pero poco amistosos. Sin

embargo, había una excepción, Rodrigo, el jefe del depar-

tamento de vestidos. Tenía fama de "Don Juan".

Las muchachas de mi sección lo esquivaban. Siempre se

acercaba a conversarme, y me imaginó que pensaba que

al ser yo nueva, no debía saber nada respecto a su fama.

Yo no tenía muchos panoramas y era ingenua en todo lo

referente a los muchachos. Además, Rodrigo era prepotente

y engreído. Pero, aún sabiendo que su presencia me era

poco grata, no dejaba de cortejarme.

Una tarde, poco antes de la hora de salida, se acercó al

mostrador.

—¿Quieres venir esta tarde conmigo al cine, Eulalia? —me

preguntó.

Esta era la tercera o cuarta vez que me lo proponía, pero

parecía no cansarse de mis negativas.

—Lo siento, pero tengo mucho que hacer.

Me miró detenidamente y dijo con aire presumido:

Viaje

Deseconocida voz canta el obscuro nombre
de una estación pequeña donde ha parado el tren.
Es noche densa. Vaga la silueta de un hombre
solitario, a lo lejos, por el callado andén.

¿Qué lugar y qué hora?... Yacen en la penumbra
la esfera del reloj y el nombre del lugar.
Un farol polvoriento timidamente alumbraba
la pared desconchada... Y el tren vuelve a marchar.

Arboles. Muy lejanas luces de un pueblo. El llano
se tiende inmenso, mudo, dormido en derredor.
En el cielo sin luna, son cifras de un arcano
las estrellas que vibran con nervioso temblor.

Sueño... El tren en su marcha remeda absurdamente,
constantemente, el ritmo de una canción vulgar.
Para el tren... La quietud del sopor indolente
rompe quizá el sonoro nombre de otro lugar.

El sueño se disipa... La noche ha muerto. En vivos
arboles, el cielo colorándose fué.
Sobre fértiles campos de pródigos cultivos,
paternal, soberano, la faz del sol se ve.

Un labrador que guía lentamente su arado
se yergue en la tersura del cielo matinal.
Y los surcos se tienden, uno del otro al lado,
como versos que riman un cántico triunfal.

Enrique Díez Canedo
(español).

—Pareces gozar de gran popularidad, ¿no es así? Debe haber alguna razón especial por la cual no aceptas mis invitaciones. Los muchachos deben saberla —dijo y se alejó.

Yo me sonrojé. Si no hubiera sido tan inexperta, habría comprendido que sólo trataba de molestarme y no de acusarme de tener mala reputación. ¡Cómo lo odiaba! Me di vuelta y comencé a ordenar la mercadería y me interné entonces en otro mundo, libre de Rodrigo y rodeado de las cosas hermosas que hacían feliz a una muchacha como yo.

Me era difícil apartar los dedos de esas hermosas sedas, pero cuando me asaltaba la idea de apoderarme de ellas, cerraba los ojos y me obligaba a apartar de mí ese pensamiento. Lo hacía por mi madre. Debería tener siempre presente su imagen. Así obraría bien. Además, no debía olvidar que me habían dado una segunda oportunidad para ser buena. Claro que ahora tenía ropa más decente, aunque no siempre nueva. Me sugestionaba pensando que en realidad, no importaba. Y era efectivamente así. Y lo fué hasta que conocí a Leopoldo. Por él quise ser hermosa y elegante.

Leopoldo era ingeniero-electricista y lo conocí cuando vino a casa a inspeccionar la instalación. Era alto y delgado, de pelo claro y ojos oscuros.

Conversamos durante un rato.
—Dentro de poco tendré mi propio negocio —me confió, mientras sus ojos brillaban al decirme que le gustaría trabajar en forma independiente.

(Sigue a la vuelta)



EL PRINCIPE SEREBRIANI,

por Alexsei Tolstoi

Esta obra transcurre en el año 7073 de la Creación, en un caluroso día estival, en el cual un joven boyardo se dirige a una aldea cercana a Moscú. La acción nos muestra la Rusia de los zares, sus costumbres, la fiereza de sus hombres, las invasiones tártaras y la conquista de Siberia por Irmak Timofieich.

PRECIO \$ 240.—

CRIMEN EN LA NIEVE,

Carol Carnac.

Un crimen en Londres obliga al Inspector Rivers, de Scotland Yard, a hacer un viaje a las canchas de esquí de Austria. Cuando se apachó la nieve y se descubrió el cuerpo ensangrentado que yacía bajo ella, se desencadenó el terror sobre el pequeño villorrio de deportes invernales...

PRECIO \$ 130.—

MI MILDRED BIEN AMADA,

Marcel Artigues.

Esta novela se desarrolla en el ambiente apasionante de los gangsters parisenses. Sin embargo, es ésta una historia de amor. Mildred y Jean se conocen investigando un crimen y su amor crece con rapidez abrasadora...

PRECIO \$ 50.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

Comenzamos a salir más o menos seguidos, y, finalmente, me di cuenta de que estaba enamorada de él. Ahora, era más importante que nunca vestirme elegante. Pero, ¿cómo podía hacerlo si no disponía ni de medio centavo para mí?

Una tarde, volviendo del teatro, Leopoldo me tomó de los hombros y me preguntó:

—¿Te gustaría ir conmigo a un baile al club el próximo sábado?

Lo miré a los ojos y traté de leer sus pensamientos. No lo logré, pero me sentía muy emocionada. Sabía que el sábado sería un gran día para mí. Estaba segura de que Leopoldo me declararía su amor. Tendría que lucir perfecta. Esta vez, debía tener un vestido nuevo.

Esa noche, al llegar a casa, conté el dinero que había conseguido ahorrar. Al día siguiente, escogí un hermoso vestido, pero a pesar de los descuentos que les hacen a los empleados de la firma, aún me faltaban mil pesos. Por supuesto que le podía pedir a Rodrigo que me diera las facilidades que necesitaba, pero yo bien conocía su reputación. Esperaba que las muchachas le pagaran los favores a su manera. Me habría sido fácil robar el vestido, pero esas actuaciones pertenecían a mi pasado. Ahora todos confiaban en mí. Mi madre tenía fe y yo debía luchar para que la conservara. El llevar a cabo lo que estaba pensando podría arruinar toda mi vida.

Llegó el sábado y yo sin el vestido. Estaba desesperada. En ese momento vi que una señora dejaba encima del mostrador su cartera mientras entraba en uno de los probadores. El bolso cayó al suelo y, al recogerlo, resbalaron de él dos billetes de a quinientos.

Con la rapidez de un rayo, cogí uno de los billetes y lo guardé en mi bolsillo mientras dejaba el otro dentro de la cartera. Al levantarme me di cuenta de que Rodrigo estaba de pie a mis espaldas y que había observado mi maniobra. Sin darme cuenta, había vuelto a mi pasado, había actuado nuevamente como una vulgar ladrona. Sabía que lo único que podía hacer Rodrigo era llamar a un detective, de manera que devolví el dinero. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Escapé del grupo de clientes y de la mirada inquisitiva de Rodrigo. Pasé por su lado corriendo y fui a esconderme. ¿Qué puedo hacer? —me pregunté desesperada.

De pronto vi a Rodrigo de pie frente a mí. ¡Me había seguido!

—Te vi —me dijo—. Te puedo poner en una situación comprometida.

—Tú no has visto nada —le dije tratando de convencerlo. —Tú no sabes lo severa que es la justicia —dijo, por respuesta.

¡Estaba acorralada! El hombre se regocijaba de tenerme acorralada en pago a todas las veces que lo había desdiciado.

—Eres una muchacha demasiado bonita, Eulalia. Me daría pena denunciarte. Pero no lo haré..., todavía.

—¡Oh, no! Déjeme explicarle —le supliqué, y antes de que pudiera contestarme, le conté toda la historia del vestido y lo que ello significaba para mí.

—Eso no es ningún problema —me dijo con generosidad—. Elige el vestido que desees; me haré cargo de la diferencia. Desde un principio juzgué mal a Rodrigo, pensé. No es un muchacho malo. ¿Cómo podía serlo cuando deseaba ayudarme a salir de éste apuro?

—Ahora te gusto un poco más, ¿no es así, Eulalia?

—Por supuesto, Rodrigo. Te había juzgado mal. Me tomó del brazo mientras nos dirigíamos a la puerta. Me sonrió con comprensión.

—¡Saliremos una tarde, mi amor. Pasaremos una velada deliciosa, solos, tú y yo.

Con horror me di cuenta de que no me había equivocado con respecto a este desagradable "Don Juan". Siempre andaba tras las muchachas, viendo qué podía conseguir. Y ahora tenía una razón para creer que obtendría de mí lo que deseaba.

Asentí con la cabeza. ¿Qué otra cosa podría hacer fuera de aceptar su soborno? Pensé que sería capaz de arreglarmelas sin mayor dificultad. Además, era sábado y yo tenía mi vestido nuevo. Eso era todo lo que importaba.

—Te ves maravillosa —me dijo Leopoldo esa noche al contemplarme con el vestido.

Pasamos una noche maravillosa. El baile fue espléndido y yo me sentí la reina de la fiesta con ese vestido rojo y en los brazos de Leopoldo. Me llegó a olvidar lo que me había costado obtener el vestido. Me olvidé de Rodrigo. Me olvidé de todo excepto de que estaba con Leopoldo y que lo amaba. Con torpeza pensé que era gracias al vestido.

Camino a casa, estacionamos el auto en una calle oscura, y Leopoldo me abrazó.

—¡Amor mío! Tú sabes que te adoro —murmuró suavemente en mi oído—. Por favor, casémonos pronto. Junté mi mejilla a la suya.

—¿Es ésta una declaración —le pregunté en broma.



—Eulalia, dime que sí, dime que me amas. Te quiero tanto...

Me sonreí pensando en que no era necesario contestar esa pregunta.

—Yo también te quiero —balbucí—. Nos casaremos lo antes posible.

Esa misma noche hicimos los planes para nuestra boda, la que se efectuaría dentro de un mes. Propuse a Leopoldo dejar inmediatamente mi trabajo, pensando en que así me podría desligar de Rodrigo. Leopoldo se opuso.

—Tienes un buen sueldo y con él ayudas a tu madre —me dijo—. Después de casados, no le podremos dar mucho, así es que creo que debes darle lo que más puedas durante estas últimas semanas.

Yo le hice ver que el prepararme para la boda requería mucho tiempo, pero Leopoldo insistió en su idea. Era un hombre muy práctico. Y yo temía revelar mis temores de volver al trabajo.

El lunes no pude evitar los frecuentes encuentros con Rodrigo. Estuvo rondando mi sección durante todo el día, conversándome y haciéndome bromas. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me sonreía. ¿Que estaba tramando? Me las arreglé para no encontrarme con él a solas.

Poco antes de la hora de salida, entré en uno de los probadores a arreglarme. Recordé que había una salida por la parte de atrás del edificio. Por allí descargaban las mercaderías y se podía llegar al paradero de los micros.

Antes de salir, miré en todas direcciones. Me dirigí en silen-

cia, todo. Y mientras hablaba, me daba cuenta de cómo estaba sacrificando mi felicidad junto al hombre amado. Siempre había tratado de convencerme de que mi pasado estaba ya muerto y enterrado, y que podría empezar una vida nueva el día que quisiera. Pero me daba cuenta de mi error. Hay que pagar por las faltas que se cometen. Al mirar a Leopoldo, veía por primera vez lo alto del precio que tendría que pagar ahora.

Todas las cosas que había deseado durante toda mi vida, no tenían valor al lado de lo mucho que quería a Leopoldo. Pero también me di cuenta de que lo único que no se puede robar y llamar propio es el amor de un hombre. Quizá Leopoldo ya no me quería.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Todos nuestros planes quedarían en la nada. ¿Cómo podía pretender yo que Leopoldo, tan honrado y correcto, se casara con una muchacha salida de una casa correccional? ¿Una muchacha que, incluso podía ser una asesina? Me levanté para irme, pues, bien sabía yo la respuesta a todo esto.

—No te vayas, Eulalia. Te quiero.

Corrí a sus brazos. Eso era lo que deseaba oír de labios de Leopoldo. Mientras lo tuviera junto a mí, todo tendría solución.

—Nos casaremos lo antes posible —me dijo, pero su voz ya no tenía entusiasmo. Era triste y melancólica.

Sí, todavía me amaba, pero su amor ya no sería igual. Siempre habría un interrogante, una pequeña duda. Jamás podría confiar plenamente en mí.

¡Si quieres ser feliz!

SI NACISTE EN

MAYO: El trébol de cuatro hojas debe encontrarse entre los preciosos talismanes de las personas nacidas en este mes. No sólo son sensibles a su influencia la gente joven, que siempre buscan con afán sus hojas verdes, sino todas las que vieron la luz por primera vez durante mayo. Quien encuentre o reciba como obsequio un trébol de cuatro hojas, debe conservarlo cuidadosamente y asegurarlo dentro de su cartera o billetera. Su feliz influencia será mucho más fuerte y eficaz si se la refuerza con el mágico poder del coral, piedra del mes. La que desea aumentar el atractivo de su constante buen humor y alegría la llevará consigo. Otras piedras del mes son: la ágata naranja, el berilo, el brillante, el lapislázuli, el zafiro. Como talismán para los niños que nazcan entre el 21 de abril y el 21 de mayo, bajo el signo de Taurus: la ágata y la esmeralda.

El coral, piedra del mes, es en realidad un animalito minúsculo, amante del contacto con sus semejantes y que lleva una vida silenciosa y recogida. El coral es una congregación de pequeños solitarios, por este motivo los italianos lo llaman "Madrepore", o piedras que son madres de una múltiple progenitura. Habita en las inmensas lejanías del Océano Pacífico, constituyendo esas extrañas formaciones de gigantescos anillos cubiertos de lujuriosa vegetación. Desde la más remota antigüedad, los pueblos de la región mediterránea y del Oriente gustaban usarlo como adorno y le atribuían toda clase de propiedades mágicas. En esa época, como también en la Edad Media, se llevaban como un amuleto contra las enfermedades y sus peligros. En Oriente, en la India, se usa mucho como adorno, y se cree que poniéndolo junto a los despojos mortales de una persona, se la libra de las potencias infernales.

cio hacia la escala de servicio. De pronto, sentí que alguien me presionaba el brazo.

—¿Creeste poder escapar, preciosa? ¿Acaso no sabes que toda deuda tiene que pagarse? —me preguntó con una suavidad irónica—. ¡Tú pagarás la tuya ahora!

Luché por apartarme de él, pero me sentía insignificante ante su fuerza bruta. Lo pateé, lo mordí, lo abofeteé, pero no saqué nada. Traté de defenderme con algo más consistente, y, felizmente, encontré un martillo sobre unos sacos.

Rodrigo trató de besarme, pero logré apartarme de sus brazos para coger el martillo.

—No hagas tonterías, preciosa. Te puede pesar —me dijo, tratando de arrebatarme la herramienta. Antes de que se pudiera mover de nuevo, le asesté un golpe en la cabeza. El hombre se tambaleó y cayó inerte al suelo.

Era tarde y estaba ya oscuro. Nadie nos vió. Las sombras de los bultos ocultaron el cuerpo de Rodrigo, lo que me dió valor para arrancar. Tenía que huir lo antes posible. Me dirigí a la oficina de Leopoldo, quien trabajaba siempre hasta tarde. El me ayudaría. Al verlo, me abracé de él y comencé a sollozar.

—¿Qué te ha sucedido? Dime, mi amor, qué te pasa. ¿Por qué lloras?

Entre sollozos, le narré lo sucedido. Todo lo referente a Rodrigo, al vestido rojo. Mis palabras eran incongruentes, pero poco a poco me fui calmando. ¡Con esto haría que Leopoldo me odiara!

Sentí vergüenza mientras le contaba todo lo que le había ocultado durante tanto tiempo. El pedazo de vidrio color tornasol, los chocolates, los detectives que registraron mi

Leopoldo volvió a hablar, y yo me sentí aturdida. No había pensado en lo grave que podría ser el asunto de Rodrigo.

—Tenemos que volver a la tienda. No podemos permitir que ese hombre quede allí tendido toda la noche. Puede estar gravemente herido.

La angustia y el miedo que sentí mientras le narraba mi pasado me hicieron olvidar a Rodrigo. Yo no deseaba volver a ese espantoso lugar, pero tampoco quería discutir con Leopoldo.

En silencio, volvimos a la tienda. ¿Qué podíamos decirnos? Al llegar al lugar donde dejé a Rodrigo, nos dimos cuenta de que no había nadie. No había rastros de él.

—¡Gracias, Dios mío! —pensé. Esto quiere decir que está vivo. "Pero tú trataste de matarlo", me repetía una voz interior. "No trepidaste en ser una asesina".

Al día siguiente, Leopoldo me acompañó a la tienda, y renuncié a mi trabajo. Rodrigo estaba allí. Se veía impresionantemente pálido y su cabeza estaba cubierta de vendas, ¡pero estaba vivo! Le pagué el dinero que le debía, sin dirigirle ni una sola mirada.

Nos casamos un mes más tarde. Eramos muy felices porque nos amábamos, pero nuestro matrimonio estaba obscurecido por una nube. A los dieciocho años, yo era una muchacha con un pasado.

Hago lo posible por ser la mujer que Leopoldo siempre soñó fuera su esposa. Mientras él tenga fé en mí, todo marchará bien.

También seré estricta con nuestros hijos. No les permitiré quedarse con nada que no les pertenezca, aunque sea una pequeñez. ¡Yo bien sé lo que es eso!



Un marido indiferente

SEMEJANTE a una desmesurada anguila, moviéndose en las aguas, ondulaba el gentío en una de las calles principales de la ciudad. Era la hora de mayor movimiento. Después de pasar toda la tarde en mis compras, había ido a esperar a mi marido a la salida de su oficina, y en ese momento caminaba junto a él, dirigiéndole de soslayo miradas cargadas de amargo sarcasmo. No pudiendo resistir por más tiempo su indiferente silencio, le dije:

—Gracias, mi amor. Estoy encantada de que lo encuentres bonito. Me miró sorprendido. —Mi sombrero —le precisé.

Al comprarlo, me hice esta reflexión: "Este sí que llamará enseguida la atención de René". Mi marido levantó sus ojos lentamente y miró la pequeña y viva mancha que coronaba mi frente.

—Efectivamente —articuló—; está muy bien. Por lo demás, tú siempre te ves bien... Apurémonos, para alcanzar a tomar el autobús de las siete y cuarto.

Como un hombre en trance, René continuó caminando entre la muchedumbre, hasta llegar al paradero. Sin que hablara, yo conocía perfectamente sus pensamientos: en ese instante, ignoraba la agitación. Esa era la regla N.º 1 del libro titulado: "¡No Apresure su Muerte!", de un cierto autor llamado Soufflard. Dicho libro ejercía sobre René y sus amigos una fascinación casi malsana (según mi opinión, por lo menos). La causa de esta atracción era la muerte súbita de uno de sus compañeros, apenas de treinta años de edad. En el lapso de tres semanas, René se había convertido en un entusiasta partidario de ese señor Soufflard, siguiendo sus insinuaciones al pie de la letra: no sólo practicaba la "Negación de la agitación", sino que, además, se desentendía prácticamente de todo cuanto hay: de los sombreros nuevos, de los gritos de nuestro pequeño Roberto, cuando se daba vuelta con su trípode y, hasta de los ensordecedores trompetazos de su gran cornetín de juguete... Caminando a su vera, yo esperaba a que bajase del mundo de sus quimeras, y afirmase sus pies en el suelo. De pronto, pasó a mi lado un joven alto y vivo, de pelo oscuro. Me echó una mirada y después se volvió bruscamente:

—¡No embromes! —exclamé, sorprendida—. ¡Guido! ¿Eres tú? ¿Cómo estás? Deja presentarte a mi marido... René, es Guido Durán, mi antiguo... Pero René ya no estaba a mi lado. Enervada, pero feliz, me volví nuevamente hacia Guido:

—Perdón, pero he perdido a mi marido —dije a Guido—. ¿Tienes un minuto disponible? ¡Acompáñame!

Seguimos caminando apresuradamente hacia el paradero de los autobuses, hasta que, poco antes de llegar, alcanzamos por fin a René que, sin duda, iba convencido de que yo iba a su lado.

—René, espera un momento —supliqué.

Pareció muy sorprendido de verme tan agitada y casi sin aliento.

—Quiero presentarte a alguien: Guido Durán:

—¿Cómo está? —murmuró cortésmente René, con perfecta indiferencia.

—¿Es absolutamente necesario que tomen ustedes este bus? —interrogó Guido, que parecía dichoso de haber encontrado a una antigua amiga—. ¿No podríamos comer juntos? —Lo siento, pero es imposible —me excusé.

—Estoy aquí por diez días. Espero que tendremos ocasión de vernos nuevamente. ¿Cuándo y dónde podría ser? Le di rápidamente el número de mi teléfono, pidiéndole que no dejara de llamarme. Al mismo tiempo, echaba una mirada de reproche a René, quien seguía caminando apresuradamente, con la mirada vaga y un aire ausente.

—¿Quién era? —preguntó, al fin, mi marido, cuando ya nos instalamos en el autobús.

—Alguien con el cual casi me casé —respondí, suspirando.

Miré por la ventanilla, y mi espíritu se puso a remover antiguos recuerdos... Esperaba que mi respuesta sacudiera la indiferencia de mi marido, no obstante, daba aún la impresión de hallarse en las nubes. El René de antes, el anterior a la historia de Soufflard, habría empezado inmediatamente a

demoler a Guido con sus críticas. Con voz temblorosa de celos, habría comentado: "Es un hombre feliz, pues no te casaste con él. Tu vida con Guido habría sido un completo fracaso. Tuviste suerte en encontrarme. No hagas tal de encontrarte con él si te telefonea. Podemos mejor ir los dos al teatro, y nos divertiremos a morir".

Pero, el René de ahora, prefería desprenderse enteramente de todo lo que le rodeaba, a fin de conservar la vida por más largo tiempo. Soufflard aconsejaba que en tales circunstancias, había que transportarse a otro lugar cualquiera... En tanto el vehículo corría con gran ruido, me

puse a observar a mi marido, que se dejaba mecer con su pensamiento, a una enorme distancia mía. Con un marido tan indiferente, ¿quién podría reprocharme de que aceptara verme con un amigo de mi juventud?

Dos días más tarde, dejando a Roberto al cuidado de la niñera (que tomaba por horas, cuando yo me veía precisada de salir), después de vestirme con mi dos-piezas nuevo, color habano, que sentaba muy bien a mis cabellos rubios y a mis ojos de color exacto al de mi traje, salí, impaciente por llegar pronto al lugar de mi cita con Guido. Me esperaba radiante de alegría, y, prendiéndome una



hermosa orquídea en la vuelta de mi vestido, exclamó:
—¿Cómo es posible que, después de tantos años, estés aún más bonita que antes?
Sentada junto a él, en su magnífico coche, mi primera sensación de entusiasmo empezó, poco a poco, a transformarse en una sensación de vaga inquietud. Nos bajamos a servirnos un aperitivo y, mientras charlábamos animadamente, me di perfecta cuenta de que Guido no tomaba las cosas como yo. Por supuesto, que no podía imaginarse que yo aceptara de tan buen grado su invitación, no sólo por el gusto de encontrarme con un amigo de mi juventud, al cual me unían agradables recuerdos, sino también, en cierto modo, como una ocasión o un motivo para sacudir la apatía de René.
—¿No es maravilloso? —me decía Guido, alegremente—. ¿Vernos de repente, estar uno frente al otro de nuevo... como en otros tiempos?...
Me sentí incómoda y le interrumpí:
—Guido, cuéntame algo de tu trabajo... ¿Qué haces actualmente?...

Mientras regresaba a casa, no me sentía más dichosa que momentos antes, cuando estaba en compañía de Guido. No porque mi amigo no hubiese sido un agradable compañero; al contrario, había pasado con él horas sumamente entretenidas. Pero, a pesar de todo, me preocupaba mucho René. Al casarme con él le había jurado fidelidad y no pensaba faltar a este juramento, aunque estuviera irritada por su obsesión de Souillard. Evidentemente, era muy sencillo convencerme a mí misma que no había nada de malo en encontrarme una vez con Guido, por casualidad. Pero, yo sabía perfectamente que Guido no quería admitir esa casualidad en nuestro encuentro. En tanto, miraba pensativamente el panorama que desfilaba ante mí distraída vista —árboles, casas, gente, niños jugando—, tomé la resolución de confesar mi escapada a René. Que diría que había encontrado a Guido de improviso, que conversáramos y que él suponía que yo no era muy feliz en mi matrimonio... Tal vez sería ésta una advertencia saludable para mi marido.

—Pero, tú me quieres, ¿verdad? —le diría, deslizándome insensiblemente sobre sus rodillas. Evidentemente, René me juraría que me adoraba y saldría de su eterna indiferencia...

Esa tarde, al llegar René, Roberto, trepado en su triciclo, daba vueltas a la casa, metiendo mucho ruido. Se detuvo para saludar a su padre y, desde adentro, pude escuchar que le comunicaba una noticia:

—Mamita salió hoy y estuvo con un tío que yo no conozco, y me trajo chocolates.

—No los comas antes de la comida —le recomendó René. Enseguida entró a la cocina y me besó.

—¡Oh! A propósito... —comencé a contar, súbitamente agitada—. Tengo muchas cosas que contarte. Espérame en el comedor; voy enseguida.

Me saqué el delantal, me puse un poco, y después, impaciente por narrar mi historia, entré al comedor. Encontré a René sentado en su sillón.

—Se ha dormido —me informó Roberto—. Está con la boca abierta.

Humillada, comprobé que era así. ¿Qué clase de esposo tenía yo, que después de oír que había salido y había estado con un tío desconocido, no se inquietaba en absoluto? Cuando despertó para sentarse a la mesa, no parecía recordar que yo tenía algo importante que contarle.

—Puedo dormirme perfectamente en cuanto llego —explicó, sorprendido, bostezando—. Y, si superas, tengo muchas preocupaciones y problemas que nunca.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Era un muchacho que traía una caja de flores. Súbitamente, concebí una diabólica idea. Experimenté la necesidad de vengarme de la atroz apatía de mi marido. Primero, le diría a René, con tono acariciador, que no debía haberse molestado, ordenando esas flores para mí. No dejaría de proporcionarle una impresión desagradable. Y si respondía bostezando, que esas flores no eran suyas; se suscitaría entonces una discusión para conocer la procedencia.

—¡Oh René! —exclamé, como gratamente sorprendida y halagada, después de desatar la cinta de la caja. Al levantar la tapa, descubrí un magnífico ramo de rosas, además de una tarjeta del mandatario, que me apresuré a ocultar rápidamente—. ¡Qué amable de tu parte! —continué, yendo hacia él y abrazándole con transportes de reconocimiento.

—¡Hay un error! —declaró—. No son mías. Pero, debe haber una tarjeta de quien las manda...

Sin dejar de lanzar pequeños gritos de admiración, di vueltas la caja, busqué entre los papeles y moví negativamente la cabeza.

—¡Son magníficas! ¿Quién puede habérmelas enviado? Sentía las mejillas ardiendo, pero René no se inmutaba.

(Continúa en la pág. 20)

Royal Printed

DECORA SU CASA COMPLETA, DE NORTE A SUR DEL PAIS, EN CORTINAJES, ALFOMBRADOS EN GENERAL; FUNDAS PARA MUEBLES Y CUBRECAMAS. VISITE NUESTRO ESTABLECIMIENTO.



Agustinas 972 - Galeria Comercial, local 320 - Tel. 89838

Modas CASA Hohna

AGUSTINAS 972

3er. PISO — GALERIA
COMERCIAL — LOCAL 318

NYLON

Medias, blusas, ropa interior, vestidos, novedades. Abrigos largos y 3/4 en pieles, combinados en lanas y pieles, últimas novedades en abrigos, calidad y corte incomparables.



Créditos a Sola Firma.



Después de la muerte de Rodolfo, la emperatriz Isabel volvió a su vida errante. El otoño del año fatal, 1889, lo pasó en Corfú y luego en Turín. Pero según el historiador Karl Tchupik, ni ese incesante deambular ni la continua novedad de los paisajes pudieron calmar los nervios de Isabel. Por muy rápidas que fuesen sus huidas, no ahuyentaban a los fantasmas y éstos persiguen a su víctima más allá de los mares hasta volver con ella a Hofburg.

Ya en Viena, la emperatriz rechaza todos los buenos deseos que le hacen con motivo de Pascua y Año Nuevo. Comienza a distribuir sus "toilettes", joyas, pieles y abanicos entre sus hijas y damas de honor, como si con esto quisiera marcar el fin de su vida anterior. Desde ahora se vestirá de negro.

Muy pronto un nuevo golpe sorprende a la emperatriz. Su hermana mayor, Elena, cuyo derecho al trono de Austria había usurpado al casarse con Francisco José, cae enferma de gravedad en Ratisbona.

Al romper su compromiso con Francisco José, Elena se había casado con el príncipe de Tour-et-Taxis, poseedor de inmensos dominios, maravillosos castillos y una enorme fortuna. El príncipe había muerto prematuramente. Y ahora era Elena quien moría a los cincuenta y seis años.



Isabel acude a la cabecera de su hermana. Ambas se adoran, ya que Elena jamás ha lamentado perder la corona imperial ni ha envidiado a su hermana por tenerla ella. Es así que Elena exhala su último suspiro en los brazos de la emperatriz Isabel.

En enero de 1892, Isabel pierde a su madre, la anciana duquesa Ludovica.

La emperatriz viajera sueña por el momento sólo con largas



El Bazar



travesías en yate. "Vivir constantemente a bordo es mucho más saludable que un viaje corto. Es como si estuviera en una isla desierta donde no existen ni las molestias ni los contactos con el mundo exterior. Es una vida cristalina, naturalmente pura y libre de algo tan desagradable como es el tiempo".

Isabel recorre el Mediterráneo con el nombre de "señora Nicholson", a bordo del yate "Chazalie", cuyo propietario es el diplomático danés Falke, y a veces a bordo de su propio yate, el "Miramar". Ya no le gusta tanto Corfú, sin embargo, pasa breves temporadas en "Achilleion", donde ha erigido un monumento a la memoria de su hijo Rodolfo.



La ex novia del rey Luis de Baviera, Sofía, hermana menor de la emperatriz Isabel, fué feliz en su matrimonio con el duque de Alençon. A fines de 1896 se casa la princesa Luisa hija de Sofía, con Carlos de Vendôme. Al mismo tiempo Sofía sabe que su hermana la emperatriz Isabel, libre por fin de la tristeza en que se había sumido desde la tragedia de Mayerling, presidirá los festejos con motivo del milenario de Hungría.

Sin embargo, Sofía se ve presa de extraños presentimientos. Aunque su salud es excelente cree llegado su fin. Redacta su testamento en el que pide: "Quiero que al morir, corten mis cabellos y sean quemados".

A principios de mayo de 1897 los Padres Dominicos solicitan que Su Alteza Real la duquesa de Alençon atienda su stand en el Bazar de la Caridad. Le proponen que allí entre el 3, 4, 5 y 6 de mayo de 1897. La duquesa escoge el día 4. Después de almorzar con el Reverendo Padre Estanislao, los duques de Alençon se despiden de su anfitrión para irse al Bazar. "Adiós, padre", dice la duquesa. Y luego con una insistencia asombrosa repite dos veces: "Adiós, padre". Le quedaban solamente dos horas de vida.

El Bazar de la Caridad había sido creado en 1886 por Enrique Blount; era una institución filantrópica en cuyos stands las mujeres del gran mundo vendían artículos cuyo producto se destinaba a numerosas obras de beneficencia. Aquel año el bazar se había instalado en la calle Jean Goujon en un terreno puesto gratuitamente por su propietario el señor Mige Heine a disposición del comité organizador, presidido por el barón de Mackau.

En algunos días, carpinteros, pintores y albañiles habían

e Caridad



vantado allí una calle del Viejo París, de ochenta metros de largo y diez de ancho, con veintidós stands decorados como salas de teatro y con nombres tales como "El León de Oro", "La Estrella de Mar", "El Gato con Botas", etc. Un inmenso toldo cubría toda esta extensión por la cual ya circulaban más de mil quinientas personas cuando la duquesa de Alençon llegó a hacerse cargo de la dirección de su stand. Las orquestas tocaban. El gentío, compuesto en su mayoría por niños y mujeres, iba y venía con gran animación por el ambiente medieval donde, por anacronismo, había un gran globo sujeto y cuya barquilla estaba repleta de juguetes y sorpresas.



Otra novedad la constituía una salita oscura en un rincón del bazar en cuya puerta podía leerse lo siguiente: "El cine perfeccionado. Fotografías con vida. El descubrimiento más maravilloso del siglo que da la impresión de una escena de la vida real. Precio de entrada: cincuenta centavos". Esta llamativa atracción era el extraordinario molino de imágenes que habían inventado los hermanos Lumière y que había sido presentado por primera vez al público el 28 de diciembre de 1895 en el Salón Indio del "Gran Café" en el número 14 del boulevard de los Capuchinos.

La representación cinematográfica se llevaba a cabo apaciblemente con una veintena de espectadores cuando alguien salió de la salita oscura gritando: "¡Fuego!" La lámpara proyectora de películas había estallado y grandes llamas arrasaban con el decorado de madera y tela.

La obra destructora del fuego se propaga rápidamente a los demás stands. La muchedumbre grita aterrorizada. Llevados por el pánico, todos se atropellan buscando las salidas ya congestionadas. Es una huida desenfrenada en la que caen por igual niños y mujeres.

Algunos afortunados logran escapar a la calle Juan Goujon; otros quedan presos en salas sin salida. Otros aún quedan encerrados entre las llamas y un alto muro. El bazar entero se ha convertido en una enorme hoguera.

En la entrada principal, el duque de Alençon, que acababa de acompañar al nuncio del Papa hasta su carruaje, se sube a una mesa y desde allí exhorta a la muchedumbre enloquecida a conservar la calma.

Al otro extremo de la galería, la duquesa de Alençon trata de impedir, a fuerza de sangre fría, que continúen esas ca-



rreras asesinas. Pero las llamas cunden. "Senora, partamos, partamos mientras sea tiempo", le grita una de sus jóvenes vendedoras, la señorita Ivonne de Riancey.

"—Aún no —responde tranquilamente la duquesa—. Demos tiempo a los visitantes para que salgan primero." Ella dirige la evacuación. Pero el peligro aumenta a cada instante. Varios amigos tratan de arrastrar a la duquesa, pero ella se resiste. "¡Sálvense ustedes, pronto! —dice a sus colaboradoras—. ¡Yo me quedaré hasta el final!"



El duque de Alençon ha visto desde lejos el peligro a que se expone deliberadamente su esposa. A través de las llamas y el humo, trata de abrirse camino hacia el stand de la duquesa, en sentido contrario al 'oriente humano que busca la salida. Pero, de súbito, el toldo cae convertido en un manto de fuego sobre el bazar: todo está perdido.

El duque es arrastrado hacia la calle por la muchedumbre aterrorizada; está horriblemente quemado, pero a salvo.

Mientras tanto, la infortunada Sofia, la más joven y feliz de las hermanas Wittelsbach, perece entre las llamas. Sólo han transcurrido catorce minutos entre la iniciación del incendio y el derrumbe total de la construcción. Cuando por fin llegan los bomberos, sólo les restará apagar un brasero en el que se encontrarán ciento diecisiete cadáveres calcinados, aplastados e irreconocibles.





¿DETERGENTE ACTIVADO?



"¡Sí! El Detergente, una vez en contacto con el agua, se ACTIVA, formando millones de minúsculas burbujitas que disuelven la suciedad en contados segundos." Ahora, SAPOLIO con Detergente ACTIVA-DO, la gran innovación para limpiar mejor aluminio, enlozados, porcelana, azulejos, etc. Compre hoy mismo el Nuevo SAPOLIO.



EL MEJOR LIMPIADOR CASERO

Sus ollas: ¿Disfrazadas de qué?



Ahora pueden relucir con poco trabajo gracias a la acción del Detergente ACTIVADO: tome un paño húmedo, viértale algo de SAPOLIO, resriegue la olla, enjuáguela... y ¡listo!



—Vamos, no te pongas en ese estado! Después de todo, sólo son unas rosas... Ni que se tratara del cadáver de un desconocido... Tal vez sea un error de la florista.

—Las personas que me envían flores no cometen errores —respondí, furiosa, desapareciendo en la cocina con la caja.

Un marido indiferente

(Continuación de la pág. 17)



Al día siguiente, por la mañana, Guido me llamó por teléfono. Al escuchar su voz emocionadamente esperanzada, me sentí muy molesta. Quería invitarme a un concierto, pero le contesté que me era completamente imposible.

—Trata de encontrar un pretexto —insistió—. Telefonéame si te resulta. Haz todo lo posible.

Para calmar los impulsos de mi tumultuoso corazón, yo sabía muy bien que no necesitaba ni un doctor ni un psiquiatra. Conocía exactamente lo que me era menester... Pasar una tarde agradable con René. Deseaba bailar con él, divertirme y sentirme en su compañía una mujer deseable, a la par que una compañera y una buena esposa. Resueltamente, llamé a la oficina de mi marido:

—¿Aló, René? Oye, ¿serías tan gentil como para invitarme al teatro mañana por la tarde? —le pregunté, con voz insinuante.

Hubo un corto silencio. Enseguida, escuché la voz de René, ligeramente vacilante.

—Es claro que la idea me seduce. Pero, tengo una cita con alguien, a las 6, y sería toda una historia para anularla. A lo mejor, podríamos ir la próxima semana...

—René —mi voz resonó más aguda que de costumbre—. ¿Cuántas veces te he pedido lo mismo? ¿No te das cuenta que para mí es muy importante? Después de todo, me sería igual no ir al teatro, pero podríamos, entonces, ir a bailar a alguna parte. ¿Me gustaría tanto!

—¿Por qué te es tan importante? —interrogó, sorprendido—. ¿Hay algún aniversario que se me haya escapado?

—Siempre es el aniversario de una u otra cosa —le repliqué, perdiendo toda mi paciencia. Cuando se tienen deseos de pasar o de divertirse, no faltan motivos...

—¿No podríamos conversarlo con más tranquilidad? —objeté, con toda calma.

—Naturalmente..., con más tranquilidad... ¿No se puede improvisar algo, aunque no sea más que una sola vez? ¿Cuando te encontré por primera vez, no razoné tanto para aceptarte una cita!

—De acuerdo —dijo René—. Pero, ¡qué rara eres! ¡Excepcionalmente rara! ¡En fin, si te empeñas..., y te importa tanto!

—¡Claro que me importa! —grité—. Me importa mucho, pero no quiero bailar con un hombre como... ¡Cálmate! ¡Cálmate! —rogó René.

No seguí escuchando. Fuera de mí, colgué bruscamente el fono. Momentos después, con las mejillas como fuego, llamé al número de Guido, aceptando su invitación para el concierto.

"Te mereces esta lección, René —pensé—. Mañana por la tarde, cuando llegues de tu oficina, encontrarás una tarjeta junto al teléfono: "Salí. La carne y la ensalada están en el refrigerador. Roberto está en casa de Nora. Carriños. Julia". Así tendrás toda la tarde para pensar en las teorías de Soufflard, y transportarte en pensamiento al Polo Norte o a Jauja..."

Sin embargo, el tiempo que transcurrió entre mi decisión y el concierto, no se caracterizó por una gran quietud moral. Encontradas ideas atormentaban mi mente y no dejaba ni un instante de pensar el pro y el contra de lo que haría. Comprendía que una mujer casada que se respeta y respeta a su marido, no acepta invitaciones de un amigo. Sabía muy bien que Guido interpretaría equivocadamente (y con justa razón) mi salida con él. Pero, por otro lado, estaba resentida con René y deseaba, de todos modos, darle una buena lección. Pese a este debate interior, esa tarde fui una compañera agradable para Guido. Estuve alegre, casi exuberante. A la salida del concierto acepté, sin hacerme de rogar, su idea de pasar a un restaurante, donde pudiéramos bailar un poco.

—¿Contenta? —murmuró en mi oído, en tanto dábamos vueltas agradablemente por la pista... Ya no podré pasar sin ti...

Reí ligeramente. No quería pensar si las palabras de mi amigo tenían un significado más profundo. Me divertía de lo lindo. ¡Era suficiente!

—La mayoría de las mujeres casadas son excesivamente

rigidas, y dan la impresión que, al lado de ellas, uno es todavía un muchacho inexperto. En cambio, junto a ti...

—comentó, estrechándome un poco contra su pecho.

No supe qué responder. De pronto, en medio de un alegre samba, sentí como una advertencia interior, una especie de angustia que, al principio me fué imposible definir bien. Después, súbitamente, me di cuenta de lo que era: ¡algo pasaba en mi casa! Tal vez Roberto se caería de la escalera o enfermaría repentinamente. O René se pasearía de un lado para el otro, por el corredor, mortalmente inquieto. Nadie sabía dónde llamarme. Bruscamente, se me apareció el rostro desesperado de mi marido y experimenté una sensación que se parecía mucho al remordimiento... ¡y al amor! Me detuve repentinamente.

—¿Qué te pasa? —interrogó, sorprendido, Guido.

—Debo irme inmediatamente a casa —le hice saber, con una mirada ausente.

—¡Aún es temprano! —Sonreía. Sin embargo, esa sonrisa que yo encontrara poco antes plena de atractivos y que hasta me turbaba, ahora casi me enfurecía.

—Verdaderamente, Guido... —traté de explicarle, gentilmente—. ¡Siento que debo regresar!

Toda mi alegría había desaparecido. Sólo experimentaba un deseo: llegar a casa lo más rápido posible.

En el camino, en el coche, Guido buscó mi mano. Me equivoqué un poco y encendí un cigarrillo. Herido, me preguntó:

—Julia, ¿en qué quedamos? ¿Qué te ocurre?

Tuve que confesarme que yo misma había provocado el equivoco y que mi respuesta debía ser enteramente clara y no dejar lugar a mal entendidos.

—Ha sido maravilloso, Guido, encontrarnos nuevamente, después de pasados tantos años. Para mí, en realidad, ha sido un agradable momento. Si, por casualidad, he podido darte otra impresión, lo siento mucho.

—Comprendo...

Seguimos en silencio, mientras yo fumaba mi cigarrillo y continuaba después fumando más de lo razonable. Por fin, llegamos a la calle donde yo vivía. Todas las luces de las casas estaban ya apagadas, excepto las de mi pieza, cuyas ventanas se veían iluminadas. Mi corazón se puso a latir apresuradamente. Algo grave habría ocurrido.

—¿Prefieres que entre un momento contigo? —me propuso Guido, comprendiendo de pronto mi temor.

Sacudiendo la cabeza negativamente, salté del coche:

—¡Te lo agradezco mucho! Fué, en realidad, una tarde sumamente agradable.

Enervada, abrí la puerta y entré rápidamente. René, con una chaqueta de entrecasa y el rostro ansioso, se paseaba nerviosamente.

—¿Qué pasa? —pregunté, precipitadamente, con voz insegura.

—La misma pregunta me he hecho yo cien veces, al encontrar tu papel en el que no decías una palabra a dónde ibas...

—Roberto, ¿está... bien? —dije, tímidamente.

René hizo un signo afirmativo. Aliviada, me dejé caer en un sillón.

—Puesto que tú no me cuentas nada, ni me das explicaciones, yo te diré lo que has hecho —estalló René, visiblemente alterado—. Saliste en compañía de ese galán enamorado, con el que desapareciste el otro día en la calle.

—¿Yo, desaparecí?

Ahora era yo quien estaba furiosa; no obstante, al mismo tiempo, me regocijaba ver a René que, por fin, experimentaba reacciones normales. Su voz subió de tono en una muy justa cólera:

—Ya sabía muy bien que había algo que no era correcto, pero trataba de adormecer mis dudas, pero ahora...

—¡Estás adormecido desde hace tiempo! —le repliqué, ahogada en lágrimas—. ¡Todo esto no debía haber ocurrido,

René! En realidad, te pedía socorro cuando te llamé por teléfono ayer, pero no quisiste comprender. Estabas hundido hasta el cuello en tu Soufflard. Me has excluido de todo, de tu vida entera. Sólo tienes ojos para ver lo que pasa a los demás. Un poco de consideración en el momento oportuno nos habría ahorrado muchos desagrados.

Poco a poco, René cambiaba de expresión.

—¡Lo reconozco, mi vida! —exclamó, al fin, con aire contrito. He cometido una torpeza. ¡Ha sido una política de

avestruz la mía!

Acercándose, me tomó en sus brazos y trató de consolarme:

—¡Ya, no llores más, linda! ¡Desde ahora mismo, se acabó Soufflard! ¡Puedes estar tranquila, no volverá a ocurrir nunca más!

Sosteniéndome del brazo me llevó hacia adentro.

—Quisiera ver si Roberto está bien tapado —expresé, tímidamente.

—¡Vamos juntos a taparlo! —respondió René, en el colmo de la dicha.

Para los deportes de invierno



TALLA 42.

MATERIALES: 500 gramos de lana de 4 hebras; 1 par de palillos N.º 3; y un cierre relámpago.

DELANTERO: urdir 122 puntos y tejerlos con punto de fantasía: Primera hilera: 2 revés, 4 derecho, 2 revés, repetir a partir de * Segunda hilera: tal como está en el palillo. Estas dos hileras que se repetirán siempre constituyen el dibujo. A 15 cm. de alto tejer una hilera así: * tejer 2 puntos, hacer dos puntos en uno, tejer 3 puntos, hacer dos puntos en uno, repetir 4 veces más a partir de * y tejer hasta los 35 últimos puntos, repetir en seguida 5 veces a partir de * (142 p.). Tejer luego los 50 puntos del medio con punto de fantasía y los 46 puntos de los lados con rayas, en la siguiente forma: 1.ª, 3.ª, 7.ª, 9.ª y 10.ª hileras; al derecho. 2.ª, 4.ª, 6.ª, y 8.ª hileras; al revés. Estas 10 hileras se repetirán continuamente y formarán el punto de fantasía a rayas. Urdir a los dos lados para formar las mangas, 25 veces 1 punto, 7 veces 2 puntos, 2 veces 5 puntos y 5 veces 20 puntos. Ensachar al mismo tiempo el punto de fantasía del medio tejiendo sucesivamente a los dos lados 7 veces 2 puntos cada 6 hileras, 4 veces 6 puntos cada 24 hileras del punto de fantasía de rayas en punto de fantasía de la banda del medio (162 p.). A 45 cm. de alto cerrar a los dos lados para formar el hombro 5 veces 6 puntos, 12 veces 8 puntos, 6 veces 9 puntos, 1 vez 4 puntos, 2 veces 3 puntos, 2 veces 2 puntos y 6 veces 1 punto. Cerrar los restantes de una sola vez para el escote.

ESPALDA: Igual al delantero, pero dividiendo el trabajo en dos partes iguales para colocar el cierre relámpago a una altura de 50 centímetros. Tejer los dos lados separadamente.

BANDA DEL MEDIO DE LAS MANGAS: urdir 30 puntos y tejerlos con punto de fantasía. Urdir al lado izquierdo 5 veces 30 puntos y 1 vez 6 puntos cada 2 hileras (186 p.). Tejer entonces 2 cm. sin aumentar, luego cerrar al lado izquierdo 1 vez 6 puntos y 5 veces 30 puntos. Cerrar los puntos restantes de una sola vez. Tejer dos bandas iguales para las mangas.

Planchar ligeramente el tejido por el revés con un paño húmedo. Coser las bandas de las mangas. Levantar 60 puntos en su parte baja y tejer 10 cm. de canutos: 4 derecho, 2 revés. Cerrar los puntos. Coser el cierre relámpago en la espalda.







EL MOLDE DE LA SEMANA

*Abrigos y
chaquetones*

Ofrecemos a nuestras lectoras el molde de este precioso chaquetón invernal. Para confeccionarlo se necesitan 1,90 x 1,50 m. de tela de lana. Solicitarlo enviando \$ 20.— en estampillas de correo.

NOTA: Se ruega a las lectoras que soliciten moldes que manden un sobre estampillado con el nombre y dirección para su pronto despacho: los sobres tipo escuela no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

Un maquillaje que perdura

Si usted tiene cutis seco, aplique crema líquida de Dana y luego Danamask, el polvo maquillador de moda.

Danamask envuelve su rostro en una fina capa invisible.

Usted sale con la seguridad de tener un maquillaje armonioso que perdura...



Danamask
M. F.
POLVO MAQUILLADOR

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR: Después que Mónica ha sido casi asesinada con vitriolo, Cartwright decide establecer quién es el criminal. En ese instante aparece Gagern, atraído por el estruendo de vidrios quebrados. En realidad no hay motivos para matar a Mónica, puesto que no conoce a nadie dentro del estudio y, sin embargo, el asesino le mandó un recado y debió verla antes de cometer el atentado. Sólo hay seis personas dentro del estudio: Gagern, Hackett, Frances, Cartwright, Howard y Mónica. El asesino tiene que ser uno de ellos, ¿pero cuál?

IV

ERAN LAS SIETE pasadas de una noche de oscurecimiento.

Ya que nadie podía tomarse vacaciones, todos estaban de acuerdo en que el tiempo de ese mes de septiembre era tibio y agradable. Pineham se levantaba en medio del silencio, y la calma en los edificios indicaba que la industria del cine se encontraba casi paralizada.

El Presidente de la Junta de Comercio había anunciado que posiblemente quedarían sin efecto las reglamentaciones vigentes sobre cine en tiempos de paz, lo que significaba que las compañías americanas no podrían seguir haciendo cine en Inglaterra con ganancias apreciables. Veinte de veintiséis estudios habían sido demandados por almacenaje y otras denuncias.

El petróleo era difícil de conseguir, lo mismo que la madera: dos necesidades más importantes de la industria del cine.

Pero había unos cuantos estudios (que rápidamente se estaban transformando en la mayoría) que no estaban aterrorizados. Algunos que eran demasiado pequeños se habían fundido en uno solo. Radial Pictures estaba terminando la filmación de "El Duque de Hierro". Hackett, respaldado por el misterioso Marshlake, anunció que haría más que meramente terminar "Espías del Mar", que se había convertido en la actualidad en excelente propaganda. Ya que varios de los escenarios estaban desocupados, seguiría adelante con la lista programada de películas, a menos que alguien lo estrangulara.

En el Edificio Viejo reinaba una calma idílica. Dentro de sus muros que miraban hacia el pequeño lago, la inspiración literaria estaba en marcha. Había tres pequeñas oficinas pin-

tadas de blanco en línea. Cada una de ellas tenía un cuarto adyacente, con un lavatorio y una cocinilla de gas. También cada oficina tenía una puerta que comunicaba con la del lado, y otra puerta que daba al corredor central. Cada una de ellas tenía una silla, una máquina de escribir, un sillón y un ocupante.

En la primera oficina se sentaba el experto de Hollywood, ocupado en destruir la trama original de "Espías del Mar", y reescribiendo más de la mitad de ella; en la segunda trabajaba Mónica Stanton, ocupada en aprender a manejar una máquina de escribir, mientras adaptaba una novela policial. En la tercera oficina estaba sentado William Cartwright, por el momento sin hacer nada.

Cartwright meditaba.

Estaba sentado mirando las teclas de la máquina con fijeza. Luego miraba la larga fila de pipas, toda una variedad de ellas, desde una liviana cachimba hasta una pipa de espuma de mar, tallada en forma de un cráneo, que había colocadas sobre su escritorio. Pero el mirirlas no le consolaba; hundió las manos en el bolsillo de su chaqueta y miró el techo con disgusto. Finalmente, sin poder soportar más, dio un puñetazo sobre el escritorio y se puso de pie. Era intolerable.



Y así... al crimen

POR

CARTER

DICKSON

¿Por qué, en medio de todas estas dificultades, había tenido que enamorarse de la maldita muchacha?

El Edificio Viejo era muy tranquilo. Desde las otras dos oficinas venía el ruido de las máquinas de escribir que le era muy característico; primero se oía la máquina de Tilly Parson; teclando en súbitos arrebatos como una ametralladora, con largas pausas entremedio. Luego la de Mónica Stanton: la mayoría de las veces pausas entre breves arrebatos, con un brusco ruido al volver el carro al final de la línea, una pausa, y luego un decisivo plop para marcar el punto. Ese plop sonaba de una manera triunfal, como el toque final de algo felizmente realizado.

Miró hacia la puerta blanca (cerrada) que los separaba; por lo menos ella no había dejado ninguna duda en la mente de nadie respecto a lo que sentía por él.

—Te odia, Bill —le había asegurado Frances Fleur riendo—. Me lo dijo ella misma. ¿Qué es lo que le hiciste, la primera vez que se conocieron? De seguro que tiene que haber sido algo horrible.

—No le hice nada.

—¡Vamos, Bill! Cuéntame. ¿Qué le hiciste?

También Howard Fisk había sido definitivo en lo que le contó.

—Para decirle la verdad, muchacho —le había confiado el director—, creo que todo se debe a su barba; le pregunté a Mónica el otro día si le gustaría que la besara un hombre con barba...

—¿Por qué demonios le preguntó eso?

—Oh, vamos, vamos. ¿Por qué ustedes los escritores son tan sensibles? Yo no le insinuaba nada; sólo estaba pensando si sería conveniente hacer que Dick Conyers usara una barba en las escenas navales, y qué les parecería eso a las mujeres. Pero si no quiere oír el resto...

—Perdone; ¿qué dijo ella?

—No dijo nada. Solamente tiritó. Comenzó de a poco y luego la tomó entera, como si ella hubiese tocado una araña peluda.

—Como si ella hubiese tocado una araña peluda, ¿eh?

Actualmente, William Cartwright no tenía más aprecio por sí mismo que el que parecía tenerle Mónica Stanton. Como la mayoría de nosotros en esos trances, se sentía intranquilo. Sus intentos de enrolarse en la Marina habían sido infructuosos. En su interior admiraba la calma con que el Gobierno estaba llevando adelante la guerra como un juego de ajedrez, hacia un fin inevitable, sin banderas, sin agitación, sin tomar un hombre más de lo necesario. Cartwright comprendía que lo mejor que podía hacer era no molestar y esperar a ser llamado.

Pero mientras tanto allí estaba.

Además, en Pineham todos le consideraban un profeta fracasado. No había acontecido nada de naturaleza criminal. La vida transcurría tan alegremente como en cualquier otra parte de Inglaterra, aunque todos urgidos por Hackett; éste, en las noches de oscurimiento, cuando el resto de la gente tropezaba y caía y juraba y hacía bromas en todas las calles de la ciudad, se colocaba un traje consistente en un abrigo con botones luminosos y sombrero luminoso. Esto lo hacía aparecer como algo imaginado por H. G. Wells y no era el mejor tónico para nervios débiles.

Desde que el racionamiento de la bencina había comenzado, muchos de los miembros del estudio estaban viviendo en el Merefield Country Club o en quintas y residenciales cerca del estudio. Kurt Gager, mientras dirigía una

... ¿Sería tal vez un sabotaje?



escena de un submarino en el lago, cayó por sobre la borda y fué enviado a la cama con influenza. Muchos de los empleados más jóvenes habían sido llamados al servicio; un tranquilo electricista ganó sorpresivamente las tres estrellas de capitán.

En medio de todo esto, riendo, hablando sin cesar, haciendo toda clase de cosas inconvenientes, apareció Tilly Parson.

"El argumentista mejor pagado del mundo" era una mujercita alborotadora, de unos cincuenta años. Su trato era tan llano que era difícil no hacer buenas migas con ella; aunque parecía haberse pintado los labios siempre en la oscuridad, debido a que el rouge se hallaba corrido unos cuantos centímetros por encima de su boca, tenía su buena dosis de atractivo. Siempre estaba hablando de cosas sin importancia y ordenando horribles pedidos en el restaurante del estudio.

—Piernas de cordero con manzanas

agrias —declaraba con una voz tan ronca que parecía raspar su garganta—. Eso es, querida. Divina Dalmacia la usaba en los días del cine mudo, y todavía no ha sido superada. Bajó desde los 56 hasta los 49 kilos en dos semanas. Yo también lo haré; ya verán. Cuando trabaje siempre lo hago. En realidad trabajaba.

Primero tomó el guión de "Espías del Mar" y cayó en trance con él. Luego le comunicó a Hackett que era pésimo —lo que encantó a éste—, pero que creía que podía arreglarlo; y a pesar de los ruegos y amenazas tanto de Howard Fisk como de William Cartwright, se decidió a hacerlo.

Luego comenzó a trabajar. Calentando interminables cantidades de café en la cocinilla de su oficina mientras fumaba Chesterfields hasta que la oficina se ponía azul, comenzó la revisión. Pero, aunque era simpática y agrada-

(Sigue a la vuelta)



ble, había veces en que sólo su ingenuidad la salvaba de ser estrangulada; esto se debía a que Tilly Parson se negaba a aprender a deletrear. Tenía el hábito de abrir violentamente la puerta, entrar como una tromba y

a. mismo tiempo preguntar cómo se deletreaba algo, lo que hacía a William Cartwright saltar casi hasta el techo. —¡Por amor de Dios, Tilly! ¿Por qué no usa un diccionario? ¿Es demasiado floja para buscar las palabras en él? —Lo siento, Bill. ¿Está ocupado?

—Sí. —Bueno, no lo volveré a hacer. ¿Cómo se deletrea exagerado?

Luego se sentaba sobre su escritorio, empujando los papeles a un lado, y hablaba fruslerías hasta que era escotada hacia la puerta a viva fuerza. No se podía negar que le había enseñado bastante a Mónica Stanton; Tilly se había encariñado con ella. El mismo Cartwright, duro y severo como era en su trabajo, tenía que admitir que Tilly conocía todos los secretos de lo que él consideraba su aburrido oficio. En cuanto a Mónica.

Las máquinas de escribir golpeaban rítmicamente tras las puertas cerradas de las otras dos oficinas; Cartwright, sabiendo que era hora de correr las cortinas de oscurecimiento o de cerrar la oficina e irse a casa, se sentía demasiado deprimido para hacer cualquiera de las dos cosas; uno de esos estados que todos conocemos. Mónica.

Por el ruido de la máquina de escribir podía imaginarse a Mónica inclinada sobre ella. Los ojos separados estarían fijos con tensión en el papel colocado en el carro; el delicioso y leno labio inferior un poco salido y un cigarrillo en la comisura de la boca, al estilo sofisticado, excepto cuando le entrara el humo en los ojos; el pie golpeando al compás de la máquina sobre el piso, usando la goma de borrar a cada instante. Desde la primera vez que la había visto se había dado cuenta de que le gustaba. Luego de una hora de eso, tenía la intranquilizadora idea de que se estaba enamorando; después de cuarenta y ocho horas se sentía.

Estaba mal. Lo hacía sentirse como un colegial. Sentía palpitaciones dentro del pecho y extraños fenómenos del sistema nervioso. Sentía.

Con un estruendo que se podía oír en el otro extremo del edificio, la puerta blanca del corredor se abrió violentamente.

—Bill —dijo Tilly Parson, irrumpiendo en la habitación—. ¿Cómo se deletrea exagerado?

Tilly había entrado por la puerta del corredor para no molestar a Mónica. La pintura de los labios estaba corrida como de costumbre; en la mano izquierda, que afirmaba sobre la perilla de la puerta, llevaba un ancho anillo de matrimonio; tenía un marido en los Estados Unidos, al cual nadie había visto nunca, pero sus teorías acerca del matrimonio habrían sido consideradas cínicas incluso por los primeros Padres de la Iglesia.

—¡Qué molesta soy! —exclamó Tilly, con su voz ronca por el cigarrillo—. ¿Lo asusté?

Se repuso del sobresalto que le había hecho subir una onda de frío y de calor del pecho a la cabeza.

—No.

—¿Seguro que no, querido?

—No. Pero usted me está llevando gra-

APRENDAMOS A CONOCERNOS



¿Es la cortesía una forma de hipocresía?

La hipocresía consiste en disimular los sentimientos que se experimentan y en afectar los que no se tienen. El individuo cortés sabe ocultar el desprecio que siente por otro. Así mismo, se esforzará en disimular, a veces, ciertos defectos que le perjudican: celos, cólera, mezquindad, etc. Los actos más generosos o valerosos, en apariencias, no corresponden siempre enteramente a la mentalidad de aquellos que los realizan. Se puede pensar, entonces, que la cortesía es una forma de hipocresía; pero ésta no es una razón para criticarla. Al contrario. En primer lugar, esta hipocresía no es siempre consciente y, en seguida, es convencional. Sin ella, la vida en sociedad sería odiosa. También hay mentiras piadosas enteramente justificadas. Además, a fuerza de practicar las reglas de cortesía, de dignidad, de urbanidad, casi siempre el hombre llega a experimentar los sentimientos correspondientes.

¿ES BUENO DORMIR EN EL DÍA?

En ciertos climas, la costumbre de la siesta en las horas más calurosas del día, es general. Se ha notado que aquellos que toman ese corto reposo diurno, aun durmiendo menos tiempo durante la noche, se sienten descansados. Tal práctica parece, pues, buena, a condición de no prolongar exageradamente la siesta. Se estima, efectivamente, que una hora de siesta equivale a cinco o seis horas de sueño nocturno. Así se explica que hombres como Balzac hayan podido trabajar hasta dieciocho horas por día, y que soldados como Napoleón se encontraran frescos y bien dispuestos después de tres horas solamente de sueño nocturno. De modo que la siesta no es sólo una mala costumbre de perezosos o enfermos.

dualmente a la locura. Ya le comunicó la semana pasada que exagerado se deletrea e-x-a-g-e-r-a-d-o. A menos, que durante este tiempo las autoridades hayan acordado cambiarlo, todavía se deletrea igual.

Tilly rió con una risa áspera, pero no desagradable.

—Me parecía que me lo había dicho antes. ¿Está ocupado?

—No.

Tilly lo miró maliciosamente, con la sonrisa todavía sobre el rostro. Luego se sentó sobre el escritorio. Depositó un alto de hojas manuscritas sobre el piso y hundió las manos en sus bolsillos en busca de cigarrillos.

—¿Le importa si me siento?

—En absoluto.

—¿Quiere un Chester?

—No, gracias. Esto es para mí. —Sintiendo que su ánimo era para gestos heroicos, recorrió con la vista la fila de pipas y escogió la de espuma de mar tallada en forma de calavera, llenándola con dedos amorosos con el contenido de un frasco de madera.

—Ah, pobre Yorick —exclamó Tilly mientras lo observaba—. Por Dios, qué espectáculo es ése para ojos apenados.

—Tilly, ésta es una pipa muy hermosa. Tilly, ¿le gustaría que la besara un hombre de barba?

—¿Me está usted haciendo una proposición? —preguntó, mientras encendía el cigarrillo.

—No exactamente. Es decir, usted, a la luz de mi vida, por supuesto, pero...

—Gracias —contestó Tilly, en tono de broma. Pero no lo dijo con el aire que acostumbra para esta clase de bromas. Hablaba con una voz seria y como distraída. Desde el momento que había entrado en la habitación le había dado la impresión de que traía algo en mientes, y algo que la preocupaba; se puso la mano sobre la cadera en un gesto teatral; la punta roja del cigarrillo brillaba en la habitación que comenzaba a oscurecerse.

—¿Qué pasa, querido? —le preguntó en un tono diferente—. ¿Tiene preocupaciones?

—Sí.

Tilly se inclinó hacia él, adquirió un aire de complicidad y misterio tan intenso, que instintivamente él miró a ver si eran oídos. Levantó las cejas y lo miró fijamente. Luego señaló hacia la puerta de la oficina de Mónica.

—¿Es...?

—Sí.

Tilly vaciló. Su aire de misterio parecía aumentar; deslizándose del escritorio, caminó de puntillas hasta la puerta cerrada de Mónica y escuchó. Recibió en respuesta una andanada de la máquina, que pareció satisfacerla; volvió en puntillas, se inclinó hacia él y lo miró. El tono que empleaba era enervante; para informaciones sin importancia su voz conservaba su ronquera normal; para cosas importantes, súbitamente la bajaba hasta un murmullo, ayudándose de expresivos gestos.

—Escuche —le dijo—. Usted es uno de esos hombres educados, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—¿Tiene dinero?

—Algo. Gano bastante.

—¿Y está enamorado de ella? —En este punto la voz de Tilly se convirtió en un susurro, ayudado por gestos indicando la puerta cerrada—. ¿Lo jura? ¿Sinceramente?

—Lo juro.

—No creo que me esté mintiendo —dijo Tilly mientras lo miraba—. ¡Dios, cómo odio a los farsantes! —Había algo que convenía en su voz—. Creo que usted está bien, y le voy a decir dos cosas acerca de esa niña. La pri-

mera, que ella también está enamorada de usted.

La luz había disminuido tanto que fue casi imposible distinguir el gesto de enfasis de Tilly. Al ver reflejada en su rostro la incredulidad que le había dejado mudo y que le había transformado los sesos en agua; Tilly levantó la mano como haciendo un juramento e hizo una cruz sobre su corazón.

—Pero...
—Sh-h... —Como conspirador, Tilly habría sido reconocida inmediatamente. Se puso un dedo sobre los labios y señaló hacia la puerta—. Si no lo sé yo, ¿quién entonces? Me hospedo en la misma casa que ella, ¿no es así? Su dormitorio está contiguo al mío. La veo casi todo el día y parte de la noche. ¿No es así?

—Sí, pero...
—Sh-h...

Sin duda, se había producido un sospechoso silencio tras la puerta cerrada, como si alguien estuviese escuchando. De modo que Tilly comenzó a hablar en un tono alto y descuidado.

—¿No va a correr estas cortinas? ¡Ver-güenza había de darle, Bill! Sea bueno y corra las cortinas. ¿Qué va a pensar de usted la Guardia de Raids Aéreos?

Bill se acercó obedientemente hasta la ventana, que estaba abierta. En ese momento nada le habría interesado menos que la opinión de la Guardia de Raids Aéreos.

Fuera se divisaba el lago a menos de cinco metros de distancia. A la luz del crepúsculo el lago se veía blanquecino y amplio, contrastando contra las sombras negras de los árboles. Los últimos resplandores del día ilumina-

Un niño moderno ya ni siquiera cree en que la cigüeña trae a las cigüeñitas.

tan las siluetas de los hombres que se encontraban sentados sobre el banco más próximo, cuyas voces se escuchaban débilmente.

Uno era un hombre bajo, con un cigarro; el otro, un joven alto con anteojos y un ultrarrefinado acento.

—Mire —decía el hombre del cigarro—. Esta última escena de la batalla de Waterloo.

—Sí, señor Aaronson.
—La escena importante —explicó el hombre gordo—. Esa en que el Duque de Wellington muere después de la batalla.

—Pero el Duque de Wellington no murió en el momento de la victoria, señor Aaronson.

—¿No murió?
—No, señor Aaronson; la batalla de Waterloo fue en el año 1815. El Duque de Wellington no murió hasta el año 1852.

Hubo un ruido al darse el hombre gordo una palmada sobre la frente.

—Tiene razón. Toda la razón. Ahora recuerdo. Estaba pensando en ese otro sujeto. Usted sabe: ése con el sombrero al revés.

—¿Lord Nelson, señor Aaronson?
—Eso es; Nelson. Murió en el momento de la victoria, ¿no es así?

—Sí, señor Aaronson.
—Ya me parecía. Bueno, entonces tenemos que cambiar la escena.

—Sí, señor Aaronson.
—Tengo una idea mejor todavía. ¡Si es una ganga! Mire: no muere, pero creen que se va a morir, ¿comprende? Yace sobre su cama de campaña y todo el auditorio cree que las entregas de seguro, ¿comprende? Y entonces (esto

es lo bueno, ¿comprende?) le salva la vida un cirujano americano.

—Pero, señor Aaronson...
—He estado pensando sobre esto. Lo malo con esta película es que es demasiado inglesa. Tenemos que acordarnos de Oshkosh y Peoria.

—¿Quiere usted decir, señor Aaronson, que le gustaría que la vida del Duque de Wellington fuese salvada por un cirujano de Oshkosh o Peoria?

—No, no, no, usted no me entiende. La cosa es así. La Duquesa de Richmond... William Cartwright, que por lo general gozaba con estas conversaciones, esta vez les prestó poca atención. Dudo era que incluso la hubiese escuchado. Aspirando con fuerza el humo de su pipa de calavera, cerró la ventana. Corrió las cortinas de oscurecimiento, que eran de un delgado material de color negro, las cuales tapaban muy poco la luz a no ser que se corriesen también las pesadas cortinas corrientes, lo cual hizo también. Cerró la otra ventana; luego volvió hacia el escritorio y encendió la luz. Bajo ella, Tilly se veía como una agradable y pequeña mujercita de cabellos evidentemente oxigenados; aunque quedaba aún la sombra de una preocupación en sus ojos, la mayor parte de ella parecía desaparecida.

—No sea tan incrédulo, Bill —se quejó—. Créame; es la pura verdad.

—Una verdad —contestó Cartwright— de la que no estoy seguro. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Se lo dijo ella?

—Sh-h! No, me mataría si supiese que le he hablado de esto. Pero es la verdad. Mientras no recibe una carta de su familia, pues entonces trata de convencerse de que lo odia.

—¿Por qué? ¿Está su familia en contra mía?

—No; eso es lo malo. Están a favor de usted. Usted los conoce, ¿no es así? —Si mal no recuerdo, jamás he puesto los ojos sobre un miembro de su familia.

—Tiene que haberlos conocido en alguna parte. El padre de ella es vicario. De modo que él no va a mentir, ¿no es así? —Tilly suspiró, con aire de enojo—. De todos modos, le deseo suerte. Mónica es una estupenda muchacha. Es lo que se puede llamar un regalo: voz suave, ojos grandes y un aire como de indecisión. Si yo fuese hombre, es la clase de mujer que me enamoraría.

Cartwright se sentó, con la pipa apretada entre los dientes. Puso los codos sobre el escritorio y se pasó los dedos por el cabello de las sienes; desde un punto de vista filosófico, estaba simplemente confundido; su estado era el típico como para tomar bromuro. En cualquiera otra ocasión se habría quedado abismado con las simplezas que se oyó decir.

—Es un mundo curioso éste, Tilly.
—Ya lo creo. Pero, ¿qué piensa hacer?

—¿Hacer?
—Sí, ¡hacer! Ya sé lo que debería hacer, Bill. Acepte mi consejo. Entre en esa pieza y avárrela.

—¿Nada más?
—Por supuesto; lo que hacían los hombres cavernarios. —Tilly abrió los ojos llenos de sinceridad—. Pero le advierto, querido, que hay algo que tiene que hacer antes: quítese esa maleza de la cara.

—¿Qué maleza?
—¡Eso! ¡Esas barbas! —exclamó Tilly con un dejo de impaciencia. Echó una bocanada de humo, se encogió de hombros y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. De otra manera no conseguirá nada. ¿Qué se cree usted? ¿Cree que a alguna mujer le gustaría ser corte-



Las primeras arrugas

se marcan prematuramente en los cutis llamados "secos".



Usted desea evitar esas líneas, resquebrajaduras y sombras. Para ello le conviene contrarrestar los inconvenientes de la insuficiencia de la oleosidad del cutis de usted. Siguiendo algún cuidado elegido al azar, obtendrá poco resultado.

Sólo logrará la satisfacción de ver su cutis suave y "bien" adoptando un procedimiento individual que convenga justamente al cutis de USTED

Permitanos guiarla basándose en nuestra experiencia de más de un cuarto de siglo en el arte de cultivar la belleza femenina.

Visite este Instituto sin compromiso.

KARA VISLODNA

Calle Phillips, N.º 16 - piso 3.º
Santiago.

(En Valparaíso: Condell 1443).

(Continúa en la pag. 30)

Gold's
el mago de las pieles



OFERTA ESPECIAL:
Chaquetones CARACUL desde
\$ 6.000.—

★★★★★★★★★★★★★★★★

Gran surtido en:
Abrigos
Chaquetones
Capas
Estolas

- Patas Astracán
- Castor
- Muskrat
- American Lamb
- Petit Gris
- Zorros Plateados

Nutria y Mouton Doré
en variados colores.

CREDITOS

Compañía 1068 - Pasaje A. Edwards - Local 371
Teléfono 60491 - Santiago

CUANDO vi la nota que Felipe me había dejado en una mesita de mi departamento, sentí que todo daba vuelta en torno mío... y experimenté el mismo sentimiento de felicidad y amor que sentía siempre que pensaba en él. ¡Estaba en la ciudad! Leía la nota varias veces, para asegurarme de su contenido. ¡Pensar que muy pronto me llamaría por teléfono! ¡Era casi increíble! Dos años de separación no me habían hecho olvidar el amor que sentía hacia él. Pero no debía tener demasiadas ilusiones. Seguramente no venía especialmente a verme, porque, si hubiera querido, lo podría haber hecho durante el verano. Pero lo más importante para mí era el hecho de que estaba cerca y que lo vería nuevamente. Tal vez en esta ocasión todo fuera diferente, pues había crecido, convirtiéndose en su ausencia en la mujer que él soñaba. Junto con la nota de Felipe había otra de Elisa, una amiga con quien compartía mi pequeño departamento, que decía:

Es maravilloso, ¡y qué hombros! Ojalá pudiera quedarme para pasar con ustedes este fin de semana. Al verlo, no me expliqué cómo pudiste alguna vez romper tu compromiso. ¡Buena suerte! ELISA.

Como en sueños, me dirigí al salón. La nota y la llegada de Felipe me habían tomado de sorpresa. ¿Qué haría en la ciudad en septiembre? No esperaba verlo ni saber nada de él hasta por lo menos dos años más. Ambos habíamos decidido esperar cuatro años de prueba. Si al cabo de ese plazo aún nos queríamos, podríamos casarnos. Esos cuatro años Felipe los dedicaría a estudiar su carrera fuera del país. Aun faltaban dos para que recibiera su título. En cuatro años de ausencia creíamos poder comprobar si nuestro amor era verdadero y no sólo un entusiasmo juvenil.

Sin embargo, estaba de nuevo a mi lado, y todo el ensueño rodeaba una vez más mi alma, a pesar de que las cartas entre ambos se habían ido espaciando cada vez más. Mi amor hacia Felipe me había impedido salir con otros muchachos, y menos llegar a enamorarme, a pesar de que al principio intenté hacerlo. Dos años de experiencia solitaria me habían enseñado que Felipe era el único hombre en mi vida. Ahora era mayor y tenía más seguridad en mí, lo que sabía habría de gustarle.

De pronto recordé que tenía un compromiso con Víctor, y me dirigí de inmediato al teléfono. Marqué su número y le di una disculpa para deshacer la cita. Algunas veces Elisa se reía de mis compromisos, diciendo: "Jamás sales con un mismo hombre más de un mes seguidos. ¿Cómo esperas enamorarte si después los dejas sin ninguna explicación?" Ella no comprendía que un mes me

bastaba para comparar a cualquier hombre con Felipe y para desilusionarme. Al lado de mi amor, todos los otros eran sólo nombres y rostros que pasaban a mi lado sin dejar huella en mi corazón.

Felipe y yo nos habíamos criado juntos. Nuestros padres eran vecinos, y teníamos más o menos la misma edad. Todos los días los pasábamos jugando y mis padres lo querían como a un verdadero hijo. Aun recordaba las palabras de papá: "Hija, este muchacho es lo que yo deseo para ti cuando crezcas". En esa oportunidad le respondí: "Tú y él son los seres a quienes más quiero en el mundo".

Cuando salimos del colegio, todos nos consideraban novios.

No recuerdo cuándo fué la primera vez que Felipe me expuso sus ideas de libertad en el amor. Sólo sé que cuando salimos del colegio éste era su tema preferido. Naturalmente que yo tuve parte de culpa, pues le permitía a menudo salir en automóvil y detenerse en lugares solitarios para recibir sus caricias. ¡Pero estaba tan locamente enamorada de él!

Una noche me condujo a un camino solitario que atravesaba el parque

**¡Demasiado
inocente!**

Cuando detuvo el motor, me acurrugué en sus brazos, como siempre lo hacía apoyada en el volante. Permanecimos un largo rato así abrazados y después empezó a besarme, hasta el momento que comprendí que era imprescindible que lo detuviera. Lo aparté de mi lado con fiereza y me senté lejos. Se apoyó en el volante, me miró de extraña manera y, sin decirme nada, puso el automóvil en marcha. Lo sentí por él, pues hubiera querido amarlo como él me pedía. Pero pronto nos casaríamos y ya no tendría que enojarse conmigo cada vez que me acariciara.

Una noche vino muy emocionado a contarme que su padre lo había autorizado para estudiar una carrera en el extranjero. Lo miré atónita, pues todo el mundo que forjara en sueños se derrumbaba a mis pies. ¿Una carrera? Eso significaba que no nos podríamos casar. Traté de hacerle comprender este hecho; pero estaba tan feliz y me hablaba con tal entusiasmo de su proyecto, que comprendí que nada le haría cambiar de idea. En ese instante me decía:

—Gladys, ¿sabes lo que esto significa para mí? Siempre he soñado con ser ingeniero, y ahora tengo oportunidad de serlo.

Me sentí horriblemente herida. Pero después de pensarlo detenidamente, reconocí que tenía razón al desear seguir una carrera y que sería en beneficio de ambos. Deberíamos posponer nuestro matrimonio; pero nuestro amor permanecería inalterable. Cuando le conté a papá la nueva, demostró una gran alegría:

—Ya te dije que ese muchacho llegaría a ser un personaje. Tú puedes esperar, Gladys. Se han conocido y amado toda una vida. Es tu deber permitirle tener un brillante futuro. Por lo demás, ¿qué importan unos cuantos años, si tendrán por delante toda una vida?

Ese verano fué terrible para mí, pues debí escuchar todas sus frases de felicidad respecto a la carrera que nos separaría tan cruelmente. Una vez que me atreví a recordarle lo sola que estaría sin él, me consoló diciendo que podía trabajar para ocuparme en algo. El tiempo transcurría inexorablemente. Cuando me besaba, había en sus caricias una extraña desesperación, que antes no conocía. Y siempre llegaba un momento en que Felipe discutía conmigo y se enojaba por mi firme volun-

“Sabes que nos amamos y que algún día nos casaremos. Pero, hasta que esto suceda, ¿por qué hemos de esperar?” ¿Cuántos hombres han empleado el mismo argumento cuando no piensan casarse con una muchacha?

tad, lo que le obligaba a separarse de mi lado. Fué un verano de tortura para ambos, pero tuvo sus agrados. El domingo antes de la partida, hicimos juntos un largo paseo al lago. Era un día frío de otoño, y las hojas caídas de los árboles crujían bajo nuestros pasos. De pronto Felipe se detuvo y me estrechó en sus brazos como si jamás deseara apartarse de mí. Alcé mi rostro para que me besara, y contemplé dos ojos negros y extraños que me miraban fijamente. Luego me atrajo más aún hacia él. Se lo permití, porque muy luego ya no le volvería a ver. En ese instante me dijo: “¿Por qué no dejarlo que me ame como él desea? Tendría un hermoso recuerdo para todos estos años de separación que nos aguardan. Sería, además, una prueba de mi amor que se podría llevar consigo. ¿Por qué no?”

En ese instante me sentía casi desvanecida de amor. La voz de Felipe murmuraba a mi oído:

—Gladys, te amo y te deseo...

—Muy bien, Felipe, por esta vez... Tan pronto como dije estas palabras, deseé no haberlas pronunciado. No porque no le amara lo suficiente, sino por temor al futuro. Sentí sobre mi hombro el aliento de Felipe y contemplé el anillo de compromiso que me había dado una semana antes. Intenté

apartarme de él; pero me obligó a permanecer estrechamente unida, diciéndome:

—No temas, mi amor, por favor...; tú me dijiste que sí, por esta vez. De pronto me vi peleando desesperadamente por soltarme de su abrazo. Ya no éramos Gladys y Felipe, dos seres que se querían, sino dos animales dispuestos a luchar por algo muy apetecido. Felipe me hacía daño al tenerme fuertemente aprisionada, pero no se daba exacta cuenta de ello. Con un súbito impulso logré soltarme de sus manos y me puse en pie. Debía apar-

vamente la cabeza, que tenía oculta en sus brazos. De pronto se volvió y me dijo:

—No sabes nada de los hombres, ¿no es cierto? Me permites que te bese y luego me detienes cuando a ti se te antoja. ¡Te amo, Gladys! Y tú lo sabes. Por algo me he comprometido contigo, ¿no es cierto? Me habría casado si no hubiera tenido oportunidad de seguir una carrera. Jamás te he traicionado con otras mujeres... Me comprenderás mejor cuando conozcas a otros hombres y hagas con ello lo que has hecho conmigo. Me has dado



Cuando me besaba, había en sus caricias una extraña desesperación que antes no conocía.

tarme de su lado, pero me sentía demasiado cansada y ofendida. Permanecí ahí, con las manos sobre el rostro, llorando.

—No me amas. Si me amaras no habrías tratado de hacer lo que intentaste —le grité entre sollozos. Permaneció tendido en el pasto, sin mirarme y sin decirme nada. En ese instante casi le odié por su actitud, y continué diciéndole:

—Es todo cuanto pretendías de mí. De lo único que sabes hablarme... No me respondió, pero movió negati-

un mal momento, Gladys. Deberías salir con otros muchachos...

—¡Tal vez lo haga! —exclamé—. ¡Bastante tiempo tendré para ello!

—Hazlo; tal vez aprendas a comportarte de otra manera. Así comprenderás mi actitud y comprenderás, asimismo, que tal vez otros hombres te desearán, sin estar enamorados de ti.

(Sigues a la vuelta)



Continuación de la pág. 27.

jada por el relleno de un colchón? Tilly tuvo una inspiración. Sus ojos parecían estar mirando siempre a través del objetivo de una cámara. Se inclinó hacia él.

—Escuche. En mi oficina tengo un par de tijeras de uñas; voy a buscarlas y vuelvo. Con ellas se corta la barba lo más posible y luego se afeita el resto allí en el lavatorio. Sé que tiene los útiles de afeitar aquí porque cuando olvida su linterna duerme sobre ese sillón. Afuera con esa maleza y está listo; entre en esa pieza y... —Hizo un gesto triunfal en dirección a la puerta.

—¿Usted quiere que yo...?

—Sh-h.

—Muy bien, muy bien. Pero se está haciendo tarde. Tilly; ella está por irse.

—No, todavía no. Está llena de inspiración; se trajo una botella de leche y unos panecillos y dice que va a trabajar hasta tarde en la noche. Además... —Tilly se detuvo bruscamente. Lo miró detenidamente. Sus ojos se abrieron aún más—. Bill Cartwright, ¿dónde está ese espíritu? ¿Qué es lo que le pasa? No ha hablado más de dos palabras desde que estoy aquí. Por Dios que estoy por creer que está usted asustado.

—Sh-hhhh —hizo Cartwright.

—Bueno, ¿está o no está?

—Por supuesto que no —le contestó, sabiendo que no decía la verdad—. Si cierra esos delicados labios suyos durante cinco segundos, y me permite decir una palabra, me será posible explicarle mi plan.

—Eso está mejor —exclamó Tilly con admiración—. Diga no más, querido; le escucho.

El colocó la pipa en el cenicero.

—En primer lugar, Tilly, dejemos aclarado un punto. No soy yo quien está nervioso. No mucho, por lo menos. Es usted.

—¿Yo?

—Sí. Y quiero saber la razón por la cual usted de pronto me cuenta estas cosas. No es que no esté agradecido. Pero, ¿por qué? Para ser más claro: ¿qué es lo que pretende usted?

—Muy bien; usted lo quiso —suspiró Tilly. Se sentó en silencio durante un rato, bajo la luz de la ampolleta que pendía del techo. Tenía las manos juntas, con la piel brillante y la carne abultada en las muñecas; el grueso anillo de matrimonio brillaba al darle vuelta—. La razón es que Mónica es una buena muchacha, Bill. Y si usted no la cuida, nadie la cuidará. Ella está asustada, Bill.

—¿Asustada? ¿Por qué?

—Porque tengo la idea de que alguien trata de asesinarla —contestó Tilly, mirándole a los ojos—, y quizás lo haga esta noche.

(CONTINUARA)

Posaron por gentileza del Teatro de Ensayo:

Miriam Thorud en el papel de Mónica Stanton.

Lautaro Murúa en el de Bill Cartwright. Estos y los otros personajes que aparecerán en estos episodios, forman parte del elenco del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, que encarnarán a los protagonistas de MARTIN RIVAS, la obra de Blet Gana, que se estrena en mayo, a beneficio de las Obras de Protección al Niño Lisiado.

FOTOGRAFÍAS RAYS.

¿Quién la compraría?



Los hacendados ingleses miraron nuevamente esa planta desconocida y movieron la cabeza energicamente.

—No es comestible. ¿Entonces quién la compraría? Ni siquiera podríamos alimentar a los cerdos con ella.

Pero Thomas William Cooke era insistente.

Sir Walter Raleigh la trajo de América; allí la gente la come diariamente. Y sabiéndola preparar es muy sabrosa. Además, se conserva en buen estado durante largo tiempo. Piensen en lo que eso significaría para la gente pobre, sobre todo en invierno, cuando escasean las provisiones.

Pero sus argumentos no surtían efecto. Durante cinco años discutió con los hacendados de los alrededores. Mientras tanto, otro cruzado de esta planta se enfrenta con la misma oposición en Francia.

El farmacéutico Parmentier había tenido ocasión de probar este alimento, cuando era un prisionero de guerra, y recordaba que a ninguno de sus compañeros le había disgustado. Parmentier comprendía que esta extraña planta podía formar parte, y muy importante, de la dieta diaria. Pero, pese a su empleo, le fué difícil convencer a los campesinos de que la cultivasen.

—¿Cómo podría convencerlos? —se preguntaba.

Poco tiempo después arrendó un terreno y pidió a la policía que custodiara su propiedad. Y ante el asombro de los hacendados vecinos, se dedicó a plantar esta solanácea.

Durante varias semanas los policías continuaron vigilando la plantación... pero de día. Cuando la planta estuvo lista para la cosecha, Parmentier no tuvo el menor problema: los hacendados, curiosos, habían saqueado los campos en la noche.

De esta manera, con la insistencia de un inglés y el ingenio de un francés, apareció en el menú europeo un nuevo alimento, agradable y nutritivo: la papa.

No podía ver nada a través de mis lágrimas, pero me saqué el anillo de compromiso y se lo tiré, diciéndole:

—Bueno, me alegro de tener oportunidad de comprobar tus palabras. Tendré cuatro años por delante para aprender lo que es la vida y volverme tan hábil para el amor como lo eres tú.

—Gladys, olvidemos lo que ha pasado me suplico Felipe.

Pero en ese instante me convencí de que me creía demasiado inocente e ingenua para él. ¡Qué sería después de pasar cuatro años sentada al lado de mi familia, esperando su regreso!

—Muy bien, Felipe, olvidaremos todo lo sucedido; pero conserva el anillo. Ya no creo en la conveniencia de los noviazgos largos —repuse con tono indiferente.

Volvimos a casa en silencio. Finalmente Felipe me dijo:

—Tratemos, Gladys, de que estos cuatro años que estaremos separados nos sirvan de prueba. Jamás hemos salido con otras personas. Si lo hacemos y siempre nos amamos, podremos casarnos con la seguridad de ser felices.

De manera que en realidad no rompimos nuestro compromiso, sino llegamos a un acuerdo respecto a nuestra conducta futura. Cuando se fué del pueblo, lloré toda la noche de su partida; pero una semana después estaba en camino de otra ciudad y de nuevos horizontes. Un amigo de mi padre me ofreció un puesto en la capital, y hacia allá me dirigía llena de esperanzas.

Durante el primer tiempo no pude acostumbrarme a estar lejos de mi familia y de Felipe. Recibía a menudo cartas de él, en las que me contaba que había salido con diferentes amigas de la universidad, y esto me hacía sufrir terriblemente. Me habría gustado poder contarle lo mismo; pero, desgraciadamente, no conocía a nadie. Luego conocí a Elisa y me fuí a vivir con ella a un pequeño departamento, y me presenté a sus amigos. Entonces empecé a escribirle de mis citas a Felipe. A veces le exageraba un tanto, pero era sólo en venganza de la felicidad que se traslucía en sus cartas por su vida lejos de mí. No recuerdo con precisión cuándo empezaron a distanciarse nuestras cartas; pero a ambos esta circunstancia nos dejó indiferente.

Ahora comprendía el significado de las palabras de Felipe sobre los hombres. Tarde o temprano mis amigos me sugirieron ir a pasar un fin de semana juntos o ir a su departamento a beber un trago. Y también comprendí que Felipe tenía razón respecto a la actitud de las mujeres. Elisa, a pesar de ser una muchacha buena, no tenía inconveniente en permanecer a oscuras con sus amigos en el diván del salón. Sin embargo, jamás consentí a mi acompañante nada fuera de un beso de despedida en la puerta de mi casa. Algunas veces me preguntaba cuál sería la conducta de Felipe; pero alejaba de mí mente estos pensamientos, diciéndome que me sería tan fiel como yo le era a él.

Y ahora había vuelto a mí después de todo! Y estaba segura de no dejarlo irse nuevamente de mi lado, si podía retenerlo. Pero no me sentía completamente segura de que hubiera venido sólo por

(Continúa en la pág. 33)

Los buenos cuentos son eternos

*Estas extrañas
confidencias
son verdaderas.*

¿HAS OIDO el cuento de las callampas envenenadas? Naturalmente que sí, querida lectora, pero déjanos refrescarte la memoria.

Una vez una señora dió una comida. El primer plato eran callampas sobre pan frito. Nuestra anfitriona, persona muy melindrosa, le dijo a la cocinera:

—Quiero estar absolutamente segura de que las callampas no sean venenosas. Pruébelas primero en el gato.

Siguiendo sus instrucciones la cocinera le dió una callampa al gato, quien se la comió con delicia.

Un momento después llegaron los invitados y luego de servirse los cócteles pasaron a la mesa. El primer guiso eran las callampas. En el momento de retirar los platos, la empleada se inclinó junto a la dueña de casa y le murmuró al oído:

—Señora, se murió el gato.

¿Qué podía hacer la infeliz anfitriona? Se limitó a lanzar un alarido de terror, luego se levantó y le anunció a sus huéspedes la terrible desgracia. La casa se transformó en un caos. Se mandaron buscar médicos, y ambulancias. No relataremos el aspecto que tenía el living cuando los doctores comenzaron a examinar los pacientes. Nos compadecemos de la aterrorizada dueña de casa y nos economizamos los detalles.

La comida se dió por terminada. Los invitados fueron llevados a sus respectivas casas. Nuestra amiga yacia pálida y debilitada en su cama cuando entró la empleada trayéndole té, tostadas y calmantes.

—¿Qué hizo con el gato, Berta?

—Quedó en la calle, señora, en el mismo sitio donde lo mató el auto.

Esta es la famosa historia de las callampas envenenadas. La primera vez que la oímos nos la contó un circunspecto abogado, quien aseguraba haber estado presente en la comida. La segunda vez, nos lo describió un primo lejano que decía que le había sucedido a la tía de su mujer. La tercera versión la escuchamos en Nueva Guinea y el médico que nos la relató juraba ser uno de los que atendieron a los pacientes. Toda esta buena gente tenía un buen propósito y no pretendían mentir.

Me imagino, después de años de investigaciones, que hubo 3,462 personas invitadas a tal comida.

Es igual que el cuento de la esposa infiel y el abrigo de visón.

La mujer de nuestro dentista jura que le sucedió a su sobrina. Nosotras estábamos perfectamente dispuestas a creerle si no lo hubiéramos escuchado dos veces antes de labios de personas que presenciaron la escena.

El cuento es así:

Una tal señora X (la sobrina de mi dentista), tenía un amante con mucho dinero. Un día le regaló un abrigo de visón. La señora llevó el abrigo a una casa de préstamos, lo empeñó y obtuvo en cambio un recibo. Esa misma noche le dijo a su marido mientras registraba el fondo de su cartera.

—Mi amor, hoy encontré en la calle este boleto de agencia. ¿Por qué no legas hasta ahí mañana y ves de qué se trata? Tal vez puede ser algo de valor.

El marido aceptó e hizo el encargo. Todo el día la señora estuvo como sentada sobre alfileres. Finalmente, llegó su marido a la casa. No traía el abrigo de visón. Su mujer tosó, tartamudeó y finalmente dijo:

—A propósito, ¿fuiste a ver lo que había en la agencia?

Su marido lanzó una carcajada.

—El boleto correspondía a un sombrero viejo. Se lo regalé a un pobre que pasaba por la calle.

Todos estos cuentos son muy apropiados para contar en una reunión aburrida o en los entreactos de una partida de canasta. Sirven, pues son muy entretenidos e irresistibles.

Un escritor joven, al escuchar uno de éstos cuentos por primera vez, decía con los ojos llenos de lágrimas que se lanzaría a su máquina de escribir para inmortalizarlos con sus propias palabras. Otro más experimentado le daría tiempo al tiempo. El sabe que un cuento bueno, como un chiste



Un alegre Don Juan, de paso por un pueblo pequeño, conoció a una de las bellas de la localidad...

maño, surgirá de nuevo. Todos los escritores cuando se ponen suficientemente viejos y se sienten bastante cansados conocen estas historias repetidas mil veces. Ellos pueden oler una castaña a un kilómetro de distancia. Como un amigo nuestro llamado Eduardo.

La otra noche, Eduardo estaba en una comida pacífica y hogareña. La familia comenzaba a tomarse la sopa cuando comenzó el incidente.

—Eduardo, te tengo un cuento precioso —dijo su suegra.

—¿En verdad?

—Es un cuento verdadero.

—Verdico —murmuró Eduardo con cierta apatía.

—Sí, así es. Espero contártelo bien. No quiero malograrlo. Tú conoces a Elsa... la compañera de mi hermana Mirta. Una de mis más antiguas y queridas amigas. Bueno, esto le sucedió a Erna, la hermana de Elsa. Para abreviar, parece que Erna fué un día a una tienda de cosas viejas... tú sabes, una de esas que venden objetos baratos, y vió un pequeño guardapelo, nada de caro, pero que le gustó y lo

(Sigue a la vuelta)



adquirió por una bagatela. Cuando llegó a su casa, al limpiarlo se dio cuenta de que era de oro macizo. Entonces...

—Para su sorpresa, encontró que encima tenía una N —continuó nuestro amigo Eduardo mientras mordía des-cuidadamente una tostada.

—¿Qué?... —gritó su suegra.

—Esto la puso muy curiosa continuó Eduardo imperturbable—. Abrió el guardapelo y dentro encontró un rizo. Al día siguiente lo llevó al museo. ¿Y qué se imagina que sucedió? Resultó

ser de Josefina, la primera esposa de Napoleón. El Emperador se lo había dado antes de casarse y el pelo era auténticamente de Napoleón. El museo le ofreció por él una suma astronómica.

—¿Cómo?... —preguntó la suegra de Eduardo.

—Se olvidó de decir que Erna estaba sin dinero cuando compró el guardapelo. En él había invertido hasta el último centavo y no sabía con qué iba a comer.

—¡Cierto!

—Ese cuento era ya viejo cuando usted nació —explicó Eduardo—. Es prácticamente bíblico.

—Le sucedió a Erna, la hermana de Elsa... —respondió su suegra enderezándose en su silla—. Le aconteció hace sólo tres días. La misma Elsa me lo contó y yo conozco a mi amiga...

—Elsa es una mentirosa —aseguró Eduardo—. El cuento del guardapelo es más viejo que Adán. Lo oí por primera vez hace veinte años. Es una de esas historias que la gente se apodera como propia. Cuando la cuentan se la atribuyen a un pariente o dos y juran de que es verdad. No hacen ningún daño, y tienen su efecto entre los oyentes.

Por supuesto que Eduardo sabía de lo que estaba hablando. La mentira respecto al guardapelo de Josefina es una de esas fábulas que se mete dentro de la sangre. Pocas de las personas que la oyen pueden resistir a la tentación de hacer su autobiografía. Tiene que haberle sucedido a ellas, o a un amigo o al amigo de un amigo. Es igual que el cuento del enamorado infiel y el testamento.

La primera vez que lo oímos estábamos en el colegio. Lo creímos entonces porque el héroe (el villano, como veríamos) se paseaba muy campante. Desde que oímos el relato lo detestamos, pero cambiamos de idea cuando supimos que le había sucedido lo mismo al sobrino de mi cuñado.

Un alegre Don Juan, de paso por un pueblo pequeño, conoció a una de las bellas de la localidad. Era ella de edad mediana, agradable de mirar y muy cariñosa. Nuestro héroe emprende el asedio, pero, para evitarse molestias, toma una precaución: no le da a su amiga su verdadero nombre. Esa es una infamia, pero él la ejecuta a su manera. En vez de darle un nombre supuesto, se apropia del de uno de sus amigos. Antes de que anocheciera el día en que se conocieron, la enamorada damita había aprendido ya bastante respecto a las cigüeñas y el muchacho se encontraba listo para emprender la retirada. Cuando llegó la hora de la partida, ella le pidió su dirección. El enamorado le da la de su amigo, la del mismo al que le había robado el nombre y parte con un beso de despedida. Pasaron los años: uno o dos. Nuestro vagabundo fué un día a casa de su amigo.

—Me ha sucedido algo muy extraño —explicó el dueño de casa—. He estado recibiendo cartas de una dama que vive en un pueblecito del sur. Se las he contestado sólo para darle un poco de alegría. ¿Sabes lo que me pasó esta mañana? Me llamó mi abogado. La fulana ha muerto y me deja cincuenta millones de pesos.

Un periodista que conocemos, uno de esos que compra historias para publicar en su revista, me contó que conseguía una versión de la misma historia por lo menos una vez al año. Nosotros le creemos. Personalmente, hemos oído seis versiones del cuento del hombre que compró una casa en \$ 1.000.

El primo de un amigo nuestro vió un aviso en el diario que describía una casa con diez piezas. Precio de venta: \$ 1.000. Pensó que se trataba de un error de imprenta. Al día siguiente volvió a aparecer con el mismo precio. Movidito por la curiosidad, fué a verla. Una señora lo recibió en la puerta, y, después de presentarse como la dueña, le mostró la propiedad. Era, por cierto, la casa de sus sueños. Exactamente lo que había buscado durante toda su vida. El dijo que quería comprarla. ¿El precio del diario era... real?

—El precio es de \$ 1.000 al contado —respondió la señora. El hombre compró la casa.

—¿Por qué? ¿Tiene algo de malo?

—Nada —replicó la señora—. Mi marido acaba de morir. En su testamento estipuló que la casa debería venderse y que el producto de su venta debería darse a su secretaria, una hermosa rubia.

Esta historia, como todas, tiene también sus variaciones.

Recién la volvemos a ver en un artículo del diario. Apareció poco después en una revista. Por ese entonces la casa se había transformado en un Cadillac y su precio era de \$ 5.000.

Este es un cuento clásico de primos. Por alguna fantástica razón tales cosas sólo suceden a los primos. También hay cuentos de madres —sólo le puede suceder a tu madre o a la nuestra, mujeres ingenuas que siempre se ven envueltas en situaciones absurdas. La última que oí fué la siguiente:

"Mi madre (la historia fué contada por una prima nuestra) estaba el otro día en una tienda. Iba con una serie de paquetes y debía llamar por teléfono y no podía entrar a la cabina con todos ellos. Por eso se dirigió a otra mujer de aspecto agradable y pelo blanco que estaba sentada por ahí cerca y le preguntó se podía guardárselos mientras terminaba su llamado. La interpelada aceptó gustosa. Mi madre entonces le entregó los paquetes y se dirigió al teléfono. Entre las muchas cosas, mi madre dejó su cartera. Cuando salió de la cabina, la señora le pidió a su vez el mismo favor. Mi madre también aceptó. Cuando la dama se hubo marchado, mi madre abrió su cartera. Un billete de mil había desaparecido. Como mi madre no quería hacer una escena, se limitó a abrir la cartera de la señora, coger el billete y devolverlo a la suya. Cuando llegó ella, mi madre no le dijo nada, fuera de darle las gracias. Al llegar a casa, se metió la mano al bolsillo de su abrigo y... ¿qué encontró? Su billete de \$ 1.000.

En raras ocasiones escuchamos cuentos que tengan aspecto de auténticos. En otras palabras, un cuento que se pueda utilizar. Estos deben ser susceptibles de separarse de las fábulas. Se necesita una vida para acostumbrar el oído y hacer la distinción. La otra noche escuchamos éste cuento. Proviene de buena fuente..., de mi hermana.

Entre los que miraban al cielo cuando se hizo volar por primera vez un globo, estaba el Embajador de Estados Unidos en Francia, Benjamín Franklin. Un señor algo incrédulo, tocando el brazo de Ben, le comentó:

—¿De qué le puede servir al mundo este ensayo?

—Bueno, amigo, ¿y para qué puede servir tampoco un recién nacido? —le contestó Franklin, con gran visión del futuro.



Una amiga de ella murió hace tiempo. Antes de su entierro, se le ocurrió a mi hermana pasar por una sombrerera. Una ventana le llamó la atención: estaba cubierta de flores. (Igual que ramos, según expresión de Susana). Compró uno por la fantástica suma con que las mujeres compran estas fruslerías. No era, por cierto, un sombrero apropiado para un funeral. Sin embargo, lo hizo poner en una caja y se lo llevó. Cuando llegó a la casa de la muerta, se lo entregó a uno de los mozos para que se lo guardara. En seguida se colocó entre los dolientes. Poco antes de comenzar la misa de requiem entraron algunos hombres trayendo coronas de flores. Uno de ellos llevaba el sombrero de mi hermana.

Dejemos que cuente la historia ella misma:

—¡Mi sombrero! Mi precioso sombrero. El idiota lo puso justo sobre la urna. ¿Qué podía hacer? Todo el camino hacia el cementerio pensaba la forma de recuperar mi hermoso sombrero. Cuando llegamos, mi sombrero iba en primer lugar. ¡No podía rescatarlo! Había demasiada gente a mi alrededor. Luego comenzaron a bajar el ataúd a la tumba y mi precioso sombrero con él, y toda la gente lloraba..., pero nadie... nadie... lo hacía tan fuerte como yo! ¡Mi precioso sombrero!

Sin embargo, se podía hacer algo en esta situación. Esa especie de cosas que inspira a un escritor. Desde que fué contado por una encantadora personita conocida por toda su familia y amigas como la estampa de la verdad y el honor, nosotros no dudamos de su veracidad. Además, la historia es tan grotesca como para no ser cierta —y tiene un aroma tan verídico... que nadie puede haber inventado tan trágica comedia.





Continuación de
la pág. 30)

mi. Tal vez venía por negocios, o a decirme que ya no me amaba... Mientras más pensaba en ello, más intranquila me sentía. Aún lo quería con toda el alma, y deseaba

que volviera a mi lado; pero tal vez Felipe esperaba que yo hubiera cambiado. Necesitaba demostrarle que era una persona diferente de la niña inocente que él conoció. No debía demostrarle mi amor ni arrojarme de inmediato en sus brazos, por más que lo deseara.

Empecé a arreglar mi departamento. Era agradable pensar que ese fin de semana no estaría Elisa en la ciudad. Así tendríamos oportunidad de... (sentí enrojecer mis mejillas sólo al pensarlo). Pero una vez lo había perdido por mi actitud de niña tímida e inocente, y no iba a arriesgar a perderlo de nuevo.

Escogí un traje negro muy severo y "sofisticado" y me coloqué rouge y rimmel. Luego me aseguré de que el bar estaba bien provisto de licores, y escogí algunos discos para colocar en el fonógrafo.

A las siete, Felipe me llamó por teléfono. Corrí a contestar. El sonido de su voz me hizo desvanecerme un tanto. —¡Felipe! —grité en el auricular— ¡Me sorprendió tanto tu tarjetita! ¿Qué estás haciendo acá?

—¿No te lo comunicaron tus padres? Voy a seguir mis estudios aquí. Casi solté el auricular de la impresión. Luego, más calmada, le dije:

—No; no me dijeron nada. Pero... —Gladys, no puedo contarte todo por teléfono. Dentro de pocos minutos estaré en tu casa.

Cuando colgué el auricular, varios pensamientos contradictorios acudieron a mi mente. Seguramente no había venido por su voluntad. Algo habría sucedido, y era natural que me llamara, ya que era la única persona que conocía en la ciudad.

"¿Y qué importa? —me pregunté—; aun tienes una oportunidad de que vuelva a ti. Y ahora vas a permitirle todo cuanto desee, antes de que se vaya otra vez de tu lado." Cuando sonó el timbre, me dirigí con toda calma a abrir la puerta.

—¡Gladys! —exclamó, luego se detuvo a contemplarme y me dijo—: ¡Cómo has crecido, mi amor!

—Tú también, Felipe —le dije sonriendo, y luego agregué—: Pasa; ¡qué agradable volver a verte!

En realidad estaba más viejo, y una segunda mirada me reveló que también había una expresión triste en su rostro.

—¿Qué bebida prefieres, Felipe? En realidad me parece que tendremos que empezar a conocernos de nuevo.

—Creo que tomaré un Manhattan, siempre que tú lo prepares.

Mientras preparaba las bebidas, sentí en torno a mí la mirada inquisitiva de Felipe. —¡Mejor —me dije—; me encontrará tan cambiada como él deseaba!

Luego empezó a contarme acerca de los cursos que empezarían la próxima semana y del departamento que había arrendado con otro estudiante. Era como si fuéramos dos extraños tratando de entablar conocimiento. Sin embargo, cada vez que mis ojos se posaban en él deseaba arrojarme en sus brazos. En vez de ello, le dije:

(Sigue a la vuelta)

GRAN CONCURSO

¿TE PUEDES GANAR UN PREMIO ENVIÁN-
DONOS LA HISTORIA QUE HASTA AHORA
NO TE HAS DECIDIDO A CONTAR!

NECESITAMOS:

tu historia

S IEMPRE es fácil contar la historia de amor, la cual puede referirse a ti, lectora, a tus parientes o a tus amigos. Todas nosotras tenemos algo que contar, una experiencia que nos ha dejado recuerdos amargos o felices. "CONFIDENCIAS" te da esa oportunidad. Te invitamos a que la escribas con sencillez, sin pretender hacer de ello una pieza literaria, pues este concurso no es para destacar escritores, sino seres que han sufrido o gozado. No mencionaremos tu nombre y sólo te pedimos un seudónimo. El sitio donde la has vivido lo puedes cambiar a tu antojo, igual que las circunstancias y las personas. Si no sabes escribir, no te amargues por eso, pues estamos prontas a ayudarte. Recuerda que queremos hechos más que palabras, pues estas últimas son fáciles de pulir y arreglar.

Daremos MIL PESOS de premio por cada historia que publiquemos y la seleccionada aparecerá cada quince días.

¡MANDANOS LA HISTORIA DE TU VIDA, LA HISTORIA QUE SOLAMENTE TU PUEDES RELATAR!

Trata de imprimir en el papel las cosas que te han hecho impresión, los caracteres que más han influido en tu existencia y los sitios en que se ha desarrollado tu historia. Decídetes a escribir tu historia y podrás ganar MIL PESOS por ella. Recuerda que tu experiencia le puede servir a alguien, y que las lectoras estarán felices de compartir contigo una pena o una alegría, ya sea para ayudarte o para regocijarse contigo.

CONDICIONES GENERALES

1. La historia debe venir escrita en primera persona y estar basada en algo que te haya sucedido a ti o a las personas que te rodean.
2. Debe venir escrita a máquina, con espacio dos y no ser en extensión menor de ocho carillas, ni mayor de quince.
3. Debes dejarte una copia para evitar pérdidas, pues los originales no se devolverán.
4. Deben venir acompañadas del cupón que publicaremos semana a semana en nuestra revista.
5. La mejor historia que se publique ganará MIL PESOS EN DINERO. La publicación se hará quincenalmente.
6. Deberán ser dirigidas a CONFIDENCIAS, Casilla 84-D, Santiago.
7. La Dirección de la Revista se reserva el derecho de elegir o rechazar las historias, según su criterio.
8. Las historias recibidas quedan de propiedad de la revista.

REVISTA CONFIDENCIAS

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo
O nombre

Dirección

Ciudad

HISTORIAS VIVIDAS

CUPON



—¿Por qué decidiste venir a estudiar aquí, Felipe?

—No me fue bien en los estudios, y los profesores me sugirieron que tal vez en otra parte, donde no tuviera tantos otros quehaceres, podría tener más éxito.

—¿Salías mucho con mujeres? —le pregunté, tratando que mi voz no reflejara el despecho y los celos que sentía.

—Bueno, sí, bastante. Espero poder dedicarme más seriamente a los estudios —me explicó con una mirada profunda.

—¿Qué bueno; ¿te sirves otra bebida? —repliqué con indiferencia.

Después empecé a contarle de mi vida y de mis amigos, y pude comprobar con alegría que Felipe estaba un tanto contrariado. Luego salimos a comer a un lugar que quedaba cerca de mi casa. Varias veces lo sorprendí mirándome, y me pareció que quería decirme algo más personal; pero evité cuidadosamente darle lugar a ello. Vi que me estudiaba y me analizaba como jamás lo había hecho anteriormente, y me sentí loca de alegría; pero preferiría haber muerto antes que dejárselo entrever.

Después de comida regresamos a mi departamento. Abrí la puerta y extendí el brazo para encender la luz. Antes que lo pudiera hacer, Felipe, que venía inmediatamente detrás de mí, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia sí con pasión. Un minuto después sus labios se apretaban fuertemente contra los míos.

Al sentir su proximidad mi corazón cesó de latir, y todo el amor y la pasión que no había experimentado en dos años de ausencia se despertaron en mí. Deseé llorar y suplicarle que jamás me abandonara nuevamente.

Pero tenía que demostrarle que estaba cambiada, que era más experimentada y conocedora de la vida. Le aparté de mí un poco; luego lo conduje al diván y me tendí en sus brazos, diciéndole:

—No tan aprisa, Felipe; tenemos toda la noche por delante. ¿Quieres un trago? Voy a poner discos.

Una música suave llenó el ámbito del saloncito. Luego me senté nuevamente al lado de Felipe.

—Ahora comprendo lo que me querías decir hace un tiempo. En verdad, somos casi dos desconocidos —me dijo Felipe pensativamente.

—¿Has conocido a muchas mujeres? —le pregunté curiosa.

—Bueno, unas diez o doce.

—¿Las has conocido intimamente? —volví a preguntar, con un asomo de celos en la voz.

—¿Quieres, en realidad, saberlo? Bueno, unas pocas, no muchas...

Se sentó a mi lado y, sosteniendo entre las suyas mis manos, me preguntó:

—¿Te acuerdas, Gladys, de esos momentos tan felices que pasábamos juntos?

—Sí, Felipe, siempre los he recordado —le repliqué con sencillez.

Sus labios me besaron suavemente la frente:

—Me parece que ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez que te besé! —murmuró.

—Pero has besado a otras mujeres.

—Sí; pero no eras tú. Ninguna significaba nada cuando las comparaba contigo, mi amor.

Acaricié con mis dedos su rostro, tan cerca del mío. Sí, hablaba en serio.

Atraje hacia mí su boca y lo besé suavemente. Luego empecé a besarme en la boca, la frente, el cuello...

eran besos apasionados, anhelantes. Besos que me hacían temblar de emoción.

Me cobijé aún más en sus brazos y respondí al urgente llamado de su amor.

—¡Gladys! —me susurró con voz tensa— ¡Oh Gladys!

—Felipe, no me sigas besando, por favor; tú comprendes que no debemos...

Al ver que no se movía, yo misma retiré sus manos, mientras lo besaba.

Había comprendido que no podía permitirle lo que un instante atrás pensaba hacer. Sabía que iba a llorar dentro de un instante más, y eso arruinaría todos mis proyectos.

Felipe se apartó de mí y me miró escrutadoramente. Era el momento preciso para explicarle que en realidad no había cambiado. Si no me quería como era, sería mejor que se fuera de mi vida para siempre. Pero no dije nada. En vez de ello cerré los ojos para

esconder las lágrimas que estaban por rodar de mis mejillas. Sus labios se volvieron a posar en los míos.

Luego me separó violentamente y se paró frente a mí. En seguida, sin decirme una sola palabra, se dirigió a la ventana y se quedó contemplando la calle.

—¿Cuántos hombres has amado? —me preguntó con voz tensa.

—Ninguno, Felipe..., por lo menos en el sentido que tú me preguntas.

Se dio vuelta indignado:

—¿Esperas que te crea, cuando..., la primera vez que te veo después de dos años de ausencia...?

Me sentí enrojecer al pensar que había creído que lo había besado en esa forma porque estaba acostumbrada a hacerlo.

—¡No lo he hecho! —le grité indignada, al mismo tiempo que me ponía en pie—.

Pero, si así hubiera sido, ¿qué te habría importado? No has reconocido tú haber tenido más de una mujer...

—No creas que estoy orgulloso de ello —me replicó—.

Pero quería ser veraz contigo. Sin embargo, el hecho no te impresionó mayormente. Por lo menos tú también podías ser sincera conmigo.

De pronto vi lo joven que era, y las lágrimas rodaron por mis mejillas. No deseaba verme cambiada. Eso me bastaba para sentirme feliz. Me quería exactamente como era cuando dejó de verme.

Corrí hacia él y enlacé su cuello con mis brazos:

—¡Oh Felipe, te amo tanto! Tratada de comportarme contigo como una mujer adulta y experimentada, porque creía que así te agradaría más. Pero no lo pude hacer, como tampoco lo pude tiempo atrás, ¿te acuerdas? Soy aún una absurda niña puritana o inocente en ese sentido.

Me contempló un largo rato y luego me estrechó en sus brazos, riendo con risa extraña:

—Qué gracioso. Esperaba encontrarte cambiada y más... mundana. En tus cartas sólo me contabas salidas con hombres y paseos de toda índole. Esperaba tener que conquistarte nuevamente, y me dije que aun cuando hubieras tenido... aventuras, no te culparía, porque yo tampoco había sido un santo. Pero cuando te vi, Gladys, y comprendí que sentía hacia ti la misma atracción que había experimentado siempre, deseé con toda mi alma que no hubieras cambiado. Y entonces, cuando empezaste a besarme, no pude resistir la idea de que habías tenido otros amores. ¿Aun eres mi pequeña?

—Sí, Felipe; tuya por entero. Siempre te dije que no podría ser de nadie sin anillo de bodas y que a nadie le recibiría un anillo sino a ti.

Me besó nuevamente, con ternura; luego nos sentamos a hacer planes para nuestro futuro. Ambos decidimos que los dos años de separación nos habían hecho bastante bien, porque habíamos tenido ocasión de crecer mentalmente y probar la fuerza de nuestro cariño.

Permanecimos mucho rato sentados uno al lado del otro, tomadas las manos, escuchando la música suave de los discos que había escogido para él.

De pronto Felipe me dijo:

—Tal vez si continuas trabajando podríamos casarnos luego. En la primavera. Tendríamos un pequeño departamento, y yo seguiría asistiendo a clases...

Todo se solucionaría, pues ambos conocíamos ahora la magnitud de nuestro amor y afrontaríamos juntos y con fiados el futuro que nos deparara el destino.



¡Cómo resplandecen los artículos de cobre o bronce!

NOVEDADES "GENIALES" PARA OTOÑO

TORNASOL, 90 cm. de ancho: el torro ideal para abrigos y chaquetones	\$ 250
FLAME ANTIARRUGABLE, 90 cm. de ancho, para batas y trajes	\$ 198
SPUNELLA de Viena del Mar, dibujo infantil, a \$ 320; de puntitos, \$ 296, y lisa, a	\$ 275
LANA PARA BATAS, un metro de ancho	\$ 276
JERSINA, PURA LANA, ancho 1,50 m., a	\$ 450
TAFETAN DUCHESS, no hay mejor, a	\$ 364
CRISKAY NORTEAMERICANO, estampado en dorado y color, a	\$ 495
VIVELLA ESCOCESA, tipo Inglés, colores firmes "INDANTREN"	\$ 350
GABARDINA LISA, de lana con seda, insuperable para batas y trajes, 1,30 m. de ancho	\$ 720
PELO DE CAMELO, última moda, para abrigos sport	\$ 920

REEMBOLSOS "CASA GENIAL"

21 DE MAYO 578, ALTOS — SANTIAGO

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 076, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero Anual: U.S.\$ 3,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. — Año XXI - 6 de mayo de 1954 - N.º 1045.



A base de G-11 (hexaclorofeno). La más poderosa sustancia desodorante descubierta hasta ahora.

DESODORANTES *Grinodor*

JABON TALCO

Para uso diario en el aseo corporal.

Indicado para el cutis delicado de las guaguas.
Especialmente útil para los pies, calzado, etc.

LOCION

Para friccionar el cuerpo. Exquisito perfume.

*Elaborados bajo el control técnico
del Instituto Sanitas y Anilinas
S. A.*

¡PROXIMAMENTE!



Al
SERVICIO
de la
dama elegante
LOS
MOLDES
SEDYLAN

M.R.

¡Vista mejor con menos dinero!
3 tallas en cada molde.

Es tal el interés que existe para confeccionar trajes con telas Sedylan, que hemos decidido ofrecer un Servicio de Moldes diseñados expresamente para nuestras telas por técnicos especialistas europeos, contratados exclusivamente por nosotros para este trabajo.

Prepararán moldes según los dictados de la moda, sencillos de confeccionar personalmente, empleando el mínimo de género y obteniendo, así, el mejor resultado al más bajo costo.

Pida con tiempo su inscripción en este Servicio de Moldes.

¡Vestirá mejor con menos dinero!



Confidenc

**PÍDALOS EN SU TIENDA FAVORITA O ESCRIBA A
SEDYLAN - CASILLA 3858 o Casilla 84-D - SANTIAGO**

Confidencias

M. R.

N.º 1046

\$
10
NOVEDA CHILENA

¿ERES UN PROBLEMA PARA TUS HIJOS?

• NOVIAZGO PA-
RA TRES

• Y ASI..., AL
CRIMEN,
novela policial

• QUISE COM-
PRAR UN NIÑO

• EL EMBRUJO
DE EGIPTO,
novela

• EL DRAMA DE
GENOVA,
amor histórico

• JAMAS SE CA-
SARIA CONMI-
GO

• EL MOLDE DE
LA SEMANA

• MI PRIMA Y YO,
historia premiada





VITALMIN

M

VITAMINADO

R

CRÍA NIÑOS SANOS, ALEGRES Y ROBUSTOS

12 MAYO 1954

Depósito Legal

Noviazgo para tres

TERMINABA mi tercer whisky, cuando noté de súbito que la muchacha que atendía el bar, la "barmaid", era de una belleza fascinante. Su fisonomía angelical, de nariz pequeña y corta, labios rojos y carnosos, se destacaba con rasgos precisos sobre un fondo de botellas multicolores. Sentada sobre un taburete, leía una novela de amor barata y, a ratos, un tierno suspiro hinchaba su generoso busto. Mientras más la miraba, mejor comprendía que era la "mujer de mi vida".

—¿Cree usted en el golpe del amor, señorita?

Yo era el único cliente en el bar. La muchacha levantó los ojos de su libro y me miró con interés.

—¿Usted confunde el golpe del amor con el golpe de una cachetada, señor?

Sin desanimarme por esta réplica, proseguí envolviéndola con mis apasionadas miradas.

—Usted lee una novela de amor, señorita, y rehusa vivir la que yo le propongo. Si usted admite que el héroe de un libro puede enamorarse de la heroína en menos de diez páginas, ¿por qué duda, entonces, que yo pueda enamorarme de usted en menos de diez minutos? En cuanto la vi, sentí que en usted existía una dolorosa insatisfacción y que yo era capaz de responder a su llamado.

La seductora "barmaid", que primero escuchara mi discurso con la increíble expresión que se reserva para las palabras de un loco, cedió progresivamente por mi entusiasmo. Una sonrisa de superioridad entreabrió sus maquillados labios, y en sus ojos apareció una luz que anunciaban la ternura y la comprensión. Transportado por mi impulso, ebrio con mi victoria, murmuré afiebradamente:

—¿Si usted quiere, podríamos ponernos de novios!

Tuvo un movimiento de retroceso, después de reflexión: parecía incierta, y, por fin, exclamó como en un soplo:

—¿Usted está loco!

Era una aceptación de principios. Acercándome, inesperadamente, la besé. Yo estaba en el colmo de la dicha y ya no controlaba mis movimientos. En ese momento una desagradable campanada resonó en el fondo del hotel.

—Vaya a comer —me dijo la muchacha—. Nos veremos más tarde.

Obedecí. A mi retorno, el bar estaba vacío. Tan sólo se hallaba mi hermosa delante de las brillantes botellas. Bruscamente, la enlacé por el talle y continué mi beso, donde lo dejara interrumpido momentos antes. Inmediatamente sentí una violenta bofetada que empujaba mi mejilla.

—¿Qué pasa? —dije balbuceando—. ¿Ya no me amas? ¡No hace mucho, aceptaste que te besara!

—¡Yo! ¡Jamás! —gritó—. ¡Tal vez habla usted de Alicia!

logo de las dos

—Mira, todavía no vuelve en sí!

—¿Verdad que es un apuesto joven?

—¡Ah! ¡Tienes mucha suerte, Alicia!

—¿Ya te tocará a ti!

Me estremecí de indignación con la sola idea de un futuro cuñado. Unos celos salvajes empezaron a torturarme desde ese momento. Las dos gemelas se parecían a tal punto, que me era imposible reconocer a la que amaba con todo mi corazón. ¿Cómo podría acostumbrarme a verla bajo sus mis-



mos rasgos en los brazos de un intruso? Casarse con una de estas hermanas intercambiables era condenarse a sufrir por falta de la otra. Entonces, en esos momentos, se me ocurrió una idea genial:

—¡Qué divertido! —exclamé—. ¡Si nos viera Gilberto!

—¿Quién es Gilberto?

—Mi hermano gemelo.

—¿No puede ser!

—Pero sí. Nos semejamos de una manera impresionante. La misma cara, la misma silueta, idénticos gustos...

—Tiene que traerlo —dijo Alicia.

—Imposible —repliqué—. Nuestra ocupación exige una permanencia interrumpida. Cuando uno se va, el otro le reemplaza. Pero se lo traeré sin falta, mañana.

Las dos muchachas quedaron encantadas con mi proposición y pasé con ellas una noche inolvidable. Al día siguiente, por la mañana, me vestí con otro traje, cambiando de lado la raya de mis cabellos, y me presenté en el Gran Hotel, bajo la apariencia de un doble de mi mismo, llamado Gilberto para las circunstancias. Al penetrar en el bar, puse mi mano ante mis ojos y dije, en tono de broma:

—¿Cuál es usted? No quiero enamorarme de Alicia.

—No hay cuidado, yo soy Noemí.

—¡Perfectamente! ¡Yo soy Gilberto!

Ese tonto de Jorge tiene buen gusto...

—Es encantador, pero usted lo es tanto como él, al juzgar por las apariencias...

Pronto llegó Alicia y, durante algunos minutos establecióse entre nosotros un cambio de bromas, exclamaciones, gentiles comparaciones y amables proyectos para el porvenir. Las dos hermanas hablaban de un doble noviazgo y de unas bodas simultáneas.

—Paciencia —aconsejé yo—. Jorge les explicará que prefiere esperar aún algunas semanas por razones pecuniarias. Quiere estar completamente seguro de nuestra situación en la oficina...

Los días siguientes corrieron demasiado rápidos para mi gusto. Alternando mis visitas a mis dos novias, una semana era Jorge y Gilberto a la semana siguiente. Ya éramos Noemí y yo, quienes invitábamos a Alicia a comer, para hablarle de Jorge, o Alicia y yo que invitábamos a Noemí, para distraerla de la ausencia de Gilberto, desgraciadamente ocupado a esas horas...

Al cabo de un mes, me pregunté: ¿quién es el más dichoso, Gilberto o Jorge? Incapaz de responderme con precisión, comprendí que quería por igual a una y a otra de mis novias. Una noche, las sorprendí en plena discusión. Al verme, se callaron. Pero sólo con miradas adiviné sus intimas preocupaciones. "Alicia, pensé, debe encontrar que Jorge tiene una voz más hermosa que Gilberto, y Noemí ha notado seguramente que Gilberto camina más elegantemente que Jorge". Detallado en esta forma, sentí con orgullo que me volvía el novio ideal de dos muchachas enamoradas igualmente y igualmente deseables. Momentos después, como Noemí se fuera del bar a su casa, me quedé sólo con Alicia.

—Jorge, ¿tú nadas mejor o peor que tu hermano? —me preguntó con grave voz.

—Nunca nos desafiémos —respondí—, porque somos de igual fuerza.

—Estoy segura de que lo ganarías si lo quisieras. Y en una carrera a pie, también. ¡Y en todos los deportes! Tú te ves más vigoroso que él... Se lo decía a Noemí, hace un momento...

Al día siguiente, descubrí a Noemí sola, detrás del bar, pálida y con una mirada plena de languidez. Deploró la ausencia de su novio y me pidió con su voz cantarina que le ayudara a cambiar de sitio algunos muebles. En tanto le ayudaba, sentí que su mirada se posaba tiernamente sobre mis hombros, sobre mis brazos. En seguida, nos instalamos juntos sobre un pequeño sofá y sostuvimos una conversación en voz baja, entrecortada de silencios y suspiros. Hablamos largamente del angustioso problema psicológico que plantea el caso de dos gemelos enamorados de dos gemelas. Evocamos la extraña situación de los cuñados en relación con las cuñadas. Nos interrogamos qué hubiese ocurrido si yo encontrara primero a Noemí en vez de Alicia... La discusión se volvía tan apasionante, que ni siquiera sentimos llegar a Alicia. Cuando notamos su presencia, estaba junto a nosotros, con su naricilla respingada y un aire desafiante. Tomó su revancha al día siguiente, invitando a Gilberto a reparar su radio. Gilberto aceptó y sostuvo con ella una conversación en todo punto idéntica a la de Jorge con Noemí. No sólo tenía yo dos encantadoras novias, sino que esta doble ventura se complicaba con una doble infidelidad. Esta idea me divirtió algún tiempo, pero después, de pronto, se me hizo odiosa. Un día que Jorge gozaba junto al fuego de la compañía de Alicia, tuve la plena conciencia del tremendo engaño en que se encontraba

(Continúa en la pág. 34)



Mi mamá tomó Vitamaltina!

Para cumplir satisfactoriamente y sin esfuerzo la misión más noble de la madre — alimentar a su hijo en el propio seno — recurra a "Vitamaltina", el clásico auxiliar de las madres que crían. Tome unas copas diariamente, aun antes de la llegada del bebé, y durante todo el período de la lactancia. Así el alimento de su tesoro tendrá ese valor nutritivo superior, rico en vitaminas, que le asegurará la más perfecta salud y el normal desarrollo.



Vitamaltina
FORTALECE A LOS DENTILES Y VIGORIZA A LOS SANOS



CUANDO llegó Sergio con su regalo debajo del brazo, la tarde de nuestro aniversario de matrimonio, me encontré de pie ante la ventana del dormitorio, contemplando fijamente el patio de mis vecinos Jorquera. Los tres niños mayores corrían detrás de una pelota, sin preocuparse de los dos hermanitos más pequeños, que también deseaban participar en el juego.

No me volví, al sentir el contacto de la mano de mi esposo sobre mi hombro, aunque me daba cuenta de que sus ojos siguieron con inquietud la dirección de mis miradas.

—¿Por qué Dios le enviará hijos a gente que no es capaz de cuidarlos en buena forma? O, por lo menos, las leyes debían prohibir que esos inocentes continuasen junto a tales padres — observé, con amargo resentimiento.

Un triste suspiro fué la única respuesta de mi marido. Rodeó mi cintura con su brazo, arrastrándome suave, pero firmemente de la ventana. Su rostro moreno se esforzaba por aparentar alegría. Levantó mi barbilla, besándome con dulzura.

—Hermosa Eliana, mi mujercita... — murmuró, entregándome el paquete. Feliz aniversario, amor mío... y gracias por los cinco mejores años de mi vida.

La elevada estatura de Sergio y su mentón enérgico y decidido le dan una prestancia extremadamente varonil, pero, tras ese físico de hombre fuerte, se oculta un corazón sentimental. Como me contemplaba risueño y expectante, simulé gran impaciencia y ansiedad por desatar las cintas y abrir la caja.

¡Era un abrigo de piel! Por un segundo, mi corazón se alegró al contemplar esa suave belleza dorada.

—Es maravilloso, amor, realmente maravilloso — afirmé.

Una sonrisa de satisfacción iluminó la cara de mi marido.

—Te lo pondrás hoy. Saldremos a comer... Después ballaremos...

El abrigo de piel se deslizó de mis manos, cayendo sobre el lecho.

—¡Oh, no!... No quiero salir a ninguna parte.

—Pero, Eliana... Te haría bien... Pensé que... —protestó.

En ese instante se escuchó un grito en el patio de mi vecina. Corrí a la ventana. Uno de los niños pequeños había recibido un pelotazo en la cabeza. Sus hermanos lo rodeaban, tratando de consolarlo, antes de que la madre escuchase los sollozos... pero la señora Jorquera ni siquiera se asomó a investigar la causa del llanto. Muy pronto los mayores se aburririeron y el pequeño Dario, sollozando aún, se sentó en los escalones, abrazado a su gato regalón.

—Innumerables veces en el día ocurren escenas semejantes —conté a Sergio, con amargura—.

Esa mujer ni siquiera se preocupa del pequeño, que apenas camina. Deberían quitarle los niños...

—Recuerda que tiene siete... Con seguridad que la pobre se las arregla lo mejor que puede —declaró Sergio, conciliatorio.

—Entonces no debería echar más hijos al mundo. ¿Sabes? Lloré cuando se dió cuenta de que Diana iba a nacer... y el señor Jorquera se emborrachó al saber la noticia.

Entonces, sin poderme contener por más tiempo, brotó de mis labios la pregunta que me había estado quemando todos esos días:

—¿Por qué no se habrá muerto alguno de los Jorquera en lugar de nuestro David? ¡Mi hijito único, rodeado de mimos y cuidados! Hubiese tenido

una espléndida educación... en cambio, estos muchachos jamás conseguirán nada en toda su vida...

En las grises pupilas de Sergio se pintó la sorpresa y el disgusto.

—Cállate, Eliana. No deberías formular esas preguntas, ni desear la muerte de los Jorquera —replicó, severamente.

Sergio lo aceptaba todo... estaba convencido de que un poder infinitamente superior regia los destinos humanos. Esa fe inquebrantable le dió fuerzas para soportar con estoicismo nuestra desgracia, y... el triste devenir de nuestras vidas sin el hijo querido. Pero yo me resistía a imitar su valiente actitud. Cuando pensaba en la azarosa existencia de los niños Jorquera, amontonados en un patio demasiado pequeño... y contemplaba, después, el hermoso y vacío cuarto de David, me embargaba una rabia sorda... No, no podía resignarme.

Sergio me abrazó, nuevamente.

—Mi vida, piensa en esta noche. Salir nos hará bien. Esa tristeza tuya te está... nos está perjudicando...

—Por favor, quiero estar sola —replicó, obstinadamente.

—Mi marido suspiró... dejó caer sus brazos y bajó al primer piso. Yo me quedé junto a la ventana, sin ejecutar el menor movimiento, recordando el aniversario del año anterior.

Habíamos ofrecido una fiesta a nuestras amistades, porque queríamos exteriorizar nuestra alegría por el hijo tan ansiosamente esperado.

El día que Sergio me trajo del hospital, ambos estábamos un poco asustados, al saber que yo ya no podría volver a tener hijos. Pero David era un muchachito fuerte y sano, de manera que muy pronto se desvanecieron nuestros temores.

—Este es el hijo que anhelábamos — exclamó Sergio, con orgullo—.

Vicuña e hijo. ¡Qué bien se verá la plancha frente a la fábrica!

Sergio heredó la fábrica de sus padres, y le dió impulso hasta convertirla en la industria más poderosa de la región. Mi esposo era un hombre de negocios, y sus entradas nos permitían vivir en forma más que holgada. Mi padre también me había dejado como herencia una respetable suma de dinero, que aún no había tocado. En realidad, teníamos una situación económica superior a la de la mayoría de las parejas jóvenes de la ciudad.

Nuestra casa de dos pisos era cómoda y hermosa. Su arquitectura parecía prestarle cierto aire de distinción y sobriedad. Sergio amaba esta vivienda...

Había sido de sus padres, y era el único hogar que conociera. Con el tiempo, la gente acomodada comenzó a cambiarse hacia la parte alta de la ciudad, barrio que estaba de moda. La posición social de nuestros vecinos decayó. Ya no vivíamos en una calle elegante. Nuestra casa era un verdadero lunar entre otras viviendas en decadencia. Decidí que me cambiaría, cuando David estuviese en edad de necesitar compañeros de juego. No soy orgullosa, pero deseaba que mi hijo se rozara con niños bien, no con los muchachitos harapientos que nos rodeaban. ¡Los Jorquera, por ejemplo!

Y, tan repentinamente como había llegado, David nos abandonó. El hermoso y sano David, que tenía un cuarto lleno de sol... cuyos padres lo rodeaban de amor y de cuidados...

¡Era absurdo, ilógico... injusto! David... precioso, fuerte... que estaba siempre al amparo de todo contagio... había muerto...

No sé en qué momento comencé a contemplar a los niños vecinos con ese sentimiento intenso de celos. Siempre andaban sucios, siempre vestidos con ropas desteñidas y remendadas. Pese a la falta de aseo, sus caritas eran hermosas. ¡SIETE! ¡SIETE!

Cuando se trasladaron a la ruinoso casa, sólo conté media docena. La pequeña, Diana, nació cuando David aún estaba vivo. Recuerdo lo furiosa que se puso Chela, la hija mayor de los Jorquera, al enterarse de que recibiría una hermanita.

Esa tarde había ido al centro a buscar a su padre, y se encontró conmigo.

—Papá fué a tomarse un trago. Es su costumbre, cuando sabe que hay un niño en camino —me contó, confidencialmente. El viejo se desespera porque llega otra boca más a la casa. ¡Pero yo soy la que me llevo la peor parte! Mientras las otras chicas de mi curso salen y se divierten, debo quedarme en casa cuidando a los niños y ayudando a mamá. Graciela sacudió su linda cabeza de ojos oscuros, con profundo gesto de rebeldía.

Y, aunque nadie la deseaba, Diana había llegado al mundo y vivía. En cambio, mi hijo adorado...

¿Por qué esa injusticia? ¿Por qué, Dios mío?

Me repetía una y otra vez esta interrogante, sin respuesta, mientras contemplaba la actividad del patio vecino. De súbito, sentí latir mi pulso con mayor rapidez. Chela dió un puntapié a la puerta. Llevaba a Diana bajo un brazo, en la mano libre tenía una revista de cine. Dejó a su hermanita sobre un escalón y se sentó en una mecedora.

No podía quitar mis ojos de la figura de Diana. Pese a la ropa sucia y harapos que la envolvía, era la criatura más hermosa que yo conociera. Deseaba cogerla en mis brazos, darle un baño y vestirla con telas suaves, que destacaran su delicada belleza.

Diana se inclinó, recogió algo del suelo y se lo llevó a la boca. Chela estaba demasiado entretenida con su revista, para preocuparse de su hermanita... Me sentí poseída de una rabia salvaje.

"No son dignos de tener una pequeña como ésa. Crecerá igual a Chela, sin vestidos lindos ni un hogar decente... Ya resulta una desventaja para un hombrequito vivir en esas condiciones... Para una mujer es mil veces peor. ¡Si Diana fuese mía... si fuese mía!"

Había acariciado anteriormente este pensamiento... pero jamás me asaltó con tanta urgencia como ahora. ¡Mi cuarto de niños vacío... y Diana! ¿Era esa la respuesta a mi pregunta amarga, a mi desconsuelo? ¿Sería Dia-

Quise comprar un niño

na quien pondría punto final a mi dolor?

Sí... ningún otro niño podría ocupar el vacío que David dejara en mi corazón, pero el destino me ofrecía a Diana. Acababa de descifrar el rompecabezas, los terribles porqués ya tenían una respuesta. ¡Adoptaría a esa pequeña y su felicidad sería el monumento vivo a la memoria de mi hijito!

Me temblaban las manos, mis rodillas parecían de lana, cuando bajé las escaleras y encontré a mi marido en la sala. Le dije que había cambiado de opinión, y que deseaba salir a celebrar nuestro aniversario de boda. La tristeza se evaporó como por encanto, y su rostro se iluminó con una sonrisa.

Nada le dije de mis planes respecto a Diana. Preferí que creyera que su conducta amable y gentil había servido para disipar mi indiferencia.

Al día siguiente, después que Sergio partió al trabajo, seguí pensando en mi pequeña vecina. Miraba nerviosamente la vieja casa. No sabía cómo abordar a la señora Jorquera. De pronto, tomé ánimos y me decidí. Me asomé a la puertecita deteriorada, que unía los patios interiores de las dos viviendas.

Berta Jorquera era una mujer delgada, rubia y mustia. Pocos años atrás debió ser tan linda como Chela. Se sonrojó y se sintió un poco avergonzada al verme de pie frente a su patio interior. Siempre nos habíamos saludado a través de la reja del antejardín... Por un instante me miró con curiosidad. Después, sacando un montón de ropa sucia de la mecedora, me ofreció asiento.



Diana estaba en una sillita alta. Aun llevaba puesta su camisita de dormir y tenía la cara sucia. Los niños pequeños jugaban en un rincón. Los otros tres y Chela, ya iban al colegio. Vi que la señora Jorquera lavaba ropa en una batea.

—No interrumpa su trabajo, por favor, sólo vengo a conversar un ratito —dije. La mujer se secó las manos enrojecidas en el delantal.

—Me hará bien tomar un pequeño descanso. Después debo apurarme para alcanzar a preparar el almuerzo, antes de que lleguen los niños. ¡El tiempo pasa volando! —comentó.

—Ojalá yo pudiese decir lo mismo. Cuando vivía David..., no sentía el paso de las horas —murmuré.

Levantándome, saqué a Diana de su sillita y la senté en mi regazo. Mis brazos la rodearon..., con ansias de hambriento acaricié su cuerpo suave y besé sus mejillas.

Los marchitos ojos de la señora Jorquera se posaron en mí, rebosantes de simpatía. Fué esa mirada la que me infundió valor.

—¿No podría darme a Diana? Sergio y yo la adoptaríamos? Tendría todas las ventajas que proporciona la riqueza..., todas las posibilidades que hubiese obtenido David —balbucí.

La mujer permanecía sentada, con las manos sobre la falda, mirándome

(Sigue a la vuelta)



KOLYNOS da a la sonrisa un encanto irresistible porque embellece los dientes y perfuma el aliento. La espuma limpiadora, concentrada y cremosa de la Crema Dental KOLYNOS guarda en la boca, ¡por largo rato!, una deliciosa sensación de frescura y bienestar.

PERFUMA EL ALIENTO
RINDE MUCHO MAS



NEURO FOSFATO ESKAY

Tónico
reconstituyente
de acción eficaz.

contiene fósforo
calcio y otras
sales minerales.



NEURO FOSFATO ESKAY

UN TONICO DE SABOR DELICIOSO

como si no pudiese comprender el significado de las palabras que estaba escuchando.

—¿Dar a Diana, señora Vicuña? ¿Dar a MI HIJA? Creo que usted bromea... No, hablo muy en serio —insistí, con impaciencia—. Puedo ofrecerle muchas comodidades a su pequeña..., usted la vería constantemente. ¡Oh, señora Jorquera! ¡Necesito a Diana! Seré muy buena con ella..., y a usted siempre le quedarían seis niños...

Los ojos azules de la madre se endurecieron, como si fuesen de piedra. En su rostro pálido se marcaron arrugas de determinación y sufrimiento, pero me respondió con acento digno:

—Una mujer no reniega de su propio cuerpo y sangre, señora Vicuña. Lamento profundamente la muerte de su hijito. Sé que David hubiese sido un niño muy afortunado. Posiblemente Juan y yo no podamos ofrecer a nuestros hijos las comodidades a que tiene derecho todo niño..., pero por nada del mundo regalaríamos a nuestros pequeños.

Mi hermoso sueño se evaporaba. ¡No permitiría que se deshiciera como pompa de jabón! No podría soportar el vacío que me esperaba en mi hogar..., la desolación del cuarto de niños...

—Pero usted no quería que Diana viniese al mundo... Así me lo confesó antes de que naciese —protesté. La señora Jorquera no reaccionó en forma dura, como yo esperaba. Se miró un instante las manos enrojecidas y después me respondió:

—No sabíamos cómo afrontar los nuevos gastos, porque aún no habíamos cancelado al doctor la cuenta del parto de Darío. Pero..., ya pagamos todo. Y desde que Juan trabaja en la quesería nos regalan toda la leche que necesitamos. Cuando se es pobre y uno se da cuenta que espera un nuevo hijo, parece imposible alimentar otra boca más..., pero siempre se encuentra la manera de seguir adelante.



—Pero, Francisquito, cuando viste que tu hermanito se tomaba la teta, ¿no hiciste nada? —le preguntó la mamá al niño.
—Sí, —respondió el interpelado—. Hice que se comiera un secante.

Berta se detuvo, cogió a Diana de entre mis brazos y volvió a colocarla en la sillita alta.

—Debo volver a mi trabajo —agregó la madre, poniendo punto final a la conversación—. Tengo que pensar en el almuerzo, antes de terminar con la ropa. Me levanté, enferma de desilusión y salí por la puerta posterior con las manos y el corazón tan vacíos como cuando había llegado.

No pude contener el llanto cuando esa noche conté mi aventura a Sergio.

—Lamento que hayas sufrido esta desilusión. Debiste suponer cuál sería su respuesta. No dudo de que Diana tendría mayores comodidades con nosotros..., pero recuerda que es hijita de ella, no nuestra —replicó Sergio, cogiéndome en sus brazos y acariciándome suavemente el cabello.

Y con estas palabras dió por terminado el asunto. Yo recordé la frase que papá me repetía, a menudo, cuando era niña:

—Es posible conseguir cuanto se desee, Eliana, siempre que uno tenga tenacidad y proceda en forma correcta. Si se procede en la forma correcta.

Tenía que existir esa manera, esa forma correcta... Por algún medio, la señora Jorquera debía comprender que su empecinamiento sería perjudicial para el futuro de Diana. Y fué Graciela, la bonita, harapienta y miserable Chela, quien me ofreció la oportunidad que yo esperaba. Una tarde la llevé en mi automóvil del colegio a su casa. Dudó un instante cuando detuve el coche... Quiso ocultar su rostro bajo los cabellos castaños, pero siempre alcancé a ver que estaba llorando.

—¡Oh!..., señora Vicuña; me gustaría morir, quisiera estar muerta —sollozó, por fin, mientras se acomodaba en el asiento.

—¿No quieres contarme lo que te ocurre?
—Rodrigo me preguntó si quería ir con él al baile de graduación. ¿Se da cuenta, señora Vicuña? Me pidió a MI que lo acompañara, cuando todas las muchachas más

grandes de su curso se morían de ganas de que las invitara.

Chela levantó su rostro y me miró con una expresión de salvaje desesperación.

—¿Se imagina que puedo salir con Rodrigo vistiendo esta falda desteñida y esta blusa rota debajo de los brazos? ¡Y es la mejor ropa que tengo! Mis compañeras irán con trajecitos de tarde...

—Comprendo... ¿Y no podrías conseguirte nada nuevo? —pregunté.

—¿Está loca? Mi gente me mataría si se me ocurriera pedirle un vestido, cuando aún estamos debiendo la cuenta del mes pasado en el almacén —replicó.

Después, la niña volvió a sumirse en una desesperación silenciosa, hasta que yo detuve el automóvil frente a la puerta del garage.

—Imagino que debes cuidar a Diana. Anda a buscarla y después ven a verme. A lo mejor encuentro algo apropiado para tu fiesta —prometí.

Chela salió corriendo a buscar a su hermanita.

Tenía unos cuantos vestidos antiguos, colgados en el fondo del closet. Elegí un traje de tarde, color rosa pálido, que había comprado años atrás, y que ya no usaba. El género era de muy buena calidad... Metros y metros se habían empleado en la falda. Mi costurera, que también vivía en el barrio, lo dejaría transformado en una maravilla.

Cuando Chela subió al segundo piso, con Diana colgada bajo el brazo, como si se tratase de una bolsa de harina, quedó en éxtasis frente al modelo. Dejó a su hermanita sobre la cama y cogió el vestido con dedos temblorosos, como si se tratase de una joya de incalculable valor.

Entretanto yo tomé a Diana y le limpié las mejillas sucias. Mi corazón palpitó agradecido cuando la chica me sonrió alegremente. Le conté a Chela que había hablado con la costurera, quien ya la estaba esperando en su casa. La muchacha partió con tanto entusiasmo, que ni siquiera recordó a su hermanita.

—¡Diablos! ¡Casi me olvido de esta peste! —balbuceó Chela, deteniéndose en la puerta.

Cuando los animales salieron del Arca de Noé, el elefante se dio vuelta hacia la morsa que iba tras él y le dijo:
—No me empujes.

—Déjala acá, mientras vas a la prueba. Yo te la cuidaré —prometí.

Bañé a Diana y después entré con ella al cuarto de niños. Se rió, aplaudiendo con sus manecitas regordetas al mirar los grabados de Blanca Nieves y los Siete Enanitos que adornaban la habitación.

Después la senté sobre la alfombra y la contemplé, mientras jugaba con un enorme gato de peluche.

—Tú no llorarás por falta de vestidos, cuando tengas la edad de Chela. El destino será diferente para ti, pequeña —murmuré, sintiendo que me inundaba un irresistible instinto de posesión.

De alguna manera... en alguna forma... yo me adueñaría de esa criatura. A la semana siguiente fui a ver a mi vecina con un montón de vestidos para que se los arreglara a Chela.

—Usted es un ángel, señora Vicuña —balbuceó la muchacha, casi sin atreverse a respirar—. Desde que me visto con su ropa todos me admiran en el colegio.

Ahora Chela gozaba de la vida. Salía casi todos los sábados en la tarde. Los muchachos iban a dejarla hasta la puerta de su casa. Las buenas telas realizaban su belleza, y, poco a poco, sus compañeras comenzaron a respetarla. Un día cortaba flores en mi jardín, cuando llegaron hasta mis oídos los rumores de una agria disputa en casa de mis vecinos. Escuché la voz de la señora Jorquera, que gritaba casi histéricamente, y después oí que Chela le contestaba en forma desafiante. Luego atronó un portazo y Chela salió con un traje azul que había sido mío.

—¡Quédate en casa, Chela! ¡Acuérdate que papá amenazó pegarte con el cinturón si no le ayudabas a mamá en los quehaceres —gritó Lalo, muchachito de doce años, pero Chela siguió adelante, sin volver la cabeza.

En ese instante la señora Jorquera salió al patio, llevando en sus brazos a Diana, mientras los dos chicos se agarraban a su falda. El rostro de la mujer estaba congestionado, y llevaba amarrado el pelo en un horrible moño en lo alto de la cabeza. Sus ojos se posaron sobre mí... llenos de resentimiento.

(Sigue a la vuelta)

¿Te has preguntado alguna vez?

¿CUAL HA SIDO LA MAYOR EXPLOSION CONOCIDA HASTA AHORA?



Los hombres de ciencia dicen que fué una erupción volcánica en la isla javanesa Krakatoa, en 1883; ni una explosión atómica puede compararse a ella. La erupción hizo volar seis a diez millas cúbricas de tierra, a veinte mil pies de altura. El formidable estruendo se escuchó perfectamente a tres mil millas de allí y las ondas originadas por la explosión fueron registradas en Londres, o sea, a ocho mil millas de distancia. Durante dos años, la atmósfera, cargada de polvo, produjo brillantes alboradas y atardeceres en todo el mundo.

¿SON LOS INSECTOS ENEMIGOS DEL HOMBRE?

Al contrario: de más de 650.000 clases de insectos, sólo el dos o tres por ciento son dañinos; el resto, si no son útiles, al menos son neutrales, según la opinión de los naturalistas.

¿POR QUE UNA EMOCION FUERTE PRODUCE ESCALOFRIOS?

Según los fisiólogos, esto es un legado de nuestros velludos antecesores. Una emoción —miedo, ira, amor, odio— afecta al cuerpo humano en una forma muy compleja, preparándolo para algún acto. El cuerpo necesita más combustible —oxígeno y azúcar—. Respiramos más rápido; el corazón, estimulado por la adrenalina, bombea más aceleradamente, y la sangre también circula con más rapidez. En el caso de nuestros antecesores, la estimulación de todo este mecanismo hacia que el pelo se erizara. En nuestro caso, ya relativamente despojados de vello, nos limitamos a temblar en vez de erizarnos.



¿CUAL ES EL ANIMAL QUE SALTA MAS?

De acuerdo con los naturalistas y en proporción, es el jerbo: algunos de estos animales saltan hasta 15 pies. Para saltar una distancia equivalente, el hombre tendría que cubrir 200 pies; su mejor marca, hasta la fecha, no sobrepasa los 27 pies. Los canguros y gacelas saltan muy fácilmente 30 y cuarenta pies.

¿POR QUE LAS MONEDAS DE ORO Y PLATA SON ACANALADAS EN LAS ORILLAS?



Esas hendiduras evitan que las monedas puedan ser recortadas. Antiguamente, dicen los historiadores y expertos en monedas, los rateros especializados en monedas podían "alivianar" el peso de éstas, simplemente recortándolas e raspándolas. Así podían hacerse de a poco del material necesario para emitir monedas falsas. Cuando las orillas fueron acanaladas se acabó este hurto. Nadie aceptaría monedas que, estuvieran raspadas en las orillas.

LA FLORIDA

Preciosos juegos de ropa interior. Batas acolchadas de raso y mullón. Mañonitas de seda y lana. Medias finas. Pañuelos. Paraguas, y muchos hermosos artículos para un buen regalo.



Para novias, presupuestos muy rebajados en ajuaros completos.

PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO

ENVIANDO EL 25% DE SU VALOR

COMPANIA 1078

(ENTRE AHUMADA Y BANDERA, AL LADO

DEL CINE PLAZA) — CASILLA 9695 — FONO 84332 — STGO.

Gane
\$ 30.000.-
en dinero efectivo

EN EL NUEVO SORTEO IPANA DE 1954

- 1) Despliegue el cartón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cartón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000 hay 9 premios de 10.000, 3.000 y 1.000 pesos en dinero efectivo.

Nuevo sorteo
de pasta dental **IPANA**

—Desde que usted le regaló esos vestidos y le metió ideas estúpidas en la cabeza no hallamos qué hacer con Chela. No nos obedece —declaró. Sentí que la ira enrojecía mi rostro. En lugar de agradecerme los regalos, debía soportar sus reproches!

—Lamento que no esté contenta porque Chela tenga algunos vestidos ponibles. Cualquier madre de una niña tan linda como Chela se encontraría feliz con esos regalos. Es obvio que usted no podrá comprarle nunca nada hermoso —repliqué, en tono cortante. Comprendí que la hería terriblemente la verdad de mis palabras. Miró pensativamente la cabecita de Diana. En ese instante adiviné lo que pensaba... y mi corazón dió un vuelco triunfante. Esa madre comenzaba a comprender que estaba interfiriendo en el futuro de su pequeña. Cuando le conté a Sergio la escena anterior, y le repetí mis palabras, cuando le di a entender a la madre que Chela debería salir y pasear como las otras muchachas de su edad, mi marido me dió una extraña mirada.

—Chela ya es bastante desobediente y porfiada para que tú la empieces a alentar. No debía pasear tanto, si su pobre madre trabaja como una negra. Escúchame este consejo: no te mezcles en los asuntos de los vecinos. Las frías palabras de Sergio me hicieron el efecto de una ducha... ¿Qué diría si supiera que yo pretendía robar a Diana de los brazos de su madre?



Cuando Lalo enfermó gravemente de disentería, pude tener a Diana en casa. A las veinticuatro horas, los dos hermanitos menores también habían enfermado. La señora Jorquera apenas dormía. Se acercaba la época de exámenes. Chela no podía quedarse en casa ayudando a su madre. Era lógico que yo cuidara a la pequeña durante esa época difícil.

—Además, en mi casa no correrá riesgo de contagiarse —argüí a la señora Jorquera.

La pobre mujer no podía rehusar mi amable invitación. A la semana que Diana estaba con nosotros, parecía llenar por entero nuestras vidas. Cuando Sergio llegaba de la fábrica subía de dos en dos los escalones y entraba al cuarto de niños a jugar con la pequeña, tal como lo hiciera en los felices tiempos en que teníamos a David. Muy pronto Diana aprendió a reconocer los pasos de mi marido. Cuando lo veía aparecer en la puerta, lo recibía con entusiastas explosiones de alegría.

Era como si hubiese nacido una conspiración secreta entre la niña y yo. Relá feliz porque me daba cuenta de que, con sus manos diminutas, estaba echando firmes lazos en torno al corazón de Sergio. Mi esposo estaba loco con la pequeña. Le resultaría muy difícil tener que separarse de Diana. Yo ni siquiera pensaba en semejante idea. Parecía cosa de sortilegio la forma imprevista en que llegó a nosotros. Con los lindos vestidos que le compré, lucía como una princesita. Sería un crimen devolverla ahora a su hogar, donde recibía un mínimo de atención.

Chela y sus otros dos hermanos también cayeron enfermos. Ya había transcurrido un mes, cuando el señor Jorquera comenzó a sentirse mal, hasta caer víctima de la epidemia. La casa entera parecía un sanatorio. Sólo la madre permanecía en pie, infatigable.

—Sé lo caras que resultan las enfermedades... y su esposo sin trabajar... Cuando necesite dinero, puede avisarme —le dije un día.

Me dió una mirada cargada de desesperación. —Gracias, señora Vicuña, ya nos arreglaremos. Usted ha sido una excelente vecina, dándose el trabajo de cuidar a Diana y trayendo regalos a los niños —me replicó. Al volver a casa, comprendí que, si hubiera sido realmente buena, debí insistir para que aceptara dinero. Mi proposición fué como mostrar a un perro hambriento un sabroso hueso, para después guardarlo rápidamente en el bolsillo.

Entonces juré sacar a Diana de esa miseria terrible. Recordé la herencia de mi padre, que no se había tocado. Esa suma de dinero mejoraría para siempre la situación de los Jorquera. COMPRARIA a Diana. Me detuve a contemplar a MI niña, y el corazón me dió un vuelco. "Puedes conseguir cuanto desees, siempre que tengas tenacidad..."

La señora Jorquera no pudo resistir la terrible epidemia. Estuvo postrada durante una semana. Y, por fin, un día lunes fué a mi casa a buscar a Diana. —Tiene usted muy mal aspecto —le dije—. Debía permanecer algunos días más en cama, sin preocupaciones...

En realidad, se veía espantosa. En su cara delgada y envejecida brillaban los ojos, circundados de enormes ojeras. La sorprendí mirando el cuarto lleno de sol. Vi cómo acariciaba con dedos torpes el lujoso vestido que le compré a Diana. Por fin se fué, diciendo que regresaría en tres días más a buscarla.

Una vez que se marchó, cogí a la chica en brazos, murmurando:

—La derrotaremos, amor. Tu mamá se está dando cuenta del daño que te haría al sacarte de este ambiente, lleno de comodidades y devolverte a tu horrible casa.

Sin embargo, a pesar de mis progresos, varias veces recordé el rostro desesperado de la señora Jorquera. Estaban horrorosamente pobres. Debía aprovechar esta ocasión para COMPRAR a Diana. No pensaba ponerme sentimental, ni permitiría que me ablandara la piedad. Sería una transacción comercial.

A la semana siguiente, recibí la visita de Chela, completamente restablecida.

—Hola, señora Vicuña. Usted es la persona más maravillosa que yo he conocido. ¡Qué suerte para esta peste, vivir en su casa y recibir regalos tan lindos! —dijo, jugando con el cuellito de encaje del vestido de Diana.

—Vaya..., no es nada... Me entretuve cuidándola. Mira, Chela, ¿crees tú que tus padres hubieran obrado correctamente si te hubiesen regalado a un matrimonio sin hijos, pero en buena situación, que te hubiese podido dar hermosos vestidos y un lindo hogar? —pregunté.

—¡Uf! Eso parece un cuento de hadas. ¡Imagínese que me adoptara una pareja rica!..., ¡qué feliz me sentiría en un cuarto para mí sola, con vestidos lindos y dando fiestas a los compañeros! —exclamó, abriendo más aún sus grandes ojos.

—Entonces, ¿tú encontrarías correcta la actitud de tus padres? —insistí.

—¡Ya lo creo! ¡Qué regío habría sido si me hubiesen regalado! —afirmó enfáticamente.

—Debe escucharme, señora Jorquera. Si usted quiere a Diana... si desea lo mejor para ella.

—No, por favor, no puedo dar a mis hijos como si fuesen perritos —me interrumpió, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Sin embargo, yo tenía confianza. En su conciencia ya se había establecido una lucha. Comprendía que era egoísmo suyo sacar a la niña de este medio agradable y llevarla a su casa ruinosa y sobrepoblada. Comencé a hablar, rápida, atropelladamente, repitiendo los argumentos de Chela, recordándole las ventajas que obtendría Diana. Vi la derrota en sus ojos marchitos, en el encogimiento de sus hombros estrechos, en la desolada miseria de su rostro. Se veía vieja, cansada, deshecha. Recordé mi imagen el día que murió David. Sin embargo, Diana continuaría viviendo... Le nombré la suma de dinero que le daría por la compra de la chica. Debió ser una fortuna para la señora Jorquera, porque sus ojos amedrentados se posaron con ternura y asombro en la sillita donde la niña jugaba, ajena a todo lo que se sufría por su causa.

—También quiero a sus otros hijos. Por eso le ofrezco este dinero para que puedan ser felices. Arreglarán la casa y pagarán todas las cuentas —concluí.

Friamente, y en silencio, observé su lucha, su indecisión. Mis ojos se clavaron en sus labios, como si mi vida entera dependiera de su respuesta. Por fin, cuando volvió a mirarme, comprendí que yo había ganado la partida.

—Hablaré con Juan esta noche, señora Vicuña. El decidirá —murmuró.

—Jamás se arrepentirá... se lo aseguro —grité.

La madre no me contestó. Caminó como un autómatas hacia la puerta. Un sollozo inarticulado, no humano, salió de sus labios. Permanecí de pie, con la sensación de ser espectadora de una agonía. Sin embargo, no me ablandé. Cogí a Diana entre mis brazos, y bailé con ella por la habitación. ¡Qué sorpresa se llevaría Sergio cuando le dijese que, muy pronto, podríamos adoptar a la pequeña.

En aquellos años cuando aún no se inventaba el automóvil, un señor que debía ir por negocios a un pueblecito muy apartado, alquiló un coche que lo llevara allá. Era un día caluroso y el caballo comenzó a dar señales de cansancio en la primera cuesta. El cochero se bajó para empujar el carruaje. El hombre de negocios, con muy buena

voluntad, descendió también y le dio una mano. Al final de la cuesta, el caballo pudo continuar solo. Esta operación se repitió en cada subida hasta que, por fin, divisaron el famoso pueblecito. El señor se volvió entonces al cochero y le dijo:

—¡Qué día! Yo tenía que venir por mis negocios; usted, porque yo alquilé su coche. Pero lo que no



puedo entender es para qué vino el caballo.

—¿Estarías tú de acuerdo si nosotros adoptásemos a Diana y la cuidásemos como si fuese nuestra propia hijita?

—¿Adoptar a Diana? ¡Qué suerte para esta peste! —balbuceó, contemplando con envidia a su hermanita.

—Pero, ante todo, debemos tener el consentimiento de tus padres.

—No sería como si la hubiésemos regalado, porque la podríamos ver todos los días —declaró Chela, con una extraña expresión en sus ojos pensativos.

—Por supuesto —afirmé, aunque tan pronto como Diana fuese mía, yo pensaba cambiarme de casa y de barrio—. Por favor, di a tu madre lo feliz que serías si a ti se te hubiese presentado una oportunidad semejante a la que ofrecen a tu hermanita.

—Muy bien, le haré comprender a mamá que sería espantoso que esta peste se perdiera una suerte tan grande —prometió Chela.

La muchacha se fué. Yo comencé a caminar nerviosamente por el cuarto. Me avergonzaba utilizar a Chela como instrumento contra su madre. Era tan joven e inexperta, que diría palabras impulsivas que penetrarían como puñales en el corazón de esa mujer. Pero estaba segura de que la señora Jorquera se daría cuenta que, con su negativa, estropearía el porvenir de su hija.

Media hora después, vi abrirse la puerta de la vieja casa. Mi vecina avanzó, vistiendo un desteñido traje de algodón. Se dirigía a mi hogar. Cuando entró tenía el rostro blanco.

—Vengo a buscar a Diana —murmuró, con voz temblorosa—. Le..., le agradezco su amabilidad, pero ya estoy en condiciones de cuidar de la niña.

Antes de que yo pudiese responderle, echó a correr escaleras arriba y entró al cuarto de niños. Corrí tras ella y cerré la puerta. Impidiéndole salir, comencé a hablar:

Momentos después llegó mi marido.

—Ahí viene tu papá, tesorito —susurré al oído de Diana, que lanzó chillidos de alegría.

Literalmente arrojé a la niña en los brazos de Sergio. Mis palabras salieron como un torrente impetuoso.

—Es nuestra, mi amor. La señora Jorquera va a cedernos a la niña... ¿No te parece maravilloso?

—Me encontré con la señora Jorquera en la acera, Eliana. Me recordó a Cristo en la cruz —replicó, secamente.

—Para ella resultó un paso difícil, pero este sacrificio significa el bienestar de toda su familia —declaré.

—¿Por qué, Eliana? No te comprendo.

—Porque compraré a la niña con el dinero que mi padre me dejó —declaré, triunfalmente.

—¿Y así quieres acallar tu conciencia? Durante semanas has planeado la manera de separar a una madre de su hija idolatrada. Deliberadamente has hundido a esa pobre mujer en una desesperación tal, que ahora, está a punto de renunciar del ser que llevará en sus entrañas, creyendo que así favorece el porvenir de su hija —balbuceó Sergio, mirándome con horror, como si yo fuese un monstruo.

—Ya está todo arreglado entre la señora Jorquera y yo. Después de todo, tú amas tanto a Diana como la quiero yo —argüí.

—No; no deseo un niño al precio del corazón de una madre. Llevaré a Diana a su casa —gritó Sergio, cogiendo a la niña en brazos.

—¿Estás loco? Ahora no puedes sacarla de aquí... Se moriría... en esa covacha —grité.

—La señora Jorquera tiene siete hijos y a todos los ha cuidado muy bien. ¡No se le ha muerto ninguno! Y es más de lo que fuimos capaces de hacer nosotros por David! No estamos autorizados para juzgar la capacidad de una madre, Eliana —gritó mi marido.

(Continúa en la pág. 11)

Sapolio ahora con **DETERGENTE ACTIVADO**



**¿DETERGENTE
ACTIVADO?**



“¡Sí! El Detergente, una vez en contacto con el agua, se **ACTIVA**, formando millones de minúsculas burbujitas que disuelven la suciedad en contados segundos.”

¡Ahora, **SAPOLIO** con Detergente **ACTIVADO**, la gran innovación para limpiar mejor aluminio, enlozados, porcelana, azulejos, etc.! Compre hoy mismo el Nuevo **SAPOLIO**.



Sapolio

M. R.

EN POLVO

EL MEJOR LIMPIADOR CASERO

Su tenedor: ¿Cultiva bacterias?



Nunca más quedarán restos de comida en los intersticios, gracias a la acción del Detergente **ACTIVADO** del Nuevo **SAPOLIO**. ¡Haga la prueba!



Quise comprar un niño

(Continuación de la la pág. 9)

der a David... ¡porque no podría adoptar a Diana sin el consentimiento legal de mi esposo!

En las semanas siguientes, Sergio trató de consolarme, pero yo me limitaba a mover la cabeza sin contestarle, para que supiera que estaba mortalmente ofendida.

¿Qué me importaba la expresión del rostro de la señora Jorquera, cuando recuperó a su niña? ¿Por qué no me dejaba tranquila de una vez, sin seguir removiéndola la herida?

Cerré herméticamente las persianas para no ser testigo de la bulliciosa vida que se desarrollaba en el patio vecino. Y, por último, declaré a Sergio que deseaba vender la casa y mudarme a un barrio mejor. Mi esposo palideció.

—¿Vender esta casa? Pero si nací aquí... es el único hogar que conozco. Mi abuelo la construyó en 1870.

—No me interesan tus sentimientos respecto a la casa. Tú tampoco te has preocupado mucho de los míos. Quiero huir de este odioso vecindario. ¿Crees que puedo soportar ver a Diana arrastrada por el pelo por su hermanito más grande? Por lo menos, evítame esta tortura —sollocé.

Me miró con extrañeza. Sergio sabía que yo le imponía este sacrificio como un desquite, una venganza. Quería herirlo en la misma forma en que yo había sido herida. Por fin, mi marido accedió a poner un aviso. Días más tarde, una pareja de edad mediana se interesó por comprar el edificio. Nosotros nos íbamos a vivir a un departamento.

Mi marido quedó desolado cuando los compradores decidieron quedarse con la casa. Al día siguiente quedaron de acuerdo de ir a la oficina de Sergio a firmar el contrato.

Al día siguiente, cuando quise sacar el automóvil para hacer las compras, me extrañó la quietud que reinaba en casa de mis vecinos. Iba a subir al coche, cuando escuché un rumor que me paralizó. Pegada a la pared, cerca de la reja, estaba Chela. Sollozos amargos y profundos estremecían su cuerpo.

—¡Pobre niña! Tan joven y bonita y ya conoce las penas... pensé.

—¿Qué hay, Chela? ¿Por qué lloras, pequeña? —pregunté. No estaba preparada para soportar el temor y la angustia que leí en sus ojos cuando me miró.

—Se trata de mamá... ¡Oh, señora Vicuña! Mamá está muy enferma. ¡Y yo tengo la culpa! Fui demasiado egoísta y mala... no quise ayudarla en el trabajo. Se levantó de la cama, cuando aún estaba enferma, porque yo alegaba que no podía faltar a clases. ¡Ahora tuvo una recaída! El doctor dijo a papá que mi mamá está tan cansada y débil, que no tiene fuerzas para luchar contra la, contra la...

Chela inclinó su cabeza. Los sollozos la ahogaban... no pudo terminar su frase.

—La hice sufrir mucho... Le dije cosas terribles, cuando ustedes querían adoptar a Diana... ¡Pobrecita!... Le di a entender que no era una buena madre, que nosotros hubiésemos sido más felices si ella nos hubiese regalado a parejas ricas... ¡Y todo es mentira, señora Vicuña! ¡Quiero a mi madre más que a nadie en el mundo! ¡No deseo que muera!

Acaricié el hombro de la muchacha. No sabía qué decisión tomar. De súbito comprendí cuánto la señora Jorquera le había dado a sus hijos: los años de trabajo, de sufrimiento, de sacrificio... el afán incesante de todas las horas... Llena de remordimiento, recordé el día de nuestra conversación en el cuarto de niños. Con imperdonable fanfarronería, yo me jacté de que podía ofrecerle mucho más a Diana... cuando ella le había ofrendado su propia vida, su juventud, su salud... Jamás me perdonaría el haberle hecho creer que no era digna de Diana, que a mi lado la niña gozaría de mejores oportunidades... Y ella, la madre que lo había ofrecido todo, se avergonzaba al pensar que aún no era suficiente cuánto había sacrificado...

Ahora comprendí la actitud de Sergio. Mi esposo, con su corazón franco y caritativo, hizo lo único que su conciencia

Sergio cogió a la niña. Escuché un portazo y después, el timbre de la casa vecina. Sentí que el corazón se me destrozaba. ¡Jamás le perdonaría a mi marido el daño que me estaba haciendo! ¡JAMÁS! Era como volver a per-

Humildad

Ten un poco de amor para las cosas:
para el musgo que calma tu fatiga, --
para la fuente que tu sed mitiga,
para las piedras y para las rosas.

En todo encontrarás una belleza
virginal y un placer desconocido...
Ritma tu corazón con el latido
del corazón de la Naturaleza.

Recibe como un santo sacramento
el perfume y la luz que te da el viento...
¡Quién sabe si su amor en él te envía

aquella que la vida ha transformado!
¡Y sé humilde y recuerda que algún día
te ha de cubrir la tierra que has pisado!

Francisco Villaespesa
(español)

cía le ordenaba: devolver a la hija, a los brazos de esa madre atribulada. Sentí que las lágrimas corrían por mis mejillas...

—Haré cuanto esté de mi parte para que tu mamá sane —balbucí, besando la cabeza de Chela. Me miró... junto con la humedad del llanto, comenzó a brillar en sus ojos una lucecita de gratitud y de esperanza.

Regresé a casa y telefoneé de inmediato al médico.

—En realidad, esa mujer está muy enferma. Necesita sobrealimentación, descanso y una atención esmerada. Desgraciadamente, las circunstancias familiares y económicas, hacen imposible este tratamiento —me dijo el doctor. Cuando colgué el fono, mis pensamientos volaban. Resultaría extenuador cuidar a siete niños, pero la casa era bastante grande. Además, el señor Jorquera también podría venir a vivir con nosotros. Por fortuna, podía darme el lujo de contratar a otra empleada.

El sanatorio que el médico recomendó para la señora Jorquera, estaba situado a pocos kilómetros de distancia de la ciudad. La madre podría ver a sus hijos con bastante frecuencia, hasta que mejorase. Yo me encargaría de llevarlos en auto, cada semana. Pero un súbito temor echó por tierra estos bellos planes.

Corrí al teléfono. Esperé anhelante hasta escuchar la voz de Sergio, que me respondía.

—¿Firmaste el contrato por la venta de la casa? —inquirí, con angustia.

—No, el señor Téllez aún no ha llegado... pero no temas, Eliana. No me arrepentiré. Si tú lo deseas, estoy decidido a cerrar el contrato.

—Amor... Si soy yo la que cambié de decisión... ¡Por favor, te imploro que nos quedemos en este maravilloso hogar!

—¿Estás soñando? Si tú tantas veces insististe...

—No te importen mis palabras anteriores... Recuerda que la construyó tu abuelito... ¡Oh, Sergio, trata de llegar temprano, tengo tantas novedades que contarte!

Volví a la sala. Tenía el corazón aliviado. Me inundó una paz inmensa, maravillosa... que no había conocido desde hacía meses... Papá tenía razón al decir que se podía obtener cuánto se deseaba, siempre que se procediera en forma correcta.

¡Porque no existía ninguna ley en el mundo que prohibiera a Sergio y a mí adoptar a una familia completa! Y Berta Jorquera, esa madre abnegada, sería mi mejor amiga...

¡Cuidar de los niños, atender a las necesidades de mis vecinos, sería el mejor monumento elevado a la memoria de David, mi amado hijito!





*Una colonia
fresca como
brisa marina*

**COLONIA
CANOE**

Dana

M. R.

VII

OTRA VEZ lo mismo.

¿De modo que era un profeta fracasado, no? ¿Un antipático pronosticador de calamidades al cual Hackett y Fisk le huían? Volvieron de un golpe todas las ideas que había tenido al respecto antes que el anuncio de la guerra barriera con todas las demás preocupaciones; las pruebas que nadie quería mirar y las teorías que nadie quería oír. Recordó la entrevista que había tenido con el inspector jefe Masters en Londres hacia dos semanas. Como Masters le había asegurado con aire paternal que probablemente todo era una broma de mal gusto; que sería criminal molestar a Sir Henry Merrivale con ello en una ocasión como ésta; y que al escribirle sólo contribuiría a llenar más la ya atestada oficina de correos.

Sin embargo, había conservado en un cajón de su escritorio todas las pruebas que tenía.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó. Su voz sonó extremadamente fuerte en la habitación pintada de blanco.

—Sh-h, es solamente lo que yo creo.

—¿Pero cómo lo sabe?

—Cartas anónimas. Recibió dos la semana pasada. Quizás más.

Cartwright cogió a Tilly firmemente por un brazo. La llevó a través de la oficina hasta el pequeño cuartito del lavatorio, que no era más que un rincón de la misma habitación, separada por un tabique. Tenía una ventanilla que escapaba a la necesidad de cortinas de oscurecimiento porque estaba pintada de negro. Había un gran desorden debido a que él, lo mismo que Tilly, bebía café sin descanso; pero éste no era el momento de disculparse por el orden. Cerró la puerta y encendió la luz.

—Ahora —exclamó— déjese de susurros y explíqueme de qué se trata.

La misma Tilly parecía atemorizada por lo decidido de su tono; pero su mandíbula se adelantaba desafiante.

—Lea eso —le dijo—. Vamos, léalo.

Sacó de un bolsillo una hoja doblada de una libreta de apuntes, de color rosado, y se la alargó. Sobre ella había varias líneas escritas con tinta azul.

—Muy bien, Ojos Brillantes. No he terminado contigo aún; tu papá y tu tía Flossie van a tener pronto una bonita sorpresa. Lo del vitriolo fracasó; pero tengo una pequeña broma reservada para ti. Y esta vez no podrás retroceder.

La escritura misma parecía rebosar maldad; pero no decía nada allí que Cartwright no esperase.



Y así... al crimen

POR

CARTER

DICKSON

Posaron por gentileza del Teatro de Ensayo:

Miriam Thorud, en el papel de Mónica Stanton.

Sylvia Piñeiro, en el papel de Tilly Parson.

Lautaro Murúa, en el papel de Bill Cartwright.

Estos y otros personajes que aparecerán en estos episodios forman parte del elenco del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, que encarnarán a los protagonistas de MARTIN RIVAS, la obra de Blest Gana, que se estrenará en mayo, a beneficio de las Obras de Protección al Niño Lisiado.

FOTOGRAFÍAS
RAYS.

En su mente estaba el recuerdo nítido de una pizarra cerca del escenario número tres, con unas palabras escritas con tiza sobre ella. Una fotografía de ella se encontraba en el cajón de su escritorio. Sin necesidad de compararla, estaba seguro de que la letra en la pizarra y la de esta nota eran la misma.

William Cartwright sintió un ligero malestar.

—¿Dice usted que ha recibido más cartas como ésta?

—Por lo menos de dos estoy segura. Una llegó esta mañana.

—¿Qué decía?

—No lo sé, querido. Ella no me ha mostrado ninguna.

—¿Entonces, cómo consiguió ésta?

—La robé —contestó Tilly sin inmutarse—. Pensé que era hora de que alguien lo supiera.

—¿La robó?

—Del dormitorio. Sólo le alcancé a dar un vistazo a la que llegó esta mañana; sólo alcancé a ver que decía algo de "esta noche". Y eso no me pareció nada de bien.

—Era difícil de comprender.

—¿Dice usted que ha estado recibiendo estas cartas por más de una semana y que no le ha dicho nada a nadie?

—Por supuesto que no —contestó Tilly con enojo, sacando otro cigarrillo de su bolsillo y encendiéndolo. Una de su bolsillo se quedó adherida a su brizna de tabaco se quedó adherida a su abundantemente pintada boca; se la quitó con gesto airado con una uña pintada de rojo—. Esa muchacha tiene la locura del cine. Está loca con todo esto. Yo he estado en este negocio du-

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

En su oficina, William Cartwright medita sin resolverse a trabajar. Sabe que está enamorado de Mónica y está seguro, además, de que ella lo detesta. Según el director, esa repulsión se debe en parte a su barba. Esto y el hecho de haber sido rechazado por la Marina, lo han trastornado. Súbitamente, Tilly Parson, la argumentista del estudio, penetra en la oficina de Bill a preguntarle cómo se deletrea cierta palabra. Conversan amigablemente, y Tilly lo hace confesar que quiere a Mónica. Ella le cuenta, entonces, que cree que Mónica está enamorada de él, pero no quiere confesarlo. Además le dice que teme que el asesino trate de matar a Mónica esa misma noche...

rante dieciocho años; he visto tantas veces suceder lo mismo. Usted piensa que este oficio es aburrido; para mí es el medio más fácil de ganarme la vida. Pero ella encuentra que es maravilloso.

—Sí.

—Tiene miedo de que la manden a cambiar y que no pueda ver más sus adorados estudios. Escuche, Bill; he estado oyendo rumores. ¿Sucedirá algo aquí hace unas dos o tres semanas? ¿Algo acerca de vitriolo?

Hizo una pausa.

—Sí —contestó él.

Tilly hizo un gesto con la boca; por sus ojos pasó una sombra de ira y de temor.

—Ahí tiene usted lo que vale esa muchacha. Se rie de esas cartas. Teme mucho más que Tom Hackett se entere acerca de las cartas y la aleje de aquí por su propio bien. Lo que es yo, no puedo más, con un loco suelto por ahí, y sin poder acostarse pensando si las sirenas de alarma irán a sonar.

Esta era la clase de conversación que había que evitar.

—Vamos, Tilly, esa clase de conversación es peligrosa. Sabemos que Inglaterra tiene la supremacía de la Fuerza Aérea; que en el mismo momento que alguien intente algo contra Londres, van y vuelan Berlín en pedazos.

—Pero eso no me consuela; estaré contenta de todos modos cuando termine este trabajo y me pueda volver a Estados Unidos.

El se encogió de hombros.

—Bueno, Tilly, tiene libertad de volverse ahora, si lo desea, usted sabe.

—Mire —le dijo Tilly, poniendo una mano regordeta encima de la mesa—. Todo lo que necesito es un trago y algo para comer; si los ingleses pueden aguantar esto, yo también puedo. Ustedes son gente curiosa; mientras más dificultades tienen, más bromas hacen al respecto. Sólo que esta espera... como la que tiene que soportar esa niña ahí dentro.

Sacó un pañuelo del inagotable bolsillo de su chaqueta de franela y se sonó la nariz.

—Además, ella no me dirá nada, ¿comprende? Cuando recibió la primera carta yo estaba ahí y le pregunté: ¿Sucedirá algo, querida? Y ella tranquilamente me contestó: Nada.

—¿Cómo recibe estas cartas? ¿Por el correo?

—No. Por mano.

—¿Por mano? ¿En el Merefield Country Club?

—Sí. Las empujan por debajo de la puerta; por lo menos dos de ellas.

—¿Quién más vive en el Club fuera de ustedes dos?

—Todo el equipo. Tommy Hackett y Howard Fisk y Dick Conyers y Bella Darless y... los Gagern tienen una quinta como usted, so plutócrata. Pero cualquiera puede entrar en el Club —Tilly terminó de sonarse, pestañeó, guardó el pañuelo en el bolsillo y aspiró profundamente el cigarrillo—. Esa es toda la historia; no es asunto mío, pero no quiero que a esa niña le suceda nada malo, si es que yo puedo evitarlo. Bueno, Bill Cartwright, ¿va a entrar ahí a sacarse la maleza de la cara y

luego a arreglar las cosas con Mónica o no?

Dió un bufido.

—Ya lo creo que sí, Tilly; pero no se preocupe por la maleza; eso puede esperar un poco.

—No sea estúpido —gritó Tilly; alzándose lo cogió de los hombros—. ¿No puede meterse dentro de su torpe cabeza lo importante que es eso?

Cartwright se sentó e hizo un gesto tan enfático que derribó un tarro lleno de café.

—Mi querida Tilly, si mi barba es tan terrible, por Dios que me la quito. Se lo prometo. Pero en este momento tengo unas comparaciones que hacer; me parece que ya sé quién es este maldito cerdo... ¡Por vida de, que ya sé de qué se trata! Alguien a quien he estado vigilando con cuidado durante las últimas tres semanas. Y allí en mi escritorio.

—¡Hola! —gritó la voz de Mónica desde la habitación contigua; hubo un rápido ruido de pasos—. ¡Hola! ¿Dónde se han escondido ustedes?

Estaba de pie en medio de la oficina de Cartwright, con un par de caras culpables frente a ella, que acababan de aparecer por la puerta del cuartito. Cartwright se preguntó si les habría estado escuchando, porque el ambiente estaba enrarecido. La actitud de Mónica era normal, aunque estaba un poco ruborizada. Llevaba pantalones y blusa azul y un abrigo liviano sobre los hombros. Sus suaves y largos cabellos estaban ligeramente desordenados.

una mancha de la cinta de la máquina que tenía en los dedos había sido transferida en parte a su mejilla.

—¡Oh, aquí estaban! —exclamó— Tilly, ¿qué significa cuando dice que la cámara se eleva para el segundo plano?

—¿Cómo, querida?

—¿Qué significa cuando dice que la cámara se eleva para el segundo plano?

Tilly le explicó, aunque Cartwright estaba seguro de haberle contestado la misma pregunta hacía sólo una semana.

—¡Oh! —exclamó Mónica.

Apoyó un dedo en el escritorio de Cartwright, vacilando. Los ojos grises, espaciados a los lados de la hermosa nariz, lanzaron una mirada oblicua hacia Cartwright y Tilly.

Vació de nuevo.

—He corrido las cortinas en tu cuarto —dijo, después de un silencio—. En tu oficina, Tilly.

—Gracias, querida.

—Por favor, ¿no lo podrías hacer tú más a menudo? Quiero decir, que estén correctamente corridas. Me hace saltar ese hombre todas las noches cuando nos grita: "¡Las luces!"

—No lo olvidaré, linda.

Mónica se decidió.

—¿Qué es lo que se estaban secretando ustedes dos? —preguntó.

—Nada, querida. Nada importante.

—¿Para qué seguimos en esta farsa! —exclamó Cartwright súbitamente. Sacó la hoja de papel de color rosado de su bolsillo y la puso sobre la mesa al lado del dedo de ella—.

Estábamos hablando acerca de usted; Mónica; tenemos que resolver esto de... Se detuvo también bruscamente, mientras el ambiente en la habitación se ponía tenso.

La puerta del corredor se abrió, cogiéndolos a todos en ese estado de emoción. Apareció en el marco de la puerta

(Sigue a la vuelta)



—¿Qué significa cuando dice que la cámara se eleva para el segundo plano?

COMO ELLA

Luzca usted también, cabellos sedosos, brillantes, dóciles a cualquier peinado. Lavándolos una vez por semana, con



LO PREFIEREN LAS NOVIAS
ahora todas cambian por Nivea

EL JABON NIVEA
mundialmente famoso

es el único elaborado con EUCERITA, un producto exclusivo de NIVEA, que nutre y estimula los tejidos, dando al cutis una extraordinaria tersura. Su sabrosa y deliciosa fragancia, su amable suavidad y su admirable espuma blanca pura... le encantarán cada vez más.



Jabón
NIVEA

ta la cara benevolente de Howard Fisk.

—Buenas noches a todos —susurró, golpeando en el interior de la puerta para darle énfasis a su entrada—. ¿Puede saberse hasta qué hora trabaja la gente aquí?

Mónica, sin reponerse, seguía con los labios entreabiertos y los puños apretados. Tilly Parson tosió con fuerza; sólo Fick parecía no darse cuenta de la situación, y cruzó el umbral, exhalando un perfumado olor y con un viejo sombrero echado hacia atrás.

—Han estado viviendo como ermitaños aquí —se quejó. La luz se reflejaba sobre sus anteojos—. Nadie los ha visto durante una semana completa. Hola, Tilly; hola, Mónica; hola, Bill. Escuchen todos ustedes. He venido para llevar a Mónica a cenar.

Mónica dió vuelta la cabeza.

—¿A cenar? —repitió como un eco.

—Sí, a cenar; me he torcido los tobillos y roto el cuello para llegar hasta aquí sin una luz, de modo que no aceptaré ningún "no" por respuesta. Afuera tengo un carruaje dorado, probablemente con bencina por última vez; vamos a la ciudad y derecho al Dorchester. No tendremos necesidad de cambiarnos ropa; ¿qué le parece, jovencita?

—Pero, señor Fisk.

—Mi nombre es Howard.

—No puedo —contestó Mónica—. Me encantaría, pero no puedo.

—¿Por qué no?

Mónica pareció darse cuenta de pronto de las manchas de sus dedos.

—Porque no puedo, sinceramente; hoy es lunes. Usted y el señor Hackett vendrán el miércoles para revisar el guión completo, y estoy bastante lejos de eso. Es el asunto ese de detectives —explicó, mirando rápidamente a Cartwright.

—¡Vamos, vamos! Hackett no le paga para ser tan terriblemente consciente; una noche no importa. ¡Venga!

—No puedo. Lo siento terriblemente.

Howard Fisk vaciló.

—No sé qué es lo que pasa —se quejó—. Nunca he podido salir con usted, Tilly, ¿no iría usted?

—Lo siento, pero ya estoy comprometida.

El director lanzó un gran suspiro y con aire desconsolado se volvió hacia Mónica.

—Bueno, si insiste en ser comercial, puedo aprovechar en algo el viaje hasta aquí. Acerca de la escena B, el asunto ese del subterráneo, ¿cree que lo podríamos arreglar ahora?

—¡No! —exclamó Tilly Parson.

Fue involuntario. Le salió en un ronco sonido que les hizo saltar a todos como aguja al tocar un nervio; todos se asombraron, pero sobre todo Fisk, que se volvió sobresaltado.

—¿Eh? —dijo.

En una fracción de segundo, Tilly se había repuesto. Rió, dejó caer el cigarrillo sobre el linóleo del piso y lo aplastó con el pie.

—¡Qué tonta soy! —se burló de sí misma—. Nervios nada más, desde que salí la otra noche y me tocó alarma; no me hagan caso.

—Desde luego —contestó Mónica—. Por favor, pase a mi oficina, señor Fisk. Sostuvo la puerta abierta. Por encima de su hombro se podía ver una muralla de la pequeña oficina. Mónica era muy ordenada. Sobre una mesa cerca de la pared había una hilera de libros de información, un alto de hojas en blanco y su máscara contra gases en un estuche de cuero; en la muralla había clavada una fotografía con marco del Reverendo Stanton. Esto último había causado extrañeza entre los que entraban en la habitación, pero para Cartwright, cuyos sentidos esta-

ban influidos, esto le sugería un sentimiento de honestidad en esa casa de imaginarias.

La puerta se cerró tras los otros dos, y Tilly miró a Cartwright.

—¡Bueno! —ex-

clamó—. Poco se demoró en contar lo de las cartas; ¿y qué piensa hacer ahora?

—Esperar a que se vaya Howard y terminar con el asunto.

—Me parecía —respondió Tilly—. En ese caso, hay algo que tengo que hacer. Espéreme, que vuelvo en un minuto.

El no la oyó. El recuerdo de unas palabras escritas en un papel rosado le interesaba más.

"Muy bien, Ojos Brillantes. No he terminado contigo todavía."

Había pensado que tenía que suceder algo por el estilo, y había acertado.

"Tú papá y tu tía Flossie van a tener una bonita sorpresa luego."

Se sentó en su escritorio, sacando un manojito de llaves del bolsillo, abrió el cajón inferior. Contenía un resumen escrito a máquina de lo ocurrido en el estudio número tres el 23 de agosto, con los relatos de todos los presentes sobre sus movimientos durante el hecho. Contenía también cierta botella vacía y una gran fotografía de lo escrito sobre la pizarra.

Puso la foto junto a la hoja de papel rosado y las miró con una lupa.

Coincidían; no había duda acerca de eso. La escritura de la pizarra era la

Un amigo es alguien que entra cuando los demás salen.

misma que la de la hoja de papel rosado.

"Lo del vitriolo fué un fracaso; pero tengo otra bromita reservada para ti." No se oía ni un ruido en todo el edificio, excepto el sonido débil de voces provenientes de la oficina de Mónica; la lámpara, que daba una sombra cónica, iluminaba las teclas de la máquina. Cartwright guardó la lupa y se quedó pensativo; cogió una pipa del escritorio y se la puso en la boca. Luego abrió el cajón superior del escritorio; éste contenía, además de papel y sobres, unas notas en borrador para un nuevo argumento. Este era acerca de un veneno mortal, la manera de procurárselo y un diabólico método de administrarlo. Si su mente no hubiese estado tan preocupada por otras cosas, habría tenido el sentido de encerrar con llave todo eso. Pero no se le ocurrió. Colocó una hoja en blanco en la máquina de escribir, puso la fecha y escribió rápidamente.

Sir Henry Merrivale.
Departamento de Guerra.
Whitehall, SWL.

Estimado señor:
Soy un amigo del inspector jefe Masters. No le haré perder más tiempo con presentaciones.

Necesitamos ayuda y consejo. Si no estuviese seguro de que este asunto le corresponde a su Departamento, Policía Militar, no le molestaria. Hace sólo tres semanas tuvimos un atentado de asesinato. Creo poder decirle quién es el responsable...

—Aquí tiene, querido —dijo de pronto Tilly Parsons, apareciendo a su lado.



Deposito sobre el escritorio no sólo un par de tijeras de uñas, sino que también un par de tijeras de podar.

—Déjeme tranquilo —le dijo Cartwright con brusquedad.

—Vamos —dijo Tilly con insistencia—. Quitese la maleza; si las tijeras de uñas no sirven para empezar, las grandes servirán.

Molestar a un hombre que está haciendo una composición literaria es un error frecuente en las hijas de Eva.

—¡Por todos los demonios del infierno!

—gritó Cartwright poniéndose de pie—.

¿Quiere irse de aquí y quedarse lejos?

Hágase humo. ¿Es que no puede pensar nada más que en mi barba? ¿Es esa su manía? Estoy tratando de hacer un argumento importante para un im-

portante fin, y usted sólo...

—Por última vez: ¿se quitará esa maleza?

—Por última vez, mujer, no.

Tilly era una mujer de acción y no vaciló más; extendió las tijeras grandes, manejándolas con la precisión de un espadachín. De un solo golpe le cortó no sólo la punta de la barba, sino que casi le corta también la punta de la barbilla.

—¿Se las quitará ahora? —preguntó.

Hacia algunas semanas, Mónica había quedado sencillamente estupefacta, sin habla, por una falta de tacto parecida, que ella encontró más allá de la comprensión humana. Era lo que sentía ahora William Cartwright; se quedó inmóvil, mirando a Tilly con fijezca; vio todo de color rojo. No existía un hombre más pacífico que él, pero por un momento pensó pegarle con una silla en la cabeza.

Luego le sobrevino una helada furia. Tomó las tijeras de la mano de Tilly, la cual estaba realmente asustada, caminó silenciosamente hasta el cuartito contiguo, encendió la luz, echó a correr el agua caliente en el lavatorio y dispuso los útiles de afeitar encima de la repisa de vidrio.

En diez minutos la barba había desaparecido.

—¡Dios mío! —exclamó Tilly con admiración—. Nunca creí que le favorecería tanto. Le hace parecer diez años más joven. Incluso se ve buen mozo.

¿No se va a quitar el bigote también?

—No, cara de bruja —le gritó el mal educado Cartwright, dándose vuelta y arrojando la toalla encima de la coccinilla—.

¿Hay algo más que pueda hacer por usted? ¿Desearía que me operara el apéndice? ¿Le divertiría que me afeitase la cabeza y me la pintara de verde? Porque...

La miró un instante y se volvió de espaldas.

—No se enoje, querido; se ha cortado la mejilla; póngase algo allí.

—¡Buenas noches a todo el mundo!

—gritó desde lejos Howard Fisk—. Si ustedes no quieren comer, yo sí; buenas noches.

Se oyó cerrar una puerta.

Ahora es su ocasión —susurró Tilly—. Entre allí y haga lo que tiene que hacer; yo esperaré en mi oficina. Se ve muy bien; no como el señor Cartwright, sino como Bill.

Al recién nacido Bill le parecía, mientras Tilly le empujaba a través de la habitación, que tanto él como ella se estaban portando de una manera absurda.

Si no podía remediar esto, al menos sabía la causa. Tilly se portaba así porque estaba nerviosa, y él, porque estaba enamorado de Mónica Stanton.

Sin embargo, al golpear la puerta experimentó un malestar al sentir su cara, todavía irritada, tan desnuda. Hasta entonces su barba había sido su defensa en los apuros; había marchado, como quien dice, detrás de los mato-

rrales, como MacDuff contra Dunsinane. Pensaba que la barba le daba madurez y sobria experiencia. Esa era la razón por la cual se la había dejado crecer. Su ideal, con respecto a las apariencias, era aparentar cuarenta y cinco años y no pasar de ahí.

Golpeó.

—Mónica...

Ella no se dio vuelta.

Estaba sentada delante del escritorio, inclinada sobre la máquina, con la espalda daba vuelta hacia la puerta. La luz, sin pantalla, iluminaba un lado de la cara sonrojada. Se dio cuenta de que estaba enojada; pero de lo que no se dio cuenta fue de que estaba muy cerca de las lágrimas.

—Mónica...

—De modo que era usted —dijo aún sin darse vuelta— el que la había robado.

Su mente momentáneamente distraída fue vuelta a la realidad con rudeza.

—¿Robó qué?

—Usted sabe qué. La carta.

Con el recuerdo de la carta volvió su determinación.

—Mire, Mónica, tiene que oírme. Yo no robé esa carta, pero esté segura de que lo habría hecho si hubiese sabido algo acerca de esto. Quiero ayudarla; y además de todo, la a...

En ese momento ella se dio vuelta.

Fue una reacción natural; se echó a reír en su cara. Se echó hacia atrás, golpeando los talones en el piso, estremecida de risa, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Luego de un helado silencio, él miró a su alrededor. Vio la ruborizada y adorable carita llena de regocijo; incluso el retrato del Rev. Stanton le sonreía con indulgencia desde el muro. Pero hay algo que se puede decir a favor del nuevo Bill Cartwright. No se dio media vuelta y salió de la habitación, como fue su primer impulso, sino que avanzó hacia el escritorio.

—Ya está hecho —dijo con un gesto de enojo—. Muy divertido si usted quiere; estoy de acuerdo, sin una duda, que es el espectáculo más divertido desde el Arca de Noé; nos sentaremos aquí y reventaremos de risa. Pero después de todo usted me va a oír lo que tengo que decirle. No quiero que usted ande más por ahí en peligro de ser atacada nuevamente por ese maldito. Me importa usted demasiado para eso. La verdad es que la...

—¡Edificio Viejo! ¡Las luces!

La voz resonó en medio del silencio absoluto con el mismo tono familiar de siempre. Ambos se sobresaltaron y miraron en dirección a la ventana; el guardia estaba haciendo el recorrido de costumbre a la hora de siempre.

—¡Edificio Viejo! ¡Las luces se ven!

—gritó la voz.

Mónica estaba mirando a Bill Cartwright.

—¿Qué es lo que dijo usted? —le preguntó.

—¡Señorita Stanton! ¡Oficina del medio! ¡Las luces!

—¿Qué es lo que dijo usted?

—¡Señorita Stanton! ¡Por la parte superior de la cortina de oscurecimiento se ve luz!

Una mano invisible golpeó sobre los cristales de la ventana.

—¡Señorita Stanton! ¡Las luces!

Mónica se acercó a la ventana, aunque sería más justo decir que voló hacia ella, mientras la voz se alejaba. Corrió hacia atrás las pesadas cortinas interiores y levantó las manos para cerrar bien las cortinas negras de abajo.

Bill la miró hacerlo; de una manera inconsciente tuvo conocimiento de los

Crema Desodorante Elimina La Transpiración axilar sin dañar

Aproveche la protección
que Arrid brinda. Con rapidez,
evita la transpiración.
Elimina los olores
ofensivos de la transpiración.

ARRID le da protección:



1.—Desodoriza y conserva la frescura que da el baño.



2.—Conserva las axilas secas, frescas y sin olor. Impide la humedad de la transpiración.



3.—Protege la ropa contra la transpiración sin manchar.



4.—Es una crema pura, blanca, sin grasa, que desaparece completamente en la piel, sin irritarla.

Use Arrid con regularidad.
El desodorante que tiene
gran demanda.



ARRID

(Continúa en la pág. 17)

Mrs. John A. Roosevelt

Mrs. John A. Roosevelt, una de las más distinguidas figuras de la sociedad norteamericana, se declara gran amiga de las Cremas Pond's. "Las Cremas Pond's son el más eficaz y sencillo de los tratamientos de belleza", dice Mrs. Roosevelt.

*Usted puede "despertar"
a esa encantadora
mujer
que hay en su interior.*

Muchas mujeres llevan una existencia lánguida, monótona..., creen que el mundo está en contra suya y desconocen la fuerza de la *confianza en sí misma*.

Este estado de ánimo proviene de un "complejo de inferioridad" con respecto a la propia belleza. No obstante, usted, y toda mujer, tiene un poder interior que puede ayudarla..., que puede "despertar" la maravillosa mujer que haría su vida más alegre y optimista. Esa mujer oculta, su propio Ser Interior, se da a conocer como resultado de la armonía que existe entre lo que usted *muestra* y lo que usted *siente*...



EXIJA
EL POTE
GIGANTE.
ES MAS
ECONOMICO.



Tratamiento facial Exterior e Interior.

Cuando usted use el tratamiento de Crema Pond's "C" notará una diferencia en el estado actual de su cutis. ¡Su piel lucirá suave, tersa! Cada noche, en el momento de acostarse, dé a su cutis el tratamiento "Exterior e Interior", de la siguiente manera:

Para limpiar:

Aplíquese Crema Pond's "C" en forma abundante, con movimientos circulares.

Para "enjuagar":

Aplíquese otra capa de Crema Pond's "C", del mismo modo. Quítesela. Esto elimina hasta el último vestigio de polvos, maquillaje e impurezas. La tez queda suave... ¡nitida!

Estimulo de Frescura:

Refresque su cutis con agua fría. Este "Tónico" estimulará la circulación y su rostro lucirá con nueva radiante belleza!



Y así... al crimen

(Continuación de
la pág. 15)

detalles de la habitación, iluminados por el blanco resplandor de la lámpara. Vió las cortinas negras corridas cuidadosamente, tras las cuales no se podía filtrar ni un rayo de luz. Vió a Mónica de lleno frente a la ventana, con los brazos en alto, tratando de alcanzar la parte alta de la cortina; vió la sombra que proyectaba su cuerpo, más negra que lo corriente sobre el sáten negro. Vió...

"Esta vez no podrás retroceder."

No era ésa la voz del guardia.

—¡Agáchese —gritó—, agáchese!

Fué demasiado tarde. La explosión destrozó el vidrio de la ventana mientras corría hacia ella.

La bala había sido disparada a la cara de Mónica. Hizo un agujero en el vidrio, sin romperlo del todo, y dejó otro hoyo en la cortina a la altura de la oreja de Mónica.

Cuando pensaba en ello después, le parecía que había demorado mucho, aunque en la realidad sólo había sido cuestión de segundos.

Mónica, todavía de pie junto a la ventana, hizo un gesto. Tenía una leve marca rojiza en la sien izquierda, que luego comenzó a sangrar; allí había sido donde había rozado la bala, antes de dar contra el retrato del Rev. Stanton sobre el muro.

La puerta que comunicaba con la oficina de Tilly Parsons se abrió violentamente. Tilly estaba parada en el umbral, con la boca abierta y la pintura de los labios destacándose nítidamente sobre su pálido rostro. Detrás de ella, la oficina era un mar de papeles; una taza de café humeaba sobre el escritorio y un cigarrillo se consumía en el borde del cenicero.

Su voz era tan ronca que casi no se oía.

—¿Fué...? —preguntó.

—Estoy perfectamente —dijo Mónica sin mucha seguridad—. Erró de nuevo.

—Estás herida, querida, ya lo veo. Estas...

—Estoy perfectamente —dijo Mónica.

Pero se dejó caer sobre el sillón.

Bill por último pudo hablar.

—¿Tiene una linterna, Tilly?

Tilly lo miró con ojos asustados.

—¿No va a salir después de esto?

—Sí. Tiene que correr al borde del lago. No puede atravesarlo. Déme una linterna, rápido; puede que aún sea tiempo.

Tilly corrió hacia su oficina y volvió con una linterna.

—Conozco esa voz —dijo ella—. Yo conozco esa voz; quiero decir la del que trató de pasar por el guardia que gritaba "luces". ¿Dónde he oído esa voz? ¿Dónde?...

Pero ya Bill estaba fuera de la habitación. Por un rato no se oyó otro ruido en la oficina de Mónica que el de las agitadas respiraciones. Tilly sacó un pañuelo y se restregó los ojos; parecía más nerviosa mientras más se movía.

—Déjame curarte la cabeza, querida. Ven! Déjame ponerte algo en esa herida.

—No. Espérate un momento, por favor.

—¿Quieres un trago, querida? —pre-

guntó Tilly—. Yo tengo, si quieres.

—Espera un instante.

Mónica estaba sentada sobre el sillón, con una mano cubriéndose los ojos. Luego se puso de pie y se acercó a la fotografía del Rev. Stanton; éste continuaba sonriendo. La bala había destrozado el vidrio, haciendo un agujero en el cuello del Rev. y enterrándose por último en la pared; la fotografía colgaba torcida.

Sacándola, Mónica miró el agujero en la pared. Puso el retrato roto encima del escritorio, colocándolo al lado de una caja victoriana de cuero rojo, un regalo de la señorita Flossie Stanton, que ahora Mónica usaba para guardar cigarrillos.

Tilly la miraba con apenada expresión.

—¿Vas a darte por vencida ahora, querida?

—¿Darme por vencida en qué?

—¿Vas a irte de aquí, como lo desea ése?

—No... No sé... No. ¡No me iré!

—Cálmate, linda.

—Estoy bien.

—Toma un Chester —dijo Tilly, sacando el paquete con súbita inspiración—. Los cigarrillos ingleses son una basura, querida. No fumaría uno ni por una apuesta. Mira, querida —hizo una pausa—. No fué él quien te robó la carta; fui yo.

—Ya me parecía.

—¿Entonces por qué le dijiste?...

—Oh, no tiene importancia.

—Fué por tu propio bien que lo hice —dijo Tilly—. Sinceramente. El no sabía nada de esto hasta esta noche; yo se lo conté; le conté todo. Confíate en él; él cree saber quién es el culpable de todo esto; ha estado vigilando a ese alguien. ¿Por qué tienes que ser tan altanera? También le conté que estás enamorada de él.

Mónica se atragantó.

—¿Le dijiste que yo?...

—Vaya, para qué negarlo, querida; es la verdad y tú lo sabes.

—No es la verdad.

—Tan cierto como el Evangelio; si hasta hablas de él en sueños. Me acuerdo que la otra noche me parecía oír murmurar a alguien, y me levanté y me asomé a tu cuarto. Eras tú, que hablabas algo acerca de ser romano, o de que tú eras una romana, o de que los dos eran romanos; pero de todos modos, era algo acerca de él, querida, te lo aseguro.

Mónica la miraba con ojos cada vez más abiertos y con un rubor que puso sus mejillas de color rosa brillante. Parecía tener dificultad hasta en la respiración.

—¡Esto es el colmo! —exclamó después de una pausa—. Estaba tratando de convencerme de lo contrario, pero esto es el colmo. ¡El muy bestia!

—Pero si él no ha hecho nada, querida; no lo culpes por el hecho que yo le haya contado. Culpame a mí, yo le conté la verdad; lo único que hizo él fué afeitarse la barba porque pensó que eso te agradaría.

—Desearía que se lo comiese un león —dijo Mónica—. Pero si se me acerca, me lo comeré yo. No quiero tener nada que ver con él mientras viva.

—Sh-h —susurró Tilly, alzando la cabeza.

Ambas se abalanzaron hacia la ventana. Desde afuera, nítido en el aire de la noche, se oyó lo que parecía el grito de caza de Bill Cartwright, los pasos de alguien que corría, huyendo, y que se alejaban; luego una terrible zambullida en el lago, un chapoteo y un aullido triunfante de Cartwright, y luego más pisadas que se alejaban al otro lado del lago.

(CONTINUARA)

*haga suyo también el encanto de
un nuevo cutis adorable*

con

PAN-CAKE*

MAQUILLAJE de

MAX FACTOR
HOLLYWOOD



PAULA CORDAY

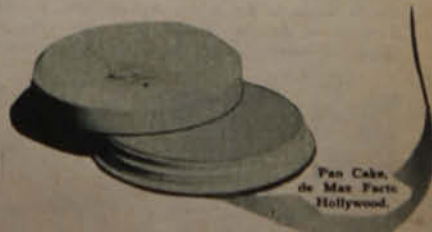
estrella de Metro-Goldwyn-Mayer

Max Factor
HOLLYWOOD

*Pan-Cake (marca registrada) es
Maquillaje Cosmético de Max Factor Hollywood

Pan-Cake, el maquillaje que crea glamor, da a su cutis una apariencia más bella y seductora de lo que jamás soñó. Su cutis tendrá una suavidad extraordinaria y un delicado aspecto como de terciopelo... con un encanto de natural color que ningún otro maquillaje podría darle. Es el favorito de las estrellas de Hollywood.

Sea más fascinante, seductora y adorable... con la nueva belleza que tendrá su cutis desde el momento que empiece a usar Maquillaje.



Pan-Cake,
de Max Factor
Hollywood.

Fabricantes para Chile:

Rabie Hnos. y Cia.



Al saber la muerte de su querida hermana Sofia, la Emperatriz no puede evitar de referirse a la maldición que pesa sobre su familia:

—¡Esta maldición se hace cada día más amenazante! —exclama desesperada.

Isabel ya no se queda en ningún sitio. Se la ve en Langenschwalbach, en Lainz, en Ischi, en Biarritz, en San Remo, en Bad-Manheim, en Hamburgo... siempre triste y desfallecida. Sufre de insomnios, de dolores. Una mañana cuenta que durante la noche se le aparece la legendaria dama de blanco, mensajera de desgracias para los Habsburgo.



El 30 de agosto de 1898, Isabel se instala con su dama de compañía, la Condesa Sztaray, y algunas domésticas en el Gran Hotel de Caux, cerca del lago Lemán. El 5 de septiembre se hace reservar para el día 9 tres habitaciones en Ginebra, bajo el nombre de la señora Kromar, ya que mantiene estrictamente su incógnito.

En la mañana del 9 de septiembre, acompañada por la Condesa Sztaray y de un lacayo que lleva las maletas, la Emperatriz toma el barco para Ginebra. Su camarera hará el viaje por



El drama



tren, ya que Isabel no gusta andar con una escolta numerosa. Llega a Ginebra. Mientras el lacayo va a juntarse con la camarera al hotel Beau-Rivage, para preparar el departamento de la Emperatriz, Isabel y la Condesa Sztaray toman un coche y se hacen conducir a la casa de la Baronesa Adolfo de Rothschild, que vive en Pregny.

La Baronesa, a quien la Emperatriz ha anunciado su visita esa misma mañana por un telegrama, piensa colocar en la puerta de su mansión la bandera de los Habsburgos, pero se recuerda de pronto que la Emperatriz quiere conservar su incógnito y se abstiene de la idea.

Después de una hora, Isabel y la Condesa Sztaray llegan a la mansión Rothschild. Se sientan a la mesa: la Emperatriz, la Condesa y la Baronesa. Comida apacible y succulenta. Isabel que para conservar la línea sigue de ordinario un régimen de verduras, se deja llevar esta vez por su apetito...

—¡Jamás he comido unos helados tan exquisitos! —exclama. Su Majestad también bebe champaña, cosa no acostumbrada en ella. Conversa alegremente con su vieja amiga la Baronesa Adolfo, y le pide recetas de su menú para enviárselas a Francisco José y a sus hermanas...

A las diez de la noche, Isabel y la Condesa Sztaray llegan al Hotel Beau-Rivage. El gerente del hotel reconoce de inmedia-



e Ginebra



to en esta misteriosa mujer a la Emperatriz de Austria. Cree hacer bien telefoneando a sus amigos de los diarios: "La Emperatriz Isabel está en Ginebra. Se aloja de incógnito en mi casa". La noticia se extenderá al día siguiente por toda Ginebra.

Al llegar Isabel a su departamento lo encuentra adornado de una profusión de flores. Ni ella ni nadie se da cuenta de las flores que se han utilizado para la decoración. Todas son fúnebres y de colores de duelo.

La mañana del 10 de septiembre, a las 9 de la mañana, Isabel le dice a la camarera que la peina:

—No sé por qué no he podido cerrar los ojos durante toda la noche. Durante un momento me pareció escuchar a un cantante italiano, luego fué la luz de un faro que entró por mi ventana abierta, en seguida, la luna. Y no tuve fuerzas para levantarme y cerrar las cortinas.

La Condesa Sztaray pide las órdenes para el día:

—Que las domésticas tomen el tren para Caux a las diez. Nosotras dos cogeremos el barco a la una cuarenta.

A las once, Isabel y la Condesa van a hacer algunas compras, luego, vuelven a su departamento. Hacia la una y media, como la Emperatriz no está aún lista, la Condesa entra en su pieza y le dice:

—Majestad, es la una y media, partamos pronto o perdemos el barco, cosa desagradable, ya que los domésticos han partido.

Isabel se decide. A la una treinta y cinco, las dos damas abandonan el hotel. El embarcadero felizmente no está muy lejos: sólo hay que atravesar el barrio de Mont-Blanc.

De pronto, Isabel muestra los árboles:

—¡Mire, Irma, los castaños vuelven a florecer! —le dice a la Condesa—. También en Schoenbrunn vemos florecer los árboles dos veces al año.

—La campana de despedida, Majestad —exclama la Condesa. Las dos viajeras no prestan atención a la presencia de un individuo mal vestido y de mirada torva, que hay oculto detrás de un árbol y que de pronto se les acerca zigzagueando. Repentinamente, se detiene ante la Emperatriz y, con el puño cerrado, le da un gran golpe en el pecho. Isabel se derrumba



sin un grito. Un poco más lejos, el hombre es capturado por la policía.

Dos transeúntes, un cochero y el portero del Hotel Beau-Rivage, ayudan a la Condesa a levantar a Isabel. Le sacuden los vestidos llenos de polvo.

—¡No tengo nada, démonos prisa! —dice la Emperatriz—. ¡Vamos a perder el barco!

Isabel y la Condesa caminan de nuevo hacia el embarcadero.

—¿Qué podía querer ese hombre? ¿Tal vez arrebatarme el reloj? —pregunta la Emperatriz.

La Condesa Sztaray ofrece su brazo a Isabel.

—No, gracias, es inútil —responde la Emperatriz—. Debo estar pálida —comenta con inquietud.

—Un poco. Sin duda, la impresión... —admite su dama de honor.

Llegan a la pasarela. La Emperatriz la franquea con paso rápido. Pero sobre el puente del barco, Isabel, con el rostro alterado, dice a su dama de compañía:

—Creo que me duele algo el pecho. No me siento bien...

Su brazo, por favor...

La Emperatriz titubea. La Condesa Sztaray trata de mantener erguida a su reina. Pero Isabel, pálida y con los ojos cerrados, se desmaya sobre el puente.

Los pasajeros se apretujan junto a la enferma. Dos señores la levantan y la llevan hacia la cubierta, donde hay aire más puro, mientras el barco se pone en marcha. Una pasajera, Mme. Dardel, la hace respirar agua de Colonia. Otra pone entre los dientes de la herida, un terrón de azúcar embebido con éter. Isabel se reanima. Vuelve a abrir los ojos.

—¿Qué me ha sucedido? —pregunta a la Condesa Sztaray—. Gracias —le murmura a Mme. Dardel.

Pero, inmediatamente, pierde la conciencia.

Ayudada por Mme. Dardel, la Condesa Sztaray le quita la ropa a Isabel. Desanuda el cosete de seda negra que aprisiona el pecho de la Emperatriz.

(TERMINARA)

PROXIMAMENTE, COMENZAREMOS A PUBLICAR LA VIDA DE RODOLFO VALENTINO. NUESTRAS LECTORAS CONOCERAN LOS AMORES, LAS AMARGURAS Y LOS TRIUNFOS DEL MAS GRANDE DE LOS ACTORES DEL CINE MUDO





Ella usa

PILOTONIC

CREME SHAMPOO

A BASE DE COLESTEROL

- es práctico
- es económico
- es mejor



A

LGUIEN debía escribir esta historia, y nadie más indicado para hacerlo que yo mismo. Tal vez su lectura induzca a muchos a conducirse con el suficiente tiento antes de enamorarse de una prima. O tal vez muchas de ustedes reconsideren cada uno de sus pasos antes de entregarse a las halagüeñas esperanzas de amor que ofrece el trato continuo con algún primo.

Yo conocí a mi prima Lucy cuando ella era aún una criatura; cuando tenía aquella edad a la cual la mayoría de nosotros desearíamos retornar. Sin embargo, la trama de este relato comenzó a desarrollarse después de nuestro segundo encuentro; cuando tras un distanciamiento de unos cuantos años volvimos a encontrarnos. En honor a la verdad, en aquella oportunidad quedé asombradísimo. Mientras que el tiempo apenas parece pasar por uno, y mientras nosotros los hombres a duras penas nos esforzamos por premunirnos de ese bagaje de experiencia que ofrece el continuo discurrir de la edad, ellas, las mujeres, no hacen sino proyectarse cada vez más definitivamente hacia esa personalidad femenina que ha de acompañarlas a través de toda su vida. Mi prima Lucy era ya una señorita. Una señorita capaz de soñar, de sentir..., de amar. Mi propósito, cuando fui a pasar la temporada veraniega al sitio en que ella se encontraba, no era otro sino el de entregarme a un franco solaz. Pero la red del destino excede a los más amplios de los conceptos mortales, y ello se convirtió en el capítulo más azaroso de mi vida. Mi prima Lucy llegó aquella tarde de un colegio de monjas, circunstancia que no podía menos de dar más realce al idilio que comenzaba a gestarse. Pero este idilio era algo muy subjetivo: sólo a mí me atañía. Para ella las cosas se resolvían de muy diferente manera. Porque, aunque Lucy era ya una señorita, recién salvaba esa transición deliciosa que separa la infancia de la adolescencia. No pretendo describir sus atributos físicos o morales, porque podría dejarme llevar de las consideraciones de mi propio corazón. Sólo diré que me pareció muy graciosa, muy vivaz, muy decidida y alegre; y amalgamaba estas cualidades de niña a esa cautivante y plena confianza en sí que posee toda mujer madura.

Nosotros los hombres preferimos una felicidad llena de tráfigos a un descanso sin alternativas, y eso, tal vez, constituía una excusa por la premura con que mi corazón se rindió a los encantos de mi prima Lucy. Para ella, yo era una víctima, una víctima más de los incipientes y vagos anhelos que en toda jovencita de más de una docena de años se despiertan. Pero el caso es que un amor así iniciado, era una cosa de ya bastante envergadura: ambos nos amábamos. Ambos nos quisimos a primera vista.

—Bueno, Lucy, aquí tienes tu dibujo terminado —le dije un día.

—¡Oh, gracias, Sergio! Estoy segura de que me pondrán una buena nota en el colegio. ¿Sabes? Es una obra de arte.

—Tal vez lo sea —repliqué, y agregué entre mí: "Pero, ¡qué diantres! ¿Acaso estoy aquí para perder mi tiempo dibujando para ti y tus hermanas?"

No podía negar que me complacía desplegar mis dotes de dibujante ante ella, pero hubiera preferido dedicar aquellos minutos a cosas más agradables, tanto más cuanto que desde mi llegada había notado que una especie de pueril obsesión tomaba cuerpo en mí. A toda costa quería besarla. No sabía aún si la quería o no, si tenía intención alguna de declararme. El amor no entraba para nada en el asunto. Yo veía en ella una niña, y todo cuanto anhelaba era disfrutar del malévolgo goce de despertar en ella sentimientos que la perturbaran y la impulsaran hacia mí. Quería besarla, besarla por mero capricho, y desde hacía tiempo buscaba la oportunidad de tenerla a solas. Esa oportunidad no se presentó nunca, por lo menos en tanto duró mi breve veraneo.

—Perdona si no continué ayudándote en tus dibujos —agregué—. Estoy cansado. —Y lancé a su hermana María Eugenia una mirada que quería decir: "¿Puedes salir un momento?"

Lucy siguió con la cabeza inclinada sobre su cuaderno, y con esta actitud se hacía solidaria a lo que mis ojos habían dicho a María Eugenia.

—¿Es verdad que estás enamorada, pequeña Lucy? —le pregunté de pronto.

Ella levantó vivamente la cabeza. Yo agregué: —Celia me dijo que ese jovencito del laboratorio fotográfico es uno de tus festejantes.

Celia era otra de las hermanas de mi prima. —Si —respondió Lucy—, pero eso no quiere decir que yo esté enamorada de él.

—Pero él te quiere mucho, ¿verdad?

—Tal vez...

—Se está derritiendo por ella, y ella por él —terció María Eugenia.

—Ya me lo figuraba —comenté, tratando de dar a mi voz un timbre impersonal—. Se le nota en los ojos.

—¿A quién? ¿A él o a mí? —pregunto Lucy, sonriendo.
—A los dos.
—No seas tonto. No me gusta. Tal vez me gusten los santiaguinos.
—¿Los qué?
—Los santiaguinos.
—¡Ah!

Hubo una pausa.
—Mañana iremos al cine, ¿verdad, Lucy? —pregunté.

—Claro que iremos —intervino su hermana.

—¡Qué alegría! —exclamó Lucy—. Pasan una película por Juan Carlos Barbieri.

Mi jornada veraniega fué corta. Hube de regresar por asuntos que no vale la pena mencionar, y mi amor sólo halló expresión en unas cuantas cartas intrascendentes que envié a ella y a sus parientes.

¡Qué descanso si todo hubiese concluido en este punto!

Pero quiso mi hado que Lucy se estableciera en otra ciudad, y, para ello, había de pasar por el sitio en que, por mi mal, yo estaba.

Cuando nos volvimos a ver parecíamos tácitamente dispuestos a hablar de cosas triviales. Reímos, jugamos, nos divertimos y nos tomamos varias fotografías con sus hermanas.

Todo se deslizaba tan naturalmente y con tanta dulzura, que yo hubiera jurado en aquella época que Bernardino de

DESPUES DE LEER CUIDADOSAMENTE LOS CIENTOS DE HISTORIAS VIVIDAS RECIBIDAS HASTA LA FECHA, NUESTRO JURADO RESOLVIO OTORGAR EL PREMIO DE UN MIL PESOS A:

Mi prima y yo

POR SERGIO SANTIS ROJAS

de mi corazón se despertaba algo que yo mismo no hubiera acertado a explicar. Se marchó.

Invierno. Unas cuantas cartas que hube de dirigir a la nueva ciudad en que ella se hallaba. Ahora Lucy crecía... y sus cartas se hacían más pródigas en promesas y perspectivas.

Por fin, otra vez el verano. Otra vez la impacientemente anhelada unión. ¡Nuevamente las risas, los juegos, el sol brillando por encima de nosotros y, dentro del alma, algo nuevo, una grave curiosidad, un temor expectante ante ese desconocido amor que se esforzaba por arrastrarnos hacia sus dominios! Volvimos a posar juntos ante la máquina fotográfica... y esta vez mi brazo rodeaba su talle.

—Es una lástima que debas marcharte mañana temprano, Lucy —le dije, envolviéndola en una mirada triste y a la vez apasionada.

—Así es... ¿Me enviarás las fotografías por correo, verdad?

—Mira, Lucy; tus padres han salido y disponemos apenas de una o dos horas para conversar.

—Tal vez menos; tengo mucho sueño y creo que voy a ir a dormir. ¡Que día divertido!

—Lucy.

No estábamos solos. Ahora nos acompañaba su prima Monica. Pero ello no constituía un obstáculo, y así, entre nuestras risas y travesuras, tuve ocasión de despedirme como lo deseaba.

—¿Recuerdas a tu amiguito del laboratorio fotográfico, Lucy?

Porque, aunque Lucy era ya una señorita, recién salvaba esa transición deliciosa que separa la infancia de la adolescencia...

—No mucho.

—Al parecer, le dejó terriblemente conternado tu partida de esa ciudad. ¿cierto? Celia me contó lo del accidente... Estoy seguro de que él se quería suicidar.

Lucy hizo un gesto de displicencia. Yo proseguí:

—Es evidente; te amaba. Le robaste el corazón con una de esas miradas que solamente tú sabes dar cuando deseas caer en gracia. ¿Sabes lo que estoy pensando, mi querida primita? Tú eres una de esas mujeres que han nacido sólo para labrar la desgracia de aquellos pobres seres que te aman.

—Eso no es muy halagador para mí, Sergio. Bueno, me voy a dormir.

A veces resulta molesto y casi violento contar con el favor de las ocasiones. Todo se precipita tan repentina, tan in-

(Continúa en la página 24)

Saint-Pierre había escrito para nosotros dos su "Pablo y Virginia". Aun el marco me parecía propicio y creía ver las cimbreadas palmeras en las acacias callejeras y el espejo idílico de los mares de Francia en las piletas de los parques. Temía hablar y retenía la respiración al verla a ella atravesando el aire azul, puro, cristalino; ondeantes los cabellos y entregados al viento los pliegues de su vestido. Y no me aventuraba a más por no romper el encanto de aquel sueño. Era una época feliz en que podíamos mirarnos francamente a los ojos. La edad en que la vida os dice "vivid", y os limitáis a seguir sus cánones. La cosa no pasó más allá. Pero bien sabía que en el fondo



El molde de la semana

María Francisca es una linda muñeca, de 40 centímetros de largo. Para confeccionarle este precioso chaquetón de cotelé, nuestras lectoras nos pueden pedir el molde, enviando \$ 10 en estampillas de correo. Materiales: 0,40 x 0,69 m.

NOTA: Se ruega a los lectores que soliciten moldes manden un sobre estampillado, tamaño corriente, con el nombre y dirección, para su pronto envío: los tipos esquila no sirven. No se atenderán pedidos sin estas condiciones.

EL GORRO: Se necesitan 10 gramos de lana, de 4 hebras y un par de palillos N.º 4. Se teje con punto musgo: todas las hileras al derecho. 20 puntos, igual 9 cm.; 20 hileras, igual 8 cm. Hacer una tira derecha de 30 puntos y 24 centímetros de largo. Coserla y luego enrollar uno de sus lados sobre sí mismo, para obtener un rodón que se sujete con puntadas escondidas, cerrando un poco el tejido. Una vez terminado, el bonete debe tener 10 cm. de profundidad.

MARIA FRANCISCA
Se prepara para
el invierno





REEMBOLSOS
de la fábrica a sus pies

LUBETT

Escriba a LUBETT,
Casilla 369 - Stgo.

Art. 0411.—Reina sin
punta y sin talón, fo-
rrado, en cuero negro,
café y blanco.
30 al 33, \$ 395.—
34 al 39, \$ 415.—



\$ 395.—

Art. 0512.—Zapa-
tón americano, cue-
ro negro y café, co-
sido mixto.
26 al 29, \$ 470.—
30 al 33, \$ 500.—
34 al 38, \$ 545.—



\$ 470.—

Art. 023.—Za-
patón Derby, en
cuero negro y ca-
fé, cosido mixto.
\$ 385.—



Art. 023
22 al 25, \$ 385.—
26 al 29, \$ 470.—
30 al 33, \$ 497.—
34 al 38, \$ 555.—
39 al 44, \$ 685.—

Art. 0110.—Zapatón en
cuero café y negro, para
señoras y colegiales, plan-
ta de goma "TYPE KING",
buena calidad. Muy dura-
ble, 33 al 39.
\$ 634.—



Art. 0105.—Zapatón
para hombre, mate-
rial de primera, box-
calf negro y café,
únicamente del 39 al
44.
\$ 695.—



Art. 0108.—Mocasin para ni-
ños y hombres, material es-
cogido, cómodos y suaves, en
negro y café.
34 al 37, \$ 575.—
38 al 44, \$ 695.—
\$ 575.—



Despachamos reembolsos a provincias
en el mismo día, sin recargo para el
cliente. SERIEDAD Y ATENCION.

esperad a m e n t e,
que lo propicio
acaba por con-
vertirse en un es-
torbo. Así, yo
temblaba esa no-
che cuando, horas
antes que ella
partiera una vez
más, la besé...
Pero fue un beso
que nos asustó a
ambos... porque
era empezar demasiado abruptamente aquello que recién
pretendían escrutar nuestros ojos insuficientemente entre-
nados aún por esa fuerza que, comenzando como tímido idio-
lio, acaba transformándose en una pasión intensa.

Mi prima y yo

(Continuación de
la pág. 21)



Y ella partió.
Dentro de mí, el amor: esa tempestad de encontrados sen-
timientos, esa vorágine por la que, cual más, cual menos,
todos hemos pasado alguna vez.

"He llegado bien", decía su carta. Y esto me movió a risa.
He llegado bien, decía, ¿y nada más? ¿Dónde quedaban,
pues, nuestros besos furtivos? ¿Dónde nuestras pródigas
aunque calladas promesas? Creí faltar a mi propia esti-
mación si en mi fuero interior no reprochaba su conducta.
No advertía yo que esa turbulencia que retoriaba en nues-
tras relaciones podría traernos dificultades a ambos... o
por lo menos a mí. Mi contestación fué una carta loca, ar-
diente, impetuosa, que expresaba todo lo que sentía desde
que la vi. Ya ese fuego no podía sofocarse. No pensé que
todavía ella era una niña, porque, en verdad, tal vez lo era
aún, y le escribí como a una mujer, como a esa mujer plea-
na de confianza en sí que os he descrito.

Esperé con impaciencia su réplica: una carta digna de su
atinada finura de mujer, la cual la ponía en absoluto al
margen de cualquier compromiso. No obstante, entreví su
aquiescencia a través de esas líneas veladas por la inde-
cisión y el recato.

Ella había regresado a su nueva ciudad. Comenzaba para
ella una vida distinta. El tiempo transcurría. Y en esta
niña, los inconfesables anhelos de mujer no podían sino
converger hacia un objetivo más cercano que yo: hacia
algún amor de esa, su nueva ciudad. Muchos meses pa-
saron sin tener noticias de ella, hasta que por fin... por
fin, recibí una carta llena de confidencias. Lucy amaba
a cierto jovencito cuyo nombre era Jaime. Se habían
disgustado. Y mi prima quería llorar sobre mi hombro.
Aun conservo su carta:

"Querido Sergio: creo que te va a causar profunda ex-
trañeza el hecho de que yo te escriba después de tanto
tiempo. Dime: ¿cómo se encuentra mi prima Mónica? ¿Se
reconcilió con su novio? Espero que sí, puesto que aquel
disgusto la tuvo apesadumbrada por muchas semanas.
Pues, te contaré que a mí me aqueja el mismo mal: hace
tres meses me indispuse con mi amado ingrato, con Jaime,
y hace noventa días que lloro lágrimas de sangre y arre-
pentimiento. ¡Todo por un entusiasmo pasajero! Me gustó
otro, y ya ves lo que pasó. Sin embargo, este gran sufri-
miento ha concluido por sacarme de mi error. A los siete
días de nuestro disgusto murió su madre y yo corrí a
tranquilizarlo, pero, ¡qué desconuelo! él no ha vuelto
a mis brazos."

Continuamos escribiéndonos, y de las confidencias y de
los consuelos pasamos a los requiebros amorosos. Pero eran
requiebros que solamente nosotros sabíamos leer y decir
entre líneas. Esta fué una época muy grata para mí, en lo
que a epistolario amoroso se refiere.

Ella me convidaba insistentemente a su nueva ciudad. Yo,
por mi parte, no podía seguir engañándome a mí mismo.
Ahora sabía lo que quería. Traté de ir, pero... ¡otra vez
mi hado! esa ineluctable fatalidad que presidía cada
uno de mis pasos. Fué ella quien vino hacia mí. Y ¡por
Dios! ¿qué había pasado? ¿O qué pasó en el transcurso
de su viaje? La encontré más fría, más reticente; la fran-
queza natural de los primeros días había desaparecido.
¿Tal vez ese amor allá?... No sé... Ya no era la misma.
Y lo peor, yo nada podía reprocharle. Nunca nos habíamos
confesado nuestro amor. Eramos primos, solamente dos
primos. Mi ardiente carta había caído en el vacío.
En ella languidecía aquel primer entusiasmo, aquella en-
trega sin reservas ni restricciones con que toda flamante
mujercita ofrenda sus primeros ensueños, sus primeras
aspiraciones... su alma entera. Dentro de mí, por otra
parte, no acababa de nacer y tomar cuerpo una especie
de creciente obsesión.

Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos!
Su estada bajo esas condiciones no revistió ningún detalle
interesante susceptible de mención.

¿Qué mejor momento y qué mejor oportunidad para de-
sistir ya de todo empeño? "La perdí, la perdí para siem-
pre", me decía yo, pero no quería convencerme. Aun quan-
do instintivamente columbraba que marchaba hacia un
fracaso seguro, hacia la muerte de todas mis aspiraciones,

decidí seguirla cuando ella retornó a su ciudad con los suyos, e hicimos el viaje en el mismo tren. Los pocos días que permanecí allá a su lado, fueron mi infierno. Ella lo amaba a él, al otro. Además, contaba con mi entrega incondicional y podía disponer de mí a su arbitrio. Mi prima estaba al tanto ya de lo que era el amor y pisaba en un terreno seguro. Yo, en cambio, me había dado demasiada prisa en abrirle mi corazón. "No sé si será una paradoja, me decía yo, pero es su crueldad de niña, no de mujer, la que zanjó esta cuestión. ¿Por qué no me convenzo de una vez de que su decisión está tomada, de que jamás llegará a quererme? ¿Qué aguardo aún? ¿Por qué me empecino en mirar sus ojos y su boca mientras jugamos dominó? ¡Hombre!, ¡si estoy seguro de que ella pone más interés en el juego que en mí! Así y todo, ¡cuán agradables son esas tardes a su lado!..."

Cierto día, exasperado ya por la acogida de hielo contra la que se estrellaban todas mis amabilidades, exclamé, mostrándole las fotografías que nos habíamos tomado tiempo atrás:

—Mira! Tú deseas que te dé esto, ¿verdad?... ¡Qué esperanza! Prefiero botarlas.

Y uniendo la acción a la palabra, comencé a romperlas con estudiada parsimonia.

—Sé el destino que diste a esa fotografía que te tomé allá en Santiago, bajo aquellos árboles, se la enviaste a ese mozallete que te escribió hace poco.

Lucy me miraba sin decir nada, pero yo comprendía que en aquel momento ella me odiaba con toda su alma, tanto como yo a ella. Tomé otra fotografía y proseguí mi tarea.

—¿Por qué no regresas a Santiago y me dejas en paz? —dijo Lucy, por fin.

—Yo vengo a pasear y distraerme —mentí—; pero es una lástima tener que encontrarse con gente intratable.

—Bien, procura no cotizarme y asunto arreglado. Estoy harta de ti.

—Lo que ocurre es que eres una chiquilla voluntariosa y consentida.

—¿Sí?... —Crees que el mundo gira alrededor de tus caprichos y te imaginas que siempre harás tu santa voluntad sin respetos ni frenos de ninguna clase.

—No digas...

—Y si yo fuese tu padre te daría una zurra tal que quedarías curada para siempre de tus impertinencias y de tus mañas.

—¿Has terminado ya?... —Además, eres una chiquilleja discol, mal criada, antojadiza, presumida e ideática. Sí: eso es lo que más o menos eres.

—Y tú eres la persona más molesta, enfadada y cargante que he conocido en mi vida! ¿me oyes? ¡Eres un sujeto despreciable y un perfecto idiota!...

Fueron los primeros disgustos, las primeras rencillas, los primeros malentendidos. Y cuando retorné, cuando me separé de ella, ya no nos volvimos a escribir.

Conservo una esperanza, y es que tal vez ella se haya arrepentido tras considerar su proceder. Lucy no era ya una niña. Ahora comenzaba a entrever aquella realidad penosa que solamente los que hemos dejado de ser niños conocemos. Y así, aún cuando Lucy se alejó más en lo que a tiempo y espacio se refiere, porque se marchó, se marchó más lejos aún, así y todo, cuando la volví a ver, la encontré más asequible, más dispuesta a resolver de una vez por todas mi problema sentimental.

Fui yo quien corrió a su lado, no lo niego. No pretendo excusarme. No me pesa haber hecho lo que hice ni tampoco rehúso confesarlo.

Aquella tarde Celia quiso escuchar un programa radial, una audición de amor. Yo estaba con ella y Lucy llegó al poco rato.

Había olvidado decir que mi prima tenía un temperamento muy emotivo y, de esta suerte, no tardó en tornarse más y más meditabunda bajo el influjo de aquella comedia de amor que los tres escuchábamos. Yo la observaba. Comencé a enumerar y a admirar sus encantos, aunque bien sabía yo que no podía ni debía alimentar ninguna esperanza. Si alguien me hubiese dicho que en un momento más la iba a tener en mis brazos, me hubiera reído, a mi pesar, de todo corazón. Lucy pasó de su estado de melancolía al nerviosismo, y noté que se revolvía inquietamente en su silla. Ni siquiera me había mirado, a pesar de que al entrar llena de alegría en la habitación, se había inclinado juguetonamente sobre mí y me había susurrado en el oído: "¿Sabes? Ahora sí, puedo quererte más que antes..." Pero yo no estaba para enigmas.

La comedia radial finalizó y Celia abandonó la habitación, dejándonos solos.

—Tengo sueño —dijo ella, y, acercando su silla a la mía, se recostó como una criatura en mis rodillas.

Me incliné y la besé en la frente y en las mejillas por ver qué ocurría.



—Imaginate que tiene veintiséis años, casada y con tres hijos, y en sus ratos de ocio trabaja de modelo. Ah, los vestidos de señora en el quinto piso, mi amor...

Lo que ocurrió fué que me encontré con sus labios y la besé.

Y ese beso fué mi perdición.

Para mí fué un pedazo de cielo, la cúspide de todos mis sueños; pero también intervenían otros factores, entre ellos, mi propia disposición.

Yo buscaba la respiración en el fondo de mi pecho. Me desorientaba el hecho de que hubiese sido ella quien me ofreció sus labios. Y en medio de esta admiración sin límites, en medio de mi asombro y confusión, mal podía yo confesarle a ella formalmente todo cuanto de deleitoso y terrible puede sentir un primo por una prima al desencadenarse sobre su corazón, como un aluvión, el peso entero de aquel mundo sentimental.

Fué tal mi desamparo, que no supe qué hacer ni qué partido adoptar, cuanto más que, no por jactancia lo digo, soy un hombre difícil; y si algún día habéis encontrado vosotras un hombre difícil en vuestro camino, para vosotras es esta historia.

El sueño que yo había acariciado a través de años se había cumplido. Ella estaba en mis brazos. No en vano había yo esperado tanto y sufrido su veleidoso carácter; no en vano había soportado los desvíos que siguieron a lo que yo imaginé fué amor, ni en vano había cerrado los ojos ante los melindres que ella gastaba con sus muchos cortejantes. Y cuando debí sentirme satisfecho de mi triunfo, mi orgullo me lo hizo parecer humillante, poniéndome delante el escarnio que ella había hecho de mí todo ese tiempo.

La amaba y, sin embargo, pensé que era mi deber odiarla. Solamente cuando pude substraerme a mi sorpresa y a mis contradictorios sentimientos, comprendí que simplemente la quería y que había dejado pasar la oportunidad...

Y desde entonces, desde aquel beso, tengo el presentimiento de haberlo echado todo a perder.

Para aquella que dió lugar a tal aventura, para Lucy, la suma del tiempo disipado y de las lágrimas vertidas en tanto duró tan deplorable asunto, puede ser resumida en una sola palabra: olvido.

Para mí, un símbolo: hice un mal negocio. Otro se ha llevado la cosecha de lo que yo sembré.

Y, por último, ningún reproche, ninguna queja. El tiempo de los juegos y de las risas ha pasado. La voz cuyo clamor siente ella ahora en su corazón es el llamado del amor, de ese amor que hace ya mucho tiempo ha sacudido en su capullo el letargo de sus primeros sueños. Como la mariposa que recién ha estirado las alas y en su vagar busca la flor sobre la cual ha de detenerse, así es semejante amor; y es razonable esperar que no sea yo, un primo, el elegido de esta loca mariposilla. Y así, os prevengo:

¡Guardaos mucho de enamoraros de vuestros primos... o primas!...

Pero, ya que estamos en tren de confesiones, os diré que esta pasión, aunque me es gravosa, casi se ha identificado conmigo mismo, y, ¿por qué no decirlo?, estoy enamorado de mi prima Lucy con el legítimo amor de todo aquel que se ha perdido por otro ser, sin esperar nada, sin desconfiar de nada, sin supeditarse a lógicas o convencionalismos. Y tal vez así vosotras me halléis la razón. Tal vez así vosotras comprendáis que el amor prende en cualquier sitio, en cualquier corazón, y que no se para en barras con respecto a aquel que vosotras habéis elegido o con respecto a aquella de la cual os he hablado, y que, para mí mal... es mi prima. Y se llama Lucy.



Jamás se casaría conmigo

Cuando se tienen dieciocho años, y el novio está lejos, es muy difícil decir "no" a un muchacho buen mozo que está cerca.



—Por favor, Daniel, necesito hablarte...

T ENGO dieciocho años y hasta hace pocos días pensaba que ya era mayorcita. Pero alguien me demostró que aún me quedaba mucho por aprender. ¡Y ese alguien soy yo! Me imagino que es natural creerse adulta a mi edad y casi todas lo hacemos. Y yo tenía una razón más: estaba comprometida con Daniel. Aún faltaba más de un año para que nos casáramos. Daniel quería primero graduarse de agrónomo. Algún día el fundo de sus padres pasaría a sus manos y entonces él necesitaría conocimientos científicos que le permitiesen hacer surgir esas tierras. Pero cuando Daniel se fué a Santiago después de las vacaciones en que nos comprometimos me sentí sola, y Osorno está demasiado lejos para que él pudiese hacer viajes a menudo. Yo pensaba constantemente en visitar a mis tíos que vivían en Santiago, pero ese año daría bachillerato y me era imposible faltar a mis clases. "Trataremos de conformarnos mientras estemos separados —me escribía Daniel—. Sólo pensemos en lo maravilloso que será nuestra vida cuando nos casemos y vivamos juntos para siempre. Pero, mientras tanto, no te sientes a esperar ese día, no quiero que te aburras. Diviértete con el grupo como de costumbre... pero no te enamores de otro, porque eres mía." Siempre me emocionaba que Daniel pensase que yo podría interesarme en algún muchacho. A todas las mujeres les gusta que sus galanes sean un poquitos celosos, aunque no haya razón para ello. Nunca me había interesado otro hombre, pero aunque hubiese sido así, habría dado lo mismo, pues jamás fui atractiva. Siempre he sido una muchacha alta y pecosa. Tenía muchos amigos, pero no me invitaban a salir. Esto no me importaba, porque desde niña quería a Daniel, y crecí ensimismada en mi amor por él. Lo increíble es que él también se enamorara de mí. Aunque yo tenía diez años, y Daniel quince cuando nos conocimos, siempre

fué bueno conmigo y gozaba haciéndome bromas por mis pecas. Cuando tuve quince años, venía todas las tardes a conversar conmigo y a contarme sus planes. Continuamos así hasta el día en que yo cumplí dieciocho. Ese día me pidió que usase su anillo.

—Llévalo hasta que pueda reemplazarlo por uno de compromiso, Carmen.

—¿Quieres decir que deseas casarte conmigo? —tartamudeé.

—Todavía no: eres muy joven y yo debo terminar mis estudios —me explicó—. Pero entonces podremos casarnos, ¿aceptas, Carmen?

¡Si aceptaba! Ni siquiera le contesté. Puse los brazos alrededor de su cuello y lo besé. Sus labios fueron al principio suaves y cariñosos, pero luego me estreché apasionadamente. Me estremecí de emoción. ¡Era mi primer beso y lo recibía del único hombre que amaría!

Terminaron las vacaciones, y Daniel volvió a Santiago. Yo usé su anillo desde entonces, pese a que era demasiado grande para mí. Le escribía todas las noches...

Sin embargo, una tarde al volver de un partido de basquetbol, mi mundo comenzó a cambiar. Había ido con mis dos mejores amigas, que, por suerte, no pololeaban.

Al terminar el partido, nuestro liceo salió derrotado.

Decaidas y tristes, dejamos la cancha caminando muy despacio. De pronto, un grupo de muchachos bulliciosos me separaron de Silvia y Lucy.

Les grité que me esperasen y traté de atravesar el bloque formado por los muchachos; pero eran tantos. Súbitamente, uno de ellos se dio vuelta enojado porque lo empujaban..., y vacilando con brusquedad, apoyó sus labios entreabiertos en mi mejilla.

—¿Qué tal resultó ese beso inesperado? —se rió, afirmándose en mi hombro para no caerse.

Toqué mi mejilla...

—A mí más me pareció un mordisco que un beso —contesté.

—De veras? ¡Cuánto lo siento! Salí de aquí para cerciorarme.

—Tomó de la mano y me guió hacia valda. Se detuvo junto a un farol y me hizo alzar la cabeza para ver

mi mejilla.

—Está rosadita. Por suerte fué despacio —observó; y de pronto—: Pero si nos conocemos. Tú eres Carmen, ¿verdad?

—Claro, y tú, Carlos Martínez. —Toda la ciudad lo conocía, por lo demás; era muy popular entre las chiquillas.

—Carmen... Pero si la última vez que te divisé eras todavía una niña.

Me sonrojé violentamente. En realidad, había cambiado.

—Tengo mi "cacharro" por aquí cerca. ¿Te molestaría si te llevo a tu casa? —me preguntó.

Busqué con la mirada a Lucy y Silvia, pero no se veían en ninguna parte. Estaba segura de que se habían ido. Teníamos un convenio: cuando alguna de nosotras estuviese en compañía masculina, las demás se esfumarían y lo más rápido posible. Nunca se me ocurrió siquiera que esto me sucedería a mí...

Carlos me invitó a comer un sandwich, y no dejó de mirarme un solo instante.

Luego, ya en la puerta de mi casa, me dijo:

—Siento haberte dado ese golpe en la mejilla, Carmen.

—No te preocupes, y gracias por todo —respondí.

Carlos sonrió con picardía.

—No muerdo a menudo a una chiquilla dije. Tengo otra especialidad...

Y, antes que me diera cuenta de lo que sucedía, me encontré en sus brazos. Me besó apasionadamente, mientras yo me debatía impotente, sin conseguir que me soltara.

No me gustaba la forma en que me abrazaba. Cuando, finalmente, se separó de mí, se quedó mirándome con una expresión de disgusto.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta que te besen?

—No así, y menos la primera vez que salgo con un muchacho —me pasó la mano por los labios, y, sin más, entré en la casa.

Tenía la impresión de que le había sido infiel a Daniel. Pensaba escribirle esa noche, pero no se me ocurría que

poner en mi carta. Por nada le habría contado que Carlos me había besado. Apenas pude dormir esa noche. Quería tanto a Daniel. No es que desconfiase de mí; estaba segura de resistir a una docena de Carlos mientras esperaba que mi amor volviese; pero, ¿qué atractivo tenía estar comprometida de lejos? ¿Sin ir a fiestas, sin besos, sin pasarlo bien? Daniel no esperaba que yo me quedara siempre en casa, siempre sola.

Traté de olvidar que Carlos me había besado, pero era imposible. ¿Qué sucedería si un buen día yo encontrase un hombre que me gustara realmente y que tratara de besarme? ¿Cuánto podría esperar yo? Después de todo, Carlos me había besado pensando que yo quería que me besara. ¿Habría visto él en mí algo que yo recién vislumbraba?

Al día siguiente conté lo sucedido a Lucy y Silvia, y ambas estaban tan alborotadas como si les hubiese pasado a ellas.

—¿Te invitó para otra vez? —me preguntó Silvia.

—No tuvo oportunidad, y, de todas maneras, yo no habría querido salir con él —repuse.

—Pero, ¿estás loca? —inquirió Lucy.

—No; solamente comprometida.

—Sí, claro —admitió Silvia con desdén—. Pero más vale un pájaro en la mano que ciento volando. Y, piensa, Carmen, que Carlos trabaja y puede casarse.

—Además, podrías divertirte a montones con él: ir a bailes, al teatro —terció Lucy.

Yo ya había pensado en eso, y, especialmente, en el baile que se haría en el club para el 21 de mayo. Me había hecho la ilusión de que Daniel vendría, pero en su última carta me explicaba que esto sería imposible. Y yo no tendría con quién ir.

Silvia debe haber leído en mis pensamientos, porque me preguntó:

—¿Vendrá Daniel para el baile?

—No, no creo —admití, muy a mi pesar.

La paciencia de Silvia se agotó.

—¿Quieres decir que no asistirás tú tampoco? Yo iré con el antipático de Lucho. Irá hasta con Frankenstein antes de perder esa oportunidad.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Inquieta, daba vueltas y vueltas en la cama. En realidad, no quería salir con nadie, menos con el fresco de Carlos. ¿Pero de qué me servía un novio a esa distancia?

El sábado en la tarde me quedé en casa. Le estaba escribiendo a Daniel cuando llegó Lucy.

—¿Escribiendo de nuevo?

—Sí; estoy tratando de convencerlo para el baile, pero parece que no me va a resultar.

—En ese caso, supongo que irás con Carlos.

—Pero, Lucy, yo no tengo el menor interés de salir con él. Sé que es muy popular, pero no me gusta. Además, estoy comprometida. ¿recuerdas?

Lucy, entretanto, jugueteaba descuidadamente con los sobros que yo tenía encima de la mesa. De pronto miró con detención uno.

—Oye, ¿quién es Lola Osses?

—Una prima, tú no la conoces, vive en Santiago —expliqué.

Lucy se animó notoriamente.

—¿Ya sé cómo puedes conseguir que Daniel venga al baile?

—¿Sí?

—Mi hermana Paulina lo ensayó con su novio: a las tres semanas estaban casados.

—¡Cielos! Por favor, cuéntame qué hizo.

Escuché atentamente lo que Lucy decía.

—Simplemente cambió las cartas. ¿Puedes confiar en tu prima?

—Sí, por supuesto. ¿Pero cómo es posible que...?

—Mira, basta con poner la carta dirigida a Daniel en el sobre con la dirección de tu prima, y viceversa. Luego mandas otra a Lola, explicándole lo que pasa, y le pides que llame a tu novio y le diga que las cartas se cambiaron. Entonces los dos se juntan para obtener cada uno la suya. Trata, sobre todo, de que tu prima actúe con naturalidad para que Daniel no adivine sospechas, y verás lo que pasa...

—Pero aún no entiendo, quiero decir, que debo poner que...

Lucy me interrumpió nuevamente.

—¿De veras que no te das cuenta? En tu carta a Lola (la que enviarás a propósito de Daniel), le contarás el episodio con Carlos, de su interés por ti, de lo dije que es, y de lo difícil que resulta todo estando tu novio tan lejos... y Carlos tan cerca.

—Pero, Lucy, no creo que pueda hacer eso, no es honrado. Aunque rechazaba la sugerencia de Lucy, en mi fuero interno me preguntaba cuál sería la reacción de Daniel. Si se pondría celoso, si el incidente lo dejaría tan preocupado como para venir a cerciorarse.

—Si Daniel te quiere, vendrá lo más pronto que pueda. Lo que pasa es que está demasiado seguro de ti. No tiene

(Sigue a la vuelta)

Elegancia

EN EL HOGAR

Para tenidas de entrecasa, CAUPOLICAN presenta con orgullo sus estampados.

Colores firmes, lavables y de gran duración. Especiales para confeccionar batas, vestidos y delantales.

Luzca elegante en su hogar con

ESTAMPADOS

Caupolican M. R.





por que preocuparse, sabiendo que no sales con otro —dijo Lucy, demostrando experiencia. Ella siguió hablando y yo escuchando, pese a que mi conciencia me decía que no estaba jugando limpio. Pero si con eso conseguía que mi novio viniese... Y era por algo más que por deseos de ir al baile: me sentía sola sin él, ¡lo quería tanto! Tal vez, después de todo, un poquito de celos no le haría mal.

Terminé de escribir las cartas con la ayuda de mi amiga. A decir verdad, ella me las dictaba. Yo jamás lo hubiera hecho sola. Por ejemplo, no habría descrito con lujo de detalles la forma en que Carlos me había besado. Ni habría mentido escribiendo que me había encantado. Pero Lucy insistía tanto. Cuando terminé de escribir aún tenía mis dudas. Cuando me quedé sola me di cuenta de lo que había hecho. Después de todo, habría sido mucho mejor si mi novio hubiese venido sin necesidad de tenderle esa pequeña trampa.

Pero, al pensar nuevamente en el baile, me convencí de que era la única salida. No podía dejar de asistir. Estaba tan orgullosa de Daniel, que sería maravilloso tenerlo a mi lado esa noche. Si esa carta lo lograba, me compensaría el haber actuado en forma tan solapada. Cada vez que sonaba el timbre, corría, creyendo que era el cartero. Mis padres se dieron cuenta de mi ansiedad, y me hacían bromas.

—¿Esperando algo especial? —me preguntaba mi padre. —No; en todo caso, la noticia se la dará personalmente Daniel... a menos que decida trabajar los días de fiesta. —Eso es lo que yo llamo ser todo un hombre. Afronta todas sus responsabilidades —aprobaba mi padre. Me pareció tan mal, que ni siquiera me molesté en contestarle. Supongo que todos los hombres son iguales. No piensan más que en el trabajo y en las responsabilidades. ¿Y yo? ¿No era, acaso, también una responsabilidad para Daniel? Hay varias clases de responsabilidades, y sería bueno que mi novio se diera luego cuenta de esto. Dos semanas después recibí contestación de Lola. Me contaba que mi novio no había hecho el menor comentario cuando le llevó la carta. Esperé ansiosamente unas líneas de mi amado. Me dije que tal vez no escribiría para darme una sorpresa cuando

llegara. Pero, como de costumbre, me equivoqué. La carta de Daniel llegó días más tarde. La abrí con dedos temblorosos.

Querida Carmen —hasta eso era una advertencia, porque siempre comenzaban con "mi amor" o "mi adorada".

"Supongo que ya sabrás, por tu prima, que nuestras cartas se cambiaron. Siento haber leído una que no era para mí, pero me di cuenta demasiado tarde. No comprendía lo que estaba pasando, lamento haber sido injusto contigo teniéndote atada a una promesa, siendo tan joven. Creo que lo mejor es que rompamos nuestro compromiso."

"Yo soy mayor que tú, y estoy seguro de mis sentimientos, pero no pensé en que tú aún puedes enamorarte varias veces antes de encontrar al elegido. Por eso te libero de tu promesa. Espero que todo te resulte bien con Carlos. Pero, si me permites un consejo: ten cuidado. No todos los muchachos son sinceros, y yo no quisiera que te hirieran. A decir verdad, me extrañó que dijeras que te gustó la forma en que Carlos te había besado. No parecés tú. Aunque he pensado que jamás te conocía tan bien como me lo había imaginado."

"De todas maneras, espero que siempre me consideres tu mejor amigo." Estrujé la carta entre mis dedos mientras lágrimas ardientes resbalaban por mis mejillas. ¿Cómo podría soportar haber perdido a Daniel? ¡Al único hombre que amaba y amaría siempre! Corrí a mi pieza y me tiré sobre la cama, sollozando desesperadamente. Al oírme, mi madre se apresuró a consolarme.

—¡Carmencita, linda! ¿Qué sucede? Cuéntame... Pero yo no podía hablar, y mamá me confortó entre sus brazos, mientras yo seguía llorando, herida y humillada. Cuando me calmé, le conté lo que había pasado. —Qué tonta fui, mamá. Ahora lo he perdido para siempre —sollocé.

—Como pudiste ser tan infantil, Carmen. Pero tal vez puedas recuperar su amor si tienes la valentía de confesarle la verdad y pedirle perdón.

Me senté en la cama y enjuagué mis lágrimas. —¿Crees que resultaría? Haría cualquier cosa, hasta pedirle de rodillas.

Mamá me miró con una expresión tierna que rara vez demostraba.

—Hijita querida, eres tan crecidita en algunos aspectos, y tan niña en otros. No puedo asegurarte nada; pero, en todo caso, no te echas a morir por eso. Daniel es un buen muchacho; pero tú eres aún muy joven, Carmen. Habrá montones de Danielés en tu vida.

—Pero yo no quiero a otro —grité—. Quiero a mi Daniel, sólo a él.

Mamá acarició suavemente mi cabeza y por un momento creía que lloraría conmigo, pero no fue así. Seguramente quería decirme algo, algo que me molestaría, porque todo lo que hizo fue besarme y murmurar:

—No te preocupes, verás que no es tan grave como tú te imaginas.

Mamá habló con mi padre esa misma noche, y mi querido papá me dio plata para que fuera a Santiago.

—Trata de arreglar eso, Carmen —me dijo—. Y, buena suerte. Me gustaría que ese muchacho entrara en la familia.

Tomé el primer tren, y a mi llegada esperé a Daniel a la salida de clases. "Tal vez Daniel no esté tan apenado después de todo —me dije—. Estoy segura de que lo pasará bien aquí con sus amigos." Por unos segundos no creía hacer bien al venir a rogarlo, en admitir que me había equivocado en mi afán de hacerlo ir al baile. Pero eso fue antes de verlo, antes de divisar al alto y serio muchacho que era el hombre de mi vida. Cuando lo vi salir de la escuela, con los brazos llenos de libros, algo en mi interior se rompió. ¡Parecía tan cansado! Mi pobre



55 (Sp.)

**PARA TODAS las estaciones
PARA TODAS las ocasiones**

Cambie

**DE COLOR SU VESTIDO
CON ANILINAS SUIZAS
MONTBLANC**

30 colores de moda.
Sin trabajo, en 1/2 hora
su ropa queda como nueva.

PÍDALAS en su farmacia

MONTBLANC

UN PRODUCTO SUIZO
DE ALTA CALIDAD,
ENVASADO EN CHILE.

PUBLICIDAD
INTERAMERICANA

amor, estudiando y trabajando día y noche, sin descanso, solo, para juntar dinero y podernos casar! Y yo que no cesaba de quejarme porque no podía llevarme a un baile. ¡Si sólo pudiese borrar esa estúpida carta de la mente de Daniel! Ya no me sentía orgullosa, todo lo que deseaba era recuperar su amor.

Se sorprendió al verme y una intensa palidez invadió su rostro.

—Carmen! ¿Qué haces aquí?
—Por favor, Daniel, necesito hablarte. ¿No podríamos ir a alguna parte donde...? —mi voz tembló, pese a que luchaba por contener las lágrimas.
—¿No te parece que sería mejor dejar las cosas como están? —preguntó pacientemente.
Creí que no me daría una oportunidad para explicarle. "Me lo merezco —pensé desesperada—. Me he portado mal, y quiere devolverme en la misma moneda."

Pero sus ojos se suavizaron y me tomó del brazo gentilmente.

—Vamos, Carmen. Trataremos de discutir la situación con calma.

—Gracias, gracias, Daniel —repliqué ansiosa, segura de que una vez que se lo contara comprendería y todo marcharía bien.

Fuimos a una fuente de soda cercana a la universidad, y una vez frente a frente, le expliqué lo sucedido. No me defendí, al contrario.

—Fué infantil y egoísta, Daniel. Supe siempre que lo que hacía no estaba bien; pero el orgullo no me dejó escuchar a mi conciencia.

Tomó mi mano entre las suyas, grandes y fuertes.

—Me alegro que me digas la verdad, Carmen. Y de que las cosas que escribiste no sean ciertas.

Senti que quitaban un peso horrible de mi corazón.

—Entonces, ¿me perdonas? ¿Seguiremos igual que antes?

—Por supuesto que te perdono, pero es mejor que nuestro compromiso no continúe.

—Pero, Daniel, querido...

¿Qué podía decirle? ¡No podía ser cierto que me perdonaba!

—Escucha, Carmen. Sólo los niños actúan así. Eso te da una pauta de lo joven que eres. Es natural a tu edad hacer lo que hiciste. Sólo necesitas tiempo para saber lo que realmente deseas de la vida. Y quiero que, mientras esto suceda, seas completamente libre.

—Pero, he crecido desde que recibí tu carta, mi amor. Créeme, te lo ruego. Y siempre he sabido que te quería. Cuando me di cuenta de que te había perdido, yo...

Daniel me interrumpió:

—No lo digas, Carmen. Creo que es mejor así. Yo debo graduarme y después practicar. Y tú necesitas conocer muchachos y salir. Tal vez en un par de años puedas pensar seriamente en el matrimonio.

Senti que mi corazón se partía. Estábamos tan cerca que en un minuto podría encontrarme entre sus brazos, y, sin embargo, tan distantes... nada podría acercarnos.

—Pero yo no quiero salir con otros muchachos, Daniel. Te necesito a ti, mi amor. ¿O es que ya no me quieres?

Apreté un momento mi mano, y luego la solté.

—Ya hablaremos de eso, Carmen. Y ahora, ¿que te parece si almorzamos juntos?

Tomó el menú y comprendí que habíamos terminado. Cierro que me perdonaba, pero estábamos igual que antes, y tal vez seguiríamos siempre así.

Daniel me acompañó a la estación antes de partir a su trabajo. No me besó, solamente sostuvo mi mano un momento y luego sonrió.

—Creo que fuiste valiente al decirme la verdad, Carmen. Adiós, y no olvides que seguiremos siendo amigos.

Asentí sin decir palabra. ¡No quería llorar! ¡Amigos! ¿Eso quedaba de nuestro amor, de nuestros proyectos y promesas? ¡Y, sin embargo, me consideraba dichosa de tener aún su amistad! Daniel tenía razón al decir que yo todavía no había crecido. Después de lo que había hecho, ¿cómo podía esperar que confiara nuevamente en mí! Tal vez algún día...

No podía explicar esto a mis amigas, y mis padres se sentirían decepcionados. Pero, al menos, yo sabía a qué atenerme respecto a mí misma. Me dolía haber perdido a Daniel y comprendía que mi pena no pasaría tan rápidamente. Pero, tal vez, podría tratar de conquistar de nuevo su cariño y merecerlo.

Me di cuenta entonces de que el amor es algo que se comparte entre dos personas, y que cuando se está emocionalmente lista, no interesa lo que piensen o digan los demás. ¡Ir a un baile para mostrar a tu prometido no tiene importancia, comparado con la grandeza de un cariño compartido!

En todo el viaje de regreso no hice más que pensar en eso y en lo acertado de las observaciones de Daniel.

¿Qué podía hacer ya? Nada más que conservar su amistad, como él deseaba. Darme tiempo para crecer. Y esperar y rezar para que el tiempo pasase rápidamente... y, sobre todo, para que algún día Daniel volviese a decir que me amaba y que deseaba hacerme su esposa.



OBRAS DE ALBERTO BLEST GANA

La Empresa Editora Zig-Zag, S. A., con motivo del estreno de la teatralización de la novela "Martín Rivas", de este célebre escritor, presenta al público la mayor parte de sus obras, que han asignado a Alberto Blest Gana un lugar preferente entre los grandes escritores de América. Lea usted:

DURANTE LA RECONQUISTA,	
2 tomos	\$ 300.—
EL PAGO DE LAS DEUDAS,	\$ 100.—
EL PRIMER AMOR	\$ 100.—
EL LOCO ESTERO	\$ 180.—
GLADYS FAIRFIELD	\$ 100.—
LA FASCINACION Y UNA ESCENA SOCIAL	\$ 100.—
LA ARITMETICA EN EL AMOR	\$ 150.—
LA FLOR DE LA HIGUERA	\$ 120.—
LOS TRASPLANTADOS, 2 to- mos	\$ 200.—
UN DRAMA EN EL CAMPO	\$ 100.—

EMPRESA EDITORA
ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile





Las medias nylon BETINYANI
se fabrican únicamente con hilados
NYLON DUPONT

Medias Nylon
Betinyani
M.R.

Para lucir mejor, para durar más



SELLO DE GARANTIA

Hoy hice mi primer intento de sentarme. Nunca pensé que fuera algo que tuviera que aprender. Es jueves, y hace tres días me sacaron los puntos. Un hospital tiene su propio sistema de marcar el tiempo, mucho más imponente que el habitual. Los días se unen; pero los ruidos determinan las horas: cuando muchas puertas se abren juntas y los ascensores sacuden el edificio, son las nueve, y comienzan las operaciones. Cuando suenan por primera vez los platos, son las once y media, y la sopa se sube por los montacargas hasta los pacientes de las salas comunes. Cuando éstos ya han comido, lo hacen los del pensionado, o sea, puntualmente a mediodía. Cuando suenan las campanillas en todas las piezas, es la una; las enfermeras descansan y no se permite que nada las perturbe. Cuando llegan más tarde con sus termómetros, suponen que el paciente también ha dormido bien, y son ya las tres. Cuando vuelven a sonar los platos, son las cuatro, la hora del té. Más tarde se abre violentamente la puerta y entra un balde. Son diez para las cinco. El balde indica que dentro de un momento una desarreglada sirvienta árabe vendrá a lavar el suelo, y, siguiéndola a ella, una estudiante de enfermería a estirar la cama, de modo que a las cinco los ojos del médico ayudante no se ofendan con el desorden. Cuando se abra de nuevo la puerta, será Roger.

Ese es el momento que yo espero todo el día. Roger es puntual. A las seis en punto se aceptan las visitas de los pacientes de pensionado. Dos minutos después se escucha un silbido suave a través de la puerta. Es su viejo silbido, el silbido de Luxor y de la tienda. Entonces siento vahidos de felicidad. Roger sabía que había hecho mi primer intento de sentarme. Vino con un plan preparado: me quedaría en el hospital otra semana y luego pasaría otras tres convaleciendo en una casa de salud en Garden City.

—¿Este proyecto significa que usted mañana volverá al Valle?

—Pasado mañana.

—Entonces lo podré ver dos veces más antes de que se vaya. Dos es bueno: no sólo es uno más uno. Este número debe tener algo mágico para aparecer de pronto tan grande. Tiene algo de infinito.

—No sé qué va a ser el Valle sin usted; pero tengo que irme.

¡El Valle sin usted! Eso parecía como si yo también perteneciera a él, como si fuera mi verdadero hogar.

—¿Le escribió Ahmed algo especial?

—No, nada especial.

—Magnífico. Ellos no se atreven a descubrir nada sin usted. Tampoco descubrirán nada conmigo.

—Lo harán; pero no en ese lado del Valle.

—¿Usted no cree en ese lado del Valle?

—No, no creo. Está demasiado lleno de Hatshepsut.

—Nunca había dicho eso antes.

—La enfermedad le da a uno más valor para decir cosas atrevidas.

—Siempre que se esté enfermo y se tenga la razón.

—También si se está enfermo y, además, enamorado.

Roger volvió de nuevo al Valle y yo no tuve nada que hacer fuera de desear mejorarme. Yo sé cuán importante es el papel del deseo de mejorarse. El representa el deseo dentro de mí; él ordena, y la naturaleza obedece. Mi deseo incansable nunca se somete, pero no demanda demasiado. No estoy sin valor, no me siento sola, nunca me había sentido tan una con Roger como aquí en mi habitación vacía. Escucho su voz y siento que pone mi mano en su bolsillo. La enfermera piensa que la carta que él me escribe todos los días me hace tan feliz. Me la pasa desdenosamente y sin mirarme.

Lo que escribe Roger no tiene importancia; lo importante es que se sienta en el escritorio, toma un papel y un lápiz, y piensa en mí.

No soy un escritor de cartas, Sunny. Soy un viejo torpe que tiene que volver a aprender a encontrar las palabras para ponerlas en el papel. Me haces falta. Podría escribirte esto cientos de veces, porque cientos de veces en el día te echo de menos. Querría poder enviarte toda mi fuerza para que te mejores. Nuestro nuevo colega, que me vió escribiéndote ayer y hoy, anotó con sarcasmo que yo soy de naturaleza poética. No lo contradije.

Es un individuo curioso, de no más de cuarenta, a pesar de que se ve mayor; antiguo oficial en Borneo del norte, el país de los cazadores de cabezas. Tienen que haberle sucedido muchas cosas allá, porque dejó el servicio por enfermedad y otros trastornos. No habla jamás de eso. En verdad, no habla nunca mucho de nada. Fuma y bebe. No

embujo

Egipto

POR
VICTORIA
WOLF

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Cuando está Sonia con Roger en el bar del hotel, entra Barta y los dos hombres se enfrascan en una conversación interminable. La muchacha siente frío y una sensación inexplicable. Cuando abre los ojos está en el hospital, en donde ha sido operada de urgencia. Roger la viene a ver, y el primer día ella le pregunta respecto al profesor Kraushaar. Conway tiene que confesarle que descubrió la procedencia de la momia: una muchacha alemana desaparecida, que antes había caído en manos del alemán perverso. El profesor había confesado todo para luego ahorcarse.

quiere vivir en Inglaterra, y no puede hacerlo en el su sin algún tipo especial de trabajo. Por eso, como por compromiso, vino a Egipto con nosotros. Nuestra gente no está segura aún si les gusta o no, y yo tampoco sé lo que siento. Parece que he perdido mi equilibrio y mi sentido de juicio porque tú no estás conmigo. Mejórate pronto y ven a mí.

Esta carta es corta, y si alguien la leyera, podría preguntar: ¿Es una carta de amor? Para mí contiene todo cuanto es Roger. En cuatro semanas más estaré con él de nuevo. Levantarme por primera vez fué para mí una tortura. ¿Cómo es posible que en unas pocas semanas un adulto pueda perder su habilidad para andar? El médico jefe, su ayudante y dos enfermeras observaron inmóviles el intento. Pero la heroína se tambaleó y cayó. Falló en toda la línea. Y dentro de cuatro semanas quería estar en el Valle con él. Esto estaba decidido. Rogué a Atón, el dios sol, para que me dejara crecer alas. Mantuve la Llave de la Vida firmemente en la mano. Estoy en la casa para convalecientes en Sharia Elihu, el Garden City. Desde mis ventanas veo el Nilo, y más a lo lejos, la silueta de las grandes pirámides. Mi pieza es grande y aireada. La casa es tranquila y está casi vacía. Una pareja de oficiales, reponiéndose de la malaria contraída en Sudán, y dos estudiantes norteamericanos que sufrieron un accidente automovilístico, son los otros huéspedes en el comedor. Enfermeras vestidas de gris tienen a su cargo la administración y el cuidado de los enfermos; pero la casa es una rama de la Cruz Roja inglesa. Está bien tenida, es limpia y triste.

No he abierto mi diario en dos semanas. Lo odiaba porque odiaba todo lo que fuera mío. Odiaba mirarme en el espejo y odiaba lo que decía a la gente y lo que la gente me decía. Era culpa de Barta. Pero, ¿qué significa "culpa"? Barta era sólo la válvula de escape, y no podía culparlo. Si puedo culpar a alguien, es a la vida, y hasta la vida está bien. Barta era la causa. Ahora podía escribirlo, pues al fin sabía que el odio nunca es constructivo. No puedo seguir llena de odio y desesperanza; por eso trato de volver a ser lo que era.

Barta fué un par de veces al hospital; pero la enfermera no le permitió entrar a verme. Vino a la casa en Sharia Elihu el primer día y me contó que éramos vecinos. Su jardín era contiguo al de la casa de reposo. Quería establecer una buena amistad entre vecinos.

No había objeción a eso. Me gustaba tener mi pieza llena de flores y atenciones. Y quería saber qué sucedía en el mundo. Aquí, viviendo entre inválidos, una olvida el mundo real. Barta venía todas las tardes al oscurecer; era agra-



—Usted debería trabajar con nosotros, Sonia. Necesitamos mujeres jóvenes como usted, necesitamos ejemplos para nuestras muchachas. Podemos darle un puesto importante como jefa...

dable y entretenido; me contaba de las próximas elecciones, de las actividades de la Juventud Egipcia y de los planes de sus amigos. Yo me interesaba por la liberación de la mujer, la fundación de colegios para los niños, los progresos sanitarios, la reforma de las leyes y la preparación del sufragio general. Sentía que era un privilegio trabajar para un país en paz.

—Usted debería trabajar con nosotros, Sonia. Necesitamos mujeres jóvenes como usted, necesitamos ejemplos para nuestras muchachas. Podemos darle un puesto importante, como jefa...

Ese era el comienzo. Le dije que ya tenía un puesto y que estaba satisfecha con él.

—Pero la necesitamos, no sólo para nuestra juventud femenina, sino también para nosotros, como consejera, como una palanca, como una inspiración, como nuestra espuela. Le respondí que yo no me sentía una fuente de estímulos, sino cansada y débil.

Barta se mantuvo obstinado. Habló enfáticamente de cierto período de transición durante el cual una persona desestimaba su propia energía. Sin embargo, como sabía que no me interesaba, desplegó todas sus energías para comprometerlas en la gran causa del mundo.

—No, Barta, siempre sería una extraña en su medio y

(Sigue a la vuelta)

¡No tema
mostrar su
SONRISA!



Para conseguir que los
dientes luzcan bellos y
limpios, ayúdelos con
FORHAN'S.

El dentífrico Forhan's está
hecho especialmente según
la fórmula del famoso
odontólogo doctor R. J.
Forhan, para cuidar los
dientes y las encías.
Cepílese diariamente la
dentadura y dése masaje
a las encías con FORHAN'S.

Fórmula del doctor R. J.
Forhan. D. D. S.



Forhan's contiene
una substancia
astringente.

siempre sería considerada como tal.
Déjeme donde estoy y tal como soy.
Esto le dió una idea.

—Nos pertenecerá a nosotros totalmen-
te, también en forma legal, si usted
llena el deseo de mi corazón. Sea mi
esposa. La quiero.
Sentí miedo, confusión, y me quedé
muda.

No había discusión en cuanto a mi ne-
gativa; pero una puede negarse de
muchas maneras. Debía encontrar una
que lo hiriera lo menos posible.

—No hable así, Barta. Sigamos siendo
buenos amigos.

Me di cuenta de con cuánta grosería
le dije que no. No sirvo para decir
no. Soy tan objetiva, y en situaciones
delicadas veo el punto de vista de los
demás. En vez de sentar todos mis
argumentos, siento lástima por el otro
y trato de comprenderlo. ¡Qué frac-
so habría sido como abogado acusador!

Barta se mantuvo a respetable distan-
cia, pero levantó el cuello lo más que
pudo y murmuró con voz implorante:
—No diga eso, Sonia. Déjeme tener al-
guna esperanza. Sé que existen pre-
juicios que usted debe vencer; pero
éstos son prejuicios que salen de su
cabeza y no de mi corazón.

—No, no, Barta. Por favor, no me
presione. ¡Nunca lo podré hacer, nun-
ca!

De qué servía la diplomacia. Había
dicho que no porque debía hacerlo.
—¿Nunca? —repitió. Su voz sonaba
violenta y amenazadora.

—Por favor, no me haga repetírselo.
Lo siento muchísimo.

—Podría explicarme por qué me re-
chaza, Sonia.

En ese momento sentí miedo de él.
Unos meses atrás, cuando la adivina
llegó al Goppi, sus bien delineadas
facciones se tornaron en una repentina
expresión de salvaje ferocidad. La ra-
za y los continentes nos separaban.
No contesté su "¿por qué?". Sólo Ro-
ger me pertenecía. Roger era mi se-
creto.

—Se ha quedado silenciosa, Sonia. Sé
lo que significa su silencio. Está espe-
rando a Conway para hablar. Está in-
fatuada con ese inglés frío. ¡Pobre ni-
ña! Puede esperar largo tiempo para
eso. Su mujer no lo dejará. ¡Nunca!
Y eso significa jamás. ¿Tal vez él le
ha dicho que va a conseguir el divor-
cio? No le crea. Ella nunca se lo dará
y él no se arriesgará al escándalo. Mis
amigos en Inglaterra me han dado to-
dos los informes privados. Considere
qué es mejor para una muchacha ho-
norable: un matrimonio honorable con
un hombre que la amará y la prote-
gerá dándole una posición social, o
una unión con un hombre que lo quie-
re todo: esposa, fama y una amigueta
joven a su lado.

Me pareció como si alguien me em-
pujara bajo una catarata que azotaba
mi cuerpo y mi cara. El agua estaba
tan helada, que me aterí. Me golpeaba
con más y más fuerza, y a través de
sus rugidos, sólo escuchaba una pala-
bra: esposa, esposa. Quise levantarme
y echar fuera a Barta; pero la cata-
rata no me dejaría. Una presión in-
terior y exterior me tenía encadenada.
De pronto, todo cuanto hasta ahora
había estado velado me parecía claro:
"Soy un cobarde, Sunny... iremos a
la playa; el océano me ayudará en
la misma forma que la Esfinge... No
merezo su cariño"... Lo veía y escu-
chaba con claridad; pero, mezcladas con
el rugir de la catarata, oía también las
palabras de Barta.

Me dolía la cabeza, porque las mismas
palabras martillaban mi cerebro. "No
lo traiciones, no hables." Pero una
cierta curiosidad me urgía y me pedía
preguntar. Escondí mis dientes detrás

de mi labio supe-
rior para aprisio-
nar mi lengua.
Podía excusarme
con la disculpa de
mi enfermedad,
pretendiendo que
no estaba levan-
tada para soste-
ner tal discusión.
pero sabía que no
podía hacer el pa-
pel de una mujer
débil. Una no puede escapar de su
destino. Es preciso mantenerse y de-
fenderse sola.

—No insisto en vano, Sonia. Debe vol-
ver a pensarlo.

—Sí; lo pensaré.

—¡Bravo! —gritó Barta como un niño.
La indomable pasión había desapare-
cido de su cara. Se veía de nuevo edu-
cado y con control, como una estatua
de bronce.

No se atrevió a averiguar qué estaba
yo pensando. Nadie lo sabría, ni Ro-
ger. Quería huir de esa catarata, que-
ría estar sola con Roger, quería no
dominarle y llorar. Tenía sed, una
sed llena de miedo. No tenía nada en
mi boca fuera de mi desilusión. "¡Un
whisky!", pensé. Roger decía que siem-
pre ayudaba el whisky. Para mí tomar
whisky, ¡qué idea más absurda! Me
hacía reír. Me reía fuerte. Esta risa
detuvo la catarata, cesó de rugir. Bar-
ta no comprendió.

—Felizmente se ríe de nuevo —dijo.

—Tengo sed. Cuando se vaya, por fa-
vor, diga en la oficina que me manden
un whisky con soda.

Barta me miró fijamente, echándose
hacia atrás.

—¿Un té?

—No; un whisky con soda y mucho
hielo.

—La estoy cansando. Volveré mañana.
¿Puedo tener alguna esperanza?

Cuando se hubo ido, la sirvienta vino
a verificar mi orden. Ella también me
miró asombrada.

—Hay circunstancias en las cuales una
mujer también debe tomar whisky co-
mo remedio —le expliqué—. Son ór-
denes del médico. Traígame una bote-
lla.

Llegó el whisky, y le eché llave a mi
puerta y le eché llave a mi corazón. Y
no lo abrí durante mucho tiempo.
Día y noche pensaba en Roger, de mil
maneras diferentes. Me sentía triste,
desgraciada, orgullosa, humilde, exci-
tada, vengativa, rendida y exigente.
Era todo y era nada.
El me escribía todos los días. Yo tam-
bién le enviaba notas cortas.

Estoy haciendo todo lo posible por me-
jorarme y juntarme de nuevo contigo.
Siento no poder escribirte el tipo de
cartas que están en mis pensamientos
de dormida y de despierta. Aunque es-
toy aparentemente sola, tú estás a mi
lado en miles de formas. A pesar de
todos los rodeos, siempre volveré a ti,
mi única meta.

Y esa era la verdad. ¿Qué quería de
Roger? ¿Quería un marido como las
otras muchachas? ¿Deseaba hacer pla-
nes para el futuro, seleccionar corti-
nas, lámparas y muebles de living y
dormitorio? ¿Ansiaba seguridad y pro-
tección? ¡No, no y de nuevo no!
No creo en la seguridad ni creo en el
futuro. Las únicas cosas ciertas son
la vida y la muerte.

¿Por qué me sentí tan deshecha con
las palabras "su esposa"? ¿Tenía al-
guna pretensión respecto a él o algún
derecho? Todo lo que es bueno en mí
es suyo. ¿No es eso suficiente? Enton-
ces, ¿para qué permitir que dancen mis

(Continúa en la pág. 34)

H

ACE quince años que vivo en el mismo departamento y muchos de mis vecinos han visto cómo mi hija se ha convertido de una muchachita en una joven. Hace poco, entró a la Universidad y entonces comenzaron a compadecerme, porque tuvo que irse de la ciudad.

—Su casa debe parecerle vacía —dijo una—. ¿Se siente muy sola sin ella?

Nuestro hogar está tranquilo sin la alegre presencia de mi hija. Su pieza se ve fría e impersonal: sin guantes, carteras y vestidos esparcidos por el suelo. Hasta el teléfono llama ahora con indiferencia.

Y, sin embargo, a mí no me disgusta esa tranquilidad. Puedo pensar y trabajar a mis anchas. Y no me siento sola. Le confesé esto último a una o dos de las vecinas. Les expliqué que desde que mi hija se fué feliz, yo también me sentí contenta y descansada en la casa. Me miraron como si yo fuera un bicho raro.

—¿No has notado un cambio en Bárbara? —me preguntaban otras amigas, y sus tonos categóricos esperaban una respuesta afirmativa.

Sí, he visto un cambio en ella. Mi hija ha crecido, para gran satisfacción mía. Ahora tiene confianza en sí misma y es independiente. Maneja todos sus asuntos con habilidad. Lava su ropa los sábados por la mañana, plancha sus blusas, hace y deshace sus maletas sin perder las llaves. Cose sus botones y se las arregla para que le dure la mesada. Pero mis amigas no se refieren a ninguna de estas cosas cuando se refieren a "un cambio".

Para ellas, se trata de una actitud más sutil y más drástica hacia sus progenitores. Quieren insinuar que mi hija se ha desligado de los lazos que la unían con sus padres.

—Tal vez no te das cuenta todavía, pero la has perdido por la sencilla razón de que ella ya no te necesita —me dijo una amiga con voz cortante.

Según ella, debería decir adiós a nuestra feliz amistad, pero yo no lo creo así. Por cierto que no me necesita como cuando era pequeña, pero no por eso considero que he perdido a mi hija. En todo caso, siempre seremos buenas amigas.

Quizá mi hija pueda enseñarme a ser tan independiente como ella. Tal vez aprenda a no necesitarla demasiado. Y pueda que logre llenar mis días sin hacer sólo cosas para ella.

Antiguamente, nadie habría pensado que los padres pudieran equivocarse. Siempre eran los niños los que se portaban mal. Los padres tenían más edad y más experiencia y eso bastaba para que sus opiniones fueran respetadas.

Nosotros, como hijos, debíamos alegrar sus días y someterlos a sus menores deseos y antojos. Si fallábamos, nos tildaban de "ingratos"... y acto seguido, sacaban a colación los nombres de algunos "modelos de hijos devotos". En otras palabras, los errores de conducta siempre se les achacaban a los hijos y jamás a los padres.

fiosa ayuda. Todas las madres deberían enorgullecerse, y con razón, de haber dedicado el alma y la vida a hacer de su hijo un ser equilibrado y feliz.

Una vez escuché decir a una mujer de sesenta años: "Yo sólo vivo cuando mi hijo viene a verme." Y lo decía, no con vergüenza, sino con orgullo, como si estas palabras fueran una prueba de su poderoso y eterno amor maternal. Jamás se detuvo a pensar en la carga que significa para su hijo el ser la única satisfacción dentro de la vida de su madre. Ella lo necesita, se lo hace saber, y, por cierto, le recuerda que no debe fallarle.

Es natural que a medida que la juventud crece, su vida se aparte de la nuestra. Forman sus propias familias y escogen sus amigos y compañeros. Su mayor preocupación, y hasta sus afectos, se encauzan hacia los seres que han elegido.

Como ya no nos necesitan en su vida de adultos, nos excluyen simplemente de ella. Pero la verdad es que los hijos no perderán su afecto ni su respeto por sus padres si aprendemos a no interponernos en sus derechos a la madurez y si nos resignamos a alejarnos de sus vidas cuando ellos desean alejarse de las nuestras.

Desgraciadamente, algunos de nosotros nos ofendemos porque nuestra hija al crecer nos demuestra indiferencia o desprecio. Si sus afectos y entusiasmos se diferencian de los nuestros, los padres lo interpretamos como una deserción de las filas familiares, en vez de comprender que el niño debe llegar también a adulto. Si nuestra hija cambia la decoración de su living y no consulta nuestra opinión, lo consideramos un insulto personal y catalogamos este hecho como si hubiera perdido su devoción filial y gratitud, en vez de agradecer a nuestra buena estrella por haber educado a un ser sano y normal.

¿Eres un problema para tus hijos?

En la actualidad, los padres, lógicamente, no son considerados infalibles. Ahora no tenemos analizar su conducta. Sabemos que el solo correr de los años no les concede el don de la adaptación. En realidad, son ellos los que deben ajustarse a los años, exactamente igual que los niños. Un psiquiatra dice: "Antes nos preocupábamos de los hijos demasiado apegados a sus madres. En la época actual, nuestra preocupación es que las madres no se aparten de sus hijos. Que no organicen su vida ni la conciben lejos de ellos, llenando sus últimos años con intereses y deseos propios."

Para muchas madres, por ejemplo, la vida física y mental está supeditada a lo que ellas pueden hacer por sus niños y a lo que éstos harán por ellas más tarde. Cuando los hijos ya no la necesitan, ellas sólo miden su felicidad en función del tiempo y de las atenciones que les prodigan, en la frecuencia de sus llamadas telefónicas o de sus visitas y en cuanto las miman o las regalan. Que los padres necesitan más de los hijos que éstos de aquellos, es una verdad triste y eterna. Y, tal vez, prodigan más amor y devoción de la que reciben. Pero, si esto es así, debemos ser más realistas y maduros para sacar el mayor provecho posible.

Esto no significa que podamos descuidar a nuestros hijos, o mostrarnos egoístamente indiferentes. Nadie aconseja que les disminuyamos nuestro verdadero interés o nuestra cari-



En otras palabras, los errores de conducta pueden ser tanto nuestros como de nuestros hijos.

Una muchacha me contaba que su madre era demasiado solícita y cuidadosa con ella. Su diagnóstico era que su madre no tenía otras cosas en qué ocupar su tiempo y su mente.

—Mi madre debería buscar algo en qué entretenerse. Tal vez así dejaría de preocuparse tanto por mí —comentaba la muchacha.

Luego agregaba como sumida en sus propios pensamientos:

—¿Por qué será que las madres no pueden portarse bien?





Noviazgo para tres

(Continuación de la pág. 3)

metido. Esa mujer que le sonreía tiernamente, no era sincera. Le engañaba con otro que era yo mismo. Jamás sería la honrada y fiel esposa con que yo soñara. Por cierto que yo era el responsable de la infidelidad de Alicia, pero, si yo la había provocado, ella había sucumbido a la tentación. Por lo tanto, era bien culpable y no había circunstancias atenuantes. En cuanto a mí, sufría al vivir bajo la piel de un hombre burlado. Me bajó prisa por endosarme la personalidad más ventajosa del rival victorioso. Al otro día, cambié de traje, de corbata, de peinado y adopté la satisfecha sonrisa de Gilberto. Transformado de esta manera, me dirigí a casa de mi novia Noemí. Me acogió con estos términos: "¿Cómo estaba Jorge cuando

le dejaste?" ¡Ella también! ¿Por qué cada una de las gemelas tenía que sentirse atraída por el novio de la otra, cuando ambos eran semejantes como dos gotas de agua? Desesperado, salí como torbellino del bar y subí a mi cuarto a mirarme al espejo. No me reconocí. Dudaba de mi presencia, de mi unidad. Siendo Gilberto, me vino la idea de vengarme de Noemí, apresurándome en ir donde Alicia. Sin embargo, sabía por Jorge, que Alicia era tan pérfida como su hermana. ¿Qué hacer? Había caído en mi propio juego. No pudiendo desposar a una ni a la otra, tenía que abandonarlas a las dos. Escribí dos cartas: "Querida Noemí: Lo sé todo. Me llevo a Jorge a la playa. No volverá nunca más. Tu Gilberto". "Querida Alicia: Conozco todas tus maquinaciones. He provocado a Gilberto a nadar. No saldrá vivo. Tu Jorge".

Eché mis dos cartas al buzón, dispuse mis dos viejos vestones, uno junto al otro sobre la arena, frente al mar, y me fui de la ciudad en el primer tren. Fué en el carrocomedor donde conocí a Patricia...



El embrujo de Egipto

(Continuación de la pág. 32)

demonios? ¿Por qué odio los pensamientos respecto a mi futuro? La tarde, cuando el sol pintaba el cielo con un milagro de colores, era mi peor momento. La oscuridad del mundo me hacía sentirme mejor. La oscuridad aprisionaba al mundo y a mí en su abrazo y me amparaba. La oscuridad es una madre tierna. En la noche nunca le temo a la vida, sino en la mañana. En la mañana el mundo está sobrio y desnudo; las palabras son más ásperas, las heridas, más dolorosas. El sol muestra el polvo levantado por la sirvienta. Además, el sol revela a otra Sonia, una cuyo corazón desea algo

que niega su inteligencia. El juicio lanza muchas posibilidades; pero el corazón es inexorable, el corazón se niega a aprender. Mi corazón no había aprendido nada de todas las amargas experiencias que me había ofrecido la vida. Mi corazón decía: le quiero. Pedía eso en términos claros y vitales. Pero mi juicio proclamaba: es una equivocación.

El médico estuvo aquí. Me examinó y dijo que mi corazón aun no estaba en buenas condiciones. "La herida está hermosa, pero aparentemente esta operación puso sobre su corazón un peso superior al que podía soportar." Dijo eso sonriendo y de manera poco médica, para que yo no me alarmara. Si hubiera sabido cuán poco me preocupaba.

Una especie de debilidad de los músculos del corazón, aumentada tal vez por el esfuerzo y agravada por el clima. ¡Sí, mi estimada amiga, por el clima! Tenemos que discutir eso seriamente. Luxor está muy bien para usted en el invierno; pero la próxima primavera tendrá que irse. Debe ha-



- ★ Lencería Fina
- ★ Batas y Mañanitas
- ★ Novedades en Abrigos
- ★ Trajes Sastre
- ★ Faldas
- ★ Blusas
- ★ Chalecos y Sweaters
- ★ Guantes
- ★ Pañuelos
- ★ Medias



SIEMPRE LA ÚLTIMA NOVEDAD

cerlo! Escuche lo que le digo: es de vital importancia.

Ante tal veredicto sólo podía sonreírme. El tenía razón: era vital si podía estar con Roger Conway en Luxor o no. Y todo por culpa de mi corazón.

—Veo que es valiente y no se entrega con facilidad. Tenga cuidado con su corazón; descansa cuando se sienta cansada. Busque un empleo menos difícil; existen muchos para muchachas como usted.

El tan mentado buen consejo es siempre así. Se sirve con galantería y se salpica con azúcar. A mí no me gusta el azúcar.

Simulé que obedecería. Estaba tan cansada para argumentar. Nada me importaba. No podía imaginarme a la gente con suficiente energía como para hacer adelantar al mundo de su estado presente. Entonces, ¿de qué servía discutir?

El doctor me dió una pequeña botella con un líquido café, algunas píldoras y una página llena de recetas. Agradecida, le acepté todo con la firme intención de lanzarlo al Nilo. Luego me dió la mano y me hizo prometerle ir a su oficina al primer signo de molestia. Yo confirmé la promesa mientras lo acompañaba a través del hall. Ese fué un error, porque Barta me esperaba en un sofá, y delante de los demás tenía que expresar un cierto placer de verlo.

El médico me sonrió con complicidad mientras se daba vuelta y nos miraba desde el último peldaño.

(CONTINUARA)

Para
MEJORES NEGOCIOS
MEJORES MAQUINAS
y para CALIDAD...



MAQUINAS para
PERMANENTES y
ACCESORIOS

UNICAMENTE EN SANTIAGO
FABRICA Y SALON DE VENTAS:
CHILOE 1253 — FONO 52322
SOLICITE LISTA DE PRECIOS

PELETERIA

Potoker



Comunica
a su
distinguida
clientela el
traslado a
su nuevo
local de

MONEDA
714

ENTREPISO, ESQ. MAC-IVER

CONFIDENCIAS DE "MARGARITA".— Propiedad de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. DIRECTORA: Alicia Benavides.— Santiago de Chile, Avenida Santa María 976, Casilla 84-D.— Suscripciones. Precios: Anual: \$ 490.— Semestral: \$ 250.— Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80. Suscripciones en el extranjero Anual: U.S.\$ 1,40. Semestral: U.S.\$ 1,70. Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20. Semestral: U.S.\$ 0,10. — Año XXI - 13 de mayo de 1954 - N.º 1046.

El complemento indispensable de toda tenida de gran
etiqueta

es la media nylon

60 gauge

12 y 15
Denier



de

Laban

Medias fabricadas con hilados nylon Du Pont.

DE MEJOR SABOR
Y MAS FACIL DIGESTION



18

Confidencias

EMULSION HOMOGENIZADA

JECORINA

LOS HARA PASAR UN MEJOR INVIERNO

Confidencias

N.º 1047

M. R.

\$
10
QUINCEDA CHILENO

ELLA Y NOSOTROS DOS

UNA MENTIRA
ANGUSTIOSA

Y ASI..., AL
CRIMEN,
novela policial

AMOR HERIDO

EL EMBRUJO
DE EGIPTO,
novela

¿QUIEN CREA
TUS MAYORES
PROBLEMAS?,
artículo

EL DRAMA DE
GENOVA,
amor histórico

EL MOLDE DE
LA SEMANA

¿VOLVERA...?



—¡No podía seguir
viviendo con un
hombre que me cul-
paba por la muerte
de la mujer que
amaba!

El perfume del Romance

...cálido y
persistente!



Royal Briar

ATKINSONS

Colonia, Loción y Extracto.

M. R.

¿Volverá...?

TAL vez no debí empujarla a que lo viera nuevamente. ¡Mi pequeña Sofía es tan influible! "Mi" Sofía. Qué raro me parece llamarla así en este momento... ¡Y cómo se sorprendería ella si supiera que la hago mía en pensamiento. Su vacilación no consiguió engañarme esta mañana... Si vino a verme trayendo esa carta de Juan, fué, sin duda, porque esperaba que yo me pronunciara al respecto. Mis palabras habrían aclarado la situación, y ella habría podido escoger libremente:

—Sofía, te quiero; te he querido desde hace tiempo, pero no me atrevo a confesártelo. Si tú me quieres un poquito siquiera, por favor, no acudas a esa cita. Ese hombre te traicionó ya una vez, y volvería a hacerlo. En cambio yo, te quiero tanto, que puedes tener plena confianza en mí. Acepta ser mi esposa, Sofía, y olvida para siempre que una vez estuviste de novia con alguien llamado Juan. Sofía se veía tan bonita esa mañana, con sus grandes ojos suplicantes. Eso es lo que ella hubiera deseado oír... lo mismo que yo ansiaba decirle. ¿Hice bien en no decirselo? "Mi pequeña Sofía, decía la carta de su antiguo novio, y que ella me había obligado a leer. Es cierto que me he portado muy mal contigo. Sobre todo, no debí dejarte tanto tiempo sin noticias mías.

"Pero ahora vuelvo a pedirte que comencemos de nuevo. Aún podemos encontrar esa felicidad que nos prometimos hace ya dos años.

—¿Puedes perdonarme? Me muero por saberlo. "A menos que tú indiques otra parte, te espero a las siete donde nos reuníamos antes. ¿Te acuerdas?

JUAN."

—¡Después de un año de silencio! —murmuró Sofía cuando yo le tendí la carta después de leerla.

Ella pensaba en el desengaño, en las lágrimas que había derramado por él...

Y durante todo ese año yo me acostumbré a llamarla "mi Sofía" en mis pensamientos.

—Ah, bueno... si usted cree realmente que debo verlo... —dijo por fin ella decepcionada.

—¡Pero claro! —insistí yo, tranquilo en apariencia—. ¡Nunca te has preguntado cuáles son tus sentimientos hacia Juan? Tal vez lo quieras aún, sin saberlo.

Ella movió la cabeza, y ese simple gesto me tranquilizó un poco.

Sin embargo, yo continué:

—Ya sé que él te hizo sufrir mucho, no se portó bien... pero tal vez eso ya no cuenta. Verlo de nuevo, escucharlo, estar cerca de él será una prueba por demás interesante.

"¡Muy interesante!" Ya lo creo. Ahora me pregunto por qué cometí esa estupidez. Como si me hiciera falta insistir en el tema que más me dolía.

Mi pequeña Sofía, cuyo dulce rostro contemplé durante meses una y más veces. ¿Será posible que en este momento te hayas perdido para siempre, y por mi culpa?

Recuerdo cuando nos vimos por primera vez. No nos habíamos entonces. Ella comía sola en una mesa, no muy lejos de donde nos sentábamos cada día mis compañeras de Universidad y yo. Al pasar por su lado, levantó la vista por casualidad. Solamente eso... y, sin embargo, yo la quise desde entonces. Me uní a mis amigos, pero mis pensamientos se quedaron con la muchacha desconocida de aquel rincón.

Habíamos terminado ya nuestros estudios, pero conservábamos la costumbre de ir a almorzar al mismo restaurante, y siempre nos veíamos con la misma alegría.

Sofía, cuya presencia ya habían notado los muchachos, parecía triste. La observamos ese día, y los siguientes, siempre igual.

Al preguntarle a la dueña del restaurante por ella, nos informó que trabajaba en una gran tienda de modas. A pesar de su reserva, logramos, gracias a nuestras maniobras ingeniosas y combinadas, que, al cabo de dos semanas, se uniera a nosotros.

Por fin, un mediodía la encontramos sentada a nuestra mesa. Desde entonces nos vimos todos los días al almuerzo y a la comida.

¡Fué una época maravillosa! Yo esperaba que dentro de poco podría decirle a Sofía cuánto la amaba. Y he aquí que a este Juan, ya casi olvidado, se le ocurría aparecer nuevamente en escena.

Sofía me había hablado ya de él al comienzo de nuestra amistad. Se habían conocido cuando todavía los dos estudiaban, pero luego Juan había decidido hacer el servicio militar en la Marina. Antes de partir, se pusieron de novios, pero la separación fué nefasta a este idilio. Sin explicaciones de ninguna especie, Juan había dejado de contestar las cartas cada vez más angustiadas que su novia le escribía. Por último, Sofía, herida en lo más profundo de su alma, le había escrito una carta de ruptura, que también quedó como las otras, sin respuesta.

Yo la conocí apenas repuesta de esta gran amargura. Pero, después, qué alegría significó para mí verla sonreír, sonreírme...

Ya es tarde... Todos mis amigos se han ido. Yo he debido fingir que me iba para evitar sus bromas. Pero volví apenas di vuelta a la manzana. Ahora pensaba pedir algo fuerte... aunque nada sería suficiente para acallar los latidos de mi corazón, que insiste en latir dolorosamente.

A duras penas logro recordar la conversación entablada con Sofía, cuando ella se iba. Nunca sabré cómo pude asumir ese tono de voz falsamente indefinible, para decirle:

—Sabes, Sofía, si por casualidad tu cita termina temprano, yo estaré en el restaurante hasta las diez...

(Continúa en la pág. 34)





OFERTA ESPECIAL:

Chaquetones CARACUL desde
\$ 6.000.—

Gran surtido en:

Abrigos
Chaquetones
Capas
Estolas

- Patas Astracán
- Castor
- Muskrat
- American Lamb
- Petit Gris
- Zorros Plateados

Nutria y Mouton Doré
en variados colores.

CREDITOS

Compañía 1068 - Pasaje A. Edwards - Local 371
Teléfono 60491 - Santiago

Esto sucedió el sábado en la noche. En la tarde del miércoles 13 de septiembre, Bill Cartwright entraba al patio del edificio del Departamento de Guerra.

Realmente no esperaba una contestación formal a la carta que por último había terminado el lunes por la noche y que había echado al correo inmediatamente; esperaba a lo más un aviso de la recepción de ella. Pero llegó una rápida respuesta el miércoles por la mañana, que le dejó asombrado.

La respuesta no contenía información de ninguna especie; solamente inquiría si le sería posible presentarse en el Departamento de Guerra, en la calle de Los Guardias Montados, mostrar la carta y preguntar por el Capitán Blake.

Con dificultad, tal como lo había pensado, convenció a Mónica de que lo acompañara a Londres.

—¿Quiere acompañarme al Departamento de Guerra? Después de todo, le atañe directamente a usted.

—No, gracias; en todo caso, le advierto que no se molestase por mí.

—Como guste; pero es un espectáculo interesante. ¡El Departamento de Guerra, cerebro de la Policía Secreta Militar! Generales y comandantes indios; decoraciones exóticas, salones de mármol y alfombras profundas. Mensajes reales partiendo a misiones secretas hacia el Este. En "Deseo" usted hace ir una docena de veces al Capitán Roysted al Departamento de Guerra, de modo que pensó...

—Bueno... —dijo Mónica.

Pero el viaje a la ciudad, en un tren que se detenía a echar una siesta cinco o seis veces en un recorrido de catorce millas, no fué en absoluto un éxito; Mónica se sentó en un rincón del vagón y se negó a hablar de otra cosa que no fuesen novelas policiales. Parecía que durante las tres semanas que llevaban en Pineham había leído cientos de ellas; él mismo había sido lo suficientemente estúpido como para introducir en una de sus novelas a un clérigo. Lo que Mónica hizo del libro fué algo terrible. A juzgar por el número de errores eclesiásticos que había cometido, parecía que sólo por milagro había escapado de ser quemado en la hoguera de los herejes.

No podía terminar de comprender a esa muchacha; una vez antes de que le disparasen el tiro aquel, habría jurado que había visto en el rostro de ella algo que era lo que más deseaba en este mundo.

Luego, súbitamente, eso desapareció; no sólo había desaparecido, sino que la atmósfera de hielo con que ella se rodeaba había tomado proporciones árticas.

Pero más tarde, en el camino hacia el Departamento de Guerra, ella se ablandó algo. El embriagador aire de septiembre hacía sus efectos; el cielo, de intenso azul, estaba bordado con las formas blancas de los globos cautivos protectores de bombardeos; poco había cambiado por efecto de la guerra.

excepto por los sacos de arena a la entrada de los edificios y por las máscaras de gases que casi toda la gente llevaba en bolsas terciadas al hombro. Pero eran llevadas con el aire de quien lleva su vianda, lo que daba la impresión más bien de paseo que de guerra.

—Bill —le dijo Mónica en el taxi que los conducía desde la estación de Marylebone hasta el Departamento de Guerra. Era la primera vez en dos días que le llamaba por su nombre de pila.

—¿Qué?

—Vamos a ver a Sir Henry Merrivale, el cerebro de todo el Departamento, ¿no es así?

—Así es.

Mónica dió un tiritoncito.

Descendieron del taxi en el patio, cerrado por tres costados por altas paredes grises y pavimentado con desnivelados ladrillos, lo que le trajo a Mónica el desagradable recuerdo del escenario 1882. Varios autos estaban estacionados allí. Se dirigieron en la misma dirección que parecía ir todo el mundo, hacia una gran puerta al lado izquierdo.

Dentro, el recibí ancho y mal iluminado estaba repleto. No había señales de salones de mármol, ni tampoco de uniformes, excepto algunos oficiales con una banda roja al brazo. Bill se abrió camino a través de la multitud hacia un escritorio, tras el cual un oficial de aire eficiente y bigote erizado atendía a cien asuntos al mismo tiempo.

—¿Señor? ¿Tiene una entrevista?

Bill le entregó la carta.

—Está bien, señor —le contestó el otro—. Siéntese ahí y llene uno de esos cuestionarios.

Mientras Mónica se entretenía en imaginar fantásticas escenas tras las murallas grises, Bill llenó el cuestionario. A todos les llega su turno: el Departamento de Guerra ejercía sobre Cartwright el mismo efecto que el estudio de cine sobre Mónica. Su mano temblaba tanto al llenar el cuestionario que casi no podía escribir. Ahora que se encontraba aquí, con una inminente entrevista con Sir Henry Merrivale, ¿qué no podría suceder? ¿Por qué no que le diesen un puesto en la Policía Secreta Militar? Esto, el mayor sueño de su vida, le hizo jurarse a sí mismo que nunca sería más lógico y más dueño de sí que durante la entrevista que se aproximaba. Devolvió el cuestionario una vez leído.

—Está bien, señor —dijo el oficial—. Cap. Blake, oficina 171. Pero, ¿a qué se refiere esto de "Señorita Stanton"?

—Es esta señorita. Viene conmigo. El oficial lo miró asombrado. Bill tuvo el presentimiento de que algo malo iba a pasar.

—Pero la señorita no puede subir, señor.

—¿No puede?

—No, señor.

Le dió una mirada a Mónica. Esta tenía la vista fija en el techo, con aire pensativo.

—¿Pero por qué no? Mi asunto se

RESUMEN DEL CAPITULO ANTERIOR:

Tilly Parson le muestra a Cartwright una carta anónima que recibió Mónica, y que ella ha sacado sin decirle nada. La carta en sí es una amenaza, y Bill cree reconocer la letra. Entra Mónica, y luego el director, quien la invita a cenar, pero ésta rehúsa, alegando que tiene demasiado trabajo. Más tarde, Cartwright vuelve a conversar con Mónica. Súbitamente, se escucha la voz del guardián quien le grita a Mónica que corra las cortinas por el oscurecimiento. En ese mismo momento Bill le dice que se agache, y una bala penetra rozando la sien de la muchacha. Cartwright sale en persecución del frustrado asesino...

refiere a esta señorita. Ella es el testigo más importante que tengo; además, sólo debido a ella se me concedió esta entrevista. Ella...

—Lo siento, señor —contestó el oficial con firmeza, y trazó una raya sobre el nombre de Mónica—. La carta dice que es usted y nadie más. ¿No sabía eso cuando trajo a la señorita?

—Mónica, ¡le juro que no lo sabía! —Pero, Bill, si estoy segura de que no lo sabía —le dió unas palmaditas en el brazo que lo intranquizaron. Rió—. Lo comprendo perfectamente. De todas maneras, éste no es mi puesto, ¿no es así?

—Mire, no me demoraré nada. ¿No le importa esperarme aquí?

—No, por supuesto que no; no me importa nada.

—¿Está segura?

Sujetando con fuerza el maletín traído, Bill se alejó.

Debido a ciertas informaciones que había recibido del inspector Masters, Bill Cartwright estaba preparado para ciertas cosas. Sabía que el trato de Henry Merrivale era rara vez agradable. No esperaba ser recibido con palmaditas en la espalda, o con la pulida edu-



Y así... al crimen

CARTER

POR

DICKSON



—¡Dios mío, por supuesto que no! ¡Miserable, bajo, mezquino, vill!

—Mire, Mónica, lo dice sinceramente, ¿no es así? ¿Me esperará aquí? ¿Me jura que no se volverá a Pineham?

—Vaya, Bill, ¿qué lo hace pensar así? Por supuesto que lo esperaré. Vaya no más y que lo pase bien.

—Venga por aquí, señor —intervino el oficial, paciente pero con apuro—. Conserve el formulario. Lo necesitará para salir.

cación propia de la mayoría de los departamentos gubernamentales. Sabía también que el hombre podía gruñir y hasta morder de vez en cuando. Pero, de todas maneras, no estaba preparado para la expresión de extraordinaria y calmada malignidad de Henry Merrivale. Este estaba sentado sobre una crujiente silla giratoria, con los pulgares cruzados sobre el abdomen. Su gran calva brillaba a la luz que entraba por una ventana. Los anteojos

los tenía colocados casi en la punta de la ancha nariz y las comisuras de la boca le llegaban casi hasta la barbilla; todo su rostro tenía una expresión que habría estado a tono con la Cámara de Los Horrores de Madame Tussaud.

Bill ya había corrido aventuras. El Cap. Blake no se encontraba en la oficina 171, ni en la oficina 346. Bill y su guía atravesaron largos corredores, muy concurridos y entablados con gastadas tablas. Subieron varios pisos por una escalera de piedra de anchos peldaños. Pasaron al lado de montones de madera vieja en los corredores, ficheros, mesas, sillas destruidas. Por último encontraron al Cap. Blake en la oficina 6 y algo más, en la puerta de la cual se leían las iniciales P. S. M. (Policía Secreta Militar).

Aquí, en una oficina que parecía la pieza de un trabajador, el Cap. Blake le saludó. Llevaba uniforme, y parecía estar a cargo de varios hombres vestidos de civil, que se encontraban sentados escribiendo sobre mesas desnudas, al parecer nada muy secreto.

—Por aquí —le dijo el Cap. Blake, conduciéndole a través de más oficinas—. Cuidado con esas sillas. Estamos haciendo algunos cambios aquí. Sir Henry ha sido trasladado de su antigua oficina y no le gusta mucho que digamos.

—¿Quiere decir que está de malas? El otro vació.

—No, no es eso —dijo mirando a Bill con fijeza—. Sólo que pensé que debía prevenir a usted. Le daré un consejo; cualquier cosa que pase, no nombre la Cámara de los Lores.

No hubo tiempo para preguntar la cau-

(Continúa en la pág. 7)

Si su piel "rechaza" un maquillaje pesado...

Escoja esta base sin grasa..., tan leve...,
tan tenue...

¡Compruebe cuán suave aspecto adquiere su cutis con esta finísima base! Antes de empolvase, aplique una fina capa de Crema Pond's "V". No deja el menor rastro grasoso y se desvanece instantáneamente. Sobre esta base, los polvos se adhieren en forma suave y pareja. Esa base de Crema Pond's "V" forma una película transparente que se mantiene en su piel durante horas...

*Ester
Saavedra Goacham*

*Elegida representante de Chile
Concurso "Miss Universo 1952",
y conocida figura de nuestra sociedad,
manifiesta: "Las Cremas Pond's
constituyen un práctico
tratamiento de belleza".*

**EXIJA
EL POTE GIGANTE,
ES MAS ECONOMICO.**



LA MASCARA "1 MINUTO"
reaviva la frescura de su cutis.

Aplíquese abundante Crema Pond's "V" por todo el rostro, excepto en los ojos. Déjela nada más que un minuto y quítesela luego con una toallita absorbente. La piel queda fresca..., ¡lista para un maquillaje conveniente!



*Las mujeres más lindas del
mundo usan y recomiendan
Cremas Pond's.*



Y así... al crimen

(Continuación de
la pág. 5)

sa de la antipatía de Henry Merrivale por la Cámara de los Lores. El Cap. Blake abrió la puerta de una desordenada oficina, con dos ventanas que miraban al patio de entrada y detrás del escritorio estaba sentado Sir Henry Merrivale jugando con sus pulgares y mirándolos con fijeza.

—Le estaba esperando —dijo—. Siéntese.

—Gracias, señor.

—¿Quiere un cigarro?

—Gracias, pero prefiero la pipa. Bill Cartwright estaba preparado para enfrentarse con el mismo demonio si era necesario; pero esto era diferente de lo que se había imaginado. Mientras llenaba la pipa, una atrocidad en la opinión de Mónica, dos ojos como de reptil le miraban por encima de los anteojos.

—Tengo aquí —dijo el bulto con abrigo de alpaca, animándose súbitamente y extendiendo unos papeles sobre el escritorio— una carta suya muy extraña. También tengo lo que usted llama un resumen de acontecimientos. Mire, dijo. —Su voz tuvo un ligero cambio—. ¿Qué es lo que realmente quiere usted?

Bill tragó saliva.

—Creo que se trata de asesinato. Durante las tres últimas semanas ha habido dos intentos de asesinato en Pineham; uno ejecutado de una manera tan brutal, que sugiere la idea de la obra de un loco, y ambos dirigidos contra la misma persona, una muchacha llamada Mónica Stanton.

—Uh-huh ¿Qué más?

—La muchacha no tiene ni un solo enemigo en el mundo; parece no haber ninguna razón para que alguien tenga interés en asesinarla. Quisiera que usted encontrara el motivo y la prueba necesaria para poner a ese maldito donde le corresponde. Yo no he podido conseguir esa evidencia; el individuo o es muy inteligente o tiene mucha suerte. Escribe tranquilamente en una pizarra y envía dos cartas de su puño y letra, pero ni aún así lo he podido descubrir. Grita al lado fuera de una ventana, y sin embargo ninguno de nosotros ha podido identificar la voz. Lo que me desconcierta es que estoy casi seguro de saber de quién se trata.

—Uh-huh. ¿Quién cree usted que es?

—Un individuo llamado Kurt von Gager.

—Uh-huh. ¿Motivos?

—Pero, señor, si le escribi...

—Hum. Pero no se preocupe de eso, hijo. Solamente déme los motivos que tiene.

Esta era su oportunidad.

—Si usted me lo permite, quisiera comenzar por el primer incidente, que ocurrió hace exactamente tres semanas. Estaban filmando una escena de una película llamada "Espías del Mar", cuyo escenario era un camarote a bordo de un transatlántico de lujo. Howard Fisk, al parecer por accidente, botó la botella que se encontraba sobre la mesita de noche, la que resultó estar llena de ácido sulfúrico en vez de agua. Se explicó después que este escenario se había reproducido exactamente de fotos del "Brunilda", un trans-

atlántico alemán; el trabajo había sido dirigido por Gager, que es famoso por el realismo de sus detalles. Sir Henry, ¿ha viajado usted a bordo de un transatlántico de lujo?

—Seguro, hijo. ¿Por qué?

—Bueno —dijo Cartwright—. ¿Vió alguna vez una botella de vidrio en las mesitas de noche? —Luego de una pausa continuó—. No creo que haya visto eso. En los camarotes de lujo, o en cualquier camarote de primera, hay sólo dos clases de botellas. Una es de cristal grueso, que es colocada cuidadosamente de modo que no se caiga, en un soporte encima del lavatorio; el otro tipo es de termos, con una cubierta gruesa de baquelita o de cromo, los cuales contienen agua helada para beber. La razón de esto es evidente. Si pusiesen botellas de cristal corriente, como las que hay en todas las casas, en las mesitas de noche de los camarotes de los transatlánticos, sería una estupidez: caerían y se destrozarían con el primer movimiento del barco.

"Ninguna compañía de navegación haría eso. Gager, que dice haber cruzado el Atlántico infinidad de veces, debería saberlo; aún suponiendo que no lo supiese, estaban las fotos del "Brunilda" para demostrárselo. No. Sostengo que la puso allí deliberadamente, sobre una mesa de la cual podía ser derribada con facilidad, e intencionalmente se preocupó de que fuese derribada.

"Lea lo que dice Howard Fisk acerca de eso. Howard dice: "Gager y yo estábamos conversando; yo iba retrocediendo, cuando él me dijo: ¡Cuidado! Tropecé con la mesita de noche... y así sigue. Otra vez aparece Gager, ya lo ve.

"Ahora bien, la torpeza de movimientos de Howard es reconocida. Si yo quisiese enredarlo en una conversación, de modo que tropezase y cayese sobre algo, le hago una apuesta que ni Howard ni nadie sospecharía nunca que lo hice con intención. Eso, señor, es lo que sucedió. Gager fué el hombre del ácido, lo cual es la clave del asunto; lo juraría así hasta el día de mi muerte, que fué él. Pero lo que no puedo comprender es la razón por la cual lo hizo.

Hizo una pausa, chupando la pipa, que se había apagado.

Bill Cartwright en el Departamento de Guerra, lo mismo que Mónica en el estudio de cine, estaba tan impresionado que casi no notaba las cosas exteriores. Hablaba hasta por los codos, antes que nadie lo fuese a interrumpir. Y estaba seguro, de que estaba hablando bien. Si alguna vez en su vida había querido impresionar a alguien, era a esta gente.

A lo largo de todo su discurso, Sir Henry no lo había interrumpido ni una sola vez; un experto jugador de póquer hubiese encontrado que leer en su rostro era una empresa totalmente imposible.

—Bueno —dijo, restregándose las manos en la calva—, eso parece tener lógica. ¿Sabe, hijo? Usted me recuerda a Masters. ¿Algo más?

—Sí. El primer atentado contra Mónica Stanton.

—¿Bueno?

—Usted tiene un resumen de la declaración de ella; verá lo que ella dice. Unos minutos antes que se le acercara el mensajero, para comunicarle que el señor Hackett deseaba verla en el escenario 1882, estaba sentada conversando con Frances Fleur; se avinieron mucho; estaban comenzando una en-

(Sigue a la vuelta)



Para afirmar el busto es bueno juntar las manos sobre la cabeza y apretar las palmas firmemente.

La hermosura de la silueta

Nadie que tenga mala postura o mala figura, puede verse bien. Los vestidos se adaptan a las líneas y posición del cuerpo, toman su forma.

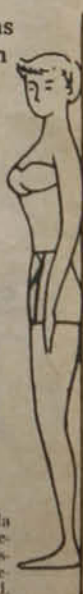
Aunque hermosos y de telas finas, no pueden verse bien si quien los usa se para o camina mal, o si el cuerpo pesado arruina la silueta.

Las faltas más graves en la silueta son la mala postura, ausencia de gracia y flexibilidad en los movimientos, gorduras y desarrollo disarmonico.

Pero la silueta puede mejorar mucho si se realiza un programa inteligente

y se persevera.

Para controlar la postura: la cabeza, hombros, muslos y talones deben tocar la pared.



Visíteme sin compromiso.

KARA DISLODNA

Phillips (ex Central) N.º 16, 3er. piso.
Santiago.

En Valparaíso: Condell 1443, 4.º piso.

Si Ud. vive en provincias, también puede cultivar su hermosura. Escribanos indicando los problemas que le preocupan, mencionando su edad y adjuntando a su carta ciento cincuenta pesos en estampillas de correo. Recibirá su "Ficha de Belleza", que es un estudio que le servirá de guía para perfeccionar su hermosura y embellecer su cutis.



Ellas
sueñan
con

Jaspét

Jaspét... otra creación
CAUPOLICAN
que le permite
confeccionar vistosos
vestidos,
ahorrando dinero.

Ellos... también prefieren
JASPET CAUPOLICAN
para sus camisas sport.

JASPET

Caupolicán
M. R.

una tela de
doble uso
y doble
duración.



tretenida charla cuando de pronto Frances parece darse cuenta de algo. Interrumpe la conversación, se pone de pie, se excusa apresuradamente y desaparece. Lo que me pregunto es: ¿por qué? ¿Sabe usted por casualidad algo acerca de Frances Fleur? —Oh, oh —dijo Sir Henry.

Una expresión de placer vampiresco apareció en su rostro. Se restregó las manos, le lanzó a Bill una mirada llena de impudicia y se acarició el estómago.

—La he visto en películas, hijo. ¿Qué me maten, pero qué mujer! —Se dio vuelta en dirección al Cap. Blake—. ¿Se acuerda, Kern, la vez que la vimos en "Popea"? ¿Cuando su esposa la llenó de epítetos durante toda la función y por el resto de la tarde?

—Sí, señor —dijo Bill—. Pero ella no es como Popea.

—¿No?

—No. Lo que Frances pide es sólo sentarse y tomarlo todo con tranquilidad. Es el sueño de todo director; se queda sentada durante horas, mientras se arreglan las luces o se toman planos. Y todo lo que ella pide es conversar durante las esperas; no se esquivo de nadie; no se sobresalta por nada; no se apura por nada de este mundo. —Hizo una pausa—. Es decir, con

El sueño es cuando él promete
llenar sus menores deseos. El
despertar llega cuando tiene que
llenar los grandes.

excepción de una persona: su marido. Es la única persona en el mundo que puede conseguir todas esas cosas. Llevan casados sólo unos pocos meses; le garantizo que es un amor terrible. Y hacen en público unas cosas que dejan sin habla a los espectadores; ella lo toma con toda naturalidad; él, con una insaciable seriedad, como si no hubiese visto nunca una mujer antes.

Lo que Frances vio mientras conversaba con Mónica, puede estar seguro fué a Gager llamándola insistentemente. Luego la envió a alguna parte con alguna razón falsa. De otro modo, comprenderá usted que Frances habría estado conversando hasta el día del Juicio Final. Y Gager tenía que tener a Mónica sola. Tenía que tenerla sola para poder enviarla al otro escenario, para echarle el ácido en el rostro a través del citófono.

Las palabras que estaba diciendo eran graves y Bill Cartwright lo sabía. Henry Merrivale le dijo con voz dura:

—¿Tiene pruebas de eso, hijo? —No, señor. Y le diré por qué. Después del asunto del ácido, nosotros seis, Gager, Frances, Howard Fisk, Tom Hackett, Mónica y yo, nos reunimos para resolver la cuestión averiguando quién lo había hecho. Howard sugirió que hiciésemos un resumen, cada uno, de lo que estábamos haciendo en el momento del accidente. —¿La coartada?

—Si. Tom dió cuenta de sus movimientos, aunque no tenía ningún testigo de ellos; lo mismo Howard, quien había estado dando vueltas por ahí; yo dije los míos. Pero cuando le tocó el turno a Gagern, nos dió la función completa del noble ofendido, dijo que era intolerable, que no soportaría mi impertinencia y mis intromisiones por más tiempo. Se negó a dar ninguna cuenta de sus actos y le ordenó a su mujer que hiciese lo mismo. Por supuesto que Frances le obedeció; como resultado de eso, no le he podido sacar una palabra desde entonces.

—Espere un minuto, hijo —le dijo Henry Merrivale.

Parecía molesto por una mosca invisible. Hizo un gesto.

—Hay una cosa que no entiendo bien

—continuó—. Supongamos que todo eso

sea cierto. Dije: supongamos. ¿Qué es

lo que quiere proponerme? ¿Qué es lo

que hace usted aquí? Esto le debería

corresponder a la policía, ¿no es así?

¿Por qué se dirige a mí?

—Porqué —replicó Cartwright— Ga-

gern es un agente de espionaje nazi,

y eso puedo probárselo.

Habían llegado al punto culminante.

Aunque trató de actuar con toda natu-

ralidad, como correspondía a un candi-

dato a la Policía Secreta Militar, se

encontró con que tenía un desalenta-

dor nudo en la garganta.

—Continué, hijo —le alentó Sir Hen-

ry.

—Es curioso, señor, comprobar el he-

cho de las pocas sospechas que des-

pierta un equipo de cine tomando fo-

Cosa divertida del dinero: los
hombres posan en él los ojos y
las mujeres las manos.



Chaleco de corte moderno

Talla: 42.

Tensión: 27 puntos igual 10 centímetros.

Materiales: 500 g. de lana de 4 hebras; palillos de 2,5 y 3,5 mm.; 11 botones.

Espalda: Comenzar por el puño de la manga derecha. Urdir 32 puntos con

los palillos de 2,5 y tejer 6 centímetros de canutones (2 puntos al derecho,

2 puntos al revés). Continuar en seguida con los palillos de 3,5 y canutones

de 1 punto al derecho, 1 punto al revés. Aumentar al lado derecho (costura

de arriba de la manga y hombro, 19 veces 1 punto cada 10 hilera. Aumentar

al mismo tiempo al lado izquierdo (debajo del brazo y costura del lado),

10 veces 1 punto cada 3 hilera, y en seguida 4 veces 1 punto cada dos hi-

leras. Urdir luego 5 veces 5 puntos a este mismo lado. Cuando el trabajo,

medido a partir de los últimos 5 puntos urdidos sea de 22 cm., se ha lle-

gado a la mitad de la espalda. La segunda mitad se teje igual, pero en sen-

tido inverso, es decir, se disminuye en vez de aumentar.

Delantero izquierdo: Comenzar por el medio de adelante. Urdir 102 puntos

con los palillos de 2,5 y tejer 3 cm. de punto de canutones de a dos. Con-

tinuar con los palillos de 3,5, con canutones de a uno. A una altura de 6

cm., urdir al lado izquierdo, para el escote, 6 veces 1 punto, 2 veces 2 pun-

tos, 1 vez 3 puntos y 1 vez 5 puntos. Disminuir en seguida a los dos lados

para el hombro, la costura del lado y la manga, igual como se hizo en la

mitad izquierda de la espalda. Terminar con 6 centímetros de canutones

de a dos, con los palillos de 2,5, para el puño.

Delantero derecho: Igual al izquierdo, pero con 9 ojales. Tejer igual durante

1 cm., luego tejer 2 puntos, cerrar 2 puntos, * tejer 10 puntos, cerrar 2

puntos, repetir aún 7 veces a partir de *, luego tejer 2 puntos. Urdir en

la hilera siguiente los puntos cerrados en la anterior.

Coser las diferentes partes. Levantar los puntos en la parte baja del cha-

leco y tejer con los palillos de 2,5 con punto de canutones de a dos. A

una altura de 2,5 centímetros, y a 8 centímetros, hacer un ojal en el de-

lantero derecho. Para esto cerrar dos puntos a 3 puntos de la orilla y

volverlos a urdir en la hilera siguiente. Cuando se hayan tejido 10 cm., ce-

rrar todos los puntos.

Levantar los puntos del escote y tejer con los palillos de 2,5, con punto

de canutones de a dos. Cerrar los puntos cuando se hayan hecho 5 cen-

tímetros. Coser los botones sobre el delantero izquierdo.

tografías en cualquier sitio. Supóngase que yo fuese un espía que quisiera tomar fotos, en tiempo de paz, por supuesto, de las defensas navales. Si tratara de deslizarme en mi objetivo con una pequeña cámara, todos los centinelas del lugar estarían persiguiéndome a los dos segundos. Pero podría hacerlo con toda tranquilidad con cinco grandes camiones, dos equipos de grabación de sonido y las mejores máquinas fotográficas del mundo; hasta los mismos almirantes se pondrían en pose para mí.

Esto fué lo que hizo Gagern. De alguna misteriosa manera se las arregló para persuadir al Almirantazgo de que le concedieran el permiso para fotografiar en Portsmouth, Gravesend y Scapa Flow, los exteriores para la película "Espías del Mar". Esto fué antes de la guerra, naturalmente. Casi todo lo que fotografió no podría de ninguna manera ser exhibido ahora porque lo requisaría el Ministro de Información. Pero las fotografías fueron tomadas. Lo que es más, todo fué arreglado por Gagern, aunque ése es normalmente el trabajo del productor, o sea, Tom Hackett. Por último, hay un punto que no supe hasta esta mañana, informado por el mismo Tom Hackett. Se supone que Gagern tenía orden de fotografiar seis mil pies de celuloide de exteriores; pero en realidad tomó ocho mil, de los cuales la mayor

(Continúa en la pág. 13)



*¡Por fin
en venta!*

Aparecieron los moldes Sedylan,
con los últimos dictados de la
moda.

3 moldes en uno.

¡Con indicaciones de colores y
telas!

Confeccionados según especialis-
tas europeos y norteamericanos.

Pídalos en todas las tiendas y li-
brerías. Si no los encuentra, es-
criba a Sedylan, Casilla 3858,
Santiago, o a Empresa Editora
Zig-Zag, Casilla 84-D, Santiago.

Todos los hombres parecen tener algo de decencia, excepto él

LA empleada de la oficina de Correos leyó en voz alta el telegrama: "Señor Jaime Blanco, fundo Los Alerces, Osorno. Gloria murió esta mañana. Ruego enviar sesenta mil pesos para gastos. Respuesta pagada. Tu hermano Gustavo."

—¿Correcto?

—Sí —respondí, afirmándome en la ventanilla. ¿Cuánto demorará?

—Alrededor de las diez llegará la respuesta —dijo ella, mirando el reloj.

Sali de la oficina y empecé a vagar sin rumbo por las calles. Tenía que asesinar. La idea volvía una y otra vez a mi mente de manera tan obsesiva, que no me dejaba descansar. ¡Matar! Pero yo no había asesinado, sólo había hecho lo único que podía hacer en tales circunstancias.

Pensé en mi hermano Jaime, que estaba cómodamente tomando el desayuno, y que su tranquilidad se vería perturbada con la llegada del telegrama. El había conocido a Gloria cuando tenía sólo dos años y le había tomado mucho cariño, como les pasaba a todos los que la conocían.

Entré en una fuente de soda y pedí una taza de café. Hacía dieciocho horas que no comía; sin embargo, no tenía apetito. Pagué el consumo con el último que me quedaba.

Anoche tenía billetes de cien y de mil, que se habían convertido en fichas de diversos colores. Ni siquiera los había perdido en un juego entre amigos. Fué en medio de un ambiente en donde se escuchaba el monótono barajar de los naipes y donde no se perdía el tiempo en conversaciones inútiles. Se jugaba mucho dinero, sumas enormes, que yo sabía perfectamente que no tenía, pero había seguido jugando, con la esperanza de recuperar lo perdido. "Esta es la última mano", me decía cada vez. Tenía la garganta áspera de tanto fumar, y una voz interior me reprochaba haber gastado de nuevo todo mi sueldo, mientras Anita me esperaba inquieta.

¿Por qué no me fui a casa después del trabajo, como lo había prometido?

Pasé a tomar una cerveza y después entré en la trastienda de un café de mala muerte, donde se jugaba hasta altas horas de la madrugada. Ahora estaba amaneciendo, y se oían pasar los camiones repartiendo leche. Leche... Gloria tenía que tomar leche.

"Debo recuperarme en esta última mano", pensé, desesperado. Las apuestas seguían aumentando. Los jugadores se habían marchado, y sólo quedábamos Julián y yo. Lance diez mil pesos y Julián aceptó el reto, pero la suerte estaba en contra mía esa noche, y mi adversario se llevó todas las fichas que me quedaban. Lo vi sacar cuentas en un papel:

—Me debes cincuenta mil pesos —anunció con voz tranquila.

—No los tengo, Julián. Es decir, no los tengo aquí —me apresuré a aclarar—. Tendré que sacarlos del banco.

—De acuerdo. Yo confío en los amigos. Te esperaré hasta el mediodía.

Sali del café sin poder creer lo que había hecho: cincuenta mil pesos. ¡Un dinero que no tenía y que tampoco tenía posibilidades de conseguir! No me había quedado más que firmar un pagaré a Julián.

Tenía que conseguir esa suma fuera como fuere, ya que los que no le pagaban las deudas a ese hombre lo pasaban muy mal.

Caminé por las calles, sin dejar de pensar en mi problema, mientras la cabeza parecía que me iba a estallar de dolor. Pedir prestado... pero, ¿a quién? El dueño de la pequeña tienda de maquinarias donde yo trabajaba tenía

una pésima opinión de mí, sabía que jugaba a los naipes, y no me ayudaría. ¿Y empeñar los muebles? Era inútil, porque los muebles no valían ni siquiera eso. Anita había arreglado la casa con modestia. Los cinco años de matrimonio habían sido duros para ella, y su única recompensa era Gloria.

En ese momento pasé frente a una casa de aspecto miserable donde dormían los vagos y los pordioseros por una suma ínfima de dinero. Algunos de ellos ya salían a la calle, y, al ver sus rostros sucios y cansados, me pareció contemplar mi propio futuro. Eché a correr desesperado. Pero, ¿hacia dónde huía? ¿Cómo esquivar la realidad de mi vida? Tenía una casita cuyo arriendo no se pagaba desde hacía meses, un hogar donde faltaba el dinero para comprar lo más indispensable. Encima de todo eso, había despilarrado mi sueldo y debía pagar ese mismo día cincuenta mil pesos.

Mi hermano Jaime vivía en la vieja casa de familia y, aunque había logrado amasar una respetable fortuna, no me prestaba un peso. ¿Y si se trataba de algo tan urgente que no pudiera negarse? En ese momento se me ocurrió lo del telegrama. ¿Y si necesi-

—Que Gloria no salga hoy; le puede pasar algo...

a mentira angustiosa

taba cincuenta, por qué no pedirle sesenta?

Me dirigí a un teléfono público. Anita respondió a mi llamado. Probablemente pasaría toda la noche tratando de ubicarme en los garitos.

—Anita, ¿están bien las dos? —pregunté.

El silencio que siguió a mis palabras era una mezcla de enojo por mi actitud y de alegría al saber que estaba vivo.

—Sí, estamos perfectamente —su voz delataba cansancio—. ¿Dónde estás tú?

—En el centro. Hoy no tengo que trabajar—. Tengo todo el sueldo y algo más. Puedes comprarle a Gloria los zapatos que pensabas.

—¿A qué hora volverás?

—Dentro de un par de horas, tengo que cortarme el pelo. Te prometo que no gastaré más que en eso. —Entonces me acordé del telegrama—. Que Gloria no salga hoy, le puede pasar algo.

—¿Qué le puede suceder, por qué dices eso? —exclamó Anita, sorprendida.

—No sé, supongo que estoy nervioso. Sí... Ya te lo dije... Pasé la noche jugando póker, pero gané... Sí, no te preocupes.

Colgué el fono y salí de la fuente de soda terriblemente agotado.

Aún disponía de toda una hora, de una hora que matar. No, no para matar a nadie. Compré un diario y me senté en un banco del parque a leerlo. Me detuve en la lista de las cruces; había entre ellas nombres de niños, pero muertos por alguna enfermedad o accidente, no por alguien que necesitaba dinero.

La culpa, al fin y al cabo, era de mi hermano. Si fuera más generoso conmigo, no tendría necesidad de mentirle. Nunca me había ayudado, y lo único que hacía era bur-

larse de mí. Le devolvería su dinero y se lo devolvería con intereses, además de decirle lo que pensaba de él. Si, él tenía la culpa de todo. Estaba orgulloso de su casa y de su situación económica y social. Su mujer tenía abrigo de pieles y joyas, pero Anita también los tendría, y algún día llegaríamos a su casa en un automóvil de lujo... Si Jaime entonces todavía recordaba el telegrama, le borraría la cara de un puñetazo.

Cuando volví al Correo, estaba furioso. La empleada debe haber confundido mi ira con tristeza, pues me miró con simpatías y me dijo:

—Aquí está su respuesta. Puede pasar a retirar el dinero. Llé el papel.

“Muy impresionados. Imposible ir a esa. Nuestras condolencias para Anita.”

Condolencias para Anita y nada para mí. Jaime recordaría nuestro hogar humilde y la calle donde jugaba nuestra hijita.

Gloria no había tenido muchos juguetes, pero en el futuro los tendría a montones. Con un poco de suerte, compraría una casita, y mi hija dispondría de un jardín donde jugar. Todo esto eran proyectos para acallar los remordimientos que me hacían daño.

Me dirigí al café a buscar a Julián. Lo encontré desayu-

(Sigue a la vuelta)



SapolioTM AHORA CON DETERGENTE ACTIVADO

¿DETERGENTE
ACTIVADO?



"¡Sí! El Detergente, una vez en contacto con el agua, se ACTIVA, formando millones de minúsculas burbujitas que disuelven la suciedad en contados segundos." Ahora, SAPOLIO con Detergente ACTIVADO, la gran innovación para limpiar mejor aluminio, enlozados, porcelana, azulejos, etc. Compre hoy mismo el Nuevo SAPOLIO.



EL MEJOR LIMPIADOR CASERO

Sus ollas: ¿Disfrazadas de qué?



Ahora pueden relucir con poco trabajo gracias a la acción del Detergente ACTIVADO: tome un paño húmedo, viértale algo de SAPOLIO, restriegue la olla, enjuáguela... ¡y listo!



nándose, y al verme hizo una mueca parecida a una sonrisa. Le entregué el dinero, con la esperanza de que viera que me sobraban billetes.

—Come algo, después podemos echar otra manito... —sugirió.

Yo había prometido volver pronto a casa, pero, ¿y si me recuperaba?

Gloria: oí su nombre y creí que era la voz de mi conciencia, pero me di cuenta de que era la radio. Era el boletín noticioso de las diez y media. "La señora X salió a hacer sus compras, y cuando volvió, encontró que su hija Gloria había desaparecido. Un testigo no identificado dice haber visto a una niñita de pelo oscuro con un hombre. La policía procede..."

—¡Esa es Gloria! —grité con horror, mientras la pieza parecía girar en forma vertiginosa—. Esa es mi... Julián me empujó a la calle y llamó un taxi. Nos subimos y el auto comenzó su carrera loca. Todos me ayudaban cuando estaba en apuros, y hasta Julián, que me era casi desconocido, tenía la decencia de comprender mi angustia. Jaime había procedido correctamente al enviarme dinero para el entierro. Todos habían sido generosos... Yo era el único egoísta, que quería todo para mí y no daba nada en cambio.

Empecé a reirme en forma histérica.

—¡Está muerta! ¿Me oyes? ¡Está muerta y yo la maté!

—Tranquilízate, dime dónde vives e iremos más rápido. Le di la dirección. No era una calle muy elegante que digamos. Una callejuela estrecha con casas sucias y sin jardines.

—Yo quería que tuviera todo —dije con voz ronca—. No quise matarla, le rogué a mi mujer que no saliera. Era preciosa y todos la querían.

—No te desesperes, ya aparecerá la niña —me consoló Julián—. Una vez pasó lo mismo con la mía, la buscamos por todas partes, llamamos a la policía, y la encontramos por fin dormida debajo de la cama...

Pero esa era su hija y no la mía. Era difícil creer que alguien se interesara por robarse a una niña pobre, con zapatos gastados y vestidos desteñidos. A una muchachita hija de un hombre que tiraba el dinero en los garitos. El mundo estaba tan malo, y la encontraríamos muerta detrás de algunos matorrales.

Me imaginé a Anita buscando trabajo para ganar unos míseros pesos que tanto significaban para nosotros. Esperándome noches enteras sin saber si tendría dinero para el día siguiente o si yo volvería con mi sueldo. Habría dejado sola a la niña y ahora estaba muerta por mi culpa.

Si no hubiera mandado el telegrama, también estaría desesperado. El hombre no pierde su alma de pronto, sino poquito a poco. La decencia no desaparece bruscamente, sino que se va gastando gradualmente, de manera que no se da cuenta de cuándo ya no le queda nada.

El taxi llegó a mi calle. Cerré los ojos para no ver el tumulto que se agolpaba frente de mi casa.

—Llegamos —dijo el chófer—. Parece que hay buenas noticias. No se ven policías y los vecinos sonríen normalmente.

Oí que Gloria me llamaba, y un segundo después la estrechaba entre mis brazos. En ese momento salió corriendo Anita y escondió su cabeza en mi hombro.

—Está sana, sana gracias a Dios —la escuché decir entre sollozos.

Un hombre trataba de explicarme algo, pero no lo escuché. Mis labios balbuceaban una oración de gracias.

Por fin logramos deshacernos de los vecinos. Le pagué el taxi y sentí que la mano del chófer estrechaba fuertemente la mía.

—Mi mujer se llevó a su hijita —repetía pacientemente el hombre, a quien yo no quería oír—. Ella está enferma, ¿sabe? Lo está desde que murió nuestra niña. No le hizo daño a su chica, pero comprendo la desesperación de ustedes.

—Dijo esto y puso un cheque en mi mano.

—No le guardamos rencor, pero no queremos su dinero —murmuré, entrecortado—. Gracias de todas maneras, pero no lo necesitamos.

Era un cheque con el cual podría pagarle a Jaime. No lo acepté. A mi hermano le pagaría poco a poco, y con dinero ganado con mis manos. Además, le escribiría confesándole mi crimen, aunque tuviera también que decirle que había sido un tonto y un sinvergüenza.

—Aquí está mi tarjeta, por si puedo ayudarlo en algo —insistía el hombre—. Soy constructor y tal vez pueda hacerle algún día su casa.

—Sí —repuse, mientras acariciaba los sedosos rizos de Gloria—. Seguramente lo necesitaré. Dentro de un año mi situación será muy distinta.

Mi hijita se acurrucó en mi falda y pasé el brazo alrededor de los hombros de Anita. Los tres juntos para siempre... Eso haría que el porvenir fuera risueño para todos.



ME CANNON/REXSON



Y así... al crimen

(Continuación de
la pág. 9)

parte actualmente ha desaparecido, dejando a todo el estudio en ascuas. (En la habitación el ambiente había cambiado; Bill Cartwright lo podía sentir.)

—Me resta sólo una última cosa que decir, señor, y luego usted puede proceder como le parezca más conveniente. Se lo diré con franqueza: personalmente, estoy más interesado en Mónica Stanton que en cualquier asunto de espionaje. Por más de dos semanas, se ha supuesto que Gager ha estado en cama, con un ataque de influenza; se dijo que se le había producido por haberse caído al agua mientras dirigía una escena de un submarino. Bueno, no es verdad.

—¿No es verdad?

—No tiene influenza. Está tan sano como usted o yo.

Henry Merrivale abrió un ojo.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

—Porque le he seguido la pista —contestó Bill con satisfacción.

—¿Sí? —dijo Sir Henry pensativamente—. ¿Le ha seguido la pista, ah?

—Sí, señor. No le he quitado de encima a ese caballero un ojo que habría incomodado a Medusa. El y Frances tienen una florida quinta en el más idílico de los paisajes, y con oscurecimiento o sin él, lo he vigilado. No pretendo que no se me haya escapado una o dos veces, ya que ha podido entregar esas infernales cartas anónimas. Pero en general no ha podido escaparse de la quinta.

—No ha podido escaparse de la quinta —repitió Sir Henry.

—No... hasta el lunes en la noche. Hacia el fin de la semana, desgraciadamente, aflojé mi vigilancia. Creí que los incidentes no se volverían a repetir, a pesar de que sabía que lo de su enfermedad era falso, ya que lo había sorprendido tratando de salir de la quinta el miércoles recién pasado. Abrió la puerta trasera, y allí estaba yo, sentado en el jardín, fumando mi pipa.

—Es un trabajo realmente bueno, hijo.

—Gracias, señor. Pero desde el momento que aflojé mi vigilancia, se produjo el segundo atentado contra Mónica Stanton. Seré perfectamente justo en lo que sigue. No puedo jurar que fue su voz la que oí afuera de la ventana de Mónica gritando "¡luzes!" en la noche del lunes. Era la voz más extraña y poco humana que he oído en mi vida, disfrazada de manera que podría haber sido tanto de un hombre como de una mujer; pero...

—¿Uh-huh?

—Inmediatamente después que disparó el tiro, salí corriendo con una linterna detrás de ese cerdo. Afuera estaba negro como tinta, pero le oí correr. Desgraciadamente le perdí la pista porque me llevaba mucha ventaja. Pero por lo menos tuve la satisfacción de perseguirlo hasta dentro del lago.

—¿Quiere decir que cayó en el agua de nuevo?

Bill Cartwright rió entre dientes.

—Bueno, no podría jurar que fue Gager, porque no le alcancé a ver; pero, a juzgar por la magnitud de la zambullida, se dió un remojón que valía la pena de ver. Me alegro de comunicarle también que fue hacia el lado sur del lago, donde hay bastante nata sobre el agua. Se arrastró hasta la orilla y escapó.

"Ahora, señor —continuó Bill, de un modo más serio y conveniente—, lo principal es que no tengo idea de cuáles son las intenciones del individuo. Sé que es un agente de espionaje: creo haberle probado eso. Sé, además, que es responsable de los atentados contra Mónica. Pero, ¿por qué?"

"No he podido probar nada por medio de su escritura; quiero decir que uno no puede acercarse sencillamente a alguien y decirle: 'Déme una muestra de su escritura'. Y maneras más sutiles de obtenerla son más difíciles en teoría que en la vida real. No puedo probar nada por medio de su voz. El ácido sulfúrico fue vertido a través del citófono usando una botella de cerveza que yo encontré más tarde en el segundo piso de la casa del médico; pero no tenía huellas digitales, porque Gager llevaba guantes. La bala fue disparada con un revólver del calibre 38, pero no he podido encontrar el revólver."

"Por otra parte, no puedo dejar de sentir un modesto orgullo por mis deducciones, las cuales están corroboradas hasta el último detalle por los hechos. Créame que aprecio altamente las palabras de alabanza que usted ha tenido para conmigo. Si he sido de alguna utilidad para su Departamento...

Hizo una pausa.

Henry Merrivale había cerrado ambos ojos.

—Escuche, hijo —le dijo Sir Henry con un amable y poderoso susurro—. Ya no estoy enojado... Me encuentro en un estado de tranquilidad y calma. Pero antes que siga adelante, permítame preguntarle algo. ¿Sabe por qué le pedí que viniese aquí?

—No.

—¿No se le ocurre nada?

—Bueno, pensé...

Henry Merrivale le hizo una seña al Cap. Blake, el cual se dirigió hacia la puerta, la abrió y llamó a alguien.

—Porque parecía no haber ninguna manera legal de detenerlo a usted —dijo Sir Henry—. Quiero que conozca a un individuo, de nombre Kurt von Gager, el mismo tipo de que usted ha estado hablando. Su verdadero nombre es Joe Collins. Es uno de mis hombres. Entre, Joe: tome asiento; ¿quiere un cigarro?

(CONTINUARA)

SU CUTIS

cuidelo con esmero



La **crema macker** actúa sobre el rostro como embellecedora y de limpieza a la vez. Compensa la sequedad de la piel, elimina arrugas, y da flexibilidad al cutis.



Por su finísima adherencia es ideal como base para los polvos.

crema macker

Gane
\$30.000.-
en dinero efectivo

EN EL NUEVO SORTEO IPANA DE 1954

- 1) Despliegue el cartón de su tubo (grande o chico) de pasta dental Ipana.
- 2) Allí se explican las bases, que son sencillísimas.
- 3) Llene el cupón que está en el interior del cartón.
- 4) Mándelo hoy mismo, o mañana, a casilla 3934 de Santiago.

Además del primer premio de \$ 30.000 hay 9 premios de 10.000, 3.000 y 1.000 pesos en dinero efectivo.

Nuevo sorteo de pasta dental

IPANA M.R.

¡Nunca hay que desestimar el Poder de una Mujer!

UN PROBLEMA

Esso-lucionado

—¡Cómo!... ¡Encendió al primer chispazo!



—¡Naturalmente! Siempre lo cargo con Líquido Esso para Encendedores. Enciende instantáneamente y nunca falla.



LIQUIDO

Esso

PARA ENCENDEDORES

La chispita más pequeña basta para hacer brotar la llama de su encendedor, si utiliza Líquido ESSO para Encendedores. Pídale en su cigarrería, en la ferretería o a su Distribuidor Esso.

Y recuerde también: Cera Esso para pisos, Esso Varsol, Lubricante Casero, Quitamanchas Esso y FLIT.



E

MPECE a salir con Samuel para molestar a mamá. Sabía que a ella le desagradaba, y ese era motivo suficiente para que lo escogiese como compañero.

Supongo que la familia de Samuel jamás tuvo una situación decente. El padre era mecánico, pero bebía en tal forma, que no conservaba mucho tiempo ningún empleo. Pero Samuel era un muchacho agradable, alto, rubio y de facciones regulares. Habíamos sido amigos desde niños, pero jamás pensé en él, hasta el día que me fué a buscar al colegio, y me dijo:

—Ruth, ¿te agradaría ir a bailar conmigo el sábado por la tarde?

—Me encantaría —le repliqué, feliz.

Después del baile me fué a dejar a mi casa y permanecimos un rato ante la puerta, sentados en el automóvil de Samuel. De pronto, me besó suave y tiernamente. En mi casa todos dormían, excepto mamá, que tal vez podía estar esperándome. Samuel siguió besándome, cada vez más apasionadamente. Lo aparté sonriendo:

—Será mejor que me vaya. Ha sido una noche maravillosa.

Al descender del automóvil y dirigirme a mi hogar, me sentía feliz por ser joven y amada. Me detuve ante la puerta y agité la mano en señal de despedida. Cuando crucé el umbral, fué como entrar en un mundo diferente. Mi corazón empezó a latir violentamente, y toda la alegría que sentía desapareció rápidamente. Mi madre estaba frente a mí, contemplándome.

Me adelanté hacia ella y le sonreí, a pesar del temor que experimentaba. Si no correspondía a mi sonrisa, era culpa de ella. En ese momento decía:

—Lo pasaste bien, Ruth?

—¡Maravilloso, mamá!

—¡Maravilloso! ¡La hija del hombre más despreciable con el hijo del borracho del pueblo! No me importa, pues él es lo único a que tú puedes aspirar.

MI padre no era un ser despreciable, pero ella siempre hablaba mal de él. Sentí que enrojecía de indignación. Tratando de contenerme, le repliqué:

—Mamá, Samuel es un buen muchacho.

—¡Síntate, Ruth! —me dijo, abandonando una revista que pretendía haber estado leyendo—. Debes comprender que la triste reputación de tu padre es una mancha en nuestra familia. Debes comportarte siempre con dignidad para luchar contra esta situación. No debes empezar a salir con el hijo del hombre más borracho del pueblo, porque dirán que es lo único a que puedes aspirar.

La frialdad de sus palabras me hirió y me dieron deseos de vengarme, no sólo por lo que decía de mí, sino de mi padre, y por los regaños que siempre profería contra mis pequeños hermanos. Traté de mantenerme serena, al decir:

—Samuel es muy querido en el pueblo, mamá, porque es un muchacho bueno y decente. Yo también soy querida y respetada. Por otra parte, debes saber que me siento orgullosa de mi padre. Trabaja como un esclavo y nos da cuanto necesitamos para vivir.

Pude ver que el rostro de mi madre se ensombrecía. Jamás consentiría en reconocer que estaba en un error.

—La hija de un hombre que trabaja en desechos y el hijo de un mecánico borracho. Me espanta pensar que un día podrías casarte con un muchacho como Samuel.

De pronto comprendí que mi madre

era vulnerable en este aspecto. Me sentí satisfecha de comprobarlo:

—Samuel sería un esposo perfecto —sabía que mis palabras la iban a herir profundamente.

—¡No pensarás casarte con Samuel! No repliqué a estas palabras, porque comprendí que mi silencio sería su peor castigo. Muda, me fui, dejándola a solas con sus pensamientos.

Me siguió y se detuvo muy cerca de mí. No me moví. Había pasado en otras ocasiones lo mismo, y sabía cuál sería su próximo movimiento. Sentí cómo empuñaba la mano, a fin de golpearme con todas sus fuerzas. Esperé con los labios fuertemente apretados. Luego vino el golpe seco y rápido. Esta vez fué en el cuello, detrás de la oreja. Sentí un susurro que me decía:

—Ahora anda a acostarte.

Deseé poder volverme y contestar su ataque, pero no lo hice. No lo hice, en parte porque era mi madre, y en parte porque desde pequeña sabía que cuando me golpeaba en el cuello, nada la haría cambiar de opinión. Comprendí, además, que contra ella nada podían las palabras, y que sólo golpeándola, como ella lo había hecho, podría razonar correctamente. Pero esto yo no lo podía hacer.

Me dirigí en silencio hacia mi habitación, pero mi alma lloraba. Tenía razón respecto a que la gente no me estimaba. Ella tampoco era querida en el pueblo, pero no a causa de que mi padre trabajara en desechos, sino porque se sentía tan avergonzada de su marido y tan a la defensiva, a este respecto, que nadie la podía respetar ni estimar.

Mientras más analizaba a mi madre, más defectos le encontraba. Pero sabía que no había sido dura y cruel antes de que yo naciera. Luis, mi hermano mayor, me contó que cuando mi padre recién se retiró de una firma de automóviles donde trabajaba y decidió trabajar por su cuenta, ella se sintió orgullosa de él. Al parecer, consideró que era muy noble en un hombre abandonar su orgullo y sus prejuicios para alimentar a su familia. Pero mi madre no abandonó su orgullo ni se desprendió de sus prejuicios. Cuando yo cumplí diez años, mi padre compró la casa en que vivíamos y algunos metros de terreno adyacente, donde trabajaba en fierros viejos, especialmente en carrocerías de autos inservibles.

Fué entonces cuando empezaron las

Amor

dificultades matrimoniales. Mi madre se sintió desilusionada al comprender que jamás volvería a trabajar en una ocupación decente. Sin embargo, mi padre era querido y estimado por todos, porque era lo suficientemente grande para conservar su personalidad a través de las vicisitudes de la vida. Mi madre tenía bastantes comodidades, pero siempre se resentía de las apariencias externas. Y por ello jamás pude llevar amigas a casa. No porque en el patio se amontonaran los trastos viejos, sino por la actitud que ella

te nía hacia ellos. Mi madre no pudo impedir con sus resentimientos, que mis hermanos menores fueran queridos por sus amigos y tuvieran gran popularidad, y por eso se ensañó conmigo, que era la más débil de la familia. Una vez, cuando aún era niña, dijo en la mesa:

—La posición de mi marido es una tara en la vida de cualquier mujer; ¿qué será de esta niña cuando crezca?

Mi padre la contempló un instante en silencio, con el rostro pálido de emoción. Pero mi hermano menor, Carlos, le replicó con voz alegre:

—Ruth tendrá todo lo que desee en el mundo, porque es muy hermosa y también muy correcta.

Mi padre bajó la vista, desolado:

—Es triste que un hombre tenga que avergonzarse de su trabajo, frente a su propia familia.

Sentía en esa ocasión que la indignación hacia presa de mí, e irguiéndome, repliqué:

—No tienes que sentirte avergonzado de nada, ni ante mí ni ante mis hermanos.

Carlos se unió a mí:

—Cuando yo sea grande, me sentiré feliz de ser como papá —mi madre bajó la vista en silencio.

Mi padre nos miró sonriendo, y agregó: —Basta ya, hijos míos, una persona amargada en la casa es suficiente.



Luis y Carlos eran muy amigos de Samuel y le apreciaban mucho. Mi padre no me dijo nada contra él, sino que me aconsejó que no me enamorara, pues aún era muy niña para eso. El recuerdo de las amargas palabras de mi madre sobre la familia de Samuel y sobre mi propio padre, así como la sensación de su puño sobre mi

bre mi su mirada, y luego su voz que decía:

—¿Estás enamorada de Samuel, hijita?

—Lo quiero mucho, papá.

Permaneció un instante en silencio, luego continuó:

—Ten cuidado, Ruth. Samuel es un buen muchacho, pero no debes salir tanto con él. Debes esperar, por lo me-

herido

Cuando mi madre analizó friamente mi idilio, dejó de ser joven, fresco y bello, y se convirtió en algo sórdido y desagradable.

Se dirigía a mamá. Todos lo entendimos claramente.

Cuando cumplí dieciséis años, mi resentimiento contra mi madre llegó a un punto tal, que no era feliz un solo instante en mi hogar. Sabía que no me quería, y me hacía sentirme inferior y tímida ante la gente.

Comprendía que la familia de Samuel no era considerada en la ciudad; pero no me importaba. Me agradaba Samuel. Y, por otra parte, ¿quién era yo? ¡Sólo la hija de un hombre que trabajaba en desechos!

cuello, aún estaban frescas en mi memoria, pero no me importaban, pues sabía que ahora iba a ser ella la que sufriría.

Empecé a salir a todas partes con Samuel, y muy pronto comprendí que lo amaba profundamente. También comprendí que era un hombre muy trabajador y serio, y yo, sólo una muchacha que estaba en quinto año de humanidades.

Una noche estaba con mi padre en el patio. Pensaba en Samuel. Sentí so-

nos, dos años para casarte, y cuando se está enamorado parece mucho tiempo.

—Podremos esperar, papá —le dije, y en ese entonces así lo pensaba.

Al terminar la primavera, un día mi madre me dijo:

—Bueno, Ruth, ¿con quién vas a salir este próximo año?

No me agradó el tono de su voz, y le repliqué en forma cortante:

—Amo a Samuel, y sólo con él saldré.

(Sigue a la vuelta)